

G. Zeeb



D'GCL  
A

CB 1131038

t.106469







BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

# EL BERNARDO.

POEMA HEROICO

DEL

DOCTOR D. BERNARDO DE BALBUENA.



MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Príncipe num. 4.

1852.

T. 177295

C. 1230723

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE CASPARI Y RING

# EL BERNARDO.

POEMA HEROICO

DOCTOR D. BERNARDO DE SALBUENA



VADINO

IMPRESA DE CASPARI Y RING EDITORES

1882



# D. FRANCISCO FERNANDEZ DE CASTRO

## NOTICIAS DEL AUTOR.

El doctor don Bernardo de Balbuena nació en la villa de Valdepeñas, provincia de la Mancha, año de 1568, de Gregorio de Villanueva y Luisa de Balbuena, hijosdalgo en aquel pueblo. Se ignora donde empezó su carrera escolástica, y quienes fueron sus primeros maestros; pero se sabe que era todavía muy joven cuando pasó á Nueva-España, y que acabó y perfeccionó sus estudios siendo individuo de uno de los colegios de Méjico. Allí se hizo distinguir muy pronto por su aplicación y su saber, y por el talento que tenía para la poesía, llevándose ordinariamente los premios en las justas poéticas, que se celebraban con frecuencia. Por los años de 1608 vino á España, se graduó de doctor de teología en Sigüenza, y obtuvo la abadía mayor de la iglesia de Jamaica, de donde fue promovido á la silla episcopal de Puerto-Rico en 1620. En esta isla falleció siete años después, á los cincuenta y nueve de su edad, y sus huesos fueron sepultados en la capilla de San Bernardo, que él había fundado en la catedral.

Las obras que de él se conocen son las siguientes: 1.ª La *Grandezza Mejicana*, publicada en Méjico año de 1609, y se reduce á una descripción en tercetos del poder, población, riqueza, ó industria de aquella capital. 2.ª *El Siglo de Oro*, novela pastoral en prosa y verso, donde insertó doce églogas imitando á Teócrito, Virgilio y Sanázaro, muy estimadas de los inteligentes; impresa en Madrid en 1608. *El Bernardo*, ó sea la victoria de Roncesvalles, poema heroico en veinte y cuatro libros, dado á luz en Madrid en 1624. Otras obras compuso segun parece, entre ellas *La Cristiada*, *La alteza de Laura*, un *Arte nuevo de Poesia* y una *Cosmografía universal*, que no se han impreso, y acaso se perdieron cuando los holandeses invadieron á Puerto-Rico, y robaron la librería de Balbuena. A esta circunstancia alude Lope de Vega en aquellos versos del *Laurel de Apolo*.

*Tenias tú el cayado  
De Puerto-Rico, cuando el fiero Enrique,  
Holandés rebelado,  
Robó tu librería,  
Pero tu ingenio no, que no podía.*

Estas son las noticias que escasamente han podido rastrearse de este poeta, consultando el archivo de la iglesia parroquial de Valdepeñas, la historia de Puerto-Rico, la biblioteca de don Nicolás Antonio, y tal cual especie que él apunta en su *Grandezza Mejicana*. Sus obras, siguiendo el mismo destino que las memorias de su vida, iban ya á perecer por la escasez de los ejemplares á que estaban reducidas. En tales circunstancias el editor ha creído hacer un servicio importante á nuestras letras reimprimiendo el poema, que es la principal produccion de Balbuena, y merece un lugar tan distinguido entre los apreciadores de las musas españolas. El desaliño repugnante de la edicion antigua solo es comparable con el abandono inconcebible que se tuvo en su correccion. Balbuena á la sazón se hallaba en América, y los que se encargaron de publicar su obra en España correspondieron muy mal á su confianza. Además de las erratas groseras, fáciles de advertirse por cualquiera lector menos instruido, son innumerables las que destruyen el sentido hasta el punto de hacerle ininteligible, ó que vician torpemente la medida y cadencia de los versos. Nada se ha omitido en la edicion presente para corregir en lo posible estos lugares; y los que quieran cotejar algunas de sus páginas con otras de la primera, se convencerán al instante de la enorme diferencia que hay entre las dos, y del cuidado que el editor ha puesto, para que el *Bernardo* se vea impreso al fin de una manera correspondiente á su mérito, y digna del público, á cuya utilidad se dedica.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

# D. FRANCISCO FERNANDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LEMOS Y ANDRADE, MARQUÉS DE SARRIA, DUQUE DE TAURISANO ETC.

ESTE poema heroico del famoso *Bernardo del Carpio*, en que se describe la esclarecida descendencia de la excelentisima casa de Castro, ha mas de catorce años que se le dedicó su autor en esa córte al gran Mecenas de todas las buenas letras y habilidades de España, el excelentisimo don Pedro Fernandez de Castro, que está en el cielo, hermano de V. E.; y despues que la suya, con la agradable benignidad de su nobilissima condicion, no se desdeñó de honrar la obra pasando los ojos por ella, debajo de la aprobacion de su clarisimo ingenio se ganó privilegio para imprimirla, lo cual hasta ahora no se ha hecho, por las dificultades con que de ordinario caminan las cosas que van sobre diligencia de cuidados ajenos. Ahora su autor, que puede decir que ha salido de nuevo al mundo de las soledades de Jamaica, donde este tiempo estuvo como encantado, por refrescar el gusto en la memoria de haber hecho este pequeño servicio, á quien se debian los mayores de la tierra, la ha mandado poner en la estampa. Suplica á V. E., como á dignisimo sucesor, no solo de la nobilissima casa y estado, sino de las demás heroicas y soberanas virtudes, entendimiento, magnanimidad y gentileza de ánimo de su tan querido hermano, la favorezca con admitirla por suya, y dar licencia que ella y su autor gocen, debajo de la proteccion y amparo de un tan gran principe, la honra y acrecentamientos que desean, cuya excelentisima persona guarde nuestro Señor muy felices años etc.

EL DOCTOR DON BERNARDO DE BALBUENA.

## PRÓLOGO.

AUNQUE sacar ahora á luz este libro, en alguna manera desdice de lo que en rigor toca á mi oficio y dignidad, y á la profesion de púlpito y estudios de teología, porque el tiempo, dueño de las acciones humanas, de tal manera altera y muda las cosas, que lo mismo que en uno era gala y bizarría, en otro suele heredar diferentes nombres; con todo eso, lo que en una ocasion fue virtud reconocerlo por tal, en otra no puede ser vicio: y así este poema, demás de haber sido los primeros trabajos de mi juventud, fábrica y compostura del calor y brio de aquella edad, que tiene por gala semejantes acometimientos y partos de imaginación, todo él es sugeto heroico y grave, lleno de honestidad, modestia y pureza de lenguaje, y cual de necesidad se requeria para celebrar el real origen y descendencia de la excelentisima casa de Castro, una de las mas calificadas de Europa.

Y aunque para el vulgo y generalidad del pueblo, que por la mayor parte lee estos libros, sin mas advertencia que á sola la armonía de los consonantes, ó al superficial deleite de la fábula, no habia que hacer este discurso, ni menos para los doctos, que versados en letras humanas, saben de todo fundamento lo que yo aquí puedo repetir; todavia quise servirles el plato con salsa, á los unos, que procuren seguir los preceptos de su arte, y á los otros, que si quisiesen salir de su ordinario paso, y entrar al fondo de las cosas, hallen senda y camino por donde. Y así digo, que deseando yo en los principios de mis estudios, y

por alivio de ellos, poner en ejecucion y práctica las reglas de humanidad, que en la poética y retórica nos acababan de leer (clase por donde todos en la niñez pasamos), y celebrar en un poema heroico las grandezas y antigüedades de mi patria en el sugeto de alguno de sus famosos héroes, cuyas admirables hazanas, asombrando con magestad el mundo, tambien con la de su fama pregonan el descuido de su nacion; me puse á buscar un asunto, que levantando con su espíritu el mio en la grandeza de sus partes, se llegase tanto á la perfeccion del arte, que siguiendo yo el que de esta facultad Aristóteles nos dejó en sus obras, esta mia saliese, sino con toda perfeccion, con los menos descuidos posibles.

Este fue el fundamento de acometer en aquella primera edad, con los brios de la juventud, y la leche de la retórica, á escribir este libro, que pudiera haber salido á dar cuenta de sí muchos años há, pues de diez que se le concedieron de privilegio, son ya pasados mas de los seis, y poco menos de veinte que se acabó, aunque no de perfeccionar, que esto es inacabable. Al fin sale ahora por gusto y consejo de personas que le tienen bueno, y le saben dar mejor en casos de mayor importancia, persuadido, que no por haber trocado el tiempo el estado y profesion de las cosas, era justo se perdiesen aquellos primeros trabajos que para algo podrian ser buenos, supuesto que el dejarlos perder y olvidar para siempre, no era de provecho para nada, con que me convino ajustar á su voluntad la mia, y dar por la misma regla cuenta de las que fui siguiendo en el discurso de esta obra.

Y sea la primera, que por cuanto las fábulas que se fundan en alguna breve historia, dice el Filósofo, que son las de mayor artificio y lustre, y las que de la centella de la verdad dan el rayo del deleite vestido de mas verisimilitud y hermosura, trabajé en hallar una, que sirviendo de fundamento á mi poema, en sí misma fuese breve, admirable, y de varon famoso, y tan llena de rastros de grandeza en la memoria de los hombres, que desde luego el tratar de ella la hiciese agradable y deleitosa.

Tal me pareció la de nuestro famoso español Bernardo del Carpio, breve en su discurso, como lo son casi todas las historias de aquel tiempo; admirable por la pomposa fama con que siempre sus hechos se han celebrado de memoria en memoria hasta la nuestra; de príncipe heróico, desdendiente de la real sangre de los godos, y por el consiguiente de la mayor nobleza de la tierra.

Y porque la accion en estas obras ha de ser una, y esa de la persona principal (que llaman épica) la mas famosa, escogí la mas célebre victoria de Roncesvalles, donde con la gente española el rey don Alonso el Casto su tío, por cuyo general iba, destruyó la potencia de Carlo Magno, que venia á dar sobre Asturias, venciendo por su persona y las de sus españoles, los tan celebrados paladines de Francia, y dando de su mano, con el último de sus golpes, muerte á Roland, el principal de todos, en que se remata la accion y el libro, porque siendo aquella muerte la del hombre mas famoso que por aquellos siglos habia, pasar adelante en sus victorias, fuera descrecer en la grandeza y magestad de ellas.

Algunos del número primero, á quien en estos discursos respondo, me habrán ya en diversas ocasiones hecho cargo, que esta victoria de Roncesvalles, y muerte de los doce Pares, en ella se tiene comunmente por incierta y fabulosa, segun la apurada diligencia de los mas graves historiadores de España, que con ser en favor suyo, hay pocos que la admitan por verdadera; con que parece, que desde luego entra esta mi obra manca, pues toda su máquina se funda sobre cimiento dudoso, y aun por ventura de todo punto falso: pues los encantamientos de Orlando, las bravezas de Reinaldos, las traiciones de Galalon, las mágicas figuras y cercos de Malgesí, y las demás caballerías de los doce Pares, con su tan celebrado cronista y arzobispo Turpin, mas tienen de fabuloso que verdadero, no solo en las historias graves, mas aun en el juicio y estimacion de un moderado discurso.

Digo pues á toda esta objecion, que lo que yo aquí escribo es un poema heróico, el cual, segun doctrina de Aristóteles, ha de ser imitacion de accion humana en alguna persona grave, donde en la palabra *imitacion* se excluye la historia verdadera, que no es sugeto de poesía, que ha de ser toda pura imitacion, y parto feliz de la imaginativa. Donde de paso se verá cuan inadvertidamente hablan los que la principal calidad de sus obras en verso hallan que es el no haberse desviado un punto de a verdad: como quiera que quanto mas de esta tuvieren, tanto ellos tendrán menos de poetas, pues dice el mismo Filósofo, que si la historia de Heródoto se hiciese en verso, no por eso seria poesía, ni dejaria de ser historia como antes, que es la razon porque tampoco Lucano es contado entre los poetas, con haber escrito en verso. Porque la poesía ha de ser imitacion de verdad, pero no la misma verdad, escribiendo las cosas, no como sucedieron, que esa ya no seria imitacion, sino como pudieran suceder, dándoles toda la perfeccion que puede alcanzar la imaginacion del que las finge, que es lo que hace unos poetas mejores que otros; y así para mi obra no hace al caso que las tradiciones que en ella sigo sean ciertas ó fabulosas, que quanto menos tuvieren de historia, y mas de invencion veri-

simil, tanto mas se habrá llegado á la perfeccion que le deseo.

La accion y fundamento del poema es este: el artificio de su ampliacion, es imitando las personas mas graves de la Iliada de Homero, porque la del rey Casto es la de Agamenon; la de Bernardo, la de Achilles, al cual la diosa Tetis dió á criar al centauro Chiron, como la hada Alcina dió á Bernardo al sabio Orontes; Ferraguto es Ajax Telamón; Galalon Ulises; Morgante Diomedes; Roldan Hector; y así de los demás.

Y porque á la magestad heróica, conforme á nuestra religion, hacen falta para lo verisimil las deidades y semideos, con que los antiguos hacian tan admirables y pomposos sus poemas; el Boyardo, y los que le han seguido, inventaron en su lugar las Hadas y encantamientos de los magos, que siendo potestades superiores, sirven de levantar la fábula, y hacerla en el deleite y alegoría mas vistosa y admirable. Yo en esto seguí lo que hallé inventado, por tratar de las mismas hazañas, y de los mismos héroes, que la comun tradicion nos da muertos á manos de nuestro Bernardo, y de sus españoles; y así este poema se puede llamar el cumplimiento, la última línea, y la clave, que de lleno en lleno cierra el artificio y máquina de sus fábulas, y aquellos portentos y asombros, que de los príncipes de aquel siglo con tanta admiracion ha celebrado lo mejor de Italia y Francia.

En la narracion de la fábula, de tal manera proseguí su discurso, que sin comenzarla por el principio, quedase en el fin patente y descubierta en todas sus partes: porque así como el mundo consta de dos géneros de cosas, unas naturales, y otras artificiales, así tambien hay dos modos de contar y hacer relacion de esas mismas cosas, uno natural, que es el histórico, y otro artificial, que es el poético: y así como seria defecto en el discurso natural, no comenzar las cosas con claridad desde sus principios, siguiéndolas ordenadamente hasta los fines, así lo seria en el artificial contarlas sin artificio, y como las cuenta el historiador; y así conviene, que la narracion poética no comience del principio de la accion que ha de seguir, sino del medio, para que así al contarla toda, se comience, se prosiga, y acabe artificiosamente, y traiga con eso en su discurso aquel deleite que el artificio con su novedad, y la novedad con su admiracion suelen causar, tanto mayor, quanto mas ingenioso es, y mas sutiles y menos violentas invenciones descubre.

Sirve tambien este modo de contar las cosas con artificio, de engañar disimuladamente el receloso gusto del lector, que siempre con la prolijidad se cansa: el cual, comenzando su lectura por el medio de la fábula, caminando tras los deseos de saber su principio, al encontrarlo, se halla tan cerca del fin, que no le es molesto acabar lo que resta; y esta es la razon porque mi poema no se comenzó, como dice Horacio, por los huevos de Leda, esto es, del conocimiento de Bernardo, ni de su educacion y crianza, sino de los alborotos de la guerra de Francia, que ya le hallaron criado, y hecho hombre valeroso en el mundo, sin dejar por eso de contar su nacimiento y origen, sus hazañas y descendencia, y quanto de él, y de sus sucesores han escrito los historiadores mas graves de nuestra nacion hasta ochocientos años despues de su muerte, con lo mas florido de las antigüedades y nobleza de España, descripciones de lugares, montes, rios y fuentes, castillos y palacios suntuosos, con una casi universal geografia del mundo sembrada artificiosamente por él, y las costumbres mas notables de sus naciones, y aquellas que por haber dejado vistoso rastro de sí en las memorias de las gentes mas dignas juzgué de ser celebradas.

Y no solo este artificio se guardó en lo principal de la accion; mas aun en sus episodios, ó digresiones no hay fábula, que antes de mostrar su fin, no ponga

al lector en las manos los principios de otra, de no menor deleite y gusto, y dejando siempre la primera en el mayor riesgo, y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado, y el deleite mas empeñado en lo porvenir: artificio á mi parecer poderoso á llevar entretenido hasta el fin con el natural apetito de saber al gusto mas tibio y helado que en él entrare.

Para todo lo cual, y para mejor tejer las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas, procuré que la persona del autor hablase en él lo menos que fuese posible, con que tambien se pudo añadir á la fábula mas deleite: siéndole por esta via permitido el estenderse á cosas mas admirables, sin perder la verisimilitud; porque si la persona del poeta contara los monstruos de Creta, ó el origen de la ciudad de Granada, y careciera lo uno y lo otro de apariencia de verdad: mas referidos estos casos por tercera persona, queda con todo lo admirable, y el autor no fuera de lo verisimil. Porque sino lo es, que Gravinia se convirtiese en árbol, y Estordian en gusano de seda, eslo, y muy posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinion que los oian: que si de la imitacion poética, la porcion mayor de su fin es el deleite, en ningún modo le podrá dañar el enriquecerla de ese tesoro por todos los caminos posibles.

Mas porque este con perfeccion no se consigue menos que moviendo las pasiones del ánimo, y estas con ninguna cosa se mueven tanto, como con la compasion y el miedo en los sucesos ajenos, que mientras mas lastimosos y tristes, mas poderosos son á mover los presentes; hice lo posible porque este poema en sus partes, y en su todo, fuese una apurada tragedia, y que así lo principal de su deleite le naciese de la compasion de tantas muertes lastimosas, sucesos trágicos, destrozos de gentes, truceos de reinos, y caidas de principes, como por él van sembrados, con que no solo se deleita el gusto, se mueve el ánimo, y sus pasiones; mas aun con su encubierta moralidad y alegoria le deja instruido en las virtudes y saboreado en ellas, dibujándole entre el deleite

de la fábula, y sus colores retóricos, en la persona de Bernardo, que es la épica, un príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heroicas virtudes, de magnanimidad y fortaleza; en la del casto Alfonso, un rey prudente y católico; en la de Carlo Magno, un victorioso y potente monarca mal aconsejado: la atrevida libertad de un lisonjero en Galanon; un mancebo disoluto y libre en Ferraguto; un prolijo hablador en Galirtos; en Angélica una distraida cortesana, á quien ya el tiempo va marchitando los clavos de su rostro, y las flores de su juventud; en Garilo un astuto ladrón; y en Arleta una sagaz ramera, y una hechicera supersticiosa: la gran fuerza del favor en la fuente de la hada Iberia; en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un alquimista; la disoluta vida de un tirano en Bramante, y las desatinadas blasfemias de un soberbio en las de su hermano Morgante; y en lo principal de la accion, lo poco que hay que fiar en favores de fortuna y prosperidades de tiempo.

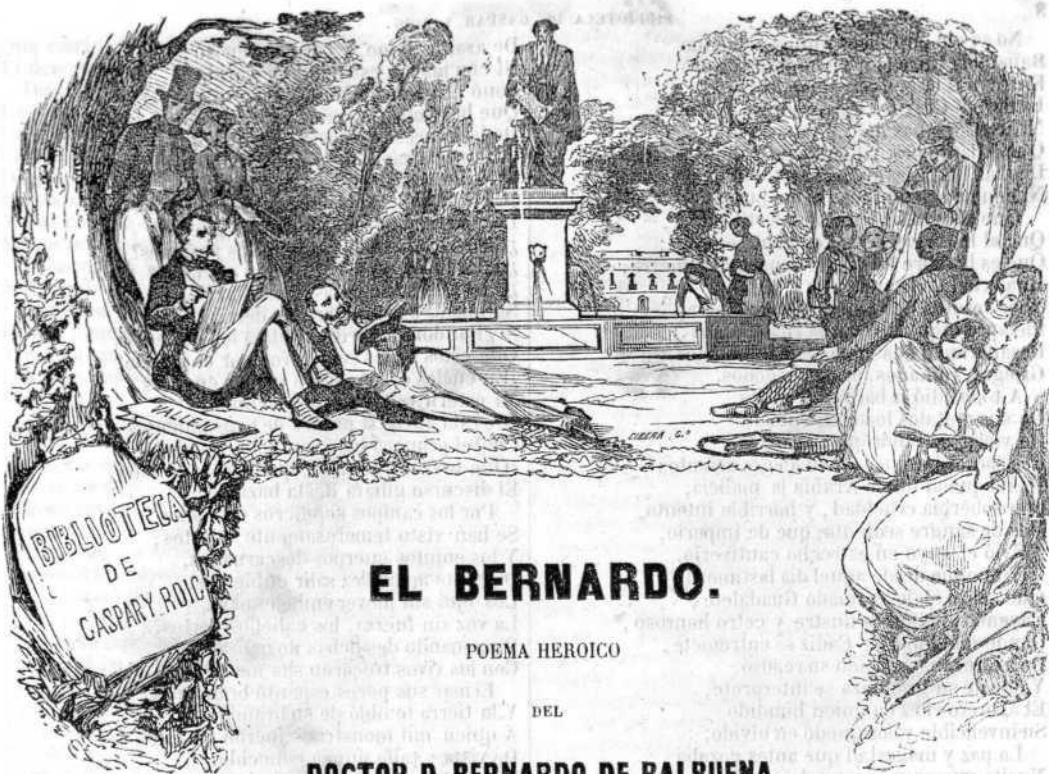
Mas porque tocar la moralidad, fuera dilatar demasiado este discurso, remito al lector que la quisiere al fin de cada libro, y de aquí al principio del primero, por donde desde luego entre haciendo anatomía, sino de la apurada observacion del arte, á lo menos de un cuidadoso é infatigable deseo de acertar con la vena del deleite, para dar con ella en la del su gusto.

Y porque el ser los versos de muchas dicciones y sinalefas, los hace llenos y sonoros, y el tener pocas, flojos y humildes, y dos asonantes juntos disminuyen la suavidad de las cadencias, y los consonantes en verbales humillan mucho el estilo, y le descaecen, se ha huido todo lo posible de estas dos cosas, procurando llenar los versos de manera, que en cinco mil octavas que tiene este poema, que son cuarenta mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones, sino que el menos lleno tiene cuatro, y de ahí para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones, y diez y ocho sílabas, como el último de la octava primera de la página 97 del tomo II, que dice:

Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.

de la fábula, y sus colores retóricos, en la persona de Bernardo, que es la épica, un príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heroicas virtudes, de magnanimidad y fortaleza; en la del casto Alfonso, un rey prudente y católico; en la de Carlo Magno, un victorioso y potente monarca mal aconsejado: la atrevida libertad de un lisonjero en Galanon; un mancebo disoluto y libre en Ferraguto; un prolijo hablador en Galirtos; en Angélica una distraida cortesana, á quien ya el tiempo va marchitando los clavos de su rostro, y las flores de su juventud; en Garilo un astuto ladrón; y en Arleta una sagaz ramera, y una hechicera supersticiosa: la gran fuerza del favor en la fuente de la hada Iberia; en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un alquimista; la disoluta vida de un tirano en Bramante, y las desatinadas blasfemias de un soberbio en las de su hermano Morgante; y en lo principal de la accion, lo poco que hay que fiar en favores de fortuna y prosperidades de tiempo.

de la fábula, y sus colores retóricos, en la persona de Bernardo, que es la épica, un príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heroicas virtudes, de magnanimidad y fortaleza; en la del casto Alfonso, un rey prudente y católico; en la de Carlo Magno, un victorioso y potente monarca mal aconsejado: la atrevida libertad de un lisonjero en Galanon; un mancebo disoluto y libre en Ferraguto; un prolijo hablador en Galirtos; en Angélica una distraida cortesana, á quien ya el tiempo va marchitando los clavos de su rostro, y las flores de su juventud; en Garilo un astuto ladrón; y en Arleta una sagaz ramera, y una hechicera supersticiosa: la gran fuerza del favor en la fuente de la hada Iberia; en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un alquimista; la disoluta vida de un tirano en Bramante, y las desatinadas blasfemias de un soberbio en las de su hermano Morgante; y en lo principal de la accion, lo poco que hay que fiar en favores de fortuna y prosperidades de tiempo.



## EL BERNARDO.

POEMA HEROICO

DEL

DOCTOR D. BERNARDO DE BALBUENA.

### LIBRO PRIMERO.

**ARGUMENTO.** Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la Hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldaña, y de don Teudonio, el cual da cuenta al conde de su linaje, y antigua privanza con el rey Casto, y como el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carlo Magno envió con don Gayferos un gran socorro de gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana.

Cuéntame, ó Musa, tú, el varon que pudo  
A la enemiga Francia echar por tierra,  
Quando de Roncesvalles el desnudo  
Cerro gimió al gran peso de la guerra:  
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!  
¡Tanto el celoso ardor que su alma encierra!  
¡Tanto la envidia obró, tanto la saña!  
De defender su invicta tierra España!

Allí donde de un grave desafío,  
El trágico suceso lastimoso,  
A los piés de un Leonés, el cuerpo frio  
Del francés arrojó, mas orgulloso:  
Tú de esta fuente caudaloso rio,  
De su real sucesion fruto precioso,  
Por quien la fama ya promete á Castro  
Láminas de oro y bultos de alabastro:

Mientras que de Austria el sucesor divino,  
Por honra á su diadema soberana,  
A su diestra el asiento mas vecino,  
Cual mereces en dártele se ufana;  
Y el nuevo mundo de gozarte indigno  
En voz te adora y en librea humana,

Y tu sangre heredada de mil reyes,  
Honor le envia, y moderadas leyes;

Muestra aquí tu valor, que si allanares  
Del Parnaso á mi voz las agrias cuestras,  
Las alas que en mis hombros levatares,  
Te dejaré en tu heróico templo puestas:  
Estense Apolo y Baco en sus altares,  
Este dando furor, y aquel respuestas,  
Que tú que en magestad al mundo sobras,  
Con tus grandezas honrarás mis obras.

Donde en el mar cantábrico se acaba  
La rica Europa, y en su golfo helado,  
Las fértiles arenas ciñe y lava  
Al inculto español nunca domado;  
Un pequeño rincon solo quedaba,  
Que al bárbaro furor habia sobrado,  
Y en él el casto Alfonso recogido,  
De estrecho y breve término ceñido.

Aquí se conservaba antiguamente,  
Como en el duro pedernal guardada,  
La santa luz de una centella ardiente,  
Jamás del infernal yelo apagada:  
Aquella ilustre y belicosa gente  
De la fortuna hija regalada,  
Corona universal, cetro fecundo,  
De honor á España, y de gobierno al mundo.

Y bien que entonces del furor de Marte  
Viese arruinado su florido asiento,  
Y del morisco bárbaro estandarte,  
De sombras lleno y de pavor el viento;  
El que mas tuvo en sus despojos parte,  
Menos seguro vió su vencimiento,  
Que no trueca su tierra á gente estraña,  
Menos que á sangre la invencible España;

No se vió en Colcos nunca vellocino  
 Bañando el aire con vislumbres de oro  
 Entre mas enemigos, cuando vino  
 La flor de Grecia á entrar en su tesoro;  
 Ni las manzanas del metal mas fino,  
 Que Atlante cria y beneficia el moro,  
 De mas Hércules fueron asaltadas,  
 Ni con mas sed ni mas calor buscadas,  
 Que el agradable reino y fértil tierra,  
 Que el Bétis riega, fue de gente extraña;  
 Que es hambre de oro la sangrienta guerra,  
 Hija cruel de la ambicion y saña:  
 Y los tesoros que en su seno encierra  
 Siempre inquietaron á la rica España,  
 Desangrando sus venas por mil modos,  
 Griegos, romanos, árabes y godos.

A todos dió la bárbara codicia  
 De sus metales locoatrevimiento  
 De violar con hidrópica avaricia  
 Los sacros bosques de su alegre asiento;  
 Hasta que al fin de Arabia la malicia,  
 Con soberbia crueldad, y horrible intento,  
 Mas de sangre sedienta, que de imperio,  
 Volvió el suyo en estrecho cautiverio.

Y aunque desde aquel dia lastimoso,  
 Que sobre el desgraciado Guadalete,  
 Cayendo el nombre ilustre y cetro honroso,  
 Donde en el mar de Cadiz se entremete,  
 De azares hizo el hado su reposo,  
 Y que de su grandeza se interpepre,  
 El agorero rio, en quien hundido  
 Su invencible valor quedó en olvido;

La paz y magestad que antes gozaba  
 Vuelta guerra y comun desasosiego.  
 Cuanto en sus anchos términos sonaba  
 Era de un feroz Marte el voraz fuego:  
 La altiva frente desdeñosa y brava,  
 De ardiente rabia llena y furor ciego,  
 Viendo sembrado en su español distrito  
 Del mauro pueblo el número infinito.

Y bien que á un triste asalto y ronco estruendo  
 Vió siempre su primer sosiego asido,  
 Despues que entre peñascos revolviendo  
 Sobre el honor y crédito perdido;  
 Salió del cuello altivo sacudiendo  
 El yugo infame á que le habia rendido,  
 Sin gozar tiempo, término ni tierra,  
 De asaltos libre, y de ambicion de guerra.

Mas en la que al presente está alterada  
 A toda antigua competencia escede,  
 Sin que desde la cumbre mas nevada  
 Del Álpe helado al firme Atlante quede  
 Pueblo, gente, ó nacion tan olvidada,  
 Que en ella con su riesgo no se enrede,  
 Que este fue el ademan en que fortuna  
 Quiso de mil tragedias hacer una.

Ni cuando sobre aquella cueva altiva,  
 Alcazar real de la perdida España,  
 Del valiente Alcaman la furia esquivada  
 Cubrió de gente y tiendas la campaña;  
 Y á no le reservar persona viva,  
 Espigada de lanzas la montaña,  
 Un nuevo rey acometió escondido,  
 Que con mil hombres le dejó vencido.

Ni cuando á sus magnánimas conquistas  
 El Católico Alfonso abrió la mano,  
 Y con mas lanzas que Trinacria aristas  
 Pasó á Galicia ejército asturiano;  
 Y en varios lances, y en copiosas listas  
 Gran número añadió al pueblo cristiano  
 De victoriosos triunfos, cuya gloria  
 Eterna dá á los siglos su memoria.

Ni otro alboroto, brega, ni ruido,  
 De los que en aquel tiempo peligroso  
 El grave reino vieron consumido,

De asaltos lleno, y falto de reposo;  
 Ni con mayor estruendo y alarido  
 Sonó el arnés de Marte belicoso,  
 Que hoy sobre la cerviz y altiva frente  
 De la francesa y española gente.

¿Las causas de tan nuevas disensiones  
 Qué furia las sacó sobre la tierra?

¿Cuál dios de tan valientes escuadrones  
 La ira trazó de esta enconada guerra?

¿Nacieron de odio antiguo sus pasiones?  
 ¿O del furor que la ambicion encierra?

¿O las cosas violentas cuesta arriba  
 Su misma pesadumbre las derriba?

¿Por dónde abriré senda á los portentos  
 Que estos siglos sembraron por el mundo?

¿En cuáles casos, sobre cuáles cuentos  
 Mi esteril verso volveré fecundo?

¿De esta antigua preñez de pensamientos,  
 Cual el primero haré, cuál el segundo?

¿Qué brazo, qué valor, qué brio, qué saña,  
 El discurso guiará desta hazaña?

Por los campos sepulcros olvidados  
 Se han visto temerosamente abiertos,  
 Y los enjutos cuerpos descarnados,  
 De triste amarillez salir cubiertos:

Los ojos sin mover embeledados,  
 La voz sin fuerza, los cabellos yertos,  
 Pregonando desdichas no pensadas,  
 Con los vivos trocaron sus moradas.

El mar sus peces espantó bramando,  
 Y la tierra tembló de su bramido,  
 A quien mil monstruos fueron afeando  
 De vista y talle nunca conocido;

Donde tal madre se asombró mirando  
 El hijo que ella misma habia parido,  
 Y muchos sin nacer, en no aprendidas  
 Palabras, dieron voces escondidas.

Y donde el nuevo horror en sangre fria  
 Los alientos volvia mas briosos,  
 Donde con mas violencia prometia  
 Tristes tragedias á los lastimosos;

Era sobre los ánimos que via  
 De lo mejor del orbe victoriosos,  
 Que siempre los favores de fortuna  
 Crecen para menguar como la luna.

Reinaba en las regiones de Occidente  
 Carlo Magno, un gran príncipe famoso,  
 Príncipe á quien las águilas de Oriente  
 Su estandarte volvieron mas pomposo:

Obedecido de invencible gente,  
 Y sobre mil ciudades poderoso,  
 A cuyo nombre ilustre y lirios de oro  
 Reverenció el cristiano, y tembló el moro.

Los altos muros de trofeos cargados,  
 (Fama á sus victoriosos escuadrones)  
 Los altares y templos coronados  
 De conquistadas armas y pendones;

Despojos de enemigos destrozados  
 De indómitas y bárbaras naciones,  
 Que las mas peregrinas y extranjeras  
 Llenas vieron de espanto sus banderas.

¿Quién á los altibajos de la vida  
 Punto dará, y compás tan acertado,  
 Que cortando del tiempo á su medida  
 El círculo feliz saque cuadrado?

Ninguno hasta el fin de la partida  
 Se sueñe á sus contentos ajustado,  
 Que en suerte humana todo es movimiento,  
 Ni mal que dure, ni placer de asiento.

Triunfante el victorioso Carlo Mano  
 Con los favores de la instable rueda,  
 Persuadido vivia, que en su mano  
 El punto estaba de tenerla queda:

Frágiles trazas del juicio humano,  
 Que quien mas fia en él, sin él se queda,

Que cierto es en la noche mas serena  
 El decrecer la luna en siendo llena.  
 Despues de haber el mundo amenazado  
 La fama con la voz de sus victorias,  
 Despues de dar su nombre celebrado  
 Con letras de oro escrito en mil memorias,  
 Despues de haberle á su sabor colmado  
 Fortuna el vano plato de sus glorias,  
 Y que cebado en ellas su contento  
 Menos temia del contrario viento.  
 Para reseña y fin de sus mudanzas,  
 Y freno de ambiciosos corazones  
 Fa su fama y pomposas esperanzas,  
 Hoy la flaqueza muestra de sus dones;  
 Y pues á las mas firmes con fianzas,  
 Las desvanecen flacas ocasiones,  
 Del bien ó el mal, que el tiempo nos envia,  
 Será el juez mas cierto el poster dia.  
 Tenian sus belicosos paladines  
 Lleno el mundo y la fama de proezas,  
 Que en lisonjera lengua á varios fines  
 Nuevas ensanchas daba á sus grandezas:  
 Sonando en lo mejor de sus clarines  
 El cristal tierno  
 De Orlando las victorias y bravezas,  
 Los muertos reyes, los gigantes fieros  
 De su invencible brazo prisioneros.  
 Del bravo Almonte y nuevo rey troyano,  
 Y el altivo Agricon la sangre ardiente,  
 Que halló su espada, y derramó su mano  
 Sobre las yerbas, aun se está caliente;  
 Y de Cimoso el instrumento vano,  
 Ya sin rayos ni luz resplandeciente,  
 Por orla al vencimiento, y triste caso  
 Del soberbio Agramante, y rey Gradaso.  
 Mas como no hay valor siendo estremado  
 Sin carcoma de pechos envidiosos,  
 El mundo deste antiguo error llevado  
 Lleno estaba de quejas y quejosos:  
 De tan largas venturas enfadado,  
 Que no hay sin agraviados victoriosos,  
 Ni hombre tan ajustado, y tan querido,  
 Que de alguno no sea aborrecido.  
 Las hadas que á las cosas variables  
 De nuestro inferior mundo dan gobierno,  
 Y en cavernas y grutas espantables,  
 Vecinas viven del silencio eterno;  
 Y del antojo humano los mudables  
 Gustos al suyo revalidan tierno,  
 Y en sus vácios asientos desiguales,  
 Los bienes acrecientan y los males.  
 Estas de los franceses paladines  
 En general estaban agraviadas,  
 Destruídos sus palacios y jardines,  
 Y su halago y caricias despreciadas:  
 Alcina sus tritones y delphinés,  
 Focas, ballena, y redes delicadas,  
 Desechas ya, y en libertad Rugero  
 Del torpe lazo en que se vió primero.  
 Despreciada Morgana y su riqueza,  
 Febosilla su fama destruida,  
 Falerina su astucia y sutileza,  
 Olofana sus gulas y comida;  
 Filteorana su amor y su belleza,  
 Y la soberbia máquina caída  
 De Limaturia, Bruna y Aquilina  
 Y el juvenil ardor de Dragontina.  
 Ninguna en el fatal colegio habia  
 Sin queja de francés, ninguna al cielo  
 Sin lágrimas miró desde aquel dia  
 Que la furia de Francia pisó el suelo:  
 Sino fue Logistilla, que seguia  
 De esta parcialidad el mejor celo,  
 Y sobre todas la afeitada Alcina  
 Es la que á su venganza mas se inclinaba.  
 Está en un lago oscuro de horror lleno,

Su jardin y su casa destruida,  
 Consumiéndose estaba en el veneno  
 De la afrentosa injuria recibida:  
 Bien que su fértil isla y bosque ameno  
 Cobrar pudieran la beldad perdida,  
 Y ella su alcázar con mayor tesoro  
 De cristal reformar, y kizos de oro.  
 Mas ardiendo en deseos de venganza  
 A solo este deleite y gusto aspira,  
 Que es mujer agraviada con mudanza  
 Metida en un celoso infierno de ira:  
 Conoce que le ofende la tardanza,  
 Y que si la ocasion se le retira,  
 Su agravio pasará, que el tiempo leve  
 Las penas traga, y los agravios bebe.  
 Y como con la cólera quemada  
 Se alumbra y sutaliza el pensamiento,  
 De uno en otro discurso dió la Hada  
 En la traza mejor para su intento:  
 De aquella rica y peligrosa espada  
 Que Falerina obró en su encantamiento,  
 En conjunciones de menguante luna,  
 Y temples de mudanzas de fortuna,  
 Se acuerda, y revolviendo sobre el caso  
 Los libros de su ciencia peregrina,  
 Sin dejar del Oriente al turbio ocaso  
 Planeta, signo, aspecto, y luz divina,  
 Que no consulte, siga, y mida el paso,  
 Llegó á saber que el hado determina,  
 Adquiera aquella espada vigor nuevo  
 En la templada sangre de un mancobero  
 Faltóle un punto cuando fue forjada  
 En las observaciones de su estrella,  
 Y esta falta con sangre reparada,  
 Sus vivos filos volverán sin mella;  
 Invencible, y su artifice vengada  
 La dejará, y á Alcina sin querella,  
 Si la bañare en una oculta guerra  
 La mas heroica sangre de la tierra.  
 De un mago aspecto el abreviado punto  
 Á decirle llegó que el mar Tirreno  
 Ya sobre sus cristales tiene junto  
 Á un galeon de amor y de armas lleno  
 Un jóven español, que puesto á punto  
 Se ve entrar por su entoldado seno  
 Á la autoridad de un rey severo  
 Blason y armas le dé de caballero.  
 Es de suyo el contento bullicioso,  
 Y Alcina que le ha puesto en la venganza,  
 Al orgullo de su ánimo brioso,  
 Cada hora le es un siglo de tardanza:  
 Una carroza de cristal lustroso,  
 Que una piedra preciosa á otra se alcanza,  
 De oro las ruedas, de marfil los tiros,  
 Y los clavos de diamantes y zafiros;  
 Para ir á los jardines de Morgana  
 Hace aprestar, y en forma contrahecha  
 De varia plumeria y pompa ufana,  
 Al yugo dos soberbios grifos echa:  
 Que en invencible vuelo por la vana  
 Region del aire, una alba hermosa hecha  
 La llevan, y ella derramando amores,  
 Llueven hechos aljofar por las flores.  
 En silla de oro, y rica pedreria,  
 En el triunfante carro recostada  
 Con mayor luz que la que saca el dia  
 La mañana de mayo mas pintada;  
 De perlas, de rubis, y argenteria  
 Por el cabello vuela una lazada,  
 Que haciendo el rostro un sol, sirve de llama,  
 Que en bellos arreboles se derrama.  
 De blanca tela de oro con plumajes  
 De diamantes y aljófares menudos  
 Vestida, y por las puntas y follajes  
 Erres de perlas y cuajados nudos

Entre doradas nubes y celajes,  
Volando pasa por los aires mudos  
Al lago blanco que Morgana habita,  
Entre el frío Geta, y el helado Escita.  
Tomó la Hada toda esta belleza  
Del primer arrebol de la mañana,  
Que del mago pincel la sutileza  
Lo sano enferma, y lo doliente sana;  
Lo feo agracia, al muerto da viveza,  
La encogida vejez vuelve lozana,  
Y al fin hacen y fingen sus unturas.  
Alegres teces, nuevas hermosuras.  
Hoy la suya amasó de un rojo cielo  
El vengativo gusto de la Hada,  
Y á la enemiga Francia torció el vuelo,  
Por ver cual nuevo ardor la da ocupada;  
Miró, y gozando triunfos sin recelo,  
La vió de pompa y fiestas coronada,  
Tan llena de victorias, que en su adorno  
Un despojado mundo goza en torno.  
Si bien de la jornada y pretensiones  
En que Saturno agüera su caída,  
Nuevo rumor halló, y alteraciones,  
En armas toda, y en furor metida;  
Contrapuestos sus llenos escuadrones  
Á una tasada gente, así rendida  
Al violento rigor del duro hado,  
Que apenas tierra en que morir le ha dado.  
Contempla la soberbia y aparato  
Del belicoso ejérite, y las fiestas  
Que á vueltas de la guerra y su rebato  
En públicos carteles vuelan puestas;  
Y en esto divertida un breve rato  
Pasa el Reno sus aguas y florestas,  
Y Holanda un tiempo dura é inclemente  
Mira ya de agradable y culta gente.  
Deja el fuerte Calés á la siniestra,  
Y los peñascos Anglicos nevados,  
La Chersoneso Cimbrica á la diestra,  
Con el mar que le escarva los costados;  
Y Zelandia amenísima le muestra  
En los golfos de Esquenía sus pescados,  
Donde volando el carro cristalino,  
Á la Neruega tuerece su camino.  
En el Gótico mar mira al Oriente  
De Colmar los alcázares famosos,  
Ahora patria, y otro tiempo fuente,  
Y origen de los godos belicosos;  
Y siguiendo la costa del Poniente,  
De la Suecia goza los preciosos  
Metales, que revientan por los riscos,  
Y las fieras que amparan sus lentiscos.  
Pasa á Fimarquia, y sobre el cristalino  
Y endurecido mar que la costea,  
Conoce en el peñasco subentino  
El peligroso golfo que la ondea;  
Y dando á las espaldas el contino  
Fuego, que en la encubierta Tileumea  
Á las alturas de Biarma sube,  
Y allí se baja de su hueca nube.  
Estampa de las ruedas las molduras  
En la vega de Elsingue placentera,  
Gozando de las nuevas hermosuras  
Que en sus flores sembró la primavera;  
Y por entre arboledas y frescuras  
Del lago blanco llega á la ribera,  
En cuyas playas el mayor espacio  
Ocupa de Morgana el gran palacio.  
Fueron en este lago antiguamente  
De Galatea los baños celebrados,  
De cuyo pecho y cuerpo transparente  
La tibia leche y el cristal mezclados  
Le dan nombre y color, y la corriente  
De Varciga á la mar nuevos pescados,  
Que de sus revoltosos y anchos senos

Por secretos caminos le hace menos,  
Humillando jazmines y azucenas,  
Rosas y lirios, que el placer retoza,  
De blanco aljofar, y de olores llenas  
Las ruedas van de la imperial carroza;  
Y la playa, el cristal, y ondas serenas,  
La Hada mira, y con la vista goza  
De un florido tapiz, y alfombra rica,  
De cuanto abril y mayo multiplica.  
Del inmortal laurel en la guinalda  
Que en torno ciñe el lago, considera  
Bruñida plata, y cercos de esmeralda,  
Que un resplandor en otro reverbera;  
Y en las floridas rosas de su falda  
De pedrería una estrellada esfera,  
De no menor beldad que la que en vuelo  
Trastorna por sus vóvedas el cielo.  
Dentro del fértil lago, hácia la parte  
Que le apunta la luz de la mañana,  
Ó por natural curso, ó fuerza de arte,  
Está una fresca isleta y tierra llana;  
De cien torres ceñido un baluarte,  
Donde resurte vuelto espuma cana  
El cristal tierno, que en hermosos lejos  
Sirve á sus playas y árboles de espejos.  
Aquí sobre cimientos de alabastro,  
Y mármoles preciosos, se levanta  
Hecha de un cerco en conjunción de un astro  
De un real palacio la soberbia planta;  
Sin que de cimbrías ni canterastras  
Quedase al mundo de grandeza tanta,  
Que Morgana lo hizo en sola un hora,  
Al romper blanco de la tierna aurora.  
En doce altivas torres dividido,  
Donde el diestro primor de un nuevo Apelés  
Mil lazos relevó de oro bruñido  
Al vuelo de sus altos chapiteles;  
El jaspeado muro compartido  
En dorados balcones y rejeles,  
Y el claro ventanaje en mil maneras  
De alegre luz, y claras vidrieras.  
Las altísimas bóvedas cargadas  
Del peso real de un bárbaro tesoro,  
De bruñido alabastro las portadas,  
Los firmes quicios de metal sonoro;  
Sobre que se revuelven ajustadas  
Las puertas de marfil, y clavos de oro,  
Que es esta Hada la que al mundo vano  
Las riquezas reparte de su mano.  
Crece un fresco jardín sobre la playa,  
A sus resacas y frescor dispuesto,  
Del quebrado cristal florida raya,  
Y del deleite humano alegre puesto;  
Donde Pomona de su verde saya  
El regalo mayor dejó traspuesto,  
Sembrando por sus yerbas y sus flores  
La humana industria todos sus primores.  
De un lustroso cristal muro almenado  
La corva playa ciñe del Poniente,  
De dorados balcones rodeado,  
Al precioso jardín pomposa frente:  
Donde del rice mayo el matizado  
Artificio, en la cerca transparente  
De rayos de oro forma, y de vislumbres  
Hermosos visos, y encendidas lumbres.  
Que al jugar por los árboles el viento,  
Y el sol dorar sus hojas de esmeralda,  
Del claro golfo en el mudable asiento,  
Del real jardín la altísima guinalda;  
Á la vista hace del que mira atento,  
De verde, azul, de rosicler, y gualda,  
Bellos reflejos, claros resplandores,  
De un mezclado color de mil colores.  
Tal de vidrio sutil hinchadas pomas,  
Del claro alinde por el terso poro,



Alegres fingen de lustrosas gomas  
Jardines de esmeralda, y bosques de oro;  
Y en bellos tumbos de preñadas lomas,  
La matizada cera abre tesoro  
A unos alegres visos, que en reflejos  
La vista engañan con fingidos leos.

Y así la Hada por la selva amena,  
Mientras volando pasa su carroza,  
De alfojar y oro la campaña llena,  
Sus flores mira, y sus olores goza:  
Ve el palacio, el jardín, y la serena  
Playa, donde el verano se remoja.  
Que en aquel punto al despuntar el día  
Luces sembraba, y rosas producía.

Ya de las torres un clarín bastardo  
La salva hacia á la amorosa Alcina,  
Que en vista alegre y ánimo gallardo  
Doblando iba la playa cristalina:  
Cuando en hábito humilde, y paso tardo,  
Entre dos mirtos, y una parda encina,  
Un bulto vió... mas yo que un mundo entero  
Confuso miro, y darlo en órden quiero;

La pluma vuelvo á la intrincada masa  
De historias, que en aliento y son divino,  
Como de un nuevo abril flores sin tasa  
Por este asunto brotan peregrino:  
Después diré de la encantada casa,  
La traza, el modo, y fin deste camino,  
Que de la historia aquí la grave suma,  
Tras su vuelo arrebató el de mi pluma.

Y el triste y ronco son de las cadenas  
De un conde por envidia aprisionado,  
Aunque al rey sordas, porque son ajenas,  
Ya mi música y voz han destemplado:  
Y sus canas de honor y llanto llenas  
Piden que deje el cuento comenzado  
Por ver de sus delitos el proceso,  
Que es obra santa consolar un preso.

Tuvo el rey Casto una gallarda hermana,  
Y hubo en Saldaña un conde valeroso,  
Ella Venus en gala cortesana,  
Y él en braveza un Marte belicoso:  
Y ambos de la nobleza castellana  
La fuente del caudal mas abundoso,  
En quien mostraron su poder á una  
Los tiempos, el amor, y la fortuna.

El tiempo les dió en gracia y gentileza  
Colmada á sus deseos la medida,  
Y del pródigo amor la ancha largueza  
Todo el vivo placer con que convida:  
Solo de la fortuna la tibieza

Su gloria dejó en llanto convertida  
Con que sus gustos vueltos en dolores  
Tuvieron mas de amargo que de amores.

Duró el tiempo feliz de los amantes  
Lo que el sagaz recato en su cuidado,  
Que en el amor los gustos importantes  
Son hurtos de contento reservado:  
Al fin con ocasiones semejantes  
Del cielo llegó el tiempo señalado,  
Que á Bernardo con próspero ascendiente  
La vida había de dar, y luz presente.

Y luego que en los signos mas dichosos  
Que en sus esferas vió el cielo sereno,  
Y á gozar de los siglos venturosos  
Salió encogido del materno seno,  
Incitado de pechos envidiosos  
El rey, quitando á la templanza el freno,  
De su hermana, y el conde de Saldaña,  
A pesar se vengó de toda España.

Y en justa pena al descortés delito  
De haberse tras su antojo desposado,  
Y en la ciega pasión del apetito  
Su real palacio y opinión manchado,  
Con dura ley y riguroso edito

Ocultó el niño, el conde aprisionado,  
A su hermana hizo monja, con que pudo  
Torcer del firme matrimonio el nudo.

Sobre tres quintos lustros daba el cuarto  
De su curso infeliz la mayor parte,  
Que de gustos ayuno, y penas harto,  
La honra y la fama de Saldaña y Marte:  
En el mas solo y encubierto cuarto,  
En que un torreado alcázar se reparte,  
Vivia en su cadena y prision fuerte,  
Si es la vida en prision vida y no muerte.

Guardaba el mundo tan oculto al conde,  
Que ya los vivos le tenían por muerto,  
Y si está preso, nadie sabe donde,  
Que el rey por mas seguro lo ha encubierto;  
Y siempre á un desdichado corresponde  
Olvido general, favor incierto,  
Que la fortuna al trastornar su esfera,  
Ninguna gloria antigua deja entera.

De un ofendido rey el rigor grave  
Ponerle pudo en cárcel tan estrecha,  
Que ni del día ni la noche sabe,  
Ni cual favor le daña, ó le aprovecha:  
Del trato mas hidalgo y mas suave  
Con mas recelo vive y mas sospecha,  
Que es grave riesgo, y de áspero castigo  
Un ofendido rey por enemigo.

Así en larga cadena ahorrado,  
El preso conde sin vivir vivía,  
Cuando un hombre de nuevo aprisionado  
Su tristeza aumentó, y su compañía:  
De aspecto afable, rostro autorizado,  
De discrecion un centro y cortesía,  
Que son las partes que con fiesta doble  
El lustre muestran de la sangre noble.

Ceñido en torno de un doblado muro  
En la Mota de Luna un cuarto había,  
Que un ciego caracol por mas seguro  
A sus lóbregos senos descendía:  
Secreta estancia, calabozo obscuro,  
Donde jamás llegó la luz del día,  
Y tal que al delincuente mas amigo  
De cárcel le servía, y de castigo.

A esta bajó Teudonio por mas fuerte,  
Que así el honrado preso se llamaba,  
Y al afligido conde allí la muerte  
Por sobrarle la vida le faltaba:  
Llegó el huésped, y tuvo á feliz suerte,  
Aunque en la ciega sepultura entraba,  
Ver otro muerto allí, que todavía  
Consuela en la afliccion la compañía.

Diéronse en cortés trueno afablemente  
El pésame, y la bien venida á una,  
Doliéndose cada uno del presente  
Daño que al otro ha hecho la fortuna:  
El conde, como aquel que ha estado ausente  
Del cielo, el claro sol, y errante luna,  
Tantos años cerrado en el profundo,  
Podíase ya contar por de otro mundo.

Y deseando saber qué nuevo estado  
Las cosas alcanzaban de la tierra,  
Quien gobernaba el reino, á cuál cuidado  
La dulce paz está, y á cuál la guerra;  
Dejando su valor disimulado,  
Que quien luego lo dice todo yerra,  
Así con un fingido regocijo,  
Afable, vuelto á don Teudonio, dijo:

«Señor, aunque en mis culpas he aprendido  
Que jamás el castigo faltó en ellas,  
Sé tambien que no siempre un afligido  
Padece y sufre agravios por tenellas:  
Que el tiempo muchas veces compulso  
Del contrario rigor de las estrellas  
Trocaré vengamos, y enviar al suelo,  
En vez de alegre sol, borrasca, y yelo,



Y ahora vuestra presencia resplandece  
 Aun entre estas tinieblas de tal modo,  
 Que en su compuesta gravedad parece  
 Retrato singular del valor godo.  
 Yo, señor, soy un hombre en quien feneció  
 De mi principio y fin el nombre todo,  
 No tengo mas valor, ni mas estado,  
 Que ser dichoso ayer, y hoy desdichado.  
 No os quiero ya informar de mi derecho  
 Que en la cárcel no hay preso con delito,  
 Todos están sin culpa, y sin provecho  
 Es dorar á la culpa el sobrescrito:  
 Solo os ruego, señor, si á un noble pecho  
 Amor con sola ceremonia y rito  
 Puede obligar, conozca ahora el vuestro,  
 Que le deseo servir en mas que nuestro.  
 Y en recambio me deis de vuestras cosas  
 La parte que sin riesgo os pareciere,  
 Seguro que en las tristes, ó dichosas,  
 Mi gusto os seguirá como pudiere:  
 Mas si estas son demandas peligrosas,  
 Que ni el lugar ni el tiempo las requiere,  
 Contadme en truco, porque así se aborren,

En el mundo qué mundo y tiempos corren.  
 ¿Qué cetro le gobierna y rige ahora?  
 ¿Qué guerras hay de nuevo? ¿qué dictados?  
 ¿Si es ciega todavía la señora  
 Que da y reparte reinos empréstados?  
 ¿Quién se señala en armas? ¿quién adora  
 La fama? ¿quién celebra sus cuidados?  
 ¿Qué ritos? ¿qué premáticas? ¿qué leyes,  
 O qué lisonjas privan con los reyes?»  
 Así el conde, y Teudonio así admirado  
 De la prudencia y gravedad del preso,  
 En tanto que habló estuvo colgado  
 De su dulce discurso y raro seso:  
 De aquel discreto preguntar pagado,  
 De las preguntas, y su grave peso,  
 La entereza del ánimo, y el modo,  
 Tan de pecho real y heroico en todo.  
 Y en sus penas suspenso y divertido,  
 Sin conocer al olvidado conde,  
 Teudonio, mas de honrado y comedido,  
 Que gusto de hablar, así responde:  
 «Si los agravios con que me ha traído  
 Fortuna aquí, lugar me dan por donde



Aliviar tu cadena, y mis prisiones;  
 Gran campo han descubierto tus razones.  
 La tierra está sembrada de portentos;  
 De grandezas hasta ahora nunca vistas;  
 Famosos hombres, de altos pensamientos;  
 Armas, guerras, furor, pleitos, conquistas;  
 Fieros jayanes, bárbaros intentos.  
 Altivos reyes, que en copiosas listas  
 El mundo sacan al soberbio alarde  
 De un desman nuevo en que hoy se enciende y arde.  
 En gran riesgo está España de perderse  
 Preñada de costosos enemigos,  
 Lijero el rey y fácil de creerse;  
 Y sin lealtad y fe los mas amigos:  
 Harto desto en mis causas puede verse  
 Y servir mis agravios de testigos,  
 Pues mis nuevas cadenas y prisiones  
 Son de eterna lealtad los galardones.  
 Es Teudonio mi nombre, y mi famoso  
 Linaje en todo el orbe conocidos  
 Del feliz Recaredo en rio copioso  
 Por sucesion legitima traído  
 Hasta don Pedro, duque valeroso  
 De la Cantabria, padre esclarecido  
 Del Católico Alfonso, y del valiente  
 Fruela, de corazon y de alma ardiente.

Fue sucesor de Alfonso otro Fruela,  
 Y el generoso infante Vimarano,  
 Por quien del rey su hermano la cautela  
 Cruel le hizo, y fratricida hermano;  
 Deste un hijo quedó en su infiel tutela,  
 A quien en recompesa dió el tirano  
 Del muerto padre, y de su injusta sana  
 En titulo el condado de Saldaña.  
 Del Fruela primero, hijos famosos,  
 Aurelio fue, Teudonio y don Bermudo,  
 Soldado el uno, y reyes poderosos  
 Los dos, que en cuanto el tiempo darles pudo;  
 Teudonio otros dos hijos belicosos  
 Dió al mundo, y de los dos el mas membrudo,  
 Por animoso, intrépido y osado,  
 El conde don Osorio fue llamado.  
 Deste nació mi padre, y por el suyo,  
 Como he dicho, me llaman don Teudonio,  
 Y esta es la sangre que amo y la que huyo,  
 Y este de mi linaje el testimonio:  
 Ni la fortuna me faltó, sin cuyo  
 Favor en el estado y patrimonio  
 Ser la nobleza suele grave carga,  
 En honras corta y en congojas larga.  
 Estado tuve, y tengo suficiente  
 Por mi, y por mis mayores levantado,

De reyes como el rey soy descendiente,  
Y tan leal con él como agraviado:  
Un tiempo me trató por su pariente,  
Con favor y caricias de privado,  
Mas siempre las privanzas de los reyes,  
Como viven sin ley, mueren sin leyes.

Cuando de Nugariz la furia esquivó  
Con ochenta mil moros de pelea  
Entró en Asturias, y á su voz altiva  
Tembló cuanto en sus términos rodea:  
Yo que de mis primeros años iba  
Dando al mundo el ensaye y la tarea,  
Por el gusto del rey toda la tierra  
General me aclamó de aquella guerra.

Nuestro pequeño campo en el de Lutos  
Al morisco dejó desbaratado,  
Que las infames párias y tributos  
Pedia soberbio, y de ánimo arriscado;  
Y pasando con libres piés enjutos  
Sobre el roto escuadron empantanado,  
Crucé de Miño y Duero ambas riberas,  
Y asombré á Portugal con mis banderas.

Largo es contarte desta gran jornada  
Los sucesos y lances por menudo,  
Públicos fueron, y ella tan nombrada,  
Que al mundo hacer temblar su fama pudo:  
No quedó filo de enemiga espada,  
Ni resistencia de contrario escudo,  
De Oviedo hasta Lisboa, que no fuese  
De la opinion y ley que yo le diese.

Y aunque para las fuerzas de la guerra  
En campo la persona real venia,  
El baston general de mar y tierra  
A cuenta anduvo siempre de la mia:  
Tomé á Lisboa, y cuanto dentro encierra  
Di franco á mi española infantería,  
Con que la volví rica, y vi triunfante,  
Mas por faltarle yo no fue adelante.

En este tiempo con la hermosa Berta,  
De Carlo rey francés querida hermana,  
Santo himeneo el montañés concierta,  
En solene aparato y pompa ufana;  
Y en la rica ciudad ahora desierta,  
Que á Ulises ya fue un tiempo certesana,  
Del grave asiento á las futuras bodas  
Las condiciones se firmaron todas.

Despachóse á mi cargo la embajada  
Por gusto real, ó pretension agena,  
De quien por dicha el ver la mia colmada  
Era para la suya estorbo y pena:  
O fuese que ocasion tan señalada  
Con solo mi valor quedaba llena,  
Yo al fin con el asiento y real presente  
Partí, dejando al rey por mi teniente.

De parte del ejército asturiano,  
De sargento mayor hacia el oficio  
Basilio de Manuces, un villano  
Catalan falso, hecho de artificio:  
A quien pudo el dinero dar la mano,  
Y subirle del reino en perjuicio  
A la plaza que ocupa, y no merece,  
Mas donde él manda todo le obedece.

Era bisnieto del traidor Manuces,  
Que con Tarif capituló concierto  
De dar á sus escuadras andaluces,  
Rendida la ciudad y su rey muerto:  
Este, pues, que por caños y arcabuces  
Tan limpios vino al mundo, y salió enjerto,  
Hijo de una africana esclava lora,  
Con mezcla catalana y sangre mora;

Luego que el campo y gente victoriosa,  
Sin mi quedé en dos bandos dividida,  
Y su hambrienta codicia, y la ambiciosa  
Sed de mandar no se halló oprimida,  
Con maña astuta y traza cavilosa,

La mas granada gente reducida  
A su opinion en riesgo no pequeño,  
De la guerra y la paz se alzó por dueño.

Fuese en secreta astucia apoderando  
De las fuerzas del reino, y porque habia  
Leales cabezas del contrario bando,  
Cuya ambicion las suyas reprimia;  
Por dar mas nervio al usurpado bando,  
Y entrada á su insolente tiranía,  
Dos parientes del conde de Saldaña  
Nuevos cómplices hizo en su maña.

Estaba el conde preso injustamente,  
Y aun lo está todavía sino es muerto,  
Sin que criado, amigo, ni pariente  
De su prision alcance el lugar cierto;  
La culpa á tanta pena insuficiente,  
El rigor grande, el perdonarle incierto,  
Agraviada de España la nobleza,  
Y el obstinado rey en su dureza.

Esto en su arbitrio fue ocasion bastante,  
Y el fingirse falaz protector della,  
De hacer mal quiso al rey, y su arrogante  
Animo, con mas fuerte y firme estrella;  
Creció en hinchado aplauso en lo restante,  
Y al fin por esta senda sin perdella,  
Un sin principio pudo, mal nacido,  
Privar del reino al rey inadvertido,

Libróse en nueva astucia y presta huida  
De las traidoras armas del tirano,  
Que para asegurar la infame vida,  
Contra su rey tomaba ya en la mano:  
El nuevo asombro de la real caida  
A la córte llegó de Carlo Mano  
Contigo, en que se vió ser mi persona  
Lá leal cabeza de su real corona.

La triste nueva el mundo alborotado  
Dejó, y de mi embajada el grave asiento  
Sin fuerza, que en no haberla el cielo dado,  
Frustrado vino y sin sazón su intento;  
Hallóse el reino y rey necesitado,  
El imperio temiendo un fin violento,  
De árabes lleno y bárbaros jayanes,  
Y ausentes sus invictos capitanes.

Bien que en medio el aprieto en que Agramante  
A Francia tuvo en la ocasion presente,  
Su inclito emperador campo bastante  
Al rey envió de su francesa gente;  
Y por ausencia del señor de Anglante,  
A quien vió á la sazón el rubio Oriente  
De amores preso de su reina bella,  
A Gayferos nombró general della.

Con valiente escuadron de pechos briosos  
De Carlo Magno el generoso yerno,  
De París los alcázares famosos  
Soberbio deja, y vuelve á mirar tierno:  
Llevando de su esposa los hermosos  
Ojos por norte y luz de su gobierno,  
Que el niño amor por las recientes bodas  
Quiso á una gloria aventurarlas todas.

No se atrevió á quedar la bella incauta  
En las mudables manos de la ausencia,  
Que es amor con la sogá á la garganta,  
Y hacer sin fruto y premio penitencia:  
Es niño amor, cualquier cosa le espanta  
Y en gustos dilatados no hay paciencia:  
Tierno Gayferos, Melisendra bella,  
La guerra larga, no quiso ir sin ella.

Dejó del río Siene los cristales,  
Y la costa Aquitania al diestro lado,  
De Orlens los muros, y altos pantanales  
De Bourges y el río Erve medio helado:  
Y tocando en Limojes sus breñales  
Pasa, y llega á Garona, en que alojado  
Sobre una férti! vega hizo alarde  
De su aparato bélico una tarde.

De doce veces mil fue la reseña,  
 Gente en cursadas guerras escogida,  
 Bien que á la que fortuna es zahareña,  
 No importa mas despierta que dormida:  
 Una mañana cuando el alba enseña  
 De aljofar su guirnalda guarnecida,  
 De aquel aljofar que al romper la aurora  
 Su luz primera, el cielo en flores dora,  
 El rey de Argel, el fiero Rodamonte,  
 Con una escuadra de enemiga gente,  
 Saliendo de una selva, entrando á un monte,  
 Dió sobre el nuevo campo de repente;  
 Y apenas con la luz del horizonte  
 La desvelada centinela siente  
 La mora tropa, cuando al arma grita,  
 Y ella al son de un clarín se precipita.  
 Hallónos descuidados el asalto,  
 Y el sagaz enemigo en ordenanza,  
 La grita, el algazara y sobresalto

Fue la primera y la mayor matanza:  
 Quién corre á las trincheas, quién de un salto  
 Caballo cobra sin espada y lanza,  
 Va sin saber adonde, y de esa suerte,  
 Por guarecer la vida en la muerte,  
 Uno busca las armas, que dormido  
 Ya le solian servir de cabecera,  
 Otro por yelmo de su arnés lucido  
 Del caballo se encaja la testera:  
 Quién arrogante, quién despavorido,  
 Quién con alma cobarde, quién con fiera,  
 Quién con espada, quién con solo escudo,  
 Y quién de rabia armado va desnudo.  
 El astuto enemigo que el desórden  
 Vió del dormido campo, el suyo aguija,  
 Y antes que de oro los penachos borden  
 Los rayos del que al mundo regocija,  
 Nuestro alboroto atropellando en órden,  
 Codiciosos del saco y la partija,



Con trápala, alarido y alboroto.  
 Quedó al primer asalto el francés roto.  
 Rodamonte de Sarza, que en la tierra  
 De la muerte fue el dardo mas agudo,  
 Y al cielo de la paz no movió guerra,  
 Solo porque subir allá no pudo,  
 Una luciente cimitarra afierra,  
 Y echando á las espaldas el escudo,  
 Entró por el ejército normando,  
 Aquí y allí rompiendo y destrozando.  
 El rostro al uno, al otro la cabeza,  
 A otro llevó los piés, á otro los brazos,  
 Hecho dos dejó á otro de una pieza,  
 Y á otro de tres golpes seis pedazos:  
 Hiende, mata, rebana, descabeza,  
 Y sin defensa, estorbos y embarazos,  
 De aquí, de allí, de aquesta, ó de otra suerte,  
 No alcanza golpe que no sepa á muerte.

Parecia en el herir vivo trasunto  
 De Briareo en su batalla brava,  
 Cuando á un tiempo con todo el cielo junto,  
 Con cien brazos y espadas peleaba:  
 Desbaratando y rebatiendo á un punto  
 Su alfanje á Marte, á Hércules su clava,  
 A Palas su gorgon, su flecha á Apolo,  
 Y el rayo ardiente al rey del alto polo.  
 Gayferos que á la bella Melisendra  
 Abrazado en sosiego y paz dormía,  
 Al alboroto despertó, y contienda  
 De la desbaratada infantería;  
 Salta del lecho y sale de su tienda  
 Con sola espada, al tiempo que venía  
 El africano bárbaro arrogante,  
 Con mil vencidos pechos por delante,  
 Deten, canalla vil desordenada,  
 Dice el francés, y de un escudo afierra,

Y con él, con su cólera y su espada,  
 Con Rodamonte y su soberbia cierra;  
 Y apuntando á la gola una estocada,  
 Aunque por su desgracia el golpe yerra,  
 Tal fue su furia y su llegar tan presto,  
 Que le llevó seis pasos descompuesto.

Valióle al yerno del francés caudillo  
 Coger al rey de Argel de sobresalto,  
 Que á tener mas lugar de prevenillo,  
 Su muerte fuera el descompuesto asalto:  
 Yo solo que lo ví puedo decillo,  
 Que fui á ayudarle en verle de armas falto,  
 Al tiempo que el jayán de rabia loco  
 Le era para vengarse el mundo poco.

Lanzando humo y fuego la visera,  
 Y los dientes quebrando de coraje,  
 Sobre el francés la cimitarra fiera,  
 Hace á dos manos que furiosa baje:  
 Fue su reparo el ir á la ligera,  
 Y un salto que por medio no le raje,  
 Que á esperarle fiado en el acero,  
 Dos Gaiferos hiciera del primero

Al desviarse dél bajó la espada,  
 Y á un duro risco en inmortal empeño  
 La mitad de ella se quedó clavada,  
 Y bramando de cólera su dueño;  
 Por junto al firme puño destroncada,  
 Y viendo el golpe en vano, aquel pequeño  
 Trozo que de su alfange halló consigo,  
 Furioso envió á buscar á su enemigo.

El bravo Alcín, y el bello Atenedoro,  
 Ambos competidores y galanes,  
 Que por la dama que gozó Medoro  
 Otro tiempo pasaron mil afanes;  
 A la sazón que el descompuesto moro  
 De la espada arrojó los gavilanes,  
 En favor iban del francés Gaiferos.  
 Matando el uno, el otro haciendo fieros.

Y aunque erró el tiro el moro de arrogante,  
 A Atenedoro dió que era el postrero,  
 Que no está todo el riesgo en ir delante,  
 Ni el peligro mayor en ser primero:  
 La celada le abrió, que á ser diamante  
 Lo mismo fuera entonces que de acero,  
 Poniéndole los sesos por el suelo,  
 Y á Alcín eternas treguas en su celo.

Gaiferos que vió el golpe, y la herida,  
 Y que le libró de ambos su destreza,  
 No huye el riesgo, que salvar la vida  
 Padeciendo la honra no se grandeza,  
 Y aunque está la ventaja conocida,  
 Y armado de los pies á la cabeza  
 El moro, y él sin armas todavía,  
 En mas que el hierro está la valentía.

Por la cimera le alcanzó un mandoble,  
 Que de plumas dejó sembrado el suelo,  
 Y forzó al fiero rey que humille y doble  
 El cuello altivo á su orgulloso celo;  
 Que honra herida en sentimiento noble,  
 No hay cosa que acometa con recelo,  
 Tras él le da una punta y otra punta,  
 Por quien tal vez la roja sangre apunta.

El moro que se halla sin espada,  
 Y de un hombre sin armas ofendido,  
 En rabia ardiendo con la vista airada,  
 Parece al cielo vuelto áspid herido;  
 Y de la peña que dejó cortada,  
 Un duro risco en alto suspendido  
 Contra el francés arroja, y arrojará  
 El monte Tauro que á sus pies hallará.

Bien así el cielo Polifemo bruto,  
 En descompuesta cólera encendido,  
 Sintiendo irse por agua el griego astuto,  
 En su humilde vellón entretejido;  
 De la puerta del sótano con luto

El gran peñasco asió, y tiró al ruido  
 Del libre preso ya, y el peso grave  
 Hiciera en medio el mar hundir la nave.

No fue de riesgo el espantoso tiro,  
 Aunque se llevó á Fabio por delante,  
 Fabio infeliz, que natural de Epiro  
 En Francia subió á noble de farsante;  
 Y dando el alma el último suspiro,  
 Confesó que la culpa de arrogante,  
 Mudar le hizo de oficio y pasatiempo,  
 Y en la guerra morir antes de tiempo.

Mas no dejó su muerte sin venganza  
 El francés capitán, que al homicida  
 A dos manos por medio el cuerpo alcanza  
 De un revés diestro una mortal herida;  
 Dada en tal ocasion, con tal pujanza,  
 Que á no estar la escarcela guarnecida  
 Con redobladas láminas de acero,  
 Mucho antes le matará que Rugero.

Fue encenderle la cólera al gigante,  
 Que saliendo de sí de rabias lleno,  
 Un duro roble asió que vió delante,  
 Cual seca caña de liviano heno;  
 Y de él ya hecho un bárbaro montante,  
 Lleva á dos manos sin templanza y freno  
 A descompuestos golpes el medroso  
 Campo huyendo de su herir furioso.

Las calientes entrañas escondidas  
 Ya por el valle aquel deja sembradas,  
 Los destrozos, crueldades y heridas  
 Sin cuento fueron para ser contadas;  
 Diferencias de muertes nunca oidas,  
 Antes puestas por obra que inventadas,  
 Aquí destroza y hunde, acullá mata,  
 Y un campo entero asombra y desbarata.

Así tal vez del Alpe se desgaja  
 Peñasco altivo en impetu furioso,  
 Que á buscar en el centro humilde baja  
 A pesar de los árboles reposo;  
 Y si la encina, el fresno, ó roble ataja  
 A su caída el vuelo presuroso,  
 Hasta arrojarse en el profundo valle  
 Por cuanto encuentra rompe, y hace calle.

Tal el jayán en su tropel violento  
 El roto campo con furor derrama,  
 No causa mas horror el rauda viento  
 Cuando en las olas del Egéo brama;  
 Y á escarpar solo el marinero atento  
 A Santelmo en devotos gritos llama,  
 Que del moro el destrozo y el gemido  
 Del campo humilde á su furor rendido.

Y mientras el soberbio rey de Sarza  
 Tales blasones labra á costa nuestra,  
 Bravo en ver que el francés huya, y se esparza,  
 Medroso de los golpes de su diestra;  
 El valiente Alancredo de Galarza,  
 Del montañés valor su parte muestra,  
 Defendiendo la bella Melisenda  
 De mil moros que acuden á su tienda.

Era el jóven feliz de ánimo vivo,  
 Briosos portacion, y fuerza brava,  
 Galán, diestro, cortés, bizarro, altivo,  
 Que el rojo bozo apenas le apuntaba;  
 De una bella mujer recién cautivo,  
 Que á la francesa infanta acompañaba,  
 Y la formó de intento su ventura.

Mas que el sol bella, y mas que el mármol dura  
 Dióle el gusto y el alma por despojos  
 A las primeras vistas de su gala,  
 Y ella por una gloria mil enojos,  
 Que amor es peso que jamás se iguala:  
 Bien que tal vez con halagüenos ojos  
 Le acaricia al descuido y le regala,  
 Que no hay mujer tan dura y desabrada  
 Que del todo aborrezca si es querida.

Tocó aquella noche ser de guarda  
A la real tienda, cielo de su gloria,  
Adonde en sueño en vuelta la gallarda  
Rosia, del ni de sí tiene memoria:  
Mas el que ama de veras nunca aguarda  
A si es ó no su voluntad notoria,  
Que en cuanto hace, habla, piensa, siente,  
Siempre se da el amante por presente.

Fue por ser visto el montañés gallardo  
Mas puesto á lo galan que á lo seguro,  
Bizarra calza de amarillo y pardo,  
Grabado, pero ardiendo en oro puro;  
Plumas en el sombrero, y por resguardo  
De una acerada cofia el temple duro,  
Relumbrante rodela, espada y daga,  
Y un gran valor que á todo satisfaga.

De verde y plata el fino arnés grabado,  
De aljofar y oro los bordados tiros,  
Una banda de perlas y encarnado,  
Y un collar de diamantes y zafiros;  
Y un barco entre dos aguas engolfado,  
Que las altera un ciego con suspiros,  
En la rodela, y este mote abierto,  
»Donde está el bien dudoso, el mal es cierto.»

No se vió en los cristales de Zelis,  
Ni trastornó las flores del Parnaso  
En mas lozano talle su narciso  
Siguiendo á un presto corzo en campo raso;  
Ni con mas gracia, mas primor ni aviso  
Notó Beocia su gallardo paso,  
Cuando fue de sus selvas el tesoro  
Con arco de marfil y flechas de oro:

Que el brioso Alancredo con su gente  
A hacer la ronda fue, y guarda á su dama,  
Donde los arboles del Oriente  
Le saludaron con su nueva llama;  
Y el mauritano campo de repente,  
Con la ocasion de un gran renombre y fama,  
Dándole amor aliento, el honor brio,  
Y su espada de sangre mora un rio.

El rubio orion, que con su alfange de oro  
El mundo alumbra, parecia á la puerta  
De la real tienda, cuando el cauto moro  
La asaltó en sueño sepultada y muerta;  
Y el de su nuevo amor viendo el tesoro  
Al riesgo puesto de una suerte incierta,  
Y que aun los bravos huyen, sale ciego  
De honra y amor de dos haciendo un fuego.

»Teneos, dice, cobardes, ¿dónde os lleva  
El deseo infame de vivir sin honra,  
Que antes de hacer de los contrarios prueba,  
Desu temor haceis vuestra deshonra?  
Tened, parad, volved, haced que os deba  
Mi espada el verla un rato como os honra,  
Y de este orgullo os da, que ahora os espanta,  
A costa suya una venganza santa.

Si tanto miedo os pone el de la muerte,  
¿En cuál parte del mundo no se halla?  
¿Dónde ó cómo podrá la humana suerte  
Dejar por mas que huya de alcanzalla?  
¿Adónde al flaco campo huis del fuerte,  
Cobarde, vil y misera canalla?  
¿A qué castillo, á qué ciudad, qué muros,  
Si con trincheas aquí no estais seguros?»

Dijo, y en tanto que él con sus razones,  
Y los sangrientos filos de su espada,  
Venció algunos honrados corazones,  
Y mató alguna gente desmandada:  
Una escuadra de alarbes nasamones,  
Gente en las sirtes libicas criada,  
La tienda real entró, prendiendo en ella  
A Melisendra ilustre, y Rosia bella.

El montañés que mira su esperanza  
Mudada en posesion de un torpe moro,  
Y que en cualquiera punto de tardanza

A mortal riesgo queda su tesoro:  
Furioso en medio el escuadron se lanza,  
A rescatar con sangre y no con oro  
La vida de su alma que es amante,  
Y está á verle morir su amor delante.

Hiere de tajo, de revés y punta,  
Y á voces, golpes, gritos y heridas,  
De amor la furia á la de Marte junta,  
Rinde, espanta, acobarda, y quita vidas;  
Y al que la suya vió llevar difunta,  
Con manos sin temor descomedidas,  
Los ojos con que osó verla agraviada,  
Ambos se los cosió de una estocada.

A otro el brazo cortó, dejando asida  
La mano al velo de oro y halagüeño,  
Por donde la prendió medio dormida,  
Y le quitó la libertad y el sueño;  
Y ya en ella y su honor restituida,  
»Toma, dice, señora, este pequeño  
Servicio, del que indigno de tal palma  
No se atreve tambien á darte el alma.»

Ella en alegres ojos y alma ardiente,  
Con un tierno suspiro vergonzoso  
El riesgo le pagó y favor presente,  
Que á mas que esto un mirar es poderoso;  
A la sazón que un bárbaro inclemente  
Al francés lecho perturbó el reposo,  
Por saquear la bella Melisenda,  
Y el rico mueble á su asaltada tienda.

Pone punto al amor, y á la honra acude,  
Suya en un trance tal, y de la infanta,  
Y sin que el jayan fiero el paso mude,  
La cabeza le deja sin garganta:  
Haciendo en esto que la reina dude,  
Si el bulto muerto mas que el vivo espanta  
El lecho, antes de gusto, ya cubierto  
De roja sangre, y un contrario muerto.

Los demás que en la tienda al robo atentos  
Por interés sin honra habian entrado,  
Asombrados de golpes tan violentos,  
Por la vida renunciaron lo robado;  
Y al victorioso amante entre lamentos  
De francesas beldades rodeado,  
Que asidas todas de él, pensó cada una  
Guarecer en la suya su fortuna.

La tienda reforzó cual mejor pudo.  
Y al paso se hizo una invencible roca,  
Donde un ciego monton de pueblo rudo  
Confuso arremetió con furia loca;  
Por capitán un Zahará membrudo,  
Nacido del rio Cénega en la boca,  
Que al filo de una corva cimitarra,  
A un hombre dentro de su arnés desgarró.

Acertóle uno al montañés valiente,  
Y no bastando á todo la rodela,  
Parte aunque poca le alcanzó en la frente,  
Que le sirvió á su cólera de espuela:  
Tras él la chusma de la negra gente,  
En confuso escuadron y estrecha muela,  
Por todas partes le acomete y pica,  
Y en sangre ajena y propia le salpica.

Uno le arroja un dardo, otro una flecha,  
Otro el venablo que á sus piés enclava,  
Este con él se afirma, aquel le flecha,  
Este hiere de alfange, aquel de clava:  
Parecia nube y tempestad deshecha,  
Que instrumentos de guerra granizaba,  
Cruzando por el aire hechas cometas,  
Chuzos, lanzas, gorgucos y saetas.

Y el como áspera roca á todos vientos,  
En medio el turbulento mar sentada,  
Que de los alterados elementos  
Es por mil partes juntas contrastada;  
La mar carcome, y bate los cimientos  
De rayos, aires, y ondas asaltada,

Y ella firme en sus ásperos bajos  
De lejos pone espanto á los navios.

Andaba por mil partes mal herido,  
Aunque de todas á su honor vengado,  
Que no hay en su esgrimir golpe perdido,  
Ní en su reputacion tiempo olvidado;  
Mas ya de tanto bárbaro ofendido,  
Y de ayuda y socorro desahuciado,  
La rodela arrojó, y asíó la espada,  
Que ha de dejar su cólera vengada.

Y al feroz capitan en brio lozano,  
Al pasar de dos brazos quitó el uno,  
A otro dejó en un pié y sin una mano,  
Y á otro cortadas ambas sin ninguno:  
A este hiere de corte, á aquel de llano,  
Y este y el otro ensarta de uno en uno,  
Hiende, parte, rebana, descabeza,  
Y cuando al parecer acaba, empieza.

La bella Rosia que en sangriento dia  
Su caro español ve pisar la tierra,  
Y la pena del riesgo en que le via  
Al rostro saca lo que el pecho encierra:  
Deseosa de tenerle compañía,  
Y con vista de paz templar su guerra,  
Sin ocasion salió, que la sacaba  
Cloto, y el filo ya á su estambre daba.

Eran escarches de oro sus cabellos,  
De un cielo de marfil ricas techumbres,  
Que en tiernas rosas y jazmines bellos  
De su garganta dan doradas lumbres:  
Los ojos de azabache, y dentro de ellos  
De placenteras niñas dos vislumbres,  
Que al sol retozan, que en coral hacia  
La rica concha de quien nace el dia.

Salió á ver el ejército enemigo,  
Y así le dice á su español brioso:  
»Tu brazo el cielo esfuerce, ó caro amigo,  
Y de riesgo te saque tan dudoso:  
Animo amor, que moriré contigo,  
¡Oh Anercio triste, agüero prodigioso,  
Fortuna cruel, que á la primera suerte,  
Quieres que sea el favor azar de muerte!»

Aun mas queria decir, cuando de lleno  
La voz le atajó un dardo, que venia  
Deseoso de llegar al blanco seno,  
Donde su cielo la beldad tenia:  
Cayó cual tierna flor en valle ameno,  
Al tiempo que su amante revolvia  
A darle el alma y vida por despojos,  
Y cobrarla él de nuevo de sus ojos.

¡Oh tragedias de amor, glorias de viento  
Las que el tiempo nos muestra en sus mudanzas!  
¡Vienen en sombra, sombras de contento,  
Tesoros de engañadas confianzas!  
¡Con qué facilidad mudan asiento  
Las mas bien asentadas esperanzas!  
»¡Oh mi gloria, acabada ya, y perdida!»  
Dijo Alancredo al golpe de su vida.

Quiso ir á recibir entre sus brazos  
El desmayado cuerpo de su dama,  
Y los primeros y últimos abrazos  
Con que sin tiempo le convida y llama;  
»Mas no merezco, dice, tales lazos,  
Ni que de mí en el mundo quede fama,  
Si antes no le quite con la vida  
La gloria de tu muerte al homicida.»

Así dijo, y cual Hércules furioso,  
Con el incauto don de Deyanira,  
Rompe, quiebra, destroza, y presuroso  
Los altares trastorna ardiendo en ira;  
Hasta llegar al mensajero odioso  
Que el presente le dió, y temblando mira,  
Y en él á su furor ciego entregado,  
A no poder ya mas muere vengado;

Así de Rosia el sin ventura amante

Furioso entró en el escuadron tejido,  
Rompiendo cuanto encuentra por delante,  
Hasta el cobarde moro mal nacido;  
Que con medroso y tímido semblante,  
Del tiro y daño hecho arrepentido,  
Las espaldas volvió, mas no se fuera,  
Aunque por padre á Dédaló tuviera.

Por el crespo cabello, áspero y duro,  
Bramando le ase, y dél rastrando tira,  
Y haciendo que le den paso seguro,  
Seguro va á pesar de quien le mira,  
Adone yace entre un confuso muro  
De armas un rostro bello, en quien espira  
Del mundo la beldad, de honor lo justo,  
De amor lo fino, y de su amante el gusto.

Llega, y haciendo campo con la espada,  
El delincuente preso le presenta,  
Y así le dice con la voz turbada:  
»Remate triste de mi alegre cuenta,  
Suspende por un rato la jornada,  
En tanto que esta víctima sangrienta  
En tu altar sacrificio, y yo tras esto  
A seguirte y morir por tí me apresto;

Que no es bien que la pena de perderte  
Pueda menos en mí que un enemigo,  
Y que la aprehension del bien de verte  
No me lleve tras tí á verme contigo:  
Mi corta vida se acabó en tu muerte,  
Y así es muy fácil de acabar conmigo;  
Sigo tus pasos, que á quien vive en pena,  
La muerte mas penosa le despena.

Ya la vida me sobra, y el suave  
Deleite del morir siento en el pecho,  
Gloria y gusto que no se alcanza y sabe  
Sino es al punto deste paso estrecho:  
Que el cielo á este secreto echó la llave  
Porque el mundo quedase de provecho,  
Que á saberse lo dulce de la muerte,  
Fuera el largo vivir adversa suerte.»

Así dijo, y al moro que fue causa  
De la triste tragedia clavó al punto  
La daga al corazon, con que hizo pausa  
Su miedo, y se estendió el cuerpo difunto;  
Y tomando en sus brazos quien le causa  
Tormento, vida y muerte todo junto  
Los ya turbados ojos un instante  
Para mayor dolor puso en su amante.

Y con la débil voz enflaquecida,  
Como aceptando el sacrificio hecho:  
«¡Ay, dice, honesto amor, prenda querida,  
Cuan tarde conocí tu honrado pecho!  
¡Ingrata, que te vine á dar la vida,  
A tiempo que ya no era de provecho!  
Siendo para morir con pena eterna,  
Dura en la vida, y en la muerte tierna.

Mas si una alma es de estima en quien mudanza  
No habrá ya para siempre, en ella viva...»  
Fue á decir tu memoria, y no le alcanza  
La última parte que quedaba viva:  
Cayó muerta, y con ella la esperanza  
Del triste amante, y que con ansia esquivo  
Del presente dolor, y la perdida  
Sangre, tambien allí quedó sin vida.

En tanto el francés campo, á la potencia  
Del fiero rey de Argel, cayó delante,  
Sin caudillo que hiciese resistencia  
Al furor de su ejército arrogante;  
Que á unos el miedo, á otros la imprudencia,  
Para darlos rendidos fue bastante,  
El moro con soberbia vanagloria,  
Del despojo gozando, y la victoria.

Yo en tanta confusion del ya vencido  
Campo francés las sobras derramadas  
Cual pude recogí, aunque mal herido.  
En escuadron y mangas concertadas;



Gente visoña, pueblo mal regido ;  
Que los de pundonor y armas honradas,  
Por varios trances, en diversos modos,  
Sin dar un paso atrás murieron todos.

Cuatro mil desta gente alborotada,  
Al ronco son del repentino asalto,  
A defender su honor mal enseñada,  
En mi real estandarte hicieren alto :  
Melisendra á Sansueña fue llevada,  
Su esposo, de armas y de sangre falto,  
Quedó donde un soldado fugitivo  
Por muerto entre los muertos le halló vivo.

Con estas sobras de vencida gente  
Al socorro pasé del rey ingrato,  
Que en Samos, en custodia suficiente,  
Sin magestad vivía ni aparato ;  
Cual ya otra vez huyendo la insolente  
Tiranía se libró de Mauregato,  
Que de aquel santo claustro la guarida  
Dos veces le dió el reino, y dos la vida.

Rehice allí sus fuerzas con la mia,  
Y el bastante presidio reforzado,  
La vuelta de Leon tomé otro día,  
Injusta córte del tirano alzado ;  
Por si abría puerta, ó encontraba guía  
De reduccion al pueblo rebelado,  
Y con deseos tambien de ver mi esposa,  
Del cielo de mis gustos alba hermosa.

Filarco un noble caballero godo,  
Caudillo fiel de aquellas dos banderas,  
Que en Mondoñedo contra un campo todo  
De unas hojas se armaron de higueras ;  
A cuya sombra se peleó de modo,  
Que cobraron cien bellas prisioneras,  
Y á España dieron libre del pedido,  
Y á Figueroa blasones y apellido :

Deste fue hija Arlinda, por quien vivo  
Alegre al rayo de sus ojos bellos,  
Desde el día que amor blando y esquivo  
Para mi bien labró su alcázar dellos :  
Vilos en mi niñez, fui su cautivo,  
Y todo el cielo de mi gloria el vellos,  
Hasta que en día feliz, y hora dichosa,  
Rey de mis gustos fui, y ella mi esposa.

Trazóse el nudo de mi honrado intento  
Para la vuelta y fin de la jornada  
Del viaje de Lutos, y este asiento  
La ocasion suspendió de mi embajada :  
Llevado pues de mi amoroso aliento,  
Y la real pretension justificada,  
Por si en los tratos descubriese modo,  
Que al rey pueda importar y al reino todo.

Llegué á la córte en hábito encubierto,  
El riesgo huyendo del tirano brio,  
Solo al infiel Garilo descubierta,  
Un hombre hecho de solo el favor mio ;  
Sagaz, traidor, doblado, astuto, incierto,  
Con mas mudanzas que el raudal de un rio,  
Y con un medio tan de azares lleno,  
Ventura fue salir suceso bueno.

Peligro es levantar á honras mayores  
Sin gran virtud humildes nacimientos,  
Solía decir este ayo de traidores  
En favor de sus falsos pensamientos :  
Que los niños se engañan con amores,  
Y los hombres con falsos juramentos ;  
Y que en su mejor ley el mundo quiere,  
Queaquel tenga mas del que mas pudiere.

Entré escondido, y en su humilde teche  
Con fingido recato recibido  
Lo mas guardado le mostré del pecho,  
Y el fin honrado tras que había venido ;  
Y habiéndole del alma alcaide hecho,  
Dél, y la obscura noche guarecido,  
A mi Arlinda fui á ver, yendo conmigo

El alevoso en hábito de amigo.

Hallé la ilustre casa alborotada,  
Y mas se alborotó con mi venida,  
Por nueva desventura no pensada,  
De loca ocasion bárbara nacida ;  
El sin lealtad tirano en mano armada,  
Insolente furor y alma atrevida,  
Enamorado de mi esposa bella,  
Casarse á su pesar quería con ella.

Había intentado el caso por mil modos,  
Ruegos, lisonjas, fieros, amenazas,  
Y habiéndole salido en vano todos,  
A las armas se fue, y dejó las trazas ;  
Y un escudaron de cien bastardos godos,  
De alevé sangre y de mestizas razas,  
Envió, que por fuerza ó ruegos rinda  
Del padre el gusto, y de su hija Arlinda.

Vime de un nuevo enjambre de cuidados  
Cercada la confusa fantasia,  
Los puertos todos del favor tomados,  
Y la salud sin esperanza y guía :  
Mas el aprieto y casos ponderados,  
El breve tiempo, la venida mia,  
La fuerza del tirano, el mando injusto,  
Y el peligro comun de honor y gusto ;

Todo alumbró el confuso entendimiento,  
Y una quimera fabricó ac vista,  
Que puede mucho un noble pensamiento,  
Y es la necesidad grande tracista :  
O fue desesperado arrojamiento,  
O sentencia que el cielo dió en revista  
Contra el tirano infiel, cuya insolencia  
En nada halla y tiene resistencia.

Yo fui de parecer que libremente  
Al rey se entregue mi querida esposa,  
Corriendo un velo de alegría aparente  
Al triste ceño y cara vergonzosa ;  
Pues pretenderla resistir sin gente,  
Volverla afrenta fuera mas vistosa,  
Y donde la insolencia y fuerza daña,  
A veces suele aprovechar la maña.

Fue ya opinion del ofendido viejo,  
De Hércules Libio ilustre descendiente,  
Que donde no alcanzare el gran pellejo  
Del fuerte leon, se añada el de serpiente :  
Que las fuerzas se ayuden del consejo,  
Y el animoso aprenda á ser prudente,  
Que donde á ganar nada se aventura,  
Perderse no es valor sino locura.

Esto dispuse, y no perder su lado,  
Que es el riesgo de honor grave herida,  
Y en hábito de dueña disfrazado,  
Para la muerte encaminé mi vida :  
De un secreto puñal el brazo armado,  
Que de uno de los dos fuese homicida,  
Del tirano, ó si acaso errase el hecho,  
Se entrase de temor dentro en mi pecho.

Convino el grave acuerdo efectuarse  
A la priesa mayor que el tiempo daba,  
Sin ver el daño que era no guardarse  
Del traidor que allí en vez de amigo estaba :  
¡Oh! ¡cómo debe un cuerdo recatarse,  
Si al mejor tiento la lealtad se acaba !  
Y la sin premio envidia muchas veces,  
Para matar con una hace dos teces.

Arlinda con la guarda del tirano,  
Y con la mia dejó su honrada casa,  
Y al palacio guió, en que el rey en vano  
Contando el tiempo los minutos pasa,  
Trazando el gusto de entregarse en vano  
En la alta posesion de un bien sin tasa,  
Que un gran deseo sueña montes de oro,  
Que suelen ser al despertar de lloro.

El sin lealtad Garilo de otra parte,  
Sin mayor premio que mostrarse ingrato,



A riesgo de ambos trata de dar parte  
Al falso rey de mi encubierto trato;  
Y á toda priesa y diligencia parte  
A decir con el suyo mi recato,  
En el de un memorial, que contenia,  
Tras su infame traicion la lealtad mia.

Ya la cuadra real se habia cerrado,  
Y el rey con las corinas en su lecho,  
Al lado suyo Arlinda, yo á su lado,  
Bañando ambos en lágrimas el pecho;  
Y él con el tierno suyo enamorado,  
Procurando ablandarla sin provecho,  
Cuando sonó en la guarda de improviso,  
Que al rey le traen un importante aviso.

Garilo al rey gallego es quien lo envia,  
Y á quien la honra y vida importa el caso...  
Así su dulce historia proseguia  
El noble godo, cuando el sábio Eraso  
Su nuevo alcaide, sienten que venia,  
Y él por oírlos entretuvo el paso,  
Y Teudonio el aviso de Garilo,  
Y yo tambien, pues se ha quebrado el hilo.

Que el rumor de la guerra es ya de modo,  
Que el aire en ciega confusion envuelve,  
Y en la francesa furia y valor godo  
Rayos Marte del rojo alfanje vuelve:  
Trae revuelto Morgana el mundo todo,  
Sola ella es quien su cólera revuelve,  
Y la ira mujeril cuando se ensaña,  
Entre las iras es la de mas saña.

Y aunque en el lago blanco retirada,  
Vergonzosa quedó aquel triste dia,  
Que Orlando pudo con la nueva espada  
El jardín destrozár en que vivia;

Ni dél, ni de su injuria está olvidada,  
Que en tristes ansias la alimenta y cria  
Dentro el alma, buscando de continuo  
Para vengar su deshonor camino.

El grave ultraje á su guedeja de oro,  
Con libre y atrevida mano hecho,  
Y en la encantada sala del tesoro,  
Ya el precioso carbunco sin provecho,  
Los reyes libres, y olvidado el moro,  
Ardiente fragua á su lascivo pecho,  
Trocado todo en gustos de venganza,  
Que son los que en mujer no hacen mudanza.

La ciega noche atenta contemplando  
Del pardo cielo aspectos y señales,  
Fue en puntos de efemérides sacando  
De los pasados los futuros males:  
Saturno al sol en diámetro mirando,  
Marte con un cuadrado aspecto, iguales  
Desde Cancro á Saturno, y al sol mira;  
El aire altera, el mundo enciende en ira.

Y en estos astronómicos secretos  
La mudanza de un reino vió escondida,  
Y en sus soberbias gentes mil efectos  
A su salud contrarios, y á su vida:  
Cerró el libro, y con cercos mas perfetos  
A un apremiado espíritu homicida  
La cuenta pide, y que la dé si sabe  
Adonde el cielo agüera un mal tan grave.

A la honda boca de una obscura nave  
Descendida la halló el siguiente dia,  
Y en medio sus conjuros la luz nueva  
El alma la asombró que la seguía;  
Huyó á su centro, y ella con la nueva  
De deseada venganza y alegría.

La vuelta daba, cuando dió con ella  
La bella Alcina, en su carroza bella.

Son del mago colegio estas dos Hadas  
Las que mas se conforman en los gustos,  
Y así ahora de su antiguo amor llevadas  
Al cuello hacen los lazos mas robustos;  
Y en la carroza de marfil sentadas,  
Olvidados de Francia los disgustos,  
Entierno labio y pláticas sabrosas  
Cuenta se dan y piden de sus cosas.

Llegan al real palacio de Morgana  
Cuando ya el sol de lleno le embestia,  
Y entre el rocío del campo y la mañana  
En lumbres de oro y de cristal se ardía,  
Donde el diestro pincel con mano ufana  
Bellos dibujos á la vista envía,  
Sonando el pueblo dentro, antes dormido,  
De las puertas de bronce al gran ruido.

Cercada de sirvientes la carroza,  
De bellas niñas, y bizarros pajes,  
Que en fresca juventud, y sangre moza,  
Salarios gozan de la Hada y gajes,  
Pasan la altiva puerta, en quien retoza  
La vista por bellísimos follajes,  
De ricas piedras bárbaro tesoro,  
En finos jaspes con perfiles de oro.

Entran al primer patio en forma ovada,  
De altas columnas de alabastro hecho,  
Donde en arcos de bóveda sentada  
La cimbra sube, y vuela el antepecho:  
De allí, en dos nuevos cuerpos levantada,  
La máquina se encumbra al postrer techo,  
Que en varias acrotéris se remata,  
De enlazados estucos de oro y plata.

Aquí al gran peso de un cristal de roca,  
Al frio rigor del polo congelado,  
Una clara inmortal fuente provoca  
A sed el apetito mas templado:  
Cien faunos lanzan agua por la boca  
En armonía y son diferenciado,  
Y en otras tantas urnas cien hermosas  
Ninfas las ondas cogen deleitosas.

Estas sufren en peso otra ancha taza,  
Sobre quien una y otra y otra crece,  
De tantos caños, y tan varia traza,  
Que el sutil artificio desvanece;  
Y así en nuevos primores los engaza  
Los unos por los otros, que parece  
Que es toda junta, en su primor distinto,  
De agua y cristal un bello laberinto.

El patio, á toda cuenta y primor hecho,  
De encajes bellos de bruñidas losas,  
Y por los corredores, trecho á trecho,  
De valiente pincel prendas vistosas:  
De plata los balaustres y antepecho,  
De jaspes escaleras anchurosas,  
Cuyas pomposas puertas y ventanas  
Dan de ébano y marfil sombras galanas.

De relevado estuco y artesones  
Las bóvedas bellísimas, con cuantas  
Piedras de ingrato amor, transformaciones  
De bellas ninfas, y torcidas plantas  
Da la parlera Grecia en sus ficciones,  
Y en sus verdades las historias santas,  
Cuyo diestro pincel abre en la vista  
De gusto al alma un nuevo coronista.

De cuadros de primor ricos encajes  
Coronan la imperial tapicería,  
Con faunos, fuentes, riscos y follajes,  
Dianas, Venus, cazas, montería:  
Una Flora entre rosas y celages,  
Un muerto Adonis, una Procris fria,  
Aquí un Faeton cayendo, acullá un Midas,  
En oro las arenas convertidas.

Pasaron las dos Hadas á sentarse

En persianos tapetes de brocado,  
En una sala, que á dejar mirarse  
Su techo de oro y pedrería grabado,  
Pudiera de pobreza avergonzarse  
Neron con su palacio celebrado,  
Aunque fue el desconcierto sin segundo,  
Que el oro embebió en sí de todo el mundo.

Exalando perfumes y vapores  
De aromas finas, pebeteros de oro,  
Con lo mejor de Arabia, y sus olores  
Fiesta á la diosa hacen del tesoro;  
Y de cítaras, liras y cantores,  
Vigüelas y harpas, un tropel sonoro,  
En conforme y suavísima armonía,  
Le añaden gala á la en que nace el día.

En gozar della, y ver la hermosura  
Del fértil campo en bellos miradores,  
De la aurora pasaron la frescura,  
Y del sol los primeros resplandores:  
Mientras el maestresala, que procura  
Las mesas adornar y aparadores,  
Con vasos de oro, en pompa ufana y larga  
De rica y nueva magestad los carga.

En la sala de Apolo la real fiesta  
Por mas ostentacion hizo aquel día,  
Dicha así, de una imagen suya puesta  
En un rico Parnaso que allí había,  
Con soberbios collados y floresta,  
De árboles de oro y varia pedrería,  
Aves de alegres plumas y colores,  
Y ricas perlas en lugar de flores.

Viase Dafne en medio, convertida  
En un fresco laurel; viase á su lado  
El dios de amor, la venda desceñida,  
Riendo el triunfo, al arco recostado:  
Llorando Apolo, Dafne arrepentida,  
El mundo triste, y el cruel vengado,  
Y entre las arboledas de Peneo  
Tañendo á veces y cantando Orfeo.

Es de la altiva sala la techumbre  
Un repartido cielo en mil estrellas,  
Que del sol de un carbunco enciende lumbre  
La plateada luna á un tiempo, y ellas;  
A quien sigue la escelsa pesadumbre  
De clavos de cristal y ruedas bellas,  
Con su cerco vital, cuyo tesoro  
La esfera parte en varios climas de oro.

Los apartados polos, donde el yelo  
El blanco nacar da á las ondas frias,  
Las templadas regiones, y aquel suelo  
Donde tú, Apolo, sople ardiente envías;  
El Oriente abrasador del cielo,  
Término de las noches y los días,  
Profunda sima, y anchurosa cava,  
A donde el mundo sin morir se acaba.

El abrasado igual meridiano,  
De luz sembrado y puntas de oro fino,  
Cuya dorada y no torcida mano  
Fiel lumbre al mundo llueve de continuo;  
Los trópicos de invierno y de verano,  
Del sol cerrada cárcel y camino,  
Uno de nieve y tempestad cubierto,  
Y en siempre nuevas flores otro abierto.

La línea de igualdad, cuyas vertientes  
Los montes miran sin ninguna altura  
Que unas tiznadas y desnudas gentes  
Cultivan en eterna calentura:  
Los coluros que ciñen ambas frentes  
A los dos nortes, y con luz segura,  
El estrellado cerco que los guía  
A donde vive sin morirse el día.

Hay un camino de oro que divide  
Del círculo vital la anchura ardiente,  
Por quien el rubio sol que el cielo mide  
Ya con luto se ha visto entre la gente;

Y la encantada luna, que preside  
Al flojo sueño en su mayor creciente,  
Se vió alegre salir con sus estrellas,  
Y faltarle la luz en medio dellas.

Relumbra aquí el dorado vellocino  
Que un tiempo á Colcos hizo ser famosa:  
Y el toro que con cuernos de oro fino  
Nadando el mar pasó una niña hermosa:  
Dos niños, uno humano, otro divino,  
El canero y su figura portentosa,  
El leon con la cerviz de oro estrellada,  
Y la virgen de espigas coronada.

El peso ajustador de nuestras horas,  
El escorpion de su veneno armado,  
El que con arco y flechas voladoras  
De tierna nieve deja el campo helado:  
El frio capricornio, que en sonoras  
Borrascas da el sereno mar turbado,  
El copero que á Júpiter infama  
Con los dos peces de argentada escama.

Las frias nietas del nevado Atlante,  
El dorado orion armado y fiero,  
Que al triste y solitario caminante  
De guia á veces sirve y compañero:  
El carro de oro en ruedas de diamante,  
Las dos osas, las guardas, y el lucero,  
Y el fijo norte que á sus piés relumbra,  
Que es quien las horas de la noche alumbrá.

O sea pincel sutil, ó mago aliento,  
Fuerza de ingenio, yerbas, ó conjuro,  
No hay en el cielo esfera, movimiento,  
Signo, estrella, planeta ni conjuro,  
Aspecto, casa, conjunción, aumento,  
Oriente claro, ni Poniente obscuro,  
Que por esta ancha sala, y su discurso,  
No haga en su natural período curso.

El año, la semana, el mes, y el día,  
Creciendo en su volar, y decreciendo,  
La clara luz á la tiniebla fria,  
Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:  
De la flor tierna que el verano envía,  
Dulce fruto el otoño está vertiendo,  
Por sustento al invierno y al estío,  
Este rico en calor, el otro en frío.

Sin lo que hermoso aquí la vista goza,  
Que es del mundo la máquina abreviada,  
La alegre escuadra de aves que retoza,  
Toda la vuelve en suavidad bañada:  
Canta, gorgea, despierta, y alborozá  
A Orfeo, que ayude, si á Morgana agrada;  
Mas si ella con su gusto no lo entabla,  
Todo ello es oro muerto que no habla.

Sirve esta alegre pieza de intervalo,  
Y antecámara de otra mas secreta,  
Donde su estudio tiene y su regalo  
De libros en quietud y paz perfeta:  
Yo en su dulce memoria me regalo,  
Que á un pacífico gusto y vida quieta  
En sabia juventud nada le iguala,  
Y mas con tal estudio, y con tal sala.

Aquí las reales mesas coronadas  
De costosas bajillas de oro fino,  
Con preciosos manjares ocupadas,  
Vestidas dió aquel día el blanco lino;  
Donde en comida espléndida á las Hadas  
Las tazas colman de espumante vino,  
Y en graves salvas sirven y aparato  
La real ostentacion de cada plato.

#### ALEGORIA.

De tal manera se puso el blanco y último fin desta obra en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse en esta por principal intento; y así en ninguna parte va tan oscura, que no descubra y dé algunas centellas y

resplandores de sí, mostrando debajo de la dulzura del velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes á la virtud; de modo que si aquí por evitar prolijidad no se descubre toda la alegoria, podrá con este estilo sacarla quien con atención la leyere.

En las prosperidades de Francia, tan vecinas á su caída, se descubre la poca estabilidad de los bienes temporales, y como entonces tiene el prudente mas que temer cuando en mayor grandeza se halla, porque ni á la virtud le faltó emulacion, ni á la envidia modos para añar.

Las Hadas significan los efectos y pasiones del ánimo sensitivo, y así ninguna hay en que no se pinte alguno dellos: Alcina, el apetito amoroso; Morgana, el de la riqueza; Febosilla, el de la fama; Falerina, que labró la espada para matar á Orlando, las astucias de la guerra, á cuyas manos suelen morir los mas invencibles capitanes.

En Teudonio, tan privado en el gobierno del rey Casio, y luego puesto por él mismo en prision, se muestra lo poco que hay que fiar en favores de principes, que tan dispuestos están á pasarse de un extremo á otro, porque en cuanto hombres, aunque reyes, son mudables.

En la tragedia de Alancredo y Rosia se muestran cuan juntos y engazados andan en los amores los gustos y los disgustos; y en la de Manuces en medio de los suyos, el ordinario fin de un tirano.

En Garilo, que traidoramente quiere vender á su amigo, el gran riesgo que hay en fiar secretos de importancia á hombre de quien no se tenga entera satisfaccion.

En la amistad de Alcina y Morgana se dice, que el apetito de la sensualidad y el de las riquezas, son las dos pasiones que mas unidas están en el deseo humano, y que hasta en los cursos de los cielos pretende el rico tener dominio.

## LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO. Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hados: y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando, y los demás paladines; refiere el origen de los godos en España, de cuyo linaje el descendiente, Morgana, agradada de la relacion del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Pintase la casa de la fama, y la que hay de la venida del Francés. Libra Ferraguto una niña delas manos de un sátiro, que se convierte en la fuente del Desengaño, y la niña en un lienzo de su labor en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España.

TEMPLÓ en tanto Gadir su laud dorado,  
Y todo en furor bélico encendido,  
Por el aire sutil dejó sembrado  
Del suave acento un resonar medido:  
De tan varia harmonía acompañado,  
Que el alma cautivó por el oído,  
Al dulce son que en los sentidos dejan  
Los golpes de las cuerdas que se quejan.

Y dando á los bemoles compañía  
La dulce voz de su divino canto,  
La beldad comenzó á cantar, que el día  
Al mundo saca en su rosado manto:  
Las flores que derrama la alegría,  
En que á la noche trueca el ciego manto,  
Y en invisible y blando movimiento  
De negras sombras barre y limpia el viento.

Hurta á la luna el oro de su esfera,  
Y á las estrellas su argentado brio,  
Entolda de jazmines su litera,  
Respira el aire blando aljofar frio,  
Sale el dorado sol, la mar se altera,  
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,  
Y de su barro el caluroso aliento,  
El bajo suelo humea, y arde el viento.

Y ya despues que toda esta hermosura  
Al bello rostro acomodó de Alcina,  
Y el lisonjero labio su dulzura  
Envuelta dió en destreza peregrina:  
La antigüedad del largo tiempo obscura

Veloz cantó, y la priesa en que camina  
El origen del mundo, y cuando el cielo  
Feliz principio halló á su inmortal velo.

Cantó de las mudanzas de fortuna  
En su inconstante esfera el punto breve,  
Cantó al sol sus eclipses, y á la luna  
La luz que con dorados cuernos bebe :  
Cantó el fatal colegio, y de una en una  
Las Hadas celebró su canto leve,  
Tocando á vueltas no menuda parte  
De heróicos hechos del sangriento Marte.

Y acabada la música y comida  
En pomposa grandeza y aparato,  
La una magestad á la otra unida  
A gozar fueron del jardín un rato :  
En cuya alfombra fértil y florida,  
Vivo de la beldad dormía el retrato,  
Al templar con los árboles y el viento  
El tierno ruiseñor su alegre acento.

Había por él diversos cenadores,  
Sobre estanque y arroyos cristalinos,  
De estatuas adornados y primores,  
Y de diestro pincel cuadros divinos :  
Allí burlas y juegos de pastores,  
Personajes de risa y desatinos,  
Aquí brutescos, acullá grimazos,  
Y de olmos y de parras mil abrazos.

Despues que con jazmines y claveles,  
Azules lirios y encarnadas rosas,  
Lo mas vistoso hurtando á sus vergeles,  
Sus cabezas volvieron mas vistosas :  
Al márgen de un arroyo entre laureles,  
Sobre alcatifas pérsicas preciosas,  
A sombras frescas de una vid lozana,  
Así Alcina habló, y oyó Morgana :

«Si ya deseas saber, oh reina hermosa,  
De mi nueva venida el fundamento,  
Que causa hacerme pudo venturosa,  
A hurtarle á tu vista este contento :  
Negocios graves, ocasion forzosa,  
A salir me obligaron de mi asiento,  
Aunque el gusto de verte lo hiciera,  
Del muerto mundo cuando allá estuviera.

Mas hoy este regalo y mi venida  
A tu servicio queden, y á mi cuenta,  
Que tú en venirme á ver serás servida,  
Y yo en verte cual ves rica y contenta :  
Un agravio comun nunca se olvida,  
Ni á un noble la memoria de su afrenta,  
Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,  
La injuria que le hicieron á su amigo.

Despues que tu jardín fue destronado  
Por la mano de aquel francés furioso  
Que ganó á Balisarda, y ha ganado  
Contra nuestra nacion nombre famoso ;  
Nunca de mi memoria se ha borrado  
De la afrenta el ultraje vergonzoso  
En que su espada nos dejó, y quedamos  
Las que de sangre tuya nos preciamos.

Y aunque ninguna goza en tu linaje  
Derecha accion á la fatal bebida,  
De cuyo vaso y su inmortal brebaje  
El brio descende á nuestra larga vida,  
Que recibido no haya algun ultraje  
Esta nacion francesa mal nacida,  
Todas sin hacer caso de los suyos,  
Como á mas principal lloran los tuyos.

Atí contenta sola, á tí vengada,  
Desea en esta ocasion la mas briosa,  
Y yo mas como mas interesada,  
Y en yerros contra tí menos piadosa,  
Que como rica debes ser honrada,  
Y en solo este cuidado cuidadosa,  
Ninguna diligencia he perdonado,  
Oye lo que con ellas he alcanzado.

Donde el mar Jónio al Ténaro le baña,  
Los verdes jaspes de su fértil vena,  
Y en bosque espeso y hórrida montaña  
Sobre las nubes se encarama y suena :  
De entrada obscura, y abertura estraña  
De negro hollin, herrumbre, y lamas llena,  
Una espantosa cueva se descubre,  
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.

Por esta se camina al ciego mundo,  
Y Alcides á esta luz sacó el cerbero,  
Cuando de las deidades del profundo  
Victorioso salió, arrogante y fiero :  
Aquí la muerte tiene otro segundo  
Caron, que asista y sirva de portero,  
A cuyo aliento y cálido bochorno  
El vivo huye, el muerto tiembla en torno.

En cierto aspecto de menguante luna  
La obscura cueva está en segura entrada,  
Hasta donde en los libros de fortuna  
La humana cuenta se nos da ajustada :  
Por tu ocasion aquí en hora oportuna,  
De fantasmas bajé y horror cercada,  
A consultar tu caso, y ser testigo  
De lo que allí hallé, y aquí te digo.

Despues que por torcidos escalones,  
Vacíos de claridad, bajé á los senos  
De la tierra, y sus negros artesones,  
De hollin tiznados, y de sombras llenos,  
Antes del triste término y mojones,  
Del reino de Pluton y unos serenos  
Campos, y allí un castillo, á quien el dia  
De la suya una luz dudosa envia.

En la jurisdiccion de los mortales  
Este alcázar está, y quien dentro vive,  
De aquí el hado, los bienes y los males  
A la tierra despacha, y apercibe :  
Aquí con altibajos designales  
Fortunas labra, y su valor describe ;  
Y aquí es al fin la casa de moneda,  
De cuanta el tiempo por el mundo rueda.

Aquí Demogorgon está sentado  
En su banco fatal, cuyo decreto  
De las supremas causas es guardado  
Por inviolable y celestial preceto :  
Las parcas y su estambre delicado,  
A cuyo huso el mundo está sujeto,  
La fea muerte y el vivir lucido,  
Y el negro lago del oscuro olvido.

Aquí se labra el siglo venidero,  
Y las humanas inviolables leyes,  
Que ni el tiempo las muda lisonjero,  
Ni las quebrantan principios ni reyes ;  
Cuelga el último dia del primero,  
Y en torpe yunta de alquilados buyes,  
Ara la vida el mundo, y nadie advierte  
Que es el vivir dar pasos á la muerte.

Aquí en negro dosel sin luz sentadas  
Tres diosas hilan las humanas vidas,  
Al curso las madejas devanadas  
De nueve ruedas de cristal lucidas :  
Donde en el buso apenas marañadas,  
Las blandas hebras crecen mal torcidas,  
Cuando de todas tres la mas ligera,  
Por lo hilado corre la tijera.

Copos de suertes y colores varias,  
Unos blancos sin tez, otros lustrosos,  
Unos á quien los reyes pagan párias,  
Y otros que pechan á les mas astrosos :  
Cuales de tornasol hebras voltarias,  
Cuales de rica luz hilos preciosos,  
Cuales de alquimia, y cuales de oro fino,  
Y en cada cual su hebra y su camino.

El siglo venidero, la mudanza  
De reyes, reinos, casas y dictados,  
Lo que el distrito de fortuna alcanza,



Lo que al decreto toca de los hados:  
 Cuanto se pesa con mortal balanza,  
 Los que vendrán, presentes y pasados,  
 Cuanto es, cuanto ha de ser, y cuanto ha sido,  
 Aquí se hila, corta y da tejido.

De los tiempos la masa ví abreviada,  
 Manar al mundo y revolver sus cosas,  
 La vida de congojas asaltada,  
 La muerte de sus baseas temerosas:  
 La fortuna dichosa y desdichada,  
 Con sus dos caras ambas engañosas,  
 Volando en sus favores y desdenes  
 Los males engazados con los bienes.

Y entre estos mundos, al que ya nacia,  
 Humilde ví la victoriosa Francia,  
 Que un mancebo y su espada le tenia,  
 Por el suelo sembrada su arrogancia;  
 Miréla, y admirada en lo que via,  
 Aquella conocí ser la inconstancia.  
 Del bien humano, que los mas cumplidos  
 Forzados vienen, y se van corridos.

No me admiré de ver que tanta alteza  
 En tragedia tan triste se trocaba,  
 Que es cierto que en mortal naturaleza  
 Todo tiene su lin, y ha de acabarse.  
 La rueda me admiró con su presteza,

Que apenas deja de la vista hallarse,  
 Allí, ¡oh fortuna! quien de tí se fia,  
 Verá cuan firme tiene su alegría.

La espada Balisarda vi presente,  
 Que un victorioso jóven á tu instancia  
 En la sangre bañaba de un valiente,  
 Que asombró el mundo, y dió valor á Francia,  
 De oro con estas letras en la frente:  
 «Bernardo, honor de España, aunque en distancia  
 Brevisima su fama así encogida,  
 Que apenas al nacer fue conocida.»

Cual la dudosa luna amortiguada  
 En los principios del helado invierno,  
 Entre negros celages ofuscada,  
 Falto muestra de luz el rostro tierno:  
 Y antes de ver el alba deseada.  
 El oro pierde de uno y otro cuerno,  
 Haciendo el tibio resplandor difuso,  
 De mil colores un color confuso.

De tal manera entre una niebla oscura  
 De Bernardo la fama se quedaba  
 Y sin lumbre, sin luz, ni hermosura,  
 Confusamente aquí y allí volaba:  
 Cortas las alas, pobre de ventura,  
 Y aunque el confuso espíritu alentaba,  
 Faltábale la pluma, y no podia

La oscuridad huir, que la ofendia.

No porque su grandeza no subiese  
Adonde hasta hoy nadie ha llegado  
Mas un astro infeliz quiso que fuese  
Corta de voz, y de valor sobrado:  
Faltó quien á sus alas añadiese  
Una pluma de estilo moderado,  
Y así en lenguajes bárbaros metida,  
Arrinconada quedará, y perdida.

Hasta que el tiempo que ofuscarla pudo  
Hermosa y clara al cielo la levante,  
Y de su obscuro y encantado nudo

Un nuevo verso y voz la desencante;  
Esto por las molduras de su escudo  
Grabado ví, y con letras de diamante,  
»A otro de su nombre está guardado,  
El romper con la pluma este nublado.»

Mas si gustas saber con fundamento  
Quien este valeroso jóven sea,  
Qué sangre puso en él tan firme aliento,  
Qué obligacion honrada le espolea;  
Sabrás, hermana, aunque es prolijo el cuento,  
Que en su real nacimiento dió una idea  
De su furor la quinta esfera al suelo,



Bernardo del Carpio.

Y otra de afable amor el tercer cielo.  
En esta rica Escandinavia hermosa,  
A quien la antigüedad llamó otro mundo,  
Y desde aquí con vuelta deleitosa,  
Casi en torno la ciñe el mar profundo:  
Madre ilustre de gente belicosa,  
De fértil suelo, y de vigor fecundo,  
Donde este rico lago halló asiento,  
Que hoy da á tu alcázar real firme cimiento,  
Tres soberbias provincias y regiones  
Pisan su invicto suelo, y la postrera,

Cuyo distrito y bárbaros mojones  
Del mar Germano tocan la ribera:  
Oficina de iadómitas naciones,  
De inculta vida fue, y de gente fiera,  
Donde los gets fueron, y los dacos,  
Y el primer geto aró bosques opacos.  
De aquí salieron por diversas vias  
De antigua gente en gruesos escuadrones  
Valientes hombres, que las tierras frias  
Pueblos producen de altos corazones;  
Buscando en que habitar partes vacias,

Por venirles ya estrechos sus rincones,  
Los vándalos, los cimrios, los sùevos,  
Y los alanos mas que todos nuevos.

Pues entre estas naciones, que su tierra  
Dejaron por estrecha, aunque abundosa,  
Y á revolver el mundo y darle guerra  
En figura salieron temerosa,  
Los godos fueron gente en quien se encierra  
Nobleza humana en sangre belicosa,  
Y que de los monarcas mas potentes  
Siempre temidos fueron por valientes.

Tras la alta insignia de un leon bermejo,  
Que en azules banderas tremolaba,  
Y de tres capitanes de un consejo,  
Animo altivo, y arrogancia brava,  
A ser salieron de grandeza espejo  
Al mundo en la region donde él se acaba,  
Del cielo á su nobleza prometida,  
Y al feliz brio de su valor debida.

No salieron con pechos ambiciosos  
A solo hacer alarde de valientes,  
Mas con la paz pidiendo, aunque briosos,  
En que habitar lugares suficientes:  
No guerra, campos piden anchurosos,  
Del gran derecho usando de las gentes,  
Que el pueblo que en su tierra no cabia,  
Que se llegue permite á la vacia.

Negó el Imperio la demanda justa,  
Y la inquietud parió desasosiego,  
Que es hacer guerra justa de la injusta,  
Negar lo justo de un humilde ruego:  
Y dando á la razon fuerza robusta,  
Su despreciado campo á sangre y fuego  
De Italia destruyó una larga parte,  
Y en el rio Tiber la ciudad de Marte.

Y á tal colmo subió el de su potencia,  
Que hacia y deshacia emperadores,  
Hasta que en útil premio y conveniencia  
A su rey y futuros sucesores  
Honorio dió en legitima tenencia  
La España, á quien los bárbaros furores  
De los sùevos, vándalos, y alanos,  
Al imperio usurparon de las manos.

Fue el trato que al rey godo le quedase  
Lo que entre el Pirineo y mar se encierra,  
Y que del yugo vándalo sacase  
A su corona la usurpada tierra;  
Con que su invicto campo reservase  
A Italia y Roma de su injusta guerra,  
Dando por precio al español estado,  
Cuanto en el Lácio suelo habian ganado.

Ora sea ó no justificado el hecho  
Con que se habian en él introducido,  
Su cetro tenia ya el primer derecho  
De ocupacion por armas adquirido:  
Y así al ceñido imperio útil provecho  
La ley fue del contrato establecido,  
Y por aquí legitima, y no estraña,  
La entrada de los godos en España.

Murió Alarico hecho el trato en todo,  
Si bien no pudo verlo efectuado;  
Sucedióle Ataulfo el primer godo  
Que en España metió campo formado:  
Ganó hasta Barcelona, y allí, el modo  
De su gobierno próspero asentado,  
Por mano le mató de Ernulfo fiero,  
Que las suyas por rey besó primero.

Siguióle el desgraciado Sigerico  
En el reino tambien como en la muerte,  
Con mas vana codicia de ser rico  
Que en campo armado belicoso y fuerte:  
Dióle el tiempo en gran cuerpo ánimo chico,  
Con que se ahogó en él la buena suerte,  
Matándole en la paz por mas casera,  
La espada que en la guerra no lo hiciera.

Tras este el reino dieran á Walia,  
Porque la siga y haga sin partido;  
Salió en armada flota á Berberia,  
Que el aire la venció, y volvió corrido;  
Y con él la arrogante valentia  
Del gótico poder nunca vencido,  
Para hacer firme pié en el reino inestable,  
La antes odiosa paz halló agradable.

Sucedió á su real pecho el animoso  
De Teodoro, á quien los adivinos  
Triste muerte anunciaron, y él furioso  
A buscarla salió por mil caminos,  
Contra el soberbio Atila victorioso  
De Tolosa en los campos convecinos,  
Donde en sangriento innumerable estrago  
El rey bebió entre el vulgo el comun trago.

Bien que su belicoso Turismunga,  
Del muerto padre en la áspera venganza,  
Contra el azote del vencido mundo,  
De firme acero armó su invicta lanza;  
Fuera al primer azote ella el segundo,  
Si envidia no enfrenara su pujanza,  
Cuando al bárbaro rayo de la guerra  
Las fuerzas se templó, y quitó la tierra.

Tuvo por sucesores dos hermanos:  
El sin piedad incauto Teodorico,  
Que á un humilde rey vándalo en sus manos  
Matar le hizo, y á él su hermano Eurico:  
Fratricida cruel, pero de humanos  
Respetos, noble, afable, ilustre y rico,  
Que á su reino dió ley y á su corona,  
La orla de Zaragoza y de Pamplona.

Compeliendo á bramar al cielo en vano,  
En un toro de alambre á Burdeneo,  
Alarico entró al reino, y por su mano  
La ambicion lo usurpó de Clodoveo;  
A este le sucedió un bastardo hermano,  
Y á este el valor, que de Ámalo y Balteo  
Las nobles sangres puso en un supuesto,  
Y en él un nombre de los dos compuesto.

Matáronle en Narbona, y entró luego  
Teudis, en cuyo tiempo el real de Francia  
En España sembró sangriento fuego,  
Con mayor daño suyo que ganancia:  
Matóle un brazo loco en furor ciego,  
Sucedió de Teudislo la arrogancia,  
Y á esta de Egica la arriana suerte,  
Y á ambos tras torpe vida infame muerte.

Atanagildo entró determinado  
De echar de España la romana gente,  
Siguióle Liuvia, y por acompañado  
El cruel Leovigildo, rey prudente;  
Aunque soberbio, y sin piedad airado,  
En grandeza y tesoros eminente,  
De Recaredo padre, y de su hermano  
El mártir Emergildo sevillano.

Fue el singular y noble Recaredo  
Del cetro y silla real sucesor dino,  
De Francia vencedor, de Roma miedo,  
Y de la fe restaurador divino;  
De amada magestad, brioso denuedo,  
De tan feliz estrella, y noble sino,  
Que del real valor que le acompaña  
Eterna sucesion gozará España.

Sucedióle de Liuvia el reino breve  
De esperanzas en flor sembrado en vano,  
Que Viterico con espada aleve  
Segarlas pudo al cetro toledano:  
Dejándolo él con muerte menos leve  
A Gundemiro, el que en fervor cristiano  
Los templos hizo con piedad sagrados,  
Inviolables defensas de culpados.

Tras este el elocuente Sisebuto  
Por dos veces triunfó de los romanos,  
Y á los hebreos con público estatuto



Dejar les mandó el reino, ó ser cristianos:

Entró al suyo de lágrimas y luto,  
Niño de tierna edad y años lozanos,  
Su hijo Recaredo, y murió luego,  
Que aun no lloró á su padre con sosiego.

Heredóle Suintila, y fue el primero  
Que el reino hizo de España monarquía,  
Y tras él Sisenando copió el fuero  
De la jurispalestra polficia;  
Chintila entró en resplandeciente acero,  
Mas que por sucesión por tiranía,  
Y Tulga al mundo dió en vello corrida  
Solos deseos de gozar su vida.

Alzóse con el remo Chindasunto,  
Y rucedióle su hijo valeroso  
El católico y noble Recisunto,  
De ánimo insigne, y corazón piadoso;  
Tras quien á Wamba hizo el pueblo junto  
En concorde elección rey poderoso,  
Y él dando temporal por infinito,  
La púrpura trocó en sayal benito.

Dió en sucesión el reino no estimado  
Al conde Ervigio, rey ahora intruso  
En la real silla, donde no forzado  
A Egica su famoso yerno puso;  
Por quien Vitiza entró en adverso hado,  
De cuyo infeliz tiempo el torpe abuso  
A obscurecer llegó y deslucir todos  
Los graves hechos de los reyes godos.

Fue ayo de perniciosas libertades,  
Y el que estragó de la compuesta España  
En las nobles virtudes sus beldades,  
Tanto un mal rey con su insolencia daña:  
Desnudó de sus muros las ciudades,  
A las armas quitó el acero y saña,  
Y al mal regidó reino dió permiso  
Del sensual deleite en cuanto quiso.

Privólo del Rodrigo en campo armado,  
Que su robusto pecho y brazo fuerte,  
En sensuales deleites estragado,  
Su grandeza perdió y ganó su muerte;  
Un antiguo palacio dió encantado  
En su alcazar real la infeliz suerte,  
A cuyo firme umbral el bronce duró  
Mil siglos tuvo en su quietud seguro.

Nadie en la antigüedad fue así atrevido  
Que el acero rompiese á sus candados,  
Medroso que el furor allí escondido  
Sus desastres tenía encarellados;  
Deste rey solo al pecho distraído,  
La fiel codicia le vendió pintados,  
Los bárbaros que á España en triste día  
Un encantado bulto prometía.

Turbóse el rey al infeliz agüero,  
Aunque el lascivo amor mas le turbaba  
Con una dama, y su desden severo,  
Niña, lozana, activa, hermosa y brava:  
Por ganalla perdió su reino entero,  
El fue el último godo, ella la Cava,  
Su padre Julian, por el España  
Bárbara presa de una gente estraña.

En las selvas cayó del río Leteo  
Del sin ventura rey el cetro y mando,  
Quedó perdida España, harto el deseo  
En sus destrozos el morisco bando;  
Mas ¡qué no puede un vicio torpe y feo  
Y el descuido de un rey lascivo y blando!  
Todo al fin lo abrasó y tragó en su rabia  
La torpe secta que nació en Arabia.

Hiciera punto aquí el linaje godo,  
Su altivo reino, y el valor de España,  
En miserable riesgo puesto todo,  
Al tirano furor de gente estraña;  
Si un nuevo rey, por milagroso modo,  
Del áspero solar de una montaña

No levantara el cielo, ya cansado

Del fiero anote y del rigor pasado,  
Fue este feliz restaurador Pelayo,  
Del despojado rey noble sobrino,  
En quien conservó el cielo vivo un rayo  
Del gótico valor, brío peregrino;  
Y el triste reino en su mortal desmayo  
Nuevo aliento cobró, nuevo camino,  
A la rica esperanza, antes sin vida,  
De recobrar la libertad perdida.

Pelayo al reino dió un brazo animoso  
Por sucesor de su ánimo valiente,  
A quien la breve vida quitó un oso:  
Y el Católico Alfonso entró prudente  
A gobernar el cetro valeroso,  
Por digno rey de la española gente,  
Y en linaje, valor, brío y denuedo,  
Inclito sucesor de Recaredo.

Deste fue hijo el áspero Frúela,  
Que en corazon cruel y ánimo impuro  
Un hermano mató, sin mas cautela  
Que deseos de gozar reino seguro:  
Fue de su religion fiel centinela,  
De su sagrada fe inviolable muro,  
Y al estragado clero, en casto celo,  
La limpia honestidad volvió del cielo.

Fue alegre prenda de una hija hermosa  
Del que en Guiena fue duque contrario  
Al potente Martel, que en la alevosa  
Francia á rey le subió el tiempo voltario;  
Abuelo del que ahora reina, y osa  
Con sus duques nombrarse tu adversario  
De cuya real sangre así enemiga  
De Carlo Magno y su francesa liga.

El Casto rey nació que ahora enfrena  
Con riendas de oro la invencible España  
Y su hermana menor doña Jimena,  
Que al mundo dió del conde de Saldaña  
La invicta espada de victorias llena,  
Cuyas grandezas en prudente saña  
Harán los hados sin que el curso muden,  
Que ahora espantan, y despues se duden.

Este es el gran Bernardo, á quien el cielo,  
Por benignos favores de su estrella,  
A su brazo rendido dará el suelo,  
Que guia de flor de lis la empresa bella:  
Hará vengado á su ofendido abuelo,  
Satisfará tu agravio y mi querella,  
Y á un golpe que la fama le atribuya,  
De Francia la honra y la opinión por suya.

Es al presente un jóven valeroso,  
De real disposición, feroz denuedo,  
Noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,  
De pecho altivo, y corazon sin miedo;  
En paz afable, en guerras desdenoso,  
De España al fin, que es cuanto decir puedo,  
Que un ánimo español de sangre noble  
En cuantas goza el mundo es fiesta doble.

En la córte nació del rey su tío,  
De adonde el sabio Orontes, deudo nuestro,  
Pequeño le robó, y por gusto mío  
Ayo le ha sido fiel, guarda y maestro:  
Salió cual se esperaba de su brío,  
En todas armas valeroso y diestro,  
Cuya temprana espada y brazo fuerte  
Su rey libró de una alevosa muerte.

No se crió en regalos ni en blanduras,  
Ni el ocio padre fue de heroicos pechos,  
Que del deleite humilde las dulzuras,  
Solo son de almas pobres ricos lechos:  
Desde que á las primeras luces puras  
Abrió los tiernos ojos, los vío hechos  
A soledades y asperezas solas,  
Y á oír del sordo mar las roncadas olas.

En el crespó Archipiélago copioso

De ásperas islas un preñado monte,  
De la jovial Creta al golfo ondoso,  
Su cabeza descubre á mi horizonte;  
Y entre el Samo y el Mergo pantanoso,  
Y entre el principio de Asia y Negroponte  
Hecha deja una isleta y costa brava,  
Que Icaria en otro tiempo se llamaba.

En cuyos solitarios arenales,  
Del atrevido Icaro la pluma  
Aun eternas conserva las señales,  
Sin que el mudable tiempo las consuma;  
Y su nombre en las ondas inmortales,  
De herviente cubierto y blanca espuma,  
Sobre el sepulcro temeroso suena,  
Puesto al rigor de su mudable arena.

El sabio aquí por la esperanza mia  
A su cargo tomó la ilustre empresa  
Y en noble crianza, y sabia policia,  
Salva guardó la destruccion francesa:  
Probando en aventuras que fingia  
De su niñez la inclinacion traviesa,  
Y tras ella sus años juveniles,  
Al grave pundonor de hechos gentiles.

Vestile anoche un rico arnés de acero,  
Y armóle hoy caballero un rey persiano,  
Guardando á mis lecciones el agüero  
De un observado aspecto soberano:  
Con que ya su valor veo tan entero,  
Que golpe no dará en vacío humano,  
Y á darte nuevas desta buena suerte,  
Las alas me prestó el deseo de verte.

Ya pues, diosa feliz, en lo restante  
Por tí mi jóven se gobierne y rija,  
Y contra el brazo y el furor de Anglante  
Armas iguales tu saber le elija;  
Que aunque es á todo su valor bastante  
Con prevencion prudente el bien se fija,  
Acudiendo á esta empresa por ser tuya  
Yo de mi parte, Orontes de la suya.

Está de tu favor necesitado  
El católico reino de Castilla  
Contra el francés orgullo, que agraviado  
Por fuerza quiere la española silla;  
Y al valiente doncel recién armado  
La soberbia del mundo se le humilla;  
Solo tu amparo pide, que en la tierra  
De la paz es el nervio y de la guerra.

Si el francés enemigo se apodera  
De España, queda muerto el valor godo,  
Todo el mundo rendido á su bandera,  
Que el cielo ha dado á España el mundo todo;  
Suyo ha de ser en esta edad postrera,  
Y de Francia será, si por tal modo,  
Por fuerza ahora ó cautelosa maña,  
Su brio introduce en el valor de España.

Tu agravio queda sin venganza justa,  
Y para siempre nuestro honor manchado,  
Si el impetu francés á la robusta  
Fuerza de España queda incorporado:  
La nueva causa desta guerra injusta,  
Que entre estas dos naciones se ha trabado,  
De aquí tomó corriente; advierte el modo  
Que señora te dé una vez de todo.

Hijo dije que fue del rey Frúela,  
El que lo es hoy de Asturias y Galicia,  
Mas quedó niño, y con su infiel tutela  
De Aurelio usurpó el reino la malicia:  
Sucedió del rey Silo la cautela,  
Y á este de Mauregato la avaricia,  
Que por gozar de infame cetro de oro,  
Bellas párias pagó en tributo al moro.

Sucedió don Bermudo á Mauregato,  
De pecho real y de ánimo prudente,  
Que al casto primo dió del reino ingrato,  
Como antes era suyo el cetro y gente:

Este es hoy de virtud vivo retrato,  
En la guerra y la paz sabio y valiente  
Invicto vencedor, feroz guerrero,  
Casto en la vida, en el juzgar severo,  
Mas viéndose de larga edad cenido  
Y de ilustres deseos rico el pecho  
En el estrecho término encogido  
De un combatido muro y pueblo estrecho;  
Sin forzoso heredero conocido,  
Con quien dejar su reino satisfecho,  
Vió tambien que aunque sobre fortaleza  
Es confusio un mundo sin cabeza.

Y destos graves pensamientos llena  
La heroica fantasía el rey severo,  
Entre el cargo y descargo de la pena  
De ver su invicto leon sin heredero  
De sus trazas tomó la menos buena  
Sin fiarla de prudente consejero;  
¡Notable error! y en ya resuelta instancia  
Ceder quiere su cetro en el de Francia.

Moviale ver el brazo victorioso  
Del nuevo Augusto César de Occidente  
Y el español distrito helicoso  
Así ocupado de enemiga gente:  
Quería dejar un capitan famoso  
A su invencible ejército deciente,  
Que con su autoridad al pecho frio  
Pusiese, á ser posible, mayor brio.

Que á él su prolija edad mas le convida  
Al ocio blando que á la dura guerra,  
Y del mauro la gente mal nacida  
De aumentar trata la usurpada tierra:  
Mas la rica esperanza concebida  
Del noble fin que el real cuido encierra  
Ya el tiempo con suceso no esperado  
En ambiciosa guerra la lia trocado.

Que el reino al no decente ofrecimiento  
Del Católico rey al rey de Francia,  
De su imprudente arbitrio descontento,  
Su valor ofendido y su arrogancia  
Que revoque pidió el danoso intento  
Con la segunda la primera instancia,  
O la obediencia le alzarán debida,  
Y harán no poco en le dejar con vida.

Esto á anular bastó el concierto hecho  
Con público estatuto y embajada,  
Y agraviado el francés, quiere de hecho  
La injusta sucesion con mano armada:  
Y que la fuerza á falta de derecho  
Le dé el reino, y sobre esto es la jornada,  
De Francia la soberbia y de Castilla  
Desta fuente bebiéron su renzilla.

Vencidos ya Agramante y Desiderio  
Aquel rey africano, este lom bardo,  
En el feroz poder del nuevo imperio,  
Sobre España el Francés baja gallardo;  
Y ella no tiene en todo su hemisferio  
Otro valor igual al de Bernardo,  
Y este basta, que un brazo valeroso  
Un campo, un reino, un mundo, hace dichoso.

Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuenta  
Del rico enjerto, y de la invicta rama,  
Que ha de dar sombra al mundo, á Francia alenta,  
Y á su España de honor lustroso llama:  
Haz ahora tú, hermana, que yo sienta  
Que en esto vuelvo por tu gusto y fama  
Y que eres diosa del tesoro humano,  
Que la guerra y la paz tiene en la mano.

Al dulce hablar de la afeitada Alcina  
Morgana en gran deleite estuvo atenta  
Que es la lisonja dulce golosina,  
Que al necio rico en ambicion sustenta,  
Y ufana con el nombre de divina,  
Así arrogante respondió, y contenta  
Sin mirar que la Hada en cuanto emprende,

Solo á su gusto y no al ajeno atiende.

Siempre creí que en tu cuidado puesto  
Vivía seguro el de mi honra y vida,  
Que mas prometí tu nobleza que esto  
Y en mas que esto te estoy agradecida.  
El cielo á mi venganza está dispuesto,  
Que pues la veo de ti favorecida,  
Ya no la dudo ni recelo en nada;  
Tú quedarás contenta, y yo vengada.

Por varios modos pretendí vengarme,  
Y todos ellos me han salido en vano;  
Ya del fiel Galalon quise ayudarme,  
Ya de la injusta muerte de Troyano.  
De Agramiante el valor pudo alentarme,  
De Mandricador, y Rodamonte fiero,  
Mas á aquel mató Orlando, á estos Rugero.

En graves pensamientos ocupada  
El placer me halló de tu venida,  
Ya en mis perplejas dudas enterada  
Del Francés riesgo en su fatal caída:  
Aunque ignorando la dichosa espada  
De tal hazaña digna y tal herida,  
Ahora que tu saber me la ha mostrado,  
Oye lo que al presente me da el hado.

Ya sabes que son míos de derecho  
Los tesoros del mar y de la tierra,  
Y que á mi cetro y gusto paga pecho  
Cuanto en los senos de los dos se encierra;  
Pues donde del mar Jónio el bravo estrecho  
De Acroceranio bató la alta sierra,  
Cierta joya en el mundo celebrada  
Dias ha que á un grave fin tengo guardada.

Aquellas armas que del griego Aquiles  
A Ulises se entregaron por sentencia,  
De ricas perlas llenas y perfiles,  
En quien Vulcano echó toda su ciencia;  
Donde en reales de mágicos buriles  
Grabada está una oculta descendencia  
De héroes ilustres, que vendrán al mundo  
Del primer poseedor, y del segundo;

Del crespó mar una áspera tormenta  
Allí hasta hoy las dió depositadas,  
Sin que el furioso Telamon consienta  
Que le sean de mortal mano tocadas:  
Vive en su muerto corazón la afrenta  
De haberle sido sin razon quitadas,  
Y en virtud deste pensamiento alivo,  
Muerto para guardarlas se está vivo.

Si ya este nuevo espíritu valiente  
El fin supiere hallar desta aventura,  
Yo mi favor le prestaré decente,  
Y él me hará de su valor segura.  
Así Morgana al margen de una fuente  
Al blando viento hurtaba la frescura,  
Y yo al saber de su hablar atento  
Tambien bebí de su discurso el viento.

Quando el tiple marcial que el clarín vierte,  
Y el ronco son de trompas y atambores  
Con que el mundo camina hácia la muerte,  
Su plática deshizo entre las flores:  
Cesó el sepulcro en que la Hada advierte  
Que el arnés vive lleno de primores  
Del griego capitán, á cuya mano  
Hector murió, y tembló el muro troyano.

Que el quinto cielo ya en sangrienta rueda  
Por la tierra marcial furor derrama,  
Y en invisible aliento da el que pueda  
Crecer á soplos de ambición la llama:  
Del rey francés los triunfos, con que queda  
En magestad vencido el de la fama,  
El requemado enojo, los desvios,  
Y del leonés los indomables brios.

Entre la tierra, el cielo el mar y el viento  
Un soberbio castillo está labrado.

Que aunque de huecos aires su cimiento,  
Y en frágiles palabras amasado,  
Basa no tiene de mayor asiento,  
El mundo, ni los cielos se la han dado,  
Pues á solo él y su muralla fuerte,  
No ha podido escalar ni entrar la muerte.

En las nubes esconde sus almenas,  
La tierra y cielo desde allí juzgando,  
De anchos resquicios y atalayas llenas,  
De ojos cubiertas sin dormir velando;  
Y con mas lenguas que la mar arenas,  
Ajenas vidas y obras pregonando,  
Sin que palabra, aunque pequeña suene  
Que de rumor las bóvedas no llene.

Fama, monstruo feliz, vario en colores  
Es quien las torres del alcázar vela,  
Y en plumas de vistosos resplandores  
Por todo el orbe sin cansarse vuela:  
Favores pregonando y disfavores,  
Que allí el parlero tiempo le revela,  
De ojos vestida, de alas y de lenguas,  
De unos contando loores, de otros menguas.

Vuelan sus clara boyas por la cumbre  
De la enarcada bóveda del cielo,  
Sobre pilares de oro, cuya lumbre  
El aire baña y da hermosura al suelo:  
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre  
De huecas voces un sonoro vuelo,  
Que en confuso rumor los patios llena,  
Y un rico mundo de grandezas suena.

Los firmes quicios de las altas puertas,  
Sin guardadoras llaves ni candados,  
A todo tiempo y toda gente abiertas,  
De cualquier calidad, suerte y estados:  
Las ocultas verdades descubiertas,  
Los antiguos engaños disfrazados,  
Los vulgares rumores, cuyo enjambre  
Al desseo de saber crece la hambre.

A esto sin que el reciente rostro horre  
El vulgo la ignorante oreja aplica,  
Y al ciego aliento que en sus patios corre  
La mas templada boca multiplica:  
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,  
Tan mudados en otra los publica,  
Que volviendo á encontrarlos sus autores  
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.

El firme umbral de sonoro bronce  
Al grave peso de la gente gime,  
Que el vario tiempo por el ancho esconce  
A todas horas de aquel mundo esgrime;  
Aquí de nudo eterno el mortal gonce  
Los siglos vence, y á la muerte oprime,  
Y en vuelo infatigable y ancha pompa,  
El son retumba de una hueca trompa.

Humilde á los principios se levanta,  
De ronca voz y de alas encogida,  
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,  
Que á la luz deja en su cundir vencida;  
De feroz vista y proporción que espanta,  
En vivas lenguas y ojos convertida,  
Y de tal propiedad y tal sugeto,  
Que á todo hace, y no á guardar secreto.

Así á los cielos ruego le suceda  
Al vuelo heróico de mi corta pluma,  
Que si hoy humilde y por el suelo queda,  
Mañana suba á ser de honor la espuma;  
Y en lo alto ya de la voluble rueda,  
El tiempo ni la halle ni consuma,  
Mas con su activa voz tan hueca suene,  
Que el mundo espante y sus regiones llene.

De todas las humanas invenciones,  
Soberbias torres, máquinas, trofeos,  
Bellos teatros, ricos panteones,  
Altas columnas, graves mausoleos,  
Anchos doriscos, sacros iliones,

Colosos, arcos, termas, coliseos,  
 Pínel, estatuas, bronce, escultura,  
 Y otra si hay mas constante ó mas segura;  
 En todas cunde la infeliz polilla  
 Del voraz tiempo, autor de las verdades:  
 No hay real corona, ni suprema silla,  
 Sagrado imperio, muros ni ciudades  
 Contra sus fuerzas, todo lo aportilla,  
 En todo imprime y causa novedades:  
 Los reinos muda, sus linderos trueca,  
 Y hoy donde ayer fue mar, ya es tierra seca.  
 ¿Quién me dirá de la usurpada España  
 El cetro oscuro de ásperos alanos?  
 ¿Qué terrones rompió la inculta saña  
 De almonidas y antiguos turdetanos?  
 ¿Quién los épalos fueron, cuya saña  
 Al Betis dió los muros sevillanos?  
 Los zacintos, los celtas, los ancones,  
 ¿En cuál mundo tuvieron sus regiones?  
 Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias,  
 La romana y la griega monarquía,  
 De Virgilio y de Homero plumas varias,  
 Murieron, y ellos viven todavía:  
 Si á sus versos los reinos dieron párias,  
 También yo esperó que á la musa mia  
 Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos  
 Roma sus muros, Rodas sus colosos.  
 Estos deseos, sabrosa medicina  
 Contra la muerte son de honrados pechos,  
 Que el alma eterna de nación divina  
 Eternizar también desea sus hechos:  
 ¿Quién á un famoso nombre no se inclina?  
 ¿Quién la honra no antepone á otros provechos?  
 ¿Quién tan inútil y de humilde suelo,  
 Que de una inmortal voz no ame el señuelo?  
 Pues este altivo monstruo en pasos blando,  
 De pechos nobles pasto apetecido,  
 Hoy por un ciego mundo hace volando,  
 Con mayor voz que nunca, mas ruido:  
 La nueva infausta guerra pregonado,  
 El valor del francés nunca vencido,  
 El aprieto de España y de sus cosas,  
 Unas alegres y otras lastimosas.  
 Y entre las que el clarín con mayor vuelo  
 Del vulgo humilde al rein dosel levanta  
 Es de Francia el ejército, que el suelo  
 Con sombra cubre y con braveza espanta:  
 Por cuanto ciñe el mar y abraza el cielo  
 Ni otra voz suena ni otra gloria canta,  
 Que siempre el vario monstruo se recrea  
 Con los que la fortuna lisonjea.  
 También la invicta España en contra viene  
 Del comun enemigo á la potencia  
 Con cuanto dentro encierra, hasta el que tiene  
 En religion y leyes diferencia:  
 El que de arar la tierra se mantiene,  
 Los que en mandarla alcanzan eminencia,  
 Al que en alcázar real ó humilde choza  
 La nueva guerra asesta, ó la paz goza.  
 Los que á Duero cultivan sus jazmines  
 Y al rio Miño las riberas rojas,  
 Y de Ebro los principios y los fines:  
 De nieblas frias y corrientes flojas,  
 Los que del Tajo habitan los confines,  
 Y pisan de sus álamos las hojas,  
 Y el que sin fruto en Guadiana pesca,  
 O al Betis ciñe la ribera fresca.  
 Marsilio en prevenirse fue el primero  
 Contra el comun pavor que asombra á España  
 Y al rey Casto ofreciendo un campo entero  
 El de su gente infiel puso en campaña:  
 Mandando á Ferragut, que al mauro fiero  
 Por gente pase natural y estraña  
 Y á la de Cataluña por Valencia,  
 De Africa anude y junte la potencia.

Fue Ferragut un barbaro brioso,  
 De fornida estatura de gigante,  
 Miembros doblados, animo orgulloso,  
 Colérico en sus gustos y arrogante:  
 En fuerzas firme, en cuerpo poderoso,  
 Belloso rostro y áspero semblante,  
 Y en el llegar con su opinion al cabo  
 Entre los valerosos el mas bravo.  
 A insignes triunfos de armas inclinado,  
 Y á desvolver del mundo las regiones,  
 Y dejar fama en él, que es un cuidado  
 Que no cabe en estrechos corazones:  
 Todo hasta el marcial pecho era encantado  
 Y este lleno de honradas pretensiones  
 A sembrar sale belicosa saña,  
 De Zaragoza á lo mejor de España,  
 Del Ebro claro á la corriente fria  
 Alterando llegó en rumor la tierra,  
 Con rayos de orgullosa valentia,  
 Que es la paz de de su espíritu la guerra  
 Y del florido salto que hacia  
 La preñada cuchilla de una sierra,  
 Como en grillos de plata vió ceñido  
 Del humilde collado el tumbo erguido.  
 Así enfrenada la corriente brava  
 De arboledas vestido y de frescura  
 Que el sosegado curso que llevaba  
 A la vista enganara mas segura:  
 El bosque en sus cristales se miraba  
 Y dando y recibiendo hermosura  
 de Flora, á vueltas via el brazo tierno  
 Rosas sembrando del florido cuerno.  
 La fresca vid al álamo sombrío  
 Sus ramos dulcemente encadenaba,  
 Y á costa del humor del manso rio  
 De una inmortal frescura le adornaba  
 Donde al ardiente sol, el blando frio  
 Con pardas frescas sombras convidaba,  
 Y á contemplar en su cristal profundo  
 Otro bosque, otro cielo y otro mundo  
 En este alegre soto entretenido  
 Sus flores Ferragut pisa contento,  
 Y del lugar y del calor movido,  
 Un nuevo busca y apacible asiento:  
 Este halla fresco, el otro mas florido,  
 Aquí hay mas verde juncia, allí mas viento,  
 Hasta que de uno en otro remolino  
 De un raudal espumoso al salto vino.  
 Al sordo murmurar que se despeña  
 El hondo valle suena comarcano,  
 Y de una Peña dando en otra Peña,  
 De aljofar lleno salta al verde llano:  
 Aquí una cueva está, que aunque pequeña  
 Hecha parece por divina mano,  
 En cuyo húmedo seno y hueco frio  
 Las deidades habitan de aquel rio.  
 Donde en tiernos cuidados ocupadas,  
 En grutas de cristal y ondas ceñidas  
 Las ninfas sobre telas delicadas  
 Sus amores dibujan y sus vidas:  
 Las rubias hebras de oro marañadas  
 Entre la blanda lana retorcidas,  
 A vueltas muestran de sus lazos bellos  
 Mil lances de primor dellas y dellos.  
 Aquí entre olores que tributa el prado  
 Al ronco estruendo del cristal rompido,  
 El moro en graves trazas ocupado  
 Sin saber cómo se quedó dormido  
 Débil Morfeo en paso sosegado  
 El sentir le robó sin ser sentido,  
 Al blando entrar de una quietud suave,  
 Que al sueño abrió, y al alma echó la llave  
 Y apenas de la vista en las ventanas  
 El sentido común fijó dos sellos  
 Y de las cosas las figuras vanas

Hechas aire sutil voló por ellos,  
 Cuando con luces no del todo vanas  
 El sueño le mostró en retratos bellos  
 Un alarde, á quien dan rayos adustos  
 Los malogrados fines de sus gustos.

Sueña que se halla en los alegres dias  
 Que á Doralice festejó en Granada,  
 Cuando á un breve favor largas porfias,  
 La puerta le dejaron mas cerrada:  
 Las armas y pomposas gallardias  
 En la amorosa empresa celebrada  
 De Angélica y la bella Guadalará,  
 Del Brabonel amante prenda cara.

Prosigue amor en su pesado sueño,  
 Y hácele en Babilonia enamorado  
 De Bagdela, y que en Persia alzó por dueño  
 A la Hada Argiran de su cuidado:  
 Que á la dueña del lago en dulce empeño  
 También sin premio le entregó el cuidado,  
 Y de Marfisa fue atrevido amante,  
 Y oculto de la bella Bradamante.

Que á Flordelis y á Flordespina quiso  
 En diferentes partes y en ninguna,  
 O sea por cuidadoso ó por remiso,  
 Favorable le vino suerte alguna:  
 O sea estrella cruel, hado preciso,  
 Azotes, ó regalos de fortuna,  
 O la aspereza de su rostro y talle,  
 Que era oille temor, miedo miralle.

Nadió el codició por tierno amante.  
 Ni él en saberlo ser halló ventura,  
 Con que el parlero sueño fue bastante  
 A despeñarlo en una cueva oscura,  
 Donde en lloroso vió y mortal semblante  
 La bella granadina hermosura,  
 Que á la arrogancia de su pecho fiero  
 Su primer gusto fue, y su amor primero:

Parécele que en triste cárcel puesta,  
 Donde halagüeñas lágrimas vertía,  
 Con medroso ademan y habla modesta  
 Breve socorro á su afliccion pedia:  
 Quiso darle las obras por respuesta,  
 Y del pesado sueño la agonía  
 Su quitud le hurtó, y en medio el prado  
 Un sátiro á una ninfa vió abrazado.

Ahora fuese que al sabroso frío  
 A recrearse sin temor saliese,  
 Y á gozar de algun álamo sombrío  
 Su labor y la siesta le moviese:  
 O que en la cueva del cercano río  
 En cuidosas lazadas le prendiese,  
 O que ahumando encanto le fingia  
 Lo que durmiendo oyó y despierto via.

En mil lazos el sátiro encadena  
 El delicado cuerpo transparente,  
 Y la boca de amarga espuma llena,  
 Ya el dulce aliento de la ninfa siente,  
 Que á desdeñosos golpes le refrena,  
 Y en tesón duro, y forcejar valiente,  
 El torpe nudo huye, y feo semblante  
 Del atrevido deshonesto amante.

Procura libertar el tierno cuello  
 Del peligroso nudo de sus brazos,  
 Y el sátiro importuno el bulto bello  
 Mas encadena en amorosos lazos:  
 El cendal rompe, troza los cabellos,  
 Y el cuerpo sin piedada hace pedazos,  
 Y todo en vano, que aunque no rendida  
 Está de la ocasion del gusto asida.

Cual parda sierpe, que de nudos llena,  
 El águila real lleva á su nido,  
 Las alas con sus roscas encadena,  
 Y en ellas cuerpo y piés le tiene asido;  
 O oscura yedra, que en maraña amena,  
 El tronco á un olmo deja entretejido;

O el blanco risco que la jibia tiñe;  
 O el pulpo en negros lazos teje y ciñe;  
 Tal el lascivo sátiro envolvía  
 La bella ninfa en su prision forzada:  
 El moro que entendió la demasia  
 Del torpe amor y el tiempo ocasionada,  
 Del fresco lecho salta en que dormía,  
 Y al vano amante la desnuda espada  
 Al ciego corazon le guió de suerte,  
 Que echó fuera el amor y entró la muerte.

Cayó descoyuntado al mortal yelo  
 El corvó fauno, y una alegre fuente  
 Las nuevas flores del pintado suelo  
 En su cristal bañó resplandeciente:  
 O fuese influjo de observado cielo,  
 O de mágica fuerza cerco ardiente,  
 Al desangrado amante entre la yedra  
 El mundo recibió mudado en piedra.

Y un celoso cristal por la herida  
 De desengaños lleno corrió al río,  
 Tal que si al gusto á verse en él convida,  
 Tal vez le vuelve en tristes sombras frío;  
 Que al pecho no dió amor duda escondida,  
 Que clara no la dé el licor sombrío,  
 Los zelos, las sospechas, los antojos,  
 Descifrados su luz pone en los ojos.

El hijo de Lanfusa fue el primero  
 Que el alinde probó de la onda pura,  
 Y ya por culpa ajena, ó rostro fiero,  
 Del suyo le asombró ver la figura:  
 O sea sospecha, ó caso verdadero,  
 El le sabe, y amor que le asegura,  
 Que de su arco los menos agraviados  
 Salen cuando no heridos asombrados.

Ni importa en nobles gustos ser amado;  
 Que en alegre verano y pasto tierno,  
 Al corderillo que hay mas regalado  
 A vueltas crece de la lana el cuerno:  
 El caso de Anteon, ¿á cuál honrado  
 En el alma no imprime miedo eterno?  
 Pues no hay Diana fiel si se le antoja,  
 Que en ciervo no convierta á quien la enoja.

Para humillar de su altivez la rueda  
 En gustos locamente confiados,  
 Labrada esta parlera fuente queda  
 De un libre desengaño de cuidados;  
 Donde el Narciso de favores pueda  
 En el agua escribir los mas fundados,  
 Y gozar en sus márgenes y orillas  
 De los hurtos de amor las maravillas.

Del feo bulto del fauno heredó el nombre;  
 Y de su pecho y cuernos agua fria,  
 Y su fama en el mundo tal renombre,  
 Que de divino oráculo servia:  
 ¡Ciega locura aventurar el hombre  
 Sin ganancia el caudal de su alegría!  
 ¡Vana curiosidad, locos antojos,  
 Donde es mejor no ver que tener ojos!

Bien que al cristal de su parlero seno,  
 Hermosos campos y pinturas bellas,  
 Un tierno niño amor de gustos lleno,  
 Sobre un cielo de flores por estrellas:  
 Mil bellas ninfas por un bosque ameno,  
 Venus que alegre se regala entre ellas,  
 Y al compás de sus sátiros que espantan  
 Bailan las unas y las otras cantan.

Cuanto el antojo del que al agua llega  
 Por gusto pide halla retratado,  
 Montañas de oro la codicia ciega  
 De Midas, si aun le dura ese cuidado:  
 Cazas Adonis en su fértil vega,  
 Desengaños de amor quien no es amado,  
 El nuevo amante pensamientos tiernos,  
 El galán galas, el celoso infernos.

Los caballeros guerras y aventuras,



Los sabios mil secretos naturales,  
 La vista melancólica pinturas,  
 Los placenteros ojos otros tales :  
 El labrador sus mieses mal seguras,  
 El pescador sus cañas y sedales,  
 La dama bella amor, galas la fea,  
 Y cada cual al fin lo que desea.  
 En campo abierto el agua transparente  
 Un tiempo al mundo dió sus maravillas,  
 Mas el ciego concurso de la gente  
 Que á ver llegó sus márgenes y orillas,  
 Con disgustos turbada la corriente,  
 Rojas volvió sus flores de amarillas,  
 Hasta que en defendida niebla oscura  
 La ninfa le encantó la hermosura.  
 Fue esta aparente máquina de cosas  
 Sombríos cercos de la hada Alcina,  
 Que á hacer las de Bernardo mas pomposas  
 Su nuevo estudio y su saber camina;  
 Y de España las sangres helicosas,  
 A que su natural gusto la inclina,  
 Entre estas sombras quiere y su aparato  
 Al mundo dar un singular retrato.  
 A este fin levantó en sus huecos senos  
 De un rico alcázar la belleza estraña,  
 Cuyas cornisas y artesones llenos  
 De lazos de oro tan sutil maraña,

De marciales sus esos mas ó menos  
 Que en venideros siglos tendrá España,  
 O que en el mundo en lenguajes mudos  
 Los campos honrarán de mil escudos.  
 Hasta aquel siglo de oro, y rey prudente,  
 Que como antes la vuelva monarquía,  
 Y el lleno goce en el de su creciente,  
 Y sin menguante corra su alegría :  
 Esto en muros de vidrio transparente,  
 Y en cristalinis tumbos de agua fria,  
 La ninfa dibujó, y en niebla oscura  
 Encantó hasta su tiempo su hermosura.  
 Al primer riesgo de la sabia fuente  
 El lascivo animal perdió la vida,  
 La ya vengada ninfa en la corriente  
 Del claro rio sin temor metida :  
 Viéndose con castigo suficiente,  
 En su ofendido honor restituida,  
 A su libertador vuelve lozana,  
 Y á darle el premio del favor se humana.  
 Los espumosos tumbos refrenando,  
 De entre ellos levantó el gallardo cuello,  
 Con las nuevas vislumbres deslumbrando  
 Al que se atreve con su riesgo á vello;  
 Y en lazada sutil de un cendal blando,  
 En crespos lazos reformó el cabello,  
 Que á no ser de mas precio su tesoro,

El día comprara dél sus rayos de oro.  
Halló el moro caida entre las flores  
De un sirgo azul la tela delicada,  
De matices cubierta y de primores,  
Milagros de la aguja de la Hada:  
Donde en preciosas sedas y colores  
Una historia sutil vió dibujada,  
Parte labrada ya, parte en amago,  
De punto natural, ó aspecto mago.  
Nunca de Palas la sutil aguja,  
Cuando Aragne intentó su competencia,  
A los heróicos dioses que dibujó,  
Igual perfeccion puso ni igual ciencia:  
Ni el divino cendal que sobrepuja  
Toda invencion de humana suficiencia,  
Sembrar pudiera en el atento moro  
Igual deleite ni mayor tesoro.  
No entendió las figuras, aunque pudo  
Su gallardo ademán entretenerlo,  
Y atento á verlas por un rato mudo  
El gusto le dejó del cendal bello;  
La sabia ninfa que del torpe nudo  
Del ya muerto animal vió libre el cuello,  
Y al caballero en entender atento  
De su labor el escondido cuento,  
Por conveniente paga que al servicio  
En algo igual de su espada hecho,  
Y el premio al recibido beneficio  
La magestad descubra de su pecho:  
Quiso al moro dejar, que es noble oficio,  
En su presente gusto satisfecho,  
Con breve relacion de cuanto incluso  
En el rico cendal su aguja puso.  
Huyóse de las aguas el ruido,  
Y por hacerse espejo á su belleza,  
El rio en nuevo estanque convertido,  
Inmudable volvió su ligereza;  
Y ella en palabras de inmortal sonido  
Así al invitado moro vuelta empieza:  
«Bien que sea tu valor en cuanto haga  
De su antigua virtud la mayor paga;  
Tal vez á un fiel servicio le ennoblece,  
Que digno dél quien le recibe sea,  
Y el gusto y gloria de la hazaña crece  
Cuanto es mayor la parte en que se emplea:  
Pues porque el tuyo en lo que en sí merece  
Su colmo goce y su creciente vea,  
Contarte quiero á quién por modo honrado  
Con tu invencible espada has obligado.  
Conocerás de paso los varones  
Que en mi heróica labor voy dibujando,  
Que sombras de proféticas visiones  
No se pueden gozar solo mirando:  
Y yo que el gusto miro en las acciones,  
Ya los deseos del tuyo estoy juzgando;  
Oye, pues, te diré, moro valiente,  
Lo que deseas saber, y hay en mi fuente.  
Una soy de las nintas deste rio,  
De su juncia nacida en las riveras,  
Ya en otro tiempo el ejercicio mio  
Fue por los montes fatigar las fieras:  
Ninguna selva ni lugar sombrío  
Sin los despojos de mi caza vieras;  
En armar redes y acechar paradas  
Las mas diestras no fueron tan nombradas.  
Sin lanudos sabuesos ni lebreles  
Al jabalí rendí y al oso fiero,  
Y si hay fieras mas fieras y crueles,  
Esas trataba de amansar primero:  
De rosas coronada y de laureles,  
Mas tuve, sin querer, de un prisionero,  
Que de lo que yo entonces me preciaba  
Era de un arco, undardo, y una aljaba.  
Y no me estraga el áspero ejercicio  
La atezada beldad de mi figura,

Que si estimarla en poco no fue vicio,  
Nunca mas la estimé de lo que dura:  
El terso espejo, cuyo amargo oficio,  
Es siempre preparar nueva hermosura,  
Nunca la mia templó, ni en clara fuente  
Por nuevo adorno contemplé mi frente.  
Ya Febo estas montañas abrasaba,  
En iguales balanzas puesto el día,  
Cuando yo sus collados trastornaba  
Rastrando un ciervo que flechado habia:  
El cansancio el calor me acrecentaba,  
Y una fresca alameda que nacía  
De las orillas deste hondo rio,  
Señas hacia temblando á un viento frio.  
Tejiendo en frescas hojas y altas ramas  
De sombríos sauces y ásperos laureles  
Tupidas cuevas, y floridas camas  
De azules lirios, carmesíes claveles,  
De atada yedra y revoltosas gramas,  
Vistosos lazos, rejas y cancelos,  
Donde el blanco jazmin hacia ventana  
Al tierno grumo de la vid lozana.  
La murta, madreselva y arrayanes,  
Los almeces cercaban y algarrobos,  
Y ellos con sus brutescos ademanos  
De hojosas ramas resonantes globos;  
Por donde las calandrias y faisanes  
Cruzando daban silbos y corcovos,  
Y el sol por su tupida celosía  
Su luz queria engazar, y no podia.  
Bebiendo al fresco viento el soplo blando  
Al frio llegué de la ribera amena,  
Por donde se iba sin mover pasando  
En brazos de cristal la onda serena,  
Cuyo profundo seno va volcando  
Los granos de oro en la menuda arena;  
Meto el pié dentro, y como siento el frio,  
Desnuda me arrojé en el manso rio.  
A veces con la una y otra mano  
Si asir procuro de las ondas frias,  
Ellas haciendo mi trabajo vano  
De mí se huyen por diversas vias:  
Vuelvo y revuelvo el cristalino llano,  
Y entre el huir del agua, y mis porfias,  
Sentí por ellas nuevos remolinos,  
Y ví temblar los árboles vecinos.  
El dios deste lugar sagrado rio,  
De verdes cañas y ovas coronado,  
El rostro y barba llenos de rocío,  
Lloviendo arroyos de sudor helado:  
En una mano un álamo sombrío,  
Y en una urna de vidrio reclinado,  
Del lugar con el mio mas vecino  
Salió rompiendo el muro cristalino.  
Al descubrir el dios quedé turbada,  
Y á huir medrosa comencé desnuda,  
Y él viéndome sin ropa despojada  
De mi arco de oro, y de su flecha aguda,  
Ardiendo sintió el alma antes helada,  
Y de su nueva pretension no duda,  
Que al gran señuelo que el amor le hacia,  
Ningun estorbo en él serlo podia.  
Yo huyo dél, cual tímida paloma  
Del presto gavilan que le da caza,  
Y él el seguirme tan por suyo toma,  
Como á paloma el gavilan de raza:  
Saliendo deste valle á aquella loma  
Subía, y como nada me embaraza,  
En lugar de correr creo que volaba,  
Y siempre á mis espaldas le llevaba.  
En esto veo su sombra de improviso,  
Que el sol ya por mis hombros la subía,  
Sino era de algun álamo, ó aliso,  
Y por suya el temor me la vendía:  
Mas no era el presto dios nada remiso,

Ni sus piés solos cabe mí sentia,  
Que ya casi en mis pasos tropezaba,  
Y su aliento el cabello me volaba.

Pasmóme el corazon un miedo helado,  
Y allí sin poder mas me ví rendida,  
Que al desenvuelto amante el premio amado  
Metiendo espuelas via en la corrida:  
Los ojos volví al cielo, y el cuidado  
Le entregué de mí honra y de mi vida,  
Y á la casta Diana en tal estrecho  
Esta breve oracion dije en mi pecho:

«Divina diosa, si por mí ofrecida  
Víctimas fueron humos de tus aras,  
Y sus puras entrañas encendidas  
Llamas en nombre tuyo dieron claras;  
Si aljaba y flechas traje á tí debidas,  
Y tu selva aprobó sus diestras varas,  
Deste fiero enemigo, y su torpeza,  
Defiende, oh casta diosa, mi limpieza.»

A este fresco lugar en que ahora estamos  
Diciendo estas palabras descendia,  
Cuando Diana de entre aquellos ramos  
Salió esparciendo en mí una niebla fria:  
Las dos en medio della nos salvamos,  
Y el fugitivo dios, que ya ponía  
En mí sus brazos, aunque quedó ciego,  
Por mil partes cercó la nube luego.

Yo viendo tan solícito enemigo,  
Aunque de la triforme luz guardada,  
Y en su inviolable amparo y casto abrigo  
Segura estaba de dañarme nada;  
La beldad ciega, que vivía conmigo,  
Inquieta me traía y alterada,  
Cual tímida cordera, que presente  
El lobo en torno del aprisco sienta.

Cuando medrosa entre un sudor helado  
Me ví ir toda abrasando y consumiendo,  
Que á modo de rocío delicado  
De sus senos la nube fue lloviendo:  
Los huesos ya en cristal se habían trocado,  
Y como yelos se iban derritiendo,  
Corriendo entre las yervas, y el amante,  
Que el agua conoció, mudó el semblante.

Dejó la grave magestad pesada,  
Y en ver mis nuevas ondas atrevido,  
«La empresa mia, dijo, es acabada,»  
Y en sus aguas tras mí se ha convertido:  
Yo viendo pretension tan porfiada  
Rendime, y al tomarle por marido,  
Ví que á mudar el celestial decreto  
Ningun humano curso hace efecto.

Entre estos riscos mi morada tengo  
De cristal duro y blancos pedernales,  
Y aquí con otras ninfas me entretengo  
En dibujar empresas inmortales:  
Del dios Jano por recta línea vengo,  
Y saben las antorchas celestiales  
Que es Iberia mi nombre, y mi estandarte  
La mejor sombra del sangriento Marte.

Fue Tubal nieto del famoso Jano,  
De quien segunda vez renació el mundo,  
Y á poblar esta tierra de su mano  
De Armenia vino sobre el mar profundo:  
Deste nació el segundo rey hispano  
Llamado Ibero, y yo deste segundo  
Este es mi antiguo origen, deste Ibero  
Nombre tomé, y le di á este mundo entero.

Soy pues la que hoy en grave pompa y vuelo  
Sus cosas guía, y soy la que su fama  
Con pio derramará, y heróico celo,  
Por cuanto el rojo sol su luz derrama:  
De entre las ondas de mi claro yelo  
El cielo ha de sacar la inmortal llama,  
Que dará vida y ley á un mismo paso,  
Desde la rubia aurora al turbio ocaso.

Quisierate mostrar, pero no quiero,  
Los preciosos tesoros de mi cueva,  
Las grandezas que al siglo venidero,  
Por todo el orbe su corriente lleva:  
Los triunfos, y el camino verdadero,  
Que al mundo sacará una gente nueva,  
A reducir debajo de su lanza  
Cuanto rodea el sol, y el mar alcanza.

Los apartados reinos, y las gentes  
Por los senos del mundo derramadas,  
El fin del mar las playas diferentes,  
Y aquellas islas del calor tostadas,  
Que al valor de mis claros descendientes  
Por las estrellas viven reservadas,  
Aunque no caben todas en la tierra,  
Lo menos cunden que mi pecho encierra.

Mas no es posible alcance tantas cosas  
El presto huir de un tiempo tan escaso,  
Ni tú, en horas tan breves, mis famosas  
Grandezas puedas ver sino es de paso:  
A otro brazo las lumbres poderosas  
La victoria pasaron deste caso,  
Y á tí lugar famoso al márgen suyo,  
En honra al real valor del brazo tuyo.

Mas por bastante paga al beneficio  
De haber en mi favor tu espada honrado,  
Ya que el precioso hado te es propicio,  
Y tanto tu nobleza me ha obligado;  
Del mundo por venir un breve indicio  
Quiero que en mi labor veas abreviado,  
En nueve hermosos rayos, cuya llama  
Con los nueve compite de la fama.

Este lienzo entre lazos de oro fino  
Al mundo guarda vivos sus retratos,  
Cuya estampa y dibujo peregrino  
Labrando me entretiene alegres ratos:  
Dijo, y desde el remanso cristalino  
La tela desdobló, que dió baratos  
A sus ojos mil rayos de contento,  
Y ella así prosiguió su alegre cuento:

«Estos que de mi aguja retratados  
Dan gloria á las edades venideras,  
Son nueve capitanes celebrados,  
Tras de quien vienen todas mis banderas:  
Los triunfos á sus hechos reservados  
Celebrados quedarán si los vieras,  
Que yo ahora no he de darles mas renombres,  
De que aquí los conozcas por sus nombres.»

Este que ves entre moriscas lides  
Con seis azules roeles señalado,  
Antiguas armas del gentil Persides,  
En tiempo del rey Artus celebrado,  
Es el godo alemán Nuño Belchides,  
Y este escuadron que en sombras abreviado  
Aun se está en los principios de mi aguja,  
Y su luz la del cielo sobrepuja,

El fruto es de su tronco, que al cercano  
Mundo que ha de venir promete el cielo,  
Y yo en su nombre al reino castellano  
Príncipes dignos de su invicto suelo;  
Y á Castro y Lemos, colmo soberano  
Desta creciente, cuando en feliz vuelo  
Nazca un Apolo por patron y guía  
De una famosa historia suya y mia.

El que tras él no quiere atras quedarse,  
Y su opinion tan adelante lleva,  
Que á todo el ancho mundo hará estimarse,  
Si á hacer llegare de su espada prueba;  
Pues aquí no pudieron dibujarse,  
Celebre sus hazañas con voz nueva,  
Y al conde Hernan Gonzalez sin segundo,  
No solo España, pero todo el mundo.

De la real sangre que sucede y mana  
A Sandoval desta sagrada fuente,  
Lerma gozará duques, y hará ufana



A España un soberano descendiente;  
De cuya sabia y fiel prudencia humana,  
El grave sucesor de un rey prudente,  
Hará el mejor gobierno que en Castilla  
Haya tenido la española silla.

Este de blancas plumas señalado,  
Que el campo de morisca sangre baña,  
Si el frigio Hector no ha resucitado,  
Famoso Cid será, y honor de España:  
Temblará Mauritania en verle armado,  
Y en el frío ataud, grandeza estraña,  
Hecho á vencer con su ademan altivo,  
Tambien vencerá muerto como vivo.

Mira tras este al que por propio nombre  
El de Gran Capitan será debido,  
Y si el retrato te parece de hombre,  
Es porque en mortal lienzo está tejido:  
Su fama, sus hazañas, su renombre,  
No en columnas de mármol esculpido  
Al mundo dejará para memoria,  
Mas toda Italia cantará su gloria.

Este á quien favorezo la fortuna  
Al parecer con tan alegre cara,  
Si los hados le sacan de la cuna,  
Marqués será famoso de Pescara:  
Victoria eterna en inmortal coluna,  
Digna promete á su grandeza rara,  
Y él al honor de España un gran tesoro,  
En el rey preso de los lirios de oro.

Aquel por tantos mares venturosos  
En pequeños bajeles engolfado  
Es Hernando Cortés, que en mil colosos  
Su nombre ser merece eternizado:  
Descubrirán sus ojos venturosos,  
Y rendirá su esfuerzo afortunado,  
Otro mundo, otro cielo, y otro polo,  
Que es poco para él un mundo solo.

Este que tiene el venerable cuello  
De un bello toison de oro enriquecido,  
Y colgado del peso dél y dello  
Del suelo lo mejor y mas florido;  
Si acaso el mundo mereciere vello,  
Como el ser su monarca ha merecido,  
Duque de Alba será, y honor de España  
En Portugal, en Flandes, y Alemaña.

El que sobre este carro cristalino  
El mar gobierna en venturoso freno,  
Si al mundo hallare su valor camino  
Para dejarlo de victorias lleno,  
De Santacruz será marqués divino;  
Y si la parca en su enlutado seno  
Antes de tiempo su valor no encierra,  
Temblar hará el furor de la Anglia tierra.

Aquel en quien las horas presurosas  
El curso abreviarán con tal corrida,  
Que apenas á las puertas deleitosas  
Llegar le dejarán de nuestra vida,  
Cuando entre negras sombras tenebrosas,  
La tierna faz de amarillez teñida,  
Dejará el aire claro y nuevo dia,  
Que en su real presencia amanecia;

Yo digo de aquel príncipe famoso  
Que á España vestirá de luto y llanto,  
Despues que su valor vuelva espantoso  
El seno de Corfú, y el de Lepanto:  
Y desde allí con triunfo victorioso  
Al espanto del mundo ponga espanto,  
Mostrando en esto ser hijo segundo  
De Carlos Quinto, emperador del mundo.

¡Oh estrellas! ¡cómo fuistes envidiosas  
A la gloria de España! oh duro hado!  
Si al golpe de sus suertes valerosas  
No les faltara tiempo señalado,  
Tú solo á mil regiones poderosas  
Pusieras yugo y freno concertado,

Desde donde se yela el fiero Scita,  
Adonde el abrasado Mauro habita.

Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores  
Para esparcir sobre la tierna frente,  
En sacrificios y debidos loores  
Deste mi soberano descendiente:  
Y vosotros divinos resplandores  
Deshaced los agüeros felizmente,  
Y aquella sombra y triste centinela,  
Que sobre su cabeza en torno vuela.

Destos nueve bellísimos luceros,  
En oro ahora y rosicler grabados,  
Sin otra inmensa copia de guerreros,  
Entre sombras y luces esforzados,  
A los siglos prometen venideros,  
Honra á los vivos, gloria á los pasados,  
No sé si diga en tan veloz corrida  
Otro que aquí de intento se me olvida.

Vive en el mundo, y es el adversario  
Mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,  
Por quien un nombre heroico el tiempo vario  
Para siempre dará á tus obras vivo:  
Dejara el alabar á tu contrario,  
Mas véotele mirar con rostro esquivo,  
Y es de tan grandes llenos la figura,  
Que aun asombra su luz puesta en pintura.

Es pues el valeroso brio dispuesto,  
Que allí campea entre plumajes de oro,  
Y en tierna edad, y en ademan compuesto  
Al francés rinde, y doma al pueblo moro,  
El invicto Bernardo, en quien he puesto  
De mi esperanza el sin igual tesoro,  
Cuya braveza ha de librar la mia  
De un yugo de ambiciosa tiranía.

Ya en nuevo arnés grabado representa  
Un invencible Marte al turbio Egeo,  
Donde al rigor de una áspera tormenta  
De un casto amor le alcanzará el deseo;  
Y con el rey de Persia en lid sangrienta  
Ya esta noche le ví, y ahora veo  
Que fue el segundo trance, y el primero  
De que triunfó con voz de caballero.

Otro tuvo en defensa de su tio  
En los famosos bosques de Miduerna,  
Donde de mora sangre un rojo rio  
Su dura espada abrió, y su mano tierna:  
Allí sin otras armas que su brio  
Su rey libró, y ganó una fama eterna;  
Mas son ensayos, que en las veras puesto,  
Su espada rendirá de un mundo el resto.

Matará en Benavente y en Zamora  
Al soberbio Alcamán, y al rey Orreste,  
Que con la suya la pujanza mora  
Hará que ni le valga ni le preste:  
Dejo el campo de Orcejo, dejo ahora  
El riesgo del rey Casto, y muerto en este  
El antiguo don Bueso, que á Castilla  
Humillar quiso á la Aquitania silla.

Dejo trances de honor, dejo victorias,  
Que mil clarines volverán sonoros,  
Y de quien de memorias en memorias  
La fama hará el mayor de sus tesoros:  
Las tierras que en pomposas vanaglorias  
Dará á su rey, y quitará á los moros,  
Dejo y dejo tambien el triunfo manco  
De Barbaste, Sobrarbe, y Monteblanco.

Ni de la conquistada Barcelona  
Digo ya el merecido Principado,  
Ni el tributar la Italia á su persona  
En escaño real cetro dorado:  
Ni el ponerle al imperio la corona  
A un golpe de su espada en tal estado,  
Que por bien que la fama ande ceñida,  
Siempre á sus piés se la dará rendida.

Que esto es lo menos de su brazo fuerte,



Y de los bravos que hoy pisan el mundo,  
A los mas por su mano ha de dar muerte,  
Y harto el primero hará en quedar segundo:  
Ni pienses que es el nuevo encarecerte  
De sutil invencion parto fecundo,  
Que ya algun dia tú has de ser testigo  
De lo mas y lo menos que aquí digo.

Lugar precioso en esta rica tela,  
Queda á otros nobles hijos de la fama,  
En cuya heroica historia me desvela  
La industria de mi mano y de su fama;  
Y aquesta luz que en torno dellos vuela,  
Es la que á eterno nombre y voz los llama,  
Ahora en tanto que ellos nos suceden,  
Oye lo que los hados te conceden.

«Si en esta clara fuente siete veces  
Al rayo de la luna te lavares,  
Y á los difuntos dioses tus júeces  
Con nocturnos inciensos aplacares,  
Y una sagrada víctima le ofreces  
Al dios conservador destes lugares,  
Con lumbre de laurel y hojas de olivas,  
Harán que al mundo eternamente vivas:

Y tu edad y tu siglo se renueve  
Como los campos con las frescas flores,  
Sin que tu vista eterna noche pruebe,  
Ni tus sentidos sientan sus temores;  
Mientras Ebro á la mar tributos lleve,  
Y por abril nacieren los amores,  
Y el cielo coronaren las estrellas,  
Y los años volaren en pos dellas.

Mas si por no observar las impresiones  
De los celestes astros lo dejares,  
Y destas ceremonias y oraciones  
Indigno el limpio y grave arnés juzgares,  
De las otras forzosas ocasiones  
Este rocío temple los hazares,  
Y en tu antes duro trato vuelva el mio  
Gusto agradable lo que fue desvío.

Perderá las congojas del profundo  
Sueño que te inquietó la fantasía,  
Pues gozar de inmortal vida en el mundo  
El cielo te lo da por otra vía,  
Si merecieres el lugar segundo  
En los contestos de una historia mia,  
Que ha de durar mas siglos en la tierra,  
Que ondas derrama el mar y arena encierra.»

Dijo, y de en medio del sagrado rio  
Con la mano arrojó licor bastante,  
Con que al valiente moro creció el brio,  
Y lo áspero lavó el feroz semblante:  
Volviendo lo argentado del rocío  
El antes rostro bárbaro elegante,  
Desnudo del primer capote y ceño,  
Que de horrible le hacia zahareño.

De una apacible gravedad compuesto,  
Hasta en los ojos de la envidia amable,  
Así en gallarda proporcion dispuesto,  
Que aun el áspero gusto volvió afable;  
Que mas se da con la ventura que esto,  
Como sin ella es todo abominable:  
El agrado, la gala, y la hermosura,  
No son mas que un rocío de ventura.

### ALEGORIA.

Por la cueva del Hado se entiende la providencia divina, á quien todas las cosas están sujetas.

En la relacion de los reyes godos se muestran los altibajos del tiempo, y como ni el cetro y corona de las magestades de la tierra, ni por altos ni por grandes se libran de sus mudanzas.

En Iberia abrazada con el sátiro, cuan poderosa es en el vicio de la sensualidad la fuerza de la ocasión, y como para librarse de ella conviene que entre de por medio la fuente del desengaño.

En el rocío que á Ferraguto le lavó el rostro, y mejorándole el ser le perfeccionó la figura, se descubren los admirables efectos que la ventura hace en el hombre, y como á veces hasta de lo porvenir le da noticia, como la Hada á Ferraguto.

## LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO Ferraguto envidioso de las alabanzas de Bernardo se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso Joncel, que libró al rey Casto de cierta traicion, y dase á conocer el conde. Trátase de los festejos de Francia, y del consejo de guerra del César donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Orontes robó á Bernardo.

QUERIA el moro por tan ricos dones  
Mostrarse agradecido y obligado,  
Cuando sin aguardar á otras razones  
La Hada se volvió en cristal helado;  
Y él vestido de nuevas perfecciones  
El camino siguió de su cuidado,  
De gustos lleno, y desabrida pena,  
Con el bien propio, y con la fama ajena.

Del Ebro inculto por la fértil grama  
De sus mismas acciones va admirado,  
Fria de envidia el alma con la fama  
Que al gallardo Leonés promete el hado:  
Celos le yelan, el honor la inflama,  
Y en él, y en su experiencia confiado:  
»Será posible, dice, que en el mundo  
Hay quien me baje á mí al lugar segundo!

Primero en ciega confusion hundido  
Todo lo dejará este brazo fiero,  
Los que ahora viven, los que ya han vivido,  
Cuanto me espera á mí, cuanto yo espero:  
Mio es, mio ha de ser, y mio ha sido  
En todos trances el lugar primero,  
Este defenderé con dura guerra  
A cuanto surca el mar y ara la tierra.

No volveré á los ojos de mi gente  
Sin quitar á mi honor este embarazo,  
Y ver si dese Montañés valiente,  
Lo que no hizo el mundo hará su brazo:  
A buscarle quiero ir al mar de Oriente,  
Y quitarle la vida en su regazo,  
Antes que toque en tierra, y haya brio  
En ella que compita con el mio.»

Así dijo; fantástico y brioso  
Su caballo guió para Valencia,  
Que es el honor herido en pecho honroso  
Viva inquietud, agravio sin paciencia:  
Dos dias anduvo sin hallar reposo  
Tras el fin de su vana competencia,  
Discurriendo por ella, y sin camino,  
De un desatino en otro desatino.

Mas ya al tercero, cuando el sol sembraba  
Del dorado Zenit rayos mayores,  
Y el pastor caluroso se amparaba  
Al fresco de los sauces entre flores,  
Por el nuevo camino que llevaba  
En ligeros caballos voladores,  
Huyendo vió venir una doncella,  
Y un caballero en los alcances della.

Ella á gritos pidiendo al cielo ayuda,  
Y él con solo el intento de alcanzalla,  
Con la cobarde espada alta y desnuda,  
Por herilla, prendella, ó por matalla;  
Sacó el Moro feroz la suya aguda,  
De quien los bravos tiemblan en miralla...  
Cuando Teudonio en la prision de Luna  
Así en cuentas está con su fortuna.

Llegó el alcaide entreteniéndole el paso  
Con sagaz atencion á lo que habia,  
Acogióronle bien, viólos de paso,

Que solo á requerirlos descendia:  
Sintió de nuevo el nuevo preso el caso,  
Su corta fe, su escasa cortesía,  
Y mordiendo los labios al ultraje,  
Entre un suspiro reprimió el coraje.

Y vuelto al conde, dijo: «al fin cual digo  
De la cuadra real llegó á la puerta  
El aviso traidor del falso amigo,  
Cuando ni pudo entrar, ni la halló abierta;  
Y viendo el riesgo y fin del enemigo,  
Y mi importante traza descubierta,  
El rebozo troqué en que satisfacía  
Mi muerto honor la prevenida daga.

Y antes que el frío temor, en las entrañas  
Entera entré, y se la escondí dos veces,  
Con que el sensual amor y sus marañas  
Huyó corrido entre sangrientas heces:  
¡Oh cómo el tiempo da vueltas estrañas!  
¡Oh cómo humilla locas altiveces!  
Matóle al fin del muerto honor la traza,  
Y una ventana le colgó á la plaza.

Yo allí aclamando «¡libertad! ¡victoria!  
¡Leon por el rey Casto!» con que á un punto  
De los contrarios no quedó memoria:  
Que á mi voz viva, y á su rey difunto,  
Libres dejaron la usurpada gloria,  
Las armas, y el rendido alcázar junto,  
Hecho ya en roja sangre un negro charco,  
Con mi espada y las gentes de Filarco.

Sacudió el yugo infame del tirano  
El reino fiel del oprimido cuello,  
Haciendo en estos trances de mi mano  
Que el despojado rey volviese á sello:  
Prendí, tracé, compuse, y todo en vano,  
Pues al fin se olvidó tan presto dello:  
Vino á hacer córtés luego, y á ser vino  
En mis alegres bodas el padrino.

Mostró correspondientes los favores  
A la importante fe de mis servicios,  
Siendo en todos mis votos los mejores,  
Y mis sanos consejos mas propicios;  
Hasta que el malsinar de hombres traidores  
Esta privanza leal sacó de quicios,  
Trocándose los vientos favorables,  
Que hombres, aunque sean reyes, son mudables.

Mahamut, Arrez de Mérida, fue un moro  
De falso pecho y de ánimo atrevido,  
Que ardiendo en ambicion rompió el decoro  
Al rey Hissen de Córdoba debido;  
Y con su gente y bárbaro tesoro,  
Ya el africano yugo sacudido,  
Del rio Vierzo entró en el campo vasto,  
Y al amparo se vino del rey Casto.

A este por orden y consejo mio  
En fiel guarda le puso á las fronteras  
Que el Miño riega, y crece el Duero frio,  
Por hondos saltos y ásperas laderas;  
Y allí en dos lustros por su ardiente brio  
Al mundo espanto dieron sus banderas,  
Y el reforzado puesto en que vivía  
Asaltos á los moros cada dia.

Era temida hasta en su misma gente  
La aspezeza del bárbaro inhumano,  
Enemigo feroz, brazo inclemente  
Al pueblo infiel y ejército africano;  
Un hermano no menos que el valiente  
Tuvo, á quien sobre el muro zamorano  
Un dia, por sedicioso y homicida,  
El rey Casto prendió, y quitó la vida.

Encendió al moro el presumido agravio  
En deseos de vengar su hermano muerto;  
Era mudable, trascendido y sabio,  
De sangre castellana y mora enjerto;  
Y como de traidor tenia el resabio,  
Y de astuto el falaz pecho encubierto,

Encerró en él con pundonor discreto  
De la traicion que urdía el gran secreto.

Y por mostrar que del perdido hermano  
La odiosa muerte ya tenia olvidada,  
Al Casto rey envió á pedir humano  
Importante favor á una jornada;  
Y á mi por de mas nombre, y mas cercano  
A la persona real, dió encomendada  
La suya, y de su causa me hizo agente  
Con mil lisonjas, y un falaz presente.

Dióse el despacho á diligencia mia,  
En despediente afable, y grato modo,  
Y en la conquista y tierras que pedía  
Sin nada reservar se le dió todo:  
Mas no el traidor alcaide pretendía  
Favor, sino venganza del rey godo,  
Enviando con el nombre de embajada  
Doblada gente, y prevencion doblada.

Del trono real á descansar bajaba  
Al valle de Miduerna comarcano  
Tal vez el Casto rey, donde gozaba  
De ver correr un oso de verano;  
Y el montañés Filarco le hospedaba  
Con espléndida mesa y franca mano  
En un real bosque, que en hinchada loma  
Sobre las puntas de aquel bosque asoma.

En esta insigne casa de contento  
De alcaide el fiel Garilo nos servía,  
Puesto en olvido el alevosio intento,  
Con que á tener mas tiempo me vendía;  
Aunque él á la traicion trocando el viento,  
La doró con decir que pretendía  
Con aquella ocasion verse á mi lado,  
Para morir allí, ó salir honrado.

Es fácil de engañar un noble pecho,  
Y en un traidor jamás faltan engaños;  
Este pues, que parece que fue hecho  
Para sacar á luz los mas estraños,  
Era en Miduerna alcaide á mi despecho  
Por el gusto de Arlinda habia dos años,  
Cuando de Mahamut la torpe gente  
A Leon llegó con su falaz presente.

Y ahora por grave suma de tesoro,  
O la esperanza de otra mas cumplida  
En él, porque escondió el escudaron moro,  
Del Casto rey deseando la venida,  
Donde la fuerza los guardó del oro,  
Sin ser de nadie su traicion sentida,  
Hasta que el señalado tiempo vino,  
Y un notable suceso en el camino.

El Casto Alfonso al real jardin derecho  
A espaciar se guió, cuando en un llano,  
Que el monte da á la humilde selva hecho,  
Un doncel pareció, y un hombre anciano:  
El viejo alto, feroz, calvo, derecho,  
De rostro enjuto, talle cortésano,  
Palabras pocas, y modestia mucha,  
Dos grandes bienes al que ve y escucha.

Del doncel bien no sabré pintarte  
La gallarda postura con que vino,  
Que al brio natural legado el arte,  
Era en humano traje ángel divino;  
Hijo hermoso de Venus y de Marte  
En su aire le juzgáras peregrino,  
Y humilde de Narciso la pintura,  
Si como yo te hablára su hermosura.

Niño que el tierno bozo le apuntaba,  
De cuerpo algo mas grande que pequeño,  
De alegres ojos, y de vista brava,  
Suave en el mirar, y zahareño;  
Temor el verlo y alegría causaba,  
Y el rostro armado de capote y ceño,  
Mezclando á lo hermoso lo robusto,  
La cifra hacia del deleite y gusto.

En un bravo fantástico caballo

De la color y lustre del armiño,  
Que Genil vió nacer, Bétis criallo,  
Y de su juncia aun no perdió el cariño;  
Sin poder con el freno sosegallo,  
Lozano el potro, y el ginete niño,  
Y así trocando manos y visajes  
Hería el jaez, temblaban los plumajes.

De azul, tela de plata, y encarnado,  
Rico jubon, colete y calza al uso,  
El boemio en armiños aforrado,  
Que el regalo y la gala juntos puso:  
Con broches de diamantes recamado  
Y perlas en labor y órden confuso,  
Y en el sombrero, en plumas y en airones,  
Engastes de rubís hechos florones.

La calza de obra, y ricas entretelas,  
Lanzando rayos con vislumbres de oro,  
De puntas de diamantes dos espuelas,  
Y de rubís por ellas un tesoro:  
El blando freno, estribos y charnelas,  
Con pardos nieles de artificio moro,  
La guarnicion de la gallarda espada,  
De esmeraldas y perlas amasada.

Varios entalles de oro en cada hebilla,  
Sonando del pretal las guarniciones,  
De verde brocatel la corva silla,  
Y del mismo matiz riendas y acciones;  
Gripado lo embutido de platilla,  
Y en nuevos trebolillos y florones,  
Con asientos de perlas y rubazos,  
Floridos brichos y escarchados lazos.

Así tal vez entre celajes pardos  
Suele bullendo en luz resplandeciente,  
Con bellas alas de oro y pasos tardos,  
El lucero alegrar al rojo Oriente;  
Y entre peñascos de ámbares gallardos  
Dorar las nuevas rosas de su frente,  
Recamando de aljófares y grana  
El tierno día, el mundo, y la mañana.

Tal el doncel llegó, tal el mirallo  
Deleite puso y gusto en los presentes,  
El rey por le hablar paró el caballo,  
Hecho un tejido muro de sus gentes:  
Cuando el sabio Gentil, que á presentallo  
Al casto rey venía, estas prudentes  
Palabras sembró al aire, y fue escuchado  
Del circunstante pueblo descuidado.

»Aunque jamás en mí, rey poderoso,  
Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,  
Por si fui en algun lance sospechoso,  
Y tu gusto agraví por complacerte,  
El brazo deste jóven valeroso  
De mi culpa podrá satisfacerte,  
Cuando su espada ampare, no vencida,  
De varios riesgos tu importante vida.

Tienes con él mas parte que conmigo,  
Con ser yo por mil partes todo tuyo;  
No tardarás en conocerme amigo,  
Y en suficiente prueba el valor suyo,  
Que el furor de un doméstico enemigo  
Te aguarda en este parque, para cuyo  
Remedio todo lo posible he hecho  
En reducirle á tiempo de provecho.»

Dijo, y el Casto responder queria  
Del grave anciano al noble ofrecimiento,  
Cuando el jayan Fracaso, que venia  
Por traidor capitán del falso intento,  
Viendo que el rey el paso suspendia,  
Feroz salió en su loco atrevimiento,  
Temiendo en verle así por cosa cierta  
Ser su oculta traicion ya descubierta.

Con cien valientes moros del castillo  
Muera el ingrato rey salió gritando,  
Suspendimonos todos en oïllo,  
Al Casto en frágil escuadron cercando,

Por donde á todo riesgo abrió portillo  
Del furor ciego el enemigo bando,  
Dejando su confusa arremetida  
Los mas bravos Guzmanes sin la vida.

El doncel de la selva compelido  
De un brioso ardor, y el gusto de mostrallo,  
Niño lozano, y de ánimo atrevido,  
La espada sacó á un tiempo, y el caballo;  
Y cual si temeroso ciervo herido  
Le espoleara el deseo de alcanzallo  
Salió contra la bárbara emboscada,  
Sacando mas que el sol rayos su espada.

Era Fracaso un moro berberisco,  
De grueso cuerpo y ánimo doblado,  
En rostro sierpe, en ira basilisco,  
En vista torpe, en lengua libertado:  
Cuba de alegre vino, que el morisco  
Que en esto se desmanda es consumado,  
Y á la sazón sobre un frison polaco  
Hecho venia recién comido un Baco.

Lleno el cerebro de arrogancia y vino,  
Cual fantástica torre iba el primero,  
Cuando el diestro doncel salió al camino,  
Vestido uno de seda, otro de acero:  
Hízole al moro errar su desatino,  
Y acertarle el contrario un revés fiero,  
Que dejó por el suelo su braveza,  
Y á él y á sus contrarios sin cabeza.

Pasó sin alma el cuerpo en el caballo;  
Cual si vivo buscara á nuestra gente,  
Donde al miedo primero de mirallo,  
La nueva admiracion creció presente;  
Acudió á toda rienda por vengallo  
De su morisma el escuadron valiente,  
Que en confuso alarido sin reparo  
Por el nuestro rompió de claro en claro.

Eran los diestros moros escogidos,  
Armas, lanzas, caballos, caballeros,  
Al alevoso asalto apercebidos,  
Y á cualquier trance de ánimos enteros:  
Los nuestros solo á caza prevenidos,  
Aljabas de color, petos ligeros,  
Propios para huir desa manera,  
O de la muerte ahora, ó de una fiera.

Quedaron los mas bravos por el suelo,  
Sembrados los no tales por el llano,  
Que ni del rey ni de su honor el celo  
Freno dar pudo á su temor liviano:  
Encontróse Dorasto con Tranquelo,  
Aquel moro valiente, este cristiano,  
Y vinieron al prado sin sentido,  
El moro muerto, y el cristiano herido.

Volvióse á levantar, cobró sangriento  
Su fiel caballo, y el contrario escudo,  
Y con él, con su espada, y con su aliento  
Del rey lo fue mientras durarle pudo:  
Yo á su lado siguiendo el mismo intento,  
Vestido de lealtad, de armas desnudo,  
La defensa que pude, y que debía,  
Sin dar un paso atrás hice aquel día.

Mas ¡quien dirá entre tantas las proezas  
Que el doncel bello en este tiempo hacia!  
¡Los peligrosos golpes, las destrezas  
Con que unos daba y otros rebatía!  
Cortando piernas, brazos y cabezas,  
A este ayudaba, al otro defendía,  
Aquí se ampara, y acullá ejecuta,  
Y á todo acude con presteza astuta.

A Mosquino llevó una espada entera,  
Mollita de Coimbra renegado,  
Que por ser brava su mujer y fiera  
A ser moro se fue desesperado,  
Donde encontró una vieja hechicera,  
Que fue siempre en casarse desdichado,  
Y dichoso en el golpe que hoy le deja

Libre de una celosa y de una vieja.

El diestro brazo le arrancó del codo  
A Fulco, gran maestro, de un montante,  
Con que le arrebató su saber todo,  
Y de muy sábio le dejó ignorante;  
Y al taur Alcín le dió un revés de modo  
Que ambas las manos le quitó delante,  
Y él hecho á perder manos en el juego  
Quedó del golpe con algun sosiego.  
A Zegrildos pasó de parte á parte,  
Valiente capitán de Peñaranda,  
Y á Boacel derribó, y á Galimarte,  
Y á Berberuz el de la roja banda:  
Hiere, rompe, destroza, liende, y parte,  
De aquí y de allí, de aquesta y la otra banda,  
Hecho en la gallardía, y la persona,  
Un formidable hijo de Belona.

Cual rayo ardiente, que en revuelta llama  
De tres puntas, los rústicos haberes  
Del campo asuela, y la copada rama  
Del sauce, alegre sombra á mil placeres,  
Humeando deja, el hueco monte brama,  
Gime el cielo al caer, la rubia Ceres  
Arde en secas aristas, y en su daño  
La madura esperanza esconde al año.

Ni era menor el daño que hacía  
El escuadron contrario en nuestra gente,  
Que uno muere, otro cae, otro huía,  
Otro queda hecho piezas por valiente:  
El soberbio Abdelmon, que pretendía  
Ser de Mahoma oscuro descendiente,  
Y en su ciego Alcorán tener cauciones  
Para mudar decretos y opiniones,

Traía un diestro herir tan presuroso,  
Que era el asombro del sangriento llano;  
Derribó á Peñalver, mató á Frago, y  
Uno bravo leonés, otro asturiano:  
Topó al burlon Grafil, truhan gracioso,  
Que con lenguaje libre, y cuerpo enano,  
Solía satirizar por su deporte  
Los descuidos del rey y de su córte.

Mas dañóle aquel día uno que él tuvo,  
No ser en huir como en hablar prolijo,  
Que hacer entonces á Abdelmon le pluvo  
Nuevo donaire del que tantos dijo;  
Y en verle así pequeño se detuvo,  
Y al brazo se le ató por regocijo,  
Hecho de espada, que antes era escudo,  
Dado á su tahali en el suyo un nudo.

Pudo la alegre burla estarle á cuento,  
Que á sombras del juglar nadie le heria,  
Cuando una flecha por el libre viento  
A poner tregua en su placer venia;  
Dió en la visera, y acertando á tiento  
Los sesos le cosió en la fantasia,  
Quedando muerto, y el enano vivo,  
Por dueño ya del que antes fue cautivo.

El Casto rey entre escabrosas breñas  
A su gente formó fragil reparo.  
Y con mañosa industria á sus pequeñas  
Fuerzas trazó defensa, y puso amparo:  
Bien que contra las armas estremeñas  
El vencer fuera incierto, el morir claro,  
Si el doncel de la selva le faltara,  
O su presta venida se tardará.

Sacó el morisco orgullo tres gigantes,  
Resplandeciendo en láminas de acero,  
Uno en los abrasados Garamantes  
Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero:  
De gruesos cuerpos, y ánimos bastantes  
A rendir el furor de un campo entero,  
Y para en él llevar nuestro rey preso  
Un fuerte carro de acerado peso.

El mauro Dragonel que iba delante,  
Armadas de un alfanje amó las manos,

Con presto herir, y con feroz semblante,  
En campo á un tiempo entró con diez cristianos:  
Mató á Feinigue, músico y danzante,  
Al duro Orbelio y á Franconio hermano,  
Que en ciego pleito andaban por su herencia,  
Y el gigante igualó la diferencia.

Aun todavía con ellos combatiendo,  
Muerto el uno del todo, el otro herido,  
El gallardo doncel pasó corriendo  
Del gran combate por lo mas tejido;  
Y ora de intento fuese, ó no pudiendo  
Detener el caballo desabrido,  
En el jayan chocó, y á todo vuelo  
Como una gruesa torre vino al suelo.

Quedó sin la una pierna en la caída,  
Y encima della y dél muerto el caballo:  
Causó la no pensada arremetida  
El dar en el gigante, y derriballo,  
Ver el confuso campo de vencida,  
Preso el anciano rey, y por librallo  
A toda furia arremetió, y al paso  
Le ofreció el cielo el venturoso caso.

De la escogida escuadra, á quien cumplía  
En Lugo al Casto rey dar preso y vivo,  
A pesar de quien mas lo defendía  
En su carro Zairan le entró cautivo;  
Y con la rica presa que hecho había,  
A larga rienda y paso fugitivo,  
Sin aguardar al fin de la revuelta,  
Cumplida su intencion daba la vuelta.

¿Quién del real jóven contará el denuedo  
Al diestro entrar del peligroso alcance,  
El derribar á Dragonel, y el miedo  
Que á todos puso este segundo lance?  
Yo lo ví, y lo toque, y apenas puedo  
Creer que hombre mortal tal brazo alcance;  
Corriendo su caballo á todo vuelo  
Una lanza al pasar cogió del suelo.

Y puesta sin perder tiempo en la cuja,  
La enristró contra el fiero Calimargo,  
Que un áspero alcornoque sobrepuja  
En bestial proporcion de duro y largo;  
Y cual menudo aljofar limpia aguja  
Taladra, cruza, y pasa sin embargo,  
Así el tierno doncel, ó el feroz Marte,  
Al gran jayan pasó de parte á parte.

Rindió la brutal vida al golpe honroso;  
¡Caso extraño! Pues oye lo restante:  
Gabadul que volvió el rostro espantoso,  
Y muerto de un encuentro vió al gigante;  
Bramando contra el cielo asíó furioso  
Un alfanje, al doncel que halló delante  
Quiso sin creer que fuese el homicida,  
Que su muerte pagase con la vida.

Mas sacóle el caballo así ligero,  
Que dieron golpe y cólera en vacío,  
Bien que en un hombro abrió el furioso acero  
De un pequeño rasguño un rojo río,  
Con que el jóven que huyó volvió mas fiero,  
Y viendo del contrario el desvario,  
Le ayudó de una punta, y puso en punto  
De ir aunque vivo á dar sobre el difunto.

Enlazó con los brazos su caballo  
El jayan de la firme punta herido,  
Perdió el sentido, mas volvió á cobrallo,  
En nuevo espanto y cólera encendido,  
Y alta la espada hacía el doncel por dallo  
En dos partes de un golpe dividido,  
Ciego al pasar topó en el jayan muerto,  
Y turbado perdió golpe y conciencia:

Y el doncel á un revés la mano airada  
Con tal donaire revolvió, y tal fuerza,  
Que aunque de tierno brazo, y nueva espada,  
El golpe le obligó se agovie y tuerza;  
Y abierta una espantosa cuchillada

Al hombro diestro, cuanto mas se esfuerza  
A la venganza, y en sus rabias muerde,  
Mas tibio aliento y roja sangre pierde.

Que al diestro reportarse del contrario,  
Y hacer con cauta ligereza herida,  
Sin tiento andaba, en movimiento vario  
La fuerza, y no la cólera perdida;  
Y en golpes ciegos, en iras temerario,  
A dos manos la firme espada asida,  
Uno se afirma á dar, y á darle entero,  
Hiciera dos un cáucaso de acero.

No pudo huir el jóven valeroso  
El riesgo todo, y cuando mas no pudo,  
El golpe entró á coger con brio airoso  
En la sangrienta espada y el escudo,  
Donde al grabado acero un cerco hermoso,  
Y de diamantes al plumero un nudo  
A tierra derribó, y abrió en la frente  
De roja sangre una vistosa fuente.

Valió al doncel que por el blando viento  
Del corvo alfanje un tercio dió en vacío,  
Que á no hallarse tan junto un fin violento  
Sin tiempo hiciera malograr su brio;  
Y entre armiños y plata el rio sangriento  
De rubis pareció, y de nieve un rio,  
Creciendo con los nuevos arboles  
Brio en su brazo, y en su espada soles.

Y así al salir rompió con tal violencia,  
Que el corvo escudo y el brazal siniestro  
Le echó al suelo, y con ellos la paciencia,  
Contra el bizarro ardor del doncel nuestro:  
Dejó el jayan la espada, y sin prudencia  
Quiso asir con la mano al jóven diestro,  
Que de un dulce revés á todo vuelo  
Dos dedos de los cinco le echó al suelo.

Tal vez así en aquel florido puesto  
Cerdoso jabali se vió acosado  
De un sabueso irlandés, que en contra puesto  
Ladrande le entretiene desarmado,  
Hasta que del venablo el golpe diestro,  
Ya por el yerto lomo soterrado,  
Furioso cierra, y quiere desa suerte  
Morir matando á quien le dió la muerte.

No de otra suerte el bárbaro gigante  
Morir desea matando á su enemigo,  
Rabioso en ver que á su ánimo arrogante  
Un desarmado niño sea el castigo:  
Y él con la diestra punta por delante,  
Por entre malla y malla abrió un postigo  
Al ronco pecho, que arrojó con brio  
De requemada sangre un negro rio.

Venia en el servicio del rey Casto  
Altravicio, un fantástico mancebo,  
De aguda presuncion, de ingenio vasto,  
De antiguas vidas un archivo nuevo:  
Momo de habilidades, cuyo pasto  
Fue siempre decir mal, y de ese cebo  
Sacó por menor paga, y mayor mengua,  
Dos riendas en la cara, y no en la lengua.

Autor de estraordinarias opiniones,  
Vano hablador, baraja de porfias,  
Tan lleno de razon, y de razones,  
Que venciera con ellas un Goliás:  
Adulador, quimera de invenciones,  
Y por dar en privado aquellos dias,  
Y fingirse algo allí donde era nada,  
Al rey acompañaba en la jornada.

Este cobarde, que huyó el primero,  
Viendo el temido riesgo reparado,  
A hacer volvía del gallardo y fiero,  
Con limpia espada y ánimo hurtado,  
Al tiempo que el gigante iba ligero  
A abrazarse al doncel, y él recatado  
Le barrenó de una estocada el pecho,  
Y dándole lugar pasó derecho.

Fué á dar con el bascoso desatiento  
En el vano Altravicio que venia;  
Cayó sobre él, y como leon hambriento  
A rabiosos bocados le comia;  
Y él que en su boca nunca tuvo tiento,  
Muriendo en otra conoció aquel dia,  
Que es justo el cielo en que permita y quiera,  
Que allí cada uno con sus armas muera.

Ya el preso rey en su carroza estaba  
De la sangrienta lid un largo trecho,  
Con diez soldados, cuya vista brava  
Cobarde hacia al mas valiente pecho:  
Siguenle algunos, pero el que llegaba  
No era al segundo golpe de provecho,  
Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,  
Gallardo á su pesar pasó adelante.

Mató un caballo, y manca la carroza  
El curso refrenó, y un diestro moro  
Alcambisto, nacido en Zaragoza,  
Alcaide en Portugal, casado en Toro,  
De anciano parecer, y sangre moza,  
Armado en blanco con plumajes de oro,  
A enconrallo salió, y pudo enconrallo  
Sino cayera su andaluz caballo.

Pasó furioso el moro, el doncel visto  
Su riesgo revolvió mas concertado,  
Dando al segundo encuentro de Alcambisto  
Del roto escudo un cerco destrozado,  
Por donde el hierro de la lanza listo  
Pasó el acero y parte del costado,  
Quedando sin escudo; y sin sentido,  
Y el buen caballo en un cuadril herido.

Grande fue el golpe, y grande su castigo,  
Y la pena tan bien ejecutada,  
Que con ser él autor, yo fiel testigo,  
Pienso que es su verdad, verdad soñada;  
Pues hecho dos de solo un enemigo,  
Con tal velocidad corrió la espada,  
Que rebanando acero, carne y hueso,  
Sacó el caballo un monstruo horrible en peso.

El del doncel cayó ya sin aliento,  
De la fuerza que puso en la herida,  
Al dar el desigual golpe violento  
En la feliz segunda arremetida:  
Saltó el jóven, pisó el prado sangriento,  
De adonde con veloz arremetida  
A la carroza fué, á quien por parallos  
Las piernas cortó á tres de seis caballos.

Púdolo hacer sin riesgo, que los nuestros  
Ya conociendo la victoria ufanos,  
Que del tierno dencel los golpes diestros  
Con tanta admiracion les dió en las manos,  
En el herir y en el huir maestros,  
Rodearon los rendidos africanos,  
Que allí pagaron la traicion urdida,  
Ó con la honra huyendo, ó con la vida.

El herido doncel, tras un caballo  
De los que al rojo campo andaban sueltos  
Al ciego bosque entró, y por alcanzallo  
En la morisca lid nos dejó envueltos:  
Ninguno le siguió ni fué á buscallo,  
Hasta que ya de la victoria vueltos,  
De alegre gusto y de despojos llenos,  
Su singular valor echamos menos.

El rey que vió su libertad y vida  
Deberla toda á aquella heroica espada,  
Y la honra y magestad antes perdida  
Con sus famosos golpes restaurada,  
No viendo el dueño, y viendo su perdida  
Tan sin sazón ni tiempo acelerada,  
Y que ni el sábio que antes le traía,  
Ni él por el campo y bosque parecia;

A notorio milagro le tuvimos  
De nuestro gran Patron, que de aquel modo  
Ya muchas veces batallar le vimos,



*Mejinda*

Y á su espada rendirse un campo todo:  
 Otros que eran los ángeles creímos  
 Que antes la cruz labraron al rey godo,  
 Porque de las hazañas la braveza  
 Sobraba á toda humana fortaleza.  
 Diez moros, tres fantásticos gigantes,  
 Y otros tantos valientes caballeros,  
 Los mas dellos caudillos importantes,  
 De pechos bravos y ánimos guerreros,  
 De otras tantas heridas penetrantes,  
 Altivos golpes, y altibajos fieros,  
 Rendidos, libre el rey, y todo hecho  
 De un tierno brazo y desarmado pecho.  
 ¡Quien pudiera creer que fuera humano  
 Brazo tan tierno, y pecho tan altivo,  
 Tras la codicia de buscarle en vano  
 Sin le poder hallar muerto ni vivo!  
 Hasta que por las nuevas de un villano  
 El rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,  
 De sus heridas, y el gallardo lustre  
 De su linaje real, y sangre ilustre.  
 Mas ya esto sobra á mi prolijo cuento,  
 Y es cansarte añadir nuevas historias,  
 Que ni son de tu gusto ni mi intento,  
 Y las mas para ti poco notorias:

Y así digo, señor, que el fundamento  
 Fué de mi daño, frágiles memorias  
 De mis servicios, y sin culpa mia  
 La traidora emboscada de aquel dia.  
 Que como del florido parque el rey  
 Nació, en que iba á hospedarse el día seguro,  
 De Filarco y de mi temió el engaño,  
 Y sospechas cobró del fuerte muro:  
 Mandó arrasarlo, y con rigor extraño  
 De esteril sal cubrir el campo duro,  
 Y derribar por él torres y almenas  
 De mas lealtad que de desastres llenas.  
 Huyó el traidor alcaide, con que puso  
 Escrupuloso al rey de nuestro trato,  
 Y á prendernos de hecho se dispuso,  
 Por ser tan justiciero como ingrato,  
 Que olvidar los servicios es el uso  
 Que en la corte se vende mas barato;  
 Y el que ni muda ley, ni guarda leyes,  
 Desde el menor lacayo hasta los reyes.  
 Esta es la historia y curso de mi vida,  
 Y la traicion que aquí me trajo preso,  
 Con otras circunstancias añadida  
 De menos importancia, y de mas peso.  
 Mas porque no sea en todo desabrida

Ni dura mi prision, ahora tu seso,  
Señor, la temple, y si te viene á cuento  
Me dí quién eres, para no ir á tiento.

Que si por la presencia he de juzgarte,  
Templanza, autoridad, talle y figura,  
Bastantes causas dan de respetarte  
Tu mucha gravedad y compostura;  
Y aquesta misma estimacion es parte  
De hacer la mia en tu valor segura,  
Y que desee saber con fundamento  
Que aire alteró de tu fortuna el viento.»

Así Teudonio dijo: el de Saldaña  
Con pecho y corazon sobresaltado,  
Como que en una historia tan estraña  
Algun caso le toque no pensado:  
Oyendo del doncel de la montaña,  
Niño de tierna edad, y ánimo osado,  
De sangre real, la suya alborotada,  
Así con voz le respondió turbada:

«Señor, si desde luego no he traído  
A tus piés con humilde reverencia  
Aquél respeto á tu valor debido,  
Y el que pide y se debe á tu presencia,  
Esta dura cadena lo ha impedido,  
Y el no fiarme aquí de la esperiencia,  
Para creer que á un príncipe tan alto  
Fortuna oblique á dar tan bajo salto.

Mas ya que el tiempo por consuelo mio  
Quiso igualarte á mí en tu desventura,  
Y que de mi fortuna el desvario  
Con otro mayor cure su locura;  
En mi intencion y tu valor confío  
Que alcanzaré perdón y honra segura,  
De quien la puede dar al mundo todo,  
O preso, ó libre, de cualquiera modo.

Perdona si dilato, y no te digo  
Todo el secreto y casos de mi vida,  
Que la honra que me hizo igual contigo  
No la quiero tan presto ver perdida,  
Hasta pedirte ahora como amigo,  
Y no como inferior, dejes cumplida  
Tu historia, y me declares si has sabido  
Quién fue el doncel tan bien encarecido.

De dónde vino á se volver tan presto  
Un tierno niño, y un jayán tan fuerte,  
Que lo deseo saber, para tras esto  
En todo sin estorbo obedecerte:  
Perdóname, señor, serte molesto,  
Que al ver tan llena mi felice suerte,  
De tu afabilidad y gracia ha sido  
Quien me ha vuelto enfadoso de atrevido.»

Don Sancho así con pecho alborotado,  
Aun sin saber de qué, y con voz prudente,  
Humilde al gran Teudonio, y reportado  
El nombre pide del doncel valiente:  
Cuando del dulce estilo acariado,  
Término cortésano y elocuente  
Del preso ignoto, en gravedad compuesta,  
Esto dió á su pregunta por respuesta:

«En triunfo triste, y suspension callada,  
El destrozado rey daba la vuelta,  
Del riesgo aun la persona alborotada,  
Y en deseos de venganza el alma envuelta;  
Cuando al sordo bajar de una cañada,  
De los cristales de Ezla en flores vuelta,  
Dellas cubierto el rústico Silvano  
Salía de su vecina selva al llano;

Y ante el brioso alazán que el rey traia,  
Prostrado con medroso encogimiento:  
«Señor, dijo, á la humilde choza mia,  
Que á los piés tiene deste monte asiento,  
A la hora vino ayer que se fué el día  
La alegre vista de un doncel sangriento  
Con un viejo sagaz que era su guia,  
Y á tu réal mano este papel envia:

Por enjugar la sangre á las heridas  
Del amado doncel paró un instante,  
Y en bálsamos de yerbas conocidas  
Mitigado el dolor pasó adelante.»  
Del Casto Rey las nuevas recibidas  
En gusto general, ver lo restante  
En el papel mandó, y el que servia  
De secretario dijo que decia:

«Al Casto Alfonso, el Mago Orontes Griego,  
Salud, y muerte al bando sarracino,  
Cual la que el cielo hoy dió al del rio Mondego  
Estorbo de tu gusto, y mi camino:  
El mismo esta partida ordena, y ruego  
Al curso eterno del volar divino;  
Por tales puntos sus estrellas guie,  
Que á tu honra bienes sin cesar envie.

El tierno brazo que con nueva espada  
Hoy hizo extremo della en tu servicio,  
Y de bárbara sangre barnizada  
Dió de la suya real bastante indicio;  
No ha vuelto su partida acelerada  
Antojo nuevo de inconstante vicio,  
Mas celestial impulso que le llama  
Por este curso al colmo de su fama.

Conviene á la salud y al noble aumento  
De su importante nombre esta partida:  
A tiempo volverá que mas contento  
Que pena ahora cause en su venida;  
Que yo que solo á tu servicio atento  
Mi tiempo gasto, y trazo el de su vida,  
Muerto hoy sin su favor te vi en mi ciencia,  
Y ahora en riesgo á él sino hace ausencia.

Esta causa nos lleva, esta nos pudo  
A tus montes volver de los de Oriente,  
Despues que en turbio cielo, y dia sañado,  
Niño en Miduerna le robé á tu gente:  
Dos llenos lustros en silencio mudo  
De España por mas bien ha estado ausente,  
Probando en el honor de hechos preclaros  
La noble vida de sus miembros caros.

No en deservicio tuyo el robo ilustre,  
Mas en favor de su importante vida  
El hado le trazó, porque deslustre  
Su espada el golpe de la mas temida:  
Al fin del reino el bien, de España el lustre,  
Es sangre de la tuya producida,  
Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido  
Tan llorado este tiempo por perdido.

De Francia no te altere el rompimiento  
Si guerra da á tu oferta en vez de gracias,  
Que es nube hinchada de ambicioso viento,  
Que en daño suyo ha de llover desgracias;  
Y de tu gran sobrino el firme aliento,  
Así sus brios y sus fuerzas lácias  
De un golpe dejará, que sea testigo  
El de ser sangre tuya, y yo tu 'amigo.»

Esta en suma es la carta, oye quién sea  
El sobrino del rey, y por qué via:  
Junto de Oviedo en una alegre aldea,  
Donde la córte un tiempo residia,  
En gallardo ademan, y real librea,  
Una infanta bellísima vivia,  
Niña de tierna edad, y alma lozana,  
Y del Rey Casto Alfonso única hermana.

Siendo el padrino amor, en lazo ardiente  
Unió con ella un conde de Saldaña,  
De la gótica sangre descendiente,  
Y de la nata del valor de España,  
Hasta que por las de su rey pariente  
Privado ilustre, y de su rey pariente;  
Mas en una desdicha todo daña,  
Y así no valió al conde en cosa alguna  
Amor, privanza, sangre, ni fortuna.

Tomó en agravio el rey lo que pudieran  
A feliz suerte de su hermosa hermana,  
Si el real respeto con rigor no fuera



Contrario en esto á la razon humana:  
Quiso que el conde en larga prision muera,  
Y en clausura la infanta soberana,  
Nacido della ya el doncel gallardo.  
Que de su abuelo se llamó Bernardo.

Críole el Casto rey con nombre de hijo,  
Tiernos gustos de amor, y fe paterna,  
Hasta que en la ocasion de un regocijo  
El sabio Orontes le robó en Mideurnia:  
La causa ni la sé, ni nos la dijo,  
Ni de dónde nació amistad tan tierna  
Con el doncel, y con el rey gallego,  
Siendo el uno español, y el otro griego.

El Casto con la alegre nueva ufano  
Del doncel ya llorado por perdido,  
Viéndole vivo, y por su altiva mano  
A su primer grandeza reducido.  
Ni al moro teme, ni al poder cristiano  
De la esperiencia y la esperanza asido,  
Antes para la guerra venidera  
Solo que vuelva su sobrino espera.

Y sino son lisonjas de la fama,  
O el tiempo sin sazón corta la espiga,  
No hay lengua en cuanto España se derrama  
Que otras grandezas que las suyas diga:  
Uno Marte español, otro le llama  
Alcides nuevo, y todo en voz amiga  
Celebra, ora de vista, ora de oídas,  
Sus cosas grandes, ciertas ó fingidas.

La guerra que con Francia está aplazada  
Del mundo sin por qué mortal ruina,  
Es toda de ambicion ocasionada,  
Y de imprudente traza repentina...  
Mas ¿qué accidente ó causa no pensada  
A tal congoja y lágrimas te inclina?  
¿Qué desgracia ó pasión puesta en olvido  
Mi cuento á la memoria te ha traído?

Si es por hallarte sin por qué enterrado  
A tal sazón en sótanos estrechos,  
Que cual yo pienso el ocio desalmado  
Carcoma es interior de honrados pechos,  
El reino está y el rey tan apurado  
De hidalgos que lo sean en sus hechos,  
Que no solo abrirá esta cárcel fiera,  
Mas aun las de la muerte si pudiera.

Mitiga ahora, señor, tu acerbo llanto,  
Y de cualquiera causa que proceda,  
Qué podré hacer por ti me advierte en tanto  
Que este altibajo de fortuna rueda,  
Que tu valor en mí ha podido tanto,  
Que nada el mio te negará que pueda,  
Ora vaya en tu dicha, ora en la mia  
El desear yo tanto tu alegría.

Dijo, y el preso conde á sus razones:  
«Oh invicto don Teudonio, cuán al vivo  
Tus palabras descubren los blasones,  
De la real sangre por quien muero y vivo,  
No tiene ni ha tenido el rey prisiones,  
Cárcel cruel, ni calabozo esquivo,  
Que puedan agraviar y hacer ultraje,  
Á quien no fuere de tu real linaje:

Y así lo que pudiera al mas perdido  
Ser provecho y favor á mí me daña,  
Pues mi culpa mayor es no haber sido  
De la sangre real la mía estraña:  
Yo soy, si acaso soy, primo querido,  
El desdichado conde de Saldana,  
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo,  
Que no sé si me vi algun tiempo vivo.»

¡Oh cielo santo! don Teudonio dijo  
¡Posible es que veo viva la persona  
Así agravada del valiente hijo  
Del conde de Saldana y Barcelona!  
¡Oh humano engaño! ¡oh corto regocijo!...  
Mas ya mi voz el llanto desentona,

Que venturas halladas en cadenas,  
Solo para lloradas salen buenas.

Otra vez cantaré de los varones  
El muerto gusto de su alegre vista,  
Sus mal afortunadas pretensiones,  
Que una desgracia no hay quien la resista,  
Y ahora entré los franceses escuadrones,  
Sus fuerzas todas la fortuna alista,  
Y en sonando de Marte el ronco acero,  
Ningun atento gusto queda entero.

Cargada de favores de fortuna  
Altiva estaba la indomable Francia,  
Su fama por el cuerno de la luna,  
Y sobre el mismo rumbo la arrogancia,  
Sin triste azar, sin disonancia alguna,  
Sin guerra ni enemigo de importancia,  
Y solo contra España declarado  
El orgulloso brio de su estado.

De galas llena y hélico aparato  
Su imperial ambiciosa corte crece,  
Y en pompa ilustre da vivo retrato  
De cuanto en gusto humano se apetece;  
A quien de la fortuna el rostro ingrato  
Ahora agradable sus favores crece,  
Y al viento hinchado de su luna llena  
La hueca trompa de la fama suena.

Por la real sucesion al reino hispano  
Alarde hizo el placer desta riqueza,  
Y en laurel victorioso el pueblo ufano  
Ceñida al César dió la real cabeza:  
Mas de un signo infeliz el curso vano  
Templó al público estruendo la grandeza,  
Y en su contrario aspecto pudo tanto,  
Que el comun regocijo volvió en llanto.

Ya en astas de oro deslumbrando el viento  
Sus victoriosos estandartes planta,  
Cuyo altivo y reuelto movimiento,  
Si á unos causa placer, á otros espanta:  
Ya entre su alegre tremolante aliento,  
Sus triunfos cuenta, sus victorias canta,  
Y en públicos carteles de alegría  
Fiestas aplaza, y les señala dia.

Dar en pomposo alarde los trofeos  
Que el tiempo dió á sus ínclitos varones,  
La no vista creciente de deseos,  
Las conquistadas bárbaras naciones,  
Será gastar el tiempo con rodeos,  
Y por cortar la letra hacer borrones,  
Que es querer cifrar mucho en breve suma  
Cargar de tinta sin sazón la pluma.

Otra musa los cante si tuviere  
Con mas obligacion menos cuidados,  
Que la mia en su tasada pluma quiere  
Casos forzosos, y esos limitados;  
Pues de los cortos bienes que escribiere  
Hasta los dejos quedan olvidados,  
Y al gusto humano no hay dolor mas grave  
Que el bien pasado en quien sentirlo sabe.

Solo unas fiestas pediré á la fama,  
Que así ensancharon con su trompa el vuelo,  
Que no en mas partes de su luz derrama  
Rayos al mundo el dios que nació en Delo:  
Si el tronco se conoce por la rama,  
Esta en que se enramó y se enredó el suelo  
Se llame en cuanto ronda y ve la luna,  
Rama del mayor tronco de fortuna.

Por suyo en Perpiñan tenían el dia  
Que se diesen los muros de Girona,  
Girona, á quien el César pretendia  
Por orla nueva á su imperial corona:  
Mas ya entibiado el punto á la alegría  
Con el desprecio de la real persona,  
Que España no estimó por ser cabeza  
Pequeña á su magnánima grandeza.

La vuelta de París tomó, dejando

Al grave Orlando el peso de la guerra,  
Donde en su parlamento platicando  
La sucesion de la asturiana sierra,  
Que en derecho le funden pide el mando  
Y acción que tiene á la española tierra,  
Si hay alguna, ó quien sombra della saque,  
Pues basta á la ambicion cualquier achaque.

Cuán raras veces la verdad desnuda  
Hasta el real dosel va sin sospecha  
De adulacion, que la transforma y muda,  
Y entre oropel la da lisonjas hecha :  
Guisanla porque suele amargar cruda,  
Y tales salsas el engaño le echa,  
Que con el amor propio la hace al justo  
Maná que cuadra y viene á cualquier gusto.

Como al triunfante hijo de Pipino,  
Que en verle al español cetro inclinado,  
No hubo voto ni voz de paladino  
De contraria opinion en el senado :  
Todos firman y afirman, que en divino  
Y en humano derecho está fundado,  
Que entre y suceda en el distrito hispano  
Ó rey francés, ó emperador romano.

Como rey tiene ya el primer derecho  
De la renunciacion que el Casto hizo,  
Y como emperador es el derecho  
Sucesor, y el que hoy reina advenedizo :  
Esto Turin, un gran Licurgo hecho,  
Dió por su parecer, y le rehizo  
Don Reynel con el suyo, don Grimaldo,  
El conde don Galban y el rey Geraldo :

Y bien que cada cual por su camino,  
Y á diferente pretension guiado,  
De derecho dan nombre al desatino,  
De una ciega ambicion ocasionado :  
Solo el anciano Malgesi adivino,  
En los agüeros de Merlin fundado,  
En pié se levantó, y en voz severa  
A su príncipe habló desta manera :

«Es el ser singular tan peligroso  
En resueltas materias de importancia,  
Que aun acertando queda un hombre odioso,  
Y en manchadas sospechas de arrogancia ;  
Pues ¿qué será si el caso está dudoso,  
Y en la opinion contraria la ganancia ?  
Y el parecer opuesto y descuidado  
Del gusto que ha de ser aconsejado.

Servirá solo de quedar corrido  
Quien á todo este riesgo se arrojaré,  
Mas no por esto un pecho bien nacido  
Es bien que en miedos y sospechas pare :  
Yo, señor, desta junta he conocido,  
Que quien el gusto tuyo reforzare  
Con su opinion será, decirlo quiero,  
El mejor capitán y consejero.

Por eso no hay en todo el parlamento  
Voto por escribir ni firma en blanco,  
Que ha descubierto ya en tu real intento  
Para sus tiros la lisonja el blanco ;  
Y así en lo que ahora por servirte intento  
Temo que ha de salir la suerte en blanco,  
Que te veo ya resuelto por mil modos,  
Y es mucho ir uno solo contra todos.

Pero la fe me obliga y la obediencia,  
Que como á mi señor y rey te debo,  
A pedir, no que mudes la sententia,  
Que esto es ya mucho á un parecer tan nuevo ;  
Mas que se mida con mayor prudencia  
Lo que quizá á decirte no me atrevo,  
Medroso que mis dichos verdaderos  
No les llamen, mudado el nombre, agüeros.

Vanamente se funda quien te dice  
Que á Francia incumbe España por derecho,  
Si la antigüedad sabia contradice,  
Con su razon á la opinion y al hecho :

Por bien que con lisonjas autorice  
Tu gusto en esto mas que tu provecho,  
Verá, si ver quisiere, libre á España  
De ajeno cetro y dependencia estrana.

Si atiendes al antiguo origen suyo,  
Fundada fue por el primer hermano  
De Noé bisnieta : si al derecho tuyo  
De rey francés, ó emperador romano,  
Antes que el franco Merobeyo, cuyo  
Cetro ha venido á tu prudente mano  
Ataulfo fueron y Alarico reyes,  
Que á Italia, España y Francia dieron leyes.

Y si tu pueblo no se precia en vano  
De ser de un hijo de Héctor descendiente  
Y el de Priamo, y ambos del troyano  
Dárdano, de Atlante italo pariente ;  
Siendo el décimoquinto rey hispano,  
De España es el origen de tu gente,  
Y ella, de quien nació en nuestro hemisferio  
La antigua Troya y el romano imperio.

Esta es la antigüedad, cuanto al derecho  
Que en la renunciacion has adquirido,  
Si pudo darte alguno el rey de hecho  
Ya de hecho tambien lo ha suspendido ;  
Ni tengas por ofensa lo que ha hecho,  
Pues tu grandeza en nada descrecido,  
Que no está en muchos reinos, ni en tenellos,  
Sino en un pecho real y digno dellos.

Cuanto mas, que si el rico y fértil suelo  
De España puede con sus venas de oro  
Dar codicia, tambien dará recelo  
Ver que leones guarden su tesoro :  
Trueca, señor, la empresa, trueca el celo  
Y el riesgo del cristiano al pueblo moro,  
Sientan Valencia y Aragon tu saña,  
Que esto es ganar, y no perder á España.

Sabe que del gran mundo en los secretos  
Por donde el cielo sus discursos guía,  
El Hacedor del tiempo en sus efectos  
A España ofrece eterna monarquía,  
Y en inviolables pactos y decretos  
A sus reyes y real genealogía,  
Lo que hay desde la aurora hasta donde  
El sol alumbra cuando aquí se esconde.

Yo así al cielo lo oi, y así de un sabio  
Está en firmes figuras definido,  
Y en justa pena á un ambicioso agravio  
Un dragon de oro ante sus piés rendido :  
Hable á su antojo el lisonjero labio,  
Yo solo digo y sé lo que he leído,  
Y que va ya en los fines de su cuenta  
El riesgo, la venganza y el afrenta.

Así dijo, y del grave parlamento  
No quedó quien en ánimo y semblante  
No aprobase con nuevo encogimiento  
De su razon la fuerza por bastante,  
De la eficacia el vivo sentimiento,  
De la resolucion el brio importante  
Que la clara verdad se trae consigo,  
Sin respeto de amigo ni enemigo.

Era de insigne crédito la ciencia  
Del sabio por los cursos de Aqueronte,  
Y el lustre de la noble descendencia  
De ambas sangres Mongrana y Claramonte,  
Quien le hizo el oráculo y prudencia  
Que al gobierno imperial mas pese y monte,  
Por ser príncipe y sabio, que en efeto  
Es bueno un gran señor para discreto.

Ya reducido á plática ordinaria  
Un sordo hablar corrió por el senado,  
Quién dando esta razon, quién la contraria,  
Conforme á su intencion, ó su cuidado  
El César de opinion perpleja y varia,  
Ni del todo resuelto ni mudado,  
Entre un discuso y otro divertido,

De la ambición y la razón herido;

Quando del falso bando de Pontiero  
El traidor Galalón ardiendo en ira  
Con rostro grave, y con desden severo,  
Así al César habló, y á solo él mira:  
«Si lo que con palabras decir quiero,  
Con la luz lo dijera que me inspira,  
Vieras, señor, ser aire sin cansarte  
Los montes con que piensan espantarte»

Pero si la razón ha de ir vestida  
Como á la guerra armado el caballero,  
Yo que no oí retórica en mi vida,  
Ni me armé de papel, sino de acero,  
Quizá no acertaré á dar la medida,  
Que soy soldado al fin, no palabrero;  
Mas si aquí fuere corto en la jornada,  
Mas que sus lenguas cortará mi espada.

Y tú, invicto señor, César Augusto,  
A quien en triunfar carro de leones,  
Ya con brazo enfrenar veo robusto  
Las españolas bárbaras naciones,  
Manda callar los magos, que no es justo  
Que agüeren tu valor supersticiones,  
Ni como á niño con asombros vanos  
Quiieran atar tus victoriosas manos.

Si Malgesí con loco fingimiento  
Así no admite en el saber segundo,  
Que él solo vió de Adán el testamento,  
En los agudos reyes manda el mundo:  
Lo que en sus vueltas guía el firmamento,  
Lo que en las gentes trazan del profundo,  
Lo que es, lo que ha de ser, y lo que ha sido,  
Con un lazo lo vió en un bosque asido.

Quando en venganza pública colgado  
De un pié le tuvo el risco de Míduerna,  
Dándole el infernal cuaderno amado,  
Afronta humana en penas de la eterna:  
Si allí su ciencia le dejó burlado  
En causa leve, y ocasión tan tierna,  
¿Pcr qué se finge de saber profundo  
En la revolucion de todo un mundo?

Los ciegos ojos á la luz presente  
Soñando quieren ver lo venidero,  
Y con vano temor á un rey prudente  
Hacer lo que no harán brazos de acero:  
Si la española á la francesa gente  
Origen dió, y su cuento es verdadero,  
El reino es nuestro, á tierra propia vamos,  
Los godos nos la usurpan, ¿qué esperamos?

Mas no es justo se admitan sus razones  
En discurso gentil ni ánimos puros,  
Ni en grave junta de inclitos varones  
Mágicos hablen, lóbregos y oscuros:  
Allá en ciegos desvañes y rincones  
Sus cercos formen, recen sus conjuros,  
Y solo suenen los reales techos  
Nobles palabras de hidalgos pechos.

Si el Casto rey te dió su cetro y silla,  
Y á instancia ya del reino te la niega,  
Tu valor tiene en poco el de Castilla,  
Pues á no te estimar por su rey llega:  
Como dice la mágica cartilla  
Del que á ti te predica, y él reniega,  
Que en esto no te ofende ni lastima.  
Si un reino tu grandeza desestima.

Es ignorancia de quien solo sabe  
Descalzo andar entre papeles y untos;  
¿Quién hizo al vano Malgesí tan grave  
Que á medir llegue del honor los puntos,  
Y que el tuyo y el nuestro menoscabe,  
Pudiendo él solo mas que todos juntos?  
Y siendo en su decir el vano adorno,  
Mancha á tu fama, á tu opinion soborno.

Al fin, señor, el parecer mas sano  
Destos invictos príncipes y mio,

A tu grandeza y nombre soberano,  
Y á la reputacion del francés brio,  
Es que á pesar del mundo por tu mano  
Conquistes el gallego señorío;  
Y pues la tierra á tu derecho toca,  
Tuya será, que aun para tuya es poca.»

Dijo, y mirando con desden severo  
Al francés sabio reventando enojos,  
Rióse, haciendo escarnio altivo y fiero,  
Y él centellando fuego por los ojos:  
Al libre hablar del magancés parlero,  
Fundado del rey Carlo en los antojos,  
La mano quiso ya en la espada puesta  
Darle en ella librada la respuesta.

Alteróse el confuso parlamento,  
Y en nuevas opiniones dividido,  
Con riesgo de un notable atrevimiento  
El hablar castigara desmido,  
Si el grave César desde su alto asiento  
Para apagar el fuego ya encendido,  
No mandara salir, aunque agraviado,  
Al sabio y á los suyos del senado.

Tenia facundia el magancés astuto  
Y gracia en persuadir cuanto queria  
O fuese de la yerba moli el fruto,  
Que Aleina de su huerto le dió un día,  
O porque con lisonjas el mas bruto  
Dar gusto sabe, y Galalón sabia  
Disimular las suyas de manera  
Que un Argos vuelto en fincé no las viera;

Y entonces fue su hablar general gusto,  
Por el que á todos daba la jornada,  
Y porque al cielo en su castigo justo  
El mismo delincuente da la espada:  
Faltó del parlamento el brio robusto  
Del grave hijo de Amón, siendo agraviada  
La autoridad del sabio no admitido,  
Maganza victoriosa y él corrido.

Pero antes de salir de la gran sala  
Así al senado dijo un aspid vuelto:  
«Aunque ninguna recompensa iguala  
Mi agravio, ver al rey francés resuelto  
En el consejo, y la intencion mas mala  
Que el mundo vió para quedar revuelto,  
Me lastima, que siempre un noble pecho  
Mas mira el bien comun que su provecho.»

Mas si ya es la desgracia irremediable,  
Y el veneno hasta el alma ha penetrado,  
Si el mundo y su grandeza deleznable  
Límite tiene y curso señalado,  
Si contra el hado y suerte inevitable  
Ni hay fuerza real ni imperio reservado,  
Caiga la francés pompa, caiga hambrienta  
De humana sangre, y vénguese mi afrenta.

Que yo os anuncio, y pongo por testigo  
Desta verdad cuantas el mundo encierra,  
Que de todos los príncipes amigos,  
Que á ver llegaren la española tierra,  
Quando quieran contar los enemigos,  
Los que vivos salieron de su guerra,  
Les sobrarán, si mi saber no es vano  
Dos dedos de los cinco de la mano.

Dijo, y dejando el grave parlamento,  
Parte confuso, y parte acobardado,  
Con inviolable y firme juramento  
De no volver, se va, hasta ser vengado;  
Y al deseado Reynaldos por el viento  
A pedir fue donde le habia encantado  
Una Hada en los reinos del Oriente,  
Justa venganza al deshonor presente.

El rey con los demás que en su consejo  
A la revuelta del mueven el labio,  
Unos de incauto y de caduco viejo,  
Y otros nombres le dan de noble y sabio;  
Hasta que al fin con altercar perplejo

De varios pareceres, en agravio  
 Del mal aconsejado Carlo Augusto,  
 Los mas discordes quedan en su gusto,  
 Y ya de esta imprudente opinion todos,  
 En la del falso Galalon fundada;  
 Que cruel pretende por diversos modos  
 La imperial magestad ver acabada;  
 Contra el estrecho reino de los godos  
 Sangrienta guerra queda declarada,  
 Y que á las flores del abril siguiente  
 Campo se forme, y se levante gente,  
 Que el galan Durandarte á Desiderio  
 Su gente haga bajar de Lombardia,  
 Y Galalon las fuerzas del imperio  
 En Breña reforme y Picardia,  
 Que á Roldan se dé aviso, y á Silverio,  
 Marqués de Fox, y duque de Pavía,  
 Que concluido el cerco de Girona,  
 Por Perpiñan descienda hacia Narbona,  
 Que dejando presidio suficiente  
 Al real de Barcelona y Cataluña,  
 Con lo sobrado marchen de la gente  
 Por Cominges derechos á Gascuña;  
 Donde en todo el florido abril siguiente  
 Del campo el resto llegue, y con la una  
 Del águila imperial haciendo garra,  
 Por Roncesvalles se entren en Navarra,  
 Y que entre tanto las famosas fiestas,  
 Que en Perpiñan se dieron aplazadas,  
 En París se prosigan, y en compuestas  
 Barreras, y soberbias palizadas;  
 Los estandartes y banderas puestas  
 Levantan gente, y den armas grabadas,  
 Sin que haya cosa en cuanto el reino encierra  
 Que no sea asombro y gallardía de guerra,  
 Esto salió por último decreto  
 Del francés parlamento y grave junta,  
 Mas mientras al ponerlo por efeto  
 La gente y el ejército se junta,  
 Y en medido escuadron se ve perieto  
 Las lanzas cuento á cuento, y punta á punta,  
 Con grato gusto quiero del oyente  
 Un oculto secreto hacer patente.  
 Praxitel, sabio y noble estatuario  
 Primero de Corinto, recogia  
 El oro, el bronce duro, el jaspes vario  
 Del Tinaro, y de Ormuz la pedrería,  
 El rojo azofar, el luciente pario,  
 El verde mármol que la Etolia cria  
 Abriendo despues dello sus buriles,  
 Vueltos divinos, láminas sutiles.  
 ¡Oh quanto ha menester quien lo escribe  
 Vestirlo piensa de inmortal memoria!  
 ¡Y en cuerda alma y cuidado fiel concibe  
 El parto heroico de una grave historia!  
 ¡Qué fácil al principio se recibe  
 La empresa! ¡qué dudosa es la victoria!  
 ¡Qué de caudal, estudio y advertencia  
 Pide en rigor cualquiera menudencia!  
 Sabroso estilo, espíritu templado,  
 Heroica voz, lenguaje casto y puro,  
 Ni plebeyo en lo humilde ni pesado,  
 En lo soberbio ni en lo grave duro;  
 Ni altivo, ni arrogante, ni afectado,  
 Ni largo, estéril, ni por breve obscuro,  
 Ni que en regla y compas jamás se aparte,  
 Freno á la lengua, y al ingenio el arte,  
 Buena eleccion para la traza y modo,  
 Y para el disponer perseverancia,  
 Y una firme paciencia sobre todo,  
 Contra un censor hinchado de arrogancia,  
 Que da en soberbia presuncion del codo  
 A la mayor dulzura y elegancia,  
 Y no hay espejo de cristal de roca,  
 Que no empane el aliento de su boca.

¿Quién se libró del riesgo de una falta?  
 ¿Quién se dió á todos gustos por cumplidos?  
 ¿A qué regla ó compas no sobra ó falta?  
 En lo mas ajustado y mas medido?  
 No hace el brazo mortal raya mas alta?  
 Nadie puede dar mas que ha recibido,  
 Á alcanzar con mi pluma adonde quiero,  
 Fuera Homero el segundo, y yo el primero.  
 Mas contra el ciego error de una quimeras  
 Cien Midas hay si un sátiro no falta,  
 Y así anudando la razon primera  
 Del cuidadoso desvelo en no hacer falta,  
 El que en estilo grave y voz severa  
 Antigua historia escribe heroica y alta;  
 Porque contra mi crédito no lleve,  
 Don Teudonio esta falta por ir breve.  
 Si algun cuidado á su discurso atento  
 Saber deseare en este heroico paso,  
 Con mas adelgazado fundamento  
 Del robo ilustre el importante caso;  
 Que á Orontes trajo por el blando viento  
 Del Oriente á los reinos del ocaso;  
 Quién le dió nuevas de Bernardo, y cómo  
 Con un hecho salió de tanto tomo;  
 Quién le obligó á encargarse del infante,  
 Qué gusto, qué interés por esta via,  
 La voluntad del sabio Nigromante  
 A tan nueva lealtad y amor movia;  
 Todo fue de un gran fin causa bastante,  
 Dirélo, si á la heroica musa mia  
 Del oyente otorgare la paciencia  
 Para una breve digresion licencia.  
 Y que por esta sola vez rompiendo  
 La brevisima accion y corto asunto,  
 Que á toda priesa y brevedad siguiendo  
 Desde el primero voy al postrer punto,  
 Pueda volver atrás, donde cogiendo  
 El agua en su principio todo junto,  
 Con clara brevedad se entienda y vea  
 Cuanto aquí falta, y el lector desea.  
 Yo al punto volveré de mi victoria  
 A nueva diligencia y paso largo,  
 Que es breve el tiempo, y grande la memoria  
 Que para darla al mundo está á mi cargo:  
 Pues luego que de amor la dulce gloria  
 Al conde y á su esposa en llanto amargo  
 El Casto rey volvi6, y en noche obscura  
 Uno puso en prison, y otro en clausura;  
 A Bernardo erió en mantillas de oro  
 Con nombre de hijo, y con igual cuidado,  
 Guardando á su real sangre el decoro  
 Y á la alta estrella de su invicto hado;  
 Cuya luz dijo, que del pueblo moro  
 Verdugo cruel seria en campo armado,  
 Y los agudos filos de su espada  
 Muro invencible de su patria amada.  
 Entre los que en sagaz destreza vana  
 De los astros midieron la influencia,  
 Y del natural hado y suerte humana  
 El sutil peso hallaron en su ciencia,  
 Fue Alcina por el gusto de Morgana,  
 Y Orontes en su mágica esperiencia,  
 Por el gusto de Alcina, en cuyo gusto  
 Se dice que alcanzó mas de lo justo.  
 Era Orontes un viejo descarnado,  
 De vivos ojos, y mirar compuesto,  
 Cetrino en la color, alto, delgado,  
 Cuidadoso, sagaz, grave, modesto,  
 Calvo, corva nariz, rostro afilado,  
 Blanca la barba, en el vestido honesto  
 Y que en su aspecto, gravedad y talle  
 Velle ponía aficion, gusto hablalle.  
 De conjurados cercos y abusiones  
 Mas que Zoroastes y Merlin sabia  
 Ocultos pactos, firmes convenciones

Con todo el reino de Pluton tenia :  
 Con un breve carácter diez legiones  
 De apremiados espíritus traía,  
 Mas sujetos al yugo de sus leyes,  
 Que al de un recio gañan dos tardos bueyes.

Lo que Merlin no supo, que es la tasa  
 Con que crece la mar y vuela el viento,  
 Dónde el firme pisar halló la basa  
 Sobre que el mundo estriba y hace asiento,  
 Quién al tiempo pasado alquiló casa,  
 Ó en qué camina tanto el pensamiento,  
 Este sabio lo supo, y mayor fuera  
 Si solo conocerse á sí supiera.

A este entregó la cuidadosa Alcina  
 Al tierno niño conde de Saldaña  
 Su noble crianza, su sagaz doctrina  
 Al santo rito y cristiandad de España,  
 Y que de un riesgo y muerte repentina  
 Libre le saque su cautela y maña,  
 Que envidia á un gran valor siempre hizo guerra,  
 Y el del infante es único en la tierra.

Dióle para esto un libro de Morgana,  
 Que es de magos el cerco mas seguro,  
 Y su aspecto Pluton, á quien se allana  
 La ciega potestad del reino obscuro :  
 Que al rico todos dan en pompa vana  
 Lisonjera obediencia hasta aquel muro  
 Que el de la muerte abraza, donde el yerno  
 De Ceres vive y muere en fuego eterno.

Quedó con la virtud del nuevo encanto  
 Orontes superior á los mas diestros,  
 Sirviendo de aprendices en su encanto  
 Los que antes le servian de maestros :  
 Esto pudo el cuaderno, y puede tanto  
 En casos venturosos ó siniestros,  
 Que trocó los del niño, y le trocara  
 Al cielo el curso si él volar dejara.

Temian los sabios de la altiva Francia  
 Por ver su invicto rey en tanta alteza,  
 Del inconstante tiempo la inconstancia,  
 Y de sus bienes la infeliz firmeza ;  
 Y los franceses magos con instancia  
 Procuraban saber desta grandeza,  
 Cuando se habia de cansar fortuna,  
 Y hacer menguante la creciente luna.

Entre estos Malgesí fue el mas famoso  
 Sutil encantador, fiel estrellero,  
 En ahumados cercos prodigioso,  
 Y en fantásticas sombras agorero :  
 En las negras cavernas poderoso,  
 Que con ladrar asombra al Cancervero,  
 Donde ni alma ni sombra su horno ardiente  
 Recuece, que á su voz no este obediente.

Era, según Turpin, por línea recta  
 Quinto nieto del rey de Tuberlanda,  
 Padre que fue de Nemia la discreta,  
 Dueña del lago que reinó en Irlanda :  
 Que en negra tumba y bóveda secreta  
 Vivo metió á Merlin, y en cama blanda  
 Le encantó, donde en bosques resonantes  
 Brama en la gruta y árboles de Armantes.

Destá los libros heredó, y la ciencia,  
 Por gusto, profesion, parte, y pariente,  
 Y de estudio ayudado y diligencia  
 En los mágicos cursos fue eminente ;  
 Donde vió con profética evidencia  
 El fin cercano á la francesa gente,  
 Y del niño español la rica espada  
 De su mas noble sangre matizada.

Ligó en dos nuevos cercos poderosos  
 Su filo y brazo tierno, ¡ cosa estraña !  
 Que sus lirios se vieron victoriosos,  
 Francia en las nubes, y á sus piés España :  
 «Estos, dijo, no son lances dudosos,  
 Si el fingido Asmodéon me engaña,

Y hace alterar con su mudanza y truecos  
 Las vanas sombras destos bultos huecos.

Este es el negro humo que compuso  
 La falsa secta que nació en Arabia :  
 El que soñó el alquimia, y el que puso  
 En los amores la celosa rabia ;  
 El que al mundo sacó y vendió el abuso  
 Que con lisonjas de oropel enlabia,  
 El que intentó privanzas y favores,  
 Y en la córte el barniz de aduladores.

Mas vuélvanse las cosas alteradas  
 Al primer vuelo, y al lugar debido ;  
 Corran del curso natural guiadas,  
 No con hado violento y detenido :»  
 Dijo, y apenas de las dos lazadas  
 Se vió el mágico nudo dividido  
 Cuando el mundo tembló y cayó por tierra  
 La flor de Francia en la gascona sierra.

Asombró al sabio de la rica espada  
 El riguroso golpe, asombró el vuelo  
 Del brazo altivo, y ver su patria honrada,  
 Las águilas y lirios por el suelo :  
 Quitar quiere al doncel la vida amada,  
 Y contra el curso del volar del cielo  
 Detener el feliz, que por su mano  
 Dispensa á España el brazo soberano.

Esto en un cerco Malgesí trazaba,  
 En ciego antojo y ánimo obstinado,  
 Cuando el niño Bernardo atento andaba  
 En ver volar un sacre remontado :  
 Orontes que tambien tras él volaba  
 Sobre la alta cerviz de un grifo alado,  
 De las nubes llover se dejó al suelo  
 En blando curso, é invisible vuelo.

Y el gallardo doncel por quien venia  
 En sus brazos tomó, y ligero vuela,  
 Y no en la silla, porque no sabia  
 Templar el niño el freno con la espuela :  
 Huyó con él, quedó el francés sin guia,  
 Burlada su engañosa centinela,  
 Que es calva la ocasion, y el punto della  
 Que consiste en gozalla es no perdella.

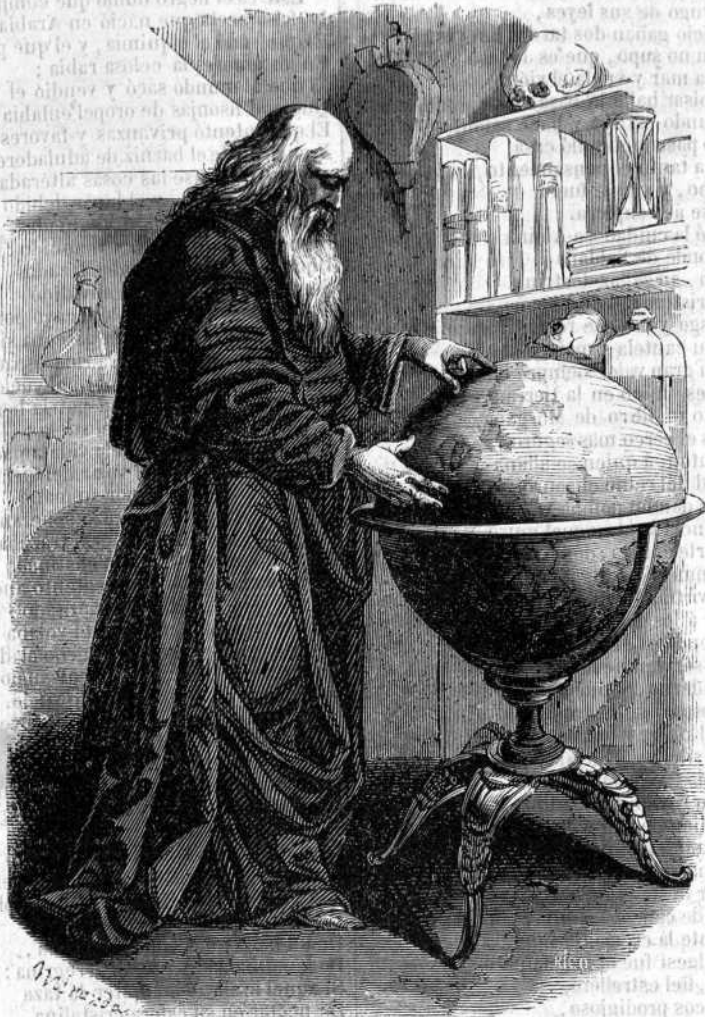
Ya del monte Ida en una alegre plaza  
 Otra vez hizo una águila divina  
 De un bello niño semejante caza,  
 De igual beldad y gracia peregrina :  
 Si aquel le sirvió á Júpiter la taza  
 De nectar en su esfera cristalina,  
 A este el cielo á servir le lleva, y llama  
 Honra á sus gentes, y á sus siglos fama.

Fue hecho el hurto en cercos tan seguros,  
 Oculto apremio, é invisible paso,  
 Que á Malgesí y sus mágicos conjuros  
 Encubierto quedó y nublado el caso :  
 Sus ciegos caracteres halló oscuros,  
 Su traza sin sazón, su tiempo escaso,  
 Y su apremiada sombra vigilante  
 De virtud superior vuelta ignorante.

Así al volver sin tiempo la cabeza  
 El músico de Tracia, en la salida  
 Del Ténaro sin luz, cuya maleza  
 Se ve entre verdes pórpidos nacida ;  
 Vuelta vió en aire vano su riqueza,  
 Dos veces muerta su costosa vida,  
 Que él por temprano, y Malgesí por tarde,  
 No hay quien el punto de ventura guarde.

Esta fue la ocasion que al sabio griego  
 Ayo le dió del español Bernardo,  
 A este fin le robó, este fue el ruego  
 De Alcina, este en su vida el fiel resguardo :  
 Mas lo que Malgesí en sus rumbos ciego  
 Ganó con fria venida y paso tardó,  
 ¿ Quién lo sabrá decir ? ¿ con cual aliento  
 Seguir podrá el alcance á tan gran cuento ?

Mas conviene, señor, contarlo todo.



El viejo Orontes.

Por digna prenda del valor de España,  
 En quien el santo celo al cetro godo  
 Un reino prometió de gente estraña :  
 Allí por nuevo y soberano modo  
 De Leon sonaron en la real montaña  
 La vez primera en aparato ufano  
 Los mundos que hoy gobierna vuestra mano.  
 Allí con ciento y veinte lustros antes  
 Que el sol viese de España las banderas  
 Voltar los abrasados garamantes,  
 Y asombrar de Etiópia las riberas,  
 Como en sombras se vieron sus triunfantes  
 Carros romper las tiernas vidrieras  
 Del cristalino reino, que por muerte  
 De Saturno á Neptuno cupo en suerte ;  
 Y que habia de ser vuy este ancho mundo,  
 Donde el día muere de solar cansado,  
 Con el rico tesoro en su profundo,  
 De rubio oro y de perlas amasado :  
 Esto en este paréntesis segundo  
 Es fuerza no dejarlo destroncado,  
 Que las grande imágenes en torno  
 Para sus llenos piden grande adorno.

De aquí también cortó á las velas paño  
 De un feliz curso en nuevo atrevimiento  
 Con que el mago francés en vuelo estraño  
 De su encantado barco surcó el viento :  
 Grandes cosas al fin de aqueste engaño  
 Toman en este grave asunto asiento,  
 Y así es fuerza seguirle por historia  
 De España digna, y de inmortal memoria.

**ALEGORIA.**

En Ferraguto ofendido con la fama de Bernardo, se pinta el ánimo de un ambicioso, que las ajenas alabanzas tiene por baldon y menosprecio propio.  
 En el socorro del rey Casto se ve como el cielo nunca desampara á los suyos; ni las traiciones, como por la mayor parte se efectúan á ciegas y atropelladamente, llegan á tener buen suceso.  
 En el conocimiento de don Teudonio y el conde de Saldaña envuelto en lágrimas, se muestra que sin la libertad ningun bien hay que sea de gusto.  
 En el consejo de guerra del César, se ve cuan poderosa es una lengua lisonjera en un ánimo ambicioso.



### LIBRO CUARTO.

**ARGUMENTO;** Deja Orontes por su ciencia á Malgesi colgado de un árbol, donde cayendosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel Custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco mil-grosamente, llega á bordo de un galeon, donde halta preso á Azetica la bella; y habiendose allí armado caballero por mano de un rey persiano, hace batalla con el por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el sire.

No bien el sabio Orontes satisfecho  
 Del robo ilustre en negro hollin tiznado,  
 De la órden superior un humo estrecho  
 Contra el mago francés dejó emboscado:  
 Que en su incauta venida sin provecho  
 Al pasar le dejó de un pie colgado,  
 Como negra corneja, que el anzuelo  
 Las alas le ase, y le detiene el vuelo.  
 Era la horrible sombra el rey que á cargo  
 Los necios tiene, y sus descuidos doma,

Con quien ya fuera el álamo mas largo  
 A su pié puesto el punto de una coma;  
 Este al pasar le echó pesado embargo,  
 Y en lo alto lo dejó de una ancha loma,  
 A una encantada cerda dada un nudo  
 Tal, que apenas romperle el tiempo pudo.  
 Este fue el ciego lazo en que caido  
 Le vió España, y el conde de Pontiero,  
 Con el que aquí y allí quedó corrido,  
 Y en ambas partes sin su honor entero;  
 No habiéndole ayudado ni valido  
 Aquí la ciencia, ni acullá el acero,  
 Que hay sabios que ni saben, ni son buenos  
 Sino es para agüerar males ajenos.  
 Perdió turbado el mágico cuaderno,  
 Y quedó preso sin recurso alguno,  
 Que de mil que sacó del hondo infierno,  
 A la necesidad no halló ninguno:  
 Escepto Trashurgin, que el lago averno  
 Duende no vomitó mas importuno,  
 Que por cansado hablador sin jugo,  
 Hasta al infierno sirve de verdugo.  
 Este acudió, mas no á prestarle ayuda,

Con negra esfera y májico astrolabio,  
Mas por si la obstinada alma desnuda  
Prender pudiese al ignorante sabio:  
Este pues, cuya lengua tartamuda  
Al mundo ofende, y cansa el torpe labio,  
Al mago libro arremetió ligero,  
Que es propio un hablador para embustero;

Y con él, en figura horrible puesto,  
Formando rayas y fingiendo cruces,  
Un sombrío escuadron sacó molesto  
Del centro obscuro á las odiosas luces,  
A librar al francés mago dispuesto,  
Con corvos cuernos y ásperos testuces;  
Mas el furor del templo aqueronita  
La fuerza á todos y el vigor les quita.

No fue en la clara Rodas mas gigante  
De pardo bronce su inmortal coloso,  
Mas negra tez, mas hórrido semblante,  
Ni en talle y proporcion mas espantoso,  
Ni en bulto mas obscuro vió delante  
De sí la noche al mundo tenebroso,  
Cuando al cerrar de su enlutado manto  
Es cuanto por sus sombras vuela espanto.

Que el gran torreon de la fantasma obscura  
Que al francés mago en su prision asombra,  
De cuyo aspecto la infeliz figura  
Un mundo viste de enlutada sombra;  
Y así en triste silencio mal segura  
La negra escuadra que en sus versos nombra,  
El burlon Trashurgin á su ventaja  
La soberbia cerviz humilde abaja.

El viejo Satanás, que es de tres cuernos,  
De discordias amigo, y de rencillas,  
Cuya rabia revuelve los infiernos,  
Y de Aqueronte asombra las oril as;  
Viendo allí de sus fuegos sempiternos  
Tanta centella y sombras amarillas,  
Sembrando guerras con ladrar prolijo,  
Vuelto al soberbio Belcebú le dijo:

«Príncipe ilustre, á quien del reino obscuro  
La parte mas indómita obedece,  
Y de la triste noche el negro muro  
Bañado en sangre por tus manos crece,  
Contra quien no hay valor ni arnés seguro  
Si el tuyo de una vez se ensoberbece,  
A cuyo ceño triste en rauda vuelo  
Suele el mundo temblar, y tembló el cielo:

Aquí por pactos que en sus reinos tiene  
El francés Malgesi nos ha juntado,  
A darle ayuda nuestro infierno viene,  
De sus voces y cercos apremiado:  
Sola tu invicta mano nos detiene,  
Y el inviolable lazo fabricado  
Por tu saber, contra quien ya no es justo  
Se oponga nueva presuncion y gusto.

Mas si conforme al cerco fue en tu mano  
Prender, y el desatarle no está en ella,  
No es bien que tanto infierno agravie en vano  
La odiosa luz de esa enemiga estrella:  
Mas quede en pena al reino castellano  
Humosa estampa de su ardiente huella,  
Y sepa el mundo que por estas cuadras  
Juntas Belcebú tuvo sus escuadras.

Bien sabes que la espada rigurosa,  
Que nos echó de encima las estrellas,  
Quizá por parecerle peligrosa  
Nuestra vecina cólera cabe ellas;  
No ha mucho que esta tierra belicosa,  
Que ahora con tus negras plantas huellas,  
La entregó á nuestra furia, y al castigo  
De un poderoso bárbaro enemigo.

Cansada ya de los dislates vanes  
En que por tantos años ciega anduvo  
Entre soberbios dueños, cuyas manos  
Con sus doradas masas entretuvo,

Ya en católicos reyes, ya en paganos,  
De una en otra fortuna se detuvo,  
Hasta que llegó el fuego de Vitiza  
A hacer su antigua honestidad ceniza.

Este al ardor de mis centellas hecho  
Aun mas fuego sacó que yo emprendia,  
A un tiempo unidas en su torpe pecho,  
Juntas ambas malicias, suya y mia:  
No fueron mis discordias de provecho,  
Ni ardiera la ambiciosa tiranía,  
A no añadir veneno en mis marañas  
El sensual calor de sus entrañas.

Con este permitió libre soltura  
Al seglar pueblo y religioso estado,  
Hasta negar, envuelto en su locura,  
Del vicario de Cristo el principado;  
Y sin dejar muralla en pié segura,  
Firme torre, ni alcázar almenado,  
Las armas derritió, el morrion de guerra  
En corva reja vuelto abrió la tierra.

Iba ciego aprestándose al castigo  
Que el cielo á sus delitos prometia,  
Yo trazando ocasiones, y él conmigo,  
Dando alientos al fuego que encendia;  
Hasta que el reino le entregó á Rodrigo,  
Y él al ciego furor de Berbería,  
A quien por crue! verdugo á su malicia  
Conmigo envió la celestial justicia.

Ya entonces tuve por seguro y fijo  
Para siempre mi reino en esta tierra,  
En quien de Jove el belicoso hijo  
De su fuego el mayor calor encierra:  
De aquí pensé con un rodeo prolijo  
Al ancho mundo hacer injusta guerra,  
Y ser de la morisca gente solo  
El feroz Marte, y el prudente Apolo.

Mas no sé quién ni cómo me ha trocado  
El feliz curso á mi primer gobierno,  
Y aquel muerto valor resucitado,  
Vuelto en firme diamante el pecho tierno:  
Salió como de burla en campo armado  
De una alta gruta, cóncavo de infierno,  
Un capitan, que á la primer jornada  
Ni yo le tuve ni el contrario en nada.

Mas como de una mínima centella  
Creciendo el fuego una ciudad se abrasa,  
Y el aire que antes pudo deshacella  
Feroz la vuela ya de casa en casa;  
Así desta vencida gente el vella  
Con nuevo brio el sobresalto pasa,  
Y llega á punto de engendrar temores,  
Que los pequeños riesgos sean mayores.

Mas si tú ahora, príncipe del mundo,  
Esta legion y tu poder me prestas,  
Fácil cosa será al golpe segundo  
Quitar su grava carga de mis cuestras:  
Daré con toda España en el profundo;  
¿Quién me lo estorbará, si tú le asestas  
Un escuadron que pudo sin recelo  
Plantar banderas y armas contra el cielo?

Quedarnos ha segura esta cosecha,  
Y yo con la española monarquía  
Tal, que al infierno harán la puerta estrecha  
Los que á tenerte bajen compañía.  
Así el soberbio espíritu, deshecha  
La lengua en rabia, á Belcebú decia,  
Solicitando el escuadron liviano  
Para arruinar el reino castellano.

Cuando la negra estatua acaronita,  
Mandando sosegar el alboroto,  
Así con torpe labio y voz maldita  
Volvió á asombrar los árboles del soto:  
«Yo antiguo defensor de la mezquita  
Que en Meca goza, y tiene el primer voto,  
Que su Alcorán forjó de un desatino



Que soñó el imprudente Calcabino;

No tengo mi furor tan olvidado,  
Ni el odio interno á esta enemiga gente,  
De las que en el bautismo se han lavado,  
La mas firme, católica y prudente,  
Que si pudiera habérmela tragado,  
No haya en mi boca hambre suficiente;  
Mas ¿quién podrá contra aquel brazo eterno,  
Que es de su mundo universal gobierno?

Alzad los ojos á esa clara nube,  
Que en torno ciñe vuestras negras sienes,  
Y de España vereis adonde sube  
El aumentado colmo de sus bienes:  
Y aquel sangriento azote, en quien ya tuve  
De su deseado fin firmes rehenes,  
La antorcha ha sido con que el pueblo ilustre  
De su valor ha descubierto el lustre».

Dijo, y de los ministros inferiores  
Cada uno alzando la infernal cabeza,  
En luz divina, y rubios resplandores;  
Un vulto vieron de inmortal belleza;  
Un mancebo gentil, cuyos colores  
La nieve y rosas vencen en fineza,  
Y el rico manto en varia pedrería  
Rayos le presta al sol, y lumbre al día,

Con dos pomposas alas, cuyo vuelo  
Al aire da los rojos arboles,  
Que el nacar de la luz pinta en el cielo,  
Cuando hace al día bellos tornasoles:  
Por gala armado, mas que por recelo,  
De una celada azul y petó goles,  
Que en rubís está, y este en esmeraldas,  
Ardén y alumbran por las nubes pardas.

El yelmo en varias plumas enrizado,  
Al cuello un tahalí de piezas de oro,  
De un entero zodiaco grabado,  
Desde el templado géminis al toro:  
Y por el peto, y manto de brocado,  
Todo sembrado el celestial tesoro  
De imágenes, de signos y planetas,  
En luz distintas, y en virtud perferas.

Un venablo en la mano, cuyas lumbres  
Al enemigo asombran que las mira,  
Y el brioso esgrimir de sus vislumbres  
Temor y espanto á los contrarios tira:  
Así del cielo por las huecas cumbres,  
Cuando al vellon de Colcos se retira  
El bello dios que tuvo cuna en Delo,  
El mundo alegra, y regocija el cielo;

Y el encogido invierno entre celajes  
Lloroso huye, y baja la cabeza  
Al alegre verano, que en ropajes  
Llovidos viste el mundo de riqueza:  
Tal deja los nocturnos personajes,  
De envidia deslumbrados, á la belleza  
Del príncipe de España, á cuya mano  
Dió su defensa el brazo soberano.

Bajan los rostros de temor rendidos,  
Suspensos los furiosos ademanes,  
De aceda envidia y de dolor corridos  
Mas que primero dentro en sus afanes:  
Tales, que á no tenerlos oprimidos  
Huyeran del infierno á los desvanes,  
Como la noche huye de la aurora,  
Cuando el aljofar cuaja que antes llora.

Mas el divino príncipe de España,  
Con su agradable y natural braveza,  
«Estad canalla, dijo, estad cizaña  
Del mundo, alzad á oírme la cabeza;  
Y sepa cuanto de Aqueronte! baña  
El negro lago y hórrida maleza  
Y el ronco can asombra con ladridos,  
Y de las furias siente los gemidos:

Que todo junto ese infernal espanto,  
Que al mundo el centro y el reposo quita,

Desde el negro dosel de Radamanto

Al frágil leño en que Cháron habita;  
Con cuanto de la muerte el triste llanto  
En niebla cubre y sombras precipita,  
Que contra España aquí vomite y eche,  
Haré yo que ni baste ni aproveche.

Es verdad que aquel padre soberano,  
Que sobre el cielo tiene silla eterna,  
Y del mundo las riendas en la mano,  
Cuanto hay en él con su saber gobierna:  
Este reino entregó al furor tirano  
De la mahometana rabia interna,  
Que con natural odio y pecho osado  
Tanta cristiana sangre ha derramado.

Mas no fue todo causa de venganza,  
Aunque eran mas que arenas sus delitos,  
Que en la pla y justísima balanza,  
Diez buenos pesan mas que mil pecitos:  
Otros secretos fines, que no alcanza  
El criado saber en sus distritos,  
Dieron fuerza al azote y desconsuelo,  
Que de nuevos tesoros pobló el cielo.

¿Qué venas de oro el fértil Duero cria,  
Qué fino jaspé el temple de Granada,  
Qué turquesas Zamora, qué Almería,  
En finísimas ágatas sentada,  
Qué vario resplandor de pedrería  
Levantó el rayo de la luz dorada  
En su playa oriental, cuando la embiste  
La alegre aurora tras la noche triste?

Que mas la altive, ilustre, y ennoblezca,  
Y mas grados le dé de gloria y fama,  
Que esta calamidad; por mas que crezca,  
Y que el humo la empañe de su llama,  
Dándole noble sangre, que en riqueza  
El cielo que la coge y la derrama?  
Que de tan rica y fértil sementera  
Menor cosecha y fruto no se espera.

¿Qué reino, qué ciudad goza en España  
Del fértil suelo que su marca encierra,  
Que no le deba á la morisca saña  
Algun precioso mártir de su tierra?  
¿Qué nacion hay en ella tan estraña,  
A quien le falte gloria en esta guerra?  
Dejo aparte las palmas que su mano  
Victoriosa quitó al furor romano.

Y ahora ¡á quién no admira aquella fuente  
De ilustre sangre, y de saber divino,  
Que ayer corriendo en Córdoba caliente  
Encima dió del Betis cristalino!  
Y el que antes llevó turbia la corriente  
Con la ceniza y fuego peregrino  
De Isác y sus secuaces, ya con luto  
Sangriento lleva al mar rico tributo.

Yo digo el sabio Eulogio, nuevo espanto  
De vuestro ahumado reino tenebroso,  
Que despues que pobló el alcázar santo  
De escuadra insigne y campo victorioso;  
Y en las hijos de Artemia pudo tanto,  
Que á tres de un golpe dió triunfo glorioso,  
Y su patricio suelo volvió rico  
Con la sangre de Paulo y Ludovico.

Despues que entre suavísimas prisiones  
Luz dió y esfuerzo á Flora y á María,  
Y tras su voz con limpias persuasiones  
Corrió al rojo martirio Leocrecia:  
Rodeado de lumbrosos escuadrones,  
Su triunfo guió por donde vuela el día,  
¿Qué pérdida venir le pudo á España,  
Que á la ganancia iguale desta hazaña?

Mirad de ese encumbrado Pirineo  
La florida vertiente, mas preciosa  
Por la sangre que en ella correr veo  
De Alodia santa, y de su hermana hermosa,  
Que por sus ricas pastas, que al desco

Humano hartaron, cuando en voz famosa,  
Arrojando tesoros del profundo,  
Sus llamas dieron nombre y plata al mundo.

¿Cómo la masa cándida bendita,  
Gloria del cielo y honra de Cardena,  
Gozara España, si la sed maldita  
De humana sangre fuera mas pequeña?  
Y los brazos y piés que troncha y quita  
Al sufrido Rogelio, con que enseña  
A pisar mundo, y alcanzar sin manos  
Por golpes muertos bienes soberanos.

Al mártir Gundesinde, toledano,  
Y el hijo del rey moro que hoy le rige,  
Que para serlo la paterna mano  
El cielo ahora en su favor le elige:  
A Sisinando, noble lusitano,  
Y el gallardo Fandila, que corrige  
El juvenil foror, y hace sagrada  
Del real Guadix la tierra y de Granada.

Y de Getulia ardiente la honra antigua,  
Que lo fue de Alcalá en su nacimiento,  
Y con su sangre en Córdoba averigua,  
Que al mundo no quedó ciudad de asiento;  
Con otro inmenso pueblo que atestigua  
Contra el pagano, en cruz y altar sangriento,  
La fe que dejó al hombre encomendada  
El rey que saqueó vuestra morada.

¿Con qué comprara España tal tesoro,  
Aunque para hallarlo desvolviera  
Los firmes montes tras sus venas de oro  
De la codicia la hambre mas hartera?  
Ni penseis, hijos del eterno lloro,  
Que el gran Rector de la estrellada esfera  
Tiene entregada para siempre á España  
Al grave yugo de esa gente estraña.

Que ya de hoy mas sin que en menguante vea  
El primer punto de su nuevo aumento,  
Ni corvo alfange poderoso sea  
A usurparte otro paso de su asiento,  
Mi español reino irá como desea  
En próspero y dichoso crecimiento,  
Hasta aquel siglo de oro y feliz dia,  
Que como antes la vuelva monarquía.

Ni solo el mundo que ahora ondea y baña  
De sus dos mares el mudable yelo,  
Y esta encumbrada y áspera montaña,  
Que con los francos parte clima y suelo,  
Le ha dado el cielo á mi invencible España,  
Que no en valde le ha dado España al cielo  
Tantas cabezas por su amor perdidas,  
Que es rico el cielo, y paga en ambas vidas.

Antes á su católico monarca  
Un nuevo mundo ha dado y nueva gente,  
Donde corra su ley y ponga marca,  
Desde el alba á las sombras del Poniente;  
Y una ignota nación, que ahora embarca  
El feo Cháron sobre su lago ardiente,  
Despierte con su luz á nueva vida,  
Del mortal sueño en que la veo dormida.

Dijo, y batiendo las ligeras alas,  
Que el aire dejan de vislumbres lleno,  
Haciendo alarde de su brio y galas,  
Y un arco de oro en su volar sereno,  
Gallardo vuelve á las soberbias salas  
Del estrellado alcázar, donde en freno  
De oro gobierna las crecientes olas  
De las varias fortunas españolas.

Así sobre los vientos se levanta,  
Tras la serenidad de un pardo dia,  
La iris roja y azul, que siembra y planta  
Por el cielo colores de alegría;  
Y en lirios de oro su vislumbre santa  
El aire encrespa, y en sus sombras cria  
Los bellos arreboles en que sube  
A lo alto desde el hueco de su nube.

Quedaron los espíritus inmundos  
De envidia y confusion desalentados;  
Y los rabiosos pechos en profundos  
Dolores y congojas anegados:  
Arruinara su cólera mil mundos:  
A no hallarse impedidos y apremiados  
Del ángel superior, mas sobre el mago  
Vuelan á hacer el impedido estrago.

Y bramando en tristesimos aullidos,  
En torbellino y lóbrega manada,  
Ya sobre el árbol, ya sobre él subidos,  
Mas le afligen y aprietan la lazada:  
Así en las ramas donde están sus nidios,  
La banda de estorninos alterada,  
Cruza, y vuela y revuela por el viento,  
Trocando ramos y mudando asiento.

Creció el fiero combate de manera,  
Que entre las negras sombras alteradas,  
Si el francés de su fe no se valiera,  
Alma dejara y vida rematadas;  
Mas de entre el humo de la gente fiera,  
Hecha una cruz las manos levantadas,  
«Jesús, dijo, socorre un siervo triste,  
Por quien para morir en cruz naciste.»

Y apenas de aquel nombre soberano,  
A quien el cielo y el infierno adora,  
El dulce acento resonó en el llano,  
Bien que en compás de lengua pecadora;  
Cuando toda deshecha en humo vano  
La infernal junta se apagó á deshora,  
Quedando limpio el aire, claro el cielo,  
Y de mil monstruos escombrado el suelo.

Malgés aquella noche y otro dia,  
Que de su lazo le duró el tormento,  
De rezar no dejó, si bien no habia  
Caudal de qué en su oscuro pensamiento:  
Solo un breve renjion de oracion pia,  
Que escrito vió á las puertas de un convento,  
Ese sabia, y ese en dulce vuelo  
Llevado de la fe se oyó en el cielo.

De enmendar prometió la incauta vida,  
Y el pacto oscuro con Pluton guardado,  
Mas siempre fue difícil la salida  
Del mal que ya en el cuerpo está arraigado:  
Al que mas flora la salud perdida,  
Deja la enfermedad menos reglado,  
Que es la costumbre un enemigo fuerte,  
Y mudar condicion á par de muerte.

Puesto de un pié en sus mágicas prisiones  
Dos dias en ciego humo vivió á oscuras,  
De su ciencia burlado, y las razones  
Que primero adoraba por seguras,  
Donde de noche en horribidas visiones,  
De dia en bultos, sombras y figuras,  
Con fingido temor daban castigo  
Al vano presumir del falso amigo.

Hasta que de los hosques comarcanos  
Rústica tropa de villanos vino,  
Que al lazo haciendo cruces con las manos  
El nudo desataron peregrino:  
Con que libre se halló de miedos vanos  
El mal regido mágico adivino  
En el deseado robo del infante,  
En años niño y en valor gigante.

Esta es la oculta traza, la cautela  
Es esta, y este el generoso intento,  
Que á hacer á España cuidadosa vela,  
De Grecia trajo á Orontes por el viento.  
Mas sobre el mar una pequeña vela  
Así volar entre sus olas sienta,  
Que amainar ó perderse le conviene,  
Y á mi ver donde va el que en ella viene.

El que con su primer atrevimiento  
Sobre el agua halló nuevos caminos,  
Y del incierto mar y sordo viento,

os rincones buscó mas peregrinos,  
Fijo al principio con medroso tiento  
En la ancha playa y puertos convencios,  
El viento en calma y con la mar serena,  
No osa apartar los ojos de la arena.

Crece el aliento, crece la osadía,  
Y olvida poco á poco la ribera,  
Engólfase hoy, engólfase otro día,  
Y halla la mar mas blanda y menos fiera:  
Pierde el primer temor que le tenia,  
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera,  
Ni golfos teme ya, ni de la airada  
Scila la herviente espuma alfojarada.

Que el gusto en sus presentes pretensiones  
Atropellando pasa inconvenientes,  
Descubre otras riberas y regiones,  
Otro cielo y estrellas diferentes,  
Otras costumbres, leyes y naciones,  
Otra habla, otro trato y otras gentes,  
Y llega al fin del mundo, y playas solas,  
A donde el ronco mar quiebra sus olas.

Tal mi pequeño esquife va rompiendo  
El peligroso golfo en que me hallo,  
Unas veces en calma, otras corriendo,  
Y apenas del temor puedo apartarlo:  
Por nuevo mundo y cielo discurriendo,  
Y pues ya el detenello es anegallo;  
Nobles deidades, que guais mi intento,  
Socorred mi barquilla con buen viento.

Y tú, gloria y honor, cetro segundo  
Destas ricas antárticas regiones;  
Que cerradas de inmenso mar profundo  
Ven otro cielo, estrellas y oriones;  
Vuelve los ojos á su nuevo mundo,  
Oye mi voz, atiende á sus razones,  
Serás mi Apolo, y en la lira suya  
Pondrá mi canto y la grandeza tuya.

Darle has honra y favor en escuchallo,  
Y en brio lozano con su nuevo aliento,  
El bardo tras quien ya podrá alcanzallo  
Con mas facilidad el pensamiento:  
Que conforme á la altura en que me hallo,  
Si aquí me falta de tu soplo el viento,  
En calma quedaré y en golfo incierto,  
Sin esperanzas del amado puerto.

Por el mar ancho en desenvuelto vuelo  
Un barquillo sin alas discurría,  
Y ahora ¡oh lustre del ibero suelo,  
Sucesor digno del que en él venía!  
Luego que al mundo el sin igual modelo  
De tu raro valor, con el que cria  
Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna  
Principio ilustre á tu memoria eterna.

Venciendo el campo aleye con su espada,  
Su tío en libertad por ella puesto,  
Sin darse á conocer dejó asombrada  
La corte al rey, y del contrario el resto;  
Y con la bella oculta retirada  
Mas lustro en sus hazañas, y tras esto,  
Con las nuevas del nuevo coronista,  
Nuevos deseos de gozar su vista.

Después que el griego mago á sus heridas  
Con frescas yervas dió salud bastante,  
Por montañas y sendas conocidas  
A las playas guiaron de Levante,  
Por breñas y quebradas escondidas  
Entreteniendo al generoso infante,  
A fin que en la distancia del camino  
El curso hiciese de un contrario sino.

Los floridos collados que Ezla riega  
Dejan atrás, y la Sublancia loma,  
Donde el gran Trismegistro en fértil vega  
La ciudad hizo que desbizo Roma;  
Y allí de un cerro, que á las nubes llega  
«Ves, hijo, dijo Orontes, donde asoma,

Tras de aquel risco y áspera montaña,  
Tu antiguo patrimonio de Saldaña,  
Allí el que te dió el ser su estado tuvo,  
Y en todo este ancho mundo tus mayores,  
Y á tí mas fama en él, que en ellos hubo;  
Te espera en tus divinos sucesores:  
Desde allí hasta Fontible se entretuvo  
En ver las fuentes de Ebro, que entre flores  
Lloran hechos cristal por sus mejillas  
Dos riscos en las torres de Mantillas.

Templando el sol con los alientos frios  
De las nevadas cumbres de Iduveda,  
Pasan por bosques y árboles sombríos,  
Entre Bribiesca y Burgos la fresneda:  
Pisan de Rioja los alegres rios,  
Los collados de Nicla y Valvaneda,  
De Orbion las altas sierras y peñones,  
Sitio antiguo de Uracos Pelendones.

Aquí miran el lago monstruoso  
Que á Duero dá las aguas y arrogancia,  
Y de adonde con impetu furioso  
Baja á buscar los muros de Numancia;  
Y entre Agreda á la diestra, y el frondoso  
Bosque de Tarazona á igual distancia,  
Pasan del rio Moncayo la alta sierra,  
A quien dió nombre el que á Palatou guerra.

Bajan de allí á Tudela, y á Ebro el llano  
Vadean humilde por canal estrecha,  
Dejan á Jaca á la siniestra mano,  
Y á Huesca en Aragon á la derecha;  
Y entre Urgel y Cardona el gran pantano,  
Que al pedregoso Ayton sus aguas pecha,  
Y el campo de Girona ven seguros,  
Y allí el de Francia en torno de sus muros.

Era pública voz que la persona  
Del César al ejército asistia,  
Y de sus paladines la corona  
Con la suya llevaba y componia;  
Y Bernardo en el campo de Girona  
Que le arme caballero pretendia,  
Mas desabrido ya de la inconstancia  
Del Casto, el rey tomó la posta á Francia.

Triste al doncel la no esperada nueva  
Dejó, viendo alargar se deseo santo,  
De dar al moro de su brazo prueba,  
Y al mundo nuevo con su espada espanto;  
Y este cuidado tan sin él le lleva,  
Y en su disgusto divertido tanto,  
Que el caballo sin rienda, y él sin tino,  
Al tomar de una senda erró el camino.

De su ayo astuto, y su encubierta gente,  
Perdido se halló en un bosque espeso,  
El sol ya en las montañas del Poniente,  
De las tinieblas trastornando el peso:  
Dió en caminar sin luz confusamente,  
Y por derecha senda, ó curso abieso,  
Llegó al mar de Colibre, cuando el día  
En el de la Coruña se escondia.

Era en la sorda playa la resaca  
El son con que la noche iba creciendo,  
Y á cada tumbo por la selva opaca  
Las fieras con bramidos respondiendole:  
El viento que ni erece ni se aplaca,  
Las estrellas sus rayos esgrimiendo,  
El con su gusto, y sus deseos en guerra,  
Suspense, solo, y sin saber la tierra.

Dejó la silla, y el caballo suelto  
Pacer sin rienda en el florido llano,  
Receloso que su ayo allí le va vuelto  
Para del César le apartar en vano;  
Y en este antojo, el suyo fue resuelto,  
De no tomar las armas de otra mano,  
Ni heródica hazaña acometer que importe,  
Hasta ser uno de su casa y corte.

Mas luego que el descuido entre las flores

Robando el alma le dejó dormido,  
Una voz tierna hecha de temores  
Pidiéndole favor llegó á su oído :  
O fuese el viento, ó sueños burladores,  
O el sabio que se huyó lo haya fingido,  
Porque en principios no del todo humanos  
El lo diese á sus hechos soberanos.

Parécete haber visto una doncella  
De un su enemigo sin por qué aligida,  
Y que era el enemigo tal, que en ella  
El gusto tiene puesto de su vida :  
Que el querello causaba su querella,  
Y el ser amada la hace desabrada,  
Y sin mas ocasion que esta agonía,  
Breve socorro á su afliccion pedía.

Salió alterado, y puso con presteza  
Furiosa mano á su atrevida espada.  
Buscando en vano la mortal belleza,  
Que de su favor vió necesitada :  
Sacude el sueño, y culpa su pereza,  
Y con el alma inquieta, y voz turbada,  
Por no la haber con tiempo socorrido,  
Así despierto habló á quien vió dormido.

«¿Dónde, ó nueva deidad, mandas te siga?  
Muéstreme mi ventura, ó tú, el camino,  
En que tu intento y gusto se consiga,  
Y el mio de tanto bien no salga indino :»  
Dijo, y por ver en vano se fatiga  
Por donde fue lo que en el sueño vino,  
Que el no ver lo que vió en sombra tan bella,  
Que es falta cree de luz, ó sobras della.

Á su lado halló unas armas bellas,  
De flores de oro y pederria sembradas,  
Blancas y salpicadas con estrellas,  
De un verde azul y rosicler grabadas ;  
Como pudo mejor se armó con ellas,  
Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,  
En belicoso fuego se encendía,  
Deseando ver lo que durmiendo via.

Un rastro de oro, cual cometa ardiente,  
Volando vió cruzar el hueco viento,  
Por rayo de un rumor, que de repente  
Sacar pareció al mundo de su asiento :  
La cercana deidad Bernardo siente,  
Y adórala en su oculto pensamiento,  
Con los pasos siguiendo, y con la vista,  
Del rayo ardiente la dorada lista.

Llegó á la playa, y de la mar salada  
Los piés mojó en la combatida arena,  
Pasando entre el silencio sosegada  
La noche de quietud y sueños llena :  
Sin viento el golfo, en calma sosegada,  
Como en estanque claro agua serena,  
Y el cielo noche y vidas abreviando,  
Sobre ejes de oro sin parar volando.

Un pequeño batel en la arenosa  
Playa sin ver con qué vió detenido,  
Y embarcándose en él ; estraña cosa !  
Volando se engolfó en el mar tendido :  
De entre las manos no tan presurosa  
Sale dejando el ave el caro nido,  
Ni el harponcillo de oro mas ligero  
De su arco despidió el mejor flechero.

Cual ave ó flecha por el blando viento  
Sin dejar rastro el agua va cortando,  
En varias cosas puesto el pensamiento,  
Y como en todas acertar trazando :  
De unas en otras su alto pensamiento  
Cual va su esquife por el mar volando ;  
Mas siga ahora su gusto, huya su pena,  
Que de lo que él propone el cielo ordena.

El carro de oro sobre el hombro diestro  
Del mauritano Atlante volteaba,  
Y en el del sol el carrotero diestro  
A los caidos Antípodas bajaba,

Y de su vela al marinero nuestro  
Rendir el primer cuarto convidaba,  
Cuando el esquife á un galeon armado,  
Sin ver cómo, ó por quién, se halló abordado.

El quieto mar en calma le tenia  
Pegadas á los árboles las velas,  
La gente aun su bullicio mantenía,  
Y el primer cuarto sus recientes velas :  
El bullicioso esquife que venia,  
Al temor puso y alboroto espuelas,  
Tales, que el que llegaba mas atento  
Temia por uno que miraba ciento.

Llegó al real bordo el encantado barco,  
Y en deseos de mostrarse los primeros,  
Alperso el rojo, y Galbarin el carco,  
Dentro saltaron con braveza y fieros :  
Uno diestro en espada, el otro en arco,  
Y ambos de los persianos caballeros  
De mas denuedo, y opinion mas sabia,  
Aquel nacido en Persia, este en Arabia.

El altivo español con la templanza  
Que á disfrazar bastó su desden fiero,  
Brioso y comedido á la pujanza  
Salió del uno y otro caballero ;  
Y á qué deseado puerto la esperanza  
Al pesado galeon lleva ligero  
Humilde preguntó, y al, cómo, y dónde,  
Así de dos el uno responde.

«A la gran Siria la derrota lleva,  
Si Eolo nos ayuda con su aliento,  
Que encerrados los aires en su cueva,  
Con prolijo calmar nos da tormento,  
Y andar haciendo de los vientos prueba,  
Es propiamente andarse tras el viento :  
Orimandro, famoso rey de Oriente,  
Navega aquí con su invencible gente.»

Bernardo entonces «lo que á mi me toca  
Sabrás, dijo; que soy un navegante  
Que no he hallado con fatiga poca  
De mi viaje el fin que veo delante :  
Mi nombre el Caballero de la Roca,  
Poco famoso, y menos importante ;  
Busco á tu rey, y solo hablarle quiero,  
Si se deja hablar de un caballero.»

«Mi rey, respondió Alperso, dar no escusa  
En todo tiempo á todos grata audiencia,  
Ni el verdadero príncipe rehusa,  
Ni en calidades hace diferencia :»  
Entró Bernardo por la nao confusa,  
Y á los dos que le dieron la licencia,  
El contrahecho barco á lo profundo  
Libre arrojó de aquel mudable mundo.

Pasó gallardo, la visera alzada,  
Sin ser de nadie en nada defendido,  
La cámara de popa vió labrada  
De precioso marfil y oro bruñado,  
De persianos tapices entoldada,  
Y allí á una bella dama un rey rendido,  
De aspecto bravo, bien que ya no lo era,  
Que le había vuelto amor de acero en cera.

La reina del Catay, la luz mas pura,  
Que fue de Europa y Asia fuego ardiente,  
La que entregó á Medoro la ventura,  
Y á ella los reinos del rosado Oriente ;  
La angélica beldad, la hermosura  
Que á nadie dejó libre, el rey potente,  
Hecha su alma un altar de amor injusto  
Por idolo traía de su gusto.

Y en contemplar su hermosa atento  
Mas que hombre estatúa muerta parecía,  
Insaciable en hartar el pensamiento  
Del sabroso veneno que bebía :  
Cuanto mas bebe queda mas sediento,  
Que es el amor mortal hidropesía,  
Y el gusto que se veda en quien padece,

El que solo se estima y apetece.

Con blandos ruegos la sazón buscaba  
De hallar menos altiva su aspezeza,  
Mas ni ese ni otro medio aprovechaba,  
Que donde falta amor todo es dureza:  
Cuando él á su desden mas se humillaba,  
Mas ella herloseaba su fieraiza,  
Que es la mujer de suyo áspera roca,  
Si amor de cerca ó lejos no le toca.

«Gloria de esta alma tuya, le decía  
En su dolor, y en ella transformado,  
Si por haber aquesta vida mia  
Al gusto de tu altar sacrificado,  
Con ese llanto anegas mi alegría,  
Y el adorarte pagas con enfado,  
¿Qué mas grave tormento se me diera,  
Si contra ti otra culpa cometiera?»

Bien sabes que fue el término de verte  
Feliz principio de rendirte el alma,  
Ni te es del todo oculto que en quererte  
Al mio ningun amor llevó la palma:  
Si solo el dulce bien de obedecerte  
Mis gustos tienen por el tuyo en calma,  
Anatomía suficiente han hecho  
Tus bellos ojos en mi humi de pecho.

No con mayor lealtad el cristal puro,  
Ni sosegada fuente en valle ameno,  
Detrás mostró del trasparente muro  
A los ojos su limpio y casto seno;  
Ni en torreado alcázar más seguro  
Príncipe fue de sobresalto ajeno,  
Que en mi pecho se vió, y está en mis ojos,  
Gozando un casto amor dobles despojos.

Si con temor te sirvo y reverencia,  
Y adoro y temo tanta hermosura,  
Si entre mi sufrimiento y tu violencia  
Cada hora el oro de mi fe se apura;  
Y si es justo vivir en tu presencia,  
Siendo mi cielo en cárcel tan oscura,  
Aborrecido, y lleno de firmeza,  
Hable por mi, responde tu belleza.

Bien sabes que tu ira la he temido  
Cual verdugo el cuchillo y brazo alzado,  
Cual violencia de príncipe ofendido,  
Cual pequeño batel al mar airado,  
Cual vulgo en nuevos bandos dividido,  
Cual avariento golpe desusado,  
Cual tirano cruel gente alterada,  
Cual sagaz capitán gente emboscada.

Y que entre estos temores te he servido  
Cual siervo al interés aficionado,  
Cual pretensor en córte entretenido,  
Cual á juez dudoso hombre culpado,  
Cual paje nuevamente recibido,  
Cual por conjuro espíritu apremiado,  
Y por comparacion mas ajustada,  
Cual nuevo amante á dama disgustada.

Y tú por esto me has aborrecido  
Cual á cruel enemigo declarado,  
Cual labrador á un avariento ejido,  
Cual noble pecho á un corazón hinchado,  
Cual á competidor favorecido,  
Cual ánimo ambicioso hombre privado,  
Cual prolija visita alma enfadada,  
Y á libres ojos dama recatada.

Entre estas muertes vivo, y desta suerte  
Tu aspezeza me está martirizando,  
Mi esperanza en los brazos de la muerte,  
Ya entre vive y no vive agonizando,  
Muriendo por los gustos de quererte,  
Que es en leyes de amor vivir reinando;  
Mas ahora viva ó muera, muerto ó vivo  
Jamás morirá en mí la fe en que vivo.

Ponme al sol que la seca arena abrasa,  
O adonde él muere envuelto en tierna nieve

Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,  
O al que nieve, granizo, y rigor llueve,  
Por donde el día con su carro pasa,  
O la callada noche el suyo mueve,  
Que en luz, y tinieblas, en calor, y en frio,  
Dejaré por ser tuyo de ser mio.»

Dijo, y cual si de blanco mármol fuera  
Quedó sin habla, sin color, sin vida;  
Solo dió el llanto-muestra verdadera  
De estar al triste cuerpo el alma asida:  
¡Duro paso de amor, que enterneciera  
Del Caspio mar la roca mas cenida!  
Y en Angélica obró su sentimiento,  
Lo que en acero duro el blando viento.

Cual parda encina en años arraigada,  
De un desabruido ciervo acometida,  
Que mientras mas de aquí y de allí asaltada,  
Mas á su firme centro se halla asida;  
O cual Peña en revuelto mar sentada,  
De una, y otra, y otra ola combatida,  
Que el aire y agua lavan las estrellas,  
Y firmes quedan en sus montes ellas:

Tal á los dulces ruegos y blanduras  
Del Persa rey Angélica quedaba,  
Rotas de la razon las ligaduras  
Con que las suyas convencer trazaba;  
Volviéndose á las voces mal seguras  
Del deleitoso son que la encantaba,  
En muda lengua, y en semblante duro,  
Sierpe enroscada al mágico conjuro.

Bernardo con razon quedó admirado  
De dos tan diferentes voluntades,  
De aquel amor y desamor, causado  
De sus mismas contrarias cualidades:  
De Orimandro el valor considerado,  
De su pena y dolor las propiedades,  
A compasion y lástima obligaba,  
Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.

Mas aquel firme y generoso aliento,  
Y aquella fuerza del autor divino,  
Que por el ciego mar, y sordo viento,  
El alto fin guió de aquel camino,  
Era á todo su bien impedimento,  
Y la violencia del contrario sino,  
Que en no admitido gusto determina  
Que muera el rey por la gallarda China.

Llegó el doncel el rostro descubierto,  
Y el persa en verlo entrar salió alterado,  
Que ante su ingrata dama el pecho abierto,  
Dándole estaba el alma arrodillado:  
La que dormido vió halló despierto,  
Y viendo el tierno gusto violentado  
En que allí está, contra el presente agravio  
Así á Orimandro vuelto movió el labio.

«Por tales cursos el del cielo guía  
El vario fin de las humanas cosas,  
Que á veces gloria del do'or se cria,  
Y de un contrario azar suertes dichosas;  
Y en la fruta que al gusto parecia  
Sazonada, en lisonjas mentirosas  
Suele estar la ponzoña entremetida,  
Y tras la flor la vibora escondida.

Y así, famoso rey, si al justo cielo,  
Que aquí por varios trances me ha traído,  
Con mi venida diere algun recelo  
Al gusto en que te haïlo entretenido:  
El discurrir de su piadoso vuelo  
A nuestro bien va siempre dirigido,  
Y aquel que de su mano y trazas viene,  
Es el que mas á quien lo da conviene.

Si del incierto fin de mi venida  
De propósito hubiese de informarte,  
Seria tomar tan lejos la corrida  
Con desabruidos cuentos enfadarte:  
Mas la causa entre muchas preferida,

Que en tanto riesgo me obligó á buscarte,  
 Es pedir de tu mano el verdadero  
 Honor, título, y voz de caballero.  
 Soy un mancebo, como ves, dispuesto  
 A recibir, señor, lo que te pido,  
 Noble en linaje, y la probanza desto,  
 El valor que á este punto me ha traído,  
 Que en pecho hidalgo un corazón compuesto,  
 Ya por su propia sangre es bien nacido;  
 Yo siento ahora en mí que soy cual digo,  
 Y cada uno es de sí el mejor testigo.  
 Lo demás, si tú gustas por ahora,  
 Para tiempo y sazón mas larga queda,  
 Que descubrir de un hombre en sola un hora  
 El pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?  
 Esto, señor, por la que el tuyo adora,  
 Pues nada pido injusto, me concede;  
 Despues sabrás de la venida mia,  
 Quién soy, á lo que vengo, y quién me envia.»

Dijo, y el rey con esto satisfecho  
 Quedó, sino seguro, reportado;  
 Bien que el medroso amor, el noble pecho  
 No le dejó aunque libre, asegurado:  
 Que lo mas imposible da por hecho,  
 Porque el amante viva recatado,  
 Y en las leyes de amor quien no temiere  
 Burla, si dice que de veras quiere.  
 Y así le respondió: «de tu venida  
 La causa podrás darnos que quisieres,  
 Y á los largos discursos de tu vida,  
 O añadir gustos, ó acortar placeres:  
 Que una imaginación tan divertida  
 En nada dudará que le dijeres,  
 Baste por tí que el título pedido,  
 Ya en desearlo le hayas merecido.  
 Y si al hencroso peso estás dispuesto,  
 Que en la voz del heróico nombre carga,  
 Y en esos delicados hombros puesto,



Pesado yugo no es, ni grave carga;  
 Sino reparas en lo mas que es esto,  
 Menos el riesgo de la muerte amarga  
 Tu brio enfrenará, yo te concedo,  
 Sino cuanto me pides, lo que puedo.»  
 Dijo, y en silla de marfil labrada  
 Por mayor aparato fue á sentarse,  
 Antiguo rito, y ceremonia usada;  
 En que actos tales suelen celebrarse;  
 Bernardo, descendiéndose la espada,  
 Fue á la oriental princesa á presentarse,  
 Y á los piés puesto del soberbio estrado,  
 Así le dijo ante ella arrodillado,  
 «Retrato vivo del valor humano,  
 Sino eres sombra ó lumbre del divino,  
 Reseña y tóque del pincel y mano  
 Que á tan gran perfección abrió camino;

O seas toda del coro soberano.  
 Angel de luz, ó bulto peregrino  
 De la masa mortal, en lo que quiero,  
 Séame tu alta beldad dichoso agüero.  
 Esta espada, señora, que te juro,  
 Que en servirte estará siempre ocupada  
 De esa tu tierna mano, ó marfil puro,  
 Para nuevas victorias me sea dada;  
 Que este favor me guardará seguro,  
 Y á ella de ajenas fuerzas inviolada,  
 Mostrando que al caudal humano escedes,  
 Si esto es lo menos de lo mas que puedes.»  
 La suspensa beldad de divertida  
 Apenas dió al doncel grata respuesta,  
 Que en sus disgustos y aflicción metida  
 Estaba en tristes sentimientos puesta;  
 Que aun de cuidado ajeno es ofendida

La mujer que de veras es honesta,  
Y su fama y honor tan delicado,  
Que á un soplo, ó queda muerto, ó destemplado.

Calló, y fue su callar templadamente  
De discrecion tan lleno y de cordura,  
Que al discurso mas vivo y elocuente  
En proporcion venciera, y en dulzura;  
Y en grave pundonor la altiva frente,  
De arrogancia mas llena y hermosa,  
Que de flores la aurora aljofarada,  
Al gallardo doncel ciñó la espada.

El Persa rey en nuevo triunfo aparte,  
De una trompa marcial al ronco estruendo,  
Espuelas calzó de oro al novel Marte,  
Ya todo en belicoso fuego ardiendo;  
Y de perlas un bárbaro estandarte,  
Con las persianas armas descogiendo,  
Así en semblante y ánimo severo,  
La fe juró debida á caballero.

«Por estas invencibles armas juro,  
Y los secretos desta noche muda,  
Que envuelta va pasando en aire obscuro,  
De espantos llena, y de color desnuda;  
Por ese claro y estrellado muro,  
Que nuestras vidas con sus vueltas muda,  
Y el resplandor de sus lumbreras bellas,  
Y la deidad que asiste en él, y en ellas;

Que la inviolable fe de caballero,  
Que al nombre heróico debo que hoy recibo,  
Segura y salva á todo un mundo entero,  
El tiempo guardaré que fuere vivo:  
Ni por mi punto perderá el severo  
Marte el grave rigor del suyo altivo,  
En cuanto en sus sagradas leyes manda  
El feroz rey que gobernó en Irlanda.

Daré favor á quien pidiere el mio,  
Y á quien no le pidiere si está opreso,  
Y en libre campo, y justo desafío,  
Ni hacer consentiré ni haré exceso:»  
Dijo, y dejando con gallardo brio  
Del bárbaro estandarte el grave peso,  
Así en nuevo ademán al persa fiero,  
Que atento le escuchó, le habló severo.

«Invicto rey, si al celebrado pacto  
En tus heróicas manos se le debe  
Asiento firme, y que en respeto intacto  
Siempre delante el de su intento lleve;  
Si ya no en sola ceremonia el acto  
Presente ha de acabar su curso breve,  
Mas la justa promesa á ti debida,  
El suyo es bien que iguale al de mi vida;

La misma fe á tu real valor jurada  
Sin culpa me ha de dar nombre de ingrato,  
Si tú con voluntad mas concertada  
No granjeas ese cielo, ó su retrato;  
Y su hermosura, al parecer forzada,  
En su libre la das y honroso trato,  
Donde podrás por término debido  
Granjear, pues lo mereces, ser querido.

El manjar de sabor mas sazonado,  
A quien le falta gusto es desabrido,  
Y adonde no hay amor todo es enfado,  
Y el mas alto valor aborrecido:  
El mundo por tu brazo conquistado  
Podrá ser, y no un pecho endurecido,  
Y mas de una mujer que importunada,  
Lo mismo que antes le agradó le enfada.

Las de mas tiernas almas, mas briosas,  
Por no humillar de su arrogancia el viento,  
De los gustos que están mas deseosas,  
Fingen mas sacudido el pensamiento:  
El descuido las vuelve cuidadosas,  
El cuidado es especie de tormento,  
Los que menos procuran sus favores,  
Son los que entre ellas gozan los mayores.

Quieren sin igualdad ser tan señoras,  
Que nada fuera de su gusto valga,  
Y que él señale cual reloj las horas

Al curso de la vida mas hidalga:  
Si esto es cual ves el gusto que tú adoras,  
¿Cómo harás que ajustado al tuyo salga,  
Si en él con nuevas leyes forzar quieres  
La antigua libertad de las mujeres?

Vuelve, señor, pues á tu honor conviene,  
El que hasta aquí á esta dama has usurpado,  
Busca otras reglas, que el amor las tiene,  
Mejores que estas para ser hallado:  
La humildad no disgusta, y entretiene,  
Que amor no cabe en corazon hinchado;  
Servir y porfiar todo lo alcanza,  
Cuando ambas cosas se hacen con templanza.

Y esto no yo, mas la razon lo pide,  
Y la obligacion nueva en que me hallo,  
Con ambas cosas tu apetito mide,  
Porque ninguna en tí pueda estorballo;  
Que lo que sin sazón su efecto impide,  
Yo estoy resuelto ya de atropellallo,  
Y que esta vez nos dé la incierta suerte,  
O á ella la libertad, ó á mí la muerte.»

Cual suele destrozado peregrino,  
Del largo mar y tierras enfadado,  
De lejos viendo el fin de su camino,  
La amada patria y puerto deseado,  
De un no esperado viento repentino  
Hallarse en nuevos riesgos arrojado,  
Cuando ya libre consagrar queria  
Su roto barco al dios que fue su guia;

Tal el Persiano rey oyendo estaba  
Cuanto el doncel del mar decirle quiso,  
Que de iras lleno su furor llegaba  
En desesperacion á ser reniso:  
Y ya por esto, ó porque su alma brava  
Mostrar pudiese en trance tal su aviso,  
En grave aspecto á la demanda puesta  
Dió este breve discurso por respuesta.

«Aunque en vuestras razones se conoce  
La mucha que es seguir su dulce acento,  
Ni el tiempo quiere ni mi honor que goce  
El de un tan acertado pensamiento:  
Que el bien mezclado al mal se desconoce,  
Y así, aunque en mi confuso pecho siento  
El bien y el mal, y lo mejor apruebo,  
Aquello solo sigo que repruebo.

Que la invencible fuerza de los hados,  
Cuando ha de echar un alma por el suelo,  
Si los sentidos deja desatados  
A los sanos consejos que da el cielo,  
Traelos al libre gusto tan trocados,  
Que en vez de alivio sirve de recelo,  
Y aquel que á la razon va mas medido,  
Es della con mas dudas admitido.

Y así los vuestros, aunque en la apariencia  
De su valor descubren la importancia,  
Conmigo hacen tan mala conveniencia,  
Que toda su armonia es disonancia;  
Y el cielo en esta nueva diferencia  
Concluir de un golpe quiere mi arrogancia,  
Trayéndome para ello á tal estado,  
Que sea sin pedirlo aconsejado.

Si la vida, la honra, y el contento  
En mí se han de acabar todo en un día,  
Y á la fortuna, amor, y mi tormento,  
Tanto estorbo les es la vida mia,  
Nada me podrá ser impedimento  
Que no muera vengando mi alegría,  
Y consuelo es al fin de desdichados,  
A no poder ya mas morir vengados.

Y vos, valiente y nuevo caballero,  
Si á vuestros piés quedare sin la vida,  
Cuando sepais la causa porque muero,

La juzgareis por bien ó mal perdida ;  
Que por lo que padezcó, y lo que quiero,  
Tengo por esperiencia conocida,  
Que en materia de gusto, y pretendello,  
Estorba al alcanzallo el merecello.»

Dijo, y cual bravo toro, que admitido  
Ve en su lugar quien le ha desafiado,  
En rabia ardiendo, en zelos encendido,  
Corra la frente, el pecho levantado,  
Escarvando la tierra al fresco ejido,  
A un golpe piensa de quedar vengado,  
Y la contienda y zelos acabada,  
Libre y señor de su vaquilla amada ;

Bien así el rey de Persia en rabia ardia,  
Y á la incierta venganza se aprestaba,  
Con los medrosos zelos no podia  
La cólera enfrenar que ardiendo estaba :  
El yelmo de oro, que á la noche fria  
Un nuevo sol de pedrería formaba,  
Se enlazó, y la ancha plaza del navío  
Palenque dió al dudoso desafío.

Era en forzosos franceses el persiano  
En golpes diestro, en ánimo orgulloso,  
En gusto y paz discreto y cortesano,  
En guerra y armas fiero y peligroso :  
Ahora con su ardiente amor lozano  
En nada halla á su quietud reposo,  
Ni al novel tierno en su español denueado  
Un mundo de contrarios pondrá miedo.

Los brazos altos, y altas las espadas,  
De un bético furor dejan llevarse,  
Y las valientes fuerzas abreviadas  
De un golpe quieren por igual vengarse,  
Que es flaqueza en defensas escusadas  
Buscando tiempos sin sazón cansarse,  
Y no abreviar pudiendo la victoria  
Hacer el pecho indigno de su gloria.

Crece el furor, y ponen sus espadas  
Lumbres al aire, y á la mar plumeros,  
Y al cortar cercos de oro en las celadas,  
Las rodillas por tierra sus guerreros ;  
Cuyas robustas fuerzas alentadas  
Así se aumentan con los golpes fieros  
Que en cada cual parece que revive  
Nueva fuerza y vigor del que recibe.

La altiva causa de la lid sangrienta  
Suspensa mira el riguroso estrago,  
De cuyos golpes la áspera tormenta  
La mar pretende hacer de sangre un lago :  
Y ni del todo triste ni contenta  
Tiene cualquier favor por aciago,  
Que de su ocasionada hermosura  
Ninguna guarda juzga por segura.

Teme que venza el rey, y no querría  
Ver salir su contrario victorioso :  
Desea, cuando Bernardo le heria,  
Ser escudo del golpe peligroso ;  
Y si en el persa siente mejoría,  
Eso también la saeta de reposo,  
Que entre antojos contrarios puesta en duda,  
A cualquier viento, al fin mujer, se muda.

Ni se hallaban los dos menos revueltos  
En golpes vivos, y en las lenguas mudos,  
Cual dos leones de Numidia sueltos,  
De rabia llenos, y piedad desnudos :  
En roja sangre sus arneses vueltos,  
Y en mal formados cuartos los escudos,  
Y la indómita saña tan entera,  
Que ella parece acero, y ellos cera.

A la argentada luz de Cintia bella  
Son en el diestro herir retrato vivo,  
Uno del orion armada estrella,  
Otro del rojo serpentario esquivo :  
De la vara fatal del dios que en ella  
Trae dos dragones de oro fugitivo,

Que en contino anhelar los pechos llenos  
De ira derraman sin cesar venenos.

Dos largas horas la victoria en duda  
Suspensa tuvo la neutral batalla,  
Y á cada golpe la opinion se muda,  
Ya en este, ya en el otro de alcanzalla :  
Y sembrado el combés de la menuda  
Blanca hebilla y de enlazada malla,  
Entre la roja sangre que corria  
Un escarchado rosieler lingia.

Mas ya cansado el persa de reparos,  
De fieros golpes y de sangre lleno,  
Del roto escudo los gravados aros  
Del ciego aire arrojó al cristal sereno :  
Rompió al caer del mar los tumbos claros,  
Y desatando al suirimiento el freno,  
A dos manos tomó la firme espada,  
Que ha de dejar su cólera vengada.

Con ella, y con la furia que alcanzaba,  
Que á las parejas con su amor corria,  
Al español buscó, que le esperaba  
Debajo el medio escudo que tenia :  
Si lo halla esta vez, con ella acaba  
De sus rabiosos zelos la porfia,  
Que donde quiera que su golpe acierte,  
Si hallare vida meterá la muerte.

Mas el diestro novel que vió el mandoble  
Bajar cortando en dulce silbo el viento,  
Del presto cuerpo hurtó el aliento noble,  
Dando lugar á su furor violento ;  
Y él un pequeño rasgo al peto doble  
Abrió del hombro á la escarcela á fiento,  
Tal que entre su grabado y pedrería  
La eclíptica del cielo parecia.

Y él al volver en sí del golpe fiero,  
Con tal violencia le arrió una punta,  
Que no bastando del templado acero  
Contra su fuerza la defensa junta,  
Por un costado entró, donde ligero  
Un nuevo rio de roja sangre apunta,  
Y ayudando otra, y de un revés el vuelo,  
El grave rey de Persia vino al suelo.

Mas no tan presto al jugador valiente  
El hueco globo salta á la ancha mano  
Desde la firme losa, que en ardiente  
Vuelo le escupe por el aire vano,  
Como el persa feroz la altiva frente  
Del suelo que hirió levantó ufano,  
Y en no vencido aliento, con voltario  
Luchar se anuda y ciñe á su contrario.

Las firmes garras codicioso emplea  
En anudar al gran pilar de España,  
Que con igual codicia le rodea,  
Y el cuerpo, hombros y piernas le maraña :  
Nuevo, aunque humilde modo de pelea,  
Donde las fuerzas prueban, y la maña,  
Entre un estrecho revolver de brazos,  
A hacer las honras ó el honor pedazos.

De las heridas las sangrientas fuentes  
Al mar tributan con calientes rios,  
Y su falta en los firmes combatientes  
Las fuerzas mengua, pero no los brios :  
Dance en abrazo cruel nudos valientes,  
De sangre propia llenos y vacíos,  
Y aquí y allí en teson revuelto y varios  
El menos brioso lleva á su contrario.

Del bizarro español tengo recelo,  
Que es arrogante y bravo su enemigo,  
Y aunque le ha hecho desgraciado el cielo,  
Nadie le ha hecho injuria sin castigo :  
Si falto de virtud no viene al suelo,  
También de esta verdad será el testigo,  
Que ya feroz dos veces ha intentado  
A esconderle una daga en el costado.

Mas el leonés brioso, á quien agrada



Ver su alegre victoria antes del día,  
Libre de sí le sacudió, y la espada  
A buscarle tras él furiosa envía:  
Y hedha dos la riquísima celada,  
Dió fin el ciego amante en su porfía,  
La de su ingrata dama antes cumplida,  
Que ella de su crueldad arrepentida.

Triste y sin gusto el castellano pecho  
En la caída quedó del rey Persiano,  
Temiendo haber su indigna muerte hecho  
Cruel principio al de su heroica mano:  
Y él en su sangre y su furor deshecho,  
Si á todos dió dolor, no al inhumano  
Corazon de su dama, que quisiera,  
Que porque mas penara no muriera.

La feroz gente del vencido amante,  
Que su rey vió en tan triste estado puesto,  
A vengarlo ó morir salió arrogante,  
Con armas dobles, y con paso presto:  
Cercan al vencedor, que en brio bastante  
A toda aquella injusta furia opuesto,  
Ningun golpe recibe, que el mas fuerte  
Su herida no le pague con la muerte.

Cual leon de Libia, ó jabali cerdoso,  
De mastines sin dueño rodeado,  
Que entra, acomete, y sale victorioso  
Del tímido escuadron desordenado,  
Y á uno, á dos, y á tres deja brioso  
De sus blancos colmillos ostigado,  
Y el mas lozano, y de mayor guedeja,  
Que antes mas le seguía, mas se aleja:

Tal del leon montañés en sangre envuelto  
Las nuevas garras dan espanto y grima  
Al pueblo infiel, que en paso desenvuelto  
Medroso huye su espantosa esgrima:  
Y él, libre ya del vulgo inútil, vuelto  
Al desangrado rey, que aun vive, anima  
A volver del desmayo, y dar aliento,  
Si ha quedado por donde, al pensamiento.

Como el que en tristes sueños se hundia  
Al ciego buche de una siorpe brava,  
Si entre sus negras garras le halla el día  
Despierto ve lo mismo que soñaba;  
Tal el persiano amante en sí volvía,  
Y tal en sangre envuelto contemplaba  
La obscura imágen de la muerte fiera,  
A cuyo autor habló desta manera:

«Justa venganza de mi injusta vida,  
Para esto de los dioses enviado,  
Déjala ya de un golpe concluida,  
Abrevia tu victoria y mi cuidado,  
Que es cruel compasion, piedad fingida,  
Dejar con vida un cuerpo desdichado,  
Y el que mas de oro á su placer se viste,  
Es á una alma sin él sepulcro triste.

Ya he visto por mi mal lo que amor puede  
En un pecho á quien falta la ventura,  
Cuanto á un breve placer la pena escude,  
Y el mas fundado bien: cuan poco dura:  
Si esto así al mas dichoso le sucede,  
Dame de un golpe suerte mas segura,  
Que es dar la vida á quien la muerte agrada  
Género de crueldad disimulada.

Mas si este bien con los demás me veda  
La estrella que á este paso me ha traído,  
Este ahora á lo menos me conceda  
Por premio á lo que en daño la he seguido:  
Que esta tasada vida que me queda  
Se pierda donde el resto se ha perdido  
A los piés de una ingrata, con que vea  
Cada uno de los dos lo que desea.

Ella mi alegre muerte, y yo su amada  
Cara, en verme morir grata y contenta,  
Veré tambien si estar desenojada  
Su hermosura y gracias acrecienta:»

Dijo, y la real cabeza reclinada,  
Que Bernardo en sus brazos le sustenta,  
En diversos remedios que le aplica,  
Así el de la esperanza fortifica:

«No se ahogue en tu mal la confianza,  
Que los tiempos trocar podrán su suerte,  
De los vivos es propia la esperanza,  
Que llega hasta las puertas de la muerte:  
Vive, que si fortuna y su mudanza  
Han podido á tal término traerte,  
El pardo cielo de celages lleno,  
De turbio suele amanecer sereno.»

Así le anima, si en tan triste estado  
Palabras son materia de consuelo;  
Y habiéndole la sangre restañado,  
Curar le hace, y levantar del suelo,  
Y de la bella dama al rico estrado  
Llevarlo, como á trono de su cielo:  
Mas ella le dejó, y se salió fuera,  
Que es darle vida el esperar que muera.

Quedó el persiano viendo la aspereza  
Ni de nuevo sentido ni admirado,  
Que habia ya hecho en él naturaleza  
Ser con desdenes y rigor tratado:  
Bernardo la crueldad con la belleza  
Amasada juzgó con un mismo grado,  
Sobre el tirano pecho que en el mundo  
Ni en desden tuvo ni en beidad segundo.

Iban pasando entre el silencio mudo  
La oscura noche, y sus calladas horas,  
El aire negro de color desnudo,  
Lloviendo en sueños sombras burladoras,  
Que en dulce lazo, y encantado nudo,  
Las penas atan en su herir traidoras,  
Y el sosegado mar riendo en calma  
De la tormenta en que se anega el alma.

Cuando el cielo en sus ejes trastornando  
La húmeda noche con sonoro estruendo,  
Las circunstantes sombras fue aclarando  
De una fogosa nube el bullo horrendo:  
En sesgo vuelo por el aire blando,  
Con prestas alas de oro descendiendo  
Sobre el suspenso mundo, á quien traía  
Antes del alba el no esperado día.

Y ella en ardientes cercos repartida,  
Al ronco son de un espantoso trueno,  
La luz dejó de que venia tejida  
El aire de dorados rayos lleno;  
Y una nueva dejidad de luz vestida  
Feroz salió de su abrasado seno  
Con tanta magestad, que en el navío  
Al pecho mas brioso quitó el brio.

Un carro ardiente de metal sonoro,  
Cuyo pesado yugo en sus prisiones  
Hace humillar con las coyundas de oro  
La enroscada cerviz de dos dragones,  
Volar se vió, y ardiendo entre el tesoro  
De sus gravadas ruedas y floronés  
Un tierno corazon, y allí esculpido  
De fuego azul «Venganza de Cupido.»

Al tiempo que estas sombras temerosas,  
Nocturnos monstruos de celages hechos,  
Las fuerzas refrenaron mas briosas  
Con luz melrosa á los presentes pechos,  
La grita comenzó y voces llorosas  
De Angélica, que en lazos de oro estrechos  
Por superior violencia el bullo preso,  
Al grave carro dió liviano peso.

Y luego que huyendo en sombra vana  
Las fantasmas volaron por el viento,  
Y el rojo oriente y lúcida mañana  
De luz al mundo dió dorado aliento,  
Todos por justa dan de la inhumana  
Reina la grave pena y el tormento,  
Y bien que el cielo así lo ordene y mande

Porque á ingratos ningun castigo es grande.

Mágicos cercos de la Hada Alcina,  
Al encantado carro dieron vuelo,  
Y allí apremiado de la ingrata china  
En silla ardiente el corazon de yelo:  
O sea al persiano rey dar medicina,  
O de la Hada cuidadosos celo  
De su leonés, y el riesgo que corria  
En la angélica dulce compañía.

Que era en trato y beldad tan poderosa,  
Y así eficaz en un sabroso engaño,  
Que nadie la vió afable, ó desdenosa,  
Que libre se escapase de su daño:  
Después diré de la carroza hermosa  
Y su celestial robo el curso extraño,  
Que es largo aquí tan dilatado cuento,  
Y corto á ingratitud cualquier tormento.

El persa rey, á quien la Hada en vano  
Para sanarlo le quitó la vida,  
Quedó cual sin sus flores el verano,  
La esperanza también en flor perdida:  
Sin alma, que en el carro soberano  
A la belleza fue del robo asida,  
Y él en el ciego caso no pensado,  
Cual con hora menguada hombre atajado.

Las manos con mortal dolor torcia,  
Y al riguroso cielo levantadas,  
«Si allá algun dios, con lágrimas decía,  
La cuenta toca de almas desdichadas,  
De las injustas penas de la mia,  
¿Cómo, estrellas, volais tan descuidadas!  
Y tú, muerte, que el gusto en hiel convertes,  
¿Cuando con una acabarás mil muertes!

Ligero tiempo, que cual libre flecha  
Del mundo haces correr el curso blando,  
Veloces dias de medida estrecha,

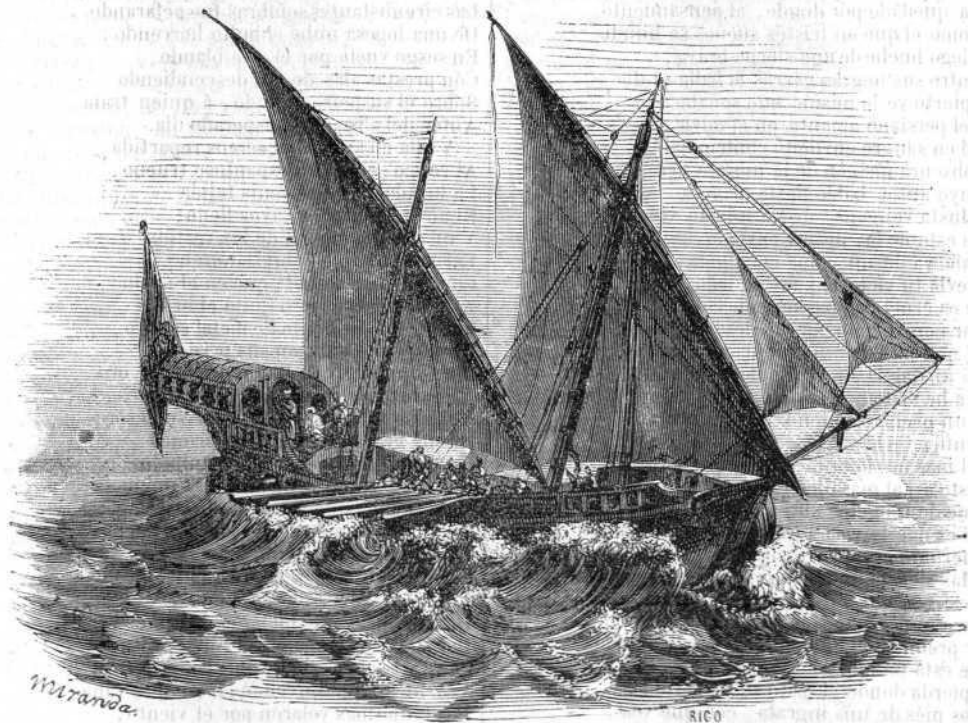
Ruedas que el bien y el mal vais devanando;  
Y tú, mi gloria, que á su córte hecha  
Por el aire deshecha vas volando,  
¿Cuando dareis la vuelta á mis enojos,  
Y volverán á ver su luz mis ojos?  
Mas ya que el ofendido cielo ha sido  
Quien en venganza de mi loco intento  
La robada beldad habrá traído  
La vez segunda al triste altar sangriento,  
Y de la infeliz Creta el encendido  
Fuego abrasa á vueltas mi contento,  
Dando al cuchillo sin poder varella  
El blanco cuello de mi imagen bella;

Si á peso del dolor se da el contento,  
Si al peso de los bienes dan los males,  
Si á breve bien pequeño sentimiento,  
Si á pérdida mayor penas iguales;  
Conózcase por esto mi tormento,  
Que soy quien perdió bienes celestiales,  
Y granjeó por un regalo tierno  
De vida celestial muerte de infierno.»

Dijo, y en la esperiencia de su daño  
Concluyó que era falto de ventura,  
Basa en que estriba el laberinto extraño  
Del intricado error de su locura:

Mas del amor el deleitoso engaño  
Con nuevas esperanzas le asegura,  
Que aunque dudosa y larga medicina,  
Las postas son en que el deseo camina,

Y el gallardo español con el recelo  
De que tan noble Rey sin culpa muera,  
Así le dice, y da por mas consuelo  
De su venida relacion entera:  
«Si por la cuenta y cómputos del cielo  
La nuestra viene á ser mas verdadera,  
No hay porque un golpe tanto te lastime,



Ni adverso azar que un alma desanime.  
De tus gustos no temas, que si el viento  
No con fantasmas me engañó aparentes;  
Y en sueño vano, y loco fingimiento,

El tiempo á conocer me dió á tus gentes:  
Del grave riesgo de ese altar sangriento,  
Y el cuchillo que así en el alma sientes,  
Libre tu dama la conserva el cielo,

O en tronos de oro allá, ó acá en el suelo.

La noche ya en el denegrido Oriente  
Sus cortinas de luto desdoblaba,  
Y el torpe nudo á la cansada gente  
Los lazos del cuidado desataba;  
Y en ocio los sentidos blandamente  
Con dulce delirar encadenaba.  
Cuando mi cuerpo sobre un verde prado  
En su nudo tambien quedó ligado.

Y no tan presto por la sombra vana  
El alma á su quietud voló sabrosa,  
Cuando la bella imagen soberana  
Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;  
Y en grave presunción, y en pompa ufana,  
Mas que en el tierno Oriente el alba hermosa,  
A mi se vino, y con semblante amigo,  
«Ven á librar mi honor de su enemigo.»

Dijo, y dando la vuelta con sereno  
Rostro, vestida de una luz rosada,  
De olor dejó divino el aire lleno,  
Y el resplandor mi vista deslumbrada:  
Y ella subida al estrellado seno,  
De una vislumbre celestial bañada,  
Mi atenta vista, tras su presto vuelo,  
Aquella estrella mas contó en el cielo.

Estas armas despierto vi á mi lado,  
Y el pequeño batel en que venia,  
Donde sin ver por quien me hallé embarcado,  
Tras el deseo de ver lo que antes via;  
Y el barco por sí mismo gobernado  
Aun que iba volando parecia,  
Hasta el bordo real deste navio,  
Donde en entrando en él vi hundirse el mio.

Pues si del mundo el superior gobierno  
Aquí me trajo en tan sabroso engaño,  
Y á librar de tu fuerza el bulto tierno  
El fin guió de mi viaje extraño,  
La oculta traza del saber eterno,  
Ni por el suyo fue ni por tu daño,  
Que para haberle de quitar la vida,  
Superflua hubiera sido mi venida.»

Dijo, y por el Oriente el alba helada  
Falta salía de luz y de alegría,  
La mar aunque sin viento alborotada  
Con sordas olas el galeon batía  
En huecos tumbos de cristal preñada;  
Y cuando á veces sin pensar venia  
Un tardo viento que en las velas daba,  
Mayor tristeza y soledad causaba.

El deseado sol turbio encogido  
A sembrar comenzó lumbré al Oriente,  
Entre negros celages escondido  
De su ancho rostro de oro el rayo ardiente:  
Y el ronco son de un áspero gemido  
Suena en la nao, y su afligida gente,  
Que donde al gusto huye la alegría,  
Así amanece el sol, y nace el día.

#### ALEGORIA.

En la prision de Malgesí se muestran los grandes daños que se siguen de perder una ocasion; y el quedar colgado de un árbol al tormento de los espíritus, el recordamiento que queda de haber perdido por descuido la acasion, y las varias congojas que al hombre contemplativo siguen en la vida activa fuera de su quietud.

Los demonios, que tratan de destruir á España, muestran la insaciable sed que tienen de nuestra perdicion, y con que gusto y facilidad la harían, si el freno de la potencia divina no los detuviese, significada por el Angel Custodio de España, que descubre cuan cortas fuerzas son las del infierno para ofender á los que el cielo tiene por amigos.

En Bernardo, que guiado de un cometa se entra en un barquillo encantado, que le lleva donde Orimandro le arma caballero, se muestra que al varon obediente, que sin reparar en inconvenientes, de veras se pone á

seguir las inspiraciones del cielo, él tiene cuidado de sacarle victorioso y honrado de las mismas ocasiones en que le pone.

Por Orimandro, que sale vencido y lastimado en la honra y el cuerpo, se ve como el vicio todo lo lastima y afea. Y Angélica robada en un carro de fuego, es el pensamiento amoroso de un amante, que volando navega sin saber adonde, y jamás tiene hora de reposo.

### LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO. Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orimandro y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nunilo y Alodia, libra tambien á Anehall, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuétrase con Yucel, tio de Galiana, y por relacion se enamora della, y al margen de una fuente ve en sueños su hermosura, y la de sus famosos palacios. Pintase al fin del libro el consejo de guerra del rey Casto.

En tanto el francés campo de Girona,  
Rendida la ciudad, salía marchando  
Por las ásperas sierras de Narbona  
A gozar de Gascuña el aire blando:  
Y ya el real asentado en Carcasona,  
Por su deleite el valeroso Orlando  
A correr las fronteras de la tierra  
En voz salió y en hábito de guerra.

Con él el duque Maimo de Pavia  
Don Silverio de Fox, Dardin Dardaña,  
Sansón, duque y marqués de Picardia,  
Alberto, rey pretense de Sansueña,  
Con otra ilustre y grave compañía,  
La honra del campo y flor de su reseña,  
Que al castillo caminan no distante,  
Que un tiempo por Rugero labró Atlante.

Era vulgar rumor que entre las breñas  
Del hinchado Pomier suben en vuelo  
Del roto muro las gastadas señas  
A dar escalas con su frente al cielo,  
Donde del Mago anciano no pequeñas  
Grandezas goza el enriscado suelo,  
Y á ver las de su ejército triunfante  
En tropa alegre va el señor de Anglante.

En placenteras fábulas sabrosas  
De sucesos de campo y montería,  
Olvidados de aquellas peligrosas  
Vueltas que al mejor tiempo el tiempo envía:  
Al dar fin á las cumbres deleitosas,  
Con que un monte de flores se vestía,  
Dos muertos hombres, y otros seis huyendo,  
Del viaje suspendieron el estruendo.

Otro que tras los pasos perezosos  
Y huellas de un cargado dromedario,  
Por entre árboles va en pasos medrosos,  
Con sus regates revoltoso y vario;  
Viendo de los franceses belicosos  
El escuadron á su intencion contrario,  
Con astucia sagaz, y maña aguda,  
A pedirles llegó fingida ayuda.

Es desta ocasion bella el nuevo caso  
Florido ramo de mi heroica historia,  
Por grave azar, que el amagado paso  
Suspender pudo de su gran victoria.  
Diez lunas volvió á Francia el campo escaso  
De gente esta ocasion, esta su gloria  
A España suspendió, por tantos meses  
Su venida alargaron los franceses.

Tantos la rica sala del tesoro  
Detenidos los dió cercos dorados,  
Y entre la sed, y la virtud del oro,  
En dulce suspension embelesados:  
La ardiente hambre del metal sonoro,  
Con su vislumbre mágica trocados  
Los dió en mudas estatuas, hasta tanto

Que un muerto bulto destruyó su encanto.

Y hasta ver libres los cautivos pechos  
De la avarienta sala, el campo junto,  
La famosa jornada, y sus pertrechos,  
Por un zodiaco entero hicieron punto:  
La culpa causó de tan altos hechos,  
Delgada raíz deste ahora nuevo asunto  
De aquí se ocasionó, esta humilde fuente  
Largo curso añadió al de su corriente.

Garilo, ya que el infeliz suceso  
De la obscura traición del bosque opaco,  
Contra su lealtad dió largo proceso,  
Y culpas al descuido de Filarco,  
El rey ya libre, y el contrario preso,  
Por el río Ezla se salvó en un barco,  
A pesar de quien quiso en aquel caso  
Por vengar su traición tomarle el paso:

Salvóse al fin, y á guarecer la vida  
En sus trazas juzgó por mas seguro  
Hacer á Mahamut de su huida  
Forzosa causa, y de su amparo el muro:  
Contando el que á su gente mal regida  
Del río Parque dió en el cerco obscuro,  
Pero nueva tan triste no podía  
Ser con ningún afeite de alegría.

Recibió el moro con semblante acedo  
La mala relacion, y al que fue á dalla,  
Que el traidor siempre enfada, y siempre el miedo  
Da al falso corazon triste batalla:  
Quedó atajado, mas con nuevo enredo  
Dorar quiso la culpa, ó remendalla,  
Y hacer de nuevo con su antiguo oficio  
Si puede á su ofendido rey propicio.

Descubrió en los del bando sarracino  
Animos llenos de encubierta saña,  
Que siempre entre traidores el mas fino  
Amor nace sembrado de zizaña:  
Creyó por ese paso abrir camino  
A una nueva traición, cuya maraña  
Al andaluz dejase sin la vida,  
Y á él su leal opinion restituida.

Comenzó alevé el infeliz contrato,  
Metiendo incauta prenda en el que urdía.  
Mas faltó discreción, faltó el recato  
Que el grave caso y su ocasion pedía:  
Y descubierto el encubierto trato,  
Garilo huyó, huyó su compañía,  
Pagando todos la traición urdida,  
O con culpable ausencia, ó con la vida.

El falso entablador del traidor juego,  
Con los que guarecer del riesgo pudo,  
De la noche huyó por lo mas ciego.  
Al dulce amparo del silencio mudo:  
Llegan á Ribadeo, y pasan luego  
En hombros de cristal su cerro agudo,  
Y en su pequeño golfo al franco suelo  
Remos y velas dan entre agua y cielo.

A vista de Bayona, y su ancha playa,  
Libres pasaron sin tocar en ella,  
Y de Belne la costa, y corva raya,  
Que con sus espumosas olas mella:  
El Curiano monte, que atalaya  
Del frío Garona la ribera bella,  
Pasando á Bordeaux con agua viva,  
Y hasta cerca de Argen el río arriba.

De allí hacia Lenguedoc la tierra adentro  
La quietud saltaron del camino,  
Hasta un antiguo bosque, que al encuentro  
De Pomier y Tarascon les vino:  
En cuyo verde y escondido centro  
Las ruinas hay de un muro peregrino,  
Que un tiempo fue ya célebre morada,  
Jardin de un rey, y casa de una Hada.

Después que en Salabres la hada Morgana  
Al rey Artus su hermano vió perdido,

Y el destrozado campo en la inhumana  
Victoria entre un sangriento río ceñido,  
Por el hondo Garona en pompa ufana  
Aquí al vencido rey trajo escondido,  
Donde al mundo quedase con su ayuda  
La fama de su vida y muerte en duda.

Allí encantado, ó sin encanto muerto,  
Si vive, ó sino vive, está encantado,  
Sin que la causa de quedar desierto  
El castillo hasta ahora se haya hallado:  
Si ya del desamparo no es lo cierto  
De la Hada rica el natural enfado  
Contra Orlando, por quien del suelo franco  
Su real jardin mudó al del lago blanco.

Y porque al viento el arrugado muro  
Con sombras tiene de apariencias vanas,  
Del bosque horrible, y del castillo oscuro,  
Las gentes todas huyen comarcanas:  
Aquí Garilo y su escuadron seguro  
De asombros se amparó, y por las cercanías  
Alleas y caminos plata y cobre  
Al rico quita, y la esclavina al pobre.

No lejos de aquel bosque hay un castillo,  
Guardia de otras gentes de su trato,  
Que al catalan hicieron su caudillo,  
Y á riesgo y á ganancia fiel contrato:  
De estos eran los seis que entre el tomillo  
Y árboles de Pomier sacó el rebato,  
Huyendo por sus ásperos confines  
De los ya descubiertos paladines.

Y el que tras el cargado dromedario  
Con revoltosas vueltas discurría  
El astuto Garilo, del voltario  
Escuadron falsa y cautelosa guía:  
Que por aquel desierto solitario,  
En cuidadosa y encubierta espía  
Los dos muertos siguió, y en la ancha senda  
Vidas á un tiempo les quitó y hacienda.

Huyeron los demás, y él con sosiego  
Intrépido al francés escuadron vino,  
A quien de deslumbrado volvió ciego  
De su astucia un engaño repentino:  
Con humilde pidiendo y sagaz ruego  
En el riesgo le amporen del camino,  
De aquella escuadra, cuyo brazo fuerte  
Por robar sus amigos les dió muerte.

Creyeron todos que el valiente pecho  
Del feliz español se había librado  
A propias fuerzas del dudoso estrecho  
Con que de los que huyeron fue asaltado;  
Y que el verlos venir dejó deshecho  
El peligroso asalto comenzado,  
Temiendo los franceses valedores  
Los seis mal concertados saltadores.

Y él no contento del sutil engaño  
Con que el riesgo salvó de su delito,  
Y á cuenta puso del ageno daño  
Del castigo á su culpa ancho distrito,  
Un nuevo enredo de artificio extraño  
Así por los presentes dejó escrito,  
En dulce delirar, que al mas agudo  
Deslumbrar su encubierto estilo pudo.

Ni tiene lo hecho por bastante hazaña,  
Si á todos no los roba y desbalija,  
Y aquel fiero escuadron contrario á España  
De armas su astucia y de altivez no alija:  
Y así después que en cautelosa maña  
Licencia para hablar pidió prolija,  
Desta suerte empezó, y con este enredo  
El gusto les ganó, y les perdió el miedo.  
«Ya que el rigor de la enemiga estrella,  
Que tras sí lleva el curso de mi vida,  
Y haciendo de desgracias prueba en ella,  
La trae de un riesgo en otro divertida,  
Si á pesar suyo el tiempo quiere hacella

A sus mortales golpes no vencida,  
Y á la esperanza aun en tan largos casos  
Lugar le queda donde dar mas pasos;  
No es justo que reserve prueba alguna,  
Ni humana diligencia que no intente,  
Si punto no hay de tan menguante luna  
Que algun día no halle su creciente:  
Sabré cual puede ser en la fortuna  
De los suyos el don mas escelente,  
O si es acaso de imposibles hecha,  
Como el rigor desta cadena estrecha.  
Del rey Hércules libio, que en España  
De tres cuerpos sacó un tirano aliento,  
Y de tres cuellos la cabeza estraña  
Al rojo suelo dió un golpe sangriento,  
Mi linaje descendiendo... Asi en maraña  
Fingida entrada abrió á un prolijo cuento  
El sutil catalan; pero yo al brio  
Del bravo Ferraguto vuelvo el mio.  
A toda rienda por un verde llano  
De un caballero dije que huía  
Un bulto en la belleza soberano,  
Y en rostro un rayo del pintor del día:  
Cuando á su amparo levantó la mano  
El bravo aragonés, y al que venía  
Ya ejecutando el golpe, el suyo al vuelo  
Le echó arrogancia y vida por el suelo.  
Volvíó la dama y viendo sin cabeza  
El furor que la suya amenazaba,  
Del suceso admirada y la hraveza,  
Que muerta aun no menor espanto daba,  
«Oh invicto brazo! dijo, ¡oh fortaleza  
Heróica! el cielo guarde alma tan brava  
Contra injuntos agravios, en quien fio  
Ver por tal mano reparado el mio.  
¡Socorre, ó ilustre resplandor de Marte,  
En un dudoso trance mi alegría,  
Antes que sean mis desdichas parte  
A dar la muerte al que es la vida mia!  
No lejos deste bosque, por la parte  
Que este florido monte se desvía  
A darle paso á un rio que yo pienso,  
Que á Ebro corre á pagar tributo y censo,  
Una soberbia puente ambos costados  
Con dos torres altísimas le cierra,  
Y estas llenas de bárbaros soldados  
El comercio han quitado de la tierra:  
Aquí á los que de paz van desconfiados  
Prenden sin fe, y á los que van de guerra  
Con ardidés la hacen tan villanos,  
Que ninguno se escapa de sus manos.  
Allí el bien, que me deja aquí perdida,  
Preso, ó sin alma está, que es lo mas cierto;  
Acude pues, señor, á dar la vida,  
O sepultura honrada á un hombre muerto:  
De paso te diré de mi venida,  
Y de mis desventuras lo encubierto,  
Quién soy, con quién y adonde hacia jornada,  
Que quien como yo está no encubre nada.»  
Dijo, y el moro hacía la parte guía  
Que antes salió huyendo la doncella;  
Quién fuese preguntando, y por qué huía  
Y el feroz caballero iba tras ella,  
Cómo con tal denuedo la seguía,  
Si era para matalla, ó por prendella;  
A quien la dama en desmayado aliento  
Así empezó de su tragedia el cuento.  
«Del valiente Dedran, que un tiempo quiso  
Ser absoluto emperador de España,  
Y lo fuera si á su ánimo y aviso  
No se mostrara la fortuna estraña  
Nieta soy, y heredera del preciso  
Hado que á él engañó, y á mí me engaña,  
A pesar que del tiempo el movimiento  
A una alma puede dar bienes de asiento.

Hija de Doriscan, y una cristiana  
Noble, de los tributos de Galicia,  
En Córdoba nací, y con pompa vana  
Nágera me crió por su patricia;  
Donde en destierro honrado, y suerte ufana,  
Del rey Albucazar dió la avaricia  
A mi agraviado padre esa frontera,  
Donde él viviendo su grandeza muera.  
Aliatan dió despues el reino de Oca  
A Zumail, un ambicioso viejo,  
Que en hambre de oro, y en prudencia poca,  
Cuanto halla tomará, sino es consejo:  
Este embriagado de avaricia loca,  
En los montes prendió de Castrovejo  
Dos tiernas niñas, huérfanas, doncellas,  
Mas que el sol limpias, y que el alba bellas.  
La culpa era dejar su ley paterna  
Con que el rey su avaricia disfrazaba,  
Y el ciego ardor de la codicia interna  
Con que el infame corazon cebaba:  
Nunlo la mayor, y la mas tierna,  
La honesta y bella Alodia se llamaba,  
Cristianas, aunque ricas, y él tirano,  
De alma avarienta, y corazon villano.  
Vendia el rigor por celo de su seta,  
Y de impedir la Religion Cristiana,  
Aunque era en lo interior hambre indiscreta  
Del patrimonio de una y otra hermana;  
Y por hacer la causa mas secreta,  
Y la injusta prision menos liviana,  
Con impedir del dulce trato el uso  
En diferentes cárceles las puso.  
La niña Alodia, compania dichosa,  
Fue en depósito honesto de la mia,  
De las beldades dos la mas preciosa,  
Pecho inculpable, rostro de alegría:  
Era en prudencia y alma generosa,  
Y tan alable trato, que solia  
Dejarme con él llena el alma ufana  
De un ardiente afición de ser cristiana.  
Si tal vez la aceché por verla sola,  
En ferviente atención orar la via,  
Y que de alegre luz divina una ola  
De cuando en cuando el rostro le embestia;  
Y en soberanos lustres la arrebola  
El rosicler de gloria que salía  
De un Dios, que puesto en cruz traía consigo,  
Por inviolable esposo y dulce amigo.  
No es de mi edad juzgar cual sea mas justa,  
La ley cristiana, ó la del pueblo moro,  
Y en casos de opinion cualquiera gusta  
Vestir la suya de un hablar sonoro:  
Mas ahora sea justa, ó sea injusta,  
Yo en la árabe nací, y en esa adoro;  
Y aunque su Alcorán creo, y juro  
Que si Mahoma es Dios, es Dios oscuro.  
No hace milagros como habemos visto,  
Que en favor de su ley, y quien la sigue,  
El nombre hacen y la cruz de Cristo,  
Cuando en mas sangre el mundo los persigue:  
Ni hallo yo en la mia aquel bien quisto  
Modo de proceder que se consigue  
De la cristiana, cuando sus sujetos  
A sus reglas se ajustan y precetos.  
Hace hombres concertados y compuestos,  
Mansos, sufridos, blandos, conversables  
Llenos de fe y de amor, castos, modestos,  
Gratos, humanos, dóciles, afables,  
Del todo humildes, sin cautela, honestos,  
Medidos, comedidos, y así estables,  
Y puestos en razon, cuenta y justicia,  
Que no halla que tacharles la malicia.  
Nuestro Alcorán si como dicen vino  
Del cielo, escrito fue por otra mano,  
No es tan llano y tan claro su camino,

Ni tan fundado en el discurso humano :  
Tiene de cruel su parte, y de sanguino,  
Y no poco de bárbaro y tirano,  
Pues con la espada y con las armas quiere,  
Que aquel sea en él mejor que mas pudiere.»

Rióse el feroz moro á las razones  
Con que la dama su Alcorán condena,  
Que como hombre sin ley, ni cree opiniones,  
Ni que hay para unos gloria y otros pena:  
Tiene nuestros milagros por ficciones,  
Su secta ni por mala ni por buena,  
Solo por Dios á su ánimo invencible,  
Y por de burla á todo lo invisible.

No le replicó nada, ella siguiendo  
Por su camino y su discurso, dijo:  
«Presa la bella Alodia, un monstruo horrendo  
El avariento rey tenia por hijo,  
Con quien nació en el mundo, y fue creciendo  
Un arrogante espíritu prolijo,  
Que siempre, ó por la cara, ó las costumbres,  
Del padre saca el hijo las vislumbres.»

Este fue todo estampa de su padre,  
Fantástico, avariento, y disoluto,  
Sin que noble amistad le asiente y cuadre,  
Falso, libre, mordaz, doblado, astuto,  
De parto incierto, y fermentada madre,  
Y al fin de tales árboles tal fruto,  
Llamado Harpalí, ó sucia harpía  
Que todo lo manchaba y confundía.

Este de la honestísima doncella  
Alodia, y de su rostro soberano,  
Un torpe y necio amor concibió en vella,  
Con loca presuncion y ánimo insano:  
Creyó que era tan facil como bella,  
Y él por soberbio hijo de un tirano  
Bueno para querido, y fue simpleza,  
Que amor ni estriba en sangre ni en nobleza.

No dió por sus ofertas y servicios  
Escarnios ni desdenes la cristiana,  
Ni de oracion mudó ni de ejercicios,  
Ni se le mostró tierna ni tirana;  
Ni el ver los reyes á su amor propicios  
Altíva la hizo, ni volvió lozana;  
Ni triste el riesgo, y verse en casa ajena,  
Que nada en quien no hay culpa causa pena.

A los principios en su afable trato  
Todo Harpalí creyó que estaba hecho,  
Y que el ser rey le prometia barato  
Aquel como otros gustos habia hecho:  
Mas cuando llegó á ver con mas recato  
La entereza y valor del casto pecho  
De una tierna beldad, que en ser constante,  
No era niña y mujer, sino gigante,

Quedó asombrado, y al negarle el gusto,  
Con el desden creció la llaga fiera,  
Y viendo á mayor fuerza mas robusto,  
El pecho que antes parecia de cera,  
Nueva sentencia dió en el suyo injusto,  
Que ame por fuerza, ó que por fuerza muera:  
Mas buscar al amor por esa pinta,  
Es blanquear el ébano con tinta.

No está mas firme á los combates fieros  
Del cierzo helado la montaña de Oca,  
Cuando peñascos y árboles enteros  
Su soplo vuela, y su rigor apoca:  
Ni en sus cumbres y cerros altaneros  
Antigua encina, ó carcomida roca,  
Que así entera se libre, y se defienda  
De un torbellino, y su áspera contienda;

Como la casta niña á las blanduras  
Y amenazas del bárbaro enemigo,  
Sin que de hierro las prisiones duras,  
Ni del tierno regalo el trato amigo,  
Hiciese mella en las entrañas puras,  
Ni en ellas otro amor hallase abrigo,

Que el de su honestidad, y del precioso  
Retrato vivo de su muerto esposo.

Viendo el tirano Harpalí vencido  
Su pensamiento y trazas de una niña,  
Y que en deseos y ansias consumido,  
Ni un soplo de esperanza se le alía;  
Ya de amante en contrario convertido  
Robarla quiere, y que esto la constriña,  
Con gusto acedo, ó voluntad sabrosa,  
A serle, ó torpe amiga, ó dulce esposa.

Por un muro almenado que ceñía  
De un florido jardín el fértil suelo,  
Y parte de una cuadra en que dormía  
Yo con la hermosa Alodia sin recelo,  
A Harpalí le pareció se abría  
Paso á sus gustos, puertas á su cielo,  
Y que era fácil por allí la entrada,  
Para haberla á sus manos descuidada.

Ya el sacrilego amante, confiado  
De saquear el cielo, entretenía  
Su torpe gusto en ver del sol dorado  
El carro de oro en que camina el día;  
Y en aguardar su ausencia desvelado  
Las horas cuenta, y de la noche fría  
El ranto pide por agüero y luto  
De su fin triste, ó pensamiento bruto.

Llegó la noche obscura, aunque serena,  
De broches de oro y pedrería sembrada,  
Y al medio curso de tormentas llena,  
De agua, rayos, y truenos asombrada:  
Braman los vientos, la arboleda suena  
Con ruido mas que de aire alborotada,  
Creció la obscuridad, y el negro velo  
De la sombra escondió en su luto el cielo.

De ásperos vientos la baraja obscura  
Con sordos ecos de furor bramaba,  
Y del cercano monte la espesura  
Roncós gemidos por las peñas daba:  
Del frio polo sin luz la ciega altura  
En temerosos truenos resonaba,  
Que el cielo al parecer se defendía  
Del moro que robarlo pretendía.

Despertóme el rumor, corrí medrosa  
A ver mi amiga, y á valermé della:  
Halléla en oracion, la cuadra hermosa,  
Llena de luz, y un ángel bello en ella:  
Una luciente espada en la briosa  
Armada mano en son de defendella,  
Con un grabado peto en que el tesoro  
De ricas piedras daba precio al oro.

De argentados coturnos ambas plantas  
Ceñidas, y la suelta vestidura  
Al estrellado cielo en luces santas  
Vencía, y á la nieve en la blancura:  
Pomposas alas con vislumbres tantas,  
Que ante ellas la del sol quedára oscura,  
Diciéndole en acento soberano,  
«Ya, virgen, estás libre del tirano.»

Cerróme los sentidos el espanto,  
Indignos de gozar la luz del cielo,  
Con la presencia y el lenguaje santo  
Del ángel, de su espada, y de su vuelo:  
Quedéme desmayada hasta tanto  
Que el nuevo día despertó en el suelo,  
Y yo de mis temores y fatiga  
En el dulce regazo de mi amiga.

Alegre en verla de placer floraba,  
Que al ángel que antes vi se parecia,  
Y aunque en grave respeto la trataba,  
Amorosas caricias le decía:  
Ella que por ventura cierta estaba,  
Que aquel habia de ser el postrer día  
De gozarnos en tierno regocijo,  
Así mezclando lágrimas me dijo:

«Ya es tiempo, ó dulce Argina, de pedirte

Que cual reina me cumplas la promesa.  
De ser cristiana, y nunca arrepentirte.  
De profesar lo que mi ley profesa:  
Yo iré presto delante á prevenirte  
En el cielo corona de princesa,  
Que en premio del amor que me has tenido,  
Así me lo ha mi esposo concedido.

A grandes golpes de dolor se labra  
El cetro y la diadema para el cielo,  
No ha de ser solo, amiga, de palabra  
Eldarle á Dios lo que le debe el suelo:  
Sus puertas ese tierno pecho le abra,  
Porque la halle al alma su consuelo,  
Y sin hacer de otros contentos caso,  
Por todos hasta allá pase de paso.

Bien sé que los espantos de la muerte  
En varios riesgos te traerán metida,  
Que tal es siempre y fue la humana suerte  
Servir acibar al que á miel convida:

Y como si el morir fuese mas suerte  
Que el padecer viviendo en esta vida,  
Quiere en adversa ó próspera fortuna  
Mascar mil muertes mas que tragar una.

Tu serás desto ejemplo, amada Argina,  
Que gran discurso por pasar te queda,  
Mas todo en tí á dichoso fin camina,  
Y así el cielo lo ordena que suceda:  
Lo que ahora el amor que á tí me inclina  
Con mas ansia me pide, es que yo pueda  
Llevar de tí esta prenda y fe dichosa,  
Que has de ser de mi amado esposo esposa.

Y que pues nuestras almas ya son una,  
Es bien que tambien tengan solo un dueño,  
Un bautismo, una fe, una ley, y á una,  
Ambas á un Dios la demos en empeño:  
Que cuanto alumbra el sol y ve la luna,  
Sin este solo bien es sombra y sueño,  
Y yo en tenerte amor eterno y puro,



Eternos bienes para tí procuro.»  
Así mi amada Alodía me pedía  
La fe que así le di, y he mal cumplido,  
Cuando del pueblo que en furor se ardia  
En mi casa cundiendo fue el ruido:  
Llanto, alboroto, estruendo y vocería

En confuso éra y bárbaro gemido;  
Sóbresaltéme yo, y con regocijo  
Ella se sonrió, y llorando dijo:

«Aquí, oh querida Argina, la corona  
De un reino eterno ofrecen á tu hermana,  
Este confuso grito la pregona,

Vamos por ella en pompa soberana :  
Tendrás tuya en la córte una persona  
Que prive con el rey, y te haga ufana,  
Y en cuanto le pidieres por mil modos  
Bienes sin fin te los alcance todos.»

No entendí su razon, quedé atajada  
Viendo crecer el sonoro estruendo,  
Y que la casa en armas ocupada  
Se iba en ciego alboroto confundiendo :  
Cuando de la ocasion certificada,  
Pasmada me dejó el suceso horrendo,  
Estraño caso, puesto por testigo  
De un morral arrimado en su castigo.

De un morral arrimado al fuerte muro,  
Adorno y sombra del florido huerto  
Con que Harpalí bajar pensó seguro  
Al malogrado fin de su concierto;  
Colgado le dejó en el aire oscuro  
Un ángel á los ojos descubierta  
De los que iban con él, y el mas osado;  
Huyó despues que le lloró ahorcado.

Era la única prenda del tirano,  
Corta y frágil columna á su esperanza,  
Cayó por tierra, y su soberbia mano  
Al mundo asolar quiso en su venganza :  
Tuvo sospecha de Aliatan mi hermano,  
Que en contiendas de amor y de privanza  
Traian pasion por ciertas moras bellas,  
Que donde hay zelos todas son querellas.

Menos que esta ocasion fue necesaria,  
Con la desgracia del dolor presente,  
A la ciega arrogancia temeraria  
Del ofendido bárbaro insolente :  
Era en todo mi casa real contraria  
A la suya de humilde suelo y gente;  
Esto solo bastó, que un bien nacido  
Siempre es del que no es tal aborrecido.

Mi anciano padre al defender su casa  
Por el furor tiránico fue muerto,  
Y tras él vueltas en ceniza y brasa  
Sus altas torres y el lugar desierto :  
Mi hermano viendo la crueldad que pasa  
Por senda oculta se salvó encubierto;  
Yo quedé presa, Alodia sentenciada  
A ser por su limpieza degollada.

Trajeron á la cárcel á Nunilo,  
Y al verse y despedirse ambas hermanas,  
Gruesas perlas regaron hilo á hilo,  
De un celestial jardin rosas tempranas :  
La mayor con honesto y grave estilo,  
Dulce afecto y palabras cortesanas,  
Mientras el cruel verdugo se apercibe,  
Esto en el alma de su Alodia escribe :

«Ya la dichosa suerte concedida  
De aquel rey soberano por quien mueres  
A eterna palma y triunfo te convida,  
Reina serás si esta corona adquieres :  
Mira, tierno regalo de mi vida,  
Que soio hagas lo que hacer me vieres,  
Que aunque primero por tu ejemplo muera,  
No llegarás al premio la postrera.

¿Quién no conoce de la humana suerte,  
Que al fin por bien que de morir rehuya,  
Le ha de alcanzar del tiempo el golpe fuerte,  
Que los regates y el huir concluya?  
Si ningun vivo se libró de muerte,  
Loco es quien piensa rescatar la suya;  
Y mas si por la carga desabrida  
De un vivir breve pierde inmortal vida.»

Así dijo, y el rostro soberano  
Revestido de gloria parecia,  
Que ya desnudo de aquel lazo humano  
Nueva deidad y luz en él vivia :  
Las madejas del oro, que el liviano  
Aire en el cuello de marfil bullia,

Por la cabeza se enlazó gallarda,  
Y el fiero golpe del alfanje aguarda.

Llevó su filo á cercen la cabeza,  
Cayó el hermoso cuerpo destronado,  
Que su hermana compone y adereza  
Con rostro alegre y pecho reportado :  
Y con igual sosiego y entereza  
Que si fuera á un banquete regalado.  
Sin que la muerte ni su error la esquive,  
Para el segundo golpe se apercibe.

Habiasele á su hermana descubierta  
El blanco pié con la mortal congoja,  
No quedando compuestas ni en concierto  
Las limpias faldas por la sangre roja :  
La tierna niña, que hasta el cuerpo muerto  
Quiere guardar honesto, alegre aloja  
Una colonia azul, en que trenzaba  
El mas fino oro que el Hidaspeo lava.

Con ella recogió sus vestiduras  
Y á su compuesta honestidad previno,  
Sirviéndole las tiernas ligaduras  
De fuertes grillos á su amor divino ;  
Y con palabras que la piedras duras  
Blandas volvieran, el rostro cristalino  
Al cielo vuelto, mientras prevenia  
El tierno cuello al golpe, así decia :

«Alma dichosa, que del casto velo  
Ya libre y suelta del amor llevada  
En triunfal carro hasta el empireo cielo  
De victoriosas palmas vas cercada ;  
Suspende entre esos globos de oro el vuelo,  
O de mis tiernos años prenda amada,  
Que si un golpe te dió diverso mundo,  
Un cielo juntas nos dará el segundo,

Y el hierro que las dos dividir pudo,  
Podrá con mejor título juntarnos  
Cortando el mortal hilo, mas no el nudo  
Con que el divino amor supo enlazarnos :  
Y á tí, precioso alfanje, cuyo agudo  
Corte en la terna para no apartarnos  
Juntas nos ha de dar diadema santa,  
Aqui humilde te espera mi garganta.»

Dijo, y al punto de rodillas puesta  
Sobre el difunto cuerpo de su hermana,  
Que allí sirvió de altar, y ahora compuesta  
Al sacrificio y victima temprana,  
El filo agudo de la espada presta  
Segó el cuello, y el alma soberana  
En un resplandeciente y claro vuelo  
A vista de mil ojos subió al cielo.

Quedaron en la tierra desangrados  
Los cuerpos, de un precioso olor divino  
Y nueva luz de gloria acompañados,  
Que de la suya descubrió el camino :  
De corruptible daño preservados,  
A pesar del tirano desatino,  
Que por mil modos ya pretendió en vano  
El honor usurparles soberano.

Mas mientras con malicia infiel pretende  
Destruirles su opinion, manchar su fama,  
Con mayor gloria y resplandor se estiendo  
La misma luz que su crueldad infama :  
Y en la cristiana devocion se enciende  
Mayor aliento y fervorosa llama,  
Que siempre la verdad tiene su fuerza,  
Por mas que envidia con pasion la tuerza.

Yo en la cárcel quedé esperando el dia  
En que otro golpe hiciese en mí el tirano,  
Mas faltóle esta culpa por la mia,  
Que fuera tras de aquel el mio liviano :  
Un moro cordobés al rey servia,  
Mancebo ilustre, de Daraja hermano,  
Esposa de Harpalí, y sobrina mia,  
Aunque él deudo ninguno no tenia.

Este con nombre y pretension de esposo



En noble trato y voz me regalaba,  
Y yo por su valor y ánimo honroso  
De amor honesto y sin doblez le amaba:  
Este sintió que el pecho riguroso  
Algo del rey tirano se ablandaba,  
Que el tiempo con mudanzas y ocasiones  
Los toros doma, y vence los leones.

Dió en escuchar mi causa con blandura,  
Y de la cárcel me llevó á palacio,  
De un torpe amor ardiendo en llama oscura,  
De su imprudente pecho el gusto lácio:  
Ya en libertad me vi menos segura,  
Y mi muerte venir menos de espacio,  
Si mi amado Auchali no me acudiera,  
O el casto cuerpo ó su opinion muriera.

Mas viendo el riesgo y la prision remisa  
Trazó conmigo de sacarme della,  
Con firme pacto y condicion precisa  
De ser su esposa, y de seguir su huella:  
Acepté el partido, y con divisa  
Trocada, por huir mejor con ella,  
Por fuera de camino nos libramos,  
Hasta que á Soria y Agreda llegamos.

Seguíamos para Córdoba el camino  
Del amor de la patria acariciados,  
Mas de la tierra nueva el poco tino  
En varios riesgos nos dejó entrapados;  
Y al pasar este arroyo cristalino,  
De una escuadra de gente infiel cercados,  
Que á nuestro gran descuido de repente,  
El muro vomitó de una ancha puente.

Allí á mi dulce esposo entre el malvado  
Escuadron le ví dar mil golpes fieros,  
De allí escapé del brazo acelerado,  
Que ya vió en mi garganta sus aceros:  
¡Ay cielos, que allí en sangre está bañado!  
Antes que muera, ¡oh flor de caballeros!  
Acudí á socorrer el mas honesto  
Pecho, que el mundo en tal estrecho ha puesto.»

Así la hermosa Argina, el grave cuento  
Siguiendo de su vida, vió á su esposo  
Roto el escudo, el fino arnés sangriento,  
Y en el herir el brazo perezooso:  
Haciendo él brio de su honrado aliento,  
El término fatal mas presuroso  
Que el morir sin socorro era sin duda,  
Mas donde el cielo acude toda ayuda.

El tratar con los buenos puede tanto,  
Que al malo suele convertir en bueno,  
Y la conversacion de un pecho santo  
Sacar triaca de lo que es veneno:  
Neron con su crueldad nos pone espanto,  
Animo un César de clemencias lleno,  
Eneas piedad, maldad Sardanapalo,  
Que el bueno es bueno en todo, y malo el malo.

Las tiernas niñas que el empireo cielo  
Gloriosas pisan con doradas plantas,  
Y ya desnudas del humano velo  
De toison de oro ciñen las gargantas,  
Vuelto los ojos al ingrato suelo,  
De quien triunfaron con victorias santas,  
Viendo entre tantos riesgos y fatiga  
Por un vano temor su amada amiga;

Con santa intercesion hecha á su esposo  
De las cosas trocaron gusto y fuero,  
Que tras el apetito deleitoso  
Iban en riesgo á un gran despenadero:  
Esto la trajo al paso peligroso,  
Esto tambien le descubrió el guerrero,  
Que en favor de Auchali partió arrogante,  
Por dar favor al uno y otro amante.

El cordobés en peligrosa guerra,  
Y en gallardo ademán se combatia  
Con la vil tropa de la infausta tierra,  
Que junta sin por qué le acometia

Y el vivo aliento que su pecho encierra  
Así el honor herido le encendia,  
Que en la desigualdad que se hallaba  
En mas que defenderse trabajaba.

Bien que á faltar la venturosa suerte  
Del brazo heróico que á valerle vino,  
A hacerle compelió el pecho fuerte  
El término forzoso mas vecino,  
Y vencedor, la vencedora muerte  
A todos por igual dió un camino,  
Que el alentado ardor que en él se via,  
La honra mas no la vida guarecia.

De diez valientes moros asaltado,  
Los seis peleando, los demás sin vida,  
Roto el arnés, el cuerpo destrozado,  
La sangre y no la estimacion perdida:  
Llegó el aragonés, y el brazo alzado,  
«Afuera, dijo, gente mal nacida,  
Que los que intentan tales desafueros  
No son hijos de padres caballeros.»

Tres de los que en favor de su contrario,  
Entrar le vieron con tan vivo aliento,  
En confuso tropel y encuentro vario  
Por tres partes contra él rompen el viento;  
Y del encuentro el golpe temerario,  
De tres lanzas las dos rompe violento,  
Una en el firme escudo, otra en la frente  
Saliendo la tercera impertinente.

Cual parda encima de trofeos cargada,  
Al blando soplo de un delgado viento  
Las hojas tiemblan, y ella en encrespada  
Pompa se eriza al fresco movimiento,  
Así el moro quedó, si bien su espada  
De tres al uno, en un revés violento,  
Un brazo le dejó y un hombro menos,  
Y de nuevo aire los pulmones llenos.

Los dos que sobran vuelven, y al caído  
Furiosos quieren dar justa venganza,  
Y en desiguales golpes y ruido,  
Uno al escudo y otro al yelmo alcanzan:  
Parece del arnés que trae vestido,  
Que es Ferragut el yunque sin mudanza,  
Y ellos los que al batir de sus visarmas,  
Sobre él le forjan á porfia las armas.

Así el uno y el otro le golpea,  
Y él quedo sin mudarse un lance aguarda;  
Y como, aunque le hieren, ni voltea  
Su espada, ni á las suyas se resguarda,  
Da ocasion que cualquiera dellos crea  
Que está herido de muerte, ó que acabarda,  
Hasta que al golpe de un revés extraño  
Con el castigo vino el desengaño.

Del dulce filo al rebanar ligero  
A Glauro le llevó brazo y cabeza,  
Glauro sin gravedad moro embustero  
Que las canas se tiñe y adereza,  
Y no parando allí el sabroso acero,  
Dos hizo á Caligante de una pieza,  
Que seis mujeres enterró en Porcuna,  
Sin llorar ni entlutarse por ninguna.

Y sin hacer de aquellas muertes caso  
Al puesto de Auchali corre ligero,  
Cuando un grueso jayán le atajó el paso  
Armado sin primor de hojas de acero:  
Bajaba de la puente al campo raso,  
Al brutal gusto del combate fiero,  
Y viendo los tres golpes del pagano,  
Él quiso hacer el cuarto de su mano.

Sin recelar su espada, ni ser vista  
Del encantado hijo de Lanfusa  
Por cima la dorada sobre vista,  
La vista el golpe le dejó confusa:  
Cayó en el suelo sin aliento y vista,  
Ningun libre sentido alcanza ni usa,  
Que un traidor cuando acierta á ser valiente,

Un mundo entero matará de gente.

Bajó sobre él el sin lealtad gigante,

Y en ver que vivo está le llevó preso;

Cayó Auchali rendido en este instante,

Y su Argina también cayó sin seso:

Llegó á prenderla el falso Garamante,

Y desmayada levantóla en peso,

Llevando las brutales manos llenas,

Cual oso montaraz con dos colmenas.

Ya á la entrada llegaba de la puente

Cuando volvió en su acuerdo Ferraguto;

Y hallándose al calor de tanta gente

Al brazo asido de un gigante bruto,

Ferido del honor cual rayo ardiente

La bárbara prision dejó sin fruto,

Y el rigor nuevo de sus golpes varios,

Ciego alboroto y miedo en los contrarios.

Trocó el Jayan la dama por la espada

Para segunda vez cobrar su preso,

Y aunque le ve la frente desarmada,

No juzga acometerle por esceso;

Ni él al sentirse herir estimó en nada

De la traidora mano el grave peso,

Ni el ver que sus bárbaros soldados

Doce contra uno le arman los costados.

Antes así en su escuadra se revuelve

Cual entre aristas ciego torbellino,

A este hiere, á aquel da, y al otro vuelve

En concierto mayor su desatino:

A uno el pecho y entrañas le desuelve

El dulce corte del acero fino,

A este del roto arnés lleva un pedazo,

Y aquel deja en tres piés con solo un brazo.

Dió un reparo al jayan, que á dar venía

Sobre él con nueva y desigual visarma,

Que en cien puntas de acero relucía,

Y á un golpe un hombre de metal desarma:

Hízole errar la furia que traía,

Y al vacío herir en dos quebrada el arma,

Quedó solo el destroncado trozo

De Palia muerto, y Ferraguto de gozo.

No perdió tiempo, que al volver la frente

La calva diosa asíó de la ventura,

Y el acerado alfanje al vuelo ardiente

Un revés le alcanzó por la cintura;

Por donde el hierro entró, y salió una fuente

De requemado humor y sangre obscura,

Y de otro á cercen le llevó una pierna,

Cual blanca y córva hoz mimbrera tierna.

Así toro andaluz desjarretado

Suele al prado venir dando bramidos,

Y en el sangriento suelo destroncado

La selva asombra, y braman los ejidos:

El cobarde escuadrón desordenado

Los muertos quedan, huyen los heridos,

Cual de buitres gloton hambrientos cuervos,

Y de perro irlandés tímidos ciervos.

Miró buscando el victorioso moro

Con vista atenta la agraviada Argina,

Y vióla, cruel, juntando aljofar y oro

Al rosicler de una sangrienta mina:

Con las hebras limpiando y el tesoro

De su cabeza la mortal, que inclina

En su regazo desmayada y muda,

Puesta en si vive ó sino vive en duda.

Llegó el moro cuando ella enternecida

A su esposo el primer acento daba,

Que en un suspiro dió señal de vida

El que antes pareció que muerto estaba:

«Ay, dice, dulce amor! ¡prenda querida!

Si aquella casta fe que me obligaba

Á seguir vuestro noble gusto es cierto

Que en este cuerpo vivo aun no se ha muerto;

Vuelve, noble Auchali, esos graves ojos

A estos que ya por ellos son dos rios,

Serenarán sus luces mis enojos,

Y en gloria volverán los males míos:

Mas si estos son de amor vanos antojos,

Y entre estas sierras y árboles sombríos,

Mi bien se ha de acabar, y la alegría

Que apenas en mi alma amanecía;

Aquí una sola fiera en sus entrañas

A los dos juntos de sepulcro vivo:

¡Oh Alodia santal luz de las montañas,

Por cuyas firmes esperanzas vivo;

Si á los que en gloria están no son extrañas

Las graves ansias y el dolor esquivo

De los que en vida amaron, destas mias

¿Cómo, señora, tanto te desvías?

Socorre ahora, oh regalada esposa

Del que reina te pudo hacer divina,

Desde esa celestial patria dichosa

El dolor desta tu afligida Argina:

Que la palabra que te dió piadosa

Te cumplirá, si de cumplirla es dina,

Mas ¡ay de mí! que el no la ha ver cumplido

A este presente riesgo me ha traído.»

Dijo, y el belicoso Ferraguto

Con templadas palabras la consuela,

Que aunque de alma sangrienta, no es tan bruto

Que de un grave dolor no se conduela:

Mas viendo que llorar el mal sin fruto,

Ni lo hace sano ni que menos duela,

Para poner en tantos llantos tasa

De las palabras á las obras pasa.

Y con la libertad del jayan muerto,

Entre las verdes yerbas desangrado,

El cerrado castillo quedó abierto,

De la gente servil desamparado,

Y de un lóbrego sótano encubierto,

Carcel de un grave pueblo aprisionado,

Haciendo libre la mortal cadena,

Cien almas de una vez sacó de pena.

Y dando ya la puente y su rastrillo

Segura puerta y paso volvió á Argina,

Que á su esposo abrazada el amarillo

Rostro entre su sangriento pecho inclina:

Lleva á curar sus llagas al castillo,

Si hay para tantas juntas medicina,

Que aplicarle remedios es el cierto

Al menos vivo mientras no está muerto.

Estaba de abastadas provisiones

El sin lealtad castillo apercebido,

Que de las comarcanas poblaciones

Feroz robaba el pueblo mal nacido:

Y de los que oprimía en sus prisiones,

El mal ganado mueble recogido,

Caballos, armas, joyas, plata y oro,

Que á sus dueños volvió con gusto el moro.

Hallóse entre estos presos un cristiano

Que el Soricano Alpidio se decía,

De noble sangre y pecho castellano,

Preso á traicion del falso Arcandro un día:

Y como caballero y cortesano,

Que así entonces lo usaban, conocía

Preciosas yerbas, cuyos jugos tales

Bálsamos podían ser de todos males.

Este tomó la sangre, y las heridas

De Auchali reparó lo mas que pudo,

Bien que en grandeza y número medidas

Con desconfianzas lo volvieron mudo:

Mas las dos voluntades conocidas

Por el discreto criujano agudo

De los amantes dos, que aunque paganos,

Suspiros daban de deseos cristianos;

Ya el victorioso Ferraguto partido,

Y de los mas honrados prisioneros

El diferente pueblo reducido

A varios fines y diversos fueros,

Habiendo el tiempo y la ocasion medido

Así á los dos amantes verdaderos,  
Con caricias habló, y un dulce trato  
Cuanto pretende haber compra barato.  
«No es menester, señores, preveniros  
De acreditar en vuestro amor mi pecho,  
Pues mas que en mi razon podré deciros,  
Por mí os dirá lo que por vos he hecho;  
Que aunque es todo escasezas en serviros,  
En lo que hasta ahora he sido de provecho  
No he faltado, y amor por obra enseña,  
Que esa no está en ser grande ni pequeña.

El puesto ahora seguro es peligroso,  
Que Bramante cuyo es querrá cobrallo,  
Y aun vengarse del brazo poderoso  
Que con su espada pudo sujetallo:  
Yo estoy de vuestro bien tan deseoso,  
Que si el mio importare aventurallo,  
Por él tendré á mayor ganancia hacello,  
Que todo un mundo que me aparte dello.

No lejos de aquí está una antigua ermita,  
Que yo un dia hallé saliendo á caza,  
Donde en santa quietud un hombre habita  
De sangre noble y cortesana traza:  
Mientras que el brio perdido resucita  
El santo cielo y la ventura engaza  
De nuevo vuestras cosas, ya podremos  
Del riesgo allí escapar que aquí tenemos.

Que yo como español hidalgo os juro,  
Que debajo mi amparo y casto abrigo,  
Mientras viniere hallareis seguro  
En todos trances vuestro honor conmigo:  
Y por mi ley cristiana y fe aseguro  
A vuestro gusto en todo obras de amigo,  
Sin que ninguna el mio intente y haga,  
Que á los dos no contente y satisfaga.»

Esto Alpidio les dijo, y con bastantes  
Razones trocó así sus tiernos pechos,  
Que ya mudando ley los dos amantes  
A la ermita con él se van derechos;  
Donde aunque de los golpes penetrantes  
Murió Auchali, despues que fueron hechos  
Ambos cristianos, á la viuda Argina  
A una ciudad llevó circunvecina.

Y allí en santa clausura un nuevo esposo  
Ganó de inmortal gloria su deseo,  
Trocóndose en el cielo poderoso  
Para el bien de su alma este rodeo:  
Tanto el trato de un bueno es provechoso,  
Tanto se medra en un honrado empleo,  
Que á tantos bienes siguen otros tantos,  
Y tanto con su Dios pueden los santos.

Más Ferragut despues que dejó puesta  
La puente en libertad, y á sus cautivos,  
Cuando el alba de aljófares compuesta  
Los antes muertos campos vuelve vivos,  
Y las horas en torno haciendo fiesta,  
Con mudanzas y pasos fugitivos  
El negro luto vuelven nacar fino,  
El reposo dejó, y tomó el camino.

Era el tiempo en que el año se remozó,  
Y la tierra preñada de bellezas  
Sus flores pare, y sus olores goza,  
Y alegría á dos naturalezas:  
Cuando en los prados el placer retoza,  
Y Venus llena al mundo de riquezas,  
Comienza el ruiñeñor quejas de amores,  
Y enguinaldan sus bueyes los pastores.

Por una selva que el humor del rio  
De rosas llena y de árboles tenia,  
Y las aves sin dueño con el frio  
Sus ramas de suavísima armonía,  
Bravo el moro bajaba; y de un sombrío  
Bosque, que el timbo de la sierra hacia,  
A caballo salir vió un hombre anciano  
Tras él dos perros, y un neblí en la mano.

Paróse á ver al moro el caballero,  
De su apostura y gallardía pagado,  
Y viendo en su ademan ser forastero,  
Y el limpio arnés de golpes señalado;  
Sospechando el suceso verdadero,  
Con grave estilo, y con semblante honrado,  
Cortés le saludó, y con voz prudente  
Nuevas pidió de su enemiga puente.

Y sabiendo que ya el gigante es muerto,  
Y del traidor castillo libre el paso,  
El pecho por los ojos descubierta,  
Alegre el viejo al no esperado caso:  
«Ay señor, dijo, si el suceso es cierto,  
Y vuestro el golpe de valor no escaso,  
Dadle su entero punto á la milicia,  
Y á una gran sinrazon haced justicia.

Yo, señor, de Galaf rey de Toledo  
Soy tio, de Alhamud su padre hermano,  
Es mi nombre Yucef, y decir puedo  
Que á toda España gobernó esta mano:  
Y el tiempo, que jamás supo estar quedo,  
De uno en otro vaíud fue tan liviano,  
Que me ha traído á lo que veis ahora,  
Que quien mas vive mas desgracias llora.

Treinta cumplidos lustros he vivido,  
De ciento y cincuenta años son mis canas,  
Y mi alfange el primero y mas tenido  
Que pasó de las sirtes africanas:  
Del escuadron de Muzá fui elegido  
Sucesor, las fronteras toledanas  
Mías fueron un tiempo, y yo en su tierra  
Rey de la paz, y dueño de la guerra.

Cansó el mudable tiempo á la fortuna,  
Y á mí tambien los mandos y el gobierno;  
Cuya carga sabrosa é importuna,  
En hombros puse de Aliatán mi yerno:  
Y de una vida quieta, á quien ninguna  
Iguala, codicioso el pensamiento,  
De la pesada autoridad cansado,  
Troqué el público bien por el privado.

Dejo el cetro real, y aquí me vengo,  
Donde un castillo en puesto suficiente  
De alegre recreacion y gusto tengo  
Al salto del cristal desta corriente:  
Allí en ociosa vida me entretengo,  
Y en quietud vivo de mi pueblo y gente,  
Con libros, con pinturas, y con caza,  
Lo que un regalo al otro no embarza.

Era tambien del patrimonio mio  
Deste castillo la torreada puente,  
Que él paso hacia seguro, y por el rio  
Se cobraba un portazgo suficiente:  
Hasta que ya el soberbio desvario  
Del rey Bramante la usurpó á mi gente  
Bramante, que tambien con alma avara  
De Toledo usurpó á Guadalajara.

Alzaron el comercio de la tierra  
De sus fieros soldados las crueldades,  
Siendo el origen de la nueva guerra  
Del jayan bruto torpes libertades:  
Ha dos veces seis lunas que se encierra  
De un yermo en las incultas soledades,  
Ofendiendo por celos insolentes  
Con su torpe vivir el de las gentes.

Hija del rey Galafre es Galiana,  
Cuya beldad se entiende que del cielo,  
Hecha de alguna pasta soberana;  
Para asombro bajó y honor del suelo;  
El ambar y arrebol de la mañana,  
Que entre rayos y aljófares de velo  
El mundo argenta, y su tiniebla aclara,  
Dirás que son vislumbres de su cara.

Y aunque es del alba el rostro, y la cabeza  
Del sol entero que tras ella nace,  
Y los ojos dos rayos de belleza,

Con que su luz temer y amar se hace:  
Mayor que la hermosura es la grandeza,  
Y la honestidad mas, con que deshace  
O entibia el fuego que primero espira  
Con los rayos que dije en quien la mira.

Pues desta gran beldad que asombra el mundo,  
Y por Venus mortal Toledo adora,  
Bramante, que en soberbia es el segundo  
Lucifer que hoy entre los hombres mora,  
Dió de su pecho cruel al centro inmundo  
La bella estampa de su muerte autora,  
Y á su arrogancia pensamiento altivo  
De no dejar el suyo en hombre vivo.

Y llena el alma ya de esta locura  
Varios modos buscó de conseguilla,  
Dando en las justas pompa á su hermosura,  
Y á todo el mundo asombró y maravilla:  
Hasta camino abrió y senda segura  
Desde Toledo á su usurpada villa,  
Que como á intento fuera de camino  
Iba y venia por él su desatino.

En este tiempo un moro valeroso,  
De agradable presencia y alma moza,  
Llamado Brabonel, sobrino brioso  
Del rey que ahora gobierna á Zaragoza,  
A Toledo llegó, y vió el rostro hermoso  
Que el rico Tajo en sus riberas goza,  
Y entrando en competencia con Bramante  
Perdió el antiguo por el nuevo amante.

Es Brabonel galán, es cortesano,  
Un fenix en primor y en gallardia,  
Bravo en las guerras, en la paz humano,  
De afable trato, lleno de hidalgüa:  
Bramante un feroz bárbaro inhumano,  
Sin término, lealtad, ni cortesía,  
No fue mucho llevalle allí del alma  
Como del cuerpo la triunfante palma.

Salió el jayan corrido en varios trances  
Que entró con su contrario en competencia,  
Dándole siempre el disfavor alcances  
Del ofendido gusto á la impaciencia;  
Hasta que al fin por escusar los lances  
Del desden hizo de Toledo ausencia,  
Como toro vencido, que al mas fiero  
La vaca deja, que seguía primero.

A este castillo que á tu cuenta dejas  
Como á frontera á recogerse vino,  
Donde de agravios lleno y tristes quejas  
Su reino dejó el nuestro, y el vecino;  
Corriendo en riesgo y condicion parejas  
Las leyes del cristiano y sarracino,  
Sin respeto de fe, reino, ni reyes,  
Que quien vive sin ley no guarda leyes.

Harto ya de affligir nuestra comarca  
Huyó á nuevo presidio y nueva tierra,  
Dejando en esta su señal y marca,  
Y en ambas con crueldad, discordia, y guerra:  
Mas si es que ye ya la inexorable parca  
En su vientre el rigor tirano encierra,  
Restituye á su antiguo castellano  
El vencido castillo de tu mano.»

Así el anciano moro persuadía  
Su causa al de Aragon feroz caudillo,  
Y en su alma amor y zelos encendía  
De Galiana el valor con solo oïllo:  
Cuando huyendo vieron que venia  
Un caballero, y otro por herillo,  
De la fuerza que puso en alcanzallo,  
Al hacer golpe destroncó el caballo.

Salió ligero dél cual rauda viento,  
Mas viendo que es á pié seguirle en vano,  
Al bosque se volvió mudando intento,  
Su bayo muerto ya en el fresco llano:  
Ferragut le siguió, y el ya contento  
Yucel, que si en la edad y el pelo es cano,

Niño es siempre el deseo hecho de antojos,  
Y niñas las que miran en los ojos.

En medio el bosque al pié de un sauce umbroso  
Un caballero vieron recién muerto,  
Y el que á pié se volvió tras un hermoso  
Caballo de armas y sudor cubierto:  
Queríale asir del freno, y el brioso  
Huyendo hacia su trabajo incierto,  
Cuando corriendo vieron que venia  
Una doncella que favor pedia.

«Socorre, dice, oh Bahamel, la pena  
De tu esposa, y traicion de un falso amigo,  
Que Areal el alma deste acibar llena  
La lleva en su poder, yo soy testigo:  
Y entre tanto que tu por la honra ajena  
La tuya en guarda das á un enemigo,  
Te la robó en la fuente cristalina,  
De quien saliste á dar favor á Alpina.»

Quedó con las heridas y el espanto  
De las amargas nuevas sin sentido,  
El triste caballero en tierno llanto  
De lágrimas y sangre convertido:  
Y en Ferragut su pena pudo tanto,  
Que habiéndole el derecho concedido  
De su venganza, se partió á hacella  
Por donde había venido la doncella.

No fue ella á guiarle, que quedó curando  
Las llagas de su herido caballero,  
Y él su presta venganza deseando  
Por no perder sazón partió ligero:  
De su perdida tierra al rey dejando  
Para la restaurar derecho entero,  
Con que el contento ya sin mas seguillo  
A poner volvió cobro en su castillo.

Aquel dia y el siguiente anduvo el moro  
Por la confusa selva sin camino,  
Y cuando el sol entre celajes de oro  
A templar comenzó su ardor divino;  
Al doblar de una sierra oyó el sonoro  
Murmurar de un arroyo cristalino,  
Y á la ribera dél entre las flores  
La choza vió de un hato de pastores.

Nunca soberbio alcazar fabricado  
En columnas de mármoles preciosos,  
Con ventanaje y torres almenado,  
Lejos puso en su vista mas hermosos,  
Que la humilde cabaña, y su ahumado  
Techo y de los mastines perezosos  
El frio ladar, que á la hambre y sus enojos  
La boca le hace el juego, y no los ojos.

¡Cuán moderados requisitos pide  
En su rigor la condicion humana,  
Y en qué de partes la ambicion divide  
Lo que al adorno incumbe y pompa vana!  
Su cuerpo el moro entre las flores mide,  
Y á la despensa rústica aldeana  
Humilde pide moderada cena,  
Que no hay mal pan cuando la hambre es buena.

Reformó de los rústicos manjares  
Con el vientre tan bien el apetito,  
Que los pavos y tortas singulares  
Las sobras siempre son de un gusto ahito:  
Y viendo por los ásperos vallares  
Subir balando el recental cabrito  
A las maternas ubres, que cargadas  
De gruesa leche buscan sus majadas;

Lo poco que quedaba de la tarde  
De nuevo lo gastó tras su demanda,  
Y al tiempo que mas hierge y menos arde  
El sol que sobre el mar de Cadiz anda;  
Desde una sierra vió en vistoso alarde,  
Con varias flores de una y otra banda,  
Hacer por entre un risco y dos alisos  
A una columna de cristal mil visos.

Volvió la rienda el cuidadoso moro

A la luz de los vivos resplandores,  
Y alpié del risco sobre arenas de oro  
Una fuente bullir vió entre las flores;  
Que de una en otra en murmurar sonoro  
Al prado daba en su llorar favores,  
Y con su claro estanque al bajo monte  
De cercos de cristal bello horizonte.

Una cueva en su tumbo socavada  
El yerto lomo de aquel cerro abría,  
En lo mas firme dél incorporada,  
Que de albergue á la fuente le servía:  
De verde yedra y flores entoldada,  
Que un taray con sus sombras defendía,  
Y su virtud secreta convidaba.

A no pasar de allí el que allí llegaba.  
Entre el verde taray y los alisos  
Un padron de cristal con sus reflejos  
Al caer del tibio sol daba los visos,  
Que al moro hicieron señas desde lejos:  
Y allí entre las molduras de sus frisos  
Con letras y carácter bermejos,  
«Esta es la cueva y fuente del contento,  
Donde al vivo se sueña el pensamiento.»

Dejó la silla el moro, quitó el freno,  
Y del prado hizo dueño á su caballo,  
Y entretenido por el bosque ameno  
En el deleite y gusto de mirarlo:  
El yerto monte de mosquetas lleno,  
De verde yedra el reboloso tallo,  
Que por ásperos riscos y grimazos  
Con mil vástagos da tiernos abrazos.

Y por gozarle la belleza entera  
Al florido vergel fue sin trabajo,  
Subiendo el monte humilde de manera,  
Que siempre el pié mas firme era el mas bajo:  
Llegó á la verde cumbre, y por de fuera  
Del pendiente peñasco vió en un gajo  
Escrito: «Esta es la cueva de Jorguines,  
Hada del sueño, fuentes y jardines.»

Miró en el fondo de la clara fuente,  
Y vió nadar por ella peces de oro,  
Y del mismo metal resplandeciente  
La arena y guijas: admiróse el moro,  
Y escondiendo la mano en la corriente,  
Así y probó á sacar de su tesoro,  
Lucientes piedras, que eran acá fuera  
Pardas guijas, y arena verdadera.

Con su oculta virtud el agua hacia  
En sus cristales tan vistosos lejos,  
Que oro, alfofar menudo y pedrería  
Su arena y peces parecían de lejos:  
Limpia, serena, transparente y fria,  
Al gusto dulce, y de sabrosos dejos,  
Templó el calor el moro con su yelo,  
Y recostóse en el florido suelo.

Ya en esto el carro de la luz volcando  
El oro y rosicler del horizonte,  
Sus argentadas crustulas bañando  
De ambar bajaba á la raíz del monte:  
Las blancas playas del Japon buscando,  
Que en las de España aguardan se trasmonte,  
Para hacer del barniz de aquella esfera  
El nacar de su aurora y luz primera.

Saliendo al cielo obscuro trecho á trecho  
Bellas centellas, Ferraguto lizo  
Del prado alfombra, y de las flores lecho,  
Perdido entre las yerbas y el carrizo;  
Donde contando al estrellado techo  
Los diamantes del carro movedido,  
Las penas, los cuidados, y á su dueño  
Sin sentir se llevó un sabroso sueño.

Y luego qué el silencio á los sentidos  
En dulce olvido puso sepultados,  
Y á la interior potencia reducidos  
En otro nuevo mundo embelesados;

Entre jazmines y árboles floridos,  
Sobre un soberbio risco fabricados,  
Unos palacios vió ó soñó que via,  
Labrados del pincel que asombra al dia.

Los muros de alabastro, y las molduras  
En negro y fino pórvido cortadas,  
De enlazados follajes y figuras  
En ventanaje y bóvedas sembradas:  
Cien torres de cristal, cuyas alturas,  
Con chapiteles de oro coronadas,  
Las nubes buscan, y al subir sobre ellas  
Vencen en luz, y asombran las estrellas.

Eran las puertas de ébano bruñido,  
Que un embutido de marfil esmalta,  
Las bisagras de acero, y de formado  
Bronce el engace y nudo que las ata:  
Con sierpes de oro el firme umbral ceñido,  
Aldabones en máscaras de plata,  
Lumbreras, claraboyas y balcones,  
Con rejas de mezcladas invenciones.

En nueve hermosos patios repartido  
De la soberbia casa el rico asiento,  
De altas columnas dóricas ceñido  
De fino jaspe en cada patio ciento:  
De forma ovada en perfeccion subido  
El cuerpo y alquitrabes por el viento,  
En cuatro partes que al crecer descrecen,  
Y entre las nubes vuelan y fenecen.

Las puertas adornadas de festones  
De istriadas columnas, y de lazos,  
Frisos, triglifos, ménsulas, cartones,  
Acrotérias, metopas y cimazos;  
De oro y estuco pñas y artesones,  
Frontispicios y bellos lagrimazos,  
Y en las bóvedas y altos lacunarios  
Varios florones, y mosaicos varios.

De follajes vestidas y colores  
Las antorchadas cimbras y arquitebres,  
Las altas salas, y anchos corredores,  
De historias llenas y sucesos graves,  
Feroces guerras, bárbaros amores,  
Al hecho fieros, y al pincel suaves;  
De alabastro los muros, y sobre ellos  
De rica estofa mil tapices bellos.

Resplandeciendo con bajillas de oro  
Las ricas mesas de precioso alerce,  
A quien el grave peso del tesoro  
Por mayor magestad agovia y tuerce;  
Resonando en los techos un sonoro  
Rüido, que parece que se esfuerce  
De rato en rato, y que á su sueño breve  
El gusto roba el de un amigo aleve.

El moro que aun dormido se congoja  
Por ver quien el ruido y golpes causa,  
Y entrando en una sala se le antoja,  
Que una voz tierna en resonante pausa  
Dulce favor le pide, y que al que enoja  
De su deleite á la amorosa causa,  
La vida quita, y con rabioso ceño  
Tras los gustos prosigue de su dueño.

Entró una cuadro, y vió en un rico estrado,  
Y Sobre alcantifas de oro y pedrería,  
La bellad misma que antes desvelado  
Amor le dibujó en la fantasía:  
Un rostro de la luz del sol cortado,  
Y en un dosel que su sitial cubría,  
Con letras de esmeraldas y topacios,  
«Esta es Galiana, y estos sus palacios.»

Dejó del rico adorno la grandeza  
De nuevo ardiendo su ánimo brioso,  
Que amor en sueños crece la belleza,  
Y el mas frio corazon vuelve amoroso;  
Y á veces pinta con mayor destreza  
Entre el mudo silencio y el reposo,  
La beldad en el alma, que sería



No tan bella quizá vista de día.

Estando entre el deleite y los deseos  
 De la nueva ambicion de sus antojos,  
 Dando el rendido pecho por trofeos  
 Del halagüeno trato de sus ojos:  
 La cuadra llena de unos bultos feos,  
 Llevarle pareció en ricos despojos  
 La gloria que gozaba, y que queria  
 Defenderla del riesgo, y no podia.

Parécele que llevan la hermosa  
 Que en su pecho el amor pintó robada,  
 Y que á él no es posible aunque procura  
 Con brio en su favor sacar la espada:  
 Y al congojoso ardor desta apretura,  
 El alma sin aliento alborotada  
 Furiosa rompió el sueño, y de repente  
 Al margen se halló de la ancha frente.

Y como absorto en las figuras vanas  
 Que en vuelo huyen por la eburnea puerta,  
 Aun gozando sus luces soberanas  
 La vista ni dormida ni despierta:  
 En el bosque sintió quejas humanas,  
 Y de un triste gemido la voz muerta,  
 Y en duda si es el doloroso acento  
 La verdad del soñado pensamiento.

Furioso deja la sonora fuente,  
 Y en abrigado escudo y firme espada  
 Al ciego bosque entró, por donde siente

Rastro de la afligida voz cansada...  
 Despues diré el suceso, que un prudente  
 Rey, el alma de penas rodeada,  
 Siento para contarlas que me llama,  
 El á mí, yo á mi pluma, ella á la fama.

El bravo Alfonso el Casto, rey gallego,  
 Católico en la fe, en las armas fuerte,  
 Sabio en la paz, cuidadoso en el sosiego,  
 Y en las guerras intrépido á la muerte;  
 Viendo abrasarse en belicoso fuego  
 La invicta España, con prudencia advierte,  
 En un largo discurso entretenido,  
 Los males que han de la ambicion nacido.

Con Toledo está Córdoba alterada,  
 Valencia contra Córdoba y Toledo,  
 Pamplona contra Huesca, y con Granada  
 Murcia y Guadix, Segovia con Olmedo:  
 Mérida en armas, Badajozalzada,  
 Lisboa desierta, Portugal con miedo,  
 Lugo sobre el río Miño hecho un pantano  
 Con la reciente sangre de un tirano.

No se habia descuidado el rey brioso  
 Del áspero castigo merecido  
 Del traidor Mahamud, que en poderoso  
 Ejército, y valor nunca vencido,  
 Sobre el rio de Galicia caudaloso  
 Lo fue á buscar, halló y dejó vencido,  
 Pasándole en su campo y su castillo

Cien mil alevos cuellos á cuchillo.  
 Murió peleando el móro caviloso,  
 A quien cortó Adelgastro la cabeza,  
 Adelgastro un feliz brazo brioso,  
 Del rey Fabila hijo, y su braveza:  
 El que en Obona, sitio peñascoso,  
 De un real convento alzó la alta grandeza,  
 Y en el costoso cerco de Girona  
 Dos jayanes mató por su persona.  
 Este la fiel cabeza desangrada,  
 Que en Mérida lo fué, sacó en la mano,  
 Con que dichosamente rematada  
 La guerra y victorioso el rey cristiano,  
 A Leon volvió, dejando reformada  
 La tierra y supo allí que el francés Mano,  
 Con soberbia ambicion, y alma imprudente,  
 Contra las suyas levantaba gente.  
 Pudiera el rey Leonés entrarse á vueltas  
 De las civiles guerras de los moros,  
 Y á costa de sus bárbaras revueltas  
 Ciudades adquirir, ganar tesoros,  
 Si las doradas lises contra él vueltas  
 No le fueran estorbo, y los sonoros

Clarines del ejército que marcha,  
 A su encendido fuego helada escarcha.  
 Mas viéndose impedido, y obligado  
 A la defensa y guarda de su tierra,  
 El victorioso campo, que ha sobrado  
 De Mahamud en la sangrienta guerra,  
 Que marche manda, y suba reforzado  
 Por Avilés, Fontible, y la alta sierra  
 De Espinosa y Pomar, sin que en tal caso  
 Ebros de la fuerza y le detenga el paso.  
 Y entre Santa Gadea, y la Vitoria,  
 A Pamplona se acercan por Tafalla,  
 Y allí hasta ser de Francia mas notoria  
 La venida hagan muestra de esperalla:  
 Y á la rica ciudad, que por memoria  
 Pompeyo puso almenas y muralla,  
 Trabajen de abrasar, que es de importancia  
 Que no esté á devocion del rey de Francia.  
 A á don Fortun Garcés, rey de Navarra,  
 Favor se pida, y paso afortunado,  
 Cuyo denuedo y corva cimitarra  
 Vencer sabe al francés en campo armado:  
 Y el Breton por temor de su bizarra



Gente le da tributo acostumbrado,  
 Comprando á sus robustos Roncaleses  
 La paz de un año en tres grasientas reses.  
 Alrey Marsilio, ya que no le pida  
 Por su reputacion favor España,

Como la que en la guerra mas temida  
 Jamás la quiso de otra gente estraña  
 La paz á peso de oro concedida  
 A Aragon por Galicia, y la montaña,  
 Se confirme de nuevo, y harto digo,

Que España otorgue paz á su enemigo.  
 Así el rey Casto en su sitio sentado  
 Entre sus ricos hombres discurría,  
 En el gobierno y trazas desvelado  
 De lo que al reino y su salud cumplía:  
 Cuando para hablar en el senado  
 Licencia pidió un jóven, que traía  
 Del muro de Sansueña, y de su gente,  
 Grave embajada para el rey prudente.  
 Fueron de aquellos siglos fama honrosa  
 Los torreados muros de Sansueña,  
 Ciudad insigne, en gente populosa,  
 Lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña:  
 El tiempo con su fuerza poderosa  
 Sus grandezas volvió una inculca breña,  
 Haciendo que esta suba, y la otra rueda,  
 Que esto y mas que esto con sus vueltas puede.  
 Dicese que el famoso Ballugano,  
 Del primer Viarabí segundo hermano,  
 Con franceses despojos de triunfante  
 Gente fundó el gran pueblo de su mano:  
 En muros y edificios elegante,  
 En sitio fuerte, en mármoles galano,  
 Famosa corte un tiempo, y del vecino  
 Pueblo competidores de continuo.  
 Fué cárcel de la bella Melisenda  
 En prision noble su almenado muro,  
 Donde Gaiferos por inculca senda  
 Con las armas de Orlando entró seguro  
 A librar su cautiva amada prenda,  
 Como la suya Orfeo al reino obscuro:  
 Mas si este la perdió por imprudente,  
 La suya dió al francés el ser valiente.  
 Ganóla el Casto Alfonso al rey Tídor,  
 Y á su reino la puso por frontera,  
 De armas ceñida contra el pueblo moro,  
 Que en sangrientos rebatos persevera:  
 Tenían sus torres chapiteles de oro,  
 Y el firme muro, que de jaspes era,  
 Por mas emulacion contra Pamplona  
 De almenado alabastro la corona.  
 De cien torres altísimas cargado  
 Da su alcázar real espanto al rio,  
 A quien un soto de álamos cercado  
 De bosque sirve, y de jardín sombrío:  
 Aquí Bastan, Alcaide celebrado  
 Un tiempo de Zamora, con su brio  
 Sus fronteras enfrena, y aquel dia  
 Su mensajero al Casto Alfonso envía.  
 Diósele grata audiencia, entró, y besando  
 La mano al rey, y habiendo conseguido  
 De hablar licencia el generoso Ovando,  
 Uno entre mil valientes escogido  
 Para este grave caso, levantando  
 La voz, dijo: «señor esclarecido,  
 Sansueña, y su virey, de tu alegría  
 Con mi persona el paraben te envía.  
 Goces felices años la victoria  
 Que á Miño espanto dió, y la nueva guerra  
 A tus piés reales traya en triunfo y gloria  
 Cuanta honra el mundo en su ambicion encierra;  
 Y en trofeos dignos de inmortal memoria  
 La tuya asombre con su voz la tierra,  
 Y por ley de tu mano y estatuto  
 Párias te den sus reyes y tributo.  
 Celebrando en real pompa la grandeza  
 De tu victoria, célebre jornada  
 Da á Sansueña Bastan, noble cabeza,  
 De juventud florida coronada:  
 Entre alegres bohordos la braveza  
 De Zumail la vió sobresaltada,  
 Que á echar por tierra su almenada cerca  
 Con cien mil combatientes se le acerca.  
 Por socorrer á Mahamud en Lugo  
 De Nájera este ejército salía,

Que para echar de sí el infame vigo  
 De Córdoba y Hesen juntado había:  
 Y el hado que ya fue cruel verdugo  
 En la muerte infeliz de Harpalía  
 Hijo de Zumail, le trajo un moro  
 A su corte, llamado Cardiloro,  
 Hijo del rey, que en Ayamonte tiene  
 Cetro sobre el tendido Guadiana,  
 Y nieto del que digo, á quien conviene  
 El reino por su madre Balhamana;  
 Pues este moro que á heredarle viene,  
 De ambicion lleno y de arragancia vana,  
 Hecho dueño del campo, su real seña  
 Y el camino volvió para Sansueña.  
 Llególe dentro en Nájera el aviso  
 De tu ilustre famoso vencimiento,  
 Con que de rabia hundir el mundo quiso  
 En cruel venganza y bárbaro escarmiento,  
 Y culpando á su pecho de remiso  
 La jornada mudó, y trocó el intento;  
 Dejó la Rioja, y por camino llano  
 A Ebro el curso hurtó á la diestra mano.  
 No huye de sus aguas perezosas,  
 Que en Sansueña ha jurado de bebellas  
 De Arga, y que á sus murallas espaciosas  
 Hombre no ha de dejar ni almena en ellas;  
 Y no son todas befas jactanciosas,  
 Que la cruel experiencia vuela entre ellas,  
 Y el bárbaro feroz por donde pasa  
 Todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.  
 Trae voz de dar seguro y libre paso  
 Al francés, que ya marcha por su tierra,  
 Y á pesar nuestro con sus armas raso  
 El fragoso camino de la sierra:  
 Este es, señor, de mi venida el caso,  
 Y aviso que te traigo desta guerra,  
 Deste nuevo enemigo á tu corona,  
 Unido á la de Francia, y de Pamplona.  
 Por Viana á Sansueña va derecho,  
 Con grande orgullo, y con mayor pujanza,  
 Y puesta tu ciudad en este estrecho,  
 Solo en tu real valor halla esperanza;  
 Que aunque de Viriato el fuerte pecho  
 Volviese al mundo á gobernar su lanza,  
 En el presente riesgo sin tu amparo  
 Nuestro sabio temor haria mas claro.»  
 Dijo, y envuelta el rey en mil cuidados  
 La casta alma y prudente fantasía,  
 Los unos de los otros atajados,  
 Ni en este asiento, ni en aquel se fia:  
 No halla cuales son los acertados,  
 Cuales seguir ó desechar debria,  
 Que al discurrir de su alto pensamiento  
 Todo se altera y mueve en un momento.  
 Como tal vez con rayos tembladores,  
 En nocturna quietud luna argentada,  
 De un jardin bello hiere entre las flores  
 Remansos sin color de agua espejada,  
 Reverberan los vivos resplandores  
 En la cercana bóveda dorada,  
 Y bullen sus vislumbres sin provecho  
 Los varios lazos del dorado techo.

## ALEGORIA.

Garilo que huyendo de unos amigos en otros con ningunos se asegura, significa la inquietud que trae el vicio, y quien le sigue, y como una mala conciencia á sí misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su culpa.

En Argina librada por Ferraguto, en la historia y sucesos de su vida, lo mucho que importa tratar con buenos, pues no se interesa menos que serlo por su interesion.

Ferraguto, enamorado por relacion de la hermosa



de Galiana, muestra que un hombre distraído, con cualquier causa, por liviana que sea, se ocasiona á sus sensualidades.

En las parcialidades y guerras civiles de los reyes moros de España, se descubre el gran daño que viene á un reino de tener muchas cabezas, y lo que la ambición sabe sembrar de disensiones, cuando halla dispuestos para ello los ánimos de los príncipes.

LIBRO SESTO.

ARGUMENTO. Cuenta Garilo una fábula á Orlando, y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cual sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo desde el navio persiano una fresca isla, donde lleva á Orimandro para curarle; halla en ella á Gudemaro, un noble español, que despues de curar al rey sus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios.

Así el prudente Alfonso la inquieta  
Fantasia baraja en varios modos,  
Y al peso del gobierno con discreta  
Prevençon los tantea y mide todos:  
Dan y toman el caso en su secreta  
Consulta el rey y sus valientes Godos,  
Buscando á tantos golpes de fortuna  
Salida honrada si ha quedado alguna.

Así, señor, en vuestro real consejo,  
Presidiendo á sus graves senadores,  
De sabia magestad sois limpio espejo,  
Y al mundo repartís honra y favores:  
Homero en letras, Néstor en consejo,  
Freno al mayor, amparo á los menores;  
Y así tambien os miro, y considero,  
Armado de prudencia en vez de acero.

Allí, despues de varias opiniones,  
Del consejo de guerra fue acordado,  
Que á toda diligencia las legiones  
Del victorioso campo reforzado,  
Con don Tibalte rompan los mojonés  
Del navarro distrito, y alojado  
Sobre Sansueña pare, y entre tanto  
Su córte pase á Burgos el rey santo.

Así en su sala real, de sabios llena,  
El santo rey en cetro y silla de oro  
Los graves casos de la guerra ordena,  
Y al frances pone espanto, y miedo al moro:  
Cuando en las sierras de Narbona suena  
Del astuto Garilo el falaz lloro,  
Con que engañado á quien le escucha lleva  
Al ciego enredo de su historia nueva.

Era Garilo de ánimo doblado,  
En sutiles astucias atrevido,  
Vario, cauto, mudable, recatado,  
De enjuto rostro, y corazon fingido,  
De color verdinegro retostado,  
De erizado cabello, retorcido,  
Los alterados ojos, aunque vivos,  
Atraidorados al mirar, y esquivos.

De Mauregato el rey bastardo hijo  
En Girona nació de una aldeana,  
En traicion siempre el pensamiento fijo,  
Resabios de la leche catalana;  
O el triste agüero que el furor predijo  
De la paterna sangre mauritana,  
Que ahora en pomposo estilo, y voz valiente,  
Así engañando va la franca gente.

«Segun de mis mayores he aprendido  
Aquella sangre real hierve en mi seno,  
Que al triforme Gerion de cuello erguido  
Doblado yugo puso, y firme freno;  
Y aunque en humildes paños encogido  
De reyes el linaje tengo lleno,  
Que es el mayor valor que á una persona  
Las obras le quilata y perficiona.

Del caudaloso Tarno en la ribera  
Un aldéa humilde goza su frescura,  
Adonde en busca de la luz primera  
Dejó el antiguo seno en noche obscura:  
Aquí tambien nació, que no debiera,  
Por principio á mi ciega desventura,  
La aldeana mas bella, y mas lozana,  
Que jamás se vistió ropa aldeana.

Si en humano retrato su belleza  
Posible fuera ó licito sacalla,  
De rosas coronada la cabeza  
Gloria de la beldad fuera el miralla:  
Mas sube á tal quilate esa fineza,  
Que á querer la arrogancia dibujalla,  
A lo menos perfecto no llegara,  
Aunque el pincel de la afición pintara.

Nacimos juntos y al igual nacia  
Amor en nuestros tiernos corazones,  
Que al blando trato y la igualdad crecía  
De agradables placeres y pasiones:  
Penas tambien entre el contento habia,  
Que el amor donde faltan sinrazones,  
El tierno gusto con su dulce estraga,  
Y aquello que apetece le empalaga.

Son lo fino de amor los sinsabores  
De un no sé qué de cierta niñería,  
Y las mezcladas penas con favores  
El dulce riego que lo aumenta y cria:  
Ni en el campo el verano es todo flores,  
Ni en amor todo gusto y alegría,  
Antes mezclados gustos y disgustos,  
Del suyo son los verdaderos gustos.

Entre esta variedad de sentimientos,  
Ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,  
Grandes cosas pasé, en que mis contentos  
Creciendo á veces fueron y menguando:  
Amor á mis felices pensamientos  
Ahora contradiciendo, ora ayudando,  
Si la fortuna en algo me terciara,  
Su triunfo estaba y mi victoria clara.

Mas fue á mi blanda fe tan rigurosa,  
Y á mis tiernos propósitos tan fuerte,  
Que cuando la hallé mas amorosa,  
Jamás sin un azar me salió suerte:  
Y á quien con vista mira desdeñosa  
El tesoro en carbones le convierte,  
Que cuantas glorias su inconstancia vende,  
Son si falta sazón bienes de duende.

Ya la ocasion, ya el tiempo me faltaba,  
Ya el un estorbo al otro sucedía,  
Ya el padre, ya el hermano me ocupaba,  
Ya la luz, ya la noche me ofendía:  
O no tenia cuidado, ó me sobraba,  
O ya me desvelaba, ó me dormía,  
Que donde no hay ventura todo es muerte,  
Por bien que acuda al paladar la suerte.

Eran mis inconstancias de manera  
Que nada me acertaba á dar concierto,  
Ni ser en el amor de blanda cera,  
Ni al frio desden mostrar el pecho abierto:  
Que el sabor y regalo que pudiera  
Resucitar sin fe un amante muerto,  
En mí era enfados de tibieza seca,  
Que una desgracia hasta los gustos trueca.

Y como el fino amor no es otra cosa  
Que un reloj de artificio concertado,  
Ó de pulso sutil y mano airosa  
Un instrumento músico templado,  
Que de su consonancia numerosa  
Lo fino está en un punto delicado,  
Cuya armonia mientras mas perfeta  
Con mayor disonancia se inquieta.

Así cualquiera humilde niñería  
Con tal facilidad nos alteraba,  
Que á un blando soplo de aire parecia

Que el mundo con borrascas se anegaba,  
 Andábamos sin luz en medio el día,  
 Ciegos tras el que ciego nos guiaba,  
 Gozando entre temores indiscretos,  
 De un inconstante amor varios efectos.  
 Del viejo Tarno en la ribera amena  
 Con cierta salva antigua está guardada  
 Una rústica cueva, en que se sueña  
 Tener la primer agua su morada:  
 De verde orin y antiguas lamas llena  
 Vi una pendiente pena socavada,  
 A donde en fértil urna cristalina  
 El claro y fugitivo Dios se inclina.  
 De selva antigua y húmeda alamedada,  
 En confusa espesura rodeada,  
 En rama y hoja el bosque así se enreda,  
 Que el sol no halla á su frescura entrada,  
 Donde vestido de amorosa seda,  
 De ovas la verde frente coronada,  
 De las ninfas en medio el casto coro  
 El río enjuga sus cabellos de oro.  
 Yo aquí en la regalada compañía  
 De mi amorosa Gila entretenido,  
 De los bienes gocé en que amor teja  
 Los graves males donde me ha traído:  
 Y aquí la noche de un siguiente día  
 Venir los dos dejamos con olvido,  
 Para de mil fatigas y dolores  
 Coger el fruto y flor entre las flores.  
 Fue concierto sin órden desastrado,  
 De amor y mocedad hecha de antojos,  
 Tiempo mas largo, dia mas pesado,  
 Ni el mundo tuvo, ni le abrió en mis ojos:  
 Ni de Faeton corrió mas abrasado  
 El cielo lleno de carbuncos rojos,  
 Que tú, Apolo, tuviste el alma mia  
 El largo curso de aquel corto dia.  
 Ni del nuevo laurel aborrecida  
 Con tantas veras fue tu hermosura,  
 Ni de Tisbe y de Piramo tenida  
 Tu luz y tu beldad por mas obscura,  
 Ni de nadie tu ausencia pretendida  
 Con tanto gusto fue y con tal locura,  
 Ni á nadie con negar tus rayos diste  
 Noche mas ciega, confusion mas triste.  
 Tuvo mi Gila á Silvio por hermano,  
 Y yo á Tarciso por mi caro amigo,  
 Tarciso, que por fácil y liviano  
 Le era entonces contrario y enemigo:  
 Y de mi amor y mi concierto vano  
 Solo este por mi gusto fue testigo,  
 Para traerme la fortuna al puesto  
 De la última miseria en que me ha puesto.  
 Aquella noche junto á la posada  
 Donde el tesoro de mi bien vivía,  
 Al tiempo de la seña concertada  
 El fiel Tarciso por me hablar venía:  
 Cuando de su enemigo en la celada  
 Cayó, que armado por su mal le había,  
 Y con ir desecuidado obró de suerte,  
 Que el oculto agresor le dió la muerte.  
 El desagrado Silvio en tierra muerto  
 A la sazón cayó que yo llegaba  
 Al desdichado fin de mi concierto,  
 Y la justicia al matador buscaba:  
 Como pasar me vieron encubierto,  
 Y que sin ocasion me recataba  
 Con la sospecha de antes concebida  
 En los livianos pasos de mivida,  
 A la cárcel de allí, y de allí á la muerte  
 Sin mas culpa y razon fui condenado,  
 Feliz engaño, venturosa suerte  
 Si el verdugo la hubiera ejecutado:  
 Mas la oculta verdad, diamante fuerte,  
 Que es encubierto sol entré nublado,

Quando en mi bien pensé que anochebia,  
 Dió con su nueva luz principio al día,  
 Tarciso de piadoso amor movido,  
 Intrepido al rigor de la sentencia,  
 A la cárcel se fué, y allí rendido  
 Su culpa descubrió por mi inocencia,  
 ¡Oh hazaña leal de pecho no fingido!  
 Digna de mas que humana reverencia,  
 Modelo de amistad, no de la tierra,  
 Donde tan poca fe y lealtad se encierra!  
 Yo sin culpa quedé, y él condenado,  
 Y por mi libertad puesto en tormento  
 El viejo Alfeo, padre regalado  
 Del dueño de mi honesto pensamiento:  
 El libre vulgo, y su rigor notado,  
 Y el honor de su hija por el viento,  
 Juntarnos pretendió, y con solo un nudo  
 Atar todas las lenguas, y no pudo.  
 Yo que tan adelante mi ventura  
 Vi, cuando el tierno amor no me obligara  
 De Gila la nobleza y la hermosura  
 Por grillos y cadenas me bastara:  
 Tuve ya mi bonanza por segura,  
 Mi buena suerte por notoria y clara,  
 Mas ni en fortuna sale bien sin cuenta,  
 Ni en el amor bonanza sin tormenta.  
 Por mi Tarciso á muerte condenado,  
 Yo por su causa en gloria tan cumplida,  
 Fuera de ingrata villania notado  
 No rescatar su muerte con mi vida:  
 Y de la cárcel resuelto y arrojado  
 Franquearle quise y pude la salida,  
 Al fin libre salió por traza mia,  
 Y yo de todo el bien que antes tenia.  
 Alfeo desde allí por sospechoso  
 En la muerte me tuvo de su hijo,  
 Y en Gila el dulce título de esposo  
 En un punto se dijo, y se desdijo:  
 Acabóseme en esto el ser dichoso,  
 Sucedió nuevo llanto al regocijo,  
 Y en las alegres bodas por lo dicho  
 Silencio se nos puso, y entredicho.  
 Entre males y bienes navegando  
 Algunos dias fuí de esta manera,  
 Mi Gila y la fortuna variando  
 Ya á mis quejas, de mármol, ya de cera:  
 Hasta que de una vez fue derribando  
 La máscara falaz y lisonjera,  
 Poniéndome por fin de su mudanza  
 Donde ni llega el bien ni su esperanza.  
 Contra Tarciso el agraviado Alfeo  
 Modos para vengarse procuraba,  
 Si faltaba la edad á su deseo,  
 La ira y el coraje no faltaba:  
 Ved de fortuna el áspero rodeo  
 Por donde el de mis cosas gobernaba,  
 Cierta dama á mi amigo entretenía,  
 Que Gila sospechaba que era mia.  
 Y en aquel tiempo que la noche obscura  
 A los delitos da paso seguro,  
 De su amor á gozar la hermosura  
 Tarciso entraba por un roto muro:  
 Adonde algunas yo en sazón segura  
 Acudí á verle entre el silencio obscuro,  
 Y Alicó tras su venganza las mas dellas  
 Contaba al cielo todas sus estrellas.  
 Era un anciano labrador sin gusto,  
 Temeroso, pertinaz, cauto y callado,  
 De hombros metido, y de ánimo robusto,  
 De espesa barba, y pelo ensortijado:  
 Cejas y labios gruesos, rostro adusto,  
 De juicio malicioso, y porfiado,  
 Estrechas sienas, y discurso duro,  
 Y en nunca perdonar villano puro:  
 Pues como entre otras noches la postrera

A Tarciso acechase su entinigo, y yo al salir, en ronco acento, enuera  
 El traidor, » dijo, y ciego entró conmigo;  
 Sin sospechar ni cotocer quien era,  
 El justísimo cielo me es testigo,  
 Que antes de tener culpa, el pecho abierto,  
 Ante mis piés cayó de un golpe muerto.  
 Al caer conocí mi desventura,  
 Y el contrario rigor del duro hado,  
 Salvéme á vueltas de la noche obscura,  
 Pues el ciego pueblo contra mí alterado:  
 Ni disculpa bastó ni fue segura  
 Al corazón de Gila alborotado,  
 Mas de rabiosos zelos desabrada,  
 Que de ver á su padre sin la vida.  
 Convino por huir la infame muerte:  
 De dulce vida hacer amarga ausencia:  
 ¡Ingrata Gila! pues por complacerte  
 Todo mi bien dejé ante tu presencia:  
 Si para despedirme, y para verte  
 Me volviste, cruel, á dar licencia,  
 ¿Por qué no me la diste?... mas si dieras  
 Para quedar, señora, si pudieras.  
 Pues siendo ya forzosa mi partida,  
 La palabra me diste, que bastaba  
 Para anudar la trabajosa vida,  
 Que incierta en mí y dudosa se mostraba:  
 La triste hora llegó á la despedida,  
 Y que no vuelva, dijo, me mandaba,  
 Sin le llevar el don más soberano  
 Que la fortuna ofrece de su mano.  
 Y aunque grandes regiones he corrido,  
 Rastro de lo que busco no he hallado,  
 Ni quien á mí pregunta dé sentido,  
 Ni el punto alcance á ver de mi cuidado:  
 Lo que dar no se puede me ha pedido,  
 Porque en buscarlo muera desterrado,  
 Que no puede tener otra salida  
 Demanda al parecer tan no entendida.  
 De una desgracia en otra, y de una en una  
 Hasta morir por todas discurriendo,  
 Pidiendo sin juicio á la fortuna  
 Lo que ni ella entiende, ni yo entiendo:  
 Ella no da felicidad alguna,  
 Y yo felicidad suya pretendo,  
 Y buscar bien perfecto de su mano,  
 Es pedir sangre noble al que es villano.  
 Nuevo camino por el mundo abierto,  
 En nuevas gentes tengo; que he cursado  
 Las escuelas de Atenas, y el desierto,  
 Egipto de hombres sabios habitado,  
 Sin á mi enigma hallar sentido cierto:  
 Y á no haber sus oráculos llamado,  
 A la parlera Grecia fuera á solo  
 Consultarle sus tripodes á Apolo.  
 Ya al rastro incierto deste fin sin guía  
 De la misma fortuna el rigor grave,  
 Sobre el estrecho mar de Africa un día  
 Al sordo viento destorcí la llave:  
 Cuyo soplo mostró que su porfía  
 Haciendo iba la mía mas suave,  
 Pues al cruzar por un mordaz bajío  
 A mí solo salvó, y rompió el navío.  
 Donde de hambre y sed me consumiera  
 Si con sola una muerte se vengara,  
 Y para darme mil no previniera  
 De un corsario sin ley la fusta avara:  
 Que no así prestó en su voraz galera  
 De un remo me dió el cómitre la vara,  
 Cuando de mi tasado bien airada  
 Con cien muertes quedó desagriada.  
 Quizá le enfada que ande por el mundo  
 Los puntos quilatando de sus bienes,  
 Cuál el primer lugar, cuál el segundo,  
 En sus favores goce y sus desdenes;

Pues ni en la tierra ni en el mar profundo  
 Treguas conmigo quiere ni rehenes,  
 Enviándome en la suerte mas contenta  
 Riesgo en la tierra y en la mar tormentada.  
 Abre sus velas el corsario al viento,  
 La playa de menudas olas llena,  
 Acentos de placer y de contento  
 Es cuanto en las cercanas playas suena:  
 Mas la inconstante, cuyo fundamento  
 Fabricado en las ondas es de arena,  
 No tardó en tomar cuenta á esta alegría  
 Mas que en venir la noche, y irse el día.  
 Vimos del sol la lámpara encendida  
 En el agua salada amortiguarse,  
 Y la noche tambien de agua nacida  
 Entre negros celages levantarse,  
 La mar alborotada y desabrada  
 Con huecos tumbos de olas encrespándose,  
 Viniedo siempre de Eolo en aumento  
 El frío soplo y destemplado aliento.  
 Al fin, cuando apuntaba en el Oriente  
 El nuevo día de color de grana,  
 Sembrada en el salado mar la gente  
 El sol la vió de su primer ventana:  
 Y de una roca el vergantín pendiente  
 La blanca costa con la espuma cana  
 Amenazando está, y allí fortuna  
 Sus victorias contando de una en una.  
 De la cercana playa en la arena,  
 Cual de antigua ballena vomitados,  
 Entre temor, entre alegría y pena,  
 Algunos nos hallamos arrojados:  
 Y la ribera de despojos llena,  
 Volvimos á robar bienes robados,  
 Que á los pobres y ricos de contento  
 El estado trocó al trocarse el viento.  
 El corsario murió, y los mas precitados  
 De su alevé y constante compañía,  
 Y de la chusma cual y cual llevados  
 Del gusto fueron tras su incierta guía:  
 Conmigo solos dos pechos honrados,  
 Que á un remo una cadena nos ceñía,  
 Se avinieron, y este alto dromedario  
 De lo mejor cargamos del corsario.  
 Y aquellos seis alevés saltadores  
 Hoy á mis compañeros dieron muerte,  
 Y estos son que he contado los favores  
 Mas ricos y granados de mi suerte:  
 Visto habeis de mi malos borradores,  
 Ved si alguno en vosotros hay que aciorte.  
 Para mi bien el don mas soberano  
 Que la fortuna ofrece de su mano.  
 De tres años fue el plazo señalado  
 Para en su rastro desvolver el mundo  
 Y de los dos el uno es ya pasado,  
 Y mas de las tres partes del segundo.  
 Dijo; y cual si quedara enajenado  
 De un grave pasmo y éxtasis profundo  
 Hizo cierto ademan; que aunque fingido  
 Dejó al de mas dureza enternecido.  
 Su traza, y la elocuencia de su cuento  
 De todos con blándura exagerada  
 Cada cual desvelaba el pensamiento  
 En la pregunta rústica intricada:  
 ¿Qué bien tiene fortuna de momento?  
 ¿Qué gloria que no sea barnizada?  
 ¿Qué soberano don Gila entendiese?  
 Que el vario monstruo de importancia diese  
 «Las riquezas serán», dijo un grosero,  
 Que es el don mas perfecto y deseado  
 Que á quien vive en el mundo sin dinero  
 El mas supremo bien es bien soñado;  
 Al rico el mas mordaz es lisonjero  
 Y el pobre mas dichoso desdichado,  
 Sino mostradme un rico con disgusto,

O algun pobre que en serlo halle gusto.

No pasó el catalan por ese engaño,  
Que mil ricos halló sin alegría,  
No se corta el contento de ese paño;  
Ni solo el oro los placeres cria:  
Midas nos servirá de desengaño,  
Que un mundo en rubias masas convertia,  
Y de hambre se acabara si los vanos  
Tesoros no llevara de las manos.

Cuanto mas que el deseo de riqueza  
Al compas que ella crece va creciendo,  
Y el ver tan inconstante su firmeza  
El alma va y el gusto carcomiendo:  
La ayuna amarillez de la pobreza  
Se está cuanto mas lejos mas temiéndolo,  
Que al fin son bienes muertos, y no hay duda  
Que los gobierne un monstruo que se muda.

Ricardo dijo, «en bienes de fortuna  
En toda estimacion el mas cumplido,  
Que acompañando sale de la cuna  
Un hombre hasta las ondas del olvido,  
Sin que le borre adversidad alguna,  
Es sangre ilustre, y partió bien nacido,  
Don aunque de fortuna tan cuadrado,  
Que quitar no le puede una vez dado.»

Alguno dió con la opinion presente  
La duda por resuelta y acabada,  
Mas visto el caso con madura frente  
Felicidad salió poco fundada:  
Mil reyes al nacer vió el sol de Oriente,  
Que al ponerse vió en muerte desastrada,  
Y otros volar al cuerno de la luna  
De oscuros paños, y de humilde cuna.

Silverio altivo en ambicion fundado  
«El don, dijo, que Gila te ha pedido,  
Del sacro imperio es el mandar hinchado,  
Del ánimo mortal tan pretendido:  
Si violar el derecho está vedado,  
Por causa de imperar se ha permitido,  
No hay carga tan pesada y mal tan grave,  
Que no se vuelva con mandar suave.»

Y bien que en estos reinos de fortuna  
No se puede alcanzar bien sin mudanza,  
No hay en todo el creciente de la luna  
Un punto, ó dure ó no, de mas privanza:  
Si á la enigma desdice en cosa alguna,  
Es no caber tal don en tu esperanza,  
Ni en Gila, si ya no es que desas suerte,  
De sí te echase para nunca verte.»

Garilo respondió, «cuanto se encierra  
Del dulce mando en el pesado oficio,  
Es en traje de paz sabrosa guerra,  
Y con voz de virtud honrado vicio:  
Que á los que hace dioses de la tierra  
Su quietud les ofrece en sacrificio,  
Y no es mas la grandeza del imperio  
Que honrosa sujecion y cautiverio.»

Y á lo que dices que en mi corto pecho  
Pensamiento no cabe y don tan grave,  
Quiero que sepas que en lo mas estrecho  
Este ancho mundo y otro mundo cabe:  
Y no es esta ambicion de mas provecho  
De lo que la fortuna ordena y sabe,  
Pues con trocar ó destrocar la mano  
Cabe mas que eso en el valor humano.»

De la aguda respuesta en lo arrogante  
Mostró el sabio español su ánimo altivo,  
Que no hay en su nacion pecho importante  
Que un pensamiento igual no tenga vivo:  
El mas humilde en sangre, el mas distante  
De su humildad tal vez en rostro esquivo  
Desprecia, y á pesar del parto inmundado  
Hijo se hace del sol, que es sin segundo.

Esta manera en pláticas sabrosas  
Dulces porfias levantan y cuestiones,

Los unos de unas, y otros de otras cosas,  
Sus discursos fundando y sus razones;  
Hasta poner las penas amorosas,  
Fortuna, entre la cuenta de tus dones,  
Como si á amor ser ciego no bastara,  
Sin que un ciego furor le gobernara.

Quien á tal opinion dió fundamento,  
No es posible que fuese enamorado,  
O si lo fue, lo fue de cumplimiento,  
Por algun caso de interés forzado;  
Pues el fruto de un claro entendimiento  
Y la eleccion de un gusto regalado,  
Hizo de la fortuna don escaso,  
Que no da bien ni mal sino es acaso.

Orlando, ya después que en largos cursos  
Sobre el don altercaron de Garilo,  
Conformándose que eran los recursos  
De su viaje buscar la fuente al Nilo,  
Cuando salian ya á nuevos discursos,  
El al presente así le anuló el hilo:  
«Todos han dicho, dijo, y yo podria,  
Si entre tanta opinion cabe la mia.

Y tú, villano, si á los varios casos  
Que en sumario discurso has referido,  
Y de tu vida á los mudables pasos  
Con atencion hubieras advertido,  
Mas claro los favores mas escasos  
A tus enigmas dieran el sentido,  
Y el oráculo allí vieras mas cierto  
Entre tus mismas cosas descubierto.

Y si la fama que á tu Gila has dado  
Pintando su beldad no es ingeniosa,  
En el don que ha pedido se ha mostrado  
No menos avisada que hermosa:  
Buscar lo que te falta te ha mandado,  
Mira tú si te falta alguna cosa,  
Y esa misma le lleva, que sin falta  
Ninguno busca lo que no le falta.

A burla de tu enigma delicada  
Parece mi respuesta dirigida,  
¿Qué voluntad habrá tan ajustada,  
Que no le falte ó sobre la medida?  
¿Qué suerte tan perfecta y acabada  
Saldrá sin un azar en esta vida,  
Donde cuando mas rico estés de bienes  
Hallarás que te faltan mas que tienes?

Pues si todo su bien por este modo  
La fortuna lo da al mas bien librado,  
A quien le tiene ya dado del codo,  
¿Con qué podrá dejarlo remediado?  
Sino decimos que en faltarle todo  
Le sobre todo el bien á un desdichado,  
Y en no tener felicidad alguna  
Tenga ganado el juego á la fortuna.

Mas si se ha de entender de alguna suerte,  
Y tu demanda tiene algun sentido,  
Ya que en vida falaz sujeta á muerte  
Ni entre bienes de tierra hay bien cumplido,  
El mas rico, mas dulce, y de mas suerte,  
De todo mortal gusto apetecido,  
Es el que falta en tí, y á veces falta  
Al que en fortuna echó raya mas alta.

Y aunque buscar sin el feliz contento,  
Buscar en ciega noche el sol seria,  
Suele tener tan flaco fundamento,  
Cual le tiene la causa que le envia:  
Y el bien que al irse hereda el sentimiento,  
Es no haber visto el rostro á la alegría  
Mas que para martirio á la memoria,  
Quedándole del bien sola la historia.

Pues aunque esté conforme á su hechura  
Es como los demás de poco asiento,  
Por aquel breve tiempo que nos dura  
En nada halla estorbo nuestro intento:  
Todo con su presencia lo asegura,

Enfrena el mar y desenfrena el viento,  
Y de tanta deidad es su cadena,  
Que á veces la fortuna misma enfrena.

Cuanto sujeto á tiempo y á mudanza  
Se ve en el claro espejo de la luna,  
Cuanto cabe en deseos y esperanza,  
Esta es en dispensarlo sola una :  
Es la medida, el peso, y la balanza  
Y fuente de los bienes de fortuna,  
Y aun suele subir tanto su creciente,  
Que es la fortuna arroyo de su fuente.

Es su nombre Ventura, y su ejercicio  
Colmar de bienes al deseo humano,  
Levantarnos las cosas de su juicio  
Hasta darles renombre soberano :  
Dorar con nombre de virtud el vicio,  
Y en solo andar colgado de su mano,  
No darás tropezón ni desatino,  
Que no te haga adelantar camino.

La sangre, las riquezas, el imperio,  
Y todos los demás bienes colmados,  
Son infamia, pobreza y vituperio,  
Sino vienen con esta acompañados :  
Libertad sin ventura es cautiverio,  
Los cautivos con ella libertados,  
Y es tal que pudo y puede entre mortales  
Sacar males de bien, y bien de males.

Sola esta en el discurso de tu historia  
Si bien lo consideras te ha faltado,  
Esta en infierno convirtió tu gloria,  
Y de una muerte en otra te ha arrojado :  
Esta pues busca, y halla, y de la escoria  
Te volverá el crisol oro acendrado,  
Y sin mover el pié ni alzar la mano  
Harás jornada, y llegarás temprano.

Al fin del bien humano es los extremos,  
Y aunque en esto no duda, todavía  
Contar quiero una historia, en que veremos  
Con su estraña verdad clara la mía :  
Todas las cosas que en el mundo vemos,  
Cuantas se visten de la luz del día...»  
Así Orlando empezó, mas yo á Bernardo  
Mi pluma guio, y tuerzo el vuelo tardo.

Que ya le veo en el galeon persiano,  
Vencido el rey, y Angélica robada,  
Triste, aunque victorioso, que es villano  
Quien del ajeno mal no siente nada :  
Curó al rey las heridas de su mano,  
Apaciguó la gente alborotada,  
No siendo menos blando que robusto  
El que antes fue verdugo de su gusto.

Y no sabiendo para cual derrota  
Las velas amurar al tardo viento,  
Que en crespas olas con tibieza brota  
Del cristalino y húmedo elemento,  
Desde la gavia al Sur no muy remota  
Una isla vieron de agradable asiento,  
Que llena desde lejos se figura  
De agradables florestas y frescura.

Parece alegre sitio acomodado  
A curar al rey persa sus heridas,  
Y que el vencido pueblo destrozado  
Las fuerzas cobre entre el temor perdidas ;  
Y ver si halla también puerto poblado,  
Donde de aquellas playas no sabidas,  
Isleño natural, ó gente estraña,  
Navío le flete en que volverse á España.

La errada proa el práctico piloto  
Al punto á sus cercanas playas vuelve,  
Y de comun consentimiento y voto  
La blanca costa en que surgir desvuelve :  
Salta la chusma, crece el alboroto,  
Suenan el ruido, y el clamor revuelve  
Quebrado en ecos por las altas rocas,  
Que azotan los delfines y las focas.

Salió á reconocer Glauro la tierra,  
Gran piloto y cosmógrafo persiano,  
A quien Planco obligó á seguir la guerra  
Por haber muerto á Periarcon su hermano :  
Este subió á la cumbre de una sierra,  
De adonde descubrió un florido llano,  
Y en la mar en la punta de un bajo  
Destrozos de una barca y de un navío.

A la orilla de un rio entre las flores  
Sobre un pequeño monte vió enredada  
Una humilde chozuela de pastores  
Antigua al parecer y despoblada,  
Desiertos los demás alrededores,  
Y al esconce del cerro una ensenada  
Playa figura y abrigado puerto,  
Entre una selva y un peñasco abierto.

De la áncora mordaz el corvo diente  
Firme agarró por el arena blanda,  
Saltó Bernardo en tierra, y diligente  
Al rey llevar mandó de la otra banda,  
Y un rico pabellon resplandeciente,  
Por el mucho oro y perlas plantar manda,  
Sobre arrimos de plata y argollones  
En que repose, y curen sus pasiones.

Y en tanto que se planta y adereza,  
Con corvo arco pasó tras un venado  
Del bosque inculco la áspera maleza  
A la vecina cumbre de un collado,  
Donde una humilde choza alzar cabeza  
Vió alegre, y aunque sola halló á un lado  
Unas armas y escudo, y recién hecho  
De yerba y flores un pintado lecho.

Púsose á atalayar desde la puerta  
A un lado y otro, cuando junto al rio  
Un hombre vió venir por la encubierta  
Que al sol hacia el páramo sombrío,  
Flaco, místico, sin tez, la color muerta,  
Aunque gallardo en el semblante y brio,  
Que hacía Bernardo en viéndolo se vino,  
Y él á encontrarlo le salió al camino.

Solidáronse áfable y cortesmente,  
Y humilde el español pidió al isleño  
Si lo sabe le diga de la gente  
De aquella isla florida, y de su dueño :  
Si es desierta ó poblada, si al presente  
Sabe en ella lugar grande ó pequeño  
Donde curar un caballero herido,  
Que allí fortuna le arrojó perdido.

«Señor, dijo el isleño, esta ancha tierra  
Toda es de suelo y clima desdichada,  
Un mar profundo y áspero la encierra,  
Desierta en lo demás y despoblada :  
Y si algo habita aquí en discordia y guerra  
Es á mi parecer gente encantada,  
Que en fantasmas y bultos inhumanos  
De noche cruza por los aires vanos.

Poco ha que la fortuna desdeñosa  
Su arena hizo estampas de mi huella,  
Con un viento y borrasca peligrosa  
Que armó en el aire mi contraria estrella,  
Quedando yo en su playa pedregosa  
Vivo para morir despacio en ella,  
Que á quien como ahora á mi se muestra brava  
Por no acabar sus males no le acaba.

Otro mancebo se salió conmigo,  
Los demás sorbió el mar por sus riberas,  
Y este sin culpa mas que ser mi amigo  
Ya por los montes es manjar de fieras,  
Que solo basto yo para testigo  
De su inconstancia, y los que mas de veras  
En su rueda midieron altibajos,  
Ni se vieron tan altos ni tan bajos.

Es de mi vida larga la tragedia,  
Y tal que amarga aun el contar la historia,  
Que mientras un dolor no se remedia,



Siempre es pesada y triste su memoria :

Vamos á ver tu herido, que en la media

Ladera deste monte, si en mi gloria

Mi seso no quedó tambien deshecho,

Una yerba he notado de provecho.

Y aun segun de tus armas las señales

No á ti te dañará el precioso pisto,

Remediará siquiera agenos males,

Quien ya los suyos sin remedio ha visto,

Dijo : y Bernardo con palabras reales

Las gracias rinde, y él en paso listo

A toda diligencia va, y revuelve

Mil yerbas, y una entre ellas coge, y vuelve.

Llegaron á la playa, y en su lecho

Al rey de Persia hallaron desangrado,

Que en la mudanza y ejercicio hecho

Se habian las rojas llagas reventado :

Mostró el médico allí su hidalgo pecho,

Y de la yerba el bálsamo preciado

Mitigando el dolor de las heridas,

Que las dejó á dos curas guarecidas.

A los demás heridos de su mano

Curó en término hidalgo y modo afable,

No obstante que traia el rey persiano

Consigo á Eleno, medicó intratable,

De manos cruel, y corazon villano,

Y demás de ser áspero y mudable,

Mas erres tuvo al grado y mas errores,

Que Roma y sus primeros fundadores,

Pero el favor que donde quiera manda,

Mandó que sabio y acertado sea,

Que la salud si el mal se le desmanda

Dios la da sin que el médico lo vea :

Ni el fuego aprieta, ni el aceite ablanda,

Si él no da la virtud, ni nadie crea

Que la purga le mate, ó le dé vida,

Sino es la eterna ordenacion cumplida.

Esto es del vulgo, y del que hizo á Eleno

Por favor protomédico persiano,

Que nadie ignora que contra el veneno

La triaca halló el saber humano :

Y una yerba el isleño entre aquel heno,

Con cuyo jugo, y su prudente mano,

Por naturales terminos regidos

Al rey sanó, y á los demás heridos.

Agradó tanto al valeroso godo

Del esculapio nuevo la cordura,

El trato afable, el cortésano modo

De sales lleno, y grave compostura,

Que deseo de saber del todo

De su vida el suceso y la ventura,

Que en dolor vivo y esperanza muerta

Le echó en parte tan áspera y desierta;  
 Un día al delgado viento de la playa,  
 Sobre una roca en que la mar batía,  
 Y al resurtir en una corva raya  
 La blanca espuma aljófoces bullia,  
 Sirviendo á sus cristales de atalaya,  
 Y haciendo dellos mas alegre el día,  
 Puestos los dos entre el peñasco fijo,  
 Así al isleño el español le dijo:  
 «Las muchas partes que el valor descubre  
 En las noblezas de tu fiero pecho,  
 Y la sabia prudencia que en él cubre  
 El dolor fiero en que le traes deshecho,  
 Cuanto con tu recato mas se encubre,  
 Tanto mayores cosas del sospecho,  
 Y hallo en sus señales y costumbres  
 De un hidalgo español claras vislumbres.  
 Sácame desta duda, y pueda ahora  
 Contigo algo el amor que en mí has hallado,  
 Dime de la fortuna burladora  
 Las varias vueltas con que aquí te ha echado:  
 Cuéntame en fin tu vida, y su mejora,  
 Si alguna en esperanzas te ha quedado,  
 Y cree si aquesto mucho te parece,  
 Que ya lo que te estimo lo merece.  
 Y mas te juro en fe de caballero,  
 Que jamás por mi culpa te arrepientas  
 De haberme hecho este gusto, con que quiero  
 Que solo el tuyo en mis intentos sientas:  
 Y si en los tuyos puede un verdadero  
 Amigo aprovecharte, me consientas  
 Que ocupe yo el lugar del que te falta,  
 Pues no la hay en mi amor ni en fe tan alta.»  
 Dijo, y el noble isleño entre no poca  
 Confusion se halló corto y atado,  
 Oyendo al caballero de la Roca,  
 Que así el bravo español era llamado:  
 Es fuerza obedecer por lo que toca  
 Dar gusto al que es de todos adorado,  
 Mas halla sus discursos tan extraños,  
 Que no los contará en un siglo de años.  
 Admirase tambien que en su pregunta  
 Le llamase español por alabanza,  
 que en tan tierno sugeto se hallé junta  
 Con tan grande braveza tal templanza:  
 Al fin aunque ni entiendo ni barrunta  
 Que sea quien es, conoce en su crianza  
 Que es digno de que en todo le obedezca,  
 Y que él lo mismo que le ofrece ofrezca.  
 Y así le respondió, q'ues que no puedo  
 A tan nueva merced dar recompensa,  
 Ni á las obligaciones en que quedo  
 Pagar sin le hacer notoria ofensa,  
 Con referirle el espantoso enredo,  
 Y aquella nube de peligros densa  
 Que aquí me despenó en eterno luto  
 Te habrá pagado mi alma su tributo.  
 Es España mi patria, y en España  
 El reino de Leon, y allí Abiados,  
 Un castillo en que al pié de una montaña  
 El rey Froyla nos dejó heredados:  
 De los inclitos condes de Saldaña,  
 De aquellos cuatro tengo dos costados,  
 Los otros por mi padre don Ramiro  
 Son de la sangre real de Gundemiro.  
 Es mi nombre Gundemaro, y yo todo  
 De la nobleza montañés nacido  
 Criado en el palacio del rey Godo,  
 Y de su corte y del favorecido,  
 Hasta que el tiempo por extraño modo,  
 De mi enemiga estrella compellido,  
 Mudó el curso feliz, y ya impedida  
 Su corriente trocó la de mi vida.  
 Ya por tres veces la inconstante lumbre,  
 Que desde el primer cielo el mar revuelve,

Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,  
 En plata el oro de sus cuernos vuelve;  
 Y otras tantas Faeton de su vislumbre,  
 Le bañó el hueco rostro, que desvuelve  
 De las tinieblas los ocultos casos,  
 Y en los hurtos de amor medrosos pasos.  
 Despues que ausente á la asturiana corte  
 Al curso voy de mi contrario sino,  
 Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,  
 Y aquí y allí sin rumbo ni camino:  
 Fuera de estilo, y de hallarle córte  
 De mi vida al confuso desatino,  
 De una desgracia en otra, y de una en una  
 Esprimimentando azares de fortuna.  
 Por la ambicion francesa el rey de Asturias,  
 Que es mi rey, está en grave estrecho puesto,  
 Contra cuyas montañas las tres furias  
 Han conmovido de la tierra el resto;  
 Y á mí tambien del tiempo las injurias  
 Traído me han á este escondido puesto  
 Por la misma ocasion que un desdichado  
 Hasta el ageno mal halla á su lado.  
 Despachó embajadores el rey Casto  
 A los circunvecinos reyes Moros  
 Por favor de dineros, que al gran gasto  
 De la guerra son cortos sus tesoros:  
 Mas para que sin fruto el tiempo gaste  
 En cuentos largos de rodeos sonoros,  
 Si al ancho curso de la pena mia  
 Cualquiera tiempo es corto, y breve el día?  
 Fue destas embajadas mia la una  
 Al toledano rey, y al de Granada,  
 Y ocasionada dellas mi fortuna  
 La suya comenzó con mi jornada:  
 Llegué á Toledo, y mi creciente luna,  
 Allí de dicha y de favor colmada,  
 A menguar comenzó por el camino  
 Que luego hice al reino granadino.  
 Supe que al rey en una alegre caza  
 Robó su Doralice un jayan fiero,  
 Y que á una fuerte inspugable plaza  
 La llevaba con solo un escudero:  
 Juzqué el poner en socorrerla traza  
 Precisa obligacion de caballero,  
 Y hacer al rey y al reino mas proprio  
 Con la nueva ocasion de tal servicio.  
 Dejé mi gente, y tras la justa empresa  
 Por la espesura entré de una montaña  
 Perdíme por tomar una atraviesa  
 Con la ignorancia de la tierra extraña;  
 Y de una selva en otra, y desta en esa,  
 Cruzando á tienta el monte y la campaña,  
 Sin camino, sin senda, ni sin guia  
 A Málaga llegué perdido un día;  
 Donde de una galera de corsarios  
 Que echó á la costa un áspero Levante,  
 Y del furor del tiempo y sus contrarios  
 No quedó dellos vivo hombre importante,  
 Entre otras presas y despojos varios  
 Que dió y quitó la mar como inconstante,  
 Fue una cautiva hermosa á maravilla,  
 Que cual perla oriental salió á la orilla.  
 Y sin ser su riqueza conocida  
 De la codicia bárbara insaciable,  
 En almoneda pública traída  
 Se puso en precio el suyo inestimable:  
 Y en pujas y pregonos distraída  
 La beldad se vendió mas agradable,  
 Que en cuanto alumbra el sol, y el mar encierra,  
 El cielo puso á vistas de la tierra.  
 Una honesta y bellissima doncella,  
 De luces llena y varios respandores,  
 Rodeada al cuerpo un almalfá bella  
 De un rico zarzahan de mil colores:  
 Su cara un cielo de beldad, y en ella

Mas gracias que hay en el verano flores,  
El cabello que al ébano escedia  
Mas blanco el cuello de marfil volvia.  
Unos rasgados ojos, que en mi alma  
Dos ventanas rasgaron á su gloria,  
Con dos arcos de amor al triunfo y palma  
Con que le dió en la mano la victoria:  
Su bella frente aquesta playa encalma,  
El viento que la bulle mi memoria,  
Y los labios y dientes de su boca  
El coral y las perlas desta roca.

Al cuello humilde una cadena floja  
Los vergonzosos ojos en el suelo,  
Las dos mejillas que con perlas moja,  
De la color del rósicler del cielo:  
De dolor traspasada y de congoja,  
Y yo de compasion y de recelo,  
Lo que allí obró en mi alma su fatiga  
La piedad dejo que por mí lo diga.

En pregones todo esto se vendia  
Al tiempo que llegaba yo á la feria,  
Y el corazon que sin temor venia  
A dar conmigo en la última miseria:  
Quedé ciego en la luz que muerta via,  
Juntóse á mi dolor nueva materia  
Con verme pobre, que en cualquiera paso  
Hace ser rico un hombre mucho al caso.

Via venderse todo mi tesoro,  
Yo sin caudal ni crédito en la plaza,  
Y que el dinero de un plebeyo moro  
A eterna servidumbre le amenaza:  
Vendí mis armas y unas piezas de oro,  
Que hicieron de mi amor alarde y plaza,  
Y con dos mil zeques por esta via  
Di libertad á quien quitó la mia.

Bella cautiva, me llegué y le dije,  
Noble prision de honrados corazones,  
Si á quien nació para prender le aflige  
Verse sujeta á bárbaras prisiones,  
Y ese gallardo corazon que rige  
Del gusto el reino, y del amor los dones,  
Está en su libertad, yo sin ninguna,  
Que así trueca sus suertes la fortuna.

Si mi pobreza á por tu tesoro,  
Tambien por tu rescate un reino diera,  
Solo me queda esta cadena de oro  
Para enlazar tan bella prisionera:  
Así dije, y quitando la del moro  
Puse la mia y ella por defuera  
El bello rostro del color mas fino  
Que abre en la rosa el aire matutino.

Fuese tras mí despues de asegurada,  
Que solo con lo hecho pretendia  
Ponerla en noble libertad honrada,  
Salva de toda fuerza y demasia:  
Y de mi trato y término obligada,  
Que es lo que amor hidalgo engendra y cria,  
Y satisfecha ya por mil maneras,  
Que no trataba engaños, sino veras;

Despues de haber con nuevo juramento  
En mí su honestidad asegurado,  
Y al recato y las trazas de su intento  
El secreto y prudencia encomendado:  
«Sabe, leonés, me dijo, estame atento,  
Que á mas que esto quien eres me ha obligado,  
Yo soy para morir en tu obediencia  
La triste Arlaja infanta de Valencia»

De Zulema sobrina, hija de Abdalla,  
Cuyo es el reino cordobés de hecho,  
Que el soberbio Aliatán usurpa y halla  
Que viene á su ambicion corto y estrecho:  
Mató á mi tio en una cruel bata,  
Y á mi padre quitó todo el derecho,  
Y hoy apretado del poder tirano  
Solo gobierna el pueblo valenciano.

Deste soy hija, y de Algaycel hermana,  
Un valiente y gallardo sarracino  
Del cetro y la corona valenciana  
Y el reino cordobés sucesor dino  
En cuya compañía una mañana  
Saliendo á caza al bosque mas vecino  
Del castellano Júcar en la boca  
Con que al sucreño golfo besa y toca;  
Fuese toda la gente repartida  
Tras varias cazar por el monte espeso,  
Y yo tras una cierva entretenida  
Que levantó el ladrado de un sabueso:  
Gran rato anduve sin sentir perdida  
Cuando la suerte de mi hado avieso  
A la playa del mar me sacó sola,  
Cual perdido bajel entre ola y ola.

Fui á dar sin ver por donde en la celada  
De una enemiga fusta de cristianos,  
Que de unas cañas dulces amparada  
Cruzaba del rio Júcar los pantanos;  
Donde de su violencia arrebatada,  
Con el suceso y con la presa ufanos,  
Temerosos quizá del enemigo,  
Libres se hicieron á la mar conmigo.

Yo por asegurar que su violencia  
Algo en agravio de mi honor no trate,  
Quién era dije á todos en presencia,  
Prometiéndolo á cada uno gran rescate,  
Mirándome con nueva reverencia,  
Y dando en ello trazas un debate  
Así se ocasionó entre dos villanos,  
Que de lenguas vinieron á las manos.

Fue creciendo el enojo de manera  
Sobre quién mi persona guardaria,  
Que espada no quedó ni vida entera  
De cuantas antes el sacín traia:  
Vino la noche tenebrosa y fiera,  
Creció la mar y el viento, y cuando abria  
La luna su ventana en el Oriente  
Dió otro barco en el nuestro de repente.

Saltaron dentro algunos, y admirados  
De la espantosa mortandad sangrienta  
Ya en su primer temor asegurados  
De solos mis despojos hacen cuenta:  
Cuando el viento mas grueso en mas linchados  
Tumbos la mar parió ciega tormenta,  
Dividiendo el rigor del turbio charco  
Los presos bordos de uno y otro barco.

El mio aquella noche y otro dia  
Con el viento y la mar fue porfiando,  
La costa huyendo que de lejos via  
De espuma y arrecifes blanqueando:  
Pero ya al tiempo que la luz salia  
Entre pardos celajes, trastornando  
Arbol, velas y entenas, dió el navio  
Deste muéll en la punta de un bajio.

De seis que dentro echó el furor en vano  
Los tres huyeron del perdido leño,  
Los otros degolló el vulgo liviano,  
Que por esclava á tí me dió en empeño:  
Y aunque al principio el trato fue viliano,  
En darme hicieron tan honrado dueño  
Que adore de fortuna el desatino,  
Pues no tuvo tal bien otro camino.

Ahora querria, señor, si atí te agrada  
Que antes que aquí de nadie sea sentida,  
O por mar ó por tierra disfrazada  
A mi patria me vuelvas conocida,  
Que yo te doy palabra en fe de honrada,  
Que aunque me vea reina obedecida,  
En menos tenga el cetro, y mas le huya,  
Que el titulo y blason de esclava tuya.»

Así mi bella valenciana dijo,  
Y yo de nuevo puesto en mil cuidados,  
De alegre sobresalto y regocijo



En verlos sin pensar bien empleados,  
Hacer el viaje por la mar elijo,  
Y en un ligero bergantín anciano  
A cuenta y riesgo de un anciano moro,  
Y cien cequíes de una cadena de oro.

Al tiempo que en las puertas del Oriente,  
De azucenas y rosas coronada,  
La aurora rompe el velo transparente,  
Que la luz de oro en sí tiene guardada,  
El barco á vela y remo diligente  
La punta dobla de trofeos sembrada  
Que á la torre de Vélez hurta el viento,  
Y á ella la mar su carcomido asiento.

Y con el fresco soplo de un lebeche,  
Que embistió en popa la latina vela,  
La corva playa de la mar en leche  
Ligero pasa y engolfado vuela:  
Y sin que el viento el lleno lienzo estrecho  
A Almuñecar descubre, cruza, y cueña  
Por su abrigado puerto puesto enfrente,  
Seguro de los vientos del Poniente.

A Salobreña y á Motril dejamos  
Hirviendo su arenal en blanca espuma,  
Y tras el sol y el día nos entramos  
Por Castilferro, y antes que consuma  
Su soplo el aire al alba despertamos  
Encima las roquetas, y allí en suma  
Dimos á nuestro curso cristalino  
Tres veces treinta millas de camino.

Echóse el aire al levantarse el día,  
Por mostrarnos de espacio la frescura  
De los bellos jardines de Almería,  
Y de sus palmas la rayada altura:  
De Nicia la preciosa pedrería,  
Que como el cielo con la noche oscura,  
Por su playa y collados centellea,  
Y al sol convida que en su luz se vea.

Calmó ya aquí de todo punto el viento  
Entre el Algayda y sus floridos ramos,  
Y por gozar del agradable asiento  
Una caleta de la mar buscamos:  
Acabó aquí su curso mi contento,  
Y el viaje que conformes comenzamos,  
Aquí perdí mi bien, de aquí mi hado  
La tragedia empezó, que aun no ha acabado.

Hambroz, un fiero bárbaro arrogante,  
Que degolló á Toledo su nobleza,  
Y en favor de Aliatan puso en levante  
La tierra en riesgo, el reino en estrechez:  
Desde la fortaleza de Alicante  
Con fustas espantaba y con braveza  
El mar de España, y la desdicha mia  
Surto en Algayda le halló aquel día.

Fue á dar nuestro bajel en la encubierta,  
Donde entre flores retirado estaba,  
Y allí apenas su armada descubierta  
Huyendo el barco como entró tornaba:  
Mas no salta tan viva ni despierta  
Vivora altiva ni serpiente brava  
Tras el gazapo que en las yerbas siente,  
Como á la nuestra se arrojó su gente.

Cercaron el batel, fueños forzoso  
Hacer para mas daño resistencia,  
Mas contra un enemigo poderoso  
El escudo mejor es de paciencia:  
Yo sin armas, el trance peligroso,  
El pensar defendernos imprudencia,  
Al fin quedó nuestro poder rendido,  
Preso de nuevo Arlaja, y yo herido.

Conocióla el corsario y como amigo  
Y vasallo en caricia cortesana  
Humilde y grave la llevó consigo  
A un bello y rico estrado de oro y grana  
Que si era hija de Abdalla su enemigo  
Tambien de su rey era prima hermana,

Y aunque los reyes sigan sus rencores,  
Siempre son los demás sus inferiores.

Admiróse de verla en tal estado,  
Supo el suceso y luego determina,  
En ligerobatel de oro entoldado  
Enviarla en pompa á su grandeza dina:  
Yo sin provecho herido en un costado,  
Privado del vivir por medicina,  
Quedé con el corsario el gusto en calma,  
Y por sanar el cuerpo muerta el alma.

No quiso Hambroz por causa de la herida  
Que en compañía de la infanta fuese,  
Como si fuera remediar la vida  
Hacer que ausente de mi bien muriese:  
Díóle su fe, que en siendo guarecida  
La llaga, y que en mejor salud me viese,  
Con aparato y real magnificencia  
A su servicio me enviará á Valencia.

Con esto me quedé, y la bella Arlaja  
Pasó antes de embarcarse por mi lecho,  
Donde con tiernos ojos, y voz baja,  
«A Dios, dijo, tesoro de mi pecho,  
Mira por tu salud», y aquí le ataja  
La lengua un nudo de congojas hecho,  
Y el corsario tambien que á verme vino,  
Y á embarcar á la Infanta de camino.

Fuese, y quedé con la esperanza á solas  
Luchando entre temores y sospechas  
Engolfada en memorias, cuyas olas  
En un ausente son tristes endechas:  
Colgado el gusto y la salud de solas  
Las dos palabras últimas, deshechas  
En bálsamo de amor, que la herida  
Sanó al cuerpo, y al alma dió la vida.

De Algayda hizo el moro por la costa  
Al descuido importantes correrías,  
Hasta que al puerto y su canal angosta  
De Caridemo que robó esos días  
Sus desdichas llegaron por la posta,  
Y á dar triste remate en sus porfías  
La armada Berberuz, otro corsario  
Que en Córdoba es de Hambroz bando contrario.

Seguia la parte y opinion de Abdalla  
En aquella reñida diferencia,  
Encontró la ocasion yendo á buscalla,  
Y puso en no perdella diligencia:  
No venia el fiero Hambroz á dar batalla,  
Sino solo á meter gente en Valencia,  
Que los cristianos se decia por cierto  
Que con su armada estaban de concierto.

Y que un rico convento que tenia  
La iglesia del gran mártir San Vicente,  
Darles el murolibre pretendia,  
Y meter dentro en la ciudad su gente:  
Hizo reseña allí, y aunque la via  
En número inferior no en ser valiente,  
Ni humilló el brio, ni perdió el decoro,  
Que es hidalgo, y de Córdoba, aunque moro.

Pelearon con crueldad ambos corsarios  
Sin sentirse al principio mejoría,  
Que en trances de armas y sucesos varios  
Neutral fortuna su timon regia:  
Hasta que ya en favor de sus contrarios  
A Hambroz fue decreciendo con el día,  
Siendo aquel el postrero de su gloria,  
Y de Valencia el triunfo y la victoria.

Murió como valiente el africano,  
Y los suyos con él sin quedar uno,  
Yo preso, y tal me ví, que por mi mano  
Quise dar fin á mal tan importuno:  
Venia con el corsario valenciano  
El principe de Fez, con quien ninguno  
En gallardo, discreto y animoso,  
Si á competir llegó fue victorioso.

Este no sé por cual rigor de estrella

En la batalla se encontró conmigo,  
Y mudable en lugar de fenecealla  
De contrario cruel se volvió amigo:  
Dióme fortuna su amistad, y en ella  
Por un breve favor largo castigo.  
Que nunca sabe dar á un desdichado  
El bien cabal ni el mal sin ir doblado.

Así de Abenragel la amistad vino  
A ser nueva ocasión de desventura,  
Y tanto dió en quererme el sarracino,  
Que ya era mas que voluntad locura:  
En fiesta, en burla, en veras, de continuo,  
A cualquier hora, tiempo y coyuntura  
Había de estar conmigo, y sino estaba,  
En nada gusto ni contento hallaba.

Ya Berberuz su victoriosa armada,  
Al dulce son de la sonora trompa,  
Con que la fama suena sobornada,  
Su nombre invictó en grave aplauso y pompa,  
Por la mar de sus golpes asombrada  
Manda que el espólón sangriento rompa  
La vuelta de Valencia, donde vea  
En su triunfo el estruendo que desea.

Cobré la vida cuando supe cierto  
El fin de la batalla y la derrota,  
Y que iba ya en el Grao á tomar puerto  
Al son de mil clarines nuestra flota:  
Llegamos, y de lejos descubierta  
El real palacio, mi alma se alborota  
Con un muerto placer, tibia alegría,  
Que sus nuevas desdichas le advertía.

Y aunque sin gusto el corazón, y en duda  
Con el frio recelo que en él mora,  
Así en lenguaje muerto y habla muda  
Sus torres salva, y su muralla adora:  
¡Oh alcázar bello, cielo en quien se muda  
El vario curso de mi bien cada hora,  
Centro al deseo, blanco de sus tiros,  
Esfera donde vuelan mis suspiros!

¡En tí está la belleza en quien mis ojos  
Sus gustos empeñaron y alegría,  
Y el triunfo donde amor por sus despojos  
La libertad colgó del alma mía!  
¡Ricos palacios, fin de mis enojos,  
Sálveos el cielo, y con la luz del día  
En feliz vuelo vuestros techos de oro  
De gloria bañe, como á mí de lloro!

Así del veloz tiempo el curso humano  
Con agradables vueltas solicite  
A vuestras flores inmortal verano,  
Que á no morir jamás las resucite:  
Y desta playa el cristalino llano  
Con ricas perlas y coral visite  
Vuestros umbrales de oro, y á pié enjuto  
De lo mejor del mundo os dé tributo.

Que á mis gustos prestéis dulce acogida,  
Y á un extranjero fiel noble hospedaje,  
Que siendo tesoreros de mi vida  
Grave traicion será hacerme ultraje:  
Y á esa hermosa cautiva, á quien rendida  
Mi alma está en humilde vasallaje,  
Le deis nuevas de mí, digáis que vivo  
En fe de ser de su beldad cautivo.

Así decía yo en mi pensamiento  
Mientras el real bajel iba á dar fondo,  
Y el piloto sagaz al rumbo atento  
La áncora corva y el boyal redondo  
Apresta, y con la sonda mide á tienta  
El lugar mas seguro y menos hondo  
Donde surgir, y la demás canalla  
Salta en la arena en el lugar que halla.

Llévome el noble Abenragel consigo,  
Donde antes enviado el alma había,  
A ver al rey, y hablalle por amigo,  
Y la ocasión buscar de mi alegría:

Fue como suele el tiempo mi enemigo,  
Pues ni por esta ni por otra vía,  
En muchos dias que en su córte estuve,  
Ni órden de hablalla ni de vella tuve.

Mi amigo, á quien quizá en igual cuidado  
O poco menos mi desdicha puso,  
Y de la bella infanta enamorado  
El no poderla ver triste y confuso;  
Un dia por me dejar mas obligado  
A contarme sus males se dispuso,  
¡Estraño caso! que una misma suerte  
Me restauró la vida, y dió la muerte.

Contóme en suma el todo de su vida  
Sin pensar que tuviese parte en ella  
Que un año había la traía perdida  
Desvelado en servir la infanta bella:  
Y aunque era siempre aceda y desabrida,  
Al fin dejaba que pudiese vella,  
«Mas ahora, dice, está tan retirada,  
Que de sí misma y quien la ve se enfada.

Después que por descuido de su hermano  
En Júcar la prendió un corsario un dia,  
Y rescatada fue por un cristiano  
Que Hambroz quitó la vida en Almería:  
Nunca el alegre rostro soberano  
El lustre ha dado en ella que solía,  
Con sus doncellas retirada vive,  
Que un muerto gusto en nada le recibe.

Deseo, pues ya como solia no puedo,  
Del dulce bien gozar que ausente adoro,  
Con la invencion de algun sutil enredo  
De mis males contarle el gran tesoro,  
Que lo que amor no pudo, quizá el miedo  
Causar podrá del importuno lloro,  
Trocando en algo aquel altivo pecho  
De blanda nieve y pedernales hecho.»

Así el de Fez envuelto en su cuidado,  
Y fuera de los míos me contaba  
De su mal lo presente y lo pasado,  
Y contra mí de mí se aconsejaba:  
Había un sarao y música trazado,  
Y viendo que la infanta se escusaba,  
Trocó en darle una música el ornato  
De su real grandeza y aparato.

La plata de los cuernos de Diana,  
Ya envuelta en las cenizas del Poniente,  
Con los retintes de color de grana  
Tibia volvia su luz resplandeciente:  
Y entre el mudo silencio y sombra vana  
Sembraba el sueño olvidos en la gente,  
Y de la vía láctea el tesoro  
El aire obscuro de centellas de oro.

Cuando de Abenragel el aparato  
Salir la noche vió de su posada,  
En unas andas negras su retrato  
Con blanca gente en torno amortajada:  
Verdes las hachas, que de rato en rato  
Tristes gemidos daban, y sembrada  
De cometas la noche, parecia  
Primer retrato del postero dia.

Al ronco y triste son de mas cadenas  
Que del ataud colgaban enlutado,  
Entre las verdes luces, donde apenas  
Humo sus esperanzas se han tornado,  
Dos carrozas salieron, ambas llenas  
De bellisimas moras, que en trabado  
Coro sonaban varios instrumentos  
De suave son, y consonos acentos.

Arpas, vihuelas, órganos, ríeles,  
Clarines, chirimías y trompetas,  
Flautas, dulzainas, cítaras, rabeles,  
Sonajas, cornamusas y cornetas,  
Y otras varias pandorgas y tropeles  
De consonancias y armonías perfetas,  
Que en música suave y acordada

Todo una gloria parecía trabada.  
 Y en un soberbio trono de brocado,  
 Sobre carro triunfal que en oro ardía,  
 De ocho unicornios de Africa llevado,  
 Con mayor luz que en el que sale el día,  
 De Arlaja el bulto al natural sacado,  
 De beldad lleno y magestad venia,  
 Con mil cupidos que en alegre vuelo  
 Cometas dan por flechas de oro al cielo.  
 De antiguos dioses en cadena de oro  
 Presos por mas grandeza acompañada,  
 A sus piés nueve musas, y el sonoro  
 Plectro de Apolo y citara dorada:  
 Yo esta figura hice en traje moro  
 Por darme á conocer en la jornada,  
 Y en esta pompa y magestad de espacio  
 Llegó el carro al terrero de palacio:  
 Donde un fúnebre mauseolo hecho

De artificiales juegos puesto á punto,  
 Al entregarle el enlutado lecho  
 Humo se volvi6 y sombra todo junto:  
 Y ya el ruido y su temor desecho  
 Con las tristes memorias del difunto,  
 La antes funesta llama, al recogijo  
 De música pari6 un alegre hijo.  
 Hubo mucho de todo, al fin entre esta  
 Folla de córte, en hábito de Apolo  
 Con ademan de entretener la fiesta  
 Una cancion canté en una arpa solo,  
 Por tal estilo y término compuesta,  
 Que en voz del abrasado mauseolo  
 Mis endechas floré, canté mi vida,  
 Y acusé una palabra mal cumplida.  
 No perdi6 punto Arlaja en la encubierta  
 Cifra que al disimulo se cantaba,  
 Que aunque no en los balcones descubierta



Entre sus damas disfrazada estaba  
 Puso fin á la fiesta el ver abierta  
 La ventana de la alba que apuntaba,  
 Que para gozar della antes del día

Sali6 en aquel mas presto que solia  
 En él al noble principe africano  
 La infanta envi6 á decir, que en todo habia  
 Estimado el regalo cortesano

Y que sin tantos gastos gustaria  
Oír sola la voz, la letra, y mano  
De la arpa pasada, y la hallaria  
Para esto en los balcones de su huerta  
Aquella noche sola, y encubierta.

Dejó ufano al de Fez la nueva gloria  
Del presente favor mal entendido,  
A mi lleno de gusto y vanagloria  
Hallar lo que temia haber perdido :  
Mas, ¡oh humana tragedia, en quien notoria  
La inconstancia descubre el mas cumplido  
De tus inciertos bienes, cuan á tienta  
Camina el hombre y va tras su contento!

Llegada la ocasion y hora pedida  
Por tantos gustos, aunque á varios fines,  
Solos los dos, la arpa prevenida,  
A hacer fuimos la ronda á los jardines :  
Donde la bella Arlaja entretenida  
Nueva belleza daba á los jazmines  
De un balcon apartado, que caia  
Al muro altivo que el vergel ceñia.

La sabia Ardelia, una gallarda mora  
Amiga suya en compañía con ella,  
Esta en viéndonos, dijo : «mi señora  
La infanta me mandó venir por ella  
A decirnos, señor, que por ahora  
No es posible hablaros, ni vos vella,  
Por cierto inconveniente, y caso justo,  
Que el paso le ha estorbado deste gusto.

Dice, que aunque hallarse en vuestra fiesta  
Su enfado lo estorbó, os esta obligada,  
Y así lo reconoce, y yo con esta  
Razon he hecho y dicho mi embajada.»  
Mi amigo Abenragel, viendo traspuesta  
La gloria que ya dió por alcanzada,  
Bien conoció que amor con la ventura  
Pocas veces se encuentra, y menos dura.

Respondióle con modo cortésano  
Hasta en su mismo agravio agradecido,  
«Mas que sentia haber traído en vano  
Quien á solo servirla habia venido,  
Que era aquel caballero castellano,  
Que á no ser tan discreto hubiera sido  
Tan grave falta causa de tenella,  
O en su amistad, ó en las firmezas della.»

Dicho esto, Ardelia por sagaz estilo  
Dando disculpas, y admitiendo cargos  
De mi supo quien era, cuando el hilo  
De las quejas quebró, y de los descargos,  
De la siempre dudosa parca el filo,  
Y haciendo breve suma en cuentos largos  
Su gloriosa esperanza trocó al fuerte  
Abenragel en triste azar de muerte.

### ALEGORÍA.

En el cuento de Garilo se muestra lo poco que aprovechan trazas, donde al ejecutar no tercia la ventura: y como la prudencia humana sin el favor divino entendido por la fortuna, es de ningun efecto. Todo lo cual se ve aun mas claro en los infortunios de Gundemaro.

### LIBRO SÉTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Gundemaro su historia, y acabase en un extraño encantamiento. Ferragnt despierta á los gritos de una doncella, que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el dia, y al fin á su vista le coge un villano, y se le lleva, y el encuentra una hermosa tienda donde le sucede una extraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabi, rey de Pamplona.

«¡Oh varios cursos de la vida humana  
(Gundemaro siguió) fines inciertos,  
Pesadas penas de alegría liviana,  
Dolores vivos de placeres muertos,

Alquimias y oropel en que devana  
Engaño el gusto, el tiempo desconciertos,  
Dulce esperanza, desvario eterno,  
Que prometiendo gloria dais infierno!

Corre tras sus manzanas Atalanta,  
Y solo el oro y no el engaño advierte,  
Febo tras Dafne hállala hecha planta,  
Anteon beldad que en ciervo le convierte :  
Vuela á poner Euridice la planta  
Sobre una flor, encuentra con su muerte,  
Vuelve su amante á verla, y su contento  
A un volver de cabeza es todo viento.

Tal es la suerte humana, y su firmeza,  
Y así anda el hombre tras su antojo á tienta,  
Encandilale el gusto la belleza,  
Corre tras el placer, halla el tormento :  
Midas en su oro hambres y pobreza,  
Faeton en su altivez abatimiento,  
A Abenragel y á mí por una senda  
Dieron buscando paz muerte y contienda.

Al tiempo que por término encubierto

A escusas suyas me iba declarando,  
Y afable Ardelia por un modo incierto  
En su amor y favores obligando :

Alfajardos, un moro sin concierto,  
Que el palacio real venia rondando,  
A quien Abenragel quitado habia

Los gustos de una mora en Berbería,  
Hizole el noble Gambedul privado

De Abdalla, y capitan de infantería,  
Hasta que á mas fortuna levantado  
A serlo de la guarda subió un dia :

Este de un furor loco arrebatado,  
Fantástico del cargo que regia,  
Que son las dignidades en efeto

Toque de los quilates del sugeto ;  
Soberbio en las pujanzas de su oficio,  
Con furia arremetió desordenada,

Y haciendo del celoso al real servicio  
Al príncipe pasó de una estocada :  
Cayó el jóven mortal, creció el bullicio

De la canalla vil alborotada,  
Que á las voces del moro alharaquiento  
En confuso tropel llegó sin tienta.

Mas no salió tan á su salvo el caso,  
Que antes que ser pudiese socorrido,  
De mil heridas desangrado y laso,

Sin vida ante mis piés quedó tendido :  
Sin que la furia popular un paso  
Perder me hiciese del recién caido,

Y muerto Abenragel, bien que pudiera  
Con la noche salvarme si quisiera.

Pero creció la gente y alboroto,  
Y medrosa la infanta de mi muerte,  
Que me rindiense manda, y por su voto

Las armas entregué, y troqué la suerte :  
Dime preso al alcaide Polinoto,

Que del alcázar real en lo mas fuerte  
De un cuarto, á un redoblado muro incluso,  
Entre cadenas lóbregas me puso.

Fué de la torre en el lugar mas bajo,  
Que mas negro aire, y menos luz tenia,  
Y por una escalera con trabajo

Para doblarse en él se descendia :  
Aquí solo quedé, y el que me trajo  
Por la infanta y Ardelia el mismo dia

A decirme volvió, que por valermé  
Juntas vendrian aquella noche á verme.

Llegó de la hora el tiempo deseado,  
Y habiendo despenado al carcelero,  
Bajar adonde estaba aprisionado,

Vi á media noche el alba y el lucero :  
Trocóse en cielo el sótano ahumado,

Mi mal en bien, mi pena en gusto entero  
Mis tormentos en gloria, y las prisiones

En cadenas de dulces eslabones.

Sacáronme del limbo dos deidades  
Que en la belleza parecían del cielo,  
Mas la fortuna, cuyas variedades  
Mis cosas llevan sin cansarse en vuelo,  
Mi bien trocó en tan tristes novedades,  
Que de no rematarlas me recelo,  
Que quiere un monstruo hacer en mí que pueda  
Ser centro de las vueltas de su rueda.

El príncipe Algaycel que en la belleza  
De Ardelia ardía, y su desden le helaba,  
Y entre zelos, temores, y aspereza,  
Muerto vivía, y sin dormir soñaba;  
Cuando de la escalada fortaleza  
Yo al cuarto de la infanta atravesaba  
Con ella de la mano, á él le traía,  
O su amor ciego ó la desdicha mía.

Iba á velar el sueño de su dama,  
O á despertar su muerte, y mi tormento,  
Que ni fortuna duerme, ni quien ama,  
Ni á un desdichado importa andar con tiento,  
Pues hasta los desvelos de otra cama  
A perturbarle vienen su contento:  
El príncipe llegó, turbóle el caso,  
De amor y honor herido á un mismo paso.

Era valiente y poco reportado,  
Y como tal arremetió furioso  
Con su alfange, y un manto de brocado  
Por reparo á mi estoque peligroso:  
Yo que venía bastante armado  
De semejantes casos receloso,  
Quien por contrarios ha de abrir camino,  
Con hierro es fuerza le abra de continuo.

Era cierto el perder honor y vida,  
O quitarlo sin culpa al enemigo.  
¡Lance extraño, desgracia nunca oída,  
Ni usada en tal rigor sino conmigo!  
Al fin él de sí mismo fue homicida,  
El cielo es juez, mi corazón testigo,  
Que si otra puerta en riesgo tal se abriera,  
Mil vidas por salvar la suya diera.

Mas la opinión de Arlaja, y la honra mia,  
Al valiente Algaycel dieron la muerte;  
¡Oh fortuna cruel, golfo sin guía,  
Suerte imposible que el tahir la acierte!  
Trocóse el fin, trocóse la alegría,  
Y las cosas trocáronse de suerte,  
Que ya no tuvo Arlaja por seguro  
Sin mí quedarse en el paterno muro.

A cuidado de Orbelio, un falso amigo  
De Ardelia, prevenido un barco estaba  
En la playa del mar, para conmigo  
De Barcelona hallar la costa brava:  
No se atrevió la infanta á ser testigo  
Del triste día que al rey se le acercaba,  
Ni quedar sola la otra mora bella,  
Ni Arlaja sin los dos, ni yo sin ella.

Y así por donde yo saliera solo,  
A no haber la desgracia sucedido,  
Los tres salimos, cuando encima el polo  
Bootes su media vuelta había cumplido:  
Y antes que el oro del pretal de Apolo  
El aire diese de ámbares teñido  
A la playa llegamos, y sin tiento  
Las velas dimos y esperanza el viento.

A Orbelio le contaron el suceso,  
Caso en todas maneras escusado,  
Que en cualquier trance próspero, ó avieso,  
Nunca el secreto pierde por guardado:  
Andaba el mar al embarcarnos grueso,  
El Grao gentil de un céfiro picado,  
Que en furioso levante se volvía  
De rato en rato al acercarse el día.

Descubriéron la luz lejos de tierra  
En una tempestad furiosa envueltos,

Que fortuna cruel por darnos guerra  
Traía los aires con la mar revueltos;  
Hasta que en los peñascos de una sierra,  
En blanca espuma y salitrales vueltos,  
En Denia el viento que en sus cuevas suena,  
Ya el barco roto nos echó en la arena.

Aquí murió del todo la esperanza,  
Siendo en humanas trazas imposible  
Librarse de la muerte, quien no alcanza  
Con ánimo inmortal cuerpo invisible:  
Que al rey ¿quién le estorbara la venganza,  
O le ocultara en caso tan horrible,  
Por breve senda, ó por rodeo prolijo,  
Al que su hija robó, y mató á su hijo?

Mas al abrigo que al cercano monte  
De una enroscada vuelta el cuerno hacia,  
Hurtando la mitad á su horizonte,  
En casa humilde un pescador vivía:  
Aquí cuando ya el carro de Faonte  
En el mar contrapuesto se hundía,  
De las olas y vientos arrojados,  
De alegre albergue fuimos amparados.

Era del pobre Amilcar la cabaña,  
Que siendo mercader dió en cortesano,  
Y con soberbia y ambición que engaña,  
Cuanto en logros juntó despendió en vano:  
Y ya gastado y viejo á esta montaña  
Entre redes le echó el tiempo tirano,  
Adonde en comedido vasallaje  
A nuestro barco dió nuevo hospedaje.

Descansando aquel día y el siguiente  
En la choza estuvimos recogidos,  
Sin saber de Valencia ni su gente  
Nada de los sucesos referidos:  
Que el proceloso viento mas se siente  
Por montes, que por valles escondidos,  
Y las nuevas de corte, y sus consejas,  
Cuando á los pobres llegan ya son viejas.

Volviéndose via el golfo mas tratable,  
Y Amilcar con mis dones obligado,  
Pasaje libre y compañía afable  
Me habia hasta Barcelona asegurado;  
Cuando de la fortuna el variable  
Timon de nuevo el mar dejó alterado,  
Y en las presentes cosas tal mudanza,  
Que no nos quedó un soplo de esperanza.

Tenia el pescador (extraño caso!)  
Por hija una bellísima doncella,  
Zorayda dicha, de valor no escaso,  
Que en su casa nació, ó se crió en ella:  
A esta el fácil Orbelio en fuerte paso  
Miró, y á amarla le inclinó su estrella  
Con tan ardiente amor, que fue bastante  
De leal volverlo en desleal amante.

Temió quizá el tormento de la ausencia  
Viendo acercarse ya nuestra partida,  
O que los alborotos de Valencia  
La hacienda le costasen, la honra, y vida:  
El fin en alevosa conveniencia  
Al huésped antes fiel dejó vendida  
Su honra, y todo mi bien, sin que se escluya  
La vida mia, y la que lo era suya.

Fueron á dar los dos traidoramente  
Aviso á Denia del suceso extraño,  
Mas la bella Zorayda diligente  
Los tratos entendió, sospechó el daño:  
Y por salvar la infanta de su gente  
Seis remeros tomó, y en dulce engaño,  
Mientras que en la fria noche ya vecina  
El falso Orbelio á su traicion camina;

Basteciendo conforme á la estrechura  
Del tiempo un barco que pescando andaba,  
Dentro nos puso, y ella mas segura  
Que el fijo norte que el timon guiaba:  
A vela y remo por el agua obscura,

Que crespas luces temerosas daba  
Al herir de los remos, é ir bogando,  
Ligera en alta mar nos fue engolfando.  
Cobró tan gran amor Zorayda bella,  
A la infanta, y de Orbeilo tal espanto,  
Que por medio de velle, y de no vella,  
A su casa dejó en amargo llanto:  
Temió del vario amante la doncella  
No hiciese en sus amores otro tanto,  
Que en vano se lamenta y llora el daño,  
Quien pudo y no escarmenta en el extraño.

Tambien, si ya esto no es sospecha mia,  
A un gallardo Leonés Zorayda amaba,  
Que disfrazado por su amor servía,  
En el humilde oficio que ella usaba:  
Este es el que al principio te decia,  
Que al vientre ayuno alguna fiera brava:  
Vivo aquí trasladó dicho Floriano,  
De Aurelio hijo, y de Adelgastro hermano.

La noche toda navegando fuimos  
A vela y remo, y cuando el alba abría  
En el Oriente de oro los racimos,  
De que se cuaja y se engrunalda el día,  
A Ibiza quedar por popa vimos,  
Y á Formentera dando el rumbo y guía.  
A Mallorca pasamos por de fuera,  
Entre el cabo de Palmas, y Cabrera.

Y dentro al Balearico metidos,  
Fortuna con sus vueltas ordinarias  
De nuevo comenzó roncós bramados  
De olas, vaivenes, y mudanzas varias:  
Los vientos de las nubes rebatidos  
Resuenan por las bóvedas contrarias.  
Del turbio cielo, y sus helados polos,  
Solo inmutable á nuestros ruegos solos.

Fuimos sin rumbo cierto algunos días,  
De un furioso Poniente contrastados,  
De un bordo y otro por diversas vías,  
Las velas rotas y árboles quebrados:  
Hasta que en medio de las ondas frías  
Crecer un día vimos los collados,  
Que por la cuenta y cómputo marino  
Son en Sicilia el cabo de Paquino.

Aquí ya en salvo puestos aferramos  
Entre el rojo coral el corvo diente,  
Y en tierra Floriano y yo saltamos,  
Buscando en ella algun poblado y gente:  
Y tanto el ciego bosque penetramos,  
Que andando un día perdidos, al siguiente,  
Cuando á la playa por el rio volvimos,  
Ni el barco surto ni su rastro vimos.

No lejos un batel bogando andaba  
Junto á la costa al desbravar del rio,  
Y un pobre viejo dentro, que pasaba  
La vida en él pescando á su albedrio:  
Este solo parece que esperaba  
A darnos tristes nuevas del navío,  
Y así se fue en cumpliendo con su oficio,  
Por dejarnos el barco y ejercicio.

Contónos este al fin (¡oh casos varios!  
¡Fortuna incierta, laberinto extraño!)  
Que de un navío cretense de corsarios  
El nuestro presa fue y triunfo lozano:  
«En Creta hay sacrificios ordinarios,  
Donde al altar de un ídolo inhumano  
Deguellan cada mes una doncella  
De las que en corso prenden la mas bella.»

Por aplacar la fuerza de Mercurio,  
Patron de los isleños mercaderes,  
De Júpiter y Maya hijo espúrio,  
Autor de embustes, nuevas, y placeres  
Desde el golfo Carpacio al mar Ligurio  
Busca para su altar bellas mujeres.  
El cretense falaz de engaños lleno  
Tal que para ser malo solo es bueno.

Ciertos piratas destos dieron saco  
A Furno aquí, y á Módica adelante,  
Y el bajel vuestro en resistencia flaco  
Para alijar el suyo fue importante:  
Mas tres beldades que en su seno opaco  
Hallaron, la menor será bastante  
Para aplacar su dios, y que allí acabe  
La injusta pena de rigor tan grave.

Que en venganza á la muerte de una dama,  
Que lo era del que riges el caduceo,  
Si ya no fue algun incubo, que en fama  
Del falso dios trazó ese devaneo:  
De una peste cruel la ardiente llama  
Así el reino ha abrasado al rey Tifeo,  
Que todo en él camina á un fin violento  
Muerta la reina, el hado aun no contento.

Y es entre el rudo vulgo opinion cierta,  
Que hasta ser en su altar sacrificada  
Otra beldad mayor que fue la muerta,  
Ni él contento estará, ni ella vengada.  
Así el barquero dijo, ¡oh suerte incierta!  
Ni buena en duda, ni mejor hallada:  
Pues hasta los que tales cosas nos cuentan  
Considera, señor, cuales quedamos.

Los que á este paso sin pensar llegamos.  
Saltó el viejo en la playa, y mas ligero  
Que del presto lebrél huye el venado:  
Por el bosque se entró, y mi compañero,  
En el barco que vió á la orilla atado:  
Yo entré tras él con prodigioso agüero  
De una nube de fuego rodeado,  
Que si en tierra se pierde la ventura,  
Buscarla por la mar será locura.

A bogar comenzamos con los remos  
Cada uno por su parte, y de la orilla  
Apenas se escondieron los extremos,  
Y del cerro de Espaca la cuchilla:  
Cuando el navío cretense volar vemos,  
Llevando á jorro el nuestro de trailla.  
Y como si ya todo fuera hecho  
El dolor nos templó, y alegró el pecho.

Duró aquella esperanza, y su alegría,  
Lo que la luz duró de aquella tarde,  
Que ella, el gusto, mi bien, la luz y el día,  
Todo á un tiempo murió: solo el cobarde  
Pecho muriendo vive todavía,  
Y en fuego eterno de memorias se arde,  
Que en fuego me embarqué, y en fuego vivo,  
En medio el yelo de mis muertes vivo.

Creció con las tinieblas un levante,  
Que á oscuras anudó los demás vientos  
En ciega lucha, y confusion bastante:  
A trastornar del mundo los cimientos:  
Barrió la negra noche el día restante,  
Y en sordos silbos, y ásperos acentos,  
Las enlutadas focas y delfines  
Nos agoraron desastrados fines.

No sé cual dios el gobernalle tuvo  
A un barquillo tan vil en tal tormenta,  
Que de mil veces que anegado estubo  
Libre salió del riesgo, y de su afrenta:  
Pero si algun milagro en estos hubo,  
Ya mi ventura lo escribió á su cuenta,  
Que no se da el vivir á un desdichado  
Para mas bien que darle el mal doblado.

Al fin si es bien, señor, el no cansarte  
Con tan prolivos cuentos, cuando el alba  
Su luz mostró llorosa, en esta parte  
Donde tu nao surgió, y está ahora salva;  
Por trofeo de Venus, y de Marte,  
Haciendo al tiempo y sus mudanzas salva,  
Los dos tristes navios que seguimos,  
Hechos pedazos por las rocas vimos.

Y sin que nadie se escapase de ellos  
Mi gloria allí murió, y aquí me trajo  
La fortuna y amor por los cabellos

Del bien mayor al escalon mas bajo:  
 Quise ir para anegarme en medio dellos,  
 Y mi desdicha huir por el atajo,  
 Mas no lo consentió, que su porfía  
 Es que yo viva, y muera mi alegría.  
 De mar un grueso tumbo echó el barquillo  
 Por cima destas rocas en la tierra,  
 A pesar de mi amor, que por segullio  
 Me hace con mi fe la mayor guerra:  
 Mi amigo Florian sin prevenillo  
 El dia siguiente entró por esa sierra  
 De una ligera caza ocasionado,  
 Que era su muerte, y parecia venado.  
 Un mes ha ya que vivo en este yermo  
 Solo, sin esperanza ni alegría  
 Que ni de dia ni de noche duermo,  
 Ni sé cuándo es de noche ni de dia:  
 El alma alborotada, el cuerpo enfermo,  
 La vista absorta, el desear sin guia,  
 Asombrado de noche con legiones  
 De espantosas figuras y visiones.

De Arlaja por los aires veo la sombra  
 Las mas noches pasar triste y callada,  
 Otras con débil voz me llama y nombra,  
 De rosas y jazmines coronada:  
 Tambien con gritos Florian me asombra,  
 Y Ardelia en tiernas lágrimas bañada  
 Pide que me consuele, y si amanece  
 Todo en la luz se apaga y desvanece.  
 O es por aquí el infierno, ó mi tormento  
 Produce y cria sombras tan penosas,



Ni la corcilla vió, ni á quien seguia,  
 Bernardo entre sus breñas una extraña  
 Maravilla halló de mil que habia...  
 Mas ya de Ferraguto la maraña,  
 Que el ciego amor en sueños le fingia,

De quien si el cielo me ha librado, siento  
 Que es por estas reliquias poderosas:  
 Contra quien ni aprovecha encantamiento,  
 Ni enganos de fantasmas mentirosas,  
 Que son las que en fe santa me han librado  
 De tantos riesgos como te he contado.

Así el león Gundemaro la historia  
 De sus prolijos males abreviaba,  
 Y el carro en que Faeton perdió su gloria  
 Las ruedas de oro el crespo mar bañaba:  
 Cuando en soberbio triunfo y vana gloria,  
 En carroza de nacar que volaba,  
 Al puerto ven llegar una doncella,  
 Mas que el sol rubia, y que la luna bella.

Venus sobre su concha parecia,  
 De perlas y esmeraldas coronada,  
 Que nuevamente de la mar salia,  
 De su antigua belleza acompañada:  
 Mas apenas el carro en que venia  
 Vió la arena de aljofar escarchada,  
 Cuando la luz trocó de su tesoro  
 En blanca cierva con los cuernos de oro.

Y sentada sobre ella la hermosa  
 Que antes sobre sus nácares volaba,  
 Con ligereza igual por la espesura  
 Del bosque entró, que al mar sus sombras daba:  
 Cuando los dos que en la enriscada altura,  
 Oyendo el uno, el otro hablando estaba,  
 A ver el fin de tan mudables puntos  
 La espantosa beldad siguieron juntos.

Gundemaro al entrar en la montaña,



Ardiendo el pecho en amorosa llama,  
 Mi nueva voz á sus grandezas llama,  
 Es del amor sutil la flecha altiva  
 Rayo sin resplandor, fuego encubierto,  
 Cuyo blando calor con fuerza esquiva

Bronces derrite al corazon mas yerto:  
 A David prende, á Salomon derriba,  
 Y deja al gran Sanson á sus piés muerto,  
 Amarrando á los remos de su banco:  
 Al niño, al mozo, al viejo, al negro, al blanco.  
 De un no sé qué, de unas nuevas, de un antojo,  
 De un no sé qué, de un aire, y niñería,  
 De un afable mirar, de un volver de ojo,  
 Al alma nace, y sin sentir se cria:  
 Dale vida el placer, fuerza el enojo,  
 Y si de veras es nada le enfria,  
 Que contra el arco suyo y de la muerte,  
 Ni basta habilidad ni alcázar fuerte.

Pues este aliento y fuerza poderosa,  
 Que en todo anda sembrado y repartido,  
 Con la luz de una imagen amorosa,  
 Durmiendo á Ferragut dejó vencido:  
 El pecho ardiendo, el alma deseosa  
 De ver despierto lo que vió dormido,  
 Cuando el ruido sonó confuso y ciego,  
 Que el gusto le quitó, y rompió el sosiego.

Entró á buscarlo por la selva el moro  
 Al mismo tiempo que la luz salia,  
 Sembrando al aire los corales y oro  
 Que el nuevo sol por su horizonte cria:  
 Y dudando si aquello era el sonoro  
 Estruendo de armas que soñando oia,  
 Atiende tras la voz anduvo tanto,  
 Que la causa encontró del triste llanto.

Dos caballeros vió y una doncella,  
 Todos tres muertos, y otra que lloraba  
 Sus desastradas muertes, con aquella  
 Triste y penosa voz que antes sonaba:  
 Miróla el moro, conocióla en vella,  
 Que era la que el día ante les llevaba  
 A Bahamel la nueva dolorosa  
 Del robo que Auchali hizo en su esposa.

Al mismo Bahamel halló caído  
 Muerto encima su espada, y viendo un paso  
 Tan lastimoso, el moro enternecido  
 Detuvo el suyo sobre el campo raso:  
 Y dándole por modo comedido  
 Consuelo á la que llora el triste caso,  
 Pídele cuenta y diga si lo sabe,  
 Quién fue la causa de rigor tan grave.

«Que si por la demanda en que me puse  
 Sucedió, lize, tanto desconcierto,  
 Sin que el mundo halle brazo que lo escuse,  
 O el mio le vengará, ó quedaré muerto.»  
 Así el moro le pide no rehusé  
 Darle cuenta del caso, ella cubierto  
 De llanto el rostro, y de color difunta,  
 Llorando satisfizo á su pregunta.

Andaba suelto, y despuntando el heno,  
 Un lozano caballo en medio el prado,  
 Con la silla de plata, y de oro el freno,  
 Y bordada mochila de brocado:  
 De la color de un blanco armiño, y lleno  
 De un enjambre de moscas salpicado,  
 En los piés remendado, y en la frente,  
 Ojos fogosos, anhelar valiente.

Nervoso el pecho, abiertas las narices,  
 Corta la clin, pequeña la cabeza,  
 La cola recogida y las cervices,  
 Señales de gallarda ligereza:  
 De estrañas pintas, manchas y matices,  
 Despedazando el freno su braveza,  
 Y dando á sospechar en el sosiego,  
 Que está entre abrojos, ó pisando fuego.

No fue su igual el Cílaro famoso,  
 Que de Polux domó el doblado hierro,  
 Ni del viejo Saturno en mas brioso  
 Cuerpo los duros miembros ciñó un hierro:  
 Cuando el cuello arrugado y espantoso  
 Con nueva y gruesa clin erizó el cerro,

Y con relinchos de su pecho indinos  
 Del monte Pelion asombró los pinos.

«Este caballo, la doncella dijo,  
 Toda en congoja y lágrimas bañada,  
 A quien el cielo con rigor maldijo,  
 Y una beldad le dió tan codiciada,  
 Triste remate fue del regocijo  
 Desta gente que ves despedazada,  
 Mas bello y desgraciado que el Seyano,  
 Ni el que por tierra echó al valor troyano,

Oye el extraño discurrir del bado  
 (Si es verdad lo que dél me contó Alpina)  
 Verás el mundo todo eslabonado  
 Colgar de sola una virtud divina:  
 Si hay signo bien ó mal afortunado,  
 O todo á tiento y sin saber camina,  
 Aquí lo entenderás, y en este paso  
 Verás lo que hace la ventura al caso.

En Tracia, de la casta que allí tuvo  
 Otro tiempo Diomedes el tirano,  
 Este potro nació, y Clarionte le hubo,  
 Rey del valle de Ródope inhumano:  
 En sangrientos pesebres le mantuvo,  
 Y hecho y enfrenado de su mano,  
 Tan gallardo salió, que de alentado  
 Diez leguas corre, y para atropellado.

Al rey Clarionte lo quitó Ricarte,  
 El día que le mató junto á Mantible,  
 Y á él Norman Bartolache, y Radagarte,  
 Cuando á traicion le hirieron en Fontible:  
 Y aunque quiso cobrarlo Durandarte  
 Del magaucés caudillo, fue imposible,  
 Hasta que el gran Reinaldos en persona,  
 Vida y caballo le quitó en Girona.

Presentado de allí le dió á Rugero  
 Por mano de Hipalca su doncella,  
 Y el día que lo estrenó con triste agüero  
 Yendo de Mompeller para Marsella,  
 Junto á Arlés puesto el Conde de Pontiero  
 Con su gente en celada cayó en ella,  
 Donde murió á traicion alanceado  
 De un infiel pueblo maganeés cercado.

Quedara oculta esta alevosa muerte,  
 Si Espinabel pagado del caballo  
 No se le hiciera codiciar la suerte,  
 Que la habia de vengar con arrastrallo:  
 Púsole el traidor piernas, corrió el fuerte  
 Desenfrenado potro hasta arrojallo  
 En medio de la plaza de Marsella,  
 A ojos de Bradamante, y su doncella.

Allí en presencia suya hecho pedazos  
 Al maganeés dejó el caballo fiero,  
 Viéndole Hipalca muerto entre los brazos,  
 Y no en su silla cual pensó á Rugero:  
 Notorios vió los cavilosos lazos  
 Del fementido bando de Pontiero,  
 Alteróse la bella Bradamante,  
 Y el sobresalto le abortó un infante.

Y al quinto día con la nueva cierta  
 De la muerte infeliz del paladino,  
 La antes dudosa amante quedó muerta,  
 Y cumplido el temor del divino:  
 Y por tantas desgracias descubierta  
 La traicion de Maganza, un rio sanguino  
 Labró Morgana, y de la gente impia  
 Cien falsos condes degolló en un día.

Dióse el caballo destos desatinos  
 De aquella vez al príncipe Carloto,  
 Que él lo prestó despues á Valdovinos,  
 Cuando de Mantua le mató en el soto:  
 Y al fin por variós trances y caminos,  
 Con desgracia, ruido y alboroto,  
 Las muertes de ambos dieron el agüero  
 Del infeliz Clarion por verdadero.

Quedó al César el bárbaro caballo



Por prenda á la imperial caballeriza,  
Y él al rey de Pamplona su vasallo  
Con la mochila se le envia pajiza:  
Y ardiendo en oro el gusto de mirallo  
La vista alegre, y su color matiza  
Con la bordada pedrería, que en larga  
Rueda es al rico jaez preciosa carga.

Encontró al mensajero Ballugante,  
Y sabiendo de donde, y á donde iba,  
Vida y presente le quitó arrogante  
Con alma fiera, y presunción altiva:  
Envióselo á Marsilio, él con semblante  
Real el don recibí, que es lo que aviva  
Los fuegos del amor, y quien preserva  
De muerte el gusto, y vivo le conserva.

Y al mismo fin mandó á la bella Alpina  
Que á Galafre le dé, rey de Toledo,  
A quien en una fuente cristalina  
De una espada cruel lo quitó el miedo:  
Pidió favor la mora peregrina  
Al triste Bahamel, y él con denuedo,  
De ánimo valeroso, y noble pecho,  
Vengarle prometió el agravio hecho.

Había venido con su nueva esposa  
Aquel día antes por el bosque á caza,  
Y el verde margen de una fuente hermosa  
De estrado entonces les servía y taza:  
De allí salió á la empresa peligrosa,  
Contra los que de infame estirpe y raza  
A la dama quitaron el caballo,  
Y él á los dos la vida por cobrallo.

Dejó Bahamel en la agradable fuente  
Por guarda de su esposa un falso moro,  
Ni honrado, ni hidalgo, ni valiente,  
Auchali dicho, hijo de Alcandoro:  
Que de truhan de Ulid subió á teniente  
De alcaide en Baza, aunque afrentado en Toro,  
Mas dió en ser rico, y convirtiéndose en godo,  
Que el dinero lo da, y lo puede todo.

Este por fuerza se llevó robada  
Esa triste hermosura recién muerta,  
Y yo cual tú me viste alborotada  
Del caso corré á dar la nueva cierta:  
Anoche Bahamel á esta cañada  
En su rastro llegó, y aquí despierta  
El alma en el dolor, y él de rendido  
Sobre la yerba se quedó dormido.

Y luego que el sentir quedó sin dueño,  
Soñó que en fresco estrado, y verde cama,  
No lejos de la suya, en no pequeño  
Gusto dormía con otro la que él ama:  
Confuso despertó, cóntome el sueño,  
Y á tienta vino donde halló su dama  
Durmiendo en estas flores, y dormida  
De zelos ciego, le quitó la vida.

Creyo zeloso que Auchali sería  
El que alegre dormía en su regazo,  
Y viendo que despierto revolvía  
En su defensa el atrevido brazo;  
Con el ciego cuidado que venia  
Feroz le ciñe en desdichado abrazo,  
Dándole de un puñal atravesado  
Por cama el heno, y por sepulcro el prado.

Fue sobre él por cortarle la cabeza,  
Y halló á sus piés su desdichado hermano.  
El sin ventura Abenamil, ¡oh fuerza  
De fortuna cruel, hado inhumano!  
Volvió el herido en sí, vió su braveza  
Muerta, y viéndose muerto por la mano  
De quien mas le quería, entendió claro,  
Que á los golpes del cielo no hay reparo.

Contónos que viniendo de Toledo,  
No lejos vió de allí llevar robada  
La bella dama, entre congoja y miedo  
De triste llanto y lágrimas bañada:

Y que aunque á defenderla con denuedo  
La mano puso á su alevosa espada,  
El infame Auchali, de una herida  
Libre se la quitó, y dejó sin vida.

Apenas pudo dar razon del caso,  
Cuando la lengua le atajó la muerte,  
Y el ya sin fuerzas débil cuerpo laso  
Reció se estremeció, y se mostró fuerte:  
Y Bahamel que así en el postrer paso  
Su casta esposa y á su hermano advierte,  
Por furor loco y torpe desconcierto,  
Mas que ellos el dolor le dejó muerto.

Y haciendo en un brevisimo discurso  
De sus azares y dolores suma,  
Sin rastro de esperanza ni recurso  
Que la ocasion de su dolor consuma:  
Muerta ya la razon con el concurso  
Y avenida de males halló en suma,  
Que de infinitos que hay de varios modos,  
En un breve morir se ahorran todos.

Y sin que mi presencia fuese parte  
A reprimir su furia acelerada,  
Rabioso se pasó de parte á parte  
El débil corazon con esa espada:  
Y esta es al fin, señor, por no cansarte  
Su tragedia, y la historia desdichada  
Del caballo Clarion, que á maravilla  
Nadie sin caer subió en su ingrata silla.

Dáme ahora favor, dame tu ayuda  
Para salir de trance tan confuso,  
A quién, ó cómo vaya, ó dónde acuda  
En este estrecho en que el rigor me puso:  
Así la dama dijo, el moro en duda  
Un breve rato se quedó difuso  
En pensamientos y discursos varios,  
De gusto todos y placer contrarios.

Pero viendo el caballo que pacia  
Mal, por tenerse todavía el freno  
Que aunque era de oro, el oro le impedia  
El oro de las bestias, que es el heno;  
Agradado del talle y gallardía  
Probarle quiere, y si es de azares lleno,  
Para no reparar en ese agüero  
Basta ser español y caballero.

Mas el caballo hecho á ver dislates,  
Las riendas huye á quien el oro agrava,  
Y vuelto aquí y allí en varios regates,  
Lozano la alheñada clin embrava:  
Hasta que ya á los últimos remates,  
Donde un arroyo en sus cristales lava  
Los postreros jazmines de aquel prado,  
Se entró en el bosque, y le dejó burlado.

Saltó el moro tras él, y con el salto  
El brioso animal se alteró un poco,  
Con que en paso mas libre, á lo mas alto  
Del monte fue subiendo poco á poco:  
Creció el antojo con hallarse falto  
De aquello que primero tuvo en poco,  
Y ya con mas codicia, y mayor paso,  
Sigue lo que al principio siguió á caso.

Treinta millas le fue al alcance extraño,  
De una breña saltando en otra breña,  
Que el gallardo caballo de lozano  
Ahora le aguarda, y luego le desdenea:  
Así á las veces de un querer liviano,  
Y de una fácil ocasion pequeña,  
Se empeña un gusto hasta morir por ella,  
Y abrasa á todo un monte una centella.

Ya el sol con quien el moro parecia  
Que apostaba á correr hácia el Poniente,  
Su sombra que antes alcanzar queria  
Atras le ataba perezosamente:  
Cuando al pié de una cumbre que subia,  
Su caballo vió al márgen de una fuente,  
A quien de el prado la florida falda

Rica taza le sirve de esmeralda,  
 Vió que llegó á beber, y que un villano  
 Poniendo bien la silla saltó en ella,  
 Y en las fornidas ancas el serrano  
 Semblante de una rústica doncella:  
 Dióles el moro voces, pero en vano,  
 Que sin responder él ni escuchar ella  
 Libres se van, y en trueco del caballo  
 El enfado le dejan de buscallo.  
 Baja ligero, y de coraje brama  
 Al poco caso que hace el que le lleva,  
 Pues al ronco gritar con que le llama,  
 Ya en término cortés, ya en furia nueva,  
 Ni para, ni responde, antes su dama,  
 A quien con rostro humilde ablandar prueba  
 A que le escuche á modo de rogalla,  
 Sonriéndose dél camina, y calla.  
 Temió no sea la referida Alpina,  
 Que el real caballo al rey Galafre lleva,  
 Y que él caya en mal caso si la indina,  
 O haga en la estorbar lo que no deba:  
 Mas no tampoco quiere que en indina  
 Descortesía alguno se le atreva,  
 Ni en burlas le desdén por tal modo,  
 Que es no sentir disimularlo todo.  
 Y así viendo que nadie le responde,  
 Delante puesto, ya fiero inhumano,  
 Las riendas de oro quiso asir, por donde  
 Las lleva mal parejas el villano:  
 Mas él sin responder le corresponde  
 Con una vara en la atrevida mano,  
 Tal que por los artejos desarmados  
 Pensó al herir dejárselos quebrados.  
 Huyó la mano el moro atormentada,  
 Y un fiero grito dió que asombró el valle,  
 Y sin paciencia ya de una puñada  
 Vida y caballo se arrojó á quitallé:  
 Erró el golpe la cólera sobrada,  
 Volvió á quererle asir, y volvió á dallo,  
 Y del dolor y rabia faltó poco  
 Para quedar entre el coraje loco.  
 Medio pino tomó para matallo,  
 Y hacerle con iguales armas guerra,  
 Mas de dos coces el feroz caballo,  
 A él y á su soberbia echó por tierra:  
 Cayó también cabe él al derriballo  
 La doncella, y huyendo por la sierra  
 Se entró el bravo animal con el villano,  
 Que el duro freno le llamaba en vano.  
 Templó al moro el dolor de su caída  
 Ver que también cayese la doncella,  
 Que mas quisiera hallarse sin la vida,  
 Que causa justa en sí de quejas della:  
 Acudió á levantarla por cumplida  
 Satisfacción que le ha pesado, y ella  
 No haciendo caso dél, callada, y queda,  
 Sentada está, sin que movella pueda.  
 No le responde á nada que se diga,  
 Fiera, inmutable, como un mármol dura,  
 Ni el moro sabe con consejo siga,  
 Ni como entienda el fin desta locura:  
 Al fin se fué, y dejóla en su fatiga,  
 Y ella viéndose libre se apresura  
 Tras el ligero curso del caballo,  
 Y el que iba encima dél por alcanzallo.  
 Puesta la luz del cielo en dos balanzas,  
 Y al mar de Atlante lo último del día,  
 Por sus gonces, sus puntos y mudanzas  
 El sol se entraba, y Hécate salía:  
 Cuando perdido el tiempo y esperanzas  
 El moro que el caballo antes seguía  
 Solo se halló, confuso, y atajado,  
 A la orilla de un río, en medio un prado.  
 Y enfadado de ver el nuevo enredo  
 Con que á pié se quedó, pasó adelante

Así activo y feroz, que daban miedo  
 Su fiero ceño y áspero semblante:  
 Cuando la furia le templó y denuedo  
 De una tienda el primor así elegante  
 Que al rayo de una luz que dentro habia  
 Tambien el oro del brocado ardia  
 Entre frondosos árboles plantada:  
 Estaba el murmurar del manso río,  
 Sitio oportuno, y parte acomodada  
 Para en ella hurtarle el cuerpo al frío:  
 Llegó cortés á demandar posada,  
 Y halló el albergue y pabellon vacío,  
 Con rico estrado, y prevenida cama,  
 Y al rayo de una luz sola una dama,  
 De poca edad, y mucha hermosura:  
 Niña de alegre gusto parecia,  
 La frente un claro cielo, en cuya altura  
 Sobre la nieve el sol resplandecia:  
 De gentil cuerpo y agradable hechura,  
 El rostro del color que nace el día,  
 La garganta gentil, y el blanco pecho  
 De frescas rosas y jazmines hecho.  
 Dado al descuido un nudo en el cabello,  
 Donde el sutil amor quedó enredado,  
 Para hacer lazos y marañás dello,  
 Y el pensamiento atar al mas delgado:  
 Dos arcos de un dorado y sutil vello  
 De cien flechas y mas cada uno armado,  
 Que van volando, y dan en las entrañas  
 Al mover de las cejas y pestañas.  
 Dos mayos de azucenas y claveles  
 En un verano son sus dos mejillas,  
 Sus dulces labios de coral rielos,  
 Con que rie el placer por sus orillás,  
 De alforados dientes dos caireles,  
 Y en cada uno un millon de maravillas  
 Verdes los ojos, y sus luces bellas  
 Mil soles, que son poco dos estrellas.  
 De un mirar regalado, y halagüetío  
 Que acaricia, ocasiona, y necesita  
 A dar el alma libre en dulce empeño  
 Al precio de beldad tan exquisito  
 Con el donaire de un capote y ceño,  
 Que mas á un muerto gusto resucita,  
 Ni así el ambar y música provoca,  
 Como el aliento y habla de su boca.  
 Los tiernos pechos dos pequeñas pomás,  
 De rosas hechas, y apretada leche;  
 De un real valle de amor menudas lomas  
 Que al ensacharse le hacen que se estreche:  
 No hay Panchaya con todas sus aromas  
 Que olor mas fino que sus pechos eche,  
 Ni Venus de marfil ni de oro indiano  
 Con dedos mas bien hechos que su mano.  
 De tela de oro azul manteo bordado  
 De armiños, rica turca de escarlata,  
 De alcatifas de Persia el grave estrado,  
 Con bufete de nácares y plata;  
 Donde en follajes de cristal grabado  
 De un ardiente blandon la luz retrata  
 Un agradable cielo en la figura  
 De aquella nunca vista hermosura.  
 La rosada mejilla en la una manecita  
 Mostrando el brazo, y la otra descubierta  
 Como al descuido en ademan profano  
 La rica holandá en gayas de oro abierta;  
 Dando por mas deleite al gusto humano  
 La belleza que guardan encubierta  
 De la aguja las redes peligrosas  
 En el pecho de tierna nieve y rosas.  
 No habia en el pabellon mas que una lumbré,  
 Ni mas que aquella hermosura sola,  
 Que cual fino diamante su vislumbre  
 Todo con bellos rayos le arrebolaba  
 Es de la tienda real la altiva cumbre

Una encantada y cristalina bola,  
 Por donde las estrellas y la luna  
 Sus cursos hacen sin mudanza alguna.  
 Toda de oro bordada y pedrería  
 Por de dentro parece y por defuera;  
 De árboles, cazas, flores, montería,  
 Una agradable y fresca primavera;  
 En perlas el jazmin se contrahacia,  
 Cuya hoja de esmeraldas finas era,  
 Y los florones de escarches amarillos,  
 Gripados de argentados trebolillos.  
 Dejó asombrado al moro la belleza  
 De la suntuosa tienda, y de su dueño,  
 Las sedas, perlas, oro, la riqueza,  
 El bosque oculto, y el lugar pequeño;  
 Y sobre todo la real grandeza,  
 Y aquel mirar alegre y zahareño  
 De la heldad mayor que el mundo supo,  
 Que allí entre las demás grandezas cupo.  
 También la nueva soledad le admira,  
 Sin gente de respeto ni servicio,  
 Con una sola luz que alumbraba, y mira  
 Todo el mudable y único edificio.  
 Y que suspensa y sin querer suspira,  
 De algun mal inferior notorio indicio:  
 Todo esto contempló desde la puerta,  
 Sin que la dama al parecer lo advierta.  
 Mas ya determinado por su gusto  
 El secreto saber de esta aventura,  
 Con rostro humilde y corazón robusto  
 El rico umbral pasó, y en voz segura  
 «Guarda, señora, dijo, el cielo justo,  
 La gloria de tan rara hermosura,  
 Haciendo mas suave y menos larga  
 De los cuidados la pesada carga.»  
 Alzó los ojos, con que dar pudiera  
 A los ya muertos de sus lumbres vida,  
 A ser las leyes de la muerte fiera  
 Como las del amor mas homicida;  
 Y por mejor probar su fuerza entera  
 En fingido alboroto desabrida,  
 Con vista afable y lengua zahareña  
 Le atrae á un mismo tiempo, y le desdenna.  
 Al fin despues de varios cumplimientos  
 Lugar le concedió en el rico estrado,  
 Pidiéndole la causa y los intentos  
 De haber en tiempo tal allí arribado:  
 Contóselos el moro en breves cuentos  
 La empresa del caballo desgraciado,  
 Y como ya era próspero y dichoso,  
 Pues á lugar le guió tan venturoso.  
 Rió en grandes donaires la doncella  
 La no entendida burla del villano,  
 Y por sacarle con sosiego della,  
 «Señor, le dijo, en este verde llano,  
 Aquella cristalina fuente bella  
 Está encantada por la sabia mano  
 De la hechichera Arleta, que un engaño  
 En ella puso de artificio extraño.  
 Esta tuvo amistad con cierto moro,  
 Gran capitán de Zaragoza y Baza,  
 A quien sin guardar término y decoro  
 Una mora usurpó de humilde raza:  
 Es rica, y donde quiera manda el oro,  
 Y él con mayor codicia que no traza  
 Dejó la dama pobre por la rica,  
 Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.  
 Tiene un castillo cerca de esa fuente,  
 Y en él el falso amante entretenido,  
 De adonde salen cuando el día al Oriente  
 Los dos á monte por el verde ejido:  
 A este fin la zelosa diligente  
 Del agua empozoñó el cristal lucido,  
 Porque saliendo á caza sea quien fuere,  
 Sus disgustos le pague si bebiere.

Quita el sentir la fuerza del veneno  
 Por largo rato, mientras con bastantes  
 Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno  
 De lo que le solia enfadar antes:  
 Pudo ser que bebiesen deste cieno  
 Aquellos dos villanos caminantes;  
 Y sin sentir ninguno lo que hiciese,  
 La referida burla sucediese.  
 Yo, señor, estoy sola, que mi gente  
 Toda se fué á un castillo de mi hermana  
 Cerca de aquí á la parte de Poniente,  
 Para volver con ella á la mañana:  
 Quedóse una doncella y un sirviente  
 A hacerme compañía, y hoy con vana  
 Curiosidad se entraron por la selva,  
 Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva.  
 Mas ya entiendo sin duda por las señas  
 Que son los que cogieron tu caballo,  
 Y sin juicio van por esas breñas,  
 Y yo en el riesgo en que me ves me hallo:  
 Triste, sola, y metida entre estas peñas,  
 Mas ya que tú veniste á remedialo,  
 Podrás darme tu amparo, y ser mi abrigo.  
 Si no te causa miedo estar conmigo.»  
 Dijo esto por tal modo la doncella,  
 Y así en suaves ojos halagüenos,  
 Que sin sentido el moro quedó en vella,  
 Entre deleite y gustos no pequeños:  
 Hasta que al fin ocasionado della,  
 De sus halagos y fingidos ceños,  
 Preso en sus lazos, y en su lumbre ciego,  
 Tierno le dijo su amoroso fuego.  
 Ella ni le acarcia ni desecha  
 Ni contenta se muestra ni enfadada,  
 Que todo á veces en donaire lo echa,  
 Y á veces todo al parecer le agrada:  
 Ya haciendo la cadena mas estrecha,  
 Y el moro ya con alma enamorada,  
 Del todo se le rinde y aficiona,  
 Y por ojos y boca lo pregona.  
 Calla, y con no rehusar le da licencia  
 Que entre sus blandas manos se regale,  
 Y en trato afable y grata diligencia  
 A convidarle con los gustos sale:  
 De un rico cofre saca á su presencia  
 Preciosos dulces, donde el moro iguala  
 Su gusto en todo, porque en todo vea  
 Que ya de veras dársele desea.  
 El ya rendido amante no consiente  
 Semejantes escesos de tal mano,  
 Mas que á él con alma y corazón ardiente  
 Mostrar le deje huésped cortésano:  
 Crecen los fuegos, y él que ardersen sienten  
 En el de amor, no cabe de lozano,  
 Adorando entre si el primer trabajo,  
 Que á tan dichoso punto y fin le trajó:  
 «No es el caballo, dice, desgraciado,  
 Como por burla me contó la dama,  
 Pues á tanta ventura me ha guiado  
 De collado en collado, y rama en rama:  
 Siempre del mal ó el bien exagerado  
 Son menores los hechos que la fama,  
 Cuando tenga mil tachas mi caballo,  
 Este bien solo me hará adorado.»  
 Así en pláticas dulces y sabrosas  
 Cenando están los dos de oro en un plato,  
 Dando ella de sus manos amorosas  
 Presas de amor al moro cada rato:  
 Ya preguntando diferentes cosas,  
 Ya con libre decir, y con recato,  
 Que le importa saber si tiene dueño,  
 Si es de gusto comun, ó zahareño.  
 El moro á todo en cortésano estilo  
 Ya en veras le responde, ya en donaire,  
 Y mientras del hablar siguen el hilo,

Si acaso da en la vela un soplo de aire,  
Que humillando la luz muestra el pábilo,  
Todo se turba y desvanece en aire,  
Que sin la llama el pabellon no luce,  
Antes cual débil sombra se trasluce.

Parécense los árboles y el cielo,  
Y aun se apaga en la dama la belleza,  
Mas luego que la luz cobra su vuelo,  
Todo se vuelve á su primer riqueza:  
Cree viendo esto el moro sin recelo  
Que es desvanecimiento de cabeza,  
Que el mucho caminar; y el comer poco,  
Le trae el sentido divertido y loco.

Y metido ya en veras con la dama  
Libremente le dice su deseo,  
Ella con vano escudo de su fama  
El gusto le entretiene por rodeo:  
«Ser verdad que adoreis esta que os ama,  
Yo en esto, dice, lo conozco, y veo  
Que pudiendo salir sin demasia  
Con vuestra voluntad pedís la mia.

Mas yo de todo en todo seré vuestra  
Si me jurais lo que pediros quiero  
Por ese noble pecho y mano diestra,  
Y la fe que debéis á caballero:  
Que nuevas culpas ni ocasion siniestra  
De vos me apartarán, sin que primero  
Me deis satisfaccion de una doncella,  
Que usurpado me ha un gusto por mas bella.

Hame tiranizado un caro amigo,  
Que era otro tiempo el alma de mi gusto,  
Y en fe que dió de se casar conmigo,  
De mí le di mas parte que era justo;  
Y aunque por vos, señor, en lo que digo  
Tratar cosas pasadas sea disgusto,  
Es fuerza que me deis esta palabra,  
Y así mi voluntad su puerta os abra,

Que cuanto á desear esto me mueve  
Ya no es gusto de amor, sino venganza.»  
El moro que en su rostro entre oro y nieve  
Ardiendo en fuego siente su esperanza,  
No solo una palabra y don tan leve  
Le otorga, jura y da; mas si en balanza  
De un mundo entero el contrapeso hiciera,  
Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.

Y ya con la licencia que le ha dado  
Quiso en mas libre trato entrar con ella,  
Hacer campo de amor el rico estrado,  
Y allí suya del todo la doncella:  
Cuando con el burlar desordenado,  
El sujetarla, y defendérsele ella,  
La vela se cayó, y sin lumbrer alguna,  
Lo que encubria la luz mostró la luna.

Sobre una cama de pajizo heno  
Abrazado se halló á una flaca vieja,  
El turbio rostro de berrugas lleno,  
De solo un ojo, y con ninguna ceja;  
La hundida boca, cavernoso seno,  
Con los podridos dientes mal pareja,  
Dando al vecino olfato grueso aliento  
De algun recien abierto monumento.

Duro el cabello, entre aplomado y cano,  
Peor que el de Tesifone, y Megera,  
La encorvada nariz, que al gusto humano  
En flaco iguala, de color de cera:  
De nudosa raíz el cuerpo enano,  
Con mas años que el tiempo, y toda entera  
Tal que al valiente moro y su denuedo,  
Lo que el mundo no pudo, puso miedo.

Así el hambriento pobre peregrino,  
En seca paja de un rastrojo echado  
Rico se sueña al fin de su camino.  
En cuadros de oro, y camas de brocado;  
Y en medio el gusto un viento repentino  
El sueño vuela, y hállase abrazado

A su esteril bordon, y hambre ayuna,  
Al frio rayo de la blanca luna.

Con secos nervios, y con duros brazos,  
Así al moro ciñó, que no podia  
Del cuello huir los escabrosos lazos,  
Por mas que la apartaba y deshacia:  
Quiso de rabia hacérselos pedazos,  
A no ser en los suyos villanía,  
Y ella mas firme que la yedra al olmo  
Llegar su antojo quiere y gusto á colmo.

¿Quién ha visto en un águila enroscada  
Vibora azul, ó pardo cocodrilo  
A una palma enredarse levantada  
De las crecientes del vadoso lido?  
¿O á Mercurio en su vara celebrada  
De dos serpientes el nudoso hilo?  
Tal parecian los dos, y en tal hechura,  
El en la rabia, y ella en la figura.

«No es razon, dice, ni camino justo,  
Que poniéndome yo en vuestra tutela  
Por solo ser en fuerzas mas robusto,  
Esta me hagais sin que mi honor os duela.»  
Pensó quizá el envejecido gusto  
Que aun todavia ardia la candela,  
Y así llevaba el friomelindre al cabo  
Con el amante ya rabioso y bravo.

Mas viendo que de veras la desecha  
La sacude de sí, huye, y aparta,  
Que sin luz su invencion quedó deshecha  
Medrosa que la deje, y que se parta;  
Las duras garras por el cuello le echa,  
Y de su aliento y tósigo le harta,  
Pidiendo á vueltas á la amada presa  
La fe debida á su primer promesa.

«No soy tan fea, le dice, cual parezco,  
Que ya fui cuando moza celebrada,  
Y aun hoy pena por mí quien no apetezco,  
Y me trae con sus lágrimas cansada:  
Si estos enfados y desden merezco  
Por daros yo tan franca mi posada,  
No os envié yo á llamar, vos me buscasteis,  
Y con falsas promesas me engañasteis.

Cumplidlas, falso, pues, ó á todo el mundo  
Por cruel os mostraré, y por aveleso,  
Sin que de mí os huyais, aunque al profundo  
Rincon bajeis del centro cavernoso:  
El galan que por vos hice segundo  
Quiero me deis para que sea mi esposo,  
Y me vengueis de quien me le ha quitado,  
Y os honreis hasta entonces con mi lado.»

Bastante prueba dió de su nobleza  
En esto el reportado sarracino,  
Pues templando á su enojo la braveza  
De hacer se abstuvo un nuevo desatino:  
Solo arrojando la infernal fiera,  
Que asido le tenia; «ese canino  
Rostro, dijo, será quien te ha usurpado,  
Si ya alguno te amó, el haberte amado.

Dél será bien vengarte con hacelle  
Un Euclides de rayas y figuras,  
Sin que puedas ya mas entrettenelle  
En vanas aparentes hermosuras.»  
Así dijo, y porque iba á detenelle  
Con nuevos embelecios y posturas,  
De sí la desvió con tanto brio,  
Que yéndole abrazar abrazó al rio.

Cual encogida y debil hojarasca,  
Que de árbol seó arranca el raudó viento,  
Y volando la lleva su borrasca  
Trocando puntas, y mudando asiento;  
Tal la hechicera fue con mortal basca  
De uno y otro traspí rodando á tienta,  
Hasta dar en el agua, en que se hundiera,  
Si ya de carne, y no de pluma fuera.

Fuese el moro feroz desesperado

Viendo el deleite vuelto en amargura,  
Y del caballo mal afortunado,  
Aunque de noche clara la ventura:  
Mas no mucho se fue, cuando á su lado  
De Arleta vió la hórrida figura,  
Que para mas enfado del que tiene  
A pedirle la fe y palabra viene.

Pensó rendirle el alma de coraje  
Volviendo el moro altivo el rostro á vella,  
Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,  
Con la espada alta arremetió tras ella:  
Huyó la vieja haciéndole un visaje  
Que le asombró miralla, y por cogella  
En unos mimbres tropezó sin tino,  
Y el feroz rostro le abrazó un espino.

No hay sierpe á quien la azada del villano  
Haya en dos medias partes dividido,  
Que así fiera vomite por el llano  
El humo del veneno recocado,  
Como el aragonés moro inhumano,  
Viéndose en tantos modos perseguido  
De aquella que matalla es caso indino,  
Y sufrir sus locuras desatino.

Y así por apartarla de sus ojos  
A correr comenzó por la espesura,  
Y ella para seguille, y dalle enojos,  
Con las alas del viento se apresura,  
«Traidor, hasta que cumplas mis antojos,  
Le dico, y la palabra y fe perjura  
Que me diste, en desierto y en poblado,  
Ó viva ó muerta, me traerás al lado.»

Así corriendo por la selva espesa  
Dos largas millas fueron sin cansarse,  
Que ni él dejó el huir á toda presa,  
Ni ella el decir injurias, y acercarse;  
Hasta que un hondo río que atraviesa  
El paso les tomó, y forzó á pararse,  
Y el moro revolviendo de repente  
Viva cogió la vieja impertinente.

Y á un árbol de los muchos de su orilla  
Harto ya de sufrir la dejó atada,  
Y en huida veloz para no oilla  
Apresuró hasta el día su jornada:  
Salía ya el alba en su argentada silla,  
De rosas y azucenas coronada,  
Cuando el moro salió del bosque al llano,  
El ancho río á la derecha mano.

Y á la otra parte en un ancon que hacia  
La corva ala de un cerro puesto en frente,  
Entre arenas y aljófares bullia  
El cristal puro de una limpia fuente:  
Junto á ella puesto un pabellon se via,  
Y en torno dél durmiendo armada gente,  
Dos apretadas barcas en el río,  
Y una espía en un álamo sombrío.

Llegó el furioso moro á preguntalle,  
Qué atalaya de allí, ó á quién espera,  
Cuya es la tienda y gente de aquel valle,  
Y si querrán pasarle á su ribera:  
Agradóle del moro el garbo y talle,  
Y este el primero fue, y la vez primera,  
Que de un hidalgo se pagó un villano,  
Y un navarro alavés de un castellano.

Y así le respondió: «en la hermosa tienda  
Tiene el rey de Pamplona alojamiento,  
Mas luego arrepentido de que entienda  
Que le quiso dar gusto, mudó intento;  
Y haciendo al yerro sin sazón emienda,  
El receloso Ferraguto atento  
Al encubrir y descubrir razones,  
Barcas, espía, tienda, y prevenciones.

Bien entendió que el caso era de cuenta,  
Pues el rey Biarabí por su persona,  
A riesgo suyo y de su honor le intenta  
Tan lejos de los muros de Pamplona:

Tiene con él enemistad sangrienta  
Por feudatario á la imperial corona,  
Y que es traicion recela, porque sabe  
Que en un navarro moro todo cabe.

Por esto quiere el caso por entero,  
Y á la espía le ruega que se abaje  
A llevar de un extraño caballero  
Si es posible á su rey cierto mensaje:  
Tanto decirle al fin supo el guerrero  
De ruegos y promesas, que el viaje  
Aceptó, y arrojándose en el prado,  
El moro le prendió, y quedó burlado.

Y haciéndole que calle, aunque no quiera,  
Con él se retiró en una espesura,  
Donde del caso la verdad entera  
Le pide, ó que hábra allí su sepultura:  
Así lobo feroz tierra cordera  
Que por su boca así á su cueva oscura  
Lleva, sin que ya pueda libre y horra  
A su pastor pedir que la socorra.

«Señor, por el profeta en quien adoro,  
Temblando respondió, y por este paso  
En que me ha puesto la codicia de oro,  
Que no sé el fundamento y luz del caso;  
Que de un plebeyo, y no castizo moro,  
Nunca para altas cosas se hizo caso,  
Solo podré contarte lo que he oido,  
Ora sea cuento cierto, ora fingido.

El sagaz Biarabí, rey de Pamplona,  
Debajo de traer cierta embajada  
De parte del rey Carlos en persona,  
Gente metió en Toledo disfrazada:  
A Rangorio, caudillo de Girona,  
Del gigante Arganzon la firme espada,  
Y á Zaldirán, señor de la montaña,  
De un ojo solo, y de estatura extraña.

Este de cepa y de linaje oscuro,  
Aunque él se hace de su rey pariente,  
Es el que á cargo tiene dar seguro  
Del río este ancho vado con su gente;  
Y de un herrado carro el firme muro  
En que salvar la presa diligente,  
Que se entiende será una bella mora,  
Hija del que en Toledo reina ahora.

Son varios los incrédulos rumores  
Que deste robo cuentan en secreto,  
Unos dicen que el César por amores  
Así al rey lo mandó, que es su sugeto;  
Y un caballo también de los mejores  
Del mundo le envió para el efeto,  
De cuya ligereza se valiese,  
Y el hecho sin temor acometiese.

Y que Rangorio á la jornada vino  
Para mayor seguridad del caso,  
Mas ni eso lleva al parecer camino,  
Ni es de creer que en semejante paso  
Un monarca tan sabio, un rey tan dino  
De serlo del oriente hasta el ocaso,  
Cuando dél tiembla el mundo, por livianas  
Causas de amor se burlen de sus canas.

Otros Rangorio padre de Oliveros  
Fingen el nuevo autor deste cuidado,  
Mas yo en secreto oí á dos caballeros  
Hacer á Biarabí solo el culpado;  
Y que acometido de enemigos fieros  
Su reyno, y de leoneses rodeado,  
Olvidada su edad anda perdido,  
En amorosas burlas divertido.

Al fin sease cual fuere el fundamento,  
El caso cierto es ya que Galiana,  
La dama de mayor merecimiento  
Que hoy se conoce mora ni cristiana,  
Sino hay algun notable impedimento  
Aquí presa estará de hoy á mañana:  
Esto es cuanto del caso decir puedo,



Y lo que aquí esperamos de Toledo.»  
 Así el moro decía, compelido  
 De los miedos del hijo de Lanfusa,  
 Cuando en el bosque oyeron el ruido  
 De una algazara y trápala confusa:  
 Saltó el aragonés apercibido,  
 La espía se le huyó, y por la difusa  
 Campaña mil tragedias con espanto  
 Materia dieron de venganza y llanto.  
 Mostróse claro el alevoso intento  
 Del robo ilustre que hacer procura  
 El rey de la ciudad, á quien dió asiento  
 El que perdió en Farsalia la ventura:  
 Y Ferragut celoso hasta del viento  
 Que en el rio suena, y brama en la espesura,  
 No aguardó á saber mas, dejó la espía,  
 Y á buscar acudió el rumor que oia.  
 Vió venir tras un hombre desarmado  
 Con limpias armas dos por darle muerte,  
 Y sin poderle socorrer clavado  
 Al suelo le dejó un venablo fuerte:  
 Volvieronse con paso apresurado,  
 Y el moro leal que la traición advierte,

Con alma y pecho audaz y piés ligeros,  
 Siguiendo fue los falsos caballeros,  
 Y no lejos de allí, al entrar de un valle,  
 Otro vió alancear como el primero,  
 Sin que á ninguno socorrer ni dalle  
 Favor pudiese su ánimo ni acero,  
 Cuando por una estrecha y verde calle  
 De la selva salir vió un caballero  
 Con aljaba de monte de brocado,  
 Y un cruel trozo de lanza atravesado.  
 Fue cayendo á los piés de Ferraguto  
 Desangrado y mortal, creyendo fuese  
 Del enemigo bando ánimo bruto,  
 Que lo que otro empezó acabar quisiese:  
 Y ya pagando el general tributo,  
 Como antes de morir reconociese  
 Que el moro era neutral, y no enemigo,  
 Así le dijo en tono y voz de amigo:  
 «Oh invencible valor, cualquier que seas  
 Que en ademan gallardo y real persona  
 De mí muestras dolerte, y que desees  
 Vengar mi muerte, acórreme, y perdona  
 El no poder guiarte donde veas

De Toledo agravada la corona  
 Del rey mas falso, y gente mas traidora,  
 Que en Meca cree, y su Alcorán adora!  
 Danos favor, gran Cid, si á tu presencia  
 El valor de esa espada corresponde,  
 Y al mundo le ha quedado resistencia  
 Con que hacerla, y términos por donde;  
 Socorre la beldad y la excelencia  
 Mayor que en toda su grandeza esconde,  
 A una ofendida infanta, y á un honrado  
 Rey, de otro infame rey sin fe agravado.  
 Con ademan de una fingida caza,  
 Y alancear una feroz leona,  
 A este soto sacó la industria y traza  
 Del falso Biarabi, rey de Pamplona,  
 La bella Galiana, y á una plaza  
 Encubierta guiando su persona,  
 Nos trajo á la mitad desta floresta,  
 Donde tenia una emboscada puesta.  
 Allí con cruel ánimo y denuedo  
 Un tejido escuadrón de gente muda  
 Salió á robar la infanta de Toledo,  
 Y á dar al rey en su traicion ayuda:  
 Hizo su oficio el repentino miedo  
 Sobre la que halló de armas desnuda,  
 Unos huyeron, y los mas honrados  
 Han muerto, cual yo ahora, alanceados.»  
 Así ya con la muerte y sus congojas  
 El toledano á Ferragut decia,  
 Cuando por la espesura de las hojas  
 Uno huyendo de otros tres salia,  
 De azules sobrevistas, y armas rojas,  
 De sierpes llenas de oro y plumeria,  
 Y el que huía una marlota gualda,  
 En un hombro herido, y una espalda.  
 Salió á hacer reparo el moro altivo  
 Contra los tres cebados en matalle,  
 Y al mas ligero de un revés esquivo  
 De medio arriba lo dejó sin talle:  
 Al otro medio muerto y medio vivo  
 Por su entero sepulcro le dió el valle,  
 Y al tercero con él tal escarmiento,  
 Que siendo plomo se volvió de viento.  
 Saltó el aragonés sobre un caballo  
 Siguiendo al que huye de su aguda espada,  
 No tanto por herillo ni alcanzallo,  
 Cuanto por ir á dar en la emboscada:  
 Al fin supo el temor tambien guallo,  
 Que en una plaza de árboles cercada,  
 En desigual batalla vió metidos  
 Catorce armados contra diez heridos;  
 Y en donde preso un sol con diez estrellas,  
 Eclipsada la luz de su hermosura,  
 Hecha un vistoso cielo dél y dellas  
 De aquel sangriento prado la frescura:  
 La bella Galiana y sus doncellas  
 Llorando su presente desventura,  
 A cuenta y guarda de un feroz gigante  
 Temblando están de su brutal semblante,  
 Así en turbios y rígidos celajes,  
 Entre los cuernos del templado toro,  
 Humedeciendo al aire sus plumajes  
 De las playadas el medroso coro,  
 Llorosos hace y lóbregos visajes  
 De tierno aljofar y arreboles de oro,  
 Viendo de orion armado el brazo fiero,  
 Y de su alfanje el relumbrante acero.  
 Puso el gallardo hijo de Lanfusa  
 Los ojos en la bella Galiana,  
 Que aunque llorosa, y en su mal confusa,  
 Su hermosura descubre soberana:  
 Aquella hermosura y luz que infusa  
 Del libre sueño vió en la sombra vana,  
 Cuando el amor con ella le hizo presa,  
 Y en su alma la dejó y su gusto impresa.

Halló despierto á quien mostró dormido  
 El dia pasado el agua de una fuente,  
 Y ser deste alboroto aquel ruido  
 Que hacia soñando una espantosa gente:  
 Cuando en rabiosa cólera encendido,  
 Y en nuevos gustos del placer presente,  
 Tan fiero, que mirallo atemoriza,  
 Haciendo entró por los contrarios riza.  
 Sobre el gran yelmo de templado acero  
 Una enroscada y bella sierpe de oro,  
 Por alas los penachos del plumero,  
 Y por veneno y silbos los del moro,  
 Encontró á Gabelindos el primero,  
 Una de las tres llaves del tesoro  
 Del reino de Pamplona, y de sus rentas.  
 Le remató en su alcance el delas cuentas.  
 Alfajardo, y Zegrides, dos hermanos,  
 De uno amante nuevo, el otro esposo,  
 El dos amaras de rostros soberanos,  
 Que ausentes lloran su tardar penoso;  
 Al uno la cabeza y las dos manos  
 Que levantaba á hacer un golpe honroso,  
 Y al otro de una punta atravesado,  
 Por comun sepultura les dió el prado.  
 Creció del ciego ruido el alboroto  
 Con el nuevo socorro del pagano,  
 Volviendo los que andaban por el soto  
 Dando la caza al pueblo toledano:  
 Y al fiero Arlange, que el alfanje boto  
 De herir, y en sangre envuelto el brazo y mano,  
 Tornaba de mil muertes victorioso,  
 Un altibajo le alcanzó espantoso.  
 Y dándole primero á Gorgio muerte,  
 Un músico del rey, que á dar venia  
 Solaz, y no á reñir, porque á su suerte  
 Las pretensiones no regló aquel dia;  
 Contra Arlange un revés volvió tan fuerte,  
 Que todas las victorias que traia  
 Por el suelo le echó, y en larga pieza  
 Del cuello la fantástica cabeza.  
 Y dando á las espaldas el escudo,  
 Con la espada á dos manos fue haciendo  
 Mortal estrago, y por el pueblo rudo  
 Crecer el alboroto y el estruendo:  
 El feroz Biarabi, que ya no pudo  
 Mas el rigor sufrir del brazo horrendo,  
 Ni los furiosos golpes que en su gente  
 Da y ejecuta la feroz serpiente:  
 Con una lanza como gruesa entena  
 Contra él por medio del furor se lanza,  
 Y en el soberbio pecho que resuena  
 En negro aliento soplos de venganza,  
 El encuentro acertó, y de estruendo llena  
 La selva y de los trozos de su lanza,  
 Bramando vuelven por los robles secos  
 Del sordo monte los quebrados ecos.  
 Perdió el gallardo moro los estribos,  
 Abrazándose al cuello del caballo,  
 Al tiempo que diez golpes vengativos  
 De ira llenos bajaban á buscallo:  
 Fue despertar en su furor mas vivos  
 Los brios de vengarse, y provocallo  
 A un increíble y espantoso estrago,  
 Y á dar al rey de su traicion el pago.  
 Así en los duros yunques de Vulcano,  
 En las cavernas del Tinácrio monte,  
 Si el rayo se desliza de la mano  
 Al negro Esterpe, ó al horrible Bronte,  
 Rompe en fiera estampida por el vano  
 Contorno de su lóbrego horizonte,  
 Llevando el ronco estruendo en un instante  
 Fraguas, obras, y obreros por delante.  
 Con semejante furia, y con violencia  
 Igual volviendo en si el feroz guerrero,  
 A Lurco mata, alcaide de Plasencia,

A Gripol, á Alberindos, y á Bambiero :  
Y sin hacer caudal ni diferencia  
Del humilde villano al caballero,  
A Cepola, escudero de Algaberte,  
Y á su amo, de dos golpes dió una muerte.

Y vuelto al rey, que con feroz denuedo  
Alta la espada por el herir volvía,  
A recibille el golpe estuvo quedo,  
Y de la muerte se escapó Argalia,  
Que ya la iba tragando con el miedo  
Del jayan bravo que sobre él venía,  
Dió el golpe encima de la sierpe de oro,  
Haciendo que lo sea en rabia el moro.

Y en respuesta le dió tras de una punta,  
Que le encarnó aunque poco en el costado,  
Un ligero mandoble, en que fue junta  
La colérica rabia al justo enfado :  
Llévóle medio escudo, y con difunta  
Color el rey cayó desacordado,  
En la cabeza, el hombro, y pecho herido,  
O muerto al verde prado, ó sin sentido.

Y revolviendo la furiosa espada  
Al vulgo que á vengarle se apercibe,  
A este de intento, al otro de pasada,  
En todo su rigor y enojo escribe:  
Con que de la otra gente amedrentada  
La esperanza y el ánimo recibe,  
Y con tan buen caudillo en su presencia,  
Mas que antes hacen firme resistencia.

El valiente Arganzon, que en guarda puesto  
De las doncellas y la infanta estaba,  
Viendo caído al rey, huyendo el resto  
De solo un brazo, y su arrogancia brava;  
Bramando al cielo sale de su puesto,  
En la ancha mano su acerada clava,  
Con que una horrible pasta á un golpe fiero  
Las armas piensa hacer y el caballero.

Era Arganzon del reino de Pamplona  
Alferez real, de corazon valiente,  
Nacido segun unos en la Sona,  
Y segun otros en la Nubia ardiente,  
De corpulenta y bárbara persona,  
Armado de unas conchas de serpiente,  
De muchas fuerzas, y ninguna maña,  
A quien su rey pasó de Argel á España.

Fundó en Navarra sobre una alta breña  
Un castillo gentil, que el gran Teobaldo  
A Guevara ganó, y mudó su seña,  
Las bandas y panelas de Grimaldo :  
Dando á su ilustre casa no pequeña  
Magestad desta peña el fiel respaldo,  
Ganada á fuerzas del soberbio Argante,  
Pariente y sucesor deste gigante.

Este pues viendo el espantoso estrago  
Que la aragonés furia hace en su gente,  
Al rey caído en un sangriento lago,  
Y á sus golpes medroso el mas valiente;  
Dando orden que Bramul con tierno halago  
La infanta lleve en orden suficiente  
A las barcas, y allí en el albedrío  
De Zaldarán la entregue, y pase el río;

Con pecho osado, y ánimo brioso,  
Alta la espada, y su furor mas alto,  
A dar fue en Ferraguto un peligroso  
Golpe ayudado de un ligero salto :  
Erróle con la cólera, y furioso,  
De rabias lleno, y sufrimiento falto,  
La bisarma arrojó, sacó la espada  
En mora sangre sin lealtad manchada.

Mas antes que ejecute el golpe fiero,  
Uno tal le prestó el sagaz pagano,  
Que el medio escudo, aunque de fino acero,  
Le llevó al suelo, y parte de la mano :  
Dió un bramido el jayan, y el caballero  
Otro segundo le asentó de llano

Encima el duro yelmo, que sin tino  
Al verde suelo del caballo vino:

Greyó que había acabado la jornada  
De aquel golpe espantoso la violencia,  
Y así esgrimiendo la lustrosa espada  
Sin hallar en reparos resistencia,  
De tajo, de revés, y de estocada,  
Hiere, destroza, mata, y diferencia  
Con horribles señales y heridas,  
Cuerpos, armas, personas, muerte, y vidas.

De las medrosas sobras que han quedado  
Al destrozado campo de Pamplona,  
Ya sin caudillo en son desordenado  
Huye á salvar cada uno su persona:  
Y el vencedor gallardo que el cuidado  
Mayor quel suyo alienta, y aficiona  
El de la bella infanta, ya trataba  
De seguir á Bramul que la llevaba.

Cuando Arganzon volviendo en su sentido  
Furioso contra el cielo se levanta,  
Que en verse de mortal valor rendido  
Los muertos pisa, y á quien vive espanta;  
Y el corvo alfange en alto suspendido  
Un golpe al moro dió con fuerza tanta  
Sobre el dorado yelmo á todo vuelo,  
Que dió con él de espaldas en el suelo.

Bajóse por cortarle la cabeza,  
Cuando el brioso aragonés gallardo,  
Con nuevo aliento, y nueva fortaleza,  
Mas ligero saltó que un presto pardo,  
Huyendo con mañosa ligereza  
El golpe altivo del jayan bastardo,  
Aunque en el hombro le alcanzó sinistro  
El filo agudo del alfange diestro.

Cortóle de la malla el fino lazo,  
Y gracias al encanto de Lanfusa,  
Que tambien le llevara entero el brazo,  
Sino hallara en su virtud excusa :  
Mas él que solo siente el embarazo  
De no seguir la infanta, no rehusa  
Sus golpes, ni hace dél ni dellos cuenta,  
Que en uno piensa de cobrar cincuenta.

Y así despues que de uno y otro lado  
Del acerado arnés la fina malla  
El soberbio jayan cortó alterado  
En descompuesta y bárbara batalla,  
Ferragut le acertó un descaminado  
Golpe del yelmo en la dorada talla,  
Tal que él, y la cabeza, y pecho abierto,  
Espantable cayó en el suelo muerto;

Con ruido igual al que en los valles hace  
De las sierras de Cuenca y de Segura  
El pino altivo que en sus hombros nace,  
Y en los suyos la mar vuelve segura;  
Que si el yerro le tronca, y le deshace,  
Suena al caer, y tiembla la espesura,  
Las hojas en los árboles vecinos,  
Y el pez en sus remansos cristalinos.

No quedó al golpe horrible altiva espada  
De cuantas antes contra sí tenia  
Que no huyese, viendo destroncada  
La mayor fuerza con que el rey venía :  
La gente antes vencida y desarmada  
Contra Bramul, que á se escapar huía  
Con la infanta, sin armas y sin tino  
Peleando le estorbaba su camino.

Hasta que libre ya de la refriega  
En que quedaba el moro diligente,  
Lloviendo sangre de su espada llega  
A dar socorro y ánimo á la gente:  
No fue de dura esta segunda brega  
Que un desmayo entibió el furor ardiente  
De los navarros moros, viendo cierto  
Ser Arganzon vencido, y su rey muerto.

Huyeron por el bosque divertidos



A los ocultos valles de la sierra,  
 Quedándose entrampados y perdidos  
 Los mas por la ignorancia de la tierra :  
 El bravo aragonés que vió rendidos  
 Los principales nervios de la guerra ,  
 Envainando su espada , y su braveza ,  
 Así la empresa de su gusto empieza.

Llegándose á la infanta , que admirada  
 Está de las bravezas de su mano ,  
 De sus medrosas damas rodeada ,  
 En tono humilde , y modo cortesano !  
 «¡Oh beldad , dijo , en quien se ve cifrada  
 La entera gloria del tesoro humano ,  
 Que en las centellas desos ojos vuela ,  
 Y ardiendo el alma sus antojos yela !

Si este humilde servicio entrar en cuenta  
 Puede con el que el mundo os pecha y paga ,  
 Y en noble gusto un tal deseo se cuenta  
 De cualquier deuda por bastante paga ;  
 Sin hacer de otro bien caudal ni cuenta  
 Así mi presuncion deste se paga ,  
 Que en fe se atreve de tan buena suerte  
 A ofrecerse por vuestro hasta la muerte.

Soy , si la fama deste brazo y mano  
 Volar tan alto con mi nombre pudo ,  
 El hijo de Lanfusa y de Uliano ,  
 De Huesca rey , y de Aragon escudo :  
 Del gran Soldan de Babilonia hermano ,  
 Y soy el que sin armas , y desnudo ,  
 Maté á Argalia en Francia peleando ,  
 Y las suvas quité al valiente Orlando.

Y así la fama de esa luz preciosa ,  
 Que ya clara en mis ojos reverbera ,  
 Fue en mi libre cuidado poderosa ,  
 Y á sus rayos mi alma tan de cera ,  
 Que por virtud y fuerza milagrosa  
 Viva se imprimió en ella de manera ,  
 Que sin mas esperiencias mi memoria  
 Hecha quedó un retrato de su gloria.

Y la ventura que al principio quiso  
 Darme de tal tesoro alegre nueva ,  
 Siendo mi guia , hizo de improviso  
 Que por mas bien este favor le deba ,  
 Trayéndome á tan nuevo paraíso  
 Por dulce alivio , y por bastante prueba ,  
 Que si es grande la voz de esa belleza ,  
 Es la fama menor que su grandeza.

Luego que amaneció en mi pensamiento  
 La justa estimacion desta noticia ,  
 Sin hacer caso de otro humilde intento  
 De ser vuestro me dió noble codicia :  
 Cobrando mi rendido pecho aliento  
 Para con él vengar vuestra injusticia ,  
 Y gozar juntamente el bien que aspira  
 Ese divino rostro en quien le mira.

Y así se debe todo á la grandeza  
 Que el cielo puso en vos , y á mi la gloria  
 De saber adorar tanta belleza ,  
 Y gozar sin pensar desta victoria :  
 Todo junto pretende en vuestra alteza  
 Deste servicio y voluntad memoria ,  
 Con que en mí crezca el ánimo en serviros ,  
 Y en tanto bien amor temple sus tiros .»

Dijo , y la alegre gente cortesana ,  
 Que á la espada sobró del enemigo ,  
 En torno de la bella toledana  
 Cobraba aliento ya , y seguro abrigo :  
 Y ella con la victoria mas lozana ,  
 En rostro afable , y en semblante amigo ,  
 Al gran libertador que atento via  
 La dulce boca á responder abria :

Quando vieron salir de la espesura  
 Un brioso y desenvuelto caballero ,  
 Sobre un caballo de gallarda hechura  
 Todo cubierto de oro , y él de acero ,

Con una dama tal , que su figura  
 Admiró los presentes... mas primero  
 Que mi pluma á este cuento se entremeta  
 Volverla quiero á la olvidada Arleta ,  
 Que no es razon que porque el tiempo haga  
 Su oficio en ella , como en todos suele ,  
 Ya que uno al irse con rigor le paga ,  
 No venga otro tras él , y la consuele :  
 Que si con su volar todo se estraga ,  
 Tambien es justo que en sus penas vuele ,  
 Y se acabe el dolor como el contento ,  
 Y nada tenga en su inconstancia asiento .

Del encantado moro el justo enfado  
 Atada habia dejado á la hechicera  
 Al duro tronco de un ciprés copado  
 Del fugitivo Tajo en la ribera ,  
 Donde cuando apuntaba el sol dorado  
 Tras la estrella del alba placentera ,  
 Una villana vió medio desnuda  
 Con lágrimas pidiendo al cielo ayuda .

Dióle voces la maga , y la doncella  
 Con ellas de repente alborotada ,  
 Medrosa á los principios quedó en vella ,  
 De su fealdad y gestos asombrada ,  
 Hasta que al fin compadecida della  
 Llegó á darle favor , y desatada  
 Ella en pago le pide como amiga  
 Para ayudarla el fin de su fatiga .

«Señora , dijo , aunque contarla quiera ,  
 Ni sé decir ni entiendo el cómo ha sido ,  
 Ayer desde mi aldea á esta ribera  
 A cazar vine con mi padre un nido ;  
 Y no sé adónde , ni por qué manera ,  
 Me puso en un caballo , y él subido  
 En la silla tambien , donde queria  
 Furioso nos llevaba y nos traía .

Metiόνos por la lóbrega espesura  
 Deste bosque sin luz , y andando á tienta  
 De un riesgo en otro , sin hallar segura  
 Senda ni guia á nuestro ciego intento ,  
 La noche fuimos toda á la ventura ,  
 O sin ella , hasta ya que al pardo viento  
 El lucero aclaró , y con su tesoro  
 De blanca plata hizo el carro de oro .

Entonces en el soto de improviso  
 Una fiera saltó , y alborotado  
 El brioso animal hurtarle quiso  
 La vuelta dándola él desordenado :  
 Dió conmigo en el tronco de un aliso ,  
 Y en su huir á mi padre desdichado  
 Colgado le llevó de un corvo estribo ,  
 Haciéndole quiza pedazos vivo .

Yo por estos ribazos , y estas peñas ,  
 Con el ansia de darle algun socorro ,  
 Cual me ves destrozada de sus breñas ,  
 Sin saber dónde á socorrelle corro .»  
 Dijo , y entre unas vástagas pequeñas  
 De álamos , que hacen en el prado un corro ,  
 Los bufidos oyeron del caballo ,  
 Acudiendo las dos por atajallo .

Halláronle entrampado en los grimazos  
 Que un ciego bosque de álamos hacia ,  
 Hecho el villano entre sus piés pedazos ,  
 De un estribo colgado todavía :  
 Dió la doncella en él tristes abrazos  
 De sobresalto llena , y de agonía :  
 Arleta asíó del freno por la rienda ,  
 Tomando el paso de una estrecha senda .

Conoció en el caballo , y el suceso ,  
 Ser el que iba buscando Ferraguto ,  
 Aquel moro feroz que en su alma impreso  
 El brio dejó de un pensamiento bruto :  
 Y sin dar mas consuelo en el avieso  
 Caso de la doncella , ni en su luto ,  
 Sola se la dejó , y se fue contenta ,



Que del ajeno mal ¿quién hace cuenta?  
 Va con ella doméstico el caballo,  
 Y ella agradada de su vista y talle  
 A Brabonel pretende presentallo,  
 Y con esta ocasion nueva obligalle:  
 Y si él cual debe no le estima, dallo  
 En premio á quien prometa de vengalle  
 Del afrentoso agravio que le hizo  
 Aquella noche el moro advenedizo.

**ALEGORIA.**

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan á ciegas, y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas bien ó mal afortunadas, que aunque no llegan á forzar la libertad del albedrío, no hay duda que en las cosas

inferiores es gran fuerza la del hado, que segun la opinion de algunos, referida por Santo Tomas, es la disposicion del signo en que cada uno es concebido, al cual aunque le es superior el libre albedrío, en muchas cosas se deja vencer de su violencia, y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza á prevenir, y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarion, que la fuerza de las estrellas predomina en los brutos, y en la parte sensitiva, y no en el albedrío humano y voluntad racional.

En Ferraguto abrazado con Arleta, se muestra cuan cierto es en el hombre caer de las manos del deleite en las del arrepentimiento: la vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso, y cuan otras de lo que son pinta y barniza las cosas.

Ferraguto peleando con las gentes de Biarabi en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende: y en Biarabi destruido y frustrado de su intento, como un traidor pocas veces se escapa de morir á manos de su traicion.

## LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO. Describese quien fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le venga de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el campo de España á Sanseña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon compañeros suyos hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazo, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.

FUE Arleta (es bien, señor, que sepais esto Para mas luz de su famosa historia) Una maga falaz, cuyo compuesto Rostro aun conserva Tajo en su memoria, Y en una carcomida gruta puesto



Su primera beldad hace notoria,  
Y del furor de su ánimo insolente  
Esto por tradicion cuenta la gente.  
En su florida edad de agrado y gusto,  
Aunque altiva en su trato, y deshonesto,  
Con que en celosas rabias y disgusto

Siempre á Toledo trajo en bandos puesta:  
Amiga de Yucef, moro robusto,  
Que á toda España gobernó, y con esta  
Mano en su pretension no hubo interese  
Que no intentase, y con que no saliese.

Mas el tiempo que todo lo consume  
Dió y tomó como en otras en sus cosas,  
Dióle males que cuente, años que sume,  
En ferias de las perlas y las rosas;  
Quedándose tan vana, que presume  
Que aun pueden ser al gusto apetitosas  
Las fruncidas arrugas, y las sanas  
De los húmedos ojos sin pestañas.

Tirando de la edad cuanto mas pudo,  
La ponzoña del tiempo y del afeite  
El turbio rostro le dejó sañado,  
De unciones lleno, destilando aceite:  
Y el débil cuerpo de raíces nudo  
Con las vivas memorias del deleite:  
Mártir de nuevas aguas y legias,  
Que en reumas trueca el curso de los dias.

Perdió con ellas los manchados dientes,  
De un ojo el sol, y la una y otra ceja,  
Que estos son los toisones excelentes  
Que el torpe vicio á quien le sigue deja:  
Al fin hecha de humor horribles fuentes,  
Por todas partes consumida y vieja  
Dió en procurar con infernales medios  
A su antigua pasion nuevos remedios.

Tenia en el Tajo entre una obscura breña  
Una encubierta gruta en que vivia,  
Y una fuente llamada de la Dueña,  
Que de ara á sus conjuros le servia:  
Quizá fue á donde ahora es Fontiduëña,  
Y su nombre heredó desta harpia  
Que hay fama que en su pueblo aun persevera  
Nobleza desta antigua hechicera.

Tenia la fuente siempre emponzoñada,  
Y enturbiando sus aguas el sentido,  
Dejaban la memoria embelesada,  
Y el gusto al suyo sin querer rendido:  
Con que en torpe deleite ocasionada  
Deseo no tuvo sin le ver cumplido,  
Sino el de Ferragut, cuya locura  
Las luces apagó de su hermosura.

Esta pues con las riendas del lozano  
Caballo Clarion va su camino,  
Trazando en sí de darlo de su mano  
Al que ya hizo de sus gustos dino:  
Al feroz Brabonel zaragozano,  
O á quien le busque y mate al sarracino,  
Pretensor bravo del gallardo potro,  
Que al uno adora, y aborrece al otro.

Gozó de Brabonel algunos dias  
En vario engaño y ciegos embelecios,  
Hasta que al fin por encubiertas vias  
De su cueva huyó á los montes secos;  
Sin valer ya con él magas porfias,  
Ni de su halago los fingidos ecos,  
Y presa de su amor entonces iba  
Con la memoria y la aficion mas viva.

Quando al bajar de una pequeña loma  
Vió un caballero de unas armas goles,  
Que bañada la espada en sangre asoma  
Cual sol de abril en rojos arboles,  
Y que el camino hácia la selva toma  
Tras dos gallardos moros españoles,  
Que el caballo le han muerto por dejalle  
Sin que seguirlos pueda á pié en el valle.

Alcanzó al uno de un revés ligero,  
Que lo fue mucho mas que su caballo,  
Yendo al suelo caballo y caballero,  
Sin que trate el que huye de ayudallo:  
Y acertando el segundo golpe fiero  
Le abrió del hombro al pecho, y pudo dallo

Tan á gusto y sabor, que el que huía  
Con solo alfanje y sin arnés venía.

Al otro le valió su ligereza,  
Y el victorioso caballero armado,  
Volviendo á todas partes la cabeza,  
A Arleta vió bajar por el collado,  
El caballo del diestro, que en belleza  
Escede á cuantos Betis ha criado,  
Con el rico jaez que al huello ufano  
Sonando el oro le hace mas lozano.

Esta este caballero el gran Rangorio,  
Padre que es de Oliveros, y de Baldo,  
El que en Mopsa mató en su Consistorio  
Alevemente al conde don Grimaldo:  
Aquel conde nobleza de Sertorio,  
De Montesinos padre, y de Teobaldo,  
Que á España huyeron, y de su renombre  
A la Peña de Francia dieron nombre.

Este por Carlo Magno era en Girona  
Gran duque, y á esta empresa toledana  
Con el falso rey vino de Pamplona  
Por ver de Brabonel la espada ufana,  
Con quien probó aquel día su persona  
Dentro en la inculta selva comarcana,  
Mientras que el rey como hambriento lobo  
De una tierna cordera hacia su robo.

Y estando en lo mejor de la batalla  
A ellos vieron venir tres caballeros,  
Publicando el peligro en que se halla  
En el bosque la infanta y sus monteros:  
El moro Brabonel por ayudalla,  
En fe le pide de incritos guerreros  
En aquel punto dejen el combate,  
Y al día siguiente alarguen su remate.

No lo otorgó el francés, que era su intento  
Que Biarabi saliese con la empresa,  
Cuando los tres con ciego atrevimiento,  
Viendo á traición llevar su infanta presa,  
A un tiempo juntos su furor violento  
A dar sobre él bajaron con tal priesa,  
Que sin que Brabonel pueda estorballo  
Mataron sino á él á su caballo.

Y no admitiendo el de Aragon la suerte  
Que á su victoria el tiempo le ofrecia,  
Las riendas vuelve, y de su pecho fuerte  
El brio á dar favor á su alegría:  
Rangorio de los tres dió á los dos muerte,  
El tercero huyó á servir de guía  
A Brabonel, cuando el preñado monte  
Al valle parió á Arleta, y á Clarionte.

Salió á ver el retrato en que tenemos  
Juntos el de hermosura y de fiereza,  
Caballo y dama, donde visto habemos  
De las obras del tiempo la firmeza:  
Ambos de los azares los extremos,  
Uno en torpe fealdad, otro en belleza,  
Ahora Rangorio en ambos entrapado  
¿Cómo se librará de desgraciado?

Preguntóle, á quien lleva aquel caballo,  
Y respondió á sabor la astuta vieja,  
Que es suyo, y que lo lleva para dallo  
En premio á quien la vengue de una queja:  
Ofrecese el francés á procurallo.  
Y ella á su gusto y voluntad lo deja,  
Con tal que hasta vengarla en cualquier via  
Segura le haga y noble compañía.

Refirióte que habiendo regalado  
De casa y cena á un falso caballero,  
La habia sin culpa suya deshonrado,  
Y mostrado á sus blandos ruegos fiero:  
«No sé, dijo el francés, lo que ha pasado,  
Yo haré lo prometido verdadero,  
Lo demás tú lo sabes, solo digo  
Que tenia hambre quien cenó contigo.»

Miróle de mal gusto la ramera,

Y á no haber da lo ya el caballo, es cierto  
Que por solo aquél mote no le diera,  
Aunque le diera á Ferraguto muerto:  
Mas viendo que enojarse entonces fuera  
Perderlo todo, prosiguió el encierro  
Como astuta y sagaz por mil maneras,  
Echando en burlas las pesadas veras.

Y él con ella á las ancas por la selva  
A buscar fue la gente de Pamplona,  
Antes que el fiero Brabonel revuelva  
De Toledo á amparar la real corona:  
Mas por presto que á dar alcance vuelva  
Al amado escuadron, y á la persona  
Del encantado y diestro Ferraguto,  
Su primer fiesta habrá trocado en luto.

Y como en los azares que traia  
El francés cabe todo, vió temprana  
Su cierta destruccion en alegría  
En que la gente estaba toledana:  
Que este es el gran guerrero que salia  
Del monte, y suspendió de Galiana  
La respuesta, y de Arleta el desenfado,  
La que mas que los muertos manchó el prado.

Fue general la turbacion siguiente,  
Galiana en conocer por el escudo  
De tres coronas al francés valiente,  
Y él en ver tal destrozo quedó mudo:  
Arleta hallando á Ferraguto presente  
Tenerse de temor en pié no pudo,  
Cayendo del caballo sin aliento  
A los piés de su altivo pensamiento.

El moro mas que nadie alborotado  
Viendo el caballo tras que ayer corria,  
Y de otra parte el bulto embalsamado  
Que cual muerta fantasma le seguia;  
De uno rabioso y de otro alborotado,  
Romper por todo su furor queria...  
Mas del acometido rompimiento  
Otra vez se dirá el furor violento.

Que ya Tibalte á vista de los muros  
Y levantadas torres de Sansueña,  
A trinchar y hacer fosos seguros  
Del gran Leon encamina la alta seña:  
Y en distintas escuadras por sus duros  
Collados va en bellísima reseña,  
Tal que la antigua magestad de España  
El aire, aunque oprimida, en triunfos baña.

De Sansueña el alcaide un tiempo esposo  
Fue de Brunilda, hermana del rey Silo,  
En quien de un parto tuvo peligroso  
Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,  
Muriendo para dar fruto precioso,  
Con mas gracias que flores riega el Nilo,  
En una bella niña y un infante,  
Como la luz que al día va delante.

Al niño hurtó un esclavo en un desierto,  
O cruel le mató sin culpa alguna,  
Mas de la niña el cielo hizo un enjerto  
En su rostro del sol y de la luna:  
Tomó en sus ojos la hermosura puerto,  
Desde donde ella y el amor á una  
Los dulces tiros hacen, cuya guerra  
En un cielo de paz vuelven la tierra.

Fue su nombre Florinda, y ella un mayo  
De flores, cuyo pecho y alma altiva  
De un fuerte amor el poderoso rayo  
Al primer golpe la dejó cautiva,  
Y hoy de una larga ausencia el frio desmayo  
Apenas la esperanza tenia viva,  
Cuando en sus vueltas la fortuna incierta  
Viva con una la volvió de muerta.

Del conde don Tibalte un noble hermano,  
Que Argildos de Velasco se decia,  
Por su teniente en el real cristiano  
Puesto en favor de la ciudad venia:

Activo, joven, de ánimo lozano,  
 Pecho fuerte, y robusta gallardía,  
 Que en la corte de Oviedo con bastante  
 Favor fue desta dama tierno amante.  
 Vino el valiente godo á la jornada  
 Solicitado de amoroso ruego,  
 A ver su gloria con la vista amada,  
 Cuyas ausencias le han tenido ciego;  
 Y porque el rayo de su ardiente espada  
 Allí importa que ayude á sembrar fuego,  
 Al fin entre el furor que el alma encierra  
 En busca de su paz vino á la guerra.  
 De finos jaspes con relieves de oro  
 En lo mas alto de una torre habia  
 Un bello mirador, que el campo moro,  
 Y de Arga la ancha vega descubria:  
 Aquí á las voces de un clarín sonoro,  
 Que descubrió la hermosa infantería,  
 En rico estrado de oro la gallarda  
 Florinda su vistoso alarde aguarda.  
 Cercada de bellisimas doncellas,  
 Y de esperanzas y deseos cercada,  
 Por ver la entrada de los campos ellas,  
 Y ella por ver de su amador la entrada:  
 Con rica cinta de esmeraldas bellas,  
 Y un delfin que las traga por lazada,  
 En agüero feliz que está en bonanza,  
 Ceñida ya del finde su esperanza.  
 Puesto á su lado el venerable Artero,  
 Que plático en la guerra les dijese  
 Bandera por bandera el campo entero,  
 Y quien su capitán y escuadra fuese:  
 Fue la gente llegando, él con severo  
 Aunque alegre semblante, en que se viese  
 De su cordura y discrecion el modo,  
 Así fue señalando el campo todo.  
 El que á su cuenta trae el estandarte  
 Real, y el aire enciende con su acero,  
 Debajo cuyas grevas viene un Marte,  
 Mas que el que en Tracia riñe activo y fiero:  
 Aunque de godo tiene una gran parte,  
 De la antigua montaña es el primero  
 Tibalte de Velasco, y desta gente  
 Digno caudillo y general prudente.  
 Bello Centauro en medio los barbechos  
 Pinos de Osa parece en brio y talle,  
 Cuando con dos espaldas y dos pechos  
 La espesa selva asombra y rompe el valle:  
 Tiemblan á sus piés anchos los barbechos,  
 Las fieras y ganados le hacen calle,  
 Y él dejando tras sí la alta montaña  
 Las fuentes turba, y hunde la campaña.  
 Del antiguo Idubeda, que ya puso  
 Nombre á esta inculca sierra, es descendiente,  
 Y la gallarda escuadra que en difuso  
 Monton le cerca de su casa y gente,  
 Diestra en la alegre caza, y en el uso  
 De herir de lejos con venablo ardiente,  
 Cuyas flechas y dalles enastados  
 Por los aires alcanzan los venados.  
 El que sigue tras dél con su bandera  
 Es el valiente joven Coribanto  
 De Teuca sangre casta verdadera:  
 El siguiente es el noble Radamanto,  
 Que una hidalga escuadra rige entera  
 Del valle de Solorzano, y el manto  
 De hoces de verde plata y lirjos de oro  
 Siembra en su nueva gala un real tesoro.  
 Claverindo es aquel, y las legiones  
 Que la fértil Rioja el valle opaco  
 Con rejas rompen, y los ricos dones  
 De Ceres gozan y del libre Baco:  
 Aquel es Aldigér, cuyos florones  
 Del limpio arnés y del bruñido jaco  
 Los rayos dan, que ahora con sus brios

Vuestros ojos deslumbran, y los mios.  
 Su gente siempre á guerras inclinada,  
 Y puesta al enemigo por frontera,  
 Con corvo arado, y con luciente espada,  
 A un tiempo abre del surco la carrera:  
 La que tras ella en ala concertada  
 De un dragon de oro sigue la bandera,  
 Es de las quiebras de esta insignie sierra  
 Escogida la flor de cuanto encierra.  
 Del valle de Bastán los mas valientes  
 Aquellos son de los escaques de oro,  
 Hechos á defender por sus vertientes  
 De sus famosas minas el tesoro:  
 Aquel es Berlicano, los siguientes  
 Son Peralta y Cerdan, que al pueblo moro  
 Han ganado en diversas ocasiones  
 De sus graves escudos los blasones.  
 De dos mil es su bella escuadra junta,  
 Gente insignie, ligera, y belicosa,  
 Arrogante, feroz, y que se apunta  
 En cólera y furor por cualquier cosa:  
 No sabe en general herir de punta,  
 Ni de lejos la flecha peligrosa  
 Despide á donde haga golpe vario,  
 Mas pecho á pecho rinde á su contrario.  
 Monsalve es quien la guia, por ausencia  
 Del príncipe Teobaldo de Guevara,  
 Cuya grave persona y real presencia  
 Su ilustre sangre muestra al mundo clara:  
 Nacido donde de Arga la violencia  
 En rocas de cristal rompe y declara  
 Entre un preñado monte, y su eminente  
 Risco el vistoso origen de su fuente.  
 Es el que la argentada luna vuela  
 En campo azul el lusitano Argente,  
 Famoso cazador y que en la escuela  
 De Cupido gran tiempo fue cursante:  
 Diez años la bellissima Clarela,  
 Que ahora es ya su esposa, fue su amante,  
 Y tantos en su ardiente sangre moza  
 La esperanza vivió del bien que goza.  
 De ochocientos caballos le acompaña  
 La bella escuadra que en Setúbal hizo,  
 A quien freno ni espuela, industria ó maña,  
 Ligereza les da ni brio postizo:  
 Es fama que al frescor de su campaña  
 Del mar vecino el viento movedizo,  
 En sus fecundas yeguas dió la cria  
 Que despues con su padre competia.  
 Desto se precian, y de haberles hecho  
 El rey Tubal primeros deste mundo,  
 Dando principios á su pueblo estrecho  
 (Si es como dicen) sobre el mar profundo:  
 Con ellos van los que el dorado techo  
 Guardan de Bamba, y su jardin fecundo,  
 En Hircana, y aquellos que en Mondego  
 Las sombras gozan de su fértil riego.  
 Las armas destes son ligeros dardos,  
 Dorados yelmos, y argentadas mallas,  
 Con que veloces cruzan, y gallardos  
 Cual mejor gustan tejen sus batallas:  
 Los que ya allí de sus plumeros pardos  
 La alegre sombra da en nuestras murallas,  
 Son ochocientos asturianos fuertes,  
 Diestros á hacer en sus contrarios muertes.  
 Dos tantos trae el escuadron siguiente,  
 Todos de lo mejor de la montaña,  
 Y ambos á cargo y cuenta del valiente  
 Romi, que allí su luz la vista estraña:  
 Este del rey Hesperio es descendiente,  
 Que antiguamente gobernó en España,  
 Y aquel lucero de oro en medio un cielo,  
 Armas son y memoria de su abuelo.  
 Fue Hesperio un gran gigante, de quien toma  
 Italia nombre, y nuestra España aumento,

Y de Romi, su nieta, el suyo Roma  
 (Si es de la fama verdadero el cuento);  
 Que este del sacro Tiber la ancha loma  
 Hizo gemir, y abrió el primer cimiento  
 Del muro, á quien despues los dos hermanos  
 Con la sangre bañaron de sus manos.

Allí viene Fabricio, ¡oh adverso hado!  
 Sin su querido fijo cual solia,  
 De su alma vida, abrigo de su lado,  
 Y bella lanza, si en Leon la habia:  
 Con la hermosa Gaviria desposado  
 Por festejar sus bodas salió un dia  
 A caza, y el correr de un oso fiero  
 Hizo un segundo Adonis del primero.

De Bardulia mil fuertes moradores  
 Siguen el tremolar de su bandera,  
 Hombres duros, ineultos, sufridores  
 De los trabajos y la hambre fiera:  
 Menosprecian las penas, son mejores  
 Cuanto mas el rigor les persevera,  
 Cantan en los tormentos, y las furias  
 Al verdugo acrecientan con injurias.

Son de su natural duros y atroces,  
 Que su tierra de hierro y pedernales  
 Hecha una dura pasta, los feroces  
 Animos cría á su cosecha iguales:  
 A la ira prestos, al herir veloces,  
 Y al aceptar pependencias liberales,  
 La madre mas piadosa al hijo amado  
 De acero le arma y le ocasiona armado.

Está toda Cantabria á la influencia  
 Del fiero norte, y su importuno yelo,  
 Hiriéndola de lleno la inelemencia  
 De aquel cuartel de riguroso cielo:  
 Con sola esta pequeña diferencia,  
 Que en las figuras de su tardo vuelo,  
 Los dragones, los osos, las serpientes,  
 Son allá arriba estrellas y acá gentes.

Pues ya con el clarín de aquesta guerra  
 Sus belicosos pechos alentados,  
 No quedó valle en su fragosa sierra,  
 Que cual Tebas no espigue hombres armados:  
 Los que en desentrañar la dura tierra,  
 O en las ardiéntes masas ocupados,  
 El metal labran, que de luz vestido  
 En las hornazas hierve con ruido.

Los que del Deva gozan los cristales  
 Que le entrega el helado Pirineo,  
 Y á los que en sus salados minerales  
 De blanca sal les dan sabroso empleo:  
 Los que del mundo habitan los puntales  
 Sobre las nubes puestos por trofeo,  
 Y en la peña Udalacha y en Ambroto,  
 Sombrió gozan y agradable soto.

Es este el fresco valle de Arrazola,  
 Con quien se aunan por diversas vias  
 Los que por las riberas del Urrola  
 El rumor sordo asombra de herrerías:  
 Cuando en ardiéntes llamas arrebola  
 Del pardo hierro las escorias frias,  
 El que al valle de Aytona, y de Zumaya,  
 De mimbres cñe la florida raya.

Brigantó es el que allí con plumas variadas  
 Cual rojo leon fantástico campea,  
 Y Arnesto el que se sigue, de contrarias  
 Opiniones y modos de pelea:  
 Aquel quita á las armas ordinarias  
 El entero espaldar, donde se vea,  
 Que yendo en las espaldas sin abrigo,  
 Jamás las ha de dar al enemigo.

Mas Arnesto de solo acero viste  
 Las espaldas, y el resto desarmado,  
 A su contrario mas seguro embiste  
 Que si de dobles petos fuera armado:  
 En prevenirse con recato insiste

Al que puede venir descaminado,  
 Que el enemigo que delante halla  
 Harto hace en defenderse en la batalla.

Tras estos dos, que un solo arnés bastante  
 Defensa y armas da en cualquiera guerra,  
 Con las suyas le sigue lo restante  
 Del rio Lezo, y su abundante tierra:  
 El valle de Olearso, el relumbrante  
 Menasco, la encumbrada y fértil sierra  
 Que el rio Vidaso rompe cuando llega  
 A ver de Urantzua la espaciosa vega.

Quinientos firmes hombres de armas lleva  
 Cada uno destos dos, á quien se junta  
 La gente que del rio Arajes prueba  
 Romper los yelos con pesada yunta:  
 La de Arracilo antigua, y la mas nueva  
 Del Irnio monte, y su nevada punta,  
 Gentes todas indómitas, feroces,  
 De diestras manos, y de piés veloces.

Tienen por triunfo de su brazo fuerte  
 No perdonar la vida al enemigo,  
 Mas vencer ó morir de cualquier suerte  
 Sin otro que su escudo por abrigo:  
 Juzgan por sola venturosa muerte  
 La que en la guerra queda por testigo  
 De su braveza, y sin valor ni fama  
 Quien tras largo vivir murió en la cama.

El de aquella dorada cruz por seña  
 Es nieto del famoso Ballugante,  
 Fundador de los muros de Sansueña,  
 Y sucesor del Mauritano Atlante:  
 Vino á la luz que nuestra ley enseña  
 Por oracion del santo monge Arbante,  
 Qué la alta peña de Udalacha habita,  
 Y el mundo rige allí desde su ermita.

Con él vienen los pueblos que de Soría  
 En vida agreste labran las montañas,  
 Y la sierra Menistra, cuya amoría  
 Derrama el rio Jalon de sus entrañas:  
 Los que del Caco antiguo la memoria  
 Entre los surcos guardan y espadañas  
 Del frio Moncayo, en cuya cumbre ufano  
 Su alcázar tuvo el nieto de Vulcano.

Fue este el primero que en la fragua ardiente  
 De las masas de hierro forjó espadas,  
 Y el que el yelmo inventó resplandeciente,  
 Y anudó al jaco mallas enlazadas:  
 Del tercio de Ibarbuen era esta gente,  
 Mas hoy guía sus escuadras reforzadas  
 De Atlante el sucesor, que un trance honrado  
 Vida á su dueño le quitó, y cuidado.

Mas que diré de tí, oh Alces valiente,  
 Sino que tú eras solo poderoso  
 Con tu gran corazón, y el de tu gente  
 A volver desta guerra victorioso:  
 Tras tí los que del Dueña en la corriente  
 De beber gozan su cristal subroso,  
 Y los que de Gijón los fuertes muros  
 Obra romana aun guardan hoy seguros.

Los marítimos pueblos de su costa,  
 Y los que de Peláyo el estandarte  
 En escuadra vío humilde, y á la angosta  
 La voz seguir de un no temido Marte,  
 Y á los que el paso estrecha y ensangosta  
 Del valle Riar la venturosa parte,  
 Que sus cenizas guarda en fama eterna  
 De Cobadonga en la feliz caverna.

Entre ellos van los mismos que al rio Deva  
 Ven ir volcando yelmos acerados  
 De sesenta mil moros, que con nueva  
 Muerte los dejó el cielo allí enterrados:  
 Huesos y armas al mar trastorna y lleva  
 Los labradores calzan sus arados  
 Con los arneses que de la alta sierra  
 El rio que la cárcome desentierra.

Fabio es aquel que en rayos de diamantes  
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,  
Gran capitán de Orense, y sus triunfantes  
Pueblos aquellos de aquel polvo obscuro:  
Estos con sus cuchillas relumbrantes  
Hechos un escuadrón tejen un muro,  
Mas fuerte que de mármoles cuadrados  
A los que dentro dél se hallan guardados.

Allí segura encierren su bandera,  
Y aun su reino pudieran todo junto,  
Si en tan estrecho término cupiera,  
Sin dél perder ni de su honor un punto:  
Con los que al rojo Miño su ribera  
Cultivan, y un fastástico trasunto  
De Marte hechos sus montañas yermas  
Labran, y gozan las romanas termas.

Van los que de su río la ancha fuente  
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,  
Y el noble pueblo, á quien de Baco ardiente  
El nectar baña la abundante tierra:  
Hierven las cubas, su licor caliente  
Hace al mundo sabroso y dulce guerra,  
Y ellos de anchas cortezas de alcornoque  
Rodelas usan, y acerado estoque;

Pintadas de serpientes y leones,  
Bandas, castillos, águilas, estrellas,  
Sin poner por trofeos ni blasones  
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:  
Tienen por sacrilegio en sus cuestiones  
Que yendo allí sus damas den en ellas,  
Y caso á su arrogante pecho injusto  
Que aun las sombras ofendan de su gusto.

Y ellos tan cerca riñen de ordinario,  
Que miden pié con pié el desnudo estoque,  
Porque del yerro ajeno el golpe vario  
En daño de su autor sus armas toque;  
Que así la espada afierra del contrario  
De su frágil rodela el alcornoque,  
Que se queda con él, y desarmado  
Es fácil de matar cualquier soldado.

Larsio es aquel de aquella luna nueva,  
Gran hombre de á caballo en ambas sillars,  
Sertorio el otro, que las gentes lleva  
De Fontible, y las torres de Mantillas:  
Allí va Sacrisildo haciendo prueba  
Del real valor que de ambas las Castillas  
Herédó de sus padres, y á su lado  
Montalvo el rojo resplandece armado.

Los que en la sierra Orbion las moradas  
Gozan de los antiguos Pelendones  
Vienen tras él, y todas la cañadas  
Que de su lago asombran las visiones:  
Gentes á ver fantasmas enseñadas,  
Que otra cosa no son que los varones  
Ya vueltos vanas sombras, que en Numancia  
Contra Roma mostraron su constancia.

Es fama que estas gentes ya cansadas  
De la prolija hambre, y cerco duro,  
Sus mismas armas contra sí asestadas  
Fuego sembraron en su intacto muro:  
Y de sus firmes venas desangradas,  
Rojas manchas de Duero al cristal puro,  
Que despeñado va de tierra en tierra  
Huyendo al mar de su espantosa sierra.

De Berlanga, Gormaz, Osina, Arlanda,  
De Tordesillas, de Zamora, y Toro,  
Es la gente feliz que aquella banda  
De negro luto sigue en campo de oro:  
Aquel es del gran conde de Miranda  
El estandarte real, este es Montoro,  
Capitán de Simancas, y el siguiente  
De Calahorra la invencible gente.

Estos, los cuales matan en su tierra,  
Armados poner suelen por los muros,  
Y con muertas fantasmas hacer guerra,

Y sus flacos adarbes mas seguros:  
Y cuando el año se les alza y cierra,  
Y el pan les falta, y los bizcochos duros,  
Ni eso les rinde, ni les hace daño,

Que como tengan guerra no hay mal año;  
Que armados salen de hambre, y la comida  
Al enemigo quitan mas valiente,  
Y cuando no hallan mas quitan la vida,  
Y los cuerpos traen muertos á su gente:  
Y no es carne para ellos desabrada,  
Que la ira con la hambre es suficiente,  
Para que si en sus trojes falta el trigo,  
Se coman con sabor al enemigo.

Este es el grave Firmio, cuyo pecho  
Del antiguo Diomedes descendiente,  
Un fénix trae por timbre de oro hecho  
En llamas de un balax resplandeciente:  
Empresa de Vergidio, que al estrecho  
Vierzo un tiempo dió nombre, y con su gente  
En rubias masas de metal sonoro  
A sus altas medulas sangró el oro.

Allí de Carracedo el negro lago  
La gente dá á este guerra que él recibe,  
Suelta y feroz, que en su encubierto pago  
De pescar sierpes por las aguas vive:  
No sabe que es tener tiempo aciago,  
Ni de la muerte horror, solo conceibe  
Deleite el alma cuando en dura brega  
A echar las garras al contrario llega.

No usan blancos venablos, ni su flecha  
La cuerda escupe en arcos desiguales  
Mas duros robles de áspera cosecha,  
Empedrados de vivos pedernales:  
Porque mas les próbo que en guerra estrecha  
Ver del contrario rostro las señales,  
Y ellos en medio del sangriento estrago  
Sierpes parecen de su obscuro lago.

Así el Leonés decía, y la hermosa  
Florinda, «dime, dijo, ó sabio Altero,  
De aquellos dos hermanos la pomposa  
Librea que allí descubre el limpio acero:  
De un talle son, de un cuerpo, y una airosa  
Alma pienso les da el aliento entero,  
Segun en sus acciones se remedan,  
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan.»

Rió Altero, «y no sois, señora, dijo,  
Vos sola quien cayó en esa sospecha,  
Que ya en muchos se dijo, y se desdijo,  
La misma conjetura por vos hecha:  
Y ellos no hermanos son, mas padre ó hijo,  
Y si mas firme puede, y mas estrecha  
Ser la fe y la amistad, mas firme y bella  
La dió á los dos su venturosa estrella.

Leonardo es el padre, que en Valencia  
De una hija del rey hubo á Lisardo  
En una cueva, donde la violencia  
Huyendo le llevó de un suelto pardo:  
Hallóla allí, y no hallando resistencia  
En su gusto, no fue en cumplirlo tardo,  
Niño, y niña también la mora bella,  
Que salió madre, donde entró doncella.

Parió á Lisardo, y en mantillas de oro  
A su padre le envió en grave presente:  
Gastando él en criarle un gran tesoro,  
Nada á su real grandeza diferente:  
Y hoy en el rostro, el talle, y el decoro,  
Lo mismo cree que vos toda la gente,  
Y ellos con gusto del sabroso engaño,  
Siempre se visten de un arnés, y un paño.

Mas el que allí con plumas amarillas  
El oro aviva del grabado escudo,  
Si bien la débil vista percibillas  
Entre el contenido y sobresalto pudo,  
Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillars,  
Fuerte en la brida, en la gínetá agudo,

En el brio me parece, en que sin tasa  
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.  
Ya conozco de su águila la aguda  
Vista y las plumas de oro con que vuela,  
Oh jóven bello, á quien mi lengua muda  
Siempre en contar tus hechos se desvela.  
Dete el cielo feliz próspera ayuda  
Cortando tarde la preciosa tela,  
En que tu heroica juventud recama  
Honra á tu patria y á su nombre fama.  
Tenga en tu diestra la fornida lanza  
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido,  
Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,  
Donde á mis flacos piés le ví tendido:  
Apenas me dió en ti nueva esperanza  
El cielo, apenas tú de un mes nacido  
Eras, cuando se halló viuda tu madre,  
Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.  
Del bárbaro Argalin la inútil clava,  
Mientras él con Chaquin, y el fuerte Ardante,  
A una su espada y su ánimo probaba  
Con diez vencidos moros por delante,  
Bajó á traicion; ¡oh cielo! á quien tocaba  
Vida y brazo guardar tan importante,  
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste  
Golpe tan grave, confusion tan triste?  
Cayó muerto á mis piés, ¡oh hado inhumano!  
Que aun lugar no me dió el dolor que siento.  
A cerrar los ojos con mi mano,  
Ni á mi boca pasar su último aliento:  
Mas al cruel homicida no con vano  
Furor el mio pasé, que así sediento  
De su sangre la mia satisfice,  
Que honre, vida, y victoria le deshice.  
Vengué tu muerte al fin, pluguiera al cielo  
La suerte, oh hijo amado, se trocara,  
Y con mi inútil carga el rojo suelo  
La tuya alegre y nueva rescatara...  
Así en perlas bañando el blanco pelo,  
Que venerable adorno da á su cara,  
Altero, entre el dolor y la alegría,  
Del vivo y muerto hijo proseguía.  
Movió así el grave llanto el noble pecho  
De las tiernas doncellas, que ninguna  
Dejó de acompañarle; él satisfecho  
De aquella compasion de su fortuna,  
Enjugando los ojos sin provecho,  
«De cuántos! dijo, ¡ay Dios! sin culpa alguna  
Mi vista ver su gallardía no supo,  
Mientras sin fruto en lágrimas me ocupó!  
¿De cuántos sin razon no he dado cuenta,  
Dignos de que la haga el mundo dellos!  
¿Cuántos de aquella nube polvorienta  
La sombra cubre, y el placer de vellos!  
Allí ha de ir Alfajardos, la sangrienta  
Luna, y los dos luceros son aquellos,  
Que á vista de los moros de Tafalla  
Quitó á Almanzor en singular batalla.  
Deste os quisiera haber mostrado el brio,  
Y el tuyo, ó generoso Calimarte,  
Que á su lado andas siempre con sombrío  
Penacho hecho un fantástico dios Marte:  
Mas de tí, ó nuevo alférez de quien fio,  
Que á la sombra he de ver de tu estandarte  
Triunfar á Oviedo, y las francesas sañas  
Rendidas al valor de tus hazañas.  
¿Qué diré de tí digno, ó Virbio fuerte,  
De Portugal candillo, y de Galicia,  
Qué diré de tu brazo, de tu suerte,  
De tu experiencia y brio en la milicia?  
Del intrépido ardor contra la muerte,  
Y del inmortal nombre la codicia,  
Con que en batallas veinte y seis campales  
A los pechos sacastes las senales?  
Ninguna á las espaldas recibiste,

Que como á ellas siempre echaste el miedo,  
Por no mostrarlo en tí jamás las diste.  
Al contrario, ni aun yo alcanzarlas puedo;  
Mas ya, señora, desta insignia triste  
Que aquí subiendo va mira el dentado  
Y aquellas negras plumas, que en su vuelo  
La fama espanta al mundo, y toca al cielo.  
Ovento es el que dentro en la enlutada  
Insignia llora el padre recién muerto,  
De insigne lanza, y de témida espada,  
Y pulso en el justar mas firme y cierto:  
Hijo invencible del famoso Estrada,  
Grave mago, y astrólogo encubierto,  
Que supo cuantas en figuras bellas  
Por su via lactea cierne el cielo estrellas.  
Supo de los secretos de los dias  
La gran revolucion, supo en el fuego  
Adivinar por diferentes vias  
Del mundo por venir el curso ciego:  
Y aunque esto, oh noble astrólogo, sabias,  
Nunca supiste del contrario Orbe go  
Huir el traidor golpe, que invisible  
A tu pecho metió la muerte horrible.  
Lleva este de las torres de Coruña,  
Y campos de Tresmiera, mil soldados  
Del leon rapante tras la garra y uña,  
De pieles de osos y alcorcho armado.  
Este es Ricardo del valor de Orduña,  
Aquellos dos de azul y blanco armados  
Dos hermanos, Arnalte es este el fiero  
Caudillo de la casa de Biberó.  
Aquel es Cleofonte, aquel Doraco,  
Insigne este en el arco, el otro en maza,  
Y el de aquel fino y relumbrante jaco  
Oton, señor del parque de Peraza:  
El que al volar de aquel plumero opaco  
Los rayos de oro de su yelmo abraza,  
Es el ilustre Alpidio, insigne hermano  
Del que ahora rige el pueblo zamorano.  
Trae de Astorga á su cargo las banderas  
Astorga, á quien de Astirios las campañas  
Nombre y cimientos dieron, y sus fieras  
Armas el asturiano á las montañas:  
Cuarenta son de á cinco las hileras,  
Que de Sanabria el lago entre espadañas  
Al son armó de su clarín, y el río  
Tera les añadió arrogancia y brio.  
Casi otros tantos de argentada malla  
La ribera vistió del claro Orbe go,  
Cuyos collados la áspera batalla  
De los Suevos cubrió de sangre y fuego,  
Cuando de esta nacion por acaballa  
Hizo el rey Teodorico horrible entregó  
Al gótico furor, y de sus gentes  
El ancho río bebió sangrientas fuentes.  
Usan estos por armas largas ondas  
De blanco lino y sedas de colores,  
Que al despedir su tiro con redondas  
Vueltas hacen vistosos resplandores:  
Llueven de piedras turbulentas ondas  
Despiden desde lejos sus fueros,  
Y de sus estallidos por los huecos  
Montes retumban los sonoros ecos.  
El que el guión de aquellos lobos pardos  
Cual vevís lleva tras sí es Grabelio el fuerte,  
Y los que le acompañan los gallardos  
Pueblos que al Nervio río dió la suerte:  
Estos en prestas flechas y anchos dardos  
Al contrario escuadron envían la muerte  
Volando, como escuadras de aves juntas,  
Que el aire rompen por diversas puntas.  
Allí va el pueblo que la corva raya  
Del fresco monte de Bilbao cultiva,  
Y para grandes flotas por su playa  
Los gruesos robles y álamos derriba:



El de Vermeo cabeza de Vizcaya,  
Y el que de los Pelagos se deriva,  
Y á sus consultas públicas aplica  
Su grave sombra el árbol de Garnica.

Mas mirad ya el que al resto de la gente  
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,  
Que debajo de sí su altiva frente  
Los campos mira, y á quien mira espanta :  
De seis cercos de acero es el valiente  
Escudo con que da vislumbre tanta,  
El limpio arnés grabado de oro fino,  
Y en vez de lanza un desmochado pino.

Este es el bello Argildos, que en la tierra  
Ni hay beldad ni braveza que le iguale,  
En quien con aparato real se encierra  
Cuanto luce en amor y en la honra vale :  
Después del general de aquesta guerra,  
La que mas en valor campea y sale  
Es su persona, y la que en grita y pompa  
Mas de la fama suena en la ancha trompa.

Aun no del rubio bozo el blando vello  
La limpia tez del rostro le ha escarchado,  
Y en cuatro campos el altivo cuello  
De otros tantos jayanes ha cortado :  
Trae por empresa en campo verde un sello  
De una flor, y por letra « es mi cuidado, »  
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,  
El fuego muestra que en sus venas arde.

Así el prudente Altero en voz severa  
A la bella Florinda describía  
Del campo real bandera por bandera  
El alarde pomposo en que venía:  
Y ella colgada de la voz postrera  
Con nuevos alborozos de alegría,  
Al bello jóven por su triunfo y palma  
Desde allí por los ojos le dió el alma.

Y no hallando de amor el fuego ardiente  
Lugar de dilatar su gran contento,  
A dar órden en ver su amado ausente  
Dentro se retiró de su aposento :  
En nada halla quien ama inconveniente,  
Todo lo allana un amoroso intento,  
A esto se entró, y á reposar á solas  
De sus deseos las crecientes olas.

En tanto en el ejército pagano,  
Que al amparo del muro de Pamplona,  
Con tremolantes lunas, y en lozano  
Contorno le ciñó feroz corona,  
El asiento escogía de su mano  
En que alojar su campo, y su persona,  
El bravo Cardiloro, que aquel día  
El real baston de general regía.

Fantástico y soberbio, porque un moro  
Mágico y lisonjero le adivina,  
Que ahora sea de gusto, ahora de oro;  
Allí le espera una abundante mina,  
De adonde ha de robar de un gran tesoro  
La joya en su valor mas peregrina,  
Con que avariento y vano ya se sueña  
Señor de todo el oro de Sansueña.

Por un oculto soto que hace el rio  
Solo se entró á buscar con pecho ardiente  
Para un asalto el puesto mas vacío,  
De pertrechadas fuerzas, y de gente;  
Cuando al fresco de un álamo sombrío  
Un barco de oro vió, y en él presente  
Una beldad, que al moro descuidado  
Suspense en verla le dejó, y turbado.

Metida en un profundo pensamiento  
Con el recelo y gusto parecía  
Que entre olas de pesar y de contento  
El cuidado en el alma iba y venía :  
Ya el rostro enristricado y soñoliento,  
Ya con nuevo alborozo y alegría,  
Ya con nuevo alborozo y alegría,  
Que á quien con atencion lo consider

Cuanto hay dentro en el alma sale fuera.

Así en alto blandon tierna candela,  
Dispuesta á todos vientos da y recibe  
Sombras y claridad, se abrasa y yela,  
Y una vez se amortigua, otra revive :  
Y la eclipsada luna puesta en vela  
Del nocturno silencio así concibe  
Al trasponerle el sol sus resplandores  
Un mudable color de mil colores.

Estuvo el moro á contemplar un rato  
En nuevas avenidas y concursos,  
De miedo, de osadía, y de recato,  
Buscando á su dolor varios recursos;  
Donde la alteracion de rato en rato  
Mas claros le mostraba los discursos  
De la suspensa dama, en quien sin duda  
Amor vió ser el que la altera y muda.

Cobró de esta sospecha atrevimiento  
Para llegar con ánimo á hablalle,  
Que cualquiera liviano pensamiento  
Baja la estimacion, y humilla el talle :  
Y al tiempo que salió á probar intento,  
Ella se entró sin velle ni miralle,  
Quedando deslumbrado, y el altivo  
Gusto entre su esperanza muerto y vivo.

Y como si la vida le llevara  
El aire de aquel bulto de alabastro,  
Sin fuerzas queda, y sin vigor se para,  
Cual mago absorto al contemplar de un astro :  
Sin brio el pecho, y sin color la cara,  
Solo muriendo por sacar de rastro  
Quién sea la luz que allí le dejó en calma,  
Y con vista de paz le venció el alma.

Venian en guarda de su real persona  
Serpilo, y Celedon, moros valientes,  
Nacido uno en Sansueña, otro en Pamplona,  
Pláticos en su tierra, y en sus gentes :  
Estos de un mirto espeso en la corona  
Ocultos mandó estar, porque presentes  
Con la suya no estorben la salida  
Del bien que ya es el todo de su vida.

Y él vuelto á su lugar como primero,  
Sin los ojos mover de la ventana,  
Si á salir vuelve mira del lucero  
La segunda vislumbre soberana :  
Mas viendo al día en su escalon postrero,  
« A gozar de la noche es cosa llana  
Salir estrellas, dice, mas la mia,  
Si es sol, ¿cómo la espero antes del día? »

Que mucho que el mancebo Salamino,  
Que vivo el sol dejó, le halle ahorcado  
Del firme acero de un balcon divino,  
Que cielo un tiempo fue de su cuidado,  
Si al fin le vió su dama; mas yo indino  
De semejante bien, aunque he colgado  
Cuerpo, alma, y pensamientos de tus rejas,  
Ni me quieres mirar, ni verte dejas.

Mas tiéndase esta noche á eternos años,  
que tantos será yo de tu esperanza,  
Sin dar un paso atra en los extraños,  
Por donde amor me arroja y abalanza :  
O sea este el tesoro, ó sean los daños,  
Que fortuna me agüera, y su mudanza,  
No sé nada de mí, ni quién me ha puesto  
En un deseo de morir tan presto. »

Dijo, y no mas atento el engolfado  
Piloto en medio de la noche oscura  
El instrumento puesto, y el cuidado  
De dar mas cierto el punto de su altura,  
La vista tiene fija en el nublado  
Que del Norte escondió la hermosura,  
Ni está en mas suspension alta la ceja,  
Que el moro en la ventana, y en su reja.

Y no en vano del todo, pues ya cuando  
Del horizonte pardo el aire puro



*Minanda*

*RICO*

Fue entre el mudo silencio desdoblado  
De la vecina noche el manto obscuro,  
Entre esperanza y miedo vacilando  
Volver al balcon vió en pecho seguro  
La beldad misma, que antes tan acaso  
El alma libre le llevó de paso.

Era del gran Bastán la prenda bella,  
Que allí á esperar salía un tierno amante,  
Que ya á la luz de la primera estrella  
Prometió amor ponerse delante:  
Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella  
Las mudanzas hacían del semblante,  
Que en mil cuidados puesta entre ola y ola,  
Miedo la enfriaba, y gusto la arrebola.

Desearon enlazar su honrado gusto  
En nudo santo, y en contrato honesto,  
Volviendo el ciego antojo estado justo,  
Y el apetito libre en regla puesto:  
Mas no saliendo todas siempre á gusto,  
Las graves diferencias que hubo en esto,  
El vano pundonor de los tratantes,  
Nuevas lágrimas fue en los dos amantes;

Hasta que puestos ya en romper por todo,  
Libres quieren gozar de su derecho,  
Que honra y amor son fuego, y tiene el godo  
En una y otra llama ardiendo el pecho:  
Y á concertar la traza, y dar el modo,  
Para esa noche está el concierto hecho,  
Y ella á esperar allí su caro amigo  
Salió, y acertó el moro á ser testigo.  
Es la esperanza una tormenta liza  
Puesta entre los cuidados y el contento,  
Que cuando mas se acerca, mas proliza  
Su dilacion le vende al pensamiento;  
Por cuyo fin la enamorada hija  
Del que á Sansueña rige, hurtando el viento  
Al cansado esperar; que en tales casos  
Suele donde no hay uno dar mil pasos,  
Tomó una arpa, á cuya melodía  
Las ansias y el ardor de su deseo  
Admirados quedaron, como un día  
El feo Pluton á la del tracio Orfeo:  
Que ni le era inferior en su armonía  
La bella dama, ni en sus males veo

Otro infierno mayor, si en curso iguales  
Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.  
Nunca en el alto Péloro cubierto  
De blancos huesos voz mas regalada  
Parténope entonó, cuando en su puerto  
Sonó del griego Ulises la jornada,  
Ni con mas riesgo el caminante incierto  
Del peligroso canto y voz se agrada,  
Que dió Florinda, cuando lengua y mano  
Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.

De la Medusa Górgon la cabeza  
En insensible mármol convertia,  
Los ojos que miraban su fiera zoz,  
Aunque no al ciego que su voz oia:  
Mas de la dama el canto y la belleza  
Asi ambos los sentidos suspendia,  
Que oida y vista en agradable calma,  
Piedra volvía el cuerpo, y fuego el alma.

Tal quedó el moro al son del instrumento  
Y la celestial voz de la doncella,  
Cuando á su canto y su regalo atento  
Pasos oyó de recatada huella:  
Detuvo sosegado hasta el aliento  
Por ver el fin de la aventura bella,  
Y vió un armado jóven que llegaba  
De vista al parecer gallarda y brava.

Vió que estuvo un rato desde afuera  
Por gozar de la música escuchando  
Quejas de la esperanza lisonjera,  
Que siempre va los gustos dilatando:  
Haciendo enternecer la voz entera  
Un dulce suspirar de cuando en cuando,  
Que el deleite aumentaba y la alegría,  
Si ya no en quien cantaba, en quien oia.

Hasta que al fin llegando donde pudo  
Con menos voz hablar, y mas recato,  
«¡Oh gloria, dijo, en quien amor desnudo  
La suya toda muestra en un retrato!  
; Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!  
; Sirena, á cuya música el ingrato  
Mal, que en mi pecho vive y daña tanto,  
La virtud ha encantado de tu canto!  
; Salve el cielo tal gracia y hermosura,  
Y esta próspera entrada me conceda  
Por el premio mayor de mi ventura,  
Que ya gozarla sin recelos pueda;  
Que si este alegre agüero no asegura  
Mi gloria de una vez, ya no me queda  
Basa en que estribe y ponga mi esperanza,  
Ni en tal tormenta soplo de bonanza!»  
Dijo, y la voz del nadador de Abido  
Nunca en las rocas y peñascos huecos  
De la torre de Sexto entre el ruido  
De sus olas formó mas dulces ecos;  
Ni fue en mayor deleite recibido  
Sobre sus playas y arenales secos,  
Que un día abrieron puerta á su ventura,  
Y otro á sus huesos, fama, y sepultura;  
Que el noble godo, y venturoso amante  
Fue de su tierna dama acariciado,  
En dulce afecto de ánimo constante,  
Y corazon sin tasa enamorado:  
Al fin despues que en relacion bastante  
De sus cosas contaron el estado,  
La alegría de verle, y la impaciencia  
De las sospechas, y del mal de ausencia,  
El bien, y el mal, las penas, los contentos,  
Los varios altibajos de su vida,



Hasta de los soñados pensamientos,  
Si alguna tienen, la razon fingida;  
Dejando en dulces pláticas y cuentos  
De la noche gran parte consumida,  
Y á la siguiente remitido el modo  
De hacerse de una vez dueños de todo.

Son de acuerdo comun que aquella parte  
Donde ahora están tratando su ventura,  
Para escalar el foso y baluarte  
Escala traya el montañés segura:  
Y añadiendo el horror del ciego Marte  
Al negro manto de la noche obscura,

Una arma falsa toquen, que en Sansueña  
Del robo y del recato sea la seña.

Y en hábito de mora disfrazada,  
Como á nueva cautiva en la contienda,  
Ni del vulgo ofendida ni notada,  
Salva la ponga en su encubierta tienda;  
Donde de honor y riesgo asegurada,  
Es fácil que su padre condescienda  
Con las pedidas bodas, y razones,  
Que han estorbado vanas presun-iones.

Con esto ya que se acercaba el día,  
Y el tierno despedirse á los amantes,  
Toda vuelta esperanza su alegría,  
En igual soledad se hallaron que antes;  
Y el moro oculto que escuchado había  
El fin de los conciertos importantes,  
De zelos impaciente ardiendo en ira,  
Si en estos muere, en su calor respira.

Quiso fiero y zeloso hacer pedazos  
Al español caudillo, y bien pudiera  
Dejarle muerto en los traidores lazos,  
Antes que el golpe ni su alfanje viera,  
Sino le parecieran embarazos  
A otras mejores trazas en que espera,  
Al hacer su venganza mas cumplida,  
Dejarle sin honor, y con la vida.

Tiene por caso á sus designios llano,  
Conforme al encubierto trato hecho,  
Ganar al uno el juego por la mano,  
Y en el otro los gustos de su pecho:  
Y á la jornada en que ahora viene ufano  
Segura entrada en aquel paso estrecho,  
Y hacer á su victoria puerta llana  
Del cielo de su gloria la ventana.

Deste discurso reportado el moro,  
Por donde vino se volvió á su gente,  
Lozano en las sospechas que el tesoro  
Era aquel de su próspero ascendiente:  
Daba ya al frio polo en cercos de oro  
Casi entera su vuelta la serpiente,  
Y el perezoso carretero helado,  
Al sol tenia su yugo trastornado.

Cuando el enamorado sarracino,  
A vista del ejército cristiano  
Al suyo iba pasando, en el divino  
Bulto ocupado el discurrir liviano:  
Y el gallardo Serpilo, que el vecino  
Campo advierte en quietud y sueño vano,  
Y de las ya dormidas centinelas  
Los muertos fuegos, y acabadas velas;

Vuelto á su capitán: «mira, ó valiente  
Cardiloro, le dice, que olvidados  
Tus contrarios del brio de tu gente  
En sueño están, y en vino sepultados:  
¿No es posible, señor, que no te afrente  
Enemigos tener tan descuidados?  
Mas quien, estando tú en el campo, duermes,  
Bien es que á no sanar durmiendo enferme.

Si el justo cielo con silencio ayuda,  
Y á mi espada le da el valor que espero,  
Al sordo amparo desta noche muda,  
Darte mil enemigos menos quiero:  
Yo solo, yo, señor, por mal que acuda  
Mi espada, haré mi dicho verdadero,  
A tí, y mi amado Celedon, tu tienda,  
Siguiéndola os dará esta estrecha senda:

Que á mí no sé cual dios el pecho ardiente  
A tan heroica empresa me levanta,  
Y al muerto real desta dormida gente  
Ahora me arroja con violencia tanta:  
Tú, amado Celedon, si este potente  
Brazo es la muerte de mi empresa santa,  
Al muerto cuerpo ya en el campo frio,  
Serás en darle sepultura pio.»

Dijo, y saltando la primer barrera,

Desnudo al campo de temor se arroja;  
Pasmóse Celedon la vez primera,  
El sobresalto le atajó, y congoja:  
Del arriscado amigo considera  
El fiel denuedo que á morir le antoja,  
Impedido el seguirle, y obligado  
A no dejar del general el lado.

Mas viendo su peligro manifestado,  
«Espera», dijo, y vuelto á Cardiloro,  
Con tiernos ojos, de rodillas puesto  
«Oh gloria, prosiguió, del pueblo moro:  
Si algun dia te tocó de amor honesto  
Tu noble pecho dulce flecha de oro,  
Si sabes qué es amar á un caro amigo,  
Oye, oh invicto señor, lo que te digo.

El que allí ahora en temeraria muerte  
Un campo asalta de enemigos lleno,  
Desta alma es la mitad, desta alma advierte  
Es por fe y amistad cielo sereno:  
Juntos nacimos, la dichosa suerte  
Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,  
Un gusto, unos placeres, una vida,  
Que ahora teme amor verla partida.

Por la beldad que adoras (si de alguna  
Noticia el soberano amor te ha dado)  
Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,  
Por tu vecino reino, por tu estado,  
Por cuanto está debajo de la luna,  
O sobre ella te da gusto, ó cuidado,  
Permitas, que á los que hizo uno la suerte  
En vida, no los haga dos la muerte:

Mas que con tu licencia ahora pueda  
Escolta y muro hacer á un caro amigo,  
Que el breve espacio que á tu real nos queda  
Seguro está, y sin riesgo de enemigo.»  
No dijo mas, que el tiempo se lo veda,  
Y el moro de tan fiel lealtad testigo,  
El amor nota, y la braveza advierte  
Del tierno corazon, y el pecho fuerte.

Y «acude, ó alma gentil, dijo el severo  
Cardiloro, á tu gusto, acude, y anda,  
Y déos la alta victoria, que yo espero,  
El cielo que esos nobles pechos manda;  
Con tal que de los dos sea yo el tercero,  
Como lo fuera aquí en vuestra demanda,  
Si como es de mi oficio el concedella,  
Permitido me fuera entrar en ella.»

Así dijo, y siguiendo su camino  
Celedon á su amigo llega, y dice:  
«¿Por dicha, oh invicto Cid, ya por indino  
De tu lado me tienes? ¿ya desdice  
En mi pecho la fe de quien contino  
Tantos alardes en su abono hice?  
¿Así pagas mi amor? ¿así me obliga  
Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?

¿Yc por ventura yendo en el abrigo  
De tu gallarda espada no sabría  
Sus golpes imitar, y un enemigo  
Darte siquiera menos con la mia?  
Y si esto no, á lo menos por testigo  
Presentarme podrá tu valentía,  
Aunque sea tal que no le importe nada  
Otro abono mayor que el de su espada.

Mas ya por demás tratas de excusarte,  
Ruede como quisiere la fortuna,  
Que como de tu lado no me aparte,  
De las tuyas no temo vuelta alguna.»  
«Oh de mi pecho fiel la mejor parte,  
Serpilo respondió, con quien ninguna  
Desgracia temo, ya que con tal lado  
Poco es acometer un campo armado.

No creas, oh noble aliento de mi pecho,  
Que quiebra de mi amor, ni de tu brio,  
Tu espada me quita, y mi provecho,  
De quien ya el todo de mi empresa fio:

Mas dejar solo un gran resguardo hecho  
 En tu heróico valor al riesgo mio,  
 Y si moria, morir con esperanza  
 De pio entierro, y de cruel venganza.  
 A este fin te dejaba, ó caro amigo,  
 Y por tu anciana y tierna madre ausente,  
 De su larga vejez único abrigo,  
 Y de tu nueva esposa gusto ardiente:  
 Mas ya que tu valor viene conmigo,  
 Y en mi alma el brio que me das se siente,  
 No dilatemos mas el hecho altivo,  
 Ni hombre nos quede de importancia vivo.  
 Ven tras mí, y con atenta vista advierte  
 Por donde ahora el honor tras sí nos guía,  
 En esto está acertar ó errar la suerte,  
 Ser descuidada ó cuidadosa espía:  
 El sueño es viva imagen de la muerte,  
 O ser muerte caliente, ó muerte fria,  
 Dormir en nudo obscuro, y paz interna,  
 O noche temporal, ó noche eterna.  
 Mira cuan cerca están nuestros contrarios  
 De pasar un extremo en otro extremo,  
 Y del cielo y sus altos lacunarios  
 La nueva luz que sola adoro, y temo:  
 ¿De qué estamos perplejos? ¿de qué varios?  
 Fuego es de honor en el que me ardo y quemó;  
 A ellos, gran capitán, que es escusado  
 Quererte suspender su curso al hado.»  
 Dijo, y sacando la luciente espada  
 Por entre los nevados fuegos vuela,  
 Y á Isarco, y Zaldiban, que en camarada  
 Hecho habian hasta entonces centinela,  
 En torno de su hoguera amortiguada,  
 Ya con el vino, y la pasada vela,  
 Confiados en tener campo seguro,  
 Blanda cama les daba el suelo duro.  
 Allí entre el fuego y la ceniza fria  
 Segó al uno y al otro la garganta,  
 Dichosos, á velar hasta que el dia  
 Vestido vieran de su lumbre santa:  
 Uno era cazador, y otro seguía  
 De la caza de amor la red que espanta,  
 Mas del feroz Serpilo el brazo airado  
 A aquel quitó el afán, y á este el cuidado.  
 Mató tras esto en la segunda posta  
 Cuatro dormidas centinelas juntas,  
 Mató al vano Alfagér, al noble Acosta,  
 Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas,  
 Y por la raya de una senda angosta  
 Al pabellon fue á dar, donde trasuntás,  
 O sutil Targa, en bronces, lo que Apeles  
 Con sus conchas no hará, ni sus pinceles.  
 Abriendo en sutil lámina de acero  
 De Piramo y de Tisbe los amores,  
 Aquel dia le halló el sueño postrero,  
 Y del cruel Serpilo los furioses:  
 Pasóle el corazón de un golpe fiero,  
 Y saltando la sangre dió colores  
 Al relieve infeliz, que en triste suerte  
 Ocasión fue y agüero de su muerte.  
 Puesto cabe él en éxtasis profundo,  
 No dormido, mas ciego en su cuidado,  
 Al alquimista vió sutil Raimundo  
 Sobre un antiguo escudo recostado,  
 Midiendo del napelo, y del segundo  
 Elixir la sustancia, el punto, el grado,  
 Y de quintas esencias fabulosas  
 Una imposible máquina de cosas.  
 Habia gastado en experiencias vanas  
 De su hacienda la flor, y de sus dias,  
 Y trocando el cabello negro en canas,  
 Aun no se habian trocado sus porfias:  
 Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas  
 Esperanzas volvió de ardientes frias,  
 Librándole ocasion tan oportuna

De otros mayores golpes de fortuna.  
 Y entrando por el campo soñoliento  
 Horrible estrago hace el moro fuerte,  
 Dando su espada y su furor violento  
 Mil diferencias de una sola muerte:  
 A este barrena el pecho, aquéla tiento  
 Deguella, y pasa al fin la adversa suerte  
 Del modo que halla al grande, y al pequeño,  
 Del sueño temporal á eterno sueño.  
 Este en su corvo escudo recostado  
 El otro sobre el yelmo adormecido,  
 Uno encima la blanda yerba echado,  
 Y otro en las grevas de su arnés tendido;  
 Cual con nuevo dolor desatinado  
 La boca abre á dar voces, y embebido  
 Por ella el hierro de la presta daga,  
 La voz se vuelve atras, y el morir traga.  
 Coello, un portuégés de ánimo ardiente,  
 Hidalgo tierno en sangre y en amores,  
 Poeta, amante, músico y valiente,  
 Cuatro heróicos y célebres furioses;  
 Con el retrato de su dama ausente  
 A quien habia cantado mil primores,  
 Como el sueño le halló en su fantasia,  
 Las manos en la citara, dormía.  
 Torcido el rostro hácia el retrato bello  
 En señal de caricias á su dama,  
 Dormido al gusto y al placer de vello  
 En las corazas de su arnés por cama,  
 Segó el alfange el desmayado cuello,  
 Estremeciósse el cuerpo, el pecho brama,  
 Y al palpar las manos con instancia  
 En las cuerdas formaron consonancia.  
 Marcio, y Catino, grandes bebedores,  
 Que parte de la noche han ocupado  
 Con la taza y los dados, en vapores  
 Del dulce mosto el sueño habian brindado:  
 Los enjutos barriles por la flores,  
 Cada uno sobre el suyo recostado,  
 Dormian en torno de la mesa y fuego,  
 A donde el vino los dejó, y el juego.  
 Debía de soñar Marcio que brindaba,  
 Y abriendo la ancha boca bebió entero  
 El sangriento cuchillo, que llegaba  
 De degollar al torpe compañero:  
 Triste el alma salió en ver que dejaba  
 Posada tan alegre, cuando el fiero  
 Golpe por quien la suya dió Catino,  
 En vez de roja sangre vertía vino.  
 Mató tras este á Marco, y á Sarrento,  
 Escuderos de Marcio, mató á Soria,  
 Que entre sus dos caballos soñoliento  
 Para ir no tuvo á su cuartel memoria:  
 Pasó el celebró á Furnio, que de viento  
 Mil torres exhaló, y de vanagloria,  
 Y al truhan Galba, que despierto, y quedo,  
 Entre los frascos se escondió de miedo.  
 De allí entró donde el docto Algeo dormía  
 A la luz de una vela, en que su pluma  
 De un grave poema heróico que escribía  
 De versos habia hecho una gran suma:  
 Un rico arco grabado de ataxia  
 A su lado, y un libro adonde suma  
 Del triforme Gerion de ambas Españas  
 El reino antiguo, y célebres hazanas.  
 El arco que allí tiene fue el que Alcides  
 Al templo del Lucero dió en despojos,  
 Donde colgado le halló Almonides,  
 Cuando á vengar de un conde los enojos  
 Pasó con Muza á España, cuyas lides  
 Los rios volvieron y los campos rojos:  
 El lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,  
 Y él á su bello nieto el rubio Abdalla.  
 Cuando en sangrienta lid los albaneses  
 A Abdalla despojaron sobre Duero,

El docto Argeo entre otros dos arneses  
 El rico arco ganó al gigante fiero :  
 Y en sus pomposos versos los reverses  
 Del tiempo, arco invencible, aquel postrero  
 Sueño le halló pintando, cuando el hilo  
 Del canto y cuento le cortó Serpilo.

Puso en el arco los curiosos ojos,  
 Y al sabio poeta, que admirando estaba  
 Las musas con su espíritu, entre rojos  
 Suspiros lanzar hizo el alma brava :  
 Quiso de su victoria por despojos  
 Llevarse el arco y la dorada aljaba,  
 Y por matar á Egil, y al Turnio Mesa,  
 Que á su lado halló, olvidó la empresa.

Cansado de herir, soberbio mira  
 Las varias muertes, y el estrago hecho,  
 Y no por eso se alza ni se tira,  
 Ni atras da un paso del dudoso estrecho ;  
 Antes entre el sangriento horror suspira  
 Hirviendo en ira el arrogante pecho,  
 Y las armas ya botas, y él sin fuerza,  
 A nuevos daños su crueldad le esfuerza.

Cual tigre hircana en el aprisco mudo,  
 Harta de degollar grueso ganado,  
 La tierra en roja sangre, y el membrudo  
 Lomo de nuevas manchas salpicado,  
 Garleando cesa un rato, y en menudo  
 Anhelar cobra aliento el pecho airado,  
 Y mientras del destrozo se retira,  
 Cuanto el hambre menguó crece la ira.

Ni el bello Celedon, gallardo Marte,  
 Menor estrago y mortandad hacia,  
 Que del plebeyo pueblo una gran parte,  
 Gente sin nombre y cuenta, muerto habia :  
 Mató á Gilberto, que en decir con arte,  
 Y herir de punta su primor tenia,  
 A Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,  
 Marte en braveza, y en belleza Apolo.

Corren los rios de sangre, y por la tierra  
 Las perlas arrebolan de la aurora,  
 Y él en su oculta y alevosa guerra  
 Con ella misma á más herir se azora :  
 Entra donde á medir Ulloa se encierra  
 Del precioso hado el ascendente y hora,  
 Ulloa digo, un astrólogo ignorante,  
 Que mas cielos halló que cargó Atlante.

Habia toda la noche astrológado  
 Gustoso, que su estrella le asegura  
 Tras prolija vejez sepulcro honrado,  
 Mas mintió su astronómica figura ;  
 Que el bello Celedon con su dorado  
 Puñal le dió temprana sepultura,  
 Y abriéndole el celebro con dos puntas,  
 Volaron dél dos mil estrellas juntas.

Mató á Hepódamo, á Tirsas, y á Falerno,  
 Al rubio Telga, y á Lisardo el fuerte,  
 Y al bello Demorato, jóven tierno,  
 Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte ;  
 Y á tí, ó siempre infeliz viejo Salerno,  
 Que antiguo pretensor sin hacer suerte,  
 Cansado en corte de esperanzas nuevas,  
 Los memoriales convertiste en grevas.

Llegó la muerte al fin, y sino entero  
 El premio, dióte el pago de su mano,  
 De haber dejado el hábito primero  
 En que á Dios consagraste el pecho humano :  
 Y viendo entre los rayos del acero  
 El tierno rosicler del día cercano,  
 «Ya, dice, ó gran Serpilo, hace el alba  
 Al día, y á esta dormida gente salva.

Ya basta el venturoso estrago hecho,  
 Y victorias que el cielo nos ha dado,  
 La honra toda es tuya, sea el provecho  
 Mio en que no violentes mas el hado :  
 Este luciente yelmo, que del lecho

Quité á un muerto enemigo, he reservado,  
 Para que sus pomposas plumas sean  
 Alas en que volar tus glorias vean.

Solo este para tí codicié en cuanto  
 Oro y plata encontré del enemigo :  
 Toma, ó Serpilo, y vamos, que ya el manto  
 Estrellado, que ha sido fiel testigo  
 De tu braveza, entre el nocturno espanto  
 Sus broches de oro esconde, toma, amigo,  
 Y por este encubierto valle huyamos,  
 Antes que lo hecho con la luz perdamos.»

Dijo, y Serpilo, «ó gloria, le responde,  
 De tus mayores, y honra de la mia,  
 Yo tambien otro don codicié, donde  
 Uno entre libros sin temor dormia :  
 Un arco bello, cuya aljaba esconde  
 Cien flechas entre naçar y atauxia,  
 Que luego que le vi, el robusto oficio  
 De tu caza le di por ejercicio.

Y con el gusto de quitar la vida  
 A otros que estaban en la misma tienda,  
 El alma en tantas muertes repartida  
 De traerte se olvidó la rica prenda :  
 Mas tuya es, y ha de ser, aquí escondida  
 Tu persona se esté, y aquí me atienda  
 Que junto aquel hogar que allí blanquea  
 La prenda está que darte amor desea.»

Dijo, y sin ser á detenerlo parte  
 Los ruegos del amigo, que adivina  
 Sus malogrados fines, dél se parte,  
 Y por el infeliz arco camina :  
 O fuese nuevo ardor del duro Marte,  
 O Apolo que vengar la alma divina  
 De su poeta quisiese, ó que ya el hado  
 Al fin habia de su virtud llegado ;

El breve tiempo que duró esperalle  
 En el puesto, sobre él dió de repente  
 Argildos, que á correr salia el valle  
 Con una escuadra de lucida gente :  
 Dióte al amor la noche, y quiso darle  
 A Marte el alba, y en ginete ardiente  
 Recorriendo las postas de las velas  
 Venia por las nocturnas centinelas.

Vieron á Celedon, que al corto abrigo  
 De una encima trataba de esconderse.  
 Donde esperando á su imprudente amigo  
 Amor pudo obligarle á detenerse :  
 Cércale el español bando enemigo,  
 De quien él por huir y defenderse  
 Gallardos golpes con su alfanje hace,  
 Su vida ampara, y su honra satisface.

Trebonio fue el primero que atrevido  
 Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente  
 Del victorioso moro, y aturrido  
 A sus piés le arrojó un golpe valiente :  
 Mas ; qué te vale, oh misero, el cumplido  
 Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,  
 Si al tegido escuadron que se abalanza,  
 Ni el firme escudo ni el alfanje alcanza ?

Ya el gallardo mancho en sangre tinto  
 Con las varias heridas teñia el suelo,  
 Cuando el vano Serpilo en el distinto  
 Rumor las señas vió de su recelo ;  
 Que victorioso entachonado cinto  
 La rica aljaba de arrogante vuelo  
 Le bajaba á los hombros, y en la mano  
 El arco duro hacia gemir ufano :

Suspendió el paso y el medroso pecho,  
 No de su riesgo, mas del caro amigo,  
 Atenta y triste centinela hecho  
 Puesto al tronco de un árbol por abrigo :  
 Conoce á Celedon, y el sin provecho  
 Brio de sola su bondad testigo  
 Con que en confusa brega se revuelve,  
 Y diez por cada golpe juntos vuela.

Y él con las nuevas flechas que traía,  
Encorvando sobre una el arco duro,  
Al confuso escuadron diestro la envía  
Desde el hueco troncon del roble obscuro:  
Acertó á Breño, y el reciente día  
Que iba naciendo por el aire puro  
De los ojos le esconde, y en las sienas  
Clavada le hace dar ciegos vaivenes.  
Vuélvense todos á la oculta parte  
Que la homicida flecha trajo el vuelo,  
Buscando á tiento el encubierto Marte,  
Cuando otra por el mismo paralelo  
De la tirante y firme cuerda parte,  
Y al medroso Blodon, que con recelo  
Gritaba, «¿quién tiró?» la punta aguda  
Su voz clavó, y dejó su lengua muda.

Argildos que de afuera entretenido  
En ver pelear el fuerte moro estaba,  
De su gallardo aliento conmovido  
Guarecerle la vida deseaba:  
Mas por los nuevos tiros ofendido,  
El alma vuelta de piadosa en brava,  
«Matadle, dice, y vénguese en su pecho  
El grave daño por su causa hecho.

Y un frío venablo que en la mano tiene  
Con tal destreza al firme pecho arroja,  
Que ni el grabado escudo le detiene,  
Ni de su peto la acerada hoja:  
Cual destroncado toro á tierra viene  
Con la parda asta ya en su sangre roja,  
Su amigo que caido le vió en tierra,  
Furioso salta á descubierta guerra.

«Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño,  
Teneos, que nada os debe este inocente,  
Yo el autor fui del riesgo y mal tamaño,  
Y del sangriento estrago en vuestra gente,  
Yo la ocasion tracé, yo urdí el engaño,  
Yo soy quien os hacia la guerra ausente,  
Él nada os debe, el cielo me es testigo,  
Sino es el ser de un desdichado amigo.»

Dijo, y lanzando el arco por el suelo  
Furioso su sangriento alfanje saca,  
Y con desesperado brio el cielo  
Venga de su amistad, y su ira aplaca;  
Y á Salmido y Parolo, que á su vuelo  
Delante halló por resistencia flaca,  
Uno en el muslo herido, otro en el brazo,  
Libre el paso le dieron de embarazo.

Y á ser de su mortal rigor testigo  
A pesar de mil puntas llega y mira  
El peligroso golpe, el enemigo  
Dardo, y del firme heroico brazo la ira:  
Y viendo así morir su caro amigo  
De rabia brama, y de dolor suspira,  
Y el desangrado moro en habla breve  
A que se salve así le alienta y mueve:

«Huye, amigo, de aquí, huye ligero  
Mientras muriendo yo salvo tu vida,  
Dame este dulce bien por el postrero,  
Y no hallaré la muerte desabrada:  
Y cuando haya oculto, ó por dinero,  
Ó por sangre en mejor sazón vertida,  
A mi afligida madre el cuerpo lleva,  
Y á ser su nuevo amor el mio te mueva.»

Dijo, mas ni el dolor, ni los contrarios  
Lugar le dan de responder al moro,  
Que de heridas y golpes temerarios  
Sobre él descarga un martillar sonoro:  
Parece al recibir los tiros varios  
En caso estrecho jarretado toro,  
Y en el herir y acometer gallardo  
En escombrada plaza suelto pardo.

A este hiera, á aquel da, y al otro acierta  
En revuelto y confuso torbellino,  
Mató á Cerdán, hirió de un golpe á Berta,

Luchador diestro aquel, y este adivino:  
Y ya el amigo y la esperanza muerta,  
Aunque su real pudiera abrir camino,  
Y salvarse no quiso, mas el lado  
Muerto guardar, que vivo había guardado.

Hasta que á golpes y dolor deshecho  
El noble corazon del moro fuerte,  
Pasado de un cruel venablo el pecho  
Mas fiel que amor tocó, ni hirió la muerte,  
Ya sin aliento ni armas de provecho,  
Cerrando el curso de la humana suerte,  
Y haciendo al mundo de su fe testigo,  
Sin vida dió á los piés del muerto amigo.

¡Oh heroico ejemplo de amistad divina!  
Aunque en bárbaros pechos descubierta,  
Si de mis nuevos versos la adivina  
Virtud del todo en mí no ha sido incierta,  
Jamás el tiempo que inmortal camina  
Del ciego olvido te verá cubierta,  
Antes de siglos y años vencedora  
Tu fama irá, como tu sangre ahora!

En tanto el nuevo amante Cardiloro  
Impaciente en sus gustos y alterado,  
Del ya vecino sol los rayos de oro  
Presentes mira, y aborrece airado;  
Que de tinieblas hecho su tesoro,  
Cuanto con la luz ve le causa enfado,  
Y entre esperanzas un deseo fuerte,  
Es lucha de la vida con la muerte.

Llegóse al fin el tiempo, y prevenido  
Como prudente y recatado amante,  
De suficiente escala, y de escondido  
Recato, y armas, y ánimo bastante;  
Con un cristiano paje el mas querido,  
De fe mas sana, y pecho mas constante,  
Dos breves horas antes del concierto,  
De la noche infeliz salió encubierto.

Comenzó el campo moro el nuevo asalto,  
Con que él hiciese el robo mas seguro,  
Que el torpe miedo y ciego sobresalto  
La vista turban mas que el aire oscuro:  
Comenzóse la grita, él puesta en alto  
La escala, abierto de Sansueña el muro,  
Vió la ventana donde amor le envía,  
Puerta á su gloria, y sol antes del día.

La bella amante súbito engañada  
Con las dulces memorias de su esposo,  
Del son de Marte y del amor turbada,  
Del pajeillo, y de su hablar medroso,  
La alta escala bajó, y fue disfrazada,  
Haciendo el traje moro mas airoso,  
Si las tinieblas consintieran vello,  
Del gallardo ademan el bulto bello.

Con solo un cofrecillo en que traía  
Lo mas precioso de sus joyas puesto;  
Y viendo que el rumor de armas crecía,  
Con paso apresurado y descompuesto,  
Dando á entender el moro que huía  
No el miedo de la gente, sino el puesto,  
Comenzó á desviarse por el llano  
Del muro hácia el ejército cristiano.

Viene todo en las armas encubierto  
Para no ser de nadie conocido,  
Y el paje astuto con sagaz concierto  
A cualquier lance impuesto y prevenido:  
Y poco á poco por el campo abierto,  
En son de huir la gente y el ruido,  
Llevar queria la dama á una espesura,  
Donde estuviese del tropel segura.

Cuando el moro infeliz que iba delante,  
Haciendo franco el paso con la espada,  
Ciego dió en una escuadra, á la importante  
Defensa de aquel paso diputada:  
Y sin volver el nombre el vano amante,  
De veinte su persona rodeada,

Por mil partes le hieren, y por una  
A la muerte abrió puerta su fortuna.  
Entre el izquierdo brazo, y la loriga,  
Una encubierta punta desmandada,  
Tan dulcemente entró, que sin fatiga  
Del cuerpo cortó al alma la lazada:  
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga  
Del capitán cristiano desmayada,  
Con el engaño de tener por cierto  
Que no era el moro, mas su esposo el muerto.  
Fue á tiempo el darle muerte á Cardiloro  
Que el montañés llegaba alborotado,  
Por ver del repentino asalto moro  
El que él iba á hacer anticipado:  
Y oyendo de las armas el sonoro  
Ruido ir en aumento recatado,  
Con una oculta escuadra de Guzmanes  
Venía á requerir sus capitanes.  
Venía también á hacer secreta guarda  
Al balcon de oro, de su gloria puerta,  
Cuando muerto vió al moro, y la gallarda  
Dama á su lado desmayada, y muerta:  
No conoció su luz, ni á verla aguarda  
De la amorosa suspension despierta,  
Mas en su amor el alma divertida,  
La que buscando va deja perdida.  
Creyó que fuese alguna dama mora  
Del que á desgracia han muerto en la contienda,  
Y ella, y el paje que cabe ella llora,  
Presos mandá llevarlos á su tienda:  
Y tras el bien que deja, y que adora,  
Con su escuadra tomó una estrecha senda  
Que á la torre va á dar, donde su gente  
Ya culpándole está de negligente.  
Va buscando la gloria que ya tuvo,  
Caida ante sus piés sin conocella,  
Cuando la culpa de perderla estuvo  
En no legarse como pudo á vella:  
Mas ¿quien lo advierte todo, ó en quien hubo  
Tan sabia prevención, que pueda en ella  
Medir las ocasiones, y en ninguna  
Perder lance á las vueltas de fortuna?  
No hay desduido en amor que no se pague,  
O sea el cobrar remiso, ó sea contado,  
Ni estado tan feliz que no lo estrague  
El desmán de un suceso no pensado;  
Que si da la fortuna antes que amague,  
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?  
Fue á dar con el balcon el godo tierno,  
Y en vez de alegre gloria halló el infierno.  
Vió escalado su muro, y puesto fuego  
Ya por allí el balcon resplandeciente,  
Y que en tropel confuso y furor ciego  
Por él entraba la morisca gente:  
Y un soberbio jayan de nacion griego,  
Señor de Negroponto, puesto en frente,  
Que da favor y fuego á los de arriba,  
Y á voces el combate y cerco aviva.  
Reverberan las llamas en las hojas  
Del arnés limpio de bruido acero,  
Y el aire obscuro con vislumbres rojas  
Al jayan vuelve mas horrible y fiero:  
Crece el rumor, el fuego, y las congojas  
En el dorado alcázar, y el entero  
Con su furor el gran teson sustenta,  
Y á todos golpes da, y armas presenta;  
Cual tal vez cabe un risco cavernoso  
De negra escama pálido serpiente,  
Que en renovadas conchas poderoso  
Muestra la cresta azul resplandeciente,  
Y si del fuego que hizo el perezoso  
Gañan junto á su cueva el calor siente,  
Saltando á él sin que temor le ocupe;  
Tres leguas silba, y la ponzoña escupe?  
Quedó el amante de la dama bella,

Que en salvo puesta sin pensar tenia,  
Viendo la escala; y que el jayan sobre ella  
La torre con su gente entrado habia,  
Suspensa el alma, alborotada en vella,  
Y en vario discurrir la fantasia,  
Dándole vuelta á su pesar la suerte  
En tormento el placer, la vida en muerte.  
Así tal vez villano entretenido  
En acechar de una perdiz medrosa  
Para hallarla de noche el caro nido.  
Si al estender la mano codiciosa  
Al escorpion tocó que la ha comido,  
Atrás rehuye, y con la temerosa  
Luz de sus vivos ojos ve el engaño  
Del riesgo suyo, y del ajeno daño:  
Tal de Velasco la nobleza antigua  
Suspensa se quedó viendo el gigante,  
Como nocturna y lóbrega estantigua  
Entre el humo y el fuego resonante,  
Y del confuso vulgo y gente ambigua  
El tropel ciego y el furor bastante  
A tomar la ciudad, mas en un punto  
El miedo y suspension se acabó junto.  
Y como el que en los brazos de Morfeo  
Se sueña de un leon fiero asaltado,  
Que despierto en el bosque Dodoneo  
Le ve sobre algun risco encaramado:  
Hallando ser verdad el devaneo  
Del sueño sale á él alborotado,  
Trocada en riesgo la apacible caza,  
Y con la fiera y su furor se abraza;  
De tal manera Argildos viendo el paso  
A que sus cosas trajo la ventura,  
Furioso hacía el gigante Radagaso  
Sale amparado de la noche obscura:  
Y antes que el feroz moro sienta el caso,  
Un revés le alcanzó por la cintura  
Que le hizo dar de manos, y le hiciera  
Dos, si el filo al cortar no se torciera.  
Saltó el gigante cual dragon herido  
Del duro césped que arrojó el villano,  
Y al tierno amante en fuego convertido  
Del mismo en que arde el torreón cristiano  
La respuesta volvió con tal ruido,  
Que acertando en el yelmo sonó el llano,  
Como si por socorro en ver que se arda  
La torre disparara una lombarda.  
El español que dos deidades juntas  
Hora y amor le hierven en el pecho,  
Una tras otra hiere de dos puntas  
Al que su gloria puso en tal estrecho:  
Que del fornido acero por las juntas,  
Lago de roja sangre dieron hecho  
El antes verde prado, cuyas flores  
Muertas respiran, y solían amores.  
Al recibir el moro la una herida,  
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,  
Que aunque sin daño y riesgo de la vida,  
De acero y carne le llevó un pedazo:  
Y dando y recibiendo una avenida  
Y tempestad de golpes, hizo el plazo  
De su vida mas breve un altibajo,  
Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.  
Mas como si la fuerza se pasara  
Del destroncado brazo al brazo vivo,  
Así con nueva fuerza da y repara  
Golpes á su contrario el griego altivo:  
En esto el fuego con su rubia cara,  
Para hacer el combate mas esquivo,  
Aporado del dorado techo,  
Con su costoso daño hacia provecho.  
Y la española escuadra que venia  
Por guarda del hermano de Tibalte,  
Y en ciega tropa arremetido habia,  
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,



Mezclada entre los bárbaros subia  
Por la alta escala, haciendo que no falte  
Quien con la sangre mora no pequeña  
Parte apague del fuego de Sansueña.

Del son confuso el resonar valiente,  
Y de la llama el rechinar sonoro;  
Asombró el pueblo, que tenia su gente  
Segura por allí de el campo moro:  
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente  
La ancha techumbre de artesones de oro,  
Y de gruesas columnas jaspes varios  
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.

Hizo el fuego las señas con sus llamas,  
Y acudió á aquella parte el furor todo,  
Los unos á perder vidas y famas,  
Y otros á hallarlas por el mismo modo:  
Al fin del ciego bosque entre las ramas  
Del asturiano campo y pueblo moro  
Lo mejor se juntó, y duró el rebato  
De la confusa noche el mayor rato.

Murieron muchos de una y otra parte  
En la confusa bárbara refriega,  
A unos dando el rendido baluarte  
Muerte comun y sepultura ciega,  
A otros la espada del sangriento Marte  
Los vendimia en agraz, y en flor los siega  
Por varios trances, que el morir es cosa  
De todas la mas cierta, y mas dudosa.

### ALEGORIA.

La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.

En el suceso de Serpilo y Celedon se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad: en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana, y como no hay campo seguro para la muerte: y en el de Cardiloro, y sus vanas pretensiones, cuan inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

## LIBRO NONO.

ARGUMENTO. Argildos, creyendo que Florinda es muerta, ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto tomo veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva encuentra á Angélica en las uñas de un dragón, siguela por las oscuridades de una cueva, y hallase enredado en un extraño encantamiento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana Justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rancorio, á quien mata, y quite el escudo, y por las armas del es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo: oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con él.

ARGILDOS ya, después que á Radaagos  
Con gallardo esgrimir quitó la vida,  
Y á Arganda, un moro capitán, de paso  
Cabeza y pecho abrió de una herida;  
En compañía del prudente Eraso,  
Que una escuadra á sus pies tenia rendida  
De alarbes berberiscos, que en España  
La gente fué de mas coraje y saña:

Ganando el paso de la escala y muro  
A costa de su sangre, y de la ajena,  
El amante subió libre y seguro  
A ver su gloria, y á hallar su pena:  
Que entre el negro carbon del humo oscuro  
A vueltas de otros tristes llantos suena  
Que Florinda murió, ó es cosa cierta  
Que está cautiva y presa, sino es muerta.

Creése que consumida de la llama  
Entre carbones de oro es ya ceniza,  
Y que de su valor sola la fama  
Viva ha dejado la sangrienta riza;  
Porque el oculto cuarto de la dama  
Puerta fue del asalto, y la postiza  
Escala su balcon, y el mauro fiero  
En ella ejecutó el furor primero.

Legó la fama ya verificada  
Con bastantes indicios al amante,  
Que de dolor el alma traspasada  
Quedó á una muerta estátua semejante,  
Como el preso sin culpa, que ya dada  
En su causa sentencia ve delante  
El verdugo que á darle muerte viene,  
Cuando por libre en su opinion se tiene.

Tal quedó Argildos, que un morisco pudo  
De un golpe echarlo desde el muro al suelo,  
Que ni para la espada ni el escudo  
Fuerza dejó ni brío el mortal yelo:  
Dado de pena en la garganta un nudo,  
Caido el corazon, y el desconsuelo  
Mayor que tal desgracia se atribuya,  
O á poco amor, ó á negligencia suya.

Quiso darse la muerte con su espada,  
O dejarse matar de un enemigo,  
Sino fuera en su honor, ó en su pasada  
Culpa un breve morir corto castigo:  
Mas esto, y la esperanza amortiguada,  
Aun no muerta del todo, abrió un postigo,  
Por donde entró una furia de tal modo,  
Que pensó hundirlo en su venganza todo.

Tocaba á recoger el campo moro,  
Viendo engrosado mas que convenia  
El asalto que el mozo Cardiloro  
Sin justa causa comenzado habia:  
Cuando el valiente Argildos el sonoro  
Rumor de los clarines revolvía  
A hacer cruel venganza y escarmiento  
De la triste ocasion de su tormento.

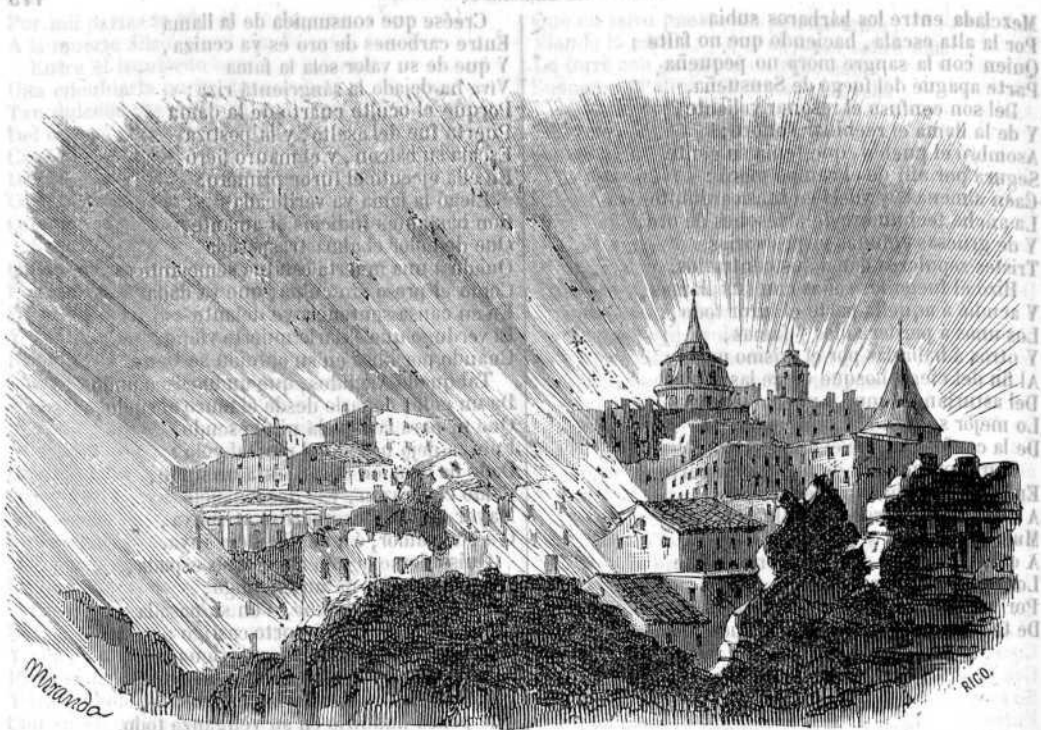
Y aunque cubierto del nocturno luto,  
Y de tinieblas lóbregas revuelto,  
Al rayo de su espada el campo bruto  
En un confuso infierno quedó vuelto:  
Cogiendo en negra sangre horrible fruto  
Del rabioso dolor en que va envuelto,  
Dando golpes á ciegas, que de dia  
Tendrá bien que contar la pluma mia.

En tanto la ágilida hermosa dama,  
Ya persuadida que es su esposo el muerto,  
Con los perdidos lustres de su fama  
En el trazado fin de su concierto:  
El pecho ardiendo en amorosa llama  
Su amor llora perdido, y descubierto,  
Sin sombra ni apariencia de disculpa,  
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.

Al ciego amparo de un rincón obscuro  
De la tienda, que fuera cielo claro  
A saber cuya era, y cuan seguro  
Allí tenían sus males el reparo,  
Con llanto amargo, que un peñasco duró  
Tierno hiciera en su triste desamparo,  
Así de sus dos manos hecho un nudo  
Quejeas al cielo da en lenguaje mudo.

«Oh cielo que ya tienes el tesoro  
Cuya memoria un pecho enriquecía,  
Y á mí en triste ocasion de eterno lloro  
Para nunca haber fin la pena mia!  
Si del sol que perdí, y perdido adoro  
Ya en tu horizonte amaneció su dia,  
Y mi alma, que es sin él noche profunda,  
Jamás espera ver su luz segunda.

«Por qué en este desvan lóbrego y triste,  
Para solo llorar desgracias hecho,  
Quedar pensando el cuerpo permitiste,



Que es sin su vida de ningun provecho?  
 Las vislumbres del gusto con que diste  
 Mas dulce al alma el nudo, y mas estrecho,  
 ¿Dónde se fueron á volver estrellas,  
 Llevándose mi bien volando en ellas?

¡Ay tierno esposo! ¡nombre regalado,  
 A quien yo por mi mano dí la muerte!  
 ¡Cruel piedad! ¡concierto desdichado,  
 Debajo el dulce fin de complacerte!  
 ¡Inconstante fortuna! ¡adverso hado!  
 ¡Menguada hora de infelice suerte,  
 Que tantos juntos abracé conmigo,  
 Para solo quitarme un dulce amigo!

¡Alma dichosa , que en amor ardiendo  
 Sobre tu mismo fuego te levantas,  
 Y ya campos de gloria van midiendo  
 De tus piés santos las divinas plantas ,  
 Mientras del tercer globo estás cogiendo,  
 Entre sus rosas y azucenas santas ,  
 Los castos pensamientos en que tuve  
 La fe sembrada que en tu ley mantuve!

Vuelve los ojos, mira el sacrificio  
 Que ahora á tu deidad hacer espero ,  
 Que vivir fuera yo de tu servicio,  
 Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:  
 El alma en ir tras sí hace su oficio,  
 Y yo el mio en morir, pues por tí muero,  
 Acoge ahora esta piadosa ofrenda,  
 Que el dolor sana, y el honor remienda.

Y el cielo justo, pues que lo es, ordene,  
 Que en honra de un amor y fe tan pura,  
 Lo que apartados al morir nos tiene,  
 Muertos nos junte en una sepultura.»  
 Dijo, y toda turbada en ver que viene  
 La infeliz hora de la muerte obscura  
 Resuelta ya en tomarla en cualquier via  
 Antes que asome con su lumbré el dia;

Con varias trazas considera el modo  
 Mas fácil de matarse, y mas honesto,  
 Antes que haga por el campo todo

La fama el primer yerro manifiesto:  
 Al fin con pecho real y ánimo godo  
 Entera en su memoria halló puesto  
 El camino mejor mas breve y llano,  
 En tomar un veneno de su mano.

Acuérdase que en guarda y fiel recato  
 Le dió su anciano padre un pomo de oro  
 De mortal confeccion con que un ingrato  
 Indio, por órden de un esclavo moro,  
 Matarle quiso, y descubierto el trato  
 Los queinó vivos, y el mortal tesoro  
 Ella por mas guardado, y mas recluso,  
 Entre sus joyas sin pensar le puso;

Y que en el rico cofre que allí viene  
 Su desgracia le puso, ó su ventura,  
 Y así vuelta ya alegre en ver que tiene  
 Tan vecina la muerte, y tan segura,  
 Ni perpleja ni en duda se detiene:  
 Tómale, y al buscar la cerradura  
 Halla menos la llave, que al ruido  
 Allá se le olvidó ó se le ha perdido.

Vuelve cuitada á su primer congoja,  
 Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,  
 Que el acero sin ver cómo se afloja,  
 Y abierto á su primer contento vuelve:  
 Todo quiere que muera, ó se le antoja,  
 Las joyas saca á tiento, y las desvuelve,  
 Hasta que á hallar al fin entre ellas viene  
 La que la muerte en fiel custodia tiene.

Mas como obscuro está, ni acierta á abrilla,  
 Ni su artificio sabe, ni lo entiende,  
 Y así llorando dice: «¡oh gran mancilla,  
 Que tan cara la muerte se me vende,  
 Que ni buscalla basta, ni seguilla,  
 De mí se esconde sola, y se defiende,  
 Que es posible que ordene el cielo justo,  
 Que aun no alcance el morir porque es mi gusto!

¡Oh cómo tiene el corazon humano  
 Vislumbres ciertas de saber divino!  
 ¡Cuántas veces me dijo el miedo en vano

Que era lo que intentaba desatino!  
 El huir de mí sin me tocar la mano,  
 El no me hablar palabra en el camino,  
 Todo era igual congoja y agonía,  
 Que á ambos un triste fin nos prometia!  
 Esto entre sí decía, revoliendo  
 La muerte aquí y allí cuando en las manos  
 Cierta licor sintió, ¡oh suceso horrendo!  
 Que sin mas consultar temores vanos,  
 Cierta ya que el veneno iba saliendo,  
 Llegó la boca y labios soberanos  
 Para beber por ellos lo que cupo  
 Al corazon mas fiel que el mundo supo.  
 Y apenas el licor pasó la boca,  
 Cuando quedó la dama sin sentido,  
 Tal que mirarla á lástima provoca  
 Y deja al mas cruel enternecido:  
 O muerta, ó sino muerta con tan poca  
 Esperanza de vida, que perdido  
 Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,  
 Desde ese punto se contó por muerta.  
 Ya en esto del color de la azucena,  
 De aljofar lleno el manto de brocado,  
 Cercada el alba de una luz serena  
 De Oriente entraba en el balcon dorado;  
 Cuando de sobresaltos y de pena  
 El noble Argildos vuelve acompañado  
 Con rostro triste y paso Perezoso,  
 Ni vencido, ni alegre victorioso.  
 Como tal vez sobre los bosques de Ida  
 Soberbio toro vuelve á su manada,  
 Sin traer consigo al pasto la querida  
 Novilla que á traicion le fue robada,  
 Que el paso lento, la cerviz caída,  
 La piel en sangre y en sudor bañada,  
 Al cielo á cada paso vuelto brama,  
 De amor se queja, y su becerra llama:  
 Así el valiente godo se retira,  
 Vuelto ya el campo á su primer concierto,  
 De congojas cercado, ardiendo en ira,  
 De triste luto el corazon cubierto,  
 De sombras lleno cuanto en torno mira  
 Al dolor vivo, á la esperanza muerto.  
 Y á su real tienda llega, cuando el dia  
 A ver lo que el asalto obró salia.  
 Halló á la puerta en hábito de moro  
 Al cautivo Roselio envuelto en llanto,  
 El paje con quien hizo Cardiloro  
 El cenudo que á todos costó tanto:  
 Miróle Argildos y en la nieve y oro  
 De su rostro y cabello, cuerpo y manto,  
 Vió al natural á su Florinda bella,  
 Y fue admirado á arrodillarse ante ella.  
 Creyó que como estaba concertado  
 En hábito morisco habia salido,  
 En el de paje el de mujer trocado  
 Por mas ligero y menos conocido:  
 Mas cuando de mas cerca vió burlado  
 Su antojo, y ser de veras ha entendido  
 Hombre en el habla, y diferente el trato  
 De aquella de quien es vivo retrato:  
 Volvió otra vez á su dolor primero,  
 Aunque con nueva admiración y espanto,  
 En ver aquel gallardo prisionero,  
 Que á su Florinda se parecia tanto:  
 Dióle razon del caso un escudero,  
 Diciéndole: «señor, á noche, en tanto  
 Que el asalto duró, el capitán Bueso  
 Trajo una mora, y á este moro preso.  
 La mora en tristes lágrimas metida  
 Allí dentro, y el moro en este prado,  
 Llorando están la libertad perdida,  
 Y la nueva afliccion del triste estado:  
 Dijo, y Argildos la alma divertida,  
 La vista, el sentimiento, y el cuidado

En su primer dolor, apenas siente  
 La breve cuenta de su leal sirviente.  
 Y de congoja y sobresaltos lleno,  
 Ni á esto, ni á aquello atiende ni repara,  
 Entrándose en la tienda cuando el freno  
 Del sol asoma con su lumbré clara;  
 Dándole luz bastanté el dia sereno  
 Para ver la belleza al mundo rara,  
 Que la ventura ya quiere que vea,  
 Sin saber como, ni por donde sea.  
 Como tal vez el labrador cansado  
 De buscar el novillo que ha perdido,  
 En quien todo el caudal tiene empleado  
 De las pobres cosechas de su ejido,  
 Entra bajando el monte descuidado  
 A una cueva sin luz y allí escondido  
 Que aso le halla entre las ollas de oro,  
 De un antiguo y riquísimo tesoro;  
 Así el tierno amador con los temores  
 Que su imaginacion triste le ofrece,  
 Sin pensar encontró los resplandores  
 Del tesoro mayor que le enriquece:  
 De su bella Florinda vió las flores  
 Con que de nuevo ya su amor florece,  
 A un rincón de la tienda desmayada,  
 Toda de joyas y beldad cercada.  
 Danae quizá, cuando entre lluvias de oro  
 Bajó á su lecho celestial riqueza,  
 Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,  
 Mas en su rostro no otra igual belleza:  
 «O soberano cielo en quien adoro!  
 (Dijo el godo, aun no libre de tristeza)  
 ¿Anda fortuna haciendo devaneos  
 Entre su ciego antojo, y mis deseos?  
 No es este el bello sol que mi alma alumbró?  
 ¿Este no es su retrato verdadero?  
 ¿Es sueño, ó sombra, ó luz que me deslumbró?  
 ¿O la fingida imagen por quien muero?  
 ¿O es la imaginacion con que acostumbra  
 Pintar la gloria amor, que sigo y quiero  
 Para volverme con deseos loco  
 Del mismo gusto y bien que veo y toco?  
 ¿Háse quebrado en dos el limpio espejo  
 En quien solia mirarse la hermosura,  
 Que tan por un nivel, tan por parejo,  
 Se muestra en dos mitades su figura?  
 Así dijo, y con ánimo perplejo  
 En el secreto de la enigma obscura  
 Llegó á la bella dama, y á un pequeño  
 Moverla le rompió el sabroso sueño.  
 Despertó sin sentido alborotada,  
 De sudor y de lágrimas cubierta,  
 Y en ver su tierno amante mas turbada  
 Sospecha todavia que esta muerta;  
 Hasta que vuelta en sí, y desengañada,  
 No que en vana fantasma y sombra incierta  
 Su esposo está, mas en alegre vida,  
 En nueva admiracion quedó metida.  
 Así en la escena trágica aparece,  
 Al desatarse el nudo y la maraña,  
 En que su alegre ó triste accion fenecé,  
 La antes oculta novedad estraña,  
 Con que la pena ó la alegría crece  
 Que las pasiones mueve, y las engaña,  
 Poniendo los sucesos diferentes  
 Admiracion y espanto en los presentes.  
 Ya tuvo sabios la opinion humana,  
 Que por ver los dislates de la vida,  
 Los ciegos desvarios, y la vana  
 Locura en sus propósitos metida,  
 Creyeron que esta fábrica mundana  
 Del santo cielo estaba desasida,  
 Sin ley ni dependencia en su gobierno,  
 De libre brazo, ni saber eterno.  
 Mas que el divino artífice, que solo

El globo hizo y máquina presente,  
 La luna variable, fijo el polo,  
 A Bootes frio, y al leon caliente,  
 Como el día le dió á la luz de Apolo,  
 Y la noche al reposeo de la gente,  
 Así tambien sin diferencia alguna  
 Los hombres á las vueltas de fortuna.  
 De aquí daban nacidos los errores,  
 La variedad de vidas y de muertes,  
 La mudanza de estados y favores,  
 Las infelices y felices suertes;  
 Ser reyes unos, otros labradores,  
 En pobres chozas ó en castillos fuertes;  
 Y aquel andar á tientos los mortales,  
 En medio de los bienes y los males.  
 Todo esto hacian alhajas de fortuna,  
 Que es del reloj divino órden entera,  
 Sin quien no mueve el mar ola ninguna,  
 Ni una arena hay de mas en su ribera:  
 Esta el cielo y la tierra tiene en una  
 Lazada y dependencia verdadera,  
 Ordenando las cosas de tal modo,  
 Que cada cual sea parte de este todo.  
 Mas hay en esto modos naturales  
 Con que sus cursos corren vuestras vidas,  
 Que ni es todo milagros celestiales,  
 Ni todo caso y suertes no entendidas,  
 Que muchos de los bienes y los males  
 Nacen de cosas bien ó mal regidas,  
 Y el albedrío hizo de su mano  
 Piadoso á César y á Neron tirano.  
 Bien que hay casos tambien donde no puede  
 La prudencia estorbarlos ni el aviso,  
 Que el mundo hace que su vuelta ruede  
 Por donde él quiere y no el prudente quiso;  
 Y Ulises por mas curso que le quede  
 De experiencia y saber, no hará el preciso  
 Golpe vano que el hado le predijo,  
 Que al fin morirá á manos de su hijo.  
 Aquí entra ya la buena ó mala suerte,  
 Donde no alcanza el albedrío humano  
 Que al uno hace errar, y á otro que acierte  
 Por donde no pensó ni fue en su mano:  
 Esta dió á Cardiloro ayer la muerte,  
 Huyendo della por camino llano,  
 Y la vida guardó á Florinda bella,  
 Cuando ella mas trataba de perdella.  
 ¡Estrano caso! en la bugeta de oro  
 Que el veneno mortifero traia,  
 La contrayerba del mortal tesoro  
 Por sí en licor suavísimo tenia;  
 Que tal fue siempre en esto el uso moro  
 Dar el remedio donde el mal venia,  
 Y á la dama tambien su buena suerte,  
 Hallar la vida por buscar la muerte.  
 De un frio áspid de Libia soñoliento  
 La mortal confeccion era amasada,  
 Y el mitridato por el mismo intento  
 Durmiendo la dejaba reparada:  
 Trocó á las cosas la ventura el viento,  
 Y la afligida dama alborotada  
 Bebió por beber muerte en la bebida  
 Un dulce sueño que le dió la vida.  
 Estando en esto todos divertidos,  
 Roselio abrió la puerta al desengaño,  
 Y de los desconciertos referidos  
 El discurso contó y suceso extraño:  
 Los dos tiernos amantes advertidos  
 Del bien presente, y del pasado engaño,  
 Al cielo alaban, que por tales pasos  
 Piadoso rige los humanos casos.  
 Publicóse la nueva venturosa  
 Y el amante sagaz viendo trocada  
 En ocasion honesta la amorosa,  
 Que antes viniera á ser grave y pesada;

Al triste alcaide, padre de su diosa,  
 Que por muerte la tiene, ó por robada,  
 Aviso envia y da nueva cumplida  
 Ya de su libertad, y de su vida.  
 Vino el anciano capitán gozoso  
 Al real en grave pompa y aparato,  
 Resuelto de no ser al valeroso  
 Godo á tan nuevo beneficio ingrato:  
 Si él gana hija, que ella gane esposo,  
 Y el premio todos de un honroso trato,  
 Trocándose por casos semejantes  
 En paz la guerra de los dos amantes.  
 Estos milagros hace la ventura  
 Cuando se muestra un poco aficionada,  
 Yerrores dora, descuidos asegura,  
 La muerte en dulce sueño da trocada:  
 El cautiverio en libertad segura,  
 La guerra y pena en gloria y paz sagrada,  
 Y así á las cosas trueca el sobrescrito,  
 Que á veces saca premios del delito.  
 Fue el valeroso alcaide recibido  
 En real aplauso y magestad decente  
 De la gallarda dama, y su querido  
 Amante, y la demás guerrera gente:  
 Donde luego que vió al recién venido  
 Preso, en nada á Florinda diferente,  
 «Santo Dios! dijo, ¿qué ventura es esta  
 En tan notable maravilla puesta?  
 ¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura  
 En jóven tan gallardo, y tan apuesto?  
 ¿Es de claro linaje, ó sangre obscura?  
 ¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto  
 Ó es el que yo en una espesura,  
 Cuando en amargo llanto y luto puesto  
 La traicion me dejó de un moro ingrato  
 Robándome este rostro, ó su retrato.  
 Decidnos, bello moro, ó fiel cristiano,  
 Vuestra tierra, nacion, ley, y nobleza,  
 A quien el alto cielo dió la mano  
 Tan abundante en gracia y gentileza.»  
 Así el alcaide dijo, y el lozano  
 Doncel con nuevas prendas de belleza,  
 De empacho y sobresalto de quien era,  
 Turbado respondió desta manera:  
 «Señor, de mis parientes y linaje  
 Mas noticia no tengo ni experiencia,  
 Que haberme desde niño visto paje  
 De Abdalla, rey tirano de Valencia:  
 De adonde hasta aquí hice un viaje  
 Por un rodeo lleno de violencia,  
 Que así, señor, pasó...» y así queria  
 Decir lo poco que de sí sabia;  
 Cuando en confusa trápala y ruido  
 Por la real tienda entraba un moro bravo  
 De un vulgo y furia popular asido,  
 Y un valiente caudillo de otro cabo:  
 Hanle entre los cautivos conocido  
 Por el rojo Alfaquiz, antiguo esclavo  
 Del alcaide, y aquel que ahora dijo  
 Que en una caza le robó á su hijo.  
 Fue de la arma pasada el desconcierto  
 De tanto riesgo en el real pagano,  
 Que hallando lo mejor del campo muerto  
 El viejo Zumail, moro liviano,  
 Desesperado huyó, huyó encubierto,  
 Y el resto se dejó al furor cristiano,  
 Entre cuyos despojos y tesoro  
 Raulin prendió al antiguo esclavo moro.  
 Prendióle, y todo lleno de cuidado  
 A que del tierno padre en la presencia  
 El rico hurto descubra, apisionado  
 Le trajo en tanta guarda y diligencia:  
 Quedó de nuevo el campo alborotado...  
 Mas mientras se sosiega, y dan audiencia,  
 Al nuevo preso, de Bernardo quiero

La luz seguir de su invencible acero,  
 Ya despues que con trágico lamento  
 Fin dió á su historia el español gallardo,  
 Y deslumbrado en su beldad á tiento  
 Se entró tras una corza el gran Bernardo  
 Por la incógnita selva, en el aliento  
 Y ligereza que un dispuesto pardo,  
 Cuando en la Libia la hambre le persigue,  
 Y un lobo por las breñas de Atlas sigue.  
 De las ásperas quiebras de la sierra  
 Corrido un no pequeño trecho habia,  
 Cuando abrirse de lejos vió la tierra  
 Que en tumbo hinchado sobre el mar caía,  
 Y al negro abismo que su vientre encierra  
 Arrojarle la luz tras quien venia,  
 Admiróle el suceso, y fue con nueva  
 Curiosidad á entrarse por la cueva.  
 Cuando en el verde suelo vió caida  
 La hermosura de Angélica, y sobre ella  
 Una enroscada sierpe, que atrevida  
 En sus artejos quiere deshacella:  
 Aquella beldad misma que su vida  
 En aire obscuro vió cual clara estrella,  
 La noche que á Orimando en su presencia  
 Su luz arrebató maga violencia.  
 Admiróse el mancebo, y condolido  
 De la ingrata belleza, aquella espada  
 Que ella por mas favor le habia ceñido,  
 A volver por sus causas obligada,  
 Bravo sacó y con ánimo atrevido  
 Corre á librar la dama desmayada,  
 Que el dragon en la boca se la lleva  
 Por las entrañas de la obscura cueva.  
 Entró tras él el animoso infante  
 Al sordo estruendo de la sierpe horrible,  
 Sintiendo detenerse por delante  
 De un fuerte y singular brazo invencible;  
 Hasta que en fuerza y ánimo constante  
 Vencido de la máquina terrible  
 El importuno estorbo en son horrendo  
 Fue por el negro sótano cayendo.  
 Piensa que haya bajado hasta el profundo,  
 Segun las vueltas y traspiés que ha dado,  
 Cuando de nuevo se halló en el mundo  
 Con dos gigantes sobre un fresco prado,  
 Que el uno ha muerto el animal inundo,  
 Y el otro por el oro ensortijado  
 Del hermoso cabello á toda priesa  
 La Angélica beldad se lleva presa.  
 Deten, negra fantasma, el jóven grita,  
 Y tras él sale á remediar el caso,  
 Cuando el otro jayan le ataja y quita  
 Con firme maza el importante paso:  
 Tal que si el primer golpe no le evita  
 Un salto atrás en aquel campo raso,  
 Contra el valor de los eternos astros  
 De su muerte quedaran tristes rastros.  
 Iba sin mas defensa el caballero  
 Que de su limpia espada la destreza,  
 Con que el jayan de corpulento acero  
 Sus golpes perder hizo y su braveza,  
 Acertándole algunos el guerrero  
 A pesar de su altura en la cabeza,  
 Por donde en vez de sangre salen toscas  
 Bandas de abispos, y de negras moscas.  
 ¡Horrible caso! por el negro viento  
 El importuno y mal nacido enjambre  
 Sobre el bravo español vuela sin tiento,  
 A hartar en él las rabias de su hambre:  
 Siéndole su inquietud mayor tormento  
 Que el encantado bulto y tez de alambre,  
 Que la cruel maza encima del revuelve.  
 Y en alados gusanos se resuelve.  
 Como entre los tomillos y el romero  
 Del fértil monte Híbla causa pena

El belicoso enjambre al oso fiero,  
 Que sin tiempo desfonda la colmena,  
 Dando el liviano corcho el golpe entero  
 De dulce ambrosia de enemigos llena,  
 Y haciendo la defensa de su vida  
 Sabrosa la victoria y desabrada.  
 Así el menudo ejército que vuela  
 Sobre el rostro y los ojos de Bernardo  
 Le inquieta, le congoja, y le desvela  
 Sin valerle defensa ni resguardo:  
 Ni le aprovecha maña ni cautela,  
 Ni importa ser ligero ni ser tardo,  
 Que lo ha con enemigos inconstantes,  
 Que se atreven á reyes, y á gigantes.  
 Mas de nuevo le asombra un nuevo caso  
 En esta estraña y desigual conquista,  
 Que en picando la avispa, el bulto escaso  
 Volvia en rojo rubí ó blanca amatista,  
 Y donde quiera que fijaba el paso  
 Rastro quedaba en relumbrante lista  
 De las preciosas piedras que ya en vuelo  
 Moscas vinieron hechas por el cielo.  
 Así en su trono real Midas sentado,  
 Y convirtiendo cuanto toca en oro,  
 Si acaso vino un escuadrón al lado,  
 Que en torno vuela con hablar sonoro,  
 Lo que le llega en oro cae mudado,  
 Con que el espanto crece y el tesoro,  
 Y si la tierra pisa, deja en ella  
 Resplandecientes rastros de su huella.  
 De pedrería cubierto el valle ameno  
 Ya la braveza del leonés tenia,  
 Y el fingido jayan de avispas lleno  
 Con solos ademanos combatia:  
 Cuando quitando al sufrimiento el freno  
 A pesar de la maza que esgrimia  
 Un golpe le acertó por la cintura,  
 Que cortó en dos la bárbara figura.  
 La mitad se quedó en el verde prado  
 De bronce hecha imagen verdadera  
 Del invicto español, que retratado  
 En ella goza su hermosura entera:  
 La otra mitad en vuelo levantado  
 Subir se vió por la estrellada esfera,  
 De lenguas llena, y de dorada llama,  
 Con la trompa y las alas de la fama.  
 Cobró el invicto montañés sosiego  
 Vencido aquel fantástico enemigo,  
 Y á dar alcance y guerra corre luego  
 Al que se lleva á Angélica consigo:  
 Viola entrar por la llama de un gran fuego,  
 Y sin buscar mas pasos ni postigo  
 Tras él se entró, que á quien honor pretende,  
 Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.  
 Así el fuego se cuenta que en su esfera  
 Es con su tibia luz tan perezoso,  
 Que aun no llega á esponjar la blanda cera,  
 Ni á ser mas que un vapor claro y lustroso:  
 Pasó libre la luz que reverbera,  
 Y hallóse en un sepulero tenebroso,  
 Que en una obscura tumba parecia  
 Al débil rayo de un farol que ardia.  
 Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,  
 Negra fantasma, ó sombra descarnada,  
 Quedó pasmado, y el cabello yerto,  
 Suspense el paso, y la color mudada;  
 Hasta que reportado: «oh, tu, encubierto  
 Cadáver, dijo, dime en voz prestada,  
 Sino la tienes propia, por cual cueva  
 Un jayan bruto preso un ángel lleva.»  
 Juzgó que en las honrosas pretensiones  
 Del ir tras la virtud es caso indino  
 Pensar que aun á los muertos las razones  
 Falten para mostrar senda y camino:  
 Ni que puedan fingidas ilusiones

Torcer el curso del saber divino,  
 Que á cada vida tiene, y cada hado,  
 El punto fijo y centro señalado.  
 Esto á pedir con libertad le obliga  
 El carcomido bulto luz bastante  
 Del huido jayan, y él con amiga  
 Caricia le adestró con ir delante,  
 Pidiéndole por señas que le siga  
 Por un hundido sótano distante,  
 Que secas las arterias y pulmones,  
 Aire le falta en que formar razones.  
 Fueron bajando un caracol difuso  
 Al rayo de la lámpara de fuera,  
 Que en aire negro, y cóncavo confuso,  
 Con luz dudosa y tibia reverbera;  
 Hasta que de los piés las plantas puso  
 De un negro rio profundo en la ribera,  
 Que con ronco furor de peña en peña  
 Por sus hondas cavernas se despeña.  
 Un pequeño batel puesto á la orilla  
 Está entre cañas y ovas zabordando,  
 Donde aquella mortal sombra amarilla  
 Se entró, al ilustre jóven convidando:  
 Notable y nunca oída maravilla,  
 Que obedeciéndole él, y ella bogando  
 Por los despeñaderos de aquel rio,  
 Mas recio va que el agua á su navio.  
 Cercado de figuras temerosas,  
 Que á la luz se descubren, que levanta  
 El oro de las sierpes escamosas,  
 Que con su horrible centellear espanta:  
 Y sobre negras ondas espumosas  
 El frágil leño al centro se adelanta,  
 Donde la luna sus mudanzas mide,  
 La noche reina y el horror preside.  
 Así en el requemado Flegetonte  
 La barca de la muerte, y su barquero,  
 Temple á las almas muda, y horizonte  
 De un claro mundo, á un espantoso y fiero:  
 Y Alcides cuando entró por Aqueronte  
 A enlazar las gargantas del cerbero,  
 Así en el débil leño á todo vuelo  
 Los límites feroz pasó del suelo.  
 Sintió en el sosedado movimiento  
 Del temeroso viento denegrido,  
 Haber ya hecho la barquilla asiento,  
 O en agua mansa, ó puerto conocido:  
 Buscó el piloto por el barco á tienta,  
 Y viendo que se le ha desvanecido  
 Causóte horror, que en golfo tan esquivo  
 Aun hace un muerto compañía de vivo.  
 Hiere á una parte y otra con la espada,  
 Y en el fondo del agua con los remos,  
 Y ni halla de aquí ni de allí nada,  
 Ni al rio corriente, ni al remanso estremos:  
 Solo de horribles sierpes ve cuajada  
 La negra espuma, como ver solemos  
 Con el presto relámpago que embiste  
 Los pardos bultos de la noche triste.  
 Así el menudo centellear que sale  
 De las sierpes al agua, y los dragones,  
 Solo con sus vislumbres tristes vale  
 Para aumentar del miedo las pasiones,  
 Haciendo que un temor á otro se iguale,  
 Las negras sombras, y húmedas visiones,  
 Con el espanto del lugar horrible,  
 Bastante prueba á un ánimo invencible.  
 El valeroso jóven que se halla  
 Ni bien en este ni en el otro mundo,  
 Sin guía, senda ni luz, ni en que buscalla  
 En el herviente lago y golfo inmundo,  
 Que ni su barca sabe gobernarla,  
 Ni como vadear el rio profundo,  
 De un bordo en otro en vano se fatiga  
 Buscando el puerto ó la ribera amiga.

«Sin duda, dice, el cielo me ha traído  
 Por alguna soberbia culpa mia,  
 Donde en eterna noche confundido  
 Con el miedo ande siempre en compañía  
 Mas si en esta caverna y lago hundido  
 Mi nombre ha de quedar, y aqui me guia  
 El mal dispuesto influjo de mi estrella  
 A morir sin por qué tan mozo en ella;  
 Deme un famoso brazo con quien pueda  
 Quedar como quien soy de un golpe honrado,  
 Que no es gran cosa hacer la fatal rueda  
 Que un hombre si es mortal muera ahogado:  
 Y si algun tiempo por vivir me queda  
 Tampoco es bien pasarlo aqui encerrado,  
 De cualquier suerte quiero ver si puedo  
 Destas cuevas romper el ciego enredo.»  
 Dijo, y con anbos remos presuroso  
 Boga á buscar el fin de la laguna,  
 Y sin tomar aliento ni reposo  
 Se cansa en vano sin mudanza alguna:  
 Parécele que vuela mas furioso  
 Su barco que la esfera de la luna,  
 Y no se mueve mas, ni da mas paso,  
 Que en Tesalia las cumbres del Parnaso.  
 Veinte millas hubiera navegado  
 Con el recio bogar si se moviera,  
 Cuando el remo arrojó desalentado,  
 Sin esperanza ya de hallar ribera;  
 Volviendo al cielo todo su cuidado,  
 Y pidiendo, si es fuerza que alli muera,  
 No hereden cuerpo y alma unas serpientes,  
 Pues nacieron de padres diferentes.  
 Pide tambien en su secreto pecho  
 Favor á la purísima María,  
 Y á su santo Custodio, que el estrecho  
 Camino le abra, y vuelva á ser su guia:  
 Y viendo que es cansarse sin provecho  
 Gastar las fuerzas mas en tal porfia,  
 Se está quedo esperando á ver la suerte  
 Que el tiempo echa en su vida, ó en su muerte.  
 Y mientras sepultado en el profundo  
 Entre horribles figuras se lamenta,  
 Tambien la superior parte del mundo  
 Al cielo obscuro sus estrellas cuenta:  
 Cubierto el primer suelo y el segundo  
 Del negro manto que el temor aumenta,  
 Guardando las tinieblas sin figura  
 Sus privilegios á la noche obscura.  
 Y así en silencio y suspension callada  
 Todo permaneció hasta el nuevo dia  
 Que un rayo entró de luz amortiguada,  
 Por donde un muro sin pensar se abria:  
 Y en una hermosa sala matizada  
 De oro precioso, y varia pedrería,  
 Sobre una rica cama de brocado,  
 Con sus congojas se halló embarcado.  
 Vió que eran los dragones y serpientes,  
 Que antes le perturbaban con vislumbres,  
 De oro y preciosas piedras transparentes,  
 Que á la cuadra enlazaban las techumbres;  
 Las espumas aljófares pendientes  
 De un rico pabellon alegres lumbres,  
 Y la barquilla en que iba tan estrecho,  
 La blanda pluma de un dorado lecho.  
 Tuvo por sueño todo lo pasado,  
 Sus temores riendo y su recelo,  
 Y saltando del lecho apresurado,  
 Corrió alegre á gozar del claro cielo:  
 Abrió una puerta de marfil grabado,  
 Por donde entró la luz, y halló que el suelo  
 Era todo de un vidrio transparente,  
 Como el cerúleo mar resplandeciente.  
 En que de los tesoros de la sala  
 Caian unos vivisimos reflejos,  
 Que en vista y proporcion no les iguala.



La industria de los cóncavos espejos,  
 Siendo serpientes de oro hechas por gula  
 Los que dragones parecían de lejos,  
 Pngiendo las vislumbres de un topacio  
 El contrahecho asombro en el palacio.  
 Mas ya saliendo por la eburnea puerta  
 Tras el sabroso fin del dulce engaño  
 Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta  
 Un cielo de agua sin lesion ni daño :  
 Admiróse de ver que al aire abierta  
 El ancho mar por artificio extraño  
 La bellissima bóveda levante  
 A la de un claro cielo semejante.  
 Y que los rayos del dorado Febo,  
 Que por las cumbres vuelan celestiales,  
 Con nuevo día en aquel mundo nuevo  
 Luz á su nacar den, y á sus corales :  
 Y en claros visos con sutil relieve  
 Del mundo así relumbran los cristales,  
 Que con vislumbres de oro y resplandores  
 Iris hagan bullir de mil colores.  
 Entre las aguas los ligeros peces,  
 Con ses go movimiento y curso blando,  
 Por varias partes, y en diversas veces,  
 Las crespas ondas ir se ven cortando :  
 Y al rubio sol sus escamadas teces,  
 Como cuerpos opacos relumbrando ,

Su luz en globos lúcidos se cuaja,  
 Y en contrarios aspectos se baraja.  
 Así el vulgo sospecha que en el cielo  
 El sol camina, y vuelan las estrellas,  
 No asidas, mas cada una en suelto vuelo,  
 O mas bellas en luz, ó menos bellas,  
 Dando en confuso y suelto enjambre al suelo  
 Del oro de su lustre las centellas,  
 Con un eterno curso sin trabajo,  
 Cual es de un grave cuerpo el irse abajo.  
 Admiróse de ver la hermosura,  
 Que en claros y argentados arboles  
 Por el agua entremete la luz pura,  
 Tejiendo en ella varios tornasoles :  
 Y del lustroso nacar la blancura,  
 Que en conchas y revueltos caracoles  
 Las aguas crian, y con tez de plata  
 Sus suelos cubren de beldad barata.  
 Dase en aquellos campos espaciosos  
 El rocío en aljófares cuajado,  
 De balajes, jacintos, y lustrosos  
 Carbuncos y amatistas retocado :  
 De espejado cristal riscos lustrosos,  
 Arboles rojos de coral preciado,  
 De zafiros, crisólitos, topacios,  
 Los montes llenos, muros, y palacios,  
 Ricas florestas, huertos y jardines,

Con parras de oro y pámpanos de plata,  
Rubies por uvas, perlas por jazmines,  
De aljófar argentada cada mata :  
Dorados pavos, bellos francolines,  
De azules plumas, nieve, y escarlata,  
Que por las esmeraldas y cristales  
Vuelan, y dan vislumbres celestiales.

Así en triángulos da el cristal cuajado  
Al encrespar los aires con plumajes,  
De oro, nácar, azul, verde y morado,  
Pomposas sombras, lúcidos follajes :  
De que el bravo español mas admirado,  
Que de los antes lóbregos visajes  
Del contrahecho barco, y de su dueño,  
Piensa que es todo engaño, ó todo sueño.

Y entrando por los campos, no distante  
De la ancha puerta, un prado deleitoso  
De tiernas flores lleno el radiante  
Asiento muestra de un castillo hermoso,  
De arquitectura y fábrica elegante,  
Aunque de vidrio frágil y lustroso,  
Cuyas resplandecientes torres bellas  
Con sus follajes tocan las estrellas.

Las ricas galerías y ventanas,  
Antepechos, y lúcidos balcones,  
De hermosas ninfas con libreas galanas,  
Dan á la vista raras perfecciones :  
De lirios, alelís, rosas tempranas,  
Triunfales arcos, frisos y festones,  
Y en las ricas cabezas de oro llenas,  
Coronas de claveles y azucenas.

Es de la juventud y la hermosa  
Tierno albergue el alcázar delicado,  
Donde la alma, salud, y su frescura,  
La alegre sangre, y el vivir templado,  
Vida á su parecer gozan segura,  
Si bien de frágil vidrio el real tejado,  
Y por vecina una importuna vieja,  
Que hora de gusto el suyo no les deja.

Puesto en frontera deste gran palacio,  
Sobre una parda carcomida roca,  
Otro distante dél no largo espacio,  
Las nubes con sus rotas cimbras toca :  
En campo estéril, agostado y lacio,  
De oscuros senos, y de vista poca,  
Lumbreras cortas, patios mal seguros,  
Antiguas torres, y arruinados muros.

Habitan dentro horribles sabandijas,  
Necias mujeres de ánimas voltarias,  
Flacas, feas, fantásticas, prolijas,  
Frias, falsas, caducas, herbolarias :  
De arrugas llenas, callos, y de rijas,  
Enfermedades, y apostemas varias,  
Por caudillo una vieja así enfadada,  
Que á nadie placer da ni gusto en nada.

Toda menor que de la mano al codo,  
De enfermedades y de horror cubierta,  
Corto el cano cabello, el cuerpo todo  
De flacos pliegues lleno, y color muerta,  
De raíces hecha, y hecha de tal modo,  
Que corza no hay tan viva ni despierta,  
Aguila real, neblí que se abalance,  
A quien no dé su ligereza alcance.

Es la triste vejez de edad cansada,  
Ligera posta en alcanzar mortales,  
Y las brujas de que anda acompañada  
Ciega baraja, y confusion de males :  
Melancolia, flaqueza, y la pesada  
Enfermedad de puntos desiguales,  
Tejiendo á vueltas dellas mil engaños  
Las edades ladronas de los años.

Todo este infausto campo de enemigos,  
Sin dormir noche, ni escusarse dia,  
Por las ventanas da, y por los postigos,  
Al vidrioso alcázar batería :

Dejando á sus victorias por testigos  
La mustia tez, y muerta gallardía,  
Que á cada hora lastiman, y con vanos  
Escudos se defienden de sus manos.

Déjlo admirado al español caudillo  
La nueva guerra y desigual batalla,  
Viendo pelear con flores de castillo,  
Y hacer dellas defensas y murallas :  
Y el contrario escuadron, que á resistillo  
Peto no basta ni acerada malla,  
En diestros tiros, y con maña astuta,  
Irreparables golpes le ejecuta.

Vió á Angélica la bella á una ventana,  
Por quien tan largo afan tomado habia,  
Y que una hada envejecida y cana  
Ya por cogerla á su balcon subia :  
No aguardó mas, salió en alma lozana  
A defender la que á librar venia,  
Cuando en ciego tropel y alto alarido  
Del sin ley escuadron fue acometido.

Rodeado de fantásticas quimeras,  
Horribles gestos, lóbregos visajes,  
De aquí y de allí le dan de mil maneras  
Pesados golpes, bárbaros ultrajes :  
No los negros moscones, ni las fieras  
Llamas, ni los nocturnos personajes,  
Por donde allí llegó, ni todo junto,  
En tal riesgo le puso, ni en tal punto.

Ni fue con mayor impetu asaltado  
En venganza de el muerto Polidoro,  
De Hecuba y sus mujeres el malvado  
Y fiero rey de Tracia hambriento de oro ;  
Ni Orfeo al pié del Ródope sentado,  
Selvas plantando su cantar sonoro,  
Herido en mas confuso desatino  
De la bacanal turba hirviendo en vino.

Que el tierno jóven del enjambre esquivo,  
Que al frágil vidrio con furor contrasta,  
Y las bellezas de su muro altivo  
Con sordas invisibles limas gasta :  
Mas porque herir su pecho fugitivo  
Indigna hazaña sale á su real casta,  
Y es bajeza manchar en tan vil gente  
El limpio acero de su espada ardiente ;

Con el trozo de un remo carcomido,  
Que en el húmedo suelo se halló á mano,  
Tras el escuadron dió descomedido,  
Haciéndole la fuerza ser villano :  
Y aquí un mónstruo espantado, y otro herido,  
Todos medrosos huyen por el llano,  
Sola la vieja que al balcon subia  
En alcanzar á Angélica porfia.

Cual pardo huron, ó astuta comadreja,  
A cazar sube un pájaro en su nido,  
Que al hueco abrigo de una corva teja  
Seguro se juzgaba, y escondido :  
Tal la arrugada y carcomida vieja,  
Pegada al muro sin hacer ruido,  
Poco á poco se acerca á la hermosura,  
Contra quien no hubo libertad segura.

Quando el gallardo jóven, que volvía  
De los vencidos mónstruos victorioso,  
El bulto asió de la mordaz harpía,  
Que trepando iba el muro peligroso,  
Y arrojándolo al suelo, ya queria  
Ponerle el pié como á raton medroso,  
Quando ella humilde á su furor rendida  
Así merced le pide de la vida :

« ¡ Oh invicta gloria del valor de España!  
No ofendas las grandezas de tu mano  
Mostrando ahora sin sazón tu saña  
En dar injusta muerte á un vil gusano :  
Sabe que no saldrás de esta montaña  
Si yo el camino no te diera llano ;  
Oye que no hay tan mustio y seco heno



Que para algun efecto no sea bueno.

Proteo es cierto espíritu marino  
Que las llaves del mar inmenso tiene,  
El que abre y cierra el paso, y da camino  
A cuanto de sus aguas se mantiene,  
Alcaide de este alcázar cristalino,  
Y el que atalaya cuanto al mundo viene,  
Y en él alcanza á ver lo que desea,  
Antes que salga á luz, y antes que sea.

Este en lo hondo de una gruta oscura,  
Que el ciego seno ocupa desta cueva,  
Luz si lo vences te dará segura,  
Y de cuanto desees saber nueva;  
Mas es de tal ingenio, y tal hechura,  
Y tal rodeo en sus discursos lleva,  
Que si ya no es venciéndole primero,  
Dél no sabrás suceso verdadero.

Con cadenas de perlas has de atalle,  
Que será lo demás cansarte en vano.  
Dijo, y cuando mas puesto en escuchalle  
Sin sospechas estaba el asturiano,  
De entre los piés salió cruzando el valle,  
Cual nocturno murciélago, el enano  
Bulto de la encubierta hechicera,  
O sea Alcina, ó la vejez parlera.

Sospechas hay que fue la misma hada,  
La que en su natural figura quiso,  
Sin fiarla de otros medios recatada,  
Al doncel dar de España el nuevo aviso:  
Otros que la vejez torpe y cansada,  
Que es de suyo habladora de improviso,  
Con el vano temor se fue de boca,  
Y por piés luego á su arruinada roca.

El jóven que al principio no hizo caso  
Del sabio aviso de la astuta vieja,  
Viendo cerrado del castillo el paso,  
Las puertas, ó con llaves, ó con reja;  
Y junto al muro, en medio el campo raso,  
De una cueva la boca mal pareja,  
Y en un padron sobre ella por trofeo,  
«Mirada del mudable dios Proteo.»

Habiendo leído en el romano Homero  
La historia deste monstruo variable,  
Bien que la tuvo por ficcion primero,  
Ahora le pareció cosa probable:  
Y entrando sin mas láminas de acero,  
Que de su espada el brio irreparable,  
Un jayan viejo vió en un risco echado,  
De larga barba y rostro descarnado.

Y de aljófar menudo una cadena  
Caida ante sus piés, quizá seria  
Con la que el brazo de Aristeo se suena  
Que apretado le tuvo y preso un dia;  
O con la que él se deja atar sin pena  
Cuando alguno le vence su porfia,  
Al fin él por las señas y el trofeo  
Del jayan conoció que era Proteo.

Y deseando saber de su camino,  
De su patria y linaje lo mas cierto,  
De quien su ayo por modo peregrino  
En sombras siempre le habló encubierto:  
Sobre él ligero entró, y el adivino  
Que vio violado su sagrado puerto  
De humanas plantas, arrogante y fiero  
Asombrar quiso al español guerrero.

Y en un pardo dragon haciendo roscas,  
Y echando por la boca y ojos fuego,  
Se fue mudando entre las peñas toscas,  
Que antes servian de cama á su sosiego:  
Mas el valor que á las horribles moscas  
Volvió en preciosas joyas, cerró luego  
Con el marino mónstruo nigromante  
Con nuevas fuerzas y ánimo bastante.

Y por las alas, cresta, y las escamas,  
Le anuda y ciñelos fornidos brazos,

Sin temor de los silvos y las llamas  
Con que asombros le finge y embarazos:  
Cuando crecer de un árbol vió las ramas  
Por entre sus fortísimos abrazos,  
Y las escamas de oro vió en figura

De un grueso tronco y su corteza dura,  
Sonrióse el mancebo valeroso,  
Y ahora mas firme, dijo, estás conmigo,  
Cuando en horrible fuego sonoroso  
A arderser comenzó el vano quejigo:  
Quiso ya allí soltarlo receloso  
De quemarse abrazado á su enemigo,  
Y reportóle el ver que es llama santa,  
Que solo con fingir quemar espanta.

El humo es quien le ciega y da congoja,  
Por ser la gruta lóbrega y pequeña,  
Hasta que vuelto en aire se le antoja  
Que está abrazado al gajo de una peña,  
Y que entre el fuego de la llama roja  
Humo se volvió el árbol con su leña,  
Y el sabio se le ha ido de la mano,  
Quedándose él á un risco asido en vano.

Queriale ya dejar desconfiado  
De sujetar un trago tan mudable,  
Cuando en lo alto de un risco vió asomado  
Su calvo rostro y barba venerable:  
A solo Atlante he visto así pintado,  
Hecho de un monte el cuerpo inespugnable,  
Al tiempo que de peñas y maleza  
Le asomaba la górgona cabeza.

Bernardo se admiró, y con la cadena  
Que al pié de aquel peñasco halló asida,  
Probó en torno á ceñille, y de agua llena  
En rio quedó la peña convertida:  
Anegarle pensó, y salir de pena  
El mago con la súbita avenida,  
Mas el firme español, ni abrió los brazos,  
Ni le alojó los cristalinos lazos.

Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas,  
¿A quien no se le trueca entre las manos?  
A unos se huyen, á otros da esperanzas,  
Y á todos reglas y consejos sanos:  
Oráculo y reloj de adivinanzas,  
Teatro universal de los humanos,  
Presa del sabio, pérdida del necio,  
Y del mundo la joya de mas precio.

Ya en dragon vuelto muerde de su cola,  
Ya en su fuego consume las edades,  
Ya con sus avenidas de ola en ola  
Piedra toque se vuelve de verdades:  
Ya tizna con su humo, ya arrebolada  
Con nuevo rosicler nuevas bellezas,  
Y al fin en tantas cosas se convierte,  
Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.

Todo lo vence y muda, y si algo puede  
Al natural vencer de su inconstancia  
Fijar su rueda, ó que por mas que rueda  
No le lleve á vida su importancia,  
Es no perder ninguno, con que escude  
El sabio al que vestido de ignorancia  
Con cualquiera ocasion y miedos vanos  
Se le desliza y huye de las manos.

Mas al que en no dejarlo persevera  
Altísimos secretos le descubre,  
Y de la edad pasada y venidera  
Cuanto el olvido y su silencio encubre,  
Y en triunfo ilustre y honra verdadera  
Su fama de inmortales lauros cubre,  
Como al sabio español constante avino  
Con el mudable espíritu marino.

Quedó en tan obstinada fortaleza  
Apurado el teson de su porfia,  
Que vuelto á su primer naturaleza  
De bascas reventaba, y de agonía:  
Cuando lleno el semblante de fiera,

Hecho del siglo por venir espía,  
 «¿Qué buscas, dijo, oh invicta fortaleza,  
 En la sorda quietud de esta aspereza?»  
 Ocho siglos ha ya que condenado  
 A perpétuo silencio me ha tenido  
 En esta horrible gruta el hijo amado  
 De Dios, que vió Bellem recién nacido:  
 ¿Quién de nuevo perturba mi cuidado?  
 ¿Quién á tan bajos mundos te ha traído?  
 ¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides.  
 Con tan estrechas é importunas lides?»  
 «Bien sabes tú, le respondió Bernardo,  
 Oh autor de las edades, rico archivo  
 Del mundo y sus historias, el gallardo  
 Deseo que me trajó á verte vivo:  
 Lo que sabes de mí, lo que al resguardo  
 De mi viaje importa, y al motivo  
 Que vencerte me hizo, á questo quiero  
 De tí en lenguaje y cuento verdadero.»  
 Dijo, y el sabio desabrído viejo,  
 De un divino furor arrebatado,  
 Con turbado capote y sobrecejo,  
 Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,  
 En ronco son y aliento mal parejo  
 El duro pecho abrió al rigor del hado,  
 Y con rabiosa basca y desatino  
 Dió así á las cosas por venir camino:  
 «Quebrante el cielo, oh España, tu grandeza,  
 A quien el mundo todo veo rendido,  
 Y á mí contra mi orgullo y fortaleza:  
 A las presentes ansias compelido:  
 Y tú imágen mortal de su braveza,  
 Cuyo brazo á este punto me ha traído,  
 No esperes ver de mí, sino es forzado,  
 Bien ni favor que te prometa el hado.  
 Sobrino eres del rey que ahora gobierna  
 El reino de Leon y el asturiano,  
 El mismo que libraste tú en Miduerna  
 De la alevosa espada de un tirano:  
 Hijo de hermana suya, y por paterna  
 Línea de un sucesor de Vimarano,  
 Conde en Saldaña, y porque tú naciste  
 Puesto en dura prison y cárcel triste.  
 Tu ilustre madre en religion sagrada  
 El rigor tiene de tu casto tío,  
 De que te dará cuenta mas fundada  
 Un noble preso al desbrabar de un río:  
 Razon harás por ambos desafío,  
 Mas no esperes en tiempos ni ocasiones  
 Tus tristes padres libres de prisiones.  
 Bien podrá el cielo darte con exceso  
 Triunfos contra el francés y el pueblo moro;  
 Y al tuyo su valor vencido y preso  
 En Duero, Benavente, Orbejo y Toro;  
 Y que en Orcejo rindas en á don Bueso,  
 Y todo un infiel campo en Valdemoro,  
 Yagas otros lances semejantes  
 En moros, paladines y gigantes.  
 Y que tan noble sangre con fecundo  
 Curso y ricos favores de tu estrella  
 Gubierne á España, y lo mejor del mundo,  
 Naciendo reyes y monarcas della:  
 Que seas en tus empresas sin segundo,  
 Amor de una honestísima doncella,  
 Y sucedan de tí por mas extremos  
 Mil principes á Castro, Sarria y Lemos.  
 Y que el difunto bulto que encontraste  
 El sepulcro guardando de su cueva,  
 En ricas armas tu persona engaste  
 De tu invicto valor bastante prueba,  
 Que del frágil alcázar que libraste  
 De la vil gente que tras sí lo lleva,  
 Los presos saques victorioso y grave,  
 Y yo te dé para ello puerta y llave.

Que en el furor de Francia, que ya viene  
 De Leon á usurpar el reino y tierra,  
 El cielo trace, y tu ventura ordene  
 Por tuyo solo el triunfo de la guerra:  
 Que tu invencible espada y brazo llene  
 De franca sangre la Gascona sierra,  
 Y que de lo demás que dé esta gloria  
 Tu fama trace una inmortal historia.  
 Todo ese colmo junto podrá el cielo  
 Darte como lo tiene decretado,  
 Y hacerte mientras vivas en el suelo  
 Invencible, querido y respetado:  
 Mas no hará por no trocarle el vuelo  
 Al gran decreto del divino hado,  
 Que libre goces de prison tu padre,  
 Ni halagos tiernos de amorosa madre.»  
 Dijo, y de un ronco trueno y son quebrada  
 La bóveda de vidrio que tenia  
 Del hondo mar la máquina cargada,  
 Que el contrahecho cielo componia,  
 A un tiempo en sordo estruendo despeñada  
 La voz clara ahogó que antes se oía  
 Con el futuro hado entre las gentes,  
 Que en las torres vivian transparentes.  
 A quien dejó la súbita caída  
 Del cielo de cristal, y sus estrellas,  
 Sin sentimiento, ya que no sin vida  
 Entre riscos, coral y conchas bellas:  
 En tanto que el raudal de la avenida  
 Sus gruesas olas derramó, y con ellas  
 Bañó otra vez los nácares profundos,  
 Y el uno se tragó de los dos mundos.  
 Mas ya despues que el espantoso estruendo,  
 Que dejó á todos fuera de sentido,  
 En su rumor cesó, y el sol volviendo  
 La clara luz volvió que habia perdido:  
 Libre Bernardo vió que iba saliendo  
 De un real jardín á un mirador florido,  
 Por una sala que en dorada altura  
 Mas nubes vence, y rinde su hermosura.  
 Admiróle el bellísimo edificio,  
 Todo de lazos de oro artesonado,  
 Sin que viese antes dél sombra ni indicio,  
 Ni por dónde ni cómo allí ha llegado:  
 Y ya del todo vuelto en su juicio  
 De nuevo se espantó viéndose armado  
 De unas tan ricas armas, que parecían  
 Que el dia por sus vultumbres amanecía.  
 Cuajadas de preciosa pedrería,  
 Peto, celada, grevas, brazo y mano,  
 De oro un leon por cresta, á quien hacia  
 Sombra un plumero por el aire ufano;  
 Y en el grabado acero descubria  
 La obra de los buriles de Vulcano,  
 En las nieladas sombras por concetos  
 De historias por venir varios secretos.  
 En el lumbroso escudo relevada  
 La fama vuelta muda de parlara,  
 Las alas cortas, y la lengua atada,  
 Su trompeta quebrada, y ella entera:  
 De una confusa niebla rodeada,  
 Con esta letra de oro por defuera  
 «Tiempo vendrá que estos nublados rompa  
 Nueva ala, nueva lengua y nueva trompa.»  
 Admirado de tantas novedades,  
 Dudoso en atender sus mismas cosas,  
 Los ojos vuelve á ver las variedades  
 Que el jardín muestra de árboles y rosas;  
 Cuando venir á él vió dos beldades,  
 Mas que el lucero y la mañana hermosas:  
 Que en trato afable y noble cumplimiento  
 Grato le dan y dulce acogimiento.  
 Y el gallardo maneco cortosano,  
 Con igual compostura y reverencia,  
 «El cielo, dijo, haga de su mano

Próspero agüero tan gentil presencia;  
 Y sepa, diosas, yo, si el seso humano  
 Al punto alcanza de tan alta ciencia,  
 ¿Qué deidad rige, qué saber profundo  
 En torno trae este encantado mundo?  
 ¿Qué magestad encierra este palacio  
 En la de sus soberbios edificios,  
 A cuyo cargo está en tan breve espacio  
 Tanta máquina y suma de artificios?»  
 Dijo, y la rubia Arbelia, que un topacio  
 En lustre, resplandor, viso y bullicios  
 Es su cabeza, y ella un cielo en todo,  
 Así respuesta dió al valiente godo:  
 «Prueba al invicto ardor de tu persona  
 Las maravillas son de nuestra tierra,  
 Y sus vencidos mónstruos la corona  
 Del inmortal valor que en tí se encierra:  
 La fama, quien aprecia y gualardona  
 Los justos riesgos de la paz y guerra,  
 Y ese tu brazo al fin, quien solo pudo  
 De esas armas vestirse y dese escudo.  
 La diestra lima del autor del fuego,  
 Cual ves las hizo para el fuerte Aquiles,  
 Y dél las heredó un astuto griego  
 Por viva lengua y pláticas sutiles:  
 Perdiólas Telamon, y el que hizo ciego  
 A Polifemo entre otras cosas viles,  
 Al mar las arrojó, como el prudente  
 Que el oro arroja por salvar la gente.  
 Llegaron al sepulcro sobre aguadas,  
 Que por ellas se abrió, y el Jónio altivo  
 Quizá las estimó por mas guardadas.  
 En Ajax muerto, que en Ulises vivo:  
 Allí las tuvo hasta hoy depositadas  
 La horrible sombra de su bulto esquivo,  
 Para que tú heredases sus perfiles,  
 Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.  
 Hoy se cumplió el decreto de los hados,  
 Y á darle el lleno á este lugar veniste,  
 Donde por senda y pasos nunca usados  
 Ya con victoria y con tu honor saliste:  
 Estos bellos alcázares dorados,  
 Y este jardín que un mayo eterno viste,  
 Son de la hada Alcina, en cuya mano  
 Todo el deleite está del gusto humano.  
 Ella en mi lengua este secreto ha puesto,  
 Y á que de mí lo sepas me ha enviado,  
 Rogándote que bajas á su honesto  
 Jardín, á ser de nuevo acariciado  
 De los que libertaste del compuesto  
 Castillo de sutil cristal labrado,  
 Y de Oripandro, á quien tambien Alcina  
 Ya á sus males ha dado medicina.  
 Gundemaro, y su esposa, que perdida  
 Tantos dias lloró, viven contentos,  
 Donde lo estarán mas con tu venida,  
 Por colmo á sus alegres pensamientos  
 Dijo, y del gran leonés obedecida,  
 A ver fué los floridos aposentos.....  
 Al tiempo que en los campos de Toledo  
 Batalla hacia la rabia, la ira y miedo.  
 Medrosa Arleta, bravo Ferragut,  
 Feroz Rangorio, triste Galiana,  
 Por donde el Tajo al mar lleva el tributo,  
 Y abre una vega de álamos lozana:  
 Llenos dejé los ánimos de luto,  
 Rangorio en verlos muertos, la lozana  
 Infanta en verle á él, Arleta al moro,  
 Y él el caballo y su mochila de oro.  
 Y en esta suspension, la que primero  
 Del silencio la voz sacó parlara,  
 De aleivos acusando al caballero,  
 Fue la atrevida y lóbrega hechicera,  
 Que briosa y temblando ante el severo  
 Semblante y hermosura verdadera

De la gallarda infanta de Toledo,  
 Así le dijo entre esperanza y miedo:  
 «Soberbia magestad, cuya belleza  
 Aun la envidia á negarla no se atreve,  
 Pues casi iguala la igual grandeza,  
 Que ya un tiempo gocé ligero y breve:  
 Si á las que en hermosura y gentileza  
 Hermanas tuyas somos se nos debe  
 Favor, válgame ahora en tal presencia,  
 Ya que no mi justicia, tu clemencia.  
 Bien sabes, reina hermosa, que fue mio  
 Brabonel, y yo un tiempo su cuidado,  
 Y que mas tu favor que mi desvío  
 Sin culpa de los dos me le ha quitado:  
 No quiero entrar contigo en desafío,  
 En si ó no me lo tienes usurpado,  
 Mas porque seas de veras su señora,  
 Tuyo es, yo te le doy, gózalo ahora.  
 Con tal que deste falso caballero  
 La afrenta quede de mi honor vengada,  
 Y á una promesa cumplimiento entero  
 A cuenta dé de mi beldad gozada,  
 De darme un preso, ó ser mi prisionero,  
 El alma prometió en mí fe abrasada,  
 Mas un nuevo placer siempre se estraga,  
 Y en inconstantes gustos empalaga.  
 Cúmpleme, pues conviene, el juramento,  
 ¡Oh falso! ó darte he al mundo por perjuro  
 Que no es bastante excusa que á tu intento  
 El gusto te saliese aguado ó puro:  
 ¿A quién sucede todo á su contento?  
 ¿Qué bien tiene la tierra tan seguro,  
 Que en invariable estado permanezca,  
 Y cual luna mortal no mengue ó crezca?  
 El mundo es un teatro en que fortuna  
 Sus varios entremeses representa  
 De inconstantes figuras, y ninguna  
 Sale que con la suya esté contenta:  
 Desde las tiernas fajas de la cuna,  
 Al estrecho ataud, todo es tormenta,  
 Ya sopla un aire, ya vuelve otro viento  
 Los pasados placeres en tormento.  
 Bien fuera que á los varios personajes  
 Que á su tragicomedia el tiempo envía,  
 Tu solo antojo diera el rostro y trajes  
 Con que el teatro alegran cada dia:  
 ¿Tu gusto por ventura en sus ropajes  
 Hallar sin mezcla quiere la alegría?  
 ¿O yo sola en el mundo soy la fea?  
 ¿Yo sola soy? ¿no hay otra que lo sea?  
 Muchas Arletas hay, corre la venda,  
 Y veráslas á oscuras, si se apaga  
 El nacar y la púrpura que emienda  
 La nueva tez que la vejez se traga:  
 Muere su luz, renace la contienda  
 Del vario tiempo que les pecha, y paga  
 Plata por oro, lirios por corales,  
 Y ébano por las perlas y cristales.  
 ¿Cuántas al vuelo del sutil copete  
 Te mostrarían las blancas sienas calvas!  
 ¿Cuántas sin el barniz que se entremete,  
 Ni tan rubias serían, ni tan albas!  
 ¿Cuántas la luz fingida de un sánete  
 De infinitos defectos hace salvas!  
 Y ¿cuántas bajarían de su cielo,  
 Si el corcho les faltase, á ser del suelo!  
 Alguna dió tu antojo por perfeta,  
 Que ha menester tambien vela encantada,  
 No es en esta desgracia sola Arleta,  
 Dime una tú á quien no le falte nada:  
 La beldad ni está aquí ni allí sujeta,  
 Mas solo al gusto de quien es gozada,  
 Y él no es mas que un engaño que le vende  
 Por gloria á cada cual lo que pretende.  
 Este gusta de hacer un avariento

Tan á su estrecho estómago medido,  
Que si ya atesorar pudiese el viento,  
Tendría el respirar por prohibido:  
Otro en pródigos gastos tan sin tiento  
Hasta el amigo deja destruido,  
Uno se finge hipócrita ajustado,  
Y otro sica por gala el desenfadado.

Quién en sus graves causas se congoja,  
Y las vanas ajenas solicita,  
Quién se mete en cintura, quién se aloja,  
Quién se pone las cejas, quién las quita:  
Quién con loco furor, si se le antoja,  
Vivos en tierra, y muertos resucita,  
Quién los humos murmura de otra casa,  
No viendo el fuego que la suya abrasa.

Uno compra los dientes en la tienda,  
Al otro se los quitan por perjuro,  
Uno se vuelve lince, otro se venda  
Por no ver á lo claro ni á lo obscuro:  
Cada uno tras su antojo, y por su senda,  
Sueña que va el camino mas seguro,  
Y sin ver cual debería sus dislates,  
Murmura los ajenos disparates.

Yo hermosa nací, y en ser hermosa,  
Y tenerme por tal, á nadie ofendo,  
Cual soy me viste, no soy otra cosa:  
Esto es lo que hay en mí, y esto te vendo,  
Al gusto que en tí ardía fui sabrosa,  
Si al tiempo se apagó que estaba ardiendo,  
Ni yo eché el agua, ni es razon se ordene,  
Que otro por lo que tú pecaste pene.

Y tú tambien, ó singular princesa,  
Justicia es que me ampare deste ingrato,  
Y que me cumpla mandes la promesa,  
Y torne de su amor al primer trato:  
O mientras no saliere con la empresa  
De darme á Brabonel, guarde el contrato  
De estar conmigo, como en fe segura  
Al gozar prometió mi hermosura.

Que yo haré cuanto en mi mano fuere  
Por no dar á su amor competidores,  
Que es al amante que de veras quiere  
El bien de mayor gusto en los amores:  
Ni zelos sentirá, sino los diere,  
Ni de altivo desden los disfavores,  
Que las nuevas beldades traen consigo,  
Sin reserva de amigo ni enemigo.»

Así á la toledana hermosura  
Justicia la arrogante maga pide,  
Y del moro feroz la fe perjura  
En culpá agrava, y con razones mide;  
Cuya demanda, y lóbrega figura,  
La justa risa con espanto impide,  
Y Ferragut corrido, y de ira ciego,  
Bramando lanza por los ojos fuego.

Y vuelto al arrogante caballero,  
Que en forma de sangriento desafío  
De Arleta hace la parte altivo y fiero,  
Así le dijo: «ese caballo mio,  
Que traes, ladrón, hurtado, cobrar quiero  
De tí, y quitado ya el caballo y brio,  
No por tu persucion, mas por mi gusto,  
Daré á la maga el don que pide injusto.

Digo que le daré derecho en todo  
De Brabonel, sin que haya quien lo impida,  
Aunque el francés orgullo, y valor goda,  
Con la espada le ayuden mas temida:  
Arrestóse el jayan en este modo,  
Porque parezca la ocasion nacida  
De cólera, y no zelos, y ambos juntos  
A una cerraron sin mirar mas puntos.

Arrojaron de golpe los caballos  
A ejecutar las bárbaras heridas,  
Cuyos limpios aceros al tentallas  
Sonoras dieron y altas estampidas:

Y los furiosos brios en proballos  
Quitar pudieran otras tantas vidas,  
A no hallar en el fino temple escusa  
Del acero y los hados de Lanfusa.

Llevó el cristiano al moro medio escudo  
De un revés, y él salió en un brazo herido  
De una punta que halló su filo agudo  
Puerta en un brazalet desmentido:  
Cuando el caballo á Ferragut no pudo  
El teson sustentar que habia tenido,  
Siéndole fuerza dél saltar á tierra.

Y á pié acabar la comenzada guerra,  
Siguiólo en el intento el paladino,  
Que no quiso gozar de esa ventaja,  
La infanta viendo el caso repentino,  
Y á los dos dentro en su mortal baraja,  
Por lo oculto del bosque convecino  
A la imperial ciudad medrosa ataja  
Con su bello escuadron, que en cada hoja  
Algún nuevo enemigo se le antoja.

Así blanca paloma, que ya presa  
En las de un gavilan sin culpa ha sido,  
Si acaso de las aves la princesa  
Contra él se arroja del caliente nido,  
Medrosa suelta la encogida presa  
Al forzoso combate constreñido,  
Y ella á esconderse temerosa huye,  
Mientras el uno al otro se destruye.

Solo Arleta quedó de ojos impuros  
A ser de la cruel guerra infiel testigo,  
Que hecha á ver muertos, y á rezar conjuros,  
De ver despedazar gustá á su amigo,  
Y los dos brazos con redobles duros  
Para hacerle en sí mismos el castigo,  
De mil modos se hieren, y en mil modos,  
Para una muerte los intentan todos.

Diestro Rangorio al reparar la herida  
De un presto revolver de Ferraguto,  
Tras una limpia punta no abatida  
Con tal fuerza se entró el francés astuto,  
Que seis pasos fue el moro de vencia,  
Midiendo el campo no de sangre enjuto,  
Y otra le hizo en los sangrientos llanos,  
Donde tenia los piés, poner las manos.

Mas no tan presto súbita pelota  
En blancas losas salta rebatida,  
Cuando el gallardo jugador la bota,  
Y por las nubes nos la da escondida;  
Como él saltó con la paciencia rota,  
De ver su espada y furia resistida  
De un solo brazo, y que le tenga puesto  
El nombre en condicion, y en riesgo el resto.

Y así ya con mas tiento en su batalla,  
Alerto al firme herir de su adversario,  
Y al deseo de vengarse, y acaballa,  
Feroces golpes dá impaciente y vario:  
Acertóle uno en la dorada talla  
Del firme peto, que un vaiven contrario  
Le hizo dar, y pensar le hubiese hecho  
Dos partes el arnés, y cuatro el pecho.

Mas paró el riesgo en que una estrecha puerta  
Por el fornido acero abrió al costado,  
Que el lazo de la malla descubierta  
De un fino rosicler dió arrebolado:  
Y no fue sangre sola, y color muerta,  
La que salió del pecho desarmado,  
Que un furor corrió á vueltas, que un entero  
Muro rompiera de templado acero.

Mas la atencion del presto sarracino,  
Que la furia venir vió desmandada  
Del herido aleman, y el desatino  
De los ardientes rayos de su espada  
Con él cerró, y saliéndole al camino,  
Su destreza y sn cólera igualada;  
Bien pensó hacerlo á su sabor pedazos

En duros nudos de sus firmes brazos.

No ejecutó el cristiano la herida  
Por falta de lugar; mas pecho á pecho  
La lid sangrienta á lucha reducida,  
Al moro puso en peligroso estrecho:  
Y una furia con otra rebatida,  
Vaivenes fueron dando largo trecho,

En un duro teson y ardiente saña,  
Ya las fuerzas probando, ya la maña.  
Y viendo que es cansarse en la porfia  
Su ciega lucha, y anhelar profundo,  
Bravos dejan, y en nueva gallardía  
El asalto primero hacen segundo:  
Ya las dos partes, de las tres del día,  
Que con golpes el moro asombró el mundo,  
Pasado habian, y desta lid postrera  
Corria sobre dos horas la tercera.

Cuando el arnés y el gusto destrocado  
Al herido y soberbio paladino  
Un golpe le alcanzó al yelmo grabado  
De redoblado acero y temple fino:  
Y cual si fuera tierno vidrio helado,  
Por tres partes quebrado al suelo vino,  
Y el francés sin sentido y sin memoria,  
Dejando á España el cuerpo y la victoria.

Creyó el moro feroz que estaba muerto,  
Y quiso quitar solo el escudo,  
Cuando del rayo del honor despierto  
Volverse á su primera opinion pudo:  
Y en desigual combate ya cubierto  
De sangre el rostro, y en el alma un nudo  
En verse en tal extremo, y al pagano  
Sin herida ó rasguño de su mano;

Un golpe tal le dió por la cabeza,  
Que con sol le mostró estrellado el cielo,  
Y segundándole otro su braveza,  
En riesgo estuvo de venir al suelo:  
Cuando en desordenada fortaleza,  
Bravo cerró con él, y á todo vuelo,  
El uno con el otro marañado,  
Ambos vinieron al sangriento prado.

Así tal vez en la Marsilia arena  
Dos libias sierpes vomitando llamas,  
Entre el horrible aliento que resuena  
Del negro pecho y ásperas escamas,  
En espantosos nudos dejan llena  
De veneno la tierra, y si las ramas  
Su efecto no hacen de la oculta ruda,  
Una con otra en roscas mil se anuda.

En igual brega y nudo semejante  
La verde yerba trillan los guerreros,  
Probando el paladin en el gigante  
De una afilada daga los aceros:  
Mas viendo que ella es cera, y él diamante,  
De su muerte vió claros los agujeros,  
Y el moro en el herir del brazo frio,  
Ire faltando á su contrario el brio.

Quitóle de la mano el limpio acero,  
Que ya con fuerzas débiles regia,  
Y por entre el brazal de un golpe fiero  
A dar al débil corazon le envia:  
Donde dos veces ya lo escondió entero,  
Y á los ojos con él la luz del día,  
Vengando sus alevnes desatinos,  
Y al padre de Teobaldo, y Montesinos.

Estendióse el mortal cuerpo difunto,  
El moro limpia su sangrienta espada,  
Y para proseguir se pone á punto  
De su dama la empresa comenzada:  
Tomó el escudo al muerto, y viendo junto  
De sí la sin lealtad maga turbada,  
Que el caballo infeliz de la contienda  
Manso le ofrece, y se le trae de rienda;

En él subió de un salto, y ella en otro  
De los que andaban sueltos por el prado,

Topando acaso un mal domado potro  
De sobrepaso y freno desbocado:  
Y por la posta el uno tras del otro  
Del bosque entraron por lo mas cerrado,  
Siguiendo entre una planta y otra planta,  
El fusco rastro de la bella infanta.

Las cinco partes de las seis del cielo  
Ya el sol pasado el horizonte habia,  
Y el primer orbe con su raudó vuelo  
Al otro mundo trastornaba el día:  
Cuando al doblar de un monte el fértil suelo,  
Que el rico Tajo de afeñis vestia,  
En cuidadoso paso diligente  
Venir un escudron vieron de gente.

En son de guerra y militar concierto,  
Y en órden puesto el real pendon, seguia  
Por capitán un árabe, que alerta  
Al ver de Ferragut la gallardía,  
Y el blason del escudo descubierta,  
El mismo que antes el francés traia,  
Cómplice en la traicion ya le pregona  
Del vencido tirano de Pamplona,

Con él se afronta, y de una gruesa entena,  
Que por lanza traia, el hierro agudo,  
En el templado y firme acero suena  
Del sospechoso y redoblado escudo:  
Y el alma del jayan de rabias llena  
La ardiente espada saca, y donde pudo  
Un golpe le alcanzó, que á ser de lleno,  
Hecho dos le enviara al blando heno.

Habia con sus cien lenguas por Toledo  
Ya publicado la parlera fama  
Del traidor rey el cauteloso enredo,  
Y el robo injusto de la bella dama:  
Y el ofendido padre con denuedo  
A la venganza que su honor le llama  
Salido habia tambien, acompañado  
De la mayor potencia de su estado.

Y en diversas escuadras repartidos,  
Unos siguen el rastro, otros los pasos  
De la floresta atajan prevenidos  
De armas y esfuerzo á semejantes casos:  
Destos eran doscientos escogidos  
A cuenta de Anfrangol, los que en los rasos  
Campos del Tajo por aquel camino  
Encontró á su pesar el sarracino.

Que engañado en la insignia del escudo  
El brioso capitán quiso lozano  
De su fornida lanza el hierro agudo  
Probar en los aceros del pagano:  
Que en verse así tratar de un hombre mudo,  
La roja espada en su arrogante mano  
Tal relámpago dió, y golpe tan fiero,  
Que hiciera, á encarnar bien, dos del primero.

Mas volvió el toledano así furioso  
Con la suya en la mano, que al guerrero  
Antes que de otro golpe poligroso  
El temple afrente de su limpio acero,  
Sobre el grabado arnés un tajo airoso  
Con tanto brio le alcanzó, que entero  
El brazal rebanó, y lo mismo hiciera  
Al brazo, si de acero el brazo fuera.

Mas ya enfadado el de Aragon, rompiendo  
Del reportado sufrimiento el punto,  
Así el lumbroso alfanje revolviendo,  
Que al aire es de un sutil rayo el trasunto,  
Sobre el moro bajó con tal estruendo,  
Que escudo, brazo, y yelmo todo junto  
Hizo pedazos, y partió derecho  
Cabeza, barba, cuello, hombros, y pecho.

Resonó al golpe con acento horrible  
El bosque opaco, y la ribera de oro,  
Pareciendo á los ojos imposible  
De humano brazo así partido un moro:  
Y en la asombrada escuadra, que el terrible



Triste suceso vió en gritar sonoro  
 Contra la espada cruel para venganza  
 De su muerto Anfrangol no quedó lanza.  
 No dió gusto la furia sarracina  
 Esta vez al jayan, aunque desea,  
 Mas que el dulce vivir, guerra continua,  
 En que su espada hacer grandezas vea;  
 Porque ha dos días que sin comer camina,  
 Y dellos uno entero que pelea,  
 Y aunque encantado, y de ánimo brioso,  
 Es hombre al fin, y ha menester reposo.  
 Mas viendo el cruel intento de venganza  
 Que trae sobre él la furia de Toledo,  
 Como entre flores de un jardin se lanza  
 A resistir su trápala y denuedo;  
 Con tales golpes, que á quien uno alcanza,  
 Ni ha menester segundo, ni yo puedo  
 Contarlos todos, ni decir los ciertos,  
 Ni aun la suma hacer de tantos muertos.  
 Quitó á Zelinel el brazo del escudo,  
 Y á Focion, que en constancia nunca oida,  
 Ni reir ni llorar supo, envió señudo  
 A mudar condicion en la otra vida:  
 Al astrólogo Arbildos, que no pudo

Levantarle figura á esta salida  
 Por la priesa del caso repentino,  
 De un golpe dejó hecho un tercer sino.  
 Mató á Gelon, á Rufo, y á Tidoro,  
 Este noble, y los otros dos tratantes,  
 Y á los dos, padre é hijo, Elin y Eloro,  
 Nacidos en los duros Garamantes:  
 El gallardo mancebo Casiodoro,  
 Que de su nueva esposa aquel día antes  
 Gozó el gusto primero, al otro mundo  
 Desde allí le envió sin el segundo.  
 Y cual si algun peñasco firme fuera  
 Inespugnable está á sus adversarios,  
 Roto el arnés, y la braveza entera  
 Al dar y recibir golpes contrarios:  
 Un nuevo rayo de la quinta esfera  
 Es de su espada en los efectos varios,  
 Pues ni del campo pierde ni del brio,  
 Hecho el contrario ya de sangre un rio.  
 Martorio era un plebeyo ciudadano,  
 Que de humildes principios pretendia  
 Por sus logros hacerse mas tremendo  
 Contrahecho señor, que convenia:  
 Habia comprado al pueblo toledano

El oficio de alferéz, y aquel día,  
Tomando posesion de su contento,  
El imperial pendon volaba al viento.  
Iba en el medio de la escuadra amiga,  
Haciendo de sí y del pomposa rueda,  
Oceionando su ambicion que diga  
Cada uno de ambas cosas cuanto pueda:  
Y mirando la cólera enemiga  
Del brazo alfió que pasar les veda,  
Asombrado de guerra tan de veras,  
Buscaba de huir nuevas maneras.  
Al corpulento vientre en que estribaba  
La real bandera, y por se hacer visible  
En lo abultado y grueso reventaba:  
Con furor asestó la espada horrible:  
Volvió espantado de su vista brava,  
Y por huir del golpe si es posible,  
En un pantano trabucó, cayendo  
La hidrónica fantasma y bulto horrendo.  
Ferragut que á hacer golpe espantoso  
Iba en todo aquel monstruo corpulento,

Sin poder mas el animal brioso  
Sobre él cayó y allí sobre ellos ciento:  
Al morisco ahogó el charco lodoso,  
Y el de Aragon, aunque de invicto aliento,  
Cargando en el del campo todo el peso,  
Quedó por culpa del caballo preso.  
Al tiempo que el infante de Toledo  
En favor de su padre y de su hermana,  
Con noble escuadra, y con gentil denuedo  
Por la selva llegaba comarcana  
Al revuelto escuadron lleno de miedo,  
En la ocasion al parecer liviana  
De un solo caballero, que ha podido  
Dejarlo roto ya, que no vencido.  
Era el príncipe ilustré toledano,  
De noble inclinacion, y ánimo justo,  
Cortés, prudente, sabio, afable, humano,  
De real presencia, y apacible gusto:  
A quien su padre infiel por fiel cristiano  
La vida le quitó en decreto injusto,  
Trocando mártir ya el infante tierno



El reino temporal por el eterno.  
Enamórese de la ley cristiana,  
Por la dulce armonia y dependencia  
Que honrar ha de la razon humana  
De un Robles, y á Ledesma el sepulcro en que hoy le adora  
En discreta y política prudencia:

Trocando por diadema soberana  
Reino mortal, y dándole en herencia  
Honra á Toledo, ejemplar á Zamora  
Y á Ledesma el sepulcro en que hoy le adora  
Este llegando á ver el imprudente

Alboroto del campo mal regido,  
Que por prender un capitán valiente  
De veinte estaba sin concierto asido;  
Y que ni el golpe y peso de la gente  
Preso le da, ni su valor rendido,  
Teniendo á golpes su escuadrón deshecho,  
El valor conoció al heroico pecho.

Y juzgando que un brazo valeroso  
Sin causa hacer no sabe demasía,  
Apartar manda el vulgo bullicioso,  
Que aun preso el moro su furor temía;  
Y en grave rostro y término amoroso,  
El bullicio aplacando que crecía,  
Libre le pide en fe de caballero  
En sus manos se dé por prisionero.

Que él vida y honra le hará segura,  
Tanto como su espada y su braveza,  
Y así en ley de quien es lo afirma y jura,  
Con que templó el gigante su fiera:  
Llegando á conocer quien se asegura  
Por la noticia y voz de su nobleza,  
Que de un heroico príncipe la fama  
Por nobles y plebeyos se derrama.

Súpose luego el peligroso engaño  
Conque el moro español fue acometido  
Por Anfrangol, que abrió la puerta al daño,  
Que todos por su culpa han recibido:  
Y aunque la herida del mandable extraño,  
Que al agresor partió le ha enternecido,  
La razón misma le hace que atribuya  
Por justo el daño, pues la culpa es suya.

Ya en esto algunos que al furor sangriento  
De la traición pasada habían sobrado,  
Y la sembrada fama por el viento  
De lengua en lengua han hasta allí llegado,  
Celebrando al autor del vencimiento,  
De todos conocido y admirado,  
Por aquel espantoso brazo fiero,  
Que por contrario le tenían primero.

Uno la muerte dada por su mano  
Al brutal Arganzon relata y cuenta,  
Otro el golpe feliz con el rey pagano  
El orgullo quitó, y sanó la afrenta:  
Este de Arleta pinta el bulto enano,  
Y de Rangorio aquella lid sangrienta,  
Y juntos todos el común provecho  
Del golpe heroico por su espada hecho.

Y como en libertad la infanta puesta,  
Y el enemigo campo destrozado,  
Libre y salva tomó por la floresta  
El camino mas breve, y mas guardado:  
Con que trocaba ya la guerra en fiesta,  
Porque en el horizonte arrebolado  
Con el postrero resplandor quería  
Dar á la noche su lugar el día;

Alojándose el resto de la gente  
Por la vecina selva, el noble infante,  
Con guarda y compañía suficiente,  
Y el moro aragonés, fueron delante,  
Al castillo del paso de una puente,  
A pasar de la noche lo restante,  
Y tomar por allí camino breve,  
Que otro día á Toledo en paz los lleve.

Tratando de las bárbaras ficciones  
Conque el navarro rey trató el engaño,  
Y las nunca pensadas ocasiones,  
Que suyo hicieron el ajeno daño:  
En gusto iban hablando los varones,  
Cuando el bosque sonó en rumor extraño  
De armas templadas, que á sus golpes fieros  
De los arneses gimen los aceros.

Entraron con recato apercebidos,  
Por saber cuya fuese la batalla,  
Que entre los pardos árboles metidos  
Tras cada mata piensan encontralla:

Suenan las armas crecen los ruidos,  
Y nadie lo que todos oyen halla,  
Cerrándose la noche mas obscura  
Con el sombrío horror de la espesura.

Un largo trecho por el valle umbroso  
Entre ciega espesura van errando,  
Creciendo del ruido belicoso  
La grito aquí y allí de cuando en cuando:  
Ferraguto con pecho mas brioso,  
O con mayor desgracia, esprimentando  
La del brioso caballo en que venia,  
El camino perdió, y la compañía.

Y engañado del son en que resuena  
Del ciego bosque el monte comarcano,  
De una alta cumbre de asperezas llena  
Un fuego descubrió en el verde llano:  
Volvió allí el freno, y por la selva amena,  
Siempre el confuso ruido mas cercano,  
Al fuego caminó, que parecia  
Que tambien como el sol se le escondia.

## ALEGORIA.

En los sucesos de Florinda y su esposo, se muestra el cuidado que Dios tiene de los inocentes, y como ninguna desgracia llega á quien él de su mano quiere guardar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas se aciertan.

Angélica en las uñas del dragon, y arrojarse Bernardo á quitarla dellas, significa el imperio humano, y como el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio, se arroja á las dificultades, de donde, como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dejando fama eterna de sí en el mundo, que es lo que significa el jayán vuelto en estatua de bronce, y una fama volando por el aire, y los resplandecientes rastros que la virtud deja de sí, á quien las envidias y emulaciones antes hermocean que dañan: como se ve en el encantamiento del jayán de alambre, y sus abispas. En el del miedo fingido se ve, que la verdadera fortaleza vuelve en viento los temores humanos, que parecen algo, y son nada.

Los alcazares de vidrio en el suelo de la mar, significan, que el calor y la humedad son los autores de la hermosura, y de la juventud, y cuan frágiles defensas son las suyas hechas de rosas contra los golpes del tiempo figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud, y que en ninguna figura permanece y al que no le pierde, descubre secretos dignos de gran consideración.

En Arleta, que acusa á Ferraguto ante Galiana con nombre de fermentido y aleve, se avisa que ninguno se atreva á hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, porque cuando menos se recele se hallará con la vergüenza en el rostro, y su delito descubierta, y á vista de los ojos que mas lo pensó encubrir.

## LIBRO DECIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Ferragut perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamiento: quiere despenar el caballo Clarion, y él le deja, y llega á pie á una fortaleza, donde da muerte al jayán Bramante, y libra á Dorslice, y al rey su padre, y á Galistos, los cuales hacen compañía á la infanta hasta Granada. Y Galistos por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fabula del origen del deleite.

Ya en el rigor de un delicado gusto,  
A un temeroso escrúpulo aplicado,  
Se ha puesto en opinion, si es caso justo  
El de un moro llevar tan dilatado:  
Y celebrando su ánimo robusto  
Pasar por otros golpes, olvidado  
De no menor asombro y gallardía,  
Que honrar pudieran la esperanza mia.  
De un Roldán, de un Astolfo, de un Gayferós  
Graves sucesos, casos peraginos,



Y del feroz Reynaldo, y Oliveros,  
Famosos hechos de silencio indios:  
Encantamientos varios, golpes fieros  
De bravos héroes, y altos sarracinos,  
Que por su fama fueron de aquel mundo  
Dignos de mas lugar, que del segundo.

Mas no basto yo á todo, ni es mi intento  
Los hechos celebrar de gente extraña:  
Sino es en cuanto heroico fundamento

A esta victoria y célebre hazaña:  
Que por principio y fin de mi alto cuento  
El valor muestra de la invicta España,  
Y le ha de hacer de un golpe en esta guerra  
Suya toda la fama de la tierra.

Que ¿quién hay que teniendo hombres famosos  
En su nacion, celebre los ajenos?

Y ¿tratando de hechos valerosos  
Los mas olvide por contar los menos?

O ¿cuál clima dió al mundo mas briosos  
Pechos de mas fervor y alteza llenos,  
Que nuestra España da en parto fecundo  
Fin y principio del valor del mundo?

¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,  
Canto tan numeroso, y voz tan grave,  
Que hacer pueda á sus hazañas suma,  
Y este mi intento comenzado acabe?

¿Quién hay que á su valor llegar presume?  
¿Sus invencibles héroes quién los sabe?

O ¿quién no sabe la excelencia suya,  
Sin que yo la encarezca, ó disminuya?

¿Qué ingenio hay tan estéril que no tenga  
Entrada en ella á una famosa historia,

O ya á contar sus nobles hechos venga,  
O á hacer de sus ejércitos memoria?

O bien con sus riquezas se entretenga,  
O su alta magestad haga notoria,

Con que parece que la puso el cielo  
Por cabeza de Europa, y fin del suelo?

Todo en ella es prodigios de un perfecto  
Y singular valor que la acompaña.

¿Quién pues teniendo aquí tan gran sugeto  
A mendigarle irá de gente extraña?

Yo en esto, oh patria amada, el dulce afeto  
Mostrar pretendo en que el amor me engaña,  
Y hace creer que puedo en lo que intento

Hijo tuyo hacer mi pensamiento.

Ni suenen aquí el ingrato que procura  
A su patria usurpar lo que le debe,

Y con torpe ignorancia y lengua obscura  
Contraria espada á celebrar se atreve:

Yo vuelvo á Ferragut, pues su ventura  
Hoy le hizo español, y que yo lleve.

La presuncion de serlo en la memoria,  
Para andar con gusto el de su historia.

Buscando el llano va por la espesura  
Al ronco son de espadas, que resuena

Por la alta sierra, á quien la noche obscura  
De riesgos finge y de malezas llena:

Y al claro fuego en senda mal segura  
Al pié fue á dar de la floresta amena,

Que entre sus verdes árboles y flores  
Majada era de un hato de pastores.

Aquí de hambre y sueño fatigado  
Bastante cena halló, y humilde cama,

Que en la florida yerba recostado  
Fue el cielo cobertor, pluma la grama,

Donde en silencio se quedó olvidado,  
Hasta que del zenit la ardiente llama

Al mundo el sol llovió de ardor vestida,  
Que en sueño le rompió, y le ató la vida.

El toledano príncipe, y su gente,  
Sin otro riesgo mas, ni mayor daño

Cada cual por camino diferente  
Se dividieron con un mismo engaño:

Después diré la causa, que al presente,

Despierto el moro, busca el potrero extraño,  
Que en regates paciendo por la selva  
Le hace que á desandar lo andado vuelva.

Llévole por cogello entretenido  
De rama en rama por el bosque ameno

A una estrecha quebrada, en que metido  
Ponerse consintió el dorado freno:

Saltó en la silla el moro, y divertido,  
Ni en azares repara ni ve lleno

De desgracias el potrero, cuya estrella  
Aguiera cuanto halla, y cuanto huella.

Anduvo el dia por la inculta selva,  
Ignorante y perdido en su camino,

Ni sabe si prosiga, ó si se vuelva  
De aquel su comenzado desatino:

Camina y anda, y mientras mas se enselva,  
Menos guia le queda y menos tino,

Y menos gusto en ver cuan mal segura  
Hácia los suyos sale la ventura.

Como el gañan que la alquilada yunta,  
Con que el seco rastrojo desvolvía,

Perdida le dejó la corva punta,  
Que entre los surcos mas que el sol lucia:

Falto de aliento, la color difunta,  
De cerro en cerro busca todo el dia,

Tal el descaminado Ferraguto  
Trastornando quebradas va sin fruto.

El sol entre las nubes del Poniente,  
Aunque con tibios rayos dilataba

La misma sombra que calladamente  
De su errado camino le avisaba:

Cuando yendo á empuñarlo vió presente,  
Donde un collado á un monte se humillaba,

De un castillo la torre al cielo junta  
Las nubes taladrando con su punta.

Vuelve la rienda, y para allá camina,  
Deseoso de saber donde se halla,

Y en tanto que anda mas menos afina,  
Sin camino, sin senda, ni encontralla:

Pica el caballo, y corre á su molina,  
Que la piensa huir yendo á alcanzalla,

Juzgando de la torre si la mira,  
Que él se está quedo, ó que ella se retira.

Perdió tras este afán lo que del dia  
Hurtar le pudo al enriscado monte,

Hasta que el soplo de la noche fria  
Todo el oro barió del horizonte:

Que sin trillada senda ni otra guia  
Los pasos le pusieron de Clarionte

A las grabadas puertas del castillo,  
Llamando en duda si querrán abrillo.

Cuando al hueco balcon de una ventana  
Su fiero aspecto descubrió un gigante,

La barba y cara denegrida y cana,  
Al coloso de Rodas semejante:

Y en ronca voz, aunque con habla humana,  
Alegre haciendo el áspero semblante

La causa pide á su venida incierta,  
Y por favor le manda abrir la puerta.

Entró el moro arrogante, aunque con miedo  
De algun fingido trato peligroso.

Que del gigante y su primer denuedo  
Cualquier término honrado es sospechoso.

Cuando en los anchos patios bello enredo  
De damas se mostró en tropel hermoso,

Que á recibirlo salen, y á librallo  
De las pesadas armas y el caballo.

Admirado de ver la hermosura,  
Y del castillo las pinturas varias,

Que á pesar lucen de la noche obscura  
A cuenta de mil claras luminarias:

Puesto el cuidado en la primer figura  
Que á la ventana vió, cosas contrarias

Al sentido parecen verdadero  
Lo que ahora mira, y lo que vió primero.

Así al que de repente abre los ojos  
 A ver el techo de oro artesonado,  
 Si antes le habian del sueño los antojos  
 En lóbrega mazmorra aprisionado,  
 Alegre mira en aire los enojos  
 Del triste miedo y cárcel que ha soñado,  
 Y en la cuadra y sus galas deleitosas  
 El diferente estado de las cosas.

Súbenle en varias lumbres á una sala  
 De oro labrada toda y pedrería,  
 Y á una cuadra de allí, que por mas gala  
 De brocado entoldada parecia:  
 A lo alto de sus bóvedas no iguala  
 Del cielo la preciosa argentería,  
 Cuando en las frias noches del invierno  
 Mas lleno está de luces, y mas tierno.

En medio de la cuadra ardiendo habia  
 En leones de oro un lecho de brocado,  
 De nacar un bufete de atauxia,  
 De olores finos, y de luz cargado:  
 La vista el moro aquí y allí volvia  
 De la gustosa variedad llevado,  
 Y por un breve rato deste modo  
 No miró nada por mirarlo todo.

No fue de Cleopatra la Jitana  
 El capitán romano mas servido,  
 Ni en mas ostentacion y pompa ufana  
 De Faro en su alta torre recibido;  
 Ni en la cuadra del cielo soberana,  
 Donde Juno acaricia á su marido,  
 Entran á le servir diosas mas bellas,  
 Ni en sus techumbres lucen mas estrellas.

Sentóse en una silla de oro, y puesto  
 Sobre su arnés un manto de escarlata,  
 Bordada en él la historia de un apuesto  
 Pastor, que con cien ojos se recata:  
 Del fingido Mercurio, que dispuesto  
 Ya de cerrarlos de una vez remata  
 Su vida con su voz, que un doble trato  
 Suele engañar á un Argos en recato.

Llegó una hermosa dama, que traia  
 En fina porcelana real conserva,  
 Que aunque de azúcar hecha parecia  
 Con cuernos de oro alborotada cierva,  
 Que en almibar nadando pretendia  
 De la flecha huir la mortal yerba,  
 Que en el cuerpo llevaba soterrada,  
 Yendo así la verdad mas disfrazada.

«Señor, dijo la dama, aquel gigante  
 Que hospedaros mandó, y es noble dueño  
 Desta casa, y que á todos con semblante  
 Alegre albergue da dulce y risueño;  
 Mientras viene á servirnos con bastante  
 Gusto de hacerlo así, como en empeño  
 Del suyo, os ruega refresqueis la boca  
 Con este dulce que á beber provoca.»

El moro al noble trato agradecido  
 En corteses palabras le responde,  
 Comiendo del regalo, que en olvido  
 Sus males puso sin saber por donde:  
 Sirviéndole tras ello un encendido  
 Y suavísimo vino, en quien se esconde  
 Tanta virtud, que en todas ocasiones  
 Del alma olvida, y borra las pasiones.

Compuesto era quizá el alegre mosto  
 Del nectar que en el cielo se vendimia,  
 Que del mundo inferior todo su agosto  
 No llega aquí, ni alcanza su vendimia:  
 No hay bien cumplido en él, todo es angosto,  
 Finge contentos de oro, y son de alquimia.  
 Si este le dura al moro, no hay recelo  
 De que el dulce brebaje sea del cielo.

Sintióse descansado de la pena  
 Que el yerro le ha causado del camino,  
 Y en un dulce reposo el alma llena

De los vapores del alegre vino:  
 Cuando un sordo rumor de gente suena,  
 Y en aparato y resplandor divino  
 Cien ninfas van entrando por las salas  
 De hermosos rostros, y costosas galas.

En grave aplauso al desigual gigante  
 Haciendo vienen magestad y estado,  
 A quien del rico manto rozagante  
 Diez dellas traen la falda de brocado:  
 El cortesano moro con semblante  
 Alegre á recibille fue admirado  
 De su estraña fealdad, y la belleza  
 Que en torno ciñe y cerca su fiereza.

Tomó en frente del moro rica silla,  
 Y hablando en varias cosas le parece  
 El pomposo jayan sombra sencilla,  
 Que cada rato en su estatura crece:  
 La barba y cara cana y amarilla,  
 Mirar su obscura altura desvanece,  
 Que de la rica cuadra, desde el suelo  
 Tocar parece con la frente al cielo.

Así del viejo Atlante el bulto horrendo,  
 A vista de la górgona fiereza,  
 En hinchazon hidrópica creciendo  
 En la luna fue á dar con la cabeza:  
 Donde por el gran peso retorciendo  
 De la agoviada espalda la grandeza,  
 No hay signo en el zodiaco ni estrella  
 Que no se pare á descansar sobre ella.

Es nuevo el caso, y como tal le admira,  
 Y mas que todo la espantosa junta  
 De las dispuestas damas, en quien mira  
 Medrosos rostros de color difunta:  
 Ora sea que en las luces se retira  
 El bello lustre del matiz que apunta  
 Al rosicler de la atezada cara,  
 Cuando alumbra del sol la antorcha clara.

O que la obscura noche con sus olas  
 Los vivos resplandores les empaña,  
 O que del blando afeite en ellas solas  
 El ordinario deslumbrar engaña:  
 Al fin entre sus garbos y sus golas,  
 La vista un no se qué de horror estraña  
 Entre aquella beldad, que aunque escogida,  
 Rastro descubre de beldad fingida.

Suspense estaba en este asombro el moro,  
 Cuando la horrible máquina que sube  
 A herir con su alta frente el techo de oro,  
 Deshecha huyó como aparente nube:  
 Saliendo della un celestial tesoro  
 A Diana semejante, cuando sube,  
 Caído el velo ya que la encubria,  
 A media noche contrahaciendo el dia.

En la pomposa silla del gigante  
 De su sombra nació una imagen bella,  
 Tanto á su pensamiento semejante,  
 Que viva pareció Galiana en ella:  
 Y ardiendo en nuevo amor el tierno amante,  
 Vida le era el oilla, y gloria el vella,  
 Cuando al gusto del vella, y del oilla,  
 Se le añadió otra nueva maravilla.

Las tiernas damas que en diversas pintas  
 Al alma por la vista abrian antojos,  
 Cual cometas en luz de oro distintas  
 Se huyen y van de los atentos ojos,  
 Formando al aire unas doradas cintas  
 De sutiles vislumbres y arcos rojos,  
 Como á las nubes vuela en sus centellas  
 Nocturno incendio á deshacerse en ellas.

Así un bañado rostro en el ardiente  
 Licor, que ya fue alegre, mostró ardiendo,  
 En tibio fuego, y luz resplandeciente:  
 La sutil llama y el humor bebiendo,  
 Acaba de enjugarle, y de repente,  
 Sin negro humo ni sonoro estruendo,

En aire ya resuelta se derrama

Del blando incendio la adorada llama.

Así aquella aparente hermosura,

Que en humanas figuras se partía,

Medallas de oro hecha la mas pura,

Rayos de fuego sin quemar fingía:

Cuya dorada luz, ya en sombra oscura

Desvaneció, al aire se volvía,

Cual relampago ardiente, cuyo fuego

Deja al que mira, al deshacerse, ciego.

Quedóse solo el hijo de Lanfusa

Con la aparente imagen de su gusto,

Ciega la vista, la atención confusa,

Y en fuego ardiendo el corazón robusto,

Buscando á tanta novedad escusa,

Y al nuevo engaño el fundamento justo,

Y cómo de aquel bien en que se sueña

Parte pueda alcanzar grande ó pequeña.

Párecelle que viene, ó se le antoja,

La bella toledana en su contento,

Que aunque enojarse finge, no se enoja.

Ni tiene á libertad su atrevimiento:

Cuando en nueva sevió y mortal congoja

Sobresaltado el ciego pensamiento

Con nuevo antojo, que es la astuta Arleta,

La que en lazos de amor sabroso aprieta.

Fue el miedo tal, que despertó asombrado,

Y en un valle se halló al pasar de un río,

Entre matas de adelfa recostado,

Al cielo abierto, y al sereno frío:

Tuvo por vano sueño lo pasado.

Y si algo no lo fue, fue el desvarío,

Que aun despierto y con luz medroso sueña

De la maga sagaz de Fontiduëna.

Sube á caballo y desdenoso pasa

Por medio el río profundo, cuando el día

Alegre á coger sale de su casa

Las mismas perlas que en las flores cria:

Baja del monte á la campaña rasa,

Y del bosque salió por otra vía

Una ligera cierva, que llevaba

Las alas de un arpon, con que volaba.

Parecióle, mirada de repente,

La que de azúcar vió de oro en un plato,

Cuando á la luz de la delgada gente

Cenar soñó, y tener de gusto un rato:

Creyó aquello por sueño, y lo presente

Por la verdad de lo que vió en retrato.

Y así asin duda esta coreilla brava

Es, dijo, la que yo alcanzar soñaba.»

Si guela con sus perros una diosa,

Que de la luz del sol pareció hija,

Sobre una blanca hacanea vistosa,

Que el viento la espolea y regocija:

Conoció el moro á la princesa hermosa

Que amor le ha puesto en la memoria fija,

La misma que al sabor del blando sueño

Aquella noche le aceptó por dueño.

Arrimale las piernas al caballo,

Que de brioso no conoce espuela,

Por correr tras su gusto y por gozallo

En el gallardo brio con que vuela:

Doce leguas corrió sin reportallo,

Siempre llevando á vista la cautela

De la corcilla y dama, que engañosas

Así los cursos truecan de sus cosas.

Hasta que al despeñarse á una quebrada

Ligero se arrojó de los arzones,

Pasando la feroz desenfrenada

Bestia en ciegos traspiés y tropezones:

Volvióse el moro á pie, y de la cañada

Al subir los estériles terrones

La cierva volvió á ver, y á quien la sigue,

Falsa beldad que su quietud persigue.

En corvas uñas de un león brioso

Despedazada vió su blanca cierva,

Corrió á quitarle el cebo apetitoso,

Cuando del prado en la florida yerba

Ella garza se hizo, el león furioso

Presto neblí, que en diestra ala conserva

La primera intención, y á todo vuelo

Dándole fue regates hasta el cielo.

La infanta que siguió por todo el día

La cierva que ya es garza en medio el prado,

Un revuelto peñasco parecía

En que ella y su caballo se han trocado:

Dejó asombrado al moro lo que via,

Y en duda si durmiendo, ó si encantado,

Asi ligero se le trueca y miente,

Lo mismo que en las manos toca y siente.

Toda la confusión desta maraña

En un mágico cerco fingió Arleta,

Desde que metió al moro en la montaña

Del sordo ruido de armas inquieta,

Hasta las sombras en que aquí le engaña,

Por apartar de su alma á la discreta

Galiana, y desterrarle de Toledo,

Que tiene zelos dél, y della miedo.

Y por lograr su gusto en el extraño

Y mágico aparato, ya hay quien diga,

Que en el fingido alcázar ciego un año

En su poder le tuvo, y fue su amiga:

Mas ni esto es cierto, ni un fingido engaño

Tanto podia durar, ni la enemiga

Maga mas le tuviera que aquel día,

Ni mas firmeza en su inconstancia habia.

Algunos otros por allí perdido

Por cobrar se entretuvo á Clarionte,

Y no pudiendo haberlo, desabrido

Por la aspereza se emboscó de un monte:

Y de una aldea en otra entretenido,

Un día cuando el sol de su horizonte

Tenia la cumbre y el zenit del cielo

Rayos de oro lloviendo y lumbré al suelo,

Por las ásperas sierras de Segura

Entre altísimos pinos caminaba,

No lejos de una ciega gruta oscura,

Que el claro Betis con cristales lava:

A una tajada peña, cuya altura

Silla á las nubes en sus hombros daba,

La ventura que ya otra vez le guia

Cansado y sin pensar le sacó un día.

Está un castillo en esta oculta peña

De un muro inespugnable rodeado,

Entre el respaldo de una espesa breña

Por mayor fortaleza incorporado:

El río que en duros riscos se despeña

Por el uno le cerca y otro lado,

Con una angosta senda y puerta estrecha

De dos peñascos sin industria hecha.

El despeñarse del profundo río,

Y el romper por los árboles el viento,

Y de las aves con el blando frío

El dulce son y sonoros acento,

Templarle hizo á Ferraguto el brio,

Y cansado de andar sin gusto á tienta

Su quietud desear, que es caso feo

No tenerla siquiera en el deseo.

No hay cumplido contento en suerte alguna,

¿Quién hay que con la suya esté contento?

Envidia el Labrador la real fortuna

Y el rey al Labrador su humilde asiento,

El viejo al que gorgean en la cuna,

El mozo lo que al viejo le es tormento,

El soldado la paz que al monge encierra,

Y el monge piensa hallar paz en la guerra,

Al que labró el castillo esto bastaba,

Mas al moro del mundo es poco el resto,

Que no cabe en el puño la mar brava,

Ni alma ambiciosa en tan estrecho puesto:

Esto el valiente capitán pensaba  
 En una suspensión sabrosa puesto,  
 Cuando al silencio del atento oído  
 De armas deshizo un bárbaro alarido.  
 Del raudó Betis el cristal huyendo,  
 Que en duros riscos abre ancho portillo,  
 Del ronco acero el temeroso estruendo  
 Al que escucha no da lugar de oílo:  
 Mas ya en deseos de sangre el moro ardiendo  
 Briosos sube al áspero castillo...  
 Después diré sus golpes, que ahora al fiero  
 Dueño del firme muro decir quiero.  
 Desta alta fuerza hablaba peñascosa  
 El antiguo Yucef, cuando decía,  
 Que de Bramante el alma desdenosa  
 Loca de zelos conquistado había:  
 De aquí á la tierra hacia guerra odiosa,  
 De aquí salía á robar, y aquí volvía,  
 De insufribles desdenes retirado.  
 Sin otra ley que la de un gusto airado.  
 Aquí de los enfados rebatido  
 De la adorada infanta de Toledo,  
 A vengar disfavores reducido  
 De loco antojo y bárbaro denuedo,  
 La tierra tiene y reino destruido  
 De su escabrosa condicion el miedo,  
 Corriendo un mismo riesgo en el camino  
 El rey, y el remendado peregrino.  
 Cuarenta damas de las mas hermosas  
 Que su crueldad halló tenia robadas,  
 Ó en asaltos y guerras peligrosas  
 Ó con traidoras fraudes conquistadas:  
 Estas le habian de asistir forzosas,  
 De ricas telas de oro aderezadas,  
 A un cruel servicio y débito ordinario,  
 O con forzado gusto, ó voluntario.  
 Y por su antigüedad se iban llegando  
 A su lado, á su mesa, y á su cama,  
 Y no bien se acababa el día, cuando  
 Puesta quedaba en libertad la dama,  
 Y otra de nuevo en su lugar entrando,  
 Para asalimentar la brutal llama,  
 Y en este estilo por la injuria de una  
 No perdonar la fama de ninguna.  
 Con las doncellas esta ley guardaba  
 Bárbara condicion, soberbio intento,  
 Con que á su torpe parecer vengaba  
 Su injuriado arrogante pensamiento:  
 De los que en cruel altar sacrificaba  
 A un ídolo de humana sangre hambriento,  
 Poblaba de reliquias las almenas,  
 De sangre y tristes luminarias llenas.  
 Cada mañana hizo un sacrificio,  
 Y cada tarde destruyó una dama,  
 Sin dar segunda vista al torpe vicio,  
 Ni proseguir dos noches una cama:  
 La caza era de día su ejercicio,  
 Y no de fieras, mas segun es fama,  
 Por las selvas, caminos, y poblados,  
 Caminantes cazaba descuidados.  
 Tenian la tierra despoblada y sola  
 Sus asaltos y presas ordinarias,  
 La mauritana gente y la española  
 Puesta al rigor de sus traiciones varias,  
 Que por vengarse de una dama sola,  
 Todas quiso que fuesen sus contrarias,  
 Y en este intento el sin lealtad tirano  
 Al moro hacia igual con el cristiano.  
 Injusta presuncion, necio cuidado,  
 Perder el propio por el gusto ajeno,  
 Y pretender sin fe un amor forzado,  
 Vacío de glorias, y de enfados lleno;  
 Mas ya el aragonés moro, llevado  
 Del ruido de armas por el monte ameno,  
 Llegando fue á la temerosa roca,

Que con las puntas en las nubes toca.  
 Por donde vió la senda mas trillada  
 Hasta encontrar subió la estrecha puerta,  
 Entre dos firmes peñas asentada,  
 De fuertes planchas de metal cubierta:  
 Halló que por de dentro está cerrada,  
 El aguardar que le abran cosa incierta,  
 Y el ruido que en sus bóvedas sentia,  
 Cuanto mas se acercaba, mas crecia.  
 Por pardos riscos y quebradas peñas  
 Como pudo se fue acercando al muro,  
 Buscando entre las rocas y las breñas  
 Para poder subir lugar seguro:  
 Cuando al profundo rio dos pequeñas  
 Ventanas hechas vió en un mármol duro,  
 Y en triste suspensión á la una dellas  
 En forma de mujeres dos estrellas.  
 De las dos conoció que era la una  
 La bella Doralice granadina,  
 Que como en cerco de oro blanca luna  
 Su beldad resplandece peregrina,  
 Dando en llorosos ojos de una en una  
 Mil perlas sobre el agua cristalina,  
 Con que el Betis soberbio al primer grano  
 A enriquecer los mares corre ufano.  
 «Nunca creí que tierra tan fragosa  
 Guardara, dijo el moro, tal riqueza,  
 ¿Acaso en esta roca venturosa  
 Vive escondida al mundo la belleza?»  
 Entonces de las dos la mas hermosa  
 Con nuevo llanto alzando la cabeza,  
 «No vive, dijo, en cárcel tan obscura  
 Sino la misma muerte y desventura.  
 Huye, triste de tí, huye ligero  
 La infame tierra y el lugar odioso,  
 Sino te amarga el mundo venidero,  
 Y como á mí el vivir te es enfadoso:  
 Que aquí no habita sino un monstruo fiero,  
 Y con él los que el cielo riguroso  
 Por el castigo de sus culpas echa  
 A morir en cadena tan estrecha.»  
 «Señora, dijo el moro, á los decretos  
 Del justo cielo no hay defensa alguna,  
 El toque y prueba de ánimos perlietos  
 Son las contrarias vueltas de fortuna:  
 Mas si deste castillo los secretos  
 Sabeis, y sus entradas, mostradme una;  
 Que ver vuestro dolor me ha persuadido  
 Poder serviros, y el favor que os pido.»  
 «El muro, dijo Doralice, es hecho  
 Cual veis, de argamasada piedra viva,  
 No os pongais, caballero, en tanto estrecho,  
 Buscad otra ocasion menos esquivá:  
 El entrar por ahora es sin provecho,  
 Y mucho el riesgo que la entrada os priva.  
 Si ya con vos vinieran otros ciento,  
 Aun fuera temerario arrojamiento.»  
 «En poca deuda os soy, respondió el moro,  
 Pues mi honra os debe menos que mi vida:  
 Dejadme entrar, que el cielo en quien adoro  
 Si me quiere guardar, no hay quien lo impida.  
 Si esos suspiros, si ese triste lloro,  
 No son cual pienso en vos cosa fingida,  
 A truco de enjugar ojos tan bellos,  
 Pequeño riesgo es el morir por ellos.»  
 «Ya eso, le respondió la dama bella,  
 A mas me obliga que á os negar la entrada.  
 Si, lo que el cielo no permita, en ella  
 Vuestra temprana muerte está guardada:  
 Mas si con tanto gusto os vais tras ella  
 Deshaced esta reja con la espada,  
 Y tendremos al fin quien en tal pena  
 A arrastrar nos ayude esta cadena.»  
 Así la mora dijo valerosa,  
 No creyendo que el fuerte sarracino

Con la espada rompiera la espantosa  
Reja, y del duro acero el temple fino :  
Mas cual de cera azul pasta amorosa  
Toda del primer golpe al agua vino,  
Y Doralice viendo el hecho altivo  
Temió que fuese Rodamonte vivo.

Entró á un jardín vestido de frescura,  
Donde con otras vió la dama bella,  
Que en triste llanto envueltas y hermosa  
A su pesar se entretenían con ella :  
Contaronle el rigor de su clausura,  
El desgraciado curso de su estrella,  
Las leyes del castillo en que se halla,  
Y por sospechas la cruel batalla.

De allí pasó, entre andenes retocados  
De rescleres, donde en golpes fieros,  
De treinta alarbes brazos rodeados,  
Se combatían dos bravos caballeros :  
Los almetes y escudos destrozados,  
Los brios y los ánimos enteros,  
De ardiente sangre y de furor cubiertos,  
Y el estrecho palenque de hombres muertos.

Mirábalos Bramante ardiendo en ira,  
Que no quiere humillar su brazo fuerte,  
Y por no herirlos de dolor suspira,  
Y ellos por no poderle dar la muerte :  
Ferragut, que el notorio agravio mira,  
Por la canalla vil se entró de suerte,  
Que de su ira los rayos mas pequeños  
Verdades fueron, y parecen sueños.

Del primer golpe derribó un guerrero,  
Y del segundo al que tras del venia,  
Del tercero también cayó el tercero,  
Que al cuarto y quinto les sirvió de guía ;  
El sexto hizo igual con el primero,  
Y el séptimo á buscar al sexto envia,  
Y al fin de las primeras diez heridas  
A sus piés derribó otras tantas vidas.

Y no el jayan con esto satisfecho,  
Llama lanzando por los ojos viva,  
A uno rabioso rompe y rasga el pecho,  
Otro hierre, otro mata, otro derriba,  
Otro menudas piezas deja hecho,  
Y un golpe á dos y á tres de vista priva,  
A este barrena, á esotro descabeza,  
Y al otro lo desmiembra pieza á pieza.

Cual rayo en nube ardiente congelado,  
Ya rebatido del contrario yelo,  
De roncós truenos y furor cercado  
Rompiendo sale con su furia el cielo ;  
Si de la roja mies fértil sembrado  
Tierno se ofrece á su violento vuelo,  
Las cañas arden, huyen los pastores,  
Y el mundo tiembla al ver sus resplandores.

Nadie juzgara que de brazo humano  
Pudieran proceder golpes tan fuertes,  
Ni que una limitada y mortal mano  
Diese en tan breve espacio tantas muertes :  
Y tú también, ó bárbaro inhumano  
Que tu presente destrucción adviertes,  
De tu arrogante pecho el primer brio  
Tibio siente el calor y el fuego frio.

El bravo aragonés aun no cansado  
Del cruel destrozó que á sus piés tenía,  
Tras las flacas reliquias que han sobrado  
Cual lobo entre corderos discurría,  
Hasta donde el gigante retirado,  
Contemplando el estrago que hacia,  
Tal despecho y dolor en su alma siente,  
Que se deleita en ver morir su gente.

Cual de la ardiente Libia leon herido  
Del dardo cruel que el Nasamon le tira  
En fuego de venganzas encendido  
La cola hierre, y con su herir se aira,  
Y al puesto y al lugar mas defendido

Con atrevidos pasos se retira,  
Y sustentando allí la inutil plaza,  
Las lanzas quiebra y flechas despedaza.

Así el jayan de su furor llevado  
Al encuentro salió al moro valiente,  
Y ha de vengar en él determinado  
El sangriento destrozó de su gente :  
Y un corvo alfanje en alto levantado,  
Del yelmo altivo el gran dragon luciente,  
Que iba entre plumas con pomposo vuelo,  
Todo del primer tajo vino al suelo.

Dos pasos volvió atrás desacordado,  
Dando traspies del golpe recibido,  
Que á no ser cuerpo y armas encantado,  
Le diera en dos mitades dividido :  
Mas no tan bravo el escorpion pisado,  
Ni con tanta presteza deja el nido,  
Como el moro acudió á vengar su injuria,  
Mas del honor herido que otra furia.

Y sobre el acerado y ancho escudo  
Al descortés jayan dió tal respuesta,  
Que á pesar de su fino temple pudo  
Del yelmo hallar la relevada cresta :  
Y á no torcer la espada el filo agudo  
La vida en riesgo le dejara puesta,  
Que así entró rebanando, cual si fuera  
Por un delgado estaño, ó blanda cera.

Mas no quitó al gigante belicoso  
Nada de su opinion el golpe fiero,  
Que antes volvió al combate peligroso  
Con mayor arrogancia que primero :  
Y un mandoble acertó tan poderoso  
Del limpio escudo en el grabado acero,  
Que en el suelo quedó el mayor pedazo,  
Y en la fama la envidia de tal brazo.

Y dando y recibiendo desta suerte  
Mortales golpes de uno y otro lado,  
De los dos el mas flaco y menos fuerte  
A su enemigo tiene acobardado :  
Cada cual quiere rescatar su muerte,  
O con ella alcanzar crédito honrado,  
Y este ha de ser, según que la honra ordena,  
Comprar la vida con la muerte ajena.

Bramante su ardiente ira desenvuelve,  
Y los pesados golpes dobla y carga,  
Ya desta parte, ya de la otra vuelve,  
Y aquí la tempestad y allí descarga :  
Mas su contrario en uno se resuelve  
De averiguar por si brega tan larga,  
Y con reportacion templando el brio  
En mil no acierta á dar uno en vacío.

El suelo de armas y de horror cubierto,  
Y ellos por todas partes desarmados,  
Dando y sufriendo golpes sin concierto,  
De sangre están y de sudor bañados :  
Un tajo Ferragut en descubierta  
En uno le alcanzó de dos costados,  
Cuyo rigor y desigual destreza  
Ir dando de ojos le hizo larga pieza.

Y á no ser de tan fino temple hecho  
El rico arnés, con sola esta herida  
El agraviado reino satisfecho  
Quedara, y el gigante sin la vida :  
Pero faltóle entrar con pié derecho,  
Y así salió la espada rebatida,  
Aunque á pesar del sobrepeto grueso  
El penetrante golpe llegó al hueso.

Nunca sierpe se vió tan espantosa  
Como á este tiempo el desleal Bramante,  
Ni ánimo de arrogancia tan briosos  
Que no dude ponerse delante.  
Y él, cual la mar bramando tenebrosa,  
Alterada de un áspero levante,  
Con ambas manos el alfanje afierra,  
Para dar de una vez fin á la guerra.



Hizo ademán el moro de esperallo  
 A la menguante sombra de su escudo,  
 Y él con tanto furor bajó á buscallo;  
 Que mal ejecutar su golpe pudo:  
 Mas el diestro español al desvialle,  
 La espada así encarnó su filo agudo,  
 Que entre el reparo, y el salir de tajo,  
 Una pieza le echó del hombro abajo.  
 Segundóle al pasar otra herida,  
 Y otra y otra dobó mas peligrosa,  
 Y entre una y otra mala desmentida  
 Una punta halló puerta sabrosa:  
 Pudiera por allí salir la vida  
 A encarnar mas la espada venturosa,  
 Y calentóse con dejar caliente  
 De roja sangre una copiosa fuente.  
 No pareció á Brabán caso seguro  
 Briosó esperar á tanta gallardía,  
 Ni de sus planchas, ni en su temple duro,  
 Ni de su fuerza ni su maña fia:  
 Parécele ya estrecho el ancho muro,  
 Que antes un mundo entero no temía,  
 Y nada sano el combatir ligero,  
 Si es cual parece su contrario acero.

Mas ya en rabiosa cólera encendido  
 Los golpes redoblando sin concierto,  
 A no ser encantado el combatido,  
 De cualquiera quedara dellos muerto:  
 Está fuera el gigante de sentido;  
 Que un monte hubiera con su espada abierto,  
 Y halla á su contrario mas constante  
 Que á un tierno vidrio un muro de diamante.  
 No sabe por qué via aprovecharse  
 De enemigo tan fuerte y poderoso,  
 Ni como con su cólera vengarse,  
 Pues vengarse ó morir le es ya forzoso:  
 Al fin como no puede reportarse,  
 Ni su espada hacer un lance honroso,  
 Resuélvese en cogerle entre los brazos,  
 Y allí hacerle á su placer pedazos.  
 Con nudos mil le ciñe, y le recoge,  
 Y de su maña y fuerza se aprovecha,  
 Ya se entra, ya se aparta, ya se encoge,  
 Ya en la lucha se empuña, ya se estrecha:  
 Ya de los hombros con furor le coge,  
 Y aquí y allí le vuelve, y le desecha,  
 Bien que así Ferragut su fuerza alienta,  
 Que en igual peso el gran teson sustenta.

Largo rato anduvieron forcejando  
 Con pertinaz porfía y fuerza estraña,  
 Perdiendo tierra á veces y ganando,  
 Ya las fuerzas probando, ya la maña:  
 Las vueltas de fortuna esperimentando,  
 Que al vanamente confiado engaña,  
 Y al loco con favores desvanece,  
 Y al atrevido ensalza y favorece.

De la prolija lucha ya enfadado  
 Hizo pié el de Aragón en un recuesto,  
 Y de un vaiven sin maña y tiempo dado  
 Su enemigo de sí echó descompuesto:  
 Y él de su misma furia arrebatado  
 Sin pensar se halló en el suelo puesto,  
 Y Bramante en sus pasos tropezando  
 Largo trecho tras dél fué trabucando.

Mas sin mostrar ni sombra de recelo  
 Que pudiese agraviar su fortaleza,  
 Bramando al aire, y escupiendo al cielo,  
 De nuevo la cruel batalla empieza:  
 Y la espada esgrimiendo en raudó vuelo  
 A dos manos de encima la cabeza,  
 Con tal furor descendiendo, y tal ruido,  
 Que dejó á su contrario sin sentido.

Y otro y otro segunda, y otros ciento  
 Así aprieta, que un yunque de diamante  
 No resistiera el fuerte movimiento  
 Del desabrido hermano de Morgante:  
 Y el de Ulid con enfado y corrimiento  
 De verse así tratar, bravo, arrogante,  
 Contra el firme enemigo que le enoja  
 El roto escudo y la paciencia arroja.

Tembló el córcega infiel al grito fiero  
 Que el de Aragón bramó determinado  
 De dar á sus porfias el postrero  
 Y último golpe á lo que había empezado:  
 No se vió rostro ni semblante entero,  
 Ni corazon de veras reportado,  
 Que del general miedo el pánico frío  
 Al rostro hurtó el color, y al pecho el brio.

Y él con la gallardía acostumbrada,  
 Y firme pulso que su brazo encierra,  
 La peligrosa relumbrante espada  
 Con ambas manos afrentado afierra:  
 Y á dejar en su filo averiguada  
 Su clara fama, y la dudosa guerra,  
 Sobre el ya temeroso rey Bramante  
 Bajó el aire cortando resonante.

No en ademan mas vivó y mas gallardo  
 Júpiter sobre Encéclado levanta  
 La altiva diestra, cuyo ardiente dardo  
 A todo el mundo, y no al gigante espanta:  
 Cuando el Etna encendido á su resguardo  
 Desde la cumbre tiembla hasta la planta,  
 Que ya de Doralice el nuevo amante  
 La espada alzó contra el sensual gigante.

Y en tan lleno furor bajó derecho  
 El filo agudo por el aire blando,  
 Que escudo, brazo, yelmo, rostro y pecho  
 Las entrañas y el vientre palpitando,  
 Dos partes el gran corso quedó hecho,  
 Y en medroso silencio resonando  
 Por las doradas bóvedas corriendo  
 Un rato el eco fué del golpe horrendo.

Así rayo veloz al viejo encino,  
 Que antes servia de sombra á todo un llano,  
 Al suelo arroja en trueno repentino,  
 Y el eco asorda al valle comarcano:  
 Vuelve medroso huyendo del camino  
 El que á su abrigo va á ampararse en vano,  
 Tiembla el pastor, el segador se admira,  
 Y el dueño del rastrojo calla y mira.

Tales los circunstancias admirados  
 Dejó el no visto golpe poderoso,  
 De asombro los contrarios retirados,

Y de miedo encogido el mas brioso:  
 Los dos que Ferragut halló cercados  
 En trance sin su ayuda peligroso,  
 Ya libres en pomposa vanagloria  
 El parabien le dan de tal victoria,

El grave Estordian, rey granadino,  
 Era dellos el uno, otro el anciano  
 Galirtos, rey de Alora, su vecino,  
 De edad madura, y corazon lozano,  
 Que en seguimiento al robo peregrino  
 Que Braman hizo á un bosque comarcano  
 En Doralice por librar su daño  
 Al riesgo entraron del castillo estraño.

Mas ya dejando libre la guarida,  
 Antes de tantos prisioneros llena,  
 La tierra en su quietud restituida  
 Libre se vió de sobresalto y pena:  
 Y la Argentina sierra antes temida,  
 Rota ya del tirano la cadena,  
 Se llamó con el nombre que hoy le dura  
 Desta seguridad Sierra Segura.

Cada uno desde allí tomó el camino  
 Que mas á su propósito hacia,  
 Este á su patria, el otro á su destino,  
 Conforme el fin ó el gusto que le guia:  
 El amante de Arleta al granadino  
 Hasta su reino hizo compañía,  
 Y Galirtos tambien lleno de atojos  
 Tras Doralice, y sus alegres ojos.

Fue rey de aquellos siglos celebrado  
 Galirtos por vejez y alma altanera,  
 Alegre el rostro, el cuerpo avellanado,  
 Los ojos vivos, la faccion severa:  
 Ya los dientes la edad le habia robado,  
 Y no la libre lengua palabrera,  
 Porque en sus amorosas ocasiones,  
 Lo que en gusto faltare dé en razones.

Habia gozado ya de la influencia  
 Suave de los seis planetas de oro,  
 Y en la helada decrepita cadencia  
 La marchita vejez del cauto moro:  
 En el periodo andaba, y la presencia  
 Del frio Saturno, en quien está el tesoro  
 De gravedad, de peso y de juicio,  
 Que en otros es virtud, en él fue vicio.

Era de universal gusto notado,  
 De antojadizo amor sin fundamento,  
 Libre por rey, por hablador causado,  
 Y por amante la region del viento:  
 ¿Qué torpe mudo no será cansado?  
 ¿O qué largo hablador dará contenido?  
 ¿O á quien no cansa, si al extremo toca,  
 O el hablar mucho, ó nunca abrir la boca?

Pues deste rey, ya amante temerario  
 A Doralice sigue el gusto entero,  
 Y por el mismo trae de ordinario  
 Un enano sutil por escudero:  
 En gesto seco, en el vestido vario,  
 En la habla un millon, en bulto un cero,  
 En orgullo jayan, y el cuerpo todo  
 Como de la encogida mano al codo.

Tratando en risa su persona apuesta  
 El Cid aragonés, y el granadino,  
 Al sombrío cruzar de una floresta  
 El enfado engañaban del caminero:  
 Que menos ocasion y causa que esta  
 Lo suele hacer, y el bulto peregrino  
 Del pequeño enano en lo restante  
 Para ocupar el tiempo fue gigante.

Que su dueño que hablara sin cansarse,  
 Mas que una ciega Babilonia entera,  
 Y ahora el nuevo placer le hace estremarse,  
 Que la alegría de suyo es gran parlara:  
 Por mostrar su elocuencia, y señalarse,  
 Volviendo por su enano una quimera

Ingeniosa intentó, y con regocijo  
Corriendo el freno á su caballo, dijo:  
«No es este humilde enano el mas cenceño,  
Ni el menor que en su género ha nacido,  
Que ya conozco yo otro mas pequeño,  
De menor cuerpo, y mas entremetido:  
Aunque de fuerzas tales, que á su dueño  
Tras sí por los cabellos lleva asido,  
Con ser tan chico, breve é imperfecto,  
Que este fuera gigante en su respeto.  
Y pues es engañar los pensamientos  
Alivio del espíritu cansado,  
Y divertirse en agradables cuentos  
El camino hacer menos pesado:  
Yo, si ahora á escucharme estais atentos,  
En un discurso quiero moderado  
Contar la heroica historia deste enano,  
Que los gigantes vence por su mano.  
Vereis en su discurso la inconstancia  
Del tiempo, y las mudanzas de la vida,  
Donde en un punto suele la arrogancia  
Mayor verse agotada, ó divertida:  
¿Quién tuvo hasta su fin perseverancia?  
¿En quién una ocasion recién nacida  
No supo despertar nuevos antojos,  
Y hacer pechera el alma de los ojos?  
De la inconstancia humana harto nos cuenta  
El desmembrado cuerpo de Bramante,  
Que ayer á su insaciable alma sedienta  
Un mundo sensual no era bastante:  
Mas cuando el cielo viene á tomar cuenta  
A una obstinada vida semejante,  
Suele abreviando plazos en un punto  
Dar el castigo y la amenaza junto.  
Quien presume de sí, quien se gloria  
De ánimo invicto y pecho generoso,  
Si su pasión no vence, ¿en qué se fia,  
Aunque de un mundo salga victorioso?  
Aunque de la hiperborea gente fria  
Hasta el ardiente mauro polvoroso  
Se oya su voz, y tomen della leyes  
Los caspios cetros, y los indios reyes.  
Tener espada, brazo y fortaleza  
Para enfrenar los duros Garamantes,  
Dejándose vencer de su torpeza,  
Ni es valor, ni sus fuerzas importantes:  
Mas, ¡oh monstruo sin ley! cuya braveza  
Los reyes doma, y vence á los gigantes,  
¿Quién sale de tí libre, amor tirano?  
Goloso azar del apetito humano.  
¿Quién puso tu república en la tierra  
Con ley tan inviolable, y rey tan bruto,  
Que ni en él paz se halle, ni en la guerra,  
Hidalgo que lo sea á su tributo?  
¿Qué fuerza es esta, amor, que en tí se encierra?  
¿Quién te hizo en poder tan absoluto?  
¿Cuál es tu origen? ¿cuál tu fuerza? ¿y cuáles  
Los lazos con que enredas los mortales?  
¿Eres deidad, amor, ó eres quimera  
Recibida del vulgo en sus engaños?  
¿Es tu fama fingida ó verdadera?  
Néstor del tiempo, niño de mil años:  
Un grave cuento de su edad primera  
En la mía aprendí con los estrafios  
Sucesos que hay en él, en quien consiste  
El todo de quien eres, y quien fuiste.  
En medio un claro mar, que al alba bella  
Del día le abre la primer ventana,  
Debajo de la mas feliz estrella  
Que vida al mundo y resplandores mana;  
Una isla tiene asiento, y dentro della  
Cuanto bien cabe en la codicia humana,  
Tan florida y tan llena de tesoro,  
Que es, puesto á su riqueza, polvo el oro.  
Libre de pecho, de tributo esenta.

De hidalgos linajes habitada,  
Donde en vida pacífica y contenta  
Segura un alma vive y descansada:  
De gusto aquí el mas pobre se sustenta,  
Ni cárcel hay, ni impedimento en nada,  
Su nombre es luz de un sol resplandeciente,  
Tierra de libertad de libre gente.  
Esta parte del mundo no ha salido  
Ni hecho triste ausencia el siglo de oro,  
Todo como al principio está florido,  
Sin turbios aires, ni importuno lloro:  
Aquí solo el contento se ha escondido,  
Y el erario del bien y su tesoro,  
Cuanto se libra aquí todo es bonanza,  
Sin recelos ni sombras de esperanza.  
Por frescos prados de un abril eterno,  
Todo vestido de inmortal verano,  
Mil libres almas con acento tierno  
Canciones siembran por el aire vano:  
Y agenas de enojoso y turbio invierno  
Frescas guirnaldas tejen de su mano,  
Con que del todo libres y gozosas  
Salen sino es del tiempo victoriosas.  
Solía esta alegre tierra deleitosa  
Ser rica población, reino potente,  
Que como de regalos abundosa  
Ya fue buscada de infinita gente:  
Mas despues que con mano poderosa  
Amor, que es enemigo diligente.  
A surgir acertó en su primer puerto,  
La dejó hecha un páramo desierto.  
En él corren su costa de ordinario  
Cruelles piratas, varios saltadores,  
Que en triste sujecion y yugo vario  
Encadenan sus libres moradores:  
La ambicion es aquí feroz corsario,  
Los intereses grandes robadores,  
La hambrienta codicia en mil derrotas  
Ha hecho á nuevas Indias grandes flotas.  
Estas son y otras vanas pretensiones  
Las que este noble reino han desflorado.  
Quien á mí me sacó de sus rincones  
De amor fue un rico pensamiento honrado:  
Con dos ojos me puso mil prisiones,  
Ellos me han desta tierra desterrado,  
Por vos sin libertad, mis ojos vivo,  
Que yo libre nací, aunque soy cautivo.  
Esto á su alegre cuento fabuloso  
Vuelto, añadió, á la bella Doralice,  
Con un grave recato cauteloso,  
Porque á nadie su amor escandalice:  
Mas todos ven del viejo rey celoso  
A quien el mote y la lisonja dice,  
Y riendo su loco pensamiento,  
El rie tambien á bulto, y sigue el cuento.  
«Esta tierra inmortal, ó mortal cielo,  
De una libre señora ora regida,  
Que aunque sin experiencia á todo el suelo  
Su gusto y parecer daba medida:  
Es ley, es arancel, corte y modelo  
De los pasos y efectos de la vida,  
Que ahora sea justo, ahora injusto,  
Nada se hace fuera de su gusto.  
O sea hecho de gana, ó sea forzado,  
O sea por interés, ó por contento,  
Si ella no lo decreta, es escusado  
Que la obra llegue á colmo y cumplimiento:  
Es tan señora en todo lo criado,  
Que aun enfrena y corrige el pensamiento,  
Con ser el ave, que entre las del suelo,  
Mas suelto tiene y desenvuelto vuelo.  
Su nombre es Voluntad, niña hermosa,  
Y de su natural bien inclinada,  
Aunque el ser moza tierna y poderosa,  
Dejarla suele á veces engañada:



Estimando su vista codiciosa  
 Por oro lo que es píldora dorada,  
 Y por regalo, vida, y por deleite,  
 La fea muerte entre un fingido afeito.  
 El amor con la flecha de la fama  
 Desta gallarda niña fue herido,  
 Y como es fuego, con su misma llama  
 Fácil de un nuevo amor quedó encendido:  
 Ya suspira, ya llora, ya se inflama,  
 Lo que hace sentir, ha ya sentido;  
 Alguno, quizá dijo vuelto al cielo,  
 Mueras, traidor, cual muero sin consuelo.  
 Padece, llora, experimenta, y gusta  
 De tu llanto y dolor, muerte y tormento,  
 Que es justo premio de venganza justa  
 Un tal castigo para un tal intento:  
 Si hay cuchillo de fuerza mas robusta,  
 Sea el verdugo amor de tu contento  
 Porque entre ese dolor, rabia y discordia,  
 Aprendas á tener misericordia.  
 Así el niño padece, y con su fuego  
 Sin poderlo apagar queda apagado,  
 Desea su quietud, y teme luego  
 El hallarse con ella, y sin cuidado:  
 Si se anuda la venda queda ciego,  
 Si descubre los ojos deslumbrado,  
 Busca remedio, y luego no le quiere,  
 Y por lo mismo que aborrece muere.  
 Ya recostado entre tempranas flores,  
 Y allí redes y lazos disfrazando,  
 Ya entre doradas nubes sus amores  
 Por mayor inquietud suya mirando:  
 Nuevas maneras de alcanzar favores  
 Para su nuevo menester trazando,  
 Y en todas sin provecho desvelado,  
 Que aun ignora la dama su cuidado.  
 No halla senda á su mal, no halla camino  
 Para salir de dudas y opiniones,  
 Que siempre es el amor, si es amor fino,  
 Largo en el padecer, corto en razones:  
 Al fin tentar ventura le convino,  
 O morir anegado en sus pasiones,  
 Un paje tiene amor, grande instrumento  
 De aclarar cosas, dicho atreimiento.  
 Es hablador, agudo, y desenvuelto,  
 Propio para llevar y traer mensajes,  
 De encogidos temores libre y suelto,  
 Aun con los mas compuestos personajes:  
 Sin empacho, colérico, resuelto,  
 Claro, sin encubiertas ni celajes,  
 Y tal cual menester lo habia Cupido,  
 Para aclarar sus dudas escogido.  
 A este le descubrió su pensamiento,  
 Y él á los libres ojos de su dama,  
 Que como libre hizo el sentimiento,  
 Y escudo de la escusa de su fama:  
 Quedó corrido el paje sin su intento,  
 Y su dueño mas dentro de su llama,  
 Crece su mal, y agrava su querella,  
 Mas que el dolor, no ver la causa della.  
 Que á un rico alcázar de inmortal diamante,  
 De la prudencia y la razon labrado,  
 Por medrosas sospechas de su amante  
 La libre Voluntad se ha retirado:  
 Conociendo el amor no ser bastante  
 A tanta fuerza un niño desarmado,  
 Destruir quiere la enemiga tierra  
 Comprando alegre paz con triste guerra.  
 Quiere juntar ejército famoso  
 Descubriendo con esto su potencia,  
 Y vencedor en pecho generoso  
 Usar con los rendidos de clemencia:  
 De ociosos pensamientos un ocioso  
 Escuadron traza flaco en resistencia,  
 Y en dar asaltos y armas tan cursado,

Que trae al enemigo desvelado.  
 Este quiere formar que á la victoria  
 Con el hallar no piensa impedimento,  
 Deja la libre tierra de su gloria,  
 Y va sin ella sobre el blando viento:  
 En amistad de sola la memoria,  
 Verdugo cruel de un triste pensamiento,  
 Haciendo mil potajes al sentido,  
 Amargo el mas sabroso, y desabrido.  
 Tiene el amor una famosa amiga,  
 Dicha solicitud ó diligencia,  
 Grande negociadora en su fatiga,  
 Y un águila en cualquiera competencia:  
 De torpe ociosidad cauta enemiga,  
 De gran ventura y mucha suficiencia,  
 Esta quiere el amor por diligente  
 Le junte ocioso ejército de gente.  
 Sale á buscarla con tendido vuelo,  
 Vuelve y revuelve en esto mil regiones,  
 Puesta en solicitar cosas del cielo,  
 Creyó hallarla én varias religiones:  
 Que sin curar de pretension del suelo,  
 Escogeria honradas pretensiones;  
 Pero desengañóle la experiencia,  
 Que el olvido halló por diligencia.  
 «No voy bien por aquí, dijo Cupido,  
 ¿Quién ha el confuso mundo hechizado?  
 ¿Con qué engaño el descuido se ha escondido  
 En el lugar del principal cuidado?  
 Si en causa tal, si en bien tan escogido,  
 Rastro de diligencia no he hallado,  
 ¿Dónde la encontraré? con qué artificio  
 A la virtud se la ha usurpado el vicio?»  
 Dijo, y dando la vuelta, sus pisadas  
 Sobre la arena estéril halló impresadas,  
 Conocidas, y en ellas ir guiadas  
 A livianas y frágiles empresas:  
 Y siguiendo su rastro, marañadas  
 Las halló en pretensiones tan aviesadas,  
 Que sospechoso dijo, y admirado  
 «O yo por aquí voy, ó el mundo errado.»  
 Llegó en esto á su reino, y en su casa  
 Nueva le dieron della sus amantes,  
 Y de allí con el rastro fresco pasa  
 A ver los cortesanos negociantes:  
 Donde su imágen vió sembrando brasa  
 De ambicion en materias disonantes,  
 De avariento interés, de honra y de amores,  
 Y nuevos oficiales de señores.  
 Con vanas cortesanas reverencias  
 En nuevos pretensores convertida,  
 Tan largos de esperanzas y conciencias,  
 Que no los ceñirá una eterna vida:  
 Aquí el amor halló dos diferencias  
 De edades, una larga, otra ceñida,  
 Saliendo entre los cargos y descargos  
 La vida corta, y los negocios largos.  
 Aquí la diligencia embarazada  
 En cosas de livianos pensamientos,  
 Su pretension y pena declarada,  
 «Cumplirás, dijo Amor, nuestros intentos  
 Recoge entre esa gente mas granada  
 Sus livianos y ociosos pensamientos,  
 Que estos son, dando yo la batería,  
 Mi mayor munición y artillería.»  
 Dijo, y en vano vuelo á ver las damas  
 De la solicitud pasó á palacio,  
 Donde encendiendo impertinentes llamas  
 Ocioso y libre se quedó de espacio:  
 Durmióse amor aquí entre verdes ramas  
 De un trebol siempre en flor, marchito y lacio,  
 Y al despertar al aire de una toca,  
 Quedóse entre los ojos y la boca.  
 No fue la diligencia perezosa  
 En juntar grueso ejército á Cupido,

Que tambien hay en córte gente ociosa,  
 Que alcanza y goza de lo mas florido:  
 El señor, el galan, la dama hermosa,  
 El paje, el caballero entretenido,  
 Todo es ociosidad, solo desea  
 El rey quietud, y tiempo el que pleitea.  
 No tiene tasa, número, ni cuento  
 La ociosa gente, y pensamientos vanos,  
 Que en la córte juntó para su intento  
 La Diligencia de los piés livianos:  
 Ni cercan tantos átomos el viento,  
 Ni á todo el mar de arena tantos granos,  
 Como la torpe Ociosidad pesada  
 Vanos soldados trajo á esta jornada.  
 Ocupada en jugar con un ventalle,  
 Y ver quien pasa, vuelve, cruza ó mora,  
 Bostezando á la puerta de la calle  
 La Diligencia halló á su contendora:  
 Digo á la Ociosidad, floja de tallo,  
 De ajenas vidas gran trasechadora,  
 Y allí con ella, que á su lado asiste,  
 La Hambre ayuna, y la Pobreza triste.  
 Y no fue poco que á la Diligencia  
 Ociosidad obedeciese en algo,  
 Porque suele huir de su presencia  
 Cual presta liebre del hambriento galgo:  
 Mas el amor; á cuya omnipotencia  
 No hay reino libre ni solar hidalgo,  
 Juntó estos dos extremos, que ya vemos  
 Que siempre anda el amor por los extremos.  
 Y en una nueva flota de ocasiones  
 Embarcada la gente llegó un día  
 A vista del castillo y los balcones  
 Donde la honesta Voluntad vivía;  
 Y abreviando de tiempo y dilaciones  
 A jugar comenzó la artillería:  
 Con tal carga de vanos pensamientos,  
 Que el alcázar tembló por los cimientos.  
 La Ociosidad, que aquí no andaba ociosa,  
 Puso en la primer torre su bandera  
 De la Imagenacion, dama ingeniosa,  
 Y de sus armas frágiles frontera:  
 Era esta estancia, mas que fuerte, hermosa,  
 Por de dentro pintada, y por defuera,  
 De fábulas, que el verlas enamora,  
 Que es la imaginacion grande pintora.  
 Rendida esta primera fortaleza,  
 Mas recia comenzó la batería  
 Hasta entrar el alcázar de firmeza  
 En que la libre Voluntad vivía:  
 Allí la Ociosidad con su torpeza  
 Inficionó cuanto en la torre habia,  
 Y de la reina un consejero honesto  
 En tinieblas dejó y prisiones puesto.  
 Y alcanzada con esto la victoria,  
 La libre Voluntad quedó rendida,  
 Y el Amor al despojo de su gloria  
 En triunfo vino y magestad debida:  
 En carro de alegría transitoria  
 Una S en cada rueda retorcida,  
 Que todas dan un amador perfecto,  
 Solo, sabio, solícito, secreto.  
 Era el triunfante carro de unos lejos  
 Por tan nuevo artificio dibujados,  
 Que mientras que se miran mas de lejos,  
 Mas perfectos se gozan y acabados:  
 De cerca son rasguños mal parejos,  
 Como al descuido y sin concierto dados,  
 Y ya vueltos de espaldas son de suerte,  
 Que no es mas fea de mirar la muerte,  
 Y no tiraban la carroza hermosa  
 Tigres, águilas, fieras, ni dragones,  
 Mas con una igualdad maravillosa  
 Cuatro ninfas de raras perfecciones;  
 Que era cualquiera dellas poderosa

Tras el carro llevar mil corazones,  
 La Gracia, Discrecion y Gentileza,  
 Y la Hermosura frágil de cabeza.  
 La Gracia de mil visos parecia  
 Hecha de un no sé qué tan agradable  
 Que sin saber decir á qué sabia,  
 A todos gustos era deleitable:  
 Hacia tan á compás cuanto hacia,  
 Con tanta sal, y rostro tan afable,  
 Que encendia el corazon en vivo fuego  
 De unas centellas que se acababan luego.  
 La Discrecion en todas ocasiones,  
 Dama noble, compuesta y corregida,  
 En gusto, en trato, en obras, en razones,  
 Es un compás de amor, regla y medida,  
 Sin melindre, dobléz, ni afectaciones,  
 Clara, afable, y con nadie desabrida,  
 Solo le hallo yo un inconveniente,  
 Que es huir demasiado de la gente.  
 Las otras, Hermosura y Gentileza,  
 En los talles iguales, y en la vida,  
 Si la edad no estragara su belleza,  
 No viera el mundo cosa mas florida:  
 Dellas toma el amor su fortaleza  
 Con que á la de Sanson deja vencida,  
 Y á ellas el solo tiempo las empee,  
 Que en aire las cosume y desvanece.  
 Destas cuatro hermosísimas doncellas  
 El carro del Amor fue arrebatado  
 Hasta el alcázar, donde todas ellas  
 Presa la libre voluntad le han dado:  
 Y como el sol en medio sus estrellas,  
 El trono de placeres rodeado,  
 Triunfante saca amor su invicta lanza,  
 Coronada de flores de esperanza.  
 Pero llevóle la guirnalda el viento,  
 Que en su casa no hay bien que sea fundado,  
 Y supo que con nuevo encantamento  
 El interés habia tiranizado  
 De un golpe el frágil reino del contento,  
 Y allí en un auto público sacado  
 Por afrenta mayor su estátua al vivo  
 Para venderlo al mundo por cautivo.  
 Fuéle forzoso al rey de los amores  
 Ir en persona á castigar la afrenta,  
 Y el daño que en sus fieles servidores  
 Del interés causó la gula hambrienta:  
 Y á su dama cercada de dolores  
 Dejó sin alma, sola, y descontenta,  
 Con la memoria y la esperanza ardiendo  
 Una labrando, y otra entreteniendo.  
 Tiene una dama amor por enemiga,  
 Ciega invisible, y que jamás parece,  
 Que enluta el corazon, cansa y fatiga,  
 Y todo con su sombra lo oscurece:  
 Unos Ausencia quieren que se diga,  
 Otros infierno donde amor padece,  
 Mas yo la llamo en pena de sufrilla,  
 De los sueños de amor la pesadilla.  
 Esta luego que amor dejó su casa,  
 La reina puso en ásperas cadenas,  
 Donde le daban el placer por tasa,  
 Y el tormento y dolor á manos llenas:  
 Comidas frias, y de mano escasa,  
 Gustos pasados, y presentes penas,  
 Desabridos pasajes de memoria,  
 Que siempre alarga la pasada gloria.  
 De esto, y de la frialdad de la posada,  
 El gusto le estragó cierta tibieza  
 De un frio y calentura acompañada,  
 Y dolores de estómago y cabeza  
 Causaba el frio la comida helada,  
 Aceda, sin sabor, ni fortaleza,  
 Y una tibia esperanza que acudia,  
 La calentura á ratos le encendia.

El tiempo que es un médico famoso,  
 Bálsamo universal de pesadumbres,  
 Viendo el mal de la reina peligroso,  
 De la ausencia causado y sus costumbres,  
 Y que ningún emplasto provechoso  
 Sus yerbas pueden dar ni sus legumbres,  
 Que el gusto encienda, y rescuete el brio,  
 Porque son frias, y su mal es frio.

Determinó buscar por otra via  
 Remedios que le dar si alguno alcanza,  
 Y casi de hallarlos desconfía,  
 Viendo estar ya sin pulsos la esperanza:  
 Hasta que supo al fin donde vivía  
 Una inquieta mujer dicha Mudanza,  
 Encantadora, bruja y herbolaria,  
 Y en todos tiempos y horas gran volitaria.

No fue Circe tan mágica hechicera  
 Cuando en fieras los hombres convertía,  
 Ni en la mar tan mudable y tan ligera  
 La blanca espuma que en las peñas ería:  
 Ni así tan presto el camaleon se altera,  
 Ni las sombras se mudan en un día  
 Mas veces, ni la luna, el agua, el viento,  
 Ni el tiempo, que es un puro movimiento.

Este espíritu vario, si es decente  
 Dar á quien no sosiega donde viva,  
 Su casa tendrá hecha en la corriente  
 De algun raudal sobre la espuma altiva:  
 O allá en las Amazonas, que es la gente  
 De su trato y su ser menos esquivo,  
 Que al fin ella es mujer, y ellas mujeres,  
 Y amigas todas de mudar placeres.

Allí el tiempo la halló, que otro ninguno  
 Segun es de mudable la alcanzara,  
 Y habiendo consultado el importuno  
 Mal de la ausente reina ilustre y clara,  
 El remedio que vio mas oportuno  
 Fue darle una pocion, y bebida rara!  
 Que para otro tal caso habia traído  
 La noche antes del rio del olvido.

Con esto se acabó el encantamiento,  
 Y la reina cobró salud cumplida,  
 Nuevos ojos el ciego entendimiento,  
 Y la razon nueva alma y nueva vida:  
 Y todos de comun consentimiento  
 Vuelta para la patria dan querida  
 De alegre libertad, por un florido  
 Prado en que siempre duerme el flojo olvido.

Iba delante la Razon guiando,  
 Y rogándole el diestro consejero  
 Que no volviese el rostro atrás mirando,  
 Porque es volver el rostro mal agüero:  
 Así al músico Orfeo avino, cuando  
 Segunda vez perdió su amor primero,  
 De mirar se han seguido mil enojos,  
 Y á ningún ciego han hecho mal los ojos.

Mas si es la voluntad siempre enemiga  
 De obedecer ajenos pareceres,  
 La privacion de suyo da fatiga,  
 Y mayor en antojos de mujeres:  
 Y así la reina, porque no se diga  
 Que mira y sigue mas que sus placeres,  
 Volvió los ojos sin tener paciencia,  
 Ni sujetarse á leyes de obediencia.

Volviólos, y cubierto vió de flores  
 A sus espaldas un vistoso prado,  
 Y en ventanaje de oro y miradores  
 Un alcázar real sobre él labrado:  
 Un cierto no sé qué de sus amores  
 El aire pareció que le habia dado,  
 Y que entre aquellas yerbas florecía  
 De sus pasados gustos la alegría.

Agradóle del campo la frescura,  
 Y antojósele en el pasar la siesta,  
 Porque es la voluntad de su hechura

De antojos toda, sin razon compuesta;  
 Dió nueva rienda á su primer locura,  
 Guió al castillo, y con alegre fiesta  
 Fue recibida de una dueña honrada,  
 Gran sabidora de la edad pasada.

Su nombre era Memoria, y sus oficios  
 Representar comedias é invenciones,  
 Pintar agravios, y horrar servicios:  
 En las mas aprobadas condiciones:  
 Hacer de hiel el gusto son sus vicios  
 Con refrescar pasadas ocasiones,  
 Sabroso el mal, y amargos los contentos,  
 Que en la memoria truecáanse los vientos.

Cinco famosas puertas señaladas  
 Tiene el castillo en torno á sus almenas,  
 De historias y de fábulas pintadas,  
 De varios cuentos y entremeses llenas:  
 Las faltas propias, limpias y doradas,  
 Feas y abominables las ajenas,  
 De estas en bronce y mármol infinitas,  
 Y aquellas en liviano polvo escritas.

La reina halló la historia dibujada  
 De sus placeres en la primer puerta,  
 Y la razon allí quedó encantada,  
 Y ella del sueño en que dormía despierta;  
 Donde la antigua herida solapada  
 Corriendo se vió sangre descubierta,  
 Vuelta ya de diamante blanda cera,  
 Que es la Memoria grande hechicera.

Y con la dulce fruta de ocasiones,  
 Que la huésped ofrece á manos llenas,  
 Volverse determina á sus prisiones,  
 Que son de amor sabrosas las cadenas:  
 Camina tras sus nuevas pretensiones  
 Por unos montes fértiles de penas,  
 Que son de soledad tierra baldía,  
 Con sola la Memoria en compañía.

De una confusa niebla rodeada,  
 Que se vuelve diluvios en los ojos,  
 La esteril tierra seca y agostada,  
 De espinas llena y de ásperos abrojos:  
 Vil cizaña entre el dulce amor sembrada,  
 De recelos, sospechas y de antojos,  
 Y otras incultas yerbas venenosas,  
 Que son ortigas, y parecen rosas.

Cayendo en cada yerba y tropezando  
 Iba la voluntad descaminada;  
 De quien poder tomar lengua buscando  
 Por la fragosa tierra despoblada:  
 Cuando se fue de lejos divisoando  
 En el aire una casa fabricada  
 Entre celajes y neblinas frias,  
 De ventanaje llena y celosias.

Esta una roca de peñascos era,  
 Donde un bravo y feroz gigante asiste,  
 Que en usar malos términos se esmera,  
 Y en ser sin ocasion verdugo insiste:  
 De acedo trato y condicion severa,  
 De flaco rostro, atraidorado y triste,  
 Rabia es su nombre, y Zelos su apellido,  
 Que por cualquiera es harto conocido.

De lince y basilisco son sus ojos  
 Con que él mismo se aflige y desbarata,  
 Cuanto mira y no mira es con antojos,  
 Y con miedo y sospechas cuanto trata:  
 El verle es muerte, el no mirar enojos,  
 La duda aflige, la verdad le mata,  
 Venganza es su comida, y sin venganza  
 Cosa que bien le sepa no la alcanza.

Luego que vió el gigante á las doncellas,  
 Sin escuchar preguntas ni razones,  
 Como era su costumbre dió con ellas  
 En unas estrechísimas prisiones:  
 Sin que suspiros, llantos, ni querellas  
 Alojados les den los eslabones

Del ciego error que el ánimo inquieta.

Y el corazón la vida y alma aprieta.

En un negro y oscuro calabozo

Prision puso á las damas el gigante,

A cuya puerta está enterrado el gozo,

Y la esperanza dél mas adelante :

Allí en la reina hizo tal destrozo,

Que á faltarle el socorro de su amante,

En cárcel triste y en prision muriera,

O en duro pedernal se convirtiera.

Mas supo amor las nuevas de su dama,

No me acuerdo ya bien cómo, ó por dónde,

Quizá el paje de amores fue la fama,

Que á veces mas que preguntais responde :

O por ventura su amorosa llama,

Que á quien bien ama nada se le esconde,

No tengo al fin el cómo en la memoria,

Que ha mucho que no cuento ya esta historia.

Y con lima sutil de desengaño

A mil golpes forjada de ocasiones,

Ya de la cárcel restaurado el daño

De su dama deshizo las prisiones :

Y el mismo que fue causa del engaño,

Tambien triaca fue de sus pasiones,

Y en un carro acerado de firmeza

Salió de la zelosa fortaleza.

Y aunque por entre espinas, y entre abrojos,

Que son las flores del zeloso prado,

La reina ya con mas alegres ojos,

Animo y corazón mas sosegado,

Triunfando de sospechas y de antojos,

En compañía de su niño alado

A los paraísos vino del contento,

Donde el perfecto amor tiene su asiento.

Aquí destes finisimos amantes,

Tras discurso tan largo de pasiones;

Como un vidrio nació de dos diamantes

Un tierno niño hermoso de facciones :

Y aunque sus padres eran ya gigantes

En cuerpo, en amistad y en condiciones,

El salió enano en todo y tan cenceño,

Que no hay pigmeo en el mundo mas pequeño.

Es el hijo el Deleite, que en ser chico,

Y costar caro, sigue los extremos,

Dulce, sabroso, apetitoso y rico,

Y que huye y se esconde á vela y remos :

Esta ocasion nació, y os certifico

Que á nadie cuesta menos, solo vemos

Que á mí suele venderse barato,

Cuando con gusto me oyen si hablo un rato.

#### ALEGORIA.

La natural obligacion que el hombre tiene á su patria se pinta en la introduccion del libro. El recelo de Ferragut en el castillo del jayan, muestra lo mucho que importa la buena opinion de la persona para no tener el trato por sospechoso, y el hallarse restituído á su ser venturoso, por faltarle el caballo Clarion, significa, que el hombre distraído en sus vicios, si despues se reforma con la Virtud, vuelve á hacer obras dignas de alabanza, cual fue matar al tirano Bramante, y poner en libertad la tierra, y los que en ella estaban opresos: pero si vuelve á dejarse llevar de su sensualidad, olvidado de la razon, como le sucede en Africa con Angélica, viene á morir en su obstinacion, y queda perdida para siempre cuanto honor y fama habia ganado, como allí queda Ferragut.

En la novela de Galirtos se descubre la armonia y trabazon de las potencias interiores, y los efectos de la parte sensitiva y lo mucho que el deleite cuesta, y lo poco que dura.

## LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO. Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orimandro, que en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento: y habiéndola perdido de vista hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fabula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura.

En tanto ya despues que alegre Alcina,  
Por frescas huertas y dorados techos,  
Con su aparato y ciencia peregrina  
De sus héroes ganó los nobles pechos;  
A embarcarse con gusto á la marina  
Venian de ricos dones satisfechos,  
Gundemaro, Bernardo y Floridano,  
Las damas de los dos, y el rey persiano.

Querianse hacer al mar, cuando á gran priesa  
Correr á un barco vieron diez corsarios,  
Que habian de tres damas hecho presa  
En la isla con sus robos ordinarios:  
Entre ellas del Catay la real princesa  
Conoció el persa rey, y los contrarios  
Huyendo de sus manos los primeros  
Golfos del ancho mar cortan lijeros.

Desamparan huyendo la ancha playa  
Con dos ninfas, y Angélica con ellas,  
Y el libre esquife de cristal la raya  
De riscos llena huye, y conchas bellas:  
De nuevo el brio al persa rey desmaya,  
Y de nuevo se anima á socorrelas,  
Viendo que su fortuna burladora  
Con varios riesgos si que el bien que adora.

A cada cual el fin de su ventura  
Alcina en su jardin dió por su mano,  
Sola en todas la Angélica hermosura  
Oculta siempre estuvo al rey persiano:  
Jamás la alcanzó á ver, siempre en clausura  
La Hada ocultó el rostro soberano,  
Hasta aquella ocasion del dia postrero,  
Por mas dolor, ó por mejor agüero.

Si á Venus parió el mar, como se suena,  
La mar es propio reino de amadores,  
Que todo amante siembra en el arena,  
Y sin número son los sembradores:  
Y ella en sus senos de agua y ondas llena,  
Y el amor de fatigas y dolores,  
Hondos piélagos son, donde se anega  
El que en tiempo mas próspero navega.

Algunos creen que la zelosa Alcina  
A Angélica persigue con cuidado,  
Y que culpas ajenas pena indina  
Llueven sobre su nuevo enamorado:  
Mas bien sea esto, ó sea su malina  
Estrella, que le lleva violentado,  
El la vió á tiempo que su vista bella  
Mas dolor le causó que gusto el vella.

Y entrando en su galeon á toda priesa  
Al gran Bernardo pide que se quede,  
Que no ir á socorrer á la princesa,  
Ni con su obligacion ni gusto puede:  
«El tuyo se haga, dijo, mas en esa  
Causa no veo ninguna que me vede  
Seguir yo y reforzar tu brazo fuerte,  
O en feliz vida, ó en honrada muerte.

Donde fueres iré á buscar tu gusto,  
De los demás se quede el que quisiere,  
Que un valor semejante es caso injusto  
No seguirlo hasta el fin, sea el fin cual fuere:  
Dijo, y todos dijeron que era justo  
Lo que dijo; y que quiere lo que quiere,  
Con que embarcados de comun intento,  
Las anchas velas dan al fresco viento.

Llevaron todo el día á remo y vela  
El bergantín á vista de la proa,  
Y cuando al sol la tibia tarde vela  
La luz sobre la playas de Lisboa;  
Con la misma codicia con que vuela  
El presto acometer de una canoa,  
De través les salió, y en su presencia  
Con la suya venció su diligencia.

Barloáronse los barcos con denuedo.  
Y brio de pelear, y al rey persiano,  
Que viendo este suceso perdió el miedo  
Que antes tenía de seguirla en vano,  
Mostró el cielo teniendo el viento quedo  
Cuan corta marca es del brazo humano,  
Y que el poder del rey, sea cual se fuere,  
No alcanza aunque lo estire donde quiere.

Calmó el viento, y quedó el galeon en calma,  
Y los barquillos dos en mortal guerra,  
El rey de Persia á rescatar su alma  
A pesar quiere de la mar y tierra  
Pasar á nado, que si el viento calma,  
No calma el fuego que su pecho encierra,  
No fue poco enfrenar su desatino,  
Segun el punto á que su furia vino.

Pero llegó la noche, y con su luto  
El un barco y el otro se ha escondido,  
Y al campo á quien las aguas dan tributo  
En lágrimas dió el suyo el rey perdido;  
Que aunque salió del sol el sustituto,  
Su rayo de oro en plata convertido,  
Ni ese, ni el alba, ni el siguiente día  
Al persa dieron luz de su alegría.

Bernardo á su valor aficionado  
Divertir sus congojas procuraba,  
¿De cuál le trajo amor á cual estado?  
¿Dónde á Angélica vió? le preguntaba:  
¿Si se embarcó forzado, ó de su grado?  
¿De qué ocasión su desamor manaba?  
A quien el rey con su voz enflaquecida,  
«Oye, dijo, el proceso de mi vida:

Entre la Susiana al Oriente,  
Y la áspera Carmania montuosa,  
Y entre el Pérsico mar, y puesta enfrente  
La helada Media, una provincia hermosa,  
Persia llamada, en belicosa gente,  
De la Asia es la mas rica y mas famosa,  
Cabeza de mil reinos y mil reyes,  
Que todos de las suyas toman leyes.

De aquí solo á mi brazo la obediencia  
Los dioses concedieron inmortales,  
Y á mi cetro, mi voz, y mi potencia,  
Cien coronas y cetros orientales:  
Mis mayores aquí por excelencia  
Con riendas de oro dan leyes iguales,  
De aquí Ciro fue rey, de aquí Artabano,  
Jerjes, Sapor, Cabades el humano.

Este hizo á las pérsicas mujeres  
Que fuesen del comun (notable edito)  
A quien sucedió en reinos y en haberes  
Cosroes su hijo, de ánimo inaudito,  
Tal que hechos de sangre sus placeres,  
Barniz dió della al pérsico distrito,  
Deste procedió Hormisda, Artildo deste,  
Gran rey de la Cardusia, gente agreste.

De los Axianos pueblos á Tartaria  
Subió Artildo, y de aquí mi padre vino,  
El invicto Agrican, cuya contraria  
Luz de planeta y enemigo sino  
Quitó á traicion la vida, y la volteria  
Fortuna, con el mismo desatino,  
A los piés puso de un francés bastardo  
La sangre de mi hermano Mandricardo.

Mas yo daré á las suyas con la mia  
Nuevo color, y al campo nuevo esmalte,  
O las veré vengadas, si el que cria

En mí este brio no hace que me falte:  
Este es el fin que en mis cuidados guia,  
Y causa que mi honor se sobresalte,  
Las veces que oye del sin luz Poniente  
Contar las armas, y nombrar la gente.

Son varios los agravios con que el pecho  
La francesa nacion me enciende y arde,  
Y los que un jóven paladin ha hecho  
De nuevo á un mi vasallo el rey Aliarde;  
Que del honor de su dorado techo,  
Haciendo de su espada y fuerza alarde,  
A su bella Gautina, prenda amada,  
De su helada vejez sacó robada.

Y al rico camarín de su tesoro,  
Por desprecio á la cola del caballo,  
Rastrando le llevó un mahoma de oro,  
Que no queda valor con que aprecio,  
Sin que del pueblo arábigo ni el moro  
Parte fuesen las armas á estorballo:  
Dejo otros insolentes desafueros  
De Orlando, el conde Dirlos y Oliveros.

Que todos en mi alma ardiendo veo  
En gustos de venganza, á todos juntos  
En esto la haré, y este trofeo  
A los vivos daré y á los difuntos:  
Todos en mi memoria á mi deseo  
Con sangre escriben del honor los puntos,  
Sangre de hermano y padre, cuya fama  
A ir tras la suya me provoca y llama.

Absoluto señor, rey conocido,  
Por su muerte quedé al persiano estado,  
De mis vasallos con amor servido,  
Hasta de la fortuna respetado:  
Viéndome mozo, y de poder cumplido,  
Y no de ánimo corto y apretado,  
Llamado del furor y sangre ardiente  
Salí á buscar los mundos del Poniente.

Y dejando en mis reinos el concierto  
Que á mi sosiego y suyo convenia,  
Para embarcarme al deseado puerto  
De mis gentes cercado salí un día;  
Y al dar las velas al viaje incierto  
Todo viento por próspero tenia,  
Que como á fin dudoso caminaba,  
Cualquier derrota ó viento me bastaba.

Si el deseo de venganza me movia  
á devolver el mundo y sus regiones,  
La fama que por él iba y venia  
De hazañas llena de inclitos varones  
Mas me alentaba á procurar la mia  
Por provincias de incógnitas naciones,  
Porque es corto y mas corto cuanto encierra  
Deseo que no sale de una tierra.

Los agüeros por Társico notados,  
A quien nunca engañó vuelo ningungo,  
Y dos valientes toros degollados,  
Negro á la Tempestad, blanco á Neptuno,  
El vientre y los pulmones consultados  
Desplego el lienzo al zéfiro oportuno,  
Zarpan las anclas, y la nao lijera  
Mi patria deja, el puerto y la ribera.

Y entre estas no ajustadas pretensiones  
El gusto en varias cosas divertido,  
Desterrado á buscar nuevas regiones  
Volando me entro por el mar tendido,  
Variando por diversas ocasiones  
Hasta el punto que el tiempo me ha traído  
A este lugar incierto, á donde el hado  
El bien que me quitó tenga guardado.

Con un templado norte viento en popa  
Salgo del seno pérsico volando,  
Y deseoso de ver la rica Europa  
Voy la olorosa Arabia costeanado:  
Por entre las Zenobias y Saropa  
La cuadrada Dioscórida buscando,



Dejo en el golfo Indico á Colidos,  
 En las nubes sus bosques escondidos.  
 A Melinde dejó á la diestra mano,  
 Y las dos Agatocles al Oriente,  
 Descubrió á Tilos de inmortal verano  
 En palmares y olivas escelente:  
 La infeliz Meca, y su profeta vano,  
 Y de Eritrio el sepulcro puesto enfrente,  
 Y otras mil islas ya por popa dejo,  
 Y á la punta me voy del mar Bermejo.

Desde allí hasta el gran Cairo fui por tierra.  
 Y bajé por el Nilo á Alejandria,  
 Que las grandezas que el Egipto encierra  
 No me pudieron atajar la mia:  
 Y haciéndome el deseo mayor guerra,  
 Que un mundo extraño y nuevo me pedía,  
 En el Mediterráneo mar me arrojé,  
 Por firme norte el rumbo de mi antojo;

Que siempre en las regiones apartadas  
 Grandezas se prometen espantosas,  
 Aunque despues de bien examinadas  
 Iguales sean con las otras cosas:  
 Dejé las maravillas celebradas  
 Del Cairo y sus pirámides famosas,  
 Y deseoso entré en el mar profundo  
 De atravesar los límites del mundo.

Llenas las velas de apacible viento  
 Apenas por el mar sali volando,  
 El marinero con la vista atento  
 De la alta gavia el puerto contemplando,  
 Y el vidrioso y húmedo elemento  
 Con la liviana espuma blanqueando,  
 Cuando el sabio piloto con voz gruesa,  
 «Amaina, amaina, grita, amaina apriesa.»

Un viento agudo entre una niebla envuelto,  
 Que exalacion del agua parecia,  
 A soplar comenzó poco mas suelto  
 Que su primera vista prometia;  
 Y el mar con esta alteracion revuelto

Mayor disgusto que temor ponía,  
 Cubren las nubes de un obscuro velo  
 El claro dia, y el sereno cielo.

Crece la tempestad, crece el tormento,  
 Y el rechinar de cuerdas y alaridos,  
 Carga la ciega noche, carga el viento,  
 Cargan truenos y rayos encendidos:  
 Ya la alta gavia toca el vano asiento  
 De las nubes, ya en agua sumergidos,  
 En ciega confusion, y horrible prueba,  
 Aquí y allí el revuelto mar los lleva.

Aquella noche, un dia y otro dia,  
 Y sin ese otros diez fuimos corriendo,  
 Sin ninguna, ó con poca mejoría,  
 A la fortuna la cerviz rindiendo:  
 Mas cuando el ya olvidado sol vestía  
 De oro la mar, y de quietud su estruendo,  
 A su alegre bonanza en nuestros pechos  
 Gozosos sacrificios dimos hechos.

En medio este ancho piélago sentada  
 Creta es por el gran Júpiter famosa,  
 Con cien nobles ciudades ilustrada,  
 De fértil suelo, y gente belicosa:  
 Aquí á arrojarme vino la pasada  
 Tormenta en otra en todo mas furiosa,  
 Pues aquella fue cierta profecía  
 Desta, en que ya se anega el alma mia.

Hace la isla un escondido seno  
 De seis tajadas peñas abrigado,  
 Con sus pendientes gajos, y un ameno  
 Bosque en floridos cercos coronado:  
 Donde en llana quietud el mar sereno  
 Libre del libre viento está guardado,  
 Aquí el barco surgió, y aquí mi gente  
 En su arena aferrar vió el corvo diente.

Dan fondo, amainan velas, y un ligero  
 Batel luego á la mar parió el navío,  
 Con que el pequeño pueblo forastero  
 Alegre se arrojó al bosque sombrío:

Sube al cielo el acento placentero,  
La playa suena, el encogido brio  
Cobra vigor, la deseada arena  
Sale de varias invenciones llena.

Társico en el sacar primero ha sido  
Del duro pedernal centellas de oro,  
En cuyo agüero por ventura asido  
El fuego horrible vió en que ardiendo lloro :  
Este y aquel de pedernal nacido,  
Que igual al pedernal es la que adoro,  
Si aquel fue temporal, y el mio eterno,  
Uno es fuego mortal, y otro de infierno.

En la yesca arrebatada una dudosa  
Centella y vuelta allí dorada brasa,  
Entre la seca leña una amorosa  
Llama cundiendo va al principio escasa :  
Lléganle un árbol y otro, y poderosa  
Un roble, un pino y una encina abrasa,  
Lo que antes la ahogara y consumiera,  
Brio le pone y fuerza mas entera.

Sacan el duro pan, á quien mohoso  
Dejó el humedo mar, y tiempo airado,  
Y el rojo y lento trigo en el fogoso  
Cercos vuelven enjuto y retostado :  
Hácenlo al gusto menos trabajoso  
Entre la dura piedra quebrantado,  
Desabrida vianda, mesa odiosa,  
Para sola la hambre apetitosa.

Tienden un toro en la ribera amena,  
Y en nuevo son y alegre atrevimiento  
Las entrañas desnudan, y resuena  
El arrancar los huesos de su asiento :  
Da la sangre color rojo á la arena,  
Y á ellos con la esperanza nuevo aliento,  
Siembran las brasas de pedazos crudos,

Cercadas de asadores no desnudos.

Cobran las fuerzas y vigor perdido  
Sobre la blanda yerba recostados,  
Olvidan el rumor, caese el ruido,  
Entre el reposo y vino sepultados :  
Yo á esta sazón de un limpio arnés vestido,  
Con solo mi descuido y mis cuidados,  
Por la selva me entré, que no debiera,  
Pues se quedaba mi ventura fuera.

De una espesura en otra discurriendo  
No mucho anduve, que senti ruido,  
Y hácia la parte que venia volviendo,  
De mil fieras sembrando ví el ejido :  
Juntas y todas de un temor huyendo,  
Entre liebres tambien el leon temido,  
Que entonces hizo allí el comun castigo  
Con el tierno cordero el lobo amigo.

Has visto antiguos bosques encendidos  
En roja llama, á quien esfuerza el viento,  
Que del fuego el estruendo y estallidos  
Las fieras saca de su verde asiento,  
Y á las que halla en sus amados nidos  
Les da en ellos eterno alojamiento,  
Y huyen del peligro amontonados,  
Lobos, corderos, osos y venados.

Pues no de otra manera su manada  
Por el espeso bosque discurría,  
Y la selva no menos alterada  
Que con cercano fuego parecia :  
Yo la vista y no el alma sosegada,  
Mirando á donde el daño procedía,  
Un fiero monstruo ví, una sierpe horrenda,  
Que al monte abría, quebrando pinos, senda.  
El medio brutal cuerpo tenia enjerto  
Con alas de serpiente venenosa,



De la cintura arriba el talle abierto,  
En feróz proporción sombra espantosa :  
De espesas cerdas ásperas cubierto,  
Con rostro indigo de doncella hermosa,

Uñas y brazos de dragon tenia,  
Quimera dirás que es, ó invención mia.  
No fue antojo, señor, ni falsa idea,  
Bien que á no haberlo visto lo dudara,

Y ser hija la horrible sombra fea  
De algun confuso sueño imaginara:  
Sobre el mas alto pino señorea  
Su fiero cuerpo y su hermosura rara  
Juntando en dos extremos su figura,  
Igual con la fealdad la hermosura.

Qual entre secas agostadas cañas  
De roja mies en pérsico sembrado.  
Rompiendo va sus frágiles marañas  
Un receloso ciervo el cuello alzado:  
Al tierno bramo con que amor le engaña,  
Que no hay estorbo á pecho enamorado,  
Y por lo mas cerrado y mas espeso,  
Mejor camino y rastro deja impreso.

Así por la confusa selva espesa  
El monstruo iba rompiendo los jarales,  
Y cual turbio raudal rota la presa,  
Peñascos lleva, encinas y animales:  
Y en la senda que al bosque deja impresa,  
Matas, robles y fresnos hace iguales,  
Ni le es del pino mas la enbiesta viga,  
Que al segador la caña de la espiga.

Si causó alteracion con su venida,  
Tú, sin decirlo yo, lo habrás pensado,  
Alto el cabello, la color perdida,  
El medio me llevó el sentir robado:  
La voz á la garganta quedó asida.  
La sangre muerta entre un sudor helado,  
Si otra vista la vida no me diera,  
Allí de aquel primer temor muriera.

Traia, ¡oh cielo santo! he de decillo,  
Entre sus corvas uñas aferrada  
Una divina imagen, un cuchillo,  
Que de su muerte la dejó vengada:  
¡El alma en su viril tiembla en oílo!  
Traia á la beldad misma robada,  
Un bulto de marfil, una figura,  
Que es del pintor retrato su pintura.

¡Mi vida muerta en sus crueles manos,  
Mi muerte en ellas desmayada y viva!  
Puesta sobre sus hombros inhumanos  
La firme basa en quien mi bien estriba!  
¡Presale que con lazos soberanos  
Para no rescatar almas cautiva!  
¡Mi Angélica, mi bien, mi luz, mi guia,  
La fiera entre sus brazos la traia!

Si has visto sobre un risco montuoso  
La bella cazadora de Diana,  
O sobre roca en mar tempestuoso  
Arrojada una virgen soberana,  
O en seco roble, duro y espinoso,  
Enredada la verde vid lozana,  
Que aunque allí su florido abril imita,  
Sobre el desnudo tronco se marchita;

Pues la imagen así de mi alegría  
En los brazos del monstruo se enredaba,  
Hermoso y blanco cisne parecia,  
Que de algun seco tronco preso estaba:  
O cual de Grecia á Persia pasó un dia  
Huyendo el que á salvarlo lo llevaba  
De algun Zeújis, un ángel bello alado,  
A sus piés un dragon de oro enroscado.

Aquí el amor me dió el primer asalto,  
Aquí me cautivé de una cautiva,  
Aquí mi gloria vuelta en sobresalto  
Una muerta beldad la dejó viva:  
Aquí me dió fortuna el bien mas alto,  
Si lo es amar una beldad esquiva,  
De entre las manos de aquel monstruo fiero  
A mi pecho salió el arpon primero.

Al principio entendí que era Diana,  
O alguna diosa de aquel bosque umbrroso,  
Que así robada una fantasma vana  
Por caso la llevaba milagroso:  
En gualdas vuelta la color de grana

Marchitó al rostro su elavel hermoso,  
Cual tierna y fresca rosa dividida,  
Del verde tronco que le daba vida.

O con gritos hiriendo las estrellas,  
O con desmayos muerta se quedaba,  
Con sus medrosos llantos y querellas  
Hasta la misma fiera se ablandaba:  
Yo que nací para morir por ellas,  
Y á solo esto mi estrella me guiaba,  
En un punto cobré el color perdido,  
Del nuevo fuego del amor nacido.

Pico el caballo, á quien el duro freno  
Apartarlo del miedo no podia,  
Que aquí y allí por entre el bosque ameno  
Huyendo me llevaba y me traia:  
La fiera que me vió, en el verde seno  
De un crespo pino puso á mi alegría,  
Y á mí se vino, cuyo brazo fuerte  
Sombra me pareció del de la muerte.

Con la facilidad que es arrancada  
De tierna mata una encarnada rosa,  
Que la dama con mano descuidada  
En su cabeza vuelve mas hermosa,  
Y della nuevamente coronada  
Su descuido prosigue victoriosa,  
Sin mas estorbo que bajar la mano,  
Y cortar el capullo mas galano;

Así el contrechro monstruo me arrebató,  
Y por fuerza me arranca de la silla,  
Y entre sus manos ásperas me trata  
Cual de tierno alelí rosa amarilla:  
Y ni me arroja, hierre, ni maltrata,  
Antes se me avasalla y se me humilla,  
Dame asiento en el hombro, y su cabeza  
Por engañosa y frágil fortaleza.

Crejó que bastaria aquel engaño,  
Para que en su belleza divertido  
Del suyo me olvidase con mi daño,  
Y me dejase aquel vencer vencido:  
No sé quién me libró del lazo extraño,  
Ya en su falsa beldad entretenido,  
Que vuelto sobre mí la daga afierro,  
Para con sangre desteñir mi yerro.

Por una y otra parte intento en vano.  
De dar rojo barniz al limpio acero,  
Y es todo el fruto atormentar la mano,  
Que el diamante es mas blando que su cuero:  
Hasta el áspero vello queda sano,  
Y no se altera ni huye el monstruo fiero,  
Antes cuanto mas trato de su muerte  
En regalos los golpes me convierte.

En la cabeza entre guedejas de oro,  
Que coronadas de arrayan traia,  
¡Milagro extraño! su mayor tesoro  
En el engaño de una flor tenia:  
Si un poco con la mano la desdoro,  
Cebado en la beldad que en ella via,  
Aun no bien la he tocado, y asombrada  
Por tierra cae la fiera desmayada.

Vuélvese á levantar torpe y marchita,  
Y en el hombro me arroja cual primero,  
Vuelvo á tocarla, muere y resucita,  
Mejor me trata cuanto mas la hiero:  
¡Estráño combatir! ¡guerra exquisita  
De un bulto así fantástico hechicero!  
Por hija de la tierra la tenia,  
Que al caer nuevas fuerzas le investia.

Mas despues que me dijo la experiencia  
Que era la flor la fuente de su brio,  
Y que en una atrevida diligencia  
El mas fértil rosal queda vacío:  
Hallando de fingida resistencia,  
El muro principal de su desvío,  
Cierro la mano, y al furor violento,  
Flor, guirnalda, y rigor deshizo el viento.



Cayó la fiera por el verde suelo  
 Vuelta de ágil y diestra perezosa,  
 Y ya descovuntada en mortal yelo  
 Fria se halló en la tierra polvorosa:  
 Yo volviendo los ojos junto al cielo,  
 Vi sobre un árbol mi gallarda diosa:  
 «Si tal fruta, señora, dan los pinos,  
 Con razon son los dioses sus vecinos.»

Así le dije, y por el tronco arriba  
 Donde mi gloria estaba fui subiendo,  
 Bajo cargado de la fruta altiva,  
 Mis hombros carga celestial sintiendo:  
 No los de Atlante (si es verdad que estriba  
 El cielo en ellos) ni Hércules viviendo  
 Sustentar pudo carga mas preciosa,  
 Que si él cargó su cielo, yo mi diosa.

Toca con sus hermosos piés el prado,  
 Y valos engastando en nuevas flores,  
 Su pecho no del todo asegurado  
 Entre varios recelos y temores:  
 Teme á la fiera, á mí y al despoblado,  
 Señal que no sentia mis dolores,  
 Pues no hay córte mas bien acompañada  
 Que los desiertos con la prenda amada.

Mi caballo busqué, que temeroso  
 Por la selva se entró tascando el freno,  
 Y poniendo á las ancas mi reposo,  
 Sin él me fui de sobresaltos lleno  
 Por donde el monstruo vino, receloso  
 De no perderme por el bosque ameno:  
 Vano temor, á quien su gloria nueva,  
 Vencido el riesgo, con victoria lleva.

Mil regalos le dije, y mil ternuras,  
 Que el amor me enseñaba y mi cuidado,  
 Unas disimulaba por oscuras,  
 Y otras pasaba en risa y desenfado:  
 Contome sus pasadas desventuras,  
 Los presentes desdenes de su hado,  
 Quién fuese, dónde, y cómo la cogiera  
 El contrahecho monstruo y sierpe fiera.

Díjome que era reina del Oriente,  
 Princesa del Catay, por quien el mundo  
 Mas sangre derramó, y perdió mas gente,  
 Que agua y arenas tiene el mar profundo:  
 Que se casó en los reinos del Poniente,  
 Niña, con Ganimedes el segundo,  
 Y que por vello tiene algun recelo,  
 Que lo ha robado, como al otro, el cielo.

Contóme que las justas pretensiones  
 De hallarle la trajan distraida,  
 Y que de unas en otras ocasiones  
 Cautiva y sola á Creta fue traída:  
 Y allí con imprudentes abusiones  
 Por diosa de las flores recibida,  
 Donde en honras y fiestas semejantes  
 La fiera la robó dos horas antes.

Con estos cuentos, con la luz del día  
 A un tiempo nos faltó bosque y camino,  
 Y fuenos fuerza, por faltarnos guía,  
 La oscuridad pasar que allí nos vino:  
 Yo sin dormir, velando á mi alegría,  
 Y el bulto contemplando peregrino,  
 Y ella tambien sobre el florido suelo,  
 De amor el uno, el otro de recelo.

Restituyendo al mundo las colores  
 Que la ausencia del sol llevó robadas,  
 La aurora entre argentados resplandores  
 Sale, siguiendo Apolo sus pisadas:  
 Las lozanas libreas de las flores,  
 De varia pederería y luz sembradas,  
 Brotando todo al declararse el día,  
 Gusto, regalo, gozo y alegría.

Yo sin dormir, que amor me desvelaba,  
 Y el sueño me quitaba y el reposo,  
 Donde mi vida desmayada estaba

En un liviano sueño cuidadoso,  
 Con silencio llegué: mas no tan brava  
 El aspid deja el lecho perezoso,  
 Como las flores ella de su asiento,  
 Temerosa de algun atrevimiento.

Mas ya de su recelo asegurada  
 A proseguir volvimos el camino,  
 Por el rastro y la senda mal trillada  
 Que de la horrenda sierpe el bulto vino:  
 Y ne mucho despues de gente armada  
 Un formado escuadron vimos vecino,  
 Que á buscar á su diosa, y mi alegría,  
 Por el camino que ibamos venia.

¡Llegan á ver la que en el vientre horrendo  
 Hallar creyeron de la oscura fiera,  
 Y no les asegura estarla viendo,  
 Que aun la esperiencia dudan verdadera:  
 Piensan que sea su sombra, que volviendo  
 Del cielo, aun en sus campos persevera,  
 Y el rey que entre sus ojos se abrasaba,  
 Viva la via, y muerta la horaba.

Era Tifeo en el cretense suelo,  
 Aunque extranjero, rey obedecido,  
 A quien castigos del piadoso cielo  
 Traen en varias desgracias afligido:  
 Y entonces por templar de su hado el vuelo  
 Daba en seguir la escuela de Cupido,  
 Que es fuego el niño amor, y suele puesto  
 Sobre la seca leña arder mas presto.

Llevaron para ser sacrificada  
 A Creta en un cruel altar sangriento  
 La Angélica beldad, en quien trocada  
 Mi vida, mi alma y mi memoria sienta:  
 Vióla Tifeo en su vejez helada,  
 Y encendióle su vista el pensamiento,  
 Que el alma siempre es moza, y con antojos  
 Las niñas se remozan de los ojos.

Impidió el rey cretense el sacrificio  
 Haciéndolo el del alma ya rendida,  
 Mas como ni uno ni otro fue propicio  
 La voluntad sobró de comedida:  
 Si amor no da quilates al servicio  
 Ninguna intencion buena es admitida,  
 Y sean desta verdad estampa viva  
 Dos reyes á los piés de una cautiva.

Libró el cretense de la muerte odiosa  
 Mi dulce vida, y en sus reinos hizo  
 Tuviese propio altar, y fuese diosa,  
 Que esto y mas puede un amoroso hechizo:  
 Hasta que aquella horrible fiera hermosa  
 Su ciego error é idolatria deshizo,  
 Trayéndola en sus uñas como cebo,  
 Para hacerme á mí infidélata nuevo.

Habia dos años que aquel reino triste  
 Sobresaltado estaba é inquieto,  
 Que al hado que á su gusto ordena y viste  
 La mortal vida todo está sujeto:  
 Tú, ciego amor, el instrumento fuiste,  
 Fiero verdugo del fatal decreto,  
 Que tu trato y rigor esperimentado,  
 A tí, por mas cruel eligió el hado.

¿Querrás saber adonde hallaron fuente  
 Los males que han á Creta perseguido?  
 ¿Qué furor los crió? ¿qué rabia ardiente?  
 ¿A qué deidad en ella se ha ofendido?  
 Oye el extraño caso, advierte y siente,  
 Suceso es raro, mas verdad ha sido,  
 Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo,  
 Hizolo el cielo, que hacerlo pudo.

De Alencaastro, gran duque de Colonia,  
 Único hijo, y único deseo,  
 De la española sangre y la apolonia,  
 Es, segun dice el mundo, el rey Tifeo:  
 Cuyo cristiano rito y ceremonia  
 De su patria llevaba al pueblo hebreo,

Quando amor al viaje peregrino  
 Los pasos atajó, y cortó el camino.  
 Y la cretense ilustre monarquía,  
 Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena  
 Toda por suya se la dió en un día,  
 Aunque de ley cristiana y patria ajena:  
 De la infanta Calipso que regia  
 Su reino entonces vió la luz serena,  
 Y tanto en sus cuidados pudo el vella,  
 Que su patria olvidó y su Dios por ella.  
 Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto  
 De duque de Colonia en rey de Creta  
 El estado mudó, y mudó con esto  
 En mas sabrosa ley su ley discreta;  
 Pues este noble rey, grave y modesto,  
 Y de Calipso la beldad perfeta,  
 Que hoy desde su gran reino al de la China.  
 La fama nos la vende por divina.

Una hija tuvieron que en grandeza  
 Y beldad diosa humana parecia,  
 Dúcia llamada, cuya gentileza  
 Cuentan que á las mas grandes escedia:  
 De un año era la niña, y en belleza  
 Con todas las tres gracias competia,  
 Cuando su madre quiso hacer propicios  
 Los dioses con devotos sacrificios.

Un real jardin en el palacio habia,  
 De un bosque espeso antiguo coronado,  
 Que de regalo y muro le servia,  
 A los caseros dioses dedicado:  
 Era cierto rumor que en él vivia  
 De las ninfas el coro consagrado,  
 Adonde en vivas plantas escondidas,  
 Estrechas gozan y delgadas vidas.

En medio del jardin al cielo abierto  
 Un inviolable y sacro altar estaba,  
 Que lo alto de un espeso laurel yerto  
 Con su confusa sombra le amparaba:  
 De los Penates aposento cierto,  
 Donde ordinario incienso humeaba,  
 Aquí la reina con horrible espanto  
 El altar vió temblar y el laurel santo.

O fuese de los signos causa oculta,  
 O del hado justísimo decreto,  
 O en la divina celestial consulta  
 Tuviese lo interior algun defeto;  
 Nuevo prodigio del temblar resulta  
 Que el sacrificio se quedó imperfecto;  
 Los muertos animales consultados  
 Sucesos dieron sin pensar turbados.

De rosas y jazmines coronada  
 El huerto tiene una preciosa fuente  
 Del tiempo sin artifice labrada,  
 Que al bosque fertiliza su corriente:  
 La fiesta no del todo celebrada,  
 Con el fuego el altar resplandeciente,  
 Calipso con mil flores en la falda,  
 Aquí llegó á tejer una guirnalda.

Y una ama honesta que á la infanta hermosa  
 En el pecho abrigada entretenia,  
 Y con templada leche sustanciosa  
 Su dulce y tierna carga mantenia;  
 Junto al estanque una encarnada rosa  
 Gravinia, que así el ama se decia,  
 A la niña cortó, y el dulce oficio  
 De sus desgracias fue el primer indicio.

Cuento notorio, fue sabido en Creta:  
 La primer rosa apenas fue cortada,  
 Y en rojas gotas dió y sangre perfeta  
 La tierra en torno el ramo salpicada:  
 Tembló Gravinia, y la deidad secreta  
 Adora que en la planta está encerrada,  
 Cuando al vecino bosque fue corriendo  
 Nuevo temblor y movimiento horrendo.

Temerosa Gravinia atrás volviera

Los prodigios huyendo pavorosos,  
 Si en el sangriento prado no se asiera  
 Arraigándose en él sus piés hermosos:  
 Procura con dolor sacarlos fuera,  
 Y ellos vueltos en lazos revoltosos,  
 Desnudos ya de su primer figura,  
 Corriendo se entran por la tierra oscura.

Entre una bruta y áspera corteza  
 Escondiendo se fue el semblante airoso,  
 Y su antigua hermosura y gentileza  
 Del duro tronco huyó en bulto espantoso:  
 Las manos da furiosa á la cabeza  
 Contra el tesoro del cabello hermoso,  
 Y de otro ser vestidos ella y ellos,  
 Verdes hojas arranca por cabellos.

La tierna niña endurecer se siente  
 El blando pecho que colgada estaba,  
 Y falto de substancia, la caliente  
 Leche ya poco á poco le faltaba,  
 Del duro tronco la áspera creciente  
 Hasta el delgado estómago ocupaba:  
 Gravinia, allí la reina te ayudara,  
 Si con las fuerzas que perdió se hallara.

Lo que pudo guardó, y á toda priesa  
 Cogió del árbol la primer manzana,  
 Y huyendo el nuevo asombro, á la princesa  
 Pecho le dió, y posada mas humana:  
 Corrió el cretense pueblo á ver la empresa  
 De la violenta furia soberana,  
 Glauro ya sin mujer presente estaba,  
 Y los calientes ramos abrazaba.

Toda dentro del árbol se escondia  
 La arraigada beldad, cuya belleza  
 En ásperas crecientes deshacia  
 Por el tronco la rústica corteza:  
 Ya de los labios el coral se huia,  
 Tiemblan los hombros, sienten la dureza,  
 Caen por las hojas lágrimas, y en ellas  
 Mil perlas son entre esmeraldas bellas.

En tanto que la voz halló camino,  
 Y el nuevo ser no entró por la garganta,  
 Así dicen que dijo tu destino,  
 Hermosa niña, aquella nueva planta;  
 Que el orden celestial, brazo divino,  
 Es quien las cosas de su ser levanta:  
 «Si alguna fe se da á los desdichados,  
 Oye, Dúcia, tu suerte, oye tus hados.»

Por las deidades soberanas juro,  
 Que almas son ya destas calladas plantas,  
 Que estoy sin culpa del castigo duro  
 Con que ora, ¡oh hado adverso! aquí me plantas:  
 Y si es falso mi ánimo ó perjurio,  
 La aguda hacha arroje al fuego cuantas  
 Ramas me diere el tiempo, y sin frescura  
 Mis troncos caian por la tierra dura.

Y á ti tambien sin culpa, desdichada,  
 Corta suerte tu estrella te ha ofrecido,  
 Tierna niña, tu vida está engastada  
 En aquel tronco en fuego consumido:  
 Creta con él vendrá á ser abrasada,  
 Así en el cielo queda establecido,  
 Mientras puedo sentir su tierno brazo,  
 Consentid que me dé el último abrazo.

Y si piedad en vuestros pechos queda,  
 De estos mis nuevos ramos la frescura,  
 Del agudo cuchillo haced que pueda  
 Vivir sin daño de los dos segura:  
 Y á la raíz que este jardin enreda  
 El fresco humor le dé inmortal verdura,  
 Sin que jamás rigor de brazo airado  
 Mi cuerpo deje y tronco deshojado.

Ya la voz, ya la vista se me acaba,  
 Siento en los ramos irme dividiendo,  
 Y frio el calor que espíritu me daba  
 Entre el macizo tronco consumiendo:»

Dijo, y el bello rostro que quedaba  
Se fue, viéndolo todos, deshaciendo,  
Helóse la gangana delicada,  
La palabra quedó en la lengua helada.

Dejó el ser y la habla todo junto  
Gravinia en árbol nuevo convertida,  
Y al mas brioso de temor difunto,  
La color, el aliento y voz perdida :  
La reina al rojo altar sin perder punto  
A guarecer en el tizon la vida  
De su hadada y tierna infanta pasa,  
Donde ya ardiendo estaba vuelto en brasa.

Del fuego le sacó, y en agua muerto  
Cobrate, oh Dúlcia, nueva hermosura,  
Y en un lugar seguro y encubierto  
Tu vida con su muerte se asegura :  
Divino ramo, pero estraño enjerto,  
Poner en seco tronco la ventura,  
De humor y no de lágrimas enjuto,  
Señal que ni promete flor ni fruto.

Creció la infanta, y su tizon hadado  
En oro incorruptible se guardaba,  
A su cruel madre fue en custodia dado,  
Y no á quien mas su guarda le importaba :  
A tí se habia de dar, Dúlcia, tu hado,  
Pues á tí sola el bien ó el mal tocaba,  
Si nadie quiere ser de sí homicida,  
¿Quién guardará mejor que tú tu vida?

Calipso otra parió tras esta diosa,  
Como tras de la aurora nace el dia,  
Segunda en tiempo, pero en ser hermosa  
A todas competencias excedia :  
Otra Diana, ó Venus amorosa,  
Dúlcia ausente, Crisalba parecia,  
Si la beldad segunda no naciera,  
Dúlcia fuera en su mundo la primera.

Esto digo, señor, por relaciones  
De los que oí contar el caso en Creta,  
Sin disminuir ni acrecentar razones,  
Ni á las suyas buscar causa secreta :  
Mas no porque en humanas perfecciones  
Piense que alguna iguale en ser perfeta,  
Ni juntas todas á la real princesa,  
Que amor me puso en la memoria impresa.

Fue Crisalba de todos preferida  
Por suerte, condicion, gracia y cordura,  
Del reino y de sus padres escogida,  
Que mas que esto se da con la ventura :  
Dúlcia graciosa, y nada desabrida,  
Y en belleza un milagro de hermosa,  
Fáltóle dicha, y fueron en su pecho  
Los tesoros del tiempo sin provecho.

Iguales sin igual, la soberana  
Suerte cayó en Crisalba mas cumplida,  
Siguió Dúlcia la alegre caza ufana ;  
Cuyo ejercicio le quitó la vida :  
Ceñida al talle y rito de Diana,  
La púrpura igualmente recogida,  
Y descubriendo aquello que podia  
Fuego ardiente volver la nieve fria.

De la rodilla abajo descubierto,  
Cual clavel sobre nieve deshojado,  
El pecho de alabastro y grana abierto,  
Y el un brazo y el otro arremangado :  
El dorado cabello sin concierto,  
Como al descuido con un nudo atado,  
Un arco corvo y una aguda flecha,  
Este en la izquierda, y esta en la derecha.

Colgada de los hombros rica aljaba,  
Donde sonando van las flechas de oro,  
Hasta la turbia envidia enamoraba.  
Que de lejos contempla su tesoro :  
Así la corte en general la alaba,  
Y así el palacio real por tu decoro  
Un divino pincel le dió en un rato,

Desta muerta beldad vivo un retrato.

Alli en el ademan se ve pintada  
Que al presto corzo ó javali seguia,  
En tan viva destreza, que engañada  
La vista deja llena de alegría :  
Cabe ella un alta haya coronada  
Con despojos de varia monteria,  
De osos las presas, de leon los niervos,  
Y cuernos duros de ligeros ciervos.

De allí aprendí á decirte la manera  
Con que siguió esta Infanta su ejercicio,  
Dichosa ocupacion, si su hado fuera  
Tanto como el amor le fue propicio :  
Mas cuando el bien decir se queda fuera,  
No hay suerte sin azar, beldad sin vicio,  
Que subir sin ventura en esta vida,  
No es mas que andar trazando la caida.

Cuentan que el dios Mercurio por el viento  
A negocios del cielo abria camino,  
Cuando la bella infanta en firme aliento  
Un leon flechaba sobre un pardo encino :  
Siente trocado su primer intento,  
Vuelto amante mortal de hombre divino,  
Tuerce la via derecha, deja el cielo,  
Y ofrece todo su cuidado al suelo.

Y no se esconde á la mortal Diana,  
Tan confiado va en su gentileza,  
Que sabe cierto que á la vista humana  
Dulce y tierna prision es la belleza :  
Y bien que su hermosura es soberana,  
El cuidado le da mayor fineza,  
Que para la beldad es el cuidado,  
Lo que la fuente para el verde prado.

El cabello compone, ajusta el manto,  
Las alas y el dorado caduceo,  
Que tanto alumbran y relumbran tanto,  
Que Apolo queda en su presencia feo :  
Causó á la virgen su belleza espanto ;  
Y el dios cumplió con ella su deseo,  
Si antes le era la caza deleitosa,  
Ya le es muerte dejar la selva umbrosa.

No escondieron los montes su delito  
Por mas que acrecentó á la caza el uso,  
Siendo el crecido talle el sobrescrito  
De lo que allí encubierto el tiempo puso :  
El mustio rostro en su color marchito  
El de su incauta madre trae confuso,  
Siente arrogante con dolor la afrenta  
Y mas del vulgo siente que la sienta.

Y como la honra en nobles corazones  
A toda otra importancia es preferida,  
Y el sentir que anda puesta en opiniones,  
Peor que muerte en una honrada vida ;  
Calipso abreviar quiso sus pasiones,  
Beber la muerte en sola una bebida,  
Y «muera, dijo, quien su honor deshonra,  
Pues es muerte civil vida sin honra.»

Saca el ramo fatal de oro vestido,  
Que era de su valor la mayor seña,  
Y del engaste ya desgarnecido  
Entre fragil le pone y seca leña :  
Y al enemigo fuego lo ha ofrecido,  
Que otra venganza tiene por pequeña,  
Tres veces encenderlo intenta, y luego  
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.

Ya lo saca una vez, y otra lo arroja,  
Ya el fuego apaga, ya lo resucita,  
Con lágrimas el seco tizon moja,  
Ya en la brasa lo pone y ya lo quita :  
La honra y el amor en una hoja  
La muerte tienen y la vida escrita,  
Si lo que el uno quiere, el otro niega,  
¿Quién podrá componer lucha tan ciega?

Ya el miedo del delito que intentaba  
El rostro mancha de color de cera,

Ya el encendido enojo le alteraba,  
Y le robaba la color primera:  
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,  
Ya se mostraba madre verdadera,  
Cual inconstante nao en mar airada,  
De un viento y otro aquí y allí llevada.

Muere el amor porque la honra viva,  
Sale la injusta muerte victoriosa;  
Bárbaro pecho, cruel, de madre esquivo,  
Si tanto estimas una fama honrosa,  
Mira, arrogante furia vengativa,  
Que no es honra matar así una diosa,  
Ni la hace menor, sino mas ancha,  
Quemar el paño por sacar la mancha.

En la mano el fatal tronco tenia,  
En su cruel intento ya quemado:  
«Si de este el fuego ha de nacer, decia,  
Que el triste reino dejará abrasado,  
Perezca aquí tu vida con la mia,  
Antes que el daño llegue á ser doblado  
Que los raros principios portentosos  
No prometieron fines mas dichosos.

Es mas que el vidrio la honra delicada  
Al limpio adorno de una real doncella,  
De huirse fácil, de guardar pesada,  
Muerte el seguilla, y muerte el no tenella:  
Con mentira y verdad queda manchada:  
La obra imprime y la palabra en ella,  
Y aunque la mancha en la verdad se lava,  
La señal queda, que jamás se acaba.

¿Pues yo qué aguardo si en el vulgo siento  
La tuya, incauta Dúlcia, andar perdida  
De lengua en lengua por el mudo viento,  
A quien tú has dado lengua tan cumplida?  
Si es menos que tu culpa este tormento,  
Todas deudas se pagan con la vida,  
Si joya en tí de mas valor hallara,  
En esa el yerro de tu honor vengara,  
Que el vulgo pregonero de maldades

En veneno convierte cuanto toca,  
Ni mira ni perdona calidades,  
Ni que la culpa sea mucha ó poca:  
Mas juntando mentiras con verdades  
La infamia crece, y el honor apoca,  
Y para dar al blanco adonde tira,  
La verdad hace igual con la mentira.

Fenezca, pues, tu vida y mi contento,  
Aunque eres digna de mayor castigo.  
¿Dónde me lleva este furor violento?  
Mas que el amor es el honor mi amigo:  
¿Soy madre, ó soy verdugo, ó instrumento  
De alguna furia que sus pasos sigo?  
¿Qué es del materno amor, y el pecho tierno,  
Que un dia tu cielo fue, y es hoy tu infierno?

¿Tan presto un solo enojo me ha robado  
Mil penas y dolores que me cuestas?  
¿De dulce madre el nombre regalado  
De tan liviano peso es en mis cuestas?  
Vive, que si el amor es del culpado,  
No han de pagar tus lágrimas sus fiestas:  
Mi hija fue á decir, mi Dúlcia dijo,  
Y aun deste mi amoroso se desdijo.

¿Qué digo? ¿estoy en mí? ¿estoy trocada?  
¿Creta será á una adúltera ofrecida?  
¿O si fuera tu vida desdichada  
En la primera brasa consumida!  
Estuviera tu muerte ya olvidada,  
Sin señal en mi pecho la herida,  
Atajada tu culpa, y mi pecado,  
Y el presente dolor fuera pasado.

Recibe el justo precio á sus hazañas,  
Y el castigo menor, que lo mereces,  
Y abrase este cruel fuego mis entrañas,  
Pues que naciste allí, y aquí feneces:  
Dos vidas que me debes tan estrañas

Quiero cobrar de tí, no de dos veces,  
Con una muerte quedaré contenta,  
Pagada de dos vidas, y una afrenta.

La primera te di, cuando en mi pecho  
El ser que ahora tienes recibiste,  
Y la segunda que este daño ha hecho,  
Cuando librada en este ramo fuiste:  
Todo queda en tu muerte satisfecho,  
Muere, que al fin para morir naciste,  
Y no irás sola, que este mismo fuego  
Tras tí me llevará á buscarte luego.

Dijo, y temblando el brazo desmayado,  
El rostro vuelto, que su error no viese,  
El funesto tizon al fuego ha dado,  
Que un gemido mortal se oyó que diese:  
De la invencible llama rodeado,  
Como por todas partes se encendiese,  
Dúlcia ignorante, y de su mal ausente,  
Con un nuevo calor arder se siente.

Las entrañas el fuego le consume  
Sin causa, y de repente procedido,  
Y aunque con su valor y brio presume  
Vencerlo, queda su valor vencido:  
Ya la enemiga parca se resume  
En dejar el estambre dividido,  
Cae en el triste lecho desmayada,  
Cual tierna fruta sin sazón cortada.

Crisalba entre sus brazos soberanos  
El desmayado cuerpo sostenia,  
Apriétale las suyas con sus manos,  
Como quien darle su salud queria:  
No juzga sus dolores por livianos,  
Mas tampoco creyó que se moria,  
Dúlcia perdida la color de rosa,  
Así le habla y tiembla temerosa:

«Llamarme con delgadas voces siento  
Del seno obscuro de la tierra helada,  
Tristes sombras cruzar veo por el viento,  
Y que me llaman todas de pasada:  
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento,  
Cielos, ¿á cual deidad tengo agraviada,  
Que en medio de mi dulce primavera  
Con tan nuevo rigor quiere que muera?

Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte,  
¿qué mayor muerte quieres que dejarte?  
Si me era paraíso y gloria el verte,  
¿Qué gozaré dejando de gozarte?  
Si el morir siento menos que perderte,  
No es por que quedas, mas por no llevarte  
Donde me llaman: ¡ay Crisalba mia,  
Que es temeroso trance esta agonía!

Sola á ti he dado cuenta de mi vida,  
Sola á ti he descubierto mis amores,  
Como á la secretaria mas querida,  
Que el cielo pudo darme en sus favores:  
Si eres desta alma la mitad partida,  
Si te obliga el amor á mis dolores,  
Esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido  
Por alivio del paso á que he venido;

Que si acaso aquel dios, cuya memoria  
Siempre en mi alma vivirá guardada,  
Llegaré aquí, despues que la victoria  
Mia esté por la muerte declarada,  
Le cuentes con dolor mi amarga historia,  
Y por fin de la muerte desdichada  
Dirásle, hermana, que á este paso fuerte,  
Mas me mató su ausencia que mi muerte.

Que si con estos ojos ver pudiera  
Su beldad cual está en mi fantasia,  
Pequeño brazo el de la muerte fuera  
Para dejarme sin la vida mia:  
Y si por ser mortal al fin muriera,  
Muriera no tan falta de alegría,  
Sirviéndome su boca de aposento  
A este mi último espíritu y aliento.

Y si es de veras dios, y no ha fingido  
 El encendido amor que me ha mostrado,  
 Hiciera al fin con su valor cumplido  
 Este paso y dolor menos pesado:  
 Siento la muerte, porque no he vivido,  
 Y en edad peligrosa me ha hallado,  
 Cuando al mundo mi vida parecía  
 Alegre flor al despertar del día.

Siento que esta semilla soberana,  
 Que ahora viva en mis entrañas siento,  
 Antes de ver la luz muere temprana  
 Compre á cuenta de darle yo el sustento;  
 Y que la parca cruel en la fiebra vana  
 Antes de urdirle dé el golpe violento,  
 Y en el breve morir solo le cuadre  
 Ser hija y herejera de tal madre.

Siento que ya la vida se me acaba,  
 Y que el alma comienza á desairarse,  
 Y el fresco aliento que vigor me daba  
 Dentro del pecho en fuego convertirse.  
 Así la bella Dúlcia se acababa,  
 Cual se ve tierna antorcha consumirse,  
 Y Crisalba mas muerta que su hermana,  
 Así le aplica una esperanza vana.

«Vive, mi Dúlcia, de temor segura,  
 Que no será tu mal tan poderoso,  
 Aunque se junte á él mi desventura,  
 Que de tal vida salga victorioso:

No se desdore así tu hermosura,  
 Que el carmesí de ese clavel hermoso  
 No le verá la muerte, aunque atrevida,  
 Por no cobrar en verlo nueva vida.

Si el cielo me da un nudo como puede,  
 Yo ligaré tu alma con la mía,  
 Y haré que entre las dos así se enrede,  
 Que sigan ambas una misma vía:  
 Ni la mía vaya ni la tuya quede  
 Ausente de su dulce compañía,  
 Antes iguales en ventura y suerte  
 Pasen por una vida, y una muerte.

Gozarnos hemos tiempo sin medida,  
 No estés de lo contrario recelosa,  
 Y allá la muerte tras la edad cumplida,  
 En su lugar será pieza forzosa:  
 Vendrá menos aceda y desabrida,  
 Que al fin es la vejez carga penosa,  
 Y en un mismo sepulcro verituroso  
 Un lecho gozaremos, y un reposo.»

Así Crisalba á Dúlcia consolaba,  
 Y así Dúlcia se estaba consumiendo,  
 Y aquella poca vida que faltaba  
 Por el aire sutil se fue huyendo:  
 Huyó el aliento que el vivir le daba,  
 Como marchita y débil flor cayendo,  
 La brasa consumida y acabada,  
 Entre blanca ceniza amortiguada.

Si cien lenguas distintas y acordadas  
 El cielo á esta sazón me concediera,  
 Y en ellas las palabras mas limadas  
 Que hay en la clara discrecion pusiera,  
 Fuera de aliento corto y limitadas,  
 Si encarecer con ellas pretendiera  
 El dolor, sentimiento, angustia y llanto  
 Que en Crisalba causó el mortal espanto.

¡Oh humana suerte de inconstancias llena,  
 Con quien ni vale gracia ni hermosura,  
 Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena,  
 En su misma grandeza se asegura!  
 ¡No hay tiempo claro, ni alma tan serena,  
 A quien no siga invierno y noche obscura,  
 Ni alegre sangre en juveniles años  
 Libre de riesgo y máquinas de engaños!

¡Ahora el cabello enlace y la garganta  
 Con las perlas del mar que Arabia cria,  
 Y en púrpura de Tiro asiente cuanta

Riqueza el monte Imabo á Persia envía!  
 ¡Ahora de la beldad que al mundo espanta  
 Las flores goce, y donde muere el día  
 Suene su voz, y corra desde Oriente  
 Libre de lengua en lengua, y gente en gente!

¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,  
 Despiertos sueños de la humana vida,  
 Que corre y vuela de uno en otro daño  
 Hasta donde la muerte está escondida,  
 Cortando á todos de vestir de un paño,  
 Sin hacer diferencia en la medida,  
 Que son el pobre, el rico, el flaco, y fuerte,  
 Iguales á las puertas de la muerte!

¡No del Tigris las ondas espumosas,  
 Que en furiosos raudales van pasando,  
 Ni de Venus las aves amorosas  
 En sesgo vuelo por el aire blando,  
 En curso igualan las humanas cosas,  
 Que los tiempos tras sí llevan volando,  
 La pena sola, y el dolor mas breve,  
 Parece á donde está que no se mueve!»

Así iba el rey de Persia lamentando  
 Su larga historia, corta de ventura,  
 Al tiempo que tambien el conde Orlando  
 Del valle de Pomier por la espesura,  
 A Garilo y los suyos declarando  
 La artificiosa enigma antes obscura,  
 Con el discurso deste dulce cuento  
 La verdad confirmó de su argumento.

«Todas las cosas que en el mundo vemos,  
 Cuantas se alegran con la luz del día,  
 Aunque de sus lenguajes carecemos,  
 Su habla tienen, trato, y compañía:  
 Si sus conversaciones no entendemos,  
 Ni sus voces se sienten cual la mía,  
 Es por tener los hombres impedidos  
 A coloquios tan graves los oídos.

¿Quién publica á las próbidas ovejas  
 Sus sabios aranceles y ordenanzas?  
 Y ¿á quién el ruiseñor envía sus quejas  
 Si siente al cazador las asechanzas?  
 ¿Quién á las grullas dice, y las cornejas,  
 De los tiempos del mundo las mudanzas?  
 Y al prado que florece mas temprano,  
 ¿Quién le avisa que viene ya el verano?

¿Quién sino estos lenguajes, que escondidos  
 No de todas orejas son hallados,  
 Mas de sus sordas voces los ruidos  
 Los raros hombres á quien dan cuidados:  
 Tan absortos los traen, tan divertidos,  
 Y en tan nuevas historias ocupados,  
 Que es fuerza en esto confundirse todos  
 En varios casos por diversos modos.

Creese que del ruido que las cosas  
 Unas con otras hacen murmurando,  
 De su armonía y voces deleitosas  
 Las suspensiones dan de cuando en cuando;  
 Que en su canto y palabras poderosas  
 Así el seso se va desengazando,  
 Que el de mas grave precio se alborota,  
 Y el saber de mayor caudal se agota.

Desto á veces se engendra la locura,  
 Y las respuestas sin concierto dadas,  
 Sin traza al parecer, sin coyuntura,  
 Ni ver cómo ni á quién encaminadas:  
 Los árboles, los campos, su frescura,  
 Las fuentes, y las cuevas mas calladas  
 A quien llega á sentir por este modo,  
 Todo le habla, y él responde á todo.

Y el no entender ni oír este lenguaje  
 Con que el mundo se trata y comunica,  
 Y á su Criador en feudo y vasallaje  
 Eternos cantos de loor publica:  
 La ocasion cuentan que es cierto brebaje,  
 Que el engaño en naciendo nos aplica,



De groseras raíces de la tierra,  
Que el seso embota, y el sentido cierra.

Mas aquel que por suerte venturosa,  
Y favorable rayo de su estrella,  
La voz desta armonía milagrosa  
Libre de imperfeccion llega á entendella;  
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,  
Que á todas horas ocupado en ella  
Á solo su feliz deleite vive,  
Y de otra cosa en nada le recibe.

No es invencion ni fábula compuesta,  
Que ya por mí este caso ha sucedido,  
Llegando sin pensar á una floresta:  
Junto á una cueva en un lugar florido:  
Al pié de un roble por pasar la siesta  
Al son del agua me quedé dormido,  
Y una serpiente en tanto que dormia  
Los oidos y el rostro me lamia.

Desligóme el sentido de manera,  
Que cuando desperté quedé admirado,  
Porque en formado tono, y voz entera,  
Hablar oí las flores del collado;  
Y un árbol por historia verdadera  
Me contó, que en la cueva de aquel prado  
Medoro hizo á Angélica la bella

Seis dias antes dueña de doncella.

Sobresalteme, y escuchando atento  
El bosque sospeché que era encantado,  
Y por albricias del amargo cuento  
Furioso todo lo dejé aislado:  
Partíme con un nuevo descontento,  
Oyendo hablar las selvas, el ganado,  
Los árboles, los rios, y las fuentes,  
Las piedras, los collados, y las gentes.

Esta fue la ocasion que ya algun dia  
De mí el mundo creyó que loco estaba,  
Porque aunque preguntaba y respondia,  
Ni el porqué vian ni con quién hablaba;  
Hasta que Astolfo por la estraña via  
De un licor peregrino que él usaba,  
Me cerró como de antes los oidos,  
Y volvió á su concierto los sentidos.

Pues en el tiempo que escuchando anduve  
Encubiertas historias no entendidas,  
Increibles son las fábulas que tuve,  
Sin querer aprenderlas, aprendidas:  
Y entre otros cierto dia me detuve  
En oír de unas tragedias nunca oidas,  
Lo que ahora quiero que por prueba quede  
De lo que vale la ventura y puede.

Y no se entienda que es cuento inventado  
De mi persona y gravedad indino,  
Que aunque de humilde cuerpo, va fundado  
En caudal y discurso peregrino:  
No está todo el valor en lo abultado,  
Menudo es el aljófár, y si es fino  
No pierde por menudo en buen consejo  
Lo que por limpio gana, y por parejo.

Junto á los arruinados paredones  
De la antigua Cartago llegué un día,  
Y cansado de oír lamentaciones  
Que cada piedra contra el tiempo hacia  
Juzgando por las mías sus pasiones  
A la sombra de un álamo, que abría  
Pomposa rueda con sus ramos huecos,  
De un ruisenior me puse á oír los ecos.

Venia su nueva libertad cantando  
Que de una jaula de oro al libre cielo  
Burlada la prision, el aire blando  
En ligero cortó, y delgado vuelo:  
Y las vecinas selvas convidando  
De su arpado canto el gran señuelo,  
Así cercado de aves, y de espanto,  
Oyendo todas prosiguió su canto.

«¡Oh dulce libertad! dichosa prenda,  
A ningún bien humano comparada,  
Sin quien del mundo la dorada rienda  
Es por mas bien que dé carga pesada:  
Ni alcázar de oro, ni bordada tienda,  
Jardines, ni comida regalada,  
Música, cantos, aparatos, galas,  
Ricas bajillas, y entoldadas salas:

Ni los demás deleites que al sentido  
El real cetro y su lisonja ofrece,  
Todo sin libertad es bien fingido,  
Falsa alquimia sin ley, que oro parece:  
Ya en rica jaula, y en jardín florido,  
A quien lo mejor de Africa obedece,  
Vi yo mi albergue hecho, y mi arpada  
Lengua de graves reyes escuchada.

Defendido de archeros, que por horas  
La guarda hacen de mi altiva casa,  
De sabroso manjar, y aves cantoras,  
La mesa puesta, y los saraos sin tasa:  
Estanques de cristal, fuentes sonoras,  
Y lo que á todo junto escede y pasa,  
Perdido el riesgo, el miedo, y la sospecha  
De sutil red, y de invisible flecha.

Mas todo junto, ¡oh libertad preciosa!  
Contigo ni se iguala, ni te llega,  
Por tu riesgo troqué mi paz sabrosa,  
Y el real jardín por esta estéril vega:  
Sola entre sus deleites una cosa  
A mi gusto tu nuevo estado niega,  
Que es privarme de ver la llena luna  
De aquel soberbio mónstruo de fortuna.

Yo digo del feliz Rustaquoio, hijo  
Del bárbaro Abdelmon, humilde ollero,  
Que hoy en su afortunada estrella fijo  
De la ancha Libia vuela el cetro entero:  
Solo deste en mi libre regocijo  
Me falta el bien de ser su prisionero,  
Que de un hombre dichoso, aun las cadenas  
De bienes suelen ser y gustos llenas.

Cuando en el trato humano considero  
La altiva magestad, la real grandeza  
Con que un hombre avasa la un mundo entero,  
Y se hace dél á su pesar cabeza:  
La ciencia de un filósofo, el severo  
Rostro de un senador, la fortaleza  
De un soldado, el nivel de un arquitecto,  
Y el compás de un artifice perfecto:

La luz del sol, del mundo la alegría,  
Las perlas de la mar, los granos de oro  
Que en sus entrañas para el hombre cria,

Fuentes de gusto, venas de tesoro,  
Mármoles, jaspes, bronces, pedrería,  
Que por curiosidad, pompa y decoro,  
Da á sus teatros y ciudades bellas,  
Y el suntuoso primor dellas y dellas:

La religion, el trato, las maneras  
De fiestas y comidas regaladas,  
Prados, jardines, cazas, montes, fieras,  
Músicas, y pinturas delicadas,  
La luz, el aire, el cielo, sus esferas,  
Para el servicio humaró fabricadas,  
Las flores, frutas, fuentes, mares, rios,  
Sus bosques, selvas, y árboles sombríos:

Y otros varios deleites de que goza  
El hombre en esta vida á su contento,  
Cuando la juvenil sangre retoza,  
O se madura ya el entendimiento:  
La salud, el linaje, la edad moza,  
Que es del placer el verdadero asiento,  
Y el gusto del saber, que de la cepa  
Humana no hay sabor que tanto sepa.

Cuando todo esto considero, y miro  
Criado el hombre, y hecho á su regalo,  
Lo juzgo por feliz, y no me admiro  
Que perder tanto bien tenga por malo:  
Que tire del vivir, que es dulce tiro,  
Y sin precio un brevisimo intervalo  
De vida, en que gozar de la presente,  
Que el cuerpo muerto al fin ni ve ni siente.

Mas cuando vuelvo á ver la humana suerte  
Sujeta al tiempo, y á miseria tanta,  
Y cual frágil cañuela es el mas fuerte  
Cedro que el monte Líbano levanta:  
Cuando vecino al polvo y á la muerte  
Está el dosel que mas se le adelanta,  
Los miedos, sobresaltos, sinsabores,  
Vejez, enfermedades, y dolores.

Y sobre todo el curso irreparable  
Con que en los breves dias se consume  
El bien mayor, el gusto mas durable  
Del que en su estado y fuerzas mas presume,  
Hallo al hombre tan pobre, tan instable,  
Que toda su grandeza se resume  
En ciega vanidad, locos vaivenes  
De propios males, y de inciertos bienes.

Todo es sombra, y no mas: mas donde en todo  
Es digna de llamar la humana suerte,  
Es á ver cuan á tiento, y de qué modo  
Anda el hombre en la vida, y en la muerte:  
Aquí le dan la mano, allí del codo,  
Aquí le hacen errar, allí que acierte,  
¡Oh laberinto humano! ¡cuán á ciegas  
Los gustos das, ó los contentos niegas!

De la jurisdiccion de la fortuna  
Estos turbios celajes forjó el hado,  
Sin que haya vista tan de lince alguna  
Que el fondo alcance á ver de su nublado:  
Sola ella en dispensar su antojo es una,  
Y Rustaquoio Abdelmon su mas privado,  
En cuyo bien jamás supo estar queda,  
Hasta darle la cumbre de su rueda.

Por todas las edades que en el mundo  
Mi estrecha alma gozó vital aliento,  
De fortuna favor tan sin segundo  
Mi vista vió, ni en su memoria siento:  
Y la larga esperiencia en que me fundo  
No es de un año ni dos, de diez, ni ciento,  
Millares de años son, y años perfetos  
Los que el mundo he cursado, y sus secretos.

Dejo ahora el contar como criadas  
Las almas ya, por áspero castigo  
De sus primeras culpas, son ligadas  
En frágil nudo al cuerpo su enemigo:  
Y como de uno en otro barajadas  
Siempre mudando van casa y abrigo,

Y en nueva forma y vida diferente  
Eternas vueltas dan eternamente.

Hoy suelen habitar un cuerpo humano,  
Y mañana hallarse en el de un bruto,  
Yo fui primero un capitán troyano,  
Después Armodio un noble disoluto:  
Una vez fui gigante, otra fui enano,  
Otra Lisander un mordaz astuto,  
Y dentro de Pitágoras el mudo  
Al mundo hice un filósofo sañudo.

Después fui rey, después un elefante,  
Tras esto la ramera Aspasia, y luego  
Atenodoro, un fiel representante,  
Y Epidices, cobarde orador griego:  
Fui Terpandro, gran músico y danzante,  
Que á la arpa añadió una cuerda, y ciego  
Olvidé los primores que sabia,  
Camello fui otra vez, gallo otro día.

Médico de opinion, y mal poeta,  
En Periandro nací, y el seso lleno  
De quimeras seguí tras la imperfecta  
Senda sin encontrar un verso bueno:  
Fui Epicuro gloton, fui la indiscreta  
Filomena, fui el asno de Sileno,  
Fui Focion hablador de dichos vanos,  
Y fui Ademédés, jugador de manos.

Fui Eráclito el risueño, fui el mendigo  
Parresias, fui Diomédes el tirano,  
Y entre estos varios mundos al abrigo  
De un árbol de oro fui pavon lozano:  
Puesto de la fortuna por testigo  
A los ciegos discursos de su mano,  
Donde de un barajado mundo á tienta  
Los disgustos reparte, y el contento.

En medio lo poblado de la tierra  
Un altísimo monte se levanta,  
Que un yerto cerro y escabrosa sierra  
Hasta las cumbres es desde su planta:  
Su altura aquí en pomposos ramos cierra  
De un árbol celestial la insigne planta,  
De esmeraldas sus hojas, de oro el tronco,  
Lustroso de una parte, y de otra bronco.

Lleva por fruta y flor honras y afrentas,  
Una y otra fortuna indiferente,  
Y ella en sus ramos puesta con violentas  
Manos la coge y da confusamente:  
Al pié del árbol van olas hambrientas  
Sin tiento de confusa y ciega gente,  
Que por los riscos sin cesar trepando,  
Unos cayendo van, y otros volando.

En piñas de oro cae la fruta altiva,  
Y coge cada cual la mas galana,  
Y si bien todas de oro caen de arriba,  
Una podrida sale, y otra vana:  
Unas llenas de muerte, otras de esquivas  
Afrenta y otras de honra soberana,  
Este lisonjas halla, el otro honores,  
Y á otro un áspid le pica entre las flores.

De gusto aquel, y de tesoros llena  
Su piña coge, y al cerrar la mano  
En lugar del contento halla pena,  
Y las riquezas vueltas aire vano:  
Por uno al fin que acierta con la buena,  
La suerte yerran mil, ¡oh engaño humano!  
Que la fortuna puesta sobre todos  
De un error rie los diversos modos.

Yo aquí imitando su pomposa rueda,  
En la que de mis plumas componia,  
Lozano pavon vuelto á la vereda,  
Del curso humano fui gran tiempo espía:  
Y aunque vi allí grandezas de que pueda  
Hacer alarde aquí la lengua mía,  
Ni en esta edad hallé ni en otra alguna,  
Como la de Abdelmon igual fortuna.

Muchos hay que de humildes fundamentos

Se alzaron á supremas dignidades  
Príncipes hubo, cuyos nacimientos  
Apenas los conocen las edades:  
Pero fueron al fin sus crecimientos  
Hijos de sus altivas voluntades,  
Saliéndole á ayudar en el camino  
Por esta ó la otra parte á su destino.

Mas Rustaquoio Abdelmon que hoy rige al mundo

Todo es parto feliz de la fortuna,  
Ella el paso primero, ella el segundo  
Dió, y los demás en su creciente luna:  
Ni él la solicitó, ni su fecundo  
Reino le debe diligencia alguna,  
Que cuanta magestad goza en su altura,  
Todo es linchado golpe de ventura.»

Esto cantaba el ruiseñor al vuelo,  
De las aves que oyéndole se espantan,  
Que con arpadas lenguas siempre al cielo  
Misterios á este semejantes cantan:  
Y no sin causa, que en el mauro suelo  
Así en las cosas de Abdelmon discantan,  
Que de cuantos adoran en la luna  
Por monstruo le confiesan de fortuna.

Rústico hijo de un humilde ollero,  
En Africa le halló su estrella un día,  
Que formar el dibujo verdadero  
De un hombre venturoso pretendia:  
Fue de su dicha el escalon primero  
Un real carbunco, en quien el sol hacia  
Nuevo retrato suyo, y entre peñas  
El á los ojos con vislumbres señas.

Huyendo una enroscada sierpe, que arde  
En sus escamas de oro el campo raso,  
Que el triplicado silbo al pié cobarde  
A tiempo le hizo huir medroso el paso,  
Donde la rica piedra haciendo alarde,  
Esta de su beldad tropezó á caso,  
Y al caer sin tiento en el estéril llano,  
Fortuna misma se la dió en la mano.

Y él sin hacer de su valor estima  
Tibia la lleva y desganadamente,  
Cuando á Vanicio vió que era la prima  
En presuncion de su aldeana gente:  
Vió la piedra, y vió como no estima  
Su respaldar el bárbaro insipiente,  
Que en ignorantes manos la mas fina  
Perla se vuelve humilde cornerina.

Y él conociendo el sin igual tesoro  
Que en su estrecha materia se incluia,  
En cuya estimacion es pobre el oro,  
Y humilde la mas noble pedrería;  
Guardándole á su dicha aquel decoro  
Que á tan nuevo favor se le debía,  
De todo su caudal se necesita  
Por comprar la preciosa margarita.

Compróla, y dió por ella su pobreza,  
Y con ella quedó próspero y rico,  
No sabe en qué emplear tanta riqueza;  
Que el mundo todo á su grandeza es chico:  
Ya del sayal le enfada la bajaiza,  
En brocado trocar quiere el pellico,  
Sobre su estéril paja está acostado,  
Y allí se sueña en tálamo dorado.

Despierta, y confiado en su tesoro  
De pajes se rodea y de criados,  
Ricas bajillas, reposteros de oro  
Del pincel de su antojo fabricados:  
«El día, dice, y la ventura adoro,  
Que tales siglos me tenian guardados  
Para ser en la tierra sin segundo,  
Pues nací pobre, y mando ahora el mundo.»

Bien en este carbunco hay dos millones,  
Un grave estado compraré del uno,  
Ricas presecas del otro, altivos dones,  
De aparato cual otro fue ninguno:



Y aun tales podrán ser las ocasiones,  
Y el tiempo en mi favor tan oportuno,  
Que llegue á ser emperador potente,  
Desde el tostado egipcio al mauro ardiente.

Al humilde Rustaquoio, que es el hombre  
Que para mí halló esta gran riqueza,  
Cuando de ver mi magestad se asombró  
Daré altivo la mano á su pobreza :  
O ilustre celo con honrado nombre  
De criado, si alcanzare á tanta alteza,  
Y no es paga excesiva al beneficio,  
Admitirle desde hoy en mi servicio.

Mia esta rica piedra de derecho  
Era, como tambien ahora es mia,  
Que el ollero Abdelmon en mi barbecho  
Se la halló, porque tras mí venia :  
Yo no tengo como él ánimo estrecho,  
Que desde que nací ser rey quiera,  
Y la feliz estrella en cuanto ofrece  
A los brios que inclina favorece.

Que nube al viso humano tan oscura  
Es la fortuna, el hado y su destino!  
¡Por qué rodeos camina la ventura  
Cuando quiere salirlos al camino!  
Pobre Rustaquoio vió entre la verdura  
Este tesoro que á mis manos vino,  
¿Quien entonces le viera juzgaría  
Por suya la ventura, y era mía?

Así Vanicio en bárbaros discursos  
Quimeras fabricaba por los vientos,  
Midiendo el cielo á palmas, y á sus cursos  
Dando y quitando ley y movimientos :  
Tan vario, que á ser de oro los concursos  
Y avenidas de vanos pensamientos  
Que á su ambicion venian, ni la hartaran,  
Ni sus torpes locuras concertaran.

¡Qué de Vanicios en humildes lechos  
La luz contempla de la aurora fria,  
Que un mar de locas pretensiones hechos  
Todas las cumplen esperando el dia :  
Y en quimeras y monstruos contrahechos  
Desvelan la inconstante fantasía,  
No viendo que las cuentas sin dineros  
En saliendo la luz son todas ceros!

Abdelmon de otra parte en el cuidado  
De cien rubios cequis con que Vanicio  
Compró el precioso globo, desvelado  
De su aldea se finge un gran patricio :  
Mas la fortuna á cuenta de su hado,  
Codicioso de dar al mundo indicio  
De sus milagros dió muestra segura,  
Que no consiste en trazas la ventura.

Tenia Abdelmon por lisonjero amigo  
A Almohadí, cierto árabe embustero,  
De sus secretos singular testigo,  
Y de su alma desnuda dueño entero :  
Este en traje de paz fiero enemigo,  
Deseoso de hacer presa en el dinero,  
A las ruinas de un antiguo muro  
Se le hizo enterrar por mas seguro.

Y aquella noche el cauteloso moro,  
De hambrienta codicia el pecho lleno,  
A robar del sincero amigo el oro  
Por las tinieblas fué de un bosque ameno :  
Cuando á tienta huscando el fiel tesoro,  
De un frio áspid halló el mortal veneno,  
Que trocándole el curso de la suerte,  
Por rubio oro le dió pálida muerte.

Entretanto á Abdelmon en triste sueño  
Morfeo le pinta de su amigo el caso,  
Despierta. y va á buscar de su pequeño  
Tesoro el breve globo, y bulto escaso :  
Y viendo el pago que el mortal beñeno  
Al falso moro dió, suspendió el paso  
De la muerte medroso, y la serpiente

Que aun en torno del muerto cuerpo sienta.

Mas libre con la nueva luz del dia,  
Su pequeño tesoro toma y parte,  
Del ardiente calor de Berbería  
Hacia la mas oculta y ciega parte :  
Porque en la muerte que presente via  
Teme que alguno sin razon le encarte,  
Y no le aprovechó, que el oro hallado,  
Que á otros suele salvar, le hizo culpado.

Por la codicia de los rubios tejos  
Seis cuadrillas salieron á buscalte,  
Y una dellas bajar le vió de lejos  
De una alta sierra á un encubierto valle,  
Y que entre unos manglares mal parejos  
Tropa alarbe le espera por roballe,  
Donde vida y dineros le quitara,  
Si la que á prenderle iba no llegara.

Ya las rendidas manos en un lazo  
Presas le halló la escuadra diligente,  
Que á toda presa el áspero ribazo  
Saltó, y dió en los alarbes de repente :  
Y ellos en firme y en gallardo brazo  
Preso y vidas defienden juntamente,  
Y al brio de sus rústicos contrarios  
Varias heridas dan, y golpes varios.

Ya en porfiada batalla y cruda guerra  
Los unos en los otros marañados,  
Pedazos hechos la sangrienta sierra  
Caer los vió en sus faldas destrozados :  
Y de ocho dos valientes de la tierra  
De Abdelmon, en mil partes lastimados,  
Vivos solos quedaron, y el cautivo  
A costa de sus muertas vidas vivo.

Parecióles estorbo y demasia  
Volver preso de allí el cautivo mozo,  
O porque su temor se lo impedia,  
O la codicia ó bárbaro destrozo :  
Despojéronle al fin lo que traia,  
Y de la selva en un profundo pozo,  
Que su delito deje mas cubierto,  
Lo despeñaron, y quedó por muerto.

Dióse por tal Rustaquoio desde luego,  
Y trazó la fortuna su caída  
Por mejor levantarle, y así el ciego  
Pozo no le quitó, mas le dió vida,  
Que como quien despierta del sosiego  
De un dulce sueño el alma divertida,  
A mirar comenzó por el profundo  
Si via los reinos ya del otro mundo.

Y no del hondo infierno llama horrible  
En ciego humo, y rechinir sonoro,  
A un tibio rayo vió de luz visible  
Mas rubias masas de centellas de oro :  
Volvió del todo en sí (¡ caso increíble!)  
Y en medio se halló de un gran tesoro,  
Que allí la ciega antigüedad, ó el hado,  
A su ventura le tenia guardado.

Salía por cien torcidos escalones  
La bóveda sin luz de oro preñada  
A unos desbaratados paredones,  
Fábrica en otros siglos celebrada :  
Sacó el moro feliz de los montones  
De joyas una entre otras señalada,  
Un rico alfanje, cuya pedrería  
Una ciudad su estimacion valia.

Quiso en Tunez venderle á menosprecio,  
Que la hambre no come perlas ni oro,  
Y el espanto de joya de tal precio  
A voces dió por salteador al moro :  
Llévanle preso al rey, que con desprecio  
De su ánimo real, quiere el tesoro,  
Y por él en la torre de palacio  
Cárcel le dieron y prision de espacio.

Budebuz, rey famoso de Marruecos,  
Por lo infeliz de una batalla brava,



De la alta torre en los desvanes huecos  
Despojado del reino y preso estaba,  
A cuyo oído los preñados ecos  
Del gran tesoro que Abdelmon negaba  
Llegaban, y deseó por experiencia  
Ver del moro el aseó y la presencia.

Fue cosa fácil darle gusto en eso  
Por serles cárcel una misma torre,  
Hizo graves preguntas el rey preso  
Al mancebo en la fama que del corre,  
Y halla que en todas tiene fondo y peso,  
Y una estrella feliz que le socorre,  
Y casi le arrebató en raudó vuelo  
A levantar su nombre y fama al cielo.

De otra parte Abdelmon estando cierto  
Ser de Marruecos rey el que allí estaba,  
O fuese virtud propia, ó encubierto  
Rayo de luz que su ánimo guiaba;  
Al real valor, aun no del todo muerto,  
Del feroz rey, y su persona brava,  
El preso moro se inclinó de suerte,  
Que servirle ofreció hasta la muerte.

Era prudente el rey, y en los sucesos  
Notó del moro una feliz ventura,  
Y enderezar con ella sus aviesos  
Mas que furor le pareció cordura:  
Quiso el rigor templar de sus excesos  
Con arrimarse á senda mas segura,  
Y mientras su fortuna no serena  
Valerse en sus azares de la ajena.

Descubrióse su pecho, y él gozoso  
En firme confianza se preliere  
De dar la mano al rey, y un venturoso  
Con cuanto intenta sale, y cuanto quiere,  
Contentóse el de Tuncz codicioso  
Con su alfanje feliz sea cuyo fuere,  
Dando á su dueño libertad, y en ella

Cumplidos los furores de su estrella.

Al rey despues en su prision esquivó  
Con sutil artificio por su mano  
Seguro le escaló la torre altiva,  
Y libre le sacó del rey tirano:  
Y en su escondida cueva entre la viva  
Luz del tesoro le escondió ufano,  
Cuya inmensa riqueza despues pudo  
De armas y gente armar al rey desnudo.

Hizo su general el despojado  
Al fiel Rustaquo, y él con su ventura  
El reino recobró, y le dió el estado  
Con mayor cetro y silla mas segura:  
Que no se contentó de ver ganado  
Lo que halló perdido, mas en dura  
Sujecion puso yugo y quitó leyes  
Del africano suelo á treinta reyes.

El suyo agradecido á sus servicios,  
Ya con paterno amor y fe sincera,  
En dulce premio le ofreció propicios  
Los brazos de Aja su única heredera,  
Pagando con los mismos beneficios  
Que obligado le halló, y desta manera  
De humildes padres le hizo el alto cielo  
Gran miramamolín del libio suelo.

A Vanicio en sus trazas y su cuenta  
Diverso fin le dió la incierta suerte,  
Que entre la paz y la codicia hambrienta  
Le dieron por robar la joya muerte:  
Y sus bajillas, pajes, y su renta  
Con él la tierra en polvo nos convierte,  
Tan incierta es como esto y tan oscura  
En los humanos casos la ventura.

#### ALEGORIA.

En Angélica perseguida de Venus, y de Alcina, que significa el afecto sensual, se muestra que por irle fal-

tando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que también en los ojos que la vían fuese faltando el deleite que antes causaba, ó porque el honor significado por Angélica es siempre perseguido y amancillado de la sensualidad: y así á los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenia; al mejor tiempo les falta el viento, y perdiendo la honra se quedan en calma.

El tizon hadado de Dúlcea, apagado con agua por mandado de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generación: es á saber, calor, humedad y espíritu, y su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud, y hermosura del cuerpo humano.

En la novela de Orlando se ve la trabazon y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio, y como todas son pregoneras de su providencia divina.

En el canto del ruiseñor se muestra como de los bienes humanos el mas precioso es la libertad: y en los sucesos de Rustaquito Abdelmon, de que pequeños principios nacen las magestades del mundo, y cuan poco valen los discursos de la prudencia humana donde no favorece la divina.

## LIBRO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO. Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y que dándose ellos vueltos estatuas de oro en una sala encantada, el se va triste y solo á dar en una cabana de un pastor: reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.

Así siguiendo el ingenioso Orlando  
Su opinion fue, y su cuento peregrino,  
Concluyendo en lo uno y otro, cuando  
El día en su luz, y el sol en su camino:  
Y el astuto Garilo, que en el blando  
Discurso á su jornada robó el tino,  
De un intricado bosque en la espesura  
Se los dejó, y halló la noche oscura.

La catalana astucia, el bosque ciego,  
La oscura noche, y el fallarles guía,  
A otorgar les forzó el dañoso ruego  
De la traidora cautelosa espía:  
Y un caido alcázar, que del tiempo el fuego  
Convirtiendo iba ya en ceniza fria,  
En sus rotos desvanes sin abrigo,  
El que no tiene ofrece á su enemigo.

Fuese la noche entre quietud y sueño,  
Y sabrosos olvidos de cuidados,  
Y al levantarse el día con risueño  
Semblante, y ojos garzos y dorados,  
El castillo hallaron sin su dueño,  
Y los que en él estaban despojados  
De arneses unos y otros de vestidos,  
Y á un modo en mil maneras ofendidos.

Suben á lo alto de una antigua torre  
Por descubrir lo que en el campo habia,  
Cuande á la lonja que á la puerta corre  
Guardarla un hombre armado parecia:  
El conde altivo que su arnés recorre,  
Y el brioso Brilladoro en quien venia,  
Mas del desprecio que del robo hecho,  
Fuego lanza la vista y rabia el pecho.

Cual espumoso rio, que deshecha  
La presa que enfrenado le tenia,  
Furioso rompe, y por la puerta estrecha  
Lo mismo saca que antes le impedia,  
Y no de sus riberas se aprovecha,  
Antes furioso dellas se desvia,  
Y de verse oprimir mas enojado  
Lleva entre los pesebres el ganado;

Bien así la ira del francés caudillo,  
Viéndose despreciado de un villano,

No una almena le tira, ni un ladrillo,  
Mas furioso con una y otra mano  
La alta torre trastorna del castillo,  
Que á estremecer bajó su estruendo el llano,  
Donde si Brilladoro no huiera,  
Muerto de un golpe y enterrado fuera.

Medrosos unos, y otros admirados  
Del ademan con que á vengar sus quejas  
Muros envia, torres y tejados,  
Los hombros encogieron y las cejas:  
Y el torreón con sus mármoles labrados,  
Aun las molduras todavía parejas,  
Así se vía entre árboles plantado,  
Que nacer parecia do aquel prado.

Garilo que estar vivo cree apenas  
Al pié temblando del francés trofeo,  
Y que tras él se venien las almenas,  
Como tras de la música de Orfeo;  
La sangre y brio se le heló en las venas,  
Y arrepentido de su mal deseo  
Hierro al caballo mete en los costados,  
Que el miedo hace giuetes estremados.

Corrió una legua sin llamarle el freno,  
Y aun allí alguna almena le hallaba,  
Que como rayo á quien le falta el trueno  
Tras él venia volando, y le alcanzaba:  
Hasta que en un espeso bosque ameno,  
Donde su oculta gente le esperaba,  
Se entró, y quedó de Orlando el brazo duro  
Arrojando tras él deshecho el muro.

De los demás franceses despojados  
La burla mas ó menos celebrada,  
Dellos furiosos, dellos reportados,  
De unos reida y de otros suspirada:  
Por entre antiguos mármoles quebrados  
De la arruinada torre desmochada  
Que el conde abrió, y una encubierta escala  
La luz les hizo señas de una sala.

Antecámara de otra parecia,  
A cuya puerta estaban dos candados,  
La arquitrabe y molduras de atauja,  
Aunque ya de matices deslustrados:  
Las puertas de marfil y pederria,  
Los pilares de pórfido labrados,  
Y en el témpano encima el frontispicio,  
De la avaricia entretallado el vicio.

Puesto en las ondas del Estigio lago,  
De sed el infeliz Tántalo ardiendo,  
Muriendo por tomar dellas un trago,  
Y por no le tomar tambien muriendo:  
Que deste injusto vicio es justo pago  
Vivir deseando lo que está temiendo,  
Y tener las riquezas sin gozallas,  
Para solo el tormento de guardallas.

Viendo puertas con tantas cerraduras,  
No hubo francés que no alargase el paso,  
Por si hallara detrás de sus pinturas  
Los tesoros de Midas y de Craso,  
O algunas armas, ropa y vestiduras  
Para remedio del presente caso:  
Llegan, y á dos vaivenes dan sin duelo  
Con puertas y candados en el suelo.

Y todos en montón confuso entrando  
Por la sala temblar se vió el castillo,  
No iba con ellos el prudente Orlando,  
Aunque bastó el rumor á divertillo,  
Donde en el muro estaba fulminando  
Con duras rocas al gascon caudillo,  
Y la sala quedó cual de repente  
Los techos borda el sol del rojo Oriente.

De blanco mármol con relieves de oro,  
O era labrado, ó serlo parecia,  
Y entre mosaicos lazos por decoro  
Un Oriente de varia pederria:  
De acuñados escudos gran tesoro

Montones hecho por el suelo había,  
Si en la hidrópica sed del oro hubiera  
Fin y tasa, esta sala se le diera.

Alguno en su pajiza cama echado,  
A quien necesidad quitó la cena,  
Rico durmiendo, y pobre desvelado,  
Su choza vió de igual tesoro llena:  
Y de quien la noche antes fue olvidado  
Solo que sueña poco le da pena,  
Llenando grandes sacos de oro ardiente,  
Que en sombra volverá la luz siguiente.

Bien así á la francesa gente avino  
El bello camarín de la riqueza,  
Donde apenas dió lumbré el metal fino,  
Cuando á todos rindió su fortaleza:  
Y llevados en ciego desatino  
De la hambrienta codicia sin pereza,  
Todos en dando un paso en el tesoro  
Vueltos quedaron en estatuas de oro.

Llegó á la sala el conde en el instante  
Que ya perdían el ser los delanteros,  
Y él sin osar mover el pié adelante  
La codicia perdió de los dineros:  
Y á ellos en lo insensible semejante  
Sin sentido quedó, y sin compañeros,  
Tan absorto en la máquina que via,  
Que otra estatua como ellos parecia.

No sabe si ellos ó él está encantado,  
Porque si ellos lo están, él lo parece,  
Maldice y culpa su contrario hado,  
Que tanto sus intentos aborrece:  
Mas el suceso bien considerado,  
«El pago, dice, tiene que merece  
Su locura, que gentes avarientas  
Hechas estatuas de oro están contentas.

¡Oh como el interés del oro estraga  
Al alma el gusto, al cuerpo los sentidos!  
Un hombre entero su ambición se traga,  
Y en los respetos los mejor nacidos:  
Así su vino turba, así embriaga,  
Que cual Circe los deja convertidos  
En fieros brutos de ánimos atroces,  
O sorda estatua al cielo, y á sus voces.

Entre la negra lama y turbia horrura  
Del Aqueronte lago está en tormento  
Un espíritu triste en noche oscura,  
Seco de hambre, y de calor sediento:  
Con el agua á la boca, que procura  
Entrarse dentro del, y él sin aliento  
Temiendo descrecer el río un trago,  
En pena eterna está en su eterno amago.

No en vano por blason desta su ciega  
Dorada sepultura el mármol tierno  
Da retratado al que á su puerta llega  
Este antiguo vecino del infierno:  
¡Oh avaro inútil, que en confusa brega  
De ayuna hámbré, y de temor eterno,  
Pasas la vida, y gozas de sus bienes,  
Como los que te faltan los que tienes.

La noche toda sin dormir velando  
Los sin fruto acuñados sacos de oro,  
A quien tocar de miedo estás temblando,  
Porque no hable su metal sonoro:  
¿Qué importa estar, ó idólatra mirando  
Que tus cofres de acero en su tesoro  
De Libia guarden las riquezas juntas,  
Y aren tus campos fértiles cien yuntas?

¿Qué importa que la cueva de Arimaspes  
El oro con que al mundo desafia  
En tu casa trastorne, y el Hidaspes  
Cuantas drogas por él la Misia envía?  
¿De la fría Scitia los vetados jaspes,  
Ó el metal rojo que en su arena cria  
El Ebro, el Indo, el Ganges, el Pactolo,  
Y mas que todos cuatro el Tajo solo?

¿Qué importa que del rojo mar la espuma  
En perlas vuelta te la den sus playas,  
Y del rico Quinsay una gran suma  
Por ambos mares á tus puertas trayas?  
¡Qué importa que en los ceros de tu pluma  
Se encierre el Tibar, y por tuyas hayas  
Cuantas masas derriten y dan llenas  
De espanto los respaldos de sus venas?

¿Si al fin temblando en medio tu tesoro  
Al rostro enfermo de la hambre ayuna  
Triste te rindes, y en cuidado lloro  
De imprudente condenas la fortuna,  
Que te dió á tiento tantas cargas de oro,  
Mas sin fruto cual blanco de la luna,  
Pues estar en tus cofres es lo mismo  
Que el no haberlas sacado del abismo?»

Dijo, y mil trazas prueba, por si alguna  
Divertirlos podrá de aquel tormento,  
Mas no le acude á su intencion ninguna,  
Que el oro es poderoso encantamiento:  
Y viendo tan trocada su fortuna,  
«¡Oh cielos, dice, que en mi daño siento  
No haber cosa en los hombres menos cierta,  
Que el día mas vecino á nuestra puerta!

Díteme la victoria de Girona,  
Y esta noble y burlada compañía,  
Con quien dejando el campo en Carcasona,  
Ayer solo á buscar placer venia:  
Hallo menospreciada mi persona,  
Robado, triste, á pié, solo, sin guía,  
Mi gente á riesgo en medio esos desiertos,  
Y al parecer mis compañeros muertos.

Mas si es órden del brazo soberano,  
Que el mar enfrena, y las estrellas rige:  
El es el dueño, corra de su mano,  
A su cuenta está todo, ¿quién me aflige?»  
Así decia el Senador romano,  
Y así de su imprudencia se corrige,  
Buscando modos para ver si puede  
Hacer que allí su compañía no quede.

Mas si asir con un lazo procuraba  
La estatua que mas cerca parecia,  
Apenas el cordel dentro llegaba,  
Cuando una sierpe de oro se volvía:  
Y del pedazo que defuera estaba  
Su encanto la troncaba y dividía,  
Y en metiendo una vara por la puerta,  
La mitad de oro parecia enjerta.

Así de Etna en los hornos encendidos,  
Donde su bronce el ciclope derrite,  
Los robles caen en brasas convertidos,  
Que con el oro su color compite:  
Y de los ramos de otro ser vestidos  
Hace que el tronco se desgaje y quite,  
Y que lo que antes era haya, ó pino,  
El lustre herede del metal mas fino.

Cansado el conde de trazar al viento  
Cosas que todas le salian en vano,  
El castillo dejó, y su encantamiento,  
Y á pié se entró por un florido llano:  
Por compañía solo su tormento,  
Cuando de lo alto de un collado enano  
Un humo descubrió y paredes viejas,  
Cabaña humilde de un pastor de ovejas.

Habia llevado de su error la pena  
Tres dias sin comer desalentado,  
Perdido el tino por la selva amena,  
Y mas que en ella dentro en su cuidado:  
Sin gusto el alma de congojas llena,  
Cuando arribó confuso y destrozado,  
Ayuno, sin espíritu, ni aliento,  
Del rústico pastor al fresco asiento.  
Al rebaño llegó, que unos ribazos  
Subia en las verdes faldas de un barbecho,  
Y un merino carnero entre los brazos

A la estrecha cabaña fue derecho,  
Y á medio asar se le comió á pedazos,  
No del todo en su hambre satisfecho,  
Antes temió el pastor por lo que via,  
Que tras él los demás se comeria.

Dióle al deseo de reposar el prado  
Florido lecho, un cesped almohada,  
Y á un flojo cuerpo del calor cansado,  
Las flores son alfombra regalada:  
Y el sueño y el descanso deseado,  
Vianda sin mas salsas sazónada,  
Que aquel cansancio que en los miembros anda,  
Del suelo duro hace cama blanda.

Al fresco silbo del templado viento,  
Que entre álamos y alisos bulle ufano,  
El sueño le borró del pensamiento  
La antigua pena con sabrosa mano...  
Cuando en Sansueña el noble alcaide atento  
A conocer el preso moro anciano:  
«Este es, con nuevo sobresalto dijo,  
El robador de mi perdido hijo.»

Y como en triste llanto se disuelve  
Sin dar respuesta, en confusion metido,  
Con la medrosa vista le revuelve,  
Y del doncel le preguntó perdido:  
¿A qué fin le hurtó? ¿cómo le vuelve?  
Y ¿adónde hasta ahora le ha tenido?  
A quien con miedo, sobresalto y lloro  
Así le respondió temblando el moro:

«Mi muerte veo, señor, y no tu hijo,  
Yo le robé en un ciego bosque umbroso  
Acaso sin pensar, pero bien dijo  
Quien la ocasion llamó ladrón forzoso:  
No previne caverna ni escondrijo,  
Ni flacas postas en que huir medroso,  
La suerte me llevó por los cabellos,  
Sin procurar sus lances, ni entendedlos.

Saliendo tú en Miduerna á caza un día  
Con el rey Casto, y él con su sobrino,  
Con él tu hijo, y yo en su compañía,  
Una nublosa tempestad que vino  
La caza nos deshizo y la alegría,  
Y á los dos nos llevó fuera de tino,  
Por entre incultos montes y vallados,  
Dos dias sin ver por dónde derrotados.

Hallé al tercero un hato de pastores,  
Y allí tomando lengua ví que estaba  
Diez leguas de Miduerna y de sus flores,  
Que pensando acercarme me alejaba:  
¿Quién halló esclavo fiel á sus señores?  
¿A quién la servidumbre no le agrava?  
¿Quién no quiere ser libre? ¿quién procura  
Quitar de sí para otro la ventura?

Pidióle á la ocasion luego el deseo  
Mi libertad á costa de la ajena,  
Y al fin por no hacer largo rodeo,  
Pues ya mi historia para nada es buena,  
Huyendo desde aquí empecé á ser reo,  
Y desde aquí mi culpa me condena,  
Sí el apetito natural es culpa,  
O en mi delito puede haber disculpa.

A Valencia de aquí me fui derecho,  
Y á tu hijo llevé en mi compañía,  
Que le hizo mas daño que provecho  
La desleal afición que en él tenia:  
Y viendo el no pensado yerro hecho,  
Con quien igual satisfaccion no habia,  
Al rey Abdalla se le di por paje,  
Con la cuenta y razon de su linaje.

El le crió en su córte y su palacio,  
Yo desde allí á vivir vine á Toledo,  
No sé de este tiempo en el espacio  
Que sea del, solo esto decir puedo.»  
Y con triste semblante y rostro lacio  
Esperando la muerte estuvo quedo,

Sin mirar á Roselio de turbado,  
Ni conocerle por estar mudado.

Pero su padre, á quien la sangre ardiente  
Ya la verdad del caso le decia,  
Llorando de placer en su alma siente  
Lo que decirle nadie no sabia:  
Y con gusto abrazando tiernamente  
Al que por muerto en su opinion tenia,  
Cuenta le pide ya con regocijo  
De sus desgracias, y el mancebo dijo:

«Los trabajos, señor, en la memoria  
Tienen otro sabor que en los sentidos,  
Que la pena acabada es toda gloria,  
Y los pesares buenos para oidos:  
Y así los casos de mi nueva historia  
Volverán el deleite referidos  
Que otro tiempo quitaron, oye atento  
El extraño suceso de mi cuento.

Desde que á las ventanas de la vida  
De la razon llegó la luz primera,  
Comenzando á aclarar con su venida  
De la niñez dormida la ceguera:  
Al primer escalon de mi subida  
Me conocí cautivo de manera,  
Que quiso la ventura que perdiese  
Antes la libertad que la tuviese.

Bien que un tibio recuerdo me quedaba,  
No de mi patria, padres, ni parientes,  
Sino de un no sé qué, que me avisaba  
Haber venido allí de extrañas gentes:  
Mas luego con el gusto se olvidaba,  
Solo atento á gozar de los presentes  
De la córte de Abdalla, en quien tenia  
Padre, patria, regalo, y compañía.

Tiene Abdalla el gobierno de Valencia  
Con dominio tiránico usurpado,  
Aunque por poca sangre y descendencia  
Le quieren otros dar el principado,  
Y que sea el cordobés reino su herencia,  
Y el intruso tirano revelado  
Aliatán, que hoy le goza y pone leyes,  
Guerreando en razon desto ambos los reyes.

Son grandes las cautelas y los tratos  
Que Aliatán y los suyos han movido  
Contra Abdalla, y no menos los recatos  
Con que desto en Valencia se ha vivido:  
En cierto cuartel suyo por contratos  
De gabela y servicio mal pedido,  
Y otros tributos graves y tiranos,  
Vivian como en prision ciertos cristianos.

Allí del segoviano San Vicente,  
A quien Daciano dió por mortal vida  
Corona eterna, en un lugar decente  
Tenian cuerpo y parroquia conocida;  
Donde acudia de la cristiana gente  
La mas noble, devota y corregida  
A un convento, debajo del auxilio,  
Reglas y vocacion del gran Basilio.

Era Mauril prior deste convento,  
En sangre ilustre, y en costumbres santo,  
Cordobés en honrado nacimiento,  
Y en nobles pundonores otro tanto:  
De Aliatán primo, en cuyo fundamento  
El rey quiso intentar, con todo cuanto  
Calor le fue posible, un trato doble  
De gran riesgo, á no ser Mauril tan noble.

Está el convento al valenciano muro  
En un fuerte lugar incorporado,  
Para cualquier traicion paso seguro,  
Si los de dentro venden el cuidado:  
Este intentó Aliatán comprar seguro  
Que Mauril por pariente ó por privado  
Gustaria de venderle, y desa suerte  
Daria á Valencia saco, y al rey muerte.

Mas si eran mármol las demás almenas,

Aquellas halló el rey que eran diamante,  
De mas lealtad que de argamasa llenas,  
Y el monge cordobés en ser constante:  
Esto en gran riesgo se trataba apenas  
Con el secreto y término importante,  
Y Hambroz corría la costa con su armada,  
Por si se hallase á la traicion entrada.

Mas Berberuz, un moro su adversario,  
Que de Valencia la opinion seguía,  
Venció y quitó la vida á este corsario  
Encima el puerto Caridemo un día:  
Y ahora alguno del bando del contrario  
Descubriese el intento que traía  
Hambroz y la secreta inteligencia,  
Con que pensaba echar gente en Valencia;

O que por otra via y otro modo  
El peligroso trato se entendiese,  
Su inocencia mostró el cristiano godo  
Cuando no fue posible le valiese;  
Que nunca en el descargo se cree todo,  
Por mas que la verdad se ajuste y pese,  
Porque es disculpa al fin, y la disculpa,  
O mucha ó poca presupone culpa.

Quedó el rey con sospechas y recato  
De Mauril, que no pudo descargarse,  
De no haber descubierto á tiempo el trato,  
Que en la misma traicion podia vengarse:  
Fue creciendo tras esto cada rato  
La fama, que Aliatán viene á juntarse  
Con los cristianos, y otros que en Valencia  
Por contrato le han dado la obediencia.

Y aunque nuevas de vano fundamento,  
Pudieron con el suyo dar cuidado  
Y ocasion á un tirano mandamiento  
Contra el opreso pueblo baptizado:  
Que dentro de diez dias mude asiento  
En la ley, ó en el reino, y que pasado  
El término, se prenda por esclavo  
Quien no llevare el bando real al cabo.

Fue grande el repentino sobresalto  
Que en la rica ciudad causó este edito,  
Porque irse era perderse, y quedar falto  
En la ley de su Dios, mayor delito:  
Si alguno se iba, en popular asalto  
En él daban los moros, y por rito  
De su Alcorán y secta mal nacida  
La hacienda le quitaban y la vida.

Como hambrientos sabuesos, que al que llega  
Humilde á demandar limosna al rico,  
Su importuno y confuso aullar le niega  
De la mesa alcanzar un vil zatico:  
Y si huyendo su enfadosa brega,  
Y aquel rabioso arremangar de hocico,  
Da la vuelta, arremeten denodados  
A dar con rabia en el sayal bocados.

Así á los valencianos los moriscos  
Con sus denuestos tratan y baldones,  
Y ellos por quebras huyen y por riesgos  
De su misma hacienda y posesiones;  
Que cual hambrientos lobos, que en apriscos  
Los corderos destrozan y vellones,  
En hacienda y persona la ira aceda  
Muestran en el que va, y en el que queda.

El santo abad Mauril, contra quien junta  
Toda esta nube y tempestad llovía,  
Viendo que á sola su persona apunta,  
Y á su humilde y devota compañía;  
Haciendo della una medrosa junta,  
Propuso el riesgo en que su estado via,  
El rigor del tirano, su inelemencia,  
Y la morisca bárbara insolencia.

Y viendo urgente y sin reparo el daño  
Que el cielo les envia por recuerdo  
Del sueño de su culpa, y desengaño  
Mundano, sale de comun acuerdo,

Que huir del propio para el reino extraño  
Es en tal ocasion de ánimo cuerdo,  
Y discreta ganancia echar perdida  
La capa al toro por salvar la vida.

Y que cuando otro bien ni causa tenga  
Esto mas que librar al gran Vicente  
De un segundo Daciano, y que no venga  
Su cuerpo á manos de la maura gente,  
Que en hacer del escarnio se entretenga,  
Es sano acuerdo y causa suficiente  
El ponerlo por obra, dando todos  
Para este intento los mejores modos.

Al fin salen de acuerdo de embarcarse  
Con la santa reliquia al día siguiente,  
Y del nocturno luto aprovecharse  
Con traza oculta y paso diligente:  
Ya el sueño comenzaba á descollarse  
Con su quietud hácia la humana gente,  
De las estrellas que de en medio el cielo  
Rayos llovian de silencio al suelo.

Cuando los santos monges ocupados  
En huir del reino y la ciudad tirana,  
A dos barcos que estaban aprestados  
Llevan su mueble y prenda soberana;  
Yo el alma y los sentidos sepultados  
En un pesado sueño y sombra vana,  
Sobre la blanda pluma de mi lecho  
Retrato estaba de la muerte hecho.

Allí en trágico, horrible y triste sueño  
La confusa ciudad soñaba ardersé,  
Y todo el real alcázar con su dueño  
Sin culpa mia sobre mí romperse:  
Cuando á este punto ví en rostro risueño  
Un santo bulto cabe mí ponerse,  
Así hermoso, y de alegre luz vestido,  
Que solo le pudiera ver dormido.

Como el que con los ojos de repente  
Dió en las medallas del dorado techo,  
Que con la húmeda luz resplandeciente  
De la luna está una ascua de oro hecho:  
Si antes le iba á tragar una serpiente,  
Queda viéndose libre satisfecho,  
Así yo me hallé, y así me avino  
Llegando á mí aquel bulto peregrino.

Conoció luego el rostro soberano  
De mi abogado mártir San Vicente,  
Que muchas veces antes no con vano  
Cuidado en su sepulcro ví presente:  
Y asiéndome la mia con su mano,  
«Huye, hijo, me dijo diligente,  
La odiosa tierra, y servidumbre triste,  
Si ya te desees ver donde naciste.»

Sobresaltóme el sueño, y temeroso  
De angustia lleno, y de sudor despierto,  
Y en mi sentido vuelto un doloroso  
Suspiro me dejó el cabello yerto:  
Salté del blando lecho receloso,  
Y en el bulto encontré de un hombre muerto.  
Que entre un gemido y otro en aquel punto  
Alma rendía y aliento todo junto.

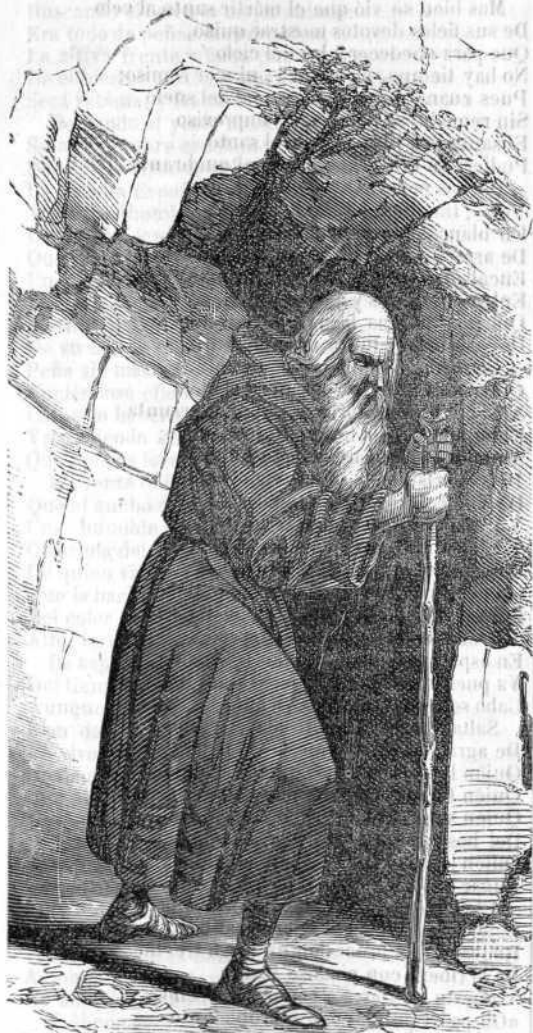
Llegué en turbado y temeroso paso  
A conocer el bulto, y vi tendido  
En un sangriento lago (¡extraño caso!)  
Del rey Abdalla al príncipe querido:  
El gallardo Algaicel al cielo raso,  
De una estocada el corazón partido,  
El alma me pasmó, el cabello yerto,  
Por un rato á sus piés me quedé muerto.

Mas vuelto sobre mí con mas recato  
El peligro miré en que estaba puesto,  
Muerto á mis piés del príncipe un retrato,  
Y del alcázar en quietud el resto:  
Yo solo á ser del alevoso trato  
Sin culpa alguna el agresor dispuesto,  
¿Quién me salvará el riesgo de la vida

Si doy el muerto, y no al que fue homicida?

Comencé á discurrir por cual camino  
Entrar pudo ó salir el delincuente,  
Cuando á tiento y sin ver donde camino  
Del real jardín me hallé cabe una fuente;  
Y entre la turbacion y el desatino  
De un postigo la puerta ví patente,  
Por donde ví que del suceso extraño  
El sin piedad autor metió el engaño.

Y á mejor confirmar la incierta duda  
A la vecina playa salí atento,  
Buscando el rastro entre la sombra muda,  
Cuando oí de cerca apresurado aliento:  
Este es, dije, el traidor, y con desnuda



El Rey Rodrigo, Ermitaño.

Espada, y no advertido arrojamiento,  
Al bulto me llegué, y en voz valiente,  
«¿Quién sois? le pregunté, teneos, ¿qué gente?»  
Hallé un coro de monges, que llevaba  
Un ataúd al vecino mar cargado,

Y Mauril que rezando los guiaba  
En tono grave, y paso moderado:  
Yo viendo que de mí se recataba,  
En mi primer sospecha confirmado,  
Tan cargado me ví de desconcierto,  
Que pensé que iban á enterrar mi muerto.

Conocióme el abad Maurilo, fuese  
En la voz, ó lo que es de creer mas sano,  
Mi venida en espíritu supiese,  
Que á un amigo de Dios todo le es llano:  
Y humilde, «oh mi Roselio, dijo, cese  
El brio sin causa de tan noble mano,  
Que el cielo, y no otro brazo de enemigo,  
Es quien al reino ha dado este castigo.»

Fue causa el monge de mayor espanto  
Con su vista y palabras no entendidas  
Hasta que entre el sonoro humilde canto,  
«No es salvar todo, dijo, humanas vidas,  
Que las reliquias deste mártir santo,  
Aunque en esta urna estrecha recogidas,  
A salvar nos obligan su tesoro,  
Del cielo digno, y no de un pueblo moro.»

Así dijo, y á mi alma la memoria  
Lo que antes entre sueños visto habia,  
Y del sagrado mártir la notoria  
Merced, que á cuenta de quien es me hacia,  
Y Sacándome del riesgo con victoria,  
Riesgo mortal que á dar en mí venia,  
Su santo cuerpo adoro, y el cuidado  
De mí le dí, y con él me hallé embarcado.

Cien cristianos sin niños ni mujeres  
Dentro hallamos ya de dos navíos,  
Que con su pobre mueble y sus haberes  
Huían del reino infiel los desvarios:  
Y antes que con dorados rosicieres  
El alba tina sus plumajes frios,  
De un fresco viento en vuelo arrebatados  
El espumoso mar nos vió engolfados.

Mas apenas la luz del nuevo día  
El Oriente sembró de rayos de oro,  
Y la enemiga tierra que huía  
La vista nos quitó del pueblo moro:  
Cuando una obscura nube densa y fria,  
De aire impelida con rumor sonoro,  
En medio nos cogió, trayendo llenos  
De ciega tempestad los turbios senos.

Tres días fuimos sin luz confusamente,  
O tres noches en una, si hubo en ella,  
O pudo haber entre la humana gente,  
Día sin sol, y noche sin estrella:  
Y al cuarto, cuando el alba en el Oriente  
Su nueva tez mostró rosada y bella,  
De lejos vimos las alegres cumbres  
Del puerto de Marbella, y sus alumbres.

Del crespó mar el áspero camino  
Tan breve hecho en temporal tan vario,  
Del cielo pareció favor divino,  
A quien nunca sopló viento contrario:  
Ambos leños á un tumbo cristalino,  
Como asidos de engace voluntario,  
A una surcan la mar sin riesgo, llena  
De ocultas rocas, y mudable arena.

Y aunque era sin quietud ciega tormenta  
De viento y agua en que íbamos metidos,  
En otra iban mayor y de mas cuenta  
Mi memoria turbada, y mis sentidos:  
De mi vida los riesgos, la violenta  
Desdicha de Algaicel, los no entendidos  
Fines de mi viaje y dónde el viento  
A dar iria á nuestro curso asiento.

Fue por entonces el suceso incierto  
Del malogrado príncipe, ni ahora  
Se sabe mas que haber sin culpa muerto,  
Siendo su hermana de su muerte autora:  
Y habiéndose la tierra descubierto,

Y un sol alegre tras la cuarta aurora,  
Al encubierto abrigo de una sierra  
A hacer llegamos agua, y tomar tierra.  
Donde con gusto de recelos lleno,  
Y alegría mezclada en temor vano,  
Aquel día nos dejó el tiempo sereno  
En el favor de un pescador cristiano,  
Cuyas nudosas redes de aquel seno  
Polilla solían ser, y en trato humano  
Fiel albergue nos dió, y de su trabajo  
Las pobres sobras que tenía nos trajo.  
Era el intento, aunque en prolija vuelta,  
Buscar la humilde costa de Galicia,  
Donde en tierra desnuda de revuelta  
Libres huir la alárabe codicia:  
Gozando en vida de ambiciones suelta  
Los dejos de la bárbara milicia,  
Que sin los sobresaltos de la guerra  
Nadie el bien sabe que la paz encierra.  
Ayudados del viento y las corrientes  
El día nos vió en la boca del Estrecho,  
Donde de los peñascos eminentes  
Del monte Avila y Calpe vimos hecho  
El termino del mundo, y de las gentes,  
Y aquel inmenso golfo sin provecho  
Y a la frecuentacion del trato humano,  
En que obscuro se estiende el Oceano.  
Entramos viento en popa por la puerta  
Con que el un mundo al otro comunica  
De sus golfos las aguas, y cubierta  
De blanca espuma da su arena rica:  
Y del seguro puerto y playa abierta  
De Algecira y Tarifa huye y pica  
Nuestra medrosa flota, y mientras pasas  
Las ruinas de Carteya mide y tasa.  
Los rotos muros que de jaspes pardos  
Ya fueron, y hoy de tiempo son carcoma,  
Donde hizo el imperio á los bastardos  
Hijos de España una bastarda Roma:  
Dejando á mano izquierda los gallardos  
Jardines y arboledas de quien toma  
Nombre Afrodísia, vimos alremate  
Del día á Trafalgar sobre Barbate.  
Y allí en la cumbre de una aguda sierra  
Los destrozos y mármoles gastados  
Del antiguo sepulcro, que hechos tierra  
Guarda del Gerion miembros doblados:  
Y al vecino Conil, que haciendo guerra  
Con gente y atambor á los pescados,  
Revuelve mas atunes en su gracia,  
Que Proteo focas en el mar de Tracia.  
Ya de la antigua Cádiz las almenas  
A los rayos del sol daban ventanas,  
Y á nuestros ojos de oro y lumbré llenas  
Noticia de las playas comarcanas;  
Cuando el viento empezó á calmar, que apenas  
Sus costas vimos con la espuma canas,  
Ni á Guadalete ya en tinieblas denso,  
Ni á su puerto, á quien da cristal por censo.  
Al día siguiente nos halló el lucero  
Del gran templo mirando las ruinas,  
Que ya hubo consagrado en lo postrero  
Del Betis á sus luces cristalinas:  
De aquí con infeliz y mal agüero  
Llena de gentes vimos peregrinas  
La Jabega, que en trato humilde y bajo,  
Ni la fortuna estima, ni el trabajo.  
Y un viento allí se levantó tan vivo,  
Que á correr nos forzó hasta Ayamonte,  
Donde de flores lleno el cuerno altivo  
Guadiana pasa corrompiendo un monte:  
A ver del hondo Oceano el motivo  
Con que á España da moros y horizonte,  
Y el cristal de sus hondas traga y cierra  
El paso al mundo, el término á la tierra.

Aquí ya un viento sur dejó revuelto  
En remolinos de agua el mar hinchado,  
Y un rebotado vendaval, mas suelto  
Que el tiempo prometía y el cuidado.  
Tormenta se volvió, y el cielo envuelto  
En el velon de un lóbrego nublado,  
A romper comenzó de entre sus senos  
Roncos bramidos de confusos truenos,  
Fue creciendo la noche y la tormenta  
Tanto del primer viento y del segundo  
Que parecía que la mar hambrienta  
De aquella vez tragarse quería el mundo:  
Rompe el árbol, la jarcia y racamenta,  
La quilla y el timon en lo profundo  
De un peñasco, y el barco todo abierto,  
El mas vivo en la fe se dió por muerto.

Mas bien se vió que el mártir santo al celo

De sus fieles devotos mostrar quiso,  
Que para obedecer á los del cielo  
No hay tiempo, viento acá, ni mar remiso;  
Pues cuando todo ya el caudal del suelo  
Sin remedio se hallaba, de improviso  
El santo nos libró, y solo el santo  
Pudiera en tal tormenta, y tal quebranto.

Hechos pedazos árboles, entenas,  
Velas, timones, jarcias y navios,  
En blancas playas de arboledas llenas,  
De arrecifes cercadas y bajos,  
Encallados sin riesgo en sus arenas,  
Entre dos claros y agradables rios,  
Que mas amena hacen su frescura,  
Dejándonos se fue la noche obscura.

En medio la famosa corva punta.  
Que para fin de Europa puso el cielo  
Al sacro promontorio, en quien barrunta  
El mundo que da fin, y punto el suelo;  
Allí donde las mares hacen junta  
De sus cristales y se mezcla el yelo  
De Tile con los libios arenales,  
Y al Poniente las conchas orientales.

Libres aquí del riesgo ya pasado,  
Con notoria evidencia conocimos,  
Que el santo este lugar nos habia dado  
Por suyo, y de su nombre le pusimos:  
Y si antes se llamó Cabo sagrado,  
En esperanzas de lo que á él trajimos,  
Ya pues le goza, por la edad siguiente  
Cabo se llamará de Sar Vicente.

Saltamos en la alegre playa, y luego  
De agradables bullicios se vió llena.  
Quién buscando agua, quien sacando fuego,  
Quién trazando el almuerzo, quién la cena:  
Quién sube el monte arriba, y con sosiego  
Del bosque mira la espesura amena,  
Quién la leña acarrea, y quien estaca  
Lugar en lo mejor á su barraca.

El prudente Mauril del ya deshecho  
Bajel mandó sacar el cuerpo santo,  
Rodeando en procesion un largo trecho  
De la ribera con piadoso llanto:  
Y puesto en tierra el venerable pecho,  
«Oh padre, dijo, cuyo eterno manto  
Abriga, cubre, y da pasto fecundo  
A cuanto hay de tu cielo á nuestro mundo:

Tú que te has hecho cargo del sustento  
De las vidas, del aire, y de la tierra,  
Y sin que siembren das mantenimiento  
A cuantos peces este golfo encierra:  
Tú Señor, cuyo oculto y santo intento  
Al pié nos trajo de esta inculta sierra  
Por fin del mundo, al fin que no sabemos,  
Que aquí á mas no poder te obedecemos;

Tú mira por tu pueblo, pues es tuyo,  
Admitiendo en sus culpas su descargo,  
De nuevo á tu poder le restituyo,



Todo es tuyo, Señor, quede á tu cargo:  
Y vos gran mártir de Valencia, en cuyo  
Amparo hicimos un rodeo tan largo,  
Sednos propicio, y dadnos pueblo estable,  
De aire benigno, y tierra saludable.»

Dijo, y habiendo todos repetido  
En lo interior del alma el mismo ruego,  
Y adorando el patron recién venido,  
A su oficio volvió cada uno luego:  
Cuando al santo Mauril ha parecido  
Humo en un risco que es señal de fuego,  
Y una cruz en la cumbre de una Peña,  
Que de las señas es la mejor seña.

Y acompañando algunos sus pisadas  
Hacia el farol nos fuimos de la vida,  
Por entre breñas de ásperas quebradas  
Buscando al cerro la mejor subida:  
Era todo de peñas encrespadas,  
La altiva frente y falda guarnecida  
De enhiestos pinos, palmas y algarrobos,  
Seca retama, y frágiles escobos.

Doblando al yerto monte la aspereza  
Su alta cumbre escalamos con trabajo,  
Por donde alzando al cielo la cabeza  
La invicta España humilde ve debajo:  
Y sobre el hombro de mayor grandeza  
Otro peñol levanta y otro gajo,  
Que de torres cercado, y gruesas puntas,  
Un rico y bello alcázar forman juntas.

La cruz en una dellas era hecha  
De un altísimo pino desmochado,  
De su nativo asiento en la derecha  
Peña sin mas primor incorporado:  
Nacióse ella cruz de su cosecha  
Con solo haberla de hojas desnudado,  
Y pareciendo abajo tan pequeña,  
Que apenas forma una visible seña.

Enfrente della, y de un estrecho llano,  
Que al ancho mar de mirador servia,  
Una humilde caverna hecha á mano,  
O cavada del tiempo parecia:  
De quien vimos salir un hombre anciano,  
Que la barba y cabello le cubria,  
Del color de la nieve todo el pecho.  
Alto, fornido en proporcion, derecho,

De aspecto grave, venerable en todo,  
Del tiempo y su aspereza consumido,  
Aunque en su traza, compostura y modo,  
Bien daba á conocer lo que habia sido:  
Un vivo resplandor del valor godo,  
No de otro mendigado ni fingido,  
Que por sí mismo hizo desde luego  
Respetásemos todos su sosiego.

Así el anciano Enoc, ó el santo Elias,  
Tras tantos siglos en igual sugeto  
Se mostrarán al mundo (si los dias  
Alcanzan por allá á hacer su efeto)  
Y en robusta vejez por las sombrías  
Frescas ramadas del jardin secreto,  
A donde ahora están depositados,  
De años irán y autoridad cargados.

Y él con semblante real, y pecho dino  
De lo que estaba en él disimulado,  
Al sabio abad Mauril humilde vino,  
Diciendo en rostro alegre, «oh padre amado,  
¡Por cuan torcido y áspero camino  
El cielo á este destierro os ha arrojado,  
Para consuelo á un ánimo afligido,  
Y remedio del alma de un perdido!

Cien años hizo aver que en esta tierra  
Con esperanza entré deste buen dia,  
Regando con mis lágrimas la tierra  
Ajena ahora, y otro tiempo mia;  
Donde conmigo er ordinaria guerra,  
Cansada lucha, y desigual porfia

Siempre he vivido, pero ya se llega  
El fin dichoso de tan larga brega.

El santo mártir, que hoy con su tesoro  
Viene á hacer rico el pobre albergue mio,  
Que libre me sacó del campo moro  
Para en este llorar mi desvario;  
A quien pensé labrar altares de oro,  
Y templos de alabastro y mármol pio,  
Dias ha que me dió desta venida  
La esperanza por alma de mi vida.

Y ya que levantar en su memoria  
(Como un tiempo pensé) muros no puedo,  
Ni en duros bronces entallar la historia  
De su martirio en Córdoba y Toledo;  
No le ha faltado á mi ánimo la gloria  
De cumplir este voto, aunque con miedo,  
Que hombre que á su Criador ofendió tanto  
Pueda agradar con su ejercicio á un santo.

Con él tengo y mis lágrimas ya hecha  
Una humilde capilla de mi mano,  
Que aunque sea al huésped tal posada estrecha,  
La trazó amor, obrero soberano:  
Esta es que veis, y si esta no aprovecha  
Será altar este monte. España el plano  
Del templo, el sol la lámpara, y el cielo  
La bóveda en que dé la fama el vuelo.»

Dijo, y con reverencia y con espanto  
Atentos todos su discurso oimos,  
Y desde luego en opinion de santo  
En su vista y palabras le tuvimos:  
Y él guiando á la ermita, por el canto  
De una tajada peña descendimos  
Algunos pasos á un pequeño llano  
Del cielo hecho por grandeza á mano.

De veinte piés en proporcion cuadrado  
Dentro de un risco un patio se hacia,  
De un bastante pretil acompañado  
Por la parte de Oriente y Mediodia:  
Y por todas las otras abrigado  
De un peñasco que al cielo se subia,  
Y hacia el frio Norte una caverna hecha,  
Ancha en los senos, y en la boca estrecha.

Parece que el Autor del mundo quiso,  
Cuando labró aquel risco de su mano,  
Un mirador hacer del paraíso  
En lo escondido de su breve llano:  
Y en medio dél un templo de su aviso,  
Cuyo altar y sagrario soberano  
La estrecha cueva fuese, y su capilla  
De los siglos la octava maravilla.

La parte superior, que á la inclemencia  
Del riguroso tiempo está rendida,  
La humana industria en sabia diligencia  
De enjutas palmas la tenia vestida:  
Y del grave ermitaño la prudencia  
Así la estrecha cuadra repartida,  
Que era humilde oratorio, y contra el viento  
Albergue sano, y cómodo aposento.

La limpia gruta que de altar servia  
Con tapices de palmas entoldada,  
Que el sabio anciano con primor teja  
Para vestirse á sí, y á su morada:  
Ya pudo usar mejor tapiceria  
Un tiempo, pero aquella fue prestada,  
Y así al mejor se le acabó, mas esta  
Eterna quedará en su templo puesta.

Del sangriento calvario el gran trofeo  
De flores recamado por defuera,  
Al sacro altar devoto camafeo  
Y pia reverencia al lugar era;  
Y á los presentes general deseo  
De conocer la magestad severa  
Del dueño, mas ninguno hay tan osado,  
Que á decirle se atreva su cuidado.

Mas viendo del altísimo antepecho

El mundo que á los ojos descubria,  
Muda estátua el mas sabio quedó hecho  
Absorto contemplando en lo que via:  
Del mar profundo un largo y ancho trecho,  
Que mudables espejos parecia,  
Y entre sus crespas olas de aire llenas  
Los delfines cruzando, y las ballenas.

El risco altivo en un diluvio entero  
De luciente cristal las selvas moja,  
Que de aquel desigual despeñadero  
Con espantoso estruendo al mar se arroja:  
Y de una peña en otra á lo postrero  
Del monte hirviendo da su espuma floja,  
Haciendo antes pedazos por los riscos  
Cristales, flores, perlas, y lentiscos.

Por otra parte el monte, cuyos pinos  
Parece que se esconden en el cielo,  
Y entre tajadas peñas los espinos  
De rocas cubren y boscaje el suelo:  
Trepas la yedra, suben remolinos  
De flores y de yerba por señoelo  
Al presto gamo que por ellas salta,  
Y de verlas temblar se sobresalta.

Silban por entre almeces y algarrobas  
Las mirlas, las calandrias y gilgueros,  
Retozan por la grama, y dan corcovos,  
Las liebres y gazapos placenteros:  
Huyen los ciervos, ruman los escobos  
Las cabras, y en las peñas y agujeros  
El conejo se esconde, y por sus quiebras  
Enroscadas asoman las culebras.

Todo esto al son del bosque, y del ruido  
Del rio que por los riscos se despeña,  
De las aves el canto no aprendido,  
Y del monte la verde y crespas greña:  
Desde aquel alto y abreviado nido,  
Que labró el cielo en medio de una peña,  
Se ven sin otras nuevas maravillas  
Resacas de la mar y sus orillas.

El contemplar la rústica hermosura  
Los sentidos tenia embelesados,  
Y entre aquellos asombros la figura  
Del dueño de sus yermos olvidados:  
Cuando él, en tono lleno de dulzura,  
Así al nuevo concurso de cuidados,  
Que advirtió en nuestros ánimos atentos,  
En su boca formó graves acentos.

«¡De cuán enano cuerpo, y cuán menudas  
Son las humanas fábricas, medidas  
A las grandezas que entre peñas rudas  
Suelen en un desierto estar perdidas:  
Qué humildes las mas altas, qué desnudas  
De magestad y luz las mas vestidas,  
Qué primor mendigado, y qué pobreza,  
Las de mas precio, y de mayor grandeza!

Los artesanos de oro sustentados  
En dóricas columnas, y á par dellos  
Ricos jáspeas, y pórfitos vetados  
De azules venas, y de lazos bellos;  
A dos dias de vistos y tratados,  
Si al principio admiraron, cansa el vellos,  
Enfadan los tapices, y el aseó  
Del mas pintado alcázar queda feo.

Son tibios los colores y pinceles  
Que el mundo mas celebra y solemniza,  
Puestos con las alfombras y doseles  
Con que mayo unos riscos entapiza:  
El fino rosiel de sus claveles,  
Lo azul del lirio, la color pajiza  
De un ya maduro trigo, y aquel fresco  
Que con su aliento bulle en lo grutesco;

Aquel confuso amontonar de cosas,  
Arrojadas acaso, y diferentes,  
Aquí yedra, allí espinas, allá rosas,  
Riscos, flores, peñascos, rios y fuentes,

Y unos lejos que vuelven mas vistosas  
Las mismas cosas que se ven presentes,  
Un pedazo de playa, una montaña,  
Que al cielo sube, y á la vista engaña.

Y donde sobre todo de su dueño  
El gran tesoro y el caudal se infiere,  
Es que al grande, al mediano, y al pequeño,  
Todo se da de valde á quien lo quiere:  
No hay puerta, no hay cancel, desvío, ni ceño,  
Sea la hora, el lugar, y el dia que fuere,  
Que siempre para el gusto y el provecho  
Puesto se está el tapiz, y el toldo hecho.

Ora cruzando vayan los desiertos  
De algun inculto bosque, ó engolfado  
En medio de los mares encubiertos  
Al frio Scita, y al Burney tostado;  
O en el del Sur sobre peñascos yertos  
El romper goce del cristal helado,  
Cuyos tumbos la playa y el arena  
De blanco nacar da y mariscos llenas.

O bien se baje donde en vuelo ardiente  
La línea equinocial midiendo el dia,  
Con alas de oro encima de su frente  
La suya enarca llena de alegría;  
Que allí entre aquellos páramos sin gente  
(Si el mundo aun tiene allí tierra baldía)  
Sus solitarios y ásperos espacios  
De los reyes humillan los palacios.

Que aun contemplando aquí el humor fecundo  
Que sus anchos desiertos fertiliza,  
Con ignorante miedo de que el mundo  
Allí el rojo calor le haga ceniza:  
O que su ignoto piélago profundo  
Las crespas olas con que el tumbo eriza  
Entre las rocas quiebre, y se consuma  
Trocada su altivez en blanca espuma.

O imaginando estrellas nunca vistas  
De Europa, ó sus peñascos, no tocados  
De humanas plantas, entre varias listas  
De preciosos metales engastados  
En pastas de diamantes y amatistas,  
Siempre llenos he visto mis cuidados  
Del deleite que causan peregrino  
Estos rascuños del pincel divino.

Un siglo entero, que de nuevo un mundo  
Hacerle suele, y trastornar la vida  
Del mas robusto pecho, y mas fecundo  
Calor que en miembros de jayan se anida,  
Para gozar este balcón profundo  
Pequeña ha sido y corta su corrida:  
¿Que mucho ahora os suspenda el alma entera,  
Siendo esta en que veis la vez primera?

Mas demos ya el asiento en lo importante,  
Que el tiempo huye del mundo por la posta,  
Y si es digna de gloria semejante  
Esta humilde capilla y cueva angosta,  
Con himno santo en procesion triunfante  
Subamos el Patron desta ancha costa  
A este alcázar del cielo, que hasta ahora  
La cárcel fue de un alma pecadora.

Y si teneis quizá, como yo siento,  
Deseos de saber quién soy y he sido,  
Por qué culpas el cielo este aposento  
Me dió, y en él los años que he vivido,  
En dando al mártir en su ermita asiento  
Lo sabreis: vos ahora, esclarecido  
Y sábio abad Mauril, sedme propicio  
En que yo haga al santo este servicio.»

Dijo, y todos con ánimo dispuesto  
De dar cumplido de su gusto el modo,  
A la ancha playa del peñol enhiesto  
Siguiendo fuimos al humilde godo,  
Que á los piés del invicto mártir puesto,  
En lágrimas de amor deshecho todo,  
Tierno los besa, y con su fe cumplida

Hacer lo mismo á todos nos convida.

Suplió la devocion y el placer mudo  
De aparato al triunfo soberano,  
Y al encumbrado altar, ya no desnudo,  
El gran mártir subimos segoviano:  
Y bien que el pueblo en procesion menudo,  
En pecho grande fue, y amor cristiano,  
Donde en solemnidad, música y canto  
La misa aquel dia dijo el abad santo.

Y el humilde ermitaño prevenido  
Al disfrazado Dios en pan de vida  
Con santa confesion, y encendido  
Fuego de amor, y pena no fingida  
De sus pasadas culpas con rendido,  
Animo, y lengua en llanto derretida,  
Antes del sacro pan, en el pajizo  
Templo esta general confesion hizo.

«Pues ya el Rector del cielo soberano,  
Que hasta ahora mis ofensas ha sufrido,  
Al término presente de su mano  
Para mas gloria suya me ha traído:  
Sea el mundo testigo, sea escribano  
La fama ya otra vez como lo ha sido  
De mis escesos, y al pasado cargo  
Junte, si alguno tiene, este descargo.

Y pues ofendí al cielo, y puse al mundo  
En riesgo, y al infierno dejé abierta  
Para que á cuenta mia su profundo  
Ventre de almas engorde, una ancha puerta;  
Pues fui el primero sin tener segundo,  
Ni haberle de tener, que vió desierta  
A España de valor, y sus regiones  
Asombradas de bárbaras naciones;

Oyan los cielos, ángeles y santos,  
Testigos y jueces de mi vida,  
La tierra, el aire y mar, con todos cuantos  
En ellos tienen parte conocida:  
Oya el infierno en medio de sus llantos,  
Y la caterva y plebe denegrida

De almas y negros bultos, que en eterno  
Dolor rodea y ciñe el lago averno;

Y todo finalmente el circuito  
De la universal máquina criada,  
Y sobre todo el español distrito  
Como parte mas lesa y agraviada:  
Oyan todos, pues todos mi delito  
Sabén, desde el zenit y zona helada,  
Que ciñe á mi primer nacion la frente,  
Hasta del Garamante el suelo ardiente;

Como yo el desdichado rey Rodrigo,  
Por propias culpas mias declarado  
Para verdugo al celestial castigo  
Que á la infeliz España ordenó el hado:  
De rey que debía ser vuelto enemigo,  
De Witiza siguiendo el desenfado  
Y vicios que sembró, que yo debiera  
Escardar, si el que al reino debía fuera;

Sepan que yo fui solo el instrumento,  
Y mi culpa la puerta á tantos males,  
Que aunque en el soberano entendimiento  
De quien sus leyes toman los mortales,  
Para otro oculto y no sabido intento  
En tablas estuviesen inmortales  
Con roja sangre escritos, y sus nombres  
Inmudables al brazo de los hombres;

Yo solo aceleré con mis delitos  
La divina justicia, yo imprudente  
Graves escesos cometí infinitos,  
Y airado hice al rey omnipotente:  
Todos contra mí solo están escritos;  
Yo solo fui de España el fuego ardiente,  
Que al descuido de un rey un reino viene  
Al triste estado que ahora España tiene.

Y aunque todos son carga en mi memoria,  
Y yo asombro por todos del infierno  
(Si el que con su pasion compró mi gloria  
No me da libre de su fuego eterno)  
El que al discurso de tan triste historia



Siempre mi corazon halló mas tierno  
En mis ojos mas lágrimas, mas tiros  
En mi alma, y en mi boca mas suspiros,  
Fue de Ataulfo el afeado gesto  
Que por leal sacó, y por obediente

De la enemiga Atanagilda en esto,  
Como en pasarse en Africa insolente:  
Grave delito fue haber descompuesto  
Al rey Witiza, y siendo mi pariente,  
Con el favor romano, y mis antojos,

Privádole del reino y de los ojos.

Grave delito fue el voraz deseo

De entrar en mi usurpada monarquía,

Y de la torpe vida el vicio feo

Que en mi ofendido reino permitía,

Y el desnudar del belicoso arreo

La invicta España en quien su paz tenía,

Como que yo de intento al triste caso

Del feroz mauro diera llano el paso.

Y entre todas mis culpas la famosa,

Y que mas se descubre, y mas campea

A los ojos del vulgo, la afrentosa

Fuerza y estupro de una falsa idea,

Que á un ciego antojo pareció hermosa,

Y á la triste memoria amarga y fea,

Hija de un traidor conde, que en ser malo

Aun yo el mayor de todos no le igualo.

Y si fue culpa dar á la pureza

De mi gótica sangre la africana,

Y dejar Zara ley, reino y riqueza,

Mas por ser mia, que por ser cristiana;

Y la curiosa y bárbara fiera

De abrir la antigua cueva toledana,

Donde el hado de España estaba oculto

En las espaldas de un mudable bulto;

Y otras ocultas culpas y defectos,

Que al libro de mi vida harán cargo

En públicos sumarios, ó en secretos,

Tras un discurso y un vivir tan largo:

Aunque todos cien años imperfectos

Me cuestan de dolor y llanto amargo,

Siempre que á Ataulfo en la memoria miro,

Con nueva pena y confusion suspiro.

Tanto á un leal criado se le debe,

Y cual este en lealtad nadie le tuvo,

Ni si él viviera del vasallo alevé

La traición el efecto hubiera que hubo:

Murió como español, mas murió en breve,

Que el cielo que en la vida le mantuvo,

Mientras quiso que el reino mio fuese,

Por quitármele hizo que muriese.

Murió, y no hallando en la agostada España

Brazo á quien dar del campo el cetro honroso,

El salir yo con él á la campaña

En riesgo general me fue forzoso:

¡Encuentro duro de fortuna estraña,

Que sobre el rio Leteo dió espantoso

Vaiven conmigo, y á sus piés con todo

El nombre y pundonor del valor godol!

Ocho veces la lámpara febea

Salió alumbrando el mundo, y ocho veces

La negra sombra de la noche fea

De la luna alteró las blancas teces;

Y tantos dias la mortal pelea,

El sol y las estrellas por jueces,

En España duró, sin durar ella

Mas en su libertad, que en fenecella.

De allí ya viendo que el rigor del cielo

Era, y no otro el azote del castigo,

Sin esperanza de favor del suelo

El campo dejé y reino al enemigo:

Y aquí de angustia lleno y desconsuelo,

Si conmigo venia, di conmigo,

De un rústico vestido disfrazado,

Que compré por la púrpura y brocado.

Cien cursos ha revuelto el gran planeta,

Que por doce escalones de oro mide

El cerco de la vida, y de imperfecta

Vuelta los demás círculos divide:

Despues que entré á la soledad secreta,

Que en este inculco páramo reside,

Siempre pidiendo, aunque con lengua muda,

A mis culpas perdón y al cielo ayuda.

Y es tan piadoso el Padre soberano,

Que sin mirar del pródigo perdido

La grave ofensa y término villano

Con que á mas no poder se ha reducido,

Con favores de padre, y padre humano,

Regalado y en palmas me ha traído

Hecho otro Benjamin hasta este punto,

Que el premio espero de su sangre juntos.

Dióme este rio néctar, y el sustento

Estos almeces, palmas y algarrobos,

Esta secreta cueva el aposento,

El suelo cama, y colchas sus escobos:

Despertando al cuidado soñoliento

De noche los aullidos de los lobos,

Para enviar con dulce desconsuelo

Por mis májines lágrimas al cielo.

Destá suerte he corrido el curso entero

De un siglo en vida dulce y sosegada

Llena de paz y de ánimo sincero,

Bien que de algunos miedos asaltada:

Mas fuera de aquel gusto verdadero

De verla en Dios, y por su amor gastada,

Aun en lo natural así regala,

Que la de mas deleite no la iguala.

En santa ociosidad vagando á veces

Por los secretos ángulos del cielo,

O á sus cóncavos, nudos y combeces

Atento contemplando el curso y vuelo;

O á las palmas pidiendo y á las nueces

Sustento y sombras, al florido suelo

Verdes tapides, cantos á las aves,

Aliento al aire, al mar bramados graves.

En esta ocupacion y este ejercicio

La vida he preparado y la conciencia,

Para dar cuenta della en el juicio

De aquel en quien espero hallar clemencia;

Y ahora mas, pues me vino á ser propicio

En tal trance el gran Santo de Valencia:

Vosotros deste bien nobles autores,

No me negueis con él vuestros favores.

Ayudadme á la fin de la jornada

Loz que el cielo hacer testigos quiso

De mi vida presente y la pasada,

Y séale al mundo general aviso:

Que el rey Rodrigo, si dejó manchada

Por incauto su fama y por remiso,

Ya con cien años de continuo llanto,

Si sus manchas lavó no saldrán tanto.

Toda esta magna conjucion que junta

Favorece á los árabes fuorones,

Y en Sagitario y su primera punta

Harán los dos planetas superiores;

El fin y el punto de mi muerte apunta,

Hasta ella sola llegan los mayores

Términos del periodo de mi vida,

Si antes no abrevia el cielo la partida.»

Así dijo, y postrándose en el suelo,

En lágrimas el pecho consumido

De humilde contricion, al Rey del cielo

En la hostia santa recibió escondido,

Con tanto gusto y general consuelo,

Que en un profundo raptó suspendido,

Y levantado de la tierra un codo,

Dió el alma á su Criador el postrer godol.

Quedó ya con dos santos la capilla

Hecha del cielo un singular retrato,

Y todos de tan nueva maravilla

Llenos de admiracion y de rebato:

Viendo al rey godo que perdió á Castilla

Morir tan sin grandeza ni aparato,

Quando en el mundo se tenia por cierto,

Que en él habia cien años antes muerto.

Hízose humilde entierro al rey potente

Conforme el tiempo y ocasion pedía,

En un sepulcro que por mas decente

Dentro labramos de la peña fria;

Donde Mauril, que en todo era eminente,

Un epitafio puso, que decía :  
«Aquí yace Rodrigo en este suelo,  
Después que perdió á España ganó el cielo.»

Y en lo mejor del apacible llano,  
Y mas acomodado con la ermita.  
Fundamos un humilde pueblo ufano  
De tener prenda en sí tan esquisita :  
Contentos del asiento y temple sano,  
Libre de la inquietud, tropel y grita  
Del morisco furor, y la insolencia  
Del bárbaro gobierno de Valencia.

Y ya contentos con la humilde suerte  
Que allí nos arrojó al rincón del mundo,  
En vida quieta una agradable muerte  
Prometía á todos su calor fecundo :  
Cuando la ciega diosa que lo advierte,  
Contraria nuestra en el desden segundo,  
Cruel quiso acabar de dar sin duelo  
Con todo el edificio por el suelo.

Tuvo el rey de Ayamonte Cardiloro,  
Padre del que me trajo á mí á la guerra,  
Por hija á Glaura del cabello de oro,  
Y la beldad mayor que vió la tierra :  
Si el cielo al mundo trasladó el tesoro  
Alguna vez que en su pintura encierra  
En esta mora fue, y sin faltar punto  
Allí con su pincel lo puso junto.

Nacieron Cardiloro, y esta hermosa  
Medalla de beldad y de desdicha  
Juntos, debajo alguna peligrosa  
Combusta radiacion sin luz ni dicha :  
Solo Saturno en casa venturosa,  
Venus del todo muerta y entredicha,  
Y los demás planetas por los signos  
Menos proporcionados y benignos.

Era Zaira de los dos infantes  
Tia, y supersticiosa hechicera,  
Que por agüeros, rayas y sembrantes  
La ventura alcazaba venidera :  
Esta entre varias cosas disonantes  
Una vino á sacar por verdadera,  
Que serian ambos muertos por engaños  
De amor en lo mas tierno de sus años.

A Cardiloro ayer costó la vida  
El cauteloso robó de mi hermana,  
Pues de la suya oíd la nunca oída  
Desgracia, y sin sazón muerte temprana ;  
Veis que no hay lazada desasida  
De nudo y de pendencia soberana,  
Ni á poder trastornar la órden del cielo  
Las fuerzas llegan ni el saber del suelo.

Cuando Hércules abrió por el estrecho  
De Gibraltar la puerta á los dos mares,  
No quedó luego todo el golfo hecho,  
Ni hundidos de una vez tantos lugares ;  
Que algunos altibajos trecho á trecho  
Hechos quedaron islas y lunares  
De aquella su canal angosta y brava,  
Donde no asentó el golpe de la clava.

Destas las islas Verdes fueron unas,  
Que Afrodísias llamó la edad pasada,  
Y en floridos vergeles á ningunas  
Iguales cercos dió la mar salada :  
Aquí entre estanques, flores y lagunas,  
Sobre una peña de cristal cuajada,  
De la maga Zaira en largo espacio  
La fábrica ocupó del real palacio.

Aquí se retiró la astuta mora  
Con la hermosa Glaura su sobrina,  
Glaura infeliz, y desdichada autora  
De una triste tragedia repentina :  
Crióse oculta allí como la aurora  
Entre aljófares, rosas y neblina,  
Que cuando sale á despertar el día  
Cuantos la miran viste de alegría.

Así sucedió á Glaura, que escondida  
En la isla Verde nadie supo della,  
Hasta que ya, la maga consumida,  
El rey la trajo, y á su córte en ella  
Todo el deleite y gusto de la vida,  
Pues nadie la miró, que en solo vella,  
De sus alegres ojos al bullicio,  
El alma no creciese en sacrificio.

Cuando su luz por todo el horizonte  
Hacia de la propia y gente extraña  
Rica la humilde córte de Ayamonte,  
Y famosa en las de Africa y España,  
Un fiero nieto del antiguo Almoate,  
A quien Roldan mató en una montaña  
Por incapaz de amor y hombre furioso,  
Llamado Boacel el desdenoso ;

Este allá en Tremecen por Agolante  
El principado de Aregol tenia,  
Cuando de Glaura oyó el nombre triunfante,  
Que la fama en su córte lo estendia :  
Y en tal punto le oyó, que fue bastante  
A quitarle el sosiego en que vivia,  
Y antojado sacarle de su tierra  
A buscar la que ausente le hace guerra.

En loco aplauso, en aparato y galas  
Tras su amorosa empresa salió el moro,  
Y dando al viento de un navío las alas  
A la córte arribó de Cardiloro ;  
Donde por nuevas no del todo malas  
Supo que Glaura del cabello de oro  
De la córte y su tráfago enfadada,  
En el Algarbe estaba retirada,

En una casa de placer, tratando  
Con sus damas de caza y montería,  
Sin saberse de cierto el tiempo cuando  
A la ciudad del campo volvería :  
Boacel que en su afición se está abrasando  
En sus deseos mas dentro cada día,  
A un ciego antojo que razon no escucha,  
Cualquier pequeña dilacion es mucha.

Y así con nombre de ir tambien á caza,  
Y conocer del reino las fronteras,  
Con gran tropel de gentes de su raza,  
Berberiscas, indómitas y fieras,  
De Ayamonte salió buscando traza  
De descubrir á Glaura sus quimeras :  
Llegó á la casa de placer, y hallóla  
Por daño nuestro el impaciente sola.

Que un día antes la infanta habia salido  
Por el áspero Algarbe á montería,  
Y el insufrible moro desabrido  
De tanto azar como en su antojo via,  
Haciendo del gallardo y atrevido  
Cercar el monte quiso, y ver si habia  
Modo para que su ánimo robusto,  
Pues que todo es cazar, cazase gusto.

Salió, y el desvariar de la fortuna,  
Que el mundo guisea del sabor del hado,  
Huyendo el pantanal de una laguna  
Con él dió en nuestro pueblo descuidado :  
De humildes chozas sin defensa alguna,  
En triste sitio y puesto desgraciado,  
Y á los que da en seguir la desventura,  
Aun donde ya no hay mundo los apura.

Sobresaltóse el moro de repente  
Viendo la humilde poblacion, y viendo  
Ser allí nueva, y de cristianos gente,  
Furioso en ella dió un asalto horrendo,  
Destrozando la misera inocente,  
Que del peligro valenciano huyendo  
Por tantos mares, y rodeo tan largo,  
Allí á buscar llegó su fin amargo.

No dejó el mauritano furor ciego  
Rastro de nuestro pueblo ni memoria,  
Que de casas y gente á sangre y fuego

Las luminarias hizo á su victoria :

Algunos reservó, no humilde ruego,  
Mas pomposa ambicion y vanagloria,  
De dar blason á su sangrienta traza,  
Y á Glaura los despojos de su caza.

A mí, ó fuese que el hábito de moro  
Con que salí de la prision de Abdalla,  
Me hiciese parecerlo, y por decoro  
Del me diesen la vida en la batalla ;  
O que el autor del cielo en quien adoro  
Quiso para traerme aquí guardalla,  
Yo al fin con otros dos salí del fiero  
Imprudente Boacel por prisionero.

El resto, como en caza de inhumanas  
Fieras, por entre peñas y agujeros,  
A las manos murieron africanas  
De aquellos implacables lobos fieros :  
Sin que el humilde ruego, ni á las canas  
De Mauril, ni sus santos compañeros,  
Que de rodillas les pedían rendidos  
Las vidas diesen, ni piedad, ni oídos.

El alarido y grita que volaba  
Del vulgo al cielo, á quien favor pedia,  
Aunque en quebrados ecos, donde estaba  
Glaura llegó, y su hermosa compañía :  
Y la que á ver medrosa se acercaba  
De adonde el triste lamentar salia,  
Viendo la mortandad, á rienda suelta  
Huyendo de temor daba la vuelta.

Mas el furioso nieto de Agolante,  
Que conoció las cazadoras bellas,  
Con la victoria y el amor triunfante  
Alegre por el bosque entró tras ellas :  
Y en lo mas fresco dél, poco distante  
Del asolado pueblo, halló entre ellas  
El bello brio de Glaura, que en el mundo  
Por aquel tiempo no tenia segundo.

Quedó el moro de nuevo sin sentido,  
Y acariciado de la bella dama,  
Por bien pagado dió lo que ha servido  
Hasta aquel punto á cuenta de su fama :  
Y ya en su mismo amor desvanecido,  
En su alma adora la sabrosa llama  
Que allí le trajo, y el dichoso sino  
Que de gozar tal bien le hizo dino.

Contóle bravo el arrogante hecho,  
Presentándole todas las cautivas,  
Que dijo haber guardado por cohecho  
De su gusto, y no de otro intento, vivas :  
Y que á mí, de mi talle satisfecho  
Solo queria por paje, y con altivas  
Palabras, lleno de su vano antojo,  
Dió á los suyos el resto del despojo.

Puso la mora en mí los ojos bellos,  
No se si todo fue sospecha mia,  
O gran descuido suyo, yo vi en ellos  
Que nada mi presencia la ofendia :  
Y en la inquietud de huillos y volvellos,  
Ya la de su alma y corazon leia,  
Entre algun quebrado ay, de aliento entero,  
De su nuevo cuidado pregonero.

Preguntóme mil cosas con cautela,  
Hijas del gusto de hablar conmigo,  
Mi edad, mi patria, sangre y parentela,  
Y quién me hizo de aquel pueblo amigo :  
Cosas sueltas sin causa, en que revela  
Amor á veces mas de lo que digo,  
Gustando de todo ello el ignorante  
Bárbaro inadvertido, y ciego amante.

Pasóse en esto el resto de la tarde,  
Y venida la noche el moro hizo  
Con sus bajillas de oro rico alarde,  
Y banquete á su gusto antojadizo :  
Y como el fuego que en las venas arde  
Del amor con la gula se rehizo,

Consumió la humedad, y huyó el sueño  
De las vivas congojas de su dueño.

Y no hallando parte de reposo  
En la pluma y quietud del blando lecho,  
De su tienda salió el moro vicioso  
A ver la de su dama sin provecho :  
Al tiempo que ella en un disfraz hermoso  
Con igual inquietud salia en el pecho,  
Quizá á buscar su antojo y devaneo  
Que esto y mas que esto cabe en un deseo.

No se pudo saber de la salida  
A tal hora de Glaura cosa cierta,  
Ni adonde en tal disfraz desconocida  
Iba de noche, y sin por qué encubierta :  
Si ya no fue que sin pensar metida  
En nuevo ardor de pretension incierta,  
Tras el devanar del pensamiento  
Salia, sin saber dónde iba, á tienta.

Descubrió el moro el bulto denegrido  
De la amada beldad sin conocella,  
Y viendo que al hablalla y al ruido  
Atrás volvió lo temerosa huella,  
Sospechando traición, un prevenido  
Venabó le arrojó, que dió con ella  
En el suelo, clavado el blanco pecho,  
Que al tiempo hizo hermoso sin provecho.

«¡Ay de mí, dijo, desdichada, y muerta  
En lo mejor del gusto, y de mis años!»  
Acudió el homicida á ver la incierta  
Causa de desvarios tan estraños :  
Y vió la luz de sus deseos cubierta  
De sangriento arrebol, y los engaños  
De su imaginacion deshechos todos  
Por tan contrarios y no vistos modos.

Quedó pasmado, la color difunta,  
Y todos juntos en desgracia tanta  
Corren á ver la miserable junta,  
Que en torno se hace de su triste infanta :  
Y ella clavada en la acerada punta  
Tan bella está, que aunque mortal espanta,  
Rodeada de sus damas, cuyo llanto  
Es á la noche horror, y al bosque espanto.

Llegué tambien yo á vueltas, que la suerte  
Me llevó con los otros á ayudalla ;  
Y viéndome llegar, trabóme fuerte  
De la mano, y al tiempo de apretalla :  
«¡Ay causa, dijo de mi triste muerte !  
Si la vida perdí yendo á buscalla,  
No pierda...» y no acabó, que en esto el filo  
De la parca cortó al estambre el hilo.

Quedamos todos muertos viendo muerta  
La bella infanta, mas Boacel furioso,  
Que en su muerte sintió la suya cierta,  
Ya con semblante horrible y pavoroso,  
La aguda punta de arrebol cubierta,  
Que caliente sacó del pecho hermoso,  
Que á tal trance le trajo y á tal punto,  
En el suyo escondió, y cayó difunto.

Doblóse el llanto, el alboroto y grita  
Tal con la nueva muerte, que un retrato  
De infierno el bosque fuera, si infinita  
Su pena fuera, y no de un breve rato :  
Fuese la noche, y vióse en sangre escrita  
La celestial venganza al desacato  
Hecho al Patron de aquel chichoso suelo,  
Que así á los de su corte venga el suelo.

Quisieron dar los moros sepultura  
Del sacro monte en un florido cerro  
A los dos cuerpos juntos, fue locura,  
Y el segundo añadir al primer yerro :  
Que la amistad de un malo no es segura  
Aun en la fria huesa y mudo entiero,  
Al contrario del bueno, que convienda  
Como Eliseo al muerto con la vida.

Y como á defender á los superbos

Hijos de confusion el desacato  
De dar del torpe amor á los dos siervos  
Sepulcro ilustre en fúnebre aparato,  
Un sombrío escuadron de negros cuervos  
A dar bajó sobre ellos cruel rebato,  
De cuyos picos y ásperos artejos  
El de mas compasion huyó mas lejos.

Y ellos como verdugos enviados  
Para aquel fin del celestial gobierno,  
Los cuerpos, cuyas almas y cuidados  
Son lóbregos tizones del infierno,  
En espantoso vuelo arrebatados  
A un pardo risco por castigo eterno  
De sus delitos, y el furor tirano  
Del sin fe ni piedad rey Agolano;

Los llevarán, y allí sobre ellos puestos,  
Entre el carrizo y buecas espadanas,  
Con gritos atronando descompuestos  
La postrema quietud de las Españas,  
Puerta á los fuegos dieron deshonestos,  
De que ya fueron hornos sus entrañas,  
Entrando con los picos dentro dellas,  
Hasta mostrar su hollin á las estrellas.

Así en el yerto risco penascoso  
Del inclemente Cáucaso se estiende  
A roer el pecho al escultor curioso  
El buitre horrible que sobre él descende:  
Y el escuadron de arpías asqueroso  
Así en Arcadia al ciego rey ofende,  
Arremetiendo con las corvas presas  
A asir el pan, y trastornar las mesas.

No están sobre el cadáver recién muerto  
Mas importunas moscas asentadas,  
Cuando del asqueroso horror cubierto  
El tibio humor le enjugan á picadas;  
Ni cuando el campo de Ilión desierto  
Dejaron las argólicas espadas,  
De muertos lleno y de sangrienta espuma,  
De cuervos vió ni buitres mayor suma.

Dieron las corvas uñas á los ojos,  
Y espanto á los que allí quedaron vivos,  
Que fueran á no huir nuevos despojos  
De sus presas y artejos vengativos;  
Pues si algunos con bárbaros antejos  
De armas se visten y ánimos altivos  
Para librar su rey de aquel tormento,  
Vencidos vuelven de su vano intento.

Y no solo á ellos, mas la corte entera  
Del rey, que allí en Zalama fue prolija,  
Y en triste luto y lóbrega litera  
Llevar el cuerpo quiso de su hija;  
El negro hambre y gente vocinglera  
Con importunos vuelos los cobija,  
Haciendo que de ver su horror medroso  
Huyendo vuelva el pecho mas brioso.

Dejaronlos allí al tormento horrible,  
Y á libre voluntad de los soldados,  
A guardar el alcázar invencible  
Del mártir de Segovia acostumbrados:  
Desde el sangriento golpe del terrible  
Daciano, que sus miembros arrojados  
En la playa dejó, y negó á Valencia  
Para enterrarle en su arenal licencia.

Allí el ave de Apolo hizo la vela  
Sobre el sagrado cuerpo, y allí estuvo  
En cuidosa y perpétua centinela,  
Y campo á todos con su fe mantuvo:  
Y ahora tambien en su defensa vuela  
Sobre su sacro monte, y al que tuvo  
Animo de ofenderle, se presume  
Que en eterno tormento le consume.

Yo desde allí en poder de Cardiloro  
Quedé por suyo, y él en noble trato,  
Sirviéndose de mí no como moro,  
Aquí me trajo, donde en el rebato

De anoche quedó muerto, y el sonoro  
Discurso de mi vida, y su retrato  
Es este, y este el áspero rodeo  
Al bien que ahora sin pensar poseo.

### ALEGORIA.

Orlando, que saliendo á caza, queda tras el gusto de su novela perdido y engañado por Garilo, significa que muchas veces el entendimiento, por divertirse en curiosidades sin provecho, queda perdido, y llevado de un error en otro hasta perecer. Y en el encantamiento de sus amigos convertidos en estatuas de oro, como la avaricia es un vicio tan torpe, que vuelve á los hombres estatuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En la historia de Roselio se ve lo mucho que importa el tener devocion con los santos; y como el desacato que se les hace, y el agravio hecho al inocente, pocas veces deja el cielo de castigarlo, y en el rey Rodrigo los soberanos efectos de la penitencia.

### LIBRO DÉCIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Descríbese el gran aparato de las fiestas de Francia la ferocidad de Morgante rey de Corega, y las bravezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcángelica la bella, princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde se se escapa nadando sobre una entena.

Así Roselio en su sabrosa historia  
Los que oyéndole están entretenea,  
En el sentido haciendo y la memoria  
Una mezcla de pena y de alegría:  
Del santo rey la conocida gloria,  
El trágico furor de Berberia,  
Del uno y otro amante el desatino,  
Y el justo premio de sus culpas dino.

En tanto con las fiestas aplazadas  
El francés hinche de alegría la tierra,  
Desde el frio golfo y gentes apartadas  
Que el encubierto mar Gólico encierra,  
Hasta donde sus ondas abreviadas  
Del Calpe rompen la encumbrada sierra,  
Alborotando su clarín bastardo  
La ardiente sangre al pecho mas gallardo.

La Gran Bretaña al templo de la fama  
Dió en otro tiempo bellos resplandores,  
Cuando al guerrero dios la blanda llama  
Del dulce amor templaba los furores:  
No habia jayan feroz sin tierna dama,  
Casados con las armas los amores,  
Lleno aquel rico mundo de altos hechos,  
De ilustres brazos, y de heroicos pechos.

De héroes famosos llena la presencia  
Del siglo que hoy asombra su memoria,  
Del antiguo Merlin la grave ciencia,  
De Artús la mesa, de Amadis la gloria;  
Del rey Perion la ilustre descendencia,  
Del triunfo del honor famosa historia,  
Viviendo aunque en dos cuerpos con un alma  
El tierno mirto y la triunfante palma.

Por las selva de Ardenia á sus venturas,  
En pomposa beldad y altiva frente,  
Pasar solian tiernas hermosuras,  
Tascando en oro el palafren ardiente:  
Encerradas aun hoy no están seguras,  
Que á un rayo de metal resplandeciente  
Viene en la cuadra de mayor recelo  
Danae rendida, y su recato al suelo.

Aun no el ciego interés con su codicia  
La fe tenia cual hoy tiranizada,  
Ni habia entonces parido la avaricia

Los monstruos que hoy la tienen afeada,  
Ni del picante Momo la maldicia,  
La casa daba del honor manchada,  
Todo era gentileza y gallardía,  
Cuanto en el mundo y en su gente había.

El siglo de oro pudo ser llamado  
De aquella edad el tiempo venturoso,  
Cuando del mayor rey la honra y estado  
En ser valiente estaba y generoso:  
Mas no, que el siglo nuestro es el dorado,  
Y el mundo hoy en sus cosas mas precioso,  
Donde el oro ha llegado á tanto lustre,  
Que es obscuro sin el la sangre ilustre.

El rey Carlos también gozó gran fama,  
Insigne corte, y bravos cabaleros,  
Mas como les faltó de amor la llama,  
No pudieron llegar á los primeros;  
Que los que el vulgo para fines llama,  
Y yo principes de ánimos guerreros,  
Son hombres encantados, que su hechura  
De humana tiene sola la figura.

Orlando el principal capitán dellos  
Era, según la fama, hombre encantado,  
Velloso el cuerpo, y ásperos los vellos,  
De hombros metido, de color tostado;  
Turbios los ojos, duros los cabellos,  
Gruesa la barba, el pelo ensortijado,  
De miembros mas fornidos que elegantes,  
Y de fuerza mayor que dos gigantes.

Reinaldos fué también un hombre esquivo,  
De ánimo y corazón determinado,  
Ambicioso, sagaz, astuto, altivo,  
Colérico, atrevido y recatado:  
Pocas veces de amor se vió cautivo,  
Ni supo á tiempo amar, ni ser amado;  
Flordelis fue testigo, y lo es con ella  
El tierno amor de Angélica la bella.

Los demás bellicosos paladines  
De altivez fueron y soberbia llenos,  
Conquistando á la fama sus clarines,  
Su tierra al mundo, y á la mar sus senos:  
Tibios al dulce amor, de cortos fines,  
Que para amores nunca fueron buenos,  
Hombres duros, incultos y feroces,  
De fieros pechos, y ánimos atroces.

Si el gallardo Ruger fué tierno amante,  
No era en nación francés, era africano;  
Si supo amar la bella Bradamante,  
Una temprana flor no hace verano:  
Esta sin otras dió causa bastante  
De las hadas al elástico soberano,  
Que alegre acariciando al pueblo moro  
Contrario fuese de los lirios de oro.

Así también el ordinario oficio  
Que en la corte de Francia se sabía,  
Era de armas el áspero ejercicio,  
Que su nación céntrica pedía:  
Y entre el cansado Marte y su bullicio  
Apenas rayo del amor salía,  
Que mejor siempre las francesas flores  
En armas aprobaron que en amores.

Y en justas ahora de placer metidos  
Su tierra miran de alegría poblada,  
Los circunstantes reinos conmovidos,  
Con grandezas la fama sobornada:  
De la imperial ciudad por los ejidos  
La milicia del mundo está sembrada,  
Que á varios fines, por diversos modos,  
Á la voz de la fiesta acuden todos.

Lleno el país de pláticos soldados,  
Ricos penachos por los yelmos puestos  
Sobre recios frisones de encrespados  
Plumeros de oro y cheneria compuestos:  
Almas fogosas, pechos arriesgados,  
Por cualquier atrevido se arriesgan dispuestos,

Que la francesa cólera, el mas grave,  
Aunque la quiere reportar no sabe,  
Quién de una bella infanta al diestro lado  
Lleva en su nuevo amor gusto cumplido,  
Quién en el bosque oculto el bulto amado  
Llorando halló el agravio recibido,  
Quién á cobrar el ya perdido estado  
Su brazo ofrece y su favor cumplido,  
Y contra el gran poder fuerza bastante  
De obscuro mago, ó descortés gigante.

Unos en negro luto andas doradas  
Llevan entre el bordado terciopelo  
Un muerto rey de tierras apartadas,  
Que pidiendo venganza viene al cielo:  
Que siempre acude á fiestas tan nombradas  
Buscando fama lo mejor del suelo,  
Donde se desagranian ofendidos,  
Y se suelen cobrar reinos perdidos.

Otros de armas y yelmos encantados,  
Nacen, viven y mueren en cuestiones;  
Otros de tierra cerra, hombres cansados,  
De duro cuerpo y blandos corazones:  
De día por los desiertos abrasados,  
De noche por estériles terrones,  
Que la guerra y amor piden de fuero  
Para sufrir su vida hombres de acero.

Cuál con la bella imagen de su dama  
Resplandeciendo lleva el ancho escudo,  
Cuál un pardo dragon en roja llama  
Despedazando un corazón desnudo,  
Cuál parlador clarín de ativa fama  
Vuelto por falta de una pluma mudo,  
Que la lanza mayor por sí no alcanza  
Sin quien ayude al cuento de la lanza.

Las selvas, los desiertos, los caminos  
De desafíos llenos y revueltas,  
Combates, bregas, riñas, desatinos,  
Dulces pasiones en locura envueltas:  
Unos lanzas buscando, otros padrinos,  
Otros justas de galas, y otros vueltas  
Las espaldas á todos sus cuidados,  
Van en el de su amor embelesados.

Está en medio de Francia París puesta,  
Ciudad insigne, córte populosa,  
De edificios bellísimos compuesta,  
En letras y armas clara y poderosa:  
Y ahora en la voz de la aplazada fiesta  
En placenteras galas tan vistosa,  
Que no hay rincón en ella que no sea  
Deste insigne aparato su librea.

Las torres, los balcones, las ventanas  
Ardiendo en luminarias inmortales,  
Cuya luz á las máscaras livianas  
Alegre vista da y sombras iguales:  
Llama el clarín, responden las campanas,  
Al atambor sonoros atabales,  
Y alegres chirimías y cornetas  
Al troPELLADO son de las trompetas.

Vanse por todas partes ensayando  
Hombres de armas, bridones y ginetes,  
De relámpagos de oro el aire blando  
Cubriendo los grabados coasetes:  
Entre el bruído acero tremolando  
Plumas, bandas, banderas, gallardetes,  
Ricos despojos del vencido moro,  
De perlas llenos, y de cifras de oro.

Las calles y las plazas tan cubiertas  
A todas horas van de gente armada,  
Que el ronco estruendo y súbitas reyertas,  
Ni oír consiente, ni entenderse nada:  
De la insigne ciudad las francas puertas  
Dando seguro paso y libre entrada  
A varia gente en ciegos escuadrones,  
Sin mirar leyes, ni aceptar naciones.

Aquí tablados hacen y estacadas,



Allí palenques, acullá barreras,  
Altos andamios, firmes palizadas,  
De varias trazas fuertes y maneras:  
Quién limpia el corvo escudo, quién grabadas  
Armas, sillas, penachos y testeras,  
Quién en jaeces de oro y paramentos  
Labra á su amor costosos pensamientos.

Quién da de tembladora argentina  
A su plumero varios resplandores,  
Quién graba un limpio arnés, quién desafia  
Y vence la iris bella en sus colores,  
Quién la antigua bisarma, que servía  
De inviolable blason á sus mayores,  
Descuelga ya de mármoles estraños,  
Donde la guardó el tiempo largos años.

Es el concurso grande, y la agonía  
Varia, varios los pechos valerosos,  
Que en noble empresa es honra la porfía,  
Y señores del mundo los briosos:

Llegan mil aventuras cada día,  
Sucesos de armas, lances amorosos,  
Justas y desafíos de gigantes,  
Pruebas de amor, y casos semejanteros.

Al venidero mes que abre las flores  
La fiesta principal está aplazada,  
Que entre las rosas brotan los amores,  
Y fiestas sin amor no valen nada:  
Si algun azar no entibia estos furores,  
Gala el mundo no vió mas señalada,  
La fama lo dirá... que un jayán fiero  
Ahora á mi pluma lleva el vuelo entero.

Está del mar Ligústico cercada  
Córcega dicha Cirno antiguamente,  
Aspera, peñascosa, mal sentada,  
De mal clima, mal suelo, y mala gente:  
Del gran jayán Morgante gobernada,  
Que en una roca sobre el mar pendiente  
Su inespugnable alcázar se levanta  
Con que á la isla enfrena, al mundo espanta.

Del pardo Bronte, que en la estrecha altura  
De Meliguna un tiempo tuvo fragua,  
Por recta línea y sucesion no obscura  
Así la suya el tiempo antiguo fragua:  
A Scila en su primera hermosura  
El ciclope gozó dentro en el agua  
De su madre Anfritre, y della tuvo  
Al fuerte Auson, y al inclemente Onubo.

Mató Onubo á su hermano, y de un pequeño  
Niño, que de Dorisca dejó al mundo,  
Llamado Lipar, el humilde isleño  
De Lipara heredó nombre segundo:  
Deste nació Ligusto, que en empeño  
Tambien dejó su nombre al mar profundo,  
Naciendo Cirno dél, y deste Almonte  
De Onubo abuelo, y del segundo Bronte.

De Bronte fue Dorisco descendiente,  
Y Fulborando padre de Morgante,  
Que heredó el reino y la soberbia gente  
De Córcega, y fue hermano de Bramante,  
Que huyendo dél por de ánimo inclemente  
A Toledo pasó, y fue vano amante  
De Galiana, y este en este modo  
Es del rey corzo el real linaje todo.

Hacia la áspera costa al mar profundo  
Hoy levanta un peñasco la cabeza,  
Que en otro tiempo anduvo por el mundo  
Hecho hombre, y de mortal naturaleza:  
Quien de su primer ser sacó el segundo,  
Y sus miembros vistió de tal dureza,  
Yo lo diré despues, que ahora quiero  
Al bravo corzo retratar primero.

Era un marino risco en estatura,  
Cuerpo abultado, músculos fornidos,  
Anchas espaldas, gruesa la cintura,  
Larga y corva nariz, ojos torcidos,

Verdinegro en color, basto en hechura,  
Barba y cabellos crespos y tupidos,  
Y de tan firmes fuerzas, que pudiera  
Mudar un monte, si mudable fuera.

Una ancha cimitarra que jugaba  
De blancos filos un quintal tenía,  
Conque del primer golpe destrozaba  
Entero un hombre y dos y tres partía:  
Y á este respecto lo demás llevaba  
Del reforzado arnés que se vestía,  
Asaltando arrogante un campo entero,  
Ora armado de seda, ora de acero.

Trazando un día en su ánimo orgulloso  
Cómo en Francia esgrimir podría su maza,  
Y en sus fiestas hacer su brazo airoso  
El general espanto de la plaza:  
A sus piés puesto un mensajero odioso  
Con triste nueva humilde los abraza,  
Y el golpe le encarece furibundo  
Con que el cruel Bramante huyó del mundo.

Dejóle el nuevo caso embelesado,  
En el cómo y el cuando cuidadoso,  
Mas vuelto en sí de aquel primer cuidado  
Impaciente se muestra y desdenoso:  
Y de un cruel furor arrebatado  
Cuanto delante está rompe furioso,  
Todo lo hace igual, nada perdona,  
Gente, vestidos, armas, ni persona.

Cual sierpe antigua en siesta calurosa,  
Hacia el terron que le arrojó el villano  
Se alza, silba, y revuelve la escamosa  
Concha sembrando muertes por el llano:  
Y á la garganta y lengua ponzoñosa  
Del mortífero pecho saca en vano  
(La sed prolija que sufrió en su cueva,  
Y oculta allí para matar la lleva.)

Así del torpe desabrido pecho  
Del bruto rey de Córcega revienta  
En rabioso furor veneno hecho,  
En que el confuso corazon alienta:  
Y al que la nueva trajo sin provecho  
En debidas albricias de su afrenta  
(Las que le dió den siempre al que se ceba  
En ser correo de una mala nueva.)

Del débil pié le coge, ¡estraño aliento!  
Y á dos veces que el brazo da la vuelta,  
En triste ruido por el sordo viento  
Va cual de rústica honda piedra suelta:  
Bajó buscando el húmedo elemento,  
Y el agua blanda en crespas espuma vuelta  
Recibió el cuerpo en peña convertido,  
Ya por el aire enjutó endurecido.

Que cual de estrecho frío detenida  
Nube en el hueco viento congelada,  
En blanca nieve baja endurecida,  
Y en menudos vellones apretada:  
O cuando á duros globos reducida  
En aljófares gruesos cae florada,  
Sin sangre el cuerpo así del miedo helado  
En duro pedernal cayó trocado.

Y allí la humana forma consumida  
Quedó en medio la mar vuelto roquedo,  
Que quien por mucho andar perdió la vida,  
Justo es que para siempre se esté quedo:  
Así este cuento, ó fábula fingida,  
El vulgo canta en Córcega sin miedo,  
Que lo tenga por tal, siendo lo cierto  
Que el correo fue sobre aquel risco muerto.

Que descendiendo por el aire blando  
A quien la ira del cruel gigante  
Sin alas hizo penetrar volando,  
Nombre al risco le dió, bulto y semblante:  
Y él todavía en su furor bramando  
Con ánimo impaciente y arrogante  
Sin que respeto ni temor le ocupe,



Torpes blasfemias contra el cielo escupe.

Mas por alegre ornato, ó por decoro,  
 Que por la religion, ni su cuidado,  
 De los Penates el casero coro  
 De su cuadra un altar tenia dorado:  
 Y aunque en precio y valor era un tesoro  
 De la avenida del furor llevado  
 La rabia estrenó en ellos de manera,  
 Que ninguna deidad le quedó entera.

De Júpiter un nuevo Icaro hizo,  
 Que al turbulento mar bajó volando;  
 A Venus y á su hijo antojadizo  
 Dos Leandros que á Sesto iban nadando  
 A Marte entre las manos le deshizo,  
 Y mejor lo hiciera peleando,  
 A Vulcano arrojó con tal enojo,  
 Que de ambos piés al caer le dejó cojo.

No hicieron tanto estrago los gigantes  
 Del monte Pelion en su antigua guerra,  
 A Licaon, y otros monstruos semejantes  
 Que contra el cielo levantó la tierra:  
 Como en sus simulacros elegantes  
 La ira que el pecho de Morgante encierra  
 Que en una hora rompió mas dioses viles

Que en mil años criaron los gentiles,  
 Y de impaciencias lleno, y de despecho,  
 Una horrible venganza determina,  
 Contra la afrenta y el agravio hecho  
 Del gran Bronte á la real sangre divina:  
 Y en este fuego ardiendo el turbio pecho  
 A pié y sin armas para el mar camina  
 A destruir el mundo por España,  
 Y es poco el mundo en que vengar su saña:

Solo, sin lanza, espada, ni escudero,  
 Ni mas que el ciego ardor que le seguía,  
 Al turbio mar en un batel ligero  
 Furioso se arrojó, y furioso envía  
 El barco sin timon ni marinero  
 Por el confuso piélago sin guía,  
 En señal que con ánimo iracundo  
 Esta vez acomete á todo el mundo.

Mas ya el soberbio mar tambien hinchado  
 Se fue en verse pisar embraveciendo,  
 Y el jayan de sus olas afrentado,  
 Que haya otra mayor furia está temiendo:  
 Y así en su enojo cruel precipitado  
 Lanzarse quiere por el golfo horrendo,  
 Y á pesar de los vientos y su guerra

Salir del ciego mar á hundir la tierra.

Mas viendo el sordo piélagos que hervia  
En perjuicio de su loco intento,  
Rabioso contra el cielo se volvia,  
Contra la fe, contra la mar y el viento:  
A sus cobardes dioses desafia,  
Al mar escupe el destemplado aliento  
Del aire á grandes voces embravece,  
Con que su rabia y la tormenta crece.

Rompíó ya de una vez Neptuno el freno,  
Y á las turbias estrellas se levanta  
Corrido en ver que de su hondoso seno  
La furia al mundo, y no á un gigante, espanta:  
Y el frio sople de tormentas lleno  
Las velas hiere con braveza tanta,  
Que es su hinchada soberbia semejante  
Al ciego error del bárbaro Morgante.

Seis dias anduvo sin ningun sentido  
Tras varias esperiencias de fortuna,  
Ya entre las crespas olas sumergido,  
Ya por la humilde arena, ya en la luna;  
Hasta que el turbio mar mas corregido  
Del viento no mostró señal alguna,  
Poniéndole á él entre bajeles varios  
De una enemiga flota de corsarios.

Corria á barlovento de un navío,  
Que á esperar su intencion paró sin miedo,  
Y el corzo viendo el aparente brio  
Tambien por ver el fin se estuvo quedo;  
Cuando vió que en confuso desvario  
Al barloarse con igual denuedo,  
Como enjambre de abejas importuno  
Innumerables leños cercan uno.

Morgante que entendió la demasía  
Del duro asalto al combatir primero,  
Ardiendo en los deseos que traia  
De abrasar con su llama el mundo entero:  
Contra toda la flota que venia  
En su barquillo arremetió ligero,  
Que sin armas, á coces, y á bocacos,  
Todos pensó dejarlos anegados.

La gruesa entena del primer navío  
Furioso toma cual delgada caña,  
Y con mandobles della, y de su brio  
Destrozo hace y mortandad estraña:  
Cunde la rabia, crece el desvario,  
El furor ciego, la indomable saña,  
Y de cualquiera de sus golpes fieros  
Deshace y hunde los navios enteros.

Unos sin vida, otros sin figuras,  
Muertos deja unos, y otros atronados,  
Otros los huesos, carne y coyunturas,  
Molidos, hechos masa y aplastados:  
Arboles, gavias, jarcia, obencaduras,  
Grumetes, marineros y soldados,  
Como granizo sin dolor ni pena  
Derriba, y caen á palos con la entena.

Así en la antigua Arcadia encina dura,  
Que á veces varear suele el villano,  
De gajos y bellota no madura  
A recios golpes cuaja el fértil llano;  
Y fruta, ramas, hojas y verdura,  
Todo lo iguala su pesada mano,  
Y si la hambre crece y la mohina,  
Desmucha y quiebra á palos media encina.

Echó un navío á fondo en dos pedazos,  
Y á otros cuatro rompió jarcias y entenas,  
A cuál sin piernas deja, á cuál sin brazos,  
Y á cuál las manos de los sesos llenas:  
Atropellando estorbos y embarazos  
La capitana así por las cadenas,  
Y hubiera al saltar dentro por un lado,  
Si él no la enderezara, zozobrado.

De humilde vulgo y torpes marineros  
Sin defensa mayor la halló cargada,

Y de su entena á dos redobles fieros  
Toda en el primer círculo escombrada:  
Unos al agua, y otros mas ligeros  
Volando van por cima de la armada  
A buscar su caudillo, que se halla  
Del abordado barco en la batalla.

Con un gran capitán que en él traía  
El supremo lugar por su braveza,  
Y en su ancho escudo un rojo leon que hacia  
Blason á su invencible fortaleza;  
Y él con la diestra espada que esgrimia  
Por muestras de su brio y su destreza,  
A sus sangrientos piés tenia rendidas  
De los mas bravos las mejores vidas.

Al tiempo que el jayán subió al navío,  
En su contrario el franco caballero  
Echó de un golpe dos con mortal frio,  
Y ahogó el orgullo en el que entró primero:  
Y á este, y aquel, y al otro quita el brio,  
Manchando en roja sangre el limpio acero  
En varios modos, que es su brazo fuerte  
Diestro en dar mil figuras á una muerte.

Cayó un mortal desmayo en el ruido  
Que en torno hacia la confusa armada,  
Viendo su incauto general caido,  
Y su esperanza sin razon cortada:  
Lo mejor de sus fuerzas destruido  
Del filo agudo de una sola espada,  
Y del cruel jayán la fuerza altiva,  
Que ahora de nuevo en su favor arriba.

Y él heredando del contrario muerto  
El corvo alfanje y el valiente escudo,  
Por entre la canalla sin concierto  
Sembrando muertes va su filo agudo:  
Cuál hasta las entrañas cae abierto,  
Cuál sin piés acabar de huir no pudo,  
Cuál sin brazos se halla, cuál se queja  
Con solo un brazo, un hombro, y una oreja.

Aquel antes ocioso, ya ocupado  
En volver las entrañas á sus senos,  
Mira otro que cabe él se halla admirado  
De verse la mitad del cuerpo menos:  
Uno su diestro brazo destroncado  
Busca, y viendo sobre él tantos ajenos,  
Mientras le encuentra la segunda herida  
El otro le arrebatada con la vida.

El rudo Telamon, cuando en venganza  
De su agravio assolaba el campo griego,  
Y en furiosa locura su pujanza,  
Ni admitia escusa, ni escuchaba ruego;  
Ni hizo mas riza ni mayor matanza,  
Ni se vió con su cólera mas ciego,  
Creyendo al golpe de su ira necia  
Ser los testuces príncipes de Grecia.

Que en igual ó mayor carniceria  
De Córcega se via el rey brioso,  
Tal que á todos los ojos parecia  
Entre manso ganado leon furioso:  
Y euando mas la mortandad crecia,  
Mas el combate crece peligroso,  
Que por mil partes los navios corsarios  
Gente llovian infiel en los contrarios.

Seis medios signos el herir primero  
Durado á costa del corsario habia,  
Cuando de lejos un navío velero  
A dar sobre ellos vieron que venia:  
Ninguno lo juzgó por buen agüero,  
Lo mas del caso se verá otro dia...

Que de Bernardo aqui la heróica fama  
Mi humilde musa á nuevas voces llama.  
Con él deje á Orimandro en su ejercicio  
Pintando en su afliccion dulces dolores,  
Que este es de un triste el ordinario oficio,  
Y el amor grande escuela de pintores:  
Dejele de escuchar, porque es indicio



De no acabar jamás tratar de amores,  
Mas ya aquí me conviene oírle un poco,  
Pues no es él solo deste tema el loco.

Volvían á la gran Creta navegando  
Lo que en contrario tiempo han descaído,  
De un bordo y otro el crespo mar surcando  
Con el jaloque el tramontana asido,  
Y el rey de Persia su dolor contando  
Así á Bernardo lleva entretenido:  
«La fatal brasa en aire consumida  
Sin resplandor quedó, Dúlcia sin vida.

Desta muerte infeliz el golpe extraño  
Los males dió que á Creta han perseguido,  
Desta crueldad nacieron, deste daño  
El reino está en desgracias consumido:  
Alzárone las nubes con el año,  
Dejó su fuego el aire corrompido,  
Y el fértil campo ya agostado y seco  
De sus tributos hizo estéril trueco.

Sembró Mercurio horrible pestilencia  
De fieras sierpes y aires venenosos,  
Que la reina mataron sin clemencia,  
Y fueron menos que ella rigurosos:  
Cumpliéndose del hado la sentencia,  
Que á Creta dió en agüeros espantosos  
De su llama infeliz una centella,  
A fin que su quietud se abraza en ella.

Está el ignoto laberinto hecho  
Por la mano de Dédalo ingeniosa,  
De la rica ciudad un breve trecho,  
Al ciego amparo de una selva umbrosa;  
Donde un real monstruo de doblado pecho  
Posada tuvo y cárcel engañosa,  
Y al fin la luz de un hilo delicado  
Hacerlo pudo claro de intrincado.

De aquí espantosos nacen todavía  
Disformes bultos, sombras infernales,  
Este el fuego encendió que en Creta ardia,  
Y parió en ella los presentes males:  
Sobre este oscuro laberinto un día  
Un rico templo de arcos inmortales  
Se vió nacido, ardiendo su tesoro  
En las basas de cien columnas de oro.

De una arqueada bóveda era hecho  
Tan alta, que en la vista se perdía,  
Y con las piedras su dorado techo  
Un estrellado cielo componía;  
Con cien ventanas que de trecho á trecho  
De luces la llenaban y alegría,  
Abiertos en molduras y perriles  
Balcones de oro, rejas y pretilles.

En medio la alta fábrica preciosa,  
De un enlutado pórfido labrada,  
Una sombría tumba está pomposa,  
Sobre diez ninfas de cristal sentada:  
Y otra enlutada bóveda vistosa  
De mosaicos follajes antorchada,  
Así en arcos levanta su tesoro,  
Que humilde hace en su respeto al oro.

En hombros destas ninfas se sustenta  
La enlutada y funesta pesadumbre,  
Y con sus diestras manos se alimenta  
Al templo una inmortal y eterna lumbre:  
Y así al mundo sus luces acrecienta  
Con la que al oro enciende en su techumbre,  
Que hizo bajando al mar que se dijese,  
Que el día en Creta á no morir naciese.

Del real sepulcro en las doradas barras,  
Con que su arqueada bóveda crecía,  
De un dragon de oro en las azules garras  
Una guirnalda daba lumbre al día:  
Brillando toda está luces bizarras  
De flores de tan rica pedrería,  
Que igualar su tesoro á los de Craso,  
Es comparar la mar á un chico vaso.

Por hojas, esmeraldas, y por flores,  
Rubís ardientes, perlas cristalinas,  
Rubios topacios, iris de colores,  
Blancos jacintos, amatistas finas,  
Camafeos cubiertos de primores,  
Y entre las agoreras Amandinas  
Con esta letra un real carbunco frío,  
«Por la venganza tuya, y honor mio.»

En el hueco sepulcro otro letrado  
La muerte entre diamantes descubria,  
Y aunque amasado de oro el rostro fiero,  
Con el verso mataba, que decía:  
«En cada luna una doncella espero  
Que aquí degüelle la venganza mía,  
Hasta que ponga otra mayor belleza  
Esta hermosa guirnalda en su cabeza.»

Turbado del prodigio de la muerte  
Á ver el nuevo templo el pueblo vino,  
Confuso del rigor con que le advierte  
Su destruccion el celestial destino:  
Ley sin piedad, cruel, y adversa suerte  
La juzgara el tirano mas sanguino,  
Librarse quieren todos del tormento,  
Mas no poner ninguno el instrumento.

Del consejo del rey salió acordado  
Que se ejecute lo que el cielo ordena,  
Y el sacrificio, cual lo pide el hado,  
Se ofrezca cada mes la luna llena;  
Hasta que en sangre laven su pecado,  
Y con la culpa quede igual la pena,  
Y á este fin se procure por la tierra  
La beldad que mayor caudal encierra.

De los reinos de amor las mas hermosas  
A grande espensa y gastos son buscadas,  
Y para las exéquias dolorosas  
En pronósticos tristes alistadas:  
Aquí solas las feas son dichasas,  
Y todas las hermosas desdichadas,  
Si ser en algo venturosa quiere  
Váyase á Creta la que fea fuere.

Sus gentes en la islas comarcanas  
Ni oro han dejado ni doncella hermosa,  
Escogiendo en las flores mas tempranas  
Para su triste altar la mejor rosa:  
Al fin entre estas victimas humanas  
Un día cautivaron á mi diosa,  
Y el rey viendo la luz por quien yo vivo,  
De una cautiva se sintió cautivo.

Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,  
Y la que iba á ser victimas sagrada,  
En lugar de los dioses mas propicios  
Por diosa instituyó fuese adorada:  
Mas ya el cielo cansado de sus vicios,  
Al nuevo altar de la beldad amada  
Dió por verdugo la disforme fiera,  
Que le vengara si por mí no fuera.

De allí, cual dije, liberté la vida  
De quien la mia en pago me ha quitado,  
Y en triunfo ilustre á la ciudad traída  
Nuevo decreto el real consejo ha dado:  
Que á las primeras suertes sea admitida,  
Y sujeta al rigor del duro hado,  
Sir que mando de rey ni otra potencia  
En algo altere esta última sentencia.

De doce de la urna aborrecible  
La última fue á salir mi amada diosa,  
Con que el cielo mostró en señal visible  
Ser la menos decente y mas hermosa:  
Ya once altares corrian sangre horrible  
De infeliz hermosura, ¡pestraña cosa!  
Que mas la hambre y mortandad crecía  
Cuando algun sacrificio se hacia.

Un año en Creta me dejó encantado  
El vano amor, y mil me entretuviera  
Con un cabello sin quebrarse atado,

Que es la esperanza dulce hechicera:  
Después que le quité en el fértil prado  
Mi bella diosa á la serpiente fiera,  
Porque me diese la enemiga suerte  
Con el fin de su vida el de mi muerte.

Ya el enlutado día se acercaba  
Que al mundo había de echar en noche oscura,  
Y el sol que á él y á mí nos alumbraba  
En la indigna y temprana sepultura:  
Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,  
Y la luna sin luz y sin figura,  
Su variable curso apresurando,  
Iba creciendo, y mi placer menguando.

Y aunque incierta su muerte, la sospecha  
Bastó á turbar el gusto de mi vida,  
Que un desdichado siempre da por hecha  
Contra sí la desgracia más temida:  
La cadena arrastrando mas estrecha  
Que en la prision de amor fue conocida,  
De un mal en otro procurando en vano  
Un favor breve de su ingrata mano.

Trazando de un dolor varios intentos  
En uno me resuelvo y determino,  
Que es no poner en duda mis contentos,  
Ni fiar mas suerte á mi contrario sino:  
Mas romper del altar fueros sangrientos,  
Y del robar el sacrificio indino,  
Pensé acertar, y tiene amor mandado,  
Que no acierte á servir quien no es amado.

Puse en el puerto á punto este navio,  
Mi gente por el bosque entretejida,  
Y á pesar del cretense señorío  
De la muerte otra vez libré á mi vida,  
Sin darle cuenta del intento mio,  
Medroso que de altiva y desabrida,  
Fuera el altar del sacrificio injusto  
De mas gusto en el suyo, que mi gusto.

Allí robé la que mi alma triste  
Donde quiera que está tiene robada,  
Y aquí la traje, y como tú la viste  
Siempre sin ocasion la vi enfadada:  
Que el dulce premio en que el amor consiste  
Es suerte, y fue la mia desgraciada,  
No pide otra ocasion el que quisiere,  
Si aborrecido de quien ama fuere.

Si bien yo fuese donde nace el día  
De nueva lumbre y resplandor vestido,  
El poderoso sol flaco sería  
Contra las sombras deste ingrato olvido:  
Que desta ausencia la tiniebla fria  
En que me tiene el desamor metido,  
Ni donde sale el sol, ni donde acaba,  
La luz podrá hallar que le alumbraba.»

Dijo, y al curso de su amor dudoso  
Cogió la rienda, y aljóla al llanto,  
Y sintiendo no en gusto desdenoso  
El leonés su dolor hizo otro tanto,  
Que es de cruel pecho, á un caso doloroso,  
Tener el corazón de duro canto:  
El rey su llaga aprietta en lo secreto,  
Que aunque estaba afligido era discreto.

Con pecho heroico el grato mal reprime  
Del ardiente furor de su agonía,  
Aquella diosa en su memoria imprime  
Que tantos sacrificios le debía:  
Y porque el corazón no desanime  
Finge esperanza donde no la habia:  
«Quizá, dice, el dolor del mal que siento  
Será algún día especie de contento.

Cual pecho avaro en allegar tesoro  
Con deleite el trabajo facilita,  
Que la hambrienta codicia y sed del oro  
A insufribles tormentos necesita:  
Tal esta dulce muerte, en quien adoro,  
Mi vida alegre, mi alma resucita

Con el nuevo plaecer y el gusto nuevo,  
Que en morir por tan noble causa llevo.»

Así el rey Persa al gran Bernardo hablaba  
Y entre esperanzas y temor moria,  
Que este con sobresaltos le ahogaba  
Lo que aquella adulando le ofrecia:  
Con nuevo miedo amor su pecho agrava,  
Y la confusa guerra en que venia,  
Es no saber si la beldad robada  
Segunda vez á Creta fue llevada.

Que aquel divino brazo riguroso  
Que la robó con superior violencia,  
Será en ambas desgracias poderoso  
A ejecutar del hado la sentencia:  
Todo tiene su fin triste, ó dichoso,  
Darse debe á los dioses la obediencia,  
No es su poder como el del hombre estrecho,  
Mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.

Bernardo afable aquel dolor consuela,  
«Todo, le dice, está en su sabia mano,  
Ni el pié se mueve, ni la pluma vuela,  
Sin licencia y acuerdo soberano:  
Es fuerza que el dolor lastime y duela,  
Que es duro golpe en corazón humano,  
Mas la cordura en todas ocasiones  
Los gustos mide, y templa las pasiones.

Y esta funda mortal que al alma viste  
Es lumbre de esmaltada vidriera,  
Que si es dorada, azul, alegre, ó triste,  
Tal luz dentro en la sala reverbera:  
Y bien que el punto del valor consiste  
En grave pecho de igualdad entera,  
Mas cuerpo humano de contrarios hecho  
No puede al alma dar mas firme pecho.»

Así el noble leonés, y así el persiano,  
Uno sus cosas cuenta, otro las guia,  
Y en blanda paz mitiga el pecho humano,  
Cual suele la agradable compañía:  
Cuando del feo Triton el reino cano  
Crespo se revolvió, y se escondió el día,  
Braman los vientos, crece la tormenta,  
Perdido el norte, el cómputo, y su cuenta.

Ahora es tiempo, oh luz del tercer cielo,  
Que alegre llueves dulce amor fecundo,  
Y tu resplandor quinto, cuyo vuelo  
El ocio quita y flojedad del mundo,  
Que ambos templados enviéis al suelo  
A mi pluma un feliz saber profundo,  
Con que cante en espíritu doblado  
Un tierno amor y un fiero Marte airado.

Un ejercicio y otro son vapores  
Que al seso suben con la sangre nueva,  
Y á la imaginacion hechos furoros  
Su mismo brio y su inquietud los lleva:  
¿Qué armas hay en la tierra sin amores?  
¿Qué gloria que al amor no se le deba?  
Oya el mundo mi voz, que hace mi pluma  
Hoy de Marte y de amor una gran suma.

Seis veces tras la lámpara febea  
Con la suya Diana alumbró el mundo,  
Y siempre el viento en áspera pelea  
Feroz luchaba con el mar profundo;  
Cuando entre hinchados tumbos de marea,  
Impedido el primero del segundo,  
Fue la persiana vela descubriendo  
De un conflicto naval el ronco estruendo.

Y allí un gigante que en favor de un barco  
Contra todo un ejército pelea,  
Volviendo de azul rojo el hondo charco  
Un bauprés espantable que voltea:  
Y con mas vidas á sus piés que el arco  
Derribar suele de la muerte fea,  
Al combatido leño saltó, cuando  
Los dos á ver su furia iban llegando.

Pusieronse á mirar, mas ya informados

De la alevosa desigual batalla,  
En favor del jayan, entre quebrados  
Bajeles pasan por la vil canalla:  
Cuando lloroso grito en los costados  
De una galera fácil de abordalla  
Se oyó de presos, cuya voz aguda  
A Dios pedían venganza, al mundo ayuda.

Saltó el diestro leonés en la aferrada  
Fusta buscando á quien favor pedia,  
Y allí esgrimiendo su atrevida espada  
Rayo entre flacas mieses parecia:  
Uno hiende, otro parte, otro tajada  
La cabeza por medio al agua envía,  
A cuál hierde de punta, á cuál de tajo,  
Y á cuál arroja al mar del bordo abajo.

Con tanta gallardía volteaba  
La diestra espada el jóven valeroso,  
Que ya el de mas denuedo se apartaba  
De sus mortales golpes temeroso:  
Así en el turbio Egéo la mar brava,  
Soplando yelo el aguilon nubloso,  
Esombra de sus piélagos hinchados  
Navíos y navegantes destrozados.

Bajó donde la triste voz salía  
Sin temor del primer impedimento,  
Que quien vivó quedó, mas pretendía  
Que su propia venganza, su contento:  
Bajó, y vió que en prision estrecha habia  
De cerradas cadenas de tormento  
Una bizarra escuadra de doncellas  
De tierna edad, y de figuras bellas.

A Creta las llevaban los corsarios  
Cautivas para ser sacrificadas,  
De islas diversas y de pueblos varios,  
O bien por fuerza, ó por traicion robadas:  
Bernardo, ya rendidos los contrarios,  
Y las duras cadenas quebrantadas,  
Cercado salió de ángeles gozoso,  
Como de estrellas el lucero hermoso.

Un bravo caballero halló entre ellas  
De bello rostro y gracia soberana,  
Cuya gran perfeccion dió en las mas bellas  
Menos perfecta su altvez lozana:  
Como la luna huaila las estrellas,  
O á los nortes la luz de la mañana,  
El así desarmada la cabeza  
Con la beldad rendía y la braveza.

El cabello, que al oro obscurecía,  
En un nudo de perlas enlazado,  
El claro rostro como el nuevo día,  
Cuando sale de aljófares bañado:  
Y aunque armado un dios Marte parecia,  
Todavía su semblante delicado  
Mostraba entre caricias y desvíos  
De dama mas que de varon los brios.

Los negros ojos con belleza armados  
De unas largas pestañas retorcidas,  
Como el coral los labios delicados,  
Los dientes perlas de rubies ceñidas,  
Las mejillas dos soles deslumbrados  
De un claro y fino rosicler teñidas,  
Y la serena frente tersa y pura  
Cielo donde se adora la hermosura.

Bellos arcos las cejas, que á galanos  
Golpes la muerte enarca y amor tira,  
Y las flechas sus ojos soberanos,  
Con que enamora y mata á quien los mira:  
El cuello altivo, y las torneadas manos,  
De quien la rara perfeccion se admira;  
Si aquel sustenta una techumbre de oro,  
Estas de amor reparten el tesoro.

Traía descubierto el rostro bello,  
Y todo lo demás del cuerpo armado,  
Dado al descuido un nudo en el cabello,  
Descuido hecho para dar cuidado:

Nadie lo vió, que entre el placer de vello  
No quedase en sus hebras marañado,  
Y no á pocos tambien costó la vida  
La red de mano del amor tejida.

Quedó Bernardo viendo su hermosura,  
Sino del todo preso, ya emplazado,  
Que á su grave y honesta compostura,  
Cierto heróico valor sintió mezclado:  
Y en el brio, el donaire y la figura  
De Angélica un vivísimo traslado,  
Solo que esta beldad le parecia  
Mas tierna y de mas lustre y gallardia.

No se engañaba el español con ella,  
Ni en lo que toca á su beldad se engaña,  
Que en el Oriente de la reina bella  
Del gran Catay nació en una montaña:  
O sea Medoro, ó sea la quinta estrella,  
Padre feliz de la belleza estraña,  
Ella es hija de Angélica, y por ella  
La llaman Arcangélica la bella.

Corre por las regiones del Oriente  
Ser de Marte feroz hija esta dama,  
Que en una alegre caza el dios valiente  
De Medoro ocupó la blanda cama:  
O sea cuento vulgar, ó sea aparente  
Engaño mago, ó lisonjera fama,  
La voz corre, y los rastros desta historia  
Así el tiempo los guarda en la memoria.

De un antiguo edificio en las ruinas  
La rica China al pié de Palavedra  
Dos torres conserva hoy en dos esquinas,  
Ya de grama cubiertas, ya de yedra:  
Y en sus cimientos de turquesas finas  
Tres bultos en tres áruas de piedra,  
Y entre el témpano escrito y la cornija,  
«Marte, la reina y su invencible hija.»

Es tradicion antigua, y que concuerda  
Con la razon del tiempo en sus historias,  
Que una reina hermosa mas que cuerda,  
Cuyas son destas torres las memorias,  
Y guardan que la suya no se pierda,  
Por su mano alcanzó ilustres victorias  
De príncipes y reyes del Poniente,  
Que por hija de un dios fue tan valiente;

Entre cuyos relieves peregrinos  
Parte de su beldad se goza impresa,  
Que aun las llamas del tiempo en los divinos  
Bultos no ha hecho como suelen presa:  
De Angélica la bella, y de los finos  
Rayos de Marte el gran Quinsay confiesa  
Que esta infanta nació, bien que del todo  
Si el tiempo ajusta no se alcanza el modo.

¿Quién la medalla de beldad mas fina  
Que el tierno sol miró dió á Marte ardiente?  
O ¿quién con nombre y opinion divina  
La forma se vistió del dios valiente?

Si fue del aire y su region vecina  
Algun incubo espíritu potente,  
En contrabecho cuerpo cristalino  
Como á la madre de Merlin le avino:

Si fue embuste de mago, ó poderoso  
Aspecto de feroz planeta altivo,  
O en observado punto venturoso  
Traza del ermitano fugitivo,  
Que de los labios de coral goloso  
Para hurtarles el desden esquivo  
Marte se hiciese, y á su pecho frio  
Algun Reinaldos diese fuerza y brio:

Del todo la verdad está encubierta,  
Solo se sabe que esta alegre hija,  
De la célebre Angélica cubierta,  
De hierros iba allí en prision prolija  
Mas bella que la aurora descubierta,  
Cuando al mundo su aljófar regocija,  
Y á quien ahora la mira, mas hermosa

Que entre el rocío de abril temprana rosa.

Bien que toda esta gracia y hermosura  
Para mayor martirio le fue dada,  
Que Venus, por le ser madrastra, jura  
Que en amor ha de hacerla desgraciada :  
Y la beldad, faltándole ventura,  
No es mas que para lástimas criada,  
Y pocas gozan de ambas en sus puntos,  
Que tantos bienes nunca acuden juntos.

Traia lumbroso arnés y armas grabadas  
Con rosas blancas y plumajes de oro,  
De varia luz y pedrería sembradas,  
De grueso aljófar oriental tesoro :  
Con roja sangre á golpes salpicadas,  
De braveza y beldad nuevo decoro,  
Desarmadas las manos y cabeza  
Por estrémose de gala y fortaleza.

Sintió el tierno leonés su alma asaltada  
De un ciego y no entendido pensamiento,  
Juzzando por de dama delicada  
Del gallardo donaire el movimiento :  
Su alegre mover de ojos, su rosada  
Color, su blando y dulce acogimiento,  
Si bien en brio parece de otra parte,  
No hija suya, mas el mismo Marte.

La gallarda princesa que ha salido  
Con las demás en libertad amada,  
Y el contrario poder halla rendido  
A la altiva opinion de aquella espada,  
El nuevo estrago mira repartido  
Por la enemiga gente destrozada,  
Los bravos golpes, las heridas fuertes,  
Y de un solo vencer las varias muertes.

Uno hasta el resonante pecho abierto,  
Otro en dos medias partes dividido,  
Aquel á golpes desmembrado y muerto,  
Y este sin brazos y sin piés tendido :  
El corazon tiene otro descubierto,  
Otro de un tajo hasta los piés partido,  
Este en sus brazos tropezó huyendo,  
Y aquel se fue á pedazos consumiendo.

Con razon admirada del destrozo  
Del Catay la princesa delicada,  
De envidia lleno el corazon y gozo  
La invicta mira y valerosa espada :  
Y en nuevo sobresalto y alborozo  
Desea ver la visera levantada  
Al encubierto autor de tal proeza,  
Por ver como su esfuerzo, su belleza.

Mas el confuso estruendo de la armada  
Que al abordado barco combatia,  
A ponerse obligaba otra celada,  
Mas que á quitarse la que ya tenia :  
Cuando la nao de Persia acelerada  
Por medio de las otras se metia,  
Hasta llegar donde pelea el gigante,  
Y el rey ponerse al lado de Morgante.

Bernardo que le vió, procura en vano  
Su barco enderezar á darle ayuda,  
Mas en un punto un áspero solano  
De nuevo el grueso mar altera y muda :  
El aquilon y el ábrigo liviano  
El dia segunda vez vuelven en duda,  
Y un descompuesto huracán de tierra  
A todos puso en paz con nueva guerra.

De los confusos vientos esparcidos,  
Y de las crespas olas arrojados,  
Iguales vencedores y vencidos  
Por el revuelto mar se ven sembrados:  
Todo es confusos golpes y bramidos  
De los duros peñascos azotados,  
Y de la destrozada plebe el llanto,  
Que de la confusion crece el espanto.

Solo en la tempestad que va cargando  
La de Morgante y su rigor no cesa,

Que mas que el turbio vendaval bramando,  
Cual hinchado raudal rota la presa,  
Rompiendo, deshaciendo, y desmembrando  
A diestro y á siniestro vuelve apriesa,  
Lanzando al agua por los aires vanos  
Piernas, brazos, cabezas, piés y manos.

A uno parte por medio, á otro le alcanza  
Un revés que le vuela del navio,  
A otro que con denuedo se avanza  
Le deja de un ardiente golpe frio :  
A este, al otro, y aquel hiere, y se lanza  
Entre todos con tal destreza y brio,  
Que sin que el ser ligero á nadie preste,  
Aquí y allí revuelve, á aquel y aqúeste.

Raudal, tal vez así en veloz molino  
Furioso suele al levantar la presa  
Del espumoso tumbo el remolino,  
La ancha rueda mover en igual priesa :  
Y el tierno pez, que al curso cristalino  
Del rio por su desgracia se atraviesa,  
Hecho piezas le arroja, y ni se para,  
Ni en lo que hace su furor repara.

No piensa dejar vivo hombre en el mundo,  
Que amigos y enemigos hace iguales :  
Y ya que su cruel brazo iracundo  
Haya igualado á todos los mortales,  
Bajar con sus bravezas al profundo,  
Y hacer guerra á las gentes infernales,  
Y á Lucifer quitar su asiento eterno,  
Y ser él la soberbia del infierno.

El sabio Malgesí que allí venia,  
Viendo al corzo jayan alborotado,  
Que en su favor primero combatia,  
Y enemigo comun se ha declarado,  
Sacó un secreto libro que traia  
De rayas y caracteres tiznado,  
Y del navio en el pañol obscuro  
Sus nuevos cercos comenzó, y conjuro.

Lo que en el caso obró su encantamiento,  
Quién le encaminó allí, y á qué venia,  
Y otro golpe al navio creció el viento,  
Que ya en los aires navegó algun dia,  
Dónde fué á dar con su volar violento,  
Quién las bolinas y el timon regia,  
Qué gentes iban dentro, y de qué modo,  
En mejor ocasion lo diré todo.

Que ahora en golfo y tormenta tan deshecha  
No es bien dejar al gran Bernardo solo,  
Que libres ya de la cadena estrecha  
Sacado habia á gozar la luz de Apolo  
Mil bellas diosas; ¡pero qué aprovecha,  
Si el cielo se turbó de polo á polo,  
Y el mundo envuelto en una niebla fria  
La esperanza perdió de ver el dia!

Ciérrese el aire de una nube obscura,  
Y en las tirantes cuerdas brama el viento,  
Suena de voces, llanto y desventura  
Un triste son, y doloroso acento :  
Unos toman la triza, otros la amura,  
Los mas fuera de sí, y todos á tienta,  
Cuál va á la escota, cuál al chafaldete,  
Cuál busca la mesana, y va al trinquete.

Las tristes damas fuera de prisiones,  
Viendo de nuevo el viento y la tormenta,  
De nuevo comenzaron sus pasiones,  
Y de nuevo cada una se lamenta :  
Ruegos, votos, plegarias, oraciones,  
Llantos, gritos sin número ni cunta,  
Confusas voces, quejas y gemidos  
Rompen el aire, y hieren los oidos.

En ciegos y confusos torbellinos  
Los cuatro vientos hacen cruel batalla,  
Del crespó Egeo los turbios remolinos  
Ya por sus playas el cretense halla,  
Y el Jónio sus embates cristalinos

Por los riscos adriáticos encalla,  
Llevando el viento en otro igual espacio  
Las olas de las sirtes al Carpacio.

No se vió confusion tan temerosa,  
Ni el mar sus ondas vió tan alteradas:  
Del Norte con borrasca impetuosa  
Mil sierras de agua vienen levantadas,  
Y del austro la fuerza poderosa  
Otras embiste en ellas mas hinchadas,  
Dejando el barco en medio sin hundirse,  
Y el mar en duda á cual furor rendirse.

Los rayos por los aires escupidos,  
En las olas causaban nuevos truenos,  
En la nao nuevos gritos y alaridos,  
En la mar nuevos montes de agua llenos,  
Que hasta las altas nubes impelidos,  
Sin llover cogian agua de sus senos,  
Y aun el barco tal encima dellas,  
A su pesar vió el cielo y las estrellas.

Y no furioso azota un solo viento  
El combatido golfo que hervia,  
Que á defender cada uno el firme asiento  
Que el mundo en suerte le aplicó, porfia:  
El austro al aguilon hiere violento,  
El de Levante al que se traga el dia,  
Y cada cual por sí la mar pro'unda  
Teme que su region le anegue y hunda.

Y desta lucha la confusa brega  
Al combatido barco hacia provecho,  
Que si un golpe al través de mar le anega,  
Otro le ayuda á navegar derecho:  
Y tan á plomo el viento y mar le llega  
De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,  
Cuando en una ola zozobrando viene,  
Otra al contrario llega, y le detiene.

Bien una milla fue metiendo un lado,  
A punto ya de zozobrar del todo,  
Las velas rotas y el timon quebrado,  
Y el bordo dentro de la mar un codo;  
Y otro golpe tras él desordenado  
Lo enderezó por admirable modo,  
Y le sacó de entre las olas, como  
Ballena antigua sacudiendo el lomo.

Así un furor con otro se empalaga,  
Y así sin órden va entre un mar violento,  
Que tantas temerosas muertes traga,  
Cuantas olas sobre él encrespa el viento:  
Ya por las nubes, ya en el suelo estraga  
De las torcidas conchas el asiento,  
Ya metiendo de Lo, rota la rienda,  
Cada cual á su santo se encomienda.

Quebrados ambos ejes parecia  
Venirse abajo la estrellada esfera,  
Y que cuanto hay criado se volvía  
Al ciego caos y confusion primera:  
Así el diluvio universal seria  
Cuando la mar voló tan altanera,  
Que se tragó sus playas y arenales,  
Y escondió el mundo á todos los mortales.

Bernardo en otra mas grave tormenta  
Metido el corazon siente anegarse,  
Y con ojos y la vista atenta  
El alma, sin saber de quien, robarse:  
Halla en mirar que el fuego se acrecienta,  
Y á truco de mirar quiere abrasarse,  
No viendo mas que si estuviera en calma  
Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma.

Hermosa vista tiene el mar cubierto  
De blanca espuma en olas encrespado,  
Hermoso es un gran golfo descubierta,  
Y mas hermoso cuanto mas airado:  
Mas es á quien lo mira ya del puerto  
Y á su contrario desde allí engolfado,  
Que si hay tormenta deleitosa y bella  
Será mirando al enemigo en ella.

Iba la ciega noche amortiguando  
La poca luz que sobre el mundo habia,  
Y el frio viento y tempestad cargando,  
La nao con nuevo miedo acometia:  
Y el montañés á todos animando  
Otro armado Santelmo parecia,  
Que aquí y allí sin descansar un punto,  
Provee, anima, acude á todo junto.

La hija de Marte, que con vista atenta  
Su desenvuelto brio y gracia mira,  
Y que al ciego rigor de la tormenta  
Cada una en solo su valor respira;  
Que es su teson quien el del mar sustenta,  
Y al descompuesto viento enfrena la ira,  
Con halagueño rostro se le llega,  
Y así le dice, y que descanse ruega:

«Bravo entre los nacidos, si es posible  
Que de un revuelto mundo el peso junto  
Hacer no puede á tu ánimo invencible  
Que de su real valor descrezca un punto;  
Si humillar tu fortuna es imposible,  
Y de un dios de la mar hecho un trasunto  
Quieres tener en peso nuestras vidas,  
Que mil veces sin tí fueran perdidas,

Descansa ahora, y con tu alegre vista  
Regala nuestros ojos un momento,  
Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,  
Tambien no nos usurpe este contento:  
Alza un rato, señor, la sobrevista,  
Que estas damas, y yo en su pensamiento,  
Deseamos conocer, no por oidas,  
A quien debemos la salud y vidas.

No hay enemigo aquí que con recelo  
Te pueda hacer que vivas cuidadoso,  
Que aun la inclemencia del airado cielo  
Basta á enfrenar tu brazo venturoso:  
Y así destos azares el consuelo,  
Que á nuestros sobresaltos da reposo,  
Es tener de nosotras cada una  
Colgada su esperanza en tu fortuna.»

Dijo, y las blandas últimas razones  
Con voz fueron tan dulce y amorosa,  
Que mostró ser en su ademan y acciones,  
No caballero, sino dama hermosa:  
Y Bernardo mas dentro en sus prisiones,  
«Contra la fuerza, dijo, poderosa  
De amor, si es enemigo verdadero,  
Poca defensa son armas de acero.»

Quitóse el yelmo, y aunque el pardo dia  
Por oscuros celajes iba huyendo;  
Su rostro así sembró nueva alegría,  
Que suspendió á la noche el suyo horrendo:  
Su aire, de la española gallardía  
En los presentes ojos imprimiendo  
Cierta gusto y placer: que siempre agrada  
Cualquiera nueva perfeccion mirada.

Suele entre parda nube de aire oscuro  
De oro estar una llama amortiguada,  
Que á deshora rompiendo el frágil muro  
Toda la vuelve en claridad bañada,  
Y al que está en sus tinieblas mas oscuro  
La ociosa vista deja deslunbrada:  
Tal se halló la hija de Medoro  
Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.

Los blandos ojos con que amor cautiva  
El virginal temor puso en el suelo,  
El rostro de color de grana viva,  
Cual con celajes de oro el claro cielo:  
Tan bella entre turbada y pensativa,  
Que arder hiciera un corazon de velo,  
Dando en la gravedad de su semblante  
Nuevo asalto á los ojos de su amante.

Ella los suyos en Bernardo á veces  
Como al descuido pone, calla y mira,  
Aquí y allí los vuelve, y las combeces



Del barco mide, y sin querer suspira :  
Y viendo sus soberbias altiveces  
Rendidas sin pensar, cruel se aira ;  
Que amor es blando fuego, y donde prende,  
Mientras que mas le ceban, mas se enciende.

Cual simple pajarillo, que en la fuente  
De una falsa hermosura convidado,  
Su presto vuelo entre la liga siente,  
Sin ver cómo, impelido y atajado :  
Y mientras menos su prision consiente,  
Mas revuelto se halla y mas ligado,  
Hasta que al fin se deja de vencido  
En el lazo quedar que le ha prendido :

Tal la princesa del Catay hermosa  
Sin conocer de quién, se halla vencida,  
Y como de una fuerza poderosa  
El alma á un dulce sinsabor rendida :  
Y el leonés con su vista deleitosa  
No tiene el alma con menor herida,  
Que á cada encuentro de ojos, por su palma  
El corazon le ofrece, y rinde el alma.

«¿Si son verdades, dice, ó son antojos,  
Bellos ojos mostraros tan amigos?  
¿Si es con cuidado darme los despojos,  
De que los míos son fieles testigos?  
Mas no es posible que en tan bellos ojos  
Caber pueda celada de enemigos,  
Que ojos alegres de cualquiera suerte  
Son señales de vida, y no de muerte.»

Esto en su corazon Bernardo siente,  
Y en los libres espíritus del alma  
Cierta oculta virtud, que en fuerza ardiente  
Rendir le hace á su altivez la palma :  
Y la nueva beldad que ve presente,  
Mientras le tiene su recelo en calma,  
Sin saber como, en un divino modo  
En sí lo rinde y lo transforma todo.

Mas á este tiempo en la tormenta horrible,  
Que de un revuelto infierno era el trasunto,  
A un tiempo el ciego viento y mar terrible  
El flaco barco acometieron junto :  
Cuando el leonés con ánimo invencible  
El diestro gobernalle asíó en tal punto,  
Que salir le hizo en admirable modo,  
Al tiempo que iba á zozobrar del todo.

A nadie le dejó color entero  
En rostro y pecho la ocasion presente,  
Que no hay tan esforzado caballero  
Que asirse á fuerzas con la mar intente :  
Pero con todo el español guerrero  
Un punto no humilló su brio valiente,  
Como si fuera sin zozobra alguna  
El rey del mar, ó el dios de la fortuna.

La bella hija de Angélica llevada  
De otra no menor fuerza poderosa,  
En dulces pensamientos ocupada,  
Ni en la tormenta ni en su mal reposa:  
Ya al timon, ya á la vela, ya cansada  
Del grave peso de la flecha ansiosa,  
Mientras no puede mas toda rendida,  
Por los ojos descubre la herida.

Cuando en el austro un negro torbellino  
La triste nao acometió de lado,  
Con que el árbol mayor al agua vino  
Por la firme carlinga destroncado :  
Rompió el vaiven dos curvas de camino,  
De una amura el bauprés quedó colgado,  
Rota la triza, y fuera de su engaste  
El cuadernal, roldanas y el guindaste.

De nuevo aquí el peligro hizo doblado  
El miedo, el ansia, y voces afligidas,  
Que ya el barco en rigor se vió anegado  
Por dos tablas de un golpe desmentidas :  
Nadie saldrá sino es delfín á nado,  
Las damas en sirenas convertidas

Lloran la miserable humana suerte,  
Que en mar ó en tierra no hay huir la muerte.

Así tal vez en la nevada altura  
Del helado Apenino hiere el viento,  
Los montes gimen, brama la espesura,  
Y á los Alpes asorda el ronco acento :  
Y si la encina en su vejez madura  
A fuerzas quiere conservar su asiento,  
Nunca la tempestad ni el viento pasa  
Hasta dejarla por el suelo rasa.

Un barco en esto al grueso bordo atado  
Del suyo el gran leonés vió que venia,  
Nueva esperanza al pecho alborotado  
Que mas fuerzas mostraba que sentia :  
Pues del confuso viento y su cuidado  
Nada en su alma sin tormenta habia,  
Siendo el riesgo mayor en el que ahora  
El recelo le pinta á su señora.

Mas no tan presto en la montaña de Ida,  
De Júpiter el águila ligera,  
Tras de la amada presa conocida  
De la encubierta nube salió fuera,  
Y á la tierna beldad troyana asida  
Con su robo á buscar volvió su esfera,  
Como el brio español el barco puso  
Del bordo al agua, y en el agua al uso.

Y sobre un firme cabo reforzada  
Su inquietud contra el sordo mar y el viento,  
De las damas la escuadra alborotada  
Del bajel ocupó el humilde asiento :  
Y ayudado la hija regalada  
De Angélica al autor de su contento,  
En un punto dejaron el navio  
De hermosura y de lágrimas vacío.

Solo faltaba el nuevo caballero,  
Y de la bella china una doncella  
Por saltar dentro, cuando el viento fiero,  
Al cruel rigor de una enemiga estrella,  
Rompiendo el cabo le apartó ligero ;  
Que Venus sigue á su entenada bella,  
Y tiene por de burlas la tormenta,  
Si el soplo de la ausencia no la aumenta.

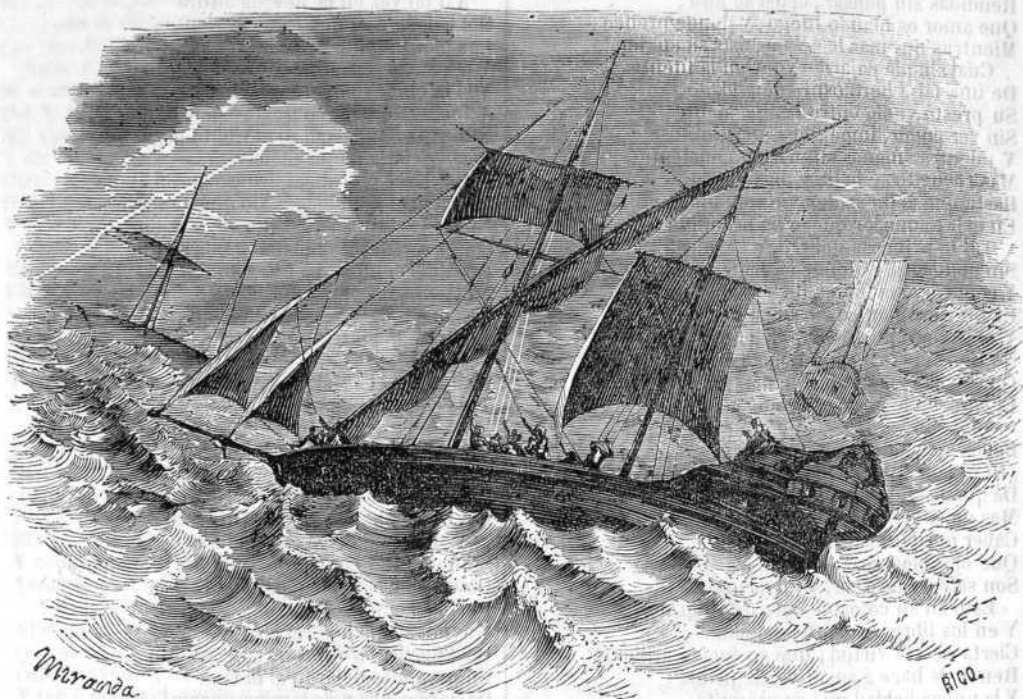
Así tal vez por la caverna oscura  
Del sacro monte Ténaro sin vida,  
De Euridice la sombra mal segura  
A los ojos se fué desvanecida  
Del amante de Tracia sin ventura,  
Que á detenerla con su amor asida,  
Los brazos le arrojó, y sacó en la mano  
La ocasion sola de llorarla en vano.

Tal el barquillo lleno de hermosura,  
De luceros, de estrellas, y de soles,  
Por el espanto de la noche oscura,  
Sin ver donde, escondió sus arreboles.  
No hay persona en la mar ni hora segura,  
Todo en ella es mudanza y tornasoles,  
Que es reino de una dama que sin duda  
De solo ser mutable no se muda.

Lo que allí sucedió al bajel hermoso  
Parte despues será de un nuevo aliento,  
Que ahora veo en gran riesgo el mas brioso  
Pecho que ató la mar, ni rompió el viento :  
Y á su arruinado barco perezoso,  
Sin gobernalle ya, y sin movimiento,  
Cada golpe de mar que le da entero,  
De la fortuna parecia el postrero.

Es el mudable Jónio un mar violento,  
De tempestades lleno, y de bajios,  
De yertes arrecifes, donde el viento  
Rompe y hace pedazos los navios :  
Sus islas pobres, y de mal asiento,  
Asperas, escabrosas, de aires frios,  
Donde Itaca fue un tiempo celebrada,  
Por el prudente Ulises patria amada.

Entre ella y el seno Ambrico famoso,



Que ahora son los golfos de Lepanto,  
 Donde el hijo de Carlos poderoso  
 Al espanto del mundo puso espanto,  
 Al roto barco del leonés brioso  
 La luz le amaneció del cielo santo,  
 La mar algo tratable, el recio viento  
 No tan desconcertado ni violento.

Parecía que fortuna ya cansada  
 De luchar con los aires se rindiese,  
 Y vencida, á la fusta no domada  
 La palma y vencimiento concediese:  
 La tierra ya de lejos saludada,  
 Que el alto Epiro se entendió que fuese,  
 Por donde el vasto Jónio se atraviesa,  
 Y el firme pié al Acrocerauio besa.

Mirando estaba el español valiente  
 De Alcione los jardines celebrados,  
 Y Léucada engolfada al mar de Oriente,  
 Siendo antes tierra firme sus collados;  
 Y el promonto Fálaro eminente.  
 Que en uno de sus riscos encrespados  
 (Si debe ser de la antigüedad crecida)  
 La nao quedó de Ulises convertida.

La florida Zacintos, y á su diestra  
 Los altos montes de Cefalonía,  
 Donde el reino Teléboe se le muestra,  
 Que por sus costas de robar vivía;  
 Y la ondosa canal á la siniestra,  
 Que abrió á pesar de Italia estrecha vía,  
 Para pasar sus olas enrizadas,  
 De nobles terebintos coronadas.

Aquí el barco á la luz del nuevo día  
 Perdido se halló, aunque no anegado,  
 Ya sin fuerzas la gente que tenía,  
 Si alguna en tanto riesgo había sobrado:  
 Olfá, que así la dama se decía  
 De la princesa del Quinsay dorado,  
 Perdida su señora de improviso,  
 Arrojarle en la mar turbada quiso.

Y mil veces sin esa lo hiciera,  
 Si el nuevo amante no la reportara,  
 Y en discreto decir, la pena fiera  
 Que el alma le oprimió no le ablandara:  
 Donde á vueltas también le ruega quiera  
 Decirle algo de aquella beldad rara,  
 Que á ambos dejó en confuso desconsuelo  
 ¿Quién sea, de qué nacion, qué tierra, ó cielo?

Olfá que en las grandezas del mancebo  
 Ser algun disfrazado dios creía,  
 «Marte invencible, hijo, á quien ya debo  
 Mil vidas, oye...» y proseguir quería;  
 Cuando con nueva voz, y espanto nuevo,  
 El roto barco en dos ven que se abría,  
 Que ya encallado en una firme peña,  
 La muerte á todos dió la postrer seña.

El sentarse en el áspero bajío,  
 Y hacerse á un golpe dos (¡estraña cosa!)  
 Fue todo á un tiempo, y con un norte frío  
 Bramar la mar de nuevo temerosa:  
 De todos solo el castellano brio  
 Quedó entero en su fuerza poderosa,  
 Que los demás con solo el temor ciego  
 Por muertos se contaron desde luego.

Fuese hundiendo el barco destrozado  
 En ancho y espumoso remolino,  
 Donde bien su valor mostró abreviado  
 Del Casto Alfonso el sin igual sobrino:  
 Que de su arnés lumbroso despojado,  
 Sobre la gruesa rosca de un gran pino  
 La bella china puso desmayada,  
 Ya en sus mismos temores anegada.

Y dando con sus armas á la antena  
 Rico peso, también por no dejallas  
 Donde el antiguo griego en nueva pena  
 Por culpa suya trate de guardallas:  
 Entra la erespá mar de espumas llena,  
 De sus olas rompiendo las batallas,  
 La playa busca, cuando al turbio viento

Fortuna al parecer da nuevo aliento.

**ALEGORIA.**

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas, y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos, y cuan inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que les salen al camino. Morgante es figura de la ira, que sin guardar término ni razon, desenfrenadamente corre á su venganza: y los mónstruos de Creta lo son de la desorden de un reino, donde el rey deja la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcangélica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza figurado en Arcangélica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos á dar al través consigo, y quedar perdido.

**LIBRO DÉCIMOCUARTO.**

**ARGUMENTO.** Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compañía de Oifa, que le da cuenta de quien sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte: tocando á vueltas de su discurso una galana geografia de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los mónstruos que al mundo parecen la ignorancia, y el engaño.

QUAL bello cisne sobre el crespado  
De Meandro, sin que en él se le consuma  
Del blanco pecho el tumbo levantado,  
Cercos engarza de liviana espuma;  
Y en remolinos de cristal cuajado



MIRANDA.

RICO.

Humedeciendo va la hueca pluma,  
Hasta que al fin entre la juncia verde  
Al suave son de su cantar se pierde.

Así luchando el español guerrero  
Por las saladas ondas discurría,  
Diestro piloto hecho y marinero  
A la pesada entena en que venía:  
Dando consuelo al llanto lastimero  
De Oifa, que en hermosura parecía  
Bella sirena, si de cuando en cuando

En cantar convirtiera el ir llorando.

Que sea el fuerte Triton, ó el rey Neptuno,  
O la mudable imagen de Proteo,  
El crespado mar sospecha; que ninguno  
Que sea mortal alcanza igual trofeo:  
Y así por dios del mar de uno en uno  
Cuantos los campos cruzan de Nereo  
Le rindieron debido vasallaje,  
Y anunciaron el próspero viaje.

Hasta que la fortuna ya afrentada

De verse de un mortal brazo vencida,  
 En el tumbo espumoso disfrazada  
 De la ola de un lebeche embravecida,  
 A Olfa, su amparador, y la aferrada  
 Entena echó á la costa encanecida,  
 Por donde de Beocia en corva raya  
 El rio Cefiso rompe la ancha playa.

Por medio la region focense corre,  
 Naciendo en las alturas del Parnaso,  
 Cefiso, en cuya orilla está una torre  
 Rota y gastada ya del tiempo escaso:  
 Templo antiguo de Temis que socorre  
 Con su saber el mundo á cada paso,  
 O ya dando hombres nuevos, ó medido  
 A la razon el gusto del sentido.

Aqui ya libre del rigor pasado  
 Bernardo afirmó el pié en la seca arena,  
 Molido el cuerpo, el brio quebrantado,  
 Y Olfa con él de espanto y temor llena:  
 Y el riesgo en verse libres olvidado,  
 Sola la nueva ausencia les da pena  
 De aquella celestial belleza rara,  
 En cuya vista nada les faltara.

Y aun no del todo el enlutado cielo,  
 Desnudo y libre del rigor pasado,  
 En nueva sombra y tempestad el suelo  
 De agua tenia y vientos anegado,  
 Cuando en un tibio y mudo desconuelo  
 Al antiguo edificio derribado,  
 Que á la ancha boca está del turbio rio,  
 A buscar van abrigo contra el frio.

Así en los mismos pardos arenales,  
 De otra mayor tormenta y desconcierto  
 Echados, cuando el suelo á los mortales  
 De agua se vió y de confusion cubierto  
 Deucalion y Pirra en los umbrales  
 Fueron del sacro templo á tomar puerto,  
 Pidiendo á Temis, pues lo sabe todo,  
 De la restauracion del mundo el modo.

Mostróse el turbio dia presuroso  
 Mas que otras veces lo es breve y pequeño,  
 Por entre el aire lóbrego y nubloso  
 Vanas fantasmas destilando el sueño,  
 Cuyo silencio hizo del reposo  
 Del mundo á la quietud sabroso dueño,  
 Y al amante español, y á su doncella  
 Huir con tristes pensamientos della.

Vino la noche, cuya niebla obscura  
 Espantos á una parte y á otra lleva,  
 Y el frio cierzo cernido en nieve pura  
 En altos pinos sus bravezas prueba:  
 Suenan los aires, brama la espesura,  
 Crece el rigor, y el viento se renueva  
 Llenos el Norte, helados ambos senos,  
 De ardientes rayos, y de roncós truenos.

Cuando, sin otra prevencion de cena,  
 Buscando amparo á la region nublosa,  
 Y abrigo al viento que en los bosques suena,  
 Una caverna vieron tenebrosa:  
 La obscura boca de malezas llena,  
 Que en su enlutada tumba sospechosa,  
 Desde un rincon del carcomido muro  
 Lugar da, mas secreto que seguro.

Fuéronse con escrupulo bajando  
 Al escalon primero de la gruta,  
 Solo donde poder dormir buscando  
 Un pequeño compas de tierra enjuta:  
 Y como en parte estraña recelando  
 Agudo silbo de serpiente bruta,  
 Enroscado dragon, ó cama fiera  
 De rojo tigre, ó súbita pantera.

Hizo el leonés del sótano á la entrada  
 Escrutinio en las ramas y malezas,  
 Probando con la punta de la espada  
 Del ciego seno su áspera estrechez:

Y hallando parte enjuta y abrigada,  
 De yerba y secas cañas, adereza  
 A la medrosa dama un breve lecho,  
 Alivio á los cuidados de su pecho.

Y á par della sentado le suplica  
 Si le ha quedado aliento, le dá cuenta  
 De la ausente beldad que el alma rica  
 De esperanzas en gloria le sustenta;  
 ¿Por qué, ó cómo al marcial furor se aplica?  
 ¿Quién le trajo á tal riesgo y tal tormenta?  
 ¿Cuál sea su patria, cuál su nombre y fama?

Dijo, y así le respondió la dama:  
 «Regalo celestial, fruto fecundo  
 De dulce amor y suertes de fortuna  
 La beldad dieron, que única en el mundo  
 Adoró el sol, y respetó la luna:

Bella princesa, respíndame segundo  
 Del reino que á la luz sirve de cuna,  
 De Medoro y de Angélica la bella  
 Parto feliz en venturosa estrella.

Marte lloviendo belicosa lumbre  
 Subía á la sazón con mayor brio  
 Por sus dorados goces á la cumbre  
 Del austral capricornio húmedo y frio;  
 Y del carro acerado la vislumbre  
 En su mayor pujanza y señorío,  
 Sobre el grado penúltimo subido  
 Hasta los veinte y ocho habia corrido.

Venus con la blandura acostumbrada  
 Le iba templando en parte la aspereza,  
 De los demás planetas rodeada,  
 Cada cual en su punto y fortaleza:  
 Solo Saturno, cuya frente airada  
 Tristes anuncios daba á su belleza,  
 En veinte grados puso su tesoro  
 Del enemigo vellocino de oro.

Esta admirable conjuncion de sinos  
 A la gran China dió esta real princesa  
 Arcangélica dicha, que en divinos  
 Rayos de luz en tu alma vive impresa:  
 Junto al Quinsay en muros peregrinos  
 Por un bosque bellissimo atraviesa  
 El castillo de Mangi, de quien viene  
 Al reino el nombre, y el honor que tiene.

De doce millas su torreado muro  
 De fino jaspé en proporcion cuadrado,  
 Con mil torres altísimas seguro,  
 Donde está un grueso ejército alojado:  
 En cada esquina de alabastro duro  
 Un altísimo alcázar levantado,  
 Guyas torres y almenas por decoro  
 Sustentan ricos chapiteles de oro.

La altiva frente que al Oriente mira  
 Rica puerta abre de bruñida plata,  
 Que al sol sirve de espejo en que se mira,  
 Y con sus rayos otro sol retrata:  
 Esta al rey solo se abre, y se retira:  
 Dándole paso, él solo pisa y trata  
 Sus umbrales, y en otros mas escasos  
 El vulgo estampa sus humildes pasos,

En medio el ancho muro, que cubierto  
 Todo está de arboledas y jardines,  
 De fuentes y de estanques, por concierto  
 Puestos entre arrayanes y jazmines,  
 Se ven por juncias y agua en vuelo incierto  
 Briosos cruzar los bellos francolímes,  
 Y dar los cisnes música á las flores,  
 Y al alba fresca tiernos ruiseñores.

Saltan los corzos, y la liebre corre  
 Por entre murta, sándalo y verbena,  
 Libre de que le siga ni le borre  
 Otro paso los suyos en la arena:  
 Una á otra se sigue, y se socorre  
 Con fiesta y grito de retozos llena,  
 Gozando de sus juegos y primores

La luz de los altivos miradores.

En medio el real jardín, sobre un collado  
De cinamomos y canelas lleno,  
A quien las rosas y azahar nevado  
Con menos costa vuelven mas ameno,  
Está de verdes mármoles labrado  
El imperial alcázar, cuyo seno  
En ricas salas de oro y pedrería  
Eterno guarda, y sin morirse el día.

Yo no se bien si la caverna ó gruta  
Del peñascoso Ténaro deshizo  
Sus verdes jaspes, y al Quinsay tributa  
Con lo que este vistoso alcázar hizo;  
O de los bactrianos en la inculta  
Scitia, el pueblo inconstante y movedido  
Tiene alguna cantera de esmeraldas  
Mayor que el monte Acámaso en sus faldas.

Ó las minas de Copto, que en Egipto  
A Tebas dan sus mármoles preciosos,  
Dieron á la India el bello circuito,  
Que dió á este real jardín lejos vistosos:  
Todo él cercado en torno de infinito  
Aparato, de estatuas y colosos,  
Bultos, monstruos, figuras y medallas,  
Y otras varias grandezas y antiguallas.

Por cien torres en torno se dilata  
Con chapiteles de oro por cabellos,  
Y mil balcones de luciente plata,  
Que heridos del sol deslumbra el vellos:  
Lo de dentro suspende y arrebatada  
Con dibujos bellísimos, y en ellos  
Llenas las salas, patios, corredores,  
De guerras, cazas, fábulas, y amores.

Aquí el gran Chino por su gusto tiene,  
Cuando la corte deja, su morada;  
Aquí á aliviar la grave carga viene  
Del cetro de oro y magestad pesada:  
Aquí en alegres cazas se entretiene,  
Y goza quieta vida regalada,  
Y aquí tambien entre frescura tanta  
Del Quinsay se crió la bella infanta.

Ya quince vueltas el autor del día  
En las balanzas de oro había ajustado  
La clara luz con la tiniebla fría,  
Y otras tantas al mundo renovado,  
Vistiéndolo de flores y alegría,  
Después que el quinto círculo dorado  
Del cielo hizo en Angélica la bella  
El divino retrato del, y della.

Y estando la una y otra retirada  
Deste real bosque en la agradable vida,  
Una en correr las liebres ocupada,  
Y otra en rendir las fieras divertida,  
En el Canfú surgió una gruesa armada,  
Y el ruido y temor de su venida  
Subió al jardín por la corriente arriba  
De un río que al bajo mar Quinsay derriba.

Zambrí, soberbio rey de la Moscana,  
Nieto del desdeñoso Radamanto,  
A quien Roldan mató, y con su temprana  
Muerte heredó su nieto imperio y llanto,  
El en que comenzó su edad lozana  
Vería en ella á vengar, trayendo cuanto  
Poder su reino alcanza, y cuanto encierra  
En aparato y máquinas de guerra.

Quería arrogante á cuenta de su empresa,  
Y la vertida sangre de su abuelo,  
Por su mujer ganar á la princesa,  
Y de la China el ancho y fértil suelo:  
Llegando sobre el parque con tal presa,  
Que antes que se tuviese de él recelo  
Había allanado ya su fortaleza,  
Y preso de las dos la una belleza.

A Angélica prendió, y sus damas todas,  
Creyendo que iba la princesa en ellas,

Con que ya dentro en sus felices bodas  
Mas que Atlante consigo lleva estrellas:  
Y sin temer las tristes tornabodas  
Conque la instable diosa hace mellas  
En los mas firmes gustos, con su gente  
Al mar se hizo la vuelta del Poniente.

La gallarda Arcangélica acosada  
Del riesgo atroz, y asalto repentino,  
De su mismo valor estimulada  
Un arnés se vistió de acero fino;  
Y no con flaca y femenil espada  
La alta defensa de su honor previno,  
Mas cual bella amazona se arrebatada,  
Y con belleza y armas riude y mata.

Sola su lanza, sin la humilde gente  
Que de encuentro llevó, quitó la vida  
Al jayan Madagascar, que en Oriente  
El brazo fue y la espada mas temida:  
Al rey de Gozurat, que la eminente  
Luz de los polos tiene por medida  
De horizonte, al de Albasia, y al de Tibar,  
Y al negro y grueso monstruo de Zancibar.

Siguió el alcance y bella retirada  
Del incauto Zambrí, libre y dispuesta  
De no volver á ver sino es vengada  
De Mangi los vergeles y floresta:  
Y en un navio que rindió embarcada  
Entre la flota, que con grita y fiesta  
Del victorioso triunfo alza la vela,  
Ciega se embarca, y tras su agravio vuela.

Como del Caspio mar en la ancha playa  
Hircana tigre de corage llena,  
Antes que el cazador por piés se vaya  
Los suyos ella estampa en el arena,  
Y por el rastro que dejó se ensaya  
A vengar el agravio de su pena,  
Y á bocados cuanto hay mata y destruye,  
Y á seguir vuelve el cazador que huye:

Así del blando chino la princesa  
Al seguimiento y presto alcance vino  
Del que á su dulce madre lleva presa,  
Furiosa destrozando en el camino,  
Por cuanto al de sus golpes se atraviesa,  
Y de morir en ellos se liace dino,  
Hasta abordar la rica capitana  
Del bárbaro Zambrí, rey de Moscana.

Y allí, á pesar de la enemiga gente  
Que en el naval ejército venia,  
La suya dentro echó, y cual rayo ardiente  
Por las contrarias armas discurría:  
Mató al rey vano, y la arrogante frente,  
Donde forjó imprudente fantasia  
De ser su esposo, en un gallardo tajo  
Del confuso celebró la echó abajo.

Y en tanto en gente y armas abundante  
La voz llegó del general socorro  
Con fuerza tal, que al campo Radamante  
Fusta no quedó entera, ni hombre horro,  
Ni chino barco, que con bribe triunfante  
Urca vencida no llevase á jorro,  
Debiéndose al valor de la princesa  
La honra mayor de la importante empresa.

Mas cuando ella en rendir la capitana,  
Y en dar muerte á su rey se detenía,  
El principe de Ormuz que al de Moscana  
De general por tierra y mar servía,  
Ardiendo en torpe amor su alma liviana  
Por la Angélica reina que traía  
Preso á su cargo con el nuevo espanto  
Del muerto sucesor de Radamanto.

En presta zabra con medrosa presa,  
A vueltas del sangriento herir confuso,  
La reina de Catay de nuevo presa  
Con lo mas rico del despojo puso:  
Y cual presto alcotan que ha hecho presa

Volando huye por el mar difuso,  
Ciego, trocando honor, navies y gente,  
Por un robado amor huye al Poniente.

La princesa que al triunfo y alegría  
Del vencimiento halló lo mas precioso,  
Que allí en tan nuevo oficio la traía  
Robado del ladrón de Ormuz medroso,  
Hundir el mundo con furor quería,  
Y de ira ciega en bando riguroso,  
Sin dejar ni una fusta reservada,  
Abrasar manda la enemiga armada.

Ciento y diez velas que al rigor de Marte  
Parecieron sobrar, sin sacar dellas  
De enemigos despojos mayor parte  
Que las cautivas damas y doncellas,  
Barloadas todas de Vulcano el arte  
En resonantes globos y centellas,  
De sus grasientos senos subió en vuelo  
Los roncós gritos y la llama al cielo.

Yo aquella pienso fue la vez primera  
Que el ancho mar temieron se abrasara,  
Que sus golfos el fuego consumiera,  
Y en ceniza su arena se trocara:  
Y ardiendo la enemiga armada entera  
La ciega noche obscura volvió clara,  
Para que así mejor viese la fama  
Sobre un golfo de mar otro de llama.

Hecha por la princesa su victoria  
Esta espantosa y triste luminaria,  
En que no quedó rastro ni memoria  
De la potencia y presunción contraria:  
Tras el corsario de su honor y gloria,  
Que su alma lleva en huida temeraria,  
En un navío se arrojó velero,  
Mas de valor armada que de acero.

Trájome sola á mí en su compañía  
Para el servicio suyo, y dando al viento  
Las velas tras el bárbaro que huía  
Vencimos en correr al pensamiento:  
Pasamos por el Pilbo y la Zangia,  
De isla en isla tomando guia y tiento,  
Cruzando en vuelo al cristalino campo,  
Entre el Japon y el cabo de Liampo.

Dejamos ambos Líquios á la izquierda,  
Y á la diestra la costa de Chincheo,  
Dando al camino y la congoya cuerda  
Hasta la alta Camboja y el Burneo:  
A Gilolo de lejos se me acuerda  
Que vimos, y en bellísimo rodeo  
Las Malucas vistiendo con sus flores  
Los aires de aromáticos olores.

La bella y rica Chersoneso de oro,  
Con su ciudad y reino de Malaca,  
En seguimiento del cobarde moro  
De árboles nos mostró su costa opaca:  
Y entre la Taprobana, y el tesoro  
Que por sus costas baña la resaca,  
La vuelta dimos sin alguna altura  
A la punta y combés de Cincapura.

De allí el rumbo siguiendo del piloto,  
Que á la inquieta princesa, mal contenta  
Del mar presente y círculo remoto  
Que haciendo va en su viaje, daba cuenta:  
A un descompuesto viento el árbol roto  
Corrimos la ancha costa alharaquenta  
De Samatra, ciñendo nuestra frente  
De la alta equinoccial el cerco ardiente.

Y á la luz del eanopo, que allí claro  
Como un limpio carbunco se les muestra,  
El peñasco de Cidara al reparo  
De un abrigo quedó, y á la siniestra  
El cabo de Naguacar, puerto raro,  
Donde aquel día surgió la barca nuestra,  
Y halló entre los que habitan por sus peñas  
Del corsario de Ormuz el rastro y señas.

Seis días antes salió del mismo puerto,  
Y nosotros aquel que en él entramos,  
De Mengala cruzando el golfo abierto  
Hasta que á la isla de Zeylan llegamos;  
Y el promontorio Cori, descubierto  
Por Trabancor hasta Cochín pasamos,  
Y allí hácia Calicut un bajel vimos,  
Que en lo alto ser de Persia conocimos.

Fuimosle aquella tarde dando caza  
Con la siguiente noche, y cuando el día  
El triste luto al raundo desenlaza,  
Que por la muerta luz puesto se había,  
Ya en sus señales claro y en su traza  
Ser vimos el de Ormuz, en quien venia  
La Angélica beldad sin culpa presa,  
Y en su demanda la oriental princesa.

Con nuevo regocijo y alboroto  
Embestimos con él y al abordallo,  
Solo seis caballeros y el piloto  
Con las armas vinieron á estorballo:  
Quedó rendido, y por la jarcia roto  
Del encuentro primero, y al entrallo,  
Encima vieron del combés cubierto  
De tela de oro negro un hombre muerto.

Supimos que de Ormuz el rey Blancarte,  
Tras quien se hacia la infeliz jornada,  
Era el muerto, y que Angélica su parte  
Hizo en dejarse en su prision vengada.  
Sobre el cabo de Cori, el baluarte  
De una florida selva da abrigada  
De los vientos de Oriente una bahía,  
Donde el rey fugitivo llegó un día.

Quiso cansado de la mar bajarse  
Al márgen de una fuente cristalina,  
Entre blancos jazmines, que á emboscarse  
Por su espesura el mismo olor inclina,  
O por entretenerse, ó por holgarse  
Con la robada diosa de la China,  
De quien habia en sus deseos venido  
De una esperanza en otra entretenido.

Suspense el día, que pasó volando  
En esperar sus reyes á la orilla,  
De Ormuz se vió el navío, hasta cuando  
Al mar de Goa el claro sol se humilla,  
Que por la temerosa selva entrando  
La fria imagen vieron amarilla  
De su imprudente rey, que en el desierto  
Huyéndose su amor le dejó muerto.

Creese que en el favor de su regazo  
Con dulce paz le degolló dormido,  
¡Torpe locura! ¡peligroso lazo!  
Fiarse de mujer quien la ha ofendido:  
Entraron por la selva un gran pedazo,  
Mas cególes el rastro y el sentido  
La obscura noche y tierra no sabida,  
Y la pena de ver su rey sin vida.

Así el sordo navío en llanto amargo  
Degollado mostraba su rey muerto,  
Con quien al rico Ormuz por su descargo  
De luto iba de lágrimas cubierto:  
Y al pasar de Trabancor el mar largo,  
Haciendo escala en su vecino puerto,  
De la vengada reina tuvo nueva,  
Que de sus playas la salvó una cueva,

Y en un navío para el llano Egito,  
Dando las velas á un terral liviano,  
Ya libre se embarcó de su delito,  
Si alguno fue matar á un rey tirano:  
Así con triste y lastimoso grito  
Razon de si nos dió el navío persiano,  
A quien la real princesa libremente  
Con su rey muerto le dejó y su gente.

No le entregó á la tragadora llama,  
Como á la flota hizo su enemiga,  
Mas reservarlo quiso para fama,

Que la venganza de su agravio diga:  
Y tras quien le dió el ser, cual tierna gama,  
Al real piloto manda que prosiga  
Su derrota, y en bello circuito  
Las Arabias costee, y vuelva á Egipto.  
En la punta de Aden una tormenta,  
De no menor rigor que la pasada,  
La nao despedazó en furia violenta  
Sobre una roca en agua sepultada:  
Y sin que el intratable mar consienta  
Por su crespo cristal hacer jornada,  
En seis siguientes lunas que así estuvo,  
Como en cerrada cárcel nos detuvo.

Hasta que de la punta del mar Rojo  
A dar fuimos por tierra á Alejandria,  
Por entre rotos mármoles, despojo  
Del tiempo en que el gran Cairo florecia:  
Con nuevo rastro siempre, y nuevo antojo  
De la que reina donde nace el día,  
Que de allí en busca de su amado ausente  
El rumbo habia tomado del Poniente.

Ha muchos años que el gentil Medoro,  
Ausente de los ojos de su dama,  
La dulce risa vuelta triste lloro,  
Y desierta dejó su alegre cama:  
La causa ni la alcanzo, ni la ignoro,  
O sea cierto rumor, ó incierta fama,  
Yo la diré despues, que ahora digo,  
Que á buscar fue de allí á su caro amigo.

Diéronle nuevas dél en Tolomita,  
Donde se entiende que llegó primero,  
Con que el muerto deseo resucita,  
(Si es mortal el amor que es verdadero)  
A la madre tambien la hija imita,  
Y en busca de ambos un navio ligero  
Al mar arroja, y tras su sangre ardiente  
Los graves reinos busca del Poniente.

Arrojónos en calmas y en tormentas,  
De isla en isla rodando y puerto en puerto,  
Al mar Carpacio, que es de olas violentas  
Un importuno y ciego desconcierto;  
Y en el Egeo tras él playas sedientas  
De Creta vimos, y en el golfo abierto  
De Corfú su arenal, por donde un día  
El viento nos echó en Cefalonia.

Allí por lances y peligros varios  
La mar nos despenó, y allí perdimos  
Nuestro bajel, y en otro de corsarios  
Que en el puerto hallamos nos metimos:  
Andaban en sus robos ordinarios  
De la herviente costa á los arrimos  
Cien piratas á cuenta de un gigante,  
Gran capitan de Creta, y rey de Jante.

Era uno destos el navio que digo,  
Contra quien dos de la cercana tierra,  
Por peligroso y bárbaro enemigo  
En trance entraron de sangrienta guerra,  
Donde de la princesa el brazo amigo  
Mostró bien lo que el bravo pecho encierra,  
Siendo nos aires de su ardiente espada  
Nueva tormenta á la enemiga armada.

Retirólos á golpes insufribles  
La bella sucesora de Medoro,  
Proezas haciendo y golpes increíbles  
En favor del navio de Arcandoro:  
Mas hacer bien á bárbaros movibles,  
Es sembrar por la mar arenas de oro,  
Y este en las sirtes de Africa nacido,  
Había á mudarse en ellas aprendido.

Vió á la princesa, hallóse enamorado,  
Y en torpe modo, y con grosero estilo,  
No del todo el combate sosegado,  
Corriendo aun sangre de su espada el filo,  
Llevando de ignorancia en su cuidado  
Mas que en sus siete bocas agua el Nilo,

A requestarla se atrevió en el brio  
De hallarse humilde dueño de un navio.

Pasó en donaire el loco atrevimiento  
De su beldad la gravedad severa,  
Y fue mucho en tan nuevo sentimiento  
Guardarse en su sereno rostro entera:  
Mas dando al gusto bárbaro otro viento  
El alma y la intencion mudó primera,  
Y el mismo dia que se mostró su amante,  
Y ella á darle la vida fue bastante.  
Hallándola dormida, de repente  
En la prision estrecha en que venia  
Con las fuerzas la puso de su gente,  
Y cual me hallaste á mí en su compañía:  
Y esto en compendios hasta el dia presente  
La historia es suya, y la desdicha mia,  
Y de Angélica hija y de Medoro,  
La que ausente suspiras, y yo adoro.

Pondráte admiracion, que de dos pechos  
Tan blandos y amorosos por su parte,  
Solo á tiernas batallas de amor hechos,  
Sin nombre ni opinion en las de Marte,  
Naciese el brazo invicto, que á despechos  
Del mundo así campea su estandarte  
En los valientes dél, que con su sombra  
Lo mas florido de su rueda asombra.

Sabrás, oh invicto aliento de la fama,  
Que el generoso Artildo, insigne en ciencia,  
Padre que fue del mio, y yo la rama  
Mas asida á su tronco y descendencia,  
Cuando mas niña esta invencible dama,  
O á mí á solas, ó á ella en mi presencia,  
Mil cosas de su esfuerzo le anunciaba,  
Que ahora las veo, y antes las dudaba.

Decia tambien que su animoso pecho,  
Donde aun á la materia vence el arte,  
No era todo de humana masa hecho,  
Que tenia de divino una gran parte;  
Que de los dioses uno, en nudo estrecho  
De amor paterno, á su ánimo reparte  
Su natural furor, y el caso todo  
Pasó, segun Artildo, en este modo:

Dicen que Marte en condicion severo  
Ya en otro tiempo fue de amor vencido,  
Sin que las armas de templado acero  
Defenderle pudiesen de Cupido:  
Y aunque el suceso es grave, es verdadero,  
Que el cielo lo confiesa, y él rendido  
En las sutiles redes de su lecho  
Da por probado el adulterio hecho.

Vulcano en ciegos nudos de oro atados  
A su esposa y á él los halló un dia,  
Y aunque en sus lazos presos, mas ligados  
Del lazo en que su hijo los tenia:  
Bajó los graves dioses convidados  
A la gran presa que cazado habia,  
Dios hubo que tuviera á dicha buena  
Trocar su libertad por tal cadena.

El sol lo descubrió, cosa notoria  
Fue por el mundo su amoroso cuento:  
Mas envidiosos hubo de su gloria,  
Que dudosos habrá de lo que cuento:  
Olvídóse la afrenta en su memoria,  
Aunque no la ocasion de su contento,  
Trocando el freno del primer recato  
En desenvuelto y descubierto trato.

Sobre la playa y secos arenales  
Que al mar Carpacio enfrenan la braveza,  
Y á pesar de las ondas inmortales  
Siria levanta al cielo su cabeza:  
Hecha de rica pasta de metales  
La antigua Chipre está, cuya belle za  
Aumenta el monte Acámazo, y sus faldas  
Llenas de ricas minas de esmeraldas.  
Aquí sobre su concha cristalina

Venus del mar salió la vez primera,  
De la espumosa lluvia y sangre fina  
Que sudó al mundo la estrellada esfera:  
Aquí tiene su altar y su cortina,  
Y en él su habitación mas verdadera:  
Y al fin aquí, como á su propio imperio,  
Se retiró despues del adulterio.

Un día que el dios sangriento á recrearse  
Al claustro vino de su alegre dama,  
(Si á la fama algun crédito ha de darse,  
Que estos son propios cuentos de la fama)  
Cupido comenzó á vanagloriarse  
De los varios efectos de su llama,  
¿Qué dios, qué hombre, qué fiera se ha librado  
Deste arco duro, y de su arpon dorado?

Júpiter quiero que me sea testigo,  
Pues Marte con mi madre está ocupado,  
Si el rubio Apolo usó un desden conmigo,  
Hable el lazarif si me dejó vengado:  
Mercurio, y Baco, mi mayor amigo,  
El frío Neptuno, y Radamanto airado,  
Dirán si desde el cielo al bajo infierno  
Hay pecho libre deste brazo tierno.

No sé qué medio ninfa, ó medio estrella,  
Ocupada en seguir el monte y caza,  
Se alaba de que está de mi centella  
Su alma libre, y sin rendir su plaza:  
Mujer lozana, cazadora y bella,  
Y sin sentir el lazo con que enlaza,  
Es burla; que en la red mas olvidada,  
La que piensa cazar queda cazada.

De los dioses ninguno se ha librado,  
Los hombres mal pudieran defenderse:  
¿Al rústico pastor tras el ganado,  
Quien no gusta de verlo entretenerse,  
Proponer en ausencia su cuidado,  
Y en presencia temblando retraerse?  
Una vez arrogante, otra se humilla  
Al brio de su lozana pastorcilla.

Son varios los efectos y pasiones  
Que en corazones causo descuidados,  
Conforme á las diversas ocasiones  
En que los hallo y tengo encadenados:  
Quien quisiere salir de mis prisiones,  
Y romper sus fortísimos candados,  
Rompa ocasiones, atará deseos,  
Que los demás atajos son rodeos.

Gusto de ver llorar uno en ausencia  
La fuerza que le hace su cuidado,  
Otro en zelos perdida la paciencia  
Por lo que él en su cama ha fabricado:  
A otro en medio los gustos de presencia  
Un antojo le doy que es ya olvidado,  
Con que viendo lo mismo que via antes  
A los enanos juzga por gigantes.

En estos entremeses divertido  
Mi ociosa paso y descuidada vida,  
De esperanzas y engaños mantenido  
Y sobornado de alegría fingida.  
Traeme en sus ojos ahora entretenido  
Una reina adorada y perseguida,  
Que en el mundo es escándalo y centella,  
Y en el Catay Angélica la bella.

Es tanta su beldad, tanta su fama,  
Que quisiera por verla no ser ciego,  
Aunque fuera la yesca de mi llama,  
Con tal que se encendiera de su fuego:  
No vi su rostro, mas urdí la trama  
Que á mil sirvió de muerte, á mí de juego,  
Y su real brio, á quien faltó segundo,  
De tropezon universal al mundo.

¿Qué valor hubo en él digno de cuenta,  
Que no escandalizase su hermosura?  
¿Qué riesgo, qué bonanza, qué tormenta,  
Qué empresa, qué batalla, qué aventura?

¿Qué pecho libre, qué alma tan exenta,  
Qué presa no pudiese en cárcel dura?  
¿Qué ojos tan graves, pecho tan esquivo,  
Que si los suyos vió no esté cautivo?

De reyes y de príncipes servida,  
¿Qué cetro le negó su vasallaje?  
¿Qué arco le negó su arco nuevo encuerda,  
Uno el juicio pierde, otro la vida,  
Otro el reino, otro el nombre, otro el linaje,  
Hasta que vió á Medoro, y dél rendida  
Trocó un mundo de reyes por un paje:  
Si la agravié, será disculpa mia,  
Que ciego no miré lo que escogia.

Así braveando está el niño arrogante  
Mientras que á tienta un arco nuevo encuerda,  
Gustando Venus y su altivo amante  
Del blasonar y del poner la cuerda:  
Marte oyendo la fama resonante  
De la oriental belleza, con la izquierda  
Dicen que sin ver cómo fue herido  
A escuso de su madre de Cupido.

Dióle en el alma ociosa con destreza,  
Que es el amor sutil en demasia;  
Ya el tesoro de Venus es pobreza,  
El sol tinieblas, y la noche el día:  
Trueca inmortal por la mortal belleza,  
Y á una diosa una dama preferia;  
Pero no hay que admirarse destos juegos,  
Que en casa del amor todos son ciegos.

Las duras armas de bruñido acero  
En el templo de amor deja colgadas,  
Y tierno amante de soldado fiero  
A su entenado pide alas prestadas;  
Que aunque es un pensamiento en ser ligero,  
Antojos nuevos son glorias pesadas  
Que aunque en sus hombros Icaros los lleven,  
Parece en el volar que no se mueven.

Del frío Geta en el helado clima  
Ocioso deja el carro en sangre tinto,  
Y en la guerrera Tracia airado arrima  
Del corvo alfanje el tachonado cinto;  
De su cruel rayo la espantosa grima,  
Que al mundo baja en resplandor distinto,  
La frente limpia con que el aire empeece,  
Y en sangrientas vislumbres resplandece.

Deja el grabado arnés, cuya acerada  
Máquina su abrasado cielo oprime,  
Y la nublota clava reforzada,  
Que el polo con su grave peso gime;  
Del corvo escudo, y la tajante espada,  
Las turbias luces que espantosa esgrime,  
Con que la Libia enciende, abrasa á España,  
Y al sol los claros rayos de oro empaña.

Deja al fin el potente dios terrible  
Del acero el estruendo resonante,  
Deja el ceño espantoso, y vista horrible,  
A una sombra fantasma semejante:  
Volviendo blando amor, si esto es posible,  
Aquel su fiero y áspero semblante;  
Mas ¿qué digo un semblante solo fiero?  
Un pecho, un alma, un dios todo de acero.

Sale volando, y de un alegre viento  
Una nube formó resplandeciente,  
Parecida á su nuevo pensamiento  
En lo hermoso, vano y transparente;  
Y en buscar la ocasión de su contento,  
Presto, ansioso, colérico, impaciente,  
A un cabo y otro busca por la tierra  
La que ha de poner pices en su guerra.

Los ojos tiende por el bajo suelo,  
De diversas naciones ocupado;  
A Europa mira, y su benigno cielo,  
Su rico asiento, su vivir templado:  
La fértil Libia, que con seco vuelo  
Sus blancas costas lleva al diestro lado  
Con las sirtes sin tez, á quien da cama



El mar, que en medio dellas se derrama.

Deja á la izquierda el Norte y sus alturas

De un inmortal invierno acompañadas,

Y á sus verdes espaldas las llanuras

Del Ponto y sus arenas escarchadas:

Del frío Tanais las costas mal seguras,

De bárbaras naciones cultivadas,

Y del vecino Colcos el tesoro,

Si aun dura entero el vellocino de oro.

Mira el boreal Zarambe peñascoso,

Cercado de arrecifes inhumanos,

La antigua Troya, y su lllion famoso,

Sepulcro ya de griegos y troyanos:

El Sigeo, peñasco peligroso,

El Proponto, los Bósforos cercanos,

Con los que guardan las reteas almenas,

De mil tragedias dolorosas llenas.

A Zaistro y sus aguas espejadas,

Que al son de blancos cisnes las despeña

Meandro de riberas marañadas,

Que de seguir un curso se desdeña:

Y del rio Pactolo las doradas

Ondas con que en ruido alegre enseña,

Que no hay bien ni favor mas sin provecho

Que la riqueza en avariento pecho.

Del monte Ida la cumbre levantada,

Y el bosque donde Páris dió el juicio

Sobre la competencia celebrada,

Que al mundo su furor sacó de quicio:

Aquí Marte con alma enamorada

Dicen que dijo: «tengo por indicio,

Que á Venus se dió allí el premio de hermosa,

Porque antes no nació mi nueva diosa.»

De allí mira el gran templo de Cibeles,

Su inútil gusto, y vana hipocresía,

Sus sacerdotes bárbaros infieles.

De triste complexion y sangre fria:

Los Zalibes incultos y crueles,

Ricos del oro que su asiento cria,

Y el rio Halis y su curso avieso,

Famoso por el hado del rey Creso..

Mira tambien al Iris caudaloso

Como su cristalino curso espacia,

Y el bravo Termodonte sonoro,

Fines de Capadocia y de Farnacia:

El altísimo Latmo peñascoso,

Que á Endimion vió dormido en tanta gracia,

Que la luna bajó á guardalle el sueño,

Y á gozar los amores de su dueño.

Sobre la costa del Carpacio mira

La alta Cilicia con su monte Tmolo,

Donde el dios Pan tocó su ronca lira

En competencia del dorado Apolo:

Y el Tauro que sucumbe en torno gira,

Y de la nieve de un collado solo

Cidno por sus vertientes se dilata

Con limpias ondas de bruñida plata.

Del Caspio mar las playas espumosas

Mira, y sus arrecifes espantables,

Cercados de naciones belicosas,

Gentes bárbaras, fieras, intratables:

Las hiperbóreas cumbres monstruosas

De vertientes y campos saludables,

Y á los que dan sus selvas acogida

En sabrosa quietud y larga vida.

Mira entre los Cerámicos y Hipicios

Las libres amazonas sin varones,

Gente traída al mundo por indicios,

Mas que por verdaderas relaciones:

Los que habitan del Cáucaso los quicios,

Y cultivan sus fértiles terrones,

Al pié del risco altísimo y nevado

A que está el sabio Prometeo ligado.

Los Scitas sin república formada

Sus ásperos desiertos conservando

A quien de Batros la corriente helada

Va con prolija vuelta rodeando :

Mira al austro en altura mas templada

Irse las dos Armenias dilatando,

Y sobre sus collados espaciosos

A Nifates y Tigris caudalosos.

Mira cual nacen de unas mismas fuentes

El Eufrates y Arajes sonoro,

Que por despeñaderos diferentes

El mar buscan en curso impetuoso:

Este al Hircano lleva sus crecientes,

Y aquel al seno Pérsico famoso,

Haciendo rica y fértil de pasada

La gran Mesopotamia celebrada.

Cansado de mirar tantas regiones,

Sin ver en ellas la que va buscando,

Los ojos vuelve, y mira los rincones

Del celestial incendio humeando:

Las negras etiopicas naciones,

Y el mar sobre sus costas reventando,

Y el Nilo, si por dicha tiene fuente,

Entonces al dios Marte fue patente.

Por Egipto y Arabia entremetida

Vió del mar Rojo la delgada punta,

Que aunque de playas ásperas ceñida

Casi al Mediterráneo mar se junta :

Y allí de blancos nácares tejida

La rica Tilos, donde amor barrunta

Que fueron los primeros minerales

De las preciosas perlas orientales.

Mira la carcomida sepultura

Del rey Eritrio sobre Ogiris puesta,

Y de la Siria la áspera llanura

Toda á la sombra de su nube opuesta :

De Palestina adora la ventura

Que á todo el mundo la hizo manifiesta,

Por haber muerto en ella un Dios, que ahora

Vivo y glorioso el Cristianismo adora.

De Jope mira el muro envejecido,

Que nació al mundo en su primer verano,

Y de Sodoma el campo convertido

En lago infame, y á la diestra mano

El noble rio Jordan fresco y florido,

Y de Samaria el pedregoso llano,

Los fértiles palmares de Idumea,

Y la encumbrada y alta Galilea.

Mira hácia el Sur las Návtras regiones,

Y en ellas las Arabias incluidas,

La Petrea y sus estériles mojonos,

Y el Sínei de selvas escogidas,

Donde fueron por Dios las peticiones

De un profeta escuchadas y admitidas,

Y con estilo y nota verdadera

Al mundo se escribió la ley primera.

De la desierta Arabia los mudables

Collados mira y su abrasada arena;

La Feliz y sus campos saludables

De rica mirra y cinamomos llena :

De Pancaya las selvas admirables,

Que al mundo sudan en copiosa vena

Del incienso y el bálsamo oloroso,

Del saludable cielo don precioso.

Mira en sus arboledas deleitosas

La fenix de dorada plumeria,

Que en solo aquellas selvas venturosas

Y sus montañas se sustenta y cria :

Allí entre frescas yerbas olorosas

Vive sin otro amor ni compañía,

Y cuando la vejez tras sí la lleva,

El fuego la consume y la renueva.

Prosigue y mira en su ligero vuelo

Entre el Tigris y Eufrates abreviada

La fértil tierra que parió en el suelo

La confusion de lenguas marañada :

La torre que pensó escalar el cielo,

Su ciudad de jardines coronada,  
Y Ninive en un tiempo tan temida,  
Ya por los duros Scitas destruida.

Los belicosos caspios, cuyas flechas  
Las caspias puertas guardan poderosas,  
Por un milagro de natura hechas,  
Entrada á mil naciones monstruosas:  
Los que de Media labran las estrechas  
Yugadas y sus playas arenosas,  
Y los que hácia el persiano señorío  
A Parcoato beben el rocío.

Los caducios, que en riscos escondidos  
Estrechos labran y avarientos llanos,  
Y los de Gorgiana mas tendidos,  
De trato y condicion menos humanos:  
De Hércules los altares encendidos,  
Que aun humean incienso de sus manos,  
Y de Persia las fértiles llanadas,  
Todas de ásperas cumbres rodeadas.

La Pártia con su gente aborrecible,  
Del furor de los godos desterrada,  
Sin lealtad y sin fe, cruel, movable,  
A guerra y sediciones inclinada;  
Y los que de la Hircania, la invencible  
Tierra de inculta hacen cultivada,  
Y en medio sus altísimos pinares  
Ligeros tigres cazan á millares.

Las dos Carmanias ambas montuosas  
Mira, y la belicosa Cedrosia,  
Los collados y selvas espantosas  
De la estéril y helada Aracosia:  
De Arbitos las vertientes caudalosas,  
Y las aguas que al Indo claro envía,  
Y los Paraponisos belicosos  
En todo, y no en olivas abundosos.

Deja ya atrás del Indo las riberas,  
Y el monte Imavo á la derecha mano,  
Y sobre las sardónicas laderas  
Cual rayo va cortando el aire vano:  
Descubre el Gange entre naciones fieras,  
Que con dorada arena y curso llano  
Rompiendo los collados orientales  
Del mar busca los secos arenales.

Mira el gran muro y raya que divide  
Del Scita inculto el regalado China,  
Y dentro della el reino en que preside  
La luz que sus deseos encamina:  
Los campos, bosques y los montes mide,  
Y con cuidado y prevencion divina  
Vuelve y revuelve, y con la vista atenta  
Hasta las ramas de las selvas cuenta.

Descubre entre arboledas y espesuras  
Ciudades, pueblos, torres almenadas,  
De huertas, de jardines, de frescuras  
Bastecidas, compuestas y adornadas:  
Con chapiteles de oro las alturas  
De las suntuosas puertas coronadas,  
Y las murallas que la vista goza  
De alegre pasta azul, de fina loza.

El oro mira que en las ricas venas  
De la avarienta tierra está perldido,  
Minas de pedrería y plata llenas,  
Tesoro á ojos mortales escondido:  
«¡Tierras dichosas, fértiles y amenas,  
(Dijo Marte en su vista divertido)  
Hoy me ha bajado amor del quinto cielo  
A verme pobre en vuestro rico suelo!»

Mira el alcázar y el palacio ufano  
Que la belleza Angélica encubria,  
Y ante la puerta real un fresco llano,  
Donde en concurso y tropa de alegría,  
La ilustre gente y pueblo cortesano  
Con gallardas libreas discurreja,  
De campo y montería los ropajes,  
Con varios y fantásticos plumajes.

Los perros con sus saltos placenteros

De alegría llenan el florido llano,  
Los sacres y falcones altaneros  
Ya de placer se arrojan de la mano:  
Los caballos feroces, bravos, fieros,  
Los frenos muerden con braveza en vano,  
Nevando el campo con la blanca espuma,  
Que entre las manos hacen se consuma.

Mil géneros de perros enseñados  
Todos á un fin, pero de mil maneras,  
Cuales tras los prestisimos venados  
Diestros en abreviarles las carreras,  
Cuales ligeros, cuales mas pesados,  
Cuales para aves, cuales para fieras,  
Con galgos, con sabuesos, con ventores,  
Prestos ginetes, diestros corredores.

Destos diversos ejercicios llena  
De lo alto mira Marte la ancha plaza,  
Conoce que la causa de su pena  
Sin acordarse della sale á caza:  
Y dice contemplando la cadena  
En que el tirano amor su gloria enlaza,  
«¡Hermosa cazadora de Cupido,  
Ya un dios entre tus redes ha caido!»

Asoma en esto á la grabada puerta,  
Vistiendo el verde campo de alegría,  
De perlas, oro y pedrería cubierta,  
Cuanta belleza el mundo conocia:  
Dejó una nueva gloria descubierta,  
Súave el viento, y apacible el día,  
Reconociendo á hermosura tanta  
Vasallaje del sol la lumbre santa.

De tela de oro en rozagante vuelo  
Pendia la grave falda de brocado,  
Con cuanta pedrería al rico suelo  
De Oriente da y tributa el sol dorado:  
En luces de diamantes dando el cielo  
De su beldad al mundo retratado,  
Donde en cualquier desden que andando hacia,  
Arderse en rubias llamas parecia.

De la color del día sus cabellos,  
Del alba y de su luz las cejas bellas,  
Y amaneciendo un cielo dellas y ellos,  
Aun se ven en sus ojos dos estrellas,  
Que al alma que las mira en rayos bellos  
Del pedernal de amor envian centellas,  
Los labios de un rubí, la boca enana  
De un limpio aljófar engastado en grana.

Cual suele en el rosado y fresco Oriente,  
Dando principios de oro al nuevo día,  
La clara aurora con serena frente  
Barrer del mundo la tinielba fria,  
A la cansada soholienta gente  
Perlas lloviendo, rosas y alegría,  
Tal la reina salió, y del mismo modo  
Su vista lo vistió de placer todo.

Quedó Marte confuso, y su cuidado  
Entre esperanza y miedo divertido,  
De tanta hermosura deslumbrado,  
Y de su misma pretension corrido:  
El día sereno, el viento sosegado,  
De una templada nube el sol vestido,  
Dicen que el dios de zelos lo hacia,  
Porque no viese Apolo lo que él via.

Sobre fogosa y blanca hacanea,  
De vistosos lunares remendada,  
Pequeña, recogida, y que pasea  
Debajo el blando freno concertada:  
Con toda la beldad, que por librea  
De la suya dió el cielo retratada,  
Angélica salió, y salió tras ella  
El día, que cobra su hermosura en vella.

Aquel dichoso y regalado moro,  
Hijo de amor, nacido en Tolemita,  
Que en ojos negros, y en cabelle de oro,

Un tierno humano serafin imita :  
 El rey chino, el bellissimo Medoro,  
 Cuya acabada perfeccion limita  
 Que el poder natural pase adelante,  
 A estampa mas perfecta y elegante,  
 Este en traje galan, y hábito sueto,  
 De azul y plata á lo español vestido,  
 En oro, perlas y en olor envuelto,  
 El triunfo del amor sacó cumplido,  
 Sobre un frison gallardo y desventuoyto,  
 Despedazando el freno desabrído,  
 De cuerpo, talle y condicion perfecto,  
 Feroz, bravo, brioso é inquieto.  
 Un rico manto por los hombros puesto  
 De la mas fina púrpura de Tiro,  
 A quien mezclados dan soberbio peso  
 Las perlas, el diamante y el zafiro;  
 Con un ancha cenefa de oro grueso,  
 Que alegre muestra en rozagante giro  
 El gran cerco de estrellas, por quien guía

La luz que arrastra tras su carro el día,  
 Cual águila real, que de lo alto  
 La deseada caza considera,  
 Con gozo, con temor, con sobresalto  
 Revuela, sube, baja, vuelve, espera,  
 Y codiciosa de acertar el salto  
 Cercando va la descuidada fiera,  
 Aguardando sazon y coyuntura  
 De mas descuido, y parte mas segura;  
 Tal el soberbio Marte iba volando  
 Entre torreadas nubes escondido,  
 Al sol los rayos de oro deslumbrando,  
 De otros mas poderosos encendiendo  
 Nuevas trazas y modos fabricando  
 De ver su gusto y su deseo cumplido:  
 Llegan al monte entre una y otra traza,  
 Y dan principio á la famosa caza.  
 Libres de las piguielas mil azores  
 A arrojarse comienzan de la mano;  
 Los diestros agudisimos ventores



A henchir de la escondida caza el llano,  
 Con que los prestos galgos corredores  
 No hacen entre mil un lance en vano :  
 Sigue este, alcanza aquel el otro inca,

Crece la caza, y el alboroto y grita.  
 Entre el tropel, ruido y barahunda  
 De ciervos una tímida manada,  
 Hizo que el campo alegre se confunda

Tras el lance y la presa deseada :  
 Que todo en voces de placer lo hunda  
 La trápala de gente alborotada,  
 Y por el bosque y selva á campo abierto  
 Se siembre , corra , y vuele sin concierto.  
 Siguen aquello que se les antoja  
 Con grita , voces , con furor y estruendo ,  
 Uno vuelve , otro pica , otro se arroja ,  
 Otros aparta , aparta van diciendo ;  
 Ataja , ataja aqueste , el otro aljoja ,  
 Barausta , rompe , salta , vuelve huyendo ,  
 Sal , cruza , dale , ten , alarga y pica ,  
 La grita y confusion se multiplica .

Uno cae , otro huye , otro revuelve  
 Perdido sin ver como en la espesura :  
 Otro siguiendo un ciervo va , y se vuelve  
 Confuso y anegado en la espesura :  
 Este se apea cansado , aquel desvuelve  
 Tras un tigre la selva mal segura ;  
 Gamos , liebres , leones y venados .  
 Heridos , presos , muertos y atajados .

Medoro , ó fuese fuerza , ó fuese acaso ,  
 Salió contra un ligero ciervo herido ,  
 Que aquel dios liberal , ó el tiempo escaso ,  
 Le ofreció por llevarle divertido :  
 Queda Angélica sola , y llano el paso  
 A cuanto el nuevo Marte ha pretendido ,  
 Nuevo , porque era nuevo enamorado ,  
 Y el amante no es mas que su cuidado .

Alteróse la tarde al grueso aliento  
 Que exhaló Marte de su nube obscura ,  
 Brama el confuso bosque , brama el viento ,  
 De hojas desentoldando la espesura :  
 Rásgase el enlutado firmamento ,  
 En humo y fuego vuelta su hermosura ,  
 Agua , tormenta , rayos y granizo  
 La alegre caza y su placer deshizo .

Tráenles los cielos ya de luto envueltos  
 La noche sin sazón en medio el día ,  
 Y ellos en agua y confusion revueltos  
 Cada cual sigue por su incierta vía :  
 Volaban los caballos desenvueltos ,  
 Pero mas la tormenta que traía  
 La obscura nube en sus hinchados senos  
 De ardientes rayos y confusos truenos .

Gusta Marte de verlos anegados ,  
 Su alegre fiesta en aire convertida ,  
 Tales son los conteos mas fundados ,  
 Todo tiene su fin en esta vida :  
 La dama por quien son estos nublados  
 En una cueva se quedó escondida ,  
 Segura estoy que Marte sepa adonde ,  
 Que á los ojos de Dios nada se esconde .

Entre un horrible y espantoso trueno ,  
 De ardientes rayos y de luz vestido ,  
 De gozo , espanto , y de contento lleno  
 Marte bajó en Medoro convertido :  
 Y al tocar su furor el valle ameno  
 Tembló el gran mundo de su pié oprimido ;  
 Pero la magestad en esto cesa ,  
 Que ella y amor no comen á una mesa .

De aquel ayuntamiento milagroso  
 Esta beldad nació gallarda y brava  
 (Sino es del todo vano y fabuloso  
 Lo que mi sabio abuelo nos contaba)  
 Perdióse en esta caza el rey hermoso ,  
 O sea que el dios que la honra le quitaba ,  
 Con ella le quitó tambien la vida ,  
 Entre medrosos zelos consumida ;

O sea otra oculta causa , no hay del suelo  
 Quien no esté del secreto deslumbrado :  
 Solo de la princesa el sabio abuelo ,  
 Por sus mágicas artes informado ,  
 Alcanzó que la luz del quinto cielo  
 Es quien tal nieta y tal beldad le ha dado ,

Y de Artildo el saber , que en mi memoria  
 Como la he dicho aquí puso esta historia .  
 Así en la gruta la japona bella  
 La razón á Bernardo da cumplida  
 De su ausente afición , y al fenecella  
 De un blando sueño se quedo vencida :  
 Y él ocupada el alma en entendella ,  
 Con tantas novedades divertida ,  
 De la que el tierno amor hizo su dueño ,  
 Hallar no puede , aunque lo busca , el sueño .

Parécele sentir , ó se le antoja  
 Rumor de gente dentro de la cueva ,  
 O sea el pensamiento , ó su congoja ,  
 O el blando viento que las hojas mueva :  
 En pié se pone , y con la limpia hoja  
 De la vaina desnuda , atenta y prueba  
 A entrar con lentos pasos sin ruido ,  
 Al tiento de las señas del oído .

Fue al parecer bajando largo trecho ,  
 Cuando dentro se halló de una anchia sala ;  
 De un medio globo de cristal el techo ,  
 Obrado todo de artificio y gala :  
 El suelo de alabastro y jaspes hecho ,  
 A quien ningun primor humano iguala ,  
 Dos bellas puertas en el muro esterno ,  
 La una de marfil , la otra de cuerno .

En cada cual sobre una silla de oro  
 Sentada una hermosa dama habia ;  
 La de la diestra mano en su decoro  
 Un cielo de virtudes parecia ,  
 Con una poma que el mortal tesoro  
 Del mundo en su respecto humilde hacia ,  
 Labrada en un carbunco que enviaba  
 La luz que aquellas cuevas alumbraba .

Estaba la otra á la segunda puerta  
 Con una taza de oro en las dos manos ,  
 En una bella máscara encubierta  
 De lascivo mirar , y ojos livianos :  
 De perlas toda y pedería cubierta ,  
 De lustre , tez y resplandores vanos ,  
 Por trono altivo un pobre cadabalso  
 De falsas piedras hecho , y de oro falso .

Y de la sala en un rincón profundo  
 Abrirse un ciego pozo parecia ,  
 Por donde de hombres nuevos en el mundo  
 Como de hormigas un monton salía :  
 Así en Tebas se vió el campo fecundo  
 Que un tiempo armadas gentes producía ,  
 Cuando de Acteon el prudente abuelo  
 De serpenticos dientes sembró el suelo .

Mas si era admiracion la nueva fuente ,  
 Que hombres en abundante vena cria ,  
 Mayor espanto daba la corriente  
 Dellos , que al trono de oropel subia  
 A beber de la taza el mosto ardiente ,  
 Con que la enmascarada diosa hacia  
 Un brindis de venenos esprimido  
 Al incauto escuadron recién nacido .

Jamás de tantas olas asaltadas  
 Vió el mar del Sur sus carcomidas rocas ,  
 Ni á las vadosas sierres sobre aguadas  
 Mas arenas cñieron y mas focas ,  
 Ni por el fresco abril mas apiñadas  
 Aves de Africa á España vuelven locas  
 A cantar los agravios de Tereo ,  
 O á Tracia á oír la música de Orfeo ,

Que al sitial van llegando de oro injusto  
 Gentes de todas marcas y figuras ,  
 De las que el hondo pozo en brio robusto  
 Escape de sus cárceles obscuras ,  
 (¡Estrano caso!) que en tocando al gusto  
 Del venenoso jugo las dulzuras ,  
 Todos en fieras se iban convirtiendo  
 De espantable figura y bulto horrendo .

Quién en leon , en tigre , en oso , en pardo ,

En cocodrilo, en topo, en sierpe, en oso,  
 Quién en fiero avestruz, quién en gallardo  
 Pavon, quien en cabron, quien en raposo,  
 Uno en ligero ciervo, otro en buey tardo,  
 Otro en torpe jumento perezoso,  
 Y en otras espantosas formas fieras  
 De esfinges, hidras, scilas y quimeras.

Así de Circe el encantado vaso  
 Un tiempo á Italia dió animales nuevos,  
 Cuando á pisar las playas del ocaso  
 De Grecia trajó Ulises cien mancebos,  
 A quien en cuerpo horrible y bulto escaso  
 El Lacio entre sus flores y renuevos  
 Brutos establos dió y albergue inundo,  
 Para escarmiento y confusion del mundo.

Mas sin que nadie en el ajeno daño  
 Del suyo halle sospechas, todos juntos,  
 Tras el goloso vino del engaño,  
 Ciegos renuncian del honor los puntos:  
 Y hechos en nueva forma y traje extraño  
 De horribles mónstruos ya nuevos trasuntos,  
 En tropa salen por la eburnea puerta  
 De un fresco viento á la campaña abierta.

Cual, ó cual de aquel número confuso,  
 Mas que por eleccion por su ventura,  
 De la trulla saliendo, y del abuso  
 Del vulgacho sin fe, ley ni cordura,  
 A la otra puerta, donde el cielo puso  
 De virtud un crisol y beldad pura,  
 Por las gradas subia del estrado,  
 De ricas perlas y de luz sembrado.

Y la diosa gentil que allí alumbra,  
 De ardiente caridad y amor vestida,  
 Al venturoso mónstruo que llegaba  
 Volvia la forma y la salud perdida;  
 Y del lumbroso globo que manaba  
 La luz que daba claridad y vida,  
 Sacando al rayo una sutil centella,  
 Hacía milagros y finezas della.

Los antes torpes mónstruos y quimeras  
 Hombres los vuelve ya la luz divina,  
 El contrahecho bulto y ser de fieras  
 En nueva humana forma y seso inclina;  
 Y no con las demás sombras ligeras  
 La aparente beldad desencamina  
 Su curso, mas por puerta diferente  
 La senda hurta á la engañosa gente.

Quedó admiradó el príncipe de España  
 De tan extraño y necio encantamiento,  
 Parece que duerme, y le maraña  
 Algun confuso humor el pensamiento;  
 O que con sombras otra vez le engaña  
 De la sutil Alcina el bueco viento,  
 Que truecos de tan grandes novedades  
 No pueden suceder ni ser verdades.

Y en este discurrir de fantasia  
 Suspenso estaba y divertido acaso,  
 Deseoso de saber que se hacia  
 La caterva de mónstruos de aquel vaso:  
 ¿A qué fin tales formas les vestia?  
 O ¿adónde van con su imprudente paso?  
 Cuando la diosa de la poma de oro  
 Así le dijo en razonar sonoro:

«No temas, ó invictísimo guerrero,  
 Honra de la española monarquía;  
 Que en feliz paso, y venturoso agüero,  
 Te trajó el tiempo á la presencia mia:  
 La diosa Temis, norte verdadero  
 Del mundo soy, y la segura guia,  
 Que con prudencia regió el mortal gusto,  
 Para saber pedir y amar lo justo.

Del cielo y de la tierra fui engendrada,  
 Y por bien de mi madre quedé en ella,  
 En guarda de la luz que aquí encerrada  
 Cual ves conservo en esta poma bella:

Del que asombra en el Cáucaso, robada  
 De un rayo fue de la mayor estrella,  
 Para dar vida y almas celestiales

A hombres de barro y bultos materiales.  
 Fui en otro tiempo oráculo del mundo,  
 Mas ya mi casa y templo está olvidado,  
 Y yo huyendo dél á lo profundo;

Desta gruta su altar he retirado;  
 Y aquí encerrada desde aquí confundo  
 Con mi presencia el vulgo desgraciado,  
 Y el ignorante enjambre que estas cuevas  
 Y aquella taza dan figuras nuevas.

Ni creas que es burla y vano fingimiento  
 Lo que en estos desvanes aparece,  
 Ciego y sombrío rincón del aposento  
 En que el hado sus suertes establece;  
 Que aquí las leyes traza y el aumento

Con que allá el mundo se gobierna y crece:  
 Esos truecos que ves de hombres en fieras  
 Aquí son sombras, mas allá son veras.

En la luz sola desta poma rica  
 La discrecion del mundo está en un ceró,  
 Que ella por sí no es nada, y si se aplica  
 Al seso humano lo hace verdadero;

El cielo al suelo dió de su botica  
 Desta ambrosia un adarme, y casi entero  
 Se está aquí sin tocar, que al gran rebaño  
 Todo lo ha hecho suyo el necio engaño.

Advierte en esas olas y crecientes  
 Manantiales de la vida humana,  
 Como las avenidas de sus gentes  
 A parar van á aquella dama ufana,  
 Que en mónstruos los convierte diferentes

Con darles en su taza cortésana  
 De ignorancia y de engaño una bebida,  
 Que dura su embriaguez lo que la vida.

Y así impacientes salen de sus manos  
 A otros nuevos caminos mas aviesos,  
 Torpes, sin ley, sin traza, huecos y vanos,  
 De desvarios llenos y de escesos:

Cual y cual por gran dicha quedan sanos  
 Con la luz de mi rica poma, y esos  
 Por estas cuevas suben mal trilladas,  
 Siguiendo de los menos las pisadas.

Tú seguirás tambien ese camino,  
 Pues ya el cielo te hizo de mi bando,  
 Y ahora de nnevo este licor divino  
 Te irá por donde fueres alumbrando:

«Dijo, y como un aljófar cristalino,  
 Encendido en la luz de un fuego blando,  
 Un claro rayo le arrojó á la frente,  
 Mas que el bello del sol resplandeciente;

Y como con el alba el día vistoso,  
 Así quedó de luz acompañado,  
 Saliendo por la puerta deseoso  
 De ver lo que allí esconde y guarda el hado:

De un fresco valle el campo deleitoso  
 De admirables tragedias vió ocupado....  
 Mas vuelvo al conde Orlando, que dormia  
 Sobre las flores, y es ya entrado el dia.

#### ALEGORIA.

En el templo arruinado de la diosa Temis, que lo es de la sabiduría y discrecion humana, se muestra cuan caidas están estas dos cosas en el mundo. Por Arcángelica hecha valerosa amazona, se descubre cuan hermoso es el apetito de la venganza en sus principios, y cómo se enamora dél el brazo poderoso que la puede poner en ejecución: y como sin el fuego que arde en el pecho no se puede hacer perfecta venganza, que es lo que significa el incendio de la flota. El rayo de luz de la poma de la diosa Temis significa que la prudencia humana no es mas que un rayo de la divina. Las dos puertas del templo son los dos caminos de la virtud y el vicio, y en el ena-

morarse Marte de la hermosura de Angélica; se ve aquí poderosa es la sensualidad en los que no huyen las ocasiones.

## LIBRO DECIMOQUINTO.

ARGUMENTO. Encuentra Orlando a Garilo sobre su caballo, vete siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quitara el francés ponerle fuego, y el catalán lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro, y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella; Malgesi levanta con sus conjuros su navío volando por el viento, llevando dentro de él a Reynaldos, Morgante y Orlando, ó los tenales en un admirable discurso ya mostrando toda la hermosura de Europa.

¡ Oh nuevo y dulce sueño, ó claro indicio  
De la armonía que el autor del cielo  
En el humano célebre edificio.  
Por imagen trazó de su modelo!  
La gran suma de cosas que al oficio  
Del pensamiento dan ayuda y vuelo,  
Aquel no sosegar con su armonía  
El reloj de la libre fantasía.

Aquella interior luz que repartida  
En espíritus libres arde y vuela  
Por el cerebro casa de la vida  
En inmortal cuidado y centinela  
La humedad en sus celdas recogida  
Que secretos altísimos revela,  
La razón, la memoria, el movimiento  
Del inquieto y libre pensamiento:

Buscando de reposo un breve rato  
El dulce sueño hallé, y ahora fue so  
La masa de grandezas que aquí trato  
Que al silencio del alma se atreviese,  
O de la diosa Temis el retrato,  
Que acabé de pintar, se revolviere  
De mi ceñida frente en las cavernas  
De especies llenas y humedades tiernas,

Sea al fin sueño, antojo, ó fantasía,  
En aquel breve rato de reposo,  
Que el silencio por suyo me tenía,  
En agüero feliz y hado dichoso  
Una beldad, que como el sol al día  
Alumbra al mundo sobre un carro hermoso,  
Vi de pomposos grifos, que en sonoro  
Aliento gimen en sus yugos de oro.

Y á un altivo collado en que me ballaba  
Cogiendo á tienta de sus faldas flores,  
Ella que por las nubes volteaba  
Su carroza y caballos voladores,  
Las riendas de oro que en su furia brava  
Templar suelen del curso los fururos,  
A mí las vuelve, y asálve el cielo, dijo,  
Los nobles pensamientos de tal hijo.

¡ Oh cómo se gastó del primer mundo  
El ansia de saber, quedando hecho  
Teatro de ignorantes el segundo,  
Sin gusto en él ni antojo de provecho!  
¿ Quién sabe de su alma en lo profundo  
Amar á la virtud? ¿ quién tiene el pecho  
No lleno de altivez y vanidades,  
Mas de hambrienta codicia de verdades?

¿ Quién no de a llevarse al vuelo extraño  
De una ambición que el ánimo embriaga?  
¿ Y vuelto en el sentado, y el tamaño  
Coloso hasta su mismo ser se traga?  
¿ A quién de la avaricia el corto paño  
Con humildes propósitos no estraga  
Sujetando de un logro al vil renombre  
La soberana magestad del hombre?

Todo lo mas del mundo, el labio puesto:  
Tiene al engaño en su dorada taza;

¡ Loca embriaguez! pues la virtud tras desto  
Ni hace ni osa de sus gustos plaza:  
Del sabio, el noble, el casto, del modesto,  
Y del que á sola la virtud se abraza,  
Un necio burla, si á un adarme llega  
La pobre plata que en su cofre allega.

Mas tú, ó espíritu noble, que aunque fuerzas  
Te falten, no han faltado los deseos  
De seguir la virtud, en quien refuerzas  
A tu inmortalidad nuevos trofeos,  
No vuelvas el pié atrás, ni el paso tuerzas  
Por mas que con locura y devaneos  
Los ignorantes griten, que ellos solos  
Las musas son del mundo, y los Apolos.

Y porque en feliz curso la jornada  
De tu española monarquía acabes,  
Y tu heroica grandéza comenzada  
De historias llenas y sentencias graves;  
Conmigo ven, que estoy determinada,  
Al vuelo de mi carro y de sus aves,  
Mostrarte para luz de tu escritura  
Clara una senda, en estos días obscura.

Dijo, y en la carroza, que era hecha  
De oro, cristal y rica pedrería,  
Subir me manda, y por la via estrecha  
La vuelta dió á donde nace el día:  
¡ Extraño caso! ¡ pero qué aprovecha!  
¡ Si lo que ahora aquí, y entonces via!  
Por hoy el mundo y yo lo hemos dejado  
Él por ocioso, y yo por ocupado?

Vi el cielo, vi la tierra, vi el profundo  
Mar con puntas y playas diferentes,  
Y entre el primero golfo y el segundo,  
Montes, selvas, ciudades, rios y fuentes;  
Y vuelto un nuevo Tritolemo al mundo,  
No sé que iba sembrando entre las gentes,  
O eran perlas ó flores que cogía,  
Cnando la diosa hacía mi venia.

Mas ahora de la densa nube obscura  
Flores sembrase, ó fruta, espinó, ó rosas,  
No sé mas de que en dulce paz segura  
Mil gentes me miraban cuidadas:  
Uno asombrado de la humilde altura,  
Otro con nuevo escrúpulo en mis cosas,  
Teniendo aquel volar por aciago,  
Y á mí por nuevo encantador ó mago.

Otros llamaban vano mi trabajo,  
Y el sembrar por el aire desacuerdo,  
Yo caminando por tan noble atajo  
Sin responderles nada hacía del cuerdo:  
Si eran perlas de ley, ó aljófar bajo,  
Ya no me acuerdo bien, sólo me acuerdo,  
Que unos al toque las hallaban sanas,  
Y que otros las dejaban caer por vanas.

Y yo encima del aire levatando  
Debajo via de mi los altos montes,  
Bien que no sin temor, y con cuidado  
De que no tenga el mundo dos Faetones:  
Y en deleitoso vuelo, aunque soñado,  
Temples mudando, climas y horizontes  
Cerqué la tierra, y con feliz agüero  
Me ensayé en este curso al venidero.

Cuando el ruido y voces de la gente,  
Que al oír mi nueva voz iba llegando,  
( ¡ Oh cielos, qué disgusto! ) de repente  
Triste me arrebató del sueño blando:  
Y volviendo en mí acuerdo vi presente  
Desarmado y á pié al valiente Orlando,  
Que en los bostezos y el color difunto  
El tambien despertaba en aquel punto.

En la majada de un pastor serrano  
Al fresco viento le dejé dormido,  
Contemplando en el cielo soberano  
Las vueltas con que el mundo da ceñido;  
Y en el pajizo lecho del villano,

Que aun verle dormir está encogido  
 Temiendo su braveza, entre las flores  
 El alba le salió de mil colores.

El carro de oro al fin de su camino  
 Ya con la luz llegaba amortiguada,  
 Y en el suyo el cansado peregrino  
 Del rocío la esclavina aljofarada:  
 Su gastado tizon de seco pino  
 De la mano arrojaba fatigada,  
 Y la presencia del cercano día  
 De mil centellas una lumbrera hacia:

Quando el francés caudillo el pobre lecho,  
 Y el encogido huésped receloso,  
 Con agradable estilo satisfecho,  
 En su antiguo dejó y primer reposo,  
 Y el camino á poblado mas derecho  
 Encaminado del tomó furioso,

Jurando de vengarse de Garilo,  
 Aunque se esconda donde nace el Nilo.

Ya el sol por el zenit de oro subia  
 A la mas alta cumbre de su esfera;  
 En peso, y en nivel poniendo el día,  
 Y á su luz dando hermosa rueda entera  
 Cuando atajar la senda que traia  
 Un claro arroyo vió, y en su ribera  
 Un caballero, que á pasar la siesta  
 Con sombras le convidaba la floresta.

Conoció en verlo su caballo el conde,  
 Sus armas, y el ladron que las traia;  
 No así manchada tigre salta á donde  
 El hijo halla que perdido habia,  
 Ni el rio que entre peñascos se le esconde  
 Con su furia atajó la en que venia,  
 Cual la otra orilla de un ligero salto



Señor se hizo del lugar mas alto.  
 Mas no se vió salir al campo raso  
 Ligera liebre de ventor sentida  
 Con mas desenvoltura y presto paso  
 De á donde el miedo la halló escondida,  
 Ni enjuto galgo en semejante caso  
 Mostró mas codiciosa arremetida,  
 Que el uno en el huir sobre el caballo,  
 Y el otro en el deseo de alcanzallo.  
 Furia de aceda cólera espolea

Al ofendido conde, á su enemigo  
 Temor, que el flojo Brilladoro sea  
 Culpa en su mal, verdugo en su castigo:  
 Por aquí huye, por allí rodea,  
 Hasta el castillo de un gascon amigo,  
 Donde al entrar cerró la estrecha puerta,  
 Que es grave el riesgo de quedarse abierta.  
 Llegó Roldan tras él, y en las almenas,  
 Para mas le aumentar rabia y coraje,  
 De los consortes de Garilo llenas,

Con duras piedras le hacen hospedaja :  
Así llovidas en monton, que apenas  
El riesgo fue menor que no el ultraje,  
Obligándole en pasos descompuestos  
Su persona humillar á mudar puestos.

Brama furioso, y quiere en ira ardiente  
Al cobarde escuadrón encastillado  
Darlo en venganza al deshonor presente  
En fuego de su cólera abrasado :  
De un bosque antiguo la encrespada frente  
Cien nudosas encinas le ha prestado,  
Para hacer aquel albergue injusto  
Inmortal luminaria de su gusto:

Nunca el que á Polifemno dejó ciego  
Para abrasar el Ilión troyano  
Mas pinos tuvo, cuando al campo griego  
Leña ofrecía y llamas de su mano :  
Ni á tantos cedros juntos puso fuego  
Eneas en el fuego italiano,  
Cuando al campo de Turno, ya sin vida,  
Dejó su patria en garza convertida.

Vió Garilo, y tembló del bosque opuesto  
Que á su gruta ha de dar de llama un baño,  
Y si arde el monte, el riesgo en que está puesto  
El y su casa, y de su mueble el daño;  
Y á todo trance el ánimo dispuesto  
Tentar quiere si puede un nuevo engaño :  
Cierta postigo en el castillo habia  
Por donde nadie entraba ni salia.

Por este, en nuevo traje disfrazado,  
Con mustio aliento el catalán caudillo  
La vuelta dió, al amparo de un collado  
Que las espaldas guarda del castillo :  
Y en débil paso, y rostro desmayado  
De miedo, ó de perfumes amarillo,  
Dándole otro ladrón para el engaño  
Un hábito prestado de ermitaño.

De una gruesa maroma un cordón hecho,  
Ceñido un saco de grosera sarga,  
Unos graves anteojos sin provecho,  
Y un basto pino en que se agovia y carga :  
Prolija barba, que al hundido pecho  
Por mas fingida autoridad se alarga,  
Ancho sombrero y cuentas sonadoras,  
Y al fingido rezar pausas sonoras.

Así el sagaz Ulises de la cueva  
Del ciclope salió disimulado,  
Y en piel de oveja con figura nueva  
Pasó el astuto griego disfrazado,  
Dejando que le tienta, y haga prueba  
Si es él, ó sino es él quien le ha cegado,  
Metiéndose atrevido entre los brazos,  
Que le hicieran, á ver quién es, pedazos.

Era el falso Garilo en sus acciones  
De astuta inclinación y ánimo extraño,  
Vivo en palabras, diestro en ilusiones,  
Y el fingido embeleco el mismo engaño;  
Y tal que por cumplir sus intenciones,  
Ni el suyo teme ni el ajeno daño,  
Sin mas necesidad, ni otra codicia,  
Que la insaciable sed de su malicia.

Bien que ahora le inclina á lo que hace  
El ser de Francia el capitán valiente,  
Que en el modo que puede satisface  
De su nación la enemistad presente;  
Y aun este mismo al conde le deshace  
De su justa venganza el fuego ardiente,  
Que hay quien diga que en Francia tiene estrella  
España, y que él también morirá en ella.

Salió el astuto hipócrita al camino,  
Y al desabrido conde en rostro humano,  
Fingiéndose un abstimente peregrino,  
Que besase le dió esclavina y mano :  
Besó el noble francés, hombre divino,  
En pecho humilde, y corazón cristiano;

Y él «¿á qué fin, en plaza tan pequeña,  
Se arrastra, dijo, y junta tanta leña?»  
«A fin de hacer hoguera, dijo el conde,  
El almenaje infiel deste castillo,  
Con cuantos en su estrecho albergue esconde,  
Que un mundo entero no podrá impedirlo.»  
Tan bravo está el francés, tal le responde,  
Que de verle temió, tembló en oílo,  
Mas reportado á sus embustes sale,  
Que no hay Ulises que en fingirle iguale.

Procuró con razones diferentes  
De humildes persuasiones mitigalle  
Los pasados enojos y presentes,  
Que podrán si se encienden abrasale :  
¡Oh lo que pueden rostros aparentes,  
Un alma oculta en un fingido talle!  
¡Y cuánto importa en la mayor caricia,  
Que haya al tocarla puntas de malicia!  
«Dejad, dijo, señor, vanos anteojos  
De abrasar sin por qué un pueblo cristiano,  
Que es peligroso caso en los enojos  
Vengarse el ofendido de su mano :  
Es corto el ver de los humanos ojos,  
Y la reportación camino sano,  
Y en ningún caso ó trance conveniente  
Que pague ajena culpa el inocente.

Uno os tiene ofendido en esta casa,  
Y otros sin culpa están de su delito,  
Si es la razón quien los castigos tasa,  
No es justo que este ahora sea infinito :  
Bien sé, señor, lo que en nuestra alma pasa  
Que del pecho es el rostro el sobrescrito;  
Mas también sé que sois honrado y sabio,  
Y á nadie como á tal haceis agravio.

De hombres sin culpa un áspera cadena  
De aquesta torre está en un desvan ciego,  
Mirad cuanto inocente, por la pena  
Que uno merece, se tragará el fuego :  
Otras trazas buscad, que esta no es buena,  
Y lo que en esto os digo es mas que ruego ;  
Y á dios, que el cielo á dardos este aviso  
Traerme aquí desde mi celos quiso.»

Era el francés católico, y tenia  
En pia veneración los religiosos,  
Y el bravo y noble corazón le hacia  
No dudar en los casos mas dudosos :  
Horrigila hizo en él por esta vía  
En Babilonia lances peligrosos,  
Que es malo de entender un trato doble,  
Y fácil de engañar al pecho noble.

Fuese Garilo, el paladín dudoso  
Quedó en varios discursos repartido,  
Cuando en un palafren de paso airoso  
Una dueña también parió el ejido :  
El día huyendo en vuelo perezoso,  
El sol del horizonte dividido,  
Y apuntando por una y otra mata  
La llena luna de encendida plata.

Era la astuta dueña prevenida  
Del torpe gusto de Garilo esclava,  
Que del castillo la sacó instruida  
Al encubierto engaño que trazaba :  
Llegó al francés, y en pena y voz fingida  
Haciendo falsas muestras que lloraba,  
«¿Sabeis, dijo, señor, si á un peregrino  
Está senda prestó feliz camino?»

Tiene á su devoción la llave y gente  
Deste castillo, cárcel de mi gusto,  
Y en una de las suyas al presente  
Preso mi esposo está en tormento injusto,  
Y en la mano del santo penitente  
Mi bien, mi mal, mi gusto y mi disgusto :  
¡Decidme, pues, señor, si acaso tengo  
Modo de hallar al que buscandome vengo?  
«De aquí se apartó ahora, dijo el conde,



Mas pensarlo hallar será escusado,  
Que entre el silencio no sabreis adonde  
En sus vigiliás estará ocupado:  
Mas mirad si sabeis cómo, ó por dónde  
Yo pueda entrar á este lugar cerrado,  
Que segun él me reveló de paso  
Hará á nuestra importancia mucho al caso.»

«Entrar yo, dijo ella, es fácil cosa,  
Que nunca se negó á mujer la entrada,  
Mas la vuestra será dificultosa,  
De mucho riesgo, y poco fruto en nada,  
Que la gente de dentro es peligrosa,  
A engaños y traiciones enseñada,  
Y así será mas fácil á mi llanto  
En busca proseguir del monge santo.

Yo á las espaldas del castillo amigo,  
Si por desgracia ya no está cerrado,  
Fácil entrada sé por un postigo  
De una puerta sin llave ni candado,  
Seguro y franco paso á un enemigo  
De sabia prevencion y gente armado;  
Mas vos solo, y sin armas (¡ caso fuerte !)  
Será ofrecernos ambos á la muerte.»

«Perded ese temor, respondió el conde,  
Y dejadme el secreto paso abierto,  
Que yo no os pido el cómo, mas por dónde  
Hoy de dormir escuse en el desierto:  
Y si á este riesgo alguno corresponde,  
Y es siempre el fin de la fortuna incierto,  
Sea el hacerme este favor de modo  
Que corra mi persona el riesgo todo.»

«Señor, dijo la dueña, por mi gusto  
Yo no os pusiera en semejante aprieto,  
Mas pues ahora seguir el vuestro es justo,  
Yo el cuidado os ofrezco, y el secreto,  
Y aun prevenir vuestro ánimo robusto  
De armas si hubiere en vuestra entrada efeto:  
Ahora idos llegando con recato  
Al postigo, y allí aguardarme un rato.

La obscura sombra de aquella alta torre  
Paso os dará seguro que no os vea  
La cuidadosa vela, y se nos borre  
El concierto, y en daño de ambos sea:»  
Dijo, y él con atentos pasos corre  
Al fin de la venganza que desea,  
Y en tanto que va á dar con el postigo  
Ella se entró con su engañoso amigo.

Púsose al pié del carcomido muro,  
La órden siguiendo de la falsa dueña,  
Por juzgarse á la sombra mas seguro,  
Y mas á mano de cualquiera seña:  
Cuando de las ventanas por lo obscuro  
Sobre él bajó una nube no pequeña  
De tierra, piedra, palos, agua, horrura,  
Sin que haya á su rigor parte segura.

Él huye aquí y allí por no ser visto,  
Ni creer que pueda ser caso pensado,  
Y por mas que anda á todas partes listo,  
Siempre un tiro le alcanza desmandado:  
Jamás en otro igual rigor se ha visto,  
Ni en tan penosas burlas agraviado,  
Ya se arde en ira, ya de la venganza  
Reportado le vuelve la esperanza.

Ya mil veces se vió determinado  
De hacer todo el castillo una hoguera,  
Y otras tantas humilde y reportado  
La cólera volvió á enfrenar ligera:  
Mas de Bootes ya que el carro helado  
Lo alto ocupó de la esmaltada esfera,  
La luna en medio el cielo, y las estrellas  
Lloviendo sueño altísimas y bellas,

Al postigo llegó la falsa dueña,  
De un fingido temor toda ocupada,  
Y al conde que acudió á la corda seña,  
«Señor, la puerta, dijo, está cerrada:

Desgracia ha sido de ambos no pequeña,  
La gente está sin duda recatada,  
Las velas han doblado en el castillo,  
Y asegurado el paso á este portillo:

Pero si todavía estais dispuesto  
Al grave riesgo de la oculta entrada,  
Cierto artificio de madera enhiesto,  
Para al muro subir piedra labrada,  
Desta alta torre está al remate puesto,  
Yo echaré la maroma, y reforzada  
Al torno daré vueltas por serviros,  
Y así aventuraré á poder serviros.»

Libre el francés caudillo de sospecha  
La falsa astucia llama aguda traza,  
Y luego la engañosa dama le echa  
La cuerda, y él al cuerpo se la enlaza;  
Y tan á gusto ya la burla hecha,  
Gran fiesta, grita y alarido se alza,  
Comenzando á servirle por el viento  
En nueva risa y placentero acento.

Por pardas rejas de altos miradores  
Clara copia salió de luminarias,  
En manos de atrevidos salteadores,  
De leyes, vidas y costumbres varias:  
Con lanzas, dardos, flechas, pasadores,  
Por partes diferentes y contrarias  
Le pican, hieren, punzan, y sin tiento  
Salva le hacen, y suben por el viento.

El sin culpa francés que así ofendido  
De un ladron se halla por tan varios modos,  
Y que en el aire ahora suspendido  
De risa sirve y ocasion de apodos,  
De enojo está y de rabia tan sentido,  
Y los contrarios victoriosos todos,  
La real persona, ya su riesgo puesta,  
Con obras y palabras le hacen fiesta.

Llovida á un tiempo dan sobre él con una  
Densa nube de lanzas enastadas,  
Y aunque las menos le hallan su fortuna  
Con duras carnes le valió encantadas:  
Por muerto al blanco rayo de la luna  
Unos le juzgan, y otros por domadas  
Sus fuerzas, cuando por la cuerda arriba  
Temieron todos que con alas iba.

Quedara el alto intento conseguido  
A no ir los que le suben aflojando,  
Mas Garilo sintiéndose perdido  
La tirante maroma fue alargando,  
Y con este remedio detenido,  
El aprieta subiendo, ellos bajando,  
Fijo en medio del aire parecia  
Que fingia subir, y no subia.

Así en el rio Cocito un avariento  
Las manos dicen que anda levantadas  
Por asirse de un árbol en el viento  
Braceando en vanos golpes y palmadas:  
Quiere dar pasto á su apetito hambriento  
Con huecas frutas de hollin tiznadas,  
Y nunca el vano intento se concluye,  
Que si él la fruta sigue, ella le huye.

Así ligero sube el grave Orlando,  
Y siendo ya imposible el detenello,  
De golpe aflojan el subir, pensando  
Despeñado una horrible pasta hacello:  
Y así de la honda cava al limo blando  
Bajo con la maroma por el cuello,  
Que estuvo de agua inmunda y lodo lleno,  
Que lo que el mundo no hizo hiciera cieno:

Mas fue sin riesgo la feliz caída,  
Si bien quedó entre el lodo sepultado;  
Díóle el hallarse sin su arnés la vida,  
Que en turbia lama se ahogara armado:  
Y la varia fortuna condolida  
De verle puesto en tan humilde estado  
Volvió pronta á sus ruegos los oídos,

Que es gran levantadora de caídos.

De allí el castillo á la profunda cava  
De ancha canal desaguadero hacia,  
Que el patio y las cocinas desaguaba,  
Y de aseo y reparo las servía,  
Por donde puerta halló el señor de brava  
Cuando menos recelos dél había,  
Y todos sin temor de lo pasado  
Ya por muerte le tienen, ya enterrado.

El rosicler de Venus, que en el cielo  
Estremo es de ambas luces, daba vida  
A las pintadas flores con el yelo  
Que en cuajados aljófares llovía,  
Restituyendo al soñoliento suelo  
El robado color que antes tenía,  
Cuando el francés fue á dar por la pecina,  
Al sótano y desvan de una cocina,

Lloviendo agua grasienta y negro cieno,  
De turbias heces y de hollín tiznado,  
Cual se viera de algun horrible seno  
Del infierno salir desfigurado:  
Mas luego que la luz y aire sereno  
El lugar le mostraron deseado,  
En su alegre venganza divertido  
Los pasados trabajos dió al olvido.

Y en diestro paso y reforzado aliento,  
Y al hombro en vez de espada media entena,  
De sala en sala, y en cuadra en cuadra, á tienta  
A una llegó de saltadores llena,  
Que allí dormidos los dejó el contento  
Del vino, el juego, y la pasada cena,  
Al golpe puestos que traía ligero  
De sus perversos días el postrero.

La mitad despertó en día aciago,  
Y los demás tragó el eterno sueño:  
Los que despiertos miran el estrago  
Del grueso pino, y su tiznado dueño,  
Que sea el barquero del Estigio lago  
Piensan, que á golpes mata con su leño,  
O el Orco obscuro, cobrador terrible  
Del triste censo de la muerte horrible.

Asordan roncos gritos el castillo,  
Huye el de mas valor acobardado,  
Deja medroso el catalán caudillo  
Frio de su dueña ya el caliente lado:  
Y el presto conde, de un voraz cuchillo  
El diestro vengativo brazo armado,  
Tras las memorias de su agravio corre  
Cruel de sala en sala y torre en torre.

Bien como el yerto jabali celoso,  
Vengador de las sañas de Diana,  
Con los blancos colmillos, y el cordero  
Lomo, y los ojos de color de grana,  
Siguiendo corre el escuadrón medroso  
De la florida juventud greciana,  
Enturbiando los médanos de arena  
Al claro Achéloo en su ribera amena.

A tres doblados seis quitó la vida,  
Y otros tantos colgó por las almenas,  
Garilo huyó, huyó la fementida  
Dueña con otras seis de engaños llenas;  
Que ningún caballero fue homicida  
De mujeres jamás, malas ni buenas,  
Que es frágil gente, y todos sus errores,  
O son por ignorancia, ó por amores.

En esta á toda rienda por el llano  
Vió el conde á su enemigo en Brilladoro:  
«Todo el trabajo me ha salido en vano,  
Dijo, si libre se me va este moro,  
Pues mi venganza pierdo, y mi lozano  
Caballo de espumante freno de oro:  
Quédesse todo así, quiero seguillo,  
Que en mas tengo el caballo que el castillo.»

En una sala de su arnés preciado  
Las ricas piezas vió de oro gravadas,

Y aprisa dellas como pudo armado  
Contando va á Garilo las pisadas:  
El como rayo huye acelerado,  
Metiendo hierro al bayo en las ijadas,  
Que es gran gineté el miedo, y su congoja  
Un Roldán le figura en cada hoja.

Así dos partes de las tres del día  
Fue el uno huyendo, el otro dando caza,  
Cuando este en una selva se escondía,  
Aquel entraba en la escombrada plaza:  
Al armado Orion se parecía,  
Que al centauro persigue y amenaza,  
Y tras él corre con dorada lanza,  
El cielo vuela, y él jamás le alcanza.

Ya el día descolgaban al Poniente  
Las dos balanzas del zenit del cielo,  
Cuando de oro un alcázar puesto enfrente  
Al medroso Garilo dió consuelo,  
Cien torres de cristal resplandeciente  
Clara luz dan en torno al rico suelo  
De un monte, cuyas cumbres de esmeralda  
En rubias llamas de oro hacen que arda.

De lustroso carmin rojas almenas  
Con hermosos perfiles de oro ufanas,  
De claros visos cristalinos llenas  
Las anchas claraboyas y ventanas,  
Que bullidas del sol tocar apenas  
La vista dejan sus vislumbres vanas,  
Haciendo junto un sin igual tesoro  
El oro del castillo, y montes de oro.

Fingida tez de hueco encantamiento  
El catalán juzgó el oro que vía,  
Y pincel de dormido pensamiento  
El sabio conde que tras él venía:  
Y corriendo ambos mas que el suelto viento,  
Cuanto mas se acercaban, mas huía  
El vano lustre de la rubia masa,  
Y se humillaba la soberbia casa.

Así de oro celajes encrespados,  
Si el rubio sol se cuega al Occidente,  
En roja sangre suelen dar manchados  
Los vivos de su luz resplandeciente;  
Y al irse el día menos enriscados  
Vuelto en ceniza el rosicler ardiente,  
Se hacen de sus puntas mas gallardas  
Obscuras teces de unas nubes pardas.

Tal el fingido alcázar, que de fuera  
Un dorado teatro componía,  
Con tanta torre, y tanta vidriera,  
Tanto chapitel de oro y pedrería,  
Llegando al pié una choza frágil era  
De seca paja, que oro parecía;  
Las torres y homenaje eran de sueño,  
Que es gran pintor de un ademán su dueño.

El sagaz catalán que allí ha salido  
De su imaginación vana burlado,  
Y antes á guarecerse habia corrido  
Al rubio alcázar de aire fabricado,  
El caballo dejó, por quien seguido  
Con tal tesón se vió, y con tal cuidado,  
Y en la chozuela, si hay lugar á donde,  
Se entró á esconder del ofendido conde.

Lo que antes montes de oro parecía,  
Humildes valles eran de aire llenos,  
Que un vistoso celaje les fingía  
Los ricos chapiteles por sus senos;  
Y de torres de viento componía  
Las que campeaban mas, y las que menos,  
El dueño de la casa en traje extraño  
Un alquimista que es el mismo engaño.

Vestido de contrarios tornasoles,  
Entre aguas y alambiques diferentes,  
Humos, cenizas, sal, baños, crisoles  
Magistrales de ley, pastas ardientes,  
Gretas, hornos, cendradas, alcoholes,

Tintas, barnices, lustres aparentes,  
Un camaleon por armas, que en el viento  
Es uno solo, y se transforma en ciento.

Es su oficio infundir quintas esencias,  
Dar nueva forma y hábito á las cosas,  
Gastar hacienda y tiempo en esperiencias,  
Sin provecho las mas, todas costosas;  
Fingir quimeras, inventar sapiencias,  
Cifrar secretos, disfrazarles giosas,  
Y al no afijar Mercurio con la luna  
Dar sin razon querellas de fortuna.

Este es Arnaldo, que en la Flandria conde  
Nació, y ya sin estado y patrimonio,  
Por hacerse otros Midas vino á donde  
Dió en su pobreza al mundo testimonio,  
Que siempre á la codicia corresponde  
Miseria eterna, ó pactos del demonio,  
Y los deseos del oro, y del infierno,  
Mas cerca están que el frio, y el invierno.

Y así no atento ya á seguir el curso

A las humanas cosas necesario,  
Ni de la alquimia el natural concurso  
Por el camino y término ordinario,  
A la supersticion volvió el recurso,  
Pasó á ser nigromante de herbolario,  
Y con una sortija abría el profundo,  
La tierra hacia temblar, y arderse el mundo.

Cuando la bella Angélica á Me-loro  
Desde Francia llevó á la rica China,  
Gastó en el largo viaje gran tesoro,  
Que es reina amante, y con su amor camina;  
Y entre otras la sortija ilustre de oro,  
Que á un hombre esconde en sombra peregrina,  
A un pescador de Cádiz la dió un dia,  
Porque les dé su barco, y sea su guia.

Dióla en rica señal para obligalle  
Con ella, porque un ánimo excelente  
Solo su gusto estima, y por compralle



Diera Angélica el reino del Oriente:  
Mas fortuna tomando el gobernalle,  
Al salir contra el viento y la corriente  
Por la barra del puerto, en un bajío  
La quilla desfondó, y rompió el navío.

Salieron derramados por la playa  
Marineros á un tiempo y navegantes,  
El perdido patron huyó á Vizcaya,  
Y el anillo llevó de los amantes:

Deudas le desterraron, y en la raya  
De Francia, entre gascones caminantes,  
Las gentes de una escuadra forajida  
La joya le quitaron, y la vida.

De allí de mano en mano el rico anillo  
A dar á las de Arnaldo fue encubrierto,  
Cuya humilde chozuela era el castillo,  
Y puerto á los ladrones de aquel puerto:  
Conoció su valor, supo encubriello,

Compróle á menos precio, y hecho cierto  
Ya en su virtud famosas esperiencias  
Para su arte vió, y halló á sus ciencias.

No solo en invisible sombra esconde  
A quien le trae en la boca, mas quien mira  
Un rayo de su piedra para donde  
El sol los suyos al tocarle gira:  
Como quiere se muda, y corresponde  
A la verdad tan fácil la mentira,  
Que sin trocarse el hombre, en un momento  
Es sierpe, es yerba, es flor, es agua, es viento.

La forma que le da la fantasía,  
Esa es muestra, y esa es figura;  
Proteo con este hechizo se vestía  
Las varias formas de su cueva oscura:  
Contar lo que con él su dueño hacía,  
De aquel yermo en la choza mal segura,  
De truecos y mudanzas, menos pena  
Sería contar al mar ondas y arena.

El medroso ladron llegó turbado,  
Que el conde ya á caballo le seguía,  
Y al confuso alquimista, rodeado  
De hornos, crisoles y ceniza fría,  
Habiéndole su miedo declarado,  
La alteracion y riesgo en que venía,  
Que le ampare le pide con cautela,  
Pues es de los cursantes de su escuela.

El mago de su anillo un rayo hermoso  
Le derramó en el rostro, con que luego  
De un remendado gato el bulto airoso  
Saltó lanzando por los ojos fuego;  
O sea natural, ó artificioso,  
Propio, ó impropio aquel rebozo ciego,  
No lo sé, solo sé que la vislumbre  
El cuerpo hace mudar, no la costumbre.

Y por su inclinacion el falaz godo  
Tomó entonces prestada esta figura,  
Que en tienda de alquimista por su modo  
Todo se muere, trueca y desfigura:  
La plata, el oro, la sapiencia, todo  
Al vaciar el crisol se vuelve horrura,  
Y las promesas de mayor cimientó  
Torres pintadas con pincel de viento.

Llegó el conde á la casa del engaño  
Y recibióle el mago comedido,  
El estando un hombre en traje tan extraño  
Y oficio tan humilde entretenido,  
Y no al sagaz ladron hecho ermitaño,  
Que en su presencia se ha desaparecido,  
«Sin duda, dijo, yo estoy encantado,  
O es todo sueño lo que me ha pasado.

¿Decidme vos, señor, con mas colores  
Que el arco de las nubes y mas pintas,  
¿Quién sois? ¿qué oficio el vuestro? ¿qué pintores  
Compran y gastan tan diversas tintas?  
¿Tantos aceites, aguas y licores,  
Tantas bugetas varias y distintas,  
De qué menester son? ¿á cual enfermo  
Juntas proveen salud en este yermo?

¿Uno que en esta choza entró huyendo,  
Qué se hizo? ¿dónde fue, ó está escondido?»  
«Señor, respondió el mago, estoy temiendo  
De os ver tan desdeñoso y mal sufrido,  
Como que solo vos habeis pudiendo,  
Y sea lo demás tiempo perdido:  
Pero aliviad un poco el cuerpo lacio,  
Si gustais de saber quien soy de espacio.

Conde Arnaldo de Espurg, si en los Estados  
Bajos de mi teneis noticia alguna,  
Debajo algunos signos marañados  
Rico nací con infeliz fortuna:  
A Mercurio combusto en los airados  
Rayos del sol, y la inconstante luna  
En el noveno ángulo nocturno,  
Triste y lóbrega casa de Saturno.

Gasté en buscar en el fligir divino.  
Y hacer quintas esencias fabulosas  
Para alijar el cielo, y de oro fino  
Como Midas volver todas las cosas,  
Cuanto oro tuve, y á mis manos vino.  
¡Oh necias esperanzas codiciosas,  
Que haciendo yo cenizas mi tesoro,  
De los carbonos piense sacar oro!

Tres lustros viva salamandra hecho  
Dí fuego sin cesar á un horno ardiente,  
Para hacer el napelo sin provecho,  
Ya en mi vana ambicion resplandeciente:  
Cuando el engaño y el crisol deshecho,  
En humo vuelto el círculo aparente,  
De mis trazas corrido y apurado,  
Por huir de mí, dejé casa y estado.

Y en busca de Tabir un nuevo engaño  
Segunda vez salí á surcar la tierra,  
Y de antojo en antojo, y daño en daño,  
A los collados vine desta sierra,  
Donde por modo y artificio extraño  
Algun tesoro incógnito se encierra,  
Si ya de la filosofal piedra el tesoro  
No es quien convierte aquí hasta el aire en oro.

Quedé viendo los riscos admirado  
En oro ardiendo y en beldad divina,  
Crei en ellos hallar de mí cuidado  
Cumplida la insaciable golosina:  
Pero dejóme el aire al fin burlado,  
Que el codicioso siempre se imagina  
Lleno de montes de oro el pensamiento,  
Que al echarles la mano son de viento.

Salieron á mis ojos destas lomas  
Las fingidas riquezas al encuentro,  
Y en esta choza de untos y redomas  
Un nuevo personaje hallé dentro:  
Yo viéndome entre fuegos, y entre gomas,  
De mi necia pasión me ví en el centro,  
Y al dueño en el oficio y traje extraño  
En verle conocí que era el engaño.

Así de mezclas y colores hecho,  
Que en la vista sutil se deshacia,  
Vario, mudable, sin lealtad, contrechó,  
De alma falaz, y astuta hipocresía;  
Y el mismo al fin que puesto en el estrecho  
Que estoy y estaba entonces me tenia,  
Y yo por engañar al mismo engaño,  
No conocer fingí su bulto extraño.

A la infeliz sazón que yo llegaba  
En afeitar palabras entendia,  
Y hechas de vidrio así las barnizaba,  
Que parecer diamantes las hacia:  
Sola la piedra toque las quebraba,  
Y como esa en su tienda no la habia,  
A los que entraban á comprar entonces,  
Aunque eran vidrios, parecian bronce.

Antiguamente de diamantes era  
El trató que en el mundo se vendia,  
Por de dentro seguro, y por de fuera,  
Que cuanto estaba en él se traslucia:  
Colgar de un sí de entonces bien pudiera  
Uno la suerte de mayor valia,  
Mas hoy ya morirá de mil maneras,  
Quién fiare de palabras lisonjeras.

Eran diamante, y son de vidrio ahora,  
Que á cualquiera desden se quiebra y salta,  
Y el engaño las pule y las colora,  
Y nunca un vulgo que las compre falta:  
Tiene la adulacion lengua sonora,  
Cuyo sagaz pincel tan vivo esmalta  
Un corazon, que al mas astuto pecho  
Parece natural, y es contrahecho.

Mas qué mucho que un ánimo aparente  
Del que no es noble dé falsa acogida,  
Si en lo mejor del mundo la elocuente

Adulacion con gusto es admitida:  
 No hay sol sin sombra; al gusto mas prudente  
 La lisonja es suavissima bebida,  
 Y el corazon mas claro, y mas sabido,  
 En cavernas sin luz vive escondido.  
 Tambien entonces iba fabricando  
 Del elegir divino alegres llamas,  
 Cuyas vislumbres dan de cuando en cuando  
 Vueltos oro estos montes y sus ramas:  
 Preguntéle ¿quién era? y él usando  
 De los ciegos enredos de sus tramas  
 Así me respondió, y así yo atento  
 De su boca bebí este dulce cuento.  
 Antes que en las esferas presurosas  
 Del cielo hubiese curso y movimiento,  
 Ni al sol, luna, ni estrellas poderosas  
 Campo espacioso diese el firmamento,  
 Cuando esta eterna sucesion de cosas  
 Se estaba en el divino entendimiento,  
 Lo que es ahora mundo y clara esfera,  
 Un caos ciego y confuso entonces era.  
 Estaba el fuego, el aire, el agua y tierra,  
 Sin forma de agua, tierra, de aire y fuego,  
 El aire duro, líquida la tierra,  
 Enjuta el agua, sin su fuego el fuego:  
 Pesado el aire, sin pesar la tierra,  
 Quemando el agua, y enfriando el fuego,  
 Aunque sin aire, fuego, tierra, ni agua,  
 Ni enfriaba el fuego, ni quemaba el agua.  
 Yo aquí entre las demás imperfecciones  
 Del ciego caos aun sin vivir vivia,  
 Hasta que el Dios de todas las naciones  
 La preñez sacó á luz que en él habia;  
 Y dando á las criaturas ricos dones  
 Del firme y nuevo ser que las vestia,  
 A mí del bien comun desheredado  
 Por mas provecho me dejó olvidado.  
 Y el rico tiempo de la edad dorada  
 Ciego, y por los desvanes escondido,  
 Del liviano temor acrecentada  
 La persona fingi que aun no he tenido:  
 A lo obscuro enganaba con no nada,  
 O en eco por los montes convertido  
 Las mordidas palabras repetia,  
 Fingiendo en esto el ser que no tenia.  
 Hasta que ya el dios Júpiter, cansado  
 De reinar con su padre, quiso un dia  
 Para sí todo el reino, que el dorado  
 Cetro gózase mal en compañia:  
 Yo entonces al rey viejo acobardado  
 Tristes miedos fingi en la fantasia  
 Con que huir le hice, y dejar solo  
 El reino al gran rector del alto polo.  
 Y el nuevo rey en pago á mi servicio  
 Esta librea me dió diferenciada,  
 Y que solo de noche use mi oficio  
 Con arancel y marca señalada:  
 Mas que no venda por virtud el vicio,  
 Ni mi tienda abra entre la gente honrada,  
 Con que al favor templó la mano ingrata  
 Lo que al mundo duró la edad de plata.  
 Mas ya llegando la del bajo cobre,  
 Medallas del por de oro las vendia,  
 Con que rico perdí el nombre de pobre,  
 Y en ceros fui creciendo cada dia,  
 Que como no hay quien la gabela cobre  
 De la nueva inventada granjeria,  
 Es facil el mentir, y de importancia  
 Al mercader hambriento de ganancia.  
 Salieron á este tiempo de mi escuela  
 Ciertos doctores de ambicion cargados,  
 Que el interés y la honra los desvela,  
 Y los traen consumidos sus cuidados:  
 Fingen pena y dolor sin que les duela,  
 Lágrimas sin llorar bienes pasados,

Su nombre es de filósofos, y el pecho  
 De hipocresias cautelosas hecho.  
 Gózase al mundo esta doblada gente  
 Aquel dichoso sig'o en que tenia  
 Tal precio la virtud, que aunque aparente,  
 El aire aficionaba que traia:  
 Mas ya el vicio atrevido osadamente,  
 Despreciando el barniz de hipocresia,  
 En el mundo ha tomado tal licencia,  
 Que entra con la virtud en competencia.  
 Llegó la última edad de hierro frio,  
 Y yo al colmo tambien de mi reinado:  
 Júpiter viendo el ciego desvario  
 Con que el mundo en mi trato está enredado,  
 Atajar quiso y comedir mi brio,  
 Y revocarme el privilegio dado,  
 A la muerte mandó que me buscase,  
 Y la vida ó las fuerzas me quitase.  
 Pudiera mal librarme de sus manos  
 Si acertara una vez á dar en ellas,  
 Que al fin todos son términos humanos  
 Cuantos corren debajo las estrellas:  
 No quise mirar mas respetos vanos,  
 Ni dar sin fruto á Júpiter querellas,  
 Que en graves casos de materia honrosa  
 Siempre es la floja dilacion dañosa.  
 Del amor tuve fama que era ciego,  
 Y que á tiento volaba por el mundo,  
 Aquí está mi remedio dije luego,  
 Yo seré en adestrarle amor segundo;  
 Y si es cual dicen superior su fuego  
 A la muerte, no mal mi intento fundo,  
 Que á su sombra ampararme he de manera,  
 Que el golpe que me espanta no me hiera.  
 No poco tiempo, á mucho riesgo mio,  
 En mi demanda anduve desvelado,  
 Cuando un niño encontré de altivo brio,  
 Nacido en mis rincones y criado,  
 Que con nombre de amor el señorío  
 Del mundo sin razon tenia usurpado,  
 De alegres ojos mas que un liñace, agudos,  
 Y que por flechas de oro arroja escudos.  
 Pretendíome enganar con mis liciones,  
 Y es torpe el interés sin favor mio,  
 Y así pasé el raudal de sus razones,  
 Como un sediento el de un enjuto rio;  
 Y tras mi intento el mundo y sus regiones  
 Con nuevo aliento á desvolver porfio,  
 Villas, ciudades, cortes y cortijos,  
 Calles, plazas, rincones y escondrijos:  
 Hice al rico interés ancho camino,  
 Lo que antes era senda mal trillada,  
 Por donde ya con ciego desatino  
 La gran corriente va del mundo errada,  
 Llamando ocio infeliz de hombre sin timo  
 Hacer por otra senda la jornada,  
 Que el camino real, cursado en todo,  
 Es interés de un modo ó de otro modo.  
 Cansado del rodeo que llevaba,  
 Sin duda dije en mí que voy perdido,  
 Pues la bonanza busco en la mar brava,  
 Y en el mundo el amor que nunca ha habido:  
 Cuando un ciego muchacho que volaba,  
 En tirar con un arco entretenido,  
 Vi en la pajiza choza de un serrano,  
 Las flores esperando del verano.  
 Voló la fama, pregonando luego  
 Ser el soberbio dios de los amores,  
 De Venus y las gracias blando fuego,  
 Tahir de apetitosos disfavores,  
 Que á tiento de su arco el golpe ciego  
 La tierra asombra y siembra los dolores,  
 Y que es tambien fingido este segundo,  
 Que el verdadero amor no es deste mundo.  
 Y aunque desnudo, ciego, y niño alado,

Sacrificarme quise á su servicio,  
Que es al fin de importancia bien mirado  
En casa de algun dios tener oficio:  
Recibióme por ayo y por criado,  
Y fuele de importancia mi ejercicio,  
Que para perfeccion del que usaba,  
Solo aprender el mio le faltaba.

No hallé cosa en las suyas desabrida,  
Sino es llamar la muerte sus amantes,  
Que el nombre, y el temor de su venida,  
Mudar cada hora me hacia semblantes:  
Mas como no hay posada así escondida,  
Ni almenas tan tejidas de diamantes,  
Que contra el brazo basten de la muerte,  
Yerro es pensar huir la humana suerte.

Llegó una tarde de matar cansada  
Donde en las alas yo de amor vivia,  
Y á citar para la última jornada  
De parte del gran Júpiter me envia:  
Dile una rica cena, y sobornada  
De un lleno frasco mientras vino el día,  
Troqué á las venas de su aljaba estrechas  
Por las rubias de amor sus negras flechas.

Y ya con la sutil traza seguro,  
Y el mundo en no advertido riesgo puesto,  
Con un tiro el amor al reino oscuro  
El mancebo enviaba mas dispuesto:  
Y de la seca muerte el arco duro  
Del viejo helado el carcomido gesto,  
Alegre en sangre ardiente remozaba,  
Y trataba de amar, y enamoraba.

Viera su general ruina el mundo  
Si por volverlo á su primer concierto  
Júpiter no me da en pacto segundo  
Treguas al golpe de la muerte incierto:  
Quedó mi estéril pecho ya fecundo  
No inmortal, mas seguro de ser muerto  
Mientras durare el mundo, y los mortales  
Dieren al interés cercos iguales.

Y ya con gusto y ánimo volitario,  
Tras una larga anatomía de cosas,  
Tal vez me vi pintor, tal herbolario,  
Y tal fingido intérprete de hermosas:  
Dando en bruniada tez de un barniz vario  
Del ya pasado abril hortadas rosas,  
Y de mi rico cofre á la mas casta  
Lo que para engañar los ojos basta.

Ahora en soñada alquimia me entretengo,  
Que de mis lazos es el mas tejido,  
Y de afeitar lisonjas me mantengo,  
En dulce hablar, y en además fingido:  
Desde aquí voy á la ciudad y vengo,  
Y un gran mundo me asombra, que perdido  
A peso de oro compra estas habillitas,  
No por mas bien que el oropel de oíllas.

Así el Engaño me contó su historia  
Si algo de historia tiene el cuento extraño,  
Que del sabio discurso en la memoria,  
Ni todo ello es verdad, ni todo engaño:  
Esta es al fin, señor, casa notoria  
De la fraude del mundo, este es su escaño,  
Y yo aquí por costumbre y ejercicio,  
Por heredarle me quedé en su oficio.

Es ido á la francesa corte ahora  
Rico á vender su lisonjera fruta,  
Que un Conde Galalon que en ella mora  
Con todo al imperial dosel tributa:  
Y en lenguaje atrevido, y voz sonora  
Es quien todo lo aprueba, ó lo refuta,  
Y gobernado un rey de un lisonjero,  
El reino aun tumbó está del día postrero.

Y esto en suma, señor, que habeis oido  
Es el breve discurso de mi vida,  
Esta la casa donde habeis venido  
Del mundo mas cursada y mas sabida:

El ladrón que de vos venia huido,  
Su abreviada persona reducida  
En este remendado gato puso,  
Nudo infeliz á su ánimo confuso.

Admiró al Conde el vano coronista,  
Sospechoso que en todo le engañaba,  
Bien que al volver hácia el ladrón la vista,  
Los blancos dientes vió que arremangaba,  
Y sin curar mas dél, ni su alquimista,  
Tras el caballo fué que le guiaba,  
Y Garilo, ido el Conde su enemigo,  
Arañar quiso al sospechoso amigo.

Mas fuese á él, y con la vista atenta  
La piedra mira, y vuelve á su figura!  
Y humilde ruega al sabio le dé cuenta  
De qué artifice fue tal escultura,  
Y por mayor regalo le consienta  
Mirar si deja verse su hechura,  
Porque en todo contar pueda, y en parte,  
Della el primor, y de su autor el arte.

Dentro en la fragua en que se forja el día  
Está, respondió Arnaldo, la sagrada  
Masa de lumbre con que el cielo cria  
Cuanta se ve en sus bóvedas sembrada:  
Comun á todos dioses ser solia,  
Mas ya á cargo del hado encomendada  
Por su ajustado peso se reparte,  
Y da á su dueño la dichosa parte.

Traen desta santa luz los celestiales  
En la divina frente cierta estrella,  
Que impasibles los vuelve de inmortales,  
Y toda su deidad les nace della:  
Y cuando á ver los términos mortales  
De lo alto bajan de su corte bella,  
Así en vapor sutil vuela sobre ellos,  
Que la vista mortal no alcanza á vellos.

Con ella se convierte y se transforma  
En la figura cada cual que quiere,  
Y della los fingidos miembros forma  
En que su infatigable aliento ingiere,  
Y el cielo en su virtud tambien reforma  
Cuanto en el ancho mundo nace y muere,  
Y desta lumbre al fin á cuanto llega  
Cierta deidad y olor de Dios se pega.

El antiguo Prométeo esta lumbre  
Del escalado cielo hurtó un día,  
Y este anillo labró de una vislumbre  
Que del humano ser sobrado habia:  
Y cuando allá del Cáucaso en la cumbre,  
Conforme al sacrificio merecia,  
Fue por el dios Mercurio aprisionado,  
Y al insaciable buitre encomendado.

Hércules le libró de aquel tormento,  
Y él en pago le dió el precioso anillo.  
El primero en el mundo, y de mas cuento,  
Que pulió lima, ni forjó martillo:  
Y entre otras ricas joyas el hambriento  
Ladron Caco le hurtó de su castillo,  
Deste le hubo su padre el dios del fuego,  
Que á su querida Venus le dió luego.

Venus después al fin le dió á Cupido  
Dél le hurtó el Engaño, y yo con arte  
Dél le hube, en cuyo círculo esculpido  
De lo criado está la mejor parte:  
De una oculta virtud enriquecido,  
Que dejo de decir por no cansarte,  
Y él por mi te dirá, si coronista  
Haces de su primor tu atenta vista.

Dijo, y mostrando el dedo en que tenia  
La sortija, á Garilo dió la mano,  
Que del cuento admirado, y lo que via  
Ilusion le parece, ó sueño vano:  
Mas advirtiendo el lance que ofrecia  
De la centella el círculo galano,  
Que es, en respecto de su gran tesoro,

La plata humilde astaño, y cobre el oro;  
 Dando una vnetta y otra sacar pudo  
 Del dedo el soberano engaste, y luego  
 Formando de un dragon el feroz nudo,  
 Humo lanzando por la boca y fuego,  
 En torno revolvió el cuerpo membrudo:  
 El mago huyó, y el que del Rey Gallego  
 Dueño se halló de la preseña mas prima,  
 Que de Vulcano abrió la sutil lima.  
 Quedó el vano alquimista vuelto en humo,  
 Como otras veces su saber burlado.  
 Rico el ladrón con el precioso grumo  
 De celestiales luces amasado:  
 La virtud sabia, el artificio sumo  
 Del cerco de oro, y del que le ha robado,  
 Yo lo diré otra vez, sino se embebe  
 En ocasion mas grave el tiempo breve.  
 Que ahora Malgesí, en el centro oscuro  
 De su barco rayando en un cuaderno,  
 A voces pide al carcomido muro  
 De la páldia muerte medio infierno;  
 Donde apenas se oyó el acento impuro,  
 Cuando á porfía pasa el lago Averno  
 Una oscura legion, que al aire blando  
 El navio levantó, y llevó volando.  
 Traia el mago á Reinaldo del Oriente,  
 A vengar el agravio recibido,  
 Y porque á Carlos sin su espada ardiente  
 Muerto le ve, y su ejército perdido,  
 Cuando del turbio Egeo el mar potente  
 De cien navios el stuvo dió ceñido,  
 A quien mil golpes añadió Morgante,  
 Que ahora en verse volar paró arrogante.  
 Seis triángulos de oscuros marineros  
 El timon rigen y las huecas velas,  
 Y solo al mago con sus tres guerreros  
 Del leño ciñen las gurbidiadas duelas:  
 Paró alegre el jayan sus golpes fieros,  
 Viendo quedar del mar las carabelas,  
 Y él subir esgrimiendo en raudo vuelo,  
 Vencido el mundo, con su espada al cielo.  
 Reinaldo y Orimandro que el gigante  
 En trato y gusto ven mas reportado,  
 Con amigable paz le van delante  
 Todos tres uno de otro aficionado;  
 O fue su complexion, ó fué el radiante  
 Aspecto de astro bien afortunado,  
 O Malgesí con su a purado infierno,  
 Que aun todavia rezaba en el cuaderno.  
 Salió el mago francés de lo escondido  
 Viendo en conforme amor los tres guerreros,  
 Y dellos con agrado recibido  
 A regir se sentó sus marineros:  
 El corzo, que por señas ha entendido  
 Ser aquel quien los lleva así altaneros  
 Por la region del aire, á él se llega,  
 Y que le diga donde va le ruega.  
 «Señor, le respondió el francés turbado,  
 Yo á ver enderezaba un nuevo mundo  
 Que á ballarse vendrá, y á ser ganado  
 Cuando sus golfos abra el mar profundo;  
 Tiénelo hasta su tiempo oculto el hado,  
 Mas mi primer intento haré segundo,  
 Como yo sepa el vuestro, y á vos solo  
 De mi nuevo viaje el firme polo.»  
 «Antes, dijo Morgante, á esas famosas  
 Regiones nos llevad, que yo os lo pido,  
 Que quien ver no desea estrañas cosas  
 Animo tiene corto y encogido;  
 Y si allá hay aventuras peligrosas  
 Mostrádmelas con ánimo atrevido,  
 Que este brazo, á pesar de las estrellas,  
 Seguro paso os abrirá por ellas.»  
 Dijo, y contentos del famoso vuelo  
 Con que su esquife corta el aire blando,

Los anchos mares, y el humilde suelo;  
 De lo alto miran irse adelgazando;  
 Y cuanto mas el curso sube al cielo,  
 El mundo tanto mas se va abreviando,  
 Que de su ser fantástico desnudas  
 Todas las suyas son cosas inenudas.  
 El mas hinchado monte humilde envia  
 Su preñez vana, los colosos feos,  
 Cuya altura las nubes escedia,  
 Mirados desde arriba son pigmeos:  
 Ejércitos de hormigas parecia  
 La mas noble ciudad, sus coliseos,  
 De balcones cubiertos y de rejas,  
 Breves castillos de un panal de abejas.  
 El sabio en medio de los tres guerreros,  
 «Mirad, dijo, en el mundo y sus regiones,  
 Cuán breves puntos y pequeños fueros:  
 Las grandezas alcanzan y ambiciones!  
 ¡Qué humildes sus alcázares roqueros!  
 ¡Qué menudos sus grandes escuadrones!  
 ¡Que abreviada parece de lo alto  
 La grave magestad del rey mas alto!  
 ¡Sobre qué estrecho y breve fundamento  
 Estriba y pára la ambición humana!  
 ¡Por cuán angosto y apretado asiento  
 El cetro corre y mitra mas ufana!  
 ¡En qué puño de tierra halla el viento  
 Tan grandes leguas de locura vana!  
 ¡Y por cuán pobres causas y ocasiones!  
 El deseo de mandar mueve cuestiones!»  
 Suelen los niños en la edad primera,  
 Con el corto caudal de su talento,  
 Dar razon á sus juegos de manera,  
 Que de veras les sirven al contento:  
 Quién caballos de caña, quién de cera,  
 Quién librea de papel, ruedas de viento,  
 Toros, guerras, hogueras y castillos,  
 Que como el tiempo son sus cuidadillos.  
 Sacan tal vez sus débiles muñecas,  
 Y allí sus fiestas fingen y sus bodas,  
 Y aunque de humildes paños cañas huecas,  
 En gusto vencen la que asombró á Rodas:  
 A unas ponen estrados, á otras ruercas,  
 Aquellas sirvan, y á esta sirven todas,  
 Esta sea hoy la reina, esta mañana,  
 Vistan á esta sayal, y á la otra grana.  
 Son ensayos del tiempo venidero,  
 Por donde el mundo corre en curso blando:  
 Ser caballo de caña ó verdadero,  
 Va á decir poco á quien le está mirando:  
 Ser castillo fingido, ó ser roquero,  
 Los soldados de veras, ó burlando,  
 Las libreas de papel, ó rasos llenos,  
 Todo es un poco mas, ó un poco menos.  
 Es el mundo una farsa de opiniones,  
 Que á todos encandila y entretiene,  
 Y aunque humilde reparte estimaciones,  
 Conforme el tiempo y la ocasion le viene,  
 El que hoy es Salomon en sus razones,  
 Mañana ni le valen ni la tiene,  
 El que fue ayer gigante, hoy es enano,  
 Y muere rey el que nació villano.  
 ¿Quién al hombre no ve en humi de puesto  
 Ser juguete inconstante de fortuna,  
 En entremeses y mudanzas puesto,  
 Viejo en el ataúd, niño en la cuna?  
 ¿Un dia con salud, otro indispuerto,  
 Ya al rincon, ya en el cuerno de la luna,  
 Ya alegre, ya con triste sobrecejo,  
 Ya gorgoando, ya tosiendo á viejo?  
 Pues si de sus soberbias los blasones  
 Mas encumbrados mira y altaneros,  
 Verá del hueco mundo las regiones  
 Quererse hacer millares, y ser ceros;  
 Iguales caballeros y peones,

De un tamaño los reyes y escuderos,  
Solo que la fortuna por su gana  
A estos presta sayal, y aquellos granada.  
Bien que estos varios juegos de fortuna  
Los graves altibajos de su rueda,  
Así los que hay encima de la luna,  
Como lo que por nuestro abuso queda,  
Todo es traza divina, á quien ninguna  
Otra puede llegar por mas que pueda,  
Sin quien la hoja del árbol no se mueve,  
Ni una gota de mas ó menos llueve.  
Mas que sean breves y menudas cosas  
Cuantas el mundo tiene por trofeos,  
¿Quién jamás lo ignoró? ¿quién sus pomposas  
Torres no ve ser nidos de pigmeos?  
Y si estas no son voces poderosas  
Para desencantar vanos deseos,  
Y ver que en su soberbia nube hinchada  
Quien mas llegó á alcanzar no alcanzó nada:  
Ved esta breve mancha, que torcida  
La forma hace de un dragon hermoso,  
Y es de Europa la tierra, en quien cenida  
Del mundo está la parte mas preciosa:  
Sana, templada, fértil y florida,  
De rubio oro y regalos abundosa,  
Honesto trato y nobles calidades,  
Villas, pueblos, castillos y ciudades.  
La Sarmacia de Europa es la primera  
Que allí de Asia arrinconea los mojoneros,  
Y el Hiperbóreo monte una ladera  
Voraz carcome dentro en sus regiones:  
Donde seis meses tienen noche entera  
Los que entre el ye'o rompen sus terrones,  
Y sin mudar jamás temple ni cielo,  
De unas estrellas gozan, y de un cielo.  
Allí son los altísimos Rifeos,  
Y el Tanais que en sus falda nace y crece,  
Y sin gozar del mar ni sus deseos  
En la laguna Meotis feneces:  
El Bósforo es aquel, y allí los feos  
Agatirsos están, aquí parece  
El sitio de los sármatas y alanos,  
Y allí los masagetos inhumanos.  
La Chersoneso Táurica es aquella  
Que al parricida Orestes vió asombrado,  
Y en el sangriento altar de la doncella  
A su alfange divino arrodillado:  
Dácia, y el gran Dorisco en medio della,  
Allí hace cien mil hombres, con que armado  
Quiso Xerxes escudo por escudo  
Su ejército contar, y apenas pudo.  
Como famoso labrador que echa  
Su limpia parva en el agosto amigo;  
No cuenta grano á grano la cosecha,  
Mas á colmadas troges mide el trigo;  
Así en aquel Dorisco, que una estrecha  
Celda de aquí parece, el rey que digo  
Su ejército midió á teatros llenos,  
Sin que cupiese aun en catorce senos.  
El monte Hemo es este, que su altura  
Casi nos cierra el paso sobre el viento,  
Cuyas cumbres descubren la llanura  
Del Egeo mar, y el Jonio turbulento;  
Y el Ismaro cubierto de frescura,  
Por donde Orfeo derramó su acento,  
Y del Pangeo monté la cabeza,  
Que al mar oprime y rompe su braveza.  
Esta que así arrimada al mediodía  
Una ancha hoja forma de higuera,  
Donde del istmo estrecho la porfía  
A pesar de dos mares persevera,  
Es el Peloponeso, fuente y eria  
De las humanas letras: la severa  
Corinto aquella, que de sus ruinas  
Roma gozó riquezas peregrinas.

Los Léleges, Teléboes y Cúretes  
Son los que allí parecen derramados,  
Y aquellos los caballos y gemetas  
De Acarnania, y sus pueblos celebrados  
Y los que entre tus pinos entremetes,  
Oh humilde Arcadia, de árboles criados  
Son estos, y los otros los mojoneros,  
De Pelagios, Parresios, Licones.  
El Ténaro es aquel, que el mar salado  
Fuegos del hondo Flegeton vomita,  
Y el promontorio Málea señalado,  
Que el paso á las erradas naos evita:  
El Espartano pueblo celebrado  
Allí (si aun dura su memoria) habita,  
Y estos son los remansos cristalinos  
De Erimanto, y de Ménalo los pmos.  
La Pirrea Tesalia, coronada  
De señalados montes, es aquella:  
El altísimo Olimpo, y su nevada  
Frente, que toca á la mas alta estrella;  
Y de Oeta la cumbre celebrada,  
Con el sepulcro de Hércules en ella:  
El Osa, de los dioses enemigo,  
Y de centauros el establo antiguo.  
Aquí es el valle Flegra peñascoso,  
Donde la celestial caballería  
Peleó con todo un campo monstruoso,  
Que en favor de los Titanes venia;  
Donde del gran destrozó belicoso  
Las reliquias se gozan todavía,  
Y los collados aun se están cubiertos  
De blancos huesos de gigantes muertos.  
Este es el alto Pélion que al Oriente  
Hurta la primer luz de la mañana,  
Y de escalon sirvió y alliva puente  
En la disforme guerra soberana:  
Y aquel rio de cristal resplandeciente,  
Que entre el monte Osa y el Olimpo mana,  
Es el padre de Danae, el gran Peneo,  
Que al mar lleva un clarísimo rodeo.  
Y aquel pequeño valle, por quien pasa  
De flores coronado y hermosura,  
El celebrado Tempe, en quien sin tasa  
Flora vertió su cuerno de frescura;  
Donde en verde jardín y alegre casa  
El florido verano siempre dura,  
Y Anfriso por allí volteo solo,  
Ufano de mudar el nombre á Apolo.  
El turbio Anagro de aguas hediondas,  
Donde lavó el Centauro sus heridas,  
Es el que por allí lleva las hondas  
Riberas, de veneno ennegrecidas:  
Y el claro Anáuro de plateadas ondas,  
Sesgo, sereno, y de olas recogidas,  
Que con vapores, nieblas, ni rocío,  
Jamás destempla, ni hace el aire frío.  
Esta costa de mar, que del Egeo  
Al Jónio va á buscar la estrecha puerta,  
Y del frío y altísimo Pangeo  
Hasta el Acroceranio corre abierta,  
Es Acaya, y su templo Dodoneo,  
Adonde en su inmortal selva, cubierta  
De encinas duras, daba un Dios potente  
Respuestas otros tiempos á la gente.  
La antigua Macedonia y sus collados  
Son estos con que el ancho Epiro crece,  
A quien dos veces en contrarios hados  
Romana sangre sin por qué humedece:  
Y aquellos rayos de cristal grabados,  
Que otro cristal mayor desaparece,  
Sesenta navegables ríos y fuentes  
Son, que al Danubio entregan sus corrientes.  
Y él, cargado de gentes belicosas,  
Ferozes pueblos, bárbaras naciones,  
Por selvas de arboledas deleitosas



Del mar de Scitia busca los rincones,  
Donde por siete puertas anchurosas  
En él descarga sus preciosos dones,  
Dando en testigo á su feliz entrada  
La hermosa Péucea de ovas coronada.

Entre estas ferocísimas riberas  
Y el Adriático mar corre la costa  
Del Ilírico reino, y sus fronteras,  
Contrapuestas en playa y luna angosta,  
La Albania, la Dalmacia y las laderas  
De Liburnia, y la Istria, á cuya costa  
El azote parió en parto fecundo  
De Atila otra Venecia nueva al mundo.

Debajo aquel celaje y niebla fria  
Que del Dantisco mar se va exhalando  
La alta Podolia corre, y la Rusia,  
La Prusia, Frigia y el Holsacio bando:  
Cracovia, Pomerania, y la Dania,  
La fria Noruega de continuo helando,  
Con otro inmenso y áspero gentío,  
De leyes varias, y de asiento frio.

Y aquel celaje azul, que ancho y tendido  
Un raso cielo desde aquí parece,  
Es el Gótico mar, que allí escondido  
Al polo con sus olas humedece:  
De potentes islas oprimido,  
Donde Tile en sus fuegos resplandece,  
Y asombra con fantasmas ordinarias,  
Las resaca á sus playas solitarias.

Las Orcades pendientes sobre el yelo  
Allí han de estar sembradas y esparcidas,  
Y las Ebudas de un estéril suelo  
Entre nieve acullá y cristal metidas,  
Con las que al Norte por zenit del cielo  
En cuatro euripos tienen repartidas,  
Y la Hipérborea, libre gente ociosa  
En quieta vida goza, y paz sabrosa,

Mas ya dejando este intratable cielo  
De fria niebla y de rigor vestido,  
Y el eje eterno de cristal y yelo  
Sobre que se revuelve el mundo unido,  
Volved los ojos á aquel fresco suelo  
Que ufano estiende allí el cuerno florido,  
Y vereis la dichosa y rica tierra  
Que el Apenin divide, y el mar cierra.»

#### ALEGORIA.

Orlando burlado por tantos modos de Garilo, significa que el desengaño y confianza suele traer á los hombres á grandes riesgos, y el recato con que ha de vivir el que no quisiere ser engañado de traidores. En el alquimista, y sus engañosas fabulas, se apuntan las que algunos charlatanes desta profesion usan para encandilar al vulgo, que si bien es verdad que hay en esta arte grandes secretos, son pocos los que los alcanzan, y muchos los que tratan de burlar á su sombra el mundo, con que vienen á perder los menos por los mas; no obstante que la piedra filosofal, ó fligir divino, figurado por el anillo de Angélica, haga tan admirables transformaciones en las cosas, que las que aquí van apuntadas por encarecimiento, sean en su comparacion cortas, y de poco nombre, si ya no queremos entender por el anillo la virtud, que es la que hace en el mundo las mayores transformaciones y maravillas.

En el truco de las flechas del amor, y de la muerte, se muestra la poca seguridad de la vida humana, aun en sus juveniles años, y cómo aunque el tiempo en el hombre consume y gasta la potencia del cuerpo, el alma, que nunca se envejece, suele tener en la vejez tan floridos deseos como en la mocedad.

La conversion de Garilo en gato, dice cuan dificultosa es de mudar la inclinacion, aunque se mude el estado y profesion de la vida.

Malgesi, que con sus conjuros levanta volando su navio, y sus tres compañeros en él, significa el alma contemplativa, cuando con sus tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, figurados en el rey de

Persia, en Reynaldos y Morgante, se levanta á la contemplacion de las cosas superiores, comenzando por las inferiores, y su caduquez y poca substancia.

#### LIBRO DÉCIMO-SESTO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesi su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á petición de Orimandro un famoso eplogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.

Dijo, y templando en vuelo sosegado  
Las velas al favor de un fresco viento,  
En dia claro y cielo sosegado  
Fue descubriendo el italiano asiento:  
Y el mundo donde vuelan asombrado  
De su nuevo viaje, ciento á ciento  
De las ciudades salen, y las villas,  
A ver las nunca vistas maravillas.

Puesto ya el pescador su corvo anzuelo  
Al engañoso cebo, y levantada  
La tembladora caña en alto al cielo,  
Con la vista se queda embelesada:  
Y el humilde gañan rompiendo el suelo  
Con la yunta de bueyes alquilada,  
De tan nuevos portentos asombrado  
A la manquera se quedó arrimado.

No hubo polbre oficial tan codicioso  
Que por verlos no deje su tarea,  
Ni rey á quien no asombre el espantoso  
Barco que el aire y su region pasea,  
Ni villano tan terco y malicioso  
Que con la boca abierta no los vea,  
Ni viejo así encogido y encorvado  
Que esta ocasion no le haya enderezado.

Como en tiempo de eclipse el temeroso  
Vulgo, en bandos y cuentos repartido,  
El enlutado sol mira medroso,  
A quien su hermana tiene oscurecido;  
Que cualquiera hecho astrologo famoso  
Su historia dice, y cuenta lo que ha oido,  
Y el natural efecto del planeta  
A su traza y su modo lo interpreta.

Así el barco volando por el viento  
El mundo tiene en bandos alterado,  
Y á cada cual conforme á su talento  
Con mas temor ó menos asombrado:  
Quizá del estrellado firmamento  
La argonautica se ha desencajado,  
Y cargada de dioses va camino  
En busca de algun nuevo vellocino.

Otro menos leido, y mas medroso,  
La barca dice que es del lago Averno,  
Que preñada de mundo mentiroso  
Traslada hombres fingidos al infierno;  
O que es la nao sagrada del glorioso  
Pedro, barquero celestial y eterno,  
Que huyendo del mundo en feliz vuelo,  
Con la fe y la verdad se sube al cielo.

Y ellos siguiendo el celestial camino  
Del asombrado mundo van gozando,  
Cuando el suelo de lejos ven latino  
La hermosa del mundo sustentando:  
Y prosiguiendo el mágico divino,  
La proa á la Calabria enderezando;  
«El que allí encumbra, dijo, su cabeza,  
De riesgos coronada y de maleza;

Es el Gárgano altísimo, sagrado  
Alcázar del Arcangel poderoso,  
Que al católico ejército fue dado  
Por capitán y príncipe glorioso,  
Y el pueblo de Diomedes, ya trocado  
El nombre en apellido mas dichoso,  
Cuyos collados del Salmicio bando  
Cuerpos están y sangre regoldando;



Las ruinas del gran templo de Minerva,  
 Sus torres y gastados chapiteles,  
 Allí á pesar del tiempo los conserva  
 Luceria entre sus bosques y vergeles:  
 Cilaro baña allí la fresca yerba,  
 De azucenas manchada y de claveles,  
 Que él despues con sus ondas mal seguras  
 De tiernas flores vuelve piedras duras.  
 El rio Ausida, que con sangre humana  
 Al mar de Adria llevó nuevas crecientes,  
 Es el que allí de birpinos bosques mana,  
 Y por la Nursia tuerce sus corrientes;  
 Y allí á Hetrucio, que en la suerte vana  
 Del rey de Epiro, y sus vencidas gentes,  
 Muestra al mundo, que solo al cielo es dado  
 Saber el fin que al hombre guarda el hado.  
 Aquellos son los muros de Tarento,  
 Que al mar dan nombre y sombra de contino,  
 Y Scileo, promontorio turbulento,  
 Que á Caribdis y Scila está vecino:  
 Y de Ardea su alto alcázar, y el asiento  
 Que le dió Turno, y le quitó su sino,  
 Cuando á pesar del fuego hizo al cielo  
 Le prestase alas, y otorgase el vuelo.  
 Aquel euripo estrecho, que parece

A pesar de dos mares abrir paso,  
 Por donde el régio promontorio crece,  
 Y el Ploro se arroja al mar escaso,  
 Es el Tirreno angosto, en quien fenecce  
 De la fértil Italia el campo raso,  
 Y á donde con bramido temeroso  
 Al mar turba Caribdis su reposo.  
 La que allí está á las ondas entregada,  
 Y fue de tierra firme dividida,  
 Es la antigua Tinaeria, así nombrada  
 De las tres puntas con que está ceñida;  
 La que la Libia al astro ve tostada,  
 En continuos bochornos encendida,  
 Es Lilibeo, aquel el gran Paquino  
 Que oye bramar los ciclopes contino.  
 El Peloro se llama estotra punta,  
 Que ya un tiempo llamarse Italia pudo,  
 Y en blancos huesos dió, y gente difunta,  
 Nevado de Leucosa el canto agudo:  
 Y el que los encendidos globos junta  
 A las altas estrellas, y el membrudo  
 Encelado entre el bronce y pez derrite,  
 Y hace que fuegos sin cesar vomite,  
 Es el asiento de Etna peñascoso,  
 De llamas y de nieve incorporado,

Cuyas masas de fuego monstruoso  
 El cielo tienen con hollín tiznado;  
 Y lanzando del vientre caluroso  
 Derretidos peñascos, y nevado  
 Con la ceniza el campo aborrecible,  
 El pecho hierve en hueco estruendo horrible.  
 Es fama que de un rayo poderoso  
 En aquellas cavernas soterrado  
 Está el gigante Encéclado espantoso  
 De todo el monte altísimo cargado:  
 Del pecho resoplando caluroso  
 Fuego, lomo y azufre quemado,  
 Y al anhelar del pecho que rehíerve,  
 La tierra tiembla en torbo, y el mar hierve.  
 Allí también están del feo Vulcano  
 Las fraguas y hornazas encendidas,  
 Y el cyclope nudoso al aire vano  
 Roncos estruendos forma y estampidas:  
 Hierve en los yunques su pesada mano,  
 Y revuelve las masas encendidas,  
 Resuena el sordo valle, y por los huecos  
 Peñascos braman los quebrados ecos.  
 Y no lejos de allí en un prado ameno  
 La agradable Aretusa resplandece,  
 Por quien Alfeo ya en paso sereno  
 Al mundo su cristal desaparece:  
 El monte Ibla, de flor y abejas lleno,  
 Y el río Panchayo es el que allí parece,  
 Manso después que Ceres sabiamente  
 El ruido le enfrenó de su corriente.  
 Las islas Eolias, donde el raudó viento  
 Tiene en sombrías cavernas su morada,  
 Son las que allí con espumoso asiento  
 La mar muestran en torno salpicada.  
 Donde Cáprea sustenta ancho cimientó  
 A la Tiberia torre celebrada:  
 Cipara es esta, aquella Enaria angosta,  
 Y esta Surrento, y su apacible costa.  
 El río Numincio de ondas sosegadas,  
 Donde el cuerpo de Eneas fue hallado,  
 Es el que allí regando las yugadas  
 Del fértil Lacio busca el mar salado:  
 Y Peneste de almenas levantadas,  
 Hechas de fuego y pedernal labrado,  
 Es aquella, y aquellos que allí vistes  
 Los Tetricos montes, ásperos y tristes.  
 La ciudad Aretina, y sus pantanos  
 Siempre exhalando destemplados vientos,  
 Y la soberbia Tibur, cuyos llanos  
 Gozan los telagónicos asientos:  
 El sonoro Sarno, y los ufanos  
 Cuernos del Iris claro, y los cimientos  
 Son estos de Minturnia destruida,  
 Que á Mario en sus lagunas dió la vida.  
 Las blancas piedras de Anxur celebradas,  
 Y los collados que con su agua riega,  
 Son aquellos, y aquellas las cañadas  
 Con que al Pontino lago las entrega:  
 Y los mirtos y encinas consagradas,  
 Que al sol esconden la florida vega  
 Del reino de Diana, son aquellos,  
 Con su gran sacerdote y rey en ellos.  
 La fértil Cumas con dichoso agüero  
 Allí fue de los Calcéidas fundada,  
 Y aquella es Capua, que un Alcon mañero  
 Nombre le dió, y la hizo señalada,  
 Por donde el río Volturno va ligero  
 Huyendo de su vida regalada,  
 Que afeminó á Anibal el pecho fuerte,  
 Y á César dijo y anunció la muerte.  
 Allí sus baños tiene celebrados  
 La fértil Vayas de aguas excelentes,  
 Y los Cimerios pueblos soterrados  
 Solían allí esconder sus negras gentes:  
 Los valles son de olivas coronados

Del gran Tiburno los que veis presentes;  
 Tofa es aquella, aquellos sus alumbres,  
 Y este Argentario, y sus altivas cumbres.  
 Nápoles queda allí, y sus altos muros,  
 Mejor por sus contrarios renovados  
 Que los hicieron los Calcéidas duros,  
 De groseros terrones amasados:  
 Y de Circe los bosques mal seguros,  
 De olas antiguamente rodados,  
 Y anudados ahora con la tierra,  
 Ya del mar vencen la importuna guerra.  
 Aquí aun se dura el rastro y las señales  
 De haber vivido allí una rubia diosa,  
 Circe, hija del sol, que á los mortales  
 Era á dar nuevos cuerpos poderosa:  
 La que en varias figuras de animales,  
 Al toque de su vara milagrosa,  
 De Ulises convirtió los compañeros.  
 En osos, tigres, puercos y carneros.  
 Por allí da tributo al mar Tirreno  
 El Tiber de victorias coronado,  
 Aquel mismo tributo que en su seno  
 De cincuenta y dos ríos ha cobrado;  
 A donde en el Tarpeyo monte ameno  
 Roma su capitolio vió encumbrado,  
 Que el mundo gobernó, y hoy mejorada  
 Del Vicario de Cristo es gobernada.  
 Volved la vista ahora á esta otra parte  
 Del mar de Adria, y vertientes de Apenino,  
 Vereis un templo del furor de Marte  
 Hecha la ciudad áspera de Urbino,  
 Y del puerto de Ancona el baluarte  
 Que Trajano fundó de mármol fino,  
 Y su Cumerio puerto puesto en modo,  
 Que al mar parece que le da del codo.  
 Allí está el fértil campo de Loreto,  
 Bien que ahora ni muy rico ni estimado;  
 Mas yo veo tiempo ya que será acepto  
 En el mundo, y su nombre celebrado,  
 Cuando por modo altísimo y secreto  
 A él se ha un aposento trasladado,  
 Que de Judea vino á Esclavonia,  
 Y en él á Cristo concibió Maria.  
 Allí es Perugia, donde la hambre ayuna  
 De Antonio estuvo un tiempo apoderada,  
 Y esta la gran Florencia, que ninguna  
 Cual ella se vió en flores asentada:  
 Luca, y el promotorio de la Luna,  
 Y Pisa por su loza celebrada,  
 Parma, Modena, Lodi, Alejandria,  
 Milan, Cremona, Bérghamo y Pavia.  
 Haciendo cruces con la mano diestra  
 Fue señalando el sabio estas ciudades,  
 Y prosiguiendo, dijo: «allí se muestra  
 Rávena ilustre, antigua en mil edades;  
 Y Felsina-Bolonia, gran maestra  
 En toda ciencia y todas facultades,  
 Está allí derramando un mar al mundo  
 De graves letras y saber profundo.  
 Ved á Ferrara puesta en la ribera  
 De Eridano, y sus ondas espejadas,  
 Donde Faeton su vida y su carrera  
 Juntas dejó de un golpe rematadas:  
 Allí está Mantua, y Andes, la primera  
 Entre tierras y gentes celebradas,  
 Donde nació la fuente de quien mana  
 La alta facundia y elocuencia humana.  
 Por allí pasa Mincio, mas ufano  
 Que el claro Anfriso por el rey de Delo,  
 Y en sus principios como el mar liviano  
 Con olas suele amenazar al cielo,  
 Donde Bérghamo goza asiento llano,  
 Y Trento parte con los Turcos suelo,  
 Y aquel el Rubicon, raya liviana  
 De la prosperidad y paz romana.

Las incultas almenas mal labradas,  
 Que allí lava la mar y azota el viento,  
 Donde unas gentes del temor gu'adas  
 A buscar fueron mas seguro asiento,  
 Tristes reliquias son despedazadas  
 Del destrozo de Atila, y su escarmiento  
 Les hará, sin que el tiempo las consuma,  
 Ir creciendo en la mar como su espuma.

Es su nombre Venecia, y sus agüeros  
 Así dichosos desde el primer dia,  
 Que al bárbaro furor con muro estrecho  
 La rica Italia apartan sin provecho;  
 De república el nombre á monarquía:  
 Destas cumbres los gajos altaneros  
 Los Alpes son blanqueando nieve fria,  
 Que al bárbaro furor con muro estrecho  
 La rica Italia apartan sin provecho;

Donde al pié en sus collados mas vecinos,  
 De fértil grama y flores coronados,  
 Ricos pueblos fundaron los Taurinos  
 Allí desde Liguria trasladados:  
 Mas mira ahora los montes cristalinos  
 Que á tu isla Cirno baten los costados,  
 Rey de Córcega, y la otra su vecina,  
 Que apenas desde aquí se determina.

En la una, si la fama no se engaña,  
 La miel el nombre pierde de sabrosa,  
 Y en la otra sin querer rie y regaña  
 Al que su yerba prueba venenosa:  
 La que allí sus mariscos acompaña  
 Es Egilos, de cabras abundosa,  
 Y la palmosa Iiba acá parece,  
 Rica del hierro que en sus venas crece.

Entre el puerto de Venus, y el trofeo  
 De Augusto, y entre el Varo tortuoso,  
 Y el rio Macra, que en feliz rodeo  
 Del Apenin descendiendo presuroso,  
 Correr al austró la Liguria veo,  
 De áspera tierra y sitio montuoso,  
 Donde en su costa Génova parece  
 Hermoso lirio que entre espinas crece.

Mas ya aquí se descubren las vistosas  
 Cumbres del Alpe, y á la diestra mano  
 Ambas las Alemanias belicosas,  
 Que el frio Reno las divide en vano:  
 Las dos ilustres Bélgicas famosas,  
 Todas llenas de imperio soberano,  
 De marcas, reinos, títulos, blasones,  
 Duques, lansgraves, condes y barones.

Aquellas altas peñas, que nevadas  
 La espuma dan que por sus playas crece,  
 Las rocas son de Albiones celebradas,  
 A donde Anglia sus términos fenece:  
 Aquellas son sus selvas encantadas,  
 Merlin allí y su ciencia permanece,  
 De quien he yo apuntado en mis lecciones  
 Escolios mil, y mil anotaciones.

Es reino ilustre, rico y belicoso,  
 De gente afable, humana, y sus banderas  
 Temor del gran Océano espantoso  
 Serán en las edades venideras:  
 ¡Oh pueblo muchas veces venturoso,  
 Si tan cerca á Alemania no tuvieras,  
 Que criará una hidra y un briareo,  
 Que agoten cuantos bienes en tí veo.

Allí es Brabancia, Flandes, Picardia,  
 Y aquí Francia mi patria regalada,  
 Con su ciudad, de adonde nace el dia  
 Hasta donde se esconde celebrada:  
 Allí Garona, allí Secutana envía  
 Sus peces y aguas á la mar salada:  
 Allí se traga el Ródano á la Sona,  
 Y aquí parte á Marsella de Narbona:  
 Bretaña es esta, aquella Normandía,  
 Y estotra la Provenza regalada,  
 Por donde Druenza su corriente guía,

Y está Auñon sobre el Ródano sentada:  
 Allí es Tolosa, allí Fuenterrabía,  
 Y allí la ardiente cumbre ahora helada  
 Del Pirineo, que en fuegos encendido  
 Arroyos sudó de oro derretido.

Aquellos valles que una niebla fria  
 Parecen exhalar de humor sangriento,  
 Cuya espantosa cumbre al sol y al dia  
 De Francia enlutan con su grueso aliento,  
 Los Roncesvalles son, en quien solía,  
 A los aspectos de su cielo atento,  
 Pronosticar Merlin cierta caída  
 En la gente del mundo mas temida.

Los astrónomos puntos de impresiones  
 Que señalo de burla, ó verdaderos,  
 Ya van en las postreras conjunciones;  
 Trueque el cielo en mejores sus agüeros,  
 Y al nuevo imperio en todas ocasiones  
 Del brio enemigo rinda los aceros,  
 Y á pesar de los astros engañosos  
 Sus lirios de oro salgan victoriosos.

Ya de aquí se descubren las regiones  
 De la feliz y belicosa España,  
 Famoso reino en las demás naciones,  
 Que la tierra encadena y el mar baña,  
 Cuya grandeza en todas ocasiones,  
 Si de la fama el crédito no engaña,  
 Unica ha sido, y es en cuanto encierra  
 De nobleza y valor en paz y en guerra.

Allí es San Sebastian, Huesca y Bayona,  
 Y acá Colibre al mar Mediterráneo,  
 Aragon, Cataluña y Tarragona,  
 Y el promontorio Venus Perpiñano:  
 Allí su puerto guarda Barcelona,  
 Y allí el famoso Grao valenciano,  
 Denia, Alicante, Murcia, Cartagena,  
 Sus costas gozan de riquezas llenas.

«Paso, dijo Orimandro, que el intento  
 Mayor que me sacó de Persia un dia  
 Fué ver de España el belicoso asiento  
 Y asombros del valor que della oia;  
 Y pues se me ha venido tan á cuento,  
 Y sin buscarlo, lo que hallar queria,  
 Templad las velas, y volad despacio,  
 Que quiero ver de Marte el gran palacio.

Y pues que vos por sabio, y por vecino,  
 Podeis darnos razon y luz de todo,  
 Gobernad el timon, y abrid camino  
 Por este aire benévolo, de modo  
 Que yo os deba este gusto á que me inclino,  
 Y el contar su grandeza al reino godo,  
 Y todos tres gozar en este vuelo  
 La magestad de tan heróico suelo.»

Dijo, y el francés mágico, ahora sea  
 Por dar al persa gusto, y á Morgante,  
 Que lo mismo parece que desea  
 En los halagos del feroz semblante,  
 O por curiosidad, en que se vea  
 De su leccion y ciencia lo importante,  
 Que es gusto al fin mostrarse un hombre sabio  
 Y entre reyes mover á tiempo el labio.

Así con blando y sosegado vuelo,  
 «¿Quién, señor, dijo, en tan pequeño rato  
 Del real valor deste invencible suelo  
 Darte podrá cual pides un retrato?  
 ¿Quién de su clima, temple y paralelo,  
 Fertilidad, riqueza y aparato,  
 Decir podrá en palabras suficientes  
 Lo que á España se debe, y á sus gentes?»

En lo mejor del habitable mundo  
 Como cabeza dél la asentó el cielo,  
 Combatida de un crespo mar profundo  
 Que por tres partes ciñe el fértil suelo,  
 No en el clima tercero, ni el segundo,  
 Ni en el sexto, ni séptimo, en que el yelo

Con tal rigor sobre sus golfos baja,

Que en rocas de cristal los trepa y cuaja.

Aquí nunca del capero el caloroso

Chele los fuegos llueve que en Egipto,

Ni del boreal Cefeo perezoso

El yelo se cayó de hito en hito:

Ni es de suelo tan frío y tan ventoso

Como Francia, ni abraza en su distrito

Los bochornos del monte de Carena,

De incultos riscos llenos, y de arena.

Penetrada con vientos de ambos mates

Conserva un aire limpio y cielo sano,

Y de riquezas llena singulares,

No hay quien no tenga algunas de su mano:

No todas cosas dan todos lugares,

Ni el mundo es todo cuesta, ó todo llano:

La India envía marfil, la Arabia incienso,

Perlas el mar, y á él los rios su censo.

Seda el Catay, el Alpe da cristales,

Paro alabastro, Cándia alegre vino,

Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,

Vasos Corinto, el Ganges oro fino,

Jaspes Copto, Preneste pedernales,

Scitia las blandas martas, y el benino

Aire de Tible miel, y Tiro ufana

En sus conchas la púrpura de grana.

Por todo el mundo del empireo cielo

Dones descenden de influencias varias;

Esta grandeza es propia deste suelo,

La otra de aquel, destotra las contrarias:

Aquí extraño calor, acullá yelo,

Cosas raras aquí, y allí ordinarias:

Solo los campos fértiles de España

Ninguna cosa tienen por extraña.

¿A la seda de Murcia, y de Granada,

De Toledo y Valencia, quien le llega?

Quando el gusano en cama regalada

De frescas hojas de moral se pega,

Y allí encantado en bóveda cerrada

Al dulce sueño del morir se entrega,

Dejando sus capullos y edificios

En herencia al regalo y á sus vicios.

¿Al cristal lusitano, y á las martas

Gallegas, quien iguala? ¿ó al coral fino

Del Catalano golfo, cuando en sargas

Por un cuello se anuda alabastrino?

¿Quién al rojo oro en granos con que hartas,

Oh rica España, la hambre del vecino

Bárbaro alarbe, oh apartado griego,

Que á todos tu aficion quita el sosiego?

No engendra Ormuz mas fina pedrería

Que tu Puebla Moron y Caridemio,

Ni á las turquesas que Zamora cria

Llega el Oriente en su mayor extremo:

A tus jspes no igualan los que envia

El Paro, el Copto, ni el helado Hemo,

Ni á la miel de Beger, y la de Baza,

De Júpiter el nectar en su taza.

Sus búcaros de barro lusitanos

Esceden los de Dódone y Corinto,

Y la loza del pueblo toledano

En color la esmeralda y el jacinto;

Sus vinos al falerno y al greciano,

De Yepes, San Martin, Ocaña y Pinto,

Alanis, Ribadavia, Coca y Toro,

De humana ambrosia celestial tesoro.

¿Que pudo repartir al mundo el cielo

Para el provecho humano, ó su deleite,

Que le negase á este dichoso suelo,

Y en él no sirva de virtud, ó afeite?

Aquí un fértil sembrado, allí un majuelo,

Acá un lugar de vino, allá de aceite,

La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,

Y la perdiz burlada del reclamo.

Si á Colcos dió valor un vellocino,

Y fama en tantos siglos y naciones,

Por solo un lustre de oro peregrino

Que en sus guedejas daba reflexiones;

¿Cuánto le exceden en precioso y fino

Del estremeño campo los vellones?

Y á las conchas de Tiro, y de sus riscos,

La grana que se cuaja en sus lentiscos?

Es toda junta una preciosa pasta

De finos y riquísimos metales,

Que antiguamente pudo, y ahora basta

Los deseos á hartar de los mortales:

Los griegos, los romanos y la vasta

Africa de sedientos arenales,

Con las preciosas sombras de sus venas,

Sus flotas vian de riquezas llenas.

En otras partes la codicia humana

Entra por oro á desvolver la tierra,

Y en hondas grutas con sudor se afana,

Y por sacarlo á luz le hace guerra:

Mas aquí él solo por los riscos mana,

O el arado al pasar lo desentierra,

Y como convidándose á sus gentes

Los arroyos le manan y las fuentes.

Que por hijo feliz de un fértil suelo,

Y de madre nacido tan fecunda,

Lozano da visluumbres sin recelo

Que avariento le dé cárcel segunda:

¿Mas qué bien ó favor ha dado el cielo

Á la tierra que aquí no nazca y cunda?

Y á porfia brotando de sus senos,

¿Sus campos deje de riquezas llenos?

Cuanto al sustento y pompa es necesario

Sobre su noble tierra abrió camino,

El rojo trigo, el vino, el jaspero vario,

El lustroso azabache, el mármol fino,

El hierro duro, el cobre su contrario,

El liviano algodón, el blando lino,

El vivo azogue, el soliman y afeite,

Y de Sevilla y Ecija el aceite.

Su bronce, plata, estaño, y sus alumbres

Al mundo dejan bastecido y harto,

Cuyas reventaciones por las cumbres

Los montes vierten con felice parto:

Goza del fino acero las vislumbres,

La rica greña del humilde esparto,

El lustroso alcohol, y el pardo lomo

Que en masas crece de pesado plomo.

Los montes de un alegre abril manchados

De frescas yerbas olorosas llenos,

De laurel verde y cedros enrespados

Los sombríos bosques tejen mas amenos:

Cárdenos lirios, alelis morados,

Rojos claveles, y en los hondos senos

De sus valles tomillo, y rojo acanto,

El fértil trébol, y el romero santo.

Desto sus campos labran las alfombras

Con que el florido abril los entapiza,

De mas fino color y alegres sombras

Que las que Persia para ti matiza:

Y si destas grandezas no te asombras,

Oye con que de nuevo se autoriza

En los soberbios ánimos valientes

De sus gallardas invencibles gentes.

¿Quién á un bravo español en osadía

Y atrevido además pasó adelante?

¿O al trato hidalgo, y noble cortesia,

Igualar pudo en ánimo arrogante?

¿Quién la reportacion y valentía

No ve ser destas gentes semejante

A sus furiosos rios, que en sonoro

Curso llevan cristal envuelto en oro?

Son de ánimos valientes, atrevidos,

Prestos en los peligros, y arrojados

Franco en amistades, comedidos,

Graves, briosos, nobles, arriscados:

Para trabajos, fuertes y sufridos,  
 Para nobles, leales y esforzados,  
 Que la traicion es mancha de cobardes,  
 Y estos desta nacion propios alardes.  
 ¿En qué region del mundo sus banderas  
 No han de dar sombra, y asombrar el mundo?  
 En Persia, Africa, Arabia y las postreras  
 Islas que ciñe y bate el mar profundo;  
 ¡Oh venturosa España! ¡si tivieras  
 De tus Eneas un Marón segundo,  
 O á tus nuevos Aquiles un Homero,  
 Cuan poca envidia hubieran del primero!

Tus verdades exceden sus ficciones,  
 Y tu ordinario estilo á sus portentos,  
 Y en descubrir y hallar nuevas regiones  
 A los mas arrojados pensamientos:  
 En fe y lealtad, las bárbaras naciones,  
 En letras, en virtud, y entendimientos.  
 Cuantos la Grecia y el Egipto encierra,  
 Y en armas todo el resto de la tierra,  
 Preciósese Roma, y tuvo por grandeza  
 Dar Césares al ancho mundo en paga,  
 Que al oro, plata, perlas y riqueza,  
 Que le tributa y pecha, satisfaga:  
 Y arrogante y soberbia en ser cabeza,  
 Su misma vanagloria le empalaga,  
 Trayendo en ella por blason activo,  
 «Césares doy, si lo demás recibo.»

España dió al imperio los mejores  
 Principes que ya tuvo en su gobierno,  
 Y en todas facultades mil autores  
 De soberana fama y nombre eterno:  
 Y no solo dió á Roma emperadores,  
 Mas en los siglos de su parto tierno  
 Le abrió la zanja, y en feliz agüero  
 A su muro arrimó el terron primero.

De nadie mendigó favor humano,  
 Ni tras de la ambicion y la zozobra  
 El mundo saqué en rigor tirano,  
 Por rehacer su falta de otra sobra;  
 Y así en blason pondrá su rica mano,  
 «Nada me falta á mí, todo me sobra,  
 Todo lo doy, de todo soy barata,  
 Césares, reyes, reinos, oro y plata.»

A Roma dió principios venturosos,  
 Y al que alzó en Asia los troyanos muros,  
 Y en Galia á mis franceses belicosos  
 De Mongrana los ánimos mas puros:  
 No son hablas ni cuentos fabulosos  
 Ni va por atenores tan oscuros  
 Su clara sucesion, que no lo sea  
 A quien saberla de raiz desea.

Abuelo de Milon fue Claramonte,  
 Fundador de la casa de Mongrana,  
 Puesta del Alpe en un soberbio monte,  
 Y él de la sangre y sucesion troyana:  
 De Deifovo nieto, que en Piamonte  
 Cetro tuvo y corona soberana,  
 Y fue de Franco Héctor descendiente,  
 Y todos tres de la española gente.

Y aun yo, no tan de lejos, otra parte  
 De español tengo, no de poca estima:  
 Egilona, mujer de Durandarte  
 Segundo, fue del rey Vitzia prima:  
 Desta nació mi abuelo Balisarte,  
 Que en España vivió, y en la honda sima  
 Del rico Tajo me crió, con gana  
 Que aprendiese la ciencia toledana.

Allí secretos alcancé importantes  
 A los cursos del mundo y su gobierno,  
 Y en mis alegres años principiantes  
 Los cercos aprendí del lago Averno:  
 Mas para qué son cuentos tan distantes,  
 Y la revolucion de un mundo eterno,  
 Si desde aquí podeis gozar presente

La magestad del reino y de su gente?  
 Otros se ocupen en contar las rocas  
 Del helado Proponto y del Egeo,  
 Y por sus playas celebrar las focas  
 Del fingido rebaño de Proteo,  
 Que yo á tener cien lenguas y cien bocas,  
 Juntas las diera á este famoso empleo,  
 Y mostrara con ellas, aunque humildes,  
 De tus grandezas las pequeñas tildes.

Este que ambas provincias belicosas  
 De España y Francia veis como divide,  
 Y en freno de oro y riendas poderosas  
 A sus altivos ánimos preside,  
 Y con sus mismas cumbres deleitosas  
 Lo que hay de un ancho mar al otro mide,  
 Un tiempo vió sudando por sus lomas  
 Arroyos de oro y plata en vez de gomas.

Subió tan alto el vuelo de su llama,  
 Que alumbró á España, y de su ardor sonoro,  
 Para eternas memorias de la fama,  
 Nuevo nombre compró á diluvios de oro:  
 El nombre es Pirineo, así se llama  
 Del fuego que dió al mundo tal tesoro,  
 Que á los Fenices, y á su rey Siqueo,  
 Hartar pudo la hambre del deseo.

Aquella altiva peña es la Collarda,  
 Y estotra de Sobrarbe la alta sierra,  
 Y la otra donde Atlante tuvo en guarda  
 A Rugero por miedo de la guerra:  
 Aquella estrecha senda blanca y parda  
 El real puerto de Andorra, en cuya tierra  
 Alemana clavó de limpio acero  
 Una memoria al siglo venidero.

Quipúzcoa es aquella que los gajos  
 Del Pirineo con sus pueblos trilla,  
 Haciendo de enriscaídos altibajos  
 Murallas á los reinos de Castilla:  
 Vidaso corre allí, y por valles bajos  
 Soberbio al Olearso mar se humilla,  
 Ufano en dividir con su corriente  
 De la francesa la española gente.

Allí por las montañas de Salinas  
 Cruzar verás al cristalino Deva,  
 Y en lo alto de su puerto entre sabinas  
 Una grandeza y maravilla nueva:  
 De aquella estrecha ermita, y sus ruinas,  
 En humilde vertiente aumenta y ceba  
 A dos contrarios golfos y arenales  
 Aguas con las que lloran sus canales.

O sea aquí lo mas alto deste mundo,  
 O el principio de todas las corrientes,  
 Las unas de Cantabria al mar profundo  
 El turbio Deva pecha en sus crecientes;  
 Y las canales del combez segundo,  
 Que al descubierto Sur hacen vertientes,  
 El río Cadorra al Ebro las entregay,  
 Y él al Mediterráneo mar las llega.

Y así con tiernos brazos cristalinos  
 Esta pequeña ermita abraza á España,  
 Y por diversas sendas y caminos  
 De humildes ondas la rodea y baña:  
 Aquellos de Vergara son los pinos  
 Con que sus edificios acompaña,  
 Y allí los Mondragones de Arrasate,  
 Y el pueblo y villa célebre de Oñate.

Estos dos huecos y ásperos peñascos,  
 Que nos atajan por el aire el vuelo,  
 De hierro, acero, pinos y carrascos,  
 Así amasados por virtud del cielo,  
 Son del monte Gorbeya sendos cascos,  
 Y las dos Babilonias deste suelo,  
 Y el valle de Arrazola en su frescura  
 Quien goza puesto en medio tanta altura.

El río Urrola de herrerías lleno,  
 Con mas fraguas que Lípára y Vulcano,

Riega allí el valle de Legaspi ameno,  
 Y por entre dos pueblos pasa ufano:  
 Las peñas de Motrico, que en su seno  
 El mar le cubre y le descubre en vano,  
 Allí le sirven de mojon y raya,  
 Y estas son las mimbreras de Zumaya.  
 Entre el de Arajes y este helado río  
 La antigua villa queda de Guetaria,  
 Las altas sierras y el asiento frío  
 De Arracilo y su cumbre en flores varía:  
 Y láva allí, y el noble señorío  
 De Vizcaya, que en costa solitaria  
 Su helado y crespó mar rodea y baña  
 La hidalga sangre del valor de España.  
 Sus amenas florestas son aquellas,  
 Y de Bilbao aquel el fértil valle,  
 A cuyo verde asiento las estrellas  
 Noble y precioso aumento esperan dalle:  
 Allí es Durango, y las murallas bellas  
 De la ciudad de Orduña aquella calle:  
 Esta es su peña, y la que está adelante  
 Lequetio, en marineros abundante.  
 El que allí da frescura y sombra á un prado  
 Es el árbol famoso de Garnica,  
 A oír reales consultas enseñado,  
 De extranjeros Pelasgos patria rica:  
 Allí de un pié descalzo, otro calzado,  
 Sus privilegios jura y ratifica,  
 El que entra á ser señor, y de aquel modo  
 Cetro absoluto cobra, y manda en todo.  
 Allí está el gran Bermeo, que en las juntas  
 Tiene la primer voz, y el cristal claro:  
 De la mar quiebra por las corvas puntas,  
 Que á su ancho puerto sirven de reparo:  
 Esta es Navarra, y sus florestas juntas,  
 De quien nombrará, á pesar del tiempo avaro,  
 Eterno heredará, y de sus estrellas,  
 Gentes de invictos pechos, y armas bellas.  
 O ya sea población de los troyanos,  
 Y sus naves y arados le den nombre,  
 O naciese el que tiene de sus llanos,  
 Y ahora con su altivez el mundo asombre,  
 Aquellos son sus valles comarcanos,  
 Y el que allí tiene de Bastán renombre,  
 Cegó ya el pozo que parió un tesoro  
 De sangre á Francia, y á Navarra de oro.  
 Aquellas son innumerables fuentes  
 De sal estéril, esponjosa y hueca,  
 De tal virtud que aumenta sus crecientes:  
 Cuanto mas crece y es mayor la seca:  
 Allí nuevas almenas dió á las gentes  
 En Pamplona Pompeyo, y allí en hueca  
 Fortuna, en ala y rueda no pequeña,  
 Las vistosas almenas de Sansueña.  
 Allí es Puentelareina, y su ribera  
 De alegres rojos vinos abundante:  
 Aquí Estela, y Tafalla acullá entera  
 La corva costa corre de levante:  
 La raya de Aragón es la primera  
 Que los celtas con ánimo arrogante  
 Otro tiempo poblaron, y el tebano  
 Hércules les dió nombre de su mano.  
 El que desde Fontible hasta Tortosa  
 Con toda el agua destes reinos crece,  
 Y entre fresca arboleda deleitosa  
 De aquí una sierpe de cristal parece,  
 Es el río Ebro, y su ciudad famosa  
 Zaragoza la que allí florece,  
 Y aquella su ancha huerta de Almozara,  
 Que es quien la suele hacer barata ó cara.  
 Aquella es Jaca, á quien fundó el tebano  
 Dionisio y Huesca, donde un día Sertorio  
 Hizo academia, y con rigor tirano  
 Degolló en otro todo su auditorio:  
 Aquel blanco arroyuelo es el Turiano,

Y allí en el edetano territorio  
 Parece el pueblo de Teruel antiguo,  
 Por su cabeza puesto y sano abrigo.  
 Tras él en aquel sitio peñascoso  
 De Albarracin está la ciudad bella,  
 Entre riscos metida del dodoso  
 Túria, y su gran centauro encima della:  
 Así pendiente, que su cerro umbroso  
 Al dia la mejor luz carcome y miella:  
 Allí guia por Tortosa su corriente  
 El fértil Ebro al rico mar de Oriente.  
 De aquí hasta Perpiñan sobre Colibre  
 De Cataluña corre el principado,  
 Que así este suelo belicoso y libre  
 Fue de Otogerio Catalan llamado;  
 Y él sin que á su ancha espada se le libre  
 Moro, que ya le vió una vez girado.  
 Recobró en compañía de otros nueve  
 Toda esa costa que la mar embebe.  
 Aquí está Perpiñan, de adonde el fuego  
 Del Pirineo asió primer centella,  
 Y la sima que abrió, y el pozo ciego,  
 Que rubias masas de oro dió á Marsella:  
 Gerona es la que allí se sigue luego,  
 Que el César ganó ahora, y puso en ella  
 Para adorno á su templo en bronce y oro  
 Divinos bultos de inmortal tesoro.  
 Empurias, de franceses y españoles  
 Antigua población de aquella costa,  
 Allí entre su arenal y caracoles  
 Sus anchas ferias tuvo y plaza angosta:  
 Allí hace Palamos sus tornasoles  
 De conchas y coral, y allí ensangosta  
 Su playa el mundo, y aculla la ansancha  
 La punta de la Luna corva y ancha.  
 Estos riscos bellísimos que al cielo  
 Con tantas puntas alzan la cabeza,  
 A quien rodean de cristal y yelo  
 El río Lobregat y su aspereza,  
 Feliz reventación del fértil suelo  
 Que preñado parió tanta belleza,  
 Son entre gajos de encrespadas peñas  
 De Monserrate las floridas greñas.  
 Allí del santo y célebre Ermitaño  
 El delito se vió y la vida nueva,  
 Allí al estupro y homicidio extraño  
 Secreto albergue fue la oculta cueva:  
 Allí en lágrimas dió remedio al daño,  
 Y allí la celestial princesa, en prueba  
 Del perdonado yerro, dió la vida  
 A la muerta, y la habla al homicida:  
 Si á las torres y altivos chapiteles,  
 Que allí hacen sombra y peso á Barcelona,  
 Amilcar dió balcones y rejales,  
 De Hércules las fundó la real persona;  
 Y en Monjuí dió altares y laureles  
 Al padre de los hijos de Latona.  
 En el lugar que ahora aquella torre  
 Sus playas mira, y su cristal recorre.  
 Aquella punta que la mar adentro  
 De hermosa población rompe cargada,  
 Y las olas que salen al encuentro  
 De blanca espuma nos la dan cercada,  
 Es Tarragona, la cabeza y centro  
 De su antigua provincia celebrada,  
 A quien de Armenia dieron pobladores  
 Las antiguas majadas de pastores.  
 El campo de Igualada y de Cervera,  
 Si es digna de algun crédito la fama,  
 Del Franco pueblo la nobleza entera  
 Vuelta tierra, en la suya se derrama,  
 Que sin salvarse escuadra ni bandera  
 Donde en confusa voz el vulgo llama  
 La matanza, la flor del reino todo  
 A las manos murió del valor godó.

Mas ya dejad esa manchada tierra  
Por ver del ancho mar la costa brava,  
Que á las ricas Asturias hace guerra,  
Y en crespas olas sus arenas lava,  
Donde el arado el oro desentierra,  
O entre sus venas al cruzar se trabaja,  
Tierra en el resto estéril y olvidada,  
Y de sola esta hambre y sed buscada.

Los astóricos celtas por mineros;  
Las quebradas buscando de sus riscos  
A sus puertos llegaron los primeros,  
Y dieron pueblo y nombre á sus mariscos:  
La que entre aquellos rios placenteros  
A vueltas crece de hayas y lentiscos  
Es Oviedo, y acá en la costa llana  
La antigua poblacion de Santillana.

Aquí está de Monsagro la ancha cueva,  
Que al santo cofre que de Siria vino,  
Por sacro relicario y guarda nueva  
La dió Pelayo, y su primado Urbino:  
Y acá entre aquellas peñas, la que lleva  
A todas en altura la de un pino,  
Es Covadonga, humilde fortaleza,  
En que hizo pié de España la braveza.

Allí los gajos corren de Idubeda  
De la llana Navarra hasta Galicia;  
Montesdoxa es allí, allí la Fresneda,  
Y allí Ebro dè su fuente se desquicia:  
La de Oja en aquel risco estrecho queda,  
Y allí su nombre y aguas desperdicia  
De la fértil Rioja en las vertientes,  
De aire abrigado y belicosas gentes.

De Orbion el cerro con su muerto lago,  
De arboledas cercado resonantes,  
Es el que allí con movimiento vago  
Asombra en su quietud los caminantes,  
Y á ver descendiendo el mauritano estrago  
En torno de los muros mas constantes,  
Que desde el mar de Calpe á su montaña  
Contra la altiva Roma tuvo España.

Scipion la destruyó despues que tuvo  
Tres lustros de años guerras sin dejallas,  
Y contra Italia y su poder mantuvo  
Su espada libre, y sanas sus murallas;  
Gastando en lo que en esto se detuvo  
Ochenta mil romanos en batallas,  
Y no quedando en ella un hombre sano,  
De quien triunfar pudiese el africano.

De aquí se arroja por Berlanga Duero,  
Y de rosas nevado y de jazmines,  
A Osma baña y Gormaz, y en curso entero  
De Aranda la ancha vega, y sus confines;  
Y de rios cargado, mas ligero  
Que por el mar Carpacio sus delphinés,  
Mejorado de pesca, del gran moro  
Olid descubre el valle, y busca á Toro.

Allí entre verdes pámpanos sentada  
Sobre un risco la halla por alfombra,  
Llevando su corriente mejorada  
Desde Simancas por el aire y sombra  
Toda del rio Pisuerga salpicada  
La tierra en torno, y el que mas se nombra  
De los vecinos rios, nombre y agua  
Juntos á un tiempo en su cristal desagua.

Con esto llega á Toro, y de allí pasa  
A bañar las Turquesas de Zamora,  
Riega á Miranda, y por campaña rasa  
En Portugal cuanto ha bebido lora:  
Aquella es de Galicia tierra escasa,  
La otra abreviada gente, la que mora  
Entre el rio Duero y Miño, que á las vueltas  
Los braecatos poblaron, y los celtas.

Porto es aquel, á quien los nobles galos  
El nombre dieron, y él al reino todo,  
Y Miño, quien por bárbaros regalos

Del rojo embije dió la mina y modo;  
Galogreba por largos intervalos  
Cetro conservó allí hasta el primer godo:  
Esta es de Alía la fuente, allí está Lugo;  
Que á la de Miño presta el primer jugo.

Aquellas son del Vierzo las montañas,  
Y las sin afeitar puntas bermejas,  
De sus ricas medulas las entrañas,  
Que ya solian dorar las corvas cejas:  
Y tú que á Carracedo el suelo bañas,  
Y los peces produces con orejas,  
Aunque no alcanzo á ver por donde naces,  
La rueda vemos de cristal que haces.

Lago mas claro, y de agua mas corriente,  
De jaspeadas truchas abundante,  
Es el que Astorga allí le presta fuente,  
Y Sanabria en su risco ve triunfante;  
Donde á sus frescas olas eminente  
Un bello alcázar sube, semejante,  
Al que á Neptuno entre sus reinos de agua  
De Vul ano labró la sutil fragua.

Esta es Astorga, aqual su rio Orbeago,  
Donde el poder suevo cayó en tierra,  
A los piés de un rey godo, cuyo fuego  
Talandó fue cuanto aquel mundo encierra:  
Y el que en cristal de blanca espuma ciegotoso  
Al Rabanal carcome la ancha sierra,  
Es Molina, que allí de peña en peña  
Por sus hondas quebradas se despeña.

Ved, pues, de Miño el cristalino curso  
Con que busca la mar, y en su ribera  
A Lugo y su muralla, que el concurson  
De Roma la labró, y conserva enteras:  
Y en sus calientes baños el recurso  
De la humana salud, que aun persevera  
El muro argamasado, y ricas termas,  
De que cargaron sus riberas yermas.

Adelante está Orense, á quien el griego  
Ansiloco de Turno, afable amigo,  
Dió cimientos y nombre, y en el fuego  
De su ardiente agua consumió el antiguo:  
Y Ribadavia, la que en dulce entrego  
Sus frescas parras da, y por fiel testigo  
A Baco, que al licor de su bodega,  
El que su taza brinda no le llega.

Tuy, que los amigos de Diomedes  
Fundaron en su orilla al mismo rio,  
Es aquella, y aquellas las paredes  
Del real alcázar y jardin sombrío,  
Que allí un rey godo con tejidas redes  
De flores enramó al templado rio:  
Y acá sobre la mar la estéril sierra,  
Que el fin la llama el vulgo de la tierra.

Aquellos ricos y altos chapiteles,  
Y torres de follajes coronadas,  
Del rey Alfonso y sus gallegos fieles  
De nuevo en Compostela levantadas,  
Arcos son, claraboyas y rejoles  
Al gran patron de España consagradas,  
Cuyo cuerpo en pronóstico dichoso  
Su rey le descubrió en un bosque umbrroso.

La Coruña es aquella, y la alta torre  
Del encantado y cuidadoso espejo,  
Que al Brigantino puerto da y socorre  
Con tempranos avisos y consejo:  
Y en la ancha costa, que hacía el Norte corre,  
El Ferrol, y Vibero por parejo  
Gozan un fresco mar, cuyas arenas  
Azotan los delphinés y ballenas.

Las que dentro del golfo están cercadas  
Por todas partes de crecientos ondas,  
Las islas Casitérides llamadas,  
Del blanco peltre dan masas redondas;  
Y sus peñas en él incorporadas  
En grutas se abren y cavernas hondas.



Y él derretido en varios tornasoles  
 Por sus hornazas corre á sus crisoles.  
 Las dos Castillas, cuya fortaleza  
 Les dió el famoso nombre que hoy les dura,  
 Son las que allí dejando la aspereza  
 De las montañas buscan la llanura:  
 Esta es Segovia, donde la fineza  
 De Aragne en sus vellones mas se apura,  
 Y aquella la real puente de Trajano;  
 Y el Balsabín, ó paraiso humano.  
 Fundóla el rey Hispan de gente estraña,  
 Aunque en dichosa y favorable estrella,  
 Comenzó á tener nombre cuando España,  
 Corriendo en esto por igual con ella:  
 Sigüenza es la que allí la vista engaña,  
 Pareciendo de lejos no tan bella,  
 Como un tiempo los griegos ó almonides,  
 De muros la vistieron y de vides.  
 Aquellos son los montes de Cebreros,  
 Y Avila la que está en aquella sierra,  
 La vera de Plasencia y sus linderos,  
 La que en fresco verano allí se encierra:  
 El río Tormes aquel, y los agüeros  
 Dè Salamanca, en cuya fértil tierra,  
 De aquel espeso humo rodeado,  
 Un famoso castillo está encantado.  
 Es fábrica de un sabio nigromante,  
 A honra de un español contrario mio;  
 Mas ya volved los ojos al Levante  
 A ver de Cuenca el caudaloso rio,  
 De menudos carrizos abundante,  
 Plumas á Roma un tiempo, hoy atavio  
 A sus parleras ondas, cuya arena  
 De granos de oro va y de espuma llena.  
 Allí son las veguillas de sus fuentes,  
 Y aquí de Cuenca olvida los collados,  
 Allí el rio se bebe de Cifuentes,  
 Y acá al Alcarria cruza los costados:  
 Refuerza los peñascos eminentes  
 De Zurita, y sus canes celebrados  
 Los costados le asombran con ladridos,  
 De ásperos riscos y cristal ceñidos.  
 Cargado de arboledas y frescura  
 Busca de Aranjuez los ricos valles,  
 Sus collados vistiendo de verdura,  
 Y de jazmines sus vistosas calles;  
 Y por entre florida arquitectura  
 Ufano el curso alarga, con dejalles  
 A las hayas y alisos el sonore  
 Ruido de su cristal y arenas de oro.  
 Aquí al hondo raudal del rio potente  
 Jarama en verde tal los suyos lanza,  
 Dándole sin las aguas de su fuente  
 Las que de Henares y Tajuña alcanza:  
 De á donde con grandeza suficiente  
 Soberbio se derriba y abalanza,  
 Hasta besar con reverencia y miedo  
 El pié de las murallas de Toledo.  
 Por esta cinta de cristal pequeña,  
 Blanca ceja á las márgenes floridas,  
 Qué allí en revuelta van, y en crespa greña,  
 De alegres sombras sin temor vestidas,  
 El fresco Manzanares se despeña,  
 Las sienes de un eterno abril ceñidas,  
 Cuya urna fértil entre el oro mana  
 Las mieses de la tierra carpentana.  
 Y el pueblo humilde, á cuyos piés se eriza  
 De su crespo licor el rumbo hinchado  
 Que de álamos frondosos se entapiza  
 Sus sombríos sotós y florido prado  
 Es Madrid, donde á España profetiza  
 Con limpia estrella el favorable hado,  
 Que el tiempo le ha de dar de su tesoro  
 La monarquía del mundo en riendas de oro.  
 Cuando aquel fértil monte, ahora inculto,

Haga gemir la ilustre pesadumbre  
 De un real alcázar, que el soberbio bullo  
 Al mundo espanto dé, y á España lumbré,  
 Y en pompa insigne del divino culto  
 La firme basa estribe en su techumbre,  
 Y sea contra el tiempo y la fortuna  
 De la romana Iglesia la coluna;  
 O ya al futuro siglo prenda hermosa,  
 Donde de España, y de ambas las Castillas,  
 El rico tiempo en vuelta presurosa  
 Eterno trono labra en tus orillas:  
 Desta que ha de venir edad dichosa  
 Mil años goces, goces de sus sillars,  
 Y aquellas magestades sacrosantas,  
 Que ya contemplo entre tus verdes plantas,  
 Aquel globo de luz que de allí envía  
 Centellas de oro, y como nube roja  
 Donde ya se escondió el pintor del día,  
 Relámpagos de fuego al aire arroja,  
 Es claustro santo de una imágen pia,  
 Que de la guerra la mortal congoja,  
 Y el celoso temor del moro airado  
 De aquel bosque escondió en lo mas guardado.  
 Mas, ¡oh del cielo sacrosanto ejemplo!  
 ¡Madre del hijo en todo sin segundo!  
 Ya en honra de ambos desde aquí contemplo  
 Un altar de inmortal fuego fecundo,  
 Donde entre cimbrias de un soberbio templo  
 Incienso ofrezca lo mejor del mundo,  
 Y de ella humilde Atocha á la vislumbre  
 Lámparas de oro den inmortal lumbré.  
 Mas ved de aquellos fértiles rastros  
 Las varias flores de que están manchados  
 Que ahora en fe las brotan á manojos,  
 De que han de ser por ángeles labrados:  
 Cuando á la blanca mies sus granos rojos  
 Del cielo le cultiven los arados,  
 Y sus terrones siembren de centellas  
 Rejas que fueron otro tiempo estrellas.  
 Es cierto que arará este fértil llano  
 Isidro, un labrador, á cuyo celo  
 De su milicia y pueblo cortesano  
 Yuntas que aren por él prestará el cielo,  
 Con que así Manzanares corra ufano  
 Que su inmortal corona adore el suelo,  
 Y él levantada su gallarda frente  
 Al Tajo humille, y crezca la corriente.  
 Con que en curso feliz vuelto al Poniente  
 De Estremadura busca los rincones,  
 Y en porcelanas de barniz luciente  
 Talavera le ofrece ricos dones:  
 Ve de Almaraz la antigua y corva puente,  
 De Alconeta los arcos, los blasones  
 De Almonte, á quien Orlando quitó el brio,  
 Y él en herencia dió su nombre al rio.  
 Aquellos graves y altos edificios,  
 De torreadas almenas coronados,  
 Son los que ya con griegos artificios  
 Dejó el prudente Ulises amasados:  
 Y de aquella ancha playa los bullicios  
 Que los cristales muestran enerespados,  
 La rica puerta al mar, y el fértil dejo  
 Del aurífero Tajo vuelto en tejo.  
 Mas ya volved la vista á la otra parte  
 De aquellos campos de tejido acero  
 Y quien nombre dará el sangriento Marte  
 Con timbre ilustre al siglo venidero:  
 Calatrava, y Montiel, en quien sí el arte  
 De Merlin no se engaña, un rey severo,  
 Que él allí llama tragadora arpia,  
 Morirá á manos de su hermano un día.  
 Aquella verde mancha de hermosura  
 Que allí corre en floridos arcos bella  
 Es la que heredó el nombre y la frescura  
 De las manchadas flores que hay en ella:

Del claro Javalon el agua pura  
 Allí entre juncia y concha va, y aquella  
 Es la célebre Oreto, cuyos llanos  
 Los pueblos ocuparon oretanos.  
 En su rastro quedó la antigua ermita,  
 Que ya Roma labró en su puente al río,  
 Cuyo arco humilde, que al del cielo imita,  
 De conchas lleno va, juncia y rocío:  
 Allí Altaagro nos da su agua esquisita,  
 Y la Nava el suave licor frío,  
 Que en dulce gusto el agrió que destila  
 La hijada sana, el bazo desopila.  
 De aquel valle amensimo de peñas,  
 Ahora humildes chozas de pastores,  
 Que el claró Javalon las verdes greñas  
 De rosas viste, y de pintadas flores,  
 Un cisne nacerá de alas pequeñas,  
 Que si el tiempo las llega á ser mayores,  
 La fama hará dellas, por memoria  
 Del valor vuestro, una inmortal historia.  
 Ya en mi esperanza el tierno fruto veo  
 De dos mirtos salir parto fecundo  
 Y del sol imitando el gran rodeo  
 Los golfos desvolver del mar profundo;  
 Y por cósmo á mi altísimo deseo  
 Cruzar le veo el Viejo y Nuevo Mundo,  
 Juntando de ambos para el grave acento  
 Lo de mayor substancia y fundamento.  
 Allí es Ruidera, aquellas sus lagunas  
 Que á Guadiana dan principio y fuente;  
 Y ellas con sus molinos y aguas brunas,  
 Parda harina y lóbrega corriente,  
 Allí se embeben sin quedar ningunas,  
 Y haciendo río á la enterrada gente  
 Van largo trecho por debajo el mundo  
 A fundar fuente y manantial segundo.  
 Aquí está Guadalupe, allí Trujillo,  
 Y acá su pueblo en opinión contrario,  
 Que el hado adverso al celestial caudillo  
 Pleito á sus campos repartió ordinario:  
 Los arruinados muros de ladrillo  
 Que hizo Roma, y deshizo el tiempo vario,  
 Allí, si aun viva guarda su grandeza,  
 Mérida los levanta en la cabeza.  
 La paz Augusta es la á quien luego toca  
 Del río falaz el curso cristalino,  
 Y de allí en Portugal de roca en roca  
 Huye al Algarbé, y busca el mar vecino:  
 Allí es Lepe, Ayamonte, allí su boca,  
 Y el que adelante está Castromarino,  
 Y aquella estrecha tierra puesta enfrente  
 De Portugal la costa del Poniente.  
 Acá son los algarbes de Algecira,  
 Y aquel su rico estrecho celebrado,  
 Por allí Guadalete en torno gira  
 Un campo, aunque florido, desdichado:  
 Y el que en sus transparentes senos mira  
 Pinos y olivas de que va cargado,  
 Regando un fértil mundo hasta Sevilla,  
 Que á besar de su torre el pie se humilla,  
 Primero se llamó Betis, y ahora  
 Guadalquivir á su pesar se llama,  
 Que el moro puebl'o que sus campos mora  
 Creció su nombre, y descreció su fama;  
 Y con la misma infancia que desdora  
 Su voz el resto de Castilla infama,  
 Castilla, cuyo reino, y cuyos reyes  
 Al mundo han de poner y quitar leyes.  
 Mas ya volved al reino de Valencia  
 Los ojos, y á sus golfos de Levante,  
 Cuyos bellos jardines en presencia  
 Son de un mayo inmortal parto abundante:  
 Esta de su ancho Graó es la escelencia,  
 Y Guadalabiar el que triunfante  
 Se arroja al hondo mar, que entre sus olas

Rodea á Mallorca de islas españolas.  
 De Ibiza y Formentera los pinares  
 Allí las nubes buscan con su altura,  
 Y tímidos conejos, que á millares  
 De sus bosques carcomen la frescura:  
 En aire, en suelo, en temple singulares,  
 Y la que al Norte está entre niebla oscura,  
 Es donde el cielo por manera estraña  
 Todo el veneno destrerró de España.  
 Aquel es el río Júcar, que al contrario  
 Del Tajá nace de su misma sierra,  
 Y por torcida senda y curso vario  
 De Castilla á Valencia se destierra:  
 Allí en Huélamó nace, aquí voltario  
 A Cuenca dentro de su roca encierra,  
 Hace á Alarcon fortísima muralla,  
 Y por Villena humilde cruza y calla.  
 Allí á Alcira rodea, firme llave  
 Del reino, y el que corre en aquel llano  
 Es Bayren, que de blanco azúcar sabe  
 Nevar á tiempo el suelo valenciano:  
 Los panales de Bejar, que en suave  
 Golpe de miel convierten el verano  
 Aquellos son, y aquellos los tomillos  
 De que hacen las abejas sus castillos.  
 Dióle este río su nombre al mar Surense  
 De Suco, que fue el suyo: allí es Gandia,  
 Y Denia aquí, en que la nacion locense  
 El templo tuvo que Efeso tenia;  
 Y deste pueblo un mágico ateniense  
 Que el Planisferio de Merlin sabia,  
 Al tiempo venidero dió por nuevas,  
 Que veria dos monarcas en sus cuevas.  
 Allí están las dulzuras de Alicante,  
 Aquella es Murcia, la otra Cartagena,  
 De Caravana allí la agua abundante  
 De peces nace destrozados llena:  
 Lorca y Velez el Rubio eslán delante,  
 Huesca, y el fértil campo de Purchena,  
 Y aquellos los diamantes de Almería,  
 Que son estrellas cuando nace el día.  
 Allí de Loja la sabrosa fuente  
 Sale alegrando al mundo, acullá Baza,  
 De un hondo valle á su licor caliente  
 Florida forma y peregrina taza:  
 Guadix, que á los vergeles del Oriente  
 En flores vence, tiene allí su plaza,  
 Con el río de la vida al muro enjerto,  
 De almendras todo y de azahar cubierto.  
 Allí helados zodiacos invernizos  
 Sin igual da en dulzura y en grandeza,  
 Y aquí vinos claretos y mestizos,  
 Estremos de alegría y fortaleza:  
 Aquellos son los baños y carrizos  
 De Alhama arrebolados de belleza,  
 Y allí los de Alcuin mas singulares,  
 Y aquellos los madroños de Comares.  
 Allí están los jardines de Granada,  
 Y de su Alhambra allí los chapiteles,  
 Aquella áspera sierra es la Nevada,  
 Y de sus Alpujarras los vergeles:  
 Málaga con su Axarquia matizada  
 Cubierta da la playa de bajeles,  
 Y aquellas torres que se ven de claro  
 De su Alcazaba son, y Gibralfaro.  
 La que sobre aquel monte se descubre  
 La ciudad es famosa de Antequera,  
 Y aquel risco la fuente que la cubre  
 De agua, y fértil cosecha su ribera:  
 Su gran salina la que allí se encubre,  
 Y su canal de eterna primavera,  
 La que cercada allí de Saxifraga,  
 Dando siempre salud jamás la estraga.  
 Allí están los alumbres de Marbella,  
 Y de su bella mar el firme puerto,

Ronda, y su Guadiaro rio con ella  
Es el que cruza por allí en ubierto:  
La ciudad nueva de Algecira aquella,  
Y aquel el paso que Hércules dió abierto  
Con su fornida clava á los dos mares,  
Y aquellas sus columnas y pilares.

Allí muestran ahora el fin del mundo,  
Mas ya están por el cielo decretadas,  
A que serán de un Hércules segundo  
Sin segundo á otro mundo trasladadas,  
Cuando los golfos deste mar profundo  
Mil flotas sobre sí verán sembradas,  
Y acometidos de cualquiera barco,  
Cual si el mar fuese algun pequeño charco.

Allí es la antigua Cádiz, en quien hubo  
Templos de Alcides, y sus cortas gentes  
Pozos labraron, que contrarios tuvo  
La mar á sus manguantes y crecientes:  
Allí sembrado en el sepulcro estuvo,  
Que guarda de Gerion los descendientes,  
Un árbol, que de humana sangre lleno,  
Cubria de triste sombra el valle ameno.

El otro altivo y descollado risco,  
De blanca escarcha de azahar nevado,  
Y de encarnadas rosas y lentisco,  
Y carmesies claveles salpicado,

Que en el reino cristiano y el morisco  
Mas rico y fértil suelo no hay labrado,  
Es Zahara su nombre, y su belleza  
Lo último de hermosura y fortaleza.

El que allí de las rosas de su falda  
Entre jazmines se destila y nace,  
Y en sus riberas hechas de esmeralda  
Una iris bella con sus vueltas hace,  
Es el rio Guadalete, y su guirnalda  
La que á mayo en sus orlas contrahace,  
A donde dió de la fortuna el codo  
El último desden al valor godo.

Allí ciñe á Jerez, y hace frontera  
A un muro de diestrisimos ginetes,  
Y aquí de Baco y Ceres placentera  
Sus campos son alfombras y tapetes:  
Entapiza sus riscos por de fuera  
Mayo con sus floridos gallardetes,  
Que al descolgar del abundante agosto  
Granos se vuelven de oro, y rios de mosto.

Mas ya estotro rincón que solo queda  
Por ver de España á voces nos convida,  
Que en él cerremos la gallarda rueda  
En que va á su grandeza y pompa unida:  
De aquellas sierras de Alcaraz hereda,  
Y de la que con ellas está asida,



El claro Betis argentada espuma,  
Que es primer cero de su inmensa suma,  
Aquella es la Argentaria, que á tu hermano,  
Oh rey Morgante, dió castillo y muro,  
Y la que yerta va á la diestra mano,

De árboles llena, breña y monte oscuro,  
La alta preñez del monte Mariano,  
Estofada de plata y oro puro,  
De rojo cobre y bermellón los riscos,  
Y de grana nevados sus lentiscos.

Allí es Linares, que el Parnaso antiguo  
Sobre sus hombros tuvo, y aquel cerro  
El que encima la frente por su abrigo  
Un castillo labró y forjó de hierro:  
El puerto Muradal es el que digo,  
Donde, si un punto de Merlin no yerro,  
Degollaran mas moros en un día,  
Que á España dé en cien años Berberia.

Bilches, que fue un jayan, hoy encantado  
Encima aquel pináculo parece,  
Y el limpio arroyo de cristal nevado,  
Que cual veis nace allí, y aquí fenece,  
Será Guadalimar, que el un costado  
Rompe á Guadalquivir, donde le ofrece  
Entre una ola y otra al disimulo  
Las ruinas y destrozos de Castulo.

Por medio de ambas alza la cabeza  
Aquella tierra fértil y florida,  
Donde se ajusta de Úbeda y Baeza  
Con cadenas de flores la medida:  
Allí cayó por tierra la braveza  
De Africa, y la de Roma agradecida  
Le dió nombre y almenas por sus manos  
En los soberbios pueblos oretanos.

Aquellos riscos que al nacer el día  
La luz le toman y á la aurora el paso,  
Y en puntas sus pirámides envía  
El que está de los dos al turbio ocaso,  
Son donde ya Castaon ser solia,  
Y ahora Cazorla está, que en día escaso  
Goza el verano, y su encumbrada breña  
Al sol le asombra la dorada greña.

Aquel cristal, verdura y chapiteles  
Que allí coronan de oro una alta cumbre,  
De torres, de balcones, de rejoles  
Cargada su soberbia pesadumbre,  
Son de Jaen las fuentes y verjeles,  
Que al sol deslumbran la dorada lumbre;  
Y allí es Andújar, cuya alegre caza  
Examina al lebril de mejor raza.

La fértil sierra, donde el cielo quiso  
Por los riscos fundar y ásperas breñas  
A los ojos del mundo un paraíso,  
Y á Córdoba de sí un retrato y señas,  
Es la que allí se engarza de improviso,  
Cuyos jardines y floridas greñas,  
Entre cedros, olivos y parrales  
Bellos cuadros componen celestiales.

Es una alegre piña de frescuras,  
Florido y concertado ramillete,  
Que sin tierra nacido en peñas duras  
Al mundo sirve de inmortal pebete:  
Nieve el tierno azahar verdes alturas,  
El jazmin aquí un bosque, allí un retrete  
De lentisco y retamas, y por ellas  
Las rubias cidras, y toronjas bellas.

Allí los persas dieron por sus manos  
A su grandeza los primeros muros,  
Que despues destruyeron los romanos,  
Y abrieron de cimientos mal seguros:  
Aquí de Ategua los collados sanos  
Guadajós rompe con cristales puros,  
Y es la que por allí campea Baena,  
De ricos granos y granadas llena.

Las torres de Santella y Bujalance  
Del gran reino de Ceres son aquellas:  
Allí á Betis le da Genil alcance,  
Y á Ecija moja las almenas bellas;  
Donde en mortal se vió y temido trance  
Un escuadron divino de doncellas,  
Que por guardarse intactas á su esposo  
La tez mancharon de su rostro hermoso.

Aquellas son las ruedas sonoras  
De sus azudas, y estas las canales,  
Por donde en crespas olas espumosas

Los surcos humedecen sus cristales:  
Allí Parma y Carmona aguas vistosas  
A sus flores encañan y frutales,  
Y aquella es la pomposa cañeria  
Que agua á las plazas de Sevilla envía:  
La famosa ciudad que Alcides quiso  
Contra el gusto fundar de un agorero,  
Y la que Hispal fundó en hado preciso,  
Feliz estrella, y venturoso agüero:  
Y de su torre el levantado friso,  
Que por el aire rompe y vuela entero  
A esconder su Giralda en una nube,  
Es la que allí alegrando el mundo sube.

Con cinta de cristal por hemisferio  
En dos mitades la divide el rio:  
Itálica fué allí, que dió al imperio  
Monarcas en un tiempo y señorío;  
Y Utrera en substancioso refrigerio  
De sazonado pan le aumenta el brio:  
Y el Ajarafe rico en mas deleite  
Con su verde aceituna, y rubio aceite.

Guadalquivir allí en vuelta prolija  
Una isla hizo antigua celebrada,  
Que á los pintados pueblos de Lebríja  
Templo les tuvo, y torre levantada;  
Donde el bastardo hijo de la hija  
Del griego Cadmo la dejó fundada  
Del grave rio en el raudal agudo,  
De quien el tiempo desmembrarla pudo.

Estepa es aquel pueblo, cuyo asiento  
En puesto y en valor se hace eminente,  
Grave, y nunca vencido alojamiento  
De una tasada y combatida gente:  
Contra el romano ejército sangriento  
Campo mantuvo y ánimo valiente  
Por largos años, cuya fuerza pudo  
De sus espadas defender su escudo.

Mas desahuciada ya la resistencia  
Del muro, sin socorro, y sin abrigo,  
Y que del largo cerco la inclemencia  
La victoria otorgaba al enemigo;  
Arrestados de bárbara impaciencia,  
Poniendo al mundo en ella por testigo,  
Las puertas abren, dejan las murallas  
Los que han sobrado á las demás batallas:

Y en repentina cólera abrasada  
La noble sangre de sus firmes pechos,  
Las armas toman, y una tropa osada  
Van contra el enemigo campo hechos,  
A morir de una vez, ó dar vengada  
La ofensa de sus muros ya deshechos;  
Y el arrojado asalto fue de modo,  
Que en confuso tropel lo alteró todo:

Y sin dejar de todos hombre vivo,  
Ni menos que primero no matase,  
Su roto campo el general esquivo  
Al desierto lugar manda que pase;  
Y con asalto nuevo el muro altivo,  
Que sin defensa y gente está, se arrase,  
Y haga el saco y leyes de la guerra  
De la romana hambre cuanto encierra.

Entran llevados de la sed del oro,  
Cuando en la plaza una funesta hoguera  
Ardiendo en ella hallan el tesoro,  
Que el premio injusto de sus riñas era:  
Suben del humo en rechinar sonoro  
Globos en que la llama reverbera,  
Mostrando entre sus olas y bullicio  
Las víctimas del nuevo sacrificio.

Los que antes por guardar el fragil muro  
Entre niños quedaron y mujeres,  
Ardiendo hallaron en el humo obscuro  
Del fuego que abrasaba sus haberes:  
Cien mozos á este fin de ánimo impuro,  
Que eran derramar sangre sus placeres,

Dejaron que en su cruel intento fijos  
Tras sus padres matasen á sus hijos.

Asombrado quedó el furor romano  
Del no esperado bárbaro suceso,  
Y dejándose el pueblo entero y sano  
Huyó, y al huir mandó con bando espreso,  
Que nadie en sus despojos ponga mano,  
Mas que su alcázar y su muro ileso  
Al mundo eterno por coluna quede  
Desta victoria, y lo que España puede.»

Así el sabio francés volando abría  
Camino por las nubes con su barco,  
Que ya por cima el Betis revolvia  
La proa á ver de Océano el gran charco,  
Y un nuevo curso comenzar quería,  
Que al mundo haga con su vuelta un arco,  
Y comó el sol en su carroza bella  
Le ciña en torno tras los rastros della.

Cuando de Persia el rey, que en gusto atento  
De la abrasada historia iba colgado,  
Y sin perder accion ni movimiento,  
En su sabio discurso embelesado,  
Alegre al discurrir del dulce viento,  
« Señor, le dijo, pues habeis tomado  
Por gusto nuestro tan hermosa punta,  
Satisfacedme ahora una pregunta.

He oido que hay dudosas opiniones  
De sabios hombres, y de cuerda gente,  
Que tienen por soñadas invenciones  
Los que Antípodas llama el vulgo ausente:  
Y que de cinco, solas dos regiones  
El mundo goza en temple suficiente  
De poderse habitar, y el demás suelo,  
O lo abrasa el calor, ó abruma el yelo.

Deseo saber ¿ si el Orion armado  
Dejó tal dia de cernir su nieve?

¿ Si el frio Bootes tiene el mar cuajado,  
Ó cual los otros él sus ondas mueve?  
¿ Si el Sirio Can en llamas abrasado,  
Que fuego al mundo de inclemencias llueve,  
Tiene algun temple en su tostada estrella,  
O siempre humean los carbones della?

¿ Dónde este inmenso mar se acaba? y ¿ dónde  
Sus olas hallan término y ribera?

¿ Adonde el sol, cuando de aquí se esconde,  
Con sus dorados rayos reverbera!

¿ Si es de creer que allí la luna ronde  
En perpétuo silencio y noche eterna?

¿ O el dia le dé lumbré y luz diversa? »

Dijo, y el sabio así respondió al persa:  
« Ha estado en opinion, y lo está ahora.

¿ Si hay otro mundo mas que aquí parece,  
O si es gente soñada la que mora  
Donde ni el dia crece ni descrece?

¿ Si hay pueblos adelante de la aurora,  
Y el sol á otras naciones amanece?

¿ O cuando esconde aquí su luz divina  
Es todo soledad cuanto camina?

¿ Si en el aire la tierra está colgada,  
Y por abajo la rodea el cielo?

¿ Si anda la gente en ella trastornada,  
Y es posible tenerse en aquel suelo?

¿ Si es region firme, ó solo imaginada?

¿ O si el rojo calor, ó el blanco yelo  
Con su rigor la tienen consumida,  
Sin cosa en ella que sustente vida?

Ya hubo grave opinion que nos dió escrito,  
Que al ancho mundo en torno le abrazaba

Un vacío de inmenso circuito,  
A quien llegando sin pasar paraba,

Y en que se podia volar tiempo infinito,  
Quien se arrojase á su profunda cava,

Sin le hallar eternamente suelo,  
Ni él recibir cansancio con su vuelo.

Otro que estaba, dijo, sobre Atlante

La columna que al cielo sostenía,  
Y que la tierra y mar de allí adelante  
Con rojo fuego en su calor hervía:  
Y para hacer mas mundo en lo restante  
Otras varias quimeras componía  
De sombríos centauros y dragones,  
Pigmeos menudos, y anchos patagones.

Son fábulas del vulgo así admitidas,  
Que tiene por error verlas dudadas,  
De ignorancia engendradas y nacidas,  
Y con la larga edad acreditadas:  
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas  
Las gentes que detrás del mar sentadas  
Aparte hacen su mundo y vida ahora,  
Y nuestra noche tienen por aurora.

Entonces se verá, que aunque colgada  
La tierra tenga el aire, está sujeta  
A ser de humanos piés toda pisada,  
En firme globo de igualdad perfeta:  
Y llegará esta edad de oro cargada,  
El dia que España á hierro y fuego meta  
La grave carga que ahora le hace guerra,  
Y de una ley y un Dios haga su tierra.

Entonces sus banderas victoriosas,  
Llevando al sol por relumbrante guía,  
Tremolando darán sombras vistosas,  
Donde se acaba y donde nace el dia:  
Verán pueblos y gentes monstruosas,  
Y descubriendo cuanto el mar cubria,  
Podrán decir que hallaron y vencieron  
Mas mundo que otros entender supieron.

Verán nuevas estrellas en el cielo,  
Nuevos árboles, plantas y animales,  
Y lleno un abundante y fértil suecio  
De ricas pastas, de ásperos metales:  
De perlas, plata y oro un dulce anzuelo,  
Que con su cebo pesca hombres mortales,  
De cuyo gran tesoro sus armadas  
Cada año á España volverán cargadas.

Y porque no se tengan por ficciones  
De blanda cama y sueño concebidas,  
Y que la tierra tiene otras regiones  
A un santo rey guardadas y escondidas,  
Quiero á pesar del hado y sus prisiones  
Romper las nieblas de que están vestidas,  
Y hacer antes de tiempo si es posible,  
Lo que en otro ha de ser claro y visible.

Y porque en presto aliento y vista aguda  
El Nuevo Mundo os muestre su belleza,  
Sin que en sus sombras la haya tan menuda,  
Que no la alcance á ver vuestra grandeza;  
La parda raíz desta encantada ruda  
Su luz os prestará y su fortaleza,  
Y deste verso harán los puntos rojos,  
Que mas sean que de lince vuestros ojos.»

Dijo, y rumiando en sí de cuando en cuando  
De oculta ciencia nombres poderosos,  
Obedeciendo el aire fue aclarando  
De su esfera los senos mas nublosos:  
Y unos antojos de cristal forjando,  
De lunas y de cercos milagrosos,  
Así avivó con ellos sus sentidos,  
Que pudieran aun ver los no nacidos.

Ya el rubio sol, huyendo del gran vuelo  
Con que el veloz navío le seguía,  
A dar la nueva al encubierto suelo  
De su viaje descendido habia;  
Y por su ausencia el enlutado cielo,  
Cuajándose de varia pedrería,  
A festejar la blanca luna bella  
Aquí salía un lucero, allí una estrella.

Y aunque los que contemplan la hermosa  
De un limpio cielo, juzgan sus estrellas  
Vivas centellas, que en la noche obscura  
La luna rondan que camina entre ellas:

Mas á los que se acercan á su altura,  
Así se muestran en grandeza bellas,  
Que ya no son estrellas, mas sin cuento  
Islas de oro sembradas por el viento.

Es el cielo una masa soberana,  
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,  
Mas que el aire delgada y mas liviana,  
Sin impresion ni alteracion ninguna,  
Por donde vuela el sol cada mañana,  
Y las estrellas corren tras la luna,  
Como las aves por el fresco viento  
En vuelo igual, y sesgo movimiento.

Así las islas Cíanes moverse  
Solían sobre el Bósforo de Tracia,  
Y con nuevas riberas estenderse  
Hacia el crespó Carambe, ó la Sarmacia;  
Y sin hundir las olas, ni esconderse,  
Medir con su inconstante pertinacia  
Del un polo y del otro las anchuras,  
A sus libres y sueltas aventuras.

Y así tambien por el delgado cielo  
Volando vemos ir sus globos de oro,  
O bien como ahora en sosegado vuelo,  
O cual sospechan en cantar sonoro,  
Lloviendo en barajado curso al suelo  
De sus varias vislumbres el tesoro,  
Y midiendo los años y los dias  
Con luz ardiente, ó con tinieblas frias.

#### ALEGORIA.

En este libro, epilogo de las grandezas de España. se muestra que lo importante de la virtud, mas consiste en las obras, que en las palabras; y que el punto de la honra, mas está en merecerla, que no en celebrarla; pues España, atenta á mostrar su valor por obras, tan poca cuenta ha hecho siempre de encarecerlo con palabras: al revés de otras naciones, que de cualquiera menudencia se han preciado de hacer grandes catálogos.

### LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

**ARGUMENTO.** Prosigue Malgeest su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acocueten los necios del mesen de la Fortuna á saquear el Parnaso: deliéndeselo el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo, y las Musas, en honra de su victoria. le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

¡Va el barco tan alto, que pudiera  
Aferrar con el áncora en la luna,  
Y tomar puerto en ella, si quisiera  
Ver el mudable reino de fortuna;  
Y no allí solo, en sola aquella esfera,  
Mas en todas pudiera de una en una,  
Que como islas doradas á porfia,  
Que naciañ unas de otras parecia.

Así á los que huyendo las riberas  
De la bárbara Peucen, si el camino  
Toman, dejando el Ponto y sus laderas,  
A ver de Chio el regalado vino,  
Las Cícladas les van naciendo enteras  
Por el golfo á su estrecho mas vecino:  
Aquí Sirino, allí Lesbos, allá Amato,  
Y el Saxo puertó de un amante ingrato.

Y por el cielo así al cubrirse el dia  
Islas se fueron descubriendo de oro,  
La húmeda luna, la montaña fría  
De Saturno, y de Venus el tesoro,  
Su lucero amasado de alegría,  
De Marte el ronco estrépito sonoro,

Y la mayor fortuna que en su cumbre  
Joviales rayos da de alegre lumbré.

El sabio que en los ángulos del cielo  
Tan cerca vió la celestial milicia,  
De oír el son de su compuesto vuelo,  
Y ver sus globos de oro se acudicia:  
Y ya perdiendo de la vista el suelo,  
Del mundo superior dió así noticia,  
A aquellos que primero de la tierra  
Las pobrezas contó que su orbe encierra.

¿A quién no admira tu saber profundo,  
Oli arquitecto de amor, rey soberano,  
Si el uno considera y otro mundo  
Divina traza de tu heróica mano?  
¿El dulce contrapuesto amor fecundo,  
De su engage inmortal nudo galano,  
Conque su bien medida arquitectura,  
Si quedó mas hermosa, es de mas dura?

¿Este reloj de universal concierto,  
En ruedas, cursos y ejes tan medido,  
Que al sabio punto del primer acierto,  
Ni en tiempos ha ni en vueltas desmentido,  
A quien no admira, y deja descubierto  
De su autor el saber nunca sabido,  
Que ser le dió en su idea antes que fuese,  
Ni una esfera tras otra se moviese?

Allí estrellas labró, allí movimientos,  
Cielos, luces, planetas, conjunciones,  
Signos, centro, epiciclos, detrimentos,  
Puntas, gozos, caida, esaltaciones,  
Casas, orbes, apogios, decrementos,  
Solsticíos, cursos, vueltas, estaciones,  
Aspectos, rayos, aujes, deferentes,  
Climas, ruedas, esferas, y ascendientes.

El firme engage y armonia de cosas,  
Tan á plomo y compas encadenadas,  
Sin que haya una demás, todas forzosa  
A conservar un mundo enderezadas:  
En esto con sus vueltas presurosas  
A todos tiempos y horas ocupadas,  
Produciendo conforme á sus aspectos  
Una infinita variedad de efectos.

Si solo un cielo en nuestro mundo hubiera,  
Todas las cosas fueran de un tamaño;  
O siempre otoño, invierno, ó primavera,  
O todo plata, cobre, ó todo estaño:  
Nada se renovara, ni muriera,  
Ni en mil edades se acabara un año,  
Y el mundo en rueda fuera una pintura  
De unos mismos dibujos y figura.

A este fin el segundo movimiento  
Fue á las humanas cosas necesario,  
En que hacen debajo el firmamento  
Siete ruedas de luz curso contrario;  
Y mudando de casas y de asiento  
Un concurso revuelven ordinario,  
Con que del suelo las alegres vidas  
Unas ganadas van, y otras perdidas.

Lo que Saturno rompe y menoscaba,  
Júpiter lo reforma y consolida,  
A Marte temple la aspereza brava  
Del sol la antorcha de cristal lucida:  
Alegra Venus, y Mercurio agrava,  
El bien ó el mal; la luna repartida  
En mil rostros ayuda y favorece,  
Y así la variedad del mundo crece.

Estos aspectos, estas mutaciones  
De signos y planetas diferentes,  
La variedad nos dan de inclinaciones,  
Y sucesos del mundo y de sus gentes:  
Ciencias, habilidades, gracias, dones,  
Pechos villanos, ánimos valientes,  
Fuerza, disposicion, brio y belleza,  
Rica abundancia, y áspera pobreza.

Esmáltanse los campos de sus flores,

Brota el jazmín, y crece la azucena,  
 El ambar nace, y los demás olores  
 La tierra dejan de perfume: llena:  
 El hierro, plata, el oro, y las mejores  
 Perlas que dió la mar, y vió su arena,  
 Prados, yerbas, frutales, bosques, fuentes,  
 Destas mudanzas toman sus corrientes.

Y el mundo al fin, que sin los cielos fuera  
 Sombrio desierto, claustro tenebroso  
 Con el invierno es, y alí la primavera  
 Vergel florido, y campo deleitoso:  
 ¿Quién trazó esta armonía? ¿en qué manera  
 Su edificio se hizo milagroso?

Antes de fabricarlo, ¿dónde estaba  
 El gran saber que su beldad pintaba?

De lo que fue en los siglos eternos,  
 Cuando aun no bien el mundo habia nacido,  
 ¿Qué razon se hallará entre los mortales?  
 ¿Quién lo oyó? ¿quién lo supo? ¿quién lo vido?

¿En qué cimiento, sobre qué puntales  
 A la tierra se dió asiento medido?  
 Al enarcar las bóvedas del cielo,  
 ¿Quién sus cimbrias trazó? ¿quién dió el modelo?

¿De qué veta salió la pedrería  
 Que en ellas desde acá vemos sembrada?

¿De qué conchuela de oro nació el día?  
 ¿Y al sol quién le vistió su luz dorada?  
 El alba, y sus celajes de alegría,  
 ¿De qué pasta de nacar fue amasada?  
 ¿De qué sutil y soberano aliento  
 El aire adelgazó, y respiró el viento?

¿De qué limpio cristal el agua pura  
 Su licor destiló fresco y suave?  
 ¿Quién le vistió á la nieve su blancura,  
 Y sus alientos de volar al ave?

¿Desta inmortal lazada la hermosa  
 Qué ojos la vieron dar? ¿qué sabio sabe  
 Su duracion, el tiempo que le queda,  
 Y cuantas vueltas faltan á su rueda?

Si ya quisiese el brazo soberano,  
 Que aun lo que ser no tiene le obedece,  
 Deshacer con la fuerza de su mano  
 El mundo, y cuanto en él crece y descrece,

Y lo visible vuelto en aire vano,  
 Si huyendo de su ser desaparece,  
 Porque gusta de hacerlo de otro modo,  
 Siéndole fácil y posible todo;

Quando esta inmensa máquina abreviada  
 Hubiese á su primer no ser venido,  
 Y con divinas fuerzas apretada



A un punto indivisible reducido:  
 Lo que ahora vive, convertido en nada,  
 ¿A qué nuevo lugar se habria huido?  
 De nuestras cosas, y de nuestro mundo,

¿Quién llevaria las nuevas al segundo?  
 Mas dónde va mi pensamiento ahora?..  
 Oh lo que puede un levantar al cielo  
 Los ojos! que el gran bien que dentro mora

Al mas caido espíritu da vuelo:  
 Desta mi digresion fue causadora  
 La luz de su beldad, ante ella apelo;  
 Y vosotros, oh nuevos linceos sabios,  
 Su hermosura escuchad puesta en mis labios.

Ved en la cumbre y bóvedas distantes  
 De la altura del mundo dos centellas,  
 Que los zelos de Juno hicieron antes  
 Osos feroces, y el amor estrellas:  
 Y la rica guirnalda de diamantes,  
 Que de Ariana ciñó las sienes bellas,  
 Sobre los hombros de oro por mas fiesta,  
 De un perezoso carretero puesta.

El frio dragon que en roscas de oro al polo  
 Como un rio de estrellas se dilata,  
 Y Hércules que sobre él en un pié solo  
 Su clava esgrime de encendida plata:  
 La grave lira del sonoro Apolo,  
 Que en el leon ardiente se remata,  
 Y sus luces esconde cuando entero  
 Del mundo se despidie el turbio enero.

Ahora deba á sus cuerdas la armonia  
 Que un tiempo oyó Pitágoras, el cielo,  
 O el blanco cisne le haga compañía  
 Tambien en el cantar, como en el vuelo;  
 Que despues que de Aquiles la porfia  
 Volvió en ligera pluma el blanco pelo,  
 Con nuevas alas sobre el frio polo  
 Subió á buscar la citara de Apolo.

De Andrómeda la bella el padre anciano  
 Es aquel rey de la tiznada gente,  
 Que rubia estrella hecho, vuela ufano,  
 Del Capricornio en la arrugada frente:  
 De Casiopea el trono soberano,  
 Sentado en el torcido Cancro ardiente,  
 Y en el sagaz Perseo la cabeza  
 Del Gorgon vuelta á su primer belleza.

Del triángulo son esas las centellas  
 Que hacen corona al vellocino de oro,  
 Y Andrómeda desnuda en medio dellas,  
 Lloviendo aljófara de importuno lloro,  
 A un peñasco ligada hecho de estrellas,  
 Dos signos antes del florido Toro;  
 Que aun sobre el firmamento levantados  
 Los peces nadan por sus piés dorados.

El monstruo de la saugre de Medusa,  
 A quien sobre la clin la mano puesta,  
 El frio Aquario de verter no escusa  
 La urna de nieves y cristal compuesta;  
 Sus cerdas ahora en tempestad difusa  
 De aguas se lave, ó en carrera presta  
 Quiera sobre el de aquel tupido yelo  
 Huirse á mas templado y fértil cielo.

El delfin que á Arion en sus espaldas  
 Apoyó un tiempo, y ahora alumbra el mundo,  
 Y la saeta con las manchas pardas  
 De la Idra negra, y su veneno inmundo:  
 El águila real de uñas bastardas,  
 Que de Troya robó el parto fecundo,  
 De adonde trasladado á mejor plaza,  
 De néctar sirvió á Júpiter la taza.

El Ofiuco soberbio serpentario  
 Aquel es, y el dragon en oro abierto  
 Le da en el cuerpo nudo extraordinario,  
 De estrellas todo y claridad cubierto:  
 Y entre el Tauro y el Géminis el vario  
 Eritronio, que es hombre en sierpe enjerto,  
 Con los otros seis signos, cuyo vuelo  
 Corre por este cóncavo del cielo.

Mirad tambien del Orion armado  
 A esotra parte del contrario mundo,  
 El ceño horrible, el tahalí dorado,  
 Con que altera, y amansa el mar profundo:  
 El sirio Can en llamas abrasado,  
 Con la luz del primero y del segundo,

Que el cielo alegran, y su fuego ofende,  
 Cuando en mas rayos de oro el sol lo enciende.

Ved como de ambas luces temerosa  
 Huyendo la estrellada liebre vuela,  
 Y del griego Jason la nave hermosa,  
 Que fue del navegar primera escuela:  
 De Alcides la ancha hidria cavernosa  
 Que así su plateada escama yela,  
 Que á enfriar puso en su nevada plaza  
 Ganimedes de Júpiter la taza.

El negro cuervo, blanco antiguamente  
 Quando era paje de Coronis bella,  
 De llamas de oro allí resplandeciente  
 Hecha de luces da una ardiente pella:  
 Y el centauro Chiron, ayo prudente,  
 De Aquiles y Esculapio vuelto estrella,  
 Y allí el cruel rey de Arcadia lobo hecho,  
 De luces lleva remendado el pecho.

El ara en otro tiempo ardiendo incienso,  
 El mudo pez, la incógnita ballena,  
 El Eridanio hermoso á quien dan censo  
 De ámbiar las arboledas de su arena:  
 La rueda de Ixion, que en cerco inmenso  
 De estrellas, resplandor y luces llena  
 Compone un cielo aparte, y el milano  
 Que volvió rica á Júpiter la mano.

Así por la ancha máquina del cielo  
 Notando el sabio iba aspectos varios,  
 Con prudente midiendo y fértil vuelo  
 Efectos uniformes y contrarios:  
 Mas yo que por tan alto paralelo  
 Fuera voy de caminos ordinarios,  
 Al bajo suelo vuelvo, no suceda  
 Trastornar dos Faetones una rueda.

Que en tanto que ellos por region tan nueva  
 Gozando van del celestial tesoro,  
 Bernardo en la espantosa oculta cueva  
 La luz bebiendo está de un rayo de oro,  
 Que con prudente paso á dar le lleva  
 De la escondida gruta al mejor poro,  
 Que le escupió de su profundo entierro  
 Al pié florido de un vistoso cerro.

Conoció por las señas el Parnaso  
 De dos puntas que buscan las estrellas,  
 Y en moderado aliento y grave paso  
 Subiendo fue por las vertientes dellas:  
 La senda inculca y el camino escaso  
 Advierte que hay de allí á sus cumbres bellas,  
 Y el confuso escuadron que al pié del monte  
 Horrible hace y bárbaro horizonte.

Los monstruos digo, que la eúrnea puerta  
 De aquellos valles lóbregos vomita,  
 Cuya escuadra con trápala y rehierta  
 Cercada va de confusion y grita:  
 En estraños visajes descubierta  
 La vana inclinacion á que la incita  
 El brutal gusto del brebaje extraño  
 De la dorada taza del engaño.

Púsose á ver el español guerrero,  
 De una alta peña por un breve rato,  
 De aquel descuadernado vulgo fiero  
 El tropel ciego y bárbaro rebato:  
 Las nuevas sendas en que un mundo entero  
 Sin rienda corre al diferente trato,  
 Que ahora sea justo, ahora injusto,  
 A cada cual le trae y pide el gusto.

Iban á dar con ejercicios varios  
 Por marañadas sendas y caminos,  
 (Aun en oficio y opinion contrarios,  
 Que tambien hay contrarios desatinos)  
 A un gran palacio, cuyos lacunarios,  
 Y almenajes de lazos peregrinos,  
 De fuera un cielo hacen, y de dentro  
 Son de desórden y locura el centro.

El meson y hospedaje de la luna



Este alto alcázar lóbrego se llama,  
Hospital de los locos de fortuna,  
Que á tiento siembra el bien y el mal derrama;  
Donde apenas de mil cabezas una  
De los ramos se libra desta rama;  
Que en nuestra infima esfera y tierra obscura,  
¿Quién hay sin senda ó ramo de locura?

De esfinges, hidras, sátiros, briaricos,  
Faunos, arpias, ciclopes, quimeras,  
De centauros, gigantes y pigmeos,  
Cubiertas van del monte las laderas:  
Scilas, Caribdes, y otros monstruos feos  
De hermafroditas trazas y maneras,  
Cada uno por su senda y su camino,  
Tras su discurso y nuevo desatino.

Una envidiosa Aglaura, convertida  
En dura piedra; un Midas avariento,  
Que de las mesas de oro sin comida  
Ayuno queda, y se levanta hambriento;  
Un Argos, velador de ajena vida,  
Dormido á su importancia, y soñoliento;  
Una Aragne sutil, que es cuanto toca  
Tejer ajenas vidas con la boca.

Un Licaon en lobo, que se traga  
La sangre y el honor de su vecino;  
Un Calidonio jabali, que estraga  
Cuanto se encuentra y halla de camino;  
Atis, un vano amante, que por paga  
De su amor queda convertido en pino;  
Una obstinada Niobe de peña,  
Y una arrogante Antigone en cigüeña.

Un Anteon en ciervo, que sus perros  
Por cazar él á otros, le dan caza;  
Un cruel Edipo, que entre duros hierros,  
Por sus dos hijos la garganta enlaza:  
Un ruseñor cantando ajenos yerros,  
Medeas, que de sus carnes hacen plaza;  
Y mil Prognos de tocas alheñadas,  
Que sus hijos ó hijas dan guisadas.

Cadmos aquí y allí vueltos dragones,  
Mil Cécropes en simias burladoras,  
Hipómenes y Atlanta hechos leones,  
Y en grajas las Pyeres burladoras,  
Contra mujeres nuevos Pigmaleones,  
Y ellas en habla y músicas sonoras  
Sirenas vueltas ciegan los sentidos,  
Que quedan por sus costas destruidos.

Un Proteo, un Vertuno, que se muda  
En diferentes formas cada rato,  
Y con lionjas de alcanzar no duda  
De la mesa del rey el mejor plato:  
Y otro menos discreto, que se anuda  
Como yedra á un estéril olmo ingrato,  
Que en tanto pueblo de malicias lleno  
Bien cabe el asno inútil de Sileno.

Los gigantes pigmeos, contra el cielo,  
Y los que de anchos hongos producidos  
Tan nuevo fingen su linaje al suelo,  
Que apenas quieren de hombres ser nacidos;  
Mas fuera del humano paralelo  
Darse en nuevas fantasmas convertidos,  
Con el ropaje que les dió de nuevo  
Del dulce engaño el venenoso cebo.

Todas estas fantásticas figuras,  
Que en contrahechos bultos de animales,  
Por las cavernas van saliendo obscuras  
Al teatro de las lumbres celestiales,  
Del sacro monte puesto en las alturas,  
Ajeno contemplaba de sus males  
El discreto español, á quien el hado  
Igual le dió la luz con el cuidado.

Y sin dar paso atrás por el camino,  
Que ya se muestra en el subir mas llano,  
De un collado á la alegre cumbre vino,  
Puesta á la sombra de un laurel lozano,

De donde en un confuso torbellino  
Venir sin órden vió un vulgo liviano  
Contra el sagrado monte, cuya sierra  
Al mundo su mayor tesoro encierra.

Y por la senda que delante tiene  
Correr la posta mira á un caballero,  
Que á dar el prevenido aviso viene  
Del ciego vulgo y campo vocinglero:  
»Huid, dice, señor, huid, que conviene,  
Huid á lo mas alto, huid ligero,  
Que el confuso escuadron del vulgo triste  
Al sacro monte sin piedad embiste.»

Y sin mas aguardar á toda rienda  
Volando pasa la montaña arriba,  
Sin que el español jóven nada entienda  
Del temeroso sobresalto en que iba:  
Bien que por ver la desigual contienda,  
Con que al monte el confuso vulgo arriba  
Entre una hueca polvorienta nube,  
Al crespo gajo de un peñasco sube.

De allí acercarse mira á la montaña  
El monstruoso rebano de quimeras,  
Que en cuerpos de hombres traen (¡cosa extraña!)  
Enjertos rostros y ánimos de fieras:  
Melancólico sueño que le engaña  
Juzga de tantos monstruos las maneras,  
Los corvos dientes, los torcidos lomos,  
Y gruesos labios de testuces romos.

En bayo desbocado frison viene,  
Sin firme freno ni compuesta silla,  
Un hinchado jayan, que el cargo tiene  
De capitán de la infeliz cuadrilla:  
Y el potro, sin bocado que le enfrene,  
Aquí le encumbra, y acullá le humilla;  
Tras él su gente, que en seguirle en todo  
Sabe, y no en mas guardar sin órden modo.

Son todos á un compás cortos de vista,  
Causa que nadie venga sin antojos,  
Y aunque unos de una, y otros de otra lista,  
De grandes lenguas y pequeños ojos;  
Que el necio es importuno coronista,  
Y cuanto alcanza y sabe, por antojos:  
Sin armas; que las suyas mas atroces  
Son en vez de razon confusas voces.

Era, sabed, señor, el gran fracaso  
De la canalla bárbara importuna,  
Que á saquear acometió el Parnaso  
Los necios del meson de la Fortuna,  
Que en cuarto aparte con cerebro escaso  
Los rostros adivinan de la luna,  
Y ahora de viento las cabezas llenas,  
De la gavia han rompido las cadenas.

Salieron todos del convento oculto  
A gritos pregonando sus locuras,  
Como en la misa suele el pueblo inculto  
Con voces espantar las sepulturas:  
Y de un ciego escuadron el negro bulto  
Mal formadas endechas brama á obscuras,  
Inquietando en confusas vocerías  
De sus difuntos las cenizas frías.

En ridiculos gestos y visajes  
La inútil descompuesta escuadra corre:  
Unos en huecos y anchos personajes  
Otro que su habla sirva de celajes,  
Que su ignorancia cubra, y él ahorre  
Con prevenidos dichos aparentes  
La opinion que no alcanza en los oyentes.

Quién, al arco de un vano amor fingido  
Idolatrando va en unos cabellos:  
Quién con un cerco piensa mal medido  
De los cielos saber cuanto hay en ellos:  
Quién, hecho un torpe mozo desabrido  
Los otros quiere á golpes desbacerlos:  
Y quién, averiguando con grave celo

Lo que viste el cabron ¿si es lana, ó pelo?

Quién, de la barba encrespa la guedeja,  
Por hacer mas robusta la figura;  
Quién, se finge leon, siendo de oveja  
Un hinchado pulmon de sangre obscura;  
Quién, por parecer niña, siendo vieja,  
Desplega el rostro, y pliega la cintura,  
Haciendo en sus historias y entremeses,  
Los meses dias, y los años meses.

Quién, buscando arreboles desentraña  
Las ricas conchas que la Arabia cria,  
Quién, los de su florido rostro empaña  
Comiendo tierra desabrida y fria,  
Quién, con fingida hipocresia engaña  
Al que sin recatarse dél se fia,  
Y en el cielo los ojos, con la mano  
El corazón le roba almas cercano.

Admirado dejó al valiente godo  
El delirar de la ignorante gente,  
Y cuan fuera de término y de modo  
De sus locuras iba la corriente:  
Cuando en nuevo alarido el campo todo  
Del monte dió en las faldas de repente,  
Perturbando con ánimos crueles  
La agradable quietud de sus laureles.

Cogieron vanamente humildes flores  
De las que en el vallar del bosque habia,  
Y pudieran los riesgos ser mayores  
En daño á la sagrada compañía  
De aquel que con dorados resplandores  
Rastrando trae tras su carro el dia,  
Que á visitar bajaba en la espesura  
De Adonis la florida sepultura:

Si el gallardo español al torpe asalto  
Con la desnuda espada no hiciera  
De la alta peña un atrevido salto,  
Que fue del monte la primer barrera,  
Cuyo invencible brazo al campo falto  
Estrecho freno puso de manera,  
Que á fuerza de rigor suspendió el paso  
De la hurtada subida del Parnaso.

Y allí esgrimiendo la luciente espada,  
A este asombra, aquel mata, al otro hiere  
De tajo, de mandoble, y de estocada,  
Uno cae, otro huye, y otro muere:  
Con barba adulterina y alheñada  
Un embustero le aguardó, que quiere  
En negra tizne y vano pasatiempo  
Las canas esconder, y atar el tiempo.

Llévole de los dos carrillos uno,  
La costa haciendo menos y el trabajo,  
Y á otro en su afectado brio importuno  
Contrucho le dejó de un altibajo:  
A uno de graves pasos sin ninguno,  
A otro el cerebro le rompió de un tajo,  
Cuya herida exhaló mas vano aliento  
Que contra Eneas sopló el señor del viento.

Y él cercado de incautas sabandijas  
Un importuno enjambré le persigue.  
Tal que en triste esgrimir voces prolijas,  
Adonde quiera sin piedad le sigue:  
No de Aqueronte las nocturnas hijas,  
Cuando del mundo su rigor consigue  
Tiránica victoria, mas espanto  
Los gritos causan de su horrible llanto.

Ni en mayor confusion andan las cosas  
En sus sangrientas manos barajadas,  
Que en aquellas escuadras monstruosas,  
De diversas fantasmas amasadas:  
El rubio Apolo con sus nueve diosas,  
Del súbito alarido alborotadas,  
Del monte se voló á la enhiesta cumbre,  
Que al cielo incienso da, y al mundo lumbre.

Alegre el sacro coro en honra mira  
Del español mancebo las batallas,

Y el brio gallardo en que revuelve y gira  
Del limpio acero las turbadas mallas:  
El aliento y valor con que retira  
De los fingidos monstruos las canallas  
Que huyen dél como volando sube  
Del hueco humo la liviana nube.

Ya el alterado vulgo alharaquiento  
Medroso á la experiencia de la mano  
Del gallardo leonés, por huir sin tiento,  
Cayendo iba en los senos de un pantano:  
Cuando arrogante en contrahecho aliento,  
Mas que pluma el jayan salió liviano  
En frison, que en menguante luna nueva,  
Sin freno aquí y allí le trae y lleva.

Pensó hundirlo á descompuestas voces  
La aplomada figura corpulenta,  
Y que él á espantos, y su potro á coces  
En breve dieran de su orgullo cuenta:  
¡Mas de qué fruto son gritos feroces,  
Si el alma sus corajes no alimenta,  
Y al compuesto español medir le agrada  
El corte de su lengua al de su espada?

Por ella le embasó una aguda punta,  
Y de un diestro revés le abrió un costado,  
Con que sin alma la amasada junta  
De desconciertos vino al verde prado:  
(¡Caso extraño!) la máquina difunta  
Apenas midió el suelo arrebolado,  
Cuando los monstruos que su campo encierra  
Los unos se hacen á los otros guerra.

Bernardo que de aquella inútil gente  
Libre se vió, y desocupado el paso,  
Por su primer camino diligente  
Buscando va las cumbres del Parnaso:  
Cuando del escuadron resplandeciente,  
Que los cristales guarda de Pegaso  
Rodeado se vió, y que en nueva gloria  
El parabien le dan de la victoria.

Y en pago al gran servicio de su mano,  
El dios que al rubio sol presta la lumbre,  
En nueva pompa y triunfo soberano  
Del monte le subió á la excelsa cumbre,  
Adonde en medio de un florido llano  
Se descubre la ilustre pesadumbre  
Del templo heroico de una diosa santa,  
Que al tiempo vence y á la muerte espanta.

Las dóricas columnas levantadas  
De lustroso cristal y jaspé obscuro,  
De cuatro en cuatro en proporcion sentadas  
Cien arcos forman en lugar de muro,  
Con otras tantas bóvedas grabadas  
En finos lazos de oro y mármol duro,  
Adonde en forma esférica se afija  
Del edificio la primer cornija.

Sobre ellas de acroterias levantada,  
En compuesta labor y arquitectura,  
La fábrica feliz sube cargada  
De mas precio, mas gala, y mas hechura,  
De siete hermosas torres coronada,  
Que á las nubes igualan en altura,  
Con chapiteles de oro, y las almenas  
De-varios lazos y molduras llenas.

En tres órdenes de arcos va subiendo  
El vuelo de la máquina vistosa,  
Los revelados altós descreciendo  
Cuanto en materia crecen mas preciosa:  
Por las últimas bóvedas naciendo  
De tres torres la fábrica espaciosa,  
Con balcones, andenes, y pretilles  
En traza varios, y en labor sutiles.

Cien brazos suben de alto las primeras  
Columnas, las segundas son menores,  
Menores y mas ricas las terceras,  
De lazos llenas todas y de flores:  
Las vetas de almendrado jaspé enteras,

En contrahechos brutescos dan labores  
 Al cristal, al zafiro, al rubí ardiente,  
 Que por las cimbras vuelan de su frente.  
 En el redondo cerco, que enlosado  
 De alabastro y de pórfido parece,  
 Un firme globo en aire fabricado,  
 Con variedades mil crece y descrece:  
 Y en otras cien colinas levantado  
 De carbuncos un cielo resplandece,  
 Con una y otra y otra torre; y dellas  
 Las que mas se levantan son mas bellas.  
 La postrera de todas, que en altura  
 A las delgadas nubes se adelanta,  
 Con luz de su divina arquitectura,  
 Mientras mas se contempla mas espanta,  
 Donde en nuevos primores su escultura  
 La máquina feliz cierra, con cuanta  
 Beldad y gracia puede en esta parte  
 Decir la lengua, y alcanzar el arte.  
 De alados hombros, y en la mano un peso,  
 Con que el viento nos pesa de la vida,  
 Grave en los males, y en el bien sin seso,

Y siempre en ambas partes de partida,  
 El viejo tiempo, universal proceso  
 De las edades, carga desabrada,  
 De giralda servia en esta torre,  
 Que el tiempo vuela adonde su aire corre.  
 Y al gran discurso del reloj mudable  
 Volcando el mundo va de rueda en rueda,  
 Y tras él la fortuna, que de inestable  
 Jamás supo tener la suya queda:  
 Yendo en carrera y curso irreparable  
 La corta vida humana, hasta que queda,  
 Deshilvanando el tiempo lisonjero  
 Un día y otro y otro, en el postrero.  
 De preciosos colores matizadas,  
 Por las salas y patios anchurosos,  
 Bellas historias, fábulas preñadas  
 De doblados centauros belicosos,  
 Del niño amor empresas regaladas,  
 De su padre los rayos poderosos,  
 Con cuanto el mundo oyó, y la fama gira  
 En sus cien ojos si con tantos mira.  
 Los imperios, gobiernos, monarquías



De Persas, Medos, Griegos y Romanos  
 Su crecer y menguar, y las porfias  
 De astutos Mirmidones y Troyanos:  
 Las sirenas, selenos y arpías,

El Itacense y sus naufragios vanos,  
 Niobes, Progenes, Cleópatras, Lucrecias,  
 Unas crueles, locas, y otras necias.  
 Aquí Augustos, Pompeyos, Scipiones,

Allí Atilas, Yugurtas y Anibales,  
Crasos, Ciros, Mecencios, Licaones,  
Scilas y Marios, Prognos y Tubales:  
Para cada Torcato hay dos Nerones,  
Que siempre es poco el bien, muchos los males:  
Arcos, torres, pirámides, colosos,  
Obras vanas de pechos ambiciosos.

Al fin cuanto en el mundo ha merecido  
En famoso pregon ser celebrado,  
Libre de la polilla del olvido  
Por privilegio y cédula del hado,  
Con eternos buriles esculpido,  
O con pincel divino dibujado,  
En aquel templo esférico servia  
De agradable inmortal tapicería.

Altivos hechos del valor de España  
En cuadros de oro daban resplandores,  
Cuyos colosos de grandeza estraña  
De los mas altos quedan superiores:  
A donde al bronce que la vista engaña  
Su rica estatua dió nuevos primores,  
Con los diestros buriles de la fama,  
Que á eterna duración la suya llama.

»Esta le dijo Apolo, en nombre eterno  
Aquí del tuyo queda consagrada,  
A quien tu duro brazo, ahora tierno,  
Dejará de grandezas coronada;  
Y aunque entre nieblas de un prolijo invierno  
Por estos ocho siglos olvidada,  
Sin la luz volará que ahora tiene,  
Ni esto te entibie, ni tu espada enfrene.

Que apenas de los dos planetas de oro  
La magna conjuncion que ayer se hizo  
En el frio Sagitario al pueblo moro  
Favorable, y su cetro advenedizo;  
A España entero volverá el tesoro,  
Que su infeliz concurso le deslizo,  
Cuando segunda vez tu heróico nombre,  
Como tu espada ahora el mundo asombre.

Digo que cuando el orbe goce desta  
Séptima conjuncion las maravillas,  
Y España en su primer grandeza puesta  
De una silla real haga sus sillars;  
De un ramo de laurel desta floresta  
En una nacerá de dos Castillas,  
A vueltas de otros cisnes una pluma,  
Que á tus hechos daré compendio y suma.

Entonces volverá florido al mundo  
Tu nombre con el suyo renovado,  
De los senos sacando del profundo  
Lo que de tí allí tiene escrito el hado:  
Tú serás el primero, él el segundo,  
Ambos de un mismo nombre y un cuidado,  
Tú en hacer con tu espada maravillas,  
Y él con su humilde pluma en escribillas.»

Dijo, y del templo á la famosa fuente,  
Que abrió en un risco la uña de Pegaso,  
En medio el escuadron resplandeciente,  
Que al mundo luz, y fama da al Parnaso,  
Venia Bernardo, cuando á su corriente  
El gajo de una peña torció el paso;  
Saltóle el agua al rostro, y al ruido  
Huyó á esconderse cuanto vió dormido.

Hallóse dentro en la sagrada cueva  
Sobre las secas yerbas recostado,  
De que poco antes se hizo cama nueva,  
Y á la dama labró un humilde estrado:  
Y aunque el sueño huyó en bastante prueba  
De no ser todo sueño lo soñado,  
Mojado se halló el rostro del rocío,  
Que al caliente Morfeo volvió frio.

Y bien que no de la agua del Parnaso,  
Era al fin de las ramas y maleza,  
De que cercado estaba, y Ofa acaso  
Las sacudió al pasar con la cabeza:

Salió con gusto enflaquecido y laso,  
Dejando de la cueva la aspereza,  
Y con la dama de la suya al lado  
A buscar se dispuso algun poblado.

Por una senda de la selva espesa,  
Que al primer paso sin pensar les vino,  
A buscar el lugar donde atraviesa  
De comun parecer abren camino:  
Y cuando el sol el dia en igual pesa  
A un arroyo llegaron cristalino;  
Que su frescura entre el calor paria  
Deseos de tenerle compañía.

Su alegre sombra, y la encalmada siesta  
La bella china dieron desmayada,  
Y al ruido de la fuente y la floresta  
Entre la yerba en sueño sepultada:  
Y su jóven, el alma en bandos puesta,  
La cabeza en la mano reclinata,  
A pesar de cuidados, el florido  
Prado á un tiempo tambien le vió dormido.

Mas en tanto que al breve sueño un rato  
Del fiel cuidado alfoja la memoria  
El sucesor del español Viriato,  
De su valor retrato y de su gloria,  
Quiero por principal, ó por ornato  
Al grave asunto desta heróica historia,  
Satisfacer á una pequeña duda,  
Que cobrar podria lengua, aunque está muda.

Yo digo del furor del sueño estraño  
Que á Bernardo alteró la fantasia,  
¿Si fue mágico embuste, ó ciego engaño,  
Que le antojaba ver lo que no via?  
¿Si era fingido ó verdadero el daño,  
Que en los collados del Parnaso hacia  
Aquel monstruoso ejército de gente,  
Rendida al golpe de su espada ardiente?

Los mas condenan por fingido el caso,  
Vana imaginacion, sombras de viento,  
Que sucesos de Musas y Parnaso,  
Mas que historia y verdad, parecen cuento:  
¿Quién jamás vió la fuente de Pegaso?  
¿Quién de Helicon supo el propio asiento?  
Las Musas, y su rubio presidente,  
Sueños de Homero ¿quién los hizo gente?

Solo para quedar soñado es bueno  
El cuento, dice el émulo envidioso,  
Y bien que de alma y de doctrina lleno,  
Causado en lo demás y sospechoso:  
Yo ahora ni lo apruebo ni condeno,  
O sea verdadero, ó fabuloso;  
Lo siguiente es verdad, lo demás quede  
A quien con discrecion juzgarlo puede.

De Peñalonga un real sepulcro antiguo  
Nombre ilustre conserva de Bernardo,  
Y el tiempo de grandezas enemigo  
Su fino jaspe ha vuelto en mármol pardo:  
Este por ser de su valor testigo,  
Y el bulto verde, pecho tan gallardo,  
Y su arnés de enemiga sangre tinto,  
Abrir mandó el invicto Carlos Quinto.

Abriéronlo, y hallaron hecho tierra  
El que antes asombro de los hombres  
Porque del que asombró vivo en la guerra,  
De que sea polvo tú tambien te asombres:  
Al fin cuanto la antigua tumba encierra  
Es eco de los célebres renombres  
Que en el mundo alcanzó su brazo fuerte,  
Y allí volvió ceniza el de la muerte.

Pasó el César despues que á los famosos  
Huesos honra añadió con su presencia,  
Y uno de los que en ojos cuidadosos  
Del sepulcro notaron la escelerencia,  
Vió que de aquellos miembros belicosos  
La fria ceniza hacia diferencia,  
Y á la heróica cabeza levantada

Algo de antigüedad daba almohada.

Metió la mano, y encontró de acero  
Un cofre, y retiróla sin sacalle,  
Que la golosa hambre del dinero  
A solas, si oro es, quiere gozalle:  
Volvió de noche, y al que un mundo entero  
Temió, no teme ahora de roballe  
En su quietud un ánimo avariento,  
Que lo suele asombrar con aire el viento.

Sacó del tiempo el cofre consumido,  
Y dentro dél en otro rico de oro  
Vió un libro en sus cubiertas repartido  
A su hidrópica sed largo tesoro:  
Abriólo, y en lenguaje desabrído,  
Aunque en estilo y discurrir sonoro,  
De Bernardo halló, y desta victoria,  
En graves versos una heroica historia.

Dióle avariento premio á su trabajo  
Del escondido cofre el oro fino,  
Y el rico libro por humilde y bajo  
De mano en mano á las de un sabio vino,  
Que un día á las mias por favor le trajo,  
O en desden, ó en espíritu adivino,  
De que en el mio habia atrevimiento  
Al arrojado antojo de su cuento.

Toméle, y de su amor en los engaños  
Mi ciega juventud entretenía,  
Y notando los nombres y los años,  
¿Si habla, dije, de mí esta profecía?  
Glorias tan altas, casos tan estraños,  
¿Contar sabrá la humilde pluma mía?  
¿Tanto por dicha bajarán el vuelo  
Los que un tiempo volaron por el cielo?

Y entre el temer y osar, un nuevo aliento  
Divino ó natural nació en mi pluma,  
Para hacer, conforme á mi talento,  
Del grande libro una pequeña suma:  
Este es de mi alta historia el fundamento;  
Quien no quiera agraviarme, no presuma  
Que yo para su adorno y elegancia  
Cosa le añada ó quite de importancia.

El sueño fue verdad, y eslo sin duda  
Ser este el no sabido fundamento,  
De que un plebeyo vulgo en lengua ruda  
Tantos groseros poemas siembre al viento;  
Pues para que en secundo parto acuda  
La madura preñez de un pensamiento,  
Conviene que el ardiente seso alumbre  
De Temis santa la divina lumbre.

Ya en esto de Bernardo el sueño apenas  
Vista y sentidos le dejó encantados,  
Cuando unas voces de alboroto llenas  
De quietos los dejaron alterados:  
Y del corriente arroyo en las arenas  
Una doncella en pasos desmayados  
Caida vió, que llena de agonía  
La ardiente boca de un leon huía.

Llegó el rojo animal sobre la fuente,  
O cebado en la tímida doncella,  
O en insufrible sed, la siesta ardiente  
Del monte le bajase á beber della:  
Dió el español un salto diligente  
Conque al chocar de encuentro le atropella,  
Y de otro golpe con destreza rara  
A un tiempo le destronca y desquijara.

No con mas brio, ni pecho mas gallardo,  
En lo ancho del Nemeo bosque umbroso,  
De Alcmena solía el gran bastardo  
Un leon destrozár, rendir un oso,  
Ni el que puesto en los signos por resguardo  
Bochornos llueve al mundo caluroso  
Con mas valientes garras mide el cielo,  
Que el que muerto envió Bernardo al suelo.

Libre la dama ya del primer llanto  
Conque animaba su veloz huida

Los temores perdió, mas no el espanto  
De aquel valor que le amparó la vida:  
Y ya desahogado el pecho tanto,  
Que aliento dió á la voz enflaquecida,  
«¡Oh valiente mancebo! el cielo al modo  
De tu brazo te dé la dicha en todo.»

Dijo, y al márgen de la fresca fuente  
Con Olfa fue á sentarse, que agradada  
De su gallardo talle, en el presente  
Sobresalto la vuelve reportada:  
Y ella, «¡oh alegre beldad! dichosamente,  
Dijo, del mismo Marte acompañada,  
Bien es tal hermosura y gracia dina  
De ser dueño de joya tan divina.

Y si lo sois, señora, cual sospecho,  
Deste gallardo brazo peregrino,  
Decíme ¿dónde por aquí derecho  
Para mi bien tomastes el camino?  
Si por ventura vais, como sospecho,  
A las fiestas de Acaya, yo adivino  
Que Crisalba saldrá del triste aprieto  
En que la tiene un bárbaro sugeto.»

Con nuevas rosas refrescando el mayo  
De ambas mejillas respondió la dama:  
«No sé que sea señora del que trayo,  
Ni que éltenga otro dueño que á su fama,  
Si ya de un sol el poderoso rayo  
Nos ha hecho á él y á mí siervos de una ama:  
De fiestas no sabemos que las haya,  
Que el mar cual veis nos escupió en la playa.»

Bernardo ufano en la sagaz respuesta,  
Que el seso dió de la prudente china,  
¿Adónde, ó por qué fin se hace la fiesta?  
A la doncella pide peregrina:

A quien ella, «señor, está propuesta  
En Milene, ciudad circunvecina,  
Donde Gloricia por mayor tesoro  
Guarda á Crisalba en un castillo de oro.

Es Crisalba hija del señor de Creta,  
De su tierra heredera obedecida,  
Tierra á quien infeliz virtud secreta  
En tristes llantos tiene consumida:  
De adonde la Alemana huyó discreta  
Con su nieta, que es alma de su vida,  
Y la que en Creta es reina por empresa,  
De Acaya es, antes de heredar, duquesa.

Tiene en Milene córte y real palacio  
De su ancha mar en la espumosa raya,  
Donde con grave pompa en largo espacio  
Lo mejor de sus golfos atalaya:  
Aquí desde el Ligurio al mar Carpacio  
Tributa y da su cristalina playa,  
Para adorno y regalo de su córte,  
Cuanto la Libia encierra, y mira el Norte.

Y aquí de cinco reyes comarcanos  
Pedidas fueron sus alegres bodas,  
El rey de Licaonia, el de Romanos,  
El de Sicilia, el de Corinto, y Rodas:  
Pero su padre con temores vanos,  
Viendo en su daño las demandas todas,  
Con el acuerdo de su astuta abuela,  
Que en el bien de la infanta se desvela,

En el real campo de Milene quiere  
Alegres justas se hagan, donde acuda  
A conquistar mujer quien la quisiere,  
Con lanza que hable, y con la lengua muda;  
Y que sea la duquesa de quien fuere  
Mas valeroso, sin que quede en duda,  
Si su padre le dió ó quitó imprudente  
Esposo mas ó menos excelente.

Es nuestro rey Tifeo advenedizo  
A estas ardientes islas de aquel suelo,  
A quien el encubierto Norte hizo  
Guerra ordinaria de importuno yelo:  
Amor le trayo á Creta, allí su hechizo

De su patria olvidar le hizo el cielo,  
Y el cetro de gran duque de Colonia  
Al de Acaya trocó, y de Macedonia.

Un bárbaro Sajon su rico estado  
Por fuerza de armas usurpó á Gloria,  
Que de tesoros rica su hijo amado  
Huyó de la tiránica avaricia:  
Y por volver al cetro despojado  
Solo un yerno magnánimo codicia,  
Y á este fin son las fiestas, y á esta fama  
Su clarín un entero mundo llama.

La codicia de joya tan preciosa  
Llena le dió de príncipes la tierra,  
Que por tal reino, y tan gallarda esposa,  
¿Quién del suyo no sale, y se destierra?  
Nunca ganaron mas bizarra diosa  
Los gigantes que al cielo hicieron guerra,  
Aunque ya con victoria en las estrellas  
A la luna escogieran las mas bellas.

Y sin los reinos que heredando viene  
Le da Gloria seis castillos de oro,  
Que el mundo todo en su caudal no tiene  
Junto ni repartido igual tesoro:  
Mas ya no hay cosa que su gusto llene,  
Todo es luto y temor, despues que un moro,  
Que en Getulia nació, con brio orgulloso  
Subió tambien á pretension de esposo.

Es de alma aceda y desabrido trato,  
De miembros y estatura de gigante,  
Del vaporoso Encelado un retrato  
En brutal pecho y ánimo arrogante:  
Este en bárbaro estruendo y aparato  
A las fiestas llegó en bajel triunfante,  
Y el mismo dia en orgulloso brio  
En un cartel fijó este desafio.

Que un año justará lanza por lanza  
Con cuantos presumieren estorballe  
De la bella Crisalba la esperanza,  
De que ya goza, de gozar su talle:  
Hoy hace un mes que con feroz pujanza  
Su partido defiende, sin que halle  
Quien la segunda justa le mantenga,  
Y al suelo del primer chocar no venga.

Esto tiene asombrada á la princesa,  
La corte puesta en confusion y espanto,  
Que si el bárbaro sale con la empresa  
Las tristes fiestas pararán en llanto:  
Ayer fue la primer jornada, y esa  
Quedó por suya, y hoy será otro tanto,  
Y lo mismo tambien será mañana,  
Que á un atrevido todo se le allana.

Yo á una cercana fortaleza puesta  
Sobre la mar á prevenir venia,  
Para mayor adorno de la fiesta,  
Ciertos bajeles que en su puerto habia:  
Y al pié de un árbol, por pasar la siesta,  
Apenas me incliné, cuando salia  
Del bosque este leon, y el monte abajo  
A conocer vuestro valor me trajó.»

Así dijo Faustina, y por la senda  
Que el bosque para hallar la fuente tiene  
Un caballero vieron, que de rienda  
Guiando un palafren gallardo viene:  
Llegó, y viendo al leonés, que sin contienda  
Al fresco con las damas se entretiene,  
«A sazón, dijo, vengo en que fortuna  
Hará de dos beldades mia la una.

Yo traigo palafren, tí no le tienes,  
Que aun á tí no te veo con caballo,  
Si ya no eres tan bravo que ahora vienes  
A las fiestas de Acaya á procurallo:»  
«A la voz, respondió, de tus desdenes,  
¿Qué podré yo hacer sino otorgallo?»  
Cuando la otra doncella con gran brio  
A voces dijo, «el palafren es mio.»

«Yo, señora, le hallé en esta floresta,  
Y sease vuestro ahora sin porfia,  
Aquí en paz le teneis, si estais dispuesta  
De mi gusto á seguir la compañía:»  
«A bien poco trabajo está compuesta,  
Bernardo dijo, la pasion que ardia:  
Vos, señora, mirad si os está á cuento  
La gran persona y noble ofrecimiento.

Que yo á pié ¿cómo puedo defensores  
De un orgulloso pecho así valiente,  
Que reforzado en el placer de veros  
Será á un entero campo suficiente?»  
Riéronse las dos, y el de los fieros,  
Viéndose desdenar del de la fuente,  
Poniendo con furor mano á su espada  
Le envió por respuesta una estocada.

Reparóla Bernardo en el escudo,  
Dando paso á la furia del caballo,  
Que lo arrojó sobre él con cuanta pudo,  
Para de aquel encuentro atropellallo:  
Mas asiendo las riendas por el nudo  
A las ancas saltó, y al despeñallo  
De la grabada silla, en lo profundo  
Del lago de cristal lo escondió al mundo.

Quedó el valiente en la caída estraña  
Del golpe y armas ahogado y muerto,  
Y la griega doncella en ver la hazaña  
La vista absorta, y el cabello yerto:  
La aguda china dijo, «á la gran saña,  
Y al vivo fuego del amor despierto,  
Para templarlos en su ardiente fragua,  
Pues la razon no pudo, pueda el agua.

Y bien que de la súbita presteza  
Dejarme ahora de admirar no puedo,  
Ni celebrar la diestra gentileza,  
Que á la una dió favor, y á la otra miedo:  
No se si le dé nombre de grandeza  
Esta segunda hazaña á su denuedo,  
Porque es golpe inferior, y no empareja,  
Que el que un leon mató, mate una oveja.»

Rieron desto, y ya el leonés queria  
A la ciudad partirse á ver la fiesta,  
Cuando una tropa vieron que venia  
Con un jayan bajando por la cuesta:  
Aguardaron por ver lo que seria,  
Y viendo al que salió de la floresta  
Muerto en la fuente, el espantoso Oronte.  
De un doloroso grito asombró el monte.

Era Oronte del Rey Getulio Argante  
Vasallo, y de su guarda: y el difunto  
Querida prenda del feroz gigante,  
Y de su condicion vivo trasunto:  
Dió en verle muerto un grito resonante,  
Y voz, alfange, y golpe todo junto  
A la venganza echó, que en rabia loco  
Un mundo para hacerla fuera poco.

Dió escudo el español, y hallando alzada  
La visera al jayan, con tan buen tino  
Metió una punta, que sacó la espada  
De los ojos la luz al mas vecino:  
Y pasando al cerebro la estocada,  
Fuera de sí tras ella al suelo vino,  
Y los seis sobre el bravo leon de España,  
A quitarle la gloria de su hazaña.

Cinco golpes á un tiempo larga pieza  
Traspiés le hicieron dar por un ribazo,  
Cuando otro le encontró con tal presteza,  
Que ambos del prado fueron al regazo:  
Cayó sobre el jayan, cuya braveza,  
Así en ansia mortal, y estrecho abrazo  
Le tuvo, que pudieran sin soltalle,  
O prendelle los suyos, ó matalle.

Mas mientras que el mas diestro se detiene  
En dejar el caballo, con su daga  
El lazo rompe que á su brazo tiene,

Que nuevas pruebas de quien es no haga.

Y al uno de los seis que sobre él viene,

Por mas ligero le libró la paga

En un revés, con que en el suelo lacio

En un pié le dejó porque ande á espacio.

Y entre los otros cinco se revuelve

Con tal desenvoltura, y tal desvio,

Que á este amaga, á aquel da, y al otro vuelve,

Y al mas brioso le refrena el brio:

Al uno las entrañas le desvuelve

Un golpe, y de otro al otro deja frio:

Un caballero entre los seis venia,

Que en ninguna deidad ni ley creia.

Hijo de una judía y de un pagano,

Nacido en lo mejor de Palestina,

Que fue un tiempo rabí, y otro cristiano,

Gentil, y de la secta sarracina,

Maniqueo, talmudista, y arriano.

Y ahora á ninguna religion se inclina,

Creyendo que es para cuidar del suelo

Miembro distante, y apartado el cielo.

Este con tal coraje y desatino

Al valiente guerrero perseguia,

Que en el herir y entrar, al torbellino

De sus confusas leyes parecia:

Hasta que al vuelo de un revés le vino

A la espada al leonés, con que le envia

A averiguar de espacio en el infierno,

Que secta gasta allá mas fuego eterno.

Murió, y de los guerreros y el gigante

A pocos golpes no quedaron vivos,

Sino un zegrí que le hurtó delante,

Mas que el acero pasos fugitivos,

Y el que una pierna el golpe penetrante

De la espada le echó de los estribos,

Qué apremiado contó al valiente godo

De la traicion del falso Argante el modo.

La fuerza de la mar que la doncella

De la princesa á prevenir venia,

Hecho el jayan alevé dueño della,

A dar aviso al falso rey volvia;

Que por robar á la duquesa bella

Seis mil corvos alfanges de Turquía

Dentro sembró á traicion, y á dar el corte

En el robo infeliz volvia á la corte.

A Faustina asombró la triste historia

Del que sin la acabar se acaba y muere,

Y á hacer con tiempo la traicion notoria,

Partir con alas si las halla quiere:

Y el dueño singular de la victoria,

Que el grave riesgo de la infanta infiere,

Seguilla piensa, y con su invicto brazo

De la oscura traicion romper el lazo.

Vuelan los tres las dos pequeñas millas,

Que de la real ciudad nació la fuente,

Y en la plaza entre nuevas maravillas

Al rey Argante miran, y á su gente;

Y que á sus lanzas sin poder sufrillas,

Las demás se le dan calladamente,

Cuando á la plaza por la calle opuesta

Un caballero entró á aumentar la fiesta.

Cubierto de enlutada sobrevista,

El caballo tambien negro enlutado,

Blanca en la frente una pequeña lista,

De ambas las manos y de un pié calzado,

De hermoso talle, y de gallarda vista,

Lozano huello, altivo desenfado,

Y hacia Argante se fue, que oyendo estaba

Diferentes las nuevas que esperaba.

Pidióle justa, y él con el disgusto

De la contraria desabrida nueva,

Furioso respondió, «de mejor gusto

La batalla haria á toda prueba:»

«Así sea,» replicó el valor robusto,

Antes cortés, y una dorada greva

Por gaje le arrojó, y para encontrallo,

Como con alas revolvió el caballo.

Suspendióse la plaza, estuvo quedo

El viento, y en los pechos mas briosos,

O sea de sobresalto, ó sea de miedo,

Darse latidos vieron presurosos:

Y partiendo ambos en igual denuedo,

Al chocar los encuentros poderosos,

Sembró hechas astillas por el aire

Ambas lanzas la furia y el donaire.

Como dos huecas nubes retocadas

De azul retinto, y lóbregos asientos,

Si de contrarios humos amasadas

Las impelen tambien contrarios vientos,

Del cierzo y austro ardiente arreatadas

Al encontrarse dejan sus violentos

Vapores de los rayos y los truenos,

Las vistas ciegas, y los aires llenos;

Así del uno y otro caballero

En los firmes encuentros resurtia

El ronco son del relevado acero,

Que el aire de relámpagos cubria:

El de lo negro, en firme y en ligero,

Un morcillo centauro parecia,

Que sin que nada baste á perturballo

Nacido va inmutable en su caballo.

Y aunque Argante tambien guardó la silla,

De dos ningun estribo guardar pudo,

Hincó al pasar el bayo una rodilla,

Y su dueño perdió lanza y escudo:

El pueblo en ver que el bárbaro se humilla

Trocó en alegre fiesta el estar mudo,

Y él corrido del caso no pensado,

De vergüenza quedó y temor turbado.

Bien que blandiendo la desnuda espada

Vuelve buscando alegre á su enemigo,

Que cabe él con la suya levantada,

«Primero, dijo, quiero como amigo

Tu nombre conocer, si á la jornada

Encubrir no te importa lo que digo:

Argante, rey de Fez, porque te asombre,

Sabrás, sino lo sabes, que es mi nombre.»

«El tirano, no el rey, dijo el del luto,

Que el verdadero rey tú le mataste,

Y en fe traidora, y pecho disoluto,

De su heredera el reino despojaste;

Y pues mi espada el pretendido fruto

De su venida halló, lo dicho baste,

Que de los dos al uno por concierto

Sobre esta causa herede el campo, muerto.»

«Como lo pides,» le respondió Argante,

Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,

Con solo aquel, en opinion bastante

Sus personas dejaron aprobadas:

Y el del luto á su yelmo resonante

De estrellas vió las bóvedas sembradas,

Y asimismo con ellas, y su cielo,

En grandes riesgos de venir al suelo.

El tirano de Fez sobre el caballo

Por la plaza fue un rato sin sentido,

Y aunque pudo el del luto degollallo,

Quiso mas que valiente comedido

Que vuelva sobre sí por no matallo,

Como él á su señor mató dormido:

Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro

Por el suelo sembrado su tesoro;

Y del trenzado arnés la rubia malla,

Que el prado argenta, y su contrario fuerte,

Que no estimando el fin de la batalla

Le aguarda sin temor: vió el de la muerte,

Que aun en los pechos bárbaros se halla,

Y él que la suya irreparable advierte:

«Si es forzoso morir, muera conmigo,

Dijo, á pesar del cielo, mi enemigo.»

Y llegando al que intrépido le espera,

Sobre él un golpe y otro y otro envía  
Tal, que un medroso ciego el son tuviera  
Por de una sonora herrería:  
La duquesa de Acaya, que ya entera  
La encubierta traición del rey sabía  
De su doncella, y el valor bastante  
Del que el leon mató y rindió al gigante:

Pagada de la fama y gentileza  
Del que mirando la batalla estaba,  
Y de ver deseosa la braveza,  
Que su doncella de alabar no acaba:  
Un caballo que el viento en ligereza  
La suya le prestó, y le azota y lava  
Mas penachos de perlas en la frente,  
Que el alba cuaja sobre el mar de Oriente:

Tascando nieve el espumante freno,  
De fina plata y clavos de oro herrado,  
Rayo á la vista, y al oído trueno,  
En el curso veloz y atropellado:  
Del fuego que las manos siembran lleno  
El precioso aderezo de brocado,  
Con sobrevista orlada de cupidos  
En llamas de oro, y de rubís ceñidos:

Y una lanza tambien grabada de oro  
Le envió con la doncella, y á rogalle  
Rompa en servicio suyo aquel tesoro  
Con el de mayor brío y mejor tallo:  
Y si de la otra se escapare el moro.  
Nadie de aquella ya pueda escapalle,  
Ni su traición le ayude, ni le valga  
Mahoma, aunque á ello del infierno salga.

Recibiólo, y en modo cortesano,  
Agradeciéndo el don, dijo á Faustina,  
«Tan heroica merced, y de tal mano,  
De un monarca del mundo fuera dina:  
Ni hay que temer ya al bárbaro africano,  
Pues en notorio descaecer declina,  
Y quien ponerle pudo en tal estrecho,  
No le dará á otra espada de provecho.»

Ni se engañaba el español guerrero,  
Que el del luto de suerte le traía,  
Que mas de roja sangre que de acero  
El fino armén grabado parecia:  
Y él viendo á su contrario tan entero,  
Que aun en sus armas mella no tenia,  
A riesgo de morir, matando quiere  
Matar á quien le mata, pues que muere.

Cerró con él á ejecutar su intento,  
Sin reparar á tiempo un altibajo;  
Que en golpe fue cortando tan violento,  
Que el brazo del escudo le echó abajo:  
Y al ya vencido moro sin aliento,  
Al caer del caballo, un diestro tajo  
Así á compás corrió su ligereza,  
Que arrebató á los hombros la cabeza.

Miró la plaza en suspension notable,  
Hecho piezas el rey de Berbería,  
Que aun no dos horas antes espantable  
Los hombres solo con mirar venía:  
Cogió su gente el cuerpo miserable,  
Que un destroncado robie parecia,  
Y el vencedor con gallardía robusta  
En su puesto se puso á esperar justa.

No venía de intento á ver las fiestas,  
Sino á vengar á Flérida de Argante,  
Que en él sus nuevas esperanzas puestas,  
Para hacerlo le dió poder bastante:  
Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas  
Sus pretensiones, quiso en lo restante  
Probar la gentileza y gallardía  
Que en los valientes de aquel reino había.

Salió el duque de Arcadia valeroso,  
El jóven rey de Tebas, y Erimanto,  
Salió el robusto Ménalo furioso,  
Que á todos daba su grandeza espanto:

El jayan Adargusto pavoroso,  
Por vengar de su muerto rey el llanto,  
Salió tambien, mas uno á uno todos  
Al suelo fueron por diversos modos.

Y sin hacer desden ni movimiento,  
Ni revés el caballo ni mudanza,  
Diez derribó de los de mas aliento,  
Y algunos dellos sin romper la lanza;  
Con tanto gusto y general contento,  
Como si cada uno su esperanza  
Empleada la tuviera por entero  
En el brazo y valor del caballero.

Bernardo aficionado á su destreza  
Quisiérale probar sin enfadalle,  
Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,  
Que pedirle mas justa es agraviaalle:  
Mas viendo que mil soles de belleza  
Del real balcon le hablan con miralle,  
Que en verle sin justar toda la tarde  
Le tendrán por remiso, ó por cobarde:

Llegando al bravo y singular guerrero,  
«Aunque parezca, dijo, desacato  
Demandar nueva justa á un caballero,  
Que tanto ha hecho en tan pequeño rato;  
Ese heroico valor, que tan entero  
Se muestra, es quien nos vende por barato  
El pundonor de ser nuestro vencido,  
Por el riesgo y dolor de haber caido.

Y así no os causaré, señor, disgusto  
Añadiros de nuevo esta victoria,  
Que nadie justa ya, ni yo ahora justo  
Para usurparos la alcanzada gloria:  
Mas por un rato de solaz y gusto,  
O altiva presunción y vanagloria,  
De no salir de aquí (decirlo quiero)  
Sin probar lanza de tan gran guerrero.»

Dijo, y sin responder á sus razones,  
Mas que con una humilde cortesía,  
Dieron á un tiempo vuelta los frisones,  
Que el mas pesado una ave parecia:  
Y con iguales términos y acciones  
De gentil apostura y gallardía,  
Hundiendo vuelven con furor la tierra.  
Los dos soberbios rayos de la guerra.

Volaron por el aire las astillas  
De las quebradas lanzas, los guerreros  
Tan firmes y compuestos en las sillas,  
Como si fueran pajas sus aceros:  
Ni los ojos pudieron percibillas,  
Ni la herida de golpes tan ligeros;  
Ellos solos en modo extraordinario  
Cada uno se admiró de su contrario.

Toman segundas lanzas escogidas,  
Y armándose de nueva fortaleza,  
Por el cielo en astillas esparcidas  
Asombros dió á la plaza su braveza:  
Procuran otras, y otras mas fornidas,  
Y estimando del otro la destreza  
Cada uno á propia mengua, á cada encuentro  
La tierra hacian temblar hasta su centro.

Seis veces se encontraron, y en seis truenos  
La ciudad resonó, cuando el del luto,  
Quizá temiendo en algo el ir á menos,  
Sacó la espada, y dijo resolutio:  
«Esta mejor decir podrá alomenos,  
Si ya romper mas lanzas es sin fruto,  
Cuya ha de ser deste solaz la gloria,  
Pues para dos no es harto una victoria.»

El español, si con su honor cumpliera,  
De gusto le rindiera la batalla  
Por su propia afición, y porque fuera  
Contento general el excusalla:  
Mas viendo acometerse, sacó fuera  
De la vaina la espada, y al sacalla  
Dijo, «por esta juro, que contigo



Mas deseo obras de amor, que de enemigo.»

Mas el del luto, ó ya por el coraje  
De no poder vencer un caballero,  
O porque á punto no entendió el lenguaje,  
Por respuesta le dió sobre el plumero  
Un golpe tal, que hizo que se abaje  
Mal de su grado hasta el acion primero,  
Que tiene á desenvuelta villanía  
Que le hablen sin hacelle cortesía.

Perdió con esto el godo el sufrimiento,  
Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,  
Un golpe y otro, y otro en firme aliento  
Le da, le carga, le redobla, y tira:  
Y él dando escudo á su furor violento,  
Ni por ellos se aparta ni retira,  
Antes así con su rigor revive,  
Que dos le da por uno que recibe.

Arde el ciego furor, arden sanados  
En el fuego que escupen los arneses,  
Y sin hacer reparo en los escudos  
Mil tajos se ejecutan y reveses:  
Que el mismo enojo que los tiene mudos,  
De compuesto los hace descorteses,  
Y no curar de tiempos ni posturas,  
Ni otras sin para qué desenvolturas.

Mas á todo rigor por lo mas breve  
La muerte se procuran de ordinario,  
Tan juntos al herirse, que se bebe  
El aliento cada uno del contrario,  
Así bravos, que á verlos no se atreve  
El vulgo en gustos y opiniones vario,  
Antes en furia popular robusta  
Dar treguas quiso á la batalla injusta.

Hirió el del luto al español de punta  
Por medio de los pechos con tal fuerza,  
Que la cabeza con las ancas junta  
El cuerpo le hace con dolor que tuerza;  
Y otra tras ella al corazon le apunta  
Por debajo del peto, que era fuerza,  
A no torcerse sin pensar la espada,  
Quedar la injusta brega rematada.

Mas paró en un rasguño el riesgo todo,  
Aunque la sangre que sacó la espada,  
Si en lo fino mostró que era de godo,  
Mejor lo descubrió en quedar vengada;  
Que aferrando la suya, de tal modo  
Le asentó la respuesta en la celada,  
Que la plaza asombró, y el ya confuso  
Seso, que dentro estaba, perdió el uso.

No reforzado tiro de bombarda,  
De vivo azufre y de salitre lleno,  
A quien el fuego en descender mas tarda  
Que él en formar de su estampida el trueno;  
Ni respuesta envió en la nube parda  
Mas presta, ni del aire el hueco seno,  
Al escupir sonó el rayo encendido  
En mas medroso y súbito ruido.

Arrodilló el caballo ambas las manos,  
Y caida en las ancas la cabeza,  
A su dueño llevó en clamores vanos  
Sin tiento por la plaza larga pieza:  
Quedaron los del muerto Argante ufanos:  
Usar del poder todo no es grandeza,  
Y así el jóven no quiso, aunque herido,  
Su furia ejecutar en un rendido.

Volvió á la vida, cuando ya por muerto  
La plaza le lloraba: vuelve, y mira  
Cuan cerca della estuvo, y cuan cubierto  
De gloria su contrario se retira:  
El destrozado escudo sin concierto  
De euidia arroja, y de dolor suspira,  
Y á la venganza llama al enemigo,  
Que antes merece premio que castigo.

Corre á dar muerte el uno, el otro atiende  
En bizarro ademán: llegan, y á un punto

Sobre cada uno de los dos descende  
Del contrario rigor el poder junto,  
Conque de nuevo así el herir se enciende,  
Que de la muerte son vivo trasunto,  
Y forzoso llorar al uno muerto,  
Si ya no es morir ambos lo mas cierto.

Tienen al pueblo oscuro deslumbrado  
De su herir los relámpagos dudosos,  
Que el día ya su luz se habia llevado  
Por esconderla á golpes tan furiosos:  
Cada uno del contrario está admirado,  
Y el mundo de ambos pechos valerosos,  
Y aunque es la igualdad grande, todavia  
No es del luto, si la hay, la mejoría.

Pudieran combatir á las vislumbres  
De los dorados rayos y centellas,  
Que en las grabadas armas la costumbre  
Del dar y resurtir volvian estrellas:  
Mas del palacio real pomposa lumbre  
De infinidad salió de antorchas bellas,  
Que á pesar de la oscura noche fria  
A la plaza salió de nuevo día.

Pareció con las luces mas hermosa  
Y de mayor espanto la batalla,  
En seis horas de tiempo así dudosa,  
Que un punto apenas de ventaja se halla:  
Cuando el bravo del luto en rabia airosa  
Se atrevió de una vez á rematalla,  
Y lanzándose á tiempo á su enemigo  
En duro abrazo le apretó consigo.

Hizo cada uno presa en su contrario,  
Y en ella mas vistosa la contienda,  
Porque del caracol revuelto y vario  
No hay quien la entrada ni salida entienda;  
Que al brio de los caballos voluntario  
El suyo dejan, sin curar de rienda,  
Y así en su lucha se asen y se ligan,  
Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan.

Y aunque no por holgados ni lozanos  
Los frisones rifaron á su modo,  
Y altas las manos con relinchos vanos  
Sacó el morcillo en alto el cuerpo todo;  
Y su dueño en las garras de las manos  
De la cabeza el fino yelmo al godo,  
Que por desencajarle de la silla  
No le dejó de aquel vaiven hebillas.

Y dando la victoria por ganada  
Caer le deja, y de su espada afierra,  
Cuando en él la hermosura vió estremada,  
Que viva en su feliz memoria encierra;  
Y en nueva admiracion la altiva espada  
Con furia arroja á la sangrienta tierra,  
Y «¡ay triste!» dice, y tras el ay profundo  
«¿Quién podia ser, sino la flor del mundo?»

Goza como mereces la victoria,  
Y el rico venturoso premio della,  
Que yo doy la ventaja por notoria,  
A tí en valor, y en la ventura á ella.»  
Dijo, y con arrogante vanagloria  
El caballo picó, y la plaza huella,  
Dejando convertido su denuesto  
En nueva admiracion el primer miedo.

El valiente español, que en el bastardo  
Resonar de la gente y pueblo rudo,  
Y con el alboroto y el resguardo  
De hacer nueva celada de su escudo,  
La oscura voz, y el ademan gallardo  
De su contrario fiel notar no pudo,  
Viéndole ahora salir de la batalla  
Como huyendo, está suspensus, y calla.

Hasta que ya informado del suceso  
Con nueva admiracion sale á buscallo,  
Que tambien juzga por honrado exceso  
En cortesnes virtudes no igualallo:  
Quiere saber ¿quién es? y á saber eso



Witanda

Riendas vuelve y espuelas al caballo,  
 Por donde al parecer se le figura  
 Que en sombras vuela de la noche oscura.  
 Quedó la alegre plaza alborotada  
 Con la partida y el suceso raro,  
 Y la cretense infanta mas pagada  
 Del héroe invicto, y su valor preclaro:  
 La ocasion del partirse oye turbada,  
 Y en son que busca su favor y amparo,  
 Al pueblo manda que su alcance siga,  
 Y á la peligro en que está sin él le diga.  
 Y él al cruzar por una angosta calle  
 Una tropa encontró de caballeros,  
 Y el uno, que jayan era en el talle,  
 Previendo á sus falsos compañeros:  
 «Por aquí, dijo, es fácil atajalle,  
 Y ver si le defienden sus aceros,  
 A que se quede sin vengar la muerte  
 De un rey tan desgraciado como fuerte.»  
 Bien sospechó el leonés que aquella junta  
 A acometer salía á alguno, aleve,  
 Y que si en ella le hay, el riesgo apunta,  
 Al leal pecho á quien él la vida debe:  
 Picó el caballo, y al tropel se junta,  
 Y á la enemiga de la luz se atreve:  
 No lo echaron de ver, y aunque de paso,  
 De la intencion traidora entendió el caso.  
 El jayan Califerno, que el tirano  
 Argante en Tripol hizo su regente,

Por vengar su debida muerte en vano  
 La escuadra guía de alevosa gente:  
 Y á la entrada de un bosque comarcano,  
 Que al pueblo ciñe la almenada frente,  
 Un caballero vieron que sin miedo,  
 Por ver qué buscan dél, se estuvo quedo.  
 Conócenle en el brio, y cierra entera  
 La espada, y al tropel de acometello,  
 «Muera el traidor, dan voces, muera, muera,  
 Que al rey de Fez mató sin merecello:»  
 Mas el altivo aliento, que no fuera  
 Un mundo poderoso á detene, i,  
 Volvió, aunque sin espada y sin escudo,  
 De enojo ciego, y de coraje mudo.  
 Y llevando de encuentro por delante  
 Al que primero halló, sacó Bernardo  
 Su espada, que á la parte del gigante  
 Venia haciendo en atencion resguardo:  
 Diciendo en voz y grito resonante,  
 «Haceos afuera, ó espíritu gallardo,  
 Que yo libre os daré del riesgo nuevo,  
 O en él la vida perderé, que os debo.»  
 Y con la alegre voz en las estrellas,  
 Y la tajante espada en Califerno,  
 Echó de un golpe dos á vista dellas,  
 Con la mitad se contentó el infierno:  
 Y asombrando sus golpes y centellas  
 Al quieto bosque su silencio eterno,  
 La oscura brega urdieron de manera,

Que ningun vivo sin temor la viera.  
 El de las negras armas que ha entendido  
 De la traicion el riesgo peligroso,  
 Y se ve de Bernardo socorrido,  
 Y en el gigante el golpe monstruoso:  
 De su mismo suceso inadvertido  
 De la ocasion no alcanza el fin dudoso,  
 Ni cual sea el que á buscarle los traia  
 Con el leal mancebo en compañía.

Mas entre estos cuidados diligente  
 Asi las armas juega, que á lo oscuro  
 Del marañado bosque, el mas valiente  
 Ni dél está ni su esgrimir seguro;  
 Que en las espaldas uno, otro en la frente,  
 Rayos su alfange da de acero puro,  
 Y al lado del que allí le da su ayuda,  
 Un mundo entero acometer no duda.

Ya del jayan y veinte caballeros  
 Solos quedaban ocho, cuando el uno,

Que por entre acebuches y romeros  
 Al pié cayendo fue de un aceiteño,  
 De su cobarde espada los aceros  
 A tiempo revolvió tan oportuno,  
 Que al caballo del luto, aunque lozano,  
 De las dos le dejó sin la una mano.

Vino caballo y caballero al suelo,  
 Y por mal de quien fue el tropezon vino,  
 Que de un diestro revés á todo vuelo  
 Sin dos piés le dejó, y sin ningun tino:  
 Y á coger otro potro con recelo

Por el bosque se entró, y perdió el camino,  
 Entrampado en sus árboles de modo,  
 Que á volver no acertó al valiente godó.

Bien que él así se avino en su refriega,  
 Que en breve rato no hubo sarracino,  
 Que por la selva oscura, ó noche ciega,  
 No abriese huyendo á su temor camino:  
 Solo á los victoriosos dos les niega



Hasta que al descaecer la noche oscura  
 El dia con sus risueños ojos vino...  
 Despues diré del otro la ventura,  
 Y á qué fin le guió su desatino,  
 Que á Bernardo la luz que al alba guia

Senda para encontrarse su destino,  
 Que en tanto que con mas atenta oreja  
 Se busca el uno al otro, mas se aleja.  
 Y anegados sin guía en la espesura  
 De poderse hallar pierden el tino,

En la ciudad le halló cuando salía.

Donde el cansancio y falta de reposo,  
Que era le dijo de metal humano,  
De cuerpo ni divino ni glorioso,  
Ni como el de los cielos soberano:  
Y á reposar se entró al palacio hermoso,  
Que en suave modo y trato cortésano,  
Para rehacer su descaecido aliento  
Lo mejor le ofreció de su aposento.

#### ALEGORIA.

Malgesi, que muestra á sus compañeros las imágenes del cielo, significa que el verdadero contemplativo no se ha de quedar en la consideracion de las cosas humanas, sino levantar luego el vuelo á las superiores y celestiales. La dificultad de la subida del Parnaso significa la que á los principios se siente en el camino de la virtud, y en adquirir las ciencias humanas; y los monstruos del escuadron de la ignorancia, las muchas que se hallan en las locuras del vulgo; y el heróico y célebre premio de la virtud, en la honrosa subida de Bernardo al templo de la inmortalidad. En el sepulcro suyo se muestra que las riquezas y fama del hombre virtuoso en todo tiempo son provechosas al mundo, y la gran luz que dan para ser imitados y seguidos.

### LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

**ARGUMENTO.** Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrécele Gloria á su nieta en casamiento, y él enamorado de Arcángelica se escusa con la prision de sus padres: recibe una carta, y atorotado con ella trata de partirse. Crisálba hace gran sentimiento, y por no apartarse dél, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una extraña aventura. Malgesi, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su cueva.

O sea del envidioso Momo, ó sea  
Traza de otra deidad mas soberana,  
Que desde el celestial balcón otea,  
Y el curso rige de la vida humana;  
Cuanto de gusto en ella se desea  
Al nuestro acude al parecer sin gana,  
El bien medido, y su placer por tasa,  
Y los enfados como á propia casa.

Dicen que á envidia de la humana suerte,  
Los prevenidos dioses en su cielo,  
Al bien dieron y al mal nudo tan fuerte,  
Que ninguno bajó sin mezcla al suelo:  
La vida encadenaron con la muerte,  
Penas con glorias, gustos con recelo,  
Y la alegría, que de su cosecha  
De risa era, quedó de azares hecha.

Y aun si se dieran por medida iguales  
Las dos porciones de contrarios vinos,  
Pudieran beber, y los mortales  
De dos sendas abrieran mil caminos:  
Mas viene aguado el bien, puros los males,  
Tras un acierto, veinte desatinos,  
Que es varia la librea del engaño,  
Y la de la verdad de solo un paño.

Parece nuestro mundo humilde fuego,  
De aquellos que pisando las estrellas  
Sus tragedias contemplan, y cuan ciego  
El hombre que es su autor camina en ellas:  
Llega á soplar para alumbrarse el fuego,  
Y saltante á los ojos las centellas;  
Va el otro á su ocasion, y no se advierte  
Que en la que busca está la de su muerte.  
Camina Califerno, y va fiado,

Para salir con la traicion urdida  
En el que mas vecino lleva al lado  
Y es el primero en le quitar la vida:  
Combate el caballero disfrazado,  
Y procura matar de una herida  
A quien si antes de herirle conociera,  
La vida por salvar la suya diera.  
Salió á buscar el godo, y de hallado,  
Sin pensar le perdió, suspira, y calla,  
Que es siempre lo postrero, y mas guardado,  
Lo que se busca, cuando acaso se halla:  
Tambien el ciego bosque era hadado,  
La oscura noche, y la infeliz batalla,  
Y el no saber la tierra, fueron causa  
Del nuevo yerro, de sus gustos pausa.

Bien creyó el español que volveria  
El encubierto amigo á ver la tela,  
Que por ausencia suya mantenía,  
Y de solo su brazo la recela:  
Mas ni volvió aquel dia ni otro dia,  
Ni la gran voz que de su fama vuela  
Le descubrió, ni de su arnés el rayo  
El sol volvió á enlutar del campo acayo.

Dieron las nunca vistas maravillas  
De sus armas al godo declarado  
Por digno sucesor de las dos sillas  
De la Acaya, y del cretense estado;  
Y que ante la princesa de rodillas,  
De inmortales laureles coronado,  
El rico premio goce, y joya puesta  
A la honrosa victoria de la fiesta.

Subió en medio del griego pueblo ufano  
Al real dosel el vencedor guerrero,  
Donde la infanta con gallarda mano  
La guirnalda y su amor le ofrece entero:  
Y él con bizarro estilo cortésano,  
«Señora, dijo, el premio verdadero  
Mio será, que el lauro se mejore,  
Donde el mundo le envidie, y yo le adore.

Y vuestra soberana frente sea  
Divino templo á su trofeo de gloria,  
Para que como yo pretendo vea  
Mas que los cielos alta mi victoria:  
Y á vos gallarda y celestial idea  
Tambien por premio quede y por memoria  
Deste humilde servicio, como es justo  
Entera libertad en vuestro gusto,  
Para elegir con él esposo dino  
A vuestro real valor y heróica casa,  
Sin que con temerario desatino  
Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:  
El solo sea la regla y el camino,  
Y de vuestra eleccion la libre basa,  
Que vos que habeis de dar al mundo leyes,  
No es bien que las tomeis de ajenos reyes.

Y si algun descompuesto caballero  
Por humilde interés violar quisiere  
Desta mi nueva libertad el fuero,  
Campo y armas señale, y sea quien fuere,  
Que la puerta del gusto no es de acero,  
Ni á Palas Venus sujetar se quiere,  
Antes sin estimar su escudo y lanza  
Sola y desnuda la victoria alcanza.»

Engrandeció el cretense señorío  
Del hidalgo español el noble intento,  
Perdió en oírle la princesa el brio,  
Celosa aun de su mismo pensamiento:  
No sabe si es de amor, ó si es desvío,  
El fin del generoso ofrecimiento,  
Que á un empeñado gusto en dulces bienes  
La alegre libertad sabe á desdenes.

Y hecha de un cielo de placer trasunto,  
Ahora de uno y luego de otro modo,  
De su amoroso pensamiento el punto  
Claro descubre al encubierto godo:

Y en fiestas puesto el griego reino junto  
A entretenerle en gusto atiende todo,  
Y ella en cuidadosa prevención atenta  
De mil cosas le pide y le da cuenta.

Ya en agradables músicas, ya en cazas,  
El gusto y el placer se dan las manos,  
Y en reales mesas espumantes tazas  
La alegría hacen y el amor hermanos,  
Con que tú, oh niño celestial, enlazas  
De la doncella los cuidados vanos,  
Y de su ilustre huésped siempre á tiento  
De uno en otro se vuela el pensamiento.

Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia  
De sus mágicos versos adivina  
La masa real y heróica descendencia,  
Que al mundo en siglos por venir camina:  
Destas dos sangres, que hoy en diferencia  
Tiene el amor, y el cielo determina  
Que una se hagan, y su nudo santo  
Honra á la fama dé, y al suelo espanto.

Un día así con el valiente godo,  
En su real cuadra á solas retirada,  
«Oh valor, dijo, en quien por dulce modo  
De nuevo mi esperanza veo cifrada!  
Si el cielo no hizo diferente en todo  
Mi antiguo origen de tu patria amada,  
Y ahora ordena que aumentado quede,  
Con tu real sangre lo haga como puede.

Sabrás, oh ilustre espíritu gallardo,  
Que el manantial primero de mi gente,  
No por camino oculto ni bastardo,  
De lo mejor de España trae su fuente:  
De Viriato gentil, bello resguardo  
De la española libertad potente,  
Que en el precioso zamorano asiento  
Marte le dió el primer vital aliento.

Deste procedió Clodio lusitano,  
De espíritu é ingenio peregrino,  
Cámo deste nació, deste Daciano,  
Y deste el bravo capitán Crastino,  
De cuya invicta y atrevida mano  
La primer lanza abrió rojo camino  
Al real de Pompeyo, y fue el primero  
Que á César hizo rey de un mundo entero.

Deste nació Taurino, que Alencastro  
Al mundo dió, y al curso del río Reno,  
De Colonia los muros de alabastro,  
Con pueblo ilustre de riquezas lleno:  
Y dejando de sí glorioso rastro,  
De príncipes nació en día sereno,  
Y en estrella feliz por sol del mundo,  
El segundo Alencastro sin segundo.

Deste gran duque fui prima y esposa,  
Y de los dos, Tifeo rey de Creta  
Unico hijo, cuya estrella odiosa  
La mia á mil desdichas trae sujeta:  
Crióse en trato libre y vida ociosa,  
Y la fama que todo lo inquieta,  
Con la beldad de una cretense infanta,  
De su raíz destronó mi altiva planta.

Y ya cautivo el libre pensamiento,  
Por verla aborreció el paterno estado,  
Y no solo olvidó ciudad y asiento,  
De la tierna beldad nueva encantado:  
Mas de su religion y nacimiento  
(¡Notable desventura!) ya olvidado,  
De idólatra de amor, gustos livianos  
Serlo hicieron también de dioses vanos.

Y aunque en remedio suyo el justo cielo,  
Por sano acuerdo del letargo extraño,  
De horribles monstruos le ha sembrado el suelo,  
Que para su provecho le hacen daño:  
Ni vuelve en sí, ni al religioso celo,  
Ni de su obstinación deja el engaño,  
Antes con nuevos mágicos errores

Los daños crecen cada día mayores.

Ha inventado de honesta sangre humana  
A un ídolo espantosos sacrificios,  
¡Estraña crueldad! ¡ley inhumana!  
De un corazón sin Dios claros indicios:  
Y de error en error su alma liviana,  
Con los pasados los presentes vicios,  
Le han hecho dar á una ramera hermosa,  
Por serlo, sacro altar y honor de diosa.

Yo de Colonia hui la acerba muerte,  
Y las crueles cadenas del tirano,  
Y á Creta me arrojó la adversa suerte,  
Un reino entonces mas que ahora humano;  
Donde Crisalba, que en placer convierte  
Cuanto su vista ve y toca su mano,  
Con solo el gusto de hallarla pudo  
De mi alma conservar el frágil nudo.

Con ella huyendo del horrible inferno  
En que arde el reino, y mi obstinado hijo,  
Aqui me retiré, y su pecho tierno,  
A que con gusto y gravedad corrijo:  
Y de mi ley cristiana el pacto eterno  
En mi alma tengo, y en la suya fijo,  
Deseando desta humilde tierra oscura  
Volar con ella á mas constante altura.

Mi intento á esto trazó las reales fiestas,  
En que su ánimo muestre el mas lozano,  
Porque en tan valerosos hombros puestas  
Mis pretensiones corran de su mano:  
La tuya no la sé, las mías son estas,  
Cobrar mi antigua patria del tirano  
Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella  
Lejos de Creta ver reinando en ella.

¡Oh brazo ilustre, á quien el santo cielo  
Ahora para este bien tiene guardado,  
No quieras violentar su feliz vuelo,  
Cumple su ordenación y mi cuidado!  
Que deste dulce nudo al patrio suelo  
De nuestra España espero que dé el hado  
Tal sucesión de príncipes, que sea  
De todo lo mejor del mundo idea.»

La prudente Gloricia en este modo  
Su ofrecimiento y diligencias hizo,  
A quien el firme y generoso godo  
Con discretas palabras satisfizo:  
Era de su liviana excusa el todo,  
La injuria con que un rey antojadizo  
Puestos tenia sus padres en prisiones,  
Su estado en riesgo, su honra en opiniones,

Con esto el jóven por entonces puso  
A aquel nuevo fervor silencio y pausa,  
Bien que en sí mismo sin saber confuso  
Quien el cuidado y suspension le causa:  
Admirábase también que se dispuso  
La bella Olfa á le dejar sin causa,  
Y sin darle razon de su partida,  
Ni se sabe el por qué, ni á donde es ida.

Cercado destos varios pensamientos,  
La ociosa soledad por compañía,  
Dando y tomando cuenta á sus intentos,  
Y el medio que en seguirlos tomaria:  
Viendo cual juegan con la mar los vientos  
Desde el real mirador estaba un día,  
Cuando un villano vió con una carta,  
Que absorto de mirarle no se harta.

Y en el humilde suelo una rodilla,  
«Señor, le dijo, un caballero andante,  
Que de luto vestido, una cuadrilla  
A un grave entierro lleva semejante.  
Al tiempo de embarcarse en una villa,  
Que da á un puerto de mar playa inconstante,  
Este papel me dió, que en propia mano  
Os diese...» y puesto allí calló el villano.

Vió que conforme el simple mensajero  
Las claras señas da, la carta viene

Del ausente enlutado caballero,  
Que en cuidadosa suspension le tiene:  
Y en gusto deseando mas entero  
Lo que el secreto del papel contiene,  
De sobresalto lleno y de alegría,  
Al desdoblarlo vió que así decía:

«La encubierta princesa de la China,  
Del tiempo perseguida y sus azares,  
A tí de estirpe al parecer divina  
En tus proezas y hechos singulares;  
Salud, si el que á deseartela me inclina  
Darla á tí puede, como á mí pesares,  
Porque con ella en años no veloces  
El nuevo gusto en que te empleas goces.

El cielo sabe, oh jóven soberano,  
A quien la vida tantas veces debo,  
Que despues que por tí en el mar Greciano  
A ver volví mi libertad de nuevo,  
Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano  
Cuidado el que me dan tus cosas llevo,  
Que á no ir ciega cual fui en mi desafío,  
Nunca contra tu brazo alzara el mio.

Perdona, oh felicísimo guerrero,  
Si en algo estorbo fui á tu nuevo gusto,  
Aunque á salir con el honor entero  
Jamás dudase tu ánimo robusto:  
Mas por lo que mereces y te quiero,  
Aunque escediendo del estilo justo,  
No sé si ahora diga que me pesa  
De haberme desistido de la empresa.

No por vana arrogancia de vencerte,  
Que serlo yo de tí tengo por gloria,  
Ni por hacerme á mí, ni deshacerte,  
Ni acortar con la mia tu memoria:  
Pero quizá de envidia por no verte  
El gran premio gozar de la victoria,  
Que el dolor deste vicio sin provecho  
¿A qué alta mujer no escarva el pecho?

Mas ya que esta intencion es devaneo,  
Tu gusto que se estienda á los estraños  
Eterno goces como yo deseo,  
De azares libre, y de temor de engaños;  
Aunque el ver sepultados cual los veo  
Dentro en Acaya tus floridos años,  
No sé si ya por lo que á tí se debe,  
Mas que no á envidia á compasion me mueve.

A tus felices bodas fuera justo  
Quedarme, y celebrarlas cual conviene,  
Mas en materia de alegría y gusto,  
Nadie es posible dar lo que no tiene:  
Yo habia de estar sobrada, donde al justo  
El resto en igualdad se anuda y viene,  
Y así esta breve falta tuve en menos,  
Que agüerar con mi mal gustos ajenos.

Fueme tambien forzoso dar derecho  
A la infanta de Fez del falso Argante,  
A quien mi real palabra di de hecho  
De cobrarle del reino lo importante:  
Y aunque lo mas del caso tengo hecho  
Muerto el tirano, falta lo restante,  
Que me parto á acabar á toda priesa,  
Por la queda en sus causas la princesa.

A Olla mi dama, si la suerte amiga  
Salva contigo echó en la playa angosta,  
Porque voy sola manda que me siga  
Del rio de Fez á la vecina costa:  
Y si de allí faltare, á la enemiga  
Francia sin estorbar tome la posta,  
Cuando el fin que me prometo en estas  
Causas, seré de las francesas fiestas.

Dejara en tu servicio la doncella,  
Para que lo que yo de mejor gana  
Hiciera en tu servicio y causas, ella  
En amistad hiciese honesta y llana:  
Mas pues te sobra todo, y yo con ella,

No te falta por culpa tan liviana  
Conocimiento en ley y fe de amigo,  
Que estubo tu valor en mas que digo.»

Dejó suspenso al español valiente  
El dulce estilo de la aguda carta  
Tan sabia, que de leerla atentamente  
Una vez y otra y otra no se harta:  
Y al rudo mensajero diligente  
Aparte por saber cosas aparta,  
Dándole por su parte una cadena  
De ricas cifras de diamantes llena.

Dél supo entre otras pláticas sabrosas,  
Que Olla llegó á la playa el mismo dia,  
Que su ama por las olas espumosas  
Del puerto, al mar salió de Berbería.  
Y en un presto bajel de alas pomposas,  
Que con refresco al real galeon seguía,  
En voz que lleva una preciosa espada  
Al vengador de Fez, salió embarcada:

Conoció el oro de la rica hoja  
Que la infanta arrojó la hermosa china,  
Y entre turbados gustos y congoja  
La ciega noche por la hallar camina:  
Que la oye en cada rama se le antoja,  
Y mientras busca mas, menos atina,  
Que es tal el peligroso bosque espeso,  
Que el tino le hurtó, y pudiera el seso.

Hallóse con el dia en una aldea,  
Y dándolo al reposo, dió el siguiente  
Al gusto de buscar lo que desea,  
Sola de pueblo en pueblo, y gente en gente:  
Por aquí ataja, por allí rodea,  
En rastro de la reina del Oriente,  
Hasta que llegó al fin, donde aquel dia  
Tomó tras ella de Africa la via.

Bernardo, alborotado el pensamiento  
Con la carta, y la nueva, habiendo al justo  
Trazado el tiempo de uno y otro intento,  
Seguir quiere los rastros de su gusto,  
Que es fuego amor, y con cualquiera viento  
El corazón altera mas robusto,  
Y ya impaciente de su ociosa vida,  
Y sus gustos ordena la partida.

Y para atravesar el hondo charco,  
Que tiene el reino de Fortuna en peso,  
A toda diligencia aprestó un barco,  
Que hace gemir las aguas con su peso:  
Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco  
De crespas olas, y de aljófár grueso,  
La áncora corva en la arena agarra,  
Y al primer viento ha de dejar la barra.

Sintió Crisalba el pensamiento nuevo  
De su querido huésped, en quien puso  
Amor su gusto, y la fortuna el cebo  
De las lisonjas que á su honor compuso:  
Pierde el color, y marchitase el renuevo  
Que en su deseo florecia confuso,  
Y queda entre recelos sin sosiego,  
Ya confiando, y desconfiando luego.

Mas viendo del partir la hora llegada,  
Y que ya su licencia sola espera,  
Con el dolor el alma traspasada  
Del miedo los recatos echó fuera;  
Y en seca lengua al paladar pegada,  
La voz quebrada, y la congoja entera,  
Así habló de la pena los enojos,  
Reventando las señas por los ojos:

«¡Oh valor para todos de provecho,  
Para mí sola de tormento y daño,  
En quien el cielo dió á mi alma hecho  
El de toda su gloria á tu tamaño!  
Si ya no cubre en tan hidalgo pecho  
Siniestro azar la capa del engaño,  
¿Cómo es posible que tan presto al viento  
La esperanza hayas dado de mi intento?»

¿Qué se hizo aquel gran bien que amanecía  
Con la luz de tu fama en mi memoria,  
Que aunque contaba menos que yo via,  
No era menor que mis deseos su gloria?  
¿Cómo, señor, tan presto de la mia  
Huérfana quedaré, en queja notoria  
De la alegre esperanza que me diste,  
Cuando venciendo tuya me hiciste?

Goza en tanto á lo menos del descanso  
Que este revuelto tiempo se mitiga,  
Y el tempestuoso mar se muestra manso,  
Y en menos ola su arenal fatiga;  
Mientras que de los rios el remanso  
A dar claro tributo al mar prosiga,  
Y vayan no tan turbios y abultados,  
De ordinarias riberas abrazados.

Ya por mi mal he visto en suerte loca  
Gente á dudosos vientos confiada,  
El rigor darla de una oculta roca  
Por el áspero mar toda sembrada:  
Si tan de lejos mi dolor te toca,  
Que por él no merezco alcanzar nada,  
Ablande ahora ese tu duro pecho,  
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.

No te pido la fe del casamiento  
Que mi vana altivez me prometía,  
Ni que á esa cuenta dejes tu contento  
Por el remedio de la pena mia,  
Solo que aguardes que te ofrezca el viento  
Mas firme sople, y apacible dia:  
Mira si aunque en tu pecho yo estuviera,  
Mas breve y corto don pedir pudiera.

No quiero cansar mas, da la sentencia  
Que ya en tus ojos se conoce clara,  
Que si entendiéras que esta triste ausencia  
Hasta acabar de oirme se alargara,  
Por no verme apartar de tu presencia  
Eternamente sin cesar hablara,  
Quedando así, en las causas que me pones,  
Igual tu sinrazon con mis razones.»

Dijo, y dijera mas si la congoja  
Mas ánimo le diera, y mas aliento;  
Mas vuelta en gualda ya la color roja,  
La habla á un tiempo perdió y el movimiento:  
Quedó cual de aleli marchita hoja,  
Y al español su tierno sentimiento  
Anuncia sino abrevia la partida,  
De amor tan fino su lealtad vencida.

Y así en los brazos de Faustina bella,  
Y otras llorosas damas desmayada,  
Que en triste asombro acuden á valella,  
La real casa les deja alborotada:  
Y el constante mancebo huyendo della,  
En ojos tiernos va, y alma obstinada,  
Al ciego mar, adonde en fragil barca,  
Que á el solo espera, sin pensar se embarca.

Y dando al viento las latinas velas  
El ligero batel deja la playa,  
Que un amor y otro amor sirven de espuelas  
Para que huyendo ahora de ambos vaya:  
Un amor descubierto sin cautelas,  
En vez de encender fuego le desmaya,  
Que siempre el gusto incierto se sublima,  
Y lo dado de balde no se estima.

Volvió de su amoroso desacuerdo  
La bella infanta, y al abrir los ojos,  
Aunque alterada, con semblante cuerdo  
La causa fue á buscar de sus enojos:  
Y no viéndola allí, puesta en su acuerdo,  
Y el desdeñado espíritu entre abrojos,  
Torna á cerrarlos, que sin ver su amante,  
Tiniebla es todo cuanto ve delante.

Mas ya certificada en su partida,  
Y en la muerte esperanza de su gloria,  
Si el cruel dolor no le acabó la vida,

Fue por darlo mayor con la memoria:  
Y entre una y otra pena divertida,  
En todas de su muerte ve la historia,  
Hasta que vuelta ya á mejor discurso  
Dió al alma vado, y á sus penas curso.

Y recogiendo á lo mejor del pecho  
El grave mal que su quietud destruye,  
Gozar un rato quiere sin provecho  
De ver su huésped por la mar cual huye:  
De un rico balcon de oro al antepecho  
El crespo golfo vió, y en verlo arguye,  
Si un tan gran cuerpo mueve un aire vano,  
No es mucho sea como él el gusto humano.

Vió volar el pequeño barco altivo,  
Surgando el mar con todo su tesoro:  
«¡Ay, dijo, cruel, cobarde, fugitivo,  
Quo solo huyes de mí porque te adoro!  
Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo  
Verás en estas lágrimas que lloro:  
Vuelve, y navega en él á tu contento,  
Que mis suspiros servirán de viento.»

Vuelve, y verás el gusto de quererte  
Hecho verdugo de mi amarga vida,  
Y cuan vecina de mi triste muerte  
La vana ocasion fue de tu partida:  
Mas no vuelvas, cruel, que en solo verte  
El alma, que ya tengo aborrecida,  
Por tuya cobrará su aliento y brio,  
Para pena mayor y agravio mio.

Que ese mar, como tú inconstante y vario,  
Trono de la fortuna sin asiento,  
Si ahora afable, como á mí contrario,  
Paso te ofrece y favorable viento;  
Yo espero que volviendo á su ordinario,  
Tu barco arroje con furor violento  
Sobre algun pardo risco en que fenezca,  
Y que en lo duro y cruel se te parezca.

Mas si solo por ser venganza mia  
Olvidare su estilo la fortuna,  
Estos suspiros que mi pecho envia  
De tí no han de dejar reliquia alguna:  
Tu barco anegarán, mas ¡ay porfia  
Vana, que á quien mi vista es importuna,  
Los suspiros que doy, bien se concluye  
Que serán viento en popa, cuando huye!

Mas sean en tu favor, sean en mi daño,  
Como quiera que son te los envío,  
Que en amor verdadero no hay engaño,  
Y eslo en su fe por escelencia el mio.»  
Así la infanta dijo, y con el baño  
De perlas lleno el rostro de rocío,  
Como la luz quedó de la mañana,  
Que el sol aun no le dió color de grana.

Y entre tanto la playa lisonjera,  
Como si sorda oyera su agonía,  
En huecos tumbos se alza de manera,  
Que sus deseos ya en temor volvia;  
Y lo que sino amara le vistiera  
El vengativo gusto de alegría,  
Ya en pálido temor el riesgo mira  
Del que antes anegar queria la ira.

Cuando el barco, en confuso torbellino  
De roncadas olas, al amigo puerto  
Entre peñascos saludando vino,  
Ya de los dos el un costado abierto:  
Corrió la infanta al reino cristalino,  
Ya el pecho sin recato descubierto,  
A recibir el fugitivo rayo  
Del sol, que á su alma da un florido mayo.

Con roja tez el español valiente  
Segunda vez tomó puerto en Acaya,  
Si bien como discreto alegremente  
La furia alaba de la ronca playa:  
«No es bien dejar ciudad tan escelente,  
Ni que yo huyendo de mí bien me vaya,»

Dijo, y á la princesa en la ancha plaza  
Pide humilde perdon, y ella le abraza.

Y ya en solemne triunfo victoriosa,  
Cercada de su pueblo cortesano,  
Del alcázar volvió á su cuadra hermosa,  
Con su vencido huésped de la mano :  
Y con alma en sus gustos recelosa,  
Que no es durable juzga el bien humano,  
Y al que ahora le dió el viento busca modos  
A conservar le encaminados todos.

Y no hallando ninguno poderoso  
Al importante fin que pretendia,  
Tierna le pide al jóven valeroso  
Hasta Colonia le haga compañía ;  
Con que su estado cobre, ó su reposo,  
O juntos ambos bienes en un dia,  
Que amor es hijo de un hidalgo trato,  
Y la ausencia parió al olvido ingrato.

Fue de Gloricia traza este concierto,  
Que de su amada nieta el bien desea,  
Y por mil esperiencias halla cierto  
Cumplido de valor el que allí emplea :  
Y aun lo que convirtió al vecino puerto  
En raudales de viento la marea,  
Artificio tambien fue de la sabia,  
Forjado en mezcla de afición y rabia.

No pudo el español por mas que quiso  
El cuerpo ahora hurtar á esta demanda ;  
Encubrió el sentimiento, y con aviso  
A la alegre jornada aprestar manda ;  
No es en sus gustos el amor remiso,  
Que con dos alas por los aires anda,  
Y así como por ellos en un punto  
Cuanto importó al partir se halló junto.

Un preñado galeon de nuevo lleno  
De aparato y riquísimo tesoro,  
Que Dédaló labró en un bosque ameno,  
Lo mas precioso dél de nácar y oro ;  
Hecho al compás y bordos de su seno  
Un mudable jardin, alegre coro  
De aves parleras, donde su armonia  
Los parabienes da al reir del dia :

Aquí en real pompa á la marea liviana,  
Que al huir del sol parió un celaje pardo,  
Por la barra salió de espumas cana  
Con la princesa el español gallardo ;  
Seguia por magestad la Capitana,  
Mas que para defensa ni resguardo ;  
Ociosa flota, que el valiente godo  
Todo lo ampara, y lo asegura todo.

La crespas mar con un templado viento  
Por sus golfos les abre ancho camino :  
Dejan á Macedonia á barlovento,  
El Jónio estrecho, el cabo de Paquino ;  
Y volteando del tinacrio asiento  
Con viento en popa el yerto mar vecino,  
Al dar la vuelta al cabo de Peloro,  
Que huye de Italia por llegarse al moro,

Un pequeño batel entre ola y ola  
Andar de lejos vieron sobreaguado,  
Que ni las velas nadie le enarboló,  
Ni dellas tiene ni el timon cuidado :  
Solo de cuando en cuando una vez soía  
El viento rasga, y del rumor quebrado  
En las letras del eco que resuena,  
Mas que palabras manifiesta pena.

Gobierna á ver el real galeon de Creta  
El pequeño batel que no se mueve,  
Y cuanto mas se acerca, mas perfeta  
El viento trae la voz ligera y leve ;  
Y á todas partes, de la mas secreta  
Del leño sale el ay confuso y breve,  
Entre un horrible estruendo de cadenas,  
De que parecen sus cavernas llenas.  
Y en un tapete de oro recostado

Sobre la corva puente un caballero,  
El solo hermoso rostro desarmado,  
Vestido lo demás de limpio acero.  
De lágrimas cubierto y de cuidado,  
Y en el semblante y gravedad severo ;  
Bernardo que le vió perdió el sentido,  
De su presencia y suspension herido.

Conoció la beldad que amor le puso  
En lo mejor del alma retratada,  
Y vio que el que allí va triste y confuso,  
O es sueño, ó su Arcangélica agraviada :  
Quiso arrojarle dentro, mas traspuso  
La nao de velas y de amor preñada,  
Quedándose el batel pequeño en calma,  
Que al tierno montañas le robó el alma.

Manda el galeon parar, manda la infanta,  
Sobresaltada en el temor de oílo,  
Saber la causa que en presteza tanta  
Al mar se arroja su español caudillo :  
Cuando el bajel, cuya quietud espanta,  
Su barquillo arribó, y de su barquillo  
Apenas saltó dentro, que el mar ciego  
En crespas olas enrizó el sosiego.

Quedó en mayor espanto que primero,  
Habiendo en su combés reconocido,  
Ser un arnés pintado el caballero,  
Que la princesa habia parecido ;  
Y el son de las cadenas lastimero,  
O fue imaginacion, ó fue fingido,  
Y el fragil barco, si tambien no engaña,  
El que una noche le sacó de España.

Alteróse la mar, y el raudal viento  
La flota al barco le escondió y el dia,  
Y él sin remos ni vela, cn pensamiento  
En su ligero vuelo parecia :  
Perdió el grave español el sufrimiento,  
Burlado de su ciega fantasia,  
Que un nuevo gusto le pintó en el seno  
Del vacío bajel, de engaños lleno.

Teme sin ocasion haber dejado  
La cretense beldad, teme y suspira  
Por ello ser de sin lealtad notado,  
Y su afición hallar trocada en ira ;  
Que aunque no está rendido á su cuidado,  
Ni al dulce premio de su amor aspira,  
Es efecto de amor propio, ó forzado,  
Amar de un modo, ó de otro, el que es amado.

Mas entre los recelos y el disgusto  
De hallarse en el batel burlado y solo,  
Cuando tocaba en horizonte al justo  
Del mar de Fez la lámpara de Apolo,  
Cobrando aliento su ánimo robusto,  
La noche oscura, y encuoierto el polo,  
A ver se puso la ligera priesa  
Con que el golfo su góndola atraviesa.

Juzga de su volar que no anda tanto  
De un nuevo amante el pensamiento altivo,  
Como ella envuelta en el confuso manto  
De la noche sin luz y el golfo esquivo :  
Cruza mil sieras de agua, cuyo espanto  
Otro ánimo dejara apenas vivo,  
Cuando ya por entre una y otra roca  
De un rio profundo le tragó la boca.

Y los prolijos golfos reducidos,  
A una angosta canal mira abreviadas  
Sus olas, y él y su batel metidos  
Entre riberas de árboles copadas ;  
Por donde de la furia compellidos,  
Que allí los dió á las ondas sosegadas,  
Del cristal de Ebro la barquilla altiva,  
Cual rayo sube la corriente arriba.

Salía sembrando aljófares y plata  
La blanca aurora por el crespas rio,  
Guiando por entre una y otra mata  
Sus tiernos soplos al batel vacío ;



Quando en un remolino le arrebatá  
La densa niebla de un celaje frío,  
Que de sus lentas ondas se levanta,  
Y al día mas claro con su sombra espanta.

El nacer y el morir la luz del alba  
En su presencia todo fue en un punto,  
Y de la obscura nube hacerle salva  
Con roncós truenos, fuegos y rayos junto;  
Pasando la pequeña barca salva  
Entre las rojas llamas un trasunto  
De la encendida fragua en que al verano  
Sus rayos labra á Júpiter Vulcano.

Volaba ardiendo sin quemarse el barco  
Sobre el agua que en blando fuego ardía,  
Cuando de en medio el encendido charco  
De un dragon la escamosa tez nació,  
De las colores que en el cielo el arco  
Vestirse suele al trastornarse el día,  
Cuya garganta, aunque escarchada de oro,  
Llamas lanzaba en anhelo sonoro.

Así al cruzar Cháron el lago Averno  
Con su negra barquilla, le recibe  
La abierta boca del horrible infierno,  
Del fuego llena que en su vientre vive:  
Y entre el obscuro arder del humo eterno,  
Que á cada culpa su castigo escribe,  
Su leño alija, y la laguna amarga  
Al peso gime de la inútil carga.

Y así la fusta en que el valor de España  
Entre el fuego y el agua iba rompiendo,  
A las gargantas de la sierpe extraña  
Bajar se vió con espantoso estruendo:  
Tragóle el gran dragon, que una montaña  
Es breve hormiga con su bulto horrendo...  
Yo no me atrevo á dar tras dél un paso,  
Que es irse á despeñar horrible caso.

Seguir ahora el rumbo ilustre quiero  
De otro navio que próspero navega,  
Y remedar un gusto lisonjero,  
Que solo al tiempo del placer se llega;  
Y él sobre el aire así vuela altanero,  
Que el mundo ya por bajo se le niega,  
Y en ver la luna Malgesi tan junta,  
Las holinas biró, y tomó otra punta.

Dióle medroso horror ver si anochece  
Del cielo trastornarse la techumbre,  
Y que lo que de acá luna parece,  
Huecas montañas son llenas de lumbré;  
Y la argentada tez, que mengua y crece  
En su resplandeciente pesadumbre,  
Es luz del sol, que como á un limpio espejo,  
Ya de un lado le da, ya por parejo,

Sus plateados riscos y montañas  
Lagunas de un cristal que se movía,  
Entre cuyas riberas y espadañas  
Las sombras viven de la noche fría;  
Y aquellas negras cejas y pestañas  
Que aquí parecen, desde allí se vía  
Ser de un jayán el bulto, que tendido  
Sóbre un blanco arenal vive dormido.

Guarda su sueño en hermosura rara,  
Mil perlas ensartando de una en una,  
Una blanca mujer, cuya ancha cara,  
En viéndola, les dijo ser la luna:  
Al cielo, y á su luz, y á su claridad,  
La tez del rostro transparente y clara,  
Cada ojo del compás de una laguna,  
La boca un aneho río, y ella junta

Mayor que el monte Olimpo faldá y punta.  
Las riendas de la mar tenía en la mano,  
Y de espejo su golfo le servía,  
De las flores cercada del verano,  
De cuyas perlas su frescor se cria:  
Que los roncós  
Admiróles el mundo soberano,  
Que así volando por sus hombros guía,  
Dando los ojos al humilde suelo,

Medrosos del furor de tanto vuelo.

Juzgan mayor el globo de la tierra  
Que el primer resplandor dos treinta veces,  
Y el ancho mar, que en ámbito le cierra,  
De un mudable cristal lustrosas teces,  
Donde haciendo del sol los rayos guerra  
Nuevas lumbrés producen sus combeces,  
Que de sombras tejidas y reflejos  
Otra luna inferior forman de lejos.

Absortos al placer de andar volando  
En medio de ambos climas ya sin tino,  
Ni ven si van subiendo, ó si bajando,  
Ni de cual mundo siguen el camino:  
Cuando el diestro piloto en curso blando  
Cambió el timón, y mareando el lino  
Las bolinas trocó, y humilló el vuelo,  
Que es de riesgo sin fe subirse al cielo.

Fueron al fin á rematar la punta  
A los bajos Antípodas del mundo,  
Pasando en invariable vuelo junta  
La obscura inmensidad del mar profundo,  
Hasta donde con él se engaza y junta  
Suelto del primer orbe este segundo,  
Que hoy á España tributa y da barata  
La sangre de sus venas vuelta en plata.

Ven hácia el Sur tendidas las regiones,  
Y el belicoso clima de la tierra,  
Que en los menos altivos corazones  
Discordia influye, presuncion y guerra;  
Hasta los encubiertos Patagones,  
Y el largo estrecho que sus playas cierra,  
Por donde Magallanes sin contienda  
Del rico Oriente halló la inútil senda.

Ven del Brasil los páramos incultos,  
Los Andes, el Dorado, y los temidos  
Desiertos del Darien, llenos de insultos,  
Aunque frescos entonces y floridos:  
Del viejo y mozo Potosí los bultos  
De riquezas preñados, y hoy paridos,  
Y las playas de Chile de oro llenas,  
Y ahora mas de sangre que de arenas.

La rica tierra y blancos arenales  
En que llover no supo el seco cielo,  
Y la vecina sierra y sus raudales,  
Que en frescos valles dan partido el suelo:  
El Cuzco de los lngas naturales  
Silla imperial, y el claro y fértil vuelo  
Con que la equinoccial sembrando brasa  
Por los muros de Quito rompe y pasa.

En Panamá, y su costa el nudo estrecho,  
Que dos contrarios mundos encadena,  
Y el hueco monte, que de llamas hecho  
De Nicaragua por las playas suena:  
Del valle de Campeche el dulce pecho  
Queda de roja miel y abejas llena,  
Y los vergeles que el cacao señala  
Por el rico Tabasco, y Guatemala.

Miran el brazo de cristal que ataja  
De Chiapa los desiertos arenales,  
Y de Guajaca la florida faja  
De regalados templos y frutales:  
Las dos ricas Misticas alta y baja,  
Con sus frescas moreras y nogales,  
Las nevadas alturas de Perote,  
Y el mar que á vista de él sirve de azote.

Ven, entre el fresco Panico y Guatulco  
A Tlascala, y el reino Mejicano,  
A Mechoacán, Colima, y Acapulco  
Del mar del Sur el puerto mas cercano:  
Los pueblos de Quiseo y Tlajamalco,  
Y en sus contornos y florido llano  
La abundante laguna de Chapala,  
Que al Océano en profunda anchura iguala.

Miran de Zacatecas la riqueza,  
Entonces en sus venas enterrada,



Y otro Méjico al norte de grandeza,  
 O ya sea verdadera, ó sea soñada:  
 De la sierra de Topia la belleza,  
 De fina plata y oro incorporada,  
 Y á Culiacán, que en temple no bien sano  
 Al mundo crió la flor de su verano.  
 Los riscos de Chiametta y de Copala,  
 Y de su rica playa las salinas;  
 La áspera Guaynámeta, que la iguala  
 En fieras gentes, y en preciosas minas;  
 Los altos montes de Xalisco y Xala,  
 Llenos de miel sabrosa, y de sabinas;  
 Los jardines del valle de Vandersa,  
 Y reventando el mar por sus riberas.  
 El gran volcan de Xala, mónstruo horrible  
 Del mundo, y sus asombros el mas vivo,  
 Que ahora con su roja luz visible  
 De clara antorcha sirve á lo que escribo:  
 Y á tí, oh soberbio Olimpo inaccesible,  
 Desta historia feliz rico motivo,  
 Tambien verian de allí, puestos por tilde  
 A tu alta frente y tu laguna humilde.  
 Y aun pienso que si el sabio lo fue en todo,  
 Entre sus ninfas de cristal veria,  
 Danzando por las juncias á su modo,  
 La que me sirve aquí de aliento y guia;  
 Pues hilando su estambre al valor godo,  
 La tela entonces inmortal tejia  
 De los ricos dibujos con que ahora  
 Felices partos da en mi voz sonora.

Aquí entre sus laureles inmortales,  
 En fresco temple y agradable frio,  
 De aquellos pensamientos celestiales  
 Esta heróica preñez concibió el mio:  
 Aquí entre verdes juncias y cristales  
 Manó la humilde fuente deste rio,  
 De la quietud y paz que aquí se encierra,  
 Deseos de fama urdieron esta guerra.  
 Ya desde el aire el mágico adivino,  
 Lo mismo contemplando que yo ahora,  
 La vuelta queria dar por donde vino,  
 A encontrar los caballos del aurora:  
 Cuando el brio atajado y el camino,  
 Vencido su saber, se vió á deshora  
 Caer al suelo con su barco y guia,  
 Y la gente que dentro dél venia.  
 Sobre los riscos de un volcan ardiente,  
 Que entre Tlascalá y Méjico levanta  
 Al cielo, y á su luz el humo y frente,  
 Con que á ella ciega y tizna, y á él espanta,  
 Del risco mas fragoso y eminente  
 Un gajo sube, que entre planta y planta,  
 Del sabio Tlascalán la cueva horrible,  
 Si el humo da lugar, vuelve visible.  
 Era este nigromántico severo,  
 Corpulento jayan, doblado en ciencia,  
 Que los roncos bramidos del Cerbero  
 A los suyos prestaban obediencia:  
 Ni por bárbaro inculto, ni por fiero,  
 De imperfecta amistad, grave en presencia,

El calvo rostro como una ancha adarga,  
 La hórrida barba espesa, cana y larga.  
 Ciento y ochenta cursos de su esfera  
 La lámpara del sol pasado habia,  
 Despues que al sabio dió la luz primera,  
 Y él con ella gozó su primer día;  
 Y tantos de salud y vida entera  
 En esperiencias mágicas tenia,  
 Cuyas lecciones, y saber profundo,  
 Los circulos parar solian del mundo.  
 Subia los rios á buscar su fuente,  
 Y á los ojos del siglo venidero,  
 A los mas firmes montes dió corriente,  
 Y cadenas al tiempo mas ligere.  
 Y temiendo tambien como prudente  
 El riesgo morir tras el primero,  
 Al riesgo hacia de la humana suerte  
 De la virtud escudos á la muerte.  
 Pues este, á quien las luces del ocaso  
 Los rayos humillaron á su cueva,  
 Luego que el barco vió en el cielo raso  
 Seguir en rumbo tal senda tan nueva,  
 Con firmes signos le detuvo el paso,  
 Y él, su patron, y los que dentro lleva,  
 Ya de su mago cerco roto el vuelo,  
 Sin ver por quién, se hallaron en el suelo.  
 Mas cuando en los perfumes y centellas  
 Del ya violado circulo y conjuros,  
 Y la sombra infeliz que dellos y ellas  
 Los cursos le aclaró primero obscuros,  
 Manifiestas halló las causas bellas  
 Con que volando al aire iban seguros,  
 Y el cerco hermoso, y el diverso mundo,  
 Que en el primero vieron, y el segundo:  
 Con razon admirado y envidioso  
 Del vuelo illustre seguidor del dia,  
 Al ya quebrado barco el mago ocioso  
 Con rostro vino lleno de alegría;  
 Y «el cielo, dijo, oh pueblo valeroso,  
 El fin dichoso os dé como la guia,  
 Porque el feliz viaje deste modo  
 Sea, cual vuestro valor, único en todo.  
 No tristes vueltas de contrario sino,  
 Ni aspecto inútil de enemiga estrella,  
 Al dichoso bajel cortó el camino,  
 Y su fuerza y virtud dejó sin ella;  
 Mas nueva traza del saber divino,  
 Que por los pasos quiso de esta huella,  
 Cumplidos ya vuestros deseos, mostráros  
 De un mundo oculto los sucesos raros.  
 Y pues la eterna prevencion divina  
 Vuestra venida á tal sazón dispuso,  
 Ya el pié dichoso, oh gente peregrina,  
 En los riscos poned que el cielo os puso;  
 Que yo, á quien esa misma fuerza inclina  
 Que en todo os sirva de mi oficio al uso,  
 Para ello saco á luz grandezas tales  
 Que al resto escedan, y aun que os sean iguales.»  
 Dijo, y el francés sabio, que vencido  
 Su poder vió de aquel oculto mago,  
 Roto el ligero barco, y él rendido  
 A un superior espíritu aciago:  
 Ya que en voz noble y trato comedido  
 El roto esquife suelda con halago,  
 Y en amigo hospedaje los convida,  
 Y á él y á los suyos da la bienvenida:  
 Cerrando ahora del primer agravio  
 La oculta saña en lo interior del pecho,  
 Que el encubrir la afrenta es de hombre sabio,  
 Cuando no es el vengarla de provecho:  
 Con rostro alegre y lisonjero labio,  
 Fingidas gracias da al agravio hecho;  
 Y en real grandeza el mágico á su cueva  
 Con segura amistad y paz los lleva.  
 Por las venas sin luz del monte horrible,

Que al turbio cielo escupe ardiente llama,  
 Una gruta de altura inaccesible  
 En peñadas cavernas se derrama:  
 Patente un tiempo fue, mas ya invisible,  
 Toda su magestad guarda la fama,  
 Adonde el sabio los subió, y tenia  
 Cuanto de gusto el suyo le pedia.  
 Hecho á la entrada de un pendiente risco  
 De un alto mirador el corvo techo,  
 A quien de alegres rejas rojo aprisco  
 Alfombras labra al rústico antepecho:  
 De yedras entoldado, y de lentisco,  
 Donde la vid lozana trecho á trecho  
 De tiernos grumos hace que se cuaje  
 La red de su tejido ventanaje.  
 Entrando por la cueva, á quien ninguna  
 En riqueza igualó ni en aposento,  
 Tan vecina á la esfera de la luna,  
 Que por humilde deja á la del viento,  
 El cristal ven temblar de una laguna,  
 Que es de aquel mundo el mas florido asiento,  
 Y en sus retretes tales maravillas,  
 Que allí el verlas pasmó, y aquí el oillas.  
 Era la hermosa cuadra, que en altura  
 Poner la suya quiso en las estrellas,  
 No hecha por humana arquitectura,  
 Sino por la influencia y virtud dellas:  
 Dentro en los huecos de una Peña obscura,  
 A quien dan luz los rayos y centellas  
 De puntas de diamantes y esmeraldas,  
 Que el cielo le cuajó en su cumbre y faldas;  
 Vése del tiempo y la humedad cubierta  
 La hueca Peña de menudas flores.  
 En partes jaspeada, en partes muerta,  
 En sombras una, y otra en resplandores:  
 Haciendo un todo de hermosura inserta  
 Sus diversos metales y colores,  
 Y esmaltada la tez que los remata  
 De grumos de oro y escarchada plata.  
 El natural desórden con que puso  
 El ciego tiempo estos rasguños bellos,  
 Como arrojados en monton confuso,  
 Es el mayor primor y gala en ellos;  
 Pues tanto sus brutescos descompuso,  
 Y en tantas formas se enredó por ellos,  
 Que parece los hizo en competencia  
 Del artificio de la humana ciencia.  
 Pues á los capialzados de la sala,  
 Sembrados de preciosa pedrería,  
 Ni el oro les faltaba para gala,  
 Ni crustulas de varia argentería,  
 Ni azul y verde jaspe, á quien no iguala  
 El Copto ardiente, ni la Scitia fria,  
 En vez de los doseles y tapices,  
 De huecas sombras, sendas y matices.  
 Que la alta corupcencia de la piedra,  
 De diversas riquezas amasada,  
 La falta suple, y con ganancia medra  
 Mil hermosuras de que está sembrada:  
 Que el oro entre lo verde de la yedra,  
 Y entre lo azul del risco plata helada,  
 Labores hacen de tan diestra mano,  
 Que vuelven pobre al artificio humano.  
 Desta real sala puerta á otras menores,  
 Menores no en riqueza ni hermosura,  
 Que de manchados jaspes y labores  
 Divina hacen y nueva arquitectura:  
 No todas de cavernas y furores,  
 Ni brutos senos de la piedra dura,  
 Que en mucha parte el bárbaro edificio  
 Al natural juntaba el artificio.  
 Dejó admirados de la gruta estraña  
 La no vista belleza á los presentes,  
 Sus frondosos jardines, con que engaña  
 Del veloz tiempo el sabio las corrientes:

Y en sillas de oro, y áspera montaña,  
Del grave estudio cuadros excelentes  
Gozan, en que el pincel subió de punto  
De un mundo y otro el artificio junto.

Era esta cavernosa cuadra hecha  
De un amasado risco de esmeraldas,  
Que un fresco mirador arroja y echa  
Del jardín bello á las floridas faldas,  
De adonde un cielo ve y un mundo acecha,  
La vista al Sur, y al Norte las espaldas,  
Con un río que al romper de Peña en Peña,  
En verde juncia y ovas se despeña.

A cuyo ruido el canto de las aves  
De alivo sirve y dulce contrapunto,  
Y el tiple agudo en los bemoles graves  
Afinándose mas sube de punto:  
Al fin juncias, bemoles, cantos suaves,  
Río, flores y peñas todo junto,  
Entretiene, suspende, alegría, engaña  
La vista, el campo, el bosque, y la montaña.

Aquí el mago tenía de sus ciencias  
El estudio, instrumentos y aparato;  
Aquí su anatomía y esperiencias  
Con vigilancia hacia, y con recato;  
Aquí de globos varias diferencias,  
O por necesidad, ó por ornato,  
Que en paredes y bóvedas colgaban,  
Alegre asombro á quien las vía daban.

En huecos bultos de sombrías figuras  
Sus malogradas almas detenidas,  
De las regiones lóbregas y obscuras  
Por nuevos rumbos mágicos traídas;  
Y aunque á la vista son simples pinturas,  
Estrechas gozan y espantosas vidas,  
Dando al mago en diversos tiempos juntas  
Sospechosa respuesta á sus preguntas.  
Tiene de yerbas, raíces, y de gomas,  
Venenos, piedras, sierpes, monstruos, fieras,  
En cajas, urnas, vasos, botes, pomas,  
Varias sumas de hechizos y quimeras;  
De agua del río Averno dos redomas,  
De las tres furias nueve cabelleras,  
Hollin del barco de Charon, y entero  
Un colmillo y dos uñas del Cerbero.

De pardo lobo ayuno, que enmudece  
Los perros con su vista, buche y pelo,  
Cabellos de Proserpina, y el pece  
Rémora, que á un navío entume el vuelo,  
Hiel y ojos de trimelga, que entorpece  
Al pescador el brazo del anzuelo,  
Un grano de alcanfor, y otro de helecho,  
Y de dos escorpiones cuello y pecho.

Un aspid soholiento, una escamosa  
Piel de serpiente azul de manchas llena,  
Corrupta sangre de mujer celosa,  
Mortal cicuta, niágica verbera,  
Plumas de salamandria calurosa,  
Espuma de doblada anfesibena,  
Soga de hombre ahorcado en acecuche,  
De arpia las garras, y de un buho el buche.

De la serpiente emórrois el veneno,  
Que despidе en sudor la sangre humana;  
De la sedienta hidra el cuero lleno  
De ponzoña, y del sirio can la lana:  
La ala del presto yáculo, que al seno  
De la Peña se arroja mas cercana;  
Dipsas, que al que su tósigo salpica,  
La sed hasta la muerte multiplica.

Un corazón de niño, que la hambre  
Los huesos enjugó y secó la vida,  
De la ruca de Cloto el blando estambre,  
A quien del mundo está la hebra asida:  
Una cabeza de encantado alambre,  
De contrahecha voz, y alma fingida;  
Los ojos de un dragon y un basilisco,

En sangre de camello berberisco.  
Dientes de cocodrilo y elefante;  
Dos buches de avestruz, menstreo de vieja,  
De la grulla la piedra vigilante,  
Y la electroria húmeda y bermeja;  
Del buho el ojo izquierdo penetrante,  
El diestro de la aguda comadreja,  
Con la piedra de la águila, que dentro  
Va con preñados senos á su centro.

Yerba del Pito contra el hierro duro,  
Ceniza de hombre muerto de algun rayo,  
Estéril tierra de sepulcro obscuro,  
Dos huesos de abubilla y papagayo,  
Yedra cortada de arruinado muro,  
Ruda encantada con rocío de mayo,  
Pares de un abortivo, y la testera  
De unicornio, habaela, y de pantera.

Un cuerno de cerasta, que en la arena  
Arma escondida venenosos lazos;  
De la engañoso y lóbrega hiena  
Las azules escamas de los brazos,  
Con que en las tristes sepulturas suena,  
Haciendo los cadáveres pedazos;  
De la ave fénix una roja pluma,  
Y de una hidra el tósigo en espuma.

Y en mas virtud y adorno de la cueva,  
En maga ostentacion y fuerza oculta,  
De noble pedrería un cielo lleva  
En realces de oro por la Peña inculta;  
Así en signo observado y luna nueva,  
Que de su variedad y luz resulta  
Belleza al muro, estimacion al arte,  
Y á la mágica ayuda por su parte.

El cristalino Erindro, que humedece  
Con su frialdad el aire circunstante,  
Y dando siempre lágrimas, parece  
De algun ausente gusto tierno amante:  
La dura celosía, á quien no empece  
El fuego, y el celonte penetrante,  
El adivino y verde Silenite,  
Que con la luna en la inquietud compite.

Las castas esmeraldas, el topacio  
Contra el vacío tumor de la locura,  
El balax, casa hermosa y real palacio  
Del carbunco, y la onix triste y obscura:  
La verde orites, que en pequeño espacio  
Bebida hace abortar la criatura,  
Y la andromata de agradables rayas,  
Que el mar Bermejo escupe por sus playas.

La roja peridonia, que las manos  
Con su disimulada lumbre quema;  
La preciosa bezár, que los lozanos  
Ciervos del buche crian en la flema;  
La ágata, llena de manchados grãos;  
La encendida amatista, que desflema  
De Baco el humo; el záfiro, y á este  
El jacinto, salud contra la peste.

La amandrina de agudos resplandores,  
De agoreros autora y adivinos;  
La acates de jardines y de flores  
Llena, y rasguños de oro peregrinos;  
La aquelonia sembrada de labores,  
Los duros inmortales abestinos,  
En quien si el fuego prende sus centellas,  
Ni ellos se gastan, ni se apagan ellas.

No faltó la pantera á maravilla  
De encontradas colores salpicada,  
Ni la que en su celebro la abubilla  
A entender da los sueños aplicada:  
Ni á tí, Liparis bella, faltó silla,  
Que de flecha jamas fuiste hallada;  
Ni á tí, Diacodos, que á las noches manas,  
Vanos asombros, y fantasmas vanas.

De este cielo de estrellas amasado  
La alta bóveda el suyo componia,

Y un elitrepio en humedad bañado,  
Que entoldar suele de tiniebla el día,  
Con la que del cerebro coronado  
Del gallo nace, y de su humor se cria,  
A vueltas de diamantes y rubazos,  
Que alegres hacen y vistosos lazos.

Y en medio los festones y guirnaldas,  
Que tejen de grabada enlazadura,  
Rojos rubís y alegres esmeraldas,  
Como pomposo rey de la hermosura,  
Dando centellas de oro y luces gualdas,  
Hacia un carbunco de la sombra oscura  
De aquel rico desvan, si sombra había,  
A pesar de la noche eterno el día.

Ufano el sabio, que en silencio atentos  
La novedad los tiene de su cueva,  
Su admirable riqueza, y los portentos  
Con que los ojos y los gustos ceba;  
Por mas recrear sus ánimos sedientos,  
Y darles mas que su apetito beba,  
Del hueco monte los subió á la cumbre,  
Rico inmortal blandon de eterna lumbre.

Pasan á vista de la llama ardiente,  
Que al cielo de su vientre azul vomita,  
Cuyas masas de luz resplandeciente  
El bronce en ellas hace se derrita:  
Ven las hornazas, y el metal luciente,  
Que hirviendo en las canales huecas grita,  
Y entre el humo, que al aire pardo tuye,  
Torcidos rayos en contorno escupe.

Y va despues que por revueltas calles,  
Y obscuros socavones, en la cumbre  
Del erizado monte, volvió á dalles  
Segunda vez del rubio sol la lumbre,  
Una sala se vió llena de entalles,  
Tan lleno de oro el suelo y la techumbre,  
Que el avariento Midas pudo solo  
Labrarla, antes de entrar al río Pactolo.

De grave y compasada arquitectura,  
Aunque por magos círculos movable,  
Que en tal aspecto abrieron su figura,  
Que en ella un mundo y otro hacen visible,  
En luz tan nueva y claridad tan pura,  
Que la tierra y el cielo inaccesible,  
Lo por venir, pasado, y lo presente  
Volar se via por su corva frente.

En firmes arcos sus murallas hechas  
De contrapuestos cóncavos espejos,  
Que en cortas luces, y saetías estrechas,  
Nuevas figuras dan, nuevos reflejos;  
Y las vislumbres entre sí deshechas  
De vario aspecto y rayos mal parejos,  
En las teces ponian ingeniosas  
Nueva admirable variedad de cosas.

A este real mirador un fresco llano  
De pomposo teatro le servia,  
Donde un alegre pueblo en traje ufano  
Con placenteros bailes se estendia;  
Cuando en suave modo el mago anciano,  
Dándoles sillas de oro y pedrería,  
Así tuvo en palabras elocuentes  
De sus labios colgados los oyentes:

«Aunque la alegre suspension que veo,  
Mis cosas hace de mayor estima,  
Pues en tan graves pechos, cual deseo,  
Alegre espanto dan, y causan grima,  
El admirable círculo y rodeo  
Con que del nuevo mundo á ver la cima  
Llegado habeis, así le escede y pasa,  
Que es mi grandeza ya grandeza escasa.

¿Quién jamás supo dar tan alto vuelo,  
Aunque ayudase con su industria y alas,  
Un hombre antiguo, que en esotro suelo  
Haber, dicen, labrado al aire escalas?  
¿Quién por tan alto rumbo y paralelo

Llegarse pudo á las supremas salas,  
A oír de las estrellas el lenguaje,  
Y ver la inmortal luz de su viaje?

Tiéndose por sospechas que esta lumbre,  
Que es de todas las lumbres la primera,  
No como el mundo juzga está en la cumbre,  
Mas en el fijo centro de la esfera;  
Y la demás inmensa muchedumbre  
De estrellas rubias con su rueda entera  
En torno rueda dél, y tambien rueda  
La tierra, aunque parece estarse queda.

Que él, como silla y soberano asiento  
De los dioses, se está inmutable y fijo,  
De cuya eterna luz toma sustento  
La suya, y della el mundo regocijo:  
Vosotros, que en los páramos del viento  
Recodo y vuelo disteis tan prolijo,  
Sabreis quizá lo que ahora se desea,  
¿Si se anda el sol, ó el mundo le rodea?

A los que el cielo han visto, ¿qué grandeza  
No les parecerá menuda y corta?  
A quien gozó del orbe la belleza,  
¿Ver esta estrecha gruta qué le importa?  
De la tierra el caudal todo es pobreza,  
Y así la vista al parecer absorba  
En lo que ahora veis, quizá proviene  
De la desproporcion que el caso tiene.

Mas si hay equivalencia ó puede habealla,  
En lo que está por ver, y habeis ya visto,  
En esta sala está, y ahora por ella  
En raudo vuelo pasa, y curso listo:  
Aquí el gran rayo está de una centella,  
Que ha de encenderse de la luz de Cristo,  
Y á la alegre venida de su aurora,  
Aquellas gentes hacen fiesta ahora.

Grandes cosas sabreis, estadme atentos,  
Pues á esto el cielo os arrojó á mi cueva,  
Y para que quieteis los pensamientos,  
Y mi voz todos juntos se los beba:  
Seguro os doy, que salvos y contentos,  
Por un breve camino, y senda nueva,  
Al mundo volveréis de quien salistes,  
Y los montes vereis que otra vez vistis.

Tú, heróico persa, á quien un alma altiva  
En tanta duda puso y desconsuelo,  
No ya te atlijas mas, que sana y viva  
A mejor ocasion la guarda el cielo,  
Que ni de Creta la beldad esquivas,  
Ni otra inclemencia ni rigor del suelo,  
Por otra ocasion nueva, ni por esta,  
La vida acabará que tantas cuesta.

El tributo cruel que en Creta puso  
De un cerco mago el prodigioso cerco,  
Por quien el ciego reino trae confuso  
De un falso dios el nombre lisonjero,  
Se alzara de una vez, y el torpe abuso  
Del sacrilego altar cayera entero,  
Si la heróica beldad, que de las aras  
Medroso arrebataste, le dejaras.

Hizo el encantamiento riguroso  
Con tales cercos el sangriento mago,  
Que hasta que un rostro llegue así hermoso  
Que de fealdad le falte un corto amago:  
Del cruel reino el triste altar odioso,  
Del mundo, y su hermosura será estrago,  
Sola Angélica pudo darle el justo  
Libre aquel día del tributo injusto.

Mas si el sol pasa desta edad florida  
Por largos siglos durará su llanto,  
Que dar del todo una beldad cumplida,  
Ni el mundo llega ni su fuerza á tanto:  
Con esta regla ha de salir medida,  
De treinta nesgas ha de hacer su manto;  
Tantas Elena tuvo, y tantas tiene  
La bella reina que de Oriente viene.

En tres facciones, cual la blanca nieve,  
Y en otras tantas gorda y colorada,  
Y en tres larga también, y otras tres breve,  
Y gorda en tres, y en otras tres delgada,  
Y ser estrecha en tres la dama debe,  
Y en tres ancha, estendida y dilatada,  
Pequeña en tres; y si esto no tuviere  
En Creta morirá, si á Creta fuere.

El cuerpo y dientes blanco, y los cabellos  
Cual se descubre el sol por la mañana,  
De negro las pestañas y ojos bellos,  
La parte menos bella, y mas humana:  
Como el coral los labios, y con ellos  
Las uñas y mejillas como grana;  
El cuerpo, manos, el altivo cuello  
Largo importará ser, si ha de ser bello.

Los piés, dientes y orejas delicadas,  
De breves puntos, y perfecta hechura,  
Pestañas y caderas dilatadas,  
Y anchos pechos de alegre arquitectura,  
Y las tres perfecciones mas notadas,  
Pequeña boca, y breve de cintura,  
Con lo demás que amor justo ó injusto,  
Breve lo pide, como lo es su gusto.

Del medio inferior cuerpo otras tres cosas  
Que no sean flacas pide la belleza,  
Si bien la honestidad por peligrosas  
A los ojos cubrió su gentileza:  
La nariz, las dos pomas deleitosas,  
Pequeñas, y pequeña la cabeza,  
Y los dedos, los labios, y cabellos  
Delicados serán, si han de ser bellos.

Destos varios engaces de oro juntos  
La imagen se hace de beldad perfeta,  
Y el limpio aspecto y rayas destos puntos  
El firme encanto desharán de Creta;  
Y en la japona reina los trasuntos  
Desta medalla pública y secreta  
Salud le dieran, si el temor estrecho  
No lo estorbara de su ardiente pecho.

Y tú, francés, á quien la nueva guerra  
De tu patria hará de llanto un lago,  
Y en la subida de una inculca sierra  
En sus flores de lis sangriento estrago;  
Aprieta vuelve á tu enemiga tierra  
A dar venganza al agraviado mago,  
Que está del sacro imperio el guion alto  
De insignes capitanes y armas falto.

En el Franco Pomier, donde yo, puse  
Su casa un tiempo y su jardín Morgana,  
Morgana ilustre hada, que el concurso  
Ahora de la riqueza rige humana:  
Diosa del interés, y de su abuso,  
Y del rey Artus halagüeña hermana,  
Un castillo encantó, y un bosque esquivo,  
Donde á su hermano tiene, ó muerto, ó vivo.

Y allí en la rica sala del tesoro,  
Por nueva injuria á su enemiga Francia,  
Los capitanes de mayor decoro,  
Qué del imperio rigen la importancia,  
Hechos tiene insensibles bultos de oro,  
Que esa es del oro la mayor ganancia,  
Y el interés en ánimo avariento,  
Confuso lazo y ciego encantamiento.

Y así este, aunque desnudo de provecho,  
Como mal sin remedio no le alcanza,  
Que un hombre avaro estátua de oro hecho,  
No hay, de que vuelva á ser quien fue, esperanza:  
Solo á la puerta en un sepulcro estrecho  
De un muerto cuerpo está la semejanza,  
Que suele con ponerseles delante  
Del sueño despertarlos semejanza.

Aquí, pues, ves lo que á tu patria importa:  
Abrir harás la antigua sepultura,  
Y al muerto bulto, que la muerte absorta

Con su voz rompa la lazada obscura;  
Que á quien del oro el interés transporta,  
La sola muerte cura su locura,  
Y aun suele el rumor della á mejor vida  
Dar despierta la estátua mas dormida.

Hay fama que es el poderoso muerto  
El Anglio rey, que allí en podrida llama  
Su enjuto cuerpo tiene, y viendo abierto  
El lóbrego ataud, deja su cama:  
Y á su antigua virtud y honor despierto  
Al mas dormido da deseos de fama,  
Y el oro hace olvidar que es tierra el oro,  
Y un hombre insigne celestial tesoro.»

### ALEGORIA.

Bernardo, que por ninguna via quiere dejar el seguimiento de Arcángelica, significa, que el ánimo codicioso del apetito de venganza, con ningún partido ni medio se quieta, ni otra satisfacción tiene por honrosa, que aquella que por si mismo alcanza de quien le ofendió. El gran vuelo del sabio Malgesi, ya hemos dicho que es figura de la vida contemplativa, que de las cosas visibles inferiores pasa la mira á las celestiales, con la cual llegará la felicidad del nuevo mundo, que es la bienaventuranza prometida al hombre, como á la monarquía española las Indias Occidentales. Por Tiascalán, sabio antiguo, que tiene su morada en las cavernas y gruta de un monte, es entendido el apetito de las riquezas que se crían en las entrañas de la tierra: el cual muchas veces es poderoso á traer al suelo con su fuerza al hombre contemplativo, que antes con gran deleite volaba sobre su pensamiento, ocupado en solo contemplar la hermosura del mundo y secretos de la naturaleza: al cual la solicitud de las riquezas impide la quietud, que tan necesaria es al ánimo contemplativo, como Aristóteles dice en las Eticas, que si para la vida activa ayudan mucho, para la contemplativa totalmente son estorbo. El mirador de la cueva de Tiascalán, significa la imaginativa, de adonde se via tanta variedad de cosas. En el modo que á Reynaldos se da para desencantar las estátuas de la sala del tesoro, se muestra como sola la muerte, ó su memoria eficaz, es la que puede despertar á los avarientos de su peligroso encantamiento.

### LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO. Cuenta el sabio Tiascalán las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde habiendo acabado un artificioso encantamiento, y ganando en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.

Así de lo profundo de su pecho  
El sabio al mundo siembra maravillas,  
Y en la gruta retumba el cervo techo,  
Y oyen los héroes en doradas sillas,  
Qué en observado signo y cercos, hecho  
De luciente oro márgenes y orillas,  
El feliz mirador da en sus viriles,  
Aun á los por nacer cuerpos sutiles.

Y él viendo el siglo por venir patente,  
De superiores luces alumbrado,  
Vuelto un Proteo mortal, hacia presente  
Del que escuchaba el venidero hado,  
Como al rey Persa, y al francés valiente  
De nuevas trazas amasó el cuidado,  
Y en su piloto ahora el rostro fijo,  
Así siguiendo su discurso dijo:

«Si cual te dió el antiguo Balisarte  
En el francés aguado el valor godo,  
Sin mezcla de otro azar supiera darte  
De castellana masa el pecho todo,



Ni mi voz fuera ni mis ciencias parte  
 A suspender de tu viaje el modo,  
 Libre pasaras con tu intacto vuelo,  
 O por la humilde tierra, ó por el cielo :

Que la estrella de España en este mundo  
 En todo es superiora de otra estrella ;  
 Asi los cielos en saber profundo  
 Para mas bien lo dispusieron della :  
 Del rubio oro el feliz parto fecunda ,  
 Y de luciente plata blanca pella,  
 Ahora recoge, guarda y desentraña ,  
 Para en cambio de fe ofrecello á España.

Cuando tu patria en nuevas opiniones  
 La religion verá que ahora profesa ,  
 Y en la fe sospechosa, y sus razones,  
 Muchas confesará que hoy no confiesa ;  
 De España los católicos pendones ,  
 Y el primer papa en ellos por empresa ,  
 En señal que es el agua de su fuente,  
 A dar luz bajarán á nuestra gente.

Compraremos entonces (¡ cosa estraña !)  
 El cielo con la escoria de la tierra,  
 El desengaño y luz con lo que engaña ,  
 La eterna paz con la mudable guerra :  
 Daremos plata humilde y oro á España  
 Por la divina religion que encierra ,  
 Como en limpio granero, que es mancilla  
 Sembrar , sino está limpia la semilla.

Y si deseais á estos ocultos casos  
 La estampa ver de su mudable idea ,

Y los eternos encubiertos pasos  
 Por donde el cielo su girar voltea :  
 Si de lo por venir bultos escasos  
 Ver deseais, y hay vista que los vea ,  
 Oid, héroes de otro mundo , oid, que quiero  
 Al presente sacar el venidero.

Al mudable cristal desta laguna ,  
 Del polo helado, y su encubierta gente,  
 Domando en riendas de oro la fortuna  
 Otro tiempo bajó un pueblo valiente :  
 Rindió incultas naciones, que ninguna  
 Fiel tributo negó á su rey potente,  
 Y él en victorias y poder ufano  
 Leyes dió al nuevo mundo de su mano.

Y aunque de mar á mar la estrecha tierra  
 Con armas tiene su furor turbada ,  
 Con quien mas ciego enojo y firme guerra  
 El rigor trae de la ambicion trabada ,  
 Es con la que á las faldas desta sierra,  
 Ahora en pomposas plumas señalada ,  
 Con ancho baile y músicas celebra,  
 Del ya domado ardor la primer quiebra.

Es la hidalga nacion que á las vertientes  
 De Tlascala por mia heredó el cielo ,  
 Y á estas feroces extranjeras gentes  
 El mas contrario y enemigo suelo :  
 Y aunque en sangrientas lides diferentes  
 Victorias les ganó de la honra el celo,  
 De su teson y aliento belicoso  
 Nunca hora hemos gozado de reposo.

Hubiera á su pomposa vanagloria  
Sin mi rendido el cuello el pueblo mio,  
Y en triste servidumbre á su victoria  
Las riendas diera del vencido brio:  
Mas yo que al siglo por venir notoria  
Miro la gran revolucion, confio  
Que han de dar las estrellas libre el paso  
A la luz de su Oriente en nuestro ocaso.  
Y no solo inviolables sus mojonas  
Hará esto á las edades venideras,  
Mas aun los mejicanos escuadrones  
Cuando al mundo asombraren sus banderas,  
Y á su tremolar tiemblen las naciones  
Que de ambos mares ciñen las riberas,  
Y sea de su ambiciosa monarquía  
La tierra toda en que se encierra el día.

Entonces mi constante pueblo altivo,  
Sin nunca ver de espaldas la fortuna,  
La verde juncia en ademán esquivo  
Y el cerco ha de asombrar de su laguna:  
Cuando ya llegue al colmo fugitivo  
De su prosperidad la llena luna,  
Y á un rey sañudo que su cetro tenga  
Del rubio sol á verle un hijo venga.

Ya allí de un mundo y otro las estrellas  
El curso trocarán de su corriente,  
Y á los peñascos destas playas bellas  
Nueva vendrá y desconocida gente:  
Ya veo sus naos llegar, ya veo sobre ellas  
Los timbres de oro y armas del Oriente,  
Ya á sus invictos capitanes veo  
De un alta cruz labrar feliz trofeo.

Ya de un Cortés caudillo el pecho honroso  
Premio á mis ricas esperanzas sienta,  
Y la gloria del hecho mas famoso  
Que caber pudo en cuerdo atrevimiento:  
Insigne hazaña de ánimo brioso  
Será dar velas al mudable viento,  
Y embestir bravo desde el mar profundo  
Con un tasado campo los de un mundo.

Barrenar de su flota el frágil leño,  
Y allí sacrificarse á su cuidado,  
Como quien se hace indubitable dueño  
Deste occidental mundo, ¡hecho fue osado!  
¡Bella osadía! con campo tan pequeño  
Quererse quedar solo, y desarmado,  
En medio de enemigos tan esquivos,  
Que se suelen comer los hombres vivos.

Mas la heroica hazaña, en quien se agota  
El largo discurrir del seso humano,  
Mayor que armar ni barrenar la flota,  
Ni á dar asalto al reino mejicano,  
Será entre un pueblo inculto, y gente ignota,  
Con fuerza humilde, y desarmada mano,  
Su monarca prender, ceñirle hierros,  
Y castigar en él fingidos yerros.

Grande será prender un enemigo,  
Que de mortal envidia el pecho lleno  
A estorbarle vendrá, y él por testigo  
Le tomará, y por suyo el campo ajeno:  
Mas ni esto, ni el abrir ciego postigo  
Al mejicano pantanoso cieno,  
Con bergantines y chalupas puestas  
De diez mil hombres en las corvas cuevas:

Ni otro, ni otro furor, ni todo junto  
Desta hazaña iguala el fundamento,  
Que las demás con ella caen de punto,  
Y ella vencido deja el pensamiento:  
Serán las otras suyas contrapunto  
De amasados ejércitos sin cuento,  
De que saldrán estas montañas llenas  
Por ver tal prisionero en sus caenas.

Mas humillar con nombre y voz de preso  
La imperial magestad, mudarle casa,  
Sitiarle guardas, fulminar proceso,

Y en su libre vivir ponerle tasa,  
¡Qué huésped se arrojara á tanto esceso  
Con suceso feliz, que escede y pasa  
A los que en árduos hechos por famosos  
El mundo estatuas levantó y colosos?  
Pues deste mis invictos tlascaltecas  
Favor serán, y tomarán amparo,  
Y á sombira suya oirán sus playas huecas  
Mi nombre mas que sus cristales claro:  
Y del abrigo destas cumbres secas,  
Que hoy de muros me sirven y reparo,  
Las banderas saldrán, saldrá el castigo  
Deste tirano pueblo, mi enemigo.

Y no tardará el cielo en dar la vuelta  
Al eje eterno en que se mueve el hado,  
Y esta tragedia en lágrimas envuelta  
Al teatro salir acostumbrado,  
Mas que fortuna, de una vez resuelta,  
Alegre á España vuelva el rostro arado,  
Y ella dé limpia con sangrienta guerra  
De las horrruras de Africa su tierra.

De reyes siete cuadros mira el cielo,  
Que tras el rico bien desta esperanza,  
Los rios harán del agraviado suelo  
Correr morisca sangre en su venganza:  
Al grave Alfonso, cuyo casto celo  
A lo temido iguala de su lanza,  
Y de los riscos ásperos de Asturias  
De Francia enfrena y de Africa las furias;

Sucedirá un valiente don Ramiro,  
De un santo hebreo valido, que en Galicia  
Sepulcro oculto tiene, y un suspiro  
Suyo le hará soldado en su milicia;  
Cuya sangrienta espada inmortal miro  
En los ilustres pechos que acaricia  
La noble España, dando su denuedo  
Honra al cristiano, y al pagano miedo.

Oírá Clavijo en fiesta milagrosa  
El santo voto, que al patron divino  
Castilla hará, cuando su espada honrosa  
Al campo moro lleva un mar sanguino:  
Y luego Ordoño, en lanza belicosa,  
Por la Gascuña estrago repentino,  
Y en los rendidos páramos de Soria  
Y Salamanca eterna su memoria.

El magno Alfonso, deste Ordoño hijo,  
Entrará al reino, y en sangrientas manos,  
Porque no vean su pompa y regocijo,  
Los ojos sacará á sus tres hermanos:  
Dará de azules peñas cerco fijo  
A los deshechos muros zamoranos,  
Cuando sus hijos con orgullo altivo  
El cetro romperán del padre vivo.

Hará la inobediencia de García  
El reino suyo, y guerra al pueblo moro  
Con tasadas victorias, hasta el día  
Que á la muerte avasalle el cetro de oro:  
Vendrá Ordoño, que al padre la osadía  
Tambien heredará como el tesoro,  
Si algo á sus hechos incultos no humilla  
La muerte de los condes de Castilla.

Como en venganza suya el cruel hermano  
Froyla quitará el reino á sus sobrinos,  
Y en nobles pechos con rigor tirano  
Furioso hará sangrientos desatinos:  
Desmembraráse el reino castellano,  
Y al gobierno pondrá jueces divinos,  
Quedándose el sangriento rey cubierto  
De áspera lepra por sus culpas muerto.

Seguirleha Alfonso, de imprudencias ciego,  
Y de indiscreto celo arrebatado,  
Renunciará en su hermano el cetro, y luego  
Le pesará de haberlo renunciado:  
Mas Ramiro hecho rey, aunque por ruego,  
Cegarleha, ya del reino apoderado,



Que no ha menester ojos, luz, ni día,  
Quien pudo, y no miró lo que hacía.

Será famoso rey, pondrá en prisiones  
A Almanzor, y á los hijos de Fruela,  
Y en Simancas los bárbaros pendones,  
En que el poder de Arabia y Libia vuela:  
Degollará sus mauros escuadrones,  
Y en cuidadosa y vigilante vela  
Cuatro lustros verá, y luego el prudente  
Ordoño heredará su reino y gente.

Tendrá sangrientas guerras con su hermano,  
Que ha de alterar el reino la codicia,  
A Lisboa saqueará su invicta mano,  
Y el brio y furia enfrenará á Galicia:  
Sucederleha don Sancho el Gordo, ufano  
En gobernar de Espana la milicia,  
Y hará en ley nueva, y público estatuto,  
Libres las nobles casas de tributo.

Volaránle á Castilla el homenaje  
De un libre azor las alas, y un caballo  
Hará de paz á Córdoba un viaje,  
Y alzarseha rey un sin lealtad vasallo:  
Sudará fuego el mar entre un celaje,  
Y saldrá un traidor conde á regalallo  
Con frutas, de que ya morir le miro,  
Y sucederle el niño don Ramiro.

Por estos siglos, bárbaros normandós  
En Galicia harán gruesas entradas,  
Y los moriscos cordobeses bandos  
Del reino en las fronteras descuidadas:  
Y con ley nueva, y rigurosos mandos,  
A las mozarbes gentes bautizadas  
Su Dios querrá que dejen, ó las vidas,  
Ya por su amor ganadas de perdidas.

Alzarseha con Galicia don Bermudo,  
Y el descuido del rey será de modo,  
Que con su muerte, el que él deshacer pudo,  
Señor quede absoluto y rey de todo:  
Será de alma prudente y seso agudo,  
Y en desgracias igual al postrer godo,  
Cuyo tierno deleite y gustos vanos  
Sin piés le harán, y le atarán las manos.

Será dueño Almanzor de sus victorias,  
Y en costoso aparato y triunfo dellas,  
Del hueco y firme bronce hará memorias,  
Que su honra alumbre á su mezquita en ellas:  
Suyas serán las trágicas historias  
De los infantes siete, ó siete estrellas,  
De la sangre de Lara, y la que baña  
Del sitiado Leon la alta montaña.

Sucederleha su hijo Alfonso el Quinto,  
Que asombrará de Córdoba los muros,  
Y sus reyes con oro en sangre tinto  
A su ira comprarán breves seguros:  
Dará en su córte un bello laberinto  
De argamasados mármoles obscuros,  
Mas en Viseo una infeliz herida  
Quitará al reino el rey, y al rey la vida.

Vendrá tras él el último Bermudo,  
Que muerto de Carrion en las riberas,  
De Castilla y Leon se dará un nudo,  
Que en mil edades dure venideras:  
Matará su cuñado, al que no pudo  
La ardiente Arabia y sus legiones fieras,  
Sentándose Fernando así en la silla  
Primera de Leon, y de Castilla.

Será este rey en ánimo y grandeza  
Un Pompeyo segundo, y el primero  
Que al noble Cid honrará la braveza,  
Y arnés le armare de bruñido acero:  
Humillarleha Toledo su cabeza,  
Y serleha de Sevilla el rey pechero,  
Llevando hasta Leon su pueblo moro  
Al gran doctor Isidro en andas de oro.  
Florecerá en su alegre edad la santa

Casilda de Toledo, infanta bella;  
Mas ya tanta grandeza, y dicha tanta,  
A su ambicioso hermano enfadó el vella,  
Y contra el de Navarra baja cuanta  
Marcial potencia tiene y rige en ella,  
Sin que halle su pasión otro concierto,  
Que de heredar el campo al uno muerto.

Pondrá el rio Ebro el vencedor Fernando  
Por lindero á Navarra y á Castilla,  
Y del romano imperio al grave mando  
Libre, cual lo es, su castellana silla:  
Mas ya al general termino llegando  
Con poco acuerdo dejará en rencilla  
Tres hijos reyes, que es á toda cuenta  
La compañía del reinar sangrienta.

Castilla del valiente Sancho, y luego  
Leon de Alfonso, y de García Galicia,  
Ninguno el reino gozará en sosiego,  
Que es glotona de reinos la codicia:  
Huirá á Toledo Alfonso, y el gallego  
Aun le enterrará preso la avaricia,  
Y Vellido en el muro zamorano  
Al uno vengará y al otro hermano.

Volverá el bravo Alfonso del destierro  
A ser universal señor de cuanto  
Su anciano padre dividió por yerro,  
Y juntó en él el uno y otro llanto:  
Escalará triunfante el sacro cerro  
Que Tajo lava y enriquece tanto,  
Dando á su ilustre alcázar de su mano  
Al castellano Cid por castellano.

Mas la instable fortuna, én recompensa  
De mil victorias, con faltarle en una,  
Feudo de todas cobrará, que piensa  
Que sin estas mudanzas no es fortuna:  
Y su santo heredero en nube densa,  
De armas rendido á la africana luna,  
De la fuente de Uclés en el desierto  
Quedará, á vueltas de otros muertos, muerto.

Dará una hija á Enrique, hijo segundo  
Del conde Lotoringa, hecha duquesa  
Del fertil suelo, donde el mar profundo  
El remate de España lava y besa;  
De cuya insigne fuente un rio fecundo  
De real sangre tendrá la portuguesa,  
Hasta que acabe en Africa, en el día  
Que vuelva á ser de Espana monarquía.

A este dichoso siglo venidero  
La religion Templaria militante,  
De limpio armada y de cristiano acero,  
Por luz del mundo nacerá en Levante:  
Verá el rey de sus dias el postrero,  
Y Alfonso de Aragon vendrá triunfante  
Por invicto Monarca, que en Castilla  
De cinco ensalzará sola una silla.

Será su emperador, será su espada  
De España muro, y del morisco espanto,  
Y en veinte y ocho batallas barnizada,  
Tantos triunfos tendrá del cielo santo:  
Dará á la libre reina ocasionada  
Del rico patrio suelo el rojo manto,  
Y tras su libertad Alfonso el bravo  
Vendrá, aunque sin segundo, á ser octavo

De España emperador, cuyos vasallos  
El de Aragon serán y el de Navarra,  
Y del vándalo Betic cien caballos  
En su carroza real, tropá bizarra:  
(¡Suerte humana!) que al tiempo de gozallos  
Por cama en la fresneda una pizarra  
Del mural rigorm dará el camino  
El alma al cielo, el cuerpo á un pardo espino:

Cuando tras dél, de Sancho el Deseado  
Vida y virtud se volará en deseo,  
Pues de un año de reino, y mal logrado,  
Cortarle el hilo ya la parca veo:

Dejará un tierno niño encomendado  
De Castro á la lealtad, y ella el empleo  
De su príncipe, reino y señorío,  
Salvos conservará del rey su tío.

A Avila el niño huirá de Soria,  
Que en rico alcázar le tendrá seguro  
Hasta cobrar su reino, y con victoria  
Libre salir del abulense muro:  
Mas de Africa el orgullo y vanagloria  
Sus fuerzas veo juntar, desde el obscuro  
Nacimiento del Nilo, hasta donde  
Atlas el día en su arboleda esconde.

Y con el apartado garamante,  
Etiopio adusto, y árabe ligero  
Por Castilla entrará, y saldrá triunfante  
De Alarcos todo el mauritano acero:  
Bien que en Tolosa el bárbaro pujante,  
De las Navas poblado el campo entero  
De muertos dejará, cuyos millares  
De un ciento y de otro ciento serán pares.

Fundará, porque al mundo se publique,  
De las Huelgas de Burgos la grandeza,  
Y allí enterrado el mal logrado Enrique  
De España, y su valor será cabeza:  
Gobernará á prudencia de un Manrique,  
Gozará de Malfada la belleza,  
Y de un golpe una teja desmentida  
Al caer malogrará su tierna vida.

Soldará este dolor Fernando el Santo,  
En cuyo reino y siglo venturoso,  
Ni hambre ni peste habrá, ni azar, ni llanto,  
Ni guerra en que no salga victorioso:  
Córdoba será suya, y será cuanto  
Del claro Betis riega el curso hermoso,  
Restituyendo en hombros de cautivos  
Del bronce de Almanzor los sonos vivos.

Hará suya á Jaen, Murcia y Sevilla,  
Y tributario el reino de Granada,  
Y al cetro de Leon y de Castilla  
Eterno nudo, é inmortal lazada:  
Ilustrará con santidad sencilla  
Domingo su real sangre, y la abrasada  
Cueva del monte Alverno y sus espantos,  
Que hay tambien siglos que producen santos.

Llevará á Salamanca de Palencia  
Las letras que la harán rica y florida,  
Seguirleha su hijo Alfonso, á quien la ciencia  
De los astros promete inmortal vida:  
Y aunque rey sabio, mucha suficiencia  
Suele sin humildad verse perdida,  
Que del saber el moderado freno  
Al bueno hace mejor, y al malo bueno.

Con hija de un rey santo, en cuyo escudo  
Un bello cielo azul tres lirios baña,  
En retrógrada estrella, y dia desnudo  
De la real magestad, y no de saña,  
Con soberana pompa en santo nudo  
El príncipe ligar hará de España,  
Cuyas dos plantas por violentas leyes  
Duques darán al mundo en vez de reyes.

Compondrá el astronómico secreto  
De las tablas y leyes del juzgado,  
De Roma emperador se verá eleto,  
Y de uno y otro cetro despojado,  
Que el ambicioso Sancho, sin respeto  
Contra el incauto padre rebelado,  
Se ha de quedar con la usurpada silla,  
Y el despojado rey muerto en Sevilla.

Alcanzarlehan las graves maldiciones  
Del sabio rey al hijo inobediente,  
Con que en guerras será, y en disensiones,  
De su ambicioso reino la corriente:  
Entrará en heredadas turbaciones  
Un niño rey, que en ánimo imprudente  
De dos vasallos morirá emplazado,

O por su grave culpa, ó su cuidado,  
Quedará niño Alfonso el Justiciero,  
Ultimo de los reyes deste nombre,  
Y el alterado reino edad de acero  
Será en guerra civil que al mundo asombre:  
Avila sola con feliz agüero

De leal conservará el primer renombre,  
Siendo en su fiel custodia real brinquiño,  
Cual ya otra vez lo fue de otro rey niño.  
Al bravo Alboacen, rey de Marruecos,  
Contra él veo ya alterar la Libia ardiente,  
Y resonar por los peñascos huecos  
Del sordo mar su innumerable gente,  
Tal, qué aun me asombran los quebrados ecos  
Del infiel campo. adonde veo presente  
La africana potencia, y mortal rabia  
Que hay desde el mar Océano al de Arabia.

Todo este campo bárbaro amasado  
De diversas provincias y escuadrones,  
Por vengar un infante mal logrado  
Blandos dará en su sangre los terrones  
De Tarifa, y volcando el rio Salado  
Destrozados arneses y pendones  
Correrá al mar, y llevará el tributo  
De maura sangre, y de africano luto.

Después ganar en cerco veo prolijo  
De la firme Tarifa las almenas,  
Y las de Gibraltar constante y fijo  
De llanto dejará y de luto llenas:  
Entrará al reino su soberbio hijo  
Don Pedro, tierno jóven; mas apenas  
El real cetro empuñará en la mano,  
Cuando descubra su ánimo inhumano.

Habrà una gran mudanza en las noblezas  
Destos crecientes siglos y menguantes,  
Alzando unos fantásticas cabezas,  
Y humillando otros las que alzaban antes:  
Será un Neron en abrasar grandezas,  
Y destruir sugetos importantes,  
Lavando en sangre sus impuras manos  
De parientes, mujer, madre y hermanos.

Hasta que al fin el cielo por castigo  
De su cruel pecho, y corazón tirano,  
Abrazado le ponga á su enemigo  
En lucha horrible de uno y otro hermano,  
Donde el dichoso Enrique por testigo  
Dirá el puñal en su sangrienta mano,  
Que ni es ni fue al presente desconcierto  
Cain el vivo, porque lo es el muerto.

Triunfará el fraticida rey afable,  
De ánimo ilustre y nobles condiciones,  
En vista alegre, en compostura amable,  
Y en mercedes magnánimo y razones:  
Bien que de la fortuna variable  
El fin verá de sus mudables dones,  
Que con veneno el cielo soberano  
Ya vengar determina al muerto hermano.

En datiladas flores de un coturno  
Berberisco la muerte irá argentada,  
Luego que del periodo de Saturno  
La media vuelta dé su edad dorada:  
Morirá al fin el rey, tocará el turno  
Del cetro de oro y la diadema amada  
Al primer Juan, que por templado y grave  
La magestad pesada hará suave.

Pondrá el noble distrito de Vizcaya  
En su real corona timbre activo,  
Y un rey Armenio á su española playa  
Del llano Egipto bajará cautivo:  
Romperá fiero á Portugal la raya;  
Mas volverleha fortuna el rostro esquivo,  
De su ejército haciendo, y de su flota,  
El inmortal blason de Aljubarota.

Y su temprana muerte á las riberas  
Del desgraciado Henares, á caballo



Con los diestros farfanes de las fieras  
 Naciones libias subirá á buscallo:  
 Mas ya de su hijo Enrique veo las veras  
 Que temello harán y respetallo,  
 Cuando en Burgos, temblando ante su silla  
 La grandeza se arroje de Castilla.  
 Y de su alcázar el dorado techo  
 Tan trocado le veo el rostro humano,  
 Que en trono de oro ponga al de mas pecho  
 Temor la ardiente espada de su mano:  
 Y en el pueblo feliz por Hispal hecho  
 En castigos será un nuevo Trajano,  
 Mas la aleve punzada de un veneno  
 Junto robará al mundo tanto bueno.  
 El segundo don Juan, rey justiciero,  
 A este sucederá desde la cuna,  
 Que como único sol hará severo  
 Crecer y descrecer la altiva luna:  
 Y el cuarto Enrique, nieto del tercero,  
 Tras él vendrá con desigual fortuna,  
 Que toda se guardó á su heroica hermana,  
 Mas que el sol bella, y que la aurora ufana.  
 Yo digo de Isabel, por quien Fernando  
 El reino de Aragon dará á Castilla,  
 Y ambos, deshecho ya el morisco bando,  
 Del todo limpia su española silla,

Y por tan santos medios acribando  
 El cielo su católica semilla,  
 Su luz abrirá el alba á nuestra gente,  
 Y el sol dará en los mundos del Poniente.  
 Hará volar con soberanos fines  
 Del ligurio Colon los pensamientos,  
 Que mudando los hombres en delfines  
 Domará el mar, y enfreñará los vientos;  
 Y llegando á las playas y confines  
 Que á este incógnito mundo dan cimientos,  
 Alegres viendo su encubierta gente,  
 Della cargados volverán á Oriente.  
 Veráanse entonces las estrellas fijas,  
 Que por la rueda de Ixion clavadas,  
 Al Antártico dan vueltas prolijas,  
 Y con la nieve suben escarchadas:  
 Y la fortuna y fama, nobles hijas  
 Del trabajo y virtud, á un yugo atadas,  
 De honra y riqueza afeitarán sus teces,  
 Deidades que se juntan raras veces.  
 Volverá á renacer el siglo de oro,  
 Con el que sudará el suelo fecundo,  
 Y de sus ricas naves el tesoro  
 Gemir el golfo hará del mar profundo:  
 Y estos dioses sin alma que hoy adoro  
 Piedra á ser volverán en nuestro mundo,

Y en el suyo las nuevas maravillas  
Nuevos asombros parará el oíllas.

Ya el prudente Colón, blanca paloma,  
Pronóstico de paz á nuestra guerra,  
La empresa de añadir á España toma  
Del nuevo mundo la encubierta tierra:  
!Oh alma siempre feliz! preciosa poma  
De la luz santa que el morir destierra,  
Nazca ya de tu honor el rayo ardiente,  
Que la aurora ha de ser de nuestro Oriente.

Dé vuelta á su dichoso curso el cielo,  
Y el vasto mar sus crespos golfos rinda,  
Para que alumbre de su lustre el vuelo  
La gente que ahora con la noche alinda:  
Digno fervor de aquel heróico celo,  
Que á tu alma santos pensamientos brinda,  
De dar paso al furor del mar profundo,  
Y á Castilla y Leon un nuevo mundo.

Bien tu valor y autoridad merece  
Silla entre reyes, y en los cielos silla;  
Crezca tu nombre, crezca cual florece  
Con mayo el mundo, con tu honor Castilla;  
Que el signo que á tu estrella favorece,  
Si á corta sucesion su curso humilla,  
En nuevo lustre y voz de inmortal gloria  
El blason crecerá de tu memoria.

Cuando ya en suspension de largos años,  
Vacía de sucesion tu ilustre casa,  
De avara ingratitud llore los daños,  
Larga en el merecer, y en premio escasa,  
Pues dando al natural, y á los estraños,  
Las venas que tú hallaste, oro sin tasa,  
Tu real grandeza te darán ceñida  
De un breve estado á la porcion medida.

Entonces pues el cielo soberano,  
Con nuevo crecimiento y gloria nueva,  
Un príncipe ha de darte de su mano,  
Para quien todas sus crecientes lleva:  
Si has de ganar un rico mundo ufano,  
Si harás que á tu inmortal valor se deba  
Cuanto tesoro da y reparte España  
Por su invencible gente, y por la estraña:

Si has de domar el mar, si has de ver hecho  
De nueva luz el contrapuesto polo,  
Si al corto seno de un bajel estrecho  
Mas oro has de añadir que alumbra Apolo;  
Si al gran mundo en que queda el día deshecho  
La antes cerrada puerta has de abrir solo,  
Y dar á Europa la encubierta gente,  
Que ahora las sombras guarda del Poniente:

Todo es en rica fe de labrar casa  
A este gran sucesor de tu grandeza,  
En quien fortuna lloverá sin tasa  
Los bienes que antes daba con pereza:  
Si en ti la sucesion se cortó escasa,  
La corona ducal de su cabeza  
Pródiga de honra hará en parto fecundo  
De eterno curso tu memoria al mundo.

Este es quien juntará al grabado peso  
Del mundo, que adornar tus armas pudo  
De la casa de Córdoba el rey preso,  
Y de Toledo el jaquelado escudo:  
Las bandas de Aragon, y del suceso  
De Orique el real cuartel, precioso nudo,  
Con las diez torres que orlan las esquinas  
A las invictas portuguesas quinas.

Destos reales blasones reservados  
A tu creciente esfera, el tiempo envía  
El gran premio debido á tus ciudadanos,  
Que otro inferior á deuda tal sería;  
Y en don Nuño Colón resucitados  
Los bienes que tu heróico aliento cria:  
Será de honra española ardiente fragua,  
Gran almirante, y duque de Veragua.  
Marqués de la encubierta Jamaica,

En preciosas maderas eminente,  
De ricos pastos y metales rica,  
Si bien de ociosa y descuidada gente;  
En cuyos gruesos campos multiplica  
Al mundo por venir, oro luciente,  
Que ahora por las riberas de Caguaya  
Forma en cercos de luz lustrosa raya.

Aquí tambien, si el arco de la esfera  
Incierta luz no llueve á mi memoria,  
El sacro pastoral báculo espera  
Al que yo autor espero desta historia:  
Allí en sombras de eterna primavera,  
Mientras tu fama al mundo hace notoria,  
En esperanzas de mayores bienes  
Preciosa mitra ceñirá sus sienas.

Ya del claro Genil la fértil vega,  
De sangre llena y de espantosas lides,  
A quien ni Troya, Tebas, ni Argos llega,  
Ni en sus batallas Héctores y Alcides,  
Entre el cristal que sus arenas riega,  
Las rojas cruces de sus bravos Cides,  
En victoriosas lanzas por las cumbres  
De sus almenas formarán vislumbres.

Cuando de nuestro mundo las señales  
Por timbres campearán de su victoria  
Y de estos encubiertos arenales,  
Que al día hurtan la luz, harán memoria:  
Mas no luego en columnas de cristales  
Del plus ultra á volar saldrá la gloria,  
Hasta que de Austria y Recaredo juntas  
Las sangres pongan sobre el sol sus puntas.

En una bella Juana, ilustre hija  
De Isabel y Fernando, ordena el cielo  
Union á estas heróicas sangres fija,  
Y á la fama en su fruto inmortal vuelo:  
Un sol que al mundo dé en vuelta prolija  
Lumbre, y amor, honor, y miedo al suelo,  
Y á su ley santa en rindas de oro atilde  
Al soberbio alemán, y al indio humilde.

Y así en real pompa de su entrada al mundo  
La fortuna feliz ordena el medo,  
Que añadiendo al primero este segundo,  
Invicto nazca emperador de todo:  
Y sin que espanten ya del mar profundo  
Los anchos golfos su estandarte godo,  
La vuelta dé por cuanto gira entorno  
Del día la luz, de la fortuna el torno.»

Así el sabio en los senos de su cueva  
Los hados por venir descubre á España,  
Y en potentes retratos, y en voz nueva  
El curso teje de su vuelta estraña:  
Y en reforzada voz cuanto da y lleva  
Del tiempo el vuelo con que al mundo engaña  
Hacer queria presente, y con suave  
Vuelta á las suyas destorcer la llave.

Cuando en trueno confuso y rayo ardiente  
La máquina gimió del monte horrendo,  
Y la gruta capaz de oro luciente  
Al centro pareció bajar huyendo:  
Ahora del mundo la deidad prudente,  
Que á su gobierno asiste, el ronco estruendo  
Diese, agraviada en ver vuelta una masa  
De clara luz las sombras de su casa:

O sea, si ya no es esto lo mas cierto,  
Que el sabio Malgesí con nuevo engaño  
De oculto signo, ó círculo encubierto,  
Del aire hiciese el movimiento estraño:  
Y dejando al contrario mago muerto,  
Libre huyese del pasado daño  
Por las cavernas, ó que el monte ciego  
Roto se ardiese en invencible fuego.

Como tal vez del rayo la violencia,  
Que á la alta torre de un alcázar baja,  
Si el duro jaspé en firme resistencia  
Su vuelo impide, sus murallas raja,

Hunde los techos de oro sin clemencia,  
Los frisos rompe, el mármol desencaja,  
Y en ricas sillas de marfil sentados  
Los graves Reyes quedan desmayados;  
Tal ruido se oyó, tal en un punto  
El suelo dió en terrible terremoto,  
Tristes gemidos, resonando junto  
El yerto monte y el vecino soto:  
Y el súbito estallido fiel trasunto  
De un mundo fue desecudernado y roto,  
Cuando el quebrado cielo en fuego ardiente  
La tierra hará carbon, y arder su gente.

Mas ya en esta sazón otra garganta,  
En estruendo no menos resonante,  
De un dragon negro, cuyo hulto espanta  
Los pardos olmos que le ven delante,  
Sobre el cristal de un río se levanta,  
Y vivo en ella traga un noble infante,  
Que el crespó mar con nueva maravilla  
Del claro Ebro escupió en la verde orilla.

De los huecos celajes con que Iberia  
De Anteon la fuente disfrazó celosa  
La sierpe vino, cuya horrible arteria  
Posada al gran Bernardo dió espantosa:  
Y él, reducido á la última miseria,  
Al bajar la garganta tenebrosa,  
Dió en el profundo vientre de la fiera,  
Que se tragara una montaña entera.

Pide al caer medroso ayuda al cielo,  
Que á tanto riesgo sin pensar le trajo,  
Cuando de un tumbo y otro un verde suelo  
De sus floridos piés halló debajo:  
Llenas las rosas de escarchado yelo  
De verdes hojas el torcido gajo,  
Y él sin riesgo mayor que la congoja  
Con que aun allí estar muerto se le antoja.

Del fresco prado en las floridas faldas  
Labrado de oro pareció un palacio,  
De ricos frisos y molduras gualdas  
A las vislumbres hechas de un topacio,  
De diamantes tan lleno y esmeraldas,  
Que en el mas pobre y deslucido espacio  
Dan sus rubias colores mas centellas,  
Que en su via láctea cuenta el cielo estrellas.

Y á el fresco Alpende, de su puerta activa  
Un bárbaro jayan barriendo el suelo  
Con furia trae una hieldad cautiva,  
Que favor pide en tanto agravio al cielo:  
Y era la desigual batalla esquivá  
De la codicia, y de la dama el celo  
De guardar limpia una desnuda espada,  
Que en sangre presto se verá manchada.

Hecha dorada presa en los cabellos,  
Que el alba no es mas bella cuando nace,  
El gallardo español, que en ella y ellos  
La injuria vió que el cruel jayan les hace,  
Por entre rosas y jazmines bellos  
A deshacer se arroja el torpe engace,  
Que por los dedos del soberbio moro  
Hacian las ofendidas hebras de oro.

Sacó su firme espada, que con ella  
Vengada y libre ya juzga la dama,  
Dejó el jayan la sin piedad doncella,  
Y de acero una almádana encarama,  
Así horrible, que pone espanto el vella,  
Y el silbo mas con que bajando brama  
En busca del guerrero, que si le halla,  
Ni ha menester mas paz, ni mas batalla.

Hurtó el cuerpo, tembló la tierra en torno,  
Y por ella enterró el martillo un brazo,  
Cuando el gallardo jóven por retorno  
Del fino arnés le desmembró un pedazo:  
Da el uno, el otro amaga, y el contorno  
Resuena, gime, y coge en su regazo  
Los peligrosos golpes, cuando el vario

Revolver los desvia del contrario.

Era el bruto jayan gruesa quimera,  
De obscura tez, y bulto corpulento,  
De así hidrópico vientre, que pudiera  
Hartar lleno de plata á un avariento;  
Y en su diestro esgrimir tan ágil era,  
Que es con su ligereza plomo el viento,  
Y de su clava el aire mas furioso,  
Que el que al Egeo mar turba el reposo.

La bella ninfa que del bulto grueso  
Del jayan libre vió su heróica espada,  
Con ella en la una mano, en la otra un peso,  
Y la una á la otra balanza nivelada,  
De la batalla el áspero suceso  
Mira en rico sitial de oro sentada,  
Que en la vecina sala en pedrería  
Y finas telas de brocado ardia.

Cuando en iguales golpes los guerreros  
Los techos de oro vieron de la sala,  
Y en su destreza y revolver ligeros  
De un alentado combatir la gala;  
Mas del leonés alfanje los aceros,  
A un revés que el de un rayo no le iguala,  
Se entraron por la hidrópica barriga  
De la sombra fantástica enemiga.

Y abriéndole una puerta, que pudiera  
Por ella entrar el mismo que la hizo,  
Cuando el grave jayan creyó que diera  
En tierra muerto, su vigor rehizo;  
Corriendo á un tiempo de la herida fiera,  
Por sangre y negra tez, rubio granizo  
De miles dóblas de oro, que sin tasa  
El suelo hincheron de la alegre casa.

Bastara su agradable golosina  
El gusto ocasionar al mas templado,  
Y trocar la batalla por la fina  
Y rubia masa del metal preciado:  
Mas al que al solo noble honor se inclina  
No las riquezas turban su cuidado,  
Que el oro es metal pobre para el hombre  
Que en la virtud aspira á inmortal nombre.

Y así á solo vencer pone la mira,  
Y el oro pisa que en tan poco tiene,  
Cuando una estraña novedad le admira,  
Que envuelta en el metal precioso viene:  
Por donde su corriente alegre gira,  
Y la dorada sangre se detiene,  
Retoñecer se vieron mil espadas,  
Por otros tantos brazos levantadas.

Parto infeliz de la preñada tierra,  
Hecho en favor del sin lealtad gigante,  
Que ya con armas de oro hace guerra,  
A quien con las de acero nó es bastante:  
No da tantos renuevos la alta sierra,  
Que es de Gascuña y Leon muro importante,  
Ni tantas flores cuaja en su ladera,  
Cuando derrama abril su primavera;

Como del enlosado suelo duro  
Espadas floreció la lluvia de oro,  
Que en tejido escuadron, y denso muro,  
Hieren á un tiempo en martillar sonoro:  
Nunca el leonés se vió menos seguro,  
Ni con tantos contrarios; que el tesoro  
Puede sembrado mucho, aunque en el pecho  
Del avariento muera sin provecho.

Ya en la Morea tal vez los blancos dientes  
De una sierpe en marcial furor sembrados  
Espigas dieron de enemigas gentes  
Y los surcos se armaron de soldados:  
Las serpientes al fin dieron serpientes,  
Y al armado gañan hombres armados,  
Mas sembrar oro, y espigar rencilla,  
Esa es la nunca vista maravilla.

Y el valido jayan contra Bernardo  
De tantos brazos, mientras él su espada

Con todos prueba, sube en paso tardo  
Al trono en que la ninfa está sentada,  
En traje altivo, y ademan gallardo,  
De luz vestida, y de oro coronada,  
Volviendo con su rica espada en cielo  
De aquella escuadra el escondido suelo.

Y él de unos torpes brazos defendido,  
Y de otros levantando á la doncella,  
Al suelo humilde de su trono erguido  
En comprados favores dió con ella:  
Quitóle el peso y manto guarnecido,  
Y el rico engaste de la espada bella,  
Y fue segun la saña concebida  
No poco bien dejarla con la vida.

Mas con la nueva espada y nuevo brio,  
De las balanzas de oro, una balanza  
Hecha dorado escudo, al desafío  
Y á su victoria da nueva esperanza:  
Bien que cerrado el rubio ardiente rio  
Del precioso metal, vió la mudanza  
Del humano favor, que en ser comprado,  
No dura mas que el oro su cuidado.

Y con las nuevas armas mas ligero  
Y desagrado que antes, da y recibe  
Doblados golpes sobre el terso acero,  
Limpio papel donde su enojo escribe:  
Anda el combate así trabado y fiero,  
Que cada cual parece que revive  
Con las heridas de la mano agena:  
Gimen los dos, y el bosque en torno suena.

Siente en su honra el leonés brega tan larga,  
Y dando al limpio estoque ambas las manos,  
Sobre el bulto fantástico descarga  
Un golpe, y otro, y otro, y todos vanos;  
Que un grave peso de oro por adarga  
Los gigantes en fuerzas vuelve enanos,  
Y el valido de aquí por allí se entra,  
Y de una punta al que le ofende encuentra.

No guardó como pudo la cabeza  
La furia de la punta desmandada,  
Mostro sobre ella el jóven su destreza,  
Y él en el cuerpo la escondió la espada:  
Perdió el herido monstruo la braveza,  
Y la hueca cabeza barrenada  
En viento se exaló á vista del godó,  
Que era aire, como lo es el favor todo.

Tembló la cuadra al revolverse en viento  
De la máquina hinchada el bulto obscuro,  
Y al aire horribles sombras ciento á ciento  
Bramar hicieron del palacio el muro:  
Del hinchado odre el soplo turbulento,  
Que el griego Ulises detenía seguro,  
Al huirse así, de tempestades lleno  
Los piélagos dejó del mar Tirreno.

Y Bernardo entre el humo que el tesoro  
Con negro hollin enturbia del palacio  
La espada mira, que el vencido moro  
Sangrienta le escondió en el cuerpo lacio:  
Su agudo filo, y sus recazos de oro,  
Medroso saca en detenido espacio,  
Su ancha cuchilla barnizada toda  
En fino rosicler de saugre goda.

Vió ser la sangre mas, y el riesgo menos,  
Cuando el alcázar de oro puesto á punto,  
Con huecos tiros y sonoros truenos,  
Salva le hizo á su victoria junto:  
Y de alegre rumor los aires llenos,  
Clarines dan de plata el contrapunto,  
A una armonia de cítaras suave,  
En pausas dulce, y consonancias grave.

Huyeron las fantasmas, volvió el día  
A su primer beldad la rica sala,  
Bañada en oro y noble paterria,  
En la vista empezó á sembrar su gala,  
Que en dorados blasones componia



Un marcial trono, que al del cielo iguala,

De esmaltados escudos, y de arneses,

Grabadas armas, timbres y paveses.

Era esta sala el fondo de la fuente

Que aquello da á beber que se desea,

Banquetes al gloton, honra al prudente,

Amores al galan, gala á la fea,

Trazas de guerra al capitan valiente,

Armas, triunfo y victoria al que pelea:

Trofeos halló Bernardo, que trofeos

De fama es cuanto abrazan sus deseos.

Y aborto en el bellísimo aposento,

Mira, y no entiende, que armas en escudos

Son, para quien no sabe el fundamento,

Las mas parleras, personajes mudos:

Quando la dama, á quien violó su asiento

El jayan, que por sangre sembró escudos,

Con nuevo adorno entró, y con nueva gala,

Como el día por el mundo, por la sala.

Y haciendo al victorioso infante fiesta,

Célebres versos canta á su victoria,

Y en silla de oro al diestro lado puesta,

Así de obscura luz teje su historia:

Oh tú que en sangre ilustra traes compuesta  
Del mundo la nobleza mas notoria,

En quien el valor gótico al de España,  
Juntar pudo el gran conde de Saldaña:

Ya con la rica espada, que en tu mano  
El fino esmalte de tus venas muestra,  
En mas agudo filo, y temple sano,  
Segura queda de impresion siniestra:  
El corte sin defensa al cuerpo humano  
Tu sangre se le dió, y dará tu diestra  
El lugar que merecè, y todo junto  
Venganza á quien la ha puesto en este punto.

El dios del fuego en su ahumada cueva  
Para las armas la forjó de Aquiles,  
Las mismas armas que ahora en honra nueva  
Tu gentil cuerpo adornan con perfiles:  
Diólas la hada del tesoro á prueba  
De Argalia á los miembros juveniles,  
Argalia, hijo del jayán que reina  
Donde la aurora sus cabellos peina.

No le dió entonces la preciosa espada,  
Que al observado punto de una estrella,  
Para en templo dejarla refinada,  
Y sin defensa el filo y golpes della,  
En su oriental estadio retirada  
Por su gusto asistía una doncella,  
Dándole de oro una invencible lanza,  
Mientras la fria virtud del astro alcanza.

Hizo con ella el alentado chino  
Famosos golpes, hasta el triste día  
Que en Francia á un fresco arroyo cristalino  
Ferragut lo mató con quien reñía:  
Tomó el moro prestado el yelmo fino,  
Y cobrólo la sombra de Argalia,  
Dando el entero arnés por testimonio  
En fiel custodia al muerto Telamono.

La espada en el jardin de Falerina,  
Al tiempo que iba á dar su aspecto el astro,  
Orlando con violencia repentina  
Quitó á la hada y á la estrella el rastro:  
Pasó el fatal concurso la hoja fina,  
Quedó imperfecta, el muro de alabastro  
Del florido vergel roto, y por ella  
Muerto el dragon, y presa la doncella.

Peleó con ella Orlando algunos dias,  
Y de Rugero la cobró Morgana,  
Que de su ciencia haciendo anatomías,  
A darle el temple halló salirle vaná:  
Sin honra y sin provecho sus porfias,  
Que es rio que pasa la ventura humana,  
Y al punto que pasó, si el punto pasa,  
No hay brazo humano que le vuelva á casa.

Solo si al ciego fin de una batalla  
Real sangre le bañare el corte y punta,  
De aquel primer perdido aspecto halla  
Que alcanzará otra vez la virtud junta:  
Esto á la hada tocó, y el mejoralla  
Al rosicler que en tu costado apunta  
De la gótica sangre, que acompaña  
Las reales venas de la antigua España.

Al tiempo que se entró por un costado  
Su aspecto hacia la observada estrella,  
Con que acabó Morgana su cuidado,  
Y victoria cantó por tí y por ella:  
A esto en vuelo te trajó apresurado  
De los suspiros de Crisalba bella,  
Que á huirse de la espada este planeta  
Tú quedarás sin luz, y ella imperfecta.

Así al grave leonés la ninfa explica  
El curso con que el hado el suyo lleva,  
Y atenta á la atencion con que la rica  
Tapiceria contempla de su cueva,  
Su cortés gusto el noble suyo aplica,  
Y para darle dél relacion nueva,  
Con dulce lengua así dió nuevo lustre  
De su real sala al aparato ilustre:

«Cuando Roma trabó guerra consigo,

Que ya al resto del mundo la habia hecho,  
Para no reservar ningun amigo  
Las armas revolvió á su mismo pecho:  
Nadie quedó en la tierra por testigo,  
Todos se hicieron cómplices del hecho,  
¿Quién libraria á España, si era España  
Del romano furor la mejor saña?

Pompeyo el dueño; César, quien queria  
Serlo solo á pesar de las estrellas,  
El fiel Petreyo á su cohorte un día  
Las de Afranio juntó, y juntó con ellas  
Cuanta nobleza á España enriquecía  
Del rio Segre en las riberas bellas,  
Donde al gran César dieron la batalla,  
Y el imperio feliz del mundo en dalla.

Ahogóle el rio Segre ó su fortuna,  
Dos veces siete cohortes de soldados  
De española nobleza, que ninguna  
Sintió mas limpia sangre en sus costados:  
Y el corriente raudal vuelto laguna  
Infinitos sorbió timbres dorados,  
Destos mismos que ahora en esta sala  
Adorno dan con su aparato y gala.

Segre al Cinea los trajo, el Cinea al Ebro,  
Ebro á mi cueva, y yo á esta cuadra hermosa,  
Adonde en cuadros de marfil, celebro  
Su noble casta y sucesion famosa:  
Estas las armas son, con que ahora quiebro  
Al tiempo y muerte su arco y flecha airosa,  
Y en el árbol precioso de la fama  
Esta es para asir dél la mejor rama.

Muchos linajes destos goza el mundo,  
Y hoy su entereza y resplandor se adora,  
Otros de aquel tendrán parto fecundo,  
Y otros serán de los que son ahora:  
Cual del primer lugar, cual del segundo,  
Que el tiempo, ó los humilla, ó los mejora,  
¿Qué cosa hay en la tierra que no tenga  
Crecientes y menguantes, vaya y venga?

Mas á todos aquí su asiento eterno  
Al mundo de una vez señaló el hado,  
O sean de bronce duro, ó vidrio tierno,  
O del primero, ó del segundo grado:  
Este es su archivo, aquí está su cuaderno,  
Y desta oculta cueva el rio sagrado,  
Por varios cursos á la madre España  
En sangre antigua de noblezas baña.

Ahora, de la honra humana ó noble diosa,  
Del tiempo y la virtud ilustre hija,  
Tu aliento he menester, tu voz preciosa  
Me presta, y mis acentos regocija,  
Porque en rueda feliz, y ala posposa,  
El medio mas suave y dulce elija  
A un belicoso alarde, en que se apunta  
De España la mayor nobleza junta.

Oyan los nobles de ánimos briosos,  
Que no quiero atencion de menor gente,  
Que honrosa voz de hechos valerosos  
Gusto pide eficaz, y ánimo ardiente:  
Trate sucesos menos caudalosos,  
Y con menores cosas se contente  
Quien tiene menos tomo, y menos suerte,  
Y la igualdad dejemos á la muerte.

Que cuando el hueco soñ de la trompeta  
Al arma, al arma, al arma ribombando,  
El castizo caballo el freno aprieta,  
Y con sabor le está despedazando,  
Eriza el corvo cerro, y se inquieta,  
Aquí vuela, y revuelve allí bufando,  
Y en su eclera ardiendo no se halla  
Hasta verse engrifado en la batalla.

Bien así en cualquier cuento generoso  
De armas y amor, en gusto y alegría  
El ánimo gentil, al son airoso  
Alientos cobra, y gozo al alma envía

Sacando fuera el corazon brioso  
 Lo que la noble sangre dentro cria,  
 Como yo ahora en los semblantes siento  
 Del grave pueblo que me escucha atento.  
 Mas si en el rico alarde y noble suma  
 Este blason ó el otro no se encierra,  
 Nadie á falta lo ponga de mi pluma,  
 Ni de su sangre ni su ilustre tierra:  
 Mas de su insigne antigüedad presume  
 Que no siguió á Petreyo en esta guerra,  
 Y así no vió sus armas el rio Ebro,  
 Ni Iberia en él, ni yo en las que celebro.  
 ¿Qué brazo llega á todo? ¿quién alcanza  
 Del cerco lácteo el número de estrellas,  
 O el honor español lanza por lanza  
 La suma sin faltar á alguna dellas?  
 Ni esto cabe en humana confianza,  
 Ni un rayo llega á tantas luces bellas;  
 Yo solo á la agradable ninfa sigo  
 Del divino hablar el cuento amigo.  
 Y ella en vuelo feliz al siglo nuevo,  
 Que estaba por venir, arrebatada,  
 En líneas de oro daba al rubio Febo  
 La sangre y sucesion aun no engendrada;  
 Y en agradables voces al mancebo,  
 Que de divina luz la ve cercada,  
 Así habló, y así en fatal aliento  
 Un mundo por venir sembró en el viento:  
 «Tu primo el gran Gundémáro, que envuelto  
 Ahora en sus desdichas va engolfado,  
 Y los tumbos del mar, y el tiempo suelto  
 De uno en otro le llevan despeñado;  
 Cuando ya á sus primeras dichas vuelto  
 Los montes goce donde fue engendrado,  
 De oro estas dos calderas jaqueladas  
 De armiños volará en argen orladas.  
 Entonces por blason eterno al mundo  
 De la gótica sangre tendrá España,  
 Por el Guzman primero, y el segundo,  
 Honra en Medina, y gloria en la montaña:  
 Y enfrenado de Libia el mar profundo  
 De enroscadas serpientes la maraña,  
 Sobre orla de castillos y leones  
 Tus héroes gozarán ricos toisones.  
 Deste escudo, ó cuarteles, dos de armiños  
 En tres bandas, y estortes de panelas,  
 De cinco en cinco, hará nobles cariños  
 Guevara al mundo, y á su honor espuelas:  
 Aquel de Troya los infantes niños  
 Dieron la primer sangre, al que las duelas  
 De un rico erario romperá en un prado,  
 De real tesoro ya en sazón cargado.  
 De aquel prudente hurto, nombre honroso,  
 De ladrones tendrán, y del robado  
 Otro noble apellido valeroso  
 Mendeza habrá, no menos estimado;  
 Que en semejantes trances es forzoso  
 Que uno sea el Ladron y otro el Hurtado,  
 Ambos de sangre real preciosas fuentes  
 De héroes insignes, y ánimos valientes.  
 Diez panelas de plata en campo goles  
 Rayos de luz serán del sol romano,  
 Que armarán en sangrientos arboles  
 Al montañés Mendonío, y á su hermano,  
 Hasta que sobre verdes tornasoles,  
 Por la banda y lebrero soberano,  
 Trueque el Salado ese feliz Berbete,  
 Y él se quede á la casa de Cañete.  
 De Zúñiga es esta dorada barra,  
 Que negra á ser vendrá, cuando un infante  
 Por muerte de su rey cubra en Navarra  
 De obscuro luto el timbre rutilante,  
 Cuya real sangre en sucesion bizarra  
 Ducal corona hará á Béjar triunfante,  
 Y á España de diversos resplandores,

Miranda, Miravel, Manrique, y Flores.  
 La misma negra banda en campo de oro  
 De Sandoval será el hectorio escudo,  
 En quien el tiempo del mayor tesoro  
 De España ha de engazar un firme nudo:  
 Y dél la fama con clarín sonoro,  
 Estando el mundo á oírta alegre y mudo,  
 Grandezas mil le contará, y entre ellas  
 Mas príncipes que al limpio cielo estrellas.  
 En Bureba ganó en un desaffo  
 Rojas, por la defensa de una dama,  
 Cinco azules estrellas, que en rocío  
 De oro serán luceros de su fama:  
 Mas cuando á esta gran banda junte el brio,  
 Injeta á un tronco real su ilustre rama,  
 Sombra á un mundo hará feliz ventura  
 Del que hoy durmiere á sombra tan segura.  
 Cinco luceros, ó cometas bellas,  
 Fonseca en un dorado escudo goza  
 Del romano Fonteyo, que con ellas  
 En Portugal metió triunfal carroza:  
 Rayo de luz será destas estrellas,  
 El que con sangre ardiente, y alma moza,  
 Las paces rompa en Francia, y á Castilla  
 De Austria traiga feliz la imperial silla.  
 De la septentrional Penisca bella  
 Los valientes Bastanes, fundadores  
 De Baza y de Bastán, la fija estrella  
 Dejaron entre helados resplandores,  
 Y á mostrar de su espada la centella,  
 Al paso de los godos atambores,  
 La tierra atravesando y mar profundo,  
 A conquistar salieron nuevo mundo.  
 Estos despues que la africana rabia  
 En lo mejor de España hizo presa,  
 De triunfos llenos y prudencia sabia,  
 Del hado por huir la suerte aviesa,  
 Al Pirineo subieron su alta gavia,  
 Y de Bastán en la florida mesa  
 Al real palacio dieron de su nombre  
 Nobles cimientes, y feliz renombre.  
 Allí del mauritano brio son freno,  
 Y ardiente espuela del cristiano brio,  
 Donde presto harán su valle ameno  
 De franca sangre caudaloso rio;  
 Y del vencido bárbaro agareno  
 Mil ricos presos estandartes fio,  
 Que los blancos escaques de su escudo  
 Parlera fama den, y blason mudo.  
 Aquellos dos castillos y leones  
 Enriquez son, que han de venir al mundo  
 De un hermano de un rey, cuyas prisiones  
 Le pondrán de desdicha en lo profundo:  
 Del primero serán estos blasones,  
 Del infante, fortuna es el segundo,  
 Entre cuatro leones un castillo,  
 El campo todo azul, y él amarillo.  
 De ortigas estos riscos coronados,  
 De tres linajes son heroica empresa,  
 Que del leonés Frúela derivados,  
 Real sangre participan de la inglesa:  
 Y una cifra de estremos coronados  
 De la anglia Emilia la beldad confiesa,  
 Y á Vivero, Fajardo, y Bahamonte  
 Por nobles palmas de su escelso monte.  
 Del cetro real será sucesor dino,  
 Y por sola ambicion desheredado,  
 El que de Cerda el nombre peregrino  
 Resucitare á su valor pasado:  
 De Francia y de Castilla lo mas fino  
 Pondrá en su escudo, y por le haber privado  
 Del patrio cetro la fortuna escasa,  
 Duques heredarán la de su casa.  
 De azul y blancos veros los barones  
 De Velasco traerán banderas llenas,



Y de sangre real los corazones,  
Que en vivo aliento pulsará en sus venas:  
Condestables serán, serán toisones  
De seis invictos cuellos las cadenas,  
De una Amazona real parto divino,  
Que en Bohemia nació, y á España vino.  
Harán los siglos de dorada gente  
De un marqués, y de un duque la eminencia,  
Que á Italia el uno, el otro en el Poniente  
Dos mundos colgará de su prudencia:  
¿Quién tan sabio será? ¿quién tan valiente?  
¿Quién de tan vivo ingenio y elocuencia,  
Que así como él, gobierne cuanto baña  
La luz del sol, cuando se esconde á España?

Al insigne apellido de Contreras  
Tres azules bastones sobre plata,  
Con orla rica de aspás de oro enteras,  
Este dosel conserva de escarlata:  
Tesoro á las edades venideras  
De ilustre sangre, nunca al mundo ingrata  
En producir varones excelentes  
A todas las memorias de las gentes.

Dejo de ínclitos héroes larga historia  
Que desta real prosapia contar puedo,  
De ricos hombres la inmortal memoria,  
De España amparo y del contrario miedo:  
Dejo tres arzobispos, lustre y gloria  
De Valencia, de Méjico y Toledo:  
Dejo de Burgos un obispo santo,  
¿Mas quién en breve tiempo podrá tanto?

De un rey que en Asia ha de nacer pechero,  
Y Taborlán despues será del mundo,  
Vendrá al enfermo Enrique, rey Tercero,  
Un real presente por el mar profundo,  
Donde en la rica suma el mayor cero  
Será en nombre y beldad ángel fecundo  
Una nieta del rey claro de Hungría,  
Mas bella que la luz que engendra el día.

Esta, ayuntada en himeneo santo  
Al mejor ramo desta planta ilustre,  
Fruto lleno de honor dará por cuanto  
El sol con rayos de oro el mundo ilustre;  
Y aunque de las medallas deste espanto  
Nuevo deleite te causará el lustre,  
En tan estrecho tiempo no es posible  
Hacer tan larga sucesion visible.

Un varon solo de su ilustre rama,  
Mas que el sol agradable en vista y trato,  
Por muestra quedará, en que dé la fama  
De sus juntas grandezas un retrato;  
Y al secreto gobierno á que le llama  
De un español monarca el rostro grato,  
Grave le ofrecerá un saber profundo,  
Y Alcides vendrá á ser de un nuevo mundo.

De la agradable sucesion de Lara  
Son sobre plata aquellas dos calderas  
Labradas de oro y negro, empresa rara  
De Roma á las edades venideras:  
Los Manriques pondrán (¡sangre preclara!)  
Por la de un rey Alfonso en sus banderas  
Rico timbre, y en él al dividillo,  
Sierpes, calderas, águila y castillo.

Siete infantes de aquí dará amasados  
De su invencible sangre el rey Ramiro,  
Y Arabiana en sus traidores prados  
De alevé muerte el último suspiro:  
Mas de un cuervo andaluz veo ya vengados  
Los ocho cuellos que cortados miro,  
Y de un su nieto con la honrada saña  
Libre la antigua hidalguia de España.

Serán tres hijos deste pecho altivo  
Pomposo triunvirato de Castilla,  
Hasta el duro rigor de un hado esquivo,  
Que á un corto estado su grandezza humilla:  
Mas cuerdo en trazas, y en juzgar mas vive.

Rodrigo hará por atajar rencilla  
Suya á Molina, y de su sangre rica  
Reinas en Lusitania, y en Garnica.

Y añadiendo á los triunfos de su casa  
Sangre real de Navarra y de Castilla,  
Cuajará el cielo de su heroica masa  
De los Manriques la inmortal semilla:  
Príncipes raros de valor sin tasa,  
A quien el reino del honor se humilla,  
Y en corriente feliz el mundo hereda  
Grandes duques de Nájera y Maqueda.

Estas partidas flordelises bellas,  
Antigua y real nobleza de Arellano,  
Nuevos luceros son de doce estrellas,  
Que alumbran de Navarra el fértil llano:  
Un sol te formará dellos y dellas,  
Que á Uclés feliz trairá un pendon romano,  
Y el príncipe será de los Cameros,  
Y condes de Aguilar sus herederos.

Estos cuatro preciosos lirios de oro,  
De ocho blancos luneles rodeados,  
De los Lancienses bélico decoro  
Serán á los Ledesmas trasladados:  
Nacerá de Almensar este tesoro,  
Y dél mil caballeros señalados,  
Y un Mens Rodriguez de Sanabria entre ellos,  
Que al mundo hará adorar sus lirios bellos.

Los Vargas y Machucas que á Sevilla,  
Con el valor y filos de su espada,  
Darán ganada á la española silla,  
Desta fuente tendrán sangre preciada:  
Y aun desta á los monarcas de Castilla  
Dos secretarios da una edad dorada,  
Que en riendas de oro muevan el prudente  
Gobierno de los mundos del Poniente.

De aquel castillo en sangre un real tesoro  
Dávalos gozará en la alegre cuna  
De un condestable que en jaqueles de oro  
Su escudo ha de crecer con su fortuna:  
Mas los agüeros de un parlero moro  
Menguar le harán en la creciente luna,  
Que tambien menguará en estando llena,  
Que en creciendo la mar mengua la arena.

Verseha huyendo y pobre (¡extraño dejol)  
El que ha de ser tan rico en breve espacio,  
Que el rey irá á su casa por consejo,  
Cuando él no se lo lleve á su palacio:  
No es el humano estambre mas parejo;  
Así lo hila el tiempo; así el topacio  
Del sol la luna en formas mil altera,  
Y él cuanto hay debajo de su esfera.

Mas de aquel rico escudo el blason hecho  
Con dos calderas de oro en campo goles  
De real sangre de Lara hirviendo el pecho,  
Verá Herrera en dorados arrebóles  
Un noble alumno suyo, que á despecho,  
De falsos envidiosos tornasoles,  
Torne el sol claro, y el honor estable,  
Del sin culpa ofendido condestable.

Y bien que al generoso pecho ilustre  
Del franco amigo mucho se le deba  
De la opinion el reparado lustre,  
De su lealtad la mas segura prueba,  
Sin miedo que otro azar se la destlustre,  
Ni otra loca fortuna se le atreva,  
Serán en sucesion al mundo rara  
Los príncipes del Basto, y de Pescara.

Aquel nunca vencido leon rapante,  
Que sobre plata da barrado en oro  
Al grave hijo de Amon, cuartel triunfante,  
Y asombro con su vista al campo moro;  
Rica empresa será á un pecho arrogante,  
Que de la fama en el clarin sonoro  
Triunfos pondrá de mil moriscas lides,  
Y nombre y sangre real en Venavides.

Estos dos rojos desollados lobos,  
Que ya en Clavijo tremolando al viento  
Blason fueron de Osorio, y Villalobos,  
A quien dió el español patron su aliento,  
Del voraz tiempo los sutiles robos  
Jamás descrecerán su altivo asiento,  
Que agradecida Astorga flores nuevas  
Cada año alegre ofrecerá á sus grevas.

Las dos calderas de oro jaqueladas  
Del valle de Toranios son Pachecos,  
Sangres de la romana acrecentadas,  
Que á España vino á hacer famosos truecos;  
De quien mil sienes ya veo laureadas  
De ducales coronas, y en los huecos  
Plumeros, los invictos resplandores  
De sus marqueses, condes y señores.

Dos negros y ceñidos Calderones  
El nombre y armas dan de su apellido,  
Real prosapia de inclitos varones,  
De ricoshombres timbre esclarecido,  
Por quien promete el cielo de sus dones  
Un príncipe entre todos escogido,  
Cuya privanza ha de subir sin tasa  
La gloria al colmo de su ilustre casa.

La negra banda que en dorada lumbre  
Medio cuerpo descubre de doncella,  
Será de Carvajal rica vistumbre  
Con la real sangre de Leon en ella,  
Por quien de Martos la enriscada cumbre  
Plaza enlutada hará su plaza bella  
A un emplazado rey; que el justo cielo  
No deja agravio sin venganza al suelo.

Sobre ondas de agua aquellos cisnes bellos,  
Que un lirio azul en torno los contempla,  
Sendas coronas de oro por los cuellos,  
Con que el cruel hado su aspereza tiempla,  
Armas son de Cisneros, ó son ellos  
Ya cisnes, cuyo canto le destiempla  
Los clarines al mauro infiel, de modo  
Que á un grito suyo tiembla el campo todo.

O tengan con la sangre de Lorena  
En Leon sus belicosos nacimientos,  
O de los monstruos de la selva amena  
Alguna sombra de verdad los cuentos;  
Ella es nobleza insigne, y casa llena  
De antigüedad y heróicos fundamentos,  
Cuya es tambien la tarja de amarillo  
De aquel leon, girones y castillo.

Los otros jaquelados tres girones  
Que aquella ilustre tarja vuelven rica,  
Con rica fruta de inclitos varones  
Este tronco feliz los multiplica:  
Sus timbres han de ser reales toisones,  
Su nombre en su blason se significa,  
Sus príncipes, si el alma no me engaña,  
Gloria á Osuna darán, y honor á España.

Tres palillas de plata en campo blao,  
Y en torno nueve lunas, de Padilla  
Noble empresa componen, y á Bilbao  
Sangre real han de dar, y honra á Castilla:  
Y á cuatro maestros del sangriento Tao,  
Uclés y Calatrava la rodilla,  
Y toda España á una beldad que pudo  
La dura alma ablandar de un rey sañudo.

Del soberano imperio del Oriente  
El César tendrá un hijo, que sin miedo  
Libre á Toledo ampare, y á su gente,  
Y dello herede el nombre de Toledo:  
Su escudo es el que ves resplandeciente  
Con jaques de azul y oro, en que puedo  
Pronosticar, que á España ha de hacer salva,  
Y ser de sus mejores dias el alba.

Aquel en rosicler grifo lozano  
Entre cadenas de oro, es de Peralta  
Blason ilustre, cuya sangre y mano

Lo mejor de Navarra y Francia esmalta:  
De cuyo real linaje Agramontano,  
Pamplona ha de heredar sucesion alta  
De insignes condestables, y uno dellos  
Su mitra arrastrar por los cabellos.

Destas cinco panelas de oro espera  
Cobós su ilustre tarja, á quien ya humilla  
Su mas florida y rica primavera  
El reino de Aragon y de Castilla;  
Y así con pluma volará altanera,  
Que será al mundo octava maravilla,  
El que al cesáreo trono del Poniente  
El pecho ofrezca, y voz mas elocuente.

En boca de dos lobos dos corderos  
De Haro son los señores de Vizcaya,  
Del gran Zuria nobles herederos,  
De española nobleza última raya:  
Fuente feliz de no violados fueros  
Es cuanto encierra su argentada playa,  
Y el libre país de su áspera montaña,  
El libro hidalgo del honor de España.

Destá real sangre tomarán corriente  
Lodio, Corbera, Cárcamo y Urbina,  
Orozo, Avellaneda, y el valiente  
Hinestrosa, y con vuelta peregrina,  
Del nunca firme tiempo la creciente,  
Reinas y sucesion dará divina  
A Navarra, y mil príncipes famosos  
Del Carpio á los palacios venturosos.

Del franco Orlando, que ahora el mundo asombra,  
Un rio de sangre real verá este suelo,  
Y entre bocinas de oro la ancha sombra,  
Que de águilas hará el pomposo vuelo:  
Mas hoy un Ponce que de Leon se nombra,  
Los clarines y plumas de ese cielo,  
Yerno de un rey, hará sobre escarlata  
Bastones de oro, y rojo leon en plata.

De aquí un maestre de las trabas de oro,  
Y un don Manuel Paquí, nuevos Aquiles:  
Uno á la vega, y otro al campo moro,  
De sangre mas que el sol pondrán perfiles:  
Por quien el monstruo del clarin sonoro  
Al mundo proezas contará gentiles,  
Cuando al favor de un arrojado guante,  
El leon de Cadiz los de Libia espante.

Este escudo á cuarteles con seis fajas  
De sangre, y diez veneras sobre verde,  
Son de los Pimentarios las ventajas  
Con que de vista Pimentel se pierde:  
Y de los graves condes de Barajas  
Jaquelados coturnos, que los muerde  
Real sangre de Aragon, que ha de hacer dellos  
Su rica taza Ganimedes bellos.

Los dos rojos bastones, y honda cueva,  
Que aquel verde dragon de oro vomita,  
Nombre á un real linaje y armas lleva,  
Si el tiempo mi esperanza no marchita:  
A cuya gruta hará que España deba  
Mas príncipes que estrellas resucita  
La muerta luz, y Cadmo hombres valientes  
Vió en los arados surcos de sus dientes.

Cuando á Galicia azules fajas de oro  
Megía traslade de la Misia fría,  
De maestros sembrará un precioso coro  
Por toda la marcial caballería;  
Donde añada Alcaraz, de un gran tesoro  
Que le ha de dar su espada en Berbería,  
De escamosas serpientes la confusa  
Guedeja de las celines de Medusa.

Trece estrellas, que en rubia centinela  
Los lirios de oro guardan deste escudo,  
Y él no menos que el sol alumbrará y vuela  
Con marcial calor y rayo agudo,  
De Salazar la espada sin cautela  
De un pendon cortará á un jayan membrudo,

Cuando dé en Francia con clarín sonoro  
Su invicto nombre, escrito en letras de oro.

Nieto suyo será el que en fuerzas dobles,  
Robusto natural, y años prolijos,  
De traviesa tendrá, en mujeres nobles,  
Seis veces veinte valerosos hijos:  
Y él de otra tanta edad, los duros robles  
De sus venablos en el cerco fijos  
De Algecira pondrá, donde, aunque fuerte,  
Como hombre al fin se rendirá á la muerte.

Las cuatro fajas deste roto escudo  
Para Montemayor le guardo un día,  
Que al granadino orgullo ha de hacer mudo  
De su Alcaudete y dél la valentía:  
La espada que con alas de oro pudo  
Volar, llenando el mundo de alegría,  
Será de don Manuel, preciosa infancia  
De ambos imperios de Castilla y Francia.

Aquella blanca luna en campo rojo  
Armas dará á un linaje y apellido,  
De una infanta feliz rico despojo,  
Por mayor bien en Aragon nacido:  
De aquí fortuna por su loco antojo

Un mónstruo formará, que en ser querido,  
Y desamado, muestre al mundo en vano  
Las cortas raíces del favor humano.

Las cinco águilas indas con coronas  
De oro los picos son los Coroneles,  
De Scipion, Cornelio, y sus matronas:  
Consigo por guardar su honor crueles:  
Unas con fuego abrasan sus personas,  
Por honra á su limpieza otras mas fieles,  
Con astucia prudente á un rey amante  
Le estorbaron llevar su error delante.

Las cuatro fajas que en cuartel dorado  
Limpias se ven de sangre real cubiertas,  
Un real apellido celebrado  
De Córdoba dará en su mano abiertas:  
Otro le añadirán aprisionado,  
Por las señas mas vivas y mas ciertas,  
De aquel valor, á cuya ardiente espada  
Llorará Italia, y temblará Granada.

Del grave Tiber bajará don Mendo  
Cinco nobles Andrades á Galicia,  
Y uno á dos reyes, que en abrazo horrendo  
Pondrá del cetro de oro la codicia,



Alzará en la mortal baraja haciendo  
Su suerte el tiempo, el cielo su justicia;  
Y él por barato al reino que se pierde  
Banda volará de oro en campo verde.

Del valiente Gelasio se derrama,  
Por empresa de guerra y timbre mudo;  
Este principio de armas, y esta rama  
De roeles de oro en acerado escudo;

Ceros de los guarismos de la fama,  
 Con que aumentar la de su nombre pudo  
 El jayan, á quien Artus los dió en suerte,  
 Y él á mil nobles casas con su muerte.

Cual las hermosas pléyades, que al cielo  
 La frente vuela del templado toro,  
 Cuando al invierno su natural yelo  
 El aire cuaja de importuno lloro;  
 Tales verá en alegre paralelo  
 Bustamante sus siete lirios de oro,  
 Argüello cinco, diez Saltamirano,  
 Y Roelas seis con veros de su mano.

A Avila dió otros tantos, de quien puede  
 Nuevo blason mostrar resplandeciente  
 Por armas del dichoso Balbano,  
 De oculta sangre real preciosa fuente:  
 En Ronda un sucesor de su denuedo  
 Su pendon volará, y dará á su gente  
 Siete mas sobre seis, y al pueblo moro  
 En Gibraltar por bodas luto y lloro.

O sean ocasionados desto en algo  
 Los roeles de oro en cielo azul sereno,  
 O el noble escote que pagó un hidalgo  
 A un real convite de ocasiones lleno:  
 Con ellos á mil trances de armas salgo,  
 Con ellos el furor de Arabia enfreno,  
 Ellos son mi nobleza, ellos mi saña,  
 Y llenas lunas del honor de España.

Del bravo asturiano Grijano el bravo,  
 Que bravo nombre á su linaje puso,  
 Es el castillo jaquelado al cabo,  
 Y al pié de ondas de plata un mar difuso:  
 Y el que de un jayan rey, que hizo su esclavo,  
 Dos ciervas de oro á su cuartel traspuso,  
 Cervantes descendiente de Cervino  
 Las ganará de un nieto de Mambrino.

Quitarleha al ya vencido rey la empresa  
 Por armas de su casa y apellido,  
 Y de las ciervas la una el prado besa,  
 Y en vela la otra está del franco exido:  
 Cinco cuervos que en oro hacen la presa,  
 Y el rubio Apolo los armó en su nido,  
 En favor de Públicola á Corvera  
 Nombre darán, blason, y fama entera.

Es cierto que á un sangriento desafío  
 De un valiente francés, y este romano  
 Un cuervo al franco yelmo hizo sombrío,  
 Y el pulso entorpeció á la diestra mano:  
 Faltó al uno, y al otro creció el brío,  
 Venció el favorecido italiano,  
 Y el cuervo en fe desta merced no escasa  
 Timbre á sus gentes dió, y nombre á su casa.

De aquel castillo, leon, y banda verde  
 En plateado campo con dragantes,  
 Harán, si el tiempo su volar no pierde,  
 Los Castillas sus armas como de antes,  
 Y con ellas al mundo que se acuerde  
 Del rey que mató Enrique, y los infantes  
 Que aprisionó en Berlanga, y por medida  
 De sus cadenas dió la de su vida.

Las jaqueladas barras, que de Alcides  
 Se precian descender en sangre envueltas,  
 Son de Sotomayor; y el que en las lides  
 Marinas ondas lleva en sangre sueltas,  
 De los Marines es, cuyos ardirés  
 Mostrarán en la mar, y sus riberas,  
 Que no es todo ficción lo que se suena,  
 De haber sido su madre una sirena.

La primer reina Loba que en Galicia  
 La ley siguió de un Dios resucitado,  
 Sobre un testuz de lobo á la milicia  
 Del cielo aquel lucero hurtó dorado:  
 Y el que hoy al noble pecho le acaricia,  
 Y con su empresa le hace señalado,  
 Es Lobera, que en armas y apellido

La clara fuente da, en que fue nacido.

Dos negros lobos en plateado escudo  
 Hará don Vela de Aragon infante,  
 Parlera fama, que en lenguaje mudo,  
 El invicto valor de Ayala cante:  
 Y dando con Salcedo un casto nudo  
 Del rubio conde con la hija amante,  
 Serán al real pavés nuevo tesoro,  
 Verdes panelas, sauce, y campos de oro.

Ya desta vela real alegres rayos  
 De invicta y noble luz gozará España,  
 Del árabe infeliz tristes desmayos,  
 Y del cristiano pueblo honrada saña:  
 Brotarán rosas los floridos mayos,  
 Y deste real enjerto la montaña,  
 Mas solares de hidalgos sucesores,  
 Que de abril fuentes, ni de mayo flores.

De aquí el conde Floyan, Pereira espera  
 Un señor en Trastámara, que alumbre  
 Del firme escudo la plateada esfera,  
 Con roja alegre cruz de inmortal lumbré:  
 Y un condestable portugués, que entera  
 La sacra insignia en pompa heroica encumbre  
 Entre ocho escudos las reales quinas,  
 Que en bella orla serán flores divinas.

De aquí Basurto, Calderon, Zaldierna,  
 Gamboa, Marroquin, Barbosa y Monte,  
 En brío, armas, linaje y fama eterna,  
 Mas luz darán que el carro de Faetonte:  
 De aquí en un rayo desta vela tierna,  
 Cuando á la bella Munia se confronte,  
 Del gran Carlos Martel nieta escelente,  
 Dos cometas saldrán de Marte ardiente.

De la una, ya en la invicta Soria crece  
 De inmortal lumbré la segunda vela,  
 Cuya águila, si en plata resplandece  
 Entre lisonjas de fortuna vuela:  
 Y de la otra, á la roja espada crece  
 Un gran maestre Martel, Marte en su escuela,  
 Que á su escudo dará en igual distancia,  
 Bastones de Aragon, lirios de Francia.

Destos dos troncos la tercera rama  
 Vela y Martel serán, despues Balbuena,  
 Que al castillo Ferral su brazo y fama  
 La insignia subirá de trabas llena:  
 Mas la enemiga de quietud, que trama  
 La humana estambre al pulso de su vena,  
 Con la potencia de Baeza y Baza,  
 Rendir le hará la conquistada plaza.

Y él, ya ofendido del contrario hado,  
 Sus armas renunciando y su apellido,  
 A eremítica vida retirado,  
 Nada parecerá de lo que ha sido:  
 Aquí de vanos faustos descartado,  
 A los firmes del cielo reducido,  
 Del valle ameno, y de su dicha buena,  
 De Vela el nombre trocará en Balbuena.

Dará allí su virtud al mundo ejemplo,  
 Y con favor de un casto rey potente,  
 De castas almas un sagrado templo  
 A la Virgen, de amores castos fuente;  
 Cuya grandeza así crecer contemplo,  
 Que en la real proteccion claustro eminente  
 De cándidos armoños será al suelo,  
 Que el eco suban de su nombre al cielo.

Deste santo Hilarion un noble aliento  
 Sucesor de su casa tendrá vida,  
 Que á defender la de un delfin atento,  
 Y hallar la empresa de un toison perdida,  
 Por las tinieblas de la noche á tienta  
 A su águila dos lirios de oro añida,  
 Victoriosa guirnalda del tesoro  
 De los hallados eslabones de oro.

Hijo suyo será el valiente pecho,  
 Que con roja florida cruz armado,

Sobre Guadix pondrá á la fama hecho  
De ilustre sangre el título de honrado:  
Y el que á un rey justiciero sin provecho  
De Alcaraz el pendon dará bordado,  
Y el magnánimo Enrique en su servicio,  
De Notario mayor el grave oficio.

De aquí un yerno de un noble adelantado  
Feliz muro será de su frontera,  
Otro obispo en Valencia, otro el grabado  
Baston ha de regir en Antequera,  
Otro á donde se ahoga el sol dorado,  
Cuando en la tierra ya no reverbera,  
Del gran sello imperial con la potencia.  
A Jalisco á fundar irá una audiencia.

Del noble valle destas limpias flores,  
Con rosicleres de Velasco ardientes,  
Si bien ya de encubiertos resplandores,  
Que el tiempo hace menguantes y crecientes,  
Nueva guirnalda de inmortales loores  
Dará el hado á tus hechos escelentes,  
Y á un ramo suyo lengua y fuerza tanta,  
Que al mundo asombre con lo que ahora espauta.»

### ALEGORIA.

En las grandes hazañas de Hernando Cortés, se muestra la magnanimidad y atrevimiento de un verdadero capitán español, que intrépido acomete, y sale á pesar de la fortuna con lo que intenta.

En el corpulento jayán que Bernardo vence en la fuente de las Maravillas, que preñado de oroderramaba escudos por sangre, se muestra la fuerza del dímico y como á veces compra favores y brazos, que le dan la mano para alcanzar la justicia, que por otra vía no le fuera posible, y lo que pueden las dádivas para salir con esto.

### LIBRO VIGÉSIMO.

**ARGUMENTO.** Libra Bernardo á Garilo de la horca, y el aquel año noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro día á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un río á don Teudonio y á Garilo presos, pónelos en libertad; y habiéndole conocido Teudonio, le da nuevas de la prisión de sus padres: haceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Oifa en un monte florando un caballero muerto; dále nuevas de Arcangélica, y partense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamiento.

¡RARO suceso! el cielo soberano  
Los monstros trueque en favorable agüero,  
Y como puede hacer de su mano  
Feliz el caso que asombró primero:  
Al fresco arrimo de un laurel lozano,  
Que alegre mayo hacia á un turbio enero,  
Como á pedir favor la musa mia,  
Tras un prolijo curso llegó un día.

No es trazada invencion, si bien parece  
Obra sutil de pluma artificiosa:  
Por donde á un fresco arroyo la orla crece  
De verde juncia y grama revoltosa,  
Cuando el temprano almendro aun no florece,  
Ni el verde apunta á la encarnada rosa,  
A que me ampare fui del sol que ardía,  
Del hojoso troncon la sombra fría.

Allí ocupado en trasuntar al vivo  
Mi espíritu á un papel (¡extraño caso!)  
De una águila real el vuelo altivo  
El silencio rompió del aire raso:  
Y de repente dando en lo que escribo,  
En los duros artejos el escaso  
Borrón arrebató, y hácia la esfera  
De la agradable luz volvió ligera.

Quedé absorto, y á ver el raudo vuelo  
Que dió en mi daño la traidora arpia,  
Puesto en pié mil suspiros doy al cielo,  
Que sordo al parecer ninguno oía:  
Y el sin piedad ladron con el señuelo  
Volando entre las nubes parecia  
Correo de Arabia, que en los aires lleva  
De Palestina á Persia alguna nueva.

Seguíle con los piés un rato en vano,  
Y cuando mas no pude, con la vista,  
Contemplando en sus garras del liviano  
Papel la blanca tremolante lista;  
Cuando furiosa en vuelo mas lozano,  
A ser de un nuevo mundo coronista,  
En mis ojos faltó, y en mí el sentido  
Al peregrino caso sucedido.

Y lo que en mil desvelos de cuidado  
Mi humilde musa concertado habia,  
El rigor de un suceso no pensado,  
Viéndolo yo, lo destruyó en un día:  
¡Oh cielos! ¿si el trabajo dilatado  
Por tantos años desta historia mia  
Ha de desaparecer la voladora  
Y cruel arpia del tiempo en sola un hora?

¿Si ha de acabarse aquí en el primer vuelo,  
O ha de volar sin fin de gente en gente?  
¿Si subió el ave mi papel al cielo,  
O caer le dejó de impertinente?  
¿Quién me dirá este enigma? este recelo  
¿A quién no hace encoger hombros y frente?  
El tiempo lo hará claro, y mi motivo  
Los sabios, que es el pueblo á quien escribo.

Ni es bien que el frío temor entibie tanto,  
Que el noble aliento del valor consuma,  
Mas fiar con firme fe del cielo santo,  
Que el tiempo ha de ser cero desta suma;  
Que si el ave voraz me hurtó un canto,  
El papel se llevó, y dejó la pluma,  
Y haciendo en ella prósero el agüero,  
Así ahora explicar sus miedos quiero.

Que el águila, que es reina de las aves,  
Será mi fama de los tiempos reina,  
Que con vuelo inmortal, y acentos graves,  
De aquí, donde la oscura noche reina,  
Hasta donde entre músicas suaves  
El alba de oro sus cabellos peina,  
Mis papeles, mis versos, mis razones,  
Volará de naciones en naciones.

Esto se quede á cargo de la fama,  
Que es de los venturosos sabios norte,  
Y la que por sus términos los llama,  
Y sube á grandes de su casa y corte:  
Feliz yerba es la yedra, si se enrama  
A un muro altivo, á quien no alcanza el corte  
De la envidia, pues queda con su altura,  
Él mas vistoso, y ella mas segura.

Pues dando el cielo á mi encogida yedra  
Por muro el que lo ha sido y es de España,  
Hecha ya basa de tan firme piedra,  
Ni agüeros teme, ni temor le daña:  
Si el buen arrimo da segura medra,  
Quien se llega al mejor ¿cómo se engaña?  
Pare el miedo servil, vuelvo á mi estilo,  
La hebra anudo, y corra de oro el hilo.

En dulce suspension el noble godo  
Mirando estaba en el compás pequeño  
De aquel bello teatro el rico modo  
De su adorno, sus armas, y su dueño;  
Cuando á un cerrar los ojos huyó todo,  
Cual blandas sombras de templado sueño,  
Y en un campo se halló florido y verde,  
A quien de Ebro el cristal las faldas muerde.

Y el día siguiente caminando en duda,  
Sin conocer la tierra donde estaba,  
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda

Que el seguido camino en dos cortaba,  
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda  
A un hombre, á quien el cruel verdugo ataba  
Un lazo al cuello, y en engage doble  
Al lizo gajo de un nudoso roble.

Estaban otros cuatro por testigos,  
Y el leonés viendo el lastimoso paso,  
«Teneos, á voces dijo, tené, amigos,  
Sepamos la ocasion, suspende el caso:»  
Y por entre alcornoques y quejigos  
A toda rienda sale al campo raso,  
Cuando ya ellos tambien á toda priesa  
El nudo daba á la sogá gruesa.

Él por llegar á tiempo, ellos por dalle  
Muerte, sin que haya estorbo que lo impida,  
Todos priesa se dan, á mí dejalle  
En esto, la que tengo me convida,  
Que veó á Orlando en un profundo valle  
De ciego monte, y á áspera salida,  
Donde para volver á su camino,  
Si el caballo cobró, no cobró el tino,  
Dejó la humilde casa del engaño,  
Y aquel que serlo en ella parecia,  
Y el astuto Garilo, con el daño  
Que en el robado anillo hecho habia,  
Tras el perdido conde el pais estraño  
A ciegas cruza, y al huirse el dia,  
Del grave sueño en la quietud profunda,  
El caballo le hurtó la vez segunda.

Saltó en la silla, y á la luz menguante  
De la fria luna, «¡oh capitán robusto!  
¿Vos sois, le dijo, el principe de Anglante,  
Y el general baston del cetro augusto?  
¿Así en desvelo y guarda vigilante  
Las reliquias poneis de vuestro gusto?  
Quien en el sueño como vos se olvida,  
Ni su honra tiene en mucho, ni su vida.»

Despertó el conde, y viendo á Brilladoro  
Segunda vez en manos de Garilo,  
La paciencia perdió, perdió el decoro,  
Y de su autoridad el grave estilo:  
Y cual vencido garrochado toro,  
A quien acosa de la gente el hilo,  
Los ojos cierra, y con la corva frente  
Por los palenques rompe, y por la gente,  
El impaciente conde, así en gallardo  
Y altivo brio, saltó arrogante y fiero,  
Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,  
Ambas deudas cobrara por entero:  
Huyó el ladrón, y cual ligero pardo  
Siguiendo un ciervo, va tambien ligero,  
Y al que le huye su caballo fuerte  
Le salva á un tiempo, y le condena á muerte.

Aquella noche, y el siguiente dia,  
Y sin ese otros seis siguió su alcance,  
Que á uno el enojo, á otro la alegría,  
De uno los empeñaba en otro lance:  
Cuando una tarde el catalán que huía,  
Temeroso que el rayo no le alcance,  
A la ancha entrada de una estrecha puente  
A Dudonio encontró, y su franca gente.

Volvia de Zaragoza, adonde vino  
Por sabio embajador de Carlo Mano,  
A granjear del rey, que por vecino  
Favor ni gente preste al asturiano:  
Y viendo el descompuesto desatino,  
Con que al sudado potro aguija en vano  
El medroso gineté, y que él bufando,  
A falta de voz, dice, que es de Orlando:

Hizo alto el escuadrón, cuando él en medio  
De cien franceses puesto de improvisio,  
Aunque con sus embustes dar remedio  
Al impensado aprieto y riesgo quiso,  
Fáltóle en el brevisimo comedio  
Para saber fingir tiempo y aviso,

Y así antes de advertirse del suceso,  
Sin pensar que lo estaba, se halló preso:  
Llegó tras él el principe de Brava,  
Que ya tan al estribo le seguía,  
Que donde un pié el caballo levantaba,  
Los suyos él por le alcanzar ponía:  
Mandó al ladrón colgar, que era á quien daba  
Del sin piedad verdugo la porfia  
Espantosa lazada, cuando pudo  
Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.

No vió á Dudon, ni al ofendido conde,  
Que iban ya dentro de la selva espesa,  
Y del árbol ninguno le responde,  
Listos á darse en lo que hacen priesa:  
Visto el rigor el español, por donde  
Mas breve el paso vió, fiero atraviesa  
A socorrer el riesgo, que es de modo,  
Que á un pié de dilacion se pierde todo.

Y por ver si la nueva espada corta,  
Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,  
«Paso, dice, cobardes, que me importa  
Saber la causa de esa infame muerte:»  
Cuando uno de los cuatro le reporta,  
Y en blanda voz: «señor, le dice, adviérté  
Que esa lazada al cuello es propia ajorca  
De un ladrón, y su tálamo la horca:

Y este, en los de su oficio el mas cursado  
Que de Jaca amparó la inculca sierra,  
Ya dos veces á Orlando le ha robado  
Su caballo, y su fino arnés de guerra:  
Hale traído ofendido y acosado  
Desde su patrio suelo al desta tierra,  
Adonde hoy le prendió Dudon el noble,  
Y él ponerle mandó en el primer roble.

Púdolo hacer el senador romano,  
Por ser quien es, y porque dello gusta;  
Firma es esta sentencia de su mano,  
Y basta el serlo para ver que es justa:  
Los dos al pié del bosque comarcano  
La dan por tal; si te parece injusta,  
No van lejos de aquí, ni un mundo es lejos  
Para libres volver por sus consejos.»

Así el franco, y así el leonés llegando  
La aguda punta el lazo cortar quiere:  
«Sea todo eso verdad, sea el conde Orlando  
De Roma senador, sea lo que fuere,  
El preso es noble, y español; y cuando  
Esas fingidas culpas cometiere,  
No es Francia dueño, Roma es parte estraña  
A castigar por sí culpas de España:

Y sobre esto á la franca gente junta  
Si toda viene estorbaré esta muerte,»  
Dijo, y corriendo la delgada punta,  
La lazada cortó del nudo fuerte:  
Y el que en cortés respuesta á su pregunta  
Satisfecho dejó, ya de otra suerte,  
Al dulce corte de su aguda espada,  
Su honra satisfacer quiere agraviada.

Al verdugo feroz manda ejecute  
Su oficio, mientras él el de su saña,  
Porque ningun cobarde arnés le impute  
Flaqueza al noble suyo en tierra estraña,  
Saca su espada, y quiere que comute  
En sangre su primer piedad España,  
Y el godo al noble término obligado  
Ofender no pretende al que no ha errado.

Y así en la muerta fama de su escudo  
Los vivos golpes sin le herir recibe:  
Los que al diestro esgrimir del filo agudo  
De humilde amparo ven que se aperebice,  
Cobarde ánimo cobran, y en menudito  
Combate en su grabado arnés escribe  
Feroz cada uno la destreza que usa,  
Mas él de cuatro á solo el uno excusa.

Que á tres golpes la falda de la sierra

De los tres heredó cuerpo y acero,  
Y el cuarto ya la maltratada guerra  
Paró asombrado, y dijo al caballero:  
«¡Oh ilustre parto desta invicta tierra,  
De nobleza y virtud un cielo entero!  
Quiero estimarle ya, pues me le ofreces,  
Un vivir que te debo tantas veces.»

Y como absorto en ver su gallardía  
El caballo volvió á seguir su gente,  
Y el godo hacía Garilo, que venía  
A le ofrecer la libertad presente:  
En cuya peligrosa compañía,  
Al pié de un sauce, al márgen de una fuente,  
Agradable reposo la espesura  
Al luto ofrece de la noche obscura.

El falso catalan, por no negalle  
Su premio al beneficio recibido,  
Tenerle quiso compañía en el valle,  
Que es servirle mostrarse agradecido:  
Y por mas á su intento desvelalle  
Largos cuentos fingió, y despues dormido  
La rica espada hurtó al siniestro brazo,  
Llave sutil del mal logrado lazo.

Despertó al rubio sol el noble godo,  
Y hallando al huesped y á su espada menos,  
Vió que es volver por un ladrón en todo  
Hacer propios agravios los ajenos:  
Sintió el perder sus armas, sintió el modo  
De pagarle tan mal deseos tan buenos,  
Y que sea de su patria ingrato vicio  
Afrontar con desden el beneficio.

Buscó el caballo, y viendo hurtado el freno  
Agradeció la mano comedida,  
Que quien á él la espada, y á otro el heno  
Robó, robar tambien pudo su vida:  
Volvió, y siguiendo de disgustos lleno  
La senda menos agra, y mas seguida,  
Como en rastro del alba dos luceros,  
Parir la selva vió dos caballeros.

Dudon el uno, el otro el conde Orlando,  
Que en busca suya, y del traidor Garilo,  
La siempre amarga envidia devanando  
Memorias de dolor los trae de hilo:  
Fue el vencido francés así ensalzando  
La libre espada, y el compuesto estilo  
Del victorioso godo, y la jactancia  
De defenderse en campo á los de Francia,

Que ardiendo en ambiciosos movimientos,  
Dueño cada uno del agravio todo,  
Sin darse uno á otro parte en los intentos,  
En busca entraron del ausente godo:  
Corriéronse de ver sus pensamientos,  
Al encontrarse heridos por un modo,  
De una envidia, y que dos tan graves lanzas  
A un agravio le busquen dos venganzas.

Y sin torcer el curso acelerado,  
Cada uno al otro pide el ir delante,  
Cuando el florido tumbo de un collado  
Les dió un muerto escuadron poco distante,  
Sin espada, y á pié un doncel armado:  
Dudan si es él, si bien su real semblante,  
A quien le mira da en lenguaje mudo  
Mas voces que la fama de su escudo.

Sus tres franceses mira Orlando muertos,  
De tan nuevas heridas asombrado,  
De los golpes los dos por medio abiertos,  
Y sin hombro el tercero, y sin costado:  
La voz suspensa, y los cabellos yertos,  
El contemplarlos deja al mas osado;  
Cuando así el conde al príncipe de España,  
Quién sea el autor pidió de tal hazaña.

«¿Sabreis, señor, sabreis, señor, decirme  
Destos tres golpes donde está la espada,  
En alentado pulso y brazo firme,  
Mas que en consejo ni en razon fundada?

¿Quién hay que tal crueldad por buena afirme?»

A quien Bernardo, la visera alzada,  
«Señor, le respondió la espada bella  
Ayer fue mia, ahora no sé della;

Que el mismo á quien dió vida en este valle,  
Sin salir dél la hurtó lleno de engaños,  
Que escusar á un ladrón la muerte, es dalle  
Osada libertad á nuevos daños:  
Yo que hice mal confieso en alargalle  
La indigna vida á mal gastados años,  
Mas fue fuerza volver en mi hazaña  
Por la ofendida libertad de España.»

«A estar allí esta mia, dijo Orlando,  
La potencia de España no pudiera  
De mi decreto suspender el mando,  
Ni al ladrón estorbar que no muriera:  
¿Vos sois alguno de su infame bando,  
Pues volvistes por él de esta manera?

Que si es ladrón quien hurta, ya se entiende  
Que lo será tambien quien lo defiende.»

Reportóse Bernardo, y dijo: «vienes  
Con justo sentimiento alborotado  
Del nuevo estrago que presente tienes,  
De una injusta ambicion ocasionado:  
Ni puedo responder á tus desdenes,  
Hasta que Orlando, como lo he jurado,  
Perdon á mis piés pida del esceso  
De haber tenido un libre español preso.»

Hallóse el sagaz jóven puesto en duda  
De cuál fuese Dudonio, y cuál el conde,  
Y en esta estratagema quiso aguda  
De los dos conocer quien le responde:  
Orlando con su lengua tartamuda,  
«Yo soy, dijo, á quien buscas, mira á donde  
A morir has venido, á serme dado  
Dar la muerte á un muchacho desarmado.»

No al brio gallardo de un ginete mozo,  
En el alegre orgullo de la caza,  
El presto gamo causa mayor gozo,  
Que el bosque con sus cuernos despedaza,  
Ni al vulgo juvenil mas alborozo  
Un presto toro en medio la ancha plaza,  
Que á Bernardo causó tener delante  
El tan nombrado príncipe de Anglante.

Y así le respondió: «tienes tan tuya  
La fama, invicto conde, que en su mengua  
No sé si tus hazañas atribuya  
Mas á tu heróico brazo, que á tu lengua:  
Mas ahora las aumente, ó disminuya,  
Hecha un golfo de mar que crece y mengua,  
No es todo falso en sí lo que pregona,  
Segun la magestad de tu persona.

Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido,  
En tenerte á mi brazo y voz presente,  
Para saber si tienes, ó has tenido,  
Lo que la fama cuenta de valiente;  
En lo que dices que ladrón he sido,  
Como ahora tú, quien lo dijere miente,  
Y mentiré tambien quien no confiesa  
La ventaja española á la francesa.

Y porque á falta de mi arnés entero  
La batalla no escuses deseada,  
Al que contigo viene le requiero  
El caballo me dé, y preste su espada,  
Con que ganando ya la tuya, quiero  
Dejar la que me hurtaron mejorada;  
Y si de voluntad no me la diere,  
Habrà de ser por fuerza, sea quien fuere.»

Dudon, que á los principios la cordura  
Del mancebo estimó su talle y brio,  
Ya por loco le tiene, y por locura  
Cuanto habla, y su razon por desvario:  
Y al agravio de tal desenvoltura  
Deja el caballo, y toma el desafio,  
Y la desnuda espada que apetece

Por la delgada punta se la ofrece.  
 Puso el brioso español mano á su daga,  
 Y al francés bravo, que blandiendo tiene  
 La relumbrante hoja, antes que haga  
 Seguro golpe que sus bríos enfrene,  
 Rebatiendo una punta al pecho amaga,  
 Y á la vista á compas volando viene  
 El agudo puñal, que al yelmo fino  
 Quitó mil luces, y á Dudon el tino.  
 Y ayudando á su nuevo desacuerdo  
 Con él cerró á cobrar su acero agudo,  
 Y en abrazo enemigo mas que cuerdo  
 Hechos fueron al verde prado un nudo  
 El leonés vivo al franco sin acuerdo  
 La daga que á su mano volver pudo,  
 Ya ciego en su primer ventaja, prueba  
 A darle lugar nuevo, y puerta nueva.  
 Rompió al grabado yelmo las hebillas,  
 Y al aire dió la desarmada frente,  
 Y en sus vencidos pechos de rodillas,  
 Que vuelva espera en sí el que allí no siente:  
 Cobró vista el francés, vió maravillas,  
 Pienso que es sueño lo que ve presente,  
 Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,  
 Mudarse todo un hombre extraño caso.  
 Era Dudon gran duque de Marsella,  
 De fuertes miembros y ánimo escelente  
 De la real Francia, y de los bravos della,  
 De diez, de seis, de cuatro el mas valiente  
 En comenzar batalla, y fenecella,  
 De colérica espada, y brio ardiente;  
 Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,  
 Que ni brio ni espada es de provecho.  
 Así tal vez se vió pino lozano,  
 Beldad y sombra del vecino otero,  
 Que á un estallido por el suelo llano  
 Su duro tronco echó rayo ligero;  
 Al dar en tierra, el segador cercano  
 Que ampararse á su sombra iba primero,  
 Suspense, ni se acerca, ni retira,  
 Mas asombrado y triste calla y mira.  
 «Yo no quiero de tí, dijo Bernardo,  
 Mas que espada y caballo, con que vea  
 Este invencible paladin gallardo  
 Lo que ahora como yo tambien desea:  
 A que con gusto me lo des aguardo,  
 O la vida con ello; tuya sea  
 La culpa, si por bien no me concedes,  
 Lo que ya defender por mal no puedes.»  
 Asombró á Orlando el valeroso hecho:  
 Dudonio lleno de confuso espanto,  
 La espada ya en su mano sin provecho  
 Libre dió, y del caballo hizo otro tanto:  
 Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,  
 El conde puesto por testigo en tanto,  
 En la batalla se apostó, en que piensa  
 Tomar de tantos daños recompensa.  
 Bien que atento á las fuerzas del contrario,  
 Su vivo aliento, su altivez ligera,  
 El breve asalto, el golpe temerario,  
 Y del suceso la victoria entera,  
 Las mudanzas temió del tiempo varió,  
 Y esta dicen que fue la vez primera  
 Que al conde halló el temor, y tuvo á una  
 Por variable el rostro de fortuna.  
 La blanca garza, á quien de la Noruega  
 Los prestos sacres siguen por el viento,  
 Callando sube, y remontada niega  
 La vista al mundo, alcance al pensamiento;  
 Y aunque uno le da, otro le llega,  
 Otro la sigue, y la encaraman ciento,  
 Cuando el que ha de matalla sale al vuelo,  
 A quejarse comienza desde el cielo.  
 El mismo impulso al corazón del conde  
 En el presente trance dió latidos,

Y sin ver causa, ni saber por donde,  
 Sus fuerzas siente y pulsos impedidos,  
 Y una nueva tibieza corresponde  
 A los alientos antes no vencidos  
 En esta lid, que le hace entrar en ella  
 Con pocos alborozos de vencella.  
 Estaba el conde en la grandeza dina  
 De su antigua opinion de miedo ajena,  
 Como en el fértil campo parda encina,  
 De antiguos años y despojos llena,  
 Que ni el viento la mueve, ni le inclina  
 De los nudosos ramos la cadena,  
 Antes en medio de los bosques puesta,  
 A sola ella hacen los pastores fiesta.  
 Bernardo de otra parte activo estaba,  
 Si no de tanto nombre de mas brio,  
 Con un bullicio y lozanía, que daba  
 Al de mas fama y opinion desvío:  
 En vencer solo con destreza brava  
 Sin otros medios, puesto el albedrío,  
 Y en salir con real pecho y osadía  
 A cuanto la ira y gusto le pedia.  
 Cual presto rayo que su lumbre ardiente  
 Por los aires derrama repartido  
 El mundo asombra, y de temor la gente  
 Dando paso se lumilla al gran ruido,  
 Y él deslumbrando cruza de repente  
 El rico alcázar, que dejó abatido,  
 Que ni de antiguo muro hace caso;  
 Ni el bronce oprime ni le ataja el paso.  
 Y él en tanto la silla del caballo  
 En aire brioso cobra, y le revuelve,  
 Y al deseo de justar para incitillo  
 La firme lanza empuna, y feroz vuelve:  
 Conoce el conde que es desafiallo,  
 Y en vengar tanto agravio se resuelve,  
 Partiendo con tal cólera á buscallo,  
 Que el bosque hizo temblar, y gimió el valle.  
 No el monte Olimpo, y su vecino el Osa,  
 Si arrebatados de contrarios vientos,  
 Por fuerza de violepcia milagrosa  
 La eterna raiz faltase á sus cimientos,  
 En medio el Tempe junta mas furiosa,  
 Ni golpes sonarian mas violentos,  
 Ni del Pelion los riscos al encuentro  
 Mayor bramido harian en su centro,  
 Que el hueco valle y montes comarcanos,  
 Al ronco trueno y súbita estampida,  
 Con que los dos guerreros á las manos  
 De su furia vinieron encendida:  
 Y habiendo vuelto en átomos livianos  
 Dos pinos, que aun se estaban con la vida,  
 Mas firme los contempla el campo raso,  
 Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.  
 Asombró cada cual á su enemigo,  
 Y Dudon lo fue allí de lo que via,  
 Que al grave caso puesto por testigo,  
 Que sueña piensa, y que le engaña el dia:  
 Y aunque con ojos y aficion de amigo  
 Al conde acata y mira todavía,  
 Halla que si hay ventaja, ó puede habella  
 Entre los dos, que el godó está con ella.  
 Mas ellos las espadas ya en la mano,  
 Y su furia y rigor en los escudos,  
 Con tal priesa se hieren, que hacen vano  
 El cuidado de golpes tan menudos:  
 En Flegra, en el combate soberano,  
 Cuando sobre los Titanes membrudos  
 Llovía Júpiter rayos, sus espantos,  
 Ni fueran en rigor tales, ni tantos.  
 Dió el conde á su contrario un altibajo,  
 Que á la fama cortó brazo y clarines  
 En el grabado escudo, y á él le trajo  
 A besar del caballo cuello y clines;  
 Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,



Francia gozara mas sus paladines,  
Y aun él quizá tambien de esa manera  
Por invencible el mundo le tuviera.

Mas resbaló la espada por lo alto  
De la celada, y el valiente godo,  
De honor herido, y de paciencia falto,  
A vengarse ó morir se arrojó todo:  
Y puesto en los estribos, dando un salto  
Su frison, alcanzó al francés de modo,  
Que le hizo besar á un mismo vuelo,  
Él su caballo, y su caballo al suelo.

Dió un grito Don Dudonio del espanto  
Que el golpe le causó, y mayor le tuvo,  
Cuando vió que el feroz mancebo, en tanto  
Que el conde volvió en sí, parado estuvo,  
Que á secundar con otro, ni el encanto  
Del yelmo de Mambrino, ni el que hubo  
De Almonte, ni su hadada fortaleza,  
Libre del riesgo dieran su cabeza.

Mas ya viendo en su acuerdo el triste estado  
En que aquel brazo y su valor le tiene,  
Con la afrenta y furor desesperado  
La espada aprieta, y á buscarle viene;  
Y el español no menos arriscado  
Con la suya á dos manos le detiene,  
Hasta que en rebatir furioso á una  
Del hado tientan la última fortuna.

Y vueltos á encenderse en su refríega,  
Con mas aliento y bríos que primero,  
Donde uno se retira, el otro llega,  
Y ninguno al herir llega el postrero:  
Uno el escudo hiende, el otro siega,  
Cual trigo de sazon, mallas de acero;  
Uno da, otro recibe, y ambos juntos,  
Ni atienden ocasion, ni aguardan puntos.

Cual dos fieros centauros, que á las cumbres  
De Osa celosos muestran su braveza,  
Porque de Deyanira las dos lumbres  
Con igual gusto miran su destreza;  
De sus duros peñascos las vilumbres  
Vueltas centellas giran larga pieza,  
Resuena el bosque, y cúbrese la tierra  
De los destrozos de la horrible guerra:

Así la honra francesa, y la española,  
Celosas de la fama que las mira,  
Como el hinchado Egeo entre ola y ola  
En fuerzas crece, y se derrama en ira,  
Resuena el valle, el aire se arrebola,  
De las centellas de oro que retira  
Del rebatido acero, que el desierto  
De rajás tiene y confusion cubierto.

Dió el francés un mandoble en el escudo,  
Que de la fama al suelo echó un pedazo,  
Y no fue el godo en responderle mudo  
Del firme acero con el gran recazo:  
Que á alcanzarle la espada mas de agudo,  
A cercen de los dos llevara un brazo,  
Mas del hombro y encaje de una greva  
Sobre el campo salió una luna nueva.

Y tras él otro, y otro le segunda,  
Como sobre su yunque el duro Bronte,  
Cuando en masas de fuego forja y funda  
Rayos contra el flamígero Faetonte:  
La sima al hondo valle mas profunda  
Suena, y los ecos del preñado monte,  
Hacen un triste son y estruendo horrible,  
A solo el duro mar apeteçible.

Ya del dia la mitad la blanda yerba  
Del bosque, el cruel teson sufrido habia,  
Y á ellos entre un palenque de superba  
Gente, que en busca de Dudon volvia:  
Ningun brio allí ni maña se reserva,  
Que á la victoria de su gran porfia,  
Aunque hay muchos, no quieren mas testigo  
Que un muerto, y que ese sea el enemigo.

Cansados de herir con las espadas  
A brazos hacen de sus fuerzas prueba;  
Las manos por los hombros anudadas,  
Cada uno al otro aquí y allí le lleva:  
Crujen las duras grevas apretadas  
Entre el brio de los músculos que ceba  
Su furor en la lucha, y los caballos,  
Ni pueden ya traellos, ni llevarlos.

Gimen, sudan, anhelan, y arrodilla  
El mas brioso caballo: uno se estaca,  
Otro la yerba en caracoles trilla,  
Y de su centro las raíces saca:  
Potos, golas y arneses deshevilla  
Del teson duro la mortal resaca,  
En un grueso anhelar, y aliento vario,  
En que cualquiera bebe el del conchario

Sacó el conde una daga, y al costado  
Arrimarla probó del enemigo;  
Mas él, no en tales lances descuidado,  
Picó el caballo, y le llevó consigo:  
Perdió la silla, y fue á buscar el prado:  
Saltó el godo tras él, que no es amigo  
De ventajas; mas viendo la suya,  
Medroso está Dudon que la concluya.

Y ellos con nuevos bríos y denuedo  
Tras su porfia quieren acaballa,  
Y como ya se hieren á pié quedo,  
Mayor espanto pone la batalla:  
Solos los dos del riesgo están sin miedo,  
Que los demás que se hallan á miralla,  
Aun desde fuera no se ven seguros  
Del grave riesgo de sus golpes duros.

Así el horrible Marte con Briareo,  
Si proballe tal vez le cupo en suerte,  
Darian soberbios golpes, y al deseo  
Diversos modos de hallar la muerte:  
Tales los dos en su combate veo,  
Y el batir las espadas de tal suerte,  
Que como con cien brazos á un momento  
Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.

Ya el sol, que por mirar su gentileza  
Aquel dia madrugó á alegrar la gente,  
Tibia su luz, y ardiendo la braveza  
De los guerreros vió desde el Poniente:  
Y contemplando el número y grandeza  
De golpes y heridas, juzga y siente,  
Que era en su batallar mayor el vuelo  
De su ira y su furor, que el de su cielo.

Y no queriendo ver de compasivo  
La muerte de los dos, ni de ninguno,  
Cerró la noche, y con un golpe esquivo  
Roldan con su colérico importuno:  
No quedó rostro ni semblante vivo,  
Ni de los que le vieron pecho alguno  
Que no se estremeciese al estallido,  
Y el corazón le diese algun latido.

Fue tan cargado el golpe, que sin tino  
Traspiés dió por caer el firme godo,  
Y á no volver la furia en desatino,  
Fuera el segundo vencedor del todo:  
Mas erró este postrero el paladino,  
Y su contrario se arrestó de modo,  
Que arrojando de sí el mellado escudo,  
Con su furia llegó hasta donde pudo.

Y á dos manos la espada, el yelmo fino  
Al fiero golpe resonó tan hueco,  
Que á las grutas del monte, y al vecino  
Bosque se vió sonar una hoja el eco:  
Cayó al suelo el famoso paladino  
Vivo, mas sin sentido; ¡extraño truco  
Y vuelta de fortuna! que por junto  
Cuanto en mil años dá, lleva en un punto.

Pudo á su voluntad darle la muerte,  
O de veras saber si era encantado;  
Mas nunca en un rendido, un pecho fuerte

Con sangre noble, dió golpe sobrado:  
Antes dolido de la adversa suerte,  
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,  
Solo el escudo le quitó en memoria  
De que por suya queda la victoria.

Y á don Dudonio dijo: «este le llevo  
Para que el bravo conde me le pida,  
Cuando por bien tuviere que de nuevo  
Nuestra batalla quede fenecida:»  
Y cual presto neblí, el feroz mancebo



Ya en la silla, hace que el caballo mida  
El campo en tan lozana gallardía,  
Como si al fresco hubiera holgado el día.

Y haciéndole en bizarra contenenencia  
Salir ligero, al tiempo del sacallo,  
«Señor, dijo á Dudon, con tu licencia  
Llevo, pues mas no puedo, tu caballo:  
Y á Dios, que ya la luz ha hecho ausencia;  
Y yo que no sé el puesto en que me hallo,  
Buscar quiero acogida, antes que llegue  
La noche á su rigor, y me la niegue.»

Y sin otra respuesta á lo cerrado  
Del bosque tomó el paso mas derecho,  
Dejando el campo en suspension callado  
Al increíble aliento de su pecho;  
Celebrando el silencio, el no esperado  
Fin, la insigne victoria, y raro hecho,  
Con que á Roldan, de un golpe sin herida,  
La fama le quitó, y dejó la vida.

Corrió Dudonio á socorrerle cuando  
Del desacuerdo con furor volvía,  
Y á su ausente contrario amenazando

La espada entre los suyos esgrimia:  
Quiérenlo sosegar, pero no hallando  
Muerto á sus pies al que antes combatía,  
Con un nuevo dolor pierde el sentido  
Que el corazon le da, que está vencido.  
Y aunque Dudon, lo menos mal que pudo  
El caso le doró, y cubrió la afrenta,  
El verse sin contrario, y sin escudo,  
Le hace mas que el amigo engaño sienta:  
Y dando de ansia á la garganta un nudo,  
Tal tragedia el honor le representa,  
Que á ser menor de Astolfo el beneficio,  
Segunda vez se hallara sin juicio.

Pero á sola una rama que le queda,  
Que es morir, ó vengarse, echa la mano,  
Y sin que nadie detenerlo pueda  
Parte á este fin el senador romano:  
Mas cuando la ventura queda fuera  
Es darse priesa caminar en vano,  
Que en vano ara la mar, quien desde el suelo  
Los cursos piensa gobernar del cielo.

Desvolvió en seguimiento de la saña,

Que un infierno labró de su memoria,  
Tras su venganza lo mejor de España,  
Y tras su pena la perdida gloria:  
Dejando del furor que le acompaña  
De ilustres hechos una heroica historia,  
Que fuera de aparato y alegría,  
A poderla aquí hacer suya, á la mia.

La ilustre empresa de los arcos de oro  
Que en Alarcos ganó, la imagen bella  
Que en los floridos campos del tesoro  
El rayo le dió vida de una estrella,  
Y de Guisando el encantado toro  
Con que la tierra aró, sembrando en ella  
Las perlas de un laurel, que dieron gente  
Mas que en Tebas á Cadmo, y mas valiente,

Y otros insignes hechos, cuya fama  
Al mundo hacen soberbio alarde y pompa;  
Mas ni á tan grande voz la mia me llama,  
Ni es justo que en su hilo el mio se rompa:  
Ya algun dia el cielo esta menuda rama  
Tronco al Parnaso hará de heroica trompa,  
En tanto que dé ahora á lo importante  
Del grave curso del señor de Anglante.

Que feroz de aventura en aventura,  
De arar cansado el real solar de España,  
Sin hallar de la muerte que procura  
El rastro, tras que el dulce honor le engaña,  
Arrojado del tiempo, y la ventura,  
Del Pirineo pasó la alta montaña,  
Y á su campo llegó el alegre dia  
Que el César admitió en su compañía.

De otra parte, despues que el grave peso  
De su batalla el vencedor Bernardo  
Libre arrojó de sí, y en largo esceso  
Vencido dió de Francia al gran bastardo;  
Ni mas ufano ni arrogante en eso,  
En cortés compostura, y paso tardo,  
Dejó el suspenso campo, y al vecino  
Bosque á buscar reposo abrió camino.

Y al salir dél, tras las doradas señas  
Que un claro fuego desde lejos hizo,  
Al pié de un monte, entre sus crespas greñas,  
De una quinta halló el solar pajizo,  
Donde en mesas cenó de humildes peñas,  
Lo que el cansado espíritu rehizo,  
Y al dulce curso de un sabroso sueño  
El de la fria noche fue pequeño.

Informóse otro dia de la tierra,  
Y de Leon el camino mas sabido,  
Por donde tras el fin que su alma encierra  
Algunos dias le llevó seguido;  
Cuando al recodo con que el paso cierra  
Un claro arroyo al de un collado erguido,  
En duros hierros sin piedad ligados  
Con dos presos venir vió diez soldados.

Mas ya del grave conde de Saldaña,  
Y de Teudonio la áspera cadena,  
Que del fuerte castillo en la montaña  
De Luna en triste son trágico suena,  
A contar de ambos la desgracia estraña  
Ambas manos le da, y la pluma llena,  
Que de un signo infeliz la adversa suerte  
A un desdichado sigue hasta la muerte.

Despues que del rey Casto el pecho esquivo  
En obscura prision al conde puso,  
Y el muro de la cárcel vengativo  
Al sol de su clemencia le antepuso,  
Jamás el reino supo si era vivo,  
O si habia del vivir perdido el uso,  
Dónde, ni cómo estaba, ó en cual sima  
El valor se hundió de tanta estima.

Hasta que ya al real pecho obstinado  
La agradable piedad halló camino,  
Y con nuevos servicios obligado  
Del notorio valor de su sobrino,

De dar trazó la libertad y estado  
Al preso conde, y á este fin previno,  
Para hacer un perdon en los dos primos  
De don Teudonio, la prision que vimos,

Mas de don Sancho la enemiga estrella,  
Que contra su ventura peleaba,  
Al mejor tiempo le dejó sin ella,  
Y su luz vuelta de apacible en brava;  
Que como los dos héroes sin temella,  
Ni saber lo que el Casto rey trazaba  
En darle libertad, se hallaron presos,  
Y graves del castigo los excesos,

Juntos ya en el torreado alcázar fuerte,  
Con la jurada fe y lealtad alzados,  
Al sospechoso alcaide dieron muerte,  
Y á dos partes de tres de sus soldados;  
Cuando sus pechos la contraria suerte  
De mayor brio que prudencia armados,  
Un nuevo capitán los dió vencidos,  
Y á su primer estado reducidos.

Al ofendido rey vivas pasiones  
Nacieron, muerta la piedad primera,  
Con protesto que nuevas ocasiones,  
Graves servicios de humildad pechera,  
De los dos á ninguno las prisiones  
Libre el cuello daran hasta que muera:  
Y en esto firme el brazo justiciero  
Las cadenas dobló, y creció el acero.

Y porque el nuevo mal sea con esceso,  
Y la larga prision menos suave,  
Llevar á don Teudonio manda preso,  
Adonde en inmortal cadena acabe,  
A cargo de Teudisco, hombre sin seso,  
De fantástico brio, y zuño grave,  
En quien ni alivio tenga, ni halle abrigo,  
Que un necio nunca fue de nadie amigo.

Con diez de su gallega gente, Ardano  
Para Ledesma el preso ilustre guia,  
Cuando al pié de un aliso en medio un llano  
Durmiendo hallaron á Garilo un dia,  
Pocos despues que en término villano,  
Y en maliciosa ingratitud habia  
A Bernardo, ya en sueño sepultado,  
La rica espada y el caballo hurtado.

Y alegres de la presa, antes que el sueño  
Entera libertad diese al sentido,  
Con las manos atrás su incauto dueño,  
En las suyas sin ver se halló rendido:  
Cuando al claro cristal de un rio pequeño  
Bernardo, el escuadron desvanecido  
Encontró, y los dos presos, cuyos yerros  
Hacian mas graves los pesados hierros.

Al uno en grave compostura un todo  
De valor encubierto corresponde,  
Y que lo ha visto le parece al godo,  
Si bien no tiene en la memoria adonde:  
Al otro en diferente talle y modo  
Conoce que es el que libró del conde,  
Y por la recompensa de librallo  
La espada le hurtó, y llevó el caballo.

Holgóse de encontrar á su enemigo,  
Y no por su caballo ni su espada,  
Ni por dar á sus culpas el castigo,  
Ni por vengar la ingratitud pasada;  
Mas por quitarle como honrado amigo  
Segunda vez del cuello la lazada,  
Y probar si podrá en su pecho fiero  
El segundo favor mas que el primero.

Detuvo el brioso paso al firme freno  
El potro al márgen del arroyo escaso,  
Y el pequeño escuadron, de altivez lleno,  
Por él pasando fue sin hacer caso:  
Sintiólo el jóven, y en hablar sereno,  
Tan reportado el pecho como el paso,  
Cortés y afable, á la arrogante junta,

¿Dónde, y por qué los presos van? pregunta.

«No es de vuestro cuidado, ni os importa  
Lo que incauto pedís.» respondió Ardano,  
Ardano capitán, de vista corta,  
Y de soberbio corazón villano;  
«Mas fácil os será saber si corta  
El rigor de mi espada, y de mi mano:  
Pasad el río, despejad la arena,  
Sino queiréis terciar en la cadena.»

«Ahora, replicó el joven valeroso,  
Saber por fuerza quiero lo que os pido,  
Que á ser vos noble, el pecho generoso,  
Como honrado os hiciera comedido:»  
Y enviando tras la voz un golpe airoso  
Sobre el pomposo yelmo, en dos partido  
Al suelo le arrojó; que su ceguera  
El resguardo no hizo que debiera.

La escuadra vil que al capitán difunto  
Vió del golpe primero en tal estado,  
En confuso tropel y escuadron junto  
A darle corre sin sazón vengado;  
Que el valeroso godo, que un trasunto  
Es del marcial furor cuando está airado,  
Mas que Vulcano rayos en su fragua,  
Armas, sangre, y centellas llueve al agua.

A uno el brazo desgarró, al otro el pecho,  
Ya este y aquel ensarta de uno en uno,  
Aquel de cuatro brazos deja hecho,  
Y aquel del primer golpe sin ninguno:  
Cual rojo tigre en acosado estrecho  
El tejido escuadron rompe importuno,  
Y en las sangrientas garras, y en la boca,  
Cuanto su ardiente rabia encuentra apoca.

De diez, de ocho, de seis, de cuatro altivos,  
Que el preso defendían generoso,  
Muertos los otros á sus golpes vivos,  
De dos, perdon le pide el mas brioso,  
Y el mas cobarde en pasos fugitivos  
Por el vecino bosque huyó medroso,  
Y él á dar fue con su victoria ufano  
Libertad á los presos, de su mano.

Habíale ya en los golpes conocido  
Garilo, y en las ricas armas bellas,  
Y aunque sin fe, quisiera de corrido  
Antes morir que en su servicio vellas:  
El noble don Teudonio comedido,  
Viéndose en dulce libertad por ellas,  
Para rendir las gracias á su dueño  
Cualquier término juzga por pequeño.

Del rico yelmo la visera de oro  
El noble godo levantó lozano,  
Para en su libertad con mas decoro  
Al generoso preso dar la mano:  
Mas del bello semblante que el tesoro  
Cubría de las armas de Vulcano  
La luz salió, que al gran Teudonio pudo  
Del gozo de mirarla volver mudo.

Conoció luego el generoso aliento,  
Que ya en Miduerna vió en igual destreza,  
Cuando al rey Casto del traidor intento  
De Mahamud, libró su fortaleza;  
Y como arrebatado del contento  
Del no esperado bien, y su grandeza,  
«¡Oh cielos! dijo, ¡oh pecho en quien cifrado  
Fortuna al mundo un bien cumplido ha dado!

Dadme, ¡oh brazo invencible, en quien unido  
El valor godo está! esa invicta mano,  
Para que en feudo á vuestro honor debido  
Mi propia sangre reverencie ufano:  
¡Hijo del mejor padre que ha nacido,  
Honra del noble suelo castellano,  
Defensa de Leon, leon de España,  
Fama del mundo, y gloria de Saldaña!

Si la primer salud y vida os debo,  
Cuando en Miduerna vuestro brazo fuerte

Al Casto rey libró del cruel mancebo,  
Que desde Lugo quiso darle muerte;  
La libertad que aquí me dais de nuevo,  
Que no os la debo la ocasion me advierte,  
Que esto restituir ahora ha sido  
Lo mismo que por vos había perdido.

Por dar á vuestro ilustre padre ayuda  
A recobrar la libertad perdida,  
La adversa suerte, un breve tiempo en duda,  
Vária entre favorable y desahrida,  
Desta cadena de piedad desnuda  
Mi garganta cual veis dejó ceñida,  
Y por la venerable suya puesta  
Otra de mas rigor y oprobio que esta.»

Así el príncipe godo al noble hijo  
Del desgraciado conde de Saldaña  
De su gran padre la prision le dijo,  
Y el tormento que en ella le acompaña;  
Y en larga relacion, y hablar prolijo,  
De su antiguo discurso la maraña,  
De la infanta su madre la clausura,  
Y la injusta pasión que en el rey dura.

Atento al largo discurrir del godo,  
En una suspension honrada puesto,  
Con prudente sentir lo advierte todo,  
Bravo interior, y en lo exterior compuesto;  
Trazando en sabia prevención el modo,  
A su honor menos grave, y mas modesto,  
Con que guiar las enconadas cosas  
A mejor fin, y á vueltas mas dichosas.

Viénele á la memoria, que Proteo  
Le prometió en obscura profecía  
Un preso que alumbrase el gran deseo,  
Que entonces de saber quién es tenia:  
Ve ser Teudonio el que el pastor Nereo  
En confusas enigmas le advertia,  
Y hallándole tan cierto, se embaraza  
En el temor de su última amenaza.

Mas á un ánimo ilustre no hay quien pueda  
Contrastar con temores su pujanza,  
Y así seguro en sus recelos queda,  
Y el alma coronada de esperanza:  
La grandeza de casos con que enreda  
El tiempo á los dos príncipes, no alcanza  
A tratar de las causas de Garilo,  
Que es humillar sin para qué el estilo.

Que en heroicos propósitos metidos,  
A solas los dos godos retirados,  
Con nuevas trazas, medios y partidos  
Los discursos ordenan comenzados:  
Y viendo los cristales encendidos  
Del río ya sin luz amortiguados,  
Y la callada sombra que se llega  
De los vecinos montes á su vega,

Pasar en su ribera sosegada  
La quietud quieren del sabroso sueño,  
Ya del grabado arnés la rica espada,  
Que antes Garilo hurtó, vuelta á su dueño;  
En tal aspecto celestial forjada,  
Que hace gigante el brio mas pequeño,  
Y al pecho humilde apaga el miedo frio,  
Y al brioso corazón aumenta el brio.

Mas el falso Garilo, siempre atento  
A proseguir su inclinacion traviesa,  
De maquinár con libre pensamiento  
Nuevas traiciones sin lealtad no cesa;  
Que á un malo, cuando lo es de nacimiento,  
Raras veces del hecho mal le pesa,  
Y en el que ahora intenta sin provecho,  
El resto echó de su dañado pecho.

Envidioso del joven escelente,  
De la fama que al cielo le subia,  
Y del deseo que el rey, el reino y gente,  
De verle ya en su ejército tenia,  
Con las sombras que á un rey burló imprudente,

Y el cetro de Monzon le quito un día,  
Su anillo quiso en ambicioso intento  
El honor usurpar de aquel contento :  
Y de su luz al rayo prodigioso  
Del jóven se invistió la hermosura,  
Armas, persona, brío, talle airoso,  
Habla, trato, además, cuerpo y figura;  
Y en medio del silencio perezoso,  
Que el manto llueve de la noche obscura,  
Despertando á Teudonio á toda priesa  
Por la selva se entraron mas espesa.

Vistióse el godo el fino arnés de acero,  
Que ya de Ardano fue timbre gallardo.  
Y llevado el vencido caballero,  
Que de sus golpes le sobró á Bernardo,  
Huyen del mismo que seguian primero,  
Dejan sin guarda al que era su resguardo,  
Y por un valle bajan, cuando el día  
Por sus espaldas y árboles sabia.

Nuevo Teudonio en el embuste extraño,  
Del falso catalan admitió el ruego  
Del irse, y dejar al mismo del engaño,  
Que finge que es el que se queda ciego,  
Que de la luz del mago anillo el baño  
Así al seso mayor turba el sosiego,  
Qué cree el godo que va con el que deja,  
Y que del mismo con quien va se aleja.

Parece en lo exterior caso inventado,  
Con poco de posible y verdadero,  
Del rico anillo el prodigioso hado  
En alterar su luz un hombre entero :  
Mas que mucho, si el cerco está encantado  
En que le fabricó mágico acero,  
Y su apremiado espíritu hacia  
Las contrahechas sombras que fingia.

Historia es cierta, que el sutil Margoto  
De un mundo en riesgo fue traidor cuchillo,  
Valido en la virtud que el negro luto  
Del sombrío Pluton dió al mago anillo :  
Engañó al rey Zaydin de ánimo bruto,  
Al avariento Ardán de oro amarillo,  
Y en contrahecho rostro al viejo Elido  
El reino le usurpó, y dejó corrido.

Urdió la sutil tela del engaño,  
Que solo al que era noble aparecía,  
Cuyas labores verlas en su paño  
Ningun bastardo espíritu podia,  
Ni el perfil rico del dibujo extraño,  
Quien de otro padre es hijo que decia,  
Tambien dan por embuste desta jimia  
Los fingidos napelos de la alquimia.

Con geománticos puntos dejó hecho  
Un inmortal engaño en los mortales,  
Tal que le aprueban, y le dan el pecho  
Mil sabios, ó tenidos ya por tales,  
Y con mirar la mano sin provecho  
No hizo en gente vulgar pequeños males;  
Al fin él fue de embuste y embeleco  
Con su encantado anillo al mundo un eco.

Y ahora Garilo para echar el sello,  
Mudado de Bernardo en la figura,  
Con Teudonio se fué, y al jóven bello  
Durmiendo dejó solo en la espesura :  
Que cuando del sol claro el rubio bello  
Vistiendo salió el mundo de hermosura,  
Los ojos abre, y como á nadie via,  
Piensa si está durmiendo todavia.

Mas ya despierto cuidadoso mira  
Entre las flores por Teudonio en vano,  
Y en ver que le dejó, y se fue, se admira  
Dél, y su trato al parecer liviano :  
Siente la sinrazon, siente y suspira  
La poca fe del pueblo castellano,  
Pues dos favores que á su gente ha dado,  
Ambos de ingratitud se han malogrado.

Y el divertido pensamiento lleno  
Del nuevo agravio, y del desdén presente,  
Cuando de la alba el argentado seno  
Al mundo el sol parió resplandeciente,  
A pié, solo y sin guia, el bosque ameno  
A cruzar comenzó confusamente,  
Buscando á tientó al pueblo mas vecino,  
Si el cielo se lo ofrece, algun camino.

Ya de la selva la áspera maraña  
En varias sendas tanteado habia,  
Y del sembrado aljófara la campana  
Aun en tiernos relámpagos bullia,  
Cuando por el combes de una montaña,  
Huyendo hacia donde él salió, volvia  
Un sangriento soldado conocido  
Por el que fue aquel día su vencido.

Suspendió el paso el jóven valeroso,  
Y el que huía tambien suspendió el paso  
Y en ver vivo á Bernardo mas medroso  
Que antes absorto al no entendido caso :  
«Señor, dijo, si en cuerpo ya glorioso  
Destas montañas aun guardais el paso,  
Y muerto me quereis vencer, mi intento  
Es daros vivo y muerto el vencimiento.

Mas si como se ve del aire vivo  
Respirando gozais suave aliento,  
Y no estais, cual yo ví, de un golpe esquivo  
Pasado el noble corazon sangriento :  
El mas notable engaño, y mas al vivo,  
Que hasta hoy cegó mortal entendimiento,  
Ha pasado por mi, y sospecho y digo,  
Que tambien por Teudonio vuestro amigo.

Antes que el alba arrebolase el día,  
Entre flores dejamos y rocío,  
Por órden vuestra, en vuestra compañía,  
El sueño y las riberas deste rio;  
Y caminando al canto y armonia  
Que á la nueva luz daba el bosque umbrío,  
Por entre la alameda de una fuente  
Nos dió del primer sol el rayo ardiente

Y tras él, de un cerrado bosque inculto,  
Que al diestro lado sin temor quedaba  
Un pequeño escuadron salió, que oculto  
Nuestra muerte en sus árboles guardaba :  
Y en sorda tropa, y en callado insulto,  
A mí cual veis, y á vos la furia brava  
De un venablo cruel travesó el pecho,  
O yo, señor, soñé lo dicho y hecho.

Mas la sangre y rigor desta herida  
(Mostrando todo el cuerpo atravesado)  
Sí fuese sueño, aun estaria mi vida  
En no tan peligroso y triste estado :  
Mas que me canso en cosa tan sabida;  
Tras la loma, señor, deste ancho prado  
Os vereis muerto vos, y á don Teudonio,  
Y allí de mi verdad el testimonio.»

Dijo, y el laso espíritu rendido  
De la perdida sangre, cayó muerto,  
Como si solo hubiera allí venido  
A declarar del caso lo encubierto :  
Bernardo en su estrañeza divertido  
Piensa que está dormido; y si despierto,  
Que el tiempo anda con él en las mas varias  
Tragedias de sus vueltas ordinarias.

No sabe qué entender de aquel suceso  
Con un discurso moderado pueda,  
O si perdía con la sangre el seso  
El que ya muerto entre las flores queda :  
Mas descubriendo al fin el bosque espeso,  
La clara fuente, el rio y la alameda  
Rastro halló en el llano no pequeño  
De no ser todo lo pasado sueño.

Al gran Teudonio, en el confuso estrago  
De rotos cuerpos, y vencida gente,  
De armas ceñido halló en sangriento lago

De un tejido escuadon resplandeciente,  
Que en batalla infeliz campo aciago  
La honra sustenta de su espada ardiente,  
Ya dé heridas los músculos cubiertos,  
Y el rojo prado de enemigos muertos.

Entre ellos, del luciente hierro agudo  
De un ligero venabio atravesado,  
Un cuerpo vió, que en armas y en escudo,  
Era dél y las suyas un traslado:  
Admiróse del caso, mas no pudo  
Por entonces ver mas, que el brazo honrado  
Del amigo, de sí le sacó el punto,  
Que su vida y su herir vió acabar junto.

Las destrozadas armas pieza á pieza  
El rigor de los golpes echó al suelo,  
Y del abierto pecho la braveza  
De un sangriento desmayo el mortal yelo,  
De seis agudas puntas la destreza  
Su cuerpo dió á la tierra, el alma al cielo.  
Cuando llegaba en su favor Bernardo,  
Cual en campo Marsilio suelto pardo.

Quedó viendo caer el caro amigo  
De un desmayo mortal cubierto el pecho,  
Maldice airado su favor mendigo,  
Y su tarda venida sin provecho:  
Y no mas fiero el Jónio sin abrigo  
Entre escollos levanta el crespo pecho,  
Cuando de Acroceranion la alta roca  
Con hueca espuma las estrellas toca;

Que el brazo altivo, y el semblante fiero  
Del ofendido godo, á la canalla  
Que de la furia del sangriento acero  
Sobró al feroz Teudonio en la batalla:  
Ni en mas presteza el cauto marinero,  
Que entre sus peñas y arenal se halla,  
De lós riesgos del golfo descubierta,  
Huye al abrigo del vecino puerto;

Que las sobras del campo sin aliento  
Los filos huyen de la ardiente espada  
Del nuevo capitán, que en triste acento  
El fin celebra á su infeliz jornada,  
Viendo del roto cuerpo el rio sangriento  
Que del vivir la fuente dió agotada,  
Y al grave caso que trazado habia  
La mayor usurpó y la mejor guia.

Mas vuelto á su valor: «el cielo, dice,  
Es dueño universal del curso humano,  
¿Qué saber hay, si el suyo contradice,  
Que en su mayor caudal no salga en vano?  
Lo que en mí fuere haré, cual siempre hica,  
Lo demás quede al peso de su mano,  
Que cada vida tiene su corriente,  
Y las riendas del tiempo el que es prudente.»

Dijo, y tras esto supo de un herido,  
Ser de aquel triste caso el fundamento,  
Que el mismo que antes de temor huido  
De su espada se entró en la selva á tiesto,  
El mas cercano pueblo conmovido  
A vengar el pasado atrevimiento,  
Y recobrar su preso, sacó y puso  
En la emboscada su tropel confuso.

Y en hombros de las gentes, que al asaltó  
De la vecina sierra habian venido,  
El real cuerpo de vida y sangre falto  
Mandó al pueb'o llevar mas conocido,  
Donde en sepulcro ilustre el valor alto  
De su linaje muestre esclarecido,  
Y de la pira en el silencio mudo  
La última honra le dé que antes no pudo.

Mandó tambien de su retrato al vivo  
En un difunto ver la muerta cara;  
Vióla, y quedó de nuevo pensativo,  
La dudada verdad patente y clara:  
Asombróse de verse muerto y vivo  
A una misma sazon (¡grandeza rara!)

Que uno sin vida, y otro de asombrado,  
Ambos mostraban el color robado.

Cuando de los villanos, que en miralle  
Armas y semejanza están con miedo,  
Uno que lo vió, acaso por hurtalle,  
El mago anillo le sacó del dedo:  
Huyó tras él el rostro, el brio, el talle,  
Y quedándose el cuerpo muerto quedo,  
La hueca sombra del barniz liviano  
Desvanecida huyó en el aire vano.

Cual con la viva luz de Febo ardiente,  
Blanco celaje que antes encubria  
Altivo risco, huye y de repente  
Sus pardas greñas manifiesta al dia;  
La vana soubra así delgadamente,  
Que antes ajenos miembros componia  
Del frio difunto, y de su embuste extraño,  
Al campo descubrió el notorio engaño.

Mas admirado el godo que primero,  
El vario cuerpo desangrado mira,  
Que contra el golpe del templado acero  
No le valió la mágica mentira;  
Y sin saber el fundamento entero  
De su transformacion, ni á qué fin tira  
Allí se le dejó, y por la espesura  
A dar se fué á Teudonio sepultura.

Y en santa devocion, y ánimo pio,  
A la universal deuda satisfecho,  
A la real córte de su casto tío  
De allí tomó el camino mas derecho:  
Cuando un dia por un bosque entró sombrío,  
De alisos verdes y laureles hecho,  
Que en lo mejor del encubierto valle  
Alegre plaza hacian, y ancha calle.

Aquí al amparo de un peinado risco,  
Que el pié un arroyo de cristal le baña,  
Entre la verde grama y el lentisco  
La humilde paja vió de una cabaña;  
De serrano pastor seguro aprisco  
Juzgó la choza el príncipe de España,  
Cuando del prado vió en las flores bellas  
Sobre un muerto llorando dos doncellas.

Admiróle del sitio la extrañeza,  
Y de la nueva compasion llevado  
Conoció de las dos la una belleza,  
Y en verla allí, y llorar, quedó turbado:  
Era Olla, que en sus faldas la cabeza  
Del cuerpo sustentaba desangrado  
De un gallardo mancebo recien muerto,  
De sangre todo y de beldad cubierto.

La otra doncella, cuyo sentimiento  
La dura roca á compasion movia,  
Ya con furiosa voz, ya sin aliento  
A suspenderse en su dolor venia:  
Bernardo hallando en tan extraño asiento  
La que en Grecia perdió su compañía,  
Cual ligero nebli se arroja al prado,  
La visera y el yelmo levantado,

«¡Santo cielo! (dijo Olla, conociendo  
Al gallardo leonés) ¡qué encuentro extraño!  
Y el nuevo gusto y alegría creciendo  
La pena olvida del ajeno daño:  
A pedirle las manos fue corriendo,  
Y el bello jóven dice: «¿si es engaño  
Mostrar con ceremonias que me precia,  
Que solo me dejó sin causa en Grecia?»

Y al blanco cuello en nudos deliciosos  
Afable ciñe los honestos brazos,  
Y con mil pensamientos deliciosos,  
Que esté de aquella selva en los ribazos  
La diosa de sus gustos amorosos,  
Nuevas le pide de los dulces lazos  
En que amor le prendió, y de cualquier modo  
De la que es de los dos el dueño en todo.

¿Cómo, ó por dónde, en el lugar presente

La piedad, ó el rigor, la echó del cielo?  
 ¿Qué tragedia infeliz de hado inclemente  
 Llorando yace en su sangriento suelo?  
 ¿Quién un doncel mató tan escelente?  
 ¿Quién puso en tal beldad tal desconcielo?  
 ¿Y dónde su princesa está divina?  
 Dijo, y le respondió la hermosa china:  
 «Señor, desde aquel día que por vella  
 Salí, sin ver como salí, de Acaya,  
 Siempre con rastro fresco, y nuevas della,  
 De golfo en golfo vine, y playa en playa:  
 De Grecia á Libia, desde allí á Marbella,  
 De allí á Toledo, y desde allí á la raya  
 Deste monte, en que ayer de lance en lance  
 A darle vine al fin dichoso alcance.  
 Mostró alegre placer de mi venida,  
 Y en no saber de tí fa ví suspensa,  
 Y hoy de un suceso en otro divertida  
 Al bosque entró desta arboleda densa,  
 Adonde al tiempo que llegó perdida,  
 Sin poderle tener en su defensa,  
 Mancharon seis villanos caballeros  
 En esta limpia sangre sus aceros.  
 Movida á compasión de la hermosura.  
 Que ves sobre ese cuerpo desmayada,  
 En procurar consuelo y sepultura  
 A mal tan grave me dejó ocupada;  
 En tanto que ella con su arnés procura  
 La infame deslealtad dejar vengada

En los cobardes seis, que á toda rienda  
 La vuelta hurtaron desta estrecha senda.  
 La triste causa á esta infeliz desdicha  
 Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado  
 La enmudecida pena; tú si á dicha  
 Templar sabes dolor tan destemplado,  
 Llega afable, y al alma que entredicha  
 El sentimiento tiene, darán vado  
 Tus discretas palabras, y sabremos  
 La-estraña sinrazon del mal que vemos.»  
 Dijo, y ambos con blando sentimiento  
 El suyo templan á la mora bella,  
 Que en triste son, y doloroso acento,  
 Quejas envía á su enemiga estrella,  
 Pidiéndole si sabe el fundamento  
 De tal crueldad; á quien con llanto ella,  
 Entre desmayos y ansias, sin ver dónde  
 Ni á quién habla, ó pregunta, así responde:  
 «¡Ay alma noble y bella, que desnuda  
 Con tal rigor del rico monte tuyo,  
 No es mucho que en tu esfera estés en duda,  
 Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!  
 ¿De qué provecho? ¡ay triste! ¿de qué ayuda?  
 ¿De qué recurso es ya lo que rehuyo?  
 O ¿por qué temo hacer triste memoria  
 Del infeliz suceso de tu historia?  
 ¿Qué importa ya en el mundo haber nacido  
 De justa causa ó pensamiento reo,  
 Si dejar ya no puede de haber sido



(¡Ay cielos! ¡cómo vivo, si tal veo!)  
 Del noble Doriscán hijo querido?  
 Esposo, vida, luz, alma, deseo,  
 Nombres mas propios son de tí, mi cielo,

Que el que heredaste de Dedran tu abuelo.  
 En las montañas de Oca fuiste ilustre,  
 Y á España fueras único heredero,  
 Si como la fortuna te dió el lustre,

Te diera, pues fue tuyo, el cetro entero :

¡Oh hermoso Dedran! que aun el desluzte

De la muerte no llega á volver fiero

Ese bello semblante, cuya suerte

Mi vida solia ser, y es ya mi muerte.

¡Oh cruel Zamail! viejo tirano,

De pecho avaro, y corazon hambriento,

El santo cielo abrasa de su mano

Con rayo ardiente tu ánimo sangriento :

Deste fue Harpalí mozo liviano,

Hijo de infame y bajo nacimiento ;

Y él del reino de Nájera confuso

Bastardo rey por tiranía intruso.

Puso el liviano Harpalí los ojos

En mi mal conocida hermosura,

Y ciego en el correr de sus antojos,

Todo su amor paró en mi desventura :

Yo que siempre di el alma por despojos

A la beldad desta mortal figura,

Y con nombre de esposo ya gozaba

El bien que el cielo y tierra me envidiaba :

Cansábanme imprudentes pretensiones

De un fantástico bárbaro arrogante,

Que en tiránas y locas presunciones

Se daba á todos gustos por bastante :

Tuvo con mi Dedran varias pasiones

De envidia y celos, que uno para amante,

Y el otro para enfados, ambos fuistes

Los que mas destos géneros tuvistes.

Fue el suyo siempre azar de nuestro gusto,

Y universal enfado de la gente,

Hasta que á su soberbia el cielo justo

La pena dió y castigo suficiente:

Del duro tronco de un moral robusto,

Que hacia del real jardín sombra á una fuente,

De mi esposo en la ilustre casa ufana

Colgado le halló el sol de la mañana.

O ya fuese á ofender las nobles canas

De Doriscán en su gallarda hija,

O que con pretensiones mas profanas

Amor el gusto y el deseo aflija;

Al fin cuando del cielo en las ventanas

La alegre aurora al mundo regocija,

Colgado apareció de un moral, hecho

A ver muertos amantes sin provecho.

Nunca se supo de la justa muerte

La causa justa, ni la heroica mano,

Por mas que del rey fiero el brazo fuerte

Quiso y trató de averiguarla en vano;

Y aunque unos de una y otros de otra suerte

La atribuyen al cielo soberano,

Siempre el tirano rey tuvo querella

De ser mi amado esposo el autor della.

A sangre y fuego destruyó la casa,

Que ya fue honra y anparo al reino todo,

Y al noble Doriscán entre la brasa,

Que de sus techos de oro andaba á todo :

Prendió á su bella hija, y tan sin tasa

La ira se desmandó, y creció de modo,

Que á nadie perdonó, solo mi esposo

Huyó escondido el golpe riguroso.

Salió huyendo de la patria amada,

Y yo, del fuego que en mi alma ardia,

Tras él como á mi esfera, arrebatada

En dulce truco di cuanto en mi habia :

Hacienda, vida y honra rematada,

Que todo en él cumplido lo tenia;

Y que mucho trocar en este modo

Uno por mil, si aquel lo encierra todo.

De sierra en sierra huyendo, y valle en valle,

Dos cuerpos trajo amor á esta ribera,

Donde unos breves dias en gozalle

Ya fue del cielo de mi gusto esfera :

Aquí fortuna á esta florida calle

(¡Quién tal pensara! ¡ay Dios!) porque en flor muera

De su cruel mano, entre el sombrío luto  
Mi bien sembró, y cogió la muerte el fruto.

Dos veces ya los argentados cuernos

Con tibio oro bañó la blanca luna,

Y tantas de la Estigia humos eternos

La hicieron esconder sin lumbre alguna,

Después que en mirtos y cristales tiernos,

Huyendo los rigores de fortuna,

La vida que hoy en lágrimas se acaba

En sabrosa quietud de amor pasaba.

O en diestras flechas los ligeros gamos

Volviendo alegre presa á nuestro gusto,

O con fingido silbo en los reclamos

Contrahaciendo un dulce engaño al justo,

O ya aliviando los pesados ramos

Del dulce fruto, ó con tirar robusto

Blanco venablo ardiente al bosque umbroso,

Tendiendo al suelo el jabali cerdoso :

O en dulces lazos ¡ay de mí! ceñida

Por premio á mil trabajos la garganta

Del malogrado esposo, que sin vida

Los ojos que antes dió regalo, espanta :

De seis verdugos hecho un homicida,

O ya traicion de entre esta inculta planta,

Por vengar de Harpalí la infeliz suerte,

Sin culpa dieron á mi vida muerte.

¡Ay cielos! ¿qué es posible que ya al mundo

No vive?... y sin poder pasar delante,

El alma llena de un dolor profundo,

A dejarla de él libre fue bastante :

Y el pecho, que en amar fue sin segundo,

Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,

Siendo del *vive* el último suspiro

Puerta del alma, y de la muerte el tiro.

Acudió por valerle la doncella,

Creyendo ser desmayo el de la muerte ;

Y hallándola sin vida, huyó della,

Asombrada de fe y amor tan fuerte :

¿Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,

Aunque á verla el Nerón del mundo acierte?

Bernardo, y su amorosa compañera,

Ambos lloran allí de una manera.

Y al pié del risco, al margen de la fuente,

En flores dieron pobre sepultura,

A los que mereció su fuego ardiente

Sombra piramidal de insigne altura :

Y de la altiva Peña en el eminente

Puso el noble Bernardo esta escritura :

«A dos cuerpos dió amor tierra tan breve,

Séales él favorable, y ella leve.»

Y habiendo toda la siguiente tarde,

Con las tinieblas de la noche fria,

Hecho de su esperanza un rico alarde,

Por si su premio cual quedó volvía :

Viendo que ya en la nueva lámpara arde

De la aurora la luz del tierno día,

Determina buscar la oculta dama,

O por el rastro suyo, ó de su fama.

Algunos dias á terminos contrarios,

Llevados de uno en otro desatino,

Por sendas fueron y caminos varios,

Y á las veces sin senda ni camino;

Cuando uno por huir senos volitarios,

Que un ancho arroyo hace cristalino,

Dos caballeros al salir de un monte,

La blanca ceja abrió del horizonte.

Juntáronse en el llano, y preguntando

El gallardo español por la que adora :

«Señor, respondió el uno suspirando,

Bien os diré del que buscáis ahora,

Que pudiera hacer suyo peleando,

Cuanto hay de adonde estamos á la aurora ;

Mas su mismo valor, y alma atrevida,

Antes de tiempo le quitó la vida.

En rastro de seis moros caballeros,



De quien habia un agravio recibido,  
Deste prado á los árboles postreros,  
Que ya testigos de su esfuerzo han sido,  
Pedazos hechos en sus golpes fieros,  
Su victoria cantó el laurel florido,  
Que al fugitivo Tormes acompaña,  
Y él de frío cristal sus troncos baña.

De allí á ver el castillo de la fama,  
Que hoy tan grande la tiene en esta tierra,  
Su altivo brio y presuncion le llama,  
Con lo que entre su ardiente seno encierra:  
Probó del fuego azul la rubia llama,  
Tragó entre su luz, tembló la tierra,  
Y enterrado en su bátrato profundo,  
Hasta hoy le espera en su combez el mundo.

Tres días dudando de la adversa suerte,  
Restituido esperando verle al valle,  
Y tantos nos dió lástima su muerte,  
Aficionados de la traza y taile:  
Mas con mago furor no hay pecho fuerte,  
Por demás pienso que es, señor, buscalte;  
Si dais fe entera á la verdad que os digo,  
Bien desde aquí os podreis volver conmigo.»

«En nada, respondió el discreto godó,  
De cuanto me habeis dicho pongo duda,  
Que á su valor y al vuestro es creible todo;  
Mas si á un pecho valiente el cielo ayuda,  
Yo dudo que sea muerto de ese modo,  
Lo que tambien vuestro discurso duda,  
Que las fingidas sombras del encanto  
No llegan mas que á un aparente espanto.

Son huecos personajes, cuya saña  
Asombros forma de amasado viento,  
Que solo con temor fingido engaña,  
Y hace aparente y falso movimiento:  
La vista sola con su humo empaña,  
El sentido suspende, y el aliento,  
Y lo demás lo acaba á poca pena  
La fortuna del astro á quien se ordena.

Y así per ver si en esto me acomodo  
En algo á la verdad con vuestro gusto,  
Saber querria deste caso el todo,  
O lo que dél tuviéredes por justo;  
Que aunque para probarlo no haya modo,  
Ni en mis venas aliento tan robusto,  
Ni en verlo siento riesgo, ni me ofusco  
En ir allá á buscar al que aquí busco.»

«Señor, dijo el guerrero de la selva,  
No lejos del raudal deste ancho rio,  
Que su florida juncia y grama enselva,  
Como por aquel bosque veis florido,  
Un pequeño collado hace que vuelva  
En rosca de cristal el suyo frio,  
Y besándole el pié sus flores ata  
Con blandos grillos de bruñida plata.

Allí, ó sea del hado, que encubiertos  
Al ciego mundo sus secretos tiene,  
O que de Clemesin á estos desiertos,  
Y á su cueva en antigua herencia viene,  
Un muro altivo, cuyos gajos yertos  
Las huecas nubes el menor sostiene,  
Al aire claro, y á la luz del mundo,  
Poco ha que en Tormes lo parió el profundo,

De cien torres altísimas cargado,  
Que en torno hacen gemir el corvo suelo,  
Sin otras diez, que en cuello levantado  
De en medio suben á escalar el cielo:  
Mas la que vuela en chapitel dorado,  
Así á las huecas nubes tiende el vuelo,  
Que no hay garza que tanto se abalance,  
Ni vista que le alcance á dar alcance.

De hermosas rejas con balcones de oro  
El infinito ventanaje crece,  
Á quien si de la luz llega el tesoro,  
Con su vivo brillar desaparece:

De vario jaspe, y de metal sonoro,  
El amasado muro resplandece;  
De rojo bronce las grabadas puertas,  
De corvas puntas aceradas yertas.

Las altas torres con relieves varios,  
De almenas coronadas y molduras,  
De real stucco sutil lazos voltarios,  
De alegres contrapuestas ligaduras;  
Y en columnas de mármoles contrarios  
Huecos globos, bellísimas figuras,  
Que en pompa adornan, puestos por niveles  
El peso á los bruñidos chapiteles.

De noche esta gran máquina embestida,  
De claras y encendidas luminarias  
Ardiendo toda en torno, convertida  
Se muestra en sombras de colores varias,  
Y en diverso matiz de luz ceñida  
Forma en el hueco viento iris contrarias,  
Como si su confusa pedrería  
El jaspe fuera que la Scitia envía.

Por las soberbias torres sus almenas  
Bellos cercos componen y guirnaldas,  
De varias luces de colores llenas,  
Rojas, verdes, de azul, carmin y gualdas,  
Contrahaciendo al brillar luces serenas  
Mil zafiros, topacios, esmeraldas,  
Amatistas, rubies, perlas, diamantes,  
Y otras nuevas bellezas semejantes.

La altiva puerta en quicios resonantes,  
Que el limpio muro en firme bronce embebe,  
De ardientes llamas da pasos triunfantes,  
A quien pasarlos sin quemar se atreve;  
Por donde invictos ánimos, bastantes  
A heroicas obras, se ha tragado en breve  
La máquina voraz, y últimamente  
Tragó el guerrero que buscais valiente.

Sobre la mayor torre, hueca masa  
De rojo fuego en claridad difusa  
El aire enciende, y el contrario abrasa,  
Y en luz eterna la tiniebla escusa:  
Cual si del limpio sol la ardiente brasa,  
Que alegre hace la sombra mas confusa,  
De un peñasco en la cumbre se pusiese,  
Donde mejor tocada y vista fuese.

Esto es lo que de fuera se halla y mira;  
Lo que en su oculto seno se describe  
¿Quién lo podrá decir? ó ¿já qué fin tira?  
El gran saber que en sus cavernas vive?  
Sobre un padron de bronce, cuya mira  
A lo de dentro apunta y apercibe,  
Estas palabras, y estos versos muertos,  
En oro estan como vereis abiertos:

«Labrado fue para el mejor del mundo  
Este ardiente castillo de la Fama,  
El que se hallase en el lugar segundo  
No pruebe entrar por la encendida llama;  
Que del tesoro que hay en su profundo  
Por su dueño al mejor del mundo llama,  
Como á la rica fuente de quien viene  
La nobleza mayor que España tiene.»

Esto es, señor, lo que al castillo toca,  
Que desta sierra le hallareis vecino;  
Pero si á verlo su beldad provoca,  
El probarlo parece desatino:  
Dijo, y á ver la celebrada roca  
Bernardo alegre prosiguió el camino,  
Después de haberse en término debido  
Del cortés caballero despedido.

Con nuevos pensamientos, que el cuidado  
De la princesa del Catay les puso,  
Olf, y su caballero enamorado,  
Del encantado bosque entran al uso:  
La una medrosa, el otro desvelado,  
Cuando sembrando fue el aire difuso  
Por sus ojos la máquina hermosa,

De alegre bulto, y gallardía vistosa.  
 Las puntas de oro que en diversos trajes  
 Volando sube el edificio altivo,  
 Entre huecos y altísimos celajes,  
 Vivos reales parecen del sol vivo:  
 Crecen los globos, crecen los plumajes,  
 Y cunde por el aire fugitivo.  
 El real palacio, que á la ilustre cima  
 De un monte carga da, y al mundo grima.

No probara Bernardo la aventura  
 Habiendo leído su padron primero,  
 Sino fuera buscando la hermosura  
 De quien amor le hizo prisionero;  
 Que de su noble pecho la cordura  
 El brio hace humillar mas altanero,  
 Para que no por verse que es bastante  
 A la empresa, se pierda de arrogante.

Mas del sin fin deseo arrebatado,  
 Que allí en tan varios trances le ha traído,  
 Por la encendida puerta se entró armado,  
 De su espada y escudo apercebido;  
 Donde apenas el quicio ardiente, helado  
 Con diestro pié pisó, cuando encendido  
 De rojas llamas de oro largo espacio  
 Su cortorzo gimió, y tembló el palacio.

Y no en ronco bramar de horrible estruendo  
 Cual los demás guerreros recibía,  
 Mas todo en nueva hermosura ardiendo  
 Vuelto se vió en suavísima armonía,  
 Que en las doradas bóvedas rompiendo  
 Los resonantes ecos, parecia  
 Que el mundo allí de todas sus regiones  
 El contento lloviese en varios sonos.

Con esta salva, de un florido espacio  
 Que en siete arcos triunfales se estendia,  
 Del acerado muro al real palacio  
 Pasado el singular guerrero habia:  
 Llegó en música al patio, en que el topacio  
 De oro ardientes relámpagos bullia,  
 Y el tiempo se trocó, cerróse el muro,  
 Manchando el claro cielo de aire obscuro.

La hueca nube de su claro seno  
 De cruel fuego llovió rojo granizo,  
 Que el acerado arnés, cual seco heno,  
 Sobre el real cuerpo le abrasó, y deshizo:  
 Quedó de ciego humo el patio lleno,  
 Y él sin las armas que Vulcano hizo,  
 Cuando entre el humo y el granizo de oro  
 Los cuernos vió salir de un fuerte toro.

Putidera, si le hallara descuidado  
 Ponerle á un golpe la victoria en duda  
 Mas en su ligereza confiado  
 El encuentro buyó, y con él se anuda:  
 Firme el toro resuena en lo enlazado  
 De la techumbre de oro no desnuda  
 El grueso aliento, que á la obscura loma  
 Del soberbio animal Bernardo doma.

ALEGORIA.

En Garilo, que habiéndole Bernardo librado de la muerte le hurta el caballo y la espada, se pinta el dañado pecho de un ingrato, que con ningún beneficio pierde su dañada inclinación; y en los dos paladines vencidos, cómo sabe Dios humillar á los soberbios, cuando mas confiados y al parecer insuperables van en su ambición y soberbia. En la muerte de Garilo se ve, cómo casi siempre los malos tienen por verdugo á su misma culpa, hasta morir á sus manos. En Bernardo, que encuentra á Olfa llorando un cuerpo muerto, y habiéndole dado sepultura se va en seguimiento de Arcángelica, se muestra cómo el que va tras su venganza, se le ofrecen al camino mil espantosas ocasiones, que con su horror procuran atajarle los intentos; y él, corriendo siempre tras su deseo, por todo pasa, sin reparar en nada.

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

ARGUMENTO. Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesión de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes, y treientos caballeros de su linaje que le acompañan para ir á la corte de su tío el rey Casto. Hallanse Morgante y Orimandro en Africa; cuéntanse las desgracias de Argélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules.

Ya entre los cuernos de un furioso toro,  
 Al resplandor del fuego que salía  
 De la encendida masa, ó globo de oro,  
 Que en medio el aire de aquel patio ardia,  
 Del gran Bernardo el anhelar sonoro,  
 El turbio y negro viento ensordecía,  
 Y al gemir ronco de ambos duros pechos,  
 El eco suena en los dorados techos.

Hizo firme hincapié la honra de España  
 En el de una columna, y revolviendo  
 Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,  
 Rodando el uno fue, y ambos cayendo:  
 El hueco patio de grandeza estraña  
 La obscura boca abrió de un pozo horrendo,  
 Que ambos á un tiempo en observados puntos  
 De un aspecto infeliz los tragó juntos.

Así en las playas del tiznado infierno  
 Si algun peñasco horrible se desgaja,  
 El agua salta; suena el lago Averno,  
 Y de amarilla espuma y pez se cuaja:  
 Suenan los bosques, que en silencio eterno  
 Del mundo guardan la mortal baraja,  
 Asombrando los árboles vecinos  
 Sus negros espumosos remolinos.

Resurtió el agua fuera con bramidos,  
 Y por la sima obscura, y sus taladros,  
 Vomitó el suelo globos encendidos,  
 Y dió el aire trístísimos baladros,  
 Truenos confusos, roneos estallidos,  
 Que el blanco estuco en los sutiles cuadros  
 Temblar hiciéron, y pensar si habia  
 Llegado el mundo á su última agonía.

Cundió confuso el espantoso estruendo  
 Por las cavernas y techumbres de oro  
 Del hueco alcázar, que del son horrendo  
 Temblando el muro está en gemir sonoro;  
 Y el gallardo español, que al ir cayendo  
 Se dió por muerto, al despearle el toro  
 Al lago obscuro, así perdió el sentido,  
 Cual si en las ondas diera del olvido.

No volvió en sí, ni pudo en largo rato,  
 Suspense al delirar de un dulce sueño,  
 Que en caricia amorosa, y tierno trato,  
 De un rostro alegre el pecho zahareño  
 Un noble gusto le venía b' rato,  
 Y de un rico tesoro le hizo dueño,  
 Trocado en bella dama el fiero toro,  
 La laguna en cristal, la sima en oro.

Ni fue todo quimera lo soñado  
 Que vuelto en sí de la pasada riña,  
 No con un toro se halló abrazado,  
 Mas á una tierna y delicada niña:  
 Sobre alfombras y telas de brocado,  
 De aljofar y diamantes cada piña,  
 En rica cuadra y aposento hecho  
 De jaspe el muro, y de alabastro el techo.

Cercada de doradas vidrieras,  
 Que le sirven de bellas luminarias  
 Por donde el rosicler de mil maneras  
 El aire tñe de vislumbres varias,  
 Y los rayos y luces verdaderas,  
 Que forman del cristal iris contrarias,

Quebrándose en el oro y pedrería,  
 Añaden luz á la que saca el día.  
 Hurtan sus miradores y ventanas  
 Suaves olores de un jardín ameno,  
 Que de rosa y clavel manchas tempranas  
 De agradables guirnalda le hacen lleno:  
 Prende el olmo gentil parras lozanas,  
 La grama trepa por el verde heno,  
 La yedra por los muros, y las flores  
 El aire y suelo manchan de colores.  
 De las arpadas lenguas la armonía  
 Con que alegran los árboles el viento,  
 Al contrapunto que al romper del día  
 La luz al mundo vuelve su contento,  
 Nueva hermosura da, nueva alegría  
 Del rico cuarto al agradable asiento,  
 Con los tiernos redobles que al canario  
 El ruiseñor alienta el triple vario.  
 Era en cien pasos de contorno hecho  
 De alegre jaspe y firme arquitectura,  
 De oro y verde nielado el blanco techo,  
 Que las estrellas busca con su altura:  
 Y entre reales de estuco trecho á trecho  
 Primores de pincel y de escultura,  
 Y en rasguños, bósquejos y perfiles,  
 Escorzadas sin luz sombras sutiles.  
 Bernardo que domando un fiero toro  
 Se vió en los lances de su agudo cuerno,  
 Y libre ahora en el regazo de oro  
 De una tierna beldad de un mirar tierno,  
 Admirado de hallar gusto y tesoro,  
 Donde encontrar pensó pena ó infierno,  
 Así con suspension y regocijo,  
 Alegre vuelto á la doncella dijo:  
 «Grandes son los milagros desta casa,  
 Grande el saber que los trazó, y los hizo,  
 Sus techos de oro, su encendida masa,  
 Su horrible sombra, su áspero granizo;  
 Mas lo que á todo junto escede y pasa,  
 Y la primera admiracion deshizo,  
 Es el placer y gusto que retoza  
 Por esta alegre cuadra, y quien la goza.  
 Y tú, bulto gentil, luz peregrina,  
 O seas diosa inmortal, ó sombra humana,  
 Si huele á humano cosa tan divina,  
 Si es de la tierra luz tan soberana,  
 Ora de honor mortal, ó inmortal dina,  
 De eterna vida, ó de caduca y vana,  
 Dime ¿á cuál dios le debo deste templo  
 El bien que gozo en él, y en tí contemplo?  
 ¿Qué deidad rige, qué virtud alumbrá  
 Estas cuevas y sótanos del mundo,  
 Cuando les falta el oro que relumbra  
 Siempre en tus sienas, y ahora en tu profundo?  
 Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,  
 Y de valor le da el lugar segundo,  
 ¿De qué esmero de gloria, de qué cielo  
 Amor le hizo para bien del suelo?»  
 Dijo el leonés, y la beldad gallarda  
 Compró unos nuevos bellos arbores,  
 Que el temor le labró, que le acobarda,  
 En ambas las mejillas sendos soles:  
 Al fin con voz medrosa, y lengua tarda,  
 Haciendo el rostro varios tornasoles,  
 «Toda, dijo, señor, esta armonía  
 Es solo un medio á la ganancia mia.  
 Hércules hizo esta espantosa cueva,  
 Y en ella enterró vivo un agorero,  
 Al sabio Clemesí, que en luna nueva  
 Via todo junto el mundo venidero:  
 Cuyas cenizas por bastante prueba  
 Esta urna guarda de bruñido acero,  
 Y parte de su espíritu esta sala,  
 En lo que al tiempo por venir señala.  
 Era en los Campos de Africa nacido,

Y del antiguo origen de su tierra,  
 Por mayor gloria el suyo dió añadido  
 A esta que ahora su sepulcro encierra:  
 De aquí el Carpio nació, cuyo apellido  
 Si el gran saber de Clemesí no yerra,  
 Será por las hazañas de tu mano.  
 Mayor que el Ulicense y Africano.  
 Prendióle Alcides, y enterróle vivo,  
 Porque en supersticiosa hipocresía,  
 O con alma envidiosa, ó pecho altivo,  
 Estorbar sus grandezas pretendía:  
 Y como al claro Betis fugitivo  
 A Sevilla usurpó, también quería  
 A Tormes impedir con sus conjuros  
 De Salamanca los insignes muros.  
 Llegando Hércules libio á las riveras  
 Del fresco Betis, que en templado cielo,  
 Entre las flores dan fuentes parleras  
 Blando ruido y cristal al fértil suelo,  
 Fundar quiso á las gentes venideras  
 Ciudad que fuese á su valor modelo,  
 Cuando el astuto y envidioso mago  
 Con un conjuro le estorbó aciago.  
 Pasó el hijo de Osiris belicoso  
 Su reino á Italia; Hispal entretanto  
 Con el paterno brio al pueblo honroso  
 Felices muros dió, y principio santo:  
 Volvió de Tuscia el capitán famoso,  
 Y del frio Tormes en el rico manto  
 Otro pueblo trazó, y el sabio en vano  
 Quiso segunda vez irle á la mano.  
 Sabía por su astronómica experiencia  
 Destos dos sitios en el mundo raros,  
 Que de aquel en aumentos de excelencia,  
 Grandeza, magestad, y hechos preclaros,  
 Y deste en letras, santidad, y ciencia,  
 Al mundo con la luz de ingenios claros  
 Nacerian mas Hércules y Apolos,  
 Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.  
 Y envidioso que Alcides de su mano  
 En la tierra dejase tal memoria,  
 La primer poblacion le estorbó ufano,  
 Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria,  
 Mas porque pretendió tambien en vano  
 La segunda impedir, es firme historia  
 Que aquí le enterró vivo y deste agüero  
 A Salamanca dió nombre primero.  
 Es tradicion que en los antiguos años,  
 Que á Clemesí esta cueva tuvo preso,  
 Sin dar recurso á sus presentes daños,  
 Ni destos montes sacudir el peso,  
 Puntos en su saber alcanzó extraños,  
 Labró esta sala real, y en ella impreso  
 De los futuros siglos un discurso,  
 Que al mundo iguala en duracion su curso.  
 De España las grandezas mas notables  
 Al venidero siglo y al pasado,  
 De gurbios y pinceles admirables  
 Es cuanto está en contorno dibujado:  
 Sus reyes, sus monarcas, sus afables  
 Príncipes, sangre, magestad, estado,  
 Graves sucesos, reales sucesiones,  
 De ilustres casas, de incultos varones.  
 Mas donde el sabio mágico dispuso  
 El punto echar, y de su ciencia el resto  
 Donde mas fuerza de planetas puso,  
 Y el cielo á su intencion halló mas puesto  
 Fue en aquel rico espejo, en quien difuso,  
 Con mágicos caracteres compuesto,  
 A los ojos dejó un discurso entero  
 Del mundo que pasó, y del venidero.»  
 Así dijo, y tomando por la mano  
 Al regalado jóven se levanta,  
 Y al fiel cristal, que del tesoro humano  
 La mas antigua muestra y rica planta,

Con él se va, y en modo cortesano,  
«Aquí, dice, señor, se encierra cuanta  
Nobleza y sangre ilustre España encierra,  
Y de la tuya heredará su tierra.»

Era el valiente artificioso espejo  
De medio globo en proporcion ovado,  
De alto diez codos, de cristal parejo,  
En firme y rica tarja relevado,  
Donde el diestro buril del sábio viejo  
Excedió al pensamiento mas delgado,  
Pues siendo de oro y pedrería gran parte,  
A toda la materia vence el arte.

Así en tan nueva perspectiva hecho,  
Que salir de su centro parecia  
Un movable escuadron, que trecho á trecho  
Por el lustroso alinde se estendia;  
Y aunque en espacio de compás estrecho,  
Puesto en tales diámetros, que hacia  
En la mas firme vista la figura  
De entera proporcion y hermosura.

Ahora el techo y distancias de la sala  
En tal aspecto y reflexion tuviese,  
Que cuanto en ella por adorno y gala  
El pincel puso en su cristal se viese;  
O el arte allí á lo natural iguala,  
O con cercos su artifice fingiese  
Bullirse tras la clara vidriera  
Encantadas figuras de oro y cera:

En él se vian notables hermosuras,  
Gusto á los ojos, y al sentido espanto,  
Y por su limpio seno las figuras,  
Aunque muertas, moverse por encanto:  
Y en bellos ademanes y posturas  
Dar deleite á la vista, y entre tanto  
Que Bernardo lo goza desde afuera,  
La dama prosiguió desta manera

«Antes de declarar las maravillas  
Que este cristal en su artificio encierra,  
Cual en lengua sutil supo decillas  
El que me trajo á conocer tu tierra,  
Desde las paflagónicas orillas  
Donde nací, y me dió la primer guerra,  
Con mil dudas y asaltos al deseo,  
El gusto de la gloria que poseo:

Contarte quiero el espantoso enredo  
Por donde amor me trajo á conocerte;  
Perdone el pundonor, que ya no puedo  
Mas encubrir el bien que gozo en verte:  
Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,  
La suerte varia de mi buena suerte  
Me tiene aqui esperando tu venida,  
Poco menos que el tercio de mi vida.

Despues que en los ejércitos troyanos  
Fue Pilemon con griegas armas muerto,  
Y á Paflagonia llena de tiranos  
Los Henetos dejaron sin concierto;  
Cuando en Italia dieron por sus manos  
A Padua muros, y á Venecia puerto,  
Un hijo que quedó del rey vencido,  
En Asia fue por tal obedecido.

Deste fue nieto Cicio el elocuente,  
Que en el boreal Carambe peñascoso  
Asombró el mundo, y gobernó la gente,  
Que en torno riega el Hales caudaloso:  
De aqui Acrisio nació, de aqui Valente,  
Y Cenon deste tronco generoso  
Fue emperador de Grecia, y deudo suyo  
Orontes, que es mi tío, y ayo tuyo.

Sobre las playas que en el Ponto Euxino  
Atruená el sonoro Termodonte,  
Y con ruido y curso cristalino  
A Farnacia hace muro y horizonte,  
De mi padre fue el reino mas vecino,  
A quien su infiel hermano Anfimedonte  
Mató á traicion, y con injusta guerra

Por rey se alzó de la usurpada tierra.

Quedé yo sola y niña al riesgo puesta  
De la violenta espada del tirano,  
De donde me libró, y me puso en esta  
Gruta, de Orontes la prudente mano,  
Con firmes esperanzas, que dispuesta  
Mi causa por el cielo soberano,  
Libradas me trairia el bien de verte  
Ricas mejoras de ventura y suerte.

A este fin me ha traído aquí escondida,  
Y en muchas veces que de ti me hablaba,  
De tu valor, tu sangre, y tu venida,  
El gusto con sus cuentos me endulzaba:  
De tu real sucesion la no vencida  
Grandeza y real progenie me contaba,  
Los héroes que de aquella imagen tuya  
Al mundo han de salir por gloria suya.

Mas aunque deste espejo soy maestra,  
Por lo mucho que en él me habló mi tío,  
Aquel nuevo escuadron que allí se muestra  
Nacer de ambos retratos tuyo y mio,  
Y ocupada de cetro real la diestra,  
Es traslado aquel jóven de tu brio,  
No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea,  
Hasta que mas probables causas vea.

De estotra sucesion de sangre ilustre,  
Que trae de tantos reyes su corriente,  
Y de tu pecho hereda un nuevo lustre,  
Como del claro sol el fresco Oriente,  
Que sin que le carcoma ni deslustre  
La polilla del tiempo esa creciente,  
Por mil siglos dará su heroica rama  
Principes dignos de gloriosa fama:

De esta si te diré lo que aprendido  
Me dió el deleite de prolijos años;  
Oye, leonés, el cuento nunca oido,  
Y los sucesos en grandeza estraños,  
De los que el español reino perdido  
Librarán de mil riesgos y mil daños,  
Y con prudencia y fortaleza entera  
A su opinion le volverán primera.

Aqui verás, y no de industria mia  
Fingida historia, mas del justo cielo  
Ricos favores que á tu España envia,  
Que á sus castigos sirvan de consuelo,  
Que aunque hoy está cual ves su monarquía,  
Tiempo vendrá que de su santo celo  
Gobierno y leyes tomen en una hora  
Los que el ocaso habitan y la aurora.

Aquella gran princesa de Colonia,  
Que hace á tu imagen dulce acogimiento,  
Cuya caricia y tierna ceremonia  
A ti causa placer, y á mi tormento,  
Rayo es de aquel valor que en Macedonia  
A Julio César puso atrevimiento,  
De acometer con pecho furibundo  
La empresa que le dió señor del mundo.

Yo digo de aquel inclito Crastino,  
De Viriato ilustre descendiente,  
Por quien tambien despues lo fue Turino,  
En lengua y manos bravo y elocuente:  
Este en el fiel ejército agripino  
Por hijo tuvo un capitan valiente,  
Que á Colonia le dió campos seguros,  
Y sobre el reino levantó sus muros.

Destos principes fue Astirán candillo,  
Que á los Elvecios trajo arrinconados,  
Y el que á los Hunos defendió el castillo  
De rota puerta y muros arruinados;  
Y el valiente Alencastro, que un portillo  
Libre solo guardó á tres mil soldados,  
Y su valor y nombre dió en herencia  
A esta insignie é ilustre descendencia.

Deste gran duque es digna sucesora  
La que hará alegres tus felices años.

Después que la francesa y gente mora  
De esa espada á tus piés lloro sus daños:  
Cuando tu ingrata patria burladora  
A tu padre te niegue; y los extraños  
Te ofrezcan cetro de oro, y real corona,  
Llamados del valor de tu persona.

Entonces ya cansada de mudanzas,  
Y de trazarte agravios y desdenes,  
Trocando la fortuna las balanzas,  
Con este bien te colmará de bienes;  
Y en legítima unión, si á verlo alcanzas,  
Un dulce nieto te dará en rehenes.  
Que á Asturias volverá tu casa ilustre,  
Dando á Flandes envidia, á España lustre.

Aquel blanco alemán, que respandee  
Cual nuevo Marte en las moriscas lides,  
En quien tu sangre y tu valor florece,  
Con los roeles del gentil Persides,  
Si ya no es sueño cuanto aquí parece,  
Tu nieto espera ser Nuño Belchides,  
Y esta su esposa, hija del que apenas  
A Burgos reformó, y vistió de almeñas.

Vesle allí en Peñalonga disfrazado  
Con bordon y esclavina de romero,  
Que á visitar de Cristo el primo amado  
Bajó á Galicia, y quiso ver primero  
El claustro, en que estará depositado  
Tu cuerpo real al siglo venidero,  
Dando de una alta fe y nobleza indicios  
Su católico voto y sacrificios.

Aquel que allí le espera, para dalle  
Su condado y su hija en casamiento,  
Y con nudo legítimo obligalle  
Que haga en su primera patria asiento,  
Es don Diego Porcelos, que en su talle,  
En su elección, y grave entendimiento,  
Representa un monarca, y en Castilla  
El supremo gobierno, y primer silla.

Estos dos, que en braveza y hermosura  
A la española vencen y alemana,  
En quien tu sangre gótica mas pura  
Corre, que en el Oriente la mañana,  
Dos nietos suyos son, Nuño Rasura,  
Juez de la real grandeza castellana,  
Del conde Hernan Gonzalez digno abuelo,  
Luz de Castilla, y norte de su cielo.

Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre  
De aquel que lo será de siete infantes,  
Que á la sangre de Lara han de dar lustre,  
Y la suya á mil riesgos importantes,  
Y sin que envidia y muerte les deslustre,  
Esta masa de estrellas radiantes  
Héroes serán, cuya gallarda saña  
Miedo á Libia dará, y honor á España.

Mas ¿qué valor habrá en su monarquía,  
Que del suyo no tome su creciente?  
¿Qué armas, qué antigüedad, qué hidalguía,  
Qué casa, qué solar, qué honor, qué gente?  
Querer contar su número, sería  
Medir á puños de agua la corriente  
De Tormes, de ambos polos las estrellas,  
Y los gustos que amor contempla en ellas.

Que todo aquel vellon, neblina ó velo,  
De sombras y de luces marañado,  
Como en el lácteo círculo del cielo  
Los globos de oro, de que está amasado,  
Serán estrellas del iberio suelo,  
Si el tiempo les da luz, y vuelo el hado;  
¿Quién bastará á contar su muchedumbre,  
De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbré?

Solo hasta aquel mancebo generoso,  
Que un Júpiter parece entre sus dioses,  
Cuyo ademan gallardo, y brio airoso,  
Temo que á remedar apenas oses;  
Aquel que en freno de oro poderoso

Un mundo afable hará, y que tú reboses,  
En virtud de ser él tu descendiente,  
Por las bocas y lenguas de la gente.

Hasta él, y su retrato, donde el arte  
Lo vivo escede en magestad y gloria,  
En mi discurso irá, por no cansarte,  
De tu real sucesion la grave historia:  
Donde podreis oir, y yo contarte,  
Del mundo lo mas digno de memoria,  
De la fama un crisol, de España un muro,  
Y de tu sangre el rosicler mas puro.

No pasará de allí, porque en los años  
Que la luz de este sol naciere al mundo,  
Desagraciada España de sus daños,  
Ya el siglo de oro gozará segundo:  
Y arrojando de si yugos extraños,  
Desde el francés distrito al mas profundo  
Volverá á su primera monarquía:  
Oye pues lo que Orontes me decia.

Aquel que niño entre los niños nobles,  
Cual perla va entre aljófares menudos,  
De cuya fama los acentos dobles  
Oirán los sordos, y hablarán los mudos;  
El que á Junquera de los duros robles  
Por trofeos colgará nuevos escudos,  
Y á España dará un brazo, que en el mundo,  
Ni en valor tiene, ni tendrá segundo;

Es Don Gonzalo, hijo de Rasura,  
Y dél el conde Hernan Gonzalez hijo:  
Y aquella alegre tierna hermosura,  
De la alma y de los ojos regocijo,  
Su hermana y tia, de los dos hechura,  
De un cielo sabio, permanente y fijo;  
Esposa de Lain Calvo, y primer fuente  
De reyes sabios, y de un Cid valiente.

Hijo suyo será el que allí parece  
Poblando á Peñafiel, y haciendo ufano  
El venturoso siglo, en que florece  
Brazo tan noble, pecho tan cristiano:  
Y este que ahora entre las armas crece,  
Y con su orgullo menguará el pagano,  
Biznieto vendrá á ser del rey Bermudo,  
De Africa espada, y de Castilla escudo.

El que de Castro Anzures, y de Osorio,  
Las reales sangres juntará en un peso,  
Es fruto del dichoso desposorio  
De Ruy Fernandez, y él de tanto seso,  
Que el valor será á España mas notorio  
Que en aquel siglo gozará, y tras eso  
Ayo de un rey, y defensor sin miedo  
De los muros y alcázar de Toledo.

Casará con la bella Estefanía,  
De sus dos reyes valerosa hermana,  
Cuya fértil y alegre compañía  
Rica su casa volverá y ufana:  
Será en braveza invicto, en cortesía,  
De afable condicion, sincera y llana,  
Sin doblez, sin cautela ni maraña,  
Que un español, si es noble, nunca engaña.

Dará hecha esta verdad su pecho ufano,  
Cuando en Garci Navarro la fortuna  
En ciega ambicion haga un golpe vano.  
Y otro el saber y fortaleza á una;  
Y cuando en lubrical su trato llano  
Cautela vuelva el no tener ninguna,  
Perdiendo por su leal trato sincero  
De un conde la prision, y un caballero.

A este el valor, esfuerzo y gentileza  
Hereditará don Pedro el Castellano,  
Que en Jerez, de los hombros la cabeza  
Le quitará á un rey moro, de su mano:  
Y contra todo el brio y la braveza  
Del pundonor leonés, y el asturiano,  
Hará unos baños, y temblar en ellos  
Quien se atreviere sin su gusto á vellos.

Deste será hijo el valeroso infante,  
 Alvar Perez de Castro, cuyo lustre  
 Segunda vez hará que al mundo espante  
 De Sandoval en él la sangre ilustre:  
 Valiente Adelantado, que delante  
 Del suyo no hay valor que no deslustre,  
 Pues contra todo el campo de Castilla,  
 De sirgo hará murallas á una villa.  
 Ha de ser de la bella Irene esposo,  
 Que á Martos librará de un campo armado,  
 Y él de Jerez al trance peligroso,  
 De todos el valor mas declarado,  
 Formará de Machuca el nombre honroso,  
 Y á su nobleza un hijo señalado,  
 A quien un sabio rey su estado entregue,  
 Antes que á edad madura y sazón llegue.  
 A dejar de dolor el mundo lleno  
 Con su temprana muerte, tendrá vida  
 Don Pedro, que cual flor en valle ameno  
 Su juventud se pasará florida:  
 Cuya falta guiará el curso sereno  
 Desta real descendencia esclarecida  
 A Don Fernan Ruiz, segundo hermano  
 Del príncipe don Pedro el Castellano.  
 Sobrino suyo, hijo del que digo,  
 Don Gutierrez será el descalabrado,  
 Que á Toroño del bando su enemigo  
 Recobrará con parte de su estado:  
 Y el rey por deudo, ó por afable amigo,  
 O porque al tronco vuelva tu condado,  
 Con el aplauso general de España  
 En nuevo feudo le dará á Saldaña.  
 Seguirle ha don Fernando, que en Galicia  
 Cobrará de su antiguo patrimonio  
 A Sarria y Lemos, siéndole propicia  
 La bella Emilia en dulce desposorio:  
 Despues que muestre en la áspera milicia  
 De Africa con bastante testimonio,  
 Que él de trofeos la ha de hacer mas llena,  
 Que el aire y sol de palmas y de arena.  
 Deste brio, y la sangre de Mendoza,  
 Nacerá un don Esteban, para estrago  
 Del bárbaro feroz, que ahora goza  
 De España el reino, y de fortuna el pago:  
 Y si este siglo de oro se remoja,  
 Pertiguero mayor de Santiago,  
 Y adelantado se verá en Galicia,  
 Yerno de un rey, y rey de la milicia.  
 El que de una bellísima Violante,  
 Del rey don Sancho el Bravo hija amada,  
 Allí es esposo noble y tierno amante,  
 Y en paredes la mas temida espada,  
 Es don Fernando; y el que al ir delante  
 En esfuerzo y braveza no igualada  
 Queda único, don Pedro de la guerra,  
 Marte español, si Marte hay en la tierra.  
 Tendrá dos hijas reinas valerosas,  
 Una de Portugal, y otra en Castilla,  
 Y él por su brazo y fuerzas poderosas  
 En Lerma y Peñafiel la primer silla:  
 Dará en Tarifa heridas espantosas,  
 En Badajoz asombro y maravilla;  
 Mas es mortal, y aunque su nombre admira,  
 Al fin vendrá á morir en Aljecira.  
 Ya deste origen tomarán corriente  
 De Arrayo los dos condes lusitanos,  
 Aquí los del Villar su noble fuente  
 Llena de sangre real verán ufanos:  
 Y aun deste mismo tronco, y su creciente,  
 Arboles nacerán tan soberanos,  
 Que el mundo dellos cuelgue, y de su hebillá  
 La real corona y cetro de Castilla.  
 Deste don Pedro es hijo aquel Fernando,  
 De dos reyes cuñado, y de otro yerno,  
 Que su lealtad primera sustentando,

En Anglia heredará renombre eterno:  
 La que el mundo tras él está admirando,  
 Con su brio gallardo y mirar tierno,  
 Su bella hija Isabel, y aquel su esposo,  
 Gran conde, y condestable poderoso.  
 El que allí duque espera ser de Arjona,  
 Y en Peñafiel tener prision y entiero,  
 Cuando de luto cubra su persona  
 El mismo rey que le prendió por yerro,  
 Hijo de los dos es, y esta matrona  
 (Si de Orontes los cómputos no yerro)  
 Doña Beatriz, que en dulce desposorio  
 Dará su sangre real á la de Osorio.  
 El que allí de ambas por igual florece,  
 Y en la santa conquista de Granada,  
 Entre grabado acero resplandece  
 De sangre llena su invencible espada,  
 Es don Rodrigo, y la que dél parece  
 Que el brio toma y magestad prestada,  
 La segunda Beatriz de Osorio y Castro,  
 Digna de mil estatuas de alabastro.  
 Aquel real Lusitano es su marido,  
 Y la beldad que su sitial rodea  
 Doce príncipes, fruto enriquecido  
 De cuanta humana gloria se desea:  
 Dejo el primero, que será escogido  
 Para que toda junta suya sea  
 Dos prelados de Cuenca y de Sevilla,  
 Gloria de Portugal, luz de Castilla.  
 Aquel comendador mayor de Cristo,  
 Que aun desde ahora alegre su esperanza,  
 Las dos bellas duquesas que ya has visto  
 Allí en Veragua; aquella está en Braganza:  
 De cuyo cetro el mando mero misto  
 Hasta los mundos por venir alcanza  
 Una y otra condesa hermosa y sábia,  
 Esta en Chanel, aquella en Ribadavia.  
 ¿Quién bastará á decirte las grandezas  
 Que el sabio destes príncipes contaba?  
 ¿Los triunfos, las victorias, las proezas,  
 Con que me entretenia y asombraba?  
 ¿Títulos, nombres, señorías, riquezas,  
 Que este tiempo á su casa amontonaba?  
 Será ponerme yo á tratarte dellas,  
 Contar arena al mar, al cielo estrellas.  
 Basta en suma decirte, que el que aumento  
 Con el de Andrade su famoso estado,  
 Y un gran marqués de Sarria representá,  
 Que á la sagrada corte el mundo adora,  
 Es don Fernan Ruiz, que en esta cuenta  
 Bisabuelo es del rayo señalado,  
 Que allí nos da con su retrato solo  
 Mas firme luz que en su carrera Apolo.  
 Hijo suyo será el que en gloria nueva  
 A los timbres añada de su casa  
 La ilustre sangre de la antigua cueva,  
 Que en profundo valor se abrió sin tasa;  
 De quien saldrá el que en Nápoles dé prueba  
 De la prudencia con que á Nestor pasa,  
 Y á Ulises deja atrás en su gobierno,  
 Y al fiel Acates en piadoso y tierno.  
 Si á esta real masa soberana junta  
 De limpia sangre y rosicler de gloria,  
 El rico Sandoval la suya ayunta,  
 De imperio digna, y de inmortal memoria;  
 La luz vendrá á nacer, á quien apunta  
 Lo mas florido de una-heróica historia  
 Que el mundo espera, á quien el nombre suyo  
 Famoso el mio hará, y eterno el tuyo.  
 ¡Oh heróico pecho! en cuyo real semblante,  
 No un mundo, mas un cielo resplandece,  
 Con mas glorias que estrellas carga Atlante,  
 Cuando á su vista el sol desaparece;  
 De priesa el hado á un bien tan importante,  
 Y el reino que en el rico abril florece,

De tu valor, sin que jamás fallezca,  
Cual tú en virtud, así en tus honras crezca.

¿Quién como tú á los mundos donde sueñas  
Saldrá príncipe y sabio todo junto,  
Cuando tu real palacio ser de Atenas  
Podrá en graves filósofos trasunto?  
Dándole tú, cual nuevo Augusto, llenas  
De honra las letras, y al difícil punto  
De la virtud con tus heroicos pasos  
Subida fácil, y caminos rasos.

Ya veo colgar de tu ánimo prudente  
Del occidental orbe el noble peso,  
Y en tu grave modestia, y sangre ardiente,  
De Marte el brío, y de Minerva el seso:  
De tu espíritu altivo y elocuente  
En todas facultades el exceso,  
Con que así en las materias te adelantas,  
Que al sabio admiras, y al soberbio espantas.

Los otros dos que á la una y otra mano  
Su gala dejan de grandezas llena,  
Y en lo mejor de un mundo cortesano  
La suya en agradable aplauso sueña;  
El uno ha de ser duque Taurisano,  
Honor del lacio campo, en que resuena  
Con mil dones de su ánimo excelente,  
Amor y asombro á la toscana gente.

Del tierno bozo el grave lustre apenas  
A su rostro dará sombra y decoro,  
Cuando de la una de las tres serenas  
El reino enfrenará con riendas de oro,  
Y de sus reales obras nubes llenas  
De honor enhuecará el clarín sonoro  
De la parlara fama, cuyas voces  
Tu alegre tiempo eternos siglos góces.

Reducirá con su prudencia sola  
A Roma un veneciano arrojamiento,  
Cuando en riesgo mayor entre ola y ola  
Amenazar parezca un fin violento;  
¡Oh á la tusca nación, gloria española!  
¡Quién pudiera el preñado pensamiento  
De tus grandezas darle al mundo entero,  
Con la pluma en que vences la de Homero!

El otro que ya allí en ginete ardiente  
Un español Narciso representa,  
Gallardo, brioso, galán, sabio y prudente,  
Que ánimo y brío á quien le mira alienta,  
Del rico Gelves es conde valiente,  
Y la suma feliz desta real cuenta,  
Y todos gloria del iberio suelo,  
Rayos de un claro sol, soles de un cielo.

Y allí los tres ardiendo en llamas de oro  
A vista veo del español monarca,  
Mas floridos que el mes que alumbró el Toro  
Hacer todos los gustos de su marca;  
Donde también la mina del tesoro,  
Que tal le dará al mundo, alegre enarca  
Los graves ojos, para entrar por ellos  
Segunda vez al alma hijos tan bellos.

Será sabia Minerva del ocaso  
Del real palacio el peso que mas pesa,  
Mas ya es tiempo que pase, aunque de paso,  
A decirte algo desta real princesa,  
Desta nueva deidad, que en cielo raso  
Da gloria á quien la mira, y deja impresa  
En el alma una fe y amor, que inclina  
Y fuerza á darle honor y honra divina.

Querida prenda del valor que ahora  
Ves, que en su fama ha de aclarar la tuya;  
Mas tan gran magestad, tan gran señora,  
¿De quién pudiera ser, sino era suya?  
Ser la mayor beldad que España adora,  
La que mas gracias y primor incluya,  
De sangre real del mundo celebrada,  
De un gran duque de Lerma hija amada.

Todo es humilde nombre á su grandeza,

Y la mayor de todas ser esposa  
Deste asombro del tiempo, en cuya alteza  
Y la suya halló la esfera en que reposa:  
El mundo ofrezca, oh norte de belleza,  
Corona eterna á tu cabeza hermosa,  
La Arabia incienso, oro el indio austro,  
Los años vida y fama, el cielo gusto.

Siete siglos y medio está distante  
Este sol de tu vista y de su Oriente,  
Ciento y cincuenta lustros adelante  
Vestirá de arboles el Poniente,  
Y su grave prudencia firme Atlante  
Será de una encubierta y nueva gente,  
Que allá en la otra region del mundo mora,  
Y nuestra noche tiene por aurora.

Ayudadme, oh bellísimos retratos,  
Que en gurbias de oro por encanto hechos,  
Prestáis vuestras estatuas para ornatos  
Del vario jaspe deste muro y techos:  
Celebremos con fiestas y aparatos,  
Ya dignos destes dos heroicos pechos,  
El bien que en su venida se atesora,  
Y en su esperanza alegría desde ahora.

Dijo la sabia, y en rumor sonoro  
Que al alma sus oficios suspendía,  
Con graves arpan cien estatuas de oro  
La gloria celebraron de aquel día:  
Quedó absorto Bernardo, ardió el tesoro  
Del real palacio en fuegos de alegría,  
El castillo tembló, y del nuevo espanto  
El mundo al rico peso hizo otro tanto.

Mas luego que en la grave pesadumbre,  
Que al corvo monte la ancha espalda oprime,  
El resonar del oro en la techumbre,  
Y el nuevo asombro con que el bosque gime,  
Sosegándose fue, y la clara lumbre,  
Que en rayos de oro por el aire esgrime,  
Ya el vivo resplandor volvió á su seno,  
Y dejó el aire en su quietud sereno.

En el uso perfecto del sentido,  
De su resplandeciente arnés armado,  
El valeroso godo reducido  
Fuera se halló del término encantado;  
Donde en el mago espejo entretenido  
La corriente feliz contempla al hado,  
Y el prevenido vió fruto fecundo,  
Que de su sangre real espera el mundo.

Huyóse de la máquina presente  
El mágico furor desvanecido,  
Y el rico alcázar pareció patente,  
De fuerte muro natural ceñido.  
De arquitectura y fábrica excelente,  
No con perfumes bárbaros fingido,  
Mas en mármol y bronce, el jaspe y oro  
De firme magestad hacen tesoro.

Por altos patios, y anchos corredores,  
Confusa tropa vió de armada gente,  
Que con ilustres títulos y honores  
Honrando vienen su ánimo valiente,  
Tras la anciana vejez, y años mayores  
Del grave Orontes, que en saber prudente,  
Y en vida allí contemplativa vive,  
Y con alegres brazos le recibe.

Tres centurias de ilustres caballeros  
Con este ardid juntó el cuidadoso anciano,  
En sangre godos, en las armas fieros,  
Deudos los mas del jóven asturiano,  
Lanzando otros cualquiera aventureros,  
Que á probar iban el castillo en vano,  
La blanda llama entresu humo extraño,  
Sin mas riesgo que el miedo del engaño.

Estos con ricas armas en tesoro,  
De fina pederria y luz sembradas,  
Y espumantes frisones de sonoro  
Navado freno, y clines alheñadas,

Hiriendo al viento los jaeces de oro,  
 Y al timbre en presuncion plumas doradas,  
 Yalzando estrellas por los aires mudos  
 El vivo centellar de los escudos,  
 Alegre hacen y noble compañía  
 Al bello jóven, y al prudente mago,  
 Que de Leon á la corte partió un día,  
 De cuantos pudo el menos aciago,  
 A ver su casto río, y si podría  
 De su nueva presencia el tierno alhago  
 Ser á sus presos padres de provecho,  
 Y del rey ablandar el duro pecho.  
 No sé cual riguroso signo veda  
 Causa tan justa, que ningua ahora  
 Hallo, que sin notorio agravio pueda  
 Ser desta ingrata sinjusticia autora;  
 Mas á un gran vuelo que por dar me queda  
 Al reino voy donde la noche mora,  
 A buscar los amigos de Morgante,  
 Que en la gruta dejé de un nigromante.  
 De Tlascalán en la profunda cueva,  
 Al confuso rumor de la montaña,  
 Absortos los tragó por senda nueva  
 Del pozo ardiente la abertura estraña:  
 Dando de allí con ellos donde lleva  
 Sus corrientes la muerte, y donde baña  
 Con sus torcidas ondas Flegetonte  
 Las carcomidas grutas de Aqueronte.  
 Mas luego que por quiebras infernales  
 La tierra vomitó los tres guerreros  
 Sobre los africanos arenales,  
 Como en sus mas pacíficos linderos:  
 Malgesí, que al hallarse en los umbrales  
 De su patria cobró nuevos acerros,  
 Al vivo gusto de tomar venganza  
 En el contrario bando de Maganza,  
 Con dos humosos cercos, y un conjuro,  
 A Reinaldo llevó en su frágil leño  
 Al real de Francia en el silencio obscuro.  
 De la fria madre del templado sueño:  
 Dejando al campo alarbe mal seguro  
 Los otros dos, que en su bajel pequeño  
 Del ancho mundo vieron los puntales,  
 Y las playas cruzaron infernales.  
 Halláronse en un bosque á la marina  
 Orimandro y Morgante una mañana,  
 Donde la corva playa cristalina  
 Huye de la mayor sirte africana;  
 Y en la costa del mar circuncueva  
 En un roto batel tropa liviana  
 De descompuesto vulgo, que á porfia  
 En confuso monton se combatia.  
 Mas la Angélica reina de la aurora  
 El curso vuelve de mi pluma vario,  
 Que al mar de Alcina en una fusta mora  
 Con otras la robó un cruel corsario  
 A vista de Orimandro, que la adora,  
 Y el turbio mar se la escondió voltario  
 Al punto que su luz cerraba el día,  
 Y al presto bergantín otro embestia.  
 Eran todos corsarios, que al pillaje  
 En corso el mar desvuelven cristalino,  
 Y allí el bárbaro fin de su viaje  
 El cerúleo color volvió sanguino;  
 Y fue el firme pelear con tal coraje,  
 Que cuando la vecina aurora vino,  
 Mostró que del rigor de la batalla  
 Nadie vivo sobró para gozalla.  
 Solo quedó un mancebo mal herido,  
 De alegre rostro, y grave gallardía,  
 Y un morábito viejo mal nacido,  
 De larga barba y flaca hipocresía,  
 Que de cobarde habiéndose escondido  
 Mientras el pelear duró, fingia  
 A Mahoma enviar vanos mensajes

En ridículos gestos y visajes.  
 Este hallándose solo, y victorioso,  
 Y ambos bajeles á su riesgo y cuenta,  
 Viejo atrevido, hipócrita engañoso,  
 De astucias lleno, y de codicia hambrienta,  
 Saltó al contrario barco, aunque medroso,  
 Y halló á Angélica en él, que se lamenta,  
 En compañía de otras dos doncellas,  
 Como en la de la luna las estrellas.  
 Lloraban el rigor, la desventura,  
 Del cruel estrago, y general destrozto,  
 Que esta vez la fortuna mal segura  
 La victoria dejó vacia de gozo;  
 Y de las tres la de mayor ternura  
 Su falda daba al desangrado mozo,  
 Enviando de los ojos á la herida  
 Lágrimas, que eran bálsamo á su vida.  
 Era la dama Arminda, hija de Janto,  
 Príncipe de Corfú, y nieto de Alcina,  
 Y el mancebo archiduque de Lepanto,  
 Isla del mismo mar circuncueva:  
 Criáronse los dos en dulce encanto  
 En la cretense corte su vecina,  
 Donde el trato, la edad, y el ejercicio  
 En producir amor hizo su oficio.  
 Sacó la hada del cretense infierno  
 La amada nieta, prenda de alegría,  
 Dejando dentro dél su amante tierno,  
 Y á ella fuera del cielo en que vivia:  
 Y ambos en soledad y llanto eterno,  
 Hasta que amor dió traza como un día  
 Leoncio robase del jardin de Alcina  
 Su dulce joya de beldad divina.  
 Tuvo dichosamente conseguido  
 El amante su fin, su amada bella  
 Del tierno amor el premio merecido,  
 Y él á las dos robó que halló con ella:  
 Mas la que dar no supo bien cumplido  
 Retrógrada infeliz volvió su estrella,  
 Y el gusto que en su alma amanecia  
 Antes se le murió, que viese el día.  
 El morábito viejo cauteloso,  
 Que en la fusta saltó, viendo de Arminda  
 En el regazo el jóven valeroso,  
 Que ya sin habla con la muerte alinda,  
 Temió aun así mortal su aire brioso,  
 Y que si vivo escapa, se le rinda  
 La una y otra fortuna y sea de modo,  
 Que él solo quede vencedor de todo.  
 Y así sobre él furioso se abalanza  
 ¡Estraña crueldad! ¡oh Arminda bella!  
 ¡Qué golpe tan cruel á la esperanza  
 Que cueлга el hilo de tu vida en ella!  
 El limpio boj de la cobarde lanza,  
 De quien nadie jamás formó querella,  
 De solas tus desdichas ayudado  
 Dar pudo fin á lo que habia empezado.  
 Y del flaco vivir el tibio aliento,  
 Que ya se esfuerza, y presto se mitiga,  
 Entre el brazo amoroso, y el violento,  
 Y la agradable mano, y la enemiga,  
 Cual tierna exalacion la bebió el viento  
 En el regazo de su amada amiga,  
 Sabrosa cama, y temeroso lecho,  
 A tan suave amor y horrible hecho.  
 Quedó, mas que su amigo, Arminda muerta,  
 Y en un punto furiosa acelerada,  
 La llama del amor antes cubierta  
 Por los ojos brotó la alma agraviada:  
 Y cual parda ceraste, antes cubierta,  
 Del basto pié del labrador pisada,  
 Salta, y con lengua de ponzoña muda  
 Por la garganta en roscas se le anuda:  
 Así la dama herida en lo mas tierno,  
 Contra el cobarde bárbaro enemigo



Furiosa arremetió, vuelto en infierno  
El rostro que era gloria de su amigo;  
Y no en abrazo regalado y tierno,  
Mas en horribles nudos de castigo,  
Los antes tiernos brazos, de ira llena  
Por el infame cuello le encadena.

Dió con el débil descarnado moro  
Sobre el duro combés la tierna dama,  
Y á bocados, perdido ya el decoro,  
Vengar quiere á su amante, y á su fama:  
Las otras solas dos, que en tierno lloro  
De la tragedia cruel crecen la trama,  
Que en el auto presente solos cuatro  
Los personajes hacen, y el teatro,

Viendo el triste suceso, y brio furioso,  
Del nuevo nudo, y peligrosa liga,  
Con pecho mas que de mujer brioso  
A la venganza acuden de su amiga:  
Y las tres al morábito medroso,  
En brega desigual, lucha enemiga,  
Mientras una le tiene, otras le ayudan,  
Y en firmes lazos de rigor le anudan.

Creció la rabia, y de las blancas tocas  
Duras esposas y cadenas hechas,  
Entre firmes lazadas, y no pocas,  
Las mal regidas manos tiene estrechas:  
Hállanse en la ocasion, y en furia locas,  
Ciegas en ira y en dolor deshechas,  
Quieren con su crueldad al enemigo  
Mostrar que es de mujeres el castigo.

Y así ligado en la sangrienta plaza  
Del destrozado barco, al fiero intento  
Sus mujeriles armas desembrava  
La de mas reportado sufrimiento:  
De sutiles agujas nueva traza,  
Nunca antes vista al mundo de tormento,  
Sacaron, y en venganza á sus ojos  
Con ellas al morábito los ojos.

Y por las mas cerradas coyunturas,  
Y partes mas sensibles de la vida,  
Del acero sutil las puntas duras  
Al alma le entran sin dejarle herida;  
Y en los nervios y blandas ligaduras  
Anatomía hacen no aprendida,  
Que solo pudo hallar igual tormento  
De ofendida mujer el pensamiento.

Así del tierno hijo en la desgracia  
Hécuba con su pueblo advenedizo,  
Sobre el avaro monstruo rey de Tracia  
Otro castigo semejante hizo:  
De las nuestras la loca pertinacia  
Al moro miembro á miembro lo deshizo,  
Mudándole el tormento en mil maneras,  
Que la mujer cruel, esto de veras.

Dos días que el mar con su bramar sonoro  
Tardó en sacar á la africana arena  
El triste barco, al desmembrado moro  
La vida le duró, el tormento y pena,  
Y de las tres el importuno lloro:  
Y al tercer día, que con luz serena  
Alumbró el mundo, y descubrió la costa,  
Que de las sirtes es canal angosta,

A bordo vieron del bajel perdido  
Otro, que aunque á la playa huyendo viene,  
Hallando aquel en calma detenido,  
Que ni trae velas, ni gobierno tiene,  
Por llevarle de encuentro divertido  
En su huir medroso se detiene,  
Saltando dentro en brio denodado  
Por nuevo asombro un caballero armado.

De Tripol para Tunez descendia  
Del fiero rey Gebel huyendo en vano  
Con la bella Axa, que robado habia  
Ardiendo en sus amores Artabano:  
Y ella, que en torpe amor tambien se ardia,

Al robo la ocasion le dió en la mano,  
Y el ofendido rey con gente armada  
Tras su honra viene, y su opinion robada.

Era Artabano infiel, de alma inquieta,  
Traidor en trato, en nacimiento obscuro,  
Mollita en Fez, alcaide en la Goleta,  
En fe inconstante, en corazon perjuro;  
Y ahora cual ligerísimo cometa  
En busca va de su enriscado muro,  
Hecho mas al deleite que al acero,  
Y al sensual amor que al verdadero.

Y encontrando el bajel, que sobreaguado  
Las olas traen por faltarle gente,  
Dentro saltó, de acero y miedo armado,  
O por la muerte huir, que ve presente,  
O del gusto primero empalagado,  
Y ocasionado de otro mas ardiente,  
Nacida aunque de lejos su centella  
De los rayos de Angélica la bella.

Mas sea con este ó con aquel intento,  
Sin mas curar de la que trae robada,  
Como quien se descansa del tormento  
Con que ya el gusto que alcanzó le enfada,  
Al bergantín se arroja, y dando al viento  
Vela, lealtad, y fe, á la playa amada  
La herrada proa y la esperanza guia  
Con seis de su alevoza compañía.

Mas no pudo el intento comenzado  
Tan á su gusto y salvo efectuarse,  
Que del rey ofendido el bando airado  
No llegase con él á barloarse:  
Quedó rendido y preso el abordado,  
Y la instable fortuna al mejorarse  
Pasó las damas del bajel pequeño  
Cautivas del segundo al tercer dueño.

Y presas ya tres veces, y ninguna  
Con las últimas armas, un sanjaco  
Saltó de Marte á la bordada cuna,  
Mas que á la guerra atento al robo y saco:  
Vió las tres damas, y cautivo de una,  
Que en la region nació que venció Baco,  
Sin buscar otra presa, ciego en vella  
A su esquite saltó, y se fue con ella.

No dió el segundo ayuda al primer viento,  
Que era un seco Levante el que corria,  
Mas aunque aire contrario al de su intento,  
La proa adonde el que sopla quiere guia:  
Cazóle á popa, y con furor violento  
A la playa le echó, cuando del dia  
Por los albores la parlera hermana  
A entoldallos salia de oro y grana.

A los humildes ranchos de una gente,  
Que de pescar y de robar vivia,  
El barco zaborzó en la arena hirviendo,  
Que de las blancas rocas resurtia:  
Acudió al saco un escudador valiente,  
Que á la mar á pillar, si hay qué, venia,  
Y al frio sanjaco, en su infeliz huida  
La dama le quitaron, y la vida.

Saquean el barco, y en deleite y gozo  
Por su confusa gente el furor arde,  
Matan sin reservar viejo ni mozo,  
Al soldado valiente, y al cobarde;  
Y entre el confuso bárbaro destrozo,  
Solo el alegre rostro haciendo alarde  
De Angélica se está libre y segura,  
Que hasta alarbes respetan la hermosura.

Mas ya que al flaco lecho no ha quedado  
Despojo que robar, ni hombre con vida,  
Y en la sangrienta popa el bulto amado,  
A ver su rostro y su beldad convida;  
El bárbaro escuadrón, ocasionado  
Del robo, la cruel mano homicida  
Vuelta contra su pecho feroz riñe,  
Y en sangre propia el barco ajeno tñe.

Y mientras del marcial furor la prueba  
Teje la ciega lid mas espantosa,  
A un gallardo numida en sangre nueva  
El tierno amor le presta alma briosa:  
Este con dos que en su resguardo lleva  
De Medoro robó la altiva esposa,  
Y con ella á la selva mas vecina  
Cercado de armas y deseos camina.  
En igual ademán el campo griego  
Vió á los fieros verdugos entregada  
La bella hija del rey, que el sagaz ruego  
De Ulises dió por victima sagrada,  
Y á la orilla del mar de un monton ciego  
De armas, hacia la selva mas guardada,  
Así la llevarian, como ahora  
Los tres á la oriental emperadora.  
Al tiempo que el rey pérsico, y Morgante,  
De Pluton vomitados en la playa,  
Salir la aurora vieron rutilante,  
De aljofar llena su florida saya:  
Cuya luz les mostró poco distante,  
Del bravo mar sobre la corva raya,  
Los tres, que con la Angélica belleza  
Del bosque iban á entrarse en la maleza.  
Fue á la playa el jayan, que son sus gustos  
Traer siempre las armas en las manos,  
Y el persa hácia los tres brazos robustos,  
Que llevar ve su amada presa ufanos:  
Mas cuando en lo mayor de sus disgustos  
Sin pensar vió los ojos soberanos  
Que dan brío á su amor, vida á su fama,  
Y halló tan cerca su perdida dama;  
Nunca del codicioso ojos hambrientos  
Al centellar las rubias masas de oro,  
Que el corvo arado en céspedes sedientos  
Al pasar descubrió de un gran tesoro,  
Mas prestos en mirar, ni mas atentos  
Al ruido vuelven del metal sonoro,  
Ni por ellos al alma entró en un punto  
Mayor deleite y sobresalto junto,  
Que en el alma del persa la divisa  
De los primeros puso de su dama,  
Si bien la priesa con que va le avisa  
Del conocido riesgo de su fama:  
Y así sin pedir cuenta, ni pesquisa,  
De quién, dónde, ó por qué? feroz derrama  
Por la espada sus zelos, y su brazo  
Del tierno cuello rompe el torpe lazo.  
No era el bárbaro amante tan sin brío,  
Ni en su alfanje tan muertos los aceros,  
Que no pensase en limpio desafío  
Su opinion defender á diez guerreros;  
Antes al paso con feroz desvío,  
De en medio de sus bravos compañeros,  
Desnudo sale á defender su fama,  
Que es de las dos la mas querida dama.  
No le fue al rey tan fácil la victoria  
Con la desnuda gente que acudia,  
Que mientras la ganó perdió su gloria,  
Y el nuevo gusto que hallado habia:  
Ora le fuese oculta, ora notoria  
La espada que por ella combatia,  
Mientras duró el reñir, por mas segura,  
Huyendo se escondió en una espesura.  
Al antes victorioso rey, vencido  
Los rigores dejaron de su estrella,  
Seguro de que ya era conocido,  
Pues tanto huye su enemiga bella:  
Siguiera el rastro, mas el rastro ha sido  
En todo tan sin él, y él tan sin ella,  
Como el que antes soñando halló un tesoro,  
Que al despertar se huyó en la sombra del oro.  
El jayan corzo á la contraria parte  
Paz acudió á poner, ó nueva guerra,  
Que como en raso campo un feroz Marte

Con todos en monton confuso cierra;  
Y en tantos golpes su furor reparto,  
Que aquel, á este, y al otro echa por tierra,  
Huyendo los demás, como sin tiento  
De un feroz toro el vulgo alharaquiento.  
Y juntos los guerreros valerosos  
A pié se entraron por la selva espesa,  
Con pasos y con ojos cuidadosos,  
Aunque á fin vario, y diferente empresa:  
Morgante á sus encuentros belicosos,  
Orimandro buscando á la princesa,  
Sin hallar por los campos en tres dias  
Mas que de alarbes pobres rancherías,  
Cuando una noche lóbrega sin tino,  
El valle que un preñado monte hacia  
De un apartado fuego del camino,  
Albergue al parecer les ofrecia:  
Siguen la luz, y al pié de un crespo encino  
Plantado un pabellon vieron que habia;  
Y al grueso hogar una abundante cena,  
Vacía de gente y de aparato llena.  
Las blancas mesas por las frescas flores  
De pichels cargadas y de tazas,  
Sobre grasicentas brasas asadores  
Humeando llenos de diversas cazas;  
Seis ginetes caballos corredores  
Paciendo al prado sus peiores plazas,  
Y por principio del convite aciago  
De fresca sangre un espumoso lago:  
Tres armados varones recien muertos,  
Las armas y los cuerpos destrozados,  
Unos de heridas sin piedad abiertos,  
Otros á crueles golpes desmembrados;  
Sin hallar de tan varios desconciertos  
La victoriosa espada, ni sobrados  
Los que al triste marcial campo sangriento  
Dueños pudiesen ser del vencimiento.  
La cena y el combite placentero  
En triste cena trágica mudado;  
Las trastornadas tazas, que el postrero  
Licor, aun no han del todo derramado:  
Por las brasas humeando el ciervo entero,  
El tierno corderillo medio asado:  
Del jabalí el testuz, la espalda entera  
Del carnero, y de leche una ternera.  
Morgante alegre con la hallada cena,  
Recurso de la hambre que traia,  
Sin aguardar mas huéspedes, condena  
Por plato suyo cuanto en torno habia:  
Sientase á la abundante mesa, llena  
Ya de lo que antes sobre el fuego habia,  
Y sin hacerle salva al compañero  
Por ante se comió un venado entero.  
El prudente Orimandro, mas atento  
A lo que falta allí, que á lo que sobra,  
Con alma busca prouida el intento  
De los fieros autores de tal obra;  
Y repartido en mil el pensamiento,  
En ninguno quietud segura cobra,  
Que un triste de continuo tiene el pecho  
Nueva oficina de desgracias hecho.  
Parécele que suena en la montaña  
Rumor de gente, salta de la mesa,  
Y el quebrado eco de la voz estraña  
Buscando se entra por la selva espesa;  
Y no mucho en su bosque se enmaraña,  
Cuando oyó del Catay la gran princesa  
Que al cielo favor pide, y el herido  
De su violencia el alma dió el oido.  
Y en mas velocidad que al centro lleva,  
De un grave cuerpo el peso violentado,  
O de prudente mago á la voz nueva,  
Alma sutil, ó espíritu apremiado,  
A dar de un risco fue á una oculta cueva,  
De adonde el bello bulto destrozado

Sacaban dos alegres caballeros,  
 Ya con tiernos halagos, ya con fieros.  
 Quieren á fuerza de la suya injusta  
 Poner en ella el gusto que no tiene,  
 Mas el celoso amante, á quien la adusta  
 Cólera hasta privarle el seso viene,  
 La espada aprieta, y con virtud robusta,  
 Feroz, ni se embaraza, ni detiene  
 A darles de sí cuenta, ni tomalla,  
 Ni pedir ni ofrecerles la batalla.  
 Mas con celeridad arrebatada,  
 «Afuera, dice, pueblo vil y obscuro,  
 Indigno de beldad tan acabada,  
 De fe sin ley, y de hábito perjuro;»  
 Y á no ver con sus lazos enredada  
 Su hermosa yedra en el infame muro  
 Que en su honor carga, con la espada fuera  
 La primer salva, y prevencion primera.  
 Y los dos, á quien mas temores causa  
 El acto infame que el contrario esquivo,  
 En la primer fuerza hicieron pausa,  
 Y á la segunda ofrecen pecho altivo:  
 Quedó de la cuestion libre la causa,  
 Que mientras dura, en paso fugitivo  
 Huyendo á tiento por la selva obscura,  
 Ni aquí está, sin temor, ni allí segura.  
 No fue el combate mucho, que el enojo  
 Y la razon lo era del persiano,  
 Y así aunque en defender su torpe antojo  
 A los dos puso su ánimo liviano,  
 A pocos lances sobre el campo rojo  
 Con sangre propia firman de su mano,  
 Que del torpe deleite la bebida,  
 O con la honra se escota, ó con la vida.  
 Murieron ambos, que á los golpes fieros  
 Del persa no hay escudo que resista,  
 Y él victorioso ya, con piés ligeros  
 Su dama busca, y con atenta vista:  
 Mas aunque vió á los árboles postreros  
 Parir del bosque en argentada lista  
 El rubio sol, no vió el de su cuidado,  
 Que ama ingrata beldad, y es desamado.  
 Y seguir al amor sin la ventura,  
 Es tropezar continuo en la desgracia:  
 Otro sus pasos siga, ó su locura,  
 Que yo á Morgante vuelvo, y en su gracia,  
 Al frio silencio de la noche obscura  
 Quiero á su mesa ver como se espacia  
 En el brindar el mosto, que el gigante  
 Un mar se beberá que halle delante.  
 De gruesa vianda lleno el vientre hambriento,  
 Y del dulce licor ocasionado,  
 A solo el gusto de su gula atento,  
 En vino quedó y sueño sepultado,  
 Hasta que al desacuerdo soñoliento  
 La luz del dia gastó, y se halló cercado  
 De la escuadra infeliz, que en triste suerte  
 De entre las tazas se bebió la muerte.  
 Admiróle el estrago, y ver perdido  
 Su altivo compañero, y por buscallo  
 Al entrar en el bosque oyó ruido  
 De un triste llanto en el vecino valle:  
 Siguió la voz, y halló al combez florido  
 De la salida de una umbrosa calle,  
 Llorando sobre un muerto caballero  
 La preciosa lealtad de un escudero.  
 Eran los muertos dos, mas solo al uno  
 Con ternura lloraba el fiel sirviente:  
 Llegó el jayan, cesó el llanto importuno,  
 Temiendo que la espada sea valiente  
 Que con vida de dos dejó á ninguno:  
 Quiso medroso huir, viendo presente  
 Tal bulto; mas detúvole el gigante,  
 Por saber del suceso lo importante.  
 Y habiéndole mandado le dé cuenta

¿Qué origen han tenido aquellas muertes?  
 ¿Quién alcanzó victoria tan sangrienta?  
 ¿Qué espada llegó á dar golpes tan fuertes?  
 ¿Qué se hizo el vencedor, por cuya afrenta  
 De venganza se dieron tantas suertes?  
 El siervo humilde al corzo antojadizo,  
 Temblando, en todo así le satisfizo:  
 «Larga tragedia, casos lastimosos  
 Son los que me pedis, señor, que os diga,  
 Que pechos falsos, y hombres engañosos,  
 Así el cielo y su culpa los castiga:  
 La Arabia dos hermanos belicosos  
 De obscura sangre dió en virtud mendiga,  
 Que arrogantes, soberbios y valientes,  
 De Mahoma se fingen descendientes.  
 Fueron Gerber, y el poderoso Argante,  
 A quien por su traicion y valentia  
 La fortuna en favores abundante  
 Reyes de humilde sangre hizo un dia:  
 Este el cetro de Fez rige triunfante,  
 De Trípol le dió al otro en Berberia  
 Silla y corona, y hoy la incierta guerra  
 Triste sepulcro en esta inculca sierra.  
 Aja, una mora, á quien la adversa suerte  
 Para nuevas tragedias echó al mundo,  
 Reina de Trípol fue, de Origio el Fuerte  
 Mujer aleve y cruel, de pecho inmundo,  
 Que dió á su esposo fiel traidora muerte,  
 Y tras él á Geber cetro segundo,  
 Subiendo á rey de Trípol el tirano  
 Por el favor de su alevoza mano.  
 No fue el nuevo adulterio en sus antojos  
 La última liviandad que en ellos hizo,  
 Que en otros muchos sus risueños ojos  
 Varios contentos levantó y deshizo;  
 Hasta que toda al fin se dió en despojos  
 A Artabano, este moro advenedizo,  
 Que ante tus piés el corazon abierto  
 De ese golpe de espada está ahora muerto.  
 A su delito igual la justa pena  
 Le dió la muerte; advierte ahora el sino  
 Por donde el discurrir del cielo ordena  
 A cada vida el fin de su camino:  
 Argante, de ambicion el alma llena,  
 Casamiento pretende peregrino  
 En Acaya, y Geber su incauto hermano,  
 Para darle favor se ha puesto en vano.  
 Querian robar á la cretense infancia  
 Juntos los dos hermanos de concierto,  
 Y á esto con sus bajeles, y con cuanta  
 Gente pudo, Geber salió del puerto:  
 Mas un frio Cierzo con braveza tanta  
 Barrió del mar Carpacio el seno abierto,  
 Que el dia que pensó llegar á Acaya,  
 Arribar le forzó á su misma playa.  
 Y en tanto que de Trípol el tirano  
 Por la mar forcejaba contra el viento,  
 Su casta esposa en brazos de Artabano  
 La honra vendia por un vil contento;  
 Y así rindió su corazon liviano,  
 Que por no mudar gusto, mudó asiento,  
 Y la patria trocó, el honor, y estado,  
 Por el adulterino ingrato amado.  
 Salíó con él robada el mismo dia  
 Que el rey volvia á su abrigado puerto  
 De adversa suerte lleno, y de alegría  
 A ver la pena de su mal concierto:  
 Lloró el perdido honor, y al que huía  
 Con él siguió y prendió, y á este desierto  
 Vino á morir con su traidora espada,  
 Que el cielo es justo, y no perdona nada.  
 Alcanzóle en la mar, prendiéndole vivo,  
 Que por mas se vengar no le dió muerte,  
 Y por cobrar, teniéndole cautivo,  
 De su áspera Goleta el risco fuerte:

Guardó la ingrata vida este motivo,  
Cuya mano ¡tal es la humana suerte!  
La suya quitó al rey, que dejó acaso  
Su gente en guarda de un estrecho paso.

Y con el preso, y este incauto moro  
Por su guarda, llegó á esta estéril sierra,  
En cuya verde falda un bulto de oro  
Ofender vieron con injusta guerra;  
Una dama, que el mundo en su tesoro  
Otra joya de igual primor no encierra,  
En poder de unos bárbaros feroces,  
Contra quien daba en su defensa voces.

Libraron con su fuerza á la que pudo  
Con la suya rendir sus torpes ojos,  
Y al tirano Geber suspenso y mudo  
En su gusto sembrar nuevos antojos:  
No sé si aquí me engaño, mas no dudo  
Del triste estrago destes campos rojos,  
Que en lugar de la adúltera quieria  
Que la nueva reinase en Berbería.

Este gallardo jóven, cuya muerte  
Triste presagio de la mia ha sido,  
Y su real nombre Bahamel el Fuerte,  
Y de Orgio primo y sucesor querido;  
O ya rendido de la misma suerte  
Del bello rostro en llanto consumido,  
O que con la ocasion quisiere en ella  
Cobrar de un golpe el reino, y la doncella.

Hecho su oculto trato con el preso,  
Y de armas prevenido de su mano,  
Feliz á los principios el suceso,  
Suya fue la virtud, y de Artabano:  
Matan al rey Geber, matan tras eso  
Del rudo pueblo el escuadron villano,  
Que él trazando su amor, y ellos su cena,  
De nada estaban con temor ni pena.

Vuelto sangriento lago el aparato  
Del banquete real, vió la floresta  
Entre tazas y muertos un retrato  
De los Centauros en su horrible fiesta:  
Huyó la bella dama con recato  
De la turbada mesa descompuesta,  
Siguiéndola cual diestros cazadores  
De la matanza cruel los agresores.

Destá vecina gruta en las entrañas  
Huyendo se escondió, los dos tras ella  
Victoriosos desvuelven las montañas  
Al terbio rayo de una obscura estrella,  
Cuando entre ásperos riscos y espadañas  
Su luz la descubrió cual Diana bella,  
Que al romperse la hueca nube fria  
Hurtando sale la hermosura al dia.

Mas, ahora al fin de la cruel matanza  
Algun furor quedase con la vida,  
O el justo cielo diese á la venganza  
Del caso atroz tan misera salida;  
Casi triunfando ya de su esperanza,  
Y por la frente la ocasion asida,  
La vuelta daban de esa gruta obscura  
Con la recién hallada hermosura:

Cuando un soberbio bulto denegrido  
Las sombras amasaron desta sierra,  
Del ciego infierno á castigar venido  
Los alevs destrozos de tal guerra:  
Mas que de acero, de rigor vestido,  
De dos golpes cual ves echó por tierra  
Las malogradas vidas, que en una hora  
Venus triunfantes vió, muertas la aurora.

De la infeliz tragedia por pestigo  
Yo solo me salvé en la gruta obscura,  
Medroso que del cielo al fiel castigo  
No habia en el mundo ya parte segura;  
Cuando del vientre obscuro, cuyo abrigo  
El temor me prestó, vi una figura  
En horrible anhelar sembrando fuego,

Que este mundo alumbró, y se apagó luego  
Así el medroso moro al rey Morgante  
De su infeliz tragedia acabó efuente,  
Y él viendo la honda cueva, que delante  
Con horrible preñez se traga el viento,  
Sintió en su hueco tumbo resonante  
Nuevo rumor, y con gallardo aliento,  
Sin mas escudriñar causas ni efectos,  
Entró á ver de sus senos los secretos.

Tembló el hinchado monte, gimió el valle,  
Y vomitó la cueva un fuego horrible,  
Huyó el cobarde moro, que á tornalle  
El amor de Bohamel no fue posible:  
Lo que al corzo le avino abriendo calle  
Por el obscuro cóncavo invisible,  
Ni aun para dallo ahora en breve suma  
Palabras tiene ni lugar mi pluma.

Monstruosas sombras, ásperos portentos,  
Preñeces fueron desta cueva obscura,  
Que al estrecho rigor de mis intentos  
En tiempo esceden hoy, y en coyuntura:  
Otra trompa les dé claros acentos,  
Basta al contesto y fin desta escritura  
Que el mismo dia salió el corzo triunfante,  
El fino arnés vestido de un gigante.

Del esforzado Anteó, que fue hijo  
De la fria tierra, está la urna eminente  
En la alta gruta de un peñasco fijo,  
De un cuajado cristal resplandeciente;  
En cuyo seno halló el bulto prolijo  
De escamados artejos de serpiente,  
Que por arnés el monstruo se vestia,  
En perlas anudado y pedrería.

Tuvo á las faldas desta inculca sierra,  
Con Alcides una áspera batalla,  
Alcides que en los puntos de la guerra  
Ni al mundo otro mayor ni igual se halla;  
Y el hijo altivo de la humilde tierra  
Así el perdido aliento halló al tocalla,  
Que el caer al golpe de la hérculea clava,  
La primer fuerza que perdió le daba.

Hasta que el héroe invicto el cauto pecho  
Del suelo levantó, y suspenso en calma,  
Los músculos cerró en un nudo estrecho,  
Que al perezoso cuerpo exaló el alma,  
Dejando al vencedor nuevo derecho  
Del libio reino, y del honor la palma,  
Y á esta cueva en blason de sus porfias  
Su fino arnés, y sus cenizas frias.

Hércules por trofeo á su victoria,  
La limpia clava que forjó Vulcano  
Al sepulcro añadió, para memoria  
Que allí lo abrió su poderosa mano:  
Y el corzo rey en nueva vanagloria,  
Vestido el serpentine arnés ufano,  
Al salir pareció la clava al hombro,  
Nuevo Alcides del mundo, y nuevo asombro.

De un escamado cuero de serpiente,  
Que en oro cada escama se cogia,  
Cuya ancha boca la arrugada frente  
Y áspero cuello del jayan ceña,  
Hecho un feroz dragon resplandeciente  
Dejó la cueva, y el siguiente dia,  
Al liso pié de un álamo sombrío,  
Un caballero vió al raudal de un río,

Que apesar de la ardiente siesta el punto,  
Y del seco aire la tostada llama,  
Se aprestaba, y cabe él vivo el trasunto  
De la belleza en hábitos de dama:  
Mas del campo de Francia el grave asunto  
A dar noticia entera de él mellama,  
De su gente, sus fiestas, y de cuanto  
Al mundo en sus bravezas causa espanto.

**ALEGORIA.**

Por Bernardo, que habiendo visto en los encantamientos del Carpio la clara sucesión de su linaje no trata mas de buscar á Arcángelica, se muestra, que el varon heroico, que antes caminaba tras el gusto de sus apetitos, habiendo llegado á la contemplación y verdadero desengaño de lo porvenir, y a enterarse en los grandes premios de gloria que le están prometidos en el otro mundo, de todo punto olvida y deja lo que antes le traía destraido, y procura acompañado de virtudes volver á la obediencia y jurisdicción del entendimiento, de adonde los deseos de venganza le habian sacado.

Hallarse Orimandro y Morgante en los arenales de Africa, despues de haber dado una vuelta al mundo, siendo Orimandro figura del entendimiento, y Morgante de la voluntad, es decir, que sin la memoria, entendida por Reinaldos, aunque uno haya dado vuelta á todas las grandezas del mundo, se hallará en un arrenal estéril y desierto, y sin acordarse de cosa alguna mas que si por él no hubieran pasado.

Las desgracias de Angélica, tan arrojada de unas en otras, dicen al natural la vida de una mujer distraida y dada á las libertades de su antojo. En la tragedia de Arminda y Leoncio se descubre la crueldad de las mujeres, que como por la mayor parte les falta prudencia, son crueles por exceso. En la tragedia de Artabano, se pinta el lamentable y desdichado fin de un adúltero.

En Morgante, que habiéndose perdido de Orimandro, gana las armas de Anteo, hijo de la tierra, se significa, que en apartándose la voluntad de la luz del entendimiento, toda se arma y viste de cosas de la tierra, sin quedarle mas que algunas cortas inspiraciones del cielo, entendidas por la clava de Hércules.

**LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.**

**ARGUMENTO.** Atemoriza á Carlo Magno un espantoso sueño, interperálto Malgesi, Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déjense por ellas las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africa, á la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar de ella sobreviene Morgante que lo estorba, y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biseria, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España: Orimandro halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura

Ya en este tiempo el bélico aparato  
Del francés campo, con marchar sonoro  
Al son de los clarines, y al rebato  
De las trompetas y los lirios de oro,  
La fama con las sombras del retrato  
De su grandeza, al africano, al moro,  
Al montañés, al asturiano, al godo,  
Todo lo asombra, y lo alborota todo.

Decretóse en París, que á la importancia  
Del francés brio, la imperial persona,  
A toda diligencia y toda instancia,  
Al campo baje que venció á Girona:  
Que alli le siga lo mejor de Francia,  
Invicto cerco de su real corona,  
Suspendiendo las fiestas para cuando  
Con los demás se cobre el fuerte Orlando.

Llegaron en un tiempo los franceses  
Con su César al campo belficoso;  
Roldan por varios trances y reveses  
Buscando el español brazo brioso,  
Que de él probó y Dudonio los arneses,  
Y de ambos salió libre; y victorioso  
Reinaldos, de haber hecho con su vuelo  
Una raya en la mar, y otra en el cielo.

Trajo tras sí de Amon el hijo amado  
Del muro antiguo las estatuas de oro,  
Que la codicia del metal preciado  
Con ella aumentar hizo el tesoro:

Del rey Artus el cuerpo sepultado  
En rica tumba de metal sonoro,  
A la ancha puerta de la sala estuvo  
Los siglos que su estrella le entretuvo.

De allí el etéreo cuerpo, ó sombra humana,  
Aun no del todo adelgazado en viento,  
Con blando curso por la esfera vana  
De aire volaba en débil movimiento:  
Cuya fantasma, aunque al mover liviana,  
Al sepulcro dió nuevo movimiento,  
A la roma figura y breve amago,  
Que á un cerco obscuro hizo el francés mago.

Al fin con la sagaz lección del sabio,  
Que los mundos gobierna del Poniente,  
El encantado pueblo el vil resabio  
De su metal perdió resplandeciente:  
Sembró la fama en placentero labio  
La gran resurrección del pozo ardiente,  
Alegróse el real, y el campo ufano  
Con la vista creció de Carlo Mano.

Manda otra vez en honra de su gusto  
Que de nuevo se vistan de alegría  
Las resfriadas fiestas, premio injusto  
De un deseado malogrado dia:  
Crecen al débil pecho y al robusto  
Orgullos que la ardiente sangre cria,  
Y abre un fresco placer al pensamiento  
La vecina jornada del contento.

Así tal vez de entre los cuernos de oro  
Del toro alegre de calor fecundo,  
El rubio alegre sol siembra el tesoro  
De Flora, y llueve regocijo al mundo:  
Crece en las selvas el parlero coro  
De las aves sin dueño, el mar profundo  
Serena sus riberas, rien sus playas  
En crespas olas y argentadas rayas.

Tal del campo francés fue el alborozo,  
Tal de sus claros héroes la venida,  
Tal de sus almas el ardiente gozo,  
Que á las ya muertas fiestas dieron vida:  
Mas siempre este placer trajo rebozo,  
Siempre en estrella se trazó impedida,  
Siempre huyendo fué, y de lance en lance  
Nunca á sus trazas dió el contento alcance.

Por la renunciación de Alfonso el Casto  
Se comenzó en los campos de Girona,  
De allí por nuevo azar mudó su gusto  
A Perpiñan del César la corona:  
Ya en París con rumor confuso y vasto  
Le pregonó la fama; hoy le pregona  
En Limojes, y al fin de dia en dia  
Tarde amanecerá el de su alegría.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro  
Templaba al rojo carro las centellas,  
Desguarneciéndolo al mundo del tesoro  
De su luz, y bordándolo de estrellas:  
Del yugo ardiente las coyundas de oro,  
Las rubias horas, y las ninfas bellas  
Le desatan, y puestas en contorno  
De magestad le sirven, y de adorno.

Quién las riendas le toma de la mano  
Cargadas de encendida pedrería,  
Quién la corona, quién el manto ufano,  
Que el cielo y tierra visten de alegría;  
Quién peina á su cabello soberano,  
La luz de adonde al mundo nace el dia,  
Quién le alivia el calor, quién la mañana  
De oro en rocios de olor le temple y baña.

Quién el fogoso pértigo levanta  
Al carro que anda trastornando sinos;  
Quién los caballos da, quién los enmanta,  
Frenos tascando de diamantes finos;  
Quién de los piensos de la ambrosía santa  
A sus pesebres da colmos divinos  
Y quién le carga á la encubierta noche

De dulce sueño el enlutado coche.

Apoderóse la quietud callada,  
En sesgo vuelo y pasos descuidados,  
De la fría tierra sin color sembrada,  
De nuevos animales desmayados,  
Al sabroso sosiego encomendada  
La importuna batalla de cuidados,  
Las doradas estrellas encendidas  
Sus cursos abreviando y nuestras vidas.

Cuando en la sala real ardiendo en oro,  
En blanda pluma, y en pomposo lecho,  
Al grave César hurtan el tesoro  
Del sueño los cuidados de su pecho:  
Cércale el alma y sin guardar decoro  
Al tiempo, á la persona, ni al provecho,  
En parlero silencio no se halla  
Cosa que en su quietud no ande en batalla.

Entre el rico brocado y blando lino  
Reposo busca en vano de mil modos,  
Aquí vuelve y allí, y ningún camino  
De paz encuentra, aunque los prueba todos;  
Que el descuidado sueño en mejor tino  
Viene á la humilde plebe que á los godos,  
Y siempre goza dél en mayor suma  
La seca paja, que la blanda pluma.

Tras larga noche al fin el dulce frío  
Del alba, en perezoso y tardo sueño,  
El rostro le bañó, y con su rocío  
La pasada inquietud quedó sin dueño:  
Huyeron los cuidados, perdió el brio  
Y de la altiva magestad el ceño  
Quedando en el olvido, y el semblante  
A los demás mortales semejante.

Mas como el gran sentir de una alma grave  
Mayor estruendo y máquina revuelve,  
De interiores figuras, el suave  
Sueño, que en la del César ya se envuelve,  
Al real tesoro destorcido la llave,  
Y en pomposo aparato y forma vuelve  
Cercado de fantasmas fugitivas,  
Que aunque son muertas le parecen vivas.

Y por la ociosa y libre fantasía  
El pintado Morfeo, en el concurso  
De un grave teatro representa y guía  
De nuevas cosas un fatal discurso;  
Y en unos valles lóbregos, que el día  
Ni el sol alcanza á trastornar su curso,  
Por entre pardas grutas y anchas quiebras,  
De dragones peñadas y culebras;

Cercado de sus bravos paladines,  
En pomposo ademan caza gallarda  
Empezar le parece, y que á los fines  
Del monte un rojo leon feroz le aguarda,  
A quien de aquellos riscos los confines  
Por su defensa tienen, y por guarda  
De un rico árbol que lleva pomos de oro,  
Mejor que Atlante, y de mayor tesoro.

Aficionó al francés la nueva fruta,  
Y la piel roja del leon gallardo,  
Y con sus doce príncipes la gruta  
Altivo escala, y sube al risco pardo,  
De donde cada cual le da y tributa  
Al desenvuelto leon un presto dardo,  
Que él victorioso en su escombrada plaza  
Con dientes y uñas rompe y despedaza.

No queda flecha sana, ni arma entera,  
Que no destruyen sus valientes garras,  
Solo se salva el que ligero afuera,  
Saltando del palenque, huye las barras  
De sus lanzas: la suya por postrera,  
Ya en posturas lanzar queria bizarras,  
Confiado de le dar con ella alcance,  
En presto golpe y en seguro lance.

Cuando el limpio venablo en brio certero  
Rompiendo el aire el rey dormido arroja;

Mas no tan presto el relumbrante acero  
Del crespó cerro halló la espalda roja,  
Que atrás reció tornó, volviendo entero  
Al rey, que huyendo va en mortal congoja.  
Por no hallar de las suyas arma entera,  
Que todas las rompió y tragó la fiera.

Sueña que huye entre quebradas breñas  
Del monstruo horrible que tragó á los doce,  
Sobre difuntos cuerpos, cuyas señas  
En obscuras fantasmas desconoce;  
Cuándo en las puntas de unas altas peñas,  
Que un cielo hacen que la vista goce,  
Sobre columnas de cristal parece  
Que una abultada real máquina crece.

De un suntuoso palacio alto motivo  
De arquitectura y mármoles de pario  
Bellas estatuas, donde el bronce vivo  
Magestad crece sobre el jaspe vario,  
Vuela la pompa, sube el arco ativo  
En hombros de oro su alto lacunario,  
Cargado de bellísimos despojos,  
Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.

Gime la firme tierra con la carga  
Del palacio y su inmensa pesadumbre,  
Que es donde menos el valor se alarga  
Cristal los frisos, y oro la techumbre;  
Y de hadas allí de vida larga  
Una sombría y ciega muchedumbre,  
Dando á Demogorgon, que está presente  
Pesadas quejas dél, y de su gente.

A cuya cruel venganza, por decreto  
De las obscuras parcas, de unas quiebras  
Salir horrible vió á la furia Aleteo,  
A peinar sobre Francia sus culebras;  
De quien llover notó fuego secreto  
Entre sus negras marañadas hebras  
A su infeliz ejército, de modo  
Que todo ardia, y lo abrasaba todo.

Las demás furias del confuso averno  
Blandones vió arrojar y hachas ardientes,  
Y al cruel barquero del pasaje eterno  
Por una barca hacer dos largas puentes:  
Vió ensancharse los senos del infierno  
Para hacerse capaces de mas gentes,  
Y que las parcas no podían unidas  
Los hilos cercenar de tantas vidas.

Bien que de un mago cerco la figura  
El fuego ardiente sin pensar le apaga,  
Y con los rayos de otra nube obscura  
El un incendio al otro incendio traga;  
Cuando al rey del cuidado la apretura  
Lo dulce así de su quietud le estraga,  
Que el sueño le escondió, y él sin aliento  
Manos y ojos abrió, y asió del viento.

Turbada el alma, el pensamiento lleno  
De las medrosas formas que antes via,  
Suspense mira de la luz el seno  
Donde murió su sueño, y nació el día;  
Y aunque ve que es el delirar sin freno  
Vana obra de inconstante fantasía,  
Por mas que de la suya alza la mano  
Sacudir de sí el miedo intenta en vano.

Al fin de graves causas lleno el pecho,  
En la real cuadra, de su altiva gente  
Un sabio y noble parlamento hecho,  
En silla de oro y en diadema ardiente  
Del sueño prodigioso el nudo estrecho,  
Que su alma ciñe y su memoria sienta,  
Largo discurso hace, á quien seguro  
Consejo pide y luz en tanto obscuro.

«¿Qué sombras, dijo, en varias impresiones  
De nuevo el santo cielo á mi alma envía?  
¿Qué agüeros, qué prodigios, qué visiones  
La noche asombran, y le afean el día?  
¿Qué llamas, qué sombríos escuadrones,



Qué fiero leon, qué nueva montería  
 Mis ojos vieron? ¿deste peso grave  
 Mien á mi pecho hará un rigor suave?»  
 Dijo, y en varios pareceres puesto  
 Del fatal sueño juzga el gran senado  
 Lo que al olvido puede dar mas presto,  
 Entre pena menor, menor cuidado;  
 Que la lisonja pudo, y puede en esto  
 Así á su gusto interpretar el hado,  
 Y el curso trastornarle por tal senda,  
 Que antes el daño llegue que se entienda.  
 Mas el mago francés, que está presente,  
 Del ignorante delirar se admira,  
 Y cuan sin miedo el lisonjero diente  
 La verdad muerde, y mascara la mentira;  
 Y bien que escucha, y calla, advierte, y siente!  
 El triste blanco á donde apunta y mira  
 En su presagio el cielo por entero  
 De aquel sueño fatal el triste agüero.  
 Viendo que los demás en él ya puestos  
 Los cuidadosos ojos, del semblante  
 Con que oye los oráculos propuestos  
 Rastreando van del caso lo importante;  
 Así al César por términos modestos  
 El hado por venir pone delante,  
 Y la revolucion de un mundo ambiguo  
 De las estrellas baja al pueblo amigo.  
 «Prosperé el cielo, y como puede haga  
 Mi miedos incierto, y vana mi sospecha;  
 Y si es que á no herir tal vez amaga,  
 En esta deje la esperiencia hecha:  
 Crezca el valor francés; mas si empalaga  
 Su grandeza á los hados, ¿qué aprovecha,  
 Contra el rigor de inevitables daños,  
 Dorar lisonjas, ni afeitar engaños?»  
 La ardiente llama de las negras celines  
 De la discordia que en tu gente ardia  
 Dirá de tus soberbios paladines.

Presto la furia y la paciencia mia:  
 El rojo leon, que á mas sangrientos fines  
 Su dulce caza el hado incierto guia,  
 De dragones cercado, y de culebras,  
 En ciegos valles, y en profundas quebras,  
 Es el invicto Leon, reino de España,  
 De africanos dragones rodeado,  
 De cuyas garras y atrevida saña  
 No hay asta entera, ni venablo armado  
 Sino es el tuyo, al tuyo no le daña,  
 Tú solo volverás, solo á ti el hado  
 La vuelta otorga en su infeliz desastre,  
 Los demás ¡ay de mí!... mas esto baste.»  
 Rieron unos, y otros mas prudentes  
 Del sábio ponderaron las razones,  
 Conforme el gusto y causas diferentes  
 Con que alargan, ó enfrenan sus pasiones,  
 Hasta que Montesinos, de elocuentes  
 Palabras, y de honradas pretensiones,  
 Viendo en los de Maganza el regocijo  
 Con que de Malgesi se burlan, dijo:  
 «Despues que del traidor Rangorio el brazo  
 De ilustre sangre el Mopsa dió cubierto,  
 Y el conde don Grimaldo en el regazo  
 De la universal madre cayó muerto;  
 Viuda la mia ya del dulce lazo  
 Que una traición deshizo en San Lamberto,  
 A España huyó, llevando en compañía  
 A mi hermano, y á mí, que aun no vivia.  
 Allí se retiró de su violencia,  
 Y allí yo, en el rigor de una montaña,  
 A ver salí del cielo la presencia,  
 Y el primer aire respiré de España:  
 Allí el nombre me puso la inclemencia  
 Del peñasco sitio y tierra estraña,  
 Allí es mi patria, aunque de Flandes vengo;  
 De España soy, por español me tengo.  
 Es de Fuente Grimaldo la alta sierra,

Fúnebre pira á los heróicos huesos  
De mis difuntos padres, donde encierra  
De un triste fin mil trágicos sucesos:  
Cuando en mi sangre real la ingrata tierra  
De Francia hizo tiránicos escesos,  
Y la enemiga patria parricida  
A su antiguo señor dejó sin vida.

Los perseguidos huesos desterrados,  
En sangrienta urna humilde recogidos,  
Del español Alfonso acariciados,  
En pompa ilustre fueron recogidos  
Con los demás tras ellos arrojados:  
Ni ambos ya por nacer, ni ambos nacidos,  
Que en lo mejor de la española tierra  
Mando en la paz nos dió, y honra en la guerra.

Mi hermano don Teobaldo de Guevara,  
Del rey navarro, y de su hermosa hija  
Esposo, y yerno, en posesion mas clara  
El comenzado domicilio abja:  
A mí del Casto la prudencia rara  
Por su embajador hizo que me elija  
Al César, donde en la ocasion presente  
Por razon le granjee, ó por pariente.

Y así á las importantes que he propuesto  
Para que esta jornada se desista,  
Lo mucho de ambicion y poco honesto  
En que se funda examinada y vista,  
Juntando á las demás que ha dicho y puesto  
En sabia copia, y en prudente lista,  
Malgesí, los agüeros, y el aviso,  
Que en ellos dar el cielo al César quiso.

Digo que en zelo santo y noble pecho  
Dejar se debe el bélico aparato,  
O volver de las armas el pertrecho  
Contra la gente infiel del pueblo ingrato:  
Contra las maurus sierpes, que á despecho  
De la ley santa en infernal retrato  
El español distrito tienen puesto  
En daño grave, y riesgo manifiesto.

Y que seguir el curso de las cosas  
Es hacer la pasion que ahora las guia  
Las enemigas armas poderosas,  
Y dar rendida España á Berbería:  
Y á las naciones al cristiano odiosas  
Con la nuestra aprobar su tiranía,  
Y darse del sin ley pueblo precito  
Cómplices en la culpa y el delito.

El desnudar el alma de ambiciones,  
Mostrar la saña y cólera medida,  
Y en freno de oro gobernar pasiones,  
Dando á las leyes con la suya vida,  
Es propio de cesáreos corazones,  
Del pecho real la senda mas sabida:  
Esto es ser rey, reinár en sí primero,  
O sea el reino un lugar, ó el mundo entero.

Mas pensar que el soberbio cetro de oro,  
La ardiente mitra y la imperial corona,  
Tengan su magestad en el tesoro,  
Mas que en el pecho heróico y real persona:  
Que sea mas rey, quien del cristiano ó moro  
Mas reinos gana y cetros amontona,  
Es tiránico abuso, es desatino  
De la grandeza y magestad indino.

Y así al que en parecer contrario fuere,  
Y en lisonjero labio alzare vientos,  
O con vanos discursos pretendiere  
Negar, ó deshacer mis fundamentos:  
A uno, á dos, y á tres, y á los que hubiere  
Desta opinion, yo solo en sus intentos,  
Si á ver mi espada, y á probarla llegan,  
Confesar les haré lo que ahora niegan.

Dijo, y un sordo murmurar confuso  
Se derrama en el grave parlamento,  
Que en diferentes opiniones puso  
De la resolucion el alto intento:

A unos del bravo paladin compuso  
El gallardo ademan y altivo aliento,  
Y á otros el dulce razonar severo,  
Y á otros del César el soñado agüero.

Mas el soberbio Orlando, ó ya ofendido  
Del reto y desafio disfrazado,  
Con que en brio colérico encendido  
Tras si quiso arrastrar todo el senado,  
O por sus mismas causas desabrido,  
O de su altivo honor disimulado,  
En arrogante tono, y voz severa,  
Al montañés habló desta manera:  
«Son de los reyes los intentos altos  
Ocultas sendas á la humilde plebe,  
Por mas que el seso en temerarios saltos  
La inteligencia busque que los mueve;  
Y así en grandeza pródigos, ni faltos,  
La imprudencia inferior juzgarlos debe,  
Ni darles tasa, regla, traza, ó modo,  
Sino adorarlo y admirarlo todo.

Tú si á pedir veniste desafio  
Contra Oliveros, hijo de Rangorio,  
Por vengar de tu padre el cuerpo frio,  
Y la agraviada sangre de Sertorio;  
Allá al campo aplazado guarda el brio,  
Allá pon leyes, y te haz notorio;  
Mas si acaso del Casto rey gallego  
Al César traes razon, ó humilde ruego,  
Propon el caso, ordena de otra suerte  
En inferior estilo tu embajada,  
Negocia humilde que su campo fuerte  
Por bien de paz suspenda la jornada:  
Que la sentencia, y el rigor de muerte,  
Ya contra España y su arrogancia dada,  
Se dilate algun tiempo, ó trueque el modo,  
Sino es posible revocarse todo.

Mas querer por tu antojo dar medida  
A los grandes motivos de la empresa,  
Y á tus vanos discursos reducida  
Sin mas razon la magestad francesa,  
Es loca presuncion, lengua atrevida,  
Frívola ostentacion, que se atraviesa  
Sin fundamento al paso, freno estrecho,  
Mas que de discrecion de ambicion hecho.

Yo ahora desta célebre jornada  
Ni apruebo ni repruebo el grave intento,  
Que si por una parte está infamada  
De ambiciosos y liviano fundamento,  
Por otra basta darla acreditada  
La gran presencia del cesáreo aliento,  
Que no habrá guerra injusta, si la abona  
La grave autoridad de tal persona.

Y así de tu discurso al postrer punto,  
En que á todos te opones temerario,  
Viendo que del imperio el poder junto  
Aprueba y sigue el parecer contrario,  
Por todos digo que al soberbio asunto,  
Que á defender te ofreces voluntario,  
No bastas, ni tu espada y brazo alcanza  
Al blason de tan bárbara alabanza.

Y en razon dello el campo y desafio  
Por todos juntos desde ahora aceto,  
Que como general de Francia es mio,  
Y como á tal me toca y hiere el reto:  
Dijo, y del paladin flamenco el brio,  
Que en España nació, al gallardo efeto  
De provocarle el conde á la batalla,  
Brioso pide luego el comenzalla.

Mas el galan y bravo Durandarte,  
Contra el rostro feroz del conde esquivo,  
Narciso en cuerpo, y en braveza Marte,  
Así se puso en medio, y dijo altivo:  
«C cuanto mi primo ha dicho, en todo, ó en parte,  
O en propia empresa, ó general motivo,  
Es razon y verdad, y no la dice



Quien esta con pasion le contradice.

Y porque la batalla, que aplazada  
Antes de ahora está con Oliveros,  
Entrar le impide luego en la estacada,  
Y poner freno á esos livianos fieros,  
Yo estoy aquí, y aquí mi libre espada,  
Que con la razon mia, y sus aceros,  
Haré al conde de Brava que confiese  
La contraria opinion, aunque le pese.»

Dijo, y el bravo principe de Orange  
Meridian, de Durandarte hermano,  
Aunque antes no le hablaba, al rico alfanje  
Furioso pone la atrevida mano,  
Y al del cuartel del rojo escudo afrange,  
«Mio es, le dice, el campo, el campo en vano  
Procura de otra espada y de otra via,  
Quien le tiene aplazado con la mia.

El campo de mi hermano y de mi primo,  
Yo solo lo haré, yo solo basto  
A la vana arrogancia que no estimo,  
Ni mi brazo, si el suyo no contrasto:  
Bien sabe el conde el imprudente arrimo  
Que de Celindos dió al intento casto,  
Por no decir tirana alevosía,  
Que en la condesa de Irlas pretendia.

Cuando con loca y bárbara arrogancia,  
A sola su pasion y gusto atento,  
Fiero juró, á pesar de toda Francia,  
De hacer el intentado casamiento:  
A esta incauta promesa, á esta jactancia,  
Con mi espada he de dar el escarmiento:  
Sobre este punto la batalla quiero  
Por todos tres, pues la acepté primero.»

Dijo, y el bravo Orlando ardiendo en ira,  
Cual marsilio leon, que en medio un cerro,  
Un venablo de aquí, y de allí una vira,  
Un cazador de acá, y de acullá un perro,  
Le ciñe, ladra, le amenaza y tira,  
Y él pone á todos encrespado el cerro,  
Así el conde feroz con tres compite,  
Y este, y aquel, y el otro campo admite.

«Salid todos, replica, á todos quiero,  
Y sacad con vosotros todo el mundo,  
Que todo junto, cuando sea de acero,  
No deshará mi brazo furibundo:  
¿Qué parais en segundo ni en primero?  
Sed primero los tres, Francia el segundo,  
Que á Francia, y á los tres, y á todo el resto  
Para matarlo junto estoy dispuesto.»

Así dijo, y Celindos el infante,  
A quien Meridian trató de aleve,  
»Mio es el campo, ya en cuerpo bastante  
De edad me ha puesto, dijo, el tiempo leve:  
Con Meridian lo quiero, pues delante  
De mí ya el conde Dirlos no se atreve,  
Medroso que haga en él mi ardiente rabia,  
Lo que hacer no pudo la de Arabia.

Con encogido miedo, temeroso  
De la batalla que aplazó conmigo,  
Por los desiertos anda receloso,  
Sin osarse acercar al campo amigo:  
Mas pues ya se llegó el tiempo dichoso  
Que por mí puedo responder, le digo  
Que miente, quien dijere, dijo, y dice,  
Que yo las nuevas de su muerte hice.

Y sin esta batalla, con su hermano  
Entrar en la segunda quiero luego  
En razon que con término villano  
En los amores de Belerma ciego,  
Que habiéndome ella á mi dado la mano,  
Y de sí misma un marital entrego,  
Se alaba que la sirve, y que es su amante,  
Y que hubo...» y no pasó mas adelante.

Que el gran Reynaldos con semblante horrendo  
El brazo alzó por darle, si alcanzara,

Un libre bofetón; mas no pudiendo  
La mano, el guante le arrojó á la cara:  
Y en bélico coraje y furia ardiendo  
Contra él y Durandarte se declara,  
A entrambos pide campo, á entrambos dice,  
Si cada cual por sí no se desdice:

Celindos del infame y torpe enredo  
Que contra el conde Dirlos ha inventado,  
Y el galan Durandarte del denuedo  
Con que se finge de Belerma amado:  
Que de pura verdad, ó puro miedo,  
Confiese por quimera su cuidado,  
Y á ella mentar en público y secreto  
Esposa de su hermano Ricardeto.

Salieron á la parte del infante  
Celindos, don Roldan, y don Gayferos,  
Que á un mismo tiempo el ánimo arrogante  
Entre las armas barajó los fieros:  
Reynaldos dentro en su feroz semblante  
Libre se opone á todos los aceros,  
Y el bravo Durandarte al mismo modo  
Por su amada Belerma al mundo todo.

Sin respetar la grave imperial silla,  
Ni la cesárea magestad en ella,  
La pasion arde, crece la rencilla,  
Y todo el furor ciego lo atropella:  
Cae el honesto respeto, y se amancilla  
La debida obediencia con perdella:  
Los nobles héroes, y el sensible santo,  
Un ciego nudo son de horrendo espanto.

Mil lucientes espadas en un punto  
Rayos al aire dan, y al sol vislumbres,  
Cuyos golpes en triste contrapunto  
El oro hacen temblar de las techumbres:  
Suena en confuso estruendo todo junto,  
Héroes, rayos, furor, armas, vislumbres,  
Sin que el brazo del rey, que está delante,  
Para enfrenar su furia sea bastante.

Reynaldos al valiente Durandarte,  
Que á Celindos tiró un revés ligero,  
Del rico manto una bordada parte  
Al suelo le arrojó de un golpe fiero:  
Dobló el francés el cuerpo, y por la parte  
Que halló camino el peligroso acero,  
Así al hijo de Amon se entró derecho,  
Que los dos tercios le escondió en el pecho.

Hizo á soslayo la mortal herida  
Golpe sin riesgo, que á encarnar la espada,  
Costara al noble paladin la vida  
La injusta brega sin sazón trabada:  
Cuando á Orlando á sus piés dejó sin vida  
Al jóven Meridian de una estocada,  
Y el zeloso ofendido Durandarte  
A Celindos pasó de parte á parte.

Hirió el traidor Anselmo á don Gayferos,  
Dudon al generoso Baldovinos,  
Y por cubrirse á un golpe de Oliveros,  
Naymo en el hombro izquierdo á Montesinos:  
Nunca en riesgo mayor lances mas fieros,  
Ni en mas furor mas ciegos desatinos  
En su córte vió el César, ni en su gente  
Discordia igual, ni fuego mas ardiente.

Galalon, que del centro de su gusto  
La marañada confusion miraba,  
Al lado puesto del monarca Augusto,  
Calor á la confusa brega daba:  
«Pon, dice, ó gran señor, pecho robusto  
En prender al traidor señor de Brava,  
Y á Reynaldos, que abrió del desacato  
La aleve puerta en el primer rebato.»

El grave cetro de la mano arroja  
El César, ya de lágrimas cubierto  
Viendo á Roldan, y con mortal congoja  
Al principe de Orange á sus piés muerto:  
Tinta su ardiente espada en sangre roja,

Cabe él Celindos el costado abierto,  
Reuelto el campo, y sin hallar camino  
Con que atajar su extraño desatino.

Quiso prender el César de su mano  
Al hijo de Milon, y á Montesinos:  
Fue á cometer un nuevo error en vano,  
Y alterar no pensados desatinos:  
Que á defender su senador romano  
Salieron los ejércitos latinos,  
Que allí á su cuenta vienen, y á su mando,  
Que es de la iglesia capitán Orlando.

El soberbio Reinaldos de otra parte  
A Montesinos defender pretende,  
Mas contra todo el campo Durandarte  
A su venganza el grave fuego enciende:  
Hierde, desmiembra, rompe, quiebra y parte,  
Nadie sino es huyendo se defiende,  
Que en la venganza de su muerto hermano  
Cualquier exceso juzga por liviano.

Crece la gente en bandos repartida,  
Arde el furor, y el campo sin caudillo,  
Sin pendon, sin bandera conocida,  
Unos á otros se meten á cuchillo:  
Y ya al vulgo la saña reducida,  
No hay podello aplacar, ni reducirlo,  
Que sin saber por qué, de mil maneras  
Sin caudillo pelean, ni banderas.

Ya la primer discordia apaciguada,  
De nuevo otra sin ver por qué se enciende,  
Aquí la gente corre amontonada,  
Acullá en tropas el furor se estiende;  
Todo en confusa guerra marañada,  
Nadie aun su misma pretension entiende,  
Los que dieron principio al civil Marte,  
Ya para apaciguarlo no son parte.

El traidor Galalón, que en pompa ufana  
Ya el general baston del rey tenia,  
Que para apaciguar la furia insana  
Del popular motin dado le habia;  
Con la dignidad nueva soberana  
Venegar propias pasiones pretendia,  
Que quien de la virtud no sigue el bando,  
Para solo hacer mal pretende el mando.

Así el fingido conde de Pontiero  
No el alterado ejército apacigua,  
Ni el fuego que el furor vuela altanero,  
De paz con blandos medios amortigua:  
Mas para ocasionar su ánimo fiero  
A cruel venganza en su pasión antigua,  
La injuria le refresca mas liviana  
Que á la real sangre debe de Mongrana.

Y ciego en sus confusos desatinos,  
Cercado de diez condes de Maganza,  
Para prender al noble Montesinos  
Por el revuelto ejército se lanza:  
Cuando el hijo de Amon, que en Baldovinos  
Iba á tomar de su traicion venganza,  
Sin pensar le encontró, y de un altibajo  
Al yelmo de oro echó el plumero abajo.

«Bien sabes, dice, ó magancés valiente,  
Mejor que ahora el corte de mi espada,  
Cuando por tu mordazp lengua á tu frente  
Esa divisa le dejó estampada:  
Con ella vengué á Orlando mi pariente,  
Y á su madre dejé desagraviada,  
A quien tú con embustes peregrinos  
Madre quisiste hacer de Baldovinos.

El no vengó por no perder su afrenta,  
Yo sí que estoy á estas venganzas hecho,  
Desde que en juventud, de honor sedienta,  
A tu hermano pasé el aleve pecho,  
Porque con lengua quiso albaraquenta  
De mi madre infamar el casto lecho,  
Y haciéndose mi padre á su albedrío,  
Desheredarme del valor del mío.

Mas no quedó la injuria sin castigo,  
Que su lengua en la punta de mi lanza,  
A todo el mundo universal testigo  
De su delito fue, y de mi venganza:  
Degollé á Bertolage, que conmigo  
A probar se atrevió el brio de Maganza,  
Y á Naymo, y á sus hijos en persona  
Vivos los abrase, y quité á Bayona.

Tú, maquinate esfera de traiciones,  
No sabes mas, que en hábito encubierto  
Mi estampa dibujar por los cantones,  
Cuando la fama finge que soy muerto:  
Yo, traidor, no me valgo de ficciones,  
Que en tu vil rostro pinto al descubierto  
Retratos de quién eres, como ahora  
Si aguardas, que es mi espada gran pintora.»

Dijo, y á fenecer lo comenzado  
Con paso arremetió y brazo furioso,  
Mas el cobarde conde amedrentado  
Atrás revolvió el suyo presuroso;  
En tanto el escuadron alborotado,  
Sin orden en su brega ni reposo,  
En diferentes bandos repartido  
Con triste suena y bárbaro gemido.

De la horrible discordia el fiero estrago  
Mientras mas va con mas rigor crecía,  
Hecho de roja sangre el campo un lago,  
Que un mar, si hay mar de sangre, parecia:  
Cuando de un negro cielo el turbio amago  
En densa nube ató el medroso día,  
Derramando de rayos, agua y truenos,  
Nuevo diluvio sus preñados senos.

Del turbio cielo la áspera cortina  
Ponerles pudo en el herir sosiego,  
Su tormenta dió paz á su mohina,  
Su agua apagó de la discordia el fuego,  
Que á huir del celestial rigor camina  
El que se halla en cólera mas ciego:  
El sabio Malgesí con este medio,  
Adonde no le habia dió remedio.

Quedó así el francés pueblo destronado,  
Y tan sin gusto el César desabrado,  
Por ver del agorero sueño el hado  
Tan presto en todo su rigor cumplido  
Muertos de los mejores de su estado  
Dos principes, el campo consumido,  
Que las fiestas dejó, y por estatuto  
El alegre aparato trocó en luto.

Y á concertar los graves desconciertos  
Del presente desman ocasionados,  
Hacer el sentimiento por los muertos  
Debido á su grandeza y sus estados,  
Aparar los rencores descubiertos  
La corriente volvió de sus cuidados,  
Y á su lugar la alegre paz perdida,  
Sin quien ni el rey ni el reino tienen vida.

Y esto en prudente traza y fiel recato  
A conveniente ejecucion venido,  
Y en su afable amistad y primer trato  
El antes ciego campo reducido,  
Y en la sangrienta quiebra del rebato  
De nueva gente el escuadron tejido,  
Sin sombra del pasado enojo y saña,  
Marchar el real clarín convida á España.

No se le concedió contra Oliveros  
El campo á Montesinos que pedía,  
Por no volver la guerra á los primeros  
Riesgos, y al fuego en que primero ardía  
La pasión sola de los dos guerreros  
Que la habida paz no entró aquel día,  
En la general paz no entró aquel día,  
Sola esta causa en el silencio mudo  
Del conforme placer caber no pudo.

Que de Grimaldo el valeroso hijo,  
Cuya sangre hervir su pecho siente,  
Vuelto contra el traidor Rangorio, dijo

(El César y su ejército presente):

«No hay término de tiempo tan prolijo,  
Que los días no le abrevien la corriente,  
Ni venganza de un ánimo cobarde,  
Que no sepa llegar por mas que tarde.

Yo me parto, Oliveros, á esperar  
A España, adonde vas, y adonde quiero  
No seguir de las dos ninguna parte,  
Hasta ponerte ante mis piés primero:  
Y despues que rescate con matarte  
Mi vida del dolor en que ahora muero,  
Mi libre espada seguirá el partido  
De quien mejor la hubiere merecido.»

Dijo, y dando la vuelta en brio gallardo  
Suspense dejó el campo belicoso,  
Y en grave contoneo y paso tardo  
Volvió á Navarra el pecho victorioso,  
Donde el reto cumplió con el resguardo  
A su pacto debido generoso,  
No siguiendo en la una ni otra parte  
De Francia ni de España el estandarte.

Hasta que en la batalla de la sierra,  
Donde Leon humilló de Francia el brio,  
A su aleve contrario en dura guerra  
La palabra cumplió, y el desafío:  
Y dejando el difunto cuerpo en tierra,  
El rojo rastro de un sangriento rio,  
Siguió del caro primo Durandarte  
De una montaña por la inculta parte.

Donde al querido cuerpo desangrado  
Por su mano arrancó del pecho abierto  
El tierno corazon enamorado  
Antes de vida que de amor desierto,  
Que á su amada Belerma el primo amado  
Restituir mandó despues de muerto,  
Y el tras el riguroso sacrificio  
De legado leal hizo el oficio.

En tanto el campo, tremolando al viento  
Los victoriosos estandartes, llega  
Del Pirineo al abrasado asiento,  
Y al seno hermoso de una fértil vega,  
Donde la nueva fama ciento á ciento  
Las libres lenguas con fervor despliega,  
Sembrando en cuanto España tiene vida  
Del enojado campo la venida.

Crece su honor, y en lisonjero labio  
Sus antiguas victorias engrandece,  
Que piensa que es hacer al rico agravio,  
Si el viento con sus cosas nõ ensordece:  
Mas el augusto rey en pecho sabio  
Todo lo mira, y todo le parece  
De riesgos lleno, y por si alguno hubiere  
Hacer reseña de sus campos quiere.

Mas mientras el pomposo alarde pasa,  
Y el campo crece en aparato y gente,  
Y de Gascuña á la campaña rasa  
Marchando llega, y sus frescuras siente,  
A los que en Libia el canero ardiente abrasa,  
Y el fiero brazo de un jayan valiente,  
La portentosa novedad me obliga,  
Que solo el vuelo de su espada siga.

Despues de las tragedias de Granada,  
Que en otro tiempo contará mi pluma,  
Ferraguto á la Libia fue abrasada,  
Y allí surgió en herviente y blanca espuma;  
Cuando Biserta vió de gente armada  
En su seco arenal crecer la suma,  
Y al ronco son de la española guerra,  
Al crespó mar bajar la ardiente tierra.

Sulemán, que por muerte de Agramante  
Del grave imperio el cetro real tenia,  
Y en deseos de vengar su alma arrogante  
Contra el pueblo francés de nuevo ardia:  
Desde el Nilo sin fuente al mar de Atlante;  
Y de la alta Etiopia á Bebería,

Al pié de su estandarte, en ira y celo  
Lo mejor convocó del libio suelo.

Surgió el gallardo hijo de Lanfusa  
Junto á Biserta al desbravar de un rio,  
Donde entre un fresco mirto vió reclusa  
La perseguida Angélica sin brio:  
Triste, acosada, del rigor confusa,  
Con que de un cruel planeta el desvario,  
De un mal en otro mal la arroja y sigue,  
Y en mar y en tierra la halla, y la persigue.

Y aunque de pena y miedo demudada,  
El lugar nuevo, y la pasada ausencia,  
Pudieron en el moro dar trocada  
La dama en no pequeña diferencia:  
Apenas vió de la beldad amada  
El bulto alegre, y la imperial presencia,  
Cuando en su alma aclaró la luz del fuego  
Que en Francia se encendió, y le dejó ciego.

Y cual presto neblí al veloz señuelo  
Con que la blanca garza le acodicia,  
Los aciones dejó, y se arrojó al suelo  
En cortosano término y caricia:  
Quiso medrosa huir de su recelo,  
Y el ya trocado moro la acaricia,  
Dándose á conocer con larga historia,  
Si en una ingrata puede haber memoria.

Contóle tanto al fin, que en brio lozano  
Aire le dió de sus pasados gustos,  
Y el tiempo alegre que por Francia en vano  
Brazos la celebraron tan robustos:  
Vió pasada la flor de aquel verano  
Acabados sus gustos y disgustos,  
Y otros que dieron ya con sus proezas  
Asombro al mundo, y fama á sus bellezas.

Muerto el leal Sacripante, el rey Gradaso,  
El soberbio Agrican, el fiel Rugero,  
Y del hijo de Amón el fuego escaso,  
En quien principio dió su amor primero,  
Y el que en el rojo Oriente y pardo Ocaso  
Su amparo fue, y galan mas verdadero,  
El principe de Anglante ya en su acuerdo,  
De loco vuelto, como de antes, cuerdo.

Todo esto á la mudable fantasía  
La vista dió del conocido moro,  
Y á la dulce memoria el primer día  
Que amor le abrió á las glorias de Medoro,  
Cuando en su regalada compañía  
Volvió al Oriente sus matices de oro:  
Causóle soledad, y al largo tiro  
De su discurso remató un suspiro.

Y vuelta al moro: «salvo, dice, sea  
Mi honor contigo, oh capitán valiente,  
Como en heróico amante, en quien se vea  
Que en tu leal pecho amor no fue accidente:  
Una honra te encomiendo, que desea  
La hagas propia, y á mi patria y gente,  
Deste país y la aspereza suya,  
Cual promete tu fe, me restituya.»

Dijo, y al moro con su alegre vista,  
Del renovado amor la antigua llama,  
Olvidar le hizo á España, y su conquista,  
Al rey Marsilio, y de su honor la fama:  
Y sin que en darse dude, ni resista,  
Todo se entrega á la extranjera dama,  
Libre persona, y salva compañía,  
Hasta los reinos donde nace el día.

Y sin pensar de allí embarcarse luego  
Quiere con la que reina en el Oriente,  
Que es amante novel, y el dulce fuego  
Ni mas discurso ni razon consiente:  
Es inviolable ley de amor un ruego,  
El dejar la ocasion, lance imprudente,  
Y el dilatar en vano su deseo,  
Perder el gusto, y no gozar su empleo.

En esta nueva traza, ó loco antojo,

El ciego amante con su dama estaba,  
 Cuando de un cruel dragon con el despojo,  
 Sobre el diestro hombro la acerada clava,  
 Hecho un áspid de Libia pardo y rojo  
 Morgante al río de un peñol bajaba,  
 Deslumbrando en su luz la vista al moro  
 Con las escamas y las grevas de oro.

En igual ademán al sabio hermano  
 De Europa bella, en hórrida serpiente  
 Al medio convertir el fértil llano  
 De Acaya vió la escama reluciente:  
 Y el jayan fiero en su victoria ufano,  
 Pasar quiere tambien la siesta ardiente  
 A la sombra del álamo, y al frío  
 Que el aire sube del profundo río.

Llegó, y aunque de paz venia, al punto  
 Que los risueños ojos de la dama  
 En los suyos tocaron, y un trasunto  
 De beldad vió en los rayos de su llama,  
 Lleno de amor y zelos todo junto  
 En su bárbaro pecho gime y brama,  
 Que ahora por propiedad, ó por antojos,  
 Nadie libre quedó, si vió sus ojos.

Y vuelto al moro: «esta doncella, dijo,  
 Quiero yo para mí, y aquesto baste;»  
 Mas de Lanfusa el arrogante hijo,  
 Ya enfadado que el bárbaro contraste  
 Lo sea de su nuevo regocijo,  
 Y en guerra quiera y disension se gaste,  
 Del feo dragon en la luciente cresta  
 La espada á su demanda dió respuesta.

Sintió Morgante el golpe, y el estorbo  
 De conseguir su gusto, y con la clava  
 Del reforzado alfanje el filo corvo  
 Resiste y templa con violencia brava:  
 «Si yo, le dice, tu contento estorbo,  
 La culpa sea de amor, que mi alma agrava,  
 Que para mi no hay Dios, ni ley, ni justo,  
 Ni mas regla en el mundo, que mi gusto.»

Y con otra igual furia que su antojo,  
 Un golpe, y otro, y otro dobla y carga,  
 La ira crece y furor, crece el enojo,  
 Y al breve gusto la batalla larga:  
 De la encantada sierpe el fiel despojo  
 Ceñido hace el jayan segura adarga,  
 Y al moro antiguo en brega tan confusa  
 Los reforzados cercos de Lanfusa.

La perseguida Angélica, que el fuego  
 De la ardiente discordia vió encendido,  
 Y que entre un riesgo y otro su sosiego  
 De temor y esperanza está metido,  
 Sin aguardar el fin confuso y ciego  
 Que le dé la fortuna del vencido,  
 Por árboles y matas encubierta  
 Escondida se fue, y se entró en Biserta.

Las dos sierpes, que en saña y en figura  
 De la revuelta lucha y devaneo,  
 En nudo estrecho, y en lazada obscura,  
 Horrible hacen y nuevo caduceo,  
 Uno el alfanje mueve sin cordura,  
 Otro la clava en bárbaro rodeo,  
 Y ciegos de pasion los varios modos  
 Que saben de matar, los prueban todos.

El moro ardiendo en belicosa saña  
 Su gloria mira sin pensar perdida,  
 Tan altivo el jayan, y él tan sin maña,  
 Que aun no le ha dado la primer herida:  
 Y el fiero corzo, que á buscalde á España  
 De Cirno hizo la infeliz salida,  
 A conocerle allí, ninguna suerte  
 De encanto le escusara de la muerte.

Que á un fiero golpe de acerada maza,  
 Que al yelmo ardiente y al escudo fino  
 De lleno le acertó, á la verde plaza,  
 Cual duro roble destroncado vino:

Cayó, y no se detiene ni embaraza  
 En ver si es vivo ó muerto el sarracino,  
 Que cual león libio entre una y otra palma  
 En busca va de quien le lleva el alma.

Y á vista de los muros de Biserta,  
 Tras las señas del rastro de su dama,  
 Furioso descubriendo iba la puerta,  
 Que en lengua suya de la Mar se llama;  
 Cuando de luto y de beldad cubierta,  
 Entre una divisó y entre otra rama,  
 En son de presa una mujer gallarda,  
 Con diez armados hombres en su guarda.

Sobre un morcillo palafren asoma  
 De tela de oro negra encubertado,  
 Y en otro igual una enlutada poma,  
 Funesta urna infeliz de oro nielado:  
 Y al verde pié de la pequeña loma  
 Con diez riñendo un caballero armado,  
 Que en el arnés, y en el escudo antiguo,  
 Halló las señas del perdido amigo.

Era el persiano rey, que en seguimiento  
 De la misma hermosura que él venia;  
 Y la que en luto llora su contento,  
 Su muerta libertad, y su alegría,  
 La bella Arlaja, que el rigor del viento,  
 Y su desgracia, allí le arrojó un día,  
 Y ahora á embarcarse al puerto de Biserta  
 Iba forzada, y de dolor cubierta.

Admiró el nuevo luto al rey persiano,  
 Y por librar á la afligida infanta,  
 Con su atrevida espada en medio el llano,  
 Unos rinde feoz, y otros espanta:  
 A este, al otro, y aquel hiere lozano,  
 Y á todos en braveza se adelanta,  
 Cuando en su ayuda entró el jayan valiente,  
 Cual por seco rastrojo rayo ardiente.

Salen en tropa á defender su intento  
 Los que de afuera en guarda de la dama  
 Antes eran notando el firme aliento  
 Del rey, fieles notarios de su fama:  
 Baja en rocío cruel humor sangriento  
 Del verde prado á la sedienta grama,  
 Pagando en muerte el de mayor ventaja  
 El tierno llianto y suspirar de Arlaja.

Y ella ya libre del poder tirano  
 En la ancha boca de una cueva obscura,  
 De un fresco mirto entre el verdor lozano  
 Escondida dejó su hermosura:  
 Con la urna de oro en la pesada mano,  
 Que por mayor martirio y mas segura  
 Consigo la llevó, donde enterrada  
 Quedó del miedo y pena desmayada.

En tanto los gallardos dos guerreros  
 Ningun honrado dejan con la vida,  
 Que solo el diestro huir sus golpes fieros  
 Tiene, y no otra defensa su herida:  
 Cuando uno que quedó de los postreros,  
 La honra en cobarde miedo convertida,  
 Determinó salvar con piés livianos  
 La vida, que no puede con las manos.

Mas el feoz jayan, que le es camino  
 Seguir al que le huye á poco trecho,  
 A un golpe que á traicion le dió, convino  
 Quedar una espantosa pasta hecho:  
 Y el rey persiano por el bosque á tino  
 En busca entró del afligido pecho  
 De Arlaja, que anegada en tierno llianto  
 En lo espeso la halló del mirto santo.

Volvió en su acuerdo la turbada mora,  
 Y en lagrimosos ojos, y voz nueva,  
 «¡Ay Dios! dijo ¡mi bien no estaba ahora  
 Conmigo junto en esta obscura cueva?  
 Mas ¡ay cruel hado! ¡suerte burladora!  
 ¡Agüero triste, que á morir me lleva!  
 Ya veo que aquí, ó en otra gruta obscura,

Nuestro tálamo hará una sepultura.

Sola una alma nos dió, sola una vida,  
Llena de amargo azar la infeliz suerte,  
Si está en dos tristes cuerpos repartida,  
Vuelva lo que apartó á juntar la muerte:  
¡Oh rey valiente! sangre esclarecida  
Del divino Agracán, y Ciro el fuerte,  
Así en años y siglos no veloces  
El alto fin de tus intentos goces,  
Que por postrer favor, y último ruego,  
Aquí me otorgué ese tu brazo altivo,  
Que las frias cenizas de aquel fuego,  
Que á mi alma dieron luz mientras fue vivo,  
Y á esta urna triste puso un rigor ciego  
Por sola culpa de mi hado esquivo,  
En un sepulcro gocen de un reposo,  
Pues no alcanzaron lecho mas dichoso.»

Dijo, y en la ansia, y la color difunta,  
Una, y otra y mil veces se desmaya:  
El generoso rey, que ya barrunta  
El triste golpe que á morir la ensaya,  
Entre un consuelo y otro le pregunta  
De su amante el suceso, y quien les haya  
Perturbado su bien; la bella Arlaja  
Así en voz respondió turbada y baja.

«Luego que entre la furia de los vientos  
Tu ausencia nos dejó, y el gran Bernardo,  
Y por los dos confusos elementos  
Haciendo fuimos al morir resguardo,  
En diez dias, entre montes turbulentos  
De un fiero cierzo el huracán bastardo  
Nos arrojó en la playa de Biserta,  
En triste estrella y punto descubierta.

En lugar de Agramante, que en batalla  
Murió á los piés del senador romano,  
Reina Sulmán, que de mi padre Abdalla  
Sobrino es, hijo de Sulmán su hermano:  
De mi tragedia aquí para cortalla  
La triste hebra guió el hado inhumano,  
Y la fortuna teatro doloroso

De su muerte trazó á mi caro esposo  
De los peñascos que en la costa brava  
Al mar rompen los ásperos espejos,  
Nuestro bajel que en ellos se anegaba  
Flores juzgó los gajos mal parejos:  
Y el torpe vulgo, que en la playa andaba  
Al robo atento, viéndonos de lejos,  
Al despojo corrió en furor de guerra,  
Bárbara usanza desta ingrata tierra.

Fue la asaltada nao en mil escesos  
Saqueada de los fieros nasamones,  
Y al rey mi esposo y yo traídos presos,  
O por despojo, ó por preciosos dones:  
Sulmán, que de los trágicos sucesos  
Tenia ya de Valencia relaciones,  
Y la muerte que al príncipe mi hermano,  
Mas le dió mi desdicha, que otra mano;

Viéndome en su poder, la culpa mia  
¡Ay cielos! en mi mal logrado esposo  
Vengar quiso el cruel, porque hacia  
En dos el fiero golpe mas vistoso:  
Quemarle vivo en el siguiente dia  
Mandó, y en un retrete tenebroso  
Muerto le halló en la cárcel la sentencia,  
Que, el dolor le mató, ó mi triste ausencia.

Y el frio cuerpo, en la hoguera roja  
Ya en cenizas estériles trocado,  
A esta urna triste, y mi mortal congoja,  
Por tormento mayor fue encomendado;  
Y hoy en funestos hábitos me arroja  
Su feliz reino al mio desdichado,  
Porque el padre ofendido haga en mi vida  
A su antojo venganza mas cumplida.

A esto, señor, esos soldados fieros  
Que tu espada venció venian conmigo,

Y estos son de mis ansias los postreros  
Lances que debo al tiempo mi enemigo:»  
Así en roto gemir, males enteros  
La triste Arlaja cuenta al persa amigo,  
Cuando un asombro y maravilla nueva  
Temblando el mirto se mostró en la cueva.

En la una mano una desnuda espada,  
En la otra un claro y relumbrante escudo,  
Pálido el rostro, la color turbada,  
Gundémáro salió de armas desnudo;  
Y viendo al persa con su Arlaja amada,  
Suspendió el paso embelesado y mudo  
De hallarla en tal lugar, y el luto triste  
Que el cuerpo al parecer y el alma viste.

La mora que le vió, del lago Averno  
A llamarla creyó que se volvía,  
Y con intrépida alma, y amor tierno,  
«Ya voy, mi bien, ya voy tras tí, decia:  
Solo el no verte tengo por infierno,  
Que este cielo será en tu compañía,  
Y el muerto corazón en solo verte  
Vida tendrá en los reinos de la muerte.»

Dijo, y con brio y ánimo arrojado,  
Que el vivo fuego del amor la lleva,  
Al brazo alegre de su esposo amado  
Ciega se arroja en la profunda cueva:  
Quedó el persa del caso embelesado,  
El español con la experiencia nueva  
De hallarse en brazos de su dulce amiga,  
Ni sabe qué se entienda, ni qué diga.

Mas cuando vueltos del primer espanto  
En estado se ven tan diferente,  
Y en la tragedia de su amargo llanto  
La acción trocada en el placer presente,  
Y que su error ha hecho el cielo santo  
Bienes, hijos de un mal solo aparente,  
Con nuevo amor, y alegres sentimientos,  
El parabien se dan de sus contentos.

Y el rey persiano con la hermosa Arlaja,  
Después de haber á su leonés contado  
Del grave riesgo la mortal baraja  
En que el engaño puso su cuidado,  
¿Cómo ahora la fortuna en tal ventaja  
Sus favorables brazos ha trocado?  
Alegre les pregunta, y ¿de qué suerte  
Origen tuvo su fingida muerte?

Quando del real alcázar, cuyos muros  
Aun daban sombra al bosque comarcano,  
Arma oyeron tocar, y con obscuros  
Acentos engrosarse el aire vano:  
No tienen ya los mirtos por seguros,  
Ni el detenerse allí juzgan por sano:  
El gallardo Guzman al caso incierto  
Del fino arnés se armó de un hombre muerto.

Y amparándose mas con la espesura  
De la ciudad se apartan sin provecho,  
Mientras la sombra de la noche obscura  
Al mundo entolda su estrellado techo,  
Buscando para el mar senda segura;  
Mas la lóbrega selva, y bosque espeso,  
Los briosos caballos les enfrena,  
Y el cielo esconde, y de la mar la arena.

Ya el carro de oro señalaba al cielo  
El medio curso de la noche muda,  
Y en su quietud mayor el muerto suelo  
Al dulce sueño con silencio ayuda;  
Quando entre riscos, breñas y recelo,  
De una alta loma la cuchilla aguda  
La mar les descubrió, y el ancho puerto,  
De sorda grita y confusion cubierto.

Vieron por él en tristes luminarias  
La pingüe breca arder de los navios,  
Subiendo al cielo entre cometas varias  
De su humo en vellon bultos sombríos;  
Por la playa correr gentes contrarias,

Tejidas en confusos desvarios,  
Unos por huir del fuego á la agua fria,  
Y otros por apagar el que ya ardia.

Los dos guerreros con la hermosa dama,  
Validos del favor del aire obscuro,  
A un capitán, que con su gente y fama  
Hacer parece al mar campo seguro.  
Del claro incendio, y la grasienta llama,  
Que alegre hierve en el breado muro,  
¿Quién la sembró? preguntan, y el pagano  
Así en estilo respondió villano:

«¿Vosotros por ventura sois nacidos  
De las incultas rocas desta sierra,  
Que solos ignorais los nunca oídos  
Destrozos desta estraña y nueva guerra?  
¿O sois á dicha en compañía venidos,  
Del que en la mar ardiendo y en la tierra,  
A sus victorias y obras temerarias  
Tan crueles deja y tristes luminarias?»

Daos á prision: sepamos ¿á qué parte  
Del mundo vais? ¿quién sois? ¿de qué naciones?  
¿Y si en quitar acaso fuisteis parte  
Hoy una infanta á treinta Nasamones?»  
Dijo, y cuando el leonés, que hecho un Marte,  
Como español escucha sus razones,  
Como español también en la respuesta,  
Mas que la lengua, fue la espada presta.

La mano que le fue á tomar la rienda,  
Para della prendelle, le echó al suelo,  
Y en fiero asalto, y lóbrega contienda,  
A unos heridas da, y á otros recelo:  
La ciega noche una batalla horrenda  
Del nuevo hizo y mal fundado celo,  
Y el daño hecho en la cobarde gente,  
De mayores recelos el presente.

Los dos por no perder la bella Arlaja,  
En defenderla, y defenderse atentos,  
A unas rocas que el mar de espuma cauja  
Cuando le alteran con soplar los vientos,  
A espacio se retiran con ventaja,  
Y del áspero risco en los asientos,  
Por donde el mar sus ásperas alcobas  
De marisco le viste, y verdes ovas,

Un barco vieron suelto, y que la gente  
Que en él ha de ir se embarca con recato,  
Al tiempo que la aurora en el Oriente  
Labraba en oro el día su retrato:  
Zarpabah ya del ancla el corbo diente,  
Por hacerse á la mar, cuando el rebato  
Sobre ellos arrojó á los guerreros,  
Menos seguidos ya, y con menos fieros.

Gundémáro que halló el batel á punto,  
Por medio el crespó mar metió el caballo,  
Hasta llegar de su bauprés tan junto.  
Que á su satisfaccion pudo aborarlo:  
Cuando en la popa vió el bello trasunto  
De Zoraida y su amigo, y fué á abrazallo  
Quitado el yelmo, y dellos conocido,  
El dudoso placer salió cumplido.

Supo allí el rey que Angélica la bella  
Huyendo va en ligera fusta á España  
De un jayán espantoso, que por ella  
Mortandad en Biserta ha hecho estraña,  
Donde al persa feroz para ir á vella  
Con esperanza nueva amor le engaña,  
Y ya en un barco todos, y un intento,  
Las anchas velas dan al fresco viento.

Preguntó el rey al noble Floridano  
De la huida de Angélica el motivo,  
¿Quién el bulto persigue soberano?  
O ¿por qué culpas se le muestra esquivo?  
«No es, dijo, el español pecho inhumano  
Arma arrogante, ó gusto vengativo,  
Quien la sigue es amor, la dulce guerra  
Que hacen sus ojos la echan de la tierra.

¿Quién la sangrienta trápala y ruido

Que ayer por su ocasion se vió en Biserta  
Contar cuál fue sabrá? ó ¿cuál ha sido  
Del grave daño la ocasion mas cierta?  
Después que presa en el jardín florido  
De Alcina fue en su insula encubierto  
La Angélica beldad, y ante tus ojos  
De un corsario feliz ricos despojos,

Y después que en la mar la noche obscura  
Su vista nos quitó, y ofuscó el timo,  
Y al perderse la luz de su hermosura  
La bonanza perdimos, y el camino,  
Llevados de una en otra desventura  
No vimos mas su bulto peregrino,  
Hasta que ayer tras su fortuna incierta  
Huyendo de un gigante entró en Biserta;

Y de allí en un bajel, que en aquel punto  
A la vela salía, voló á España,  
Cnando el jayán llegó, que era un trasunto  
Del ciego inbierno en la braveza y saña:  
Como toro feroz á un pueblo junto  
En barreado coso, ó en campaña,  
Solo arremete, y solo hace calle,  
Puebla barreras, y despuebla el valle.

Así, él siguiendo de la bella dama  
El fresco rastro, entró en el pueblo moro  
De una serpiente armado, cuya escama  
De una en otra se engaza en nudos de oro:  
El turbio Egeo cuando en torno brama  
De Aulide al risco con hervir sonoro,  
Ni en braveza se muestra tal, ni tanta,  
Ni mas á quien su furia mira espanta.

De horrible vista, de cabello yerto,  
De secos labios, de sangrientos ojos,  
De negro polvo y de sudor cubierto,  
En ronco aliento, respirando enojos,  
Cansado el cuerpo del camino incierto,  
Mas no el alma feroz de sus antojos,  
Que al fin sabroso, donde ufano mira,  
Con mil rayos de honor y amor respira;

Y como no halla á quien siguiendo viene,  
Bramando pide á voces la doncella,  
¿Quién, cuando, cómo, adónde está, y la tiene  
En guarda oculta, ó sabe nuevas della?  
Ni aquí ni allí se pára ni detiene,  
Que rabioso por vella, y por no vella,  
La ardiente clava con furor violento  
Uno y otro abaraja, treinta y ciento.

En la plaza á la tropa de la gente,  
Que quiso por su mal tomarle el paso,  
Vuelto en el tallo y el furor serpiente  
Destrozo hizo horrible, y cruel fracaso  
Armas, huesos y carne, pecho y frente  
Aplasta, muele, amasa, y no da paso  
Que alguna vida misera no eueste,  
Matando al uno, al otro, aquel y á este.

A Cardel, de la reina Zaida hermano,  
En el herir y en el tañer maestro,  
Con un golpe mató, y de otro á Uliano,  
En jugar y en hacer caballos diestro:  
Y entre un confuso vulgo, el brazo insano  
A un cabo y otro, á diestro y á siniestro,  
Espantosas heridas da y revuelve,  
Y mil por una que recibe vuelve.

Cual de Hircania en las ásperas montañas,  
Tigre de pecho, y lomo remendado,  
De dulce sangre hambriento entre espadañas  
La vista asombra del vecino prado:  
Huye en tropel confuso á las cañanas  
El fiel pastor, y el tímido ganado,  
Y el harto de matar, ardiendo en zelo,  
De sus sangrientas garras lame el pelo.

Así el jayán la tímida manada  
De humildes moros por delante lleva,  
La plaza y la ciudad alborotada,

En quien los golpes de su clava ceba :  
Acomete la real puerta dorada  
Del alcázar, adonde en furia nueva  
Haciendo entra en sus guardas y porteros  
Espantoso destrozo, y golpes fieros.

Tocan arma en las torres, y el rebato  
Suena por la ciudad con ronco estruendo :  
Corre la gente en tropa, y con recato  
Unos aquí y allí, todos huyendo :  
En vista y hechos un cruel retrato  
De la furia mayor, dando y sufriendo  
Mortales golpes, la mejor adarga  
Hace á los suyos el que mas se alarga.

No en barreado coso toro altivo,  
Que nunca al corvo yugo ató la frente,  
Con mas furor se arroja al curso vivo,  
Con que dél huye la plebeya gente ;  
Ni del confuso vulgo fugitivo  
De mas tiros, ni en priesa mas ardiente  
Le acosan y le pican, que en mil modos  
Desde afuera al jayan combaten todos.

Cien espadas le hieren, y otros tantos  
Tiros repara en el valiente escudo ;  
Y él, sin dar paso atrás, rompe por cuantos  
Barreras le hacen con su acero agudo :  
Lleno el alcázar real de muerte y llantos,  
Y el fiero monstruo, de piedad desnudo,  
Cruel, cuando le falta gente, enclava  
Por cimbras de oro la espantosa clava.

Del duro mármol las columnas bellas,  
Con sus grabados techos de oro abiertos,  
Que en ricos cuadros gozan por estrellas  
Retratos vivos de sus reyes muertos,  
Destroza, rompe y da, y entre ellos y ellas  
Caen, de su antigua magestad cubiertos  
Blasones, que del tiempo en la cruel llama  
Ya fueron salamandras de la fama.

Con las torres enteras caen los muros  
A sus soberbios piés, y en rabias ciego  
Por no hallar á quien busca, en los oscuros  
Desvanes siembra del alcázar fuego :  
Arde el cedro oloroso, arden los duros  
Cuadros de alerce, y al furioso entrego  
De la llama, molduras y artesones  
Caen en blanca ceniza hechos carbonés.

Creció el viento, y el fuego á las estrellas  
En resonantes globos se encarama,  
Escupiendo al subir vivas centellas,  
Que de nuevo al caer crece la llama :  
Arden las altas bóvedas, y dellas,  
El aire, el fuego á la ciudad derrama,  
Abrasando sus rojos torbellinos  
Del alcázar real los mas vecinos.

Entre esta horrible confusion, huyendo  
El cruel aspecto del feroz gigante,  
El día fué su luz desvaneciendo,  
Dando la del incendio por bastante :  
Y él al mismo teson que entró saliendo  
De la ciudad al mar llegó triunfante,  
Donde fuego tambien sembró en la flota,  
Y tomó para España la derrota.

Puédese presumir que tuvo nueva  
De Angélica, y que va en su seguimiento,  
O que algún superior furor le lleva,  
Tras un desesperado fin violento :  
Así el noble español el gusto ceba  
De los que en atencion gozan su cuento,  
Aunque al rey el recelo, y la sospecha,  
Mas las cadenas de su amor estrecha.

Y prosiguiendo el noble Floridano,  
A Gundémoro pide alegre cuenta  
De su prision, y ¿cuándo del tirano  
Libre salió con su afición contenta ?  
¿Cómo, y por qué le hicieron muerto en vano ?  
A quien él viendo que su Arlaja atenta,

Y el rey lo mismo pide en regocijo,  
Así satisfaciendo á todos dijo.

### ALEGORIA.

El sueño espantoso de Carlo Magno, significa las soberanas inspiraciones con que el cielo procura siempre regir y gobernar el apetito humano. En la discordia del campo francés, se muestran los grandes inconvenientes que trae contigo el haber en una república bandos y parcialidades, y como este es el mas eficaz desman para su destruccion y ruina; y tan poderoso, que si del cielo no viene llovido su remedio, ninguno hay en el mundo que se le pueda dar. Por Ferraguto, que estando para gozar de Angélica, y seguirla, haciéndole compañía hasta su reino, Morgante se lo estorba, dejándole de un golpe sin sentido, significa, que el apetito, estando dispuesto á seguir la virtud, aficionado de su hermosura, á la corriente del río, que es la vida humana, Morgante, que es la voluntad, armada de las armas de la tierra, le desvia de aquel propósito, y deja sin virtud y fuerzas para él; y tras de su desenfrenado antojo pasa haciendo grandes destrozos y desórdenes, sin gobernarse en ninguna cosa por la razon, á quien del primer golpe dejó muerta. Orimandro, que halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y la libra dél, significa, que con la luz y favor del entendimiento todas las cosas se componen, y las desgracias se consuelan.

### LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Cuenta Gundémoro el extraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, rey de Biserta: el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.

«Es el amor omnipotente y santo,  
El leonés prosiguió, en obras divino,  
Que en fiestas suele convertir el llanto,  
Y de fortuna atar el desatino;  
Pues este que en mis causas pudo tanto,  
Tambien en esta pudo abrir camino  
Al bien presente, aunque por varios modos  
De sangre y de dolor sembrados todos.

La reina Zaida, de Sulmán esposa,  
Por sangre igual, ó favorable signe,  
De una fuerza rendida poderosa  
A mi rostro volvió el suyo benigno :  
De mis desdichas, y de mi piadosa,  
El del rey tuvo por castigo indigno  
De los yerros de amor, y con su gusto  
En vano salió el real decreto injusto.

Dió el bárbaro en mi causa cruel sentencia  
Por el robo y la muerte desgraciada  
De mi Arlaja, y su hermano, que en Valencia  
Mas le mató su culpa, que mi espada  
Que sea quemado vivo en su presencia;  
Y Arlaja en pompa fúnebre llevada,  
Con mis frias cenizas en la mano,  
Por mas tormento al reino valenciano.

La reina, á quien amor el blando pecho,  
O con mi vista, ó mi inocencia pudo  
Darlo de compasion humana hecho  
Al riesgo de mi vida un noble escudo;  
O por hallar los ruegos sin provecho  
Con el tirano de piedad desnudo,  
O por hacerse dueño por tal via  
Del gusto que en el mio pretendia;

De mi obscura prision fue poderosa  
A darme libertad, hecho un contrato  
Con el alcaide, y una temerosa  
Y no oida invencion por mas recato :  
En moro, que en la edad poco dichosa  
Era, y en talle y cuerpo mi retrato,  
Dieron en mi lugar á la cadena,

De mas agravios que eslabones llena,  
Y luego que en la misera garganta  
Sus vueltas enredó el estrecho nudo,  
A un duro lazo diron fuerza tanta,  
Que le dejó el espíritu desnudo;  
Y en una fiera crueldad que espanta  
Muerto y desfigurado el rostro pudo  
Fingir que yo era el muerto, el que el engaño  
En mi provecho hizo, y en su daño.

Creó la estragemá el rey tirano,  
Y la reina en prision mas amorosa  
Algunos dias me entretuvo en vano,  
Tras la esperanza de una fe engañosa,  
Haciendo los favores de su mano  
La triste cárcel menos rigurosa,  
Que cárcel era, y en prision vivia,  
Quien libertad y gusto no tenia.

En una torre altísima, que vuela  
Sobre los muros de un jardin florido,  
Que hace al vecino bosque centinela,  
Y lo mejor descubre de su ejido,  
Con cuidados recato y fiel cautela,  
De la piadosa reina entretenido,  
Secreto estuve, y libre del tirano,  
Que hizo el muerto volver ceniza en vano.

De la torre al jardin se descendia  
Por un secreto paso, en cuyas flores  
El amor con sus plumas me escribia  
De mi querida esposa los primores:  
La reina Zaida aqui tambien venia  
A verme, y en su amor, y sus favores,  
Con mas recelos iba, y con mas tiento,  
Cuanto menos sabia de su intento.

Hasta que su alma al fin quitó el rebozo,  
Y haciendo en los regalos diferencia,  
Que era en ella mostró de verme el gozo  
Ardiente amor, y no benevolencia:  
Pidió el retorno en mí de su alborozo,  
Y el gusto, que no estaba en su presencia,  
Quedó en nuevo cuidado, y por mil vias  
Desvelando á su antojo las porfias.

Prometí darme el reino de Biserta,  
Y á su esposo matar por gusto mió,  
Como en Trípol Geber es cosa cierta  
Ser rey por semejante desvario:  
Mostróme la campaña y mar cubierta  
De armada y fiera gente á su albedrío,  
Y en belicoso alarde en mi presencia  
De su bárbaro imperio la potencia.

Después del campo haré un breve retrato,  
Y del primor con que su alarde hizo,  
Y adonde apunta el bélico aparato  
De aquel soberbio ejército mestizo:  
Cuando diga en qué modo, y cuan barato  
La fortuna estas máquinas deshizo,  
Cuando yo en laberinto tan obscuro,  
Ni puerta podia hallar, ni hilo seguro.

Del real jardin entre una selva inculta,  
Del ancho muro en el cimientó grueso,  
Una espantosa cueva tiene oculta,  
Perdida boca en aquel bosque espeso,  
Donde á gozar del fresco, que sepulta  
En aquella florida cárcel preso,  
Mil ratos me entretuve retirado  
En su alegre frescura, y mi cuidado.

Aquí entre verdé grama y nuevas flores  
Un dia el dulce sueño en tierno nudo  
Mis sentados ligó, y de sus colores  
Un gran tesoro me mostró desnudo:  
De rubias masas de oro los mejores  
Rayos de alegre luz, con que ya pudo  
El deseo cautivar, que dió despierto  
Tristes suspiros por el sueño incierto.

Pareció que en los senos de la cueva  
Donde durmiendo estaba le tenia,

Y á gozar dél con gusto y fiesta nueva  
Mi dulce esposa tras de mí venia:  
Mas ya despierto, viendo que se lleva  
Morfeo entre sus alas mi alegría,  
Triste quedé, que en sueño de tal suerte  
Ventura es que el dormido no despierte.

Pasóse este accidente, olvidé el sueño  
En otros pensamientos divertido;  
Mas siempre del tesoro un dulce empeño  
De memoria alegraba mi sentido:  
Siempre que via de la cueva el ceño,  
Que estaba allí me parecia escondido,  
Aquello mismo que el pincel liviano  
En el alma escribió con débil mano.

Hasta que al fin ayer libre y ocioso,  
No sé de quién, ni cuál furor llevado,  
A buscar el tesoro portentoso  
Por la cueva me entré tras mi cuidado,  
Y de uno en otro paso temeroso,  
De la fortuna y del amor guiado,  
A otro mundo llegué, y en otro mundo  
El bien hallé que gozo sin segundo.»

Así el leonés decia, y al persiano,  
Que con graves cuidados examina,  
Del ejército bárbaro africano,  
El fin que apunta, el blanco á que camina,  
Y qué gente hay en él, el cortesano  
Gundemaro, con lengua y voz divina;  
Así le da razon, y así trasunta  
Del grave alarde la soberbia junta.

«A instancia de Marsilio, que en España  
Tiene la silla real de Zaragoza,  
Llena de armadas gentes la campaña,  
De Biserta sus muros alborozá:  
Teme al francés, sospecha que le engaña  
En la jornada que hace, y que no goza  
Seguridad su reino, si el de Asturias  
Las suyas junta á las francesas furias.

Contra esto se previene, y con Abdalla  
Y Sulmán hecha liga por Valencia,  
Meter quieren su gente, y reforzalla,  
Tal que en Francia no halle resistencia:  
Reprimir al francés, y dar batalla  
A la Navarra, y la leonés potencia,  
Y sacudir de Córdoba con ello  
El duro yugo de su altivo cuello.

Y á todo esto de nuevo se ha juntado  
La sucesion del reino granadino,  
Por un grave rigor de adverso hado,  
Que es de dejarlo en el silencio indino:  
Viene á Sulmán el rico principado  
De la ciudad, que en curso cristalino  
El Darro abraza, si es cual dicen cierto  
Por espantoso modo su rey muerto.

Suceso es raro, bien que sin recelo  
Por verdadero corre en Berbería:  
Divinas obras, que el piadoso cielo  
Al mundo de su eterno brazo envia:  
O sea, ó no sea así verdad, dirélo  
Por las mismas palabras con que un dia  
Zayda me lo contó, y á ella prudente  
Galirtos, que lo vió, y se halló presente.

Galirtos, rey de Alora, que pretende  
Serlo tambien del campo granadino,  
Y de la árabe sangre real descien de,  
Que á Sulmán á pedirle ayuda vino,  
Por verdad este así dicen que vende  
De Estordian el suceso peregrino,  
Así su muerte cuenta, y deste modo  
El origen tambien del reino todo.

Por festejar al bravo Ferraguto,  
Que á Doralice libertado habia  
De la infame prision de un jayan bruto,  
Granada en fiestas de placer se ardia:  
Alegre el rey, la infanta ya sin luto,



Del muerto Mandricardo, cuando un día...  
¡Oh humanas vueltas! ¿quién la inmortal rueda  
De los hados hará constante y queda?

A hacer de su riqueza y reino alarde,  
Y dar al de Aragón su amada infanta,  
De la Alhambra con él bajó una tarde  
De un real jardín á la florida planta;  
Y por donde mas fresco, y menos arde  
El sol, y mas Generalife espanta,  
A gozar fueron de las flores y aves,  
Suave olor, y músicas suaves.

Cuando por arrayanes y laureles  
De un moral descendieron á la sombra,  
Donde de rosas hecha y de claveles  
El suelo les prestó una fresca alfombra,  
Que en blanda murta, y blancos mirabeles,  
Entretegida su belleza asombra,  
Convidando á quedarse por un rato  
Al gusto de aquel cielo, ó su retrato.

Y en agradable suspension metidos,  
Al ruido de una fuente que murmurara  
De los arpados cantos no aprendidos,  
Que las aves le dan á su hermosura:  
Grande rumor se oyó, grandes ruidos,  
De cajas, y grita y voces, que en la altura  
Y techos de oro del palacio suena,  
Retumba el bosque, y el jardín atruena.

Y entre el ronco atambor, y sorda grita,  
Que en bárbaros sonoros instrumentos  
Por la ciudad en música esquisita  
Acordes dan y consónos acentos:  
Así la confusion ataja y quita  
Su melodía á los parleros vientos,  
Que es cuanto suena en rudo desconcierto  
De un tupido rumor estruendo incierto.

Como tal vez debajo el polo helado,  
El Ismaro soberbio y belicoso,  
Atruenta en sus banquetes ocupado  
Los collados del Rodope espantoso;  
Y entero un jabalí mal sazonado,  
Medio crudo, sangriento, y asqueroso,  
Brutalmente en las manos despedaza,  
Y tras él colma la espumante taza:

Crecen los humos del calor de Baco,  
Vuélvese horrible confusion la cena,  
Ruedan las tazas, y en el monte opaco  
El confuso ruido de armas suena,  
Los finos petos del fornido Yaco,  
Y la selva de grita y voces llena,  
Los ecos quiebran por las duras peñas,  
De su imprudente horror bastantes señas:

Así por la ciudad el son confuso  
Se dice que sonó agradablemente:  
Ferraguto ignorante de aquel uso  
La causa preguntó, y el rey prudente,  
A quien en triste suspension le puso  
El ruido alegre que formó la gente,  
Que aunque fue en otros gustos de alegría,  
En el suyo causó melancolia;

Así tras un suspiro el rostro vuelto  
Al bravo Ferraguto dicen que dijo:  
«No hay bien que en mil azares no esté envuelto,  
Ni mal que en el durar no sea prolijo:  
Mil penas en el alma me ha revuelto  
Esta música el breve regocijo,  
Que siempre la memoria del contento  
Es triste soledad al pensamiento.

Ya un tiempo fue, que aunque en menor fortuna  
Gocé mi reino, la quisiera ahora,  
Que los gustos son olas de una en una,  
Y el pasado placer el que se llora:  
Oye, oh valiente, si de parte alguna  
Puedes saber lo que tu gusto ignora,  
Es de mi solo, estáme pues atento  
A cuenta del deleite de mi cuento.

Sabrás mi antiguo origen, y la causa  
De los alborotados instrumentos  
Con que este noble y rico pueblo aplausa  
Ciertos huéspedes suyos mal contentos:  
Hará mi gusto por el tuyo pausa,  
Y los infaustos sin piedad portentos,  
Con su larga espantosa pesadumbre,  
La ocasion te dirán desta costumbre.

Contarte he los principios de mi casa,  
Y desta gran ciudad que ves presente,  
De los caminos por donde tan sin tasa  
En nobleza creció y valor de gente:  
Quien me trajo á estos riscos, en que pasa  
El cristal sobre el oro reluciente,  
Cuento es notorio el mundo su testigo:  
Oye que así pasó como lo digo.

En la parte que de Africa se inclina  
A ver del mar Océano el semblante,  
Y de desnudas rocas la marina  
Llana le ofrece á su furor delante,  
De yertos riscos y árboles se inclina  
Sobre los otros montes el de Atlante,  
Como columna altísima, que el vuelo  
Sustenta de las bóvedas del cielo.

No se solia empinar tan alto el risco,  
Mientras que Atlante fue en aquella costa  
Rey del mudable pueblo berberisco,  
De tostado arenal y playa angosta:  
Mas cuando vió del fiero basilisco  
La górgona cabeza hecha aposta  
Para criar montañas en la tierra,  
Cual hoy está quedó mudado en sierra.

Antes sobre los pinos desta cumbre  
Solia subirse á sustentar el cielo,  
Y cargando en los hombros la techumbre,  
De estrellas aliviar su curso y vuelo,  
Donde Hércules la inmensa pesadumbre  
Sufriendo hizo tal vez gemir al suelo:  
Aquí vuelto Atlas peña eternamente  
Sus orbes fija en la nevada frente.

Perseo, que es del sagaz Mercurio hermano,  
Después que hubo cortado la cabeza  
A Medusa, trayéndola en la mano  
Deste gran rey llegó á una fortaleza:  
Recibióle con término villano  
Medroso que al jardín de su riqueza  
Hambriento despojase, y del tesoro  
El rico árbol que da manzanas de oro.

Por tan vil presuncion hecho peñasco  
Perseo le dejó, y el rico huerto,  
De un fuerte muro y diamantino casco  
Cercado en torno, y de cristal cubierto,  
Y allí un rojo dragon, que el gran carrasco,  
De las ricas granadas de oro enjerto,  
Con vigilancia eterna guarde y cele,  
Y sin dormir jamás sus puertas vele.

Y consagrado el dios que nació en Creta,  
De allí quedó el jardín florido de oro,  
Con tal virtud y propiedad secreta,  
Que no sea el reino mas que su tesoro:  
En él toda su dicha esté perfeta,  
Su magestad consista en el decoro  
Que á su sagrado muro se guardare,  
Hasta allí llegue, y en parando pare.

Guardóse por mil siglos inviolable  
La fiel clausura del jardín sagrado,  
Hasta llegar la vuelta inevitable  
De los precisos términos del hado,  
Y del monstruoso pueblo variable,  
De honor el cetro real vino cargado  
A Ormindas, que fue ilustre padre mio,  
Y alma y reino perdió en un desvario.

De la bella Zegrilda, á quien el cielo  
Igual con la crueldad dió la hermosura,  
En los ojos amor labró un anzuelo



Por tropezon del mundo, y su cordura:  
 Mi padre á su vejez vio este señuelo,  
 Y el fuego, aunque la yesca no es de dura;  
 En el seco vellon cunde sin tasa,  
 Y toda una centella la traspasa.

Dió él en amor, y en desamores ella,  
 Ella en aborrecer, y él en amalla,  
 Mil trazas inventó para vencella,  
 Y ella para no entrar en su batalla:  
 Mientras se rinde mas, mas le atropella,  
 Por demás es correr para alcanzalla,  
 Que el desamor los llanos vuelve sierra,  
 Y en gustos encontrados todo es guerra.

De un moro vil, aunque de tierno bozo,  
 Preso su pecho fiel tenia la dama,  
 Sintió el amante viejo el gusto mozo,  
 Mas ¿qué no alcanzará á saber quien ama?  
 Lloró celoso el ver que de su gozo  
 Dueño sea quien de humilde el suyo infama,  
 Y que ande en competencia, y desamado  
 Un rey, con quien no alcanza á ser criado.

Determinó quitarle con la vida  
 Al nuevo Adonis el honor de sello,  
 Mas quien granjea el amor por homicida,  
 Ciego y lejos está de merecello:  
 Quedó la dama tierna y ofendida,  
 Muerto sin ocasion su amante bello,  
 Aborrecido el rey, y el reino estrecho

De asombros lleno en tan horrible hecho:

Mas ya del todo el apetito ciego,  
 Intentar quiere, ó á querer se esfuerza,  
 Que á apagar ó encender su torpe fuego,  
 Pues no pudo el amor, pueda la fuerza:  
 Vióse la dama muerta desde luego,  
 Que aunque no hay quien al alma haga fuerza,  
 Y el rey aun para él cuerpo no la tiene:  
 Mirar por él y por su honor conviene.

Y en este noble pensamiento puesta,  
 Al rey que ardiendo ve en amor le pide;  
 Que pues ya en darle está su honor dispuesta,  
 Y el suyo con su ardiente gusto mide,  
 En honra dél una merced honesta  
 Le haga, que su antiguo enojo olvide,  
 Y la goce sin él, con tal que sea  
 En el rico lugar que ella desea.

El ciego amante, que tuviera á gusto  
 Y á dicha darle un largo reino entero,  
 Como lo manda olvida su disgusto,  
 Y en semblante de amor trueca el severo:  
 Y el don al parecer templado y justo  
 Le otorga, y ella en rostro lisonjero  
 Tornando alegre con caricia amiga,  
 Así de nuevo á que lo cumpla obliga.

«Señor, dijo, yo siento que á mi pecho  
 El amor de aquel moro tu enemigo,  
 Con encantos le hizo tan estrecho

Un mago astuto que trató conmigo:  
 Contra esto hay cierta yerba de provecho  
 En este real jardín, que cual lo digo  
 El sabio me lo dijo, y que es bastante  
 A hacer aborrecer cualquier amante.  
 Haz por mí, porque yo por tí me esfuerce  
 A olvidar lo que ya olvidar querría,  
 Que en él, al tiempo que su paso tuerece  
 De la noche huyendo el blanco día,  
 Los dos entremos, para que él refuerce  
 En nuestro amor con su virtud la mía,  
 Y me haga que sola de tu gloria  
 Quede, y no de otro rastro en mi memoria.  
 Y aunque la tierna raíz con que Medea  
 Al padre de Jason volvió mancebo,  
 A este jardín alegre hermosea,  
 Y le sustenta eternamente nuevo,  
 Con ella yo también haré se vea  
 Tu blanca barba como el rojo Febo,  
 Si es de creer que su virtud conserva,  
 Y el mundo aun goza tan preciosa yerba.  
 Darnos ha el árbol de su alegre fruta,  
 Por tantos siglos antes no tocada,  
 Y la de mi honra entre la yerba enjuta  
 Del ramo de oro gozarás doblada:  
 No es este antojo peticion tan bruta,  
 Que no me haya de ser por tí otorgada,  
 Esto has de hacer por mí, señor, si quieres  
 Mis regalos gozar, y sus placeres.  
 Mas si gracia me niegas tan menuda,  
 Tendré este que amor llamas por antojo:  
 Da á lo que pido un sí, no estés en duda,  
 Que me es verte dudar notable enojo:»  
 Dijo, y todo el semblante alegre muda  
 En triste ceño, en blanco el color rojo,  
 Con el confuso miedo, ó con la pena  
 De la injusta merced de engaños llena.  
 De Zegrilda la gracia peregrina  
 Al rey bastara, sin llegarle el cebo  
 De la rejuvenil virtud divina,  
 Que hacer sabe de un viejo un hombre nuevo:  
 Darle el jardín abierto determina,  
 Y en él buscar el inmortal renuevo,  
 Que á un bien tan raro, y gusto de tal modo;  
 No es mucho precio aventurarlo todo.  
 Son la vida y amor de los trofeos  
 Humanos las deidades mas pujantes,  
 Ante quien quedan los demás deseos  
 En su comparacion por no importantes:  
 ¿Que mucho que ahora hagan devaneos,  
 Si arrastra cualquier dellos los gigantes,  
 Y un viejo amante para un gusto nuevo  
 Desea volver, si puede, á ser mancebo?  
 Determinó, pues se halla enamorado,  
 Hacer obras de tal, y darle gusto  
 A la que el suyo ha puesto en tal estado,  
 Ahora sea justo, ahora injusto:  
 Del oculto sagrario reservado  
 Libre sacó con ánimo robusto  
 Las llaves, cuyo peso soberano  
 Jamás antes cargó otra mortal mano.  
 Y porque el hurto al mundo sea invisible  
 Entre el mudo silencio y sombra oscura  
 Los dos amantes al umbral horrible  
 Llegan, que habia de ser su sepultura:  
 El muro del jardín tembló inmovible,  
 Y al resonar la hueca cerradura  
 De las puertas de bronce en pavor llenas,  
 De sus torres llovieron mil almenas.  
 El lustroso dragon, que puesto en vela  
 Al árbol de oro inmenso tiempo habia,  
 Que sin ver sueño estuvo en centinela,  
 Ya en sabroso sosiego y paz dormia,  
 Cuando al sordo rumor despierto vuela  
 Con negras alas por la abierta via,

Que al ciego amante la engañosa dama  
 A la venganza guia de su fama.  
 Y en los dos estrenando su veneno,  
 Ambos á un tiempo los dejó sin vida,  
 Y por el pueblo, ya de asombros lleno,  
 Espantosa hace y ciega arremetida:  
 Huyó del viejo Atlante al fértil seno,  
 Donde su furia en llamas encendida,  
 Así lo alto encendió de la montaña,  
 Que de sombra su humo cubrió á España:  
 Madrugó el sol por ver el ciego estrago  
 Que la desencantada sierpe hizo,  
 Y en el rey muerto el merecido pago  
 Que la dama le dió, y su amor postizo:  
 Al jardín se cayó el muro aciago,  
 Y el novelero vulgo antojadizo  
 El oro saqueó, y el rico huerto  
 El mismo día quedar se vió desierto.  
 Mas aquel Dios que en él por su decoro  
 Claustro secreto á su deidad tenia,  
 Los robos castigó, y cobró el tesoro  
 Con tristes muertes que en crueldad llovía:  
 Nadie sin religion tocó en el oro  
 Que á la planta inmortal de luz vestía  
 Que aunque al templo la culpa restituya,  
 No pague en infeliz morir la suya.  
 Hallóse la ciudad de muertos llena,  
 De horribles sombras y temor los vivos,  
 El reino despojado, y yo en la pena  
 Que podian darme males tan esquivos;  
 Cuando un sabio alfaqui, en noche serena  
 Contando al duro cielo los motivos  
 De sus doradas vueltas, leyó en ellas  
 El fin á que nos llaman las estrellas.  
 Y «huye, me dijo, de la tierra odiosa,  
 Que ya aquí el hado el reino y paz te niega,  
 Y en procurar ciudad mas venturosa  
 Al viento manso y á la mar te entrega;  
 Y de esa fruta de oro prodigiosa  
 Con una busca la espaciosas vega  
 Del rio, que buscando arenas de oro  
 Con el suyo igualare á tu tesoro.  
 Allí al abrir el sol sus rayos bellos  
 Sin arar la pondrás en su remanso,  
 Y hasta que peines nieve por cabellos  
 Deste azote el rigor hallarás manso:  
 Allí tendrás alcázares, y en ellos  
 Reino seguro y próspero descanso,  
 Sin que la pena y el castigo llevés  
 Desta culpa comun, si alguno debes.»  
 Dijo, y con la dudosa profecía  
 Habla y alma huyó del cuerpo muerto,  
 Y yo entre tantos miedos otro día  
 Con mis gentes bajé al vecino puerto:  
 Junto á la playa un bosque espeso habia,  
 De grama todo y de arrayan cubierto,  
 Adonde con humildes sacrificios  
 Los dioses intenté de hacer propicios.  
 Sentados de la selva en lo mas llano  
 Siete lucidas vi abultadas peñas,  
 Y en la mayor de todas de mi mano  
 Hacer quise un altar entre las breñas:  
 De una pesada almádana lozano  
 El peso alcé, y á las primeras señas  
 De querer hacer golpe el pardo risco;  
 Temblando comenzó á mostrarse arisco.  
 Y una voz, que aun ahora en los cabellos  
 Su horror siento, sonó, que así me dijo:  
 «Deja de herir los montes, á mí en ellos,  
 Oh tú, del ciego Orminda incauto hijo:  
 Deja el inútil campo, que á los bellos  
 Del claro Darro harás curso prolijo,  
 Y en los tiernos cristales de su orilla  
 De hermosura la octava maravilla.  
 En estas siete peñas convertidas

Dejó del fiero Górgon la cabeza,  
De Atlas las siete nietas conocidas  
Entre los astros con mayor belleza:  
Estas sus carnes son endurecidas,  
Huye de hacer agravio á su entereza,  
Que esta tierra de hoy mas á tus intentos  
Llena de horror está, toda es portentosa.»

Dijo, y como arrojado con las manos  
Del riguroso hado el puerto dejó,  
Y con mis temerosos africanos  
En cuatro naves por el mar me alejó,  
Por donde entre arrecifes y pantanos,  
Siguiendo de los cielos el consejo,  
Llegué á Motril, y allí en su tierra, como  
Por favorable agüero el puerto tomo.

Y en escuadron formado con mi gente  
Del lugar en que estoy me certifico,  
Y ciudad á mi pueblo permanente  
De argamasados muros fortifico:  
Un año estuve allí, que el inclemente  
Rigor del hado, en desventuras rico,  
Su crueldad templó, y en trato amigo  
La ira disimuló, y cubrió el castigo.

Mas dió principio á destemplarse el cielo,  
Arder el aire, y á humear la tierra,  
Y ea mortal peste el enemigo suelo  
Manchó cuánto el humilde pueblo encierra:  
Yo, que en nuevos cuidados me desvelo,  
En triste estaba y congojosa guerra,  
Cuando una sombra, envuelta en sueño vano,  
Así en tono me dijo soberano:

«Las nieves rompe, y deste suelo ardiente  
En otro mas templado harán sus nidos,  
Los que á gozar bajaren de tu gente  
Del Genil claro páramos floridos:  
Allí el oro, que el árbol escelente  
Granó, te dará alcázares floridos,  
Y la fruta feliz, de hombres preñada,  
Parirla sentirás gente granada.»

Dijo, y yo temeroso los portentos  
Adoro, y con su luz me determino,  
Y por las sierras pasos abro atentos,  
Y entre la blanca nieve ancho camino:  
Subo á la cumbre, doblo sus asientos,  
Llego al fin á este arroyo cristalino,  
Y haciendo adoracion debida al cielo,  
La tierra abrazo humilde, y beso el suelo.

Y el concurso dejando de los mios  
Por la corriente abajo, cuando el alba  
De blanco aljofar los escarches frios  
Se viste, con que al sol hace la salva;  
Sobre este monte, entre sus claros rios,  
En la ladera mas desierta y calva,  
La luz adoro, y mi granada fijo,  
Donde ya el cielo tantas veces dijo.

¡Estraña caso! solo concedido  
Al brazo eterno, que los mundos rige:  
Del sol el rayo apenas vió encendido  
Con su luz de oro el que primero dije,  
«Cuando el preñado globo, revestido  
De alegre claridad, no hay quien afije  
En él los ojos; que otro sol parece  
De hermosura mayor que el que amanece.

Y como si en sus senos se embebiera  
El que por su horizonte iba naciendo,  
Para despues parir la luz entera  
Se fue esponjado, en proporcion creciendo:  
Creció el oro, creció la luz primera,  
Y dentro comenzó un sonoro estruendo,  
Como entre flores codicioso enjambre,  
Que del tierno rocío anda con hambre.

Y ya exalado en vaporosa nube  
El primer resplandor del oro ardiente,  
Cual dorado celaje, cuando sube  
Al descender el sol por el Poniente,

En breve rato que mirando estuyé  
La neblina y vapor resplandeciente,  
Con la fuerza del sol fue adelgazando,  
Y á irse empezó tras el calor volando.

Y entre el desvanecerse la neblina,  
Y por su seno entrar la lumbre bella,  
En admirable pompa y luz divina  
Criarse esta ciudad pareció en ella:  
Su arquitectura y obra peregrina  
Entre vislumbres comenzó á movella  
Por los ojos la nube, que en su vuelo  
Subir se veía por el aire al cielo.

Comienzan á mostrarse los cimientos,  
Que ya el oro amasó de piedra dura,  
A traslucirse el muro y los asientos  
Deste alcázar real, y su hermosura,  
Sus bellos ventanajes y aposentos,  
Y el romper de las torres por su altura,  
Las almenas y muros levantados,  
Y del humilde vulgo los tejados.

Y la reciente máquina, que altiva  
Con torres y dorados chapiteles,  
Al parecer tras de la nube se iba,  
Plantada se quedó en estos vergeles;  
Y no solo ciudad, mas ciudad viva,  
Llena de hombres, no de ánimos crueles,  
Como unos que espigó otra vez la tierra,  
Que en miedo los sembró, y los parió en guerra.

Mas pueblo sin furor, gente amorosa,  
Que la granada amores significa,  
Y el ser de oro la vuelve mas preciosa,  
En fe mas noble, en condicion mas rica:  
Recibíome con pompa suntuosa  
La ciudad nueva, y que le sea suplica  
Piadoso rey pues sola en mi persona  
Sus muros de oro afijan la corona.

O fuese impulso natural, ó fuese  
La propiedad del oro que fue mio,  
O que ya el hado por allí quisiese  
Disculpar su pasado desvario;  
La ciudad nuevame pidió le diese  
Leyes, como su rey, á mi albedrio,  
Y por sus calles en soberbia pompa  
Mi nombre hacen que los aires rompa.

Admiróme de ver la muchedumbre  
De nuevas gentes sin nacer criadas,  
Sus palacios y templos, que una cumbre  
Del cielo hacen sus bóvedas doradas:  
De mi alcázar la excelsa pesadumbre  
Con las puertas de bronce no forjadas,  
Muros, torres, ventanas, miradores,  
Majadas poco antes de pastores.

Y entre estas maravillas y sobornos  
De la fortuna un nuevo sobresalto  
El alma me llenó de los retornos  
De que ningun contento vive fulto:  
Dejó mi primer pueblo en los contornos  
Deste collado generoso y alto,  
Esperando mi vuelta, ya no hallo  
Como en la ciudad nueva aposentallo.

Guerra se me apareja, ó hado incierto,  
Dije entre mí cuando pensé que habia  
El ancla echado en el seguro puerto,  
Adonde me arrojó tu misma guia:  
Mas entre un bien dudoso, y un mal cierto,  
La ciudad llamo á la presencia mia,  
Donde cuenta le di de mi congoja,  
Y que el remedio en tanta duda escoja:

Ó admitiendo en sus muros á mi gente,  
O á mí dejándome ir á procuralle  
Ciudad y adonde un pueblo permanente  
Pueda, cual me lo manda el cielo dalle:  
Mas todos en tropel confusamente,  
que no la saque piden de aquel valle,  
Mas que de su ciudad recién nacida

La mejor parte de, y la mas cumplida.

Y á hacerse un pueblo de los dos conmigo  
Los de mas peso van y suficiencia,  
Pues en ser uno nuevo, y otro antiguo,  
Solo, y no en mas, está la diferencia:  
Yo, dando al cielo gracias, el amigo  
Escuadron busco en presta diligencia,  
Que al blando abrigo de una sierra fria  
Al reir del alba le dejé aquel dia.

Mas, ¡oh altibajos de la humana vida,  
Y cuan inciertos sois al mas prudente!  
No mi gente hallé fuerte y fornida,  
Mas en vez della otra menuda gente,  
Que por las hojas de un moral subida  
Ciudad labraba, y pueblo diferente,  
De estrechas casas, y capullos ricos,  
A torno hechos de sus tierños picos.

Quién ya del todo alcanza el suyo hecho,  
Y quién le va enarcando y dando tumbo,  
Quién labra las paredes, quién el techo,  
Quién los cimientos, quién por otro rumbo,  
Echando los niveles trecho á trecho  
Su casa traza, y quién por el derrumbio  
De algun seco troncon desesperado,  
Por no labrar la suya, está ahorcado.

Los unos de uno, y otros de otro modo,  
Y todos juntos la obra comenzada  
Tejiendo aprieta, y revolviendo todo  
El fresco ramo donde va enredada,  
Siendo la tierra de argamasas y lodo  
De la ciudad en aire fabricada,  
La virtud que en sus venas fructifica  
El que dellos con mas fervor fabrica.

Dejáronme asombrado los portentos,  
Mi nueva gente y sus menudos nidos,  
Cuando del cielo vino por los vientos  
Esta divina voz á mis oidos;  
«También tú labrarás tus aposentos,  
Oh nuevo rey de los recién nacidos,  
Que aun tiene sobre ti el jardin derecho,  
Por sucesor del que lo dió deshecho.»

Huí medroso del rigor del hado,  
La nueva gente que tras mí venia,  
Viendo el largo escuadron, que allí abreviado  
Menudo pueblo en que meterle hacia:  
Compasivo del caso no esperado,  
Las casas cada cual que mas podia  
A las suyas por huéspedes se lleva,  
Y con cuidado las regala y ceba.

Y así desean los nuevos ciudadanos,  
Que en el templado aliento de su pecho,  
Cada florido abril suelen ufanos  
Prestarles vida, como ahora han hecho:  
Y porque el cielo con temores vanos  
Tal vez de su quietud turba el provecho,  
Por asombrarles las fantasmas tristes  
A tiempos hacen el rumor que oistes.

En él la vida y medicina puesta  
De los asombros destas gentes tiene,  
A estos piadosos fines hace fiesta  
El que en su casa huéspedes mantiene;  
Y este el origen es del reino, y desta  
Ciudad, y en lo que dentro se entretiene,  
De lo demás el cielo placentero  
Los monstruos trueque en favorable agüero.»

Así el anciano rey en su discurso  
Cuentan que relataba el de su vida,  
Y que en suspension triste acabo el curso  
Della, y ellos: el alma envejecida  
En ordinarias penas, al concurso  
De estrellas abreviada y reducida  
A un punto indivisible, en nuevo modo  
Tras sí se fue llevando el cuerpo todo.

Y encogiendo los miembros tan aprieta,  
Que se desbarató la forma humana,

Los blancos hilos de la barba espesa  
Seda se hicieron amarilla y cana;  
Y el abreviado cuerpo, haciendo presa  
En una hoja del moral liviana,  
Se dice que, en gusano convertido,  
Por ella comenzó á tejer su nido.

Causó el asombro desta nueva esquiva  
Miedo en el corazon mas confiado,  
Que ¿quién hay de los vivos que no viva  
A este riesgo sujeto y sentenciado?  
¿De qué se engríe el hombre, ó en qué estriba?  
¿En qué hace pié el soberbio, en qué el hinchado,  
Si el tiempo así á los reyes soberanos,  
Como al pueblo comun, vuelve gusanos?

Alborotóse la ciudad, la gente,  
Acudió á ver la nueva maravilla,  
La bella Doralice, que presente  
Al caso está turbada y amarilla,  
El llanto y el dolor con que lo siente  
Al de menos piedad causa manecilla,  
Cubrióse ella, el palacio, y Ferraguto,  
De tristes paños de grosero luto.

Y de la tierna dama el pecho tierno  
Prolijos dias sin salir estuvo  
En las tinieblas del dolor paterno,  
Que el justo sentimiento la detuvo;  
El moro aragonés, que al del infierno  
Le pareció tan largo llanto, tuvo  
Modo para partirse, aunque en la llama  
Antes se ardía de la bella dama.

Mas como por ventura era su intento  
El gusto de un antojo disoluto,  
Viendo tan dilatado sentimiento,  
Enfadóle el dolor, cansóle el luto:  
Ordena su partida, y dando al viento  
Los ajenos suspiros por tributo,  
Se va, y deja á los tristes sin alivio,  
Que un deseo ya cumplido siempre es tibio.

Llegó la nueva á la afligida dama,  
Con que se comenzó de nuevo el llanto,  
Y el suceso, el desman, la muerte llama  
De su primer esposo; y el espanto  
De su delito, el riesgo de su fama,  
Y el agravio presente pudo tanto,  
Que en sus lágrimas tierna consumida  
Llegó á perder tras el honor la vida.

Sobre el sepulcro de su muerto esposo,  
Como á pedir venganza dél ausente,  
Lloró sus quejas, y el dolor copioso  
De lágrimas sacó larga corriente:  
Formóse dellas un estanque hermoso,  
Y de sus ojos una alegre fuente,  
Donde al tierno cristal que el llanto deja,  
El vulgo llama ya Fuentelaqueja.

Esto es la que á la reina el rey de Alorara  
Contaba, y como yo la apreudí della,  
O sea el modo de muerte con que llora  
Su rey Granada, y su princesa bella:  
Fingido, ó verdadero, no sé ahora  
Lo cierto de su hado, ni su estrella:  
El ser muerto es lo cierto, y que pretende  
Sulmán el reino en que el Genil se estiende.

Y á estas varias empresas, y al deseo  
De dar venganza al cuerpo de Agramante,  
Cuya cabeza es bárbaro trofeo  
Al fuerte escudo del señor de Anglante,  
De la abrasada Libia el pueblo feo,  
Hecho un confuso ejército abundante,  
De altiva pompa, á vista de Biserta  
La playa tiene de beldad cubierta.

Siguen el tremolar de sus banderas  
Deste apartado mundo las naciones,  
Cuántas en torno habitan sus riberas,  
Siembran su arena, y vuelcan sus terrones,  
De adonde Atlas encumbra las laderas,

Hasta donde humean los carbones  
De la abrasada Nubia, y del tributo  
Del río Niger al Canopo astuto.

Cuanto se embebe en la abrasada zona,  
Y el fojo suelo de su mundo ardiente,  
Por sus baldíos campos amontona  
En ocio inútil, y en mudable gente:  
Al clarín de la fama que pregona  
La nueva guerra, en bélico accidente  
Sus escuadrones bárbaros concierta,  
Y acude por mil partes á Biserta.

Qual sobre alegres cumbres y florestas  
Del monte Tauro van sombríos montones  
De pardas grullas, que en concierto puestas  
Tras nuevo temple cruzan sus regiones,  
O cuando con furor marcial dispuestas  
En bello alarde forman escuadrones  
Contra el menudo pueblo, en cuya tierra  
El aire lleeve ejércitos de guerra:

Por tantas partes en igual concierto  
Africa llega gentes contra España,  
Y de la gran Biserta al ancho puerto  
Hombres vomita y armas la campaña,  
Del abrasado mauro el pueblo incierto  
Con el de los Luntanas, cuya saña  
Fundó á Marruecos, y en su mar profundo  
Acabó de tiznar Faeton el mundo.

Los Numidas sin frenos, abundantes  
En dulces palmas, y árboles sombríos;  
Los ociosos Getulios, que de antes  
Ya fueron de armas y primor vacíos,  
Y hoy sin ellas, ni frenos espumantes.  
Los potros doman de mayores bríos;  
Los veloces Marmáridos, los Mazas,  
Y el Afeo diestro en sus alegres cazas.

La gente de Marsilia, que sentada  
Sobre el caballo, en cerco le revuelve  
Con una diestra vara, y la tostada  
Flecha cual parto por las ancas vuela:  
A los que Hesperia da fruta dorada  
Del árbol que el dragon ardiente envuelve  
En sus cerúleas roscas, cuya escama  
Los rayos doran de su rubia llama.

Los de la real ciudad de Taradante,  
Y á los que en los desiertos arenosos  
De Zahara sembró Perseo triunfante  
Sus manchados quelidros venenosos,  
Que del frío Górgon el feroz semblante,  
Después que en sangre y visos temerosos  
De Atlas creció la corpulenta sierra,  
Muertes llovió y ponzoñas á la tierra.

Ni por lejos del tráfigo del mundo  
El apartado Zénega se escusa,  
A quien el Niger da de olas profundo  
Las ricas armas que pintadas usa:  
Y él con su grueso ejército fecundo  
El aire asorda en trápala confusa  
De altivos Telgas, de Zuzingas feos,  
Y de Bardeos antiguos Sabateos.

El que en el caudaloso Dara goza  
Frescos palmares y aguas desabridas,  
Y en pomposos alardes alboroz  
Sus barrancosas playas carcomidas:  
El que en la humilde Génova retoza  
Tras los ligeros gamos, y ceñidas  
Las negras sienes en calor eterno,  
Del Niger mide el uno y otro cuerno.

Los que en Ceu, y sus ásperos desiertos,  
Y laguna de márgenes floridos,  
Anchos campos cultivan encubiertos,  
De rojas pieles de áspides ceñidos;  
O en el Bárvaro Zínche los inciertos  
Y mudables collados, ya cernidos  
De los aires, no alcanzan firme asiento,  
Que allí aun hasta los montes muda el viento.

Los que de alarde la espantosa sierra  
con increíble propiedad encanta,  
Y la virtud de sus peñascos cierra  
Paso á la voz, y tupe la garganta:

De cuyo estrecho valle y parda tierra  
El hijo de Filipo llevó cuanta  
Bastó para labrar del nuevo encanto  
En Asia el real palacio del espanto.

Ni faltaron los bélicos flecheros  
De la ciudad de Bárbara potente  
Que en pieles visten de animales fieros  
Los corpulentos miembros de su gente:  
Traen de rojo leon ricos cimeros,  
Del remendado tigre la ancha frente  
Del pardo lobo, del cervical, y el oso,  
Y escama de serpiente el mas brioso.

Son estos tantos, que si el raudó viento  
Con pestíferos soplos no barriese  
La sobrada salud, y en fin violento  
De ardiente arena y muerte los cubriese,  
Sería la ancha tierra estrecho asiento  
De su abundante parte al interesse,  
Y necesario á su parir fecundo,  
O hacer de nuevo, ó ensanchar el mundo.

Traen estos en su escuadra por vecinos  
El Jélofe, y el áspero Gualata,  
Con los Tombutos, los Benais cetrinos,  
Y el duro Burno de color mulata,  
De la obscura Guinea velos finos,  
De plumas y brazaes de oro y plata,  
Y la alta Nubia, que del Nilo bebe  
La luz primera que la Aurora llueve,

Tienen tambien aqui escuadron gallardo  
Los que de la Tebaida y fértil Lime  
Suave aire respiran, que el bastardo  
Bóreas jamás por su arboleda esgrime:  
Donde la negra pez y alquitran pardo  
En bálsamo precioso y blanco anime  
La virtud vuela de su claro cielo,  
Rico manantial de aroma al suelo.

Del Avisimbo el campo vagamundo,  
Y escuadras del soberbio Troglodita,  
Que de obscuras cavernas lo profundo  
Con intratables ánimos habita:  
Estos son los primeros donde al mundo  
Ni el oro da riquezas, ni las quita,  
Y tienen por mas gusto, y mas placeres,  
Los hijos en comun, y las mujeres.

Los Megavaros, que de pardos toros  
Crudos yelmos fabrican, y ancho escudo,  
Y hacen volar tambien tiros sonoros,  
Que á herir llegan con lenguaje mudo:  
De su region los bárbaros tesoros  
Traen á Biserta en su escuadron membrudo,  
Y con soberbios ánimos feroces  
La tierra hacen temblar y el aire á voces.

Ni de la alta Etiópia el Abisino  
Sus pardos miembros le negó á esta guerra,  
Si bien su grave emperador no vino  
Por su diversa ley, y estraña tierra:  
Rige este rey el cetro de oro fino  
De sesenta y dos reynos, en que encierra  
Cuanto se estiende en gente inculca, ó sabia,  
De su Océano occulto al mar de Arabia.

Los reinos Bernagaes, que al oriente  
Del mar Bermejo pescan nacar y oro,  
Tigrimaon, que aljófár reluciente  
En ricas sargas vende al pueblo moro,  
Con otros mundos, que en el cerco ardiente  
Que el dia iguala gozan el tesoro  
De una pareja luz, que en llama viva  
La vuelta enroscas de su frente altiva.

Y bien que la ancha faja que divide  
El orbe por su imperio se enmaraña,  
Ni del todo lo abraza, ni le mide,

Ni sus linderos con los suyos baña,  
Que el estrellado Cancro no le impide  
Su curso belicoso y vuelta estraña,  
Ni el fiero Capricornio, aunque mas lanza  
La uña postrera de su pié, le alcanza.

Mas cuanto el cielo por señales puso  
Del negro humo de su zona ardiente,  
Y en abrasados páramos difuso,  
Como de balde lo arrojó á la gente:  
Todo eso en masa, y en monton confuso,  
A los piés lo humilló del rey potente,  
A cuyo cetro, solo en su gobierno,  
Ni el verano le ciñe, ni el invierno.

Pues este, aunque por ser de ley contraria,  
Que adora al que murió por darnos vida,  
Gente no envió á Biserta la voltaria,  
Que anda en sus anchos reinos forajida:  
Hecha una tropa en opiniones varia  
Vino al torpe Jafés entretejida,  
Que en las altas montañas de la luna

La fuente al Nilo ve, si tiene alguna.

De entre sombrías selvas olorosas,  
De ameno loto y bálsamo preciado,  
De jazmines cubiertos, y de rosas,  
Modo en la guerra de su patria usado,  
Los Macrobios vi allí de armas preciosas,  
Pueblo hasta en las batallas posegado,  
Con arcos, que el mas pobre se remata  
En oro rubio, ó en lucente plata.

Estos al sol bendicen, si amanece,  
Y al ponerse le ofrecen maldiciones,  
Donde en preciado cinamomo crece,  
La paz de sus compuestos corazones;  
Y á los de la isla Meroe, que florece  
Del sacro Nilo á los fecundos dones,  
Tambien hizo olvidar la nueva guerra  
Las dulces cazas de su fértil tierra.

Los que en la Ciene clara el Cancro ardiente  
Las sombras hurta, y les alarga el día,  
Con cuanto el llano Egipto goza y siente



De su oriental Leusipo á Alejandría:  
Los que en cien puertas da el muro potente  
De la ancha Tebas, cuanto Menfis cria  
Entre escelsas pirámides, que el suelo  
Hacen gemir, y recelarse al cielo.

Los que en la rica Arsione, y sus valles,  
Y de la Ciene habitan las regiones,  
O en Berenice, y sus torcidas calles,  
De la infiel Sierte alcanzan ricos dones:  
Los Libiarcos de floridos talles,

Los bravos aunque pobres Nasamones,  
 Los Psilos, á quien temen las serpientes,  
 Y el Garamante y sus ociosas gentes.

Los Marcios de prolijas cabelleras,  
 De avestruces vestidos y leones,  
 De los dos Mauritánias las riberas,  
 De suelta arena llenas y dragones,  
 De la infeliz Cartago las postreras  
 Faldas del firme Atlante, y sus naciones,  
 A guerra cruel en helicosa saña,  
 Desde Biserta desafían á España.»

Así el sabio español, el grave alarde  
 Que en Africa notó, cuenta al persiano,  
 Mientras el barco por el golfo que arde  
 Las anchas velas da al austro liviano:  
 Y sin que á la aferrada proa retarde  
 Del peligroso mar el golfo cano,  
 Con huecos tumbos de preñadas olas  
 Las riberas descubren españolas.

Y en tanto que de Libia el suelo ardiente  
 En preparar ejércitos se tarda,  
 Y del rey Casto la invencible gente  
 Sobre Pamplona á la de Francia aguarda;  
 Del César puesto ya el campo potente  
 Entre los Pirineos, acobarda  
 Las armas y naciones extranjeras  
 Con solo el tremolar de sus banderas.

Allí en carro imperial, á quien la esfera  
 Del suelo adora entre reales de oro,  
 Gustoso ver pasar su campo espera  
 Al grave aliento de un clarín sonoro:  
 Fue de Angelinos la primer bandera,  
 Y de sus armas el mayor tesoro,  
 Sobre mi frison furioso á cuyo huello  
 Los campos tiemblan y el contrario en vello.

Como el soberbio Marte, cuando en Tracia  
 Su alfanje esgrime y de su yelmo ardiente,  
 En quien el sol los rayos de oro esparcia,  
 Rigor influye en su inmutable gente;  
 Tal el francés en ademan y en gracia  
 Delante el campo va resplandeciente,  
 Haciendo á las feroces gentes guía,  
 Quien torcida corriente el Reno enfria.

Cual en el libio mar olas espesas,  
 Si el armado Orion las alborota,  
 En crespas montes de avenidas gruesas  
 Sobre la playa hierven mas remota;  
 G cual la roja mancha de traviesas  
 Espigas, á quien zéfiro alborota  
 En crespas ondas, tales los agudos  
 Plumeros vuelan, y arden los escudos.

El gran Dardín Dardeña, primer voto  
 En las francesas córtes, le seguía  
 En caballo alazan, cuyo alboroto  
 A todo el brioso campo le ponía:  
 Este de los jaezes de Carlota  
 Fue grave presidente el triste día  
 Que vengar intentó con pecho fuerte  
 De Baldovinos la alevoza muerte.

Sobre un caballo remendado á manchas,  
 Que el Albis le crió entre juncia verde,  
 De cerviz corta, y de narices anchas,  
 Y que en los ojos al correr se pierde;  
 De ricas piedras y grabadas planchas  
 El sonoro jaez que en oro muere,  
 A quien las perlas dan, y aljófar grueso,  
 Vislumbres nuevas y soberbio peso;

Fiero enemigo á la nación hispana,  
 Con ocho mil Sajones representa  
 El disforme Centauro, que en lozana  
 Rueda en el polo Antártico se sienta,  
 Con la robusta gente comarcana,  
 Que al mar Britano sus resacas cuenta,  
 Y los diestros venablos mal parejos  
 Al distante escuadron envía de lejos.

Ni callarán mis versos tu gran fama,  
 Acompañada de bellad reciente,  
 O ilustre Sansoneto, de la rama  
 Del Soldan de Lamech fruto excelente;  
 A quien el vulgo por grandeza llama  
 Del bastardo Angriote descendiente,  
 Que en la torre Bermeja tu gran padre  
 A su nieta Ozamir te dió por madre.

Después que en aventuras importantes  
 La fama acrecentó de su braveza,  
 Y en los arcos probó de los amantes  
 De su amoroso pecho la firmeza;  
 A tu madre le dió prendas bastantes  
 De su amor, y ella á tí de su belleza,  
 Criándote en las grutas de Angilones  
 Con sustanciosa leche de leones.

Pues este, no contento con la herencia  
 Que de la isla materna alcanzar pudo,  
 Las Fortunadas trajo á la obediencia  
 Del rojo león de su rapante escudo;  
 Y ahora con toda la mayor potencia  
 De su reino feliz pasa el membrudo  
 Betancur, que por deudo, y por pariente,  
 De su casa es caudillo, y de su gente.

Urgel de la gran fuerza en riendas de oro  
 Tras este un fiel polaco gobernaba,  
 Con un coloso de metal sonoro,  
 Timbre y despojo de su invicta clava:  
 Que cuando el conde Dirlos contra el moro  
 Alarbe su ancha flota navegaba,  
 La galeaza suya de entre todas  
 Derrotada arribó á la insigne Rodas.

Y él deseoso de ver la gran medalla,  
 Que allí otro tiempo tuvo el sol luciente,  
 De paz entró, y en sola una batalla  
 Duque y señor salió de tierra y genté:  
 Mas la que ahora tras él hace muralla,  
 No es la que allí rindió su espada ardiente,  
 Ni del ducado de Guaiyana rico,  
 Que á su padre Gofredo dió Alarico.

Que el conde Ornulfo, título y estado  
 Hoy con tirana voz le usurpa y tiene;  
 Y así el tercio que allí le abriga el lado,  
 Es cuanto el narbonés Varo contiene:  
 De Baldovinos jóven mal logrado  
 Solia esta escuadra ser, ahora le viene  
 Detrás al grave Urgel, y en su reseña  
 Aun llora los sucesos de Dardeña.

Entró tras deste el bello Ricardeto,  
 Hijo de Amón, y de Reinaldo hermano,  
 Que en rostro hermoso, y en fingir discreto,  
 A Flordespina hurtó el fruto temprano;  
 De quien nació el segundo Sansoneto,  
 Padre de Arnolt, y abuelo de Britano,  
 De Cleves duque, de Borgoña yerno,  
 Y de la bella Arnulfa esposo tierno.

Destos á España sucesion gallarda  
 Del tiempo trajo la inmortal cadencia,  
 No de sangre encubierta ni bastarda,  
 Sino de ilustre y clara descendencia:  
 De aquí de la color de la esmeralda  
 Arnao sus bandas toma y dependencia,  
 Y en Méjico, y en Burgos, los de Mota  
 Mas nobles son que el sol que la alba brota.

De aquí en báculo de oro, y mitra santa,  
 Ya Tlascalca un obispo goza ilustre  
 De sus dichosos siglos, y de cuanta  
 Felicidad tendrá el colmado lustre:  
 El grave tronco desta insigne planta,  
 A quien tiempo voraz jamás deslustre,  
 Fue el hijo de Beatriz, tras quien venia  
 Cuanta braveza la Borgundia cria.

Por donde el grave Sécuana divide  
 De los Belgas y Celtas los mojonos,  
 Gente que con la sola espada mide



De amigos y enemigos las razones,  
Que á ninguno disculpas da ni pide,  
Ni de agravio admitió satisfacciones,  
Solo el brazo y su acero es quien sentencia  
La mas dificultosa competencia.

Tres mil pasaron destos, mas pomposos  
Que las aves de Juno en sus plumeros,  
Tras de quien los Carducios helicosos  
Y los Helbios siguieron altaneros,  
Con los que de Gebena los llorosos  
Altos nevados riscos ven enteros,  
Gentes agrestes, cuya inculca sierra  
Lo importante produce de la guerra.

Las graves canas del feliz Ricarte  
Esta serrana escuadra hacian vistosa,  
Y él como anciano y venerable Marte  
En robusta vejez, y alma briosa:  
De oro orlada llevaba en su estandarte  
La Puente de Mantible, empresa honrosa  
A su primera edad, con que hacia  
La gloria florecer de Normandía.

Y bien que no en aquel ardor primero  
Que al gigante Galafre descompuso,  
Y la sangrienta puente ya de acero  
De su escudo al cuartel dorado puso:  
Mas todavía con su aliento entero,  
Que es de la áspera guerra padre el uso,  
Por lanza un pino, que en las puntas arde,  
Gallardo entró por el pomposo alarde.

Sigúidle allí el fortísimo Organtino,  
De los Tabanes real fruto escelente,  
Del sabio Malgesí hijo adivino,  
Y de la reina de la Orcania ardiente:  
Esta en nocturnos caracteres vino  
A Montalvan mil veces del Oriente,  
A probar de sus cercos los efetos,  
Y del mago francés ciencia y secretos.

De ambos nació Organtino, que en la ciencia  
De sus mágicos padres fue eminente,  
Y de su franca sangre por la herencia  
Como el ser sabio tuvo el ser valiente:  
Este de insuperable suficiencia  
Su rico arnés labró resplandeciente,  
Templado así al hervir del lago Averno,  
Que en su dureza es el diamante tierno.

Mas no te aprovecharon, ó furtivo  
Fruto de Montalvan, y Orcania bella,  
Ni las yerbas tesálicas, ni el vivo  
Rayo infeliz de tu observada estrella;  
Que en una antigua espada el hado esquivo  
Su destruicion forjó, y tu muerte en ella,  
Que es Balisarda estoque de la muerte,  
Contra quien no hay escudo ni arnés fuerte.

Llevaba este dos mil tras su estandarte  
De Champayna abundante en rojo trigo,  
Con otros tantos mas que le dió aparte  
De su encubierta madre el sabio amigo:  
Tras dél, al huello de un templado Marte,  
La fama hecha de su honor testigo,  
De Rusellon pasó el duque Gerardo,  
Brioso jóven de ánimo gallardo.

Del gran Gui de Borgoña nieto amado,  
El que á Murpin mató, mágico moro,  
Que á Floripes la torre había escalado  
Por hurtarle su rica cinta de oro;  
Cuyo real cerco en pedrería grabado,  
Con bello adorno de inmortal tesoro,  
Al cuerpo que se anuda da en aumento  
Vida y salud, y á los demás sustento.

Sea mágica ficcion, ó astró dichoso,  
Cuajado en la preciosa margarita,  
A todos, como un plato substancioso,  
El pecho alienta, y el desmayo quita;  
A quien rodea su círculo lumbroso,  
Y á quien su rayo da lumbre esquisita,

Todo lo alegría, y de sustento viste  
Los secos labios de la hambre triste.

Fue de Floripes esta cinta bella,  
Y ella del Almirante Balán hija,  
Que su real torre defendió con ella  
De un asedio cruel, y hambre prolija;  
Donde Murpin volando entró á prendella,  
Y ya la joya entre sus dedos fija  
Volver queria á volar, cuando sin vuelo,  
Sin cinta, y sin cabeza vino al suelo.

Gui de Borgoña le atajó el intento  
Con un diestro revés á tiempo dado,  
Valiente abuelo del que ahora al viento  
Pasa alumbrando con su arnés dorado:  
Acompañan sus lados ciento á ciento  
Los ricos pueblos del Escalde helado,  
Que de Alemania á Bélgica divide,  
Y el brio soberbio de sus campos mide.

Aquí del rey de Persia Lamostante  
Dos hijos iban de ánimo gallardo,  
Que aficionados al señor de Anglante,  
Padre y patria vendieron sin resguardo:  
Murió el rey, y del reino lo importante,  
Y ahora el bello Clarelo, y feo Copardo,  
Como un signo de Géminis florido  
Una divisa llevan, y un vestido.

Pasó Tudon, pasaron los hermanos  
Angelín y Angelieros, pasó el fiero  
Galtier de Mauleon, y los lozanos  
Avinio, Abonio, Oton, y Belenguero:  
Pasó el bello Drusian de ojos livianos  
Vestido mas de seda que de acero,  
Hijo del rey famoso Brasalante,  
Brioso jóven, cazador, y amante.

De Polisena, hija de Oliveros,  
Se profesaba tierno enamorado,  
No habida en casto lecho, ni en los fueros  
Del santo nudo, é himeneo sagrado:  
Que el paladin la hubo en los primeros  
Años de juventud, ocasionado  
De una hermosa princesa, que vivía  
En la torre celosa de Almería.

El ambicioso Galalon, armado  
De azules recamadas armas de oro,  
Tras estos se seguía, y á su lado  
Su bello hijo Salier, lustre y decoro  
De todo el rico magancés estado,  
Envidia al campo franco, espanto al moro,  
Gran cazador de fieras, y en seguillas  
Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.

De diez mil de su casa acompañado,  
Todos de una librea, y de unos fueros,  
De azul, tela de plata, y de morado,  
Y de las mismas plumas los sombreros,  
Semejante al lucero coronado  
De las flores de mayo, y sus plumeros,  
Digno por cierto que le diera el hado  
Vida mas larga, y padre mas honrado.

Dos van tras deste de ánimo gallardo,  
Don Arnao, y Rainier, ambos amantes  
De Flordespín, y el uno hijo bastardo  
Del gran marqués de Güeldres Ballugantes,  
Que jóven, tras la caza de un leon pardo  
En las selvas de Ardeña resonantes,  
Una hada gozó, y en su escondrijo  
La dejó madre de Rayner su hijo.

Allí entre breñas se crió, y ahora  
Hecho grave marqués de Picardía,  
Seis mil vasallos lleva, y por señora  
A sola Flordespín; tras quien seguía  
Don Casaus, vizconde de Basora  
Sobre la Persia, y duque de Pavia,  
Dudon, Anselmo, Cleves, y Malarte,  
En ciencia Apolo, y en braveza un Marte.

Este del rey Gerion trae descendencia,

Que con tres cuerpos gobernó en España,  
Y en triplicada voz, forma, y presencia,  
Estado le hizo y magestad estraña:  
De tres cetros gozó la preeminencia,  
De tres tiaras sus sienes acompaña,  
Y de otros tantos cuellos hizo hambriento  
Hércules su gallardo vencimiento.

Este guiaba los pueblos que al Garona  
Las riberas cultivan y la greña,  
Tras de quien el marqués de Carcasona  
Feroz guió su tremolante seña:  
Godofre era su nombre, y su persona  
De altivo aliento, y alma zahareña:  
Tras de los dos Galbanes, hijo y padre,  
Belleza no hay que á su beldad no cuadre.

Entre oro, plumas, plata y pedrería,  
En dos blancos caballos, van iguales  
Al alba de oro el uno, el otro al día,  
Cuando alegrando salen los mortales,  
Ballugante y Arlotto de Suria:  
Bujaforte y Franconio de Hardales  
Seguian, este lansgrave de Alemaña,  
Y del viejo hijo aquel de la montaña.

Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero  
Farfarelo, Franconio, y Matalista,  
Bracamonte el galan, Guido el severo,  
El rico Astolfo, y el sutil Arista,  
Aymo, Hermion, Liofan, Claudio, y Galtero,  
Y Egibardo en dorada clauvestra,  
Del César y del cielo tan amado,  
Que alcanzó sin envidia á ser privado.

Este solo nació y vivió en la tierra  
Sin le haber murmurado, este hombre solo  
De émulos se libró, y á la cruel guerra  
De acedos zelos fue encubierto polo:  
¡Oh cuanto odio mordaz la envidia encierra!  
Pues en el gran combez que alumbró Apolo,  
Uno solo ha pasado en feliz vuelo,  
Y aun ese ignoro si nació en el suelo.

Que Egibardo de todos los anales  
Por un hombre marino es referido,  
Que en el mar de Sicilia entre corales  
Un pescador le halló recién nacido;  
De adónde el tiempo en cercos desiguales  
A ser segundo en Francia le ha subido,  
Si ya á dicha es segundo, y no primero,  
Y un privado no es todo un reino entero.

Y si como es la fama en el Pachino  
Concha de nacar le arrojó del seno,  
Y en los campos del reino cristalino  
Rocio le concibió del mar Tirreno;  
Sin duda fue su origen peregrino,  
Pronóstico feliz de dichas lleno,  
Y el parto de Parténope fecundo,  
Sirena cuyo canto encantó el mundo.

Es fama que otro tiempo dieron canas,  
De blancos huesos de hombres sus riberas  
En el mar de Sicilia, tres hermanas,  
Beldades crueles, y hermosuras fieras:  
Con música encantando, y voces vanas,  
Los capitanes y las naos guerreras,  
Que de lo mas distante de la tierra  
Marte guiaba á la troyana guerra.

Fue esta grave jornada á quien los hados  
Amasado quisieron dar el mundo,  
Y ellas las que á sus playas los forzados  
Navíos traian por el mar profundo:  
Solo Ulises con oídos destapados  
Pasó el primero, sin tener segundo,  
Al son de sus cantares, de quien pudo,  
Pues no fue en oírlos sordo, no ser mudo.

Salvó todas sus gentes belicosas  
Con cerrarles el paso á las querellas  
De aquellas tres hambrientas tiernas diosas,  
Y él sus canciones escuchó, y en ellas

Acentos de palabras poderosas  
A detener su curso á las estrellas,  
Hacer correr los montes, y el violento  
Curso enfrenar del alterado viento.

Y aun si la entena en que él se había ligado  
Guardara entonce el primer sonido,  
Que en su selva la hizo árbol copado,  
De alguna antigua ninfa estrecho nido,  
Nunca él pasara libre, ni el sagrado  
Hion diera en ceniza convertido,  
Mas sus desnudos huesos en la playa  
Fueran cual los demás cándida raya.

Tan poderoso fue el hablar gallardo  
De aquellos tres portentos de elocuencia,  
Señal que de una dellas fue Egibardo  
Parto feliz, pues heredó su ciencia,  
Con que al César hacia breve, ó tardo,  
Y en su gobierno aquella diferencia  
Que sus gustos pedian, y á ese modo  
Del reino lo mejor le seguía todo.

De diez veces quinientos la arrogante  
Escuadra daba al sol timbres dorados,  
Gente al trabajo con fervor constante,  
De fuerzas firme, y de ánimos doblados;  
En voladoras flechas abundante,  
Aljabas de marfil, y arcos pintados,  
Que al campo arrojan en crujir sonoro  
Nubes de arpones, como lluvia de oro.

Pues de tí, ó noble Lanio, que ya fuiste  
Nieta del vengativo Balisarte,  
Que de Carlos Martel en luto triste  
Del reino recibió el real estandarte.  
¿Cómo contaré el brio con que diste  
Placer al campo todo, envidia á Marte,  
En tu gallarda entrada, mas vistosa  
Que del florido mayo el alba hermosa?

Subiste altivo al grave oficio honroso  
De don Galfredo, hijo de Uliano  
Gran duque de Saboya, á quien brioso  
Dió injusta muerte el falso conde Gano,  
Feliz á no vivir tan receloso  
De su hermosa Olinda, casta en vano,  
Pues ella en lo mejor quedó perdida,  
Y el alevoso conde sin la vida.

Que el ofendido padre en la venganza  
Del muerto hijo destruyó su estado,  
Mató al conde, y á su única esperanza  
El bello Florambel, mató al culpado  
Guasco, mató diez condes de Maganza,  
Mató á Olinda, mató á su padre amado,  
Mató á dos hijos de su anciano suegro,  
Celin el blanco, y Alisandro el negro.

El uno en hacer mal á los caballos,  
Y otro en justar insignemente diestros,  
Ricos de fama, y ricos de vasallos,  
Pero de hados por igual siniestros,  
Pues pudo un muerto jóven degollarlos  
Por mas que fuesen en huir maestros,  
A quien sucedió Lanio, que llevaba  
Tras sí una escuadra rozagante y brava.

Juzgóse encima de un obero armado  
Al dorado Orion, cuando espantoso,  
De pardas nubes y furor cercado,  
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso:  
De los floridos pueblos rodeado,  
En gruesa tropa y escuadron vistoso,  
Que en el rio Líger con nevadas vueltas  
Las aguas hurtan á los montes Celtas.

No llevan estos, ni usan armas nobles  
De acicalado acero relucientes,  
Ni en carros suben, ni los duros robles  
En lanzas enderezan eminentes:  
Mas de sus diestras hondas los redobles  
Grandes riscos arrojan, y en valientes  
Cercos escupen, al voltear parejos,

Muertes al enemigo desde lejos.

Antea, que del Soldan hija se llama,  
Y del primer asirio rey descende,  
Y por ver solo á Montalvan es fama  
Que la suya por todo el orbe estiende,  
Guerrera la hizo amor de tierna dama,  
Que en la escuela de amor, ¿qué no se aprende?  
Y hoy es en la reseña su persona  
En beldad Venus, y en furor Belona.

Dos mil de su frison siguen la huella,  
Con ricas telas de oro, y con turbantes,  
De lo mejor del Cáucaso, donde ella  
Cien castillos y mas rige importantes:  
Un sol parece entre su escuadra bella,  
Y los que van tras ella semejantes  
A las ardientes lumbres de alegría,  
Que tras su capitan la noche envía.

Mas ya de la imperial bandera el vuelo  
Con las águilas negras campeaba,  
A cuyo tremolar tiembla del suelo  
Cuanto el mar ciñe, y con sus tumbos lava:  
Roldan guía este cuartel, Roldan que el cielo  
Espada no crió ni alma mas brava,  
Dichoso, si entre tanta hazaña fuera  
Otra alguna antes desta la postrera.

Seguia por general de Francia el resto  
Del campo su estandarte, y á su lado  
Reinaldos, Oduardo, el duque Arnesto,  
Y Galtier, de Oliveros hijo amado:  
A este, con trato no del todo honesto,  
Meridiana parió en el celebrado  
Cerco de Montalvan, que en cualquier modo  
El trato y la ocasion lo pueden todo.

Tuvo Oliveros (si en sus gustos hubo  
Lugar para ello, y fue á su amor posible)  
En dos el corazon, dos damas tuvo,  
Y en dos repartió el alma indivisible:  
A Florisena un tiempo la entretuvo,  
A Meridiana dió prenda visible  
De su amor, en la misma que ahora se arde  
En llamas de oro en el vistoso alarde.

Así el campo pasó, y así en serena  
Majestad hizo el águila su vuelo,  
Unos llenos de gusto, otros de pena,  
Unos de orgullo, y otros de recelo:  
Cada uno tras su suerte mala, ó buena,  
Que es destas varias frutas plaza el suelo,  
Y con fortuna próspera, ó escasa,  
En las alas del tiempo todo pasa.

#### ALEGORIA.

En el buen suceso de Gundémario, y Arlaja, se muestra, que el cielo es tan justo en sus decretos, que pocas veces consiente que el inocente padezca sin culpa, sacándole libre de los riesgos, sin poner él de su parte mas que la limpieza de sus obras. En la muerte del rey Ormindas, y su dama, se dice el castigo que da el cielo al principe, que debiendo ser el amparo de la religion, la menosprecia y quebranta. Y en el origen de la ciudad de Granada, que solo la abundancia del oro hace las ciudades ricas y populosas; y que del oro nacen todas las grandezas de la tierra. Y la conversion de los hombres en gusanos de seda, nos dice claro, que el fin universal de los vivientes es convertirse en gusanos, é ir devanando la vida, labrando como el gusano de seda el capullo, que es la sepultura, no para acabarse allí, sino para resucitar con el alma inmortal, como palomita para volar á su esfera, cada uno conforme hubiere vivido. La transformacion de Doralice en fuente, significa, que todo el premio del vicio son lágrimas y arrepentimiento: y el alarde, ya en otra parte queda dicho lo que significa.

#### LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitan el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la qual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando, y los demás doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo, y sus españoles.

Si mi carta los cómputos no yerra  
Cerca de tierra estoy, tierra he sentido,  
Mas tierra es la que veo, tierra, tierra,  
Gracias al cielo, gracias, que ha traído  
Por los peligros que este golfo encierra  
Mi frágil leño al puerto conocido,  
Donde al cumplir el voto en sus extremos  
Al sacro templo cuelgue vela y remos.

A Dios, vanos temores, que ya distes  
En cobarde escuadron asalto al alma:  
A Dios, Graus, Caribdis, Scilas tristes,  
A quien de miedo creí rendir la palma:  
Ya al puerto embisto, afuera los que fuistes  
A mi viento feliz prolija calma,  
Dejadme allá llegar, afuera, afuera,  
Que siento el fresco ya de la ribera.

Ya de la fama los clarines siento  
Con que le hacen sus devotos fiesta,  
Y del altivo templo por el viento  
Subir las puntas en dorada cresta:  
Ya de sus cisnes al divino acento  
La playa ríe, y suena la floresta:  
Ya mi aliento me da, que al viaje ignoto  
De mi barca halle puerto, y cumpla el voto.

Ya entre los cuernos del caliente toro  
El rubio dios que tuvo cuna en Delo,  
Abriendo al mundo el celestial tesoro  
De nueva y tierna luz bordaba el suelo;  
Y del carro acerado el rayo de oro  
Con que Marte trastorna y mide el cielo  
Sobre los campos dió, y creció la saña  
Al francés brió, y al furor de España.

El nuevo orgullo del cercano dia,  
Que habia de ser de tantos el postrero,  
Al clarin de oro despertó, que hacia  
Pomposa salva al rayo del lucero:  
Resonó el aire, y el furor que ardia  
Las fuerzas refinó al templado acero  
De aquellos mundos, que en dudosa suerte  
Las estrellas guiaban á la muerte.

Dejan los mudos lechos, y allí entero,  
El reposo que en tibia paz dormía,  
Y el miserable vulgo, que el entero  
Sol no ha de ver del comenzado dia,  
En tropa acude y ánimo altanero  
A la tienda imperial, donde á porfia  
Da priesa, y solicita de la vida  
El postrer paso, y última partida.

¡Oh soberanas causas! que si el mundo  
A vuestro superior gobierno unido  
Trastornar os agrada, y con profundo  
Saber darlo á mejor discurso asido,  
Nuestra ignorancia que es medio segundo  
Nos cargais por primero, y convencido  
De error culpable nuestro incauto pecho,  
Solo lo que ordenais en todo es hecho.

Acaudillando la orgullosa gente,  
Que á su cercano fin se precipita,  
El falso Galalon á la eminente  
Tienda imperial llegó en aplauso y grita,  
Donde en falaz discurso, y limpia frente,  
Así al César razona, y necesita  
A la cercana muerte que ya el hado  
De la fortuna á Francia ha señalado.

«¡Oh invencible monarca! á quien del suelo  
Lo mejor por cabeza y rey adora,

A cuyos firmes hombros dará el cielo  
Cuanto hasta el turbio ocaso ve la aurora :  
El fin dichoso que en heroico celo  
Aquí tus gentes trujo, y tiene ahora,  
Ya llamando á tu puerta te convida,  
Al triunfo y la victoria prometida.

Ya de tu ardiente carro los fogosos  
Caballos con relinchos placenteros  
Tus enemigos vuelven temerosos,  
Y empañan con bufidos sus aceros :  
Ya para ser señor de los famosos  
Montes de España, y á tus francos fieros  
Dar libre el rico saco que en sí encierra,  
Solo lo impide esta pequeña sierra.

Que les mandes marchar te ruegan solo  
Y á su altivo furor quites el freno,  
Que en pago te darán de polo á polo  
Cuanto de tierra y mar abraza el seno :  
Verá tus lirios de oro el rubio Apolo  
Cuando en el Ganges bebe, y cuando lleno  
De la encendida lumbre que le abrasa  
Tetis le ahoga en su profunda casa.

Esto el humilde pueblo, y los magnates,  
Que tus pobladas águilas seguimos,  
Por los vencidos reinos y combates  
Que á tu servivio dieron te pedimos :  
Con solo esto rogamos que rescates  
Tu obligacion, si alguna te pusimos,  
Y que por la licencia que les dieres  
Cobres á España, y goces sus placeres.

¿Quién te detiene el brio? ¿quién refrena  
Del ímpetu francés tu pecho ardiente?  
Mira que es remision de culpa llena  
En tí el vencer tan tibia y flojamente :  
Rompe, señor, del todo desenfrena  
Ese raudal de tu invencible gente,  
Acepta el triunfo que te ofrece el hado,  
Y ten vergüenza de vencer rogado.

Venga á justo derecho ó no le venga,  
La guerra que hoy fortuna va trazando,  
Con tal que yo por capitan te tenga,  
Y al romper de tu boca sienta el bando.  
Tu gusto es ley, convenga, ó no convenga,  
Tuyo es el mundo, y fue, ¿qué estás dudando?  
Un sol hay en el cielo, y en la tierra  
Un solo emperador en paz y en guerra.

Todos cual ves esperan que estos pardos  
Riscos, que solo impiden tu victoria,  
Les mandes escalar, y á los bastardos  
Godos quitar la antigua vanagloria ;  
Que ya llenos sus ánimos gallardos  
Del deseo de dejar de sí memoria,  
El de mas tibio y mas helado pecho  
Está una salamandra de honra hecho.»

Dijo, y el César, ya con las razones  
Del lisonjero conde el alma llena  
De hidrópica ambicion, tras sus pendones  
Que marche á toda furia el campo ordena :  
Rompen trincheas, alzan pabellones,  
Tocan las cajas, y el clarín resuena  
Por las cóncavas cuevas, y los riscos  
De gramas entoldados y lentiscos.

Con el furor que la impelida llama  
De un recio viento á un bosque seco arroja  
La tragadora furia, en que arde y brama  
En resonante hervir la selva roja,  
Suda el verde laurel, arde la grama,  
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja,  
Y todo al fin por dó el incendio pasa,  
El monte asombra, y su ladera abrasa ;

Así al son de trompetas y atambores,  
Y con igual furor sube marchando  
Por los riscos altivos miradores  
Del grave Pirineo el francés bando :  
Tiemblan los pinos, gimen los alcornoques

Debajo el grave peso, y no bastando  
A refrenar su furia, el valle escaso  
Les da á no poder mas humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,  
A quien del cielo el brazo eterno puso  
Con riendas de oro al paso del deseo  
De un pueblo y otro de su trato y uso ;  
Y por mejor y altísimo trofeo  
De paz y eternas treguas le compuso  
Entre las dos naciones, que feroces  
Hoy su sosiego han perturbado á voces ;

De las huecas alcobas, donde tiene  
En estrados de plata reclinada  
La grave espalda, que corriendo viene  
De la una mar á la otra mar salada ;  
Al rumor de la gente que detiene,  
Su cabeza de encinas coronada  
Dicen que alzó entre riscos, y la tierra  
Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.

Y viendo por sus hombros derramadas  
Del francés reino las legiones fieras,  
De las lustrosas armas las doradas  
Luces, y el tremolar de las banderas,  
Las leyes de sus límites quebradas,  
Y que por pretensiones altaneras  
Lo que el cielo apartó en concordia sana,  
Juntar pretende la ambicion humana ;

«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos  
Del mundo la quietud ha revelado?  
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos  
Por mis revueltas breñas se han sembrado?  
¿A qué fin con tan graves movimientos  
De armas mi inculco seno veo preñado,  
Que con ciego alboroto y son de guerra  
Los confines asordan de mi tierra?»

¿Qué mas discordia habrá, cuando en el cielo  
El sol se abraza, y queme las estrellas?  
¿Cuando la mar se estiende sobre el suelo,  
Y sus olas levante encima dellas?  
¿Cuando del tiempo el concertado vuelo  
Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas,  
Que encadenaban toda esta armonía,  
Las deshaga y consuma el postrer día?

Cuando quebrada la mortal columna,  
Que ahora es firme asiento de las cosas,  
Tras la enlutada esfera de la luna  
Los estrellas se arrojen perezosas ;  
Y en la mar anegadas de una en una,  
Se encienda el aire en llamas espantosas  
Que los polos abrasen, y entretanto  
Todo se vuelva á su primer espanto.

Ni entonces podrá haber mayor revuelta,  
Ni mundo mas confuso y alterado,  
Ni aquella eterna noche en sombra envuelta  
Le pondrá mas suspenso y enlutado :  
La tierra veo un mar de sangre vuelta,  
El aire de cometas rodeado,  
Las estrellas sin luz, y en medio el cielo  
Cubierto el sol de un amarillo velo.

Ya otras veces mis hombros deste peso  
Cargado, y estas mismas armas tuve,  
Mas no tan graves, ni de tanto esceso,  
Como el que ora por cima dellos sube.  
O aquí el mundo ha juntado el gran proceso  
De sus edades, y esta densa nube  
Preñada va de su potencia y saña,  
O cual sentir caduco el mio se engaña.

Mas peso y carga de mayores gentes  
Nunca de España el belicoso suelo  
Junta oprimió, ni á brazos mas valientes  
En un solo escuadron dió aliento el cielo,  
Ni cuando á saquear de mis vertientes  
Las ricas costras de argentado yelo,  
La hambre de Fenicia, ni el estrago  
Sobre mi vino de la gran Cartago.

Ni cuando á sus soberbios pensamientos  
El fiero hijo de Isman alzó pendones,  
Cuyos mal reprimidos movimientos  
Desmembraron de Siria estas regiones;  
Y de Meroan cortando los intentos  
Al reino cordobés dieron blasones,  
Con que al mundo temblar, y á España hizo  
Humillarse á un tirano advenedizo.

Ni al tiempo que el mancebo Abenhumea  
En Portunio abatió su media luna,  
Ni cuando en riesgo la servil ralea  
De esclavos le embistió guerra importuna;  
Ni el cruel desman de otra francés pelea,  
Triste ensaye y agüero de fortuna,  
A este se iguala, con que altiva intenta  
De toda su ambición tomarle cuenta.

Mas si el oculto discurrir del hado,  
Y de las parcas el estambre y huso,  
A la francesa magestad han dado  
Su crecimiento hasta este punto incluso;  
Si hasta aquí tiene el cielo decretado  
Que llegue, y por sus límites le puso  
La cumbre, que ya sube y quiere á una  
Que della le despeñe la fortuna;

Yo doy lugar á lo que el cielo ordena  
El paso libre, y el camino lano :»  
Esto á la gran montaña de años llena  
Es fama que le oyó el bosque cercano,  
Y el feroz campo, cuyo curso atruena  
Los vecinos contornos, llegó ufano  
A la alta cumbre, donde en vista fiera  
El español ejército le espera.

Tembló el brio francés viendo al contrario;  
Y de pálido y triste horror cubierto,  
Volvió en semblante humilde el temerario,  
Con que antes el vencer tuvo por cierto:  
Y ya en mas orden mide y pesa el vario  
Brazo de la fortuna sin concierto,  
Que hace diversos visos y reflejos  
Ver la muerte á los ojos, ó de lejos.

En tres gruesas escuadras su potente  
Ejército el francés ordena y parte,  
El diestro cuerno con la invicta gente  
Que arrastró de Girona el estandarte,  
Hecha á vencer lombardos; y al valiente  
Gradaso, y Mandricardo, da y reparte  
A cuenta de Reynaldos, que á su lado  
Parece un invencible Marte armado.

La segunda de ricos precios llena  
Del destrozado campo de Agramante,  
Que su fama á la ardiente Libia atruena  
En bélico aparato y voz triunfante,  
Con mas palmas que nacen en su arena,  
Y mas triunfos que alerces cria Atlante,  
A tí, fiero Dudon, y á tu braveza,  
Dió el César por gobierno, y por cabeza.

Lo restante del campo, que á la trompa  
De la fama añadió sonoro aliento,  
Y sin que el tiempo el de sus bronces rompa  
Sobre su altar tendrán eterno asiento,  
Con el César, que en grave aplauso y pompa  
Príncipes le acompañan ciento á ciento,  
A cuenta va del gran señor de Anglante  
A un invicto Centauro semejante.

Aquí entre otros jayanes, cuyas sienas  
Diadema de oro por los yelmos ciñe,  
Y á sus vecinos reinos con desdenes  
Fortuna á dar tributo y fe constriñe,  
Leofante va, y Fabúreo, por rehenes  
De la una y otra Arabia, que les tiñe  
De rojo los escudos, donde lleva  
Este un cisne, y aquel la luna nueva.

De la otra parte el grave Alfonso empieza  
A mover con su ejército asturiano  
En número inferior, mas no en braveza

A ningún pecho ni valor humano :  
Por gallardo caudillo, y por cabeza  
Del Carpio illustre el dueño soberano,  
Cual delante del sol sale el lucero  
Ardiendo en llamas de oro, y limpio acero.

Sobre un caballo negro azabachado,  
De pequeñas orejas y cabeza,  
De un sol blanco en la frente renuevado,  
Fogosos ojos, llenos de viveza,  
Tresalbo, ancho de pecho, y levantado,  
De corta clin, y presta ligereza,  
Las hinchadas narices con su aliento  
Son espuma al juez, y fuego al viento.

Enaspando las manos de brioso,  
La cola entre las piernas escondida,  
De concertado freno, y paso airoso,  
Y á blanda rienda su altivez rendida;  
Armado el rico arnés de oro fogoso,  
Que ya fue de Vulcano obra escogida,  
Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,  
Como el cielo en la luz de sus estrellas.

De blancas plumas un penacho altivo,  
Que el aire en crespo tremolar le enreda,  
De oro grabado el peto, en que el cautivo  
Pecho, mas no de amor, salvarse pueda:  
En el escudo de fortuna al vivo  
Hecha pedazos la inconstante rueda,  
De perlas, oro y pedrería sembrada,  
Y por letra, «no hay otra que mi espada.»

Cual sobre el austro ardiente al pardo moro  
El soberbio Centauro mide el cielo,  
Y en márgen de cristal tiembla el sonoro  
Golfo al ver trastornar su raudó vuelo,  
Y el con mallas de plata, y peto de oro,  
Su estrellada grandeza muestra al suelo,  
Tal en arnés vistoso relumbrante  
Bernardo está á su ejército delante.

Su venerable rey, que la potencia  
Del orbe sobre España venir siente,  
Y que para tan grave resistencia  
Cuanto tiene le importa de valiente,  
Mostrando en todo que su real presencia  
Es alma invicta á su invencible gente,  
De en medio della, con saber profundo,  
Así empezó á hablar, y escuchó el mundo.

«Invictos héroes, que por tantos modos  
El tiempo en vuestros pechos examina  
El gran caudal que en los soberbios godos  
El feliz temple castellano afina;  
Hoy, por daros de un golpe juntos todos  
Los triunfos de la tierra, determina  
Rendir á vuestros piés, por vuestras manos,  
Los que en vencerla toda están ufanos.

Por no poder llevar vuestras espadas  
A trastornar los montes del Oriente,  
Ni á vencer las regiones escarchadas  
Del Norte, ni de Libia el suelo ardiente;  
Los triunfos todos de esas derramadas  
Naciones os los trae en esta gente,  
Que hoy cuanta hora ha ganado por la tierra  
Al pié os la viene á dar desta alta sierra.

Mas no por verlos en tan grave punto,  
De la instable fortuna acariciados,  
Su arrogante opinion, vano trasunto  
De ambicion loca, os deje acobardados,  
Que toda esta altivez y orgullo junto  
Ya de vencerlo estais acostumbrados :  
¿Cuándo el furor fantástico de Francia  
Contra el brazo español fue de importancia?

Bien saben que es comprar á cargas de oro  
Un dia de treguas y de paz á España,  
No huyendo del persa, ni del moro,  
Sino del catalan coraje y saña :  
Cuando Teudio, su rey, vida y tesoro  
Al paso les quitó desta montaña,

Habiéndole pagado hasta una huella  
A peso de oro de los riscos della.

Del estremeño Clanio la persona,  
Que ya dos veces con tasada gente  
De la francesa sangre en Carcasona  
Arroyos hizo, y sus montañas fuente,  
¿Fue mas que español nuestro? á Tarragona,  
Cuando de su nobleza lo eminent  
Dió montes de sepulcros á Igualada,  
¿Cuyo fue el brazo? ¿quién prestó la espada?

Ni penseis que los siglos han mudado  
A estas como á otras cosas las corrientes,  
Habiendo allí crecido, aquí menguado,  
Los ánimos y bríos de las gentes:  
Los mismos son que fueron: ya probado  
Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes  
Su esfuerzo, sus dorados lirios bellos  
Bien saben vuestros brazos deshacellos.

El bravo orgullo es este que delante  
Con fantásticos miedos os asombra.  
La causa de la guerra su arrogante  
Soberbia, otra aparente y vana sombra;  
Ambiciosa codicia es lo restante,  
Aunque el ofrecimiento mio la nombra:  
Vuestro derecho, oh héroes asturianos,  
Es librar nuestro reino de sus manos.

Quien de su amada patria el fiel regazo,  
Donde el dichoso nace, vive y muere,  
Y de la nueva esposa al dulce abrazo  
Volver sin mancha á su nobleza quiere;  
Quien del pequeño hijo el tierno lazo  
Tornar al grave cuello pretendiere,  
Y no humillar de la cerviz altiva  
El libre suyo á sujecion cautiva;

Con la enemiga sangre derramada  
Le importa iluminar la ejecutoria,  
Honor perdido, ó libertad ganada,  
Es ganar ó perder esta victoria:  
¡Oh intrépido escuadron! á cuya espada  
El cielo ofrece semejante gloria,  
Librad la invicta patria, y haced vuestra  
De un golpe la honra que de aquí se muestra.»

Dijo, y á su discurso el campo altivo  
En bélico furor se enciende y arde,  
Suena el arnés de Marte vengativo,  
Fuego ardiente al feroz, yelo al cobarde:  
Quién del diestro venablo, quién del vivo  
Filo del corvo alfange hace alarde,  
Y quién, blandiendo la nudosa lanza,  
Sin moverse al contrario se abalanza.

En tanto el francés campo el aire impuro  
Lleno de agüeros tristes mira atento,  
El negro valle de un celage obscuro  
En torno le entoldó, y espesó el viento:  
Del lado izquierdo, sobre un risco duro,  
Sonó de un pardo buho el ronco acento,  
Y de tres cuervos un combate fiero  
Entre la nube y su enlutado agüero.

Desvaneció la sombra, salió el dia,  
Cubierto el sol con un sangriento velo,  
Y del Norte una alegre compañía,  
De doce blancos cisnes batió el vuelo;  
Cuando una águila altiva, que venia  
De hácia el campo español, cubriendo el cielo  
En pompa de alas, y de artejos bellos,  
Con engrifadas garras se entró en ellos.

Mezclóse al escuadron, creció la suma  
La reina de las aves, cuyo brio  
Hace que el blanco cerco se consume,  
Y que las nubes den de sangre un rio:  
Caen los destrozos de nevada pluma,  
Y muertos uno á uno el aire frio  
Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo  
Antes de blanca cinta ciñó el cielo.

El César de tan graves causas lleno

Su cuidadoso discurrir revuelve;  
Mas ya empeñado el crédito, en sereno  
Semblante el alterado pecho vuelve:  
Rompe á la altiva magestad el freno,  
En ver el fin del hado se resuelve,  
Y fingiendo el placer, que no tenia,  
Así al campo habló que le seguia:  
«Oh ya del mundo diestros vencedores,  
Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros,  
No hay pechos tan osados, ni fureros,  
Que no os rindan humildes sus aceros,  
De adonde en aromáticos olores  
Del tierno dia beben los primeros  
Rayos de alegre luz, al mas distante  
Pueblo, á quien da su sombra el viejo Atlante;

Ya de la gran jornada el postrer dia,  
Con tantas diligencias procurado,  
Vuestra braveza llama y desafia  
Al modo de vencer acostumbrado:  
De los gallardos brazos la osadia  
Que el mundo hizo temblar, hoy con doblado  
Esfuerzo es el mostrarla conveniente  
En el vencer esta indomable gente.

No hay nacion tan remota y apartada  
Desde donde la oculta Tile humea,  
Hasta el feroz Centauro, que en dorada  
Uña en el polo Antártico pasea,  
Que al filo agudo de esa invicta espada  
Nuevo trofeo de altivez no sea,  
Ni desde el indio oculto al mar de Oriente  
Quien no se asombre á su vislumbre ardiente.

Ya pues para que en carros de leones,  
Y en triunfo universal gozeis la tierra,  
A vuestra fama solos los mojones  
Resta allanar desta enemiga tierra;  
Con esto haceis de todas las naciones  
Un reino solo, solo en esta guerra  
Está el ser invencibles, ó que el mundo  
Aun todavia os dé el lugar segundo.

Mas ¿para qué en palabras entretengo  
El triunfo que tal brio me asegura,  
Si lo poco que en ellas me detengo  
De corriente le quito á mi ventura?  
Esto les doy de vida, hasta aquí vengo  
A serles franco rey, gozen segura  
Libertad este rato, ya el postrero  
Que el hado les otorga, y vuestro acero.

Que aunque ceñidas de laurel triunfante  
Por vuestra espada mis ancianas sienas  
Ya ví otras veces, nunca en tan pujante  
Gusto; ni en colmo de tan altos bienes:  
Ni cuando el fiero campo de Agramante  
Me dió en vencidos reyes sus rehenes,  
Ni cuando de Gradaso, y de Mabrino,  
Y Almonte, el triplicado triunfo vino:

Ni cuando á Desiderio en Lombardia  
Mi tributario hice, ni con tanta  
Gloria entré en Roma á recibir un dia  
Del sacro imperio la diadema santa:  
Que á todos estos actos de alegría  
Este los sobrepuja y adelanta,  
A esta victoria y triunfo los pasados  
Son márgenes de gustos abreviados.

Sola una cosa, oh jóvenes gallardos,  
La fe me otorgue de este pecho fiero,  
Que contra los rendidos vuestros dardos,  
Ni se armen de rigor, ni sean de acero:  
El que en ligero vuelo, ó pasos tardos,  
Se os rindiere, tendreis por compañero,  
Sea vuestro ciudadano el que huyere,  
O el que por no morir se defendiere.

De los demás sin reservar viviente  
La sangre riegue vuestros lirios de oro,  
Muera su rey falaz, muera su gente,  
Muera el leonés, el árabe y el moro:

A ellos, invicta casta descendiente  
Del que á Hector engendró, y á Polidoro,  
Que aun ya desde esta altura donde estamos  
Por superiores suyos nos contamos.»

Dijo, y en frío silencio amortiguado  
Se vió el primer orgullo bullicioso,  
De la vecina muerte demudado  
El pálido semblante al mas brioso:  
Da latidos el pecho al mas osado,  
Temen el arrogante y el medroso,  
Y entibiar en tal trance los guerreros  
Es el peor de todos los agüeros.

Mas no solo temblaron los presentes  
De su cercano fin al triste ensayo,  
Que no se halló francés entre las gentes  
Que entonces no sintiese algun desmayo:  
Ó fuesen de los hados las corrientes,  
O de signo infeliz precioso rayo,  
Que á las francesas armas poderosas  
El curso trastornaba de las cosas.

Todos al fin los que en el mundo habia  
Por regiones incógnitas sembrados  
Los azares sintieron de aquel día,  
Y los pechos hallaron desmayados:  
Los de la Libia cruel, los de la pia  
Moscovia, los humildes, los honrados,  
El que en Tiro sus púrpuras rescata,  
Y el que de solo el ocio en Paris trata.

El César á vencer acostumbrado  
Se vió tambien suspenso un rato en duda,  
Hierne al luciente acero el sol dorado,  
Y el aire en sangre y luto se demuda;  
Cuando de la fortuna arrebatado  
El uno y otro ejército se muda  
En busca de la muerte, que aprestada  
Da el postrer filo á su tajante espada.

Vánse acercando, suenan los clarines  
Entre las peñas con quebrados ecos,  
Y puestos ya en los últimos confines  
Del fatal monte y sus peñascos huecos;  
Del vario tiempo los dudosos fines,  
Y del triste hado los variables truecos  
Su orgullo asombran, y al dudoso caso  
Suspense dan el amagado paso.

En tanto la piedad y ambicion juntas  
En medio hacen su batalla aparte;  
La piedad, viendo en aceradas puntas  
De Carlos y de Alfonso el estandarte,  
Que con doradas cruces, sus conjuntas  
Naciones hijas son de un mismo Marte,  
De un gremio, de una ley, de un clima y cielo,  
No sabe cual seguir por mejor celo.

Duda cual de los dos sea su enemigo,  
Si el católico rey, si el rey cristiano,  
Bien que de entrambos con halago amigo  
Tocar desea de paz la honesta mano:  
Ya en esto, puesto el cielo por testigo  
A embestir iba el pecho á Carlo Mano,  
Cuando de la ambicion fue rebatida  
De un golpe tal, que la dejó sin vida.

Es ciega la ambicion, y ardiendo en ira,  
Ni tiene superior, ni igual consiente,  
Ni reconoce á Dios, ni á su ley mira,  
Ni guarda fe al amigo, ni al pariente;  
Todo lo arrasa, á todos blancos tira,  
Y ahora, llena del furor presente,  
Pasó por mas victoria de su mano  
El duro corazon á Carlo Mano.

Y el resto del fantástico semblante  
Al justo de un feroz jayán lo entalla,  
Y por alma cruel lo da á Morgante,  
Que aquel día antes vino á la batalla;  
Donde puesto al ejército delante  
Sale ardiendo el primero á comenzalla,  
Y acrecentada de ambicion la injuria,

¿Que rienda bastará contra su furia?

Muévense entrambos campos, semejantes  
A dos tejidas selvas, cuyos pinos  
Son espigadas lanzas relumbrantes,  
Y las copadas hayas yelmos finos:  
Las ramas son plumeros tremolantes,  
Donde hace el viento bellos remolinos,  
Y á las varias centellas del acero  
En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.

Llega junta á chocar la muchedumbre  
Al son de belicosos instrumentos,  
Gimió de Roncesvalles la alta cumbre  
En rancos y tristísimos acentos:  
Suenan el acero, asombra su vislumbre,  
Y el Pirineo tembló por los cimientos,  
Las madres dentro en los vecinos techos  
Sus hijos abrigaron á sus pechos.

Ahora es tiempo, oh sacra Melpomene,  
Que en trágico furor vuele mi pluma,  
Y tal su belicoso acento suene,  
Que ni olvido ni envidia lo consuma;  
Antes el mundo así sus versos llene,  
Que aun reducidos á compendio y suma,  
Tanto ensanche mi voz su nombre altivo,  
Que quien dellos no hablare no esté vivo.

Cual soberbio centauro, que el monte Osa  
En veloz curso rompe y atraviesa,  
Y entero un pino da á la poderosa  
Mano, haciendo dél liviana empresa,  
Tiembla la alta montaña cavernosa,  
Y él, cual turbio raudal rota la presa,  
Hasta arrojarle en el vecino valle,  
Por cuanto al paso encuentra hace calle;

Tal Morgante, amor nuevo de la bella  
Angélica, á romper la primer lanza  
En el campo español vuela con ella,  
Y á entrarse por sus puntas se abalanza:  
Encontró á Gravelindos de la Estrella,  
Quitándole su encuentro la esperanza  
De suceder en Lugo á Bahamonte,  
Y sus armas trocar por las de Almonte.

Rompió la lanza en él, y con la espada  
Furioso se arrojó en el campo hispano,  
Abriendo por la gente mas granada  
Sangriento estrago su arrogante mano:  
De tajo, de revés, y de estocada,  
Hierne, ahuyenta, y mata al mas cercano,  
Carga, y revuelve su indomable potro,  
De aquí, y de allí, sobre este, aquel, y el otro.

Reynaldos encontró del fiel Carpento  
El gripado leon en verde escudo,  
Pasando entrambos cual ligero viento,  
Este herido en el brazo, y aquel mudo:  
Mas del feroz Roldan ¿quién el violento  
Curso dirá, y encuentro? que al membrudo  
Vidaurre dió en sus ocho escudos de oro  
Tal, que el monte atronó el rumor sonoro.

Fue el navarro á caer desacordado,  
Mas revolviendo con mejor sentido,  
Dejó al conde, que en medio del cerrado  
Escuadron ve de seis á un tiempo herido;  
Y á Angelin encontró, que confiado  
De dar muerte á Reyner volvía teñido  
De fresca sangre el brazo, y un agudo  
Trozo de lanza por el roto escudo.

Del golpe que á Roldan causara espanto,  
O temor, si atendiera su pujanza,  
Al conde de Burdees llegó tanto,  
Que pudo dar á su Reyner venganza:  
Rasgó el escudo, el brazo, el yelmo, y cuanto  
Desde el plumero á la escarcela alcanza,  
Dando al suelo de un golpe por entero  
Plumas, armas, caballo, y caballero.

Al duque Astolfo, que á vengar venia  
La muerte de Angelin, volvió furioso,

Y en gallarda y trabada batería  
 Dar principio se vió á un combate hermoso:  
 Mas tanta era la gente que moría  
 De un campo y otro, tanto el temeroso  
 Resonar de los golpes y tormenta,  
 Que no es posible dar de todos cuenta.

El bravo Durandarte, el gran Ricardo,  
 Gayferos, Naymo, Oton, y Bellenguero,  
 Anselmo, don Turpin, Avivio, Alardo,  
 El alemán Godofre, el fiel Raynero,  
 De todos hecho un escuadron gallardo,  
 Lanzando rayos de su ardiente acero,  
 Por el revuelto ejército de España  
 Rompiendo van en mortandad estraña.

Destrozan, hieren, matan sin concierto,  
 Rompen, desarman, y en sangriento lago  
 Un número increíble dejan muerto,  
 Y entre los vivos un horrible estrago:  
 Quién el costado, quién el cuerpo abierto,  
 Sin sentir de la muerte bebió el trago,  
 Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,  
 Por tierra arroja su furor violento.

A un tiempo ambos ejércitos difusos,  
 Sin órden, modo, sin concierto, ni arte,  
 En espantosa trápala los usos  
 Y reglas quiebran del sangriento Marte:  
 En ciegas tropas, y en monton confusos,  
 De aquí y de allí, por esta y la otra parte,  
 De á caballo y á pié, todos á una  
 Al gran desman se mezclan de fortuna.

Ni los diestros sargentos, ni el prudente  
 Capitan, pueden reducir á modo  
 La descompuesta confusion de gente  
 En que se enreda y enmaraña todo:  
 Mezclados el cobarde, y el valiente,  
 El español, francés, normando, y godo,  
 El noble, y el plebeyo, el alto, el bajo,  
 El que viste armas, y el que no las trajo.

Retumba el hueco valle á los acentos  
 Del ronco y triste son de las espadas,  
 Hieren las voces los confusos vientos,  
 Y el romper de las armas encontradas:  
 Corren del monte horrible rios sangrientos,  
 Volcando arneses, grevas y celadas  
 A los vecinos valles, ya cubiertos  
 De enteros escuadrones de hombres muertos.

Mézclase en los ejércitos la muerte,  
 Y mil vidas se lleva de un encuentro,  
 Que aunque cada una asida de su suerte,  
 Todas al fin van á parar á un centro:  
 Trafilo, yendo á herir á Ernesto el fuerte,  
 Por la espada de Andronio se entró dentro,  
 Quedando al descender el golpe incierto  
 Libre el vencido, y el contrario muerto.

Llevóle Fanio á Isarco de una altiva  
 Herida la cortés cabeza á vuelo,  
 Ven los ojos quedarse el cuerpo arriba,  
 Y ellos bajar con toda el alma al suelo:  
 Rió Sarpelo en ver que medio viva,  
 Yendo á hablar, le ató la lengua el yelo,  
 Y á él por trocar los yelmos una flecha  
 Las sienes le cosió, y pasó derecha.

Un venablo por medio de los pechos  
 Iba á Rubin buscando las espaldas,  
 Cuando otros dos en él dieron derechos,  
 Y él de aquel monte en las sangrientas faldas:  
 Y el alma por tres pasos tan estrechos,  
 A volver rojas las violetas gualdas,  
 Duda el salir, cuando de un golpe abierta  
 La cabeza le dió bastante puerta.

Cayó tras él Sirinto, y Aldigero,  
 Con armas encontradas y sangrientas,  
 Este gran bebedor, y aquel parlero,  
 Y un golpe los libró de dos afrentas:  
 De un campo y otro, Alcín aventurero,

Y el capitan Obando, las violentas  
 Lanzas quebraron, yendo al campo abierto  
 El uno medio vivo, el otro muerto.

A los piés de Chaquin cayó Sarrento,  
 Que entre unos riscos de la mar tenía  
 Mujer é hijos, y en quietud contento  
 Con anchas redes de pescar vivía:  
 Cre-íóle la ambicion, mudó de intento  
 Viniéndose á la guerra, y aquel día,  
 De un fiero golpe ya rotos los cascos,  
 Por la paz suspiró de sus peñascos.

Mas ¡cuál dios, oh Quevedo, el gran torrente  
 De tu amorosa vena trocar pudo,  
 Y de poeta altivo y elocuente  
 Te trajo á ser entre las armas mudo?  
 ¡Quién por pluma te dió la espada ardiente,  
 Por dulces versos el pesado escudo,  
 Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,  
 Por el laurel de tus heroicas sienes?

Si querias guerras, con tu musa á solas  
 Las pudieras cantar, cual ya hiciste  
 Otro tiempo las armas españolas,  
 Y de Rodrigo la tragedia triste:  
 Mira, oh gallardo jóven, que las olas  
 De antojos con que Apolo el alma embiste,  
 Otras que no estas son, y que es de otra arte  
 El poético furor, que no el de Marte.

Apenas de oro el escarchado vello  
 Hacia invisible sombra á tus mejillas,  
 Cuando tu verso el mundo oyó, y en ello  
 De Venus y de Adonis las mancillas:  
 No sé por qué dejaste, oh jóven bello,  
 De cantar las batallas por seguillas,  
 Que para daros desta una gran suma,  
 Mas que tu espada nos valia tu pluma.

Mas con deseos de cantar á España  
 De sus invictos héroes las heridas,  
 De acero armado, y de tu misma saña,  
 Fuiste al campo á aprenderlas, no de oidas:  
 Con limpio arnés que el aire en lumbres baña,  
 Y sobre el yelmo plumas esparcidas,  
 Que en lo pomposo y hueco de su rama  
 De las alas parecen de la fama.

En el escudo por empresa bella,  
 Aludiendo al amor en que se funda,  
 Tu vihuela, sin otra cuerda en ella  
 Que una prima, y por letra «sin segunda:»  
 Ó sea la luz que te guió, tu estrella,  
 Tu música, tu canto, ó tu profunda  
 Vena, todo era tal, y de tal modo,  
 Que á todo junto ajusta, y cuadra á todo.

Deste gallardo y belicoso aliento,  
 O espíritu gentil acompañado,  
 A los mayores riesgos mas contento  
 Entrar te hacia tu ánimo arrojado;  
 Y matando enemigos ciento á ciento  
 Ya cantar tu victoria habias trazado,  
 Cuando el deseo de alcanzar á Arbante  
 Al golpe guiar te pudo de Morgante.

Cual fiero leon, si al corto dia de invierno  
 Tras larga noche ayuno se levanta,  
 Y al salir de su cueva un cervo tierno,  
 O nuevo toro ve entre planta y planta,  
 A quien aun no ha salido firme el cuerno,  
 Ni á los pechos le cuelga la garganta,  
 Deja otras ocasiones, y al presente  
 Las garras tienta, y apercibe el diente;

Tal el gigante al jóven peregrino  
 Su cruel hado le hizo que revuelva  
 Con una lanza de un entero pino,  
 Que ya fue adorno de una inculta selva:  
 Pasó el dorado escudo, el peto fino,  
 Y á salir hizo que la punta vuelva  
 Por las espaldas, y el altivo cuello  
 Caer dejó al un lado el rostro bello.



Mas ya es tiempo, oh deidades de Helicon,  
Que todas juntas deis á mi alma aliento,  
Que iguale, si es posible, á la persona  
De quien ya quiero comenzar el cuento;  
Y no en voz que se muda y desentona  
A cualquier paso, y con cualquiera viento,  
Mas en estilo de oro, y voz de acero,  
Vean que es de la verdad la fama un cerro.

Y de aquel brazo, cuyas maravillas  
Asombraron un tiempo las estrellas,  
Para que ahora hagan en oillas  
Lo mismo que en el mundo hizo el vellas;  
De esas doradas sacrosantas sillas  
Bajad á oír mi canto, oh ninfas bellas,  
Por cuyas manos el licor se vierte,  
Que hace dulces engaños á la muerte.

Salió gallardo el príncipe de España  
Luego que el francés campo vió deshecho,  
Que hasta aquel punto reprimió la saña  
Para mejor justificar su hecho:  
Y cual hambriento leon, si en la montaña  
La aguda hambre que le escarva el pecho,  
El tímido rebaño, ya sin gente  
Ni pastor, desde lejos balar siente,

Haciendo estrago y riza de mil suertes  
Entra bañando en sangre diente y garras,  
Tal el feroz caudillo, de los fuertes  
Montañeses, saltó el palenque y barras:  
Y en varios golpes, y en diversas muertes,  
Lances nuevos probó, pruebas bizarras,  
Asombrando su espada al campo todo,  
Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.

Al galan Durandarte, desde lejos  
En ricas plumas y armas señalado,  
Pasar vió entre las lumbres y reflejos,  
Que el sol sacaba de su árnés dorado;  
Y al verse en sus clarísimos espejos  
Tan furioso llegó, que á no ir cebado  
En dar muerte al francés, si se mirara,  
De su misma braveza se espantara.

Mas la gallarda espada al brazo altivo,  
Igual en la fineza y la ventura,  
Sobre él corrió con golpe tan esquivo,  
Que ni bastó reparo ni armadura:  
Hiende el escudo, el yelmo, y á lo vivo  
Del costado bajó, donde en segura  
Paz su Belerma hermosa está escondida,  
Que pudo aquella vez darle la vida.

Traía entre un riquísimo tesoro  
Su dama en el escudo retratada  
Con tan nueva hermosa y tal decoro,  
Que fuera otra Medusa bien mirada:  
Un Cupido á sus pies labrado de oro  
Sobre su venda dando otra lazada,  
Y de diamantes esta cifra bella,  
«Medroso de morir si llega á vella.»  
Sintió el tierno amador ver dividido  
De tal manera su encantado escudo,  
Que de la rica imagen de Cupido  
Nada dejó á su dama el filo agudo;  
Y desto mas que del dolor herido,  
Con cuanto brio su arrogancia pudo  
Tan fiero el brazo alzó que al derriballe  
El monte hizo temblar, y atronó el valle.

La cabeza humilló hasta los arzones  
Beroardo á la agraviada hermosura,  
Que en el menguado escudo sus facciones  
Muestran, que aun mas se debe á tal figura:  
Mas no se iguala el término á los dones,  
Que él fue cortés, pero ellos de hechura,  
Que al primer golpe que acertó de lleno  
Dió al valiente francés por cama el heno.

Reynaldos que llegó cuando caía,  
Admirado de heridas tan gallardas,  
«Valiente español, dijo, este es mi día,

Si como debes sin temor me-aguardas:  
Con esa tuya, y con la espada mia,  
De roja sangre y de tinieblas pardas  
Famosa estatua te dará la suerte  
De heroicos hechos, y de honrada muerte.»

Dijo, y á un tiempo igual ambos guerreros,  
A dos manos sin guarda ni cubierta,  
A buscar su victoria bajan fieros,  
El uno á Balisarda, otro á Fusberta:  
Esta dobló en las armas sus aceros,  
Mas aquella con tal destreza acierta  
Sobre el hadado yelmo de Mambrino,  
Que todo el oerco de oro al suelo vino.

No le admiró á Reynaldos ver falsado  
El encantado acero, que ya pudo  
De todo un mundo defenderle armado,  
Ni roto el leon barrado de su escudo,  
Que lo que entonces le dejó admirado  
El golpe fue del español sañado,  
Con quien los de Mambrino, y los de Orlando,  
Golpes de folla son dados burlando.

Mas no por eso se acobarda un punto,  
Que el apetito de honra aumenta el brio;  
Antes con uno y otro aliento junto  
Rompe arrogante de furor un rio:  
Parece de los dos vivo el trasunto  
De Aquiles y Hector, cuyo desafío  
Dejó sobre los muros de Neptuno  
Después de gran porfia muerto al uno.

Hiere Reynaldos al valiente godo  
En confusa batalla de mil suertes,  
Y él tras su ofensa por el mismo modo  
Intenta en él mil géneros de muertes:  
Todo lo buscan, y lo prueban todo,  
Con pechos nobles, y con brazos fuertes,  
De un golpe y otro, de una y otra herida,  
Buscando el fin de la contraria vida.

Por seis partes herido, y desangrado,  
De Montalvan el príncipe se via,  
Y su enemigo en todo tan guardado,  
Que hecho de un diamante parecia:  
Cuando ya de morir determinado  
El roto leon borrado al suelo envia,  
Tomando á su Fusberta con dos manos,  
Que hizo temblar los montes comarcanos.

Y al sucesor del conde de Saldaña,  
Que cubierto se entró para esperallo,  
Dió un golpe, y otro, y otro con tal saña,  
Que sin sentido le levó el caballo,  
Hasta dónde al rey Casto una maraña  
De gente, ó por prendello, ó por matallo,  
Cercaba con el fiero rey Morgante,  
Que solo á todo junto era bastante.

Mas aunque herido en el honor le halla  
El presente rigor, con pecho entero,  
Sin mas volver á la primer batalla,  
A guarecer su rey pasó ligero;  
Y al gigante feroz, que á rematalla  
Iba á todo el rigor de un golpe fiero,  
De la una y otra cólera impelido  
El suyo le quitó todo el sentido.

Y al ofendido rey, que en tanto estrecho  
Halló sin esperanza de la vida,  
Cobrar caballo hizo, y largo trecho  
Arredrar dél la gente mal nacida,  
Que no hay tan fiero y arrogante pecho  
Que ose esperarle la segunda herida,  
Si el suyo con deseos de venganza  
A hacerla de veras se abalanza.

Y viendo en salvo al rey, «añor, le dijo,  
No es justo así arriesgar vuestra persona,  
Única y noble basa en que está fijo  
De España invicta el cetro y la corona.....»  
Mas ya á este tiempo de Mifon el hijo,  
Que enteros campos rinde y amontona,

Huyendo dél un escuadron confuso

Fin á sus ruegos y razones puso.

¿Quién dirá de una espada tan gallarda

Los golpes y heridas espantosas,

Si ya á mi débil voz y lengua tarda

Tan imposibles son como forzosas?

Pecho de hierro, y trueno de lombarda,

Se ahogará al tropel de tantas cosas,

Donde en las que hoy obró el señor de Anglante

Mil siglos tiene que la fama cante.

Cual del frío risco, ó cavernosa gruta,

Donde Eolo encierra los airados vientos

De un ciego huracan tempestad bruta

Al mar se arroja en soplos turbulentos,

Donde su rabia hórrida ejecuta

Tropa sutil de espíritus violentos,

Que trastornando el golfo hasta el profundo

La firme basa hace temblar del mundo.

Saca el turbio Neptuno su tridente,

Y en horrible bramar los amenaza,

Las ricas islas del Egeo potente

Con olas sorbe y golpes despedaza:

Clama Delo á su dios resplandeciente,

Sérifo hunde su pequeña plaza,

Tal del feroz Roldan la altiva y brava

Violencia de una gente en otra andaba.

Hiere, rompe, destroza, desbarata,

Socorre, da favor, rinde, ahuyenta,

Despedaza, desmiembra, corta, mata

Cuanto delante el campo le presenta:

A este el brazo, al otro le arrebatata

La mano, el rostro, y nada le contenta:

Yelmos, escudos, petos, grevas, malla,

Abolla, rompe, quiebra, corta, y talla.

En esta horrible mortandad envuelto

Llegó cuando Bernardo revolvía

Sobre el feroz Morgan, que habiendo vuelto

De su primer desmayo parecía

Que entero un mundo en su furor revuelto

De su arrogante brazo descendía

Contra el gallardo jóven, que á otra parte

Si le mira hará temblar á Marte.

Y empezando los dos nueva batalla,

El conde que llegó seguro á vella,

Y á los primeros lances de miralla

Su contrario español conoció en ella;

Alegre de que en tal sazón se halla

Por cuanto encuentra rompe y atropella,

Gritando, «afuera que esta empresa es mía,

Aquesta es mi venganza, este es mi día.»

Puesto en medio los dos feroz retira

A una parte á Morgante, y á Bernardo

A dos manos dió un golpe con tal ira,

Que le hizo humillar el brio gallardo:

Mas el corzo colérico que mira

La grave injuria del francés bastardo,

Que en menosprecio suyo, y su arrogante

Brazo, al de su furor pasó adelante.

Sin mirar si es amigo, ó si enemigo,

Sobre él tal tempestad de golpes llueve,

Que el vivir le importó el seguro abrigo

Del encantado yelmo un tiempo breve:

Mas el leonés, que parte, y no testigo,

Quiere ser de aquel campo, lo que debe

Paga á dos manos con la fiera espada,

Que piensa de los dos salir vengada.

Cuando el franco Roldan al jóven fiero,

Y á su enemigo en medio el campo rojo,

«Venid, dice, los dos, que ambos espero

Que muertos me paguéis mejor mi enojo:

A entrambos juntos digo, á entrambos quiero,

Por mi honra al uno, al otro por mi antojo,

Que no se templará tambien mi saña

Si una muerte con otra no acompaña.»

Dijo, y de aquel, y deste rebatido,

Ni sabe á cuál herir, cómo, ni dónde,

Que los tres, uno de otro confundido,

Ninguno ve á quien da, ni á quien responde:

Tal la discordia en ellos se ha encendido,

Que el gran Bernardo al corzo, el corzo al conde,

El conde á él, y dellos cada uno

Con dos juntos se afirma, y con ninguno.

Llegó bravo Reynaldos á este punto,

Y viendo la confusa batería,

Y al golpe de su espada puesto á punto

El que siguiendo con furor venía,

Con el que en su ofendido pecho junto

Pudo caber á su Fusberta envia

Sobre el dorado yelmo, que el ruido

Le sacó por un rato de sentido.

Quiso segundar otro, y otro luego;

Mas despertó al primero, y pudo tanto

La nueva sinrazón del furor ciego,

Que dió de dos á Francia el primer llanto,

Y al español coraje tanto fuego,

Que aun del golpe hasta hoy dura el espanto,

Pues hecho dos el yelmo de Mambrino,

Con cuanto tenía dentro al suelo vino.

Cayó, y de Montalvan y Claramonte,

Toda la gloria junta vino al suelo,

¡Oh del mundo menor breve horizonte,

Vida mortal, tasado paralelo!

Sea á tu gran valor tumba este monte,

Fama el blason, y la capilla el cielo,

Pues tras tantas grandezas, de su mano

No te dejó otra cosa el tiempo vano.

Cayó tambien con él su leal Bayardo,

O atronado del golpe poderoso,

O que del signo triste el pasado tardo

Allí acabó su curso perezoso,

Que al rey Artus sirvió, y hoy del gallardo

Reynaldos al sepulcro temeroso,

En cuya compañía el fiel caballo

Muerto, nuevo dolor ponía mirallo.

Asombró el golpe los vecinos valles,

Y volvió el mas distante la cabeza;

Roldan, que al paso está, volvió á miralles,

Y de la herida viendo la fiereza:

«¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,

Donde hoy cae del imperio la grandeza!

Fenezca aquí mi vida; ¡oh ciego hado!

¿Cómo tal fin á tal principio has dado?»

Dijo, y ya con la rabia de la muerte,

Por vengar de su primo el triste caso

Al jayán fiero, cuyo brazo fuerte

Vuelto enemigo le detiene el paso,

Un golpe, y otro, y otro de tal suerte

Furioso á un tiempo da, que al campo raso

Fuera de todo acuerdo el rey Morgante

A los piés vino del señor de Anglante.

Y sin mas curar dél por la batalla

Cruel se entra, á buscar la espada altiva

De aquel en quien vengar piensa, si le halla,

El muerto primo, y la congoja viva:

Ve de lejos lucir su ardiente malla,

Que á cada golpe un capitán derriba,

Y que de uno el bizarro pecho abierto

Al prado el duque Astolfo cayó muerto.

Traspassó otro dolor su pecho ardiente,

Y á matarle ó morir sale arrogante

Cuando en tropa gentil resplandeciente

El paso le atajó un gallardo amante;

El bello Ascanio, hijo del valiente

Daque Estroci, que en brazo y brio triunfante

Volvia de matar por su persona

Cien franceses y un duque de Bayona.

Era el brioso jóven heredero

Del muerto duque y príncipe de Parma,

A quien la seda, mas que el duro acero,

La flor de sus lozanos miembros arma;

Mas aunque niño y tierno es altanero  
Y así el brio en su pecho toca al arma,  
Que despreciando el ocio de su tierra  
En busca de su honor vino á la guerra.

De la prudente Emilia, dulce hermana  
Del conde de Saldaña, es hijo hermoso,  
Unico alivio y prenda á la temprana  
Muerte infeliz de su querido esposo:  
Deseo del tierno primo, y de honra vana,  
Al bello Ascanio le quitó el reposo,  
Y entre una escuadra de toscana gente  
A la guerra le trajo á ser valiente.

De cien mancebos de su edad ceñido  
De armas grabadas y plumeros bellos,  
Con ricas sobrevistas de encendido  
Carmesí y oro, que alegraba el vello;  
El fresco, altivo jóven, que al florido  
Rostro apuntaban los primeros vellos,  
En caballo tambien lozano y niño,  
De la color de un no manchado armiño.

Hechas de la alheñada clin á trechos  
Bellas guedejas encrespadas de oro,  
La altiva frente, y los fornidos pechos,  
Llenos de un grave y bárbaro tesoro:  
Del precioso jaez los trozos hechos  
De varias piedras, que en crugir sonoro  
Hacen con orgulloso movimiento  
Temblar las plumas, y asombrarse el viento.

Sus ricas armas, mas que el sol lucientes,  
De carbuncos cuajadas y diamantes,  
De alegres rayos dan luces ardientes,  
Que los aires abrasan circunstantes:  
La celada de plumas eminentes  
Blancas perlas esgrime por pinjautes,  
Sembrado el resto á trechos de follajes,  
Alcachofadas piñas y plumajes.

La roja espada de oro guarnecida,  
De cristalina pedrería sembrada,  
De los bordados tiros detenida,  
En rica vaina de marfil grabada:  
La varia sobrevista entretrejida  
Por su celeste azul plata escarchada,  
Y en sus bordados por divina traza  
Del bello Adonis la imprudente caza.

Víanse del fiero jabali vengados  
Entre claveles sus perdidos tiros,  
Que si allá fueron flores de los prados,  
Aquí rubis ardientes y zafiros:  
Los bellos ojos del amor preñados  
De aljófar, y los labios de suspiros,  
Y su cárdeno cuerpo entre las flores  
Vertiendo sangre y derramando amores,

Con tan bello primor, que sobrepuja  
A la verdad la historia dibujada,  
Dulces cuidados de la diestra aguja  
De su tierna y ausente esposa amada;  
La limpia lanza en la dorada cuja,  
La vista alegre, el alma enamorada,  
Cuyo capote y ceño, si se aira,  
Da gusto y regocijo á quien lo mira.

Era el luciente yelmo que traía  
De perlas y diamantes estrellado,  
Donde un bello zodiaco ceñía  
La altiva cresta y el górgal labrado:  
Los signos de diversa pedrería,  
Y en el vellon de Colcos de un dorado  
Topacio hecho un sol, cuyo fecundo  
Rayo un nuevo verano abría al mundo.

Mas cuando en el fervor de la batalla  
Con su aliento el bruñido acero entibia,  
Del grave peso, y su dorada talla,  
Buscando aire el cabello crespo alivia;  
Y al que delante su ventura halla,  
Aunque sea el risco del Peñol de Libia,  
De amores vence, y mata con la vista,

Que á ella, ó su espada, no hay quien se resista.

Traía en el valiente y ancho escudo,  
Para mostrar la gloria que profesa,  
Sobre un peñasco de oro inculto y rudo  
De Alcides las columnas por empresa,  
Y señalando con lenguaje mudo  
La hermosura que en su alma vive impresa,  
En torno escrito de rubis, «si os viera,  
Sobre vuestra belleza las pusiera.»

Agrada á todos su hermosura y brio,  
Él solo, ni se estima, ni se precia,  
Que con desdenes, y áspero desvio,  
Su blanda condicion quiere hacer recia:  
Mas por bien que en compuesto señorío  
Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,  
Nunca su agrado pierde deleitoso,  
Que mientras mas airado es mas hermoso.

Vuelven sus enemigos á otra parte  
Las lanzas por no herir el rostro bello,  
Y él de ese amor se ofende de tal arte,  
Que los querria despedazar por ello:  
Atiza sus enojos, y reparte  
Ira suave entre el placer de vello,  
Mas ya destas sus flores placenteras  
Las parcas van hilando las postreras.

¡Oh bello jóven! diestro en el bullicio  
De la caza sagaz y sus engaños,  
¿Quién te trajo á tan áspero ejercicio  
En lo mejor de tus floridos años?  
Aquel ya de tu edad fue propio oficio,  
Y tú incapaz de otros mayores daños,  
Mas dióte el hado en sangre y hermosura  
Mucho de estado, y poco de ventura.

¡Miser! que fiado en tus engaños  
De Marte sigues el clarín sonoro,  
Para causar deleite á los estraños,  
Y á tu madre infeliz tormento y lloro;  
¿Quién volvió azar tus florecientes años,  
Y agüero tus grabadas armas de oro?  
Rico trofeo, en quien la adversa suerte  
Principios dió de gloria, y fin de muerte.

Habia con su gallarda escuadra hecho  
Vistosos lances en la franca gente:  
Traspasó á Sergio el arrogante pecho,  
De la region gascona el mas valiente:  
Mató á Menon, á Galvo, y al contrecho  
Esquilo, en dulces versos eminentes;  
Y á ti, sesgo Foscion, que no supiste  
Reir, ni llorar, ni estar alegre, ó triste.

Pasó en diestro venablo la garganta  
A Démedes voraz, gloton, hambriento,  
Que despues que pasó á su vientre cuanta  
Renta dejó de Sergio el testamento,  
Se hizo alférez, y al fin por donde tanta  
Hacienda entró, tambien entró el violento  
Hierro, y fue en el tragar tan bruto y fuerte,  
Que cuando mas no halló tragó la muerte.

Cual cachorro leon de poca prueba,  
Por los rebaños de Getulia ardientes,  
Que antes la madre le traía á la cueva  
Conformes á su edad pastos recientes,  
Sintiendo al cuello la guedeja nueva,  
Las corvas garras, y los limpios dientes,  
Corre lozano en torno la campaña,  
Y á volver á su cueva no se amaña;

Así el hermoso Ascanio tras su muerte  
Por el francés ejército corria,  
Y en medio puesto de su escuadra fuerte  
Lucero entre celajes parecia;  
Cuando el rigor de la infeliz suerte  
Al paso le sacó donde venia  
Del fiero conde Orlando la pujanza,  
A tomar en Bernardo cruel venganza.

Asombróle el furor del francés fiero,  
Tembló en ver el denuedo que traía,

Faltáronle las fuerzas, y el entero  
Brió que en su alma nueva amanecía:  
Vió que la guerra pide mas que acero,  
Y que no es la imprudencia valentía,  
Echa de ver que es niño, y no bastante  
Su fuerza á resistir á tal gigante.

Quiere volverse atrás, mas no le deja  
La honrada sangre que en las venas tiene;  
Teme el ir adelante, y en perpleja  
Lucha el miedo y la honra le detiene:  
Cúbrele un frío sudor, que la guedeja  
De oro á llover menudito aljófar viene,  
Y en triste agüero una amarilla sombra  
Volando en torno con temor le asombra.

Cual blanco cisne á su cantar atento,  
Si de las frescas juncias del Pó mira  
El águila de Júpiter, que al viento  
La sombra en torno de sus plumas gira,  
No hallando abrigo á su furor violento,  
Tiembra, suspende el canto y se retira,  
Y en la tierra quisiera entrarse al centro  
Por huir de sus uñas el encuentro;

Tal el hermoso jóven, que se halla  
Al golpe puestó del francés gallardo,  
Sin esperanza cierta en la batalla,  
Ni á su espada cruel hallar resguardo:  
No viendo ya razon con que excusalla,  
De un frío miedo impedido el brazo tardo  
Contra el conde le alzó, mas por defensa,  
Que por hacer á su arrogancia ofensa.

Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,  
Que viendo á su querido primo muerto,  
Al tierno Adonis, y á su bella amante  
Que hallara, atropellara sin concierto;  
Al romano gentil que vió delante,  
De plumas, oro, y pedrería cubierto,  
Cual hambriento leon, que en diente y garra  
Tierno cordero á su sabor desgarrá;

Así, yendo á vengar su rabia ardiente  
En el bravo español que le ha ofendido,  
Hallando sin pensar el inocente  
Pecho, dió en él la furia y el bramido:  
Retira el paso, oh jóven escelente,  
Da lugar á que acuda tu querido  
Primo, que va á valerte con su escudo  
La vuelta daba, mas llegar no pudo,  
Que con tal furia á Durindana embiste  
El conde sobre Ascanio, que á su acero  
Ni el suyo basta, ni el rigor resiste,  
Que escudo y peto rebanó el primero:  
Al segundo, anublado en muerte triste  
El semblante poco antes placentero,  
Cayó, y sintió al caer, mas que su muerte  
La rota estampa de su escudo fuerte.

Bernardo que al morir su primo amado  
En la defensa de su amor llegaba,  
Con el nuevo dolor quedó atajado  
De ver la prenda tal que en tanto amaba:  
«Oh bello jóven, dijo, malogrado!  
¡Oh enemigo cruel! ¡oh furia brava!  
El poder todo que hay en los humanos  
No te podrá dar libre de mis manos.»

Y arremetiendo al conde, que venia  
En igual ademán y brio de dalle,  
Un escuadron entero que huía,  
Al uno y otro les tomó la calle:  
Despartió su furor el que traía  
El alterado campo, sonó el valle,  
Y el alboroto y el tropel de gente  
Los hizo dividir forzosamente.

Era esta grita un intrincado enredo  
Del fiero ardor del bárbaro Morgante,  
Que en espantable indómito denuedo  
Huyendo la llevaban por delante;  
Y no con armas, mas con solo el miedo,

Que es el miedo en el vulgo semejante  
Al ruido que en la nube se levanta,  
Que sin herir con amagar espanta.

Después que volvió en sí del golpe fiero  
Con que le dejó Orlando sin sentido,  
Rabioso en ver sus fuerzas, y su entero  
Brió dos veces en un día vencido;  
Las ricas armas de templado acero,  
Que ya en Libia ganó, quitó al fornido  
Cuerpo, dando á los campos el tesoro  
De la gran sierpe, y sus escamas de oro.

Y en impaciencia y voces turbulentas,  
Bramandó, vuelto al cielo, escupe y dice:  
«¡Cobardes dioses! si á esas tan contentas  
Sillas, que os sueña el mundo, no desdise  
El ser todos locura, y las afrentas  
Vengar quereis, que ya en mi reino os hice;  
Sino sois solo palos y pinturas,  
Y tienen de deidad vuestras figuras;

Bajad todos á mí, ó volved al mundo  
Cuantos en él tuvieren nombre y fama,  
A Encélado el gigante, que el profundo  
Valle de Etna recuece en viva llama,  
Los que en Flegra con brio furibundo  
Ya os hicieron huir de rama en rama,  
Del horrible Briareo el bulto leve,  
Que en cien brazos cien mazas juntas mueve;

Dad á Nembrot por báculo su torre,  
Y por soldados cuantos hubo en ella:  
Nazca de nuevo Anteo, si se corre  
De haber perdido su armadura bella;  
Y sin que de su madre aparte y borre  
La grave estampa, y la torcida huella,  
La que en su ayuda, si á sazón le viene,  
Juntos cuantos hermanos tuvo y tiene.

Saque Jason sus Argonautas fieros,  
Ulises, Telamon, y el griego Aquiles  
De nuevo multiplique compañeros  
De leones hechos, no de hormigas viles;  
Salgan de Troya y Grecia los guerreros;  
Salgan Golias, Sanson y los sutiles  
Judios; salgan de Argos, y de Tebas,  
Los crueles campos, y sangrientas grevas;

Salgan Hector y París, salga Troilo,  
El fiel Tideo, el bravo Hipodemonte,  
El fuerte Alcides, y el que en sabio estilo  
Venció de Eslinge el cavernoso monte;  
Turno, Eneas, Mecencio, Adastro, Egilo,  
Teseo, y la arrogancia de Faetonte,  
Y en su cruel hermandad, que ia ira atice,  
Rómulo y Remo, Eteocle y Polinice;

Salga mi antigua sombra, Capaneo,  
Polifemo, y los hijos de Vulcano;  
Y por no hacer mas áspero rodeo,  
Ni el disgusto gastar el tiempo en vano,  
Bajad, cobardes dioses, que no creo  
Que hay otro que esta clava de mi mano,  
Que si allá sube, y como aquí la afierra,  
Con todo vuestro cielo daré en tierra.»

Así en blasfemas voces contra el cielo  
Incautas iras y amenazas vierte,  
Y con sola la clava á todo el suelo  
Sin otras armas quiere dar la muerte:  
Mató á Arbel, á Sitareo y á Sartelo,  
A Eteo el rojo y á Gelon el fuerte,  
Y á los dos primos Menedemo y Janto,  
Este diestro en tañer, el otro en canto.

Degolló á Sacreste, músico de flauta;  
Y á los dos Sacrisidos arrogantes,  
Al honesto Episino, á quien incauta  
Egila dió su amor seis dias antes;  
Y entre otros al fantástico Argonauta,  
Cuyas palabras eran semejantes  
A los álamos blancos en el frato,  
Y así nadie por él se puso luto.

Entero el campo su furor llevaba,  
 Como el fiero Orion si desarmado  
 Al esgrimir de su acerada clava  
 Hirviese el golfo del Proponto helado:  
 En el cuartel de Argasto peleaba  
 El gascon Mondevegas, de argentado  
 Arnés, y un coronado leon rapante,  
 Bandido á escaques de oro por delante.

Sobre este, tras la clava y su arrogancia,  
 Ya la muerte hajando iba derecha,  
 Cuando Alcín, que con él desde su infancia  
 Se había criado en amistad estrecha,  
 Tan diestro, que á cien pasos de distancia  
 Clavaba á un tierno ruiseñor su flecha,  
 Una á tiempo tiró tan oportuno,  
 Que el golpe de dos ojos quitó el uno.

Pensó hundir el mundo el corzo fiero  
 Con la rabia y dolor de la herida,  
 Y arrancando la flecha, y allí entero  
 El instrumento de la luz perdida,  
 Furioso arremetió contra el flechero  
 Por sacarle ambos ojos con la vida,  
 Cuando él, en igual tiento y puntería,  
 El otro le enclavó, y le escondió el día.

Bramó el ciego jayan, resonó el valle,  
 Y arremetiendo á bulto el torpe Anteo  
 Al infeliz flechero, que por dalle  
 Mas bien no se guardó, cogió al voleo;  
 Y cayendo sobre él para libralle  
 No bastó de su amigo el fiel deseo,  
 Que allí á bocados le quitó la vida,  
 Y cien dardos la suya al homicida.

Ya en esto la fortuna, que suspena  
 Neutral estado había en la victoria,  
 Y en una variedad de casos densa  
 A unos y á otros sembraba vanagloria,  
 Queriendo dar á un cabo con la inmensa  
 Máquina de su rueda transitoria,  
 Comenzó á trastornar la vuelta estraña,  
 Francia á bajar, y á levantarse España.

Está el valle un sangriento lago hecho,  
 Sepulcro triste de la flor del mundo,  
 Y de sus bravos héroes trecho á trecho  
 Caido aquí el primero, allí el segundo:  
 El campo reducido á tal estrecho,  
 Que de la muerte el cruel brazo iracundo,  
 Ayudada de España y sus aceros,  
 A los dieces quitado había los ceros.

No quiso la fortuna que tú fueses,  
 Francia, en el mundo sola la invencible,  
 Ni tu gloria fijar, sin que sintieses  
 De su pesada mano el golpe horrible;  
 Y así, despues que puso tus franceses  
 De su arco en lo mas claro y mas visible,  
 Coronados de triunfos y blasones  
 De indómitas y bárbaras naciones;

Despues que á tus banderas humillados  
 Entrambos polos, y á tus lirios bellos  
 Humildes párias de honra dan postrados  
 Cuantos tuvieron ojos para vellos;  
 Despues que del Oriente tus soldados  
 Los astros asombraron, y tras ellos,  
 Tan grande como el sol de playa en playa  
 De honra abrieron al-orbe una ancha raya;

Hoy quiso desnudarte esa grandeza,  
 Que venia á tus holgados miembros ancha,  
 Que aun para dalla junta á la braveza  
 De España le convino echarle ensancha,  
 Que como espera hacerla su cabeza,  
 La tierra hasta sus limites ensancha,  
 Criando nuevos mundos, en que tenga  
 Magestad que á la suya le convenga.

El grave Emperador, que en la batalla  
 Entró en su carro de marfil triunfante,  
 A quien de petos y dorada malla

Iban seis mil tudescos por delante,  
 Gente insigne, y el cargo de mandalla  
 Al traidor Galalon, que en radiante  
 Escudo de lisonjas por inas mengua  
 Traia esta letra, «aquí, mas no en la lengua.»

Viendo el campo francés puesto en huida,  
 Sus bravos paladines destrozados,  
 Sus nobles capitanes de vencia,  
 A riesgo su persona y sus estados,  
 Ya la traidora pretension cumplida  
 Del bando magancés y sus privados,  
 La sangre helada, y el cabello yerto,  
 De pena está, como los suyos, muerto.

Mas con pecho magnánimo la gloria  
 Ajena encubre, y el dolor reprime,  
 Y ya que no en clarines de victoria,  
 En órden, porque nadie desanime,  
 Tocan á retirar, mas la notoria  
 Ventaja ya de España, en voz sublime  
 Aclamando victoria, «España, España,»  
 Ningun francés se libra de su saña.

Está el campo de muertos tan cubierto,  
 Que el carro no descubre ni halla paso,  
 Cuyo falcado tiro el pecho abierto  
 Deja del que al pasar encuentra acaso:  
 Alguno medio vivo y medio muerto,  
 Entre el morir y aquel vivir escaso,  
 Cruel quebranta, y con la rueda altiva  
 La parte le llevó que tenia viva.

Otro le ve venir, y no pudiendo  
 El cuerpo desviar sin que le oprima,  
 El débil cuello abaja al peso horrible,  
 Que con nuevo dolor le viene encima;  
 Y él de sus armas con el ronco estruendo  
 Pone en ver su furor espanto y grima,  
 Corriendo por las ruedas sangre y sesos  
 Pingües de las medulas de los huesos.

Llegó en esto á pasar el carro altivo  
 Por donde el gran Reynaldos muerto estaba,  
 Quedó el César en verlo tal, que el vivo  
 Mas que el muerto cabe él dolor causaba;  
 Y sin reparo ya del golpe esquivo  
 Huyendo al hado su violencia brava,  
 Del falso Galalon á toda instancia  
 En un caballo salta, y huye á Francia.

El obispo Turpin, que entre el morado  
 Manto vestia bruñido y limpio acero,  
 A recoger del campo destrozado  
 Salió, lo que sobró al vencedor fiero:  
 De plumas y roquete señalado,  
 Y en el escudo grave un trozo entero  
 Sobre oro de agradable siempreviva,  
 Y por letra «mi fama» puesto arriba.

Solo á este dejó España por testigo  
 Y coronista desta su victoria,  
 Aunque él con pluma en todo no de amigo  
 Ya intentó y supo oscurecer su gloria:  
 Halló á Oliveros muerto por castigo  
 De su alevoso padre, que en memoria  
 Del desafio pasado, en aquel valle  
 Acabó Montesinos de matalle.

Matóle, y tras su primo Durandarte  
 Siguiendo el rastro de la sangre ardiente,  
 Del monte por la mas cerrada parte  
 Se entró llorando el grave mal presente:  
 De Carlos la diadema, el estandarte,  
 El triunfal carro, y la famosa gente,  
 Hizo heróico trofeo, y dejó España  
 A Roncesvalles por tan grave hazaña.

Bernardo en tanto, ya que por su mano  
 Quitó á Rainer y á Don Duden la vida,  
 Al viejo Naimo, y á Godofre, hermano  
 De Galvan el bastardo fraticida,  
 Al fiel Dardin Dardeña, al inhumano  
 Don Alberto de Fox, y la escogida

Sangre vertió de entrambos los Beltranes,  
Hijo y padre, famosos capitanes,

A los dos Angelinos, y al prudente  
Bibiano, ilustre príncipe en Saboya,  
De la famosa sangre descendiente  
Que á Hector derramó la suya en Troya,  
Viendo sin órden huir la franca gente  
De Roncesvalles por la inculta hoya,  
Espuelas á su leal caballo arrima,  
Y así á los suyos al alcance anima:

«Aun no está Francia en su altivez rendida  
Si esa gente que huye le dejamos,  
Que se alabe de haber abierto herida  
En los que sin vengarla nos quedamos:  
Dirá que la desórden fue fingida,  
Y que seguirla de temor no osamos,  
Pues le duró viniendo á nuestra tierra  
Lo que quisieron, y no mas, la guerra.

Id pues sin orden en monton confuso,  
Y pasad adelante al que ahora huye,  
Volvedme hácia España ese difuso  
Campo que así el vencer nos disminuye:  
Creed que es nuevo ardid de guerra intruso,  
Que cuando mas no puede nos destruye  
La victoria, y los triunfos vuelve vanos,  
Quitando lo mejor de vuestras manos.

Seguid el roto alcance, y diferente  
De lo que ellos pretenden les hiramus,  
No en las espaldas, sino frente á frente,  
Con que mayor el vencimiento hagamos:  
Sino es honra vencer cobarde gente,  
Ya que vencido habeis, no consintamos  
Que á los bravos de Francia ya sin vidas  
Por cobardes los den vuestras heridas.»

Dijo, y contra Turpin, que acaudillando  
Iba del roto campo el gran destrozó,



Viendo las altas plumas campeando,  
El caballo hirió y su pecho el gozo;  
Cuando hácia él venir al conde Oriando  
Vió, y con gallardo brio y alborozo,  
Dejando la primera empresa entera,  
Esta segunda escoge por primera.

Cual generoso leon, que entre el rebaño

De algun collado de Getulia estrecho,  
Cansado de matar, y de hacer daño,  
Las garras lame, y el sangriento pecho;  
Si un dragon vé venir de bulto extraño,  
La oveja que á matar iba derecho  
Deja, y en crespa clin, y aire brioso,  
Se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español viendo de lejos  
Lucir las armas del señor de Anglante,  
Tras sus nuevas vislumbres y reflejos  
Feroz sale á ponérsele delante,  
Herida el alma de los tristes dejos  
Del malogrado primo y tierno amante,  
Bien que el Marte francés al desafío  
No salió con menor aliento y brio.

Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,  
Y en deseos de venganza: «oh fiero hispano,  
Dijo, que el mundo á golpes has deshecho,  
¿Quién te dará ya libre de mi mano?  
Bien que la recompensa al daño hecho  
Será buscarla igual cuidado vano,  
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,  
Sino el agravio la honra reparada.»

Así dijo, y cual dos dragones fieros,  
Que en los marsiales campos con la ardiente  
Ponzoña que vomitan los postreros  
Arboles se arden, y su hervir se siente,  
Gimen las costas y escamados cueros,  
Tiembla del grave monte la eminente  
Altura, y ellos la abrasada arena  
De roscas tienen y de golpes llenas;

Tales los dos furiosos combatientes  
En su horrible batalla andan cubiertos  
De espantosas heridas, y valientes  
Golpes, furias, coraje y desconciertos;  
Rotas las finas armas, los ardientes  
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,  
Sus penachos, escudos y testeras  
Ya hechos rajas cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana  
A dos manos un golpe en el escudo,  
Que ni el temple acerado, ni la sana  
Pasta, valiere en su defensa pudo,  
Que ya partido en dos hasta la grana  
De sus venas no entrase el filo agudo,  
Matizando el color la malla toda  
Del fino rosieler de sangre goda.

Y el viendo ya el escudo sin provecho,  
Y sin provecho el dilatar la muerte  
De un enemigo tal como le ha hecho  
El cielo en brazo poderoso y fuerte;  
Alta la espada, y levantado el pecho,  
Su agudo filo le envió de suerte  
Que le partiera en dos, si la visera  
En menos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe y con su tarda  
Lengua el eco sonó por las cavernas,  
Y al darle la encantada Balisarda  
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,  
Que si las firmes armas su bastarda  
Cuchilla no halló del todo tiernas,  
Tampoco en la dureza que primero  
Mostraba al mundo su inviolable acero.

Antes llevando á cercen la alta cresta  
Del encantado yelmo sin segundo,  
Bajando al hombro la cruel respuesta,  
Vivo llegó su filo á lo profundo:  
Corrió la primer sangre á la floresta  
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,  
Y él de ver su arnés roto, y el herido,  
Quedó mas que del golpe sin sentido.

La vista absorta y el cabello yerto,  
La sangre le cuajó un sudor helado,  
Y el negro bulto de su primo muerto  
En triste sombra se le puso al lado:  
Mas ya del breve frenesi despierto  
De todo el golpe de su honor llevado,  
Uno y otro redobla al godo altivo,  
Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunques de Vulcano,  
Sobre las derretidas masas de oro,  
Labrando rayos á la diestra mano,

Que solo rige el estrellado coro,  
Con los membrudos cíclopes el vano  
Aire retumba en eco mas sonoro,  
Que el valle á las confusas estampidas  
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses  
Por el campo sembrados, los cabellos,  
Da las vueltas, vaivenes y reverses,  
Ni ya pueden aquí ni allí llevarlos;  
Hechas sangrientas rajas los arneses,  
Por ver si así podrán mejor cobrallos  
A brazos se asen, y en alientos mudos  
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza  
La de los dos caballos trajo al suelo,  
Donde saltando cada cual se esfuerza  
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:  
Crecen los nuevos golpes, y refuerza  
El honor lo que falta, que el recelo  
De perderle en el alma que le estima  
La punta es de rigor que mas lastima.

Dió el francés á Bernardo una herida  
Tan á sazón, que pudo desarmalle  
Todo el hombro siniestro, y de encendida  
Sangre darle una nueva fuente al valle:  
Corrió notable riesgo de la vida,  
Mas cuando ya volvía á segundalle,  
Tan recio entró con él, que por las faldas  
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas:

Y antes que hallase tiempo conveniente  
De rehacer su furia, con dos manos  
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente  
Bajó gimiendo por los aires vanos:  
La celada rompió el golpe valiente,  
Sonó el eco en los valles comarcanos,  
Y aunque no cayó el conde, del ruido  
Quedó atronado el uso del sentido.

Queriale ya dejar y un bulto mudo,  
Del muerto primo sombra temerosa,  
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo  
Volver cruel su alma de piadosa:  
«Aunque es corta venganza á mal tan crudo,  
No te puedo dar mas, oh alma dichosa;  
Muere ahora, cruel, muere, homicida,  
Que aquí todo se paga con la vida.»

Dijo, y alzando el brazo vengativo,  
Al dar sobre él la fiera arma encantada  
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,  
Su heróica frente, y la enemiga espada;  
Cayó muerto Roldan, quedando vivo  
Su eterno nombre su alma arrebetada  
Feroz voló á su esfera, y su gallardo  
Cuerpo á los piés cayó del gran Bernardo:

## ALEGORIA.

Las persuasiones de Galalon al César muestran claro,  
cómo á los príncipes hasta de su misma destrucción hacen  
lisonjas conque paladean el gusto; y los agüeros que se ven en el aire antes de la batalla, significan las  
inspiraciones que envía el cielo para despertar la obstinación de un ánimo rebelde, que se hace sordo y dormido,  
rompiendo con la ambición todos los respetos y temores humanos: y en ser Morgante quien hace esto el primero, sin hallarse Orimandro en la batalla, es señal que toda ella procedió de una voluntad desenfrenada y sin luz de entendimiento. En la discordia de Bernardo, Orlando, y Morgante, se muestra cómo la soberbia y arrogancia, ni aun en su favor no admite compañía; y en la hermosura de Ascanio, lo poco que puede la confianza humana cuando no viene apoyada en grandes fundamentos de virtud; y en las muertes de Reynaldos y los demás paladines y últimamente en la de Orlando, que era encantado, muerto por Bernardo con la espada Balisarda, muestra como no hay encantamento, armas, ni defensa que basten contra la muerte.

# INDICE.

	Pág.
Noticias del autor.	3
Dedicatoria.	4
Prólogo.	id.
<b>LIBRO PRIMERO.</b>	
<b>ARGUMENTO.</b> Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la Hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldaña y de don Teudonio, el cual da cuenta al conde de su linaje y antigua prianza con el rey Casto, y cómo el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carlo Magno envió con don Gayferos un gran socorro de gente que Rodamante desbarató en el camino con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana.	7
Alegoría.	22
<b>LIBRO SEGUNDO.</b>	
<b>ARGUMENTO.</b> Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hados; y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando y los demás paladines: refiere el origen de los godos en España, de cuyo linaje él descende. Morgana, agradada de las relaciones del mancebo, prometió darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Pintase la casa de la Fama, y lo que hay de la venida del francés. Libra á Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro que se convierte en la fuente del Desengaño, y la ninfa en un lienzo de su labor en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España.	id.
Alegoría.	36
<b>LIBRO TERCERO.</b>	
<b>ARGUMENTO.</b> Ferraguto, envidioso de las alabanzas de Bernardo, se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso doncel, que libró al rey Casto de cierta traicion, y dáse á conocer el conde. Trátase de las fiestas de Francia y del consejo de guerra del César, donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Orontes robó á Bernardo.	id.

	Pág.
Alegoría.	48
<b>LIBRO CUARTO.</b>	
<b>ARGUMENTO.</b> Deja Orontes por su ciencia á Malgesi colgado de un árbol, donde cayéndosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel Custodio lo refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella; y habiéndose allí armado caballero por medio de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire.	49
Alegoría.	61
<b>LIBRO QUINTO.</b>	
<b>ARGUMENTO.</b> Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un saltador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nimilo y Alodia, libra tambien á Auchali, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yuzef, tio de Galiana, y por relacion se enamora de ella, y al márgen de una fuente ve en sueños su hermosura y la de sus famosos palacios. Pintase al fin del libro el consejo del rey Casto.	id.
Alegoría.	74
<b>LIBRO SESTO.</b>	
<b>ARGUMENTO.</b> Cuenta Garilo una fábula á Orlando y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cuál sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo desde el navio persiano una fresca isla, donde lleva á Orontes un mandro para curarle: halla en ella á Gundemaro, un noble español, que despues de curar al reysus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de sus aventuras;	75
Alegoría.	86
<b>LIBRO SETIMO.</b>	
<b>ARGUMENTO.</b> Prosigue Gundemaro su historia, y acabase en un extraño encantamento.	id.



Ferraguto despierta á los gritos de una doncella que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el día, y al fin á su vista le coge un villano y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda donde le sucede una estraña aventura. Llega al Tajo y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabi, rey de Pamplona.

86

Alegoría.

100

## LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO. Describe quién fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio, porque la vengue de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que llevaba presa. Llega el campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon, compañeros suyos, hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.

101

Alegoría.

113

## LIBRO NONO.

ARGUMENTO. Argildos, creyendo que Florinda es muerta ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto, toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva encuentra á Angélica en las uñas de un dragon, síguela por las oscuridades de una cueva y hállase enredado en un estraño encantamiento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata y quita el escudo, y por las armas dél es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo: oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la obscuridad de la noche de los que iban con él.

113

Alegoría.

130

## LIBRO DECIMO.

ARGUMENTO. Ferraguto perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamiento: quiere despeñarle el caballo Clarion, y él le deja y llega á pié á una fortaleza, donde da la muerte al jayán Bramante, y libra á Doralice, y al rey su padre y á Garlitos, los cuales hacen compañía á la infanta hasta Granada. Y Garlitos por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fábula del origen del deleite.

id.

Alegoría.

142

## LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO. Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orimandro, que en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento: y habiéndola perdido de vista hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando con la ocasion de

la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura.

142

Alegoría.

156

## LIBRO DUODECIMO.

ARGUMENTO. Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y quedándose ellos vueltos estátuas de oro en una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.

157

Alegoría.

169

## LIBRO DECIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Describe el gran aparato de las fiestas de Francia; la ferocidad de Morgante rey de Córcega, y las bravezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcángélica la bella, princesa de Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde se escapa nadando sobre una entena.

id.

Alegoría.

181

## LIBRO DECIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quien sea Arcángélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte: tocando á vueltas da su discurso una galana geografia de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Temis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo paren la ignorancia y el engaño.

id.

Alegoría.

191

## LIBRO DECIMOQUINTO.

ARGUMENTO. Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo, vale siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el francés ponerle fuego y el catalan lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesí levanta con sus conjures su navío volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Morgante y Orymandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa.

192

Alegoría.

203

## LIBRO DECIMOSESTO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesí su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á petición de Orimandro un famoso epílogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que él

cielo tiene prometido á la monarquía española. 203  
 Alegoría. 216

LIBRO DECIMOSÉTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesí su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndese el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido. id. 230  
 Alegoría.

LIBRO DECIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrécele Gloricia á su nieta en casamiento, y él enamorado de Arcángelica se escusa con la prision de sus padres: recibe una carta, y alborotado con ella trata de partirse. Crisalba hace gran sentimiento, y por no apartarse dél, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una estraña aventura. Malgesí volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias Occidentales, donde el mago Tlascalan le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su nueva. id. 240  
 Alegoría.

LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO. Cuenta el sabio Tlascalan las espantosas hazañas de Hernan Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde habiendo acabado un artificioso encantamiento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la Hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España. id. 255  
 Alegoría.

LIBRO VIGESIMO.

ARGUMENTO. Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro dia á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un río á don Teudonio y á Garilo presos, pónelos en libertad; y habiéndolo conocido Teudonio le da nuevas de la prision de sus padres: háceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfa en un monte llorando un

caballero muerto: dále nuevas de Arcángelica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamiento. 255  
 Alegoría. 268

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

ARGUMENTO. Vence Bernardo el encantamiento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesion de la excellentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes y treientos caballeros de su linaje que le acompañan para ir á la córte de su tío el rey Casto: Hállanse Morgante y Orimandro en Africa; cuéntanse las desgracias de Arcángelica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artabano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules. id. 279  
 Alegoría.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO. Atemoriza á Carlo Magno un espantoso sueño, intérpretole Malgesí, Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déjanse por ellas las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo por España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferraguto encuentra en Africa, á la ribera de un rio, con Arcángelica; y estando para gozar de ella sobreviene Morgante que lo estorba, y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España; Orimandro halla á Arlaja en un gran desconuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura. id. 289  
 Alegoría.

LIBRO VIGESIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Cuenta Gundemaro el estraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, rey de Biserta: el artificioso origen de la ciudad de Gramada y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del cuerpo de Francia. id. 301  
 Alegoría.

LIBRO VIGESIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitán el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando y los demás doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo y sus españoles. id. 313  
 Alegoría. 313







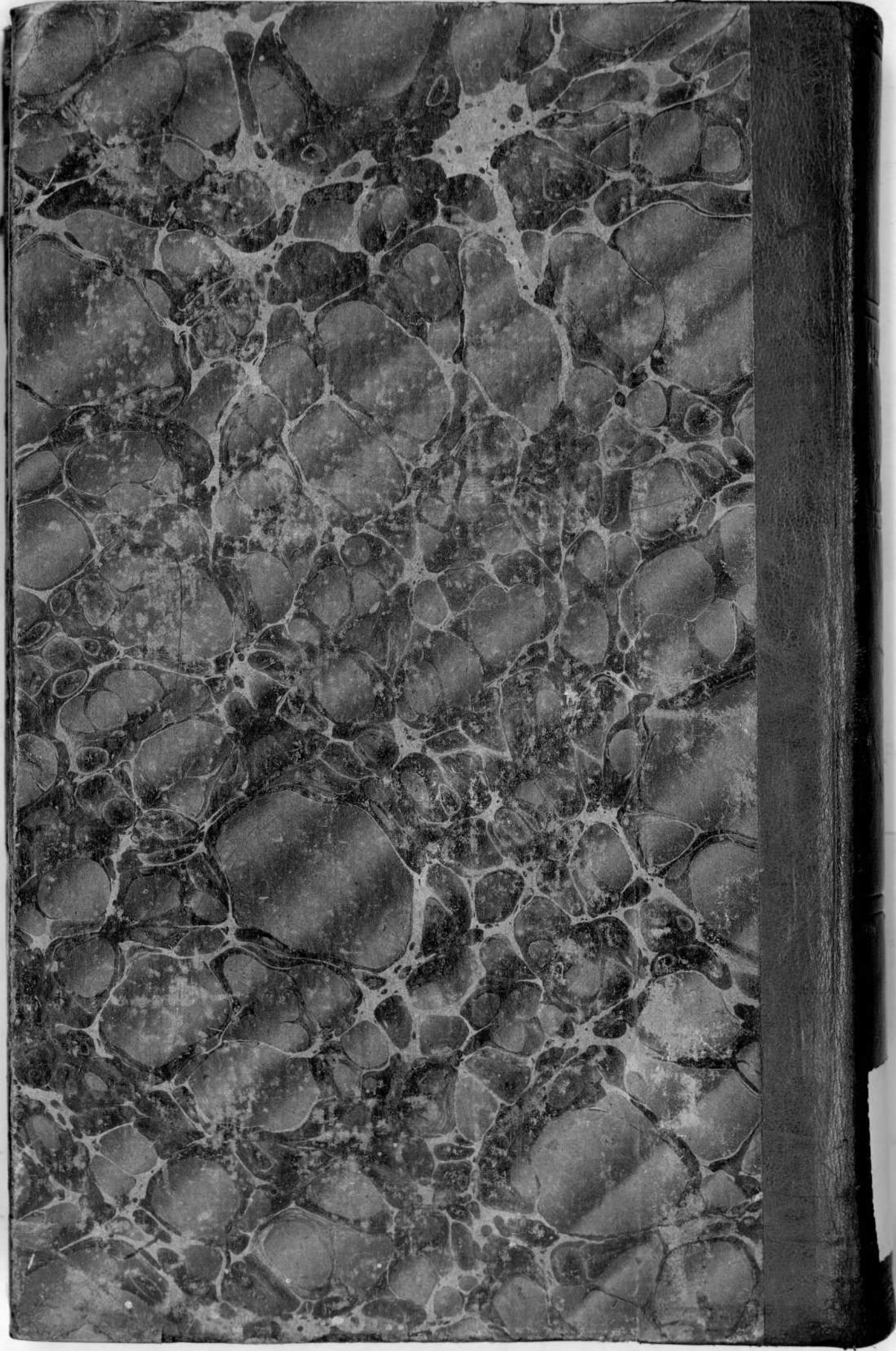
10.000.000  

---

60'10e

Ref: 3196







ESPRONCEDA

Y EL

BERNARDO

G 23884